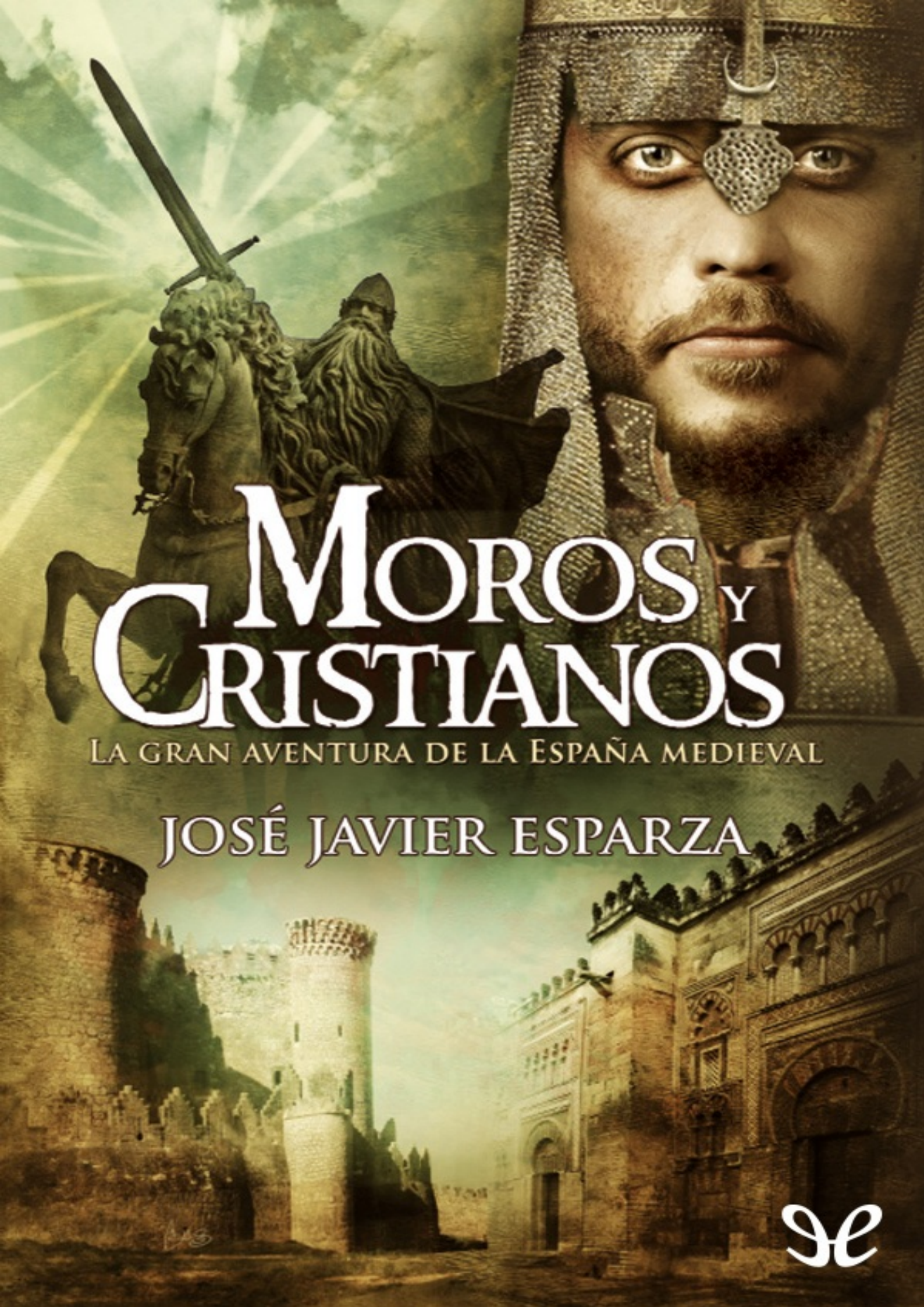

MOROS Y CRISTIANOS
LA GRAN AVENTURA DE LA ESPAÑA MEDIEVAL
JOSÉ JAVIER ESPARZA

José Javier Esparza comienza la historia de este libro donde terminó La gran aventura del Reino de Asturias —del que lleva vendidos más de 30.000 ejemplares—. Han concluido los tiempos agónicos de la primera resistencia cristiana contra el invasor musulmán y entramos en una España de moros y cristianos donde no siempre es fácil separar historia y leyenda: una España de doncellas cautivas y reinas moras, de guerreros y trovadores, de monjes y comerciantes en un tiempo en el que la vida era una apuesta continua.

El periodo de Reconquista que ahora se abre —desde el siglo X al comienzo del XIII— no va a ser más pacífico que el anterior pero el escenario se amplía hacia el sur de las montañas y asistimos al nacimiento y expansión de los reinos cristianos: Castilla, Navarra, Aragón y Portugal, enfrentados al poder de Al Ándalus.

En esta España de los cinco reinos vivirán, guerrearán y amarán personajes míticos que, sin embargo, existieron realmente, como el gran Abderramán, el conde Fernán González, Almanzor, el Cid Campeador o la reina Urraca, enfrentados en batallas épicas que cambiaron el curso de la historia, hasta llegar, en 1212, al lance definitivo: Las Navas de Tolosa.

«La necesaria continuación de La gran aventura del Reino de Asturias, el libro de historia más vendido de 2010»

José Javier Esparza

Moros y cristianos

La gran aventura de la España medieval

ePub r1.3
Titivillus 23.10.2018

Título original: *Moros y cristianos*

José Javier Esparza, 2011

Editor digital: Titivillus

Estilos y fuentes obtenidos del libro *La gran aventura del Reino de Asturias*, editado por nuestro compañero *Banshee*

ePub base r2.0

Índice de contenido

- Introducción. La gran aventura de la España medieval
- 1. Espíritu de reconquista
  - La irresistible ascensión del rey Ramiro
  - Los problemas del califa Abderramán
  - De Toledo a Osma: Ramiro frena al califa
  - Abderramán doblega a Navarra
  - Ramiro devuelve el golpe y devora Zaragoza
  - El destino se decide en Simancas
  - La frontera llega al Tormes
- 2. La supersuegra navarra y un conde en Castilla
  - La apuesta navarra: el talento de doña Toda
  - Y entonces los húngaros invadieron Aragón
  - Una mirada a la sociedad de la Reconquista
  - Cuando el reino se rompió por Castilla
  - Fernán González, el conde rebelde
  - Castilla gana; Ramiro, también
  - Y mientras tanto, ¿qué hacía el califa?
  - El ocaso de Ramiro: rompimiento de gloria
  - A Ordoño le siegan la hierba bajo los pies
  - Un torbellino sacude León; el rey aguanta
  - Tregua y muerte: la vida breve
- 3. Los días más tristes de León
  - Llega la hora (efímera) del gordo
  - El gordo, el malo… y la abuela
  - La férrea debilidad de una abuela
  - La dieta mora de Sancho el Craso
  - Sancho recupera el trono y Abderramán se frota las manos

Ordoño se humilla en la corte de Alhakén
El caso catalán y el imposible frente cristiano
La manzana de Sancho
4. Monjas, vikingos, jóvenes leones y gentes de a pie
La regencia de las monjas y la visita de los vikingos
La gente de a pie: del campesino libre al sistema señorial
¿Y cómo vivía aquella gente?
Muere Fernán González, el último de Simancas
Los jóvenes leones afilan las garras
De una derrota en Castilla a un crimen en Córdoba
5. Sueños de sangre y gloria: la España de Almanzor
¿Y cómo se vivía en Al-Ándalus?
El vertiginoso ascenso de Almanzor
La ambición de Almanzor golpea la frontera cristiana
García Fernández no pierde la cara
Así se construye una dictadura
Galib cambia de bando y pierde la cabeza
El épico sacrificio de Simancas
Guerra civil en León, sumisión en la España cristiana
¿Por qué Almanzor atacó Barcelona?
Cuando se emancipó Cataluña
El golpe definitivo sobre León
Almanzor quiere ser rey
Ruedan cabezas: el pobre Abdalá y los infantes de Lara
La última batalla de García Fernández
Almanzor destruye Santiago de Compostela
Los cambios del año 1000: despertar en Peña Cervera
Murió Almanzor, y sepultado está en el infierno
6. Así se hunde un imperio (Y la cristiandad levantó cabeza)

La descomposición de un régimen
De victoria en victoria hasta la derrota final
La agonía de la espada del Estado
El triste sino de Sanchuelo
El hundimiento
La decisión de Sancho García
El conde de Castilla entra en Córdoba
Un providencial bastardo en Ribagorza
Los catalanes también entran en Córdoba
Córdoba humillada
7. Un vistazo a la españa del año 1000
Los terrores del año 1000
La guerra medieval: el caballero
El nacimiento de nuestras lenguas
Gerberto, un papa para la Iglesia del año 1000
La Iglesia, gran reformadora política
La Iglesia, la ciencia y el papa Gerberto
El mapa de la cristiandad española
El Fuero de León: la obra de Alfonso V
Y mientras la cristiandad crece, el califato explota
¿Y qué es un reino de taifas?
8. Los hijos de Sancho: la España de los cinco reinos
La ambición de Sancho el Mayor
La Cataluña del abad Oliva
El enigma leonés
La disputada herencia de Sancho el Mayor
El nacimiento de nuestras ciudades
La épica muerte de Bermudo III, el último astur
Un navarro de Castilla se apodera de León

Ramiro inventa el Reino de Aragón
9. El rey cruzado que inventó Aragón
Aragón suma Sobrarbe y Ribagorza
Y en Cataluña, Ermesenda: una mujer de armas tomar
Crónica de sucesos: el caso del ladrón Arias Oduáriz
Los hijos de Sancho llegan a las manos
La batalla de Atapuerca
Entre Cataluña y Aragón
Las codiciadas parias de Zaragoza
Un traidor mató a Ramiro de Aragón
La cruzada de Barbastro
Contra yihad, cruzada; contra cruzada, yihad
La última cabalgada del rey Fernando
10. La España del Cid
La guerra de los tres Sanchos
Los hijos de Fernando: empieza la guerra civil
Sancho y Alfonso se comen a García
Golpejera: Sancho conquista León
Los muros de Zamora y el polémico Vellido Dolfos
La jura de Santa Gadea
Culebrón de amor y poder en la corte de Barcelona
El horrible final de la hermosa Almodís de la Marca
La melancólica historia de un abad aragonés
El reparto de Navarra y el crimen de Peñalén
Cambios profundos en la España de las taifas moras
El destierro del Cid
El Cid en Zaragoza
Toledo vuelve a ser cristiana
11. La invasión almorávide y el final del Cid

Llegan los almorávides
Sagrajas: la batalla que todo lo cambió
Alfonso recompone el paisaje y el Cid vuelve al destierro
Aquel loco año de 1090
La revolución almorávide en Al-Ándalus
Alfonso mete la pata y el Cid se lleva premio
El Cid, dueño de Valencia
De Lisboa a Gandía, pasando por Huesca
La batalla de Consuegra
Victoria y muerte del Cid Campeador
12. Alfonso y Urraca: un rey cruzado y una reina… atravesada
Así llegó al trono Alfonso I el Batallador
Se va el venerable Yusuf, emperador de los almorávides
Uclés: donde Alfonso VI perdió a su heredero
La tragedia del infante Sancho y los siete condes
Alfonso de Aragón, rey de Castilla
La revuelta gallega contra Urraca y Alfonso
Alfonso y Urraca llegan a las manos
La batalla de Candespina
Las maniobras de Pedro Froilaz y el obispo Gelmírez
La coronación del niño Alfonso Raimúndez
De Lugo a Carrión: esto ya es una guerra civil
La ruptura definitiva entre Alfonso y Urraca
13. Suena la hora de Aragón
Belorado: la primera feria comercial de España
¿Y qué pasaba con los almorávides?
Ramón Berenguer III contra los piratas de Mallorca
La conquista de Zaragoza
Un caballero de una pieza, Alfonso el Batallador.

El día que Urraca acabó desnuda en un lodazal
Urraca, al borde de un ataque de nervios
Alfonso el Batallador hace leyenda en Cutanda
El paisaje se recompone
La caravana mozárabe de Alfonso el Batallador
Y la reina Urraca se murió y Alfonso Raimúndez reinó
14. Traductores, infanzones, colonos y guerreros: esplendor medieval
La Escuela de Traductores de Toledo
La primera orden militar española
La repoblación de la frontera: los concejos
Los grandes espacios de Aragón
Caballeros de frontera: el tiempo de los infanzones
La represión almorávide y la subversión almohade
La cuestión portuguesa
15. El sueño imperial
La nueva generación
La muerte de Alfonso el Batallador
Un polémico testamento
Alfonso VII de León, emperador
Los problemas del Monje y la campana de Huesca
Ramón Berenguer IV y la niña Petronila: nace la corona de Aragón
Y por fin nace el Reino de Portugal
Cuando la catalana Berenguela salvó Toledo
Una crisis, un tratado y una boda
El hundimiento almorávide
La tremenda historia del frontero Munio Alfonso
Gloria y muerte del moro Zafadola
La conquista de Almería: cruzada multinacional
La nueva frontera de la corona de Aragón

La historia del Rey Lobo

Años de transición: el final del imperio

16. Almohades, trovadores, cistercienses y las primeras Cortes democráticas de Europa

La herencia de Alfonso VII y la muerte del joven Sancho

Y en ésas estábamos cuando, de repente, muere Sancho III.

La Orden de Calatrava: señores de la frontera

¿Y quiénes eran los monjes cistercienses?

Bronca en Castilla: los Lara contra los Castro

Un niño marca el destino de Aragón

La gran ofensiva almohade

La historia de Gerardo Sin Miedo

El final del Rey Lobo

Dos reyes de quince años, los trovadores y el amigo inglés

La alianza cristiana contra Abu Yakub Yusuf

La conquista de Cuenca: tres reyes y un pastor

Cómo dibujar un mapa a codazos

El acabose del califa: la batalla de Santarem

Convulsiones en el Imperio almohade

El gran proyecto occitano de Alfonso el Trovador

La difícil sucesión de Fernando II de León

Las Cortes de León: el primer parlamento democrático de Europa

17. De Alarcos a Las Navas: la hora suprema

Yusuf II se pone serio

La hora de la política: el bloque anticastellano

El camino hacia Alarcos

La batalla que nunca debió librarse

Retrato de un desastre

Paisaje después de la batalla

A perro flaco, todo son pulgas

Los reyes aumentan su poder a costa de los nobles
El asunto de los cátaros salpica al rey de Aragón
Hacia una nueva alianza
La gran cruzada del oeste
La batalla de Las Navas de Tolosa
Y esta historia se acabó (de momento)
Epílogo. El final de una época… y el principio de otra
Árboles genealógicos y mapas
Bibliografía
Sobre el autor

Para Aurora.

Introducción

La gran aventura de la España medieval

Hubo un momento en el que la España histórica, la Hispana que habían creado los romanos y que se perpetuó con los visigodos, estuvo a punto de desaparecer. Fue en el año 711, cuando una potencia extranjera intervino para decidir una guerra civil. Dos facciones de la élite goda se enfrentaban por hacerse con la corona. Una de ellas llamó en su socorro a los extranjeros. Lo mismo había pasado otras veces, pero en esta ocasión ocurrió algo nuevo: los extranjeros, una vez cumplido su objetivo, no volvieron a su casa, sino que se quedaron aquí y se hicieron con el poder. Esos extranjeros eran los musulmanes del norte de África, que desde medio siglo antes estaban protagonizando una prodigiosa expansión por toda la cuenca del Mediterráneo y hasta las inmensas extensiones de Persia. Así comenzó la invasión musulmana de la Península Ibérica.

En muy pocos años, los nuevos amos se extendieron por toda la vieja Hispana. Con el poder local en plena descomposición, no les costó demasiado conquistar los principales centros de la vida española: Toledo, Sevilla, Mérida, Zaragoza y las áreas más fértiles y ricas de la Península, desde los valles del Guadalquivir, el Tajo y el Ebro hasta el litoral mediterráneo. En ciertos lugares tuvieron que emplear la fuerza militar. En la mayoría de los casos, sin embargo, les bastó con llegar a pactos con los grandes terratenientes y los patricios de las ciudades. ¿En qué consistía ese pacto? En esto: a cambio de la conversión al islam y de una declaración de sumisión política, los poderes locales mantendrían ciertas libertades y los grandes propietarios conservarían sus posesiones. El poderoso Teodomiro, amo de lo que hoy es Murcia, se islamizó como Tudmir. El decisivo clan de Casio, en el valle del Ebro, se islamizó como Banu-Qasi. Las conversiones de este género debieron de contarse por millares. Y así, en muy pocos años, la Hispana goda se convirtió en un país bajo control musulmán.

Sin embargo, hubo un lugar donde el poder musulmán tuvo que retroceder: fue en un pequeño rincón de la Cornisa Cantábrica, al abrigo de los Picos de Europa. Allí, en Asturias, el tesón y la fe de unos pocos hombres, pegados a un terruño imposible, salvaron literalmente la cristiandad en

España. Entre colonos, monjes, reyes y guerreros, un minúsculo enclave en Cangas de Onís creció hasta convertirse en todo un reino que abarcaba desde el Duero hasta el Cantábrico, desde las costas atlánticas de Galicia y Portugal hasta las sierras de Álava y de Soria. Al mismo tiempo, el Imperio carolingio, en lo que hoy es Francia, marcaba una ancha frontera con los musulmanes a lo largo de los Pirineos: a eso se lo llamó Marca Hispánica y de ahí nacerían el reino de Navarra, el condado de Aragón y los condados catalanes. Desde ese momento, y durante dos siglos de hierro, la vieja Hispana cristiana y goda trató de sobrevivir frente al nuevo poder musulmán. Es la historia que hemos contado en otro volumen: La gran aventura del Reino de Asturias. Fue una epopeya extraordinaria. Pero era una historia que no había hecho más que empezar. Cuando el Reino de León se consolidó en el tercio norte de la Península, comenzó en realidad una aventura nueva: la gran aventura de la España medieval.

Viajemos ahora en el tiempo: estamos en León, noviembre del año 931, corte del rey Ramiro II. Han pasado ya dos siglos desde el episodio fundacional de Covadonga, cuando comenzó la resistencia contra el moro. Y ahora una tensa inquietud recorre las calles de la que fue ciudad legionaria, reconvertida en capital del viejo Reino de Asturias. Ramiro acaba de ser coronado tras una áspera guerra civil. Ya no es rey de Asturias: Ramiro es ya rey de León, que ése es el nuevo nombre del reino, y sus dominios abarcan desde Galicia hasta Álava y desde el Cantábrico hasta el Duero. León tampoco es Oviedo: al cobijo de las viejas murallas romanas han ido acogiéndose centenares de personas venidas de todas partes, lo mismo nobles que siervos, lo mismo astures que mozárabes o francos, y el núcleo urbano, si así se le puede llamar, es un caos más bien menesteroso e insalubre. Pero es esa pequeña y caótica ciudad, capital de un reino precario, la que ahora, noviembre de 931, se conmueve por un hecho insólito: Toledo pide socorro. Es la primera vez que pasa algo semejante.

En efecto, Toledo, la vieja capital goda, pide auxilio al rey de León. Toledo es ciudad mora, sí, pero siempre ha sido muy celosa de su autonomía. Y ahora, ante la presión del emir de Córdoba, los toledanos prefieren recurrir al rey de los cristianos antes que doblar la cerviz. ¿Una ciudad mora pidiendo socorro a un rey cristiano contra el rey de los moros? Sí. Porque en esta España de moros y cristianos, y en este momento de nuestra historia, los campos no están definidos de manera tajante. En la España mora sigue habiendo numerosísimos mozárabes, es decir, cristianos bajo poder musulmán, que probablemente constituían todavía la mayoría de la población

en Al-Ándalus. Por otro lado, las viejas ciudades hispanas —Mérida, Zaragoza, la propia Toledo—, aunque obedientes a Córdoba, no van a dejar de amagar pactos con los cristianos cada vez que vean sus libertades amenazadas por el poder moro. Y además, en escenarios como el valle del Ebro y Navarra hay un intenso intercambio entre cristianos y moros, en paz unas veces, en guerra otras, haciendo el paisaje extremadamente fluido. Por eso los patricios de Toledo, sintiéndose presionados por Córdoba, resolvieron pedir socorro al rey de León.

La llegada de los mensajeros de Toledo a la capital leonesa debió de ser cosa digna de verse: no sabemos cómo fue, pero podemos imaginar una comitiva de notables personajes ataviados a la usanza mora, cruzando la áspera Meseta castellana, con rumbo a una ciudad lejana en un mundo que en realidad estaba comenzando a nacer. No perdamos de vista otra cosa: que Toledo recurriera a León significaba que los ricos estaban pidiendo ayuda a los pobres. Porque la España cristiana, a la altura del año 931, era el mundo pobre: sin capacidad para acuñar moneda propia, con rutas comerciales muy primarias, con una población bastante escasa y condenada a una economía de subsistencia. Y sin embargo, a pesar de esa precariedad, León estaba en condiciones de socorrer a Toledo. ¿Por qué? Porque aquel reino cristiano del norte había encontrado en la Reconquista una razón de ser: desde las crónicas de Alfonso III, a finales del siglo IX, la monarquía que pasó de Oviedo a León se había identificado plenamente con la herencia goda y por tanto reclamaba todo el territorio de lo que un día fue Hispania. Y esa doctrina, la recuperación de la «España perdida», había dado un sentido a todos los esfuerzos de aquella gente.

¿Cuál era entonces la situación? ¿Qué estaba pasando? Muy sumariamente, podemos decir que el paisaje estaba así: por una parte, los cristianos no sólo habían llevado sus fronteras hasta el río Duero, sino que incluso lo cruzaban hacia el sur en busca de nuevas tierras; los musulmanes de Córdoba, por su lado, consolidaban su frontera al sur del Sistema Central, de manera que la Meseta norte, todo lo que hoy es Castilla y León, quedaba abierta a las expediciones cristianas. O sea que, sólo dos siglos después de la invasión mora, más de un tercio de la Península ya era de nuevo cristiano. Y en los años siguientes la expansión cristiana hacia el sur iba a ser todavía más intensa. El escenario de la Reconquista ya no estará en las estepas del valle del Duero, sino en las sierras castellanas, en el valle del Tajo y en las grandes llanuras del Ebro. Hasta aquí vamos a trasladar ahora nuestro relato.

Todo esto abre una nueva etapa en la historia de la Reconquista, y eso es lo que vamos a contar en Moros y cristianos. Han terminado los tiempos agónicos del primer Reino de Asturias, aquellos tiempos siempre bajo amenaza, siempre al borde de la catástrofe, aquella resistencia desesperada contra un enemigo infinitamente superior, donde todos los días se jugaba la supervivencia de la cristiandad en España. El periodo que ahora se abre no va a ser más pacífico, pero el gran proceso histórico es otro: dejamos atrás la fase de la resistencia, primero, y de la consolidación después, y pasamos a una etapa nueva. Asistiremos al nacimiento y expansión de varios reinos cristianos en la Península, a su superioridad militar frente al islam y, en definitiva, a la conformación de las identidades históricas y políticas que van a dar lugar a España tal y como la conocemos hoy.

Varios reinos cristianos, sí: los cinco reinos. Y ahora es ya momento de hablar de ellos. Hasta entonces no había otro que el Reino de Asturias, que fue el primero que surgió en la Península como resistencia al islam y que reivindicó la herencia de la corona goda (Navarra vino después). El Reino de Asturias cumplió una misión histórica trascendental, decisiva: mantener viva la llama de la Hispana cristiana y romana frente a los musulmanes. Cumplida esa misión, convertido ya en Reino de León, el Reino de Asturias va a compartir protagonismo con otros poderes cristianos: Castilla, que es propiamente hija del reino asturleonés; Navarra, que va a ser el eje de la cristiandad peninsular durante mucho tiempo; Aragón y los condados catalanes, que tendrán que afrontar la parte más dura de la Reconquista sobre las sólidas posiciones musulmanas en el Ebro; y en el oeste nacerá, andando los años, el Reino de Portugal.

Todos estos reinos cristianos no siempre conforman un frente común. Con frecuencia los veremos aliados, pero con la misma frecuencia los veremos en guerra: las grandes familias se disputan la corona en combates que sólo pueden resolverse con la muerte de alguno de los contendientes. Se pelea con todos y contra todos. Vamos a asistir a intrigas sin fin y a maniobras donde la astucia se combina a veces con la crueldad, a veces con la grandeza de espíritu. Es verdad, eso sí, que todos los reinos cristianos mantienen un objetivo común: la proyección hacia el sur, la recuperación del territorio ocupado por los musulmanes. En eso todos están de acuerdo.

Naturalmente, los musulmanes no pondrán las cosas fáciles. Primero, Abderramán III elevará el emirato de Córdoba a la condición de califato —ya explicaremos aquí en qué consiste eso y por qué era tan importante— y

lanzará agresivas campañas contra la cristiandad española. Después, un brillante funcionario llamado Almanzor se hará con el poder en Córdoba y, convertido en caudillo, someterá a los reinos cristianos a su prueba más dura desde la invasión de 711. Pero Almanzor, que a punto estuvo de destruir todo lo ganado por la cruz en la Reconquista, morirá en el año 1002, y con él muere también su obra: el califato estalla en mil pedazos y nacen los denominados Reinos de Taifas. De esta manera las relaciones de fuerza se invierten: a partir de ahora, la España cristiana, más pobre pero más fuerte, impondrá sus condiciones a la España mora, más rica pero más débil. A mediados del siglo XII, dos tercios de la Península ya habían pasado a manos cristianas.

Esta debilidad de la España musulmana debería haber allanado el camino para la Reconquista del resto de la Península; pero el paisaje no atraerá sólo a los guerreros cristianos, sino también a dos tribus del norte de África fundamentalistas y guerreras: almorávides y almohades, que caerán sucesivamente sobre Al-Ándalus soñando con restaurar el esplendor perdido. Así vendrán nuevos tiempos de guerra sin fin. Finalmente, la batalla de Las Navas de Tolosa, en 1212, significará el ocaso definitivo del islam español. Y con ella empezará una etapa nueva.

Vamos a contar, en fin, tres siglos de historia de España. Tres siglos en los que pasaron muchas cosas, y todas ellas muy importantes. Los monjes de Cluny llegarán a España para revolucionar literalmente la cultura de la cristiandad medieval. En la arquitectura política de la España reconquista da empieza a cobrar un auge decisivo la nobleza, lo cual va a trastocar las relaciones de poder en nuestros reinos. Grandes contingentes de población europea vendrán a instalarse aquí, entre nosotros, atraídos por el reclamo de las nuevas tierras ganadas al islam y que se abrían ahora a los colonos. Al mismo tiempo, los mozárabes, esto es, los cristianos que vivían bajo el poder islámico del sur, afluyen en número creciente hacia el norte: veremos cosas tan prodigiosas como la marcha masiva de 14.000 mozárabes que abandonan Andalucía para repoblar Zaragoza bajo la protección de Alfonso el Batallador.

Los reinos cristianos lucharán entre sí por la hegemonía, pero también los reinos moros harán lo propio. En el complejísimo mosaico de esas relaciones de poder surgen figuras excepcionales como la del Cid Campeador, bien conocido, pero también otros muchos campeones de la caballería medieval que vendrán a visitarnos aquí, en estas páginas. Y con los caballeros vendrán a visitarnos, una vez más, los colonos que roturan tierras cada vez más al sur,

que fundan ciudades y que sobre ellas edifican leyes y derechos. Veremos, por ejemplo, cómo nacen en España las primeras Cortes democráticas de Europa: las de León.

Entramos en una España de moros y cristianos donde no siempre es fácil separar historia y leyenda: una España de doncellas cautivas y reinas moras, de guerreros y trovadores, de monjes y comerciantes, en un tiempo en el que la vida era una aventura continua. Pero empecemos por el principio: estamos en León, el 6 de noviembre del año 931. Ramiro II, que ya reinaba en Portugal y Galicia, está siendo coronado rey de León, es decir, de León, Asturias y Castilla. Todo el viejo reino, dividido a la muerte de Ordoño II, vuelve a estar en unas solas manos. En ese mismo momento, el caudillo de Córdoba, Abderramán III, que ha proclamado la guerra santa, está asediando Toledo. Los toledanos piden ayuda a Ramiro. El rey de León se dispone al combate. Algo, sin embargo, se interpondrá en su camino. La historia vuelve a comenzar.

1

ESPÍRITU DE RECONQUISTA

La irresistible ascensión del rey Ramiro

¿Y quién era este Ramiro II que acudía en socorro de la capital del Tajo? No era un rey cualquiera, Ramiro. Ojo a este caballero, porque va a ser el último gran rey de su estirpe y uno de los más señeros de la España cristiana. Pasará a la historia como El Grande, y con razón, por su energía y su talento estratégico. Sus enemigos musulmanes le llamarán «el Diablo» por su ferocidad en el combate. La Crónica de Sampiro dice de él que «no sabía descansar»: *labori nescius cedere*, casi las mismas palabras que las crónicas dedican a su padre, el rey Ordoño. El hecho es que con este incansable Ramiro, que reinará veinte años, León iba a conocer su momento de máximo esplendor. Pero ¿de dónde había salido Ramiro II?

Retrocedamos un poco. Vayamos al año 910. Es la fecha en la que el último gran rey de Asturias, Alfonso III el Magno, es obligado a abdicar por sus hijos. El reino, ya de León, se divide. Los hijos de Alfonso se reparten los territorios: García se queda con León; Ordoño, con Galicia y Portugal; Fruela, con Asturias. Nuestro Ramiro es hijo de Ordoño, el que se ha quedado con Galicia. En aquel momento es un mozalbete de doce años. En 914, García muere y Ordoño pasa a unificar de nuevo todos los territorios. Ordoño II, que asestó golpes decisivos a los musulmanes, reinará diez años. A su muerte estalla una guerra civil en Asturias: los hijos de Ordoño reclaman el trono, pero Fruela, el otro hermano del rey muerto, hace valer sus derechos y toma la corona. Y este Fruela, a su vez, muere de lepra al año siguiente —estamos ya en 925—, de manera que el conflicto se reproduce, ahora entre el hijo de Fruela —Alfonso Froilaz, el jorobado— y los hijos de Ordoño; entre ellos, Ramiro.

Fue un triste periodo para la corona leonesa. Ordoño había tenido seis hijos, de los cuales tres pelearán por la corona: Sancho, Alfonso y nuestro Ramiro. Cuando los hermanos Ordóñez —que así se les llamaba— consiguieron eliminar la oposición del hijo de Fruela, el paisaje quedó

bastante despejado: Alfonso (IV) era coronado rey de León, lo cual incluía los territorios de Castilla y Asturias; Sancho ocupaba la corona de Galicia y a Ramiro le correspondía reinar en Portugal, entre los ríos Miño y Mondego. Los tres eran reyes, pero la primacía jerárquica correspondía al de León, es decir, a Alfonso.

Y esa partición en reinos, ¿no implicaba una fragmentación del territorio, un debilitamiento político de la corona? No. En León había empezado a ocurrir desde los tiempos de Alfonso III algo muy importante, y es que va tomando forma la idea imperial: varios reinos unidos bajo un solo *imperium*. El modelo es, evidentemente, el del viejo Imperio carolingio de los francos, proclamado a su vez heredero de Roma: el rey, convertido en emperador, reparte el territorio entre sus hijos, que actúan como reyes cada cual en su parcela. Para la ideología de la Reconquista significa un decisivo paso adelante. Desde finales del siglo VIII, Asturias había empezado a verse como heredera natural del viejo reino godo, lo cual la legitimaba para reclamar el primer puesto entre los reinos de Hispania. Ahora, la idea imperial completaba la teoría: Asturias, metamorfoseada en Reino de León, no sólo reclamaba la herencia goda y la primogenitura entre los reinos cristianos, sino que además podía reivindicar el liderazgo de todos los territorios hispanos y, ojo, eso incluía también a los territorios sometidos al islam. Ésa es la trascendencia de la idea imperial leonesa.

Ramiro compartía, sin duda, esa doctrina imperial, que era, por así decirlo, la ideología dominante en el reino. Pero su puesto, de momento, está en otro lugar: en la dirección de un pequeño territorio elevado a la condición de reino, entre los ríos Miño y Mondego, en lo que hoy es el norte de Portugal. Vaya por delante que Ramiro no parece tener problema alguno con esa posición subordinada: acepta su puesto y lo ejerce a plena satisfacción. La región portuguesa es la que más avanza en la Reconquista: la frontera se proyecta tenazmente hacia el sur. Desde las plazas de Viseo y Coimbra se adivina ya el valle del Tajo. Ramiro era un hombre de aquella tierra: se había criado allí desde niño, acogido a los cuidados del caballero Diego Fernández y su esposa Onega. Allí se casó nuestro hombre con una noble local: Adosinda Gutiérrez, hija del conde Gutier Osóriz y, al parecer, pariente del propio Ramiro. Le dará tres hijos: Bermudo, Teresa y Ordoño. La repoblación de esta zona se había encomendado desde mucho tiempo atrás al infante Vermudo Ordóñez, hermano del viejo Alfonso el Magno. Para él trabajaban don Diego Fernández y doña Onega, que era sobrina de Vermudo. Cuando Vermudo y Diego envejezcan, Ramiro se impondrá por sí solo como líder

natural del reino; no sólo por su sangre real, sino también por sus cualidades personales.

En 926, como antes señalábamos, se resuelve el problema sucesorio. Los hijos de Ordoño apartan al hijo de Fruela, el jorobado, que queda confinado en un rincón de Cantabria, las Asturias de Santillana. Alfonso es coronado rey de León (Alfonso IV) y nuestro Ramiro lo es en su solar portugués. Esta coronación del año 926, en el caso de Ramiro, viene a ser la confirmación solemne de un liderazgo indiscutible. Porque Ramiro era osado e inteligente, religioso y caballeroso, y venía a ser el espejo de las virtudes características de la época. Un dato interesante: el primer gesto de Ramiro como rey en Portugal es formalizar una ceremoniosa muestra de agradecimiento a sus mentores, Diego Fernández y Onega, aquellos que le habían criado; como sus tutores ya habían muerto, Ramiro materializa su gratitud en la persona de la hija de éstos, Muniadona Díaz, y su esposo Hermenegildo González, a los que dona una villa con la firma de todo su séquito. Un hombre agradecido.

Ramiro podía haber quedado como rey local en su pequeño rincón portugués, pero el destino había dispuesto las cosas de otro modo y en apenas dos años se disparan los acontecimientos. Primero, en 929, ocurre algo imprevisto: su hermano Sancho, que reinaba en Galicia, al norte del Miño, muere, y la corona gallega va a parar a Ramiro. Y muy poco después, a la altura del año 931, la esposa del rey Alfonso IV de León, la navarra Oneca, muere súbitamente. Alfonso, que debía de amarla mucho, entra en honda depresión. El monarca leonés se siente incapaz de superar la pérdida: la dirección del reino representa ya para él un peso insoportable. Así que toma una decisión que iba a suponer un vuelco histórico: opta por retirarse al monasterio de Sahagún para entregarse a la oración. ¿Y la corona? Alfonso nombra un sucesor: su hermano Ramiro; nuestro Ramiro.

Es el 6 de noviembre de 931 cuando Ramiro II se hace coronar rey de León. Todos los territorios de la vieja corona vuelven a estar unificados bajo un solo cetro. Y parece que Ramiro tenía desde el principio ideas propias sobre el gobierno del reino. Para empezar, quiere hacer valer su posición ante los demás poderes de la Península. Y la primera oportunidad se le presenta con aquella llamada de socorro toledana, con la vieja capital goda levantada contra Abderramán. Ramiro se mueve con rapidez. Se traslada a Zamora y organiza un ejército para ejecutar la expedición toledana. Ha entrado ya el año 932.Todo está dispuesto para la marcha sobre Toledo. Pero entonces…

Pero entonces el rey recibe un mensaje inquietante. Se lo envía el obispo Oveco, a quien Ramiro había encargado el gobierno de la corte durante su ausencia. Y ese mensaje cuenta algo increíble: su hermano Alfonso, el anterior rey, retirado en el monasterio de Sahagún, se ha arrepentido de su renuncia, ha dejado el convento, ha reunido a sus partidarios y ha marchado sobre León para recuperar el poder. Es una gigantesca traición. Y no sólo eso, sino que el otro Alfonso, el jorobado, el hijo de Fruela II, al que habíamos dejado confinado en un pequeño rincón de Cantabria, se ha sublevado también. La corona vuelve a estar en peligro.

Nunca sabremos las razones por las que Alfonso IV, el monje, rompió su compromiso y quiso recuperar la corona. Tampoco sabremos si se había puesto de acuerdo con el otro Alfonso, Froilaz el jorobado, para sublevarse, o si éste se limitó a aprovechar la crisis para levantarse a su vez. Lo que sí sabemos es que Ramiro fue implacable. Primero recabó sus apoyos: tenía, incondicionales, los del conde castellano Fernán González y el rey navarro Sancho I Garcés. Después llegó a León, aplastó a los partidarios de su hermano Alfonso y a éste lo encerró en un calabozo. Acto seguido, se dirigió sobre Oviedo, donde estaban los rebeldes del jorobado, los aniquiló a su vez y encerró al jorobado y a sus hermanos. El castigo para los sublevados fue tan ejemplar como brutal: todos perdieron los ojos. Y así cegados, terminaron sus días recluidos en el monasterio de Ruiforco de Torío.

Salvaje, ¿verdad? Ésos eran, sin embargo, los usos de la época, y la corte leonesa no será una excepción. El hecho es que, ahora sí, Ramiro ya podía acudir en socorro de la capital toledana. Será su primera gran expedición militar. Y en el curso de la misma entrará en la historia una pequeña ciudad que entonces no era más que un villorrio subalterno: Madrid.

Los problemas del califa Abderramán

Y a todo esto, ¿por qué se sublevaba Toledo? Veamos: la España mora era rica y poderosa, pero estaba al borde de la descomposición; la España cristiana era pobre y de fronteras precarias, pero estaba sacando partido de la debilidad musulmana. Ése era el paisaje a la altura del primer tercio del siglo x. Así la frontera había bajado hasta más allá del Duero, así se habían fortalecido el reino de Navarra y los condados catalanes y aragoneses. Por eso ahora, año 932, podía el rey Ramiro concebir el proyecto de acudir a Toledo para ayudar

a la vieja capital hispana en su sublevación contra Córdoba. El poder musulmán había menguado de manera alarmante en los decenios anteriores. Al-Ándalus estaba en crisis. Por eso se sublevaba Toledo, una vez más. Y por eso el moro, Abderramán III, se veía obligado a intervenir. Pero ¿por qué el poder musulmán menguaba? ¿Qué pasaba en la España mora? Para entenderlo conviene retroceder un poco y reconstruir lo que había pasado en los últimos dos siglos. Así tendremos un adecuado mapa de la situación.

Recordemos: desde la invasión de 711, el poder musulmán, pactando con la vieja élite hispana o imponiéndose sobre ella, había ocupado los principales centros de riqueza de la España goda. Ahora bien, los moros no habían sido capaces de construir un sistema político sólido: primero, por las peleas tribales y étnicas entre los propios invasores; además, por la dificilísima integración de la población autóctona, ya fuera cristiana (los mozárabes), ya conversa al islam (los *muladíes*). El poder moro, asentado en Córdoba, no puede constituir un poder homogéneo. Los invasores —árabes, sirios, bereberes— son una minoría mal avenida que se reparte de manera conflictiva los dominios conquistados y que, además, ha de hacer sitio a las grandes familias locales que pactan con los nuevos amos y se convierten al islam para mantener sus privilegios. El resultado es un precario y problemático mosaico.

El poder instalado en la capital cordobesa, en efecto, no es capaz de otorgar solidez a los enormes territorios que nominalmente controla. Muy temprano, en los primeros decenios del siglo VIII, una pelea entre bereberes y árabes provocó el abandono de las posiciones musulmanas del valle del Duero; gracias a eso podrán los cristianos cantábricos constituir un reino. En cuanto al valle del Ebro, era musulmán, sí, pero no estaba bajo el control de Córdoba, sino de una familia local, aquella del conde Casio, islamizada como Banu-Qasi. Del mismo modo, quienes cortaban el bacalao en el área de la actual Extremadura no eran los invasores árabes, sino una familia local llamada al-Galiki, es decir, «los gallegos», y en lo que hoy es Murcia tampoco mandaban los extranjeros, sino ese otro noble hispanogodo llamado Teodomiro. Asimismo, en Toledo, por encima y por debajo de los gobernadores enviados por Córdoba, era determinante la influencia de los patricios de la ciudad, de origen hispanogodo e hispanorromano; de hecho, Toledo va a vivir en permanente insurrección durante siglos. Y el gran rebelde de la sierra malagueña, Omar ibn Hafsún, no fue un árabe ni un berebere, sino, al parecer, un godo de familia islamizada —Hafs— que se levantó contra el poder del emir.

¿España mora? Realmente, no. El poder cordobés contempló siempre la islamización de Al-Ándalus como una de sus prioridades políticas, pero, en la práctica, la islamización de la población hispana debió de ser muy superficial. Tanto que el mentado malagueño Omar ibn Hafsún, ya a finales del siglo IX, decide convertirse al cristianismo y levanta una iglesia en su fortaleza de Bobastro. No era un gesto gratuito: una hija de este rebelde Hafsún, de nombre Argéntea, morirá mártir en Córdoba por negarse a abjurar de la cruz. Los martirios de cristianos en la Córdoba del siglo IX atestiguan la fuerza de la vieja fe en el territorio formalmente musulmán del emirato. Del mismo modo, la emigración hacia el norte de mozárabes —la población cristiana de Al-Ándalus— no va a cesar en todo este periodo. Se calcula que a principios del siglo X la población cristiana *andalusí* se elevaba al 70 por ciento del conjunto; una mayoría sometida a un poder extranjero, reprimida en su libertad religiosa, obligada a pagar tributos para mantener su fe, pero numéricamente aplastante. Del 30 por ciento restante, la gran mayoría era hispana conversa: los *muladíes*. Los *andalusíes* de origen étnico árabe o berebere eran una exigua minoría; sin embargo, eran los que mandaban.

Sentado en la cúspide de este polvorín estaba el emir Abderramán III, que había llegado al trono cordobés en el año 912, con apenas veintiún años, y cuyo poder, en realidad, apenas iba más allá de Córdoba y sus arrabales. Pero Abderramán decide desde el principio de su reinado cambiar las cosas. ¿Cómo? Transformando violentamente la composición del emirato. Es una política muy agresiva que ha de atender varios frentes a la vez. Primer frente: el poder de los señores locales rebeldes, que había llegado a hacer que el emirato se desgajara en territorios distintos, desobedientes a Córdoba. Abderramán actuará aquí desplegando tenazmente una serie ininterrumpida de campañas, tanto militares como políticas, para reafirmar la hegemonía cordobesa sobre todo el territorio andalusí. Primero en Andalucía, después en Levante y en el Algarve, Abderramán irá recuperando a ritmo constante el control sobre todo el territorio. La Crónica llamada de al-Nasir lo cuenta así:

> *Conquistó España ciudad por ciudad, exterminó a sus defensores y los humilló, destruyó sus castillos, impuso pesados tributos a los que dejó con vida y los abatió terriblemente por medio de crueles gobernadores hasta que todas las comarcas entraron en su obediencia y se le sometieron todos los rebeldes.*

Segundo frente que tenía que atender Abderramán: el problema étnico, con esos eternos enfrentamientos entre mozárabes y musulmanes y, al mismo

tiempo, entre árabes y bereberes. Abderramán lo solucionará parcialmente importando grandes masas de población nueva, en particular los llamados «eslavos», que eran esclavos de origen europeo obligados a convertirse al islam. Y lo que fue más decisivo: a estos eslavos no los alojó sólo en los campos del emirato, sino sobre todo en el ejército y particularmente en la corte, de manera que en la vieja oposición entre árabes y bereberes entraba ahora un tercer elemento que trastornaba por completo las relaciones de poder en el mismo corazón de Córdoba.

Y tercer frente: la superficial islamización de la población andalusí, que no dejaba de representar un serio obstáculo para las pretensiones de poder de Córdoba. Porque en el mundo islámico, ayer como hoy, el poder político es inseparable del poder religioso, es la autoridad religiosa la que legitima el ejercicio del poder político y, por tanto, nadie puede aspirar a que se reconozca su soberanía si ésta no va acompañada de una autoridad religiosa incontestable. Aquí los emires de Córdoba tenían un problema o, mejor dicho, dos. El primero, que tenían que gobernar sobre un territorio en realidad poco islamizado; Abderramán, hijo de una concubina cristiana y nieto de una princesa navarra, también cristiana, conocía mejor que nadie esta debilidad del islam español. El segundo problema era que su poder no dejaba de estar subordinado, en materia religiosa, al del califato, que residía en Damasco; pero, además, en tiempos de Abderramán III surgió otro califato en el Magreb, en el norte de África, lo cual dejaba a Córdoba en posición un tanto desairada.

¿Qué hizo Abderramán para solucionar estos dos problemas? En primer lugar, acentuó la presión de la ley islámica sobre la vida social. Este proceso había comenzado un siglo antes, cuando los emires trajeron a la España mora los preceptos de la escuela jurídica *malikí*, abiertamente fundamentalista. Abderramán forzó la máquina y además intensificó la represión sobre los cristianos. Y para que no quedara duda alguna de quién era el verdadero amo, en el año 929 el emir tomó una decisión trascendental: se elevó a sí mismo a la condición de califa.

La diferencia es fundamental. El emir es un jefe político, no un jefe religioso; pero el califa, además de jefe político, es el sucesor de Mahoma, es decir, un jefe religioso, una autoridad espiritual. Al proclamarse califa, Abderramán reclamaba para sí todo el poder religioso, político y militar en el ámbito de Al-Ándalus. Prerrogativas que, entre otras cosas, incluían la

persecución y castigo de cualquier desviación religiosa, ya fuera musulmana, judía o cristiana.

Así nació el califato de Córdoba. En tanto que califa, Abderramán exigirá —y logrará— la sumisión de todos los poderes rebeldes en Al Ándalus. Y tras haber reunificado la España mora, el califa apuntará a la España cristiana: León, Navarra, Aragón, que estaban inquietando seriamente las fronteras cordobesas. Éste es el contexto en el que Abderramán III se dirige a sofocar la sublevación de Toledo. Y enfrente está un invitado al que nadie esperaba: Ramiro II, rey de León.

De Toledo a Osma: Ramiro frena al califa

Ya hemos llegado al momento decisivo: Toledo, año de Nuestro Señor de 932. La vieja capital hispanogoda, tenazmente rebelde, se ha sublevado una vez más contra Córdoba. En esta ocasión el levantamiento dura ya dos años sin que las tropas del califa, pese a su implacable asedio, hayan conseguido doblegar a los toledanos. Abderramán III estrecha el cerco. Los toledanos piden socorro a Ramiro II. Será la primera vez que los dos hombres se enfrenten; vendrán muchas más. De hecho, este episodio que empieza a orillas del Tajo terminará a orillas del Duero. Pero aclaremos algo: ¿por qué era tan importante Toledo?

Toledo era importante por dos razones: primero, por el prestigio simbólico de la ciudad, vieja capital hispanogoda, cabeza de la Hispana histórica y de la Iglesia española; además, era importante por su situación estratégica, dominando el valle central del Tajo y como nudo de comunicaciones entre Córdoba y Aragón, es decir, entre el centro y el este del territorio andalusí. Para Abderramán III, dominar Toledo era una cuestión elemental de prestigio: no podía blasonar de poder mientras Toledo fuera rebelde; además, necesitaba controlar ese nudo para garantizar su comunicación con Aragón. En cuanto a Ramiro II, es fácil imaginar lo que Toledo representaba para él: la capital que perdieron sus predecesores godos, la cabeza de la España perdida; recuperar Toledo era cumplir media Reconquista.

Bien: por esto era importante Toledo. Pero los toledanos, ¿qué pensaban? Pensaban, sobre todo, en su libertad. Toledo: vieja capital de los celtíberos carpetanos, romana desde el 192 a. C., rica en agricultura, favorecida por el comercio, activa en la minería del plomo y el cobre; sede episcopal cristiana

desde el siglo III, capital de la monarquía visigoda desde el siglo V. Toledo era el centro de España. Cuando la invasión mora, Toledo fue de las ciudades que obtuvo un estatuto privilegiado: aunque bajo dominio musulmán, las élites locales, islamizadas o no, mantuvieron una amplia autonomía. Esa autonomía la hicieron valer una y otra vez frente a los emires, con recurrentes episodios de rebeldía que Córdoba no pudo sofocar ni siquiera mediante represiones tan salvajes como la de la jornada del Foso. Más aún: en su momento, la Toledo musulmana no tuvo reparos en ponerse de acuerdo con el rey de Asturias, Alfonso III el Magno, para derrocar a los gobernadores impuestos desde el exterior y elegir a sus propios patricios. Ahora, año 932, la capital del Tajo vivía un nuevo episodio de este género.

Ramiro, solucionados los terribles problemas sucesorios que le asaltaron al ceñir la corona, pudo por fin disponerse a socorrer Toledo. Pero, cuando iba a hacerlo, sobrevino otro enojoso asunto: el rey tenía que cambiar de esposa. Y es el tipo de problema que no se resuelve de un día para otro.

¿Por qué tenía que cambiar Ramiro de esposa? Realmente, no lo sabemos. Ramiro, recordemos, estaba casado desde bastante tiempo atrás con una noble dama llamada Adosinda Gutiérrez, que le había dado tres hijos. Pero ahora Ramiro era rey de León, y eso cambiaba las cosas. En la casa real asturiana tenemos precedentes de reyes que cambiaron de esposa al ceñir la corona: su nuevo estado exigía sellar mediante matrimonio las alianzas del reino. En el caso de Ramiro parece, además, que había un inconveniente canónico, pues Adosinda era pariente cercana del nuevo monarca.

El hecho, en cualquier caso, es que Adosinda fue repudiada, aunque siguió manteniendo su estatus regio en sus tierras portuguesas y sus hijos no perdieron derechos legítimos. Y Ramiro, por su parte, se casó con una princesa navarra: doña Urraca, hija de los reyes don Sancho I Garcés y doña Toda. Navarra era desde hacía mucho tiempo el aliado fundamental de León; este matrimonio de Ramiro ratificaba la alianza. La reina Urraca Sánchez dará a Ramiro cuatro hijos: Sancho, Elvira, Teresa y Velasquita. A alguno de ellos lo volveremos a encontrar en nuestra historia.

Podemos imaginar que, con todas estas dilaciones, cuando Ramiro llegó a Toledo ya tenía poco que hacer. En efecto, Abderramán III había tenido tiempo de fortificar todas las posiciones de la margen derecha del Tajo, cerrando el paso hacia la capital rebelde. El ejército que Ramiro había reunido en Zamora pasó la sierra de Guadarrama y buscó un lugar donde instalar una base de operaciones. Lo encontró en la fortaleza omeya de Magerit, hoy

Madrid. Aquí, a orillas de un río escueto, el emir Muhammad había hecho construir una atalaya en torno al año 880 para vigilar los pasos hacia la sierra y lanzar ataques contra los reinos cristianos del norte; andando el tiempo, cambiaron las cosas y aquella base ofensiva se había convertido en una posición defensiva. Las tropas leonesas tomaron la ciudad y desmantelaron sus murallas; se desparramaron por las tierras más próximas haciendo abundante botín. Siguiendo una costumbre que se remontaba a los primeros tiempos de la Reconquista, Ramiro recogió a la población cristiana, que el poder musulmán había desplazado a los arrabales de la ciudad, y la llevó consigo hacia el norte. Y eso fue todo.

Un buen golpe, en fin, esta incursión de Ramiro en Madrid. Pero lo de Toledo ya no había quien lo levantara; con el Tajo fortificado, la ciudad estaba perdida. Abderramán III la sometió al fin: el 2 de agosto de 932 entraba el califa en la vieja capital goda, que perdía así su orgullosa libertad. Después llegó el otoño, y luego el invierno, y la guerra se paralizó. Parece ser que Ramiro no perdió del todo la esperanza de acosar Toledo, porque aún se mantuvo durante algunos meses por aquellas tierras. Pero entonces el rey recibió un mensaje alarmante: las tropas moras asomaban la cabeza por la frontera castellana. Y al frente del ejército sarraceno se hallaba nada menos que el propio Abderramán.

El mensaje en cuestión se lo había mandado al rey Ramiro el conde de Castilla, Fernán González, del que aún tendremos que hablar mucho en nuestro relato. El mensaje era muy nítido: las tropas califales habían cruzado hacia el norte y se habían presentado ante Castromoros, lo que hoy es la soriana San Esteban de Gormaz, a orillas del Duero oriental. Seguramente habían aparecido allí vía Guadalajara. Abderramán III esperaba sin duda asestar un severo golpe al osado Ramiro, ese audaz que había llegado hasta Madrid. Abderramán ya se había medido antes con Ordoño II, el padre de Ramiro. Una y otra vez el califa había subestimado la potencia militar de los leoneses, lo cual le valió serios estragos. Uno de ellos, por cierto, ante la misma San Esteban de Gormaz. ¿Había aprendido el califa la lección?

No, Abderramán no había aprendido la lección. Los ejércitos de Ramiro llegaron al lugar en muy poco tiempo. Aún no había empezado a apretar el verano de 933 cuando las tropas leonesas salieron al encuentro del contingente moro. Fue en Osma. El cronista Sampiro lo cuenta así:

> *Y el rey, invocando el nombre del Señor, mandó ordenar sus huestes y dispuso que todos los hombres se preparasen para el combate. Y el*

Señor le dio gran victoria, pues matando a buena parte de ellos y haciendo muchos miles de prisioneros trájolos consigo y regresó a su ciudad con señalado triunfo.

Ramiro salió con bien de este episodio que empezó a orillas del Tajo y se resolvió a orillas del Duero. Pero será tan sólo el primero de una larga serie que iba a prolongarse durante años. Y en cuanto a Toledo, Abderramán III ya podía presumir de haber sometido a la rebelde capital de la vieja Hispania, pero sería por poco tiempo. Cuando el califato se desintegre, a principios del siglo siguiente, Toledo se convertirá en taifa independiente. Y sólo medio siglo más tarde, Toledo volverá a ser cristiana. Pero esto es otra historia.

Abderramán doblega a Navarra

Acabamos de asistir a una escena de impacto: las tropas cristianas desarbolan a las del califa Abderramán a la altura de Osma, en Soria. Pero ¿qué se le había perdido a Abderramán en Soria? Es que el objetivo final del califa no era Soria, sino Navarra. Eso es lo que hay que contar ahora. Porque aquí se lucirá Abderramán con una de sus más audaces jugadas políticas.

En efecto, ¿por qué Soria? Las tierras sorianas habían sido uno de los escenarios más disputados de la repoblación. Al reino cristiano del norte le había costado mucho llegar hasta allí, al alto Duero. Entre otras cosas, las tierras de Soria cortaban el camino entre Aragón y la Meseta norte: eran un lugar de paso importante para el control musulmán de la Península y, por eso mismo, Córdoba hizo cuanto pudo para evitar que la colonización cristiana bajara hasta ellas. Ahora bien, lo que estaba en juego en este momento era algo más. Y el propio Abderramán nos desvelará el misterio cuando al año siguiente, verano de 934, repita la operación: otra vez una incursión contra la plaza de Osma. Porque el objetivo no era Osma; el objetivo era Navarra. Y el califa, esta vez, logrará su propósito.

¿Qué tenía Navarra para despertar la codicia del califa? Navarra se había convertido en una pieza esencial del equilibrio de poder. ¿Por qué? Por su situación geográfica. El Reino de Pamplona era el gozne que unía la España cristiana: la del Pirineo, en el este, con la del Reino de León, en el oeste. Además, era el colchón que separaba el reino de los francos, en el norte, y el califato de Córdoba, en el sur. Y por si esto fuera poco, Navarra era también el punto desde el que se podían controlar varias zonas clave: el rico valle del

Ebro riojano, codiciadísimo por su valor económico; el alto Duero, flanco oriental de la expansión castellana; los grandes llanos del Ebro aragonés, antaño feudo de los Banu-Qasi y ahora predio del califato de Córdoba.

Al calor de esa importancia estratégica, las grandes familias navarras habían ido construyendo un reino de cierto fuste. Hagamos memoria. Al día siguiente de la invasión mora, el territorio navarro quedó en manos de dos familias enfrentadas entre sí: los Íñigo y los Velasco, cada una de ellas aliada a los grandes poderes del momento; a los cordobeses los primeros, a los carolingios los segundos. Unos y otros protagonizaron distintos choques que se tradujeron en violentas alternancias de poder. De la dinastía Íñiga saldría Íñigo Arista, que en torno al año 824 estabilizó la situación: derrotó a sus rivales Velascos y creó el primer Reino de Pamplona. No lo hizo apoyado ni en cordobeses ni en carolingios, sino en los Banu-Qasi, la poderosa familia del valle del Ebro que había salvaguardado su dominio convirtiéndose al islam, y simultáneamente en el obispado de Pamplona. Así, en esa ambigua posición, nació y creció el Reino de Pamplona.

Después el paisaje fue cambiando. Navarra volvió los ojos hacia el Reino de Asturias. Los reyes de Oviedo casaron con princesas de Pamplona. La alianza entre las dos coronas se convirtió en una constante de la Reconquista. La última gran jugada de Alfonso III, al alba del siglo X, fue promover un golpe en Pamplona que apartó del trono al anciano Fortún, demasiado proclive a pactar con los moros, y encumbró a la dinastía Jimena en la persona de Sancho Garcés y su esposa Toda Aznar. A partir de ese momento, Navarra y León no sólo compartieron sangre real, sino que además combinaron sus operaciones militares y políticas. Sancho Garcés no perderá la oportunidad: va a extender sus dominios hacia Aragón y La Rioja, territorios que quedaron bajo la órbita de Pamplona.

Ahora, en el momento de nuestro relato, Pamplona sigue fuerte, pero la corte atraviesa por una situación delicada. Sancho Garcés ha muerto en 925 dejando un hijo menor de edad: García Sánchez. Mientras García crece, la regencia del reino la desempeña un hermano de Sancho: Jimeno Garcés. Pero quien controla los hilos de la corte es la reina viuda, doña Toda Aznar, que no sólo pesa en Pamplona, sino también en León. Vale la pena desenredar el ovillo familiar, porque es clave para nuestra historia: doña Toda, viuda de Sancho Garcés, madre del heredero García Sánchez, es además suegra de Ramiro II, porque el rey de León está casado con una hija suya, Urraca. El regente de Pamplona, Jimeno, muere a su vez en 931, cuando el heredero aún

no ha alcanzado la mayoría de edad. Se crea un turbio vacío de poder. Doña Toda navega como puede entre las ambiciones y las intrigas de unos y otros. Y ahí encontrará Abderramán un excelente argumento para meter la cuchara e imponer exigencias a los navarros.

¿Y qué pinta Abderramán en todo esto? ¿En nombre de qué podía el moro imponer sus exigencias a Pamplona? ¿Simplemente por la amenaza de las armas? No, había algo más: Abderramán podía plantear sus exigencias en nombre de la sangre. Porque resulta que Abderramán III era sobrino de la reina navarra doña Toda. En ese sentido, el califa de Córdoba podía plantear nada menos que una reclamación del trono navarro. Vamos a ver por qué.

Esta historia, aunque tiene bastantes cosas abominables, es muy relevante, así que hay que contarla con detalle. Mucho tiempo atrás, hacia 860, el emir Muhammad había hecho cautivo al heredero del trono navarro, Fortún Garcés. Este Fortún estuvo preso en la corte cordobesa nada menos que veinte años. Y no estuvo solo, sino que con él compartieron cautiverio algunos familiares; entre ellos, su hija Oneca. Esta Oneca, cautiva en Córdoba, fue dada en matrimonio al entonces príncipe Abdallah, luego emir. Oneca tendrá un hijo de Abdallah: Muhammad. La joven princesa volverá a Pamplona, donde se casará con el caballero Aznar Sánchez de Larraun. Oneca y Aznar tendrán una hija: doña Toda, la misma que ahora es reina de Pamplona.

¿Y qué fue del pequeño Muhammad, el hijo moro de Oneca? Muhammad se quedó en Córdoba: era el hijo predilecto del príncipe Abdallah. Pasará el tiempo y este Muhammad, medio omeya y medio pamplonés, tomará por esposa a otra cautiva cristiana: la concubina Muzayna. Y de Muzayna nacerá nuestro Abderramán. Ahora bien, esto no es todo. Cuando Abdallah llegue al trono, pensará en Muhammad como sucesor. Pero había otros hijos de otras esposas, y así, un hermano de Muhammad, un tal Mutarrif, que ambicionaba el emirato, decidió asesinar a su rival. Mutarrif mató a Muhammad. La cólera del emir Abdallah fue inefable. El padre ordenó la ejecución del hijo asesino: Mutarrif desapareció también. Y el pequeño Abderramán, huérfano, nieto de la pamplonesa Oneca e hijo de cristiana, será designado como sucesor. Ahora, 934,Abderramán estaba en condiciones de invocar sus derechos de sangre.

Recapitulando: Abderramán era nieto de la cautiva Oneca; la reina Toda, a su vez, era hija de Oneca; por tanto, el califa de Córdoba era sobrino de la reina de Pamplona. La situación es descabellada, pero así eran las cosas. Y más aún: como el rey Ramiro II de León estaba casado con una hija de Toda,

he aquí que Ramiro y Abderramán eran primos políticos. Desconcertante, ¿verdad?

Abderramán tiene noticia de los problemas por los que pasa la corte pamplonesa: un rey muerto, un regente igualmente difunto, un heredero menor de edad y una reina que es tía del propio califa. Y no tarda ni un momento en obrar en consecuencia. Todo parece dispuesto a propósito para que el califa se haga con el poder en Navarra.

Eso es lo que estaba haciendo Abderramán en el Duero en 934; por eso atacaba a la altura de Osma: no era Osma lo que le interesaba, sino Pamplona. Así, los ejércitos del califa cruzaron el Duero y siguieron camino hacia el norte. Llegaron a Navarra y amenazaron con asolarlo todo a su paso. La reina doña Toda, literalmente entre la espada y la pared, no tuvo opción: invocó sus lazos de sangre y pidió al califa que le concediera la paz. Era lo que Abderramán esperaba: el califa exigió que la reina acudiera al campamento musulmán como garantía. Doña Toda cedió. Ocurrió en Calahorra, donde Abderramán había instalado su cuartel general. Allí doña Toda, recibida con altos honores, se vio sin embargo obligada a rendir vasallaje a su sobrino Abderramán III. Éste reconoció a García, el hijo de Toda, como rey de Pamplona, pero no hay que engañarse: Navarra se sometía a Córdoba como reino vasallo. El equilibrio de poder en la Península sufría un vuelco determinante.

Pero el episodio no acabó aquí, Porque Abderramán, en el camino de vuelta, aprovechó para arrasarlo todo. Pasó por Álava y la asoló. Marchó después contra Burgos y el monasterio de Cardeña, donde mandó matar a doscientos monjes. No retrocedió hasta que un enjambre de partidas de «caballeros villanos», campesinos armados, haciendo guerra de guerrillas, empezó a incordiarle a la altura de Hacinas. ¿Y dónde estaba mientras tanto el rey Ramiro II? Estaba camino de Osma para cortarla retirada del califa. Ramiro llegó, en efecto: trabó combate con las tropas musulmanas y les infligió daños de cierta consideración. «Nuestro rey Ramiro les salió al encuentro en Osma y mató a muchos millares de ellos», dice una crónica. Mató a millares, sí, pero Abderramán III volvía a Córdoba victorioso y llevaba en las manos una baza extraordinaria: Pamplona, nada menos. El califa había roto a la cristiandad en dos.

Ramiro, señor de León y de Galicia y de Castilla y de Asturias y de Portugal, reclamaba el primer puesto entre las coronas hispanas. Pero Abderramán, señor de Córdoba y de Toledo y de Mérida y de Zaragoza, y

ahora, además, amo de Pamplona, podía exhibir títulos muy semejantes. Ramiro quedaba obligado a mover ficha con rapidez, y no podía ser una ficha cualquiera. Lo hará, y realmente demostrará un talento superlativo, a la altura de su rival.

Ramiro devuelve el golpe y devora Zaragoza

Difícil momento para Ramiro: sus fuerzas eran inferiores a las del cordobés, pero, si quería mantener el prestigio de la corona leonesa, tenía que mostrarse al menos tan fuerte como su enemigo. ¿Qué hacer? Ramiro necesitaba una solución. Y esa solución tenía que implicar también a Navarra, porque era preciso que el joven reino pamplonés volviera al marco de alianzas cristiano. Pero ¿dónde actuar? Tenía que ser un lugar que no exigiera una excesiva concentración militar, para no desguarnecer el propio frente; era decisivo, además, que el alcance político de la operación permitiera paliar los estragos causados por la debacle navarra. De momento, parece que el rey de León pactó un alto en las hostilidades con el califa; eso debió de ser hacia 935.Y fue quizás entonces cuando Ramiro puso sus ojos en una ciudad clave. Esa ciudad era Zaragoza.

Hablemos de Zaragoza, la linajuda capital del Ebro: asentamiento celtíbero, gran ciudad romana, sede episcopal visigoda y, desde la invasión de 711, centro de la Marca Superior de la frontera musulmana. En el sistema de poder moro, Zaragoza era una pieza crucial: la plaza desde la que se controlaba el norte de la Península. Por eso mismo será objeto de innumerables luchas de poder. Nada menos que Carlomagno quiso cobrársela en su momento; en el camino de vuelta sufrirá la derrota de Roncesvalles. Después, Zaragoza será piedra de discordia entre el emirato, que quería mantenerla bajo su control, y los Banu-Qasi, que la codiciaban para asentar su poderío en el valle del Ebro. Finalmente, hacia 890, Córdoba logró recuperar la ciudad desplazando a los Banu-Qasi e instalando allí a un clan árabe procedente del Yemen: los *tuyibíes*. Con el *tuyibí* Muhammad Alanqar (que quiere decir «Mohamed el Tuerto»), Zaragoza permaneció fiel a Córdoba. Pero ahora, año 935, había pasado ya mucho tiempo desde aquello y las cosas habían vuelto a cambiar.

¿Qué había cambiado en Zaragoza? En realidad, lo que había cambiado era la política de sus dueños. El secreto es el de siempre: el poder. Controlar

Zaragoza era una baza muy importante, tanto por el valor estratégico de la ciudad como por la riqueza de sus campos. Así los *tuyibíes*, poco a poco, empezaron a multiplicar los gestos de independencia frente a Córdoba. Abderramán III tendrá que intervenir varias veces para conservar la ciudad bajo su mando. Pero los *tuyibíes* se mantendrán en sus trece y no perderán oportunidad para manifestarse remisos al control del califa. La ira del califa, mientras tanto, crecía. Y estallará cuando, tras la derrota de los moros en Osma, en 933,Abderramán culpe directamente de ella al caudillo *tuyibí* de Zaragoza, Abu-Yahya, que las crónicas cristianas llaman Aboyaia.

Parece que el primer conflicto entre Abderramán y Aboyaia se saldó con un cierto acuerdo: Aboyaia manifestaba su obediencia a Córdoba y Abderramán, por su parte, concedía a los territorios de la Marca Superior cierta autonomía respecto al califato. Pero fue un acuerdo precario: Aboyaia no tardó en volver a multiplicar los gestos de independencia. Los documentos cristianos de la época incluso le llaman «rey de Zaragoza». De esta manera, corriendo el año 937, los *tuyibíes* zaragozanos llegaron a declararse abiertamente en rebeldía hacia Córdoba. Y Ramiro, el rey de León, supo dónde tenía que actuar. La Crónica de Sampiro, que es la canónica para el periodo de Ramiro II, cuenta así lo que sucedió:

> *Ramiro reuniendo su ejército se dirigió a Zaragoza. Entonces el rey de los sarracenos, Aboyaia, se sometió al gran rey Ramiro y puso toda su tierra bajo la soberanía de nuestro rey. Engañando a Abderramán, su soberano, se entregó con todos sus dominios al rey católico. Y nuestro rey, como era fuerte y poderoso, sometió los castillos de Aboyaia, que se le habían sublevado, y se los entregó regresando a León con gran triunfo.*

Una jugada magistral: Abderramán había golpeado a la cristiandad forzando el vasallaje de Navarra. Ahora Ramiro devolvía el golpe forzando el vasallaje de Zaragoza. Y con la diferencia nada desdeñable de que Navarra, después de todo, había sido sometida por la amenaza de las ar mas, pero Zaragoza se había entregado por propia voluntad. Las palabras de Sampiro sobre la intervención de los ejércitos leoneses hay que ponerlas en su justa dimensión: no fue necesario librar grandes batallas para que los castillos de Aboyaia se rindieran; las propias fuerzas del caudillo *tuyibí* se encargaron de la tarea. Sin duda los *tuyibíes* aspiraban a heredar la determinante influencia que un día tuvieron los Banu-Qasi.

¿Y no había roto así Ramiro la tregua pactada con Córdoba? En realidad, no: los ejércitos cristianos no habían atacado a los califales, sino que se habían limitado a actuar en un asunto político en un territorio que no se consideraba sujeto al califa. Y hay otra cosa que es preciso añadir: entre las tropas que quedaron en Zaragoza respaldando a Aboyaia no había sólo contingentes leoneses, sino también guarniciones navarras. ¿Navarros? ¿Y qué hacían allí? Sin duda la reina doña Toda paladeaba su venganza por la humillación sufrida tres años atrás.

Abderramán no iba a quedarse quieto, evidentemente. Enérgico y expeditivo, el califa atacó con todo lo que tenía los territorios de los *tuyibíes*. Cercó y conquistó Calatayud. Hizo lo propio en Daroca. Llegó a las puertas de Zaragoza. Allí Aboyaia se vino abajo: incapaz de aguantar, se rindió antes de entablar combate y pidió perdón a Abderramán III. Lo que hizo el califa, según parece, fue exigirle una muestra de fidelidad: que las fuerzas de los *tuyibíes* combatieran junto a las del califa. Porque los combates no habían acabado; ahora Abderramán apuntaba contra el Reino de León.

Esta campaña del califa por tierras cristianas, a la altura del año 938, no tuvo otro objeto que crear terror: se trataba de devolverle a Ramiro el golpe de Zaragoza sembrando la desolación en la frontera. Sabemos que las tropas de Abderramán ejecutaron distintas *aceifas* localizadas en el Duero oriental. En una de ellas, el califa ordenó decapitar a doscientos prisioneros cristianos: sus cabezas fueron enviadas a Córdoba como muestra del poder de Abderramán. Ibn Hayyan cuenta un episodio semejante por las mismas fechas: el califa apresa a cien nobles leoneses, los lleva a Córdoba y allí ordena decapitarlos ante la multitud, a modo de signo de fuerza. No podemos saber si realmente eran nobles ni en qué batalla habían caído presos aquellos desdichados, pero, en cualquier caso, está claro lo que pretendía Abderramán: aplicar sobre el reino cristiano del norte un castigo que nadie pudiera olvidar.

Y esto sólo era el principio. Porque, como culminación de ese castigo, el califa de Córdoba maquinó una operación decisiva: la «Campaña del Supremo Poder». Era ya el año 939. Abderramán llamó a la guerra santa contra el infiel. Alineó un ejército de más de cien mil hombres. El propio califa se puso en cabeza. Una tormenta de hierro y sangre iba a desencadenarse sobre el Reino de León. La inmensa fuerza de Córdoba se lanzó contra las fronteras cristianas. El mundo contuvo el aliento. Ni los leoneses ni el propio califa podían imaginar siquiera lo que pasaría después.

El destino se decide en Simancas

Debió de ser algo digno de verse: día y noche resonaba el pregón en todas las mezquitas musulmanas del califato, tanto en España como en el norte de África. Miles de fieles acudían entusiasmados a aportar armas, caballos, dinero, comida, incluso sus propias personas. La guerra santa es un precepto religioso fundamental en el mundo islámico; de él se valió Abderramán para movilizar a sus súbditos. Lo que se jugaba era mucho. No una aceifa más, no una campaña de saqueo como las que Córdoba acostumbraba a lanzar, sino un ataque directo contra el mismo corazón del reino cristiano: nada menos que la ciudad de Zamora.

¿Cuántos hombres llegó a alinear Abderramán III en esta Campaña del Supremo Poder? Casi todo el mundo coincide en dar por válida la cifra de cien mil hombres. Es un número extraordinario. Nunca se había visto nada igual. ¿Y de dónde había salido toda aquella gente? De los cuatro rincones del califato. Todas las banderas de las diferentes provincias de Al-Ándalus allegaron tropas. El propio Aboyaia, el de Zaragoza, acudió con su gente. Fue especialmente numerosa la aportación de Mérida y el Algarve, bajo el mando del príncipe al-Modhaffar. Hubo también un grueso contingente de guerreros magrebíes traídos del norte de África. El propio califa puso en el envite a toda su caballería, reforzada con abundantes huestes eslavas. El 28 de junio de 939 partía Abderramán desde Córdoba en dirección a Toledo. El califa había dejado dispuesto que, a partir de ese momento, en la Mezquita Mayor cordobesa se entonara todos los días la oración de campaña, y con un texto muy preciso: una anticipada acción de gracias por el indudable éxito de la campaña. Era, en efecto, la Campaña del Supremo Poder.

Sorprende que Abderramán pusiera tanta carne en el asador. ¿No era imprudente concentrar toda la fuerza disponible en un solo punto? Lo era, sí. Pero, al parecer, el califa estaba especialmente enojado. No sólo Ramiro le había desafiado al tramar aquella jugada de Zaragoza, sino que, además, había cuestiones palaciegas por medio.

En efecto, según ciertas crónicas árabes, todo había empezado cuando un alto funcionario de la corte cordobesa, de nombre Ahmed ben Ishac, manifestó opiniones *chiíes*, es decir, partidarias de Alí, primo y yerno de Mahoma, opuesto a la corriente *sunní*, que era la oficial en la Córdoba mora. Fuera por esta disidencia religiosa o fuera por otras cuestiones, el hecho es que Abderramán, que nunca fue un tipo flexible, ordenó prender, torturar y

matar a este Ahmed. Ahora bien, Ahmed tenía un hermano llamado Omaiya que ejercía de gobernador en Santarem, en Portugal. Y Omaiya, al conocer el asesinato de su hermano, cruzó la frontera, fue a ver al rey Ramiro y le ofreció sus servicios. ¿Qué servicios? De entrada, una expedición leonesa sobre tierras de Portugal. Parece que en esta campaña las tropas de Ramiro II llegaron hasta Badajoz y regresaron por Lisboa cargadas de botín. Esta campaña tuvo lugar tal vez en el año 938. La deserción de Omaiya y la campaña portuguesa de Ramiro habrían sido, en este caso, la causa directa de que la animadversión de Abderramán hacia su enemigo leonés alcanzara el punto de ebullición.

Así, en fin, llegó el gigantesco ejército del califa al campo de batalla. El objetivo era claro: no el Duero oriental, como otras veces, sino Zamora, la ciudad reconquistada por Alfonso III en 901, contra la que ya se habían estrellado alguna vez las acometidas sarracenas. Un punto vital: derribar Zamora equivalía a abrir la puerta del interior del reino cristiano del norte, algo que las armas musulmanas no conseguían desde muchísimo tiempo atrás. Pero, además, Zamora era el punto central de la Reconquista en el Duero, de manera que acabar con aquella ciudad significaba desmantelar toda la obra repobladora cristiana del último medio siglo. Con ese objetivo comenzó Abderramán a concentrar sus fuerzas al norte del Sistema Central. Y reunida la muchedumbre armada, la lanzó contra el primer obstáculo que se interponía entre el moro y su meta: la fortaleza de Simancas.

Simancas, junto a Valladolid, a unos noventa kilómetros al este de Zamora. Porque Ramiro II, enterado de lo que se le venía encima, había llevado hasta allí a sus huestes leonesas, asturianas y gallegas. Y tampoco se había quedado corto, el rey cristiano: movilizó a toda la gente que pudo, no sólo de su propio reino, sino también de los reinos vecinos. Por supuesto, Fernán González y Asur Fernández, condes de Castilla y obedientes a Ramiro, acudieron con todas sus fuerzas. Pero es que incluso la reina doña Toda de Pamplona, jugando sobre el filo de la navaja, aportó tropas navarras y aragonesas para la ocasión.

Es el 19 de julio de 939 y dos fuerzas descomunales empiezan a converger en torno a Simancas. Pero entonces, a las siete de la mañana, ocurre algo estremecedor: el sol desaparece. Así lo refiere la crónica árabe de Kitab al-Rawd:

> *Encontrándose el ejército cerca de Simancas, hubo un espantoso eclipse de sol, que en medio del día cubrió la tierra de una amarillez*

oscura y llenó de terror a los nuestros y a los infieles, que tampoco habían visto en su vida cosa semejante. Dos días pasaron sin que unos y otros hicieran movimiento alguno.

Las crónicas cristianas, por supuesto, también mencionan el episodio. Así lo cuenta la Najerense:

Entonces Dios mostró una gran señal en el cielo y el sol se volvió en tinieblas en todo el mundo por espacio de una hora del día. Nuestro rey católico, al oírlo, dispuso marchar allá con un gran ejército.

Un eclipse de sol, en efecto. Durante algo más de una hora el sol desapareció. Y aquel prodigio natural selló la suerte del califa.

La batalla comenzó el día 1 de agosto. Duró cuatro largos días. El califa la abrió con un ataque masivo. Los cristianos, a pesar de un leve retroceso inicial, aguantaron sus posiciones ante los muros de Simancas. Poco sabemos sobre el desarrollo material de la lucha. Según fuentes posteriores, los ejércitos del califa sufrieron las consecuencias del mal entendimiento entre sus generales: el mando supremo lo ejercía un eslavo de nombre Nadja (ya hemos hablado aquí de la masiva importación de eslavos para los ejércitos de Abderramán), pero los otros generales, mayoritariamente de etnia árabe, soportaban mal la autoridad de un extranjero. Esto puede ser verdad o puede ser una justificación a posteriori. El hecho, en todo caso, es que el enorme ejército musulmán empezó a ceder.

Cuando amaneció el día 6 de agosto, Abderramán reflexionó. Los cristianos habían sufrido grandes estragos, pero Simancas seguía intacta y además las bajas moras sumaban ya decenas de miles. Cuanto más durara el combate, más se multiplicarían las posibilidades de un descalabro musulmán. Todavía estaba a tiempo de regresar a Córdoba con cierto decoro. Después de todo, siempre podría vender la operación como un severo castigo al orgullo cristiano. La Campaña del Supremo Poder había cumplido su objetivo. Así, el califa decidió levantar el campo.

Abderramán optó por lo que consideraba una retirada a tiempo, pero Ramiro también debió de reflexionar en ese mismo instante. El mayor ejército musulmán jamás visto hasta entonces retrocedía ante sus ojos. Al califa le esperaba un largo y tortuoso camino de vuelta hasta su frontera. No era momento de bajar la guardia. Y así el rey de León decidió perseguir a los fugitivos. La batalla aún no había terminado.

Alhándega: retengamos este nombre. Como esto no es una novela de misterio, podemos contar el final de la historia: los ejércitos del califa, ya muy maltrechos después de Simancas, empujados por la presión cristiana, quedaron definitivamente destrozados en un paraje de barrancos y gargantas, víctimas de una emboscada implacable. Ese paraje era Alhándega. Pero el misterio de Alhándega no es lo que pasó allí, sino dónde está ese sitio, porque nadie lo sabe con seguridad. Hay varias hipótesis, unas más verosímiles que otras. ¿Las vemos? Lo que ocurrió fue tan importante que vale la pena hurgar un poco en este enigma.

Unos dicen que Alhándega es un barranco en las proximidades de Simancas. La palabra quiere decir exactamente eso: al-handaq, «barranco». Ahora bien, todas las crónicas dicen que los cristianos persiguieron a los moros durante varios días; siendo así, no se entiende que la batalla final fuera en las proximidades del mismo lugar donde habían comenzado las hostilidades. Otros señalan que Alhándega puede ser un poblado salmantino en el valle del Tormes; en ese caso, Abderramán se habría retirado en dirección suroeste, hacia Salamanca. Es posible, pero es una ruta extraña: demasiado lejos de cualquier fortaleza musulmana, con demasiado trecho que cubrir en un paisaje sin fuentes de avituallamiento.

Vamos a enumerar los datos fundamentales: la persecución sobre los moros duró varios días; Abderramán llevaba consigo tropas de muy distinta procedencia —desde Zaragoza hasta el Algarve portugués—; el califa necesitaba encontrar un refugio lo suficientemente fuerte como para acogerle a él y a su ejército; por último, el episodio se resolvió en un paraje de barrancos donde centenares de cristianos salieron de entre los riscos para tender a los moros una trampa letal. Eso es lo que sabemos. Y con todos esos datos en la mano, la solución al enigma sólo puede ser una.

Quizá la mejor manera de dar respuesta al enigma sea reconstruir los hechos. Volvamos, pues, a Simancas, a la altura del 6 de agosto de 939, cuando los musulmanes han levantado el campo y emprenden la retirada. El califa necesita acogerse a un punto fuerte, pero en la región no hay ninguno que ofrezca garantías. Busca entonces el cobijo de la fortaleza de Atienza, junto a la calzada que lleva de Sigüenza a Osma. Abderramán conocía bien ese escenario, donde había golpeado varias veces. Atienza está a doscientos kilómetros de Simancas: mucho trecho, pero no una distancia impracticable.

Tal vez Abderramán había pensado en la posibilidad de aprovechar su retirada para golpear sobre los pioneros centros de la repoblación cristiana en

aquellas tierras: el saqueo le permitiría avituallarse. En todo caso, las tropas de Ramiro II no le dieron opción. Tenaces, pisando los talones de su enemigo, forzaron a los moros a marchar sin pausa. Así cruzaron las actuales provincias de Valladolid y Segovia, hasta llegar a la raya que hoy separa Guadalajara y Soria. El califa pudo entonces pensar un «plan B»: hacerse fuerte en Atienza, recomponer sus filas y, con el apoyo de las tropas locales, volverse contra los cristianos.

En un determinado punto del camino, pasada la comarca de Ayllón, el paisaje se encrespa. El horizonte abunda en barrancos, gargantas y cerros. Atienza queda a un paso, pero la ruta no es cómoda. Allí debió de ser la hecatombe. Algunos sostienen que el escenario fue el pueblo de Caracena, en tierras sorianas; otros, que Albendiego, en el límite norte de Guadalajara. Era el 21 de agosto de 939.

Empujados por los cristianos que les persiguen, los moros se internan en el lugar fatal. De repente ven cómo en los flancos de las gargantas, saliendo de ninguna parte, surgen centenares de hombres. Son los pioneros de la zona, los repobladores cristianos de aquellas tierras, la Extremadura del Duero, que les estaban esperando. Muchas veces habrían pasado por allí las tropas moras camino de San Esteban de Gormaz, en sus *aceifas* contra la frontera oriental castellana; muchas veces habrían saqueado las tierras de los colonos. Ahora los colonos se tomaban la revancha. Los ejércitos del califa, empujados desde la retaguardia, y esta vez con el enemigo también a los lados y de frente, se ven sometidos a un ataque mortal de necesidad. Fue la mayor catástrofe que las huestes de Córdoba habían conocido hasta la fecha. Y será, también, la mayor victoria de Ramiro II de León.

Abderramán III pudo escapar a duras penas. Sobre el campo dejó, cuentan las crónicas, su cota de malla tejida con hilos de oro y un precioso ejemplar del Corán, venido de Oriente, maravilloso por sus costosas guardas y su sublime encuadernación. Del campamento mahometano —siguen las crónicas — «trajeron los cristianos muchas riquezas con las que medraron Galicia, Castilla y Álava, así como Pamplona y su rey García Sánchez». El propio jefe moro de Zaragoza, el sinuoso Aboyaia, fue hecho prisionero: permanecerá dos años encerrado en León. El botín fue extraordinario. La victoria de Ramiro II había sido total.

De vuelta a Córdoba, la ira de Abderramán fue inefable. Todos los jefes militares supervivientes fueron ajusticiados en público, crucificados ante la multitud. El califa ya nunca más volvería a encabezar una operación militar; a

partir de este momento, dejará ese asunto a sus generales y él se dedicará a construir monumentos y edificar ciudades. La Campaña del Supremo Poder había sido un supremo fracaso.

La batalla de Simancas, que así se llamó desde entonces aunque terminara en el enigmático sitio de Alhándega, fue un acontecimiento en todo el orbe conocido. Desde Bagdad hasta Roma y Aquisgrán, todo el mundo supo de la catástrofe de aquel ejército de cien mil hombres que se estrelló ante las fronteras de León. Las repercusiones de la victoria para el Reino de León fueron importantísimas. Entre otras cosas, iba a permitir que la repoblación descendiera hasta el río Tormes. Las campañas cristianas sobre tierra mora van a multiplicarse en toda la Meseta, desde Zamora hasta Soria. En Ramiro II podremos apreciar ahora no al rey guerrero, sino al gobernante de sabio tino. Venían años de esplendor para la Reconquista.

Ese mismo año, sin embargo, ocurría algo que a la postre sería trascendental y llenaría de sangre la España cristiana: en una pequeña aldea próxima a Algeciras nacía el niño Mohammed ben-Abi-Ahmer, que pasará a la historia con el nombre de Almanzor. Pero esto, una vez más, es otra historia.

La frontera llega al Tormes

Neutralizado por el momento el peligro musulmán, Ramiro se ocupó de poner orden en palacio. Mucho había crecido el reino desde los viejos tiempos de la corte de Cangas. León era ahora una pequeña potencia europea. Potencia, sí, pero poco organizada. Para que el reino cobrara un peso político proporcional al territorio que dominaba, era preciso organizar el poder. Lo cual pasaba por dos prioridades: una, controlar el espacio político de la corona; la otra, controlar a los controladores, es decir, mejorar la Administración.

Este último punto, el de la Administración, debió de traerle al rey más de un quebradero de cabeza por los inevitables equilibrios que se vería obligado a hacer entre las grandes familias leonesas, gallegas, asturianas, castellanas… En próximos capítulos conoceremos conflictos muy serios que sin duda tuvieron su origen aquí. De momento, limitémonos a señalar que Ramiro se preocupó mucho por reforzar la estructura administrativa del reino. ¿Y cómo se hacía eso? Ante todo, reglamentando bien las distintas jurisdicciones, es decir, quién mandaba en cada sitio y con qué competencias. El instrumento

fundamental de gobierno en el reino era la curia regia, una suerte de consejo áulico integrado por los grandes notables, tanto eclesiásticos como nobiliarios. Por debajo de ella, una serie de instituciones subordinadas, nacidas de forma más o menos espontánea, atendía los negocios de palacio. Ramiro se esforzó por racionalizar un poco todo eso, definiendo funciones y nombrando personas para desempeñarlas.

En cuanto al otro punto, el del control del territorio, se resume en una fórmula: organizar la repoblación. Hay que insistir en la importancia de este asunto. Cuando se habla de Reconquista, hay que entenderlo sobre todo así: un vasto y permanente movimiento de repoblación hacia el sur. Por un cúmulo de razones de todo género —demográficas, sociales, religiosas, políticas, económicas—, los cristianos del norte sienten la continua llamada de las tierras del sur, de eso que ha empezado a llamarse la «España perdida». Ahí el protagonismo no es tanto para los reyes como para los campesinos. Y ésa es la verdadera Reconquista.

En los siglos anteriores, la repoblación, el permanente descenso de colonos que van ganando tierras hacia el sur, había sido obra fundamentalmente de la iniciativa personal de los campesinos y los monjes. Después, y sólo después, el poder político —el rey y sus condes— organiza el espacio y lo introduce en los territorios de la corona, concediendo fueros y reglamentando la vida comunitaria. Ésta será la tónica dominante a lo largo de todo el siglo IX. Las cosas empiezan a cambiar un poco a principios del siglo X: junto a la colonización privada, la de los campesinos libres, aparece ya nítidamente definida la repoblación oficial, donde la iniciativa corresponde al propio rey. Y en los años siguientes, y hasta llegar a la altura de nuestro relato, hacia 939, la tendencia se intensifica: el protagonismo del rey y los nobles crece en las tareas de repoblación. Pero el peso fundamental lo seguían llevando las familias de campesinos que se instalaban en aquella tierra de peligros para llevar una existencia más libre.

Lo que Ramiro II hace después de su victoria de Simancas es tratar de organizar el territorio que ahora ha quedado en su manos, es decir, aproximadamente hasta la línea del Tormes. Del mismo modo que sus predecesores habían organizado el territorio hasta el Duero, Ramiro se ocupa ahora de introducir las nuevas tierras en el espacio político del reino. En los mapas que hoy hacemos sobre la España de estas fechas, hacia 939, suelen aparecer estas tierras al norte del Sistema Central como «emirato de Córdoba». No es verdad: no pertenecían al espacio político de León, pero

tampoco formaban parte de las divisiones administrativas cordobesas. Eran, más bien, una tierra de nadie.

Tierra de nadie, sí, pero no estamos hablando de un territorio deshabitado: los colonos del norte habían empezado ya a llegar aquí con sus familias y sus comunidades. Lo sabemos porque Abderramán, en su ofensiva hacia el norte, se ocupó de desmantelar varios núcleos de población: Olmedo, Íscar, Alcazarén, Portillo, etc. O sea que aquí, al sur del Duero, ya habían plantado sus reales los colonos cristianos. Y además lo sabemos porque, recordemos, quienes toman la iniciativa para descabezar al ejército del califa en Alhándega no son las tropas del rey —que iban detrás, persiguiendo a los moros—, sino los serranos del norte de Guadalajara y el sur de Soria, que son los que ejecutan la emboscada decisiva. También aquí habían llegado los colonos, en solitario, sin castillos ni fortalezas que les protegieran. Es decir que desde Salamanca hasta Guadalajara, en una línea paralela al Sistema Central, la iniciativa personal de las comunidades de campesinos y de monjes había ido mucho más allá de donde el poder del rey cristiano alcanzaba. Espíritu de pioneros.

Sobre esa realidad de hecho que era la presencia de colonos independientes en la «tierra de nadie», Ramiro extiende una red organizadora. Él mismo asume en persona la repoblación de la cuenca del Cea, en León, y se ocupa de instalar en los nuevos territorios grandes contingentes mozárabes, es decir, cristianos que habían huido de Al-Ándalus. Pero el paso más importante es la proyección de la frontera militar hasta el río Tormes: Ledesma, Salamanca, Peñaranda de Bracamonte, Sepúlveda y Vitigudino son, entre otros, lugares que Ramiro repuebla y fortifica. No son ciudades de nuevo cuño: se trata de localidades que ya conocían las azadas de los colonos. Pero el rey se cuida de introducirlas en el espacio controlado militar, política y económicamente por la corona. Ésta es ahora la nueva frontera del reino.

Como no hay reino grande sin manifestación externa de grandeza, Ramiro II se ocupó también de que sus súbditos vieran físicamente la importancia de la corona. Creó un nuevo palacio real y aumentó la corte. Junto al nuevo palacio levantó el monasterio de San Salvador, además de edificar el de San Marcelo y restaurar el de San Claudio.

Este celo religioso del rey merece comentario aparte. Desde los días de Covadonga, y sin paréntesis, el reino había decidido unir su identidad a la cruz: lo que definía al reino, de Oviedo primero, de León después, era su condición de reino cristiano. Y no era una mera justificación política, sino que

respondía a convicciones profundísimas. El propio Ramiro era un hombre de gran religiosidad. Hay una célebre declaración suya recogida en un documento del año 934, en la confirmación de los privilegios compostelanos, que lo expresa con toda nitidez. Dice así: «De qué modo el amor de Dios y de su santo Apóstol me abrasa el pecho, es preciso pregonarlo a plena voz ante todo el pueblo católico». Y en consonancia con tales sentimientos, el rey presidió en 946 la asamblea eclesiástica de Santa María de Monte Irago, convocada por iniciativa del obispo Salomón de Astorga para velar por la autenticidad de la vida cristiana. Eran tiempos de reformas y en Europa se respiraba ya el espíritu de Cluny.

Tal era el paisaje del Reino de León bajo Ramiro. Eso sí, no se piense que la actividad guerrera había desaparecido: los encontronazos militares con el enemigo sarraceno seguirán siendo una constante. Los moros lanzan campañas localizadas contra el reino hacia 940. Los castellanos contestan atacando Salamanca. Responden de nuevo los moros con una aceifa sobre Clunia y Peñafiel. Pero ninguno de esos golpes tendrá el alcance ni la dimensión de los que hemos visto en el inmediato pasado. Más aún: hacia agosto de 941, León, Córdoba y Pamplona firman una tregua.

Será una tregua efímera, porque las hostilidades se reanudarán sólo un mes después, y esta vez a cuenta de los ataques navarros contra las fortificaciones moras en Huesca. Pero, en todo caso, los efectos de Simancas iban a ser duraderos: el corazón del reino estaba a salvo de las campañas moras; el califa seguía recluido en Córdoba, edificando monumentos; la Reconquista se afianzaba en las tierras ganadas por los colonos.

Algo, sin embargo, empezaba a torcerse por donde menos lo esperaba Ramiro. Ahora lo veremos.

2

La supersuegra navarra y un conde en Castilla

La apuesta navarra: el talento de doña Toda

Hora es de ocuparse en profundidad de una de las mujeres más fascinantes de la Historia de España: la reina navarra doña Toda. Porque la gran dama pamplonesa, a fuerza de talento y cálculo (y de enredos familiares), llegó a ser determinante en la vida de todos los reinos peninsulares; no sólo de los reinos cristianos, sino también del propio califato de Córdoba. Y gracias a sus enjuagues, propios de una novela de intriga, Navarra se convertiría en una potencia de primer orden.

Para empezar, pongamos a la señora en su contexto: Toda Aznar, o Aznárez, era hija de la princesa Oneca de Pamplona y de don Aznar Sánchez de Larraun, y nieta del rey de Pamplona Fortún Garcés, de la dinastía Íñiga. Doña Toda nació hacia 876, cuando el Reino de Pamplona empezaba a tomar forma. Su abuelo Fortún, recordemos, había sido entregado como rehén a Córdoba, donde pasó veinte años cautivo junto a algunos de sus familiares. Allí, en Córdoba, la madre de nuestra protagonista, doña Oneca, cautiva también, fue entregada en matrimonio al príncipe Abdallah, de quien concibió a un pequeño Muhammad. Libre al fin, Oneca volvió a Pamplona y casó de nuevo con un caballero llamado Aznar. De ellos nació doña Toda. La cual, a su vez, fue dada en matrimonio a Sancho Garcés, de la familia Jimena.

Esto de las dinastías es importante en el Reino de Pamplona. Desde sus tiempos fundacionales —recordemos—, el poder en Navarra se lo habían disputado dos grandes familias: los Íñigos (o Aristas) y los Velascos. Ganaron los Íñigos, pero las vicisitudes por las que atravesó el reino en la segunda mitad del siglo IX hicieron que su poder fuera precario: siempre oscilando entre la alianza política con Asturias, la alianza de sangre con los Banu-Qasi, los intentos por extenderse hacia el Pirineo aragonés y la presión implacable de Córdoba. La situación dio un vuelco decisivo cuando el rey de Asturias Alfonso III, ya a principios del siglo X, tramó un golpe contra el rey Fortún, el

abuelo de nuestra protagonista. ¿Por qué derribar a Fortún? Al parecer, porque era demasiado proclive a pactar con los moros, con los consiguientes riesgos para el resto de la cristiandad española.

En realidad todo el mundo estaba contra Fortún: no sólo el rey de Asturias, sino también el conde de Pallars y la mayoría de los magnates navarros. La persona escogida para desplazar a Fortún es Sancho Garcés, el marido de nuestra dama. ¿Por qué? Por dos razones: en primer lugar, precisamente porque está casado con Toda, la nieta de Fortún, y cuando suba al trono lo hará en nombre de los derechos de nuestra amiga; en segundo lugar, porque representa a una familia nueva, los Jimeno, lo cual pone fin a la vieja querella entre Íñigos y Velascos. Le pone fin, sí, pero Sancho toma por bandera los derechos de una Íñiga: nuestra protagonista. Así la nueva reina, que tiene en ese momento treinta años, se ve convertida en pieza clave del equilibrio político en Navarra. Y pronto se las arreglaría para extender su influencia a todos los demás reinos de España.

Sancho I Garcés y doña Toda tenían las ideas muy claras: alianza férrea con Asturias-León y afirmación del poder de Pamplona desde el Pirineo hasta el Ebro. Las huestes de Sancho compartirán frente de combate con el Reino de León, ganando unas veces, perdiendo otras. Y la estrategia funciona: Navarra absorbe el condado de Aragón, baja la frontera hasta Nájera, marca fieramente su territorio frente a los señores musulmanes del valle del Ebro. Simultáneamente, los reyes de Pamplona van construyendo algo que ya es un Estado: reforman la corte, acuñan moneda —es el primer reino cristiano que lo hace en España—, estructuran el control del territorio en «tenencias»… y enlazan por vía de sangre con todas las familias que en ese momento pintan algo. Y aquí es donde la mano de doña Toda resulta fundamental.

La mano de doña Toda, sí. Y mucho más ella que su marido. Porque Sancho I Garcés muere en 925 y nuestra protagonista queda viuda. Tiene en ese momento cuarenta y nueve años. Su hijo García, el heredero, era todavía menor de edad. Difícil paisaje político: la reina, sola; en el gobierno, dos regentes cuya misión fundamental va a ser prevenir la competencia de los magnates pamploneses por el poder. La posición de nuestra dama es muy delicada. Sin rey en el trono, Toda es vulnerable. Pero la reina no era una mera consorte: fue en nombre de sus derechos como su esposo, Sancho, tomó la corona. Por lo tanto, lo fundamental era preservar esos derechos. A partir de esta posición, nuestra dama va a tratar de mantenerse en pie sobre un escenario inestable. Para empezar, Toda decide no volver a casarse;

seguramente porque su mano, en ese momento, se había convertido en la llave para dominar Navarra. Y además, la reina de Pamplona tenía bajo su control un capital político decisivo: sus hijas. Lo explotará a conciencia.

Toda y Sancho habían tenido siete hijos o, para ser más precisos, un hijo y seis hijas. Todas esas princesas se convertirán en bazas políticas para el Reino de Pamplona. Una de ellas, Sancha, se había casado en 923 con el rey de León Ordoño II. Ordoño muere al año siguiente, pero la casa de Pamplona ya tenía preparados los relevos. En aquel mismo año 923, otra de las hijas de Toda, Oneca, se había casado con un hijo de Ordoño, Alfonso, que muy pronto llegaría a ser rey como Alfonso IV; la prematura muerte de la princesa Oneca —aquí ya lo hemos contado— hundió a Alfonso en la melancolía y le llevó a abrazar la vida religiosa. Con Alfonso en el convento, toma la corona Ramiro II. Pero éste, nada más llegar al trono, también se casa con otra hija de doña Toda, Urraca, en 932. Mientras tanto, la viuda Sancha, pasado el luto por Ordoño, se casará primero con el conde de Álava don Álvaro Herrameliz y, muerto éste, con Fernán González, conde de Castilla. Y una cuarta hija, Velasquita, contraerá matrimonio con el conde alavés Munio Velaz, primero, con Galindo de Ribagorza después, y finalmente con el aragonés Fortún Galíndez.

León, Castilla, Álava, Ribagorza, Aragón… No hay territorio de importancia en la corona que no conozca la huella de doña Toda a través de sus hijas. Por supuesto, también para el hijo de Toda, García Sánchez, habrá matrimonio político. Y no uno, sino dos. Porque el joven García se casa primero con la condesa de Aragón, Andregoto Galíndez, y después, anulado ese matrimonio por razones de parentesco, con Teresa de León, hija del rey Ramiro II. De manera que, a la altura del año 940, doña Toda es algo así como la supersuegra de España.

Gestión de la sangre, gobierno de los genes: tales serán las armas de doña Toda, mujer sola al frente de un reino todavía pequeño y en situación vulnerable. Y esa gestión de la sangre no la aplicará sólo sobre el campo cristiano, sino también sobre el musulmán. Ya hemos contado aquí los azarosos lazos que la unían a Abderramán, nieto de doña Oneca, hijo de aquel Muhammad que la cautiva engendró. También hemos contado cómo Abderramán, sobrino de Toda, llega a Pamplona y amenaza con arrasar el reino. Toda invocará su sangre común, la de Oneca cautiva, para detener la amenaza. Pero Abderramán exigirá que, a cambio, Toda acuda al campamento moro y le rinda vasallaje como califa. La reina lo hizo. Trago amargo. Al

menos, logró que el califa reconociera los derechos de García, su hijo, el heredero de Pamplona.

Abderramán III debió haber sido un poco más cortés con su tía. Doña Toda no le perdonará la humillación. En cuanto pueda —y será muy pronto —, la reina tomará su venganza. Fue en Simancas, donde las armas de Pamplona comparecieron junto a las leonesas para descalabrar al califa. Tan relevante fue la participación de doña Toda en aquella trascendental batalla que, algunos años después, un cronista del monasterio de Sant Gall, en la Baviera alpina, escribía sobre Simancas y atribuía la victoria a la reina pamplonesa. Y parece que la venganza de la dama no se quedó ahí. En el año 941 los navarros atacan las posiciones moras en Huesca y en Tudela. García Sánchez ya reina como mayor de edad, pero es imposible no ver aquí la mano de doña Toda.

Nuestra dama protagonizará más episodios en esta política de los genes. La veremos inmersa en las disputas por el trono leonés. Defenderá a su progenie para que ocupe los puestos de cabeza en los reinos cristianos, pero no renunciará a la influencia que su sangre podía ejercer en su sobrino Abderramán, con el que no tardará en reconciliarse. También veremos aquí algún episodio abiertamente cómico, como el viaje de la ya anciana reina a Córdoba con su nieto Sancho el Craso, es decir, el gordo, para que los médicos del califa le pusieran a dieta. Pero ya llegaremos a eso.

Doña Toda murió en el año 958, a los ochenta y dos años de edad. Una longevidad prodigiosa para la época. Dejaba tras de sí un reguero de genes que se extendía por todas las grandes casas de la cristiandad, desde León hasta Ribagorza, pasando por Castilla y también por Córdoba. Ésas fueron las armas de una mujer sola a mediados del siglo X. Hoy está enterrada en el atrio del monasterio de Suso. Seguro que allí sigue tramando enredos.

Y entonces los húngaros invadieron Aragón

Era el mes de julio de 942.Aquí, en España, la gente iba a lo suyo: las hostilidades entre moros y cristianos continuaban. Mientras Ramiro II reorganizaba su reino, Navarra pugnaba por extenderse hacia el sur, los colonos de Castilla repoblaban la Extremadura del Duero y el califa Abderramán seguía dedicado a embellecer Córdoba. Pero en ese momento, julio de 942, todo el mundo se detuvo y suspendió el aliento. Algo tremendo

estaba ocurriendo en el norte de Aragón. Venían invasores. ¿Vikingos, como un siglo atrás? No: esta vez eran… ¡los húngaros! ¿Y quiénes eran los húngaros? ¿Qué se les había perdido aquí?

Guerreros terribles, pequeños, vivaces, de cabeza enteramente afeitada, piel tostada por la intemperie, brillantes ojos hundidos en el rostro lleno de cicatrices. Así pintan a los húngaros las fuentes de la época. Para acostumbrarlos al dolor y al sufrimiento, sus madres —cuentan los cronistas — muerden a los niños en la cara desde que los dan a luz, de ahí las cicatrices. Los húngaros no caminan, cabalgan. Viven a caballo, e incluso comen y hasta duermen sobre su cabalgadura. Devoran la carne cruda, a veces curada por el singular procedimiento de colocarla entre la silla de montar y la piel del caballo, para ablandarla (así, por cierto, se inventó el *steak-tartar*). Ataviados con pieles de animales salvajes, los húngaros beben la sangre de sus enemigos, cortan en pedazos el corazón de sus prisioneros y luego lo devoran como remedio medicinal. Ningún prisionero de los húngaros sobrevive: a todos les dan muerte, pues esta gente cree que en el más allá serán servidos por cuantos enemigos hayan matado en esta vida.

Así se pintaba a los húngaros a mediados del siglo X. Y la fuente que utilizamos no es la fábula popular, sino nada menos que el ilustrado Voltaire, que se hizo eco de las crónicas de la época ocho siglos después de que aquellos jinetes salvajes arrasaran Europa. Mucho terror debieron de levantar aquellos húngaros. No hay razones para creer que Voltaire, o sus fuentes, exageraran lo más mínimo. Decir «húngaro» era sinónimo de aniquilación. «Tan terribles fueron sus primeras invasiones, que llegó a creerse que eran aquellos pueblos de Gog y de Magog, de los que se habla en el Apocalipsis, y que debían venir al fin del mundo para castigar los crímenes de los hombres», dice otra fuente de la época. Pero ¿de dónde había salido esta gente, los húngaros, los magiares?

La verdad es que nadie puede decir con seguridad de dónde habían salido los magiares. Por sus características raciales parecen indoeuropeos. Por su lengua, sin embargo, no son indoeuropeos, sino que están emparentados con los fineses. Ahora bien, por sus costumbres y formas de vida tienen más relación con los mongoles, los tártaros y los hunos. ¿Hay solución para el misterio? Sólo hay hipótesis. Los húngaros de los que hablamos —o magiares, que lo mismo da—, estos que ahora llegan a España, acababan de instalarse en la actual Hungría. Retrocedamos. Situémonos en algún lugar de la estepa euroasiática, en torno a los montes Urales, tal vez hacia el siglo V.

Hasta allí llegan grupos humanos que vienen del norte, de la península de Kola, desgajados del núcleo ugrofinés; primos, pues, de los finlandeses. Estos grupos humanos se mezclan con los pueblos de las estepas y asimilan sus formas de vida. Incorporan elementos tártaros, hunos, turcos. Así se va configurando un pueblo nuevo y diferenciado; éstos son ya los magiares.

A finales del siglo IX, entre 889 y 896, siete tribus magiares bajo el mando de un jefe llamado Arpad se asientan en las llanuras de Panonia, en el curso meridional del Danubio. Así aparecen en la vida de Europa los húngaros, los magiares. A partir de sus bases de Panonia multiplican las incursiones sobre las tierras de Occidente. En 910 llegan a Francia. Invaden la Lorena y saquean los monasterios de Remiremont, Saint-Die, Moyen-Montiers, Eliyal… Vuelven cinco años después a la misma región, pero esta vez extienden sus depredaciones a Alsacia y Borgoña; la campaña de saqueo se prolongará por espacio de tres años. ¿Y los franceses no podían hacer frente a los húngaros? No: los problemas políticos del rey Carlos el Simple le impedían formar una fuerza capaz de frenar a los invasores. De hecho, el único magnate que acudió a la llamada del rey fue el arzobispo de Reims, Heriveo, y no pudo alinear a más de quinientos hombres.

Los magiares sacan provecho de la descomposición política del viejo Imperio de Occidente. Hacia 920 arrasan Italia. Cuatro años después, los grandes señores del sur de Francia hacen lo mismo que en su día hicieron los romanos: utilizar a los bárbaros para inclinar la balanza en sus luchas intestinas. Así, Berenguer contrata a los magiares para que ataquen a su rival Hugo de Provenza. Es 924. Los húngaros se derraman sobre la Provenza y el Languedoc asolándolo todo a su paso. No se detuvieron hasta que una providencial epidemia empezó a diezmar sus filas. Aprovechando la situación, el conde de Tolosa ataca a los húngaros y les obliga a huir. Es la primera derrota de los magiares, pero el paisaje que dejan tras de sí es desolador: «El país quedaba enteramente desierto; no quedaba un solo sacerdote para el servicio del culto divino», dicen las crónicas.

Los magiares se recuperarán pronto. Han aprendido que las tierras francesas son una presa fácil. Devastan Basilea y Verdún en 926. El rey Raúl consigue frenarlos, pero volverán diez años después, y esta vez sus campañas conocerán una amplitud pasmosa, desde Borgoña hasta el norte de Italia. Los magiares roban, matan, hacen esclavos, incendian… Las invasiones se prolongarán durante muchos años más, sin interrupción. Los ejércitos de los reyes de Francia lograrán detener reiteradas veces a los magiares, pero los

bárbaros siempre volverán a la carga. Hasta que en 955, en tierras alemanas, junto al río Lech, en Baviera, el emperador Otón el Grande les aseste un golpe decisivo. Esta batalla, llamada de Lechfeld, significa el final del terror húngaro en Europa.

En algún momento de esas correrías, en el año 942, los húngaros llegan a España. Las hordas magiares dejan su huella desde Lérida a Barbastro, sobre el curso del Cinca y en los llanos de Binéfar. Con toda seguridad han llegado hasta allí desde tierras tolosanas; consta que pasaron por el norte del condado de Barcelona.

Sabemos poco sobre los combates, si los hubo. Estas tierras, en aquel momento, eran la Marca Superior de Al-Ándalus. Para los moros era un lugar de gran importancia estratégica: una cuña entre las tierras cristianas de los condados catalanes, a un lado, y el Pirineo aragonés al otro. Se trataba, por tanto, de áreas bien defendidas, con abundante presencia militar. Hay que suponer que los húngaros encontrarían resistencia. Eso no les impidió capturar al gobernador moro de Barbastro, Boltaña y Alquézar, un tal Yahya ibn Muhammad, al que no soltaron hasta recibir un rescate de mil monedas de oro. Lo pagó un mercader de Tortosa. Para entonces los húngaros ya estaban asediando Lérida. Después, se marcharon por donde habían venido, dejando tras de sí la habitual estela de desolación y muerte.

Los húngaros no volvieron a España. Realmente les quedaba muy lejos. Por otra parte, no dejaba de ser un país en guerra; era mucho más asequible explotar el filón del sur de Francia. Y después, luego de la mencionada derrota de Lechfeld, en 955, ante los alemanes de Otón, el ardor magiar se enfrió notablemente. Acto seguido vino el acontecimiento decisivo: los húngaros se convirtieron al cristianismo. En Lechfeld había muerto el caudillo magiar, un tal Falicsi, nieto y heredero del viejo jefe Arpad. Muerto Falicsi, le sucede otro vástago de la sangre de Arpad llamado Taksony. Se abre un periodo de incertidumbre para los magiares, derrotados en el campo de batalla y obligados a cambiar de vida. Ese cambio lo liderará un hijo de Taksony: el príncipe Geza, que reinará durante el último cuarto del siglo X. Geza es quien instala definitivamente a su pueblo en las llanuras de Panonia, lo sedentariza y, aún más importante, introduce el cristianismo. Y un hijo de Geza, Esteban, conferirá su forma definitiva al reino de los húngaros: en el año 1000 se declaró súbdito de la Santa Sede y fue coronado rey. Hoy es San Esteban, patrón de Hungría. Porque con él entró el Reino de Hungría en el orden europeo.

Muchos años después, cuando seguramente ya nadie recordaba la campaña magiar sobre Lérida y Barbastro, una princesa española será reina de Hungría: Constanza de Aragón y Castilla, que casó con el rey húngaro Emerico I. Una vida formidable, la de esta Constanza: cuando Emerico muera, dejará Hungría y se casará con uno de los personajes más sugestivos de la historia medieval, el emperador Federico II Hohenstauffen. Y en los siglos siguientes aún habrá más princesas españolas reinando en Hungría. Pero ésta no es la historia que queremos contar aquí.

Una mirada a la sociedad de la Reconquista

A mediados del siglo x, el Reino de León va a vivir una seria crisis social. Esta crisis aflora con especial intensidad en un lugar muy concreto: Castilla. Bajo Ramiro II, León ha alcanzado su mayor apogeo no sólo en extensión territorial, sino también en perfección institucional. Pero es precisamente ese crecimiento del reino el que hará que toda la estructura se tambalee. Podemos anunciarlo ya: a Ramiro II se le va a romper el reino por Castilla.

La gran crisis leonesa suele explicarse a partir de la debilidad del reino frente a los nobles. Y en primer lugar, frente a los nobles castellanos, cuya presencia se había hecho cada vez más poderosa. Ahora bien, esta poderosa presencia de los condes castellanos es incomprensible si no se tiene en cuenta el hondo proceso de cambio social que comienza a vivirse en las tierras repobladas. Aquí contaremos por extenso por qué Castilla se desgajó de León, qué fuerzas llevaron a la independencia castellana, pero antes es preciso explicar qué estaba pasando en la sociedad leonesa a mediados del siglo x.

Por decirlo en dos palabras, la aristocracia estaba empezando a llevar (o lo intentaba) la voz cantante en los nuevos territorios de la corona. Hasta el momento habíamos visto comunidades de campesinos que colonizaban por su cuenta y riesgo; después el poder político —la corona ocupaba los territorios, otorgaba fueros e incorporaba a nuevos pobladores—. Ahora las cosas empezaban a cambiar. Sobre esas tierras así organizadas, los nobles, en nombre del rey, despliegan físicamente su poder. Es fácil explicar esto a partir de tópicos como la lucha de clases o las transformaciones económicas, pero la realidad siempre es más compleja que todos esos clichés, de manera que vamos a intentar acercarnos al fondo de la cuestión.

Para empezar, el fenómeno tiene dos caras. Por un lado, la tierra de frontera es un área especialmente expuesta a las acometidas musulmanas, de manera que necesita protección. ¿Quién puede brindar esa protección? La aristocracia militar, que ostenta el derecho de portar armas. Eso confiere a la nobleza un protagonismo indiscutible. Protagonismo, eso sí, con un poder limitado. Recordemos que en la España de este periodo, y en particular en el Reino de León, el noble no es dueño de la tierra sobre la que ejerce su jurisdicción. Uno es conde de Castilla, pero no es señor de Castilla. Ahora bien, aunque esas tierras no sean suyas, sino del rey o de los colonos, el hecho de prestar protección exige una contraprestación: los campesinos han de mantener al conde y a sus tropas. Ésta es la segunda cara del fenómeno, el deber de defensa implica que el defendido pague al defensor. ¿Cómo paga? Con bienes y servicios: grano, mieses, comida, y también trabajo. Nace así una relación de dependencia que adoptará la forma del vasallaje.

Es la lógica del feudalismo: el deber de protección requiere de la otra parte el deber de obediencia. Y cuando los bienes y servicios que el campesino aporta no basten, el protector pasará a exigirle algo más: la propiedad de hecho sobre sus tierras. Tal es el fenómeno que se viene verificando en Europa desde mucho tiempo atrás. Ha nacido el mundo feudal. ¿Y en España? En España habrá formas feudales muy claras en Galicia y también en los condados catalanes, pero se presentarán mucho más matizadas en el área de repoblación castellana. ¿Por qué? Primero, porque la dinámica de la repoblación ha dotado a los campesinos de derechos personales y colectivos que hasta cierto punto les salvaguardan de las presiones del poder; después, porque el clima bélico de la Reconquista ha empujado a los campesinos a defenderse ellos mismos, de manera que el uso de las armas no es privativo de los aristócratas y sus caballeros. Ambas cosas harán que el mapa social castellano presente rasgos muy singulares.

¿Y qué le pasaba a esta aristocracia guerrera para que su poder no fuera tan intenso como el de su homóloga europea? ¿Acaso era más floja o, alternativamente, más generosa? No: ni una cosa ni la otra. Lo que le pasaba era que partía de una posición sensiblemente distinta. Desde la invasión musulmana de 711, las grandes fortunas señoriales habían quedado completamente arruinadas en la mayor parte de España. Quienes no pudieron o no quisieron pactar con los musulmanes lo perdieron todo. Los clanes nobiliarios que se refugian en el norte han quedado literalmente con lo puesto. Su condición de origen les permite mantener una posición de preeminencia social en el reino, pero tal posición no viene avalada por una fortuna personal

o familiar. Ahora bien, precisamente la repoblación de tierras hacia el sur dará a esas familias una oportunidad para recobrar riquezas. Y en el lance, como es natural, aparecerán otras familias, una nobleza nueva que asciende al calor de la repoblación. En definitiva, la aristocracia española de la época es una nobleza pobre que encuentra en la Reconquista un medio para asentar su posición sobre la base de nuevas propiedades y nuevas tierras.

Veamos ahora otro aspecto importante del problema, las relaciones de producción. ¿Quién produce qué? ¿En qué condiciones? ¿Quién trabaja y quién es el amo del trabajo y de sus frutos? En la España de aquel momento hay un aspecto muy importante que debemos subrayar: no hay esclavitud. Contra lo que ocurría en la mayor parte de Europa y, desde luego, en la España musulmana, donde la esclavitud era una institución social comúnmente aceptada, en la España repoblada no hay esclavos. Hoy puede parecernos algo normal, pero en el siglo X era una radical novedad.

¿Por qué no hay esclavos en la España repoblada? Por dos razones. Una es la propia naturaleza de la Reconquista: la aventura de tomar tierras en zona de guerra implica grandes riesgos, y uno sólo toma riesgos cuando es libre. Los campesinos libres son los únicos que disponen de autonomía personal para intentar semejante osadía. La segunda razón es religiosa, cultural: la presión de la Iglesia, determinante en el proceso de la repoblación, veta de hecho la posibilidad de recurrir al sistema esclavista, porque no es aceptable esclavizar a un cristiano. Y en cuanto a los musulmanes que quedaban en las tierras recuperadas, la posición de la Iglesia será nítida: hay que convertirlos, no esclavizarlos. Por eso no había esclavos en el territorio leonés del siglo X, ni apenas tampoco en los otros reinos cristianos de la Península.

Como no hay esclavos, el trabajo se organiza bajo unas condiciones que podemos llamar «contractuales», o sea, de contrato, aunque, evidentemente, no en pie de igualdad. El pacto entre el señor y el campesino incluye dos cosas: protección por un lado, servicio por el otro. El señor intentará por todos los medios que esos servicios crezcan y crezcan, para su propio enriquecimiento. Y el campesino, a su vez, intentará hasta donde pueda que los servicios de su contraprestación se mantengan dentro de un límite razonable, para no perder su libertad. Así empieza a dibujarse la estructura de la sociedad señorial.

Pero he aquí que entra en el juego un tercer elemento, a saber: el rey. Sí, porque la corona, que emplea a los nobles para controlar el territorio, sin embargo teme que éstos aprovechen la coyuntura para aumentar su poder. En

consecuencia, los reyes se ven obligados a apoyarse en la otra parte del contrato, no los campesinos individualmente considerados, pero sí sus comunidades, sus concejos y villas. Surge así un delicado equilibrio de poder que va a extenderse durante toda la Edad Media española.

Éste, en fin, era el paisaje de la sociedad leonesa a mediados del siglo X. Grandes cambios en la estructura social que a su vez envolvían grandes cambios políticos. Y en la estela de esos cambios, ocurrirá algo crucial para la Historia de España: la independencia de Castilla. Veamos qué pasó.

Cuando el reino se rompió por Castilla

A la altura del año 942 iba a pasar en España algo que determinaría toda nuestra historia posterior: el conde de Castilla, Fernán González, se declaraba en rebeldía y se levantaba contra el rey Ramiro. ¿Por qué? ¿Por qué, además, alguien como Fernán González, que era la mano derecha del rey y había acompañado su ascenso desde aquellos turbios primeros años de las luchas dinásticas? ¿Y cómo reaccionó Ramiro II ante semejante desafío?

Comencemos por el principio, Castilla. ¿Qué era exactamente? Castilla había empezado siendo un rincón de inciertos contornos entre el sur de Cantabria, el oeste de las tierras vasconas y el noreste de Burgos; la frontera suroriental del Reino de Asturias, poco poblada y muy expuesta a los ataques moros. Ese territorio fue conocido como las Bardulias (por el nombre de los antiguos *várdulos*) hasta que, a finales del siglo VIII, empezó a recibir la visita de los primeros colonos cristianos. Es en ese momento cuando empieza conocerse como Castilla, seguramente por las fortificaciones que aquí y allá comenzaron a salpicar el paisaje. Y así ese rincón empezó a tomar forma con las colonizaciones pioneras en los valles de Mena, Losa y Tobalina, hasta alcanzar la línea del Ebro, primero, y del alto Duero después.

Durante más de un siglo, aquella Castilla originaria había ido acogiendo a sucesivas oleadas de pioneros que, pese a las continuas expediciones moras de saqueo, prolongaban de manera incesante la frontera hacia el sur. Fue una vida durísima, en la que la existencia pendía literalmente de un hilo. Objetivamente, el esfuerzo de los colonos de Castilla es una hazaña que quita el aliento. Y así transcurrieron las cosas, con una tenacidad increíble, hasta que, a la altura de 912, los colonos cruzaron la línea del Duero para empezar a probar fortuna en la amplia llanura que se extendía ante sus ojos, hasta las

estribaciones de la sierra de Guadarrama. Éste será el escenario del juego a partir de ese momento: Castilla se multiplicaba por dos.

Si tan decisiva fue la batalla de Simancas, de la que ya hemos hablado, eso se debió precisamente al enorme territorio que quedaba ahora abierto para la repoblación cristiana. Para que nos hagamos una idea: las actuales provincias de Salamanca, Ávila y Segovia, más el sur de Valladolid y Burgos y parte de Soria. La corona, además, se apresuró a promover la colonización. Gentes que vienen de León, con el obispo Oveco a la cabeza, repueblan Salamanca y Ledesma, y también Íscar y Olmedo, en Valladolid. Más al este, la repoblación la protagonizarán los condes de Castilla.

A lo largo de todo este proceso, Castilla había ido adquiriendo una identidad singular por dos razones: una, el origen de sus repobladores, con abundante presencia vascona, cántabra y goda; otra, el carácter de la repoblación, más arriesgada que en el oeste y, por tanto, con mayores libertades forales. Pero a esta identidad social y cultural no le correspondía una identidad política; no había una entidad castellana propiamente dicha, sino que los territorios de Castilla quedaban bajo la jurisdicción de distintos condes con atribuciones y comarcas variables. Porque los condes —hay que insistir en ello— no eran señores de las tierras que gobernaban, sino que ejercían su gobierno en nombre del rey y sobre las comarcas que éste les encomendaba.

Ahora bien, la propia marcha de los acontecimientos va haciendo que en el área castellana se consolide el liderazgo de clanes nobiliarios que pronto van a hacer sentir su influencia. Una de esas familias es la de Lara, con base en la actual localidad burgalesa de Lara de los Infantes, y cuyo primer exponente es Gonzalo Fernández. ¿De dónde había salido este caballero? No lo sabemos. Unos le dan por descendiente de Rodrigo, el primer conde castellano; otros dicen que provenía del linaje de Munio Núñez, el repoblador de Brañosera en Palencia, pero esto son sólo hipótesis. El único hecho indiscutible es que Gonzalo aparece en la historia hacia 899 como conde de Burgos, en la carta fundacional del monasterio de San Pedro de Cardeña. Al parecer había obtenido un cierto relieve guerrero al derrotar a los moros en Carazo, al sur de Burgos. A este Gonzalo nos lo vamos a encontrar diez años después, en torno a 909, como conde de Castilla. En calidad de tal llega a la línea del Duero en 912 y repuebla Haza, Clunia y San Esteban de Gormaz.

Gonzalo desaparece de las crónicas hacia 915. ¿Muerto? ¿Enviado en misión permanente ante la corte navarra, en cuyos documentos encontramos

un conde Gundisalvus hacia 920? Es más probable esto último. Para entonces Gonzalo ya había tenido dos hijos, Fernán y Ramiro, ambos muy pequeños en aquel momento. Lo más notable es que las funciones condales de Gonzalo las hereda un hermano suyo de nombre Nuño; eso significa que la familia Lara ya gozaba de una influencia determinante en el área oriental del Reino de León. Ahora bien, cuando Nuño caiga en desgracia veremos cómo llega al frente del condado un nuevo personaje, Fernando Ansúrez. Y retengamos el nombre, porque este Fernando formaba parte de una familia rival, los Assur (de ahí Ansúrez), que habían comenzado a crecer a partir de las repoblaciones dirigidas en la zona de Montes de Oca, en el límite de Burgos y Álava.

Ambas familias, Laras y Assures, van a tomar parte en las distintas convulsiones que vive el Reino de León después de la muerte de Ordoño II. Las vamos a ver tomando partido por unos o por otros, en función variable de sus fidelidades y de sus propios intereses. Y las vamos a ver, además, generalmente enfrentadas entre sí: rara será la ocasión en que Laras y Assures hagan frente común. En la estela de esas rivalidades van a ir dibujándose dos Castillas diferenciadas. Una, al norte, entre el Ebro y el Arlanzón, y otra al sur, entre el Duero y el Arlanza. La primera era territorio de los Ansúrez, la segunda de los Lara. Dos clanes irreconciliables.

En el momento de nuestro relato, a la altura del año 940, la estrella ascendente es Fernán González, el hijo de Gonzalo, de la familia Lara. Fernán había empezado a desempeñar el gobierno del alfoz de Lara hacia 929, con poco más de veinte años. Inmediatamente después el rey Ramiro II le confía los territorios de Burgos, Lantarón, Cerezo y Álava, y en 932 ya es mencionado en los documentos como conde de Castilla. La ascensión de Fernán González es prodigiosa, pero no tiene ningún secreto: desde el principio el conde ha tomado partido por Ramiro II en las querellas internas del reino, le ha apoyado en todos sus esfuerzos y se ha convertido en su mano derecha. El conde y el rey combaten codo con codo en Madrid, en Osma, en Simancas. Tan evidente es el poder de Fernán que doña Toda de Navarra, la gran casamentera, destina a una de sus hijas, Sancha, para que contraiga matrimonio con el joven conde castellano, dueño de toda la marca oriental del Reino de León.

Ahora bien, algo empieza a torcerse después de la batalla de Simancas. Quizá Ramiro empezaba a desconfiar del poder que acumulaba Fernán; quizá, como aseguran algunos, el rey se dejara llevar por la ira al saber que Fernán había emprendido sin su permiso una campaña de saqueo en tierras moras; o

quizá, simplemente, el monarca quiso diversificar responsabilidades. El hecho, en cualquier caso, es que después de Simancas el rey no confía la repoblación del área sur castellana a Fernán, sino a Assur Fernández, de la familia de los Ansúrez.

La decisión tenía unas consecuencias políticas inmediatas. Ramiro había entregado a Assur Fernández, rival de Fernán González, un área que abarcaba en línea recta norte-sur desde Peñafiel, en Valladolid, hasta Cuéllar, en Segovia, más o menos. Eso significaba literalmente ponerle un tapón a Fernán, limitar su área de expansión. Ahora Fernán González, que había llegado hasta Sepúlveda, quedaba encajonado ante la muralla del Sistema Central. Y quien le hacía el tapón era, precisamente, un Ansúrez, rival tradicional de los de Lara. ¿Cabía más agravio? Sí, sí cabía: el rey Ramiro, para colmo, nombraba a Assur Fernández conde de Monzón. En resumen, el principal beneficiario de la batalla de Simancas no era Fernán, sino su rival. El conde de Castilla veía limitado su poder y, en su lugar, crecía la influencia de los Ansúrez.

Parece que Fernán González vio en todo esto una afrenta insoportable, una manifestación de ingratitud por parte del rey a quien tanto había servido. Y así se incubó la rebelión. Corriendo el curso de 943, el conde de Castilla, que ya era el hombre más poderoso del reino antes de cumplir los cuarenta años, tomaba la decisión más grave de su vida.

Fernán González, el conde rebelde

La Crónica de Sampiro nos lo dice en breves palabras: «Fernán González y Diego Muñoz ejercieron tiranía contra el rey Ramiro, y aun prepararon la guerra. Mas el rey, como era fuerte y previsor, cogiolos, y uno en León y otro en Gordón, presos con hierros los echó en la cárcel». Tremendo.

Tremendo, sí. Pero ¿cuándo? Y sobre todo, ¿cómo?, ¿por qué? No es fácil indagar en este episodio. Todas estas cosas nos han llegado entre brumas de leyenda e incongruencias cronológicas, de modo que no es posible hacer un retrato exacto de los hechos. Lo que aquí vamos a plantear es una hipótesis que puede ser la más verosímil. Y dice más o menos así.

Es 939. Los cristianos han doblegado a los musulmanes en la batalla de Simancas. Junto al rey Ramiro II ha combatido, como siempre, el conde de

Castilla, Fernán González. Fernán es el hombre más poderoso de la corte, después del rey: sus dominios se extienden por toda la marca oriental del reino. Sin duda Fernán había depositado grandes esperanzas en aquella victoria, porque supondría una formidable ganancia territorial; desde la raya del Duero hasta el Sistema Central, la Meseta norte se abría a la repoblación. Lo cual, por cierto, no beneficiaba sólo a Fernán, sino también a los otros condes castellanos: Assur Fernández, que operaba en la línea entre Valladolid y León, y el conde de Saldaña, Diego Muñoz, con base en Carrión de los Condes.

Pero he aquí que el rey Ramiro decide poner la mayor parte de las tierras ganadas bajo la jurisdicción de un solo hombre, Assur Fernández, conde de Monzón, que ahora domina desde el Cea hasta el Pisuerga, y pone bajo su control las plazas de Peñafiel y Cuéllar. De esta manera, las vías de expansión del conde Fernán y del conde de Saldaña hacia el oeste y el sur quedan cerradas. Ambos se sienten agraviados, y con razón. En esta atmósfera, Fernán toma decisiones arriesgadas.

Para empezar, el conde de Castilla repuebla Sepúlveda, ciudad que estaba bajo su jurisdicción; allí nuestro conde tiene que lidiar con el alcaide moro Abubad, al que propina un mandoble tan fuerte —lo cuenta fray Gonzalo de Arredondo, abad de Arlanza— que la espada atraviesa el yelmo y decapita al rival de un solo tajo. Hoy esa cabeza adorna —en piedra— el frontón de la llamada «Casa del Moro» en Sepúlveda. Tomada Sepúlveda, Fernán se aventura también en Peñafiel, pero ésta es zona de Assur Fernández, de manera que tiene que retirarse enseguida. Y antes o después de todo esto, o quizás al mismo tiempo, Fernán González ejecuta una expedición contra tierras moras sin permiso del rey. Juntando todos esos hechos, llegamos a la situación límite: la relación de Fernán y el rey está irremisiblemente rota.

Aislado y agraviado, Fernán busca venganza. Necesita un socio. Y lo encuentra en el conde de Saldaña, Diego Muñoz, cuyas posibilidades de expansión también se han visto frenadas tras la apuesta de Ramiro por los Ansúrez. ¿Quién era Diego Muñoz? ¿De dónde había salido? ¿Por qué era conde de Saldaña? Aquí los historiadores no se ponen de acuerdo. Lo único que nos consta es que en aquel momento era la cabeza de un linaje muy importante en el reino, el de los hijos de Gómez, que el historiador moro Ibn Hayyan llama «Banu Gómez», con base en la comarca de Carrión, en Palencia. Este primer Gómez, de origen lebaniego para unos, palentino para otros, era conde en la frontera castellana hacia finales del siglo IX. Un hijo

suyo, Munio, estuvo al parecer cautivo en Córdoba. Y el hijo de Munio, Diego Muñoz, el hombre al que ahora acude Fernán González, ostentaba un puesto muy importante en la corte desde los años de la guerra civil.

Precisamente la primera vez que aparece Diego en la historia es en el contexto de la guerra por el poder que se desató tras la muerte del rey Ordoño. Mientras que Fernán González y la familia Lara habían apostado por Ramiro, los Ansúrez cambiaron de bando y los Gómez (o sea, nuestro Diego) habían tomado el partido de Alfonso Froilaz. Ganó el partido de Ramiro, pero no parece que los Gómez ni los Ansúrez sufrieran castigo por ello: en 934 encontramos a todos juntos —el rey Ramiro, los Ansúrez, los Gómez y Fernán González— combatiendo contra Abderramán en Osma.

Desde su base en tierras palentinas, Diego Muñoz también se dedica a ensanchar su zona de influencia. Su peso en el reino crece. Por las donaciones que firma con su mujer, una dama llamada Tegridia, podemos reconstruir su territorio: desde la montaña de Palencia hasta el cruce de los ríos Carrión y Pisuerga, con apertura a la Tierra de Campos y a la comarca de El Cerrato. También vamos a ver su nombre en varios documentos oficiales junto al rey y a los otros condes castellanos. Con toda seguridad combatió asimismo en Simancas. Diego Muñoz era, en fin, uno de los grandes magnates del Reino de León. Y al igual que Fernán, el de Castilla, también Diego Muñoz se ve agraviado por el reparto de territorios después de Simancas. La creación del condado de Monzón tapona sus vías de expansión hacia el sur. En consecuencia, a Fernán González no le cuesta mucho trabajo convencerle para que se sume a la rebelión.

¿Cuándo empezó la conjura? La batalla de Simancas fue en 939. La atribución de zonas de expansión, segura causa de la querella, debió de ser inmediatamente posterior. La presencia de Fernán González en Sepúlveda data del año siguiente, 940. Ese mismo año consta que hubo una incursión mora en tierras leonesas. Atención al dato: ¿por qué los moros no atacaron Castilla, como de costumbre, sino que marcharon contra una zona a priori mejor defendida? ¿Trataron tal vez de aprovechar el efecto sorpresa, suponiendo que los cristianos no esperarían un ataque por ahí? ¿O quizá Fernán había llegado a algún tipo de acuerdo con los sarracenos, como sospecha Levi-Provencal, para que Córdoba no golpeara en el solar castellano? Esto último sólo es una conjetura. En todo caso, la aventura musulmana en los llanos de León no debió de sentarle nada bien al rey

Ramiro. En la tregua que León y Córdoba firman en 941 están Fernán y Diego Muñoz. Pero tal vez para entonces la conjura ya estaba en marcha.

Es en 943 cuando los condes Fernán y Diego se lanzan a la aventura. ¿Por qué entonces y no antes o después? No lo sabemos. ¿Cómo fue la rebelión? ¿En qué consistió exactamente? ¿Movimientos de tropas, campañas contra tal o cual punto sensible del reino? También lo ignoramos. Sólo sabemos que la insurrección fue muy breve: pocas semanas después, el rey doblegaba a los revoltosos. Y aquí es donde hay que volver a citar la Crónica de Sampiro:

> *Fernán González y Diego Muñoz ejercieron tiranía contra el rey Ramiro, y aun prepararon la guerra. Mas el rey, como era fuerte y previsor, cogiolos, y uno en León y otro en Gordón, presos con hierros los echó en la cárcel.*

Ramiro II aplastó la rebelión. El rey era fuerte, en efecto, como dice Sampiro. Dice el cronista también que previsor. Seguramente Ramiro los veía venir desde lejos, quizá desde el mismo momento en que privilegió a los Ansúrez. Si no hay noticia de grandes convulsiones, es porque no las hubo. León era una potencia y el rey era un gran rey. Sin perder un minuto, Ramiro recompone el paisaje. En febrero de 944 encarcela a los revoltosos. A Diego lo encierra en Gordón, que está en el norte de León; a Fernán, mucho más peligroso, lo encarcela en la propia capital. Acto seguido el rey nombra sucesores para que se hagan cargo de los condados vacantes. Al frente de Castilla pone a su hijo Sancho, llamado el Craso por lo gordo que estaba. Y para asesorar a Sancho, el rey Ramiro escoge a quien más podía molestar a Fernán, Assur Fernández, el conde de Monzón, el eterno rival del castellano. Castigo ejemplar.

Sin embargo, aquí acabó el castigo para los rebeldes. En otros tiempos, una rebelión como ésta les habría costado los ojos a los rebeldes, si no la vida. Pero las circunstancias habían cambiado mucho en apenas dos decenios. Y si asombrosa fue la rebelión de los condes castellanos, mucho más asombrosa será la resolución del conflicto.

Castilla gana; Ramiro, también

Muy pocos meses después de la revuelta, el rey perdona a los rebeldes. Veinte años atrás, una rebeldía como ésta de los condes castellanos, los Lara y los

Gómez, se hubiera pagado con la vida. Ahora, sin embargo, Fernán González y Diego Muñoz serán perdonados, jurarán fidelidad al rey y no sólo eso, sino que volverán a sus posesiones. ¿Por qué? ¿Pacto político? ¿Debilidad de Ramiro II?

El rey perdonó a Diego y Fernán, en efecto. Y además, con bastante rapidez. Repasemos las fechas. Diego y Fernán se levantaron hacia 943 y fueron apresados en febrero de 944. Pero en noviembre de ese mismo año encontramos a Diego Muñoz confirmando un documento real a favor del monasterio de Sahagún. Es decir que el conde de Saldaña pasó en prisión apenas unos pocos meses y, tras su encarcelamiento, volvió a desempeñar las mismas funciones que antes ejercía. Y en cuanto a Fernán González, su encierro apenas duró un año: en la Pascua de 945 está ya en libertad y enseguida le vemos actuando nuevamente como conde de Castilla. Más aún: como muestra de fidelidad al rey, una hija de Fernán, Urraca Fernández, se casa nada menos que con el heredero del rey Ramiro, el infante Ordoño. Así, en poco más de un año, los rebeldes se convierten otra vez en los más fieles magnates del rey. Los acontecimientos han dado un giro de ciento ochenta grados. ¿No es increíble?

Los documentos nos permiten seguir con claridad la trayectoria de los rebeldes. Diego Muñoz, conde de Saldaña, aparece confirmando donaciones regias en 945, 946, 950 y 951. Incluso firma en el concilio que el rey Ramiro convoca en León en 949. Es evidente que Diego ha vuelto al redil; no sólo no ha reincidido, sino que, fiel a su palabra, permanece junto a Ramiro II hasta su muerte. En aquel concilio de León firma también Fernán González, y además en primer lugar. El conde de Castilla aparece siempre el primero en todas las listas de nobles que confirman los documentos regios: señal indudable de que ha recuperado su posición de liderazgo en el reino. Y ahora la pregunta inevitable es ésta: ¿por qué Ramiro puso en libertad tan rápidamente a los condes?

La explicación convencional atiende a las necesidades militares del reino: porque el califa Abderramán, viendo que había problemas en el reino cristiano del norte, se había apresurado a fortificar Medinaceli mientras las huestes moras lanzaban esporádicas campañas aquí y allá. En esas condiciones —pudo pensar el rey Ramiro—, recobrar el apoyo de Diego y, sobre todo, de Fernán González supondría un refuerzo imprescindible para asegurar las fronteras leonesas. Ahora bien, esta explicación no es del todo satisfactoria. Contar con los condes castellanos para hacer frente a las

acometidas musulmanas sería una buena razón para devolverles la libertad, sin duda, pero ¿era realmente eso lo que el rey Ramiro tenía en la cabeza? A Diego Muñoz, el Banu Gómez de Saldaña, el rey lo dejó libre en muy pocos meses, antes de que pudiera hablarse de un retorno del peligro cordobés. Y en cuanto a Fernán, que estuvo en prisión más tiempo, ¿por qué el rey Ramiro tardó más en soltarlo, si realmente había un peligro musulmán? Y si no había tal, ¿por qué le puso en libertad? Porque, además, Fernán era dueño de sus tierras, pero no de la región oriental ni de los ejércitos castellanos, que estaban bien dispuestos bajo el control del propio hijo del rey, Sancho, y del conde Assur Fernández. ¿Realmente era imprescindible liberar a Diego y a Fernán para frenar a los moros?

El argumento de que Ramiro liberó a los condes porque necesitaba su ayuda frente al moro no basta. Debió de haber otras motivaciones. Y esas motivaciones hay que buscarlas más bien en el propio equilibrio político del reino. Ramiro, no lo olvidemos, no era sólo un rey guerrero, sino también un político diestro. En tanto que tal, no podía cerrar los ojos a una situación de hechos consumados; podía intentar gobernarlos, pero no darles la vuelta. Y el hecho consumado era que la estructura del reino descansaba ya sobre el equilibrio de las grandes familias. Los condes habían dejado de ser simples delegados del poder regio; ahora ya eran auténticos poderes capaces de desplegarse sobre el territorio con total autonomía.

Hay que llamar la atención sobre el paisaje que esta rebelión castellana saca a la luz. En la mitad occidental del reino tenemos un mundo propiamente asturleonés, perfectamente integrado en la corona, que incluía a los habitualmente levantiscos gallegos y a las nuevas tierras ganadas en Portugal; pero en la mitad oriental tenemos un espacio conflictivo donde tres grandes linajes —los Ansúrez, los Gómez, los Lara— acumulaban territorios que ya eran más grandes que el Reino de Navarra, por ejemplo. Y los acumulaban porque habían empezado a transmitir en su propio seno el título condal, algo que hasta muy pocos años atrás no ocurría. En definitiva, estamos viendo nacer en la España cristiana un mundo propiamente feudal, un nuevo orden ante el que los reyes van a tener cada vez menos capacidad de maniobra.

Los grandes linajes, por su parte, acentúan la tendencia. Tanto Diego como Fernán lo tienen muy claro. Para sellar la alianza entre las dos casas, la de los Gómez y la de Lara, los condes organizan el matrimonio de sus hijos: Gómez Díaz, hijo de Diego Muñoz, se casa con Muniadona Fernández, hija de Fernán González. Diego, además, se preocupa de que sus hijos emparenten

con lo más granado de la nobleza de la época, no sólo en Castilla, sino también en León y en Galicia. Y Fernán, más ambicioso, no dudará en casar a su hijo García con una hija de los condes de Ribagorza, en el Pirineo, y a su hija Urraca, como ya hemos visto, con el propio heredero del rey Ramiro.

Otra pregunta inevitable: ¿Y no temía el rey de León que este aumento exponencial del poder de los nobles terminara descomponiendo el reino? Sin duda, sí: lo temía. Por eso se preocupa de que Diego y Fernán, para salir de su encierro, le juren fidelidad. Sabemos, además, que los dos condes respetarán su palabra. Pero no era sólo un asunto de fidelidades personales, aunque en esta época se trate de una cuestión decisiva; es que, además, el rey no podía consentir que se le rompiera el equilibrio del reino. Al otro lado de las tierras de la corona, en Galicia, el germen de las rebeliones nobiliarias seguía vivo; serán rebeliones de distinto tipo que las castellanas, pero no por ello menos peligrosas. De hecho, algún episodio de este tipo veremos en estos años. Y en esa coyuntura, lo que Ramiro tenía que evitar era, ante todo, que se le juntaran una rebelión de magnates gallegos, una rebelión de condes castellanos y una ofensiva musulmana, lo cual indudablemente sí hubiera acabado con el reino. Enfrentado a esa tesitura, el rey supo moverse con acierto. En el fondo, su perdón a Diego y a Fernán no fue signo de debilidad, sino de inteligencia política.

Ahora Ramiro ha conjurado la rebelión, sí. Ha apresado a los rebeldes y se ha permitido incluso el lujo supremo de la generosidad, devolviendo la libertad a Fernán González y a Diego Muñoz. Pero los grandes linajes castellanos también han salido reforzados de la prueba: sus cabezas visibles no han pagado el desafío con la vida, no han visto mermado su poder, han vuelto a sus posesiones e incluso, novedad trascendental, pronto empezarán a buscar relaciones diplomáticas con Córdoba por su propia cuenta. Ramiro podía gobernar ese paisaje: era, como dice la Crónica de Sampiro, un rey fuerte y previsor. Pero no ocurrirá lo mismo con sus descendientes. Y esa dinámica terminará llevando al Reino de León a su definitivo colapso.

Y mientras tanto, ¿qué hacía el califa?

Y a todo esto, ¿qué estaba haciendo mientras tanto el califa? ¿Qué estaba pasando en la España musulmana, que seguía siendo la mayor parte del territorio peninsular? Vamos a dibujar un mapa de situación.

Han pasado ya dos siglos y medio desde la invasión musulmana. Desde el Sistema Central hacia el sur, y en el valle del Ebro y en el Levante, ya es posible hablar de una España mora. No desde el punto de vista étnico, porque parece seguro que a mediados del siglo x la población de cepa hispana seguía siendo más del 80 por ciento en Al-Ándalus, pero sí desde el punto de vista social y político: el califato de Córdoba es un mundo plenamente musulmán donde el sistema de poder, la vida económica, las reglas jurídicas y las relaciones sociales están cortados por el patrón islámico. ¿Y desde el punto de vista cultural? En este aspecto, todo indica que la islamización es menor o, para decirlo con más precisión, que el elemento hispano ha provocado una evolución singular. Resumámoslo en un término: ha nacido un mundo hispano-musulmán.

En la cúspide de ese mundo hispano-musulmán está el califa. Después de haber empleado largos años en sofocar las revueltas internas, el califato ya es una realidad poderosa y esplendorosa. Asentado sobre cuatro zonas de gran riqueza agraria —el Guadalquivir, el Tajo, el Ebro y el litoral mediterráneo—, Abderramán III se ha dotado de una administración eficaz, un tesoro saneado y un ejército controlable. El califa puede presumir de haber llevado a Córdoba a su máximo esplendor. La capital se está convirtiendo en una auténtica joya.

Puede decirse que Abderramán construye en torno a Córdoba la primera monarquía absoluta de España. La capital del califato llegó a contar en esos años con casi medio millón de habitantes, que para la época es una cifra extraordinaria; sólo Bagdad la superaba en población. Conocemos bien las cifras de esa joya urbana, y son pasmosas: 113.000 casas, 300 baños públicos, 3.000 mezquitas… La madrasa cordobesa —la gran escuela coránica— se convirtió en un centro de importancia mundial; de aquí saldrán grandes nombres de la cultura hispano-musulmana. Y si faltaba algo, el califa, para complacer a la favorita de su harén, construyó la hermosa ciudad-palacio de Medina Azahara.

¿Y respecto a los reinos cristianos? ¿Cuál fue en ese aspecto la política de Abderramán? Después de la derrota de Simancas en 939, el diseño estratégico de Abderramán III cambió sensiblemente. Ante todo, abandonó la idea de dirigir grandes ejércitos contra el reino cristiano del norte. Al fin y al cabo, el objetivo del califa no era apoderarse de la mitad norte de la Península, sino mantener las propias posiciones y frustrar en la medida de lo posible los intentos cristianos de repoblación al sur del Duero. Para eso no necesitaba organizar multitudinarias ofensivas, sino que le bastaba con lanzar

expediciones de saqueo, pequeñas pero constantes, que incordiaran sin pausa a los colonos. Y a ello se empleó.

Conocemos bien cuáles fueron esas campañas. En 940 Ahmed ben Yala penetra en la llanura leonesa. En 944 Ahmed Muhammad ibn Alyar llega hasta Galicia. En 947, un cliente del califa llamado Kand —probablemente un eslavo— sigue el mismo camino, aunque es detenido en Zamora. En 948 hay noticia de otra aceifa mora en Galicia que arrasa Ortigueira, nada menos; si es la Ortigueira coruñesa, en el extremo norte de la Península, tendríamos que pensar más en una expedición naval que en una campaña terrestre. Todas estas operaciones responden al mismo patrón: golpes rápidos, cuyo objetivo es simplemente el saqueo y sin la menor pretensión de ocupación territorial. También, sospechosamente, todas se dirigen contra el occidente del reino cristiano, nunca contra el escenario castellano; por eso hay quien piensa que Abderramán había llegado a algún tipo de acuerdo con Fernán González o, alternativamente, que el califa se abstenía de golpear sobre Castilla para tratar de seducir al poderoso conde. Pero esto son sólo conjeturas.

Simultáneamente, Abderramán se preocupó por fortalecer la propia marca, sus fronteras reales, aquella línea que bajo ningún concepto quería ver perforada. El califato de Córdoba tenía muy claro cuál era esa línea: en Portugal, la tierra entre el Tajo y el Mondego; en la Meseta, el Sistema Central desde la sierra de Salamanca hasta la de Guadarrama, una muralla natural que protegía el valle del Tajo; después, la vía natural de paso desde el valle del Tajo hacia Aragón, más o menos sobre la línea del río Jalón, y de ahí que el califa se apresurara a fortificar la decisiva plaza de Medinaceli; la línea terminaba en el noreste haciendo frontera con Navarra, las tierras pirenaicas y los condados catalanes, y quedaba marcada con cuatro puntos fuertes que eran Tudela, Huesca, Barbastro y Lérida.

Con su espacio político así definido, Abderramán descubrirá que la acción política en los reinos cristianos le resultaba mucho más rentable que la acción militar: con menos esfuerzo podía obtener mejores rendimientos. El califa ya había aprovechado su condición mestiza para afianzar su posición ante los príncipes cristianos. Recordemos el laberinto familiar: Abderramán era nieto de la princesa navarra Oneca, que estuvo cautiva en Córdoba; la reina de Navarra, doña Toda, era hija de esta Oneca cuando al fin volvió libre a Pamplona; y doña Toda se había preocupado de casar a sus hijas (o sea, a las nietas de Oneca) con lo más florido de la nobleza cristiana, incluido el propio rey Ramiro, de manera que por las venas del califa corrían algunas gotas de la

misma sangre que regaba los nervios de los jefes cristianos. A partir de este parentesco de sangre, Abderramán no renunciará a reclamar una cierta preeminencia sobre los reinos de la Península. Hoy nos parecería atroz, porque, después de todo, la maternidad mora de Oneca fue producto del cautiverio y la esclavitud, pero en aquel tiempo las cosas no se veían de la misma manera, y menos en la corte de Córdoba.

¿Cómo se manifestaba esa pretensión de Abderramán III de ejercer cierta preeminencia sobre los jefes cristianos? De diferentes modos. Primero se manifestó como imposición de vasallaje por la fuerza de las armas, como hizo en Navarra. Y cuando eso ya no fue posible, Abderramán cambió de táctica y optó por la intriga: prácticamente no hay alteración del orden en la España cristiana, a partir de 941, en la que no se adivine la mano del califa pactando con unos, seduciendo a otros, prometiendo paz aquí y declarando guerra allá, intercambiando regalos con unos y traiciones con otros, lo mismo en Castilla que en Barcelona o en el Pirineo. Cuando el Reino de León entre en problemas sucesorios, esa política será determinante: de hecho, Abderramán intervendrá de manera decisiva en las querellas cristianas. Pero ya llegaremos a eso.

Bien: todo esto es lo que cabe decir de la política de Abderramán hacia los reinos cristianos del norte. Pero la atención del califa no estaba únicamente depositada en sus inquietos vecinos de la cruz, evidentemente, sino que también debía atender a cuanto ocurría en el sur, en África. El estatuto de califa implicaba la jefatura política y religiosa de toda la comunidad islámica que cayera en el ámbito de su espacio de poder; por ejemplo, el Magreb. Pero aquí, en el Magreb, había surgido un califato distinto, el de los *fatimíes*, que incomodaba seriamente al poder de Córdoba. Abderramán optó por contener la expansión *fatimí* adueñándose del mar: construyó una enorme flota con bases en Málaga y Almería, se hizo con el control sobre las aguas del Estrecho y recuperó las ciudades de Tánger, Ceuta y Melilla, que siempre habían pertenecido al espacio político hispano. Desde esas plazas apoyó a una dinastía local, los *idrisíes*, frente al poder *fatimí*.

Un gran poder, pues, el de Abderramán III. El califa vino a convertirse en el prototipo mismo del gran déspota musulmán medieval: inteligente, ilustrado, astuto, amante de las artes y las ciencias, y al mismo tiempo cruel, brutal y caprichoso, porque también todo eso era Abderramán. En todo caso, con él Córdoba llegó a convertirse en ombligo de un mundo. El califa vivirá

aún algunos años más, hasta 961. Y volveremos a encontrárnoslo en nuestro relato.

El ocaso de Ramiro: rompimiento de gloria

Todos hemos visto en alguna ocasión, al atardecer, el formidable espectáculo que a veces ofrece el sol al ponerse tras una masa de nubes: los rayos del sol forman haces que parecen sólidos mientras las nubes adquieren una coloración espectacular, entre el rojo y el oro. Ese espectáculo, en pintura, se llama «rompimiento de gloria». Y como un «rompimiento de gloria» podemos definir el ocaso del rey Ramiro II de León, sin duda el último gran monarca de la casa asturleonesa.

Vamos al año 949, quizás incluso antes. Ramiro está en la cumbre de su poder. Ha sofocado la revuelta de los condes de Castilla y Saldaña. Acto seguido ha desmantelado otra rebelión, ahora de nobles gallegos. Esta última, por cierto, se le complicó con una invasión simultánea de sarracenos que llegó hasta Lugo. El rey pudo hacer frente a todos los peligros y triunfar sobre ellos. Pero ahora, probablemente en torno a 949, el rey se enfrentaba a un peligro definitivo: su cuerpo empezaba a flaquear, la salud le abandonaba; Ramiro empezaba a adivinar la visita de la muerte.

Podemos imaginar al rey echando la vista atrás: los felices días de su infancia y juventud en Portugal, su primer matrimonio con Adosinda Gutiérrez, la dura pugna por la sucesión entre los Ordóñez y los Froilanes, la carambola dinástica que le llevó al trono, la terrible querella con su hermano Alfonso, su nuevo matrimonio con una hija de doña Toda de Pamplona, la supersuegra de España… Después, la dureza interminable de la guerra contra los musulmanes, el cielo que se abría tras la victoria en Simancas y la Alhándega, el cielo que se volvía a cerrar con la rebelión de los condes castellanos, los equilibrios para recomponer el paisaje por encima de las crisis… Casi veinte años de reinado. El rey no sólo había logrado sobrevivir, sino que había aumentado la herencia que recibió. Ahora, todo terminaba.

No era viejo, Ramiro: rondaba los cincuenta. Para la época era una edad ya avanzada, pero lejos de la vejez. ¿De qué enfermó? Lo ignoramos; lo único que sabemos a ciencia cierta es que empezó a sentirse mal después de un viaje a Oviedo, que no consiguió recuperarse y que fue una dolencia larga, penosa y, a la postre, letal. Su padre, Ordoño II, había muerto con cincuenta y tres

años, y antes, con poco más de cuarenta, había sufrido una enfermedad que a punto estuvo de llevarle a la tumba. Ambos, padre e hijo, compartían un carácter enérgico y combativo, combinado con esos problemas de salud; de uno y otro dijo el cronista que «no sabían descansar». El hijo de Ramiro, Ordoño III, también morirá joven. Los médicos tendrían aquí un buen punto de partida para construir hipótesis. Nosotros hemos de contentarnos con los mudos hechos.

Los historiadores dicen que los últimos años de vida de Ramiro II se vieron amargados por la rebelión de los condes castellanos, primero, y por la de los magnates gallegos, después. Es posible. En todo caso, el rey supo sofocar esos dos incendios. Mucho más probable parece que sus verdaderas preocupaciones estuvieran en otro lado: la sucesión. En sus dos matrimonios, Ramiro había tenido seis hijos, tres varones y tres mujeres. Las mujeres emparentarán con Navarra (Teresa) y con la propia casa de León (Velasquita), y otra profesará monja (Elvira). De los tres varones, uno morirá niño (Bermudo) y los otros dos llegarán a la edad adulta en condiciones de heredar el reino: Ordoño y Sancho. Ahora bien, Ordoño era hijo de su primer matrimonio con la gallega Adosinda Gutiérrez, mientras que Sancho era hijo de sus segundas nupcias, con Urraca Sánchez, la hija de doña Toda de Pamplona. Los leoneses veían con mejores ojos a Ordoño, pero doña Toda tenía puestas en Sancho sus preferencias. De esta manera, cada uno de los infantes encarnará las ambiciones de dos partidos distintos. Esta división debió de empezar a verse muy temprano. Tal vez a Ramiro no le inquietó demasiado mientras gozó de fuerza y salud, pero ahora, enfermo, el paisaje cambiaba: esa querella oscurecía el futuro del reino.

El rey, en todo caso, seguía siendo Ramiro II, y estaba dispuesto a que nadie lo pusiera en duda. Inmediatamente antes o inmediatamente después de conocer su enfermedad, Ramiro concibió un proyecto de altura: devolver a Córdoba los golpes que las tierras leonesas habían venido recibiendo en los últimos años. Ya hemos visto que Abderramán III había renunciado a lanzar grandes ejércitos contra León, pero había multiplicado las campañas de saqueo, especialmente en tierras gallegas. Ahora Ramiro se proponía castigar la osadía mora. Y escogió un objetivo de gran importancia: Talavera.

Talavera, en Toledo, a orillas del Tajo, bajo la sombra de la sierra de Gredos, un punto estratégico para el emirato, porque desde esta vieja ciudad romana (Cesaróbriga, se llamaba en época imperial) podía controlarse tanto Toledo como Mérida, es decir, dos zonas habitualmente conflictivas. Talavera,

rica en vid y cereal desde tiempos inmemoriales, cruce de caminos para los mercaderes, con una pujante industria cerámica, era uno de los centros neurálgicos del valle del Tajo. Córdoba la tenía en mucho aprecio y la ciudad aún conserva los vestigios de sus torres, murallas y alcázares. Ahí es donde Ramiro se propuso golpear. Era la primavera de 950. Ramiro reunió a sus huestes y se puso en marcha. Así lo cuenta el cronista Sampiro:

> *En el año 19 de su reinado, habiendo tomado consejo y reunido el ejército, marchó a asediar la ciudad de los agarenos, que ahora es llamada por las gentes Talavera, e iniciados los combates dio muerte allí a 12.000 enemigos y se trajo 7.000 cautivos, regresando a su sede con la victoria.*

Poco más sabemos de aquella victoria, porque las fuentes cristianas siempre son así de lacónicas, y las moras, por su parte, sólo se extienden sobre las batallas que ganaron los musulmanes. Pero podemos imaginar que Ramiro combatiría con sus condes, pues éstos nunca faltaban cuando la empresa era grande. Podemos imaginar también que los sarracenos de Talavera, aunque no eran una guarnición menor —12.000 bajas moras, cuenta Sampiro—, poca resistencia pudieron oponer a la hueste del rey cristiano. Y asimismo podemos imaginar que el botín sería grande en una ciudad tan rica como aquella: quizá esa cifra de 7.000 cautivos no sea demasiado exagerada. Gran triunfo, por tanto. La leyenda de Ramiro, «el Feroz Guerrero», «el Diablo», como le llamaban los moros, escribía así una nueva página. Fue la última victoria del rey.

Verano de 950: Ramiro se siente morir. En esta fecha comienza a hacerse cargo de los asuntos del reino su hijo primogénito, Ordoño, que será el sucesor. En cuanto al rey, sólo Dios sabe qué sufrimientos tuvo que afrontar en esta última etapa de su vida. En enero de 951, persuadido de que todo había terminado, se ocupó de dar el mayor relieve ritual a su voluntaria abdicación. Convocó a la corte, a los obispos y a los abades. El escenario fue la iglesia de San Salvador, contigua al palacio real, en León. Allí recibió el sacramento de la confesión. En presencia de todos, Ramiro se despojó de sus vestiduras regias. Acto seguido, hizo verter sobre su cabeza la ceniza de la penitencia pública. Y así habló el rey:

> *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. Dios es mi protector, no temeré lo que puedan hacerme los hombres.*

Es la vieja fórmula goda, de San Isidoro de Sevilla, en la que Ramiro funde la renuncia al trono y la última penitencia. Algunas semanas después, el rey entregaba su alma a Dios. Así lo cuenta Sampiro:

> *Murió de enfermedad propia y descansa en un sarcófago junto a la iglesia de San Salvador, próximo a la tumba que hizo construir para su hija, la infanta Elvira. Reinó diecinueve años, dos meses y veinticinco días.*

Con Ramiro II, el Grande, el Diablo, el Feroz Guerrero, desaparecía el último gran monarca del linaje asturiano. Inteligente, enérgico, piadoso, hábil político, buen estratega, había llevado la herencia asturleonesa a su cenit. Rompimiento de gloria. A partir de su muerte, en aquel invierno de 951, todo cambiaría.

A Ordoño le siegan la hierba bajo los pies

Era enero de 951 cuando Ramiro II, enfermo de muerte, abdicó. Murió muy poco después: según las fuentes cristianas, ese mismo mes de enero; según las fuentes moras, algo más tarde, en junio. En todo caso, para entonces el trono de León ya tenía nuevo inquilino: Ordoño III. Y el nuevo rey iba a tardar muy poco en paladear los sinsabores del cetro.

Dicen que al principio todo el mundo aceptó bien a Ordoño. Es natural. Ordoño era el primogénito y nadie iba a discutir su derecho. Era hijo del primer matrimonio del rey Ramiro. Su madre era una noble gallega. Y estaba casado con una hija del conde de Castilla, Fernán González, lo cual de entrada garantizaba la lealtad del poderoso magnate de Lara. Así Ordoño vinculaba en su persona todos los territorios del reino, desde el este hasta el oeste. Teniendo en cuenta que las recurrentes sublevaciones que sufría el reino venían precisamente de Galicia y de Castilla, mantener esos lazos no era cuestión menor.

De hecho, durante los primeros años de Ordoño no hay la menor huella de resistencia interna. El propio Fernán González se apresura a firmar una donación con su yerno, el rey, en febrero de 951, es decir, recién llegado al trono. Tampoco se rastrea signo de oposición alguna en Galicia en este primer tramo de reinado. Todo parece ir sobre ruedas. Y como Ordoño, por otro lado, ya conocía bien los entresijos del reino, pues había sido entrenado a

conciencia por su padre, el flamante monarca leonés puede dedicarse a tomar medidas de carácter político: reorganización del territorio, fortalecimiento de las instituciones regias… exactamente el mismo programa que había dibujado su padre.

Todo está en orden, pues, en la corte de León. ¿Todo? No: hay alguien que se siente hondamente frustrado por el ascenso de Ordoño. Se trata de Sancho, hermanastro del rey, hijo del segundo matrimonio de Ramiro con una princesa navarra. Sancho se siente preterido, marginado, desdeñado. Tal vez incluso piensa que tiene más derecho al trono que su hermano, porque por sus venas corre sangre de más quilates. Pero en ese momento nadie piensa en Sancho. Es más, todos parecen darle de lado. Y Sancho empieza a alimentar un profundo rencor.

El infante Sancho tenía un problema, y es que estaba gordo, muy gordo, terriblemente gordo, tanto que se le conocía como el Craso, es decir, el Gordo. Eso no habría sido un inconveniente en otro estamento social: si hubiera sido abad o mercader, por ejemplo. Tampoco lo habría sido en otra corte menos guerrera que la leonesa. En Francia, sin ir más lejos, había reinado pocos años atrás el carolingio Carlos el Gordo. Pero en un mundo como el de León en el siglo x, la vida se hacía a caballo, y la virtud guerrera, por la fuerza de las circunstancias, era inexcusable. ¿Y cómo podría dirigir a sus huestes en el campo de batalla un hombre que apenas lograba subir a su montura y que no podía mover su espada con la menor agilidad? Sancho no podía llegar al trono por culpa de sus kilos.

Ahora bien, este Sancho Ramírez tenía a su favor otras bazas. Era seguramente despierto e inteligente, y estaba familiarizado con las cosas del gobierno; no en vano su padre le había puesto al frente del condado de Castilla mientras duró el encierro de Fernán González. Y aunque entonces sólo era un mozalbete, no cabe duda de que algo debió de aprender en el lance. Pero, sobre todo, Sancho era nieto de la poderosa reina viuda de Pamplona, doña Toda; más aún, era su nieto favorito. Las crónicas de la Alta Edad Media son muy poco dadas a los avatares sentimentales, pero todos los hechos apuntan a que doña Toda sentía por Sancho auténtica adoración; la típica adoración de una abuela por su nieto predilecto. Y así Sancho, según llegó Ordoño al trono, fue a enjugar su contrariedad en las faldas de su abuela, en la corte de Pamplona. Eso explicaría por qué, desde la llegada de Ordoño III al trono, no hay ni una sola referencia a Sancho en toda la

documentación oficial: sencillamente, se había quitado de en medio… hasta que llegara su oportunidad.

Es probable que a Ordoño le inquietara la actitud de Sancho, pero, en todo caso, el nuevo rey de León tenía cosas más graves de que ocuparse. Los moros volvían a asomar la cabeza. Y lo hacían, además, con una tenacidad desesperante. Porque Abderramán III, en efecto, se apresura a poner a prueba al nuevo rey. No enviará ninguna expedición gigante como las que lanzó contra Ramiro —el califa había aprendido la lección—, sino que hará algo mucho más eficaz: incordiar sin pausa a Ordoño con campañas de breve duración y dirigidas contra escenarios muy localizados, de manera que una poderosa sensación de inseguridad se apodera de las fronteras leonesas.

¿Quién ejecuta esas campañas, si no las dirige el califa? Las ejecutan sus gobernadores en la frontera. Con lo cual Abderramán mata dos pájaros de un tiro, o mejor dicho, tres, porque no sólo desestabiliza al nuevo rey cristiano, sino que además pone a prueba el coraje de los gobernadores del califato y asimismo proporciona a sus ejércitos un buen trabajo en que mantenerlos ocupados.

Conocemos bien el número y la entidad de esas campañas moras que saludan la llegada al trono de Ordoño, porque las contó el cronista Ibn Idhari. Realmente es pasmoso. Las hostilidades se abren desde la misma primavera de 951. El *caíd* de Badajoz, Ahmad antibalas, penetra con sus huestes sobre Galicia y derrota a las guarniciones cristianas: «Un gran número de sus más bravos guerreros quedaron sobre el terreno y más de 300 mujeres y niños, que cayeron en manos de los vencedores, fueron enviados como esclavos a Córdoba», cuenta el cronista moro. En las mismas fechas, un *caíd* de Toledo llamado Rechik derrota a los cristianos en Talavera, al lado de Toledo. Talavera estaba bajo el control musulmán, luego hay que suponer que aquí la iniciativa habría correspondido a los leoneses (si no, ¿cómo habían llegado hasta allí?); tal vez los cristianos rechazaron la ofensiva y empujaron a Rechik hasta Talavera, pero el hecho es que la victoria final fue para los sarracenos. Y al mismo tiempo, otra ofensiva musulmana en el norte azota al Reino de Navarra: la dirige el *caíd* de Huesca, Yahya ibn Hashim.

Es sólo el principio. En 952 habrá otra campaña de la que sólo conocemos que las fuentes moras se atribuyen varias victorias consecutivas. Y al año siguiente, 953, habrá más ofensivas. El *caíd* de Badajoz, el mentado Ahmad antibalas, vuelve sobre Galicia mientras el *caíd* de Medinaceli, un tal Galib, golpea en Castilla. La crónica mora lo cuenta entre grandes ditirambos:

El caíd *Ahmad ibn Yala hizo contra Galicia una expedición en la que Alá le permitió dar muerte a los guerreros y cautivar a las mujeres y a los niños, incendiar las aldeas y aniquilar las riquezas de los infieles. El viernes 12 de agosto se leyó en Córdoba la carta que anunciaba estos éxitos al mismo tiempo que otra del* caíd *Galib anunciando igualmente los grandes triunfos que había conseguido sobre los infieles y el mal que Alá le había permitido hacerles. Poco después llegaba a Córdoba un convoy de cruces y campanas cuya entrada en la ciudad fue motivo de regocijo para los musulmanes.*

Demasiados ataques, demasiados frentes —Galicia, Castilla, Navarra—, demasiada fragilidad. Para el califato, con su potencia demográfica y económica, una derrota militar era algo que podía superarse al año siguiente. Por el contrario, para los reinos cristianos, menos poblados, con menos recursos, cada una de esas campañas moras de saqueo era un picotazo feroz del que costaba grandes esfuerzos recuperarse. Tal vez por eso empezó a cundir el desaliento en algunos magnates del reino. Tal vez por eso hubo quien concibió la posibilidad de detener las ofensivas moras con un cambio de política. Ahora bien, un cambio de política exigía también un cambio de rey. A Ordoño empezaban a segarle la hierba bajo los pies.

En algún lugar entre Pamplona y Burgos empieza a tomar forma una amplia conspiración. Fuerzas muy poderosas se han aliado para derrocar al rey Ordoño. Su cabeza visible es Sancho, el hermanastro gordo del rey. Junto a Sancho comparece nada menos que el conde de Castilla. Pero, detrás, otras manos mueven los hilos.

Un torbellino sacude León; el rey aguanta

Mediados de 954: Sancho el Gordo y Fernán González encabezan una conspiración contra el rey Ordoño. A partir de este momento vamos a asistir a una vertiginosa secuencia de acontecimientos que nos llevará desde las orillas del Cea, en León, hasta las del Duero en San Esteban de Gormaz, pasando por las murallas de Lisboa y la tierra llana de Lugo. Todo sucedió en el espacio de unos pocos meses. El poder circulará de un lado a otro del escenario como una bola enloquecida en una mesa de billar.

Pero empecemos por el principio.

En un momento que las crónicas no precisan demasiado, pero que podemos situar a mediados de 954, columnas armadas de Pamplona y de Castilla marchan sobre Sahagún. Es un golpe de Estado. Esos ejércitos pretenden derrocar al rey Ordoño y poner en su lugar al infante Sancho, el gordo, el hermanastro del rey. Con Sancho cabalga Fernán González, conde de Castilla, suegro del propio rey Ordoño. ¿Por qué? ¿Qué pretenden? ¿Qué fuerza movió ese golpe?

Parece bastante claro que el motor de la operación fue el rey de Pamplona, García, y tras él doña Toda, la reina madre y viuda, abuela de Sancho. El infante Sancho, en aquel momento, no tenía ni edad (apenas veinte años) ni prestigio para encabezar por sí solo una operación semejante. Y la presencia de tropas navarras entre los sublevados confirma que la trama venía dirigida desde la corte pamplonesa. ¿Con qué objetivo? Aparentemente, desbancar al hijo de una gallega para poner en el trono al hijo de una navarra. Pero seguramente no era sólo cuestión de sangre: con un nieto de doña Toda empuñando el cetro de León, la política del reino cristiano hacia Córdoba forzosamente tendría que cambiar. Es muy verosímil que el fin último del levantamiento fuera modificar el escenario y buscar algún tipo de entendimiento con el califa. Doña Toda ya lo había intentado alguna vez; al fin y al cabo, Abderramán era su sobrino.

Pero si los objetivos de Sancho están claros, mucho menos lo están los del conde de Castilla. Es realmente difícil saber por qué Fernán González se levantó contra su yerno, el rey. ¿Qué pretendía? ¿A qué aspiraba? Nada indica que el conde pretendiera formar un reino independiente, tal y como ha defendido en el pasado cierta historiografía nacionalista y romántica. Y descartada esa opción, sólo podemos hacer conjeturas. Una, que Fernán había pretendido obtener de Ordoño lo que no pudo obtener de Ramiro, a saber, ampliar hacia el suroeste sus dominios, taponados por el condado de Monzón; y como Ordoño no se lo concedió, Fernán intentó conseguirlo apoyando a Sancho. Otra hipótesis: que Fernán, golpeado por los moros, buscara en la conspiración contra Ordoño una vía para acabar con la presión musulmana. Tercera hipótesis, mucho más ele mental: que Fernán González, simplemente, quisiera someter al nuevo rey a una prueba de fuerza. O aún otra conjetura, algo más alambicada: que el conde de Castilla hubiera obtenido de Pamplona determinadas garantías sobre tierras y poder. Aquí nos falta conocer un dato fundamental: qué pudo ofrecer al conde doña Toda, que al fin y al cabo era también su suegra. Y eso no lo sabemos.

Ahí tenemos, pues, a Sancho y a Fernán camino de Sahagún. La expedición será un sonoro fracaso. Ordoño III era un rey de altura: político avisado y guerrero diestro. Enterado del complot, Ordoño dispone a sus tropas en el curso del Cea. Cuenta con un aliado de primera magnitud. ¿Cuál? El conde de Monzón, Fernando Ansúrez, que acaba de heredar el título tras la muerte de su padre, Assur Fernández, el eterno rival de Fernán González. El dispositivo de defensa es inexpugnable. Los sublevados no pueden pasar. Sin apenas trabar combate, las columnas de Sancho y Fernán se retiran. El rey ha parado el golpe.

Aquí debería haber acabado todo, pero a Ordoño III se le multiplicaban los problemas. Aún no estaba del todo apagado el incendio navarro-castellano cuando el paisaje vuelve a encenderse por el oeste, en Galicia. El escenario son las tierras llanas de Lugo, donde los magnates gallegos se han sublevado a su vez. ¿De consuno con Fernán y Sancho? ¿Se trataba en realidad de una misma sublevación? ¿O los gallegos aprovecharon la iniciativa del castellano y el gordo para levantarse? No lo sabemos. Sí conocemos los nombres de los rebeldes: Jimeno Díaz, a quien el propio rey había encomendado el gobierno de la zona, y sus hijos Gonzalo y Vermudo. Ordoño, en todo caso, no perdió el tiempo: se puso al frente de sus tropas, marchó hacia Lugo, redujo a Jimeno y desmanteló la rebelión gallega. Para dejar claro quién mandaba, encomendó el gobierno de la región a un hombre de su confianza: el obispo Rosendo.

Fue posiblemente allí, en Lugo, donde Ordoño se vio obligado a tomar decisiones de largo alcance. Los ataques musulmanes de los años anteriores, más las rebeliones de Sancho y Fernán y de los gallegos, venían a apuntar en una sola dirección: demasiada gente ponía en solfa la autoridad del rey. Por consiguiente, era imprescindible hacer una demostración de fuerza, escribir una gesta que elevara a Ordoño a la altura de sus predecesores y moviera a sus enemigos al temor, ya que no al amor. Era el momento oportuno, el rey tenía a su ejército en armas y en pie de combate. Y desde Lugo se le abría un camino prometedor: Lisboa. Allí golpearía el rey Ordoño III.

La campaña lisboeta fue tan vertiginosa como todos los sucesos anteriores. Ordoño se puso al frente de sus tropas, marchó hacia el sur, cruzó Portugal, reforzó las posiciones de Coimbra y se lanzó sobre Lisboa. Nadie en la ciudad del Tajo portugués pudo detener la ola. Así lo cuenta Sampiro:

> *El rey Ordoño, habiendo congregado un gran ejército, sometió a Galicia y saqueó Lisboa, trayéndose consigo un gran botín junto con cautivos y regresando a la sede regia en paz y triunfador.*

Victorioso en el Cea, Lugo y Lisboa, Ordoño debió de pensar que era el momento de ajustar cuentas con Fernán González. Como primera providencia, parece que el rey repudió a su esposa Urraca, hija de Fernán, y se unió a Elvira Peláez, hija del conde Pelayo González. No fue una unión de circunstancias: de ella nacerá un rey. En cuanto a Fernán…

En cuanto a Fernán, la propia marcha de las cosas daría a Ordoño III la oportunidad de tomarse la revancha. En el mismo momento en que el rey vuelve de Lisboa, una muchedumbre musulmana invade Castilla por San Esteban de Gormaz. Conocemos los nombres de sus jefes: Galib, Mutarrif, Muhammad antibalas, Obeid Allah ibn Ahmad ibn Yala, Hudayl ibn Hashim al-Tuyibi, Marwan ibn Razin, Amir ibn Mutarrif. La flor y nata de los caudillos guerreros de Córdoba. Fernán González se ve desbordado. El golpe debió de ser duro. La crónica mora lo cuenta así:

> *Penetraron en país enemigo y dirigiéndose contra una fortaleza de Castilla se apoderaron de los arrabales dando muerte a muchos de sus habitantes. Al retirarse, bandas de cristianos cayeron sobre ellos, pero, gracias a Alá, fueron rechazados, perseguidos durante unas diez millas y masacrados a discreción por los vencedores, de suerte que el número de víctimas se había evaluado en una decena de millares (…).Alrededor de 5.000 cabezas de las víctimas llegaron a continuación, que por orden del califa fueron expuestas en los patíbulos que rodeaban las murallas.*

Terrible golpe, pues. Pero la crónica mora oculta una cosa. Y es que en semejante tesitura, con el conde de Castilla desbordado, alguien acudió en su socorro. ¿Quién? El rey Ordoño III, que movió sus tropas hacia San Esteban de Gormaz para apuntalar el frente del Duero, salvó la situación, evitó la caída de la plaza y forzó a los musulmanes a retirarse. Ordoño había ganado.

La crónica cristiana cuenta que el rey Ordoño «dio gran ayuda al conde Fernán González, con quien venció a los moros en San Esteban». Les venció, sí: Córdoba va a empezar en ese mismo momento conversaciones de paz. En cuanto al conde, la aceifa mora hizo mucho daño en las tierras de Fernán, pero el auxilio del rey representó para el castellano una derrota política quizá más dolorosa. Fernán González se veía obligado a someterse a Ordoño y jurarle fidelidad. El rey había superado también este desafío.

Pongámonos a mediados de 955. En el curso de apenas un año, un torbellino de guerra ha barrido el Reino de León. Pero, después del torbellino,

el paisaje aparece recompuesto y mejor ordenado. Ordoño III ha vencido a todos sus enemigos. A uno de ellos, sin embargo, no le podría vencer; un enemigo que le esperaba agazapado a la vuelta de la esquina.

Tregua y muerte: la vida breve

Pocas veces se ha visto un rey tan acosado por tantos peligros en tan poco tiempo. Pocas veces, también, alguien ha sabido vencer con tanto acierto cuantos desafíos se le presentaban. Ordoño III, treinta años de edad, apenas cuatro de reinado, había demostrado que podía llegar a ser un gran rey. Tras sus victorias políticas y militares, en un año de vértigo, venía la gran victoria diplomática: Abderramán III, el califa, pedía una tregua. Ordoño parecía aceptarla. Aunque quizá las cosas no estaban claras. En todo caso… Pero no adelantemos acontecimientos.

Una tregua, pues. ¿La pidió Abderramán o la pidió Ordoño? Las crónicas moras dicen que fue éste último. Ahora bien, lo que sabemos indica más bien lo contrario, pues fue el califa el primero en mandar embajadores. Esto de la petición de paz, y la singular manera en que Córdoba hacía las cosas, hay que explicarlo bien, porque no se entiende sin tener en cuenta las razones religiosas de fondo. Vamos a verlas.

Razones religiosas, sí. El califa, como jefe religioso además de político, no podía pedir la paz a los infieles y a los idólatras; tal cosa sería como humillar a Alá y, por tanto, pecar gravemente. Ahora bien, el califa, aunque no podía pedir la paz, sí podía, por magnanimidad, acceder a una petición de paz ajena, porque eso implicaba colocar al peticionario en una posición subordinada. Es decir que lo que le estaba vetado al califa era tomar la iniciativa en la materia. Y entonces, ¿qué hacía el califa cuando quería una tregua? Enviar embajadores que formularan verbalmente la propuesta y requerir de la otra parte una carta en la que se pidiera la paz. De esta manera, la iniciativa física del armisticio —la carta— no partía del califa, sino del otro. Y eso es exactamente lo que se hizo en este caso.

Entre el verano y el otoño de 955, después de la exhibición de Ordoño en Lisboa y en San Esteban de Gormaz, Abderramán III manda embajadores a León. Es una decisión interesante, que levanta muchas preguntas. De entrada, deja ver que los golpes recibidos por el califato en Lisboa y en San Esteban habían sido serios. Además, permite pensar que el califa no quería de ninguna

manera verse envuelto en una guerra a gran escala: las *aceifas* de castigo y saqueo eran una cosa; desastres como el de Simancas eran otra bien distinta. Mientras las *aceifas* funcionaron, sin respuesta cristiana digna de consideración, el paisaje era controlable; pero ahora, con el monarca leonés rehecho y dispuesto a golpear duro, el paisaje cambiaba por completo. ¿No tenía Abderramán recursos para pelear con León? Sí, los tenía, y sobrados. Pero a costa de desguarnecer el frente africano, que también absorbía las preocupaciones del califa. Tampoco hay que perder de vista una hipótesis de carácter político: la dura ola de campañas moras contra León había tenido por objeto —y en parte lo había conseguido— debilitar la posición de Ordoño III, pero el joven rey había superado la prueba, y eso obligaba a cambiar la política cordobesa.

Por cualquiera de estas razones, o por todas ellas a la vez, un hombre de confianza de Abderramán, llamado Muhammad ibn Husayn, marcha desde Córdoba y es recibido en la corte leonesa. Su propósito es parlamentar. Semanas después, Husayn vuelve a Córdoba acompañado por el judío Hasday ibn Isaac ibn Saphrut. Es éste, el judío, el que lleva la carta de paz. Conforme a la mentalidad islámica, no ha sido el califa quien ha pedido la tregua, sino el rey cristiano. Abderramán, por supuesto, aceptará la petición… que él mismo había promovido. Era el otoño del año 955.

Y a todo esto, ¿Ordoño quería la paz? Aquí estamos ante un problema que nadie ha podido resolver de manera satisfactoria, porque las fuentes son contradictorias y las interpretaciones han de hacer conjeturas en el vacío. En principio, y desde una mentalidad contemporánea, Ordoño debería estar interesado en la paz: los acontecimientos precedentes habían roto la alianza de León con Pamplona —por aquel intento navarro de poner a Sancho el Gordo en el trono leonés— y, además, habían dejado ver grietas serias en Castilla y Galicia. En esas condiciones, parecería lógico que Ordoño III quisiera disminuir la amenaza exterior para concentrarse en resolver el problema interior. Ahora bien, la de Ordoño no era una mentalidad contemporánea; ni la suya, ni la de sus rivales.

Ordoño tal vez pudo pensar, más bien, esto otro: mi peor enemigo, que es el califa de Córdoba, me pide la paz, luego no está en condiciones de hacerme la guerra; mis rivales interiores, en Castilla y Galicia, están sojuzgados; mis competidores en el campo cristiano, que son los navarros, están más débiles; tengo a mi ejército alineado, en forma y con moral de victoria después de una cadena sostenida de éxitos. ¿Acaso no es el momento de asestar un golpe

decisivo? El objetivo del reino cristiano del norte no había cambiado: bajar la frontera más hacia el sur, siempre más hacia el sur. Realmente, pocas ocasiones más favorables iba a encontrar el rey de León para obtener el máximo rendimiento de sus armas. Demorarse un año o dos podía significar que Abderramán solucionara sus problemas en África y pudiera alinear más tropas en el norte, por no hablar del siempre posible reavivamiento de las intrigas en Castilla y Galicia. Era, en efecto, el momento de actuar.

Desde este planteamiento se entiende mejor lo que dice la crónica cristiana: que el rey Ordoño III pasó el invierno entre 955 y 956 en Zamora, preparando a sus ejércitos, haciendo acopio de recursos para desencadenar una fuerte ofensiva contra el califato. Era su mejor oportunidad. Pero entonces, ¿y la tregua? ¿Y la carta? ¿No servía de nada? ¿Era papel mojado? Quizá Ordoño pensó que la victoria pesaba más que la propia palabra. O quizá no hubo tal palabra, porque tampoco sabemos qué estipulaba aquella tregua, ni su duración ni sus términos, de manera que todo lo que podamos decir aquí es pura conjetura. Lo único que sabemos a ciencia cierta es esto: que Abderramán promovió una tregua; que Ordoño la aceptó; que, al mismo tiempo, el rey de León preparó a sus ejércitos para una gran ofensiva.

Podemos imaginar las consecuencias de la ofensiva de Ordoño: la repoblación cristiana, asegurada hasta las crestas mismas de la sierra de Guadarrama, tal vez incluso hasta las riberas del Tajo; las conspiraciones nobiliarias, neutralizadas por esta nueva ganancia de tierras; el Reino de Pamplona, de nuevo forzado a la alianza con León ante esta exhibición de potencia; el prestigio del monarca leonés, agigantado por la nueva victoria. Ordoño había demostrado que tenía hechuras de gran rey. Todo parecía anunciar un futuro radiante y luminoso. También Ordoño III podría pasar a la historia con el apelativo de «El Grande».

Pudo ser, sí, pero no fue.

No fue, porque la muerte, que siempre es inoportuna por definición, se llevó al rey ese mismo año. Aún no había empezado el verano y las tropas ya estaban dispuestas. Ordoño tenía poco más de treinta años. También su padre y su abuelo habían muerto jóvenes, aunque no tanto. ¿Quién podía prever un desenlace semejante? Ordoño III moría en 956. Por causas naturales, indican todas las fuentes. Dejaba dos hijos de muy corta edad, Bermudo y Gonzalo. El acontecimiento debió de caer como una bomba en el reino. Todo quedó paralizado; los ejércitos, sin jefe; el trono, vacío. Y el paisaje cambiaba súbitamente: el luminoso horizonte se transmutaba en un sombrío escenario.

El poder siempre tiene horror al vacío. Muerto Ordoño III, sepultado en el Salvador, todos los hilos comenzarán a moverse con rapidez para llenar el trono. En primer lugar, ha sonado la hora de Sancho, el Gordo, el hermanastro del rey, que obtendrá por vía legal lo que no pudo conseguir por vía violenta. Pero es también la hora de quienes, como Fernán González, esperaban una oportunidad para afianzar su posición en el reino. Y es asimismo, por supuesto, la hora del califa, que en aquel momento debió de ver cómo infinidad de combinaciones se dibujaban sobre el gran tablero… y todas le daban a él la victoria. Venían tiempos ingratos para la cristiandad.

3

LOS DÍAS MÁS TRISTES DE LEÓN

Llega la hora (efímera) del gordo

Ordoño III ha muerto de repente con apenas treinta años. Deja dos hijos, pero de muy corta edad. El trono queda vacío. Y sólo un hombre puede llenarlo: su hermanastro Sancho el Craso (el Gordo), hijo de Ramiro II y de la pamplonesa doña Urraca, nieto pues de la reina Toda de Navarra. Es el mismo Sancho que dos años antes ha intentado apoderarse de la corona por la fuerza, con pésimos resultados.

Un hombre poco de fiar, pensarían los magnates del Reino de León. Pero la sangre es la sangre y, con el árbol genealógico en la mano, la elección está clara: nadie puede optar al trono con mejor derecho. Así Sancho el Craso es ungido rey en Santiago de Compostela, en noviembre de 956. Para celebrarlo, dona al obispo de Santiago, Sisnando, el condado de Bembejo. Ya es Sancho I de León. Y su llegada al trono va a traer consigo una intensa cadena de desdichas.

Recordemos el perfil del personaje. Sancho, muy joven —poco más de veinte años—, era el nieto favorito de la omnipresente doña Toda, la reina viuda navarra; en la práctica, el nuevo rey era un instrumento de la política pamplonesa. No carecía de experiencia de gobierno, pues su padre le había encomendado misiones desde muy temprano. Las fuentes moras lo describen como «vano, orgulloso y belicoso»; atribuyamos a los moros la credibilidad que merecen. En todo caso, Sancho era un tipo ambicioso, que ya había intentado apoderarse del trono con ayuda de la corte pamplonesa y del conde de Castilla, Fernán González. Y era, sobre todo, muy gordo; tanto que no podía montar a caballo, manejar hábilmente la espada ni yacer con mujer, lo cual causaba la rechifla general de sus súbditos.

Deseoso de reforzar su autoridad, Sancho empezó tomando medidas arriesgadas. Entre otras, intentó controlar el poder que los grandes linajes

nobiliarios habían ido acumulando en la estela de la reconquista de nuevos espacios al sur. Esto no era nuevo —también los reyes anteriores se habían enfrentado al mismo problema—, pero la posición de Sancho no era la más fácil para sentar una política de autoridad. Repasemos la situación: Sancho había intentado llegar al trono con el apoyo de la corte pamplonesa y del conde de Castilla; parece que, además, su rebelión contó con la simpatía de los nobles gallegos. Pero todo ello le granjeó, como es natural, la enemistad de los nobles leoneses y asturianos, que no podían dejar de ver en el Gordo al traidor que intentó arrebatar el trono a su hermano Ordoño. Si ahora Sancho quería asentarse en el trono, tendría que ganarse la benevolencia de asturianos y leoneses; pero para ello tendría que alejarse de los castellanos, lo cual le haría perder los únicos apoyos que a priori tenía. Difícil papeleta.

Es muy posible que, en esta tesitura, Sancho volviera los ojos a Pamplona, donde reinaba su tío García bajo la omnipresente sombra de la ya anciana reina viuda, doña Toda, abuela del nuevo rey leonés. No sabemos qué pudo aconsejarla abuela al nieto. Lo que sí sabemos es que doña Toda adoraba a Sancho, de manera que podemos conjeturar algunas cosas. Primero, que con seguridad la anciana trató de guiar su camino. Después, que probablemente le sugirió atar corto al conde de Castilla, Fernán González. Fernán, casado con una hija de doña Toda, era aliado de Sancho y, al parecer, la anciana reina le tributaba una clara admiración, pero la política es la política, y esa misma admiración hacía que la abuela desconfiara de la voluntad de poder del conde castellano. Ahora el objetivo no era tomar el trono, sino afianzarse en él, y eso obligaba a tejer alianzas de nuevo cuño.

Si éstos fueron los consejos de doña Toda, Sancho los aplicó con ostensible torpeza. Su acercamiento a los nobles leoneses, incluso a sus amigos gallegos, fue bastante desdichado. Nadie parecía dispuesto a olvidar que ese Sancho era el mismo que había traicionado al difunto rey Ordoño. Por otra parte, la pinta de Sancho era la menos adecuada para suscitar la adhesión de la aristocracia guerrera. Y seguramente, los gestos de acercamiento hacia el oeste del reino levantaron la inmediata suspicacia del este, es decir, de Castilla, donde Fernán González debió de fruncir el ceño al constatar que Sancho hacía exactamente lo contrario de lo que a él le convenía.

Sancho tardó poco en ver que el trono se había convertido en un potro de tortura. Como la política de palacio no daba los frutos adecuados, trató de buscar mejor cosecha en el aspecto militar. Después de todo, León seguía teniendo un poderoso ejército, bien entrenado y dispuesto al combate. Una

gran victoria otorgaría a Sancho el crédito que los magnates del reino no le querían conceder. En realidad, el nuevo rey tampoco tenía otra opción. Pero, un momento: ¿acaso Córdoba y León no estaban en tregua?

Aquí volvemos a encontrarnos con el problema de la famosa tregua de Abderramán y Ordoño III, de la que hemos hablado en capítulos anteriores. Sobre este asunto hay que decir que sobra cualquier afirmación categórica: no conocemos ni el contenido de las negociaciones ni cuáles eran las intenciones reales de los firmantes. Hay quien sostiene, tomando pie en textos árabes, que el tratado de paz incluía la cesión por parte cristiana de ciertas fortalezas en el Duero, que pasarían a manos de Córdoba, pero esto es altamente improbable, y más bien debe referirse a tratados posteriores. Lo que sí puede asegurarse, por cómo se desarrollaron los acontecimientos después, es que Sancho ignoró la tregua y pretendió tomar la iniciativa militar. Y que el balance de la operación fue tan desdichado como las demás medidas de este rey.

No sabemos dónde atacó Sancho. Sí sabemos dónde golpearon los moros. Las fuentes cordobesas señalan dos campañas en el verano de 957. Una la mandó el general Galib —al que ya conocemos— contra algunas fortalezas fronterizas del Reino de Pamplona, pasando las guarniciones a cuchillo, desmantelando las aldeas circundantes y arrasando los campos. La otra la dirigió Ahmad antibalas contra la región leonesa, seguramente contra algún área rural, dado el balance que las fuentes moras ofrecen sobre el combate: cuatrocientos cristianos decapitados —una barbaridad, pero pocas bajas si las comparamos con *aceifas* anteriores— y, sobre todo, un enorme botín en caballos y bestias de carga.

Ni la expedición de Galib ni la de Ibn Yala fueron particularmente gravosas, pero era la gota que colmaba el vaso. Si el crédito político de Sancho ya era escaso, este revés militar hizo su situación simplemente insostenible. A finales de enero del año 958, un inusitado movimiento agita el palacio real. León vive un golpe de Estado.

Exercitus coniuratione, dice la Crónica de Sampiro. Estamos ante un golpe militar. Hasta ahora el Reino de León había vivido, alguna vez, conflictos entre bandos armados opuestos: unos intentaban derrocar al rey, otros le protegían. Esta vez, sin embargo, nadie defenderá a Sancho. Ni huella quedaba ya de aquellos *Fdeles regis* que un siglo antes habían salvado a Alfonso II el Casto del encierro. Es toda la guardia palatina, al parecer, la que se levanta contra Sancho. El rey, apurado, tiene que huir. Se dirigirá a Pamplona.

¿Y nadie defendió a Sancho el Gordo? Nadie. Y si hubo alguien, no debió de hacerse notar mucho, porque la crónica no ha dejado recuerdo de ello. Todos los que pintaban algo en el reino dejaron caer a Sancho. Los magnates gallegos, los nobles leoneses, los condes castellanos… Nadie movió un dedo para evitar que se depusiera al rey gordo: tan bajo había caído su crédito político. Ni siquiera Fernán González, su aliado de otro tiempo, con el que compartía lazos familiares e intereses políticos, se apiadó de Sancho. Ciertas interpretaciones aseguran que Fernán estaba metido en la conspiración. ¿Por qué? Porque un año antes había dado la mano de su hija Urraca, viuda del rey Ordoño III, a otro Ordoño que inmediatamente reinará. Pero, por otro lado, Fernán firma en mayo de 958 un diploma donde sigue reconociendo al ya derrocado Sancho como rey. ¿Cuál era la posición precisa del conde de Castilla en todo este asunto? Sólo podemos decir esto: si no hizo nada contra el rey gordo, tampoco hizo nada a su favor. El rey se había quedado solo.

Es marzo de 958. Un nuevo rey de León aparece en Santiago de Compostela. Le flanquean multitud de magnates gallegos y leoneses, tanto laicos como eclesiásticos. El nuevo rey se llama Ordoño; Ordoño IV. Pasará a la historia como Ordoño el Malo. Y ahora veremos por qué.

El gordo, el malo... y la abuela

Hemos llegado a una situación realmente explosiva. En el año de Nuestro Señor de 958, un golpe militar ha expulsado del trono al efímero Sancho I el Craso y ha colocado en su lugar a un nuevo rey, Ordoño IV el Malo. Adelantemos ya que Ordoño no va a correr mejor suerte que su predecesor, y que uno y otro van a protagonizar turbios años de lucha desesperada por el poder. Lo que estaba pasando en el Reino de León era verdaderamente lamentable.

¿De dónde había salido este nuevo Ordoño, si los hijos de Ordoño III aún eran menores y Sancho I no tenía descendencia, ni había otros hermanos en pugna por la corona? Sobre el origen de Ordoño IV el Malo hay una cierta discusión. Para seguir sus pasos hay que echar la vista atrás. Y vale la pena orientarse en el bosque genealógico, porque nos ayudará a tomar perspectiva sobre las vicisitudes del reino.

Recordemos. Retrocedamos cuarenta y cinco años. A la muerte de Alfonso III el Magno, en 911, el reino se reparte entre sus hijos y quedan

Ordoño (II) como rey en León y Fruela como rey en Asturias. Cuando muere Ordoño II, sus hijos —los Ordóñez— pelean por el trono, pero el hermano del rey, aquel Fruela asturiano, se queda con la corona. Ahora bien, este nuevo rey muere muy pronto, y entonces los Ordóñez pelean con el hijo de Fruela, Alfonso Froilaz, llamado el jorobado, al que derrotan. El mayor de los Ordóñez, que también se llamaba Alfonso y será Alfonso IV, reina en León, pero la muerte de su esposa le sume en depresión, deja la corona e ingresa en un convento, por lo que se le llamará Alfonso el Monje.

¿Se ha hecho usted un lío? No se preocupe, a todo el mundo le pasa. El caso es que así llega al trono Ramiro II, el cual, por su parte, tendrá que pelear con los dos Alfonsos: su primo el jorobado, que no había perdido sus aspiraciones al trono, y su hermano el Monje, que se arrepintió de su decisión y trató de recuperar la corona. Aquí ya hemos visto que Ramiro se impuso sobre sus rivales. De la línea de Ramiro II saldrán los reyes que hemos conocido en los últimos capítulos: Ordoño III y Sancho I. Pero los otros, ambos Alfonsos, el jorobado y el Monje, los derrotados, también tuvieron hijos, y aquí es donde hay que buscar a nuestro Ordoño IV el Malo.

Unos, en efecto, sostienen que Ordoño el Malo era hijo de Alfonso Froilaz, el jorobado: el linaje del último Fruela, confinado en las Asturias de Santillana, asomaría así de nuevo la cabeza para volver al trono. Otros, por el contrario, dan a Ordoño como hijo del otro Alfonso, el Monje. Parece que hay más razones para dar por buena esta segunda hipótesis, sobre todo después de que Lacarra desempolvara las Genealogías navarras de Roda, donde se dice expresamente que este Ordoño Alfónsez era hijo de la princesa navarra Onega, la mujer cuya muerte llevó al rey Alfonso al convento. Así que nuestro Ordoño el Malo y el gordo Sancho eran primos carnales, hijos de sendas hermanas pamplonesas, y sobrinos por tanto de Fernán González, casado con otra de las hermanas, hijas todas ellas de doña Toda de Pamplona. Este libro de familia es una auténtica jungla, pero no hay que perderlo de vista: aquí las cuestiones de parentesco son decisivas.

Y a todo esto, ¿por qué al pobre Ordoño le llamaban el Malo? ¿Era un mal tipo? En realidad, tan desagradable apodo se debía a la mala salud del nuevo rey, al que se pinta como enfermizo, débil, un poco cobarde y, según las fuentes moras, jorobado. Sobre esa pintura, la tradición ha añadido otros rasgos no más brillantes: mezquino, egoísta y torpe. De la vida de este caballero antes de ser rey sabemos muy poco. Sólo que nació hacia 925 o 926 y que creció y vivió en León. Su nombre aparece en ciertos diplomas regios

de su tío Ramiro II y, después, de Ordoño III, en un periodo que abarca desde 927 hasta 956. Eso indica que estaba integrado en la corte, pero en una posición evidentemente subordinada.

Aunque de sangre regia, la verdad es que nadie se acordaba de este Ordoño IV. De entrada, parece claro que él no peleó por la corona: ni se sentía con fuerzas para ello, ni tenía razones para pensar que alguien pudiera prestarle esas fuerzas que le faltaban. Pero a la altura de 956, tras la muerte prematura e inesperada de Ordoño III, había pocos nombres más que pudieran exhibir pedigrí real. Seguramente por eso Fernán González, el conde de Castilla, pensó en él para otorgarle la mano de su hija Urraca cuando ésta enviudó de Ordoño III. Urraca cambiaba de Ordoño y Fernán cambiaba de caballo en sus apuestas. Aun así, podemos imaginar la cara de estupefacción de nuestro Ordoño el Malo, seguramente entregado a la rutinaria comodidad de una vida señorial, pero modesta, cuando alguien fue a decirle que podía ser rey. ¿Quién acudió a buscarle para proponerle la corona? Lo ignoramos. Lo que sabemos es que la elección se tomó en los círculos de la nobleza leonesa y gallega. Y que Ordoño Alfónsez, pronto Ordoño IV, contestó que sí.

A partir de aquí, Ordoño el Malo va a cumplir exactamente todas las expectativas que se habían depositado en él, a saber: la absoluta nulidad. Porque, en efecto, no se trataba de otra cosa, los magnates necesitaban un rey manejable y débil, y Ordoño era el candidato idóneo. Ya hemos contado aquí la evolución de la estructura social y política leonesa, donde el poder de los nobles había ido creciendo a expensas del cetro regio. Hacían falta unas virtudes sublimes, como las de Ramiro II y Ordoño III, para meter en cintura a los grandes linajes del reino. Sin ellas, la inercia del entramado político de León conducía de manera natural hacia la merma de la autoridad del rey en beneficio de los nobles. Y ahora éstos habían encontrado lo que necesitaban, un rey que no debía la corona a la herencia de otro rey, sino a la voluntad de los nobles. Ordoño IV el Malo estaba en manos de quienes le habían puesto en el trono.

Podemos suponer que la situación del rey no sería nada cómoda. Y podemos suponer también que Ordoño, a pesar de todos sus defectos, intentaría afianzar su autoridad. No es fácil hacer un retrato psicológico de alguien cuyos pensamientos desconocemos, pero, a poco que rasquemos, nos resultará un cuadro desalentador. Tenemos como monarca de León, en efecto, al hijo de alguien que fue rey, perdió la corona y, cuando quiso recuperarla, fue derrotado, apresado y cegado; un personaje, Ordoño, crecido en la corte

de quien venció a su padre; un hombre de linaje, pero relegado a un puesto subordinado y en no pocos aspectos humillante; un segundón al que de repente visita la fortuna por obra de un matrimonio de conveniencia, primero, y de una conjura nobiliaria después. Con esos antecedentes, lo más probable es que el pecho de Ordoño el Malo fuera un nido de resentimiento. Y que, cuando empuñó el cetro, lo hiciera con el secreto pensamiento de «ahora se van a enterar de quién soy yo».

¿Y quién era él? Un cero a la izquierda. Carente de experiencia de gobierno, inédito en el campo de batalla, ayuno de vínculos eficaces con los grandes del reino, ninguneado en el plano exterior —porque el Reino de Pamplona no podía profesarle otra cosa que hostilidad— y sin virtudes personales para compensar todas esas carencias, Ordoño el Malo es un fracaso desde el mismo día en que pisa el trono. El nuevo rey pronto entra en conflicto con los magnates que le han elegido. Por donde pasa va dejando una estela de descontento. Poco a poco, a ritmo constante, los nobles le van abandonando, lo mismo en Galicia que en Castilla. En general se le acusa de falta de tacto. Tradúzcase así: a Ordoño lo habían puesto en el trono para que hiciera la voluntad de los magnates, no para que reinara de verdad. Y Ordoño IV tardará muy poco en quedarse tan solo como antes lo estuvo Sancho el Gordo, su predecesor.

Pero, a todo esto, ¿dónde estaba Sancho?

Sí: ¿dónde estaba mientras tanto el rey depuesto, este Sancho I el Craso, el Gordo? Estaba en Pamplona, enjugando una vez más sus cuitas en las faldas de su poderosa abuela, doña Toda. Y la anciana pero incombustible reina viuda —más de ochenta años ya—, supersuegra de España, hacedora de reyes y reinas, gran componedora del mapa de la cristiandad, no iba a dejar que su pequeño Sancho, su nieto favorito, fuera expulsado del trono así como así. Era verdad, no obstante, que Sancho no podía volver a León de aquella manera, tan gordo e inútil: sólo conseguiría que los nobles del reino volvieran a defender al inepto Ordoño. Se imponía un cambio. Pero ella lo haría.

Atención, porque vamos a asistir a la primera campaña política de imagen que conocería la cristiandad española. Su protagonista: Sancho. La autora de la idea: doña Toda, por supuesto. Y sus pasos les llevarán a Córdoba, nada menos.

La férrea debilidad de una abuela

A la anciana doña Toda, reina viuda de Pamplona, le habían hecho una sucia jugada: los nobles de León habían descabalgado del trono a su nieto favorito, Sancho el Craso, para poner a otro en su lugar. Pero, si los magnates leoneses pensaban que la vieja iba a quedarse quieta, se equivocaban. Doña Toda no tardó en maquinar un contraataque. Y la abuela de Sancho, la suegra de todos los grandes linajes de la cristiandad, iba a dejar al mundo con la boca abierta.

Porque a doña Toda, en efecto, no se le ocurrió mejor cosa que buscar socorro en su sobrino Abderramán, el califa de Córdoba. Visto que ningún partido del Reino de León iba a apoyar a Sancho, sólo cabía pedir refuerzos lejos de la corte leonesa. Y de paso, ¿quién sabe?, quizá los afamados médicos de Abderramán pudieran solucionar el problema de Sancho, aquella obesidad patológica que le impedía montar a caballo y manejar un arma.

Dicho y hecho. En la primavera de 958, doña Toda manda un mensaje a Abderramán: necesita su ayuda. El califa, por supuesto, estaba completamente al corriente de cuanto ocurría en León; el tráfico de espías e información era intenso a ambos lados de la frontera, al menos desde un siglo atrás. Córdoba no ignoraba el conflicto entre Sancho el Gordo y Ordoño el Malo. El mensaje de doña Toda dio a Abderramán la oportunidad de meter la cuchara en ese caldero. «Divide y vencerás», debió de pensar Abderramán III: las carambolas del poder en León le estaban poniendo en bandeja una maniobra política de la que sólo podía cobrar beneficios. Incluso en el caso de que la apuesta por Sancho fallara, el caos interno iba a ser lo suficientemente intenso como para que el califato pudiera sacar tajada sin hacer el menor esfuerzo. Y el califa, como es natural, aceptó la llamada de su tía, doña Toda, la reina viuda de Pamplona.

Así, en algún momento de la primavera de 958, surca España de sur a norte un interesante personaje: el judío Hasday ibn Isaac ibn Saphrut, médico y diplomático —ya le hemos visto antes, capítulos atrás, negociando la tregua con Ordoño III—, al que, según algunas fuentes, Abderramán había nombrado príncipe de las comunidades judías de Al-Ándalus. Hasday viaja a Pamplona como médico, para examinar a Sancho, pero viaja también como negociador, para explorar las posibilidades que aquel singular episodio brinda a Córdoba. Y el diagnóstico de Hasday fue inequívoco. En lo médico, Sancho tenía curación, pero tendría que ser en Córdoba. Y en lo político, aquello

merecía un tratado de paz al más alto nivel, tratado que sólo podían firmar Abderramán, Sancho y doña Toda, y ello, por supuesto, en sede cordobesa.

¿En qué consistía aquel tratado? El acuerdo era realmente leonino: Córdoba va a prestar a Sancho y Toda hospedaje (ciertamente principesco) y tratamiento médico, y más aún, ayudará a Sancho a recuperar el trono; pero a cambio Abderramán pide el vasallaje de hecho de León ante Córdoba y, como prenda, nada menos que diez fortalezas cristianas en el cauce del Duero. Para facilitar las cosas, Abderramán dotaría a Sancho de las tropas precisas para recuperar la corona. Las querellas internas del reino harían el resto.

Tropas moras, en fin, decidirían el destino de la corona cristiana. Si alguien hubiera contado esto a Alfonso II el Casto o a Alfonso III el Magno, se habrían muerto del soponcio. La maniobra de doña Toda era, en rigor, una rendición ante el tradicional enemigo musulmán, y también una traición al proyecto común de la cristiandad peninsular, que hasta entonces había sido unánimemente respetado en León y en Pamplona. El capricho de la abuela con su nieto Sancho iba a significar la mayor derrota política para la Reconquista desde los días de la batalla del Guadalete. Gravosas consecuencias, las del tratamiento adelgazante de Sancho el Gordo.

¿Y todo se explica por la emotividad de una abuela? No, evidentemente: doña Toda dio sobradas muestras de experimentar hacia Sancho una debilidad sin límites, pero en una mujer de estas características no podemos hablar sólo de razones sentimentales, sino que también influían motivaciones políticas de anchísimo alcance. Porque Sancho no era sólo el nieto preferido de la vieja, sino que era, además, la baza de la política navarra en León, es decir la cuña con la que Pamplona contaba para convertirse en el reino decisivo de la cristiandad.

Pero, un momento, ¿tan importante era ya Navarra como para aspirar a semejante liderazgo? ¿Tanto había crecido aquel pequeño reino como para querer determinar la política leonesa y la de la cristiandad entera? Pues sí, había crecido mucho. Había crecido en territorio y, sobre todo, había crecido en influencia y en poder. Tan sólo cien años antes, a mediados del siglo IX, Pamplona era una pequeña aldea fortificada que malvivía entre la alianza con Asturias y los tejemanejes con los Banu-Qasi del valle del Ebro. Pero ahora ya no había Asturias ni Banu-Qasi, sino que la primera se había convertido en León, un reino demasiado grande para poder ser gobernado con comodidad, y los segundos habían dejado paso a una serie de gobernadores puestos

directamente por un califa que, oh casualidad, era sobrino de la reina de Pamplona.

En ese paisaje, la política matrimonial de doña Toda actuó como un tinte que tiñó de navarridad el mapa entero de España. Primero, la agresiva política bélica de Sancho Garcés —el marido de Toda— había extendido el territorio pamplonés desde el pequeño núcleo subpirenaico hacia La Rioja y hacia Aragón. De hecho, desde 924 la corte ya no está en Pamplona, sino en Nájera, y desde allí los reyes gobiernan un territorio que se va extendiendo de manera constante. Después, los enlaces organizados por la reina, pronto viuda, vincularon a Pamplona con todos aquellos que pintaban algo en el universo político del siglo x, en Castilla como en Aragón, en León como en Ribagorza. Resultado: es como si todas las tierras de España empezaran a trabajar para los intereses navarros. El matrimonio de García, el único hijo varón de doña Toda, incorporó a la corona el condado de Aragón en la persona de la condesa Andregoto Galíndez. Más tarde García repudiará a Andregoto para casarse con una princesa leonesa, pero las montañosas tierras de Aragón se quedaron bajo dominio navarro.

Así era el mapa del poder a mediados del siglo x. Y dentro de ese mapa, Sancho el Craso era la pieza que permitiría a Pamplona dominar también el Reino de León. Con Sancho en el trono, no sería León, sino Pamplona la que ejerciera un liderazgo incontestable en la cristiandad española. Y así el pequeño reino subpirenaico, que ya controlaba las montañas de Aragón y los valles de La Rioja, extendería su influencia hasta las orillas del Atlántico, hasta las sierras castellanas, hasta los llanos de Portugal. ¿Habría resistencias? Sin duda las habría, pero la paz con Córdoba, auspiciada por Pamplona, permitiría concentrarse en poner orden en el interior. Por otro lado, la concienzuda siembra de matrimonios políticos organizada por doña Toda permitía contar con aliados poderosos: Álava y, sobre todo, Castilla. Ésa era la gran jugada. Y no podía fallar.

Así, doña Toda y su nieto Sancho llegaron a la corte de Córdoba. Fueron recibidos con la mayor de las solemnidades en Medina Azahara, la suntuosa residencia palaciega de Abderramán. Allí se firmó el pacto: Sancho sería curado y Abderramán le ayudaría a recuperar el trono; a cambio, Sancho entregaría al califa diez fortalezas de la frontera del Duero. Era lo que Abderramán siempre había deseado, salvaguardar su frente norte y hacerlo a buena distancia de las sierras del Sistema Central. Sancho ganaba el trono,

pero en la perspectiva de la Reconquista, de aquella larga guerra que había empezado siglo y medio atrás, el único vencedor era Abderramán.

¿Y cómo adelgazó Sancho? ¿Qué hicieron los médicos de Córdoba para curarle? El episodio es tan increíble que merece un capítulo aparte.

La dieta mora de Sancho el Craso

La tradición literaria nos ha dejado relatos muy coloristas sobre la llegada de la abuela y el nieto a la corte cordobesa. Se habla de cómo Sancho, incapaz de moverse y mucho menos de montar a caballo, por su excesivo peso, tuvo que hacer el viaje transportado en parihuelas: desde Pamplona o Nájera hasta Córdoba, ¡más de setecientos kilómetros en parihuelas! Y una vez en la capital del califato, Sancho tuvo que ser descendido por varios hombres y llevado con gran esfuerzo hasta el regio salón donde el califa les esperaba.

Hasta el momento hemos venido refiriéndonos a la obesidad de Sancho como un accidente más o menos grotesco en la historia de la Reconquista. No era, sin embargo, nada que debamos tomar a broma. La leyenda ha adjudicado a Sancho el Craso una notable fama de glotón, de hombre dominado por la gula. Ahora bien, una obesidad como la suya no puede explicarse sólo por un apetito desmedido. Por lo que sabemos, Sancho I el Gordo pesaba más de doscientos kilos cuando llegó a Córdoba. Es un peso evidentemente patológico. No podía andar por los horribles dolores que sufrían sus rodillas y sus caderas; respiraba con muchísima dificultad por el sobreesfuerzo que debían soportar sus pulmones. O sea que Sancho no era sólo un glotón, sino un hombre enfermo que precisaba tratamiento. Y los sufrimientos que soportó en Córdoba dan fe de hasta qué extremo era grave su dolencia. ¿Qué le pasaba?

Lamentablemente, nos faltan datos para saber cuál era exactamente la enfermedad que aquejaba a Sancho. Los especialistas en la materia tienden a pensar que estamos ante un caso de hidropesía, es decir, una anormal acumulación y retención de líquidos en los tejidos del organismo. Pero la hidropesía no es tanto una enfermedad cuanto un síntoma: se produce a consecuencia de un mal funcionamiento de algún órgano, sean los pulmones, el corazón, los intestinos, etc. ¿Qué era lo que no funcionaba bien en el cuerpo de Sancho? Eso es precisamente lo que ignoramos.

Tampoco sabemos con precisión quiénes fueron los médicos que tuvieron que lidiar con un paciente tan llamativo. Parece claro que dirigió las terapias el judío Husday ibn Isaac ibn Saphrut, el mismo que había negociado el viaje y el acuerdo político subsiguiente. Pero otras fuentes señalan también al reputado cirujano Abulcasis, aunque éste, por aquel entonces, contaría poco más de veinte años.

Los médicos cordobeses no averiguaron el origen del mal, pero sí combatieron a conciencia los síntomas. ¿Cómo? Con una rutina de dieta hiperestricta, ejercicio progresivo y duros masajes que, vista con ojos de hoy, sólo puede calificarse como auténtica tortura. ¿Y en qué consistía esa rutina? Las fuentes ofrecen varias versiones que no siempre guardan coherencia; algunas son, con toda seguridad, pura literatura. Pero como son lo único que tenemos, vamos a tratar de explicar el tratamiento de Sancho de forma que nos aproximemos lo más posible a la verdad.

Parece ser que, para prevenir la tentación de la gula, a Sancho empezaron por coserle la boca. Debió de ser un espectáculo horroroso, pero era la única forma de asegurarse de que aquel hombre no comiera nada. ¿Nada? No, en la costura de los labios le dejaron una pequeña abertura por donde podría sorber las infusiones vegetales que los médicos preparaban. El contenido de esta mezcla milagrosa ha sido muy debatido, como es natural —no deja de ser una fórmula de eficacia acreditada—, pero nadie sabría describir con certeza la composición. De todas las versiones posibles, la más probable es la que combinaba agua de sal, agua de azahar, menta, toronjil (o sea, melisa), y cocimientos de verduras, coles, diente de león, miel de enebro y arrope de saúco.

El paciente tenía que ingerir el brebaje siete veces al día, durante cuarenta días consecutivos. ¿Y para qué semejante bebedizo? Para obtener un fin muy concreto: diarreas continuas y vómitos sin fin. Por tan expeditivo procedimiento se intentaba obtener una acelerada pérdida de peso. Los médicos actuales deducen que, con semejante dieta, habría sido perfectamente posible que el paciente muriera en cualquier momento, y con toda seguridad el pobre Sancho estuvo alguna vez al borde de la tumba. ¿Y Sancho aguantó todo eso? Es asombroso, pero sí, lo aguantó. Bien es cierto que durante el primer periodo de su tratamiento, para asegurar la eficacia del mismo, los médicos optaron por atar al paciente a la cama.

Ahora bien, el tratamiento no acaba aquí. Como Sancho se deshinchaba a ojos vista, sus carnes entraban en franca flacidez. Y para evitar eso, los

médicos prescribieron una rutina complementaria de duros masajes que devolvieran a la carne cierta tersura, así como baños diarios de vapor, para que la sudoración masiva completara el proceso de eliminación de los líquidos acumulados. Por otro lado, era importante acostumbrar a aquel cuerpo al movimiento. De manera que los médicos del califa, una vez hubo perdido el paciente las primeras arrobas, ordenaron una sesión diaria de ejercicio.

Objeción de principio: ¿cómo llevar a hacer ejercicio a un corpachón de doscientos kilos, debilitado además por una dieta tan salvaje? Era imposible esperar que Sancho lo hiciera por sí mismo, de manera que se designó a un personal específico con la única misión de obligar al paciente a moverse. El procedimiento era elemental: aquella gente ataba a Sancho con cuerdas y tiraba de él hasta obligarle a andar. Y para evitar que el pobre Sancho se cayera, los galenos cordobeses le fabricaron un andador a medida, para que tuviera dónde apoyarse.

Cuarenta días, sí, cuarenta días duró aquella tortura. Pero al cabo de ese plazo, Sancho había perdido casi la mitad del peso que tenía cuando llegó a Córdoba. Las crónicas señalan que Sancho pesaba veintiuna arrobas castellanas. La arroba castellana equivale a once kilos y medio. Eso significa que Sancho pesaría unos doscientos cuarenta kilos. Después del tratamiento, era un hombre de unos ciento veinte kilos. Ciertamente, no era un hombre delgado, pero había recobrado la posibilidad del movimiento. En sus últimos días de terapia caminaba cinco kilómetros diarios y ya había sido capaz de yacer con una mujer. Sancho el Craso seguía siendo craso, pero estaba curado.

Sancho estaba curado, sí, pero el Reino de León estaba condenado. En cuanto Sancho estuvo en pie, el califa formalizó el pacto: las huestes de Abderramán formarían junto a Sancho para reponerle en el trono, pero el nieto de doña Toda entregaría a Córdoba las diez fortalezas prometidas en la línea del Duero. En el acuerdo tomó parte el hijo y heredero de Abderramán, el príncipe Alhakén. Si el paisaje en León ya estaba oscuro por las disputas por el poder, ahora el cielo se ennegrecía definitivamente.

Es la primavera de 959 cuando un potente ejército sale de Córdoba y cruza La Mancha con destino al norte. En sus filas se mezclan huestes musulmanas y navarras. Lo encabeza un hombre que hasta hace poco no podía montar a caballo: Sancho. Que va a tardar muy poco en ser nuevamente rey. Y Abderramán comenzaba a jugar sus cartas.

Sancho recupera el trono y Abderramán se frota las manos

Sancho, con muchos kilos menos, no necesita plantear batalla: Zamora le abre las puertas sin resistencia. El rey que en ese momento está en el trono, Ordoño IV el Malo, no tiene ningún apoyo. Después de Zamora, Sancho marcha a Galicia: tampoco allí hay resistencias. La nobleza lo cal apoya a Sancho y le proclama rey legítimo. Las cosas serán algo más difíciles en la ciudad de León, pero también allí, al final, el nieto de doña Toda es reconocido como rey. Sancho ha recuperado la corona. Ordoño la ha perdido.

Nadie defiende a Ordoño, del mismo modo que, un par de años antes, nadie defendió a Sancho. Nunca se vio en el reino cristiano del norte a monarcas menos respetados. Ordoño el Malo, derrotado, atemorizado, trata de refugiarse en Asturias, al calor de una orografia apta para la defensa, pero no habrá tal. Nadie le sigue hasta allí, y los asturianos, por su parte, no están dispuestos a quedarse con tan enojoso huésped. Ordoño tiene que huir también de Asturias. Busca refugio en Burgos. ¿Por qué Burgos? Porque Ordoño, recordémoslo, estaba casado con Urraca, la hija de Fernán González, conde de Castilla, que controlaba aquella ciudad. Pero los burgaleses demostrarán no tener en la menor estima al desdichado yerno.

Burgos, en efecto, rechaza a Ordoño. ¿Fue la villa? ¿Fue el propio Fernán? No lo sabemos. El hecho es que Ordoño tiene que marcharse. No sólo se ve forzado a abandonar la ciudad, sino que además tendrá que dejar allí a su esposa. Urraca queda en Burgos con sus dos hijos. ¿Cómo interpretar este gesto? Parece que sólo hay una interpretación posible: constatando que Ordoño había perdido la partida, y en la certidumbre de que aquel pobre hombre nunca iba a conseguir nada digno de consideración, Fernán resolvió cortar amarras, dejar que Ordoño naufragara solo y salvar de la quema a Urraca y a su progenie. ¿Amor de padre? Puede ser, pero Urraca, con sus dos hijos de rey, se había convertido también en un capital político de primera magnitud; un capital que en cualquier momento podía ser de nuevo aprovechado.

A Fernán González, de todos modos, tampoco le fue demasiado bien en aquel negocio. Mientras Sancho, con sus auxilios moros, llegaba hasta Zamora y era reconocido rey en Galicia, las tierras orientales del reino, la Castilla de Fernán, eran atacadas por tropas navarras. El rey de Pamplona, García, temía evidentemente que su cuñado castellano aprovechara el caos para ir más lejos de donde debía. Con aquel ataque en tierras castellanas,

Pamplona se aseguraba dos cosas: una, que Fernán no movilizara tropas a favor de Ordoño; dos, que el conde de Castilla se viera obligado a reconocer a Sancho como rey. Cosa, por cierto, que Fernán no hizo al menos hasta dos años más tarde, a juzgar por los diplomas firmados por el conde, documentos en los que, durante ese tiempo, se escribe obstinadamente «reinando Ordoño».

Para asegurarse de que el siempre peligroso Fernán quedara neutralizado, los navarros decidieron acudir a los grandes remedios y le cogieron preso. El conde de Castilla fue llevado a Nájera, a presencia del rey García I Sánchez. Los lazos familiares que unían a Fernán con la casa de Pamplona —era, insistimos, cuñado del propio García— no sirvieron de gran cosa, o quizá sí: su vida no corrió peligro. El rey García tuvo a Fernán confinado en Pamplona, a buen recaudo. ¿Cuánto tiempo? El suficiente para que Sancho se asentara en el trono. No parece que Pamplona quisiera forzar demasiado las cosas. De hecho, Abderramán, aprovechando que el conde de Castilla estaba encerrado, pidió a García que se lo entregara y éste se negó. Es más, el rey de Pamplona, inmediatamente después, lo puso en libertad. Fernán González volvía a Castilla, aunque con un duro correctivo. Pero ¿por qué el califa pidió la cabeza de Fernán?

Es que Abderramán se movía, en efecto. En los cálculos del califa, el apoyo a Sancho sólo era la primera jugada de una larga combinación. Con Sancho en el trono leonés, Abderramán se había asegurado el tener ahí a alguien que estaba en deuda con él. Para empezar, el rey de León tenía que satisfacer aquella deuda tan gravosa de las diez fortalezas del Duero, prenda de la curación del Gordo. ¿Realmente esperaba el califa que Sancho le entregara tales fortalezas? Es francamente dudoso. Abderramán, que era un político eminente, sabía de sobra que, de hacer tal cosa, Sancho se ganaría la hostilidad inmediata de los grandes linajes nobiliarios. Porque eran precisamente esos grandes linajes —lo mismo el de Castilla que los de Cea, Saldaña y Monzón, y además los de Portugal— los que controlaban la linea del Duero. Y con tales enemigos, Sancho tardaría muy poco en perder la corona. Sancho, por supuesto, también lo sabía; de hecho, el ex gordo faltó a su promesa: jamás entregó esas plazas.

Abderramán debía de contar con eso, sí. Y también debía de contar con otro elemento que quizá sorprendió a todos menos al califa, a saber, la visita de Ordoño. Porque, en efecto, el rey depuesto, Ordoño el Malo, expulsado de Asturias y de Burgos y de todas partes, en su desesperación terminaría acudiendo a Córdoba para pedir ayuda a los sarracenos. De manera que, a

partir de ese momento, el califato tendría en sus manos a los dos hombres que peleaban por el trono leonés. Uno, Sancho, estaba en deuda con él; el otro, Ordoño, pronto iba a estarlo. Y Abderramán utilizaría a cada uno de ellos contra su rival.

A Abderramán III se lo llevó la muerte en medio de todas estas combinaciones, en octubre de 961. Unos años antes, a finales de 958, había muerto su tía navarra, la reina viuda de Pamplona, la vieja doña Toda. En pocos años desaparecían así dos nombres fundamentales en nuestro relato, dos personajes cuya inteligencia y cuya voluntad de poder había influido de manera determinante en el mapa político de la Reconquista. De este ramillete de grandes nombres, sólo quedaba vivo uno: Fernán González, el conde de Castilla. Pero Fernán, de momento, estaba neutralizado; el poder correspondía a Sancho.

El poder correspondía a Sancho I, sí, y el nieto de doña Toda iba a demostrar que no se trataba sólo de un poder nominal. El joven monarca había sacado amargas enseñanzas de su experiencia anterior en el trono. Ahora todo iba a ser distinto. Para empezar, se casó con una dama de familia muy influyente, Teresa Ansúrez, hija de Asur Fernández, de la poderosísima casa de Monzón. Al mismo tiempo, se aseguró el apoyo de los grandes magnates gallegos: Pelayo González, Rodrigo Velázquez, el obispo Rosendo. La fidelidad de Fernán González, el último en someterse, se la cobraría poco después. A partir de ese instante, Sancho I ya era efectivamente el nuevo rey de León.

Cubierto el problema interior, Sancho se aprestó a resolver el problema exterior. Contaba ya con la alianza navarra en la persona de su tío García. Pronto sumó también a los condes catalanes, Mirón y Borren, que habían tanteado tratados de paz con Abderramán, pero que ahora, muerto el viejo califa, no veían con malos ojos una alianza cristiana contra el enemigo del sur. ¿Quién mandaba realmente en esta alianza, Sancho de León o García de Pamplona? El mayor poder militar era leonés, pero la mayor determinación política era, sin duda, pamplonesa.

Al sur, el nuevo califa, al-Hakam o Alhakén II, como le llaman las crónicas, ha tomado una decisión: va a reclamar a Sancho las diez fortalezas que en su día el Gordo prometió a Córdoba. Volvían vientos de guerra; vientos que, en realidad, no habían dejado de soplar jamás.

Ordoño se humilla en la corte de Alhakén

Aquí ya hemos hablado largo y tendido de Abderramán, Sancho y Ordoño. Vamos a ocuparnos ahora de este nuevo personaje, Alhakén, el flamante califa. Alhakén se acercaba ya a la cincuentena cuando llegó al trono. Había sido nombrado sucesor a los ocho años y desde muy pronto participó en asuntos de gobierno y en empresas militares. Educado a conciencia por Abderramán para cargar con el califato sobre sus espaldas, terminó siendo una copia política de su padre. No obstante, Alhakén tenía un temperamento sensiblemente más moderado que el del viejo califa. No encontraremos en él aquellos gestos de caprichosa crueldad que prodigó Abderramán III. Al mismo tiempo, el nuevo califa supo sacar partido de la herencia recibida: con este hombre iba a vivir el califato sus años de mayor esplendor.

¿Qué herencia recibía Alhakén? Un califato poderoso y en paz interior: ahogadas o neutralizadas las querellas entre jefes territoriales que hasta Abderramán habían azotado Al-Ándalus, y bien definidas las fronteras de su espacio político al sur del Sistema Central y en el valle del Ebro, ahora Córdoba tenía todo en sus manos para construir un orden estable y próspero. Abderramán había demostrado un talento político supremo y su hijo aprendió bien la lección. El nuevo califa confió los asuntos militares al general Galib, un eslavo, y la administración del reino a su chambelán al-Mushafi, un berberisco de Valencia. Y con esos asuntos bien encomendados, se concentró en una tarea perentoria: engendrar un sucesor.

En efecto, Alhakén, con casi cincuenta años —cuarenta y siete, para ser precisos—, no tenía hijos. Su esposa, Radhia, sólo había podido darle uno que murió a temprana edad. ¿Por qué no tuvo más hijos Alhakén? Se ha especulado mucho sobre la posible homosexualidad de este caballero, aunque no deja de ser sólo una hipótesis. Esta falta de hijos no era grave mientras Alhakén fue sólo el heredero, pero se convirtió en un verdadero problema cuando el nuevo califa llegó al trono. Había que engendrar un sucesor, es decir, había que buscar otra mujer para el califa. ¿Quién? La elegida resultó ser una esclava vasca: Subh, que las crónicas llaman frecuentemente Aurora. Alhakén, como para afianzar las leyendas sobre su homosexualidad, dio a la pobre vasca un nombre masculino, Chafar. Y ésta, por su parte, cumplió su cometido: el califa tuvo un heredero. Atentos a esta mujer, Subh o Aurora, porque demostrará una enorme influencia política. Volveremos a encontrarla en nuestra historia.

Retornemos ahora a nuestro relato. Sancho se sienta en el trono de León, Fernán González vuelve a la actividad en Castilla y Alhakén reclama la deuda del rey gordo. Como Sancho no paga las fortalezas que debe, Alhakén maquina una jugada maestra: utilizará a Ordoño el Malo, el rey sin corona, destronado poco antes por el propio califato. Es abril del año 962 cuando Ordoño, expulsado de todas partes en la España cristiana, aparece por Córdoba. Le acompaña nada menos que el general Galib, la mano derecha de Alhakén en el plano militar, que ha hecho de Medinaceli el eje de la estructura defensiva de Al-Ándalus. Medinaceli, una plaza clave para asegurar la comunicación entre Córdoba y la Marca Superior del califato en Aragón. Ordoño viene escoltado por un destacamento de caballería. Córdoba rodea al rey destronado de toda la parafernalia posible. Y aquí sobrevino el bochorno.

Si las crónicas moras no mienten, el espectáculo debió de ser simplemente patético. Ordoño llegó dispuesto a hacer el pino con las orejas, si se lo pedían, con tal de obtener el apoyo del califato para recuperar el trono. Nada más llegar, pidió ver el sepulcro del viejo califa, Abderramán. Una vez ante él, se descubrió, se hincó de rodillas y declamó oraciones con grandes aspavientos. Los cordobeses instalaron a Ordoño en un suntuoso palacio con guardias y esclavos. Alhakén demoró dos días la recepción. Finalmente el rey destronado fue conducido a presencia del califa. El encuentro tuvo lugar en la residencia califal de Medina Azahara. Ordoño compareció vestido a la usanza mora. A medida que se acercaba al trono donde le aguardaba Alhakén, aquel desdichado multiplicaba las reverencias y las prosternaciones. Don Pelayo debió de removerse en su tumba.

Una vez llegado ante Alhakén, Ordoño se proclamó su vasallo y siervo. El califa, por su parte, se limitó a enunciar una escueta y algo vaga promesa: si Sancho, el rey vigente, no cumplía su palabra (aquello de las diez fortalezas en el Duero), Córdoba ayudaría a Ordoño a recuperar el trono con un ejército que mandaría el gobernador moro de Medinaceli. Y Ordoño, a su vez, respondió que si tal cosa ocurría, juraba vivir siempre en paz con el califa, entregar como prenda a su hijo García y batallar sin descanso contra Fernán González, su ex suegro.

Ordoño debió de marcharse contentísimo del lance, pero, en realidad, la promesa de Alhakén tenía truco. En efecto, ¿cómo pensar que Sancho iba a quedarse quieto? Era lógico esperar que el rey de León reaccionase apresurándose a renovar sus promesas. Alhakén lo sabía. El califa estaba

limitándose a utilizar las cartas que el destino había puesto en sus manos; dos tipos pretendían el trono de León y ambos estaban en deuda con Córdoba. ¿Qué más se podía pedir? Si Sancho, por temor a perder otra vez el trono, cumplía lo pactado, el califa se desharía del desdichado Ordoño. Y si Sancho no cumplía, entonces Alhakén podría atacar León en nombre del propio rey de León, Ordoño. Nunca pudo caer tan bajo la vieja corona del norte.

Como era previsible, Sancho, temiendo que le hicieran a él la jugada que él mismo hizo, se apresuró a enviar embajadores a Córdoba, con abundancia de condes y prelados. No sabemos exactamente cómo plantearon las cosas los enviados de Sancho, pero sí consta que ofrecieron al califa todo género de seguridades acerca del pago de la deuda. Esto, que conocemos por las fuentes moras, pudo ser verdad o no. Alhakén, que era cualquier cosa menos cándido, lo pudo creer o no. Es perfectamente posible que el nuevo califa decidiera en ese mismo momento lanzar contra Sancho un castigo a la altura de las circunstancias. ¿Y qué mejor castigo que armar a un pretendiente que le disputara el trono? Para eso servía Ordoño.

Quizá Ordoño IV llegó a verse rey de León nuevamente, aunque fuera bajo las espuelas del califa de Córdoba. Es sugestivo imaginar qué pudo pasar por la cabeza de aquel desdichado durante todos esos meses. Pero Ordoño el Malo no estaba hecho para triunfar. A finales de 962, en lo que debería haber sido la víspera de su campaña, el hijo de Alfonso IV, el ex yerno de Fernán González, elevado al trono por una carambola imprevisible y expulsado después de todas partes, era expulsado también de la vida: moría en Córdoba, aparentemente por causas naturales, entre la indiferencia general. Alhakén se quedaba sin su peón.

Sancho debió de ver el cielo abierto al enterarse de la muerte de Ordoño. La amenaza desaparecía del horizonte y él podría seguir haciéndose el sueco acerca de aquel enojoso asunto de las diez fortalezas. Cabía temer, por supuesto, que el califa tratara de tomar por las malas lo que no obtuvo por las buenas. En previsión de un ataque sarraceno, Sancho reaccionó con celeridad: es el momento en el que obtiene de Castilla, Pamplona y Barcelona la creación de una alianza frente al moro. Parecía que Sancho por fin estaría a la altura de los grandes reyes de León. Pero, un momento: ¿Barcelona? Esto es nuevo. Por primera vez vemos a los condes de Barcelona tomando protagonismo en la política general de la cristiandad española. ¿Qué pinta aquí Barcelona? Ahora lo veremos.

El caso catalán y el imposible frente cristiano

Vamos a hablar un poco de los condados catalanes, porque es precisamente en este momento, segunda mitad del siglo x, cuando estos núcleos políticos empiezan a adquirir personalidad singular, cada vez más desgajados del mundo carolingio al que pertenecían. Recordemos que los condados del Pirineo habían surgido como fruto de la estrategia de Carlomagno, dos siglos atrás, para crear un cordón defensivo (y ofensivo) frente al islam invasor. Así nace una cadena de entidades políticas que se extiende desde Navarra hasta el Mediterráneo: Pamplona, Aragón, Sobrarbe, Ribagorza, Pallars, Conflent, Cerdaña, Ampurias, Osona, Besalú, Urgel, Gerona, luego Barcelona… Es lo que se conoce como «Marca Hispánica».

Estas entidades políticas no correspondían a territorios que antes tuvieran ya una personalidad definida, sino que tal personalidad nace propiamente ahora, con la iniciativa carolingia. En torno a una plaza fuerte o a un castillo, preexistente o de nueva creación, nace una demarcación, una comarca, que configura un condado. Al frente de la nueva región, Carlomagno coloca a un conde. A veces se trata de linajes locales que prestan vasallaje a Carlomagno (los Velasco, los Galindo, etc.), en otras ocasiones son delegados directamente enviados por la corte carolingia (Aureolo de Aragón, por ejemplo), y con frecuencia se tratará de hispanogodos —los *hispani*, se les llamaba, como Bera y Borrell— que vuelven así al territorio perdido a manos de los sarracenos. Sobre la base de estos núcleos de poder, no sólo se organiza la defensa fronteriza, sino también la repoblación de los espacios situados al sur de su marca.

A medida que el poder carolingio se va descomponiendo, los condes del Pirineo empiezan a cobrar una mayor autonomía de facto. Pamplona vive una guerra entre dos familias —Velascos e Íñigos, ya hemos hablado aquí de ellos — que termina dando lugar a un reino independiente. Los condados orientales, por su parte, sufrirán las consecuencias de la descomposición del Imperio carolingio, con los conflictos entre los grandes linajes del sur de Francia, pero al mismo tiempo experimentan un proceso de integración en torno a la sede de Barcelona. Y los condados del Pirineo central (Aragón, Pallars, Ribagorza, Sobrarbe) empiezan a oscilar entre unos y otros, de tal modo que Aragón, por ejemplo, pasa a formar parte de la corona de Pamplona. No es un proceso firme e inmutable, porque habrá numerosas

alteraciones y recomposiciones del paisaje, pero, en todo caso, lo dicho hasta ahora vale como esquema general.

Dentro de ese esquema, los condados catalanes fueron los que más peso político cobraron. ¿Por qué? Por tres razones. Primero, porque su situación geográfica hacía más fácil su comunicación con el resto del mundo, y en particular con el mundo carolingio, que era el centro de la vida europea. Después, por razones económicas, ya que su territorio era más fértil y rico en recursos que el resto del espacio pirenaico. Y también porque desde finales del siglo IX, con Wifredo el Velloso, los condados empiezan a integrarse y, sobre todo, los condes obtienen el derecho de legar su título a sus herederos. Así nace un núcleo condal en Barcelona, Gerona y Osona que permanecerá integrado y bajo liderazgo barcelonés incluso cuando la herencia se divida.

En el momento de nuestro relato, a la altura de 960, los condados de Barcelona, Gerona y Osona están bajo el mando de Borrell II y su hermano Miró, hijos ambos del conde Suñer y de una dama de Tolosa. Este Suñer fue un típico guerrero de la Reconquista, de perfil comparable al de los grandes reyes asturianos. Caudillo militar y jefe político, luchó continuamente contra los moros, organizó expediciones que le llevaron incluso hasta Valencia, golpeó en Tortosa y en Tarragona, dirigió la repoblación de amplios espacios en el Penedés, reorganizó las instituciones eclesiásticas… Afianzado su espacio de poder, obtuvo un pacto político con Córdoba y cuando se sintió viejo, en 947, entregó el condado a sus hijos y se retiró a la vida monacal. Un personaje sobresaliente, Suñer I. Y de sus manos recibieron el poder nuestros amigos Borrell y Miró.

Parece que Miró se dedicó sobre todo a la administración interior, mientras que Borrell asumió las funciones militares y de política exterior. Este último, Borrell II, será el personaje decisivo en el destino del condado de Barcelona. Era un hombre de temperamento distinto al de su padre, menos belicoso, más diplomático. Tenía sólo veinte años cuando se hizo cargo del título; a los territorios heredados de su padre añadía el condado de Urgel, herencia de un tío suyo. Y desde muy temprano marcó las líneas principales de su política: mantener lo heredado y, en la medida de lo posible, ampliarlo sin excesivos costes. Ante todo, se preocupó por cubrirse las espaldas. ¿Cómo? Suscribiendo acuerdos con Córdoba, por el sur, y con el Imperio carolingio, por el norte. Y así cubierto, garantizar la seguridad del espacio político que repoblaba y organizaba su hermano Miró. Por ejemplo, la ciudad de Tarragona.

¿Qué pudo llevar a Borrell II, a la altura del año 961, a apostar por una ruptura del equilibrio sumándose a la ofensiva cristiana contra Córdoba? Aquí hay que hablar de muchas cosas que conviene tener en cuenta a la vez. La primera y más importante, que Borrell, a pesar del retrato que suele ofrecerse de él como «hombre de paz», no era ni mucho menos un pacifista: el conde de Barcelona sabía perfectamente que su espacio político sólo podía crecer hacia el sur, hasta la línea del todavía lejano Ebro; que los pactos con Córdoba tenían el valor que tenían y en cualquier momento podían verse revocados por los cambios de poder en el califato, y que el aliado natural de su condado no iba a ser nunca el califa de Córdoba, sino más bien los otros monarcas cristianos de la Península. Córdoba ya había dado claras muestras de querer inmiscuirse en las querellas dinásticas leonesas; nada impedía pensar que deseara hacer lo mismo en el resto de la cristiandad. Ahora el relevo de Abderramán III por Alhakén II abría un capítulo nuevo. Si existía una oportunidad de golpear en el sur y ganar espacios nuevos, era ésta. Por todo eso, sin duda, Borrell apostó por la coalición con Navarra, Castilla y León contra los musulmanes.

La coalición tuvo una vida efímera. Hubiera podido funcionar como plataforma defensiva, pero no como bloque ofensivo, porque los intereses de unos y otros eran demasiado diferentes. El califa Alhakén, por su parte, evitó enfrentarse al bloque cristiano en su conjunto y optó por una hábil política de división: pactos con unos, hostilidades con otros. Moros y cristianos siguieron intercambiando golpes aquí y allá. Borrell prefirió firmar con Alhakén II pactos que le garantizaran cierta seguridad. Al fin y al cabo, su política no dependía de sí mismo; Borrell seguía siendo el hombre del Imperio carolingio en el sur, vinculado a la corte de Aquisgrán no sólo por vasallaje político, sino también por sus propias relaciones familiares: casado primero con Letgarda de Tolosa, hija del conde de Tolosa y duque de Aquitania Ramón Ponce, y en segundas nupcias con la dama Eimeruda de Auvernia. Los condados catalanes todavía eran parte del mundo carolingio.

Andando el tiempo, sin embargo, las cosas cambiarían, y al propio Borrell II le tocará gobernar las grandes transformaciones que se avecinaban. Veremos sus tierras arrasadas a sangre y fuego por los moros; veremos Barcelona constituida en condado independiente de la órbita carolingia; veremos a los condes de la ciudad condal —que por eso se llama así— trabando relación directa con el papado; veremos cómo la gran reforma religiosa y cultural de Cluny penetra en España precisamente por Cataluña.

Pero para todo esto aún quedaban algunos años. Lo trataremos en su momento.

La manzana de Sancho

Tiempos grises, tirando a oscuros, en la España cristiana. Navarra y Barcelona se han unido al frente que patrocina Sancho, rey de León, pero éste va a demostrar muy rápidamente que no está a la altura de las circunstancias. En el sur, por el contrario, el califa tiene las cosas muy claras. Los intentos de Sancho I de León por ser un gran rey van a verse frustrados. Y encontrarán un final abrupto e inesperado en un episodio que parece más digno de la leyenda que de la historia.

No sabemos con qué grado de inquietud acogió el califa Alhakén la creación de un frente bélico que, en teoría, abarcaba desde Portugal hasta los condados catalanes. Lo que sí sabemos es que, ante esa estrategia de sus enemigos, el califa reaccionó con una estrategia muy bien pensada. Recordemos los argumentos fundamentales de ésta: mantener el pleno control político sobre los territorios al sur del Sistema Central y sobre el valle medio del Ebro, y ejercer una presión militar continua sobre las tierras al sur del Duero, entorpeciendo los intentos cristianos de repoblación. En esa estrategia había un área decisiva: la actual provincia de Soria, cuyas tierras eran el pasillo natural desde Córdoba y Toledo hacia Zaragoza, y desde las cuales, además, podía dominarse el valle alto del Duero. Y fue ahí, en esa zona estratégica, donde Alhakén actuó.

Primer pivote de la acción sarracena: Medinaceli, la base militar del general Galib. Desde allí las tropas moras podían plantarse, en pocas jornadas, lo mismo en Navarra que en Castilla. Segundo pivote: San Esteban de Gormaz, la disputadísima plaza a orillas del Duero, auténtica clave de la expansión castellana hacia el sur. San Esteban, hasta ese momento, se hallaba en manos cristianas. Sin duda ésta era una de las fortalezas que Sancho empeñó ante Abderramán. Para Córdoba, controlar San Esteban de Gormaz significaba taponar la expansión castellana, poner a salvo el corredor soriano hacia Zaragoza y cobrarse una base privilegiada para actuar sobre el valle del Duero. Tal fue el objetivo fundamental de los ejércitos del califa.

Alhakén desencadenó la ofensiva en el año 963. La organizó el general Galib, aquel eslavo a quien había confiado el califa el mando militar. Fue una

operación de libro. En vez de una gran expedición a lo largo de las líneas cristianas, como en otras ocasiones, ahora los ejércitos moros concentraron su acción en tres puntos. Por supuesto, el principal fue San Esteban de Gormaz, que cayó sin remedio. Pero, además, el general Galib tomó otros dos puntos sensibles al norte y al sur de la codiciada plaza soriana. Al norte, Calahorra, desde donde podrían frenarse los intentos de expansión navarros y alaveses sobre La Rioja; al sur, Atienza, la localidad serrana desde la que los repobladores castellanos habían llegado a amenazar seriamente la estabilidad de las tierras moras en el alto Tajo. Tres golpes decisivos. Con esas plazas en su poder, Córdoba recobraba la iniciativa militar. Y el frente cristiano que Sancho alentaba se disolvió como un azucarillo.

¿Por qué leoneses y castellanos no pudieron frenar a los moros en San Esteban de Gormaz ni en Atienza? Por una pésima dirección política. ¿Por qué nadie pudo evitar que Galib se apoderara de Calahorra, a un paso de la capital del Reino de Pamplona en Nájera? Porque Pamplona no tenía fuerza militar para evitarlo y Castilla y Álava no pudieron enviar refuerzos a su aliado. Si el éxito moro en esta campaña da fe de una estupenda estrategia militar, inteligente y reposada, integrada en una dirección política coherente, el fracaso cristiano atestigua exactamente todo lo contrario, una inexistente dirección política que redujo la acción militar a la impotencia. Con una sola maniobra, el califa enfrentaba a los reinos cristianos a su realidad: una colección de caudillos mal avenidos, con intereses propios demasiado acentuados y además, en el caso del Reino de León, con un marasmo interno ingobernable. Ni sombra del esplendor y la energía que aún brillaban en tiempos de Ordoño III, apenas diez años atrás.

La gran pregunta es qué había pasado en León para descender desde las anteriores glorias a los presentes quebrantos. Aquí lo hemos explicado ya. La estructura política del reino, cada vez más dependiente de los grandes linajes nobiliarios, había fragmentado el poder. Hay un hondo proceso de transformación social que apunta hacia la debilitación de la corona. Frente a ese proceso, la corona ha de desplegar una energía y una voluntad que no encontraremos ni en Sancho el Gordo ni en Ordoño el Malo. De hecho, los últimos años del reinado de Sancho, frustrada la iniciativa militar, se vieron complicados por la inestabilidad política. Y es que, en efecto, a la altura del año 965, los nobles de Galicia se levantan otra vez.

¿Por qué se levantaban los nobles de Galicia, de esa Galicia que llegaba desde el Cantábrico hasta el Mondego? Fundamentalmente, por lo de siempre:

cuestiones de poder e influencia. Con los reyes anteriores, hasta Ordoño III, los nobles gallegos habían jugado un relevante papel en palacio; no en vano los monarcas solían encomendar a sus herederos el dominio de esa región, para que aprendieran allí el oficio de gobernar. Pero aquellos años habían quedado ya muy atrás. La situación a mediados del siglo x era distinta. No sólo los magnates gallegos se sentían marginados, sino que, además, habían entrado en guerra entre sí: los del norte del Duero contra los del sur. ¿Qué estaba pasando?

Parece claro que Sancho el Craso, en sus equilibrios para asentarse en el poder, había optado por apoyarse en las grandes familias condales de León y Castilla, los poderosos condes de Cea, Saldaña, Monzón (con una Ansúrez de Monzón se había casado él) y el de Castilla propiamente dicho, es decir, Fernán González. Esta preferencia tenía una traducción directa en términos de poder: no sólo se palpaba en la procedencia de los magnates que rodeaban a Sancho en la corte (donde, en efecto, había pocos gallegos), sino que, sobre todo, se aplicaba a la gestión y gobierno de los territorios repoblados. Es fácil entenderlo. Controlar más territorios equivalía a obtener más ingresos y ejercer más poder; controlar menos territorios equivalía a lo contrario. Y aquí los gallegos se sentían marginados.

¿La marginación concernía a todos los magnates gallegos? No lo parece. En cualquier caso, el malestar sí era muy vivo en las tierras del sur, en lo que hoy es Portugal. Ante la gravedad del caso, el rey Sancho resuelve acudir al origen del problema y viaja a Galicia. Aunque las razones concretas del conflicto permanecen entre brumas, parece ser que, en esta ocasión, los nobles del norte de Galicia eran más favorables a Sancho que los del sur. A los del norte los capitaneaba Rodrigo Velázquez. A los del sur, Gonzalo Menéndez y Gonzalo Núñez. El objetivo inicial de Sancho es respaldar con tropas a Rodrigo Velázquez. Pero, por el camino, uno de los dos Gonzalos —las crónicas no nos dejan saber cuál— solicita al rey una entrevista. Y esa entrevista cambiaría el curso de la historia.

Sancho acude a la cita, dicen que en el monasterio de Castrelo do Miño. El conde Gonzalo, el anfitrión, se muestra obsequioso. Tan obsequioso que ofrece al rey algunas viandas. Sancho no desconfía. Entre las viandas, el conde portugués desliza al rey una apetitosa manzana. Sancho la toma, la contempla, la muerde. Sancho siempre fue un glotón. A los pocos minutos, el rey empieza a encontrarse mal. Pasan las horas y el malestar no remite; al contrario, se agrava. El séquito del monarca decide retirarse a León para

atender al enfermo. Nunca llegará. Sancho muere, envenenado, por el camino. Era el año 966. Sancho I el Craso fallecía a los treinta y cuatro años de edad. Su viuda, Teresa Ansúrez, toma los hábitos e ingresa monja.

Digno epílogo para una época ciertamente lamentable del Reino de León: la corona, sin rey. El trono se había quedado sin relevos. Sancho dejaba un heredero, Ramiro, el hijo que tuvo con la dama Teresa Ansúrez, pero este muchacho contaba con tan sólo cinco años de edad. Los nobles gallegos, por su parte, alentaban las expectativas de otro heredero: Bermudo, el hijo de Ordoño III y Urraca Fernández, un mozalbete que aún no llegaba a los veinte años y que, en todo caso, no tenía derecho directo al trono. Así las cosas, el reino queda en manos de una regente, Elvira Ramírez, la hija de Ramiro II, hermana de los reyes Ordoño III y Sancho I, que había profesado como monja y que sale del convento de San Salvador para hacerse cargo del gobierno. Pero incluso aquí habrá problemas, porque la viuda de Sancho, Teresa, aun desde su reciente condición monástica, no quiere quedar al margen de la regencia.

Años malos, estos del Reino de León. Vendrán más. Porque mientras todas estas calamidades se suceden en la España cristiana, en la España mora emerge un joven y brillante funcionario que acaba de ser nombrado intendente del príncipe heredero y que se ha convertido en confidente de la influyente Subh, Aurora, la favorita del califa, la esclava vascona. Ese joven y brillante funcionario se llama Almanzor.

4

MONJAS, VIKINGOS, JÓVENES LEONES Y GENTES DE A PIE

La regencia de las monjas y la visita de los vikingos

Todos los países tienen épocas buenas y épocas malas. La que estaba viviendo la España cristiana, hacia el año 966, era sin duda de las malas. Con el trono de León vacío y un heredero menor de edad, el gobierno queda en manos de dos monjas en conflicto entre sí. Mientras tanto, Pamplona y Barcelona intentan por todos los medios quedar a salvo de la quema. Quien manda en España es, sin discusión, el califa de Córdoba, Alhakén II. Y para colmo, los vikingos desembarcan en Galicia. Tiempos difíciles.

La situación política que había dejado la muerte de Sancho, el gordo, era realmente delicada. Recordemos. Había dos herederos. Uno, Ramiro, el hijo de Sancho, era menor de edad; el otro, Bermudo, hijo de Ordoño III, sólo tenía el apoyo de los condes gallegos. La mayoría de los poderes del reino apostó por el pequeño Ramiro. Pero el partido de Ramiro, a su vez, no era homogéneo. Debió de haber una feroz lucha en ese momento por hacerse con el control de la corona. Desde el mismo instante de la muerte de Sancho se dibujan dos facciones. Las dos sostienen la solución de la regencia, concebida de antemano como un periodo de transición hasta que Ramiro sea mayor de edad. Ahora bien, cada uno de esos partidos representa intereses muy distintos. Y ambos van a ser encabezados por sendas mujeres.

Una de esas dos mujeres es Elvira Ramírez, hija del rey Ramiro II y hermana del difunto Sancho. Elvira, que había profesado monja a los doce años en San Salvador, sale del convento para hacerse cargo de la regencia del reino. ¿Y tan importante era Elvira como para liderar una facción del reino? Pues, al parecer, sí. Durante el reinado de Sancho aparece su nombre en varios diplomas. Eso significa que no vivía encerrada en el convento, sino que ostentaba una cierta posición en la vida de la corte. Pero el poder de Elvira radica, sobre todo, en los intereses que encarna: los de Castilla, los de Navarra

y los de los poderosos condes Rodrigo Velázquez de Galicia, Fruela Vela de Álava y Gómez Díaz de Saldaña.

La otra mujer en liza es Teresa Ansúrez, la viuda de Sancho, madre por tanto del heredero. Teresa ha ingresado en un convento tras la muerte de su marido, pero eso no le impide mover sus hilos en palacio. Ahora bien, Teresa, pese a su condición de madre del heredero, muy rápidamente queda relegada a un segundo plano en la corte. Sólo la propia familia Ansúrez, los condes de Monzón, la respaldan. Los de Monzón son muy poderosos, pero están solos. Así que Teresa, después de varios y vanos intentos, termina por abandonar. Deja la corte y vuelve al seno de su familia, los Ansúrez, a aguardar tiempos mejores.

Elvira no fue una mala gobernante. De entrada, quiso dignificar un poco la liturgia de la corte e introdujo los ritos de la corte bizantina, transformando con una espectacular pompa la rudeza leonesa. Pero, pese a lo fastuoso del ceremonial, la situación política era la que era: un reino derrotado, gobernado por una monja, sobre el precario equilibrio de grandes familias rara vez bien avenidas. Elvira Ramírez conocía perfectamente el percal. De manera que, al mismo tiempo que introducía en la corte el esplendor bizantino, se apresuraba a mandar embajadas a Córdoba para atemperar las cosas y obtener del califa una paz ventajosa. Realmente, León estaba vencido.

Embajadas a Córdoba, en efecto. Y no es sólo Elvira quien las envía. Lo mismo van a hacer a partir de 966 todos los grandes poderes de la cristiandad. Borrell II de Barcelona manda embajadores. Los manda el rey de Navarra. Y los mandan también, por su propia cuenta, los Ansúrez de Monzón, los gallegos Rodrigo Velázquez y Gonzalo Menéndez, y también el conde de Castilla y Gómez Díaz, conde de Saldaña. La cristiandad peninsular evidenciaba así su posición: Córdoba era más fuerte. Pero atención, porque no eran sólo los cristianos españoles los que mandaban embajadas: lo mismo hicieron en estos años el emperador Otón II, el germano, y el emperador de Bizancio, Juan Tzimiscés.

Ocurría que Córdoba, a base de una buena política y una administración bien organizada, se había convertido en una potencia indiscutible. Estamos viviendo sin duda los momentos de mayor esplendor de Al-Ándalus. El absolutismo de los califas —no es impropio emplear ese término— ha permitido reducir al mínimo las querellas internas y sacar el máximo rendimiento de las abundantes riquezas del país. Córdoba no sólo controla dos tercios de la Península Ibérica —y el otro tercio, como ya hemos visto, no

estaba para fiestas—, sino que además domina el norte de África. Desde el punto de vista geopolítico, el Mediterráneo queda cerrado por Bizancio a un lado y Córdoba al otro. Frente a ese poder, los reinos cristianos, que unas décadas atrás habían tambaleado la estabilidad de Córdoba, ahora parecen enanos.

¿Cabían más desdichas para la cristiandad? Sí. Por si todo esto fuera poco, hacia el año 968 aparecen de nuevo frente a las costas de Galicia ¡los vikingos! A lo largo del siglo anterior, los normandos habían intentado saquear las costas gallegas varias veces. Estas rapiñas vikingas se habían saldado siempre con la derrota de los invasores y la victoria cristiana, pero no por eso dejaron de hacer grandes estragos. Ahora, después de un largo periodo de inhibición, volvían a probar suerte. Esta vez venían de la Normandía francesa y los mandaba un tal Gundar, al que nuestras crónicas llaman Gunduredo.

Dicen que la flotilla vikinga no era desdeñable: unos cien barcos y en torno a ocho mil hombres. Su objetivo fue, una vez más, Santiago de Compostela, que ya gozaba de fama en toda Europa como capital de peregrinación y que, por otro lado, carecía de fortificaciones. Los hombres del norte desembarcaron en un lugar llamado Junqueira, recorrieron la Ría de Arosa, arrasaron Iría Flavia y se plantaron en Santiago. Y entonces se encontraron con que salía a hacerles frente un ejército al mando de un hombre singular, un obispo. Era el obispo Sisnando, titular de la sede jacobea.

Seguramente los vikingos nunca habían visto nada parecido: un obispo espada en mano. Y desde luego, pocos hombres había más singulares que este obispo Sisnando, con una de las famas más problemáticas de la Edad Media española. Clérigo con maneras de despótico magnate, tan dado a la política como a los desmanes, conflictivo y buscapleitos, Sisnando había sido destituido como obispo algunos años atrás. Ahora había vuelto y el destino le deparaba aquella prueba suprema. Cuentan que el obispo estaba presidiendo los oficios cuaresmales cuando le llegaron noticias del avance vikingo. Es sugestivo imaginárselo abandonando los oficios, cambiando la casulla por la cota de malla y llamando a la tropa. Un personaje, este Sisnando.

Las huestes de Sisnando hicieron frente a los vikingos en un lugar llamado Fornelos, unos veinticinco kilómetros al sureste de Santiago. Allí fue el combate. Era el 29 de marzo. Debió de ser terrible. La primera iniciativa correspondió a los gallegos, que lograron acorralar a los invasores. Sin embargo, los vikingos consiguieron organizarse y cambiar el signo de la

lucha. En la refriega, una flecha mató al obispo Sisnando. Aquella muerte heroica venía a limpiar una vida no muy edificante. Sin jefe, la hueste gallega se desorganizó y entonces los vikingos pasaron a la ofensiva. Pero no tardaron en aparecer refuerzos, al mando del conde Gonzalo Sánchez, que volvieron a invertir el curso del combate. Los normandos de Gunduredo, viendo que aquél era un hueso duro de roer, volvieron a sus barcos. Se cuenta que perdieron por el camino muchos hombres, muchos barcos y un nutrido botín que pasó a manos gallegas.

Tiempos difíciles y duros. Todo estaba cambiando a gran velocidad. Y más que cambiará en los años inmediatamente siguientes, cuando mueran los últimos supervivientes de Simancas, el rey navarro García Sánchez y el conde de Castilla Fernán González. España iba a vivir una conmoción extraordinaria.

La gente de a pie: del campesino libre al sistema señorial

En esta historia de la Reconquista hemos decidido ocuparnos lo más posible de lo que pocas veces se cuenta: cómo vivía la gente de a pie. Porque la historia nos deja los nombres de los reyes y las reinas, los condes y los obispos, pero es mucho más cicatera a la hora de hablarnos de la gente de a pie. Y sin embargo, la gente de a pie también hacía la historia, y en la Reconquista, además, de manera muy especial.

En La gran aventura del Reino de Asturias salieron a la luz los nombres de los pioneros, las gentes que empezaron a bajar de las montañas cantábricas para tomar tierras en el norte de Burgos, Palencia o León: Lebato y su esposa Muniadona, Vítulo, Purello, Cristuévalo… La marcha de los colonos hacia el sur, en busca de nuevas tierras y nuevas oportunidades, será la verdadera protagonista de la Reconquista y con frecuencia antecederá al poder político. Primero llegan los colonos, campesinos libres; los condes y los reyes llegan después. Así fue hasta principios del siglo x. ¿Y después? Después, las cosas cambiaron bastante. Cambiaron, sobre todo, porque cambió la forma de organizar la propiedad. Aquí ya lo hemos avanzado: pierden importancia los campesinos libres, la ganan los grandes propietarios. Empieza a asentarse un orden que ya es propiamente feudal.

¿Por qué cambió de semejante manera la estructura de la propiedad y, por tanto, la vida de la gente? Por la propia evolución de la Reconquista. A partir

de las grandes campañas del siglo X, quienes ganan nuevas tierras ya no son sólo los campesinos que se aventuran en tierra de nadie, sino también, y en gran proporción, la nobleza militar, que obtiene territorios a cambio de sus servicios en combate, y los monasterios y obispados, que se benefician de las donaciones que reciben de los reyes y de los nobles. A estas tierras llegan colonos que ya no gozan de la misma libertad que tenían los primeros campesinos libres. Para empezar, la tierra no es suya. Eso no significa que carecieran de derechos: como se trata de áreas peligrosas, expuestas al enemigo, los señores otorgan fueros y privilegios que invitan a la gente a acudir aquí. Pese al peligro, era mejor ser colono en las nuevas tierras que siervo en el norte. Pero el que manda es el señor de la tierra.

Hay otra razón que explica el crecimiento de los señoríos, y es precisamente esa situación de riesgo permanente que se vivía en las tierras recién repobladas. Riesgo, por cierto, que no procedía sólo de los moros, sino también de los propios señores. En la España del siglo X no había un Estado capaz de proteger los derechos de los súbditos. Nada impedía a un señor saltarse la ley y tomar las tierras de algún pequeño propietario, ya por dinero, ya por la fuerza. En esa situación de riesgo, muchos campesinos libres de la primera época prefirieron ponerse voluntariamente al abrigo de algún señor de su elección, cediéndole la propiedad de la tierra. Por este procedimiento crecieron enormemente los señoríos eclesiásticos, que tenían fama de ofrecer condiciones mucho mejores a sus protegidos. De hecho, los monasterios en este momento ofrecen el aspecto de grandes centros asistenciales y de seguridad social.

Con el nuevo sistema, el campesino queda literalmente en manos del señor. Como los señores tienen derecho a una parte de los beneficios del trabajo, la libertad del colono depende de su capacidad para obtener esos beneficios. Cuando no hay tales —por ejemplo, en tiempo de malas cosechas —, el campesino se ve obligado a pedir un préstamo. ¿Y a quién se lo pide? Al señor. Estos préstamos se llamaban «renovos» y se concedían a un interés muy elevado. Sobre el papel, el campesino podía pedir prestado a un tercero, pero, en la práctica, no había otro a quien pedir: la única opción alternativa, que eran los judíos, resultaba prohibitiva, porque los intereses que pedían eran todavía mayores. Si las malas cosechas se repetían, el préstamo crecía hasta lo impagable. Al campesino no le quedaba finalmente otra salida que ceder la totalidad de la tierra al señor. Éste fue el paisaje general en la España cristiana a partir del siglo X, más acentuado todavía en Cataluña que en Castilla y en León.

Pero, ojo, no toda la tierra estaba estructurada de esta manera. Más hacia el sur, en la tierra de frontera, las cosas funcionaban de otro modo. Allí la vida era más libre, pero también más salvaje y peligrosa. ¿Cómo se vivía en la frontera? La verdad es que no sabemos gran cosa, porque estas áreas, precisamente por su carácter fronterizo, se convierten en algo así como tierras sin ley, y si no hay ley, tampoco hay instrumentos para saber con precisión qué estaba pasando. Lo más que podemos hacer es intentar reconstruir el paisaje a partir de unos pocos datos. Y aun así, cuántas aventuras y cuántas tragedias personales no habrán quedado sepultadas para siempre.

Imaginemos un escenario: Sepúlveda, a orillas del Duratón, en un paisaje de hoces y quebradas, ya muy al sur del Duero, rozando las sierras del Sistema Central. Sepúlveda ha sido repoblada en 940 por un joven Fernán González, bajo el impulso de la victoria de Simancas. Es una avanzadilla fundamental hacia el sur. La repoblación de Sepúlveda no afecta sólo a la villa, sino a todo su alfoz, lo que se llama «comunidad de villa y tierra», y que extiende el derecho de la ciudad muchos kilómetros alrededor. Sepúlveda tiene un fuero propio. En ese sentido, ya es una villa con ley. Muchos cientos de personas han acudido atraídas por una nueva vida más libre. Ahora bien, la repoblación oficial pierde fuelle a raíz de las crisis de mediados de siglo, todos los territorios al sur de la ciudad quedan expuestos a nuevos peligros y las gentes que han acudido a estos lugares han de hacer frente a una vida en situación límite.

¿Por qué hablamos de situación límite? Porque al sur de este escenario se ha creado una zona de sombra en la que ya nadie sabe qué ocurre. El control del poder sobre esta zona de sombra es nulo. Familias de campesinos se han instalado aquí y allá, en distintos puntos de un territorio que aún no tiene forma definida. La adscripción al alfoz de Sepúlveda es más nominal que otra cosa. Estas gentes viven completamente a su aire. Su modelo de subsistencia tampoco puede ser el tradicional agrario, con sus campos de cultivo. ¿Por qué? Porque, aquí y ahora, cultivar campos es una actividad extremadamente arriesgada, siempre expuesta a cualquier expedición de rapiña de las huestes musulmanas, y sin que nadie pueda venir en socorro del colono. Así las cosas, el colono opta por la ganadería de amplios espacios, que es una actividad mucho más segura: los rebaños pueden ir de un lugar a otro, pueden moverse cuando aparece el enemigo, pueden desaparecer literalmente del paisaje para volver en cualquier otro momento. Además, la vida a caballo ofrece otras ventajas: un grupo de colonos puede perfectamente cruzar las montañas,

saquear las tierras moras y volver al otro lado a toda velocidad. Lo harán con frecuencia.

No sabemos exactamente con qué densidad de población ni en qué extensión de territorio, pero parece seguro que miles de personas vivieron así en el borde sur de las tierras cristianas, desde las sierras de Salamanca hasta las de Guadalajara, y también en el Pirineo y en Cataluña, a mediados del siglo x. Lo más parecido que podemos encontrar en la historia reciente es el *far west* norteamericano. Y no faltan autores que han puesto en relación una cosa con otra: el modelo de vida ganadera a caballo, común a toda América desde el *cowboy* del norte hasta el *gaucho* argentino del sur, llegó allá transportada por los españoles, y los españoles adquirieron esa forma de vida precisamente aquí, en la Extremadura del Duero, en aquellos durísimos años de la Reconquista, en un área donde la ley principal era la de la supervivencia.

Así, en fin, vivían los españoles a mediados del siglo x. Ganaderos de frontera, siervos de señoríos, campesinos libres, villanos con derechos… Un paisaje social de lo más diverso. En la existencia de aquellas gentes empezaba a esculpirse el orden medieval.

¿Y cómo vivía aquella gente?

Está naciendo un mundo. Sobre las tierras de la Meseta en Castilla y en León, en la Plana de Vic catalana y en las comarcas que lindan con el Pirineo en Aragón y en Navarra, está empezando a crecer un nuevo paisaje. La Reconquista es, sobre todo, repoblación, y la repoblación la hacen personas de carne y hueso. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Cómo vivían? Ya hemos visto cómo había cambiado la estructura de la propiedad. Vamos a ver ahora cómo se organizaba la vida dentro de estos señoríos que empiezan a ser la base de la España cristiana.

En el paisaje que está naciendo hay un punto central: la villa, es decir, la aglomeración de viviendas donde habitan las gentes que atienden el señorío. El eje de la villa es la casa del señor, ya se trate de un castillo, un palacio o un monasterio. En torno a este eje se despliega la vida de la villa: el molino, el horno, la fragua, con sus correspondientes leñadores, herreros, panaderos, hortelanos, pastores, bodegueros. Y al frente de todos ellos, un delegado que administra el dominio. A ese delegado en Castilla se le llamará *merino*; en Cataluña, *batlle*; en Aragón, *baile*, y en los señoríos eclesiásticos, *prepósito*.

Cuando el señor no resida físicamente en la villa (es el caso, por ejemplo, de las villas de propiedad regia), el *merino* o *baile* se convertirá en el verdadero poder de la comunidad.

El señorío constaba físicamente, en general, de dos partes. Una parte de las tierras era arrendada a colonos que iban a instalarse allí. La otra la explotaba directamente el señor: es la llamada reserva señorial. Con frecuencia las reservas eran la parte más productiva del señorío. Será común que, a medida que aumente la población, los campesinos pidan que se les arrienden nuevas tierras de cultivo sobre la parte que el señor ha reservado para sí. Esto será fuente de no pocos conflictos. A veces formaban parte también de la reserva señorial los montes y los prados destinados a leña y a pastos, pero aquí la gestión adquiría una amplia variedad de soluciones, desde los lugares donde montes y pastos quedaban a libre disposición de los colonos hasta aquellos otros donde el señor imponía su uso exclusivo sobre los mismos, pasando por el uso previo pago de una cantidad (montazgos).

La relación entre los colonos y el señor se sustanciaba en un contrato por el cual los colonos pagaban al dueño una cantidad determinada. Se trataba de un viejísimo sistema, que venía de época romana: el tributo territorial, que se pagaba por el hecho de ocupar un pedazo de terreno (hoy lo llamamos «contribución»).Ahora no lo cobraba la Administración imperial, sino el señor, de manera que este pago venía a ser la expresión material de la propiedad, de quién era el jefe. Este impuesto recibió nombres muy diversos: *tributo, foro, infurción, pecha*. En Cataluña, *usaticum* o *terratge*; en Castilla y León era común que se los llamara *marzadga* y *martiniezga*, porque se pagaban en el mes de marzo y en la fiesta de San Martín, en noviembre. ¿Cuánto y cómo pagaban los colonos? Hay casi tantas modalidades como villas: la cuarta parte de la cosecha, la décima, o la novena, como en Aragón. Por lo general se trataba de una parte menor de las cosechas.

Pero el servicio que el colono prestaba al señor no se limitaba a la entrega de esa pequeña parte de la cosecha propia, sino que incluía otras prestaciones, normalmente en forma de «trabajo extra» en la reserva señorial. La palabra «serna» proviene del nombre que se daba a las faenas que los campesinos debían realizar en las tierras del señor en épocas de mucha tarea, por ejemplo en la recolección o la siembra. En esas ocasiones, el colono, cuando había terminado las faenas en sus propias tierras, debía acudir a las del señor para hacer lo que se le mandara. Con frecuencia esos trabajos que se le encomendaban no eran agrarios, sino bélicos o de construcción: la *castellaria*

era la obligación de contribuir a la construcción o reparación del castillo; la *anubda*, el turno de vigilancia en la frontera o en la muralla; la *facendera*, el trabajo manual en el trazado de caminos y de puentes… Los señores completaban sus ingresos con los derechos que los campesinos pagaban por utilizar el horno, el molino o la fragua de la villa.

Había más cargas sobre la vida del campesino. Por ejemplo, era común que el campesino pagara una tasa para comprar el derecho de transmitir sus bienes a sus herederos; es una versión elemental del actual derecho de sucesiones. Ese impuesto se llamaba en León y Castilla *nuncio* o *mortuorium*; en Cataluña, *lexia*, y *luctuosa* en Galicia. En su origen, era el último gesto del campesino hacia su señor: antes de morir le hacía una donación postrera, ya se tratara de su mejor vaca o de su mejor mueble. ¿Y si el campesino moría sin descendencia? Para esos casos se creó otro recurso llamado *mañería* y por el cual los bienes del difunto sin herederos iban a parar al señor. Y más impuestos: si una doncella de condición servil quería casarse, tenía que pagar un impuesto llamado huesas. Por cierto, el famoso «derecho de pernada», contra lo que dice la literatura moderna, no existió jamás.

Hay que decir que, en España, este abrumador conjunto de tasas e impuestos, común a toda la Europa feudal, en la práctica quedaba suavizado por las exenciones y derechos concedidos a los colonos, especialmente en las regiones repobladas del valle del Duero. Nadie abandonaba una situación de servidumbre para pasar a otra condición semejante. La única manera de atraer a los colonos era ofrecerles una condición jurídica más ventajosa, y eso se plasmaba en la disminución de las cargas, en más facilidades para adquirir la propiedad sobre la tierra y en la posibilidad de cambiar de señor (lo que se llamaba «behetría»). Pero este sistema no sólo beneficiaba a los colonos de las tierras repobladas, sino también a los del norte, porque los magnates de Galicia y Asturias, para evitar que la gente se les marchara al sur, se vieron obligados a aplicar un régimen mucho más suave. En esta época aparece un tipo de colono, los *iuniores*, que tienen obligaciones hacia sus señores, pero que al mismo tiempo poseen sus propias tierras. En casi toda España recibirán los nombres de «collazos» o «solariegos».

¿Cómo se vivía en estas comunidades? A la altura de nuestro relato, mediados del siglo X, la vida en estas villas es enteramente agraria. La actividad se concentra en el campo; no hay más minería que la de la sal. El comercio también se limita al mercado de productos del campo, y su alcance se reduce al propio alfoz del lugar en cuestión. Muy raramente llegan

mercaderes de zonas vecinas. También son escasísimos los que, dentro de las villas, se dedican exclusivamente al comercio; eso vendrá después. Los productos que circulaban dentro de la villa eran los del campo, y en especial los cereales: trigo, centeno, cebada, a veces avena. Esos cereales eran la base de la alimentación, junto a las verduras de huerta, porque cada casa tiene la suya propia. La carne y el pescado sólo eran accesibles para los estamentos superiores de la pirámide social.

Un detalle técnico: en esta época, en España, la tierra se rotura con carácter bienal, es decir, que se trabaja un año y al siguiente se deja en barbecho, descansando, como en tiempos de los romanos. ¿Por qué? Porque todavía se usa un arado ligero, que profundiza poco en la tierra, y tampoco hay otros fertilizantes que el estiércol del ganado. Así, para no quemar la tierra, hay que dejarla sin siembra un año de cada dos. Pero muy pronto va a empezar a difundirse por Europa un nuevo tipo de arado, más pesado y que profundiza más, que permite levantar mayor cantidad de tierra en cada labor. A partir de ese momento las cosechas crecerán, porque será posible plantar dos años consecutivos y dejar el barbecho para el tercero. Ese nuevo arado va a traer consigo una auténtica revolución a partir del siglo XI, comparable por sus proporciones a lo que mil años más tarde representará la entrada de las máquinas en el campo.

Así era, en fin, la vida de la gente en la España del siglo X, por encima y por debajo de los nombres de los reyes y de las fechas de las batallas. Conocerla nos ayuda a entender mejor todo lo que estaba pasando en nuestro país en aquel tiempo. Y también todo lo que, enseguida, iba a pasar.

Muere Fernán González, el último de Simancas

En el año 970 ocurre algo de gran importancia, y es que muere Fernán González, conde de Castilla; de hecho, el primer conde independiente de Castilla. Su figura ha venido acompañándonos insistentemente en los últimos capítulos de nuestro relato: guerrero feroz, político agresivo, caudillo implacable… Bueno será detenerse ahora para observar más de cerca a este hombre, que iba a dejar una huella decisiva en la historia de España.

Una figura compleja, Fernán González. Traidor a sus reyes unas veces, otras tantas se jugó la vida por ellos. Aliado de Pamplona por sangre e intereses, terminó haciendo la guerra a los reyes navarros (para reconciliarse

inmediatamente después). Enemigo encarnizado de Córdoba, no por eso dejó de enviar embajadas al califa cuando la situación lo hizo necesario. En los años anteriores habíamos visto a los condes tomando partido por un rey o por un pretendiente en tiempos de querellas dinásticas, pero lo de Fernán es distinto: tan pronto le vemos apoyando a un monarca como conspirando contra él. Y es que, en realidad, todas estas contradicciones se explican por una sola causa: la voluntad de poder de este caballero, que no exageraremos si la calificamos como «férrea». Porque Fernán era, realmente, un hombre de hierro.

Fernán González había nacido en 910, en el castillo de Lara. La familia de Lara se había convertido en uno de los grandes linajes del Reino de León. Desde unos años atrás, el título de conde de Castilla se transmitía de hecho en el interior de esa familia. El padre de Fernán, Gonzalo, fue conde. Su tío, Nuño, también. Fernán obtiene el condado cuando muere Nuño, después de un breve gobierno de los Ansúrez. Desde los diecinueve años es conde del alfoz de Lara, es decir, el señorío familiar. Dos años después reúne el gobierno de los condados de Burgos, Lara, Lantarón, Cerezo y Álava. Y al año siguiente ya aparece por primera vez en los documentos como conde de Castilla. Es 932. Estamos hablando de un joven de veintidós años. Una carrera espectacular.

En este momento Castilla es sólo una denominación jurisdiccional: no corresponde a un territorio fijo y determinado, sino que se atribuye vagamente a la frontera oriental del reino. Pero será Fernán quien le atribuya una unidad territorial al paso del enorme crecimiento que Castilla experimenta en estos años. Son años de guerra contra el moro. Recordemos algunas de las fechas que ya hemos contado aquí: Madrid en 932, Osma y San Esteban de Gormaz en 933 y 934, conflictos continuos en la frontera castellana hacia 936 (en uno de ellos murió el hermano de Fernán, Ramiro), Simancas en 939. Fernán participa en todas y cada una de esas batallas. Después de Simancas, el territorio castellano baja hasta Sepúlveda y Riaza. Unido todo él bajo un solo mando —el de Fernán—, Castilla adquiere por primera vez un perfil territorial perfectamente definido. Por eso se considera a Fernán González como el fundador de la identidad castellana.

Hay que decir que Fernán González fue una creación del rey Ramiro II: él fue quien convirtió a aquel mozalbete, que entonces tenía poco más de veinte años, en conde de Castilla, como lo había sido su padre, Gonzalo Fernández. Y sobre todo, el rey Ramiro fue también quien otorgó a Fernán anchísimos

poderes en la zona oriental del reino, la más expuesta al enemigo, la más endurecida por la lucha con el islam. La decisión del rey era enteramente lógica desde el punto de vista estratégico y político. Para frenar las recurrentes *aceifas* moras en tierras castellanas, pilotar la repoblación y asentar la autoridad del reino en aquellas tierras, lejanas de la capital, era aconsejable delegar el poder en una sola persona. Esa persona era Fernán.

Para orientarnos adecuadamente en este escenario político, no vendrá mal recordar cómo estaba el mapa de la influencia condal en el centro de la España cristiana. En tiempos de Fernán, el condado de Castilla es una ancha franja vertical que ocupa en línea recta, de norte a sur, desde la actual Cantabria hasta el noreste de Segovia y el oeste de Soria, ocupando ocasionalmente parte de lo que hoy es Álava. Al oeste de esa franja, y de norte a sur, tenemos el condado de Saldaña —el de los Banu Gómez—, que ocupa desde el sur de Cantabria hasta el sur de Palencia; junto a él, al oeste, el condado de Cea, sobre el río que sirve de límite oriental a León; más al sur, y hasta tierras de Valladolid y Segovia, está el condado de Monzón, regido por los Ansúrez. El de Castilla, en términos de dignidad y nobleza, no es más importante que los otros condados. El de Saldaña, por ejemplo, va a protagonizar una expansión muy notable, y el de Monzón —regido por los Ansúrez— va a ser decisivo en las luchas de poder. Pero de todos estos grandes condes, Fernán González será el más tenaz en la afirmación de su propio señorío.

Para un hombre ambicioso, la situación era en realidad un callejón sin salida: taponado en el sur y en el este por el califato, taponado también hacia el oeste por sus vecinos de Saldaña y Monzón, Castilla ya no podía crecer más. Un hombre de temperamento más apacible se hubiera contentado con administrar tranquilamente lo ganado hasta entonces. Pero es que un hombre más apacible no habría conquistado lo que Fernán conquistó. Y como Fernán era cualquier cosa menos apacible, nuestro protagonista comenzó a moverse.

Éste es el contexto que explica, a partir de esta fecha, los continuos movimientos de afirmación del conde de Castilla frente a la corona. En la cumbre de su energía, Fernán busca alianzas políticas fuera del reino y se casa con una hermana del rey de Pamplona, Sancha Sánchez. Al mismo tiempo conspira para romper el tapón de sus territorios hacia el oeste, donde mandaban los Ansúrez de Monzón. Cuando Ramiro II ponga a Fernán en su sitio y le ajuste las cuentas, el conde castellano entregará a su hija Urraca para que se case con el heredero de León, Ordoño. Pero al mismo tiempo buscará

contactos con el califato para poner las tierras de Castilla a salvo de las agresiones cordobesas.

Es posible que en un paisaje político menos convulso, con un rey enérgico en León, Fernán se hubiera contentado con ciertos movimientos entre bambalinas, pero la muerte de Ordoño III sumió al reino en un caos notable. Todos esos jaleos que hemos contado aquí, con las querellas entre Sancho el Gordo y Ordoño el Malo, fueron para Fernán otras tantas oportunidades para cimentar su poder. A veces perdió, como cuando terminó preso del rey de Pamplona, y a veces ganó, como cuando, ya en 965, se vio dueño y señor de un territorio sobre el que la corona leonesa había dejado de ejercer el menor control.

La de Fernán González es, en fin, la historia de una ambición. En esa crónica hay que incluir los capítulos de sus enredos con la omnipresente doña Toda, su suegra, y también los matrimonios de las hijas de Fernán: Urraca, la que se casó con Ordoño III, desposaría sucesivamente a Ordoño IV y a Sancho Garcés II de Pamplona; su otra hija, Nuña, se casó con Gómez Díaz, el heredero del condado de Saldaña, ligando así su linaje con el de los Banu Gómez. El propio Fernán, muerta Sancha, se casaría con otra princesa de Pamplona, esta vez no hermana, sino hija de Sancho I Garcés: Urraca Díaz.

Cuando Fernán murió, en 970, Castilla era otra. Más precisamente: Castilla era él. A partir de Fernán González, la historia de Castilla hay que contarla de manera singularizada. Un hijo suyo, García, heredaba el condado. Mientras tanto, la cultura popular empezaba a tejer la leyenda que acabaría dando lugar al Poema de Fernán González, un relato épico en verso que no es de gran utilidad como guía de los acontecimientos históricos, porque contiene muchos errores, pero que reviste un valor excepcional para la historia de la cultura. De aquel poema proviene el sobrenombre de Fernán, «el Buen Conde».

¿«Buen conde», Fernán? ¿«Bueno»? Bueno… Eso es opinable. En todo caso, de lo que no hay duda es de que, sin él, la historia habría sido otra.

Los jóvenes leones afilan las garras

A la altura del año 970, la situación en España era exactamente la mejor que el califa de Córdoba podía desear. El principal poder cristiano, que era el

Reino de León, se veía estancado en una seria crisis política. Los otros reinos y condados cristianos —Pamplona, Barcelona— eran demasiado débiles para representar amenaza alguna. La frontera militar quedaba perfectamente afianzada en torno al Duero. Nadie ponía en peligro la hegemonía política de Córdoba en la Península.

Los poderes cristianos competían entre sí por aparecer ante Córdoba como los mejores y más fieles aliados. No había reino o condado, incluso de fuera de España, que no quisiera tener embajadores en el califato. En la cumbre de su poder, el califa Alhakén II podía incluso ocuparse en extender sus dominios por el norte de África, tarea a la que se entregó con intensidad durante este tiempo. Sin embargo, las cosas iban a empezar a cambiar. Y lo harían muy pronto.

Las cosas van a cambiar porque están apareciendo nuevos personajes en nuestra historia. El conde de Castilla, Fernán González, ha muerto en 970. Le sucede su hijo García Fernández, que desde el 1 de marzo de ese año ya figura como gobernador de las tierras de Castilla y de Álava. García tiene treinta y dos años cuando hereda el condado. Ojo: «hereda», es decir, que los condes de Castilla ya transmiten por herencia, en pleno derecho, su título. Castilla sigue reconociendo la autoridad de la corona de León, pero es completamente autónoma respecto al monarca. Los lazos familiares del nuevo conde también parecen trazados para sustentar una posición del todo autónoma: hijo de una navarra, no se casa con una leonesa, sino que lo hace en torno a 965 con la condesa Ava de Ribagorza, es decir, una dama de la marca pirenaica. Se supone que quien hizo de casamentera fue, por supuesto, doña Toda. Uno de los últimos enjuagues que la anciana reina pamplonesa pergeñó en su larga vida, poco antes de morir.

También en Pamplona ha habido cambios importantes. El rey García Sánchez, el hijo de doña Toda, ha muerto en ese mismo año de 970, a los cincuenta y un años de edad. Le sucede su primogénito Sancho, hijo del rey y de la condesa de Aragón Andregoto Galíndez. De manera que el nuevo rey será, además, conde de Aragón. Sancho tiene alrededor de treinta y cinco años cuando hereda el trono. Poco antes se ha casado con Urraca Fernández, hija del conde de Castilla Fernán González, la misma que antes había sido esposa de los reyes de León Ordoño III y Ordoño IV, y que ya tenía al menos cuatro hijos de sus anteriores matrimonios; con Sancho tendrá otros cuatro. El nuevo rey de Pamplona será el primero en titularse rey de Navarra. Será Sancho Garcés II; la historia le conocerá como Sancho Abarca.

En este tiempo la historia se escribe sobre los renglones de las alianzas de sangre, los pactos matrimoniales, los enlaces de linajes. Todo eso nos conduce con frecuencia a auténticos laberintos, pero es imprescindible penetrar en ellos para entender lo que estaba pasando, así que vamos a detenernos un rato para contemplar cómo estaba el paisaje. Tenemos como rey de León a un menor de edad, Ramiro III, nacido en 961; el nuevo rey tiene el respaldo de Pamplona, pero no cuenta con el apoyo de una fracción importante de los condes gallegos. Al mismo tiempo, tenemos en Castilla a un conde autónomo, hijo de una navarra y casado con una dama de Ribagorza. Y en Pamplona tenemos a un rey hijo de una aragonesa y casado con una hija del conde de Castilla. Vemos claramente que el mapa se ha descompensado: las alianzas del este de la España cristiana —Castilla, Navarra, el Pirineo—, son más intensas que las del oeste. De ahí van a nacer, inevitablemente, dinámicas distintas de poder que terminarán por escindir a la cristiandad española.

Vayamos ahora a León. Estamos en 973. La capital del reino es escenario de una reunión importantísima: se reúne la curia regia, que es el gobierno de hecho en el reino. Ramiro III tiene doce años; sigue siendo un niño, pero ya figura como rey. Junto a él, por supuesto, está la monja Elvira Ramírez, su tía, la regente. Sabemos poco de esa curia y de lo que allí se coció, pero conocemos algo que nos da una pista importante: los magnates del reino deciden suprimir el obispado de Simancas, en la frontera sur del reino. En aquella reunión estuvo también el obispo de Santiago, Rosendo Gutiérrez (San Rosendo, porque será canonizado). Rosendo, que roza ya los setenta años, es un personaje muy importante en la corte desde muchos años atrás: ha gobernado Galicia, ha extendido la fe por todo su territorio y es unánimemente respetado tanto por el poder como por el pueblo. Aunque retirado en el monasterio de Celanova, su juicio es determinante para la corona. Sin duda él tuvo parte en esa decisión: suprimir el obispado de Simancas.

¿Y por qué la curia quiere suprimir el obispado de Simancas? Esta ciudad había sido testigo de la gran victoria de 939 sobre los musulmanes. Desde entonces, Simancas había sido el centro de la proyección leonesa hacia el sur. Si ahora se suprimía la sede episcopal, eso sólo podía significar una cosa: el área había dejado de considerarse segura. Pero ¿por qué dejaba de considerarse segura, si León y Córdoba estaban en paz y los embajadores cristianos no dejaban de acudir a la corte califal para presentar sus respetos? Sólo cabe una respuesta: Simancas ya no era un sitio seguro porque los ejércitos cristianos se preparaban para la guerra.

A partir de aquí, poco más podemos saber. Ignoramos si los preparativos obedecieron a una previa amenaza mora o si, más bien, fueron los cristianos quienes planearon la ofensiva. Lo más probable es esto último. Las relaciones entre Córdoba y los reinos cristianos se habían deteriorado de manera ostensible. ¿Por qué? Tampoco lo sabemos, pero no es difícil hacer hipótesis: Castilla necesitaba expandirse hacia el sur, pero estaba taponada por la plaza mora de San Esteban de Gormaz; había dos líderes jóvenes en Castilla y en Pamplona, con ansias de gloria guerrera y energía para acometer nuevas empresas. La repoblación seguía su camino en las sierras castellanas y en las tierras de La Rioja, y los colonos provocaban continuos conflictos con los moros de la frontera. El paisaje general era ciertamente poco propicio para la paz. Y ahora, además, había una oportunidad imprevista: hacia 972 el califa había puesto sus ojos en el Magreb y el grueso de los ejércitos de Córdoba estaba en Ceuta, tratando de afianzar el poder del califato en el norte de África. Era posible golpear sobre las posiciones sarracenas y recuperar lo perdido por Sancho el Gordo y Ordoño el Malo. Los jóvenes leones iban a probar suerte.

Fue el 2 de septiembre de 974. El conde García Fernández, no obstante tener embajadores en Córdoba negociando tratados de paz, cruza las tierras sorianas y ataca la plaza mora de Deza, al sur del Duero, entre Almazán y Calatayud. Es una profunda incursión en zona enemiga. Las huestes castellanas bajan hasta Sigüenza, en Guadalajara. Saquean a fondo el territorio. Pasan por Medinaceli, la base del sistema defensivo moro en la región, pero los sarracenos no son capaces de dar respuesta. Su general, Galib, está en Córdoba, recién llegado del norte de África, disfrutando de su victoria en el Magreb.

El éxito de García dio alas a los cristianos. Inmediatamente se constituyó una coalición como la de los viejos tiempos: bajo el mando teórico de Ramiro III (un muchacho de catorce años), las tropas de León y de Castilla, incluidos los Banu Gómez de Saldaña, hicieron frente común con los pamploneses de Sancho Abarca y marcharon sobre las líneas moras. El lugar escogido fue, como no podía ser de otro modo, San Esteban de Gormaz, cuya sola presencia encarnaba mejor que ninguna otra cosa la hegemonía militar musulmana en el Duero.

Estallaba la primavera de 975. Las crónicas árabes dicen que la acumulación de tropas cristianas en Gormaz fue enorme. Las huestes de León y de García Fernández de Castilla, las de Sancho de Pamplona y las del conde

de Saldaña ponen sitio a la fortaleza musulmana. Ese día pudo cambiar la historia de la Reconquista. Las cosas, sin embargo, darían un giro inesperado.

De una derrota en Castilla a un crimen en Córdoba

El asedio de Gormaz debió de ser cosa seria. La ciudad —la vieja Castromoros— venía siendo una plaza disputada sin cesar desde muchos años atrás y había cambiado de manos varias veces. Pese a esa atmósfera bélica, era un centro urbano de importancia y sus murallas no acogían sólo a los guerreros, sino también a una cuantiosa población campesina. Situada en un paraje poco accidentado, un cerro rodeado de llanos, las paredes de su formidable castillo siguen impresionando hoy por su aspecto inexpugnable. E inexpugnables fueron, en efecto, para las tropas cristianas. Pasaban los días, la fortaleza resistía, y los cristianos no lograban desarbolar la defensa. La demora fue letal. El 28 de junio, los moros sitiados estallaron en clamores de victoria: llegaba a los alrededores de la plaza el general Galib, el jefe militar del califato, al frente de un numeroso ejército. La suerte estaba echada.

Galib logró forzar el asedio. Los ejércitos de Córdoba, aquel gigantesco puño esculpido por Abderramán III a fuerza de cuantiosos contingentes bereberes y eslavos, seguían siendo más poderosos que ninguna otra fuerza en España. Sin duda García y Sancho habían calculado mal el golpe; en particular, parece que no previeron la posibilidad de que llegaran refuerzos para la plaza sarracena, y menos aún que esos refuerzos atacaran a los sitiadores. Cuando las huestes cristianas levantaron el campo, Galib se aplicó a explotar el éxito. Tenía la posibilidad de infligir un golpe decisivo a los cristianos y no iba a desperdiciarla. Así el paisaje cambió por completo: ya no eran los cristianos los que acosaban a los moros, sino los moros los que perseguían a los cristianos.

La veloz caballería de Galib dio caza a los ejércitos de León y Castilla a la altura de Langa, pocos kilómetros al oeste de Gormaz. García Fernández, el conde de Castilla, no pudo hacer otra cosa que retirarse tratando de salvar del desastre al mayor número posible de sus hombres. No pudo evitar que Galib, ebrio de victoria, derramara sus tropas por el valle alto del Duero. Incluso las tierras al norte del río sufrieron el saqueo de los musulmanes. Era una derrota sin paliativos.

La derrota no afectó sólo a los castellanos, sino también a los navarros. Mientras Galib atacaba en el camino de Gormaz a Langa, otro ejército moro tomaba la iniciativa en Navarra. Lo conducía el *tuyibí* Yahya ben Muhammad, otro alfil del califa, que señoreaba la Marca Superior desde su sede de Zaragoza. Yahya acababa de regresar, como Galib, del norte de África, donde había combatido con fortuna para los intereses de Córdoba. Ahora dirigía a sus ejércitos sobre un enemigo que no podía oponer resistencia. Las tropas de Navarra las comandaba Ramiro Garcés, hermano del rey Sancho y virrey de la plaza de Viguera, en La Rioja. También aquí se impuso la supremacía militar musulmana. La derrota de las armas cristianas fue completa.

Los descalabros de Gormaz, Langa y Navarra tuvieron efectos políticos inmediatos, especialmente en León. Con el joven rey derrotado en Gormaz, la corte del pequeño Ramiro III va a ser testigo de innumerables movimientos. La derrota militar implicaba la caída en desgracia de un partido de la corte: el castellano y navarro, cuyos líderes habían mordido el polvo. Y ése era precisamente el partido que apoyaba a la regente Elvira Ramírez, la tía monja del rey, que ahora se encontraba en horas bajas. Había llegado el momento de otra mujer, la otra monja: Teresa Ansúrez, la madre del rey, que —recordemos — tomó los hábitos al enviudar, fue desplazada de la regencia y ahora veía llegada la oportunidad de tomar el mando. Tras de sí, Teresa tenía el apoyo de su poderosa familia, los Ansúrez, los condes de Monzón, que no habían roto los lazos diplomáticos con Córdoba y, por consiguiente, aparecían ahora como única alternativa para una corona que se tambaleaba.

La monja Teresa Ansúrez tenía un programa: dejarse de aventuras bélicas, pacificar la frontera, llevarse bien con Córdoba y, en el interior, asentar la organización del reino. Era el programa de la familia Monzón, que en todo este tiempo había llegado a sentirse muy cómoda en los territorios ganados después de la batalla de Simancas y que, por el momento, no necesitaba más. En el interior del Reino de León había dos problemas: uno era Castilla, siempre belicosa, aunque la derrota de Langa forzosa mente tenía que haberle bajado los humos a García, el nuevo conde; el otro problema eran los magnates gallegos, pero ahora, con un partido leonés en el poder y con la frontera pacificada, sería posible llegar a acuerdos duraderos con ellos. ¿Por qué no? Paz exterior, orden interior: era el mismo programa que venía aplicando en Barcelona el conde Borrell II —ya lo veremos con calma más adelante—, y los resultados estaban siendo muy buenos. Para eso sólo hacía falta una cosa: renovar las paces con Alhakén II, el califa. Y éste no tenía por

qué negarse. Sin embargo, una vez más el destino había dispuesto las cosas de otro modo.

Nunca sabremos si Alhakén II hubiera podido llegar a un pacto duradero con el Reino de León. Nunca lo sabremos porque el califa, sesenta y un años, expiraba en septiembre de ese 976 sin tiempo para administrar su victoria. Esa muerte imprevisible abría de repente un auténtico vacío en el califato. Córdoba iba a sufrir ahora el mismo problema que tenía León: un heredero menor de edad. ¿Quién iba a ejercer el mando real? Las fuerzas vivas del califato tratarían de contestar a esta pregunta con un auténtico baño de sangre.

Alhakén, ya lo hemos contado aquí, tenía serios problemas para reproducirse. Lo consiguió, llegado al trono, con una esclava vasca llamada Subh y que las crónicas conocen como Aurora. De Subh tuvo Alhakén dos hijos: el primero, Abderramán, falleció en 970 con sólo nueve años; el segundo, Hisham o Hixem, nacido en 965, pasó entonces a ostentar el título de heredero. Ahora, 976, el califa desaparecía y el pequeño Hisham llegaba al trono con sólo once años.

Con un menor en el trono, la corte de Córdoba se divide. Hay dos partidos. Uno sostiene que Hisham no puede reinar y se inclina por designar califa a un hermano del difunto Alhakén, el príncipe al-Mughira. El otro partido defiende que reine Hisham bajo la regencia del visir al-Mushafi, que dirigía la administración del califato. Este al-Mushafi es un hombre muy poderoso, pero sabe que su carrera terminará si el príncipe al-Mughira es nombrado califa. En consecuencia, toma una espantosa decisión. Se dirige al jefe de la policía, que era a la sazón el administrador del heredero Hisham, y le ordena poner fuera de juego a al-Mughira. El jefe de la policía ejecutará la orden al pie de la letra.

El jefe de la policía acude al palacete de al-Mughira con cien soldados eslavos. Rodea el edificio e irrumpe en las habitaciones del príncipe. Una vez ante al-Mughira, el jefe de la policía le comunica que el califa Alhakén ha muerto y que el heredero es el pequeño Hisham. Al-Mughira, literalmente entre la espada y la pared, renuncia a sus derechos, reconoce a Hisham y jura obediencia al califa niño. Pero no es suficiente, no basta con la sumisión. El desdichado príncipe al-Mughira es estrangulado a la vista de las mujeres de su harén y, después, colgado de una viga para simular un suicidio. El jefe de la policía se ocupará de ocultar el crimen.

Ese jefe de la policía cordobesa se llamaba Almanzor. Su figura ominosa no dejará de acompañarnos en los próximos capítulos de nuestra historia.

5

SUEÑOS DE SANGRE Y GLORIA: LA ESPAÑA DE ALMANZOR

¿Y cómo se vivía en Al-Ándalus?

La aparición de Almanzor va a marcar un punto de inflexión en nuestro relato: el califato de Córdoba, que había alcanzado su periodo de mayor esplendor con Alhakén II, va a verse envuelto en un torbellino de violencia que terminará conduciéndole a la ruina tras un paréntesis de aparente gloria. Con la extinción del califato desaparecerá una España mora, la segunda España mora (la primera había sido la del emirato, que tenía su propio perfil). Así que, antes de que desaparezca, bueno será preguntarse cómo era aquello, cómo se vivía allí.

En capítulos anteriores hemos visto que la sociedad cristiana vivía cambios muy profundos: está naciendo el feudalismo, el poder de los reyes mengua, crece el de los linajes nobiliarios… Nada de todo eso podía pasar en la España mora, porque allí las bases del sistema de poder eran completamente distintas. Desde que Abderramán III se proclamó califa, en 929, todos los poderes —religioso, político, jurídico, militar— habían quedado en una sola mano. En el sistema islámico, el poder religioso y el político son inseparables. Así, los fenómenos de rebeldía tribal o territorial, tan comunes en la época del emirato, quedaban ahora drásticamente anulados. Sublevarse contra el poder político implicaba una ofensa religiosa que la ley sancionaría con tremenda severidad.

A partir de ese modelo de Estado, que no es impropio llamar «monarquía absoluta», el califato va a convertirse en una auténtica superpotencia. Sobre la base de una población heterogénea asentada en una tierra fértil y rica, con las vegas de los grandes ríos bajo su control, los califas Abderramán y Alhakén sabrán hacer de Córdoba el centro de un mundo poderoso y próspero.

Empecemos por la economía. Desde el punto de vista de la estructura económica, es decir, cómo y de qué vivía la gente, el sistema *andalusí* no difería demasiado del que funcionaba en tiempos de los romanos, a saber: el modelo señorial primario de base esclavista, con unos pocos dueños de la tierra —todos ellos musulmanes— y una ancha base de siervos. Se vivía de la agricultura (cereales y legumbres, sobre todo) y de la ganadería. Los sistemas de riego que databan de época romana se perfeccionaron y ampliaron, lo cual permitió aumentar la producción. Además, se introdujeron nuevos vegetales: arroz, naranjos… Y se siguió explotando la minería igual que en tiempos del Bajo Imperio romano: oro, plata, sal.

La lucha por la propiedad de la tierra había sido uno de los grandes factores de conflicto entre las distintas minorías musulmanas —árabes, bereberes, sirios, etc.— desde el principio de la invasión sarracena. En el momento de nuestro relato, mediados del siglo X, puede decirse que esos conflictos han terminado. En las zonas urbanas mandan los clanes de origen árabe. Los puestos de poder en las grandes cabeceras de provincia —Zaragoza, Murcia, etc.— son también para los árabes. En las viejas ciudades romanas —Mérida, Toledo— mantienen una fuerte influencia los *muladíes*, esto es, los hispanos conversos al islam, aunque ya no representan una amenaza para Córdoba. Y los bereberes originarios del norte de África mantienen el control sobre ciertas zonas rurales, sobre todo ganaderas; en aquella época los pastos del sur estaban llenos de dromedarios, criados para los ejércitos del califa.

Pero aunque el sistema mantenía ese perfil rudimentario, muchas cosas habían cambiado en el último medio siglo. Para empezar, el comercio. Desde el momento en que el califato logró controlar las rutas caravaneras del norte de África, que traían el oro del Sudán, un auténtico río de dinero entró en Córdoba. La circulación de moneda estimuló el comercio interior y el consumo de objetos de lujo, para beneficio de una no desdeñable población artesana. Y la moneda favoreció, asimismo, la exportación de ciertos productos excedentarios como las aceitunas, los higos y las uvas. A todo lo cual hay que añadir, por supuesto, el tráfico de esclavos, que nunca dejó de ser intenso en Al-Ándalus.

Esclavos, sí: algo que los enamorados de Al-Ándalus suelen silenciar cuando cantan las glorias del califato. En Córdoba había un mercado de esclavos que extendía sus terminales desde el norte de Europa hasta el África negra. Los califas recurrirán con frecuencia a la compra de esclavos europeos

(los llamados «eslavos»), destinando a los varones al ejército y a las mujeres a los harenes. No estamos hablando de poca gente: hacia 950 había unos 13.000 eslavos en la ciudad de Córdoba; la mayoría en el ejército, otros en diversos oficios. Y el otro extremo de la línea esclavista estaba en Sudán, centro de la trata de negros. Entre las familias poderosas del califato era de muy buen tono poseer esclavas negras, muy alabadas por su capacidad de trabajo y sus cualidades para el servicio doméstico. También había esclavos negros en los ejércitos que formaban grupos específicos dentro de la guardia de los califas.

La otra cara de ese mundo es la cultura y la ciencia, que verdaderamente conocieron un auge notable en la época de Alhakén II. No es exacto decir que Alhakén creara una universidad, porque el de universidad es un concepto específicamente cristiano. Lo que Alhakén hizo fue crear numerosas escuelas coránicas e impulsar la madrasa de Córdoba, de manera que la capital del califato se convirtió en centro de la reflexión religiosa y jurídica musulmana. Además, facilitó que se instalaran en Córdoba los sabios que venían de Oriente, huyendo de la intolerancia del califato de Bagdad. De esta manera penetraron en España abundantes conocimientos médicos, botánicos y matemáticos procedentes de la India y Persia, y también textos grecolatinos casi perdidos ya en Occidente y que, sin embargo, se conservaban en Oriente a través de las copias sirias.

Por último, el mapa de la España mora no puede dibujarse sin mencionar a un sector que seguía siendo muy numeroso en el califato: los mozárabes, es decir, los cristianos. ¿Cómo vivían los cristianos bajo el califato? Hay mucha fantasía sobre la supuesta tolerancia del califa Alhakén II. La verdad, sin embargo, es que en la sociedad *andalusí* mandaban los musulmanes, y los cristianos y los judíos, para poder practicar su religión, eran obligados a pagar un impuesto especial. Este impuesto, por otro lado, sólo les facultaba para practicar su religión personalmente, es decir, no les autorizaba a hacerlo de manera pública, y menos aún a predicar su fe fuera del estricto ámbito de las comunidades cristianas: el proselitismo estaba expresamente prohibido. Cristianos y judíos seguían siendo, en materia de presencia social, ciudadanos de segunda, con menos derechos que los demás. Habrá casos de judíos (rara vez de cristianos) que alcancen puestos de relieve en la estructura social, pero sólo si tenían la suerte de ser protegidos por algún mandamás musulmán.

Es cierto, no obstante, que el clima de persecución se había atemperado de manera notable respecto al califa anterior, Abderramán III. Esto fue una consecuencia directa de la hegemonía política y militar de Córdoba en la

Península y en el norte de África: sin nadie que discutiera su supremacía, el califato podía permitirse el lujo de la generosidad. Prácticamente desaparece aquella obsesión por el «enemigo interior» que había devorado a Córdoba en las décadas anteriores. Calmado —por la fuerza— el paisaje interior, sofocados los levantamientos de origen tribal (bereberes, yemeníes, etc.), sometidos los *muladíes* rebeldes, conversos al islam muchos caudillos que se habían apoyado en el elemento mozárabe para sublevarse, el califato ofrecía ahora el aspecto de una balsa de aceite.

Los mozárabes, esto es, los cristianos que permanecían en Al-Ándalus, seguían siendo a la altura del año 960 en torno a la mitad de la población (medio siglo antes superaban el 75 por ciento). Se les permitía organizar sus propios matrimonios, mantener sus costumbres en materia de alimentación e incluso, en teoría, adquirir propiedades; al frente de la comunidad mozárabe había un «conde» que ejercía como gobernador de los cristianos e intermediario con las autoridades musulmanas. Pero los cristianos eran los que más impuestos pagaban: uno, el *jaray*, como contribución territorial, según el volumen de la cosecha; otro, la *yizia*, como *capitación* individual, es decir, por el mero hecho de existir, y cuyo impago conducía directamente a la esclavitud o a la muerte. Parece claro que el aumento de las conversiones al islam durante el siglo IX se debió precisamente a la presión de este tipo de impuestos. Con todo, un siglo después todavía había pueblos —sobre todo en las montañas— enteramente cristianos en Al-Ándalus. La capacidad de resistencia de aquella gente era realmente conmovedora.

Éste era, en fin, el paisaje general de la España mora bajo el califato. Las convulsiones de los siglos anteriores habían desaparecido casi por completo. Sin embargo, en breve plazo iban a desatarse fuerzas que todo lo cambiarían. Y la España del califato llegaría a su fin.

El vertiginoso ascenso de Almanzor

La última vez que pasamos por Córdoba, pudimos asistir a un crimen ominoso: en el trance del relevo dinástico, con el trono vacante, la policía del califato irrumpe en el palacio de uno de los aspirantes, el príncipe al-Mughira, y le asesina. La orden ha partido del visir de palacio, el malvado al-Mushafi. Y el ejecutor ha sido un hombre que a partir de este momento va a dejar una

huella tan grande como siniestra en la historia de España: Almanzor. Así que hablemos de Almanzor.

Almanzor se llamaba en realidad Abu Amir y había nacido hacia 940 en Torrox, Algeciras, en una familia árabe de origen yemení. No era la suya una familia particularmente brillante. Al parecer, sus tierras provenían del botín otorgado a un antepasado suyo, un general de Muza, en los lejanos años de la conquista; después, la familia mantuvo un puesto destacado en la región, pero sin salir nunca del ámbito local y sin que ninguno de ellos lograra enriquecerse, aunque a Almanzor se le señala un abuelo (materno) que llegó a ser médico de Abderramán III. El hecho es que el joven Almanzor, ambicioso y bien dispuesto, vio que en Algeciras no iba a llegar muy lejos y resolvió marchar a Córdoba. Allí, en la capital del califato, estudió leyes y letras, y consiguió su primer empleo: escribano en la mezquita.

Ser escribano en la mezquita no era gran cosa: el trabajo de redactar instancias —que ése era su cometido— no permitía augurar un futuro radiante. Pero Almanzor tenía otras artes: sabía adular y también sabía hacerse valer. Pronto cambia de empleo y pasa a trabajar para el principal cadí (juez) de Córdoba. Sólo es un escribano más en la sala de audiencias, pero es el más eficaz de todos, el más modesto, también el de vida más austera. Su jefe, el juez, le recomienda ante el visir al-Mushafi, que dirige la burocracia del califato. Es la oportunidad que el joven Abu Amir esperaba. Al-Mushafi era un pájaro de cuenta, un tipo que había construido su poder —y era mucho poder— sobre el control absoluto de la vida de palacio. Almanzor se hace notar como el perfecto «fontanero» para ese tipo de tareas. Y al-Mushafi, convencido de haber encontrado a un buen peón, lo toma bajo su manto. La meteórica carrera de Almanzor ha comenzado.

El momento clave en el ascenso de Almanzor llegó, como es frecuente, por una casualidad. La favorita del califa Alhakén, la vascona Subh (Aurora), se había quedado sin intendente, es decir, sin la persona que le organizaba la administración. No era cualquier cosa: el cargo incluía la gestión de los bienes de los dos príncipes, Abderramán y Hisham. Y con la plaza vacante, la favorita Subh pidió al visir al-Mushafi un recambio. Al Mushafi necesitaba a alguien de confianza que administrara los dineros de palacio. En particular, era importante que una parcela tan delicada no fuera a parar a manos de un eslavo, tenía que ser un árabe, y además un árabe joven, para poder controlarle; eficaz, para impedir despilfarros, y austero, para evitar

tentaciones. ¿Quién reunía esas características? Aquel joven que acababa de llegar, recomendado por el cadí jefe de Córdoba: Abu Amir, Almanzor.

Era febrero de 967 y el joven Abu Amir, que aún no tenía treinta años, se veía de repente en el corazón mismo del poder. Almanzor no perdió la oportunidad. Supo ganarse el favor de la favorita Subh. Más precisamente, supo aprovechar su posición para inundar a la esclava vasca de lo que ésta más deseaba, a saber, oro en grandes proporciones. Fue una asociación perfecta: Almanzor hizo crecer las riquezas de Subh y sus hijos; Subh, por su parte, impulsó de manera determinante la carrera de Almanzor. Y todo ello, siempre, con la protección del poderoso visir al-Mushafi.

El objetivo de Almanzor estaba muy claro: el dinero. Donde está el dinero, allí está el poder. Y ahí se sumerge nuestro ambicioso protagonista. En ese mismo año de 967 tenemos ya al joven Abu Amir uniendo a su cargo de intendente el de inspector de la ceca, es decir, supervisor de la acuñación de moneda. Al año siguiente, añade los cometidos de tesorero del califa y procurador de sucesiones, con los consiguientes beneficios por comisión de cada herencia. En 969 es nombrado cadí de Sevilla y Niebla. Después, administrador del príncipe heredero, Hisham. En apenas tres años se había convertido en el principal suministrador de fondos para el harén de Subh; de paso, había amasado una enorme fortuna para sí mismo.

Como era inevitable, tan rápido enriquecimiento y tan ostensible ascenso despertaron las envidias de muchos y, además, los recelos de la Justicia. No tardó en instruirse un expediente contra Almanzor. Se le acusaba de malversar fondos y enriquecerse de manera ilícita. Era verdad, sin duda. Pero Abu Amir tenía una poderosa pantalla para protegerse: él no se había enriquecido solo, sino que sus múltiples enjuagues habían beneficiado muy principalmente a la favorita Subh, determinante en la vida de palacio, y a su hijo, el príncipe heredero Hisham (y quién sabe si, de rebote, también al propio visir al-Mushafi). Por otro lado, controlando como controlaba las cuentas del califato, no le fue difícil organizar un maquillaje masivo de balances. Así el asunto se resolvió de una manera que no deja de recordar ciertos procesos de corrupción política en época actual: Almanzor fue exonerado de toda sospecha, se le pidieron públicas disculpas y, más aún, se le confió el mando de la *shurta*, la policía. Ahí queda eso.

Con el dinero del califato en una mano y, ahora, el control de la policía en la otra, Almanzor se convirtió en una pieza clave de la política cordobesa. Hasta este momento había estado más o menos en la sombra; ahora emergía a

plena luz. Se hizo construir un gran palacio en al-Rusafa, cerca de la capital. Se le nombró cadí de todos los territorios sometidos a la influencia del califa. Y en uno de esos territorios, el Magreb, iba a dar el golpe que le catapultaría definitivamente a la cumbre.

Aquí ya hemos contado que el califa Alhakén, a la altura de 973, emprendió una campaña contra los *idrisíes* del norte de África. Esa campaña tenía dos jefes militares: Galib y Yahya, los mismos que poco más tarde derrotarán a las huestes cristianas. Pero la operación no consistía sólo en campañas militares, sino que incluía también un complemento, digamos, económico: corromper con dinero a los cabecillas rebeldes. ¿Y quién fue el designado para tal misión? Almanzor. Por supuesto, Abu Amir cumplió su cometido a conciencia. Derramó literalmente enormes cantidades entre los jefes bereberes para comprar su voluntad. Los cabecillas se sometieron al califa. Pero, en la misma operación, Almanzor consiguió algo aún más importante: la alianza de numerosos clanes que un día podrían poner sus armas mercenarias al servicio de aquel cadí que les había cubierto de tesoros. Almanzor ya tenía no sólo el dinero y la policía, sino también la posibilidad de movilizar su propio ejército.

Éste es el momento en el que muere el califa Alhakén. Ya hemos contado aquí lo que sucedió. El heredero, Hisham, es menor de edad. Se dibujan dos partidos en la corte. Uno, apoyado sobre todo por ciertos generales eslavos del ejército, apoya a un hermano del difunto, el príncipe al-Mughira, para que se haga cargo del califato. El otro partido, apoyado principalmente por los clanes árabes y la ahora viuda Subh, quiere que se corone a Hisham y que el visir al-Mushafi ejerza de regente. Para evitar complicaciones, al-Mushafi ordena matar a su rival. El príncipe al-Mughira es estrangulado delante de las mujeres de su harén y, después, colgado de una viga para simular un suicidio. El encargado de ejecutar la tarea es el jefe de la policía: el ya poderosísimo Almanzor.

Era un lunes cuando Hisham II, un niño, se veía investido con la dignidad de califa. Se le atribuyó el título de «al-Mu’yyad bi-llah», que quiere decir «el que recibe la asistencia victoriosa de Dios». A su lado, un alto funcionario de mirada conminatoria tomaba juramento, uno a uno, al personal de la corte. Ese funcionario era el tutor de Hisham, jefe de la policía, inspector de la ceca y también de herencias vacantes: Almanzor. Seis días después, el pequeño califa Hisham nombraba *hayib*, primer ministro, al entonces visir al-Mushafi.

Para Almanzor quedaba el cargo de visir y delegado del *hayib*: Abu Amir se convertía en el número dos del califato.

En apenas diez años, aquel oscuro escribano judicial de Algeciras se había elevado hasta ser uno de los hombres más poderosos, ricos, influyentes y peligrosos del califato. Pero su carrera aún no había hecho más que comenzar.

La ambición de Almanzor golpea la frontera cristiana

Estamos en el año 977. En León gobierna un joven de diecisiete años, Ramiro III, bajo la regencia de su madre, Teresa Ansúrez. En Córdoba reina un califa de doce años, Hisham II, bajo la regencia del *hayib* al-Mushafi y la presión del visir Almanzor. Ni Ramiro III ni Hisham II cuentan en realidad gran cosa. En León, el poder de verdad reside en los condes, los grandes linajes nobiliarios que en Castilla, Monzón, Saldaña, Cea, Galicia o Portugal hacen y deshacen a su antojo. En cuanto a Córdoba, allí no hay condes, sino que el poder queda circunscrito a un singular triunvirato: la viuda Subh, el *hayib* al-Mushafi y el visir Almanzor. Vamos a ver qué posición ocupaba cada uno de estos tres personajes.

Subh es la madre del pequeño califa. Esta esclava de origen vasco o navarro, de nombre cristiano Aurora —eso dice la tradición—, ha sabido convertirse en un poder determinante en palacio. Ella ha sido el principal apoyo de la «solución al-Mushafi», es decir, elevar al viejo visir de Alhakén a la posición de hombre fuerte del sistema. Pero ella ha sido, también, la que ha protegido e impulsado la carrera de Abu Amir, Almanzor, que controla ahora el tesoro, la policía y una parte no menor del ejército.

Al-Mushafi, que por su parte controla el gobierno, la justicia y la burocracia, es en principio el punto más fuerte del triunvirato, pero no tardará en descubrir que su poder es más aparente que otra cosa. ¿Por qué? Porque Subh es quien manda dentro del palacio y Almanzor quien controla el dinero y la policía. Como en todo triunvirato, el equilibrio depende de que ninguno de los tres protagonistas ambicione la parcela de otro. Pero si algo definía a Subh y a Almanzor, era precisamente la ambición. En un determinado momento, Almanzor y Subh se hacen amantes. Después o antes de eso, Almanzor tratará de desplazar al viejo al-Mushafi. Y contará con el respaldo de Subh.

¿Cómo segará Almanzor la hierba bajo los pies de al-Mushafi? Buscando el apoyo del ejército y, en particular, de un personaje que ya ha aparecido en nuestro relato: el general Galib, el gobernador militar de la frontera norte, cuyas relaciones con el viejo al-Mushafi eran muy malas desde mucho tiempo atrás. Almanzor tenía muy clara la jugada: cada peldaño que Galib ascendiera, sería un peldaño que al-Mushafi bajaría. En consecuencia, había que promocionar a Galib.

Hablemos un poco del general Galib, porque pronto le veremos protagonizar un giro realmente sorprendente. En el curso de nuestra historia ya nos lo hemos encontrado varias veces. Siempre se nos ha mostrado como militar de gran talento y eficacia consumada. ¿De dónde venía este hombre? Galib era un eslavo, es decir, que procedía de algún lugar del norte cristiano, quizá español, tal vez franco o incluso germano. Capturado en algún combate, fue vendido como esclavo al califato de Córdoba e incorporado a los ejércitos sarracenos. Allí, a fuerza de coraje y combatividad, brilló de manera singular. Tanto que en tiempos de Abderramán III fue liberado de la esclavitud, en recompensa por sus méritos, y alcanzó el grado de general.

Como alto mando en los ejércitos del califa, Galib se construyó un historial excelente: levantó un eficaz aparato defensivo en la «Marca Media» con sede en Medinaceli, supo mantener a raya a los cristianos, detuvo la invasión vikinga de 972 en una formidable batalla naval, intervino luego con éxito en el norte de África, después recuperó Gormaz y descalabró a los ejércitos leoneses en Langa… Tantos éxitos hicieron de Galib un personaje extraordinariamente popular. No poseía ambiciones políticas, pero su buen nombre entre las masas hacía obligado contar con él: quien ambicionara el poder, ganaría puntos si exhibía el apoyo del general Galib. Y Galib lo sabía, evidentemente.

Fiel hasta la muerte a los califas, Galib se mantuvo al margen cuando el fallecimiento de Alhakén II desató las intrigas en la corte. No entró en las componendas de otros generales eslavos para apartar al visir al-Mushafi. Se limitó a reafirmar su fidelidad al nuevo califa, el pequeño Hisham II, y a esperar acontecimientos. Acontecimientos que no tardarían en llegar.

Retomamos ahora el hilo de nuestra historia. Almanzor quiere desplazar a al-Mushafi. Se propone hacerlo buscando el apoyo de Galib. Ahora bien, el visir estaba tratando por todos los medios de conciliarse con el general, y exactamente por los mismos motivos que Almanzor: el deseo de anular al vecino. ¿Dónde estaba la clave del apoyo de Galib? Al-Mushafi buscó una

solución, digamos, tradicional: pidió para uno de sus hijos la mano de la hija del general, llamada Asmá. Ese matrimonio podía crear un bloque de poder realmente indestructible. Pero Almanzor no tardó en reaccionar. Y lo hizo con mano maestra.

Para ganarse la bienquerencia de un general, nada mejor que ofrecerle éxitos militares. Eso fue lo que hizo Almanzor. En 977, el astuto Abu Amir planifica una campaña conjunta con Galib. ¿Dónde? En la frontera sur del Reino de León, un territorio fácil y sin riesgos, dado el clima de descomposición que vive el reino cristiano del norte. Es la primera campaña de Almanzor en tierras cristianas. Las huestes de Almanzor y Galib atacan Baños, Salamanca y Cuéllar, y desmantelan la obra de los repobladores. Simultáneamente, un decreto del califa —por supuesto, inspirado por Almanzor y la viuda Subh— otorga a Galib nuevas dignidades políticas en detrimento de al-Mushafi, mientras concede al propio Almanzor el mando sobre las tropas acantonadas en Córdoba, la capital.

Al viejo al-Mushafi le quedaba una última carta: el compromiso matrimonial de su hijo con la hija de Galib, la codiciada Asmá. Pero Almanzor no era hombre que se detuviera ante compromisos ajenos. Sin esfuerzo, logró que se anulara el contrato, que ya estaba firmado, y más aún, pidió la mano de Asmá para sí mismo. Galib, evidentemente, apostó a caballo ganador y accedió al matrimonio. El enlace se celebró con gran fasto a principios de 978. La madre del califa, Subh, Aurora, la vascona, que era el otro vértice del triángulo (y que, a todo esto, seguía siendo amante de Almanzor), arregló las cosas para que el ambicioso Abu Amir viera su sueldo aumentado (80 dinares de oro) al mismo nivel que el del derrotado al-Mushafi.

Al-Mushafi, el viejo *hayib*, estaba perdido y lo sabía. Almanzor, aquel muchacho al que él mismo había patrocinado cuando sólo era un escribano de la mezquita de Córdoba, tardó muy poco en darle la puntilla. En la primavera de 978 se desatan los acontecimientos. Para empezar, Almanzor dirige una nueva campaña contra la frontera cristiana. Fue en Ledesma, cerca de Salamanca, otra vez para desmantelar la obra de los repobladores. La expedición es fácil y breve, pero la propaganda la airea con grandes voces en la capital. Con su popularidad en alza por la victoria, Almanzor procede entonces al segundo movimiento de su maniobra: el 29 de marzo de 978, el viejo al-Mushafi es destituido, detenido y encarcelado junto a sus hijos. ¿Por qué? En realidad no hacen falta razones. Al Mushafi trata de salvar la vida

con una humillación pública ante Almanzor. No le sirve de nada. Almanzor ordena desahuciar el palacio familiar de al-Mushafi. El viejo *hayib* moriría cinco años más tarde, en prisión, asesinado.

El triángulo que gobernaba Córdoba experimentaba así un cambio sustancial. En vez del viejo al-Mushafi, aparecía ahora el general Galib como tercer punto al lado de Subh y Almanzor. Pero el vértice más poderoso del nuevo paisaje era ya Almanzor, que asumía los cargos que antes desempeñaba al-Mushafi (los cargos y, todo sea dicho, también las rentas). La dirección del Estado, en definitiva, recaía en Almanzor, con la complicidad de Subh, la madre del califa, y la anuencia del general Galib. En este momento comienza en Córdoba la dictadura de Almanzor.

Sorprende la facilidad con que Almanzor golpeó dos veces, en dos años consecutivos, contra las fronteras de León. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Nadie contestaba? Sí, alguien contestaba: el conde de Castilla, García Fernández, estaba dispuesto a dar la batalla.

García Fernández no pierde la cara

La cuestión era muy simple: con la plaza clave de Gormaz en manos sarracenas, toda la repoblación cristiana del alto Duero estaba en peligro. Era preciso aliviar la presión, y eso sólo podía hacerse mediante una operación militar. Por ejemplo, recuperando Gormaz. Ahí es donde el conde de Castilla, García Fernández, estaba dispuesto a intervenir.

Sin duda el joven conde, el hijo de Fernán González, tenía un plan. En este momento el conde de Castilla ya es un poder plenamente autónomo respecto al rey de León, pero sigue reconociendo la superioridad jerárquica de la corona. Por tanto, García acude a la corte de Ramiro III y expone su proyecto: golpear al moro en la frontera oriental. El conde pide al rey refuerzos para la empresa. Pero el rey le da calabazas.

¿Por qué León negó a García Fernández los refuerzos que pedía? Sin duda, por miedo. Es una actitud comprensible, después de todo. Almanzor había golpeado en Salamanca y Cuéllar, y acababa de hacerlo también en Ledesma: no han sido campañas de ocupación, pero tampoco simples expediciones de rapiña. Esas localidades eran centros neurálgicos de la repoblación, nudos fundamentales en esa red de puntos fuertes que desde la

batalla de Simancas, cuarenta años atrás, estaba sirviendo de columna vertebral a la colonización de la Meseta norte. Ahora, desmanteladas esas plazas, todo el territorio del reino quedaba gravemente expuesto. No era momento de provocar a Córdoba con nuevas escaramuzas.

Por otro lado, los leoneses habían experimentado en carne propia la enorme potencia de los ejércitos de Almanzor, esa implacable máquina militar que, además, el nuevo hombre fuerte de Córdoba había hecho todavía más poderosa al incorporarle grandes masas de bereberes traídos del norte de África. ¿Cómo hacer frente a eso?, debieron de pensar en León. Nadie podía tener éxito contra semejante poderío. Nadie, por tanto, daba un duro por los proyectos de García Fernández. Los ejércitos de Córdoba eran invencibles. No habría refuerzos de León para el conde de Castilla.

Complicada coyuntura. Sin refuerzos de León, ¿con qué iba a atacar García Fernández? Pero el conde estaba decidido; si León no ayudaba, lo haría él solo con su gente, con aquellas masas de campesinos en armas que se habían convertido ya en el elemento dominante del paisaje castellano. A García se le atribuye, en efecto, el haber aumentado de forma decisiva la base del condado de Castilla con la incorporación de grandes contingentes humanos que venían a estas tierras atraídos por las ventajas sociales, jurídicas y económicas de los fueros. Un buen ejemplo de eso es el Fuero de Castrojeriz, con sus ordenanzas sobre los caballeros villanos: los campesinos que dispusieran de un caballo para la guerra serían equiparados automáticamente con los nobles de segunda clase. En plata: las posibilidades de ascenso social en Castilla eran incomparablemente mayores que en cualquier otro lugar de la España cristiana. Y por eso había en Castilla tanta gente dispuesta a combatir.

Fijémonos un poco más en ese Fuero de Castrojeriz, porque es muy representativo de la situación social en Castilla. Castrojeriz está muy al norte de la frontera del Duero, entre Burgos y Frómista. Era uno de esos grandes espacios que la Reconquista había ido abriendo a la colonización. A los condes corresponde la tarea de colmar de gente esos nuevos espacios y convertir en campos cultivados lo que hasta entonces habían sido llanuras yermas. El de Castrojeriz, concretamente, lo otorga García Fernández en 974. Sin duda hubo muchos más fueros en muchas más poblaciones, pero el de Castrojeriz es uno de los pocos que se ha conservado y por eso tiene valor de ejemplo. Y ese fuero decía así:

Damos buenos fueros a aquellos que sean caballeros y los elevamos a infanzones, *anteponiéndoles a los* infanzones *que sean de fuera de Castrojeriz, y les autorizamos a poblar sus heredades con forasteros y hombres libres, y respétenlos éstos como* infanzones, *pudiendo ser desheredados los colonos si resultan traidores (…).Y no paguen los de Castrojeriz ni anubda ni mañería (…). El caballero de Castrojeriz que no tenga prestimonio, que no acuda al fonsado si el merino no le asigna soldada, y tengan los caballeros señor que les señale un beneficio. Y si ocurriere un homicidio en Castrojeriz, causado por caballero, pague el culpable 100 sueldos, tanto por un caballero como por un peón. Y los clérigos tengan el mismo fuero que los caballeros. Y a los peones concedemos fuero y los anteponemos a los caballeros villanos de fuera de Castrojeriz, y otorgamos que no se les pueda imponer ninguna serna ni vereda, excepto un solo día en el barbecho y otro en el sembrado, otro en podar y en acarrear cada uno un carro de mies. Y los vecinos de Castrojeriz no paguen portazgo ni montazgo en nuestros dominios y no se les exija mañería, fonsadera, ni ninguna vereda. Si el conde llamare a fonsado, de cada tres peones vaya uno y de los otros dos uno preste su asno, quedando libres los dos. Y si los vecinos de Castrojeriz mataren a un judío pechen como por un cristiano, y las afrentas se compensarán como entre hombres de las villas.*

En resumen: a los que tienen un caballo, aunque sean campesinos, se los eleva a la categoría de *infanzones*, es decir, la baja nobleza. Y entre un noble forastero y un caballero de Castrojeriz, valdrá más el de Castrojeriz. Y se les exime de ciertos impuestos. Y se limitan los trabajos que tienen que realizar para el señor. Y se protege la vida de los peones y de los judíos castigando a quien les asesinare como si hubiera matado a un noble. Y se libra a todos los vecinos de tener que pagar por usar los montes. Y esto, verosímilmente, no ocurría sólo en Castrojeriz, sino en otros muchos puntos de la naciente geografía castellana. Evidentemente, eran condiciones de vida sumamente apetecibles; unas condiciones por las que valía la pena arriesgar la piel.

Atraídos por ese horizonte de vida más libre, muchas personas habían acudido a Castilla desde el norte. Y ésas eran las gentes que García Fernández tenía ahora bajo su mando. Gentes acostumbradas a levantar paisajes con sus manos, verlos destrozados por las *aceifas* moras y reconstruirlos después con una constancia propiamente heroica. Gentes acostumbradas, también, a la guerra: no sólo para defenderse de los ataques moros, sino igualmente para

saquear de cuando en cuando los campos musulmanes del sur de la sierra. Las huestes formadas con este material humano no eran ejércitos de guerreros profesionales, pero su dureza y consistencia no tenían nada que envidiar a las cohortes musulmanas. Y puesto que León no iba a echar una mano, sería con ellos, con sus campesinos-soldados, con los que el conde de Castilla golpearía sobre la frontera militar sarracena.

Fue en el verano de 978. La campaña de García Fernández es simplemente asombrosa. Primero ataca Gormaz, aquella plaza ante la cual habían fracasado antes los ejércitos de León y Navarra, y consigue rendirla. Sin dar descanso a sus tropas, se apresura a explotar el éxito y penetra hondo en territorio enemigo. Ataca y saquea Almazán, al sur de Soria, donde aniquila a la guarnición mora. No hay reposo: pone rumbo al sur y llega ante los muros de Barahona, donde nuevamente derrota a los musulmanes. En ese momento las tropas castellanas están a muy pocos kilómetros de Medinaceli, la clave del sistema defensivo cordobés, la sede del prestigioso general Galib. Pero García Fernández no se dirige contra ella, sino que toma dirección suroeste y marcha sobre Atienza, ya en las estribaciones de la sierra de Guadalajara. También allí las huestes castellanas conocerán la victoria.

Las gentes de García Fernández no detendrán su ofensiva hasta que llegue el otoño y el frío haga imposible seguir los combates. Regresan con un botín enorme. El conde entrega parte de él al infantazgo de Covarrubias, un señorío eclesiástico regentado por una mujer, la abadesa Urraca, hermana del propio García. Pero lo más importante es el balance estratégico de la operación. Se ha recuperado la plaza —esencial— de Gormaz, se ha batido el territorio hasta la frontera misma del dispositivo de defensa moro, se ha golpeado con dureza a las orgullosas armas de Córdoba y se ha protegido de nuevo a los colonos que por su cuenta y riesgo han ido instalándose entre las sierras de Soria, Guadalajara y Segovia. Una victoria extraordinaria.

Almanzor debió de constatar que tenía un problema. Pero, en ese momento, andaba demasiado atareado con otras cuestiones: estaba ejecutando algo que propiamente era un golpe de Estado.

Así se construye una dictadura

Lo que Almanzor hizo en Córdoba sólo tiene un nombre: un golpe de Estado institucional que, en varias fases, le llevó finalmente a implantar una

dictadura personal de corte militar. El movimiento fundamental era sólo uno: ir acumulando todos aquellos cargos que le permitieran absorber el poder de hecho, al margen del poder de derecho que encarnaba el califa. En ese camino, Almanzor fue tomando distintas medidas muy bien calculadas. Vamos a verlas, porque es un excelente manual del perfecto dictador. Y de paso, nos haremos una fehaciente idea de cómo era en realidad este personaje.

Primera medida de Almanzor: atraerse a las masas de Córdoba, que se habían convertido en la claque imprescindible para los nuevos caudillos. Y así, para ganarse el favor popular, Almanzor tomó decisiones como abolir el impuesto sobre el aceite, que perjudicaba sobre todo a las clases populares. Segunda medida: ganarse el apoyo de los *alfaquíes*, es decir, los doctores de la jurisprudencia islámica. Y para seducir a éstos, Almanzor prodigaría las maniobras sin retroceder ni un paso ante la crueldad o la barbarie.

Detengámonos un momento en la cuestión de los *alfaquíes*, porque fue de enorme importancia. Como depositarios de la recta interpretación de la ley islámica, estos caballeros eran los auténticos árbitros de la legitimidad: si los *alfaquíes* juzgaban a un líder como poco piadoso, o si estimaban su poder poco legítimo, el líder en cuestión podía verse en auténticos apuros. Y Almanzor tenía, y él lo sabía, un cierto problema de legitimidad. Al fin y al cabo, no era otra cosa que un advenedizo aupado a la cumbre por circunstancias excepcionales. Por tanto, Abu Amir tenía que demostrar que no había nadie más rigorista que él en la aplicación de la ley. Y las circunstancias le darían la oportunidad de acreditarlo.

Andando el año 979 se descubrió una conjura en Córdoba. Sus promotores eran, precisamente, sectores legitimistas. Viendo que la minoría de edad del califa Hisham había conducido a una situación completamente irregular, un grupo de militares, funcionarios y jueces volvió los ojos hacia otro nieto del califa Abderramán III, llamado igualmente Abderramán. En este nuevo Abderramán, mayor de edad y con buenos antecedentes, veían una alternativa legítima al poder excepcional de Almanzor. ¿Y quiénes movían los hilos de la conjura? Un antiguo general eslavo y el prefecto de Córdoba, entre otros. Ahora bien, Almanzor descubrió el complot. Y vio en él la ocasión para matar varios pájaros de un tiro.

El verbo «matar» no es exagerado. Almanzor mandó asesinar al nuevo Abderramán. Después, hizo crucificar en público al principal cabecilla de la conjura, un tal Abd al-Malik. Y la misma suerte corrieron todos los sospechosos, reales o supuestos, que andaban metidos en aquel fregado, a los

que se acusó no sólo de traición al califa, sino también de «mutazilismo», que era una doctrina islámica desviacionista. Con esta acusación, Almanzor aparecía ante los *alfaquíes* como el verdadero garante de la ortodoxia. Y por si alguien todavía lo dudaba, Abu Amir hizo algo más: destruyó la biblioteca del difunto califa Alhakén.

Alhakén II, como hemos contado aquí, fue un soberano ilustrado que acogió a los sabios que huían de la intolerancia de Damasco. Con esas aportaciones construyó, entre otras cosas, una riquísima biblioteca. Ahora bien, en esa biblioteca, según los *alfaquíes*, abundaban los libros impíos, poco ortodoxos o directamente contrarios a la fe islámica. De manera que Almanzor vio aquí una nueva oportunidad para exhibir su ortodoxia. Así lo cuenta Said al-Andalusí:

> *La primera acción del dominio de Almanzor sobre Hisham II fue dirigirse a las bibliotecas de su padre Alhakén, que contenían colecciones de libros famosos, e hizo sacar todas las obras que allí había en presencia de los teólogos de su círculo íntimo, y les ordenó entresacar la totalidad de los libros de ciencias antiguas que trataban de lógica, astronomía y otras ciencias, a excepción de los libros de medicina y aritmética. Una vez que se hubieron separado los libros (…) permitidos por las escuelas jurídicas de Al-Ándalus, Abu Amir ordenó quemarlos y destruirlos. Algunos fueron quemados, otros fueron arrojados a los pozos del alcázar, y se echó sobre ellos tierras y piedras, o fueron destruidos de cualquier manera.*

La destrucción de la biblioteca de Alhakén reportó a Almanzor no sólo el aprecio de los *alfaquíes*, sino también el de las masas de Córdoba, que veían estos gestos como manifestaciones de piedad religiosa. Abu Amir se convertía así en el amo absoluto de Córdoba, dueño del gobierno del Estado, jefe de los ejércitos, salvador del califa —pues había reprimido con dura severidad la conjura de Abderramán—, aclamado por las multitudes, apoyado por los doctores de la ley islámica… ¿Qué más podía desear? La respuesta es sólo una: deseaba el poder absoluto. Y eso todavía no lo tenía.

Con todos los resortes del poder en su mano, Almanzor toma entonces una decisión que va a marcar el definitivo perfil de su régimen como una dictadura: aislar al joven califa Hisham. ¿Era posible aislar al califa, que figuraba nominalmente como soberano de Córdoba? Sí. El califa poseía por derecho la autoridad religiosa, pero el mando político era harina de otro costal. De modo que Almanzor recluyó al califa en su palacio de Medina

Azahara, anunció públicamente que el pequeño Hisham había elegido entregarse a una vida de oración y ascetismo, y el ambicioso Abu Amir asumió personalmente todas las funciones de gobierno. Y para escenificar con claridad esa escisión de funciones, empezó a construirse su propia sede de gobierno: la «ciudad brillante», Medina al-Zahira, al este de Córdoba. Con el tiempo, Medina al-Zahira iba a convertirse en una auténtica ciudad palacio en la que residirían todos los órganos del poder. Mientras tanto, Almanzor ordenaba rodear al califa Hisham, encerrado en Medina Azahara, con un muro con doble foso. Para que el pueblo no perturbara las oraciones del joven, dijo.

Recapitulemos. En su conquista del poder, Almanzor se ha quitado de en medio, primero, al príncipe al-Mughira, por orden del viejo visir al-Mushafi. Después acabará con este al-Mushafi, beneficiando al general Galib, con cuya hija, Asmá, se casa. Y luego, tras aplastar una conjura legitimista, había desplazado al propio califa, encerrándolo literalmente en su palacio y asumiendo para sí todas las tareas de gobierno. ¿Quedaba alguien que estorbara en el camino de Almanzor? Sí, ahora tocaba librarse también del propio Galib, el general, su suegro.

Pero, un momento. ¿Para qué actuar contra Galib? El veterano general eslavo, sin duda el mayor talento militar del emirato, era un anciano de cerca de ochenta años. Su popularidad entre las masas era grande, pero también era evidente que no viviría mucho más. Sin embargo, Galib representaba todo aquello que Almanzor quería eliminar: el viejo orden califal. Por eso había que quitarle de en medio.

Galib, en efecto, era ante todo un hombre fiel al califa. Por eso no podía ver con buenos ojos la revolución política que estaba ejecutando su yerno Almanzor, que había neutralizado literalmente al pequeño Hisham II. Ahora bien, no era Galib el único que tenía tales sentimientos. Toda la vieja aristocracia militar de origen árabe estaba viendo el ascenso de Almanzor como una ruptura del orden tradicional (lo cual, en efecto, era). Almanzor lo sabía y se propuso desactivar las resistencias militares: sustituyó a buena parte de los jefes árabes y eslavos por nuevos oficiales, en su mayoría bereberes que él mismo había traído del norte de África. Y además, para evitar que estos bereberes antepusieran sus fidelidades tribales a la obediencia que debían al propio Almanzor, se ocupó de que cada unidad militar tuviera una composición lo más heterogénea posible, de manera que no pudiera reconocerse en otro jefe que en el todopoderoso Abu Amir.

Esta reforma militar debió de ser lo que colmó el vaso de la paciencia de Galib. El anciano general constataba que su yerno, aquel Almanzor de ambición inagotable, estaba destruyendo todo aquello por lo que él había luchado, aquel mundo en el que un esclavo de origen cristiano había podido ascender hasta encabezar los ejércitos del califa. En algún momento entre los años 980 y 981, las relaciones entre Galib y Almanzor se tensaron hasta romperse. Y entonces Galib tomó una drástica decisión.

Galib cambia de bando y pierde la cabeza

¿Qué hizo Galib, el viejo general eslavo, tantas veces victorioso sobre León y sobre Castilla? Algo realmente asombroso: para mantener su posición, pidió ayuda a… ¡los cristianos!

Sorprende, desde luego, que un general de Córdoba, visir del califato, gobernador de la Marca Media, auténtico flagelo de la repoblación castellana, decidiera cambiar de bando y pactar con los mismos que hasta pocos meses antes habían sido sus enemigos. Seguramente la deserción de Galib sólo puede ser interpretada de una manera: el despotismo de Almanzor era tan insoportable, su dictadura se había convertido en algo tan intolerable, que no cabía otra opción que pasarse al bando enemigo. Galib, por otra parte, no era ningún ingenuo: había visto con sus propios ojos cómo Almanzor eliminaba uno tras otro a sus rivales, incluso a aquellos que un día habían sido sus aliados, como el desdichado *hayib* al-Mushafi. Sin duda Galib, que era de la misma generación que al-Mushafi, la vieja guardia de Abderramán III, entendió que su vida corría peligro.

Es así como el gobernador moro de Medinaceli, nuestro Galib, envía mensajeros a García Fernández, conde de Castilla. No conocemos la naturaleza del pacto que suscribieron. Tampoco sabemos si medió algún factor de tipo religioso. Galib, al fin y al cabo, había sido cristiano antes de verse esclavo y converso al islam. Pero lo que sí está claro es la enorme importancia de aquel paso para la situación estratégica general. Medinaceli era la plaza fundamental en el dispositivo militar de Córdoba, aseguraba la comunicación entre la capital del califato y Zaragoza y taponaba la expansión castellana por el sur y el este. Con Medinaceli y toda la Marca Media aliada a los cristianos, el mapa militar experimentaría un vuelco peligrosísimo para los intereses de Córdoba.

García Fernández entendió inmediatamente la trascendencia del negocio. El conde de Castilla había atacado sin cesar las posiciones moras en Deza, en Sigüenza, en Atienza, en Barahona: exactamente las posiciones que Galib controlaba. El propio Galib le había derrotado en Langa. Pero ahora el viejo general quería ser su amigo y Castilla no podía desaprovechar esa oportunidad. Las tropas de Galib eran cuantiosas y, sobre todo, fieles a su anciano jefe. Las huestes castellanas acababan de demostrar su fiereza en la campaña del año anterior. Para reforzar su posición, y sabiendo que León no cedería tropas, García Fernández pidió ayuda a Pamplona. Así comparece también en el campo de batalla Ramiro Garcés, el hermano del rey Sancho Abarca. La coalición es potente. Su objetivo: empujar la frontera musulmana hacia el sur, más allá de Atienza.

La posición de Atienza, en el norte de Guadalajara, era de gran importancia para Castilla. Plantar allí una fortaleza bien defendida permitiría asegurar una enorme extensión de terreno para la repoblación: desde el cauce del Duero en Gormaz hasta las sierras del Sistema Central. Desde mucho tiempo atrás, Atienza había conocido la visita de las armas cristianas. Si permanecía en manos musulmanas era, precisamente, por el buen dispositivo de defensa que había organizado Galib. Pero ahora Galib estaba con los cristianos. Realmente la oportunidad merecía la pena.

Almanzor no se quedó quieto, evidentemente. Quería acabar con Galib. Lo hubiera hecho de cualquier modo. Y ahora esta deserción le daba la oportunidad de hacerlo como a él le gustaba, de manera implacable y con deshonor para el vencido. Abu Amir tenía recursos de sobra para una empresa de este género: su control del norte de África le había proporcionado inagotables contingentes bereberes. Así, esta vez Almanzor puso toda la carne en el asador. Movilizó a un ingente ejército y llevó consigo a sus mejores generales: Yafar ben Alí ben Hamdún, Abu Ahwas Man ben Abdelaziz, Hassán ben Ahmad ben Abdalwudud… Los moros salieron al encuentro de la coalición en el castillo de San Vicente, cerca de Atienza. Era el 10 de julio de 981.

Sabemos muy poco del combate, salvo su resultado. Los aliados de Castilla, Pamplona y Medinaceli hicieron frente a la acometida musulmana. En algún momento, sin embargo, las huestes de Galib flaquearon y abandonaron la lucha. Castellanos y pamploneses quedaron solos ante la ola berebere de Almanzor. La derrota era inevitable. A Ramiro, el navarro, las fuentes moras le dan por muerto aquí (las fuentes cristianas, no). El propio

García Fernández resultó herido. ¿Qué había pasado? Había pasado que Galib, el viejo general, encontró la muerte en el curso de la lucha.

La muerte de Galib tuvo algo de lamentable. En el curso del combate, ante el castillo de San Vicente, el caballo del viejo general se encabritó. A Galib, casi ochenta años, le fallaron las fuerzas. El anciano no pudo dominar al animal y se golpeó la cabeza contra el arzón de la silla. Galib cayó desplomado. Ninguna flecha le tocó, ninguna espada le hirió. El veterano vencedor de tantas batallas perdía la vida de manera puramente accidental. Sus tropas, al ver muerto al viejo jefe, se desordenaron y huyeron. Al general Galib se le había hurtado la posibilidad de combatir en el último trance. Y la coalición perdió la batalla.

Almanzor, una vez más victorioso, se apresuró a tomar el cuerpo de Galib. ¿Para rendirle un último homenaje? No, todo lo contrario. Abu Amir, implacable, ordenó decapitar al anciano. Luego recogió la cabeza y, cruel, se la envió a su esposa Asmá, la hija del general. Después mandó que la cabeza de Galib fuera expuesta en el palacio de Córdoba. Así terminaba el último vestigio del viejo orden califal.

Pero aquella campaña de 981 no fue desdichada sólo para Galib y sus aliados de Castilla y Pamplona. Mientras Almanzor atacaba en el este la frontera castellana, otro ejército moro, por supuesto siguiendo órdenes de Abu Amir, avanzaba por el oeste en tierras de León. Este segundo ejército lo mandaba un general llamado Abdalá y no era poca cosa: la caballería de Toledo, los jinetes de Córdoba y un cuerpo de infantería. Su objetivo, Zamora, nada menos. Los moros llegaron hasta sus murallas. Asediaron la ciudad. La resistencia fue dura, pero Zamora finalmente sucumbió. La ciudad fue saqueada, así como todas las aldeas de los alrededores —las fuentes moras dicen que más de un millar—, y todas las iglesias y monasterios fueron incendiados. Abdalá volvió a Córdoba con cuatro mil cautivos para el mercado de esclavos de la capital.

La destrucción de Zamora era más de lo que el Reino de León podía tolerar. Y así la corte de Ramiro III, que muy pocos meses antes había negado refuerzos a García Fernández por miedo de provocar a Córdoba, cambió súbitamente de política. García Fernández tenía razón: había que darla batalla. Habría alianza contra Almanzor. Se avecinaban jornadas decisivas para España entera.

El épico sacrificio de Simancas

Aún no había terminado el verano de 981 cuando Ramiro III, el conde de Castilla y el rey Sancho de Navarra sellaron el pacto: los poderes de la cristiandad hacían frente común contra Almanzor, que acababa de destrozar Zamora. Las tropas cristianas se van a concentrar en algún lugar del valle medio del Duero. Pero Almanzor, consciente de tener en sus manos la más formidable máquina militar de su tiempo, se apresura a desbaratar la intentona. El escenario, Rueda. Allí tendrá lugar el choque decisivo.

Rueda, en Valladolid, al sur de Tordesillas. Otros autores dicen que la Roda de las crónicas no es la Rueda vallisoletana, sino Roa, en Burgos. En todo caso, da igual. Hay que tener en cuenta que las campañas de Almanzor, en su mayor parte, nos han llegado como escuetas menciones que, además, ni siquiera guardan coherencia cronológica. Así las cosas, lo mejor que podemos hacer es atenernos a lo más significativo, a lo esencial de los hechos. Y los hechos, en este caso, fueron particularmente trágicos.

Las tropas de Almanzor y las huestes cristianas se encuentran, pues, en Rueda, donde quiera que estuviese ese lugar. Terminaba el verano de 981. Las crónicas moras dicen que Almanzor llevaba a todo su ejército consigo. Parece que el dictador de Córdoba tenía claro un objetivo: desmantelar sistemáticamente toda la línea de la repoblación cristiana en el Duero. Desde ese punto de vista, el movimiento de Abu Amir era perfectamente coherente; después de destruir Salamanca, Cuéllar, Ledesma y Zamora, nada más lógico que buscar a los cristianos en el núcleo mismo de su línea fundamental, en el Duero medio. Y nada más natural, también, que emplear para ello al grueso de su enorme ejército.

Hay que subrayar una y otra vez que el gran secreto de la fuerza de Almanzor —al margen de las evidentes virtudes políticas del personaje y de una voluntad de poder irrefrenable— residía en un ejército extraordinariamente numeroso, muy bien pertrechado y generosamente pagado. ¿De qué números estamos hablando? Según los estudios más recientes, podemos evaluar el conjunto de la fuerza militar musulmana, en este momento, en torno a los setenta mil hombres como tropa permanente. Esa potencia, extraordinaria para la época, era el producto de la política de Almanzor: las incorporaciones masivas de contingentes bereberes. Y por eso los ejércitos de Almanzor eran invencibles.

Del curso de la batalla de Rueda sólo conocemos su resultado. Las líneas cristianas quedaron desarboladas por la superioridad numérica sarracena. Las huestes de Ramiro III de León, Sancho Abarca de Navarra y el conde García Fernández de Castilla no tuvieron la menor oportunidad. Tan quebrantadas quedaron las tropas cristianas que Almanzor, una vez deshecho el frente enemigo, se aplicó a explotar el éxito con un objetivo estratégico de primera magnitud: Simancas, la gran vigía de la repoblación hacia los campos de Valladolid y Salamanca, la guardiana del camino hacia León.

Aun dentro de la bruma cronológica y geográfica de estos hechos, conocemos algunos datos del asedio de Simancas. Y lo que sabemos es estremecedor. Dice la crónica musulmana:

> *Almanzor conquistó Simancas por la fuerza el mismo día que acampó ante ella. Arrasó sus murallas y destruyó la ciudad tomando cautivos a sus habitantes y regresando con diecisiete mil cautivas. Aquí realizó tan gran matanza entre los cristianos que las aguas del río se tiñeron de rojo por la sangre vertida.*

Gran matanza, en fin. ¿Tanto como dice la crónica mora? Seguramente, no. Por ejemplo, es inimaginable que en Simancas y alrededores hubiera 17.000 mujeres a las que poder capturar. Téngase en cuenta que una ciudad como Zamora, que era una gran ciudad, no acogería en la época a más de mil habitantes. Pero que hubo batalla en Simancas, y con victoria de Almanzor, eso sí es indudable. Un documento de Santiago de Compostela describe la toma de Simancas con acentos muy semejantes a los de la crónica sarracena:

> *Almanzor llegó ante los muros de la ciudad con un gran ejército e inmediatamente inició el asedio con arcos y saetas; los moros rompieron los muros, abrieron una puerta e irrumpieron en la villa pasando a cuchillo a todos los que encontraron.*

La defensa de Simancas pudo ser tenaz, pero estaba condenada de antemano al fracaso. Podemos imaginar el terror de los defensores de la plaza, —con toda seguridad no más de un par de millares porque más no cabían allí —, ante la masa inmensa de las huestes de Almanzor, con sus fundíbulos, arietes y catapultas. ¿Cuántos guerreros alinearía Almanzor en esa campaña? Ya hemos visto que en ese momento los ejércitos del califato en la Península sumaban setenta mil hombres. Con que Abu Amir hubiera empleado en esta campaña tan sólo a un tercio de esa fuerza, ya dispondría de una superioridad aplastante.

Conocemos también algunos nombres de los defensores. El jefe de la plaza era un noble llamado Nepociano Díaz. Este Nepociano murió en la defensa. El mismo camino siguió un caballero asturiano llamado Tructino Vermúdez. Otro de los defensores, un zamorano llamado Sarracino Lohannis, fue capturado vivo. Conducido a Córdoba, estuvo en prisión dos años y después fue decapitado junto a los demás cautivos de Simancas. La vieja plaza que había visto la gran victoria de 939 cayó ahora sin remedio ante un enemigo imbatible. Parece que Almanzor consideró incluso la posibilidad de seguir camino hasta la mismísima León, pero una tormenta de viento y nieve frustró el proyecto. De momento.

Las consecuencias políticas de la doble derrota de Rueda y Simancas fueron enormes. Primero, en Castilla: los colonos abandonaron Atienza y Sepúlveda, que eran las avanzadillas de la repoblación en el Sistema Central, y se replegaron hacia la línea del Duero. De esta manera quedaba deshecho el trabajo de más de medio siglo de reconquista. Permanecieron, según parece, numerosos colonos desperdigados por la zona, e incluso algunos núcleos de población estable, pero el condado de Castilla perdió cualquier control político sobre la región.

También hubo consecuencias políticas —evidentemente, de signo contrario— para Córdoba. Para empezar, es en este momento cuando Abu Amir adopta el título de al-Mansur, Almanzor, «el victorioso». Quedó dispuesto que el nombre de Almanzor se pronunciara después de la mención al califa en todas las oraciones de Al-Ándalus. Asimismo, el nuevo título de Abu Amir tendría que aparecer en todo documento oficial, incluso en las monedas y en los bordados. Almanzor ordenó también que a partir de ese momento se le llamara «señor», y que los súbditos que se presentaran ante él le besaran la mano, como hacían con el califa. El dictador de Córdoba alcanzaba la cumbre de su poder.

Pero donde mayores y más graves resultaron las consecuencias políticas de la doble derrota fue, sin duda, en el interior del Reino de León. Con Simancas desmantelada y Zamora arruinada, los grandes condes del reino —que eran, recordemos, los que cortaban el bacalao— quedaron literalmente en manos de Córdoba. Los de Monzón y Cea, los de Luna y Saldaña, todos ellos veían ahora sus tierras expuestas a la invasión mora. El joven rey, Ramiro III, de veinte años en ese momento, que ya se había ganado la enemistad de los nobles por sus intentos de atarles corto, veía ahora perdida cualquier autoridad después de las derrotas militares. ¿Dónde buscar apoyos? ¿En

Galicia? No, porque allí precisamente era donde más se conspiraba contra Ramiro. La corona estaba perdida.

Así fue como, inevitablemente, las derrotas en el campo de batalla condujeron a una convulsión política de enorme alcance. En diciembre de 981, poco después de la pérdida de Simancas, los magnates de Galicia y Portugal proclamaban rey a Bermudo II, hijo de Ordoño III y de la castellana Urraca Fernández, que en el oeste del reino había estado esperando su oportunidad. Comenzaba en el Reino de León una nueva guerra civil.

Guerra civil en León, sumisión en la España cristiana

La victoria siempre tiene muchos padres, pero la derrota suele ser huérfana. Tras los desastres militares de Rueda y Simancas, la posición del rey Ramiro de León se hizo dificilísima. Pasó lo inevitable: que un grupo de nobles se alzó contra el monarca y sostuvo a su propio candidato. Entra así un nuevo rey en nuestro relato: Bermudo II.

¿Quién era este Bermudo? Bermudo, recordemos, era hijo de Ordoño III, el último gran rey leonés, y Urraca Fernández, hija de Fernán González. La muerte prematura del monarca le dejó huérfano con ocho años. Se supone que había nacido en El Bierzo en torno a 948, y que en tierras bercianas se crió. Marginado de las luchas por el trono entre Sancho el Gordo y Ordoño el Malo, y con su madre casada de nuevo con este último, Bermudo quedó bajo la protección de los nobles gallegos y portugueses, que veían en él una apuesta de futuro. El tiempo les dio la razón; con el crédito de Ramiro bajo mínimos por las derrotas militares, Bermudo reaparece en escena.

Venía muy bien apadrinado. Quienes promueven su ascenso al trono son los condes Gonzalo Núñez y Gonzalo Menéndez (uno de ellos, recordemos, fue el que envenenó a Sancho el Craso con una manzana). Junto a los condes gallegos comparecen además los obispos de Coímbra, Viseo y Lamego. El movimiento pro Bermudo surge en el sur de Galicia, es decir, en lo que hoy es Portugal. Cuando los bermudistas han controlado ese territorio, se dirigen hacia el norte, cruzan el Miño y aparecen en Santiago de Compostela, en cuya catedral coronan rey a Bermudo el 15 de octubre de 982. La guerra civil estaba servida.

En principio, Ramiro III, desde León, podía hacer frente a su rival. El joven rey contaba con el respaldo de los condes leoneses —Saldaña, Cea, Monzón, Luna— y también con la alianza del conde de Castilla. No obstante, pronto se verá que esos aliados no constituían garantía alguna para Ramiro. Para empezar, el rey se había ganado la enemistad de los nobles de su reino al tratar de aplicar una política de autoridad: era una política necesaria, absolutamente imprescindible para enderezar el rumbo del reino, pero para ejecutarla con éxito hubiera hecho falta la voluntad y la fuerza de un Ordoño III, y esas cualidades estaban muy lejos del joven Ramiro. Además, el rey tuvo la desdicha de fallar el primer golpe contra su rival Bermudo. A partir de ese momento, todo fue cabeza abajo.

Falló el primer golpe, sí. Fue en Portela de Arenas, en Lugo. Ramiro III llevó a sus huestes a Galicia para acabar con su rival. Éste aguantó. Nadie ganó la batalla, pero la victoria táctica había sido de Bermudo, el atacado, pues Ramiro no consiguió doblegarle. A partir de ahí, el crédito de Ramiro empezó a disolverse a toda velocidad. Poco a poco, todos los nobles le van abandonando. Nadie discute su legitimidad de origen, pues es rey con todas las de la ley, pero la sucesión de derrotas militares y la incapacidad para reponer el orden político terminan quebrando su legitimidad de ejercicio. Sencillamente, este joven de veintiún años no estaba a la altura de la corona. Ramiro se encierra en León. Allí trata de resistir durante un par de años, pero su bandera ya no interesa a nadie. Después de los condes leoneses, ve también cómo se marchan de su lado los Banu Gómez, condes de Carrión. Al final, incluso el conde de Castilla, García Fernández, desiste de sostener su causa. Ramiro termina perdiendo León. Se recluye en Astorga, pero no tiene nada que hacer; ya no es más que un rey fantasma. La suerte está echada. Ramiro III muere el 26 de junio de 985 en Astorga, con sólo veinticuatro años.

La suerte estaba echada, en efecto. ¿Y cuál era esa suerte? Someterse a Almanzor. Es lo que se apresura a hacer Bermudo II, que no ve otra manera de asegurarse la corona y mantener la paz en el reino. Los ejércitos de Córdoba penetran en las fronteras leonesas y liquidan los últimos reductos de resistencia de los partidarios de Ramiro III. La madre de Ramiro, Teresa Ansúrez, tiene que refugiarse en Oviedo. Ahora bien, la manera que tenía Almanzor de entender los acuerdos de paz no era exactamente piadosa. Al revés, las tropas del dictador de Córdoba se comportarán como un ejército de ocupación, sometiendo a los leoneses a una humillación sin precedentes.

En la mentalidad de Almanzor, una petición de paz era una declaración de sumisión, y una declaración de sumisión significaba que el vencedor, o sea, él, tenía derecho a aplicar sobre el sumiso la mano más dura imaginable. De esta forma, Almanzor castiga a los cristianos con una cadena incesante de nuevas expediciones de rapiña: Sacramenia, Simancas y Salamanca en 983, Sepúlveda y Zamora en 984, Alba y Salamanca en 985… Los golpes son siempre en los mismos lugares, la línea sur de la repoblación. Allí llegan las huestes moras, asolan los campos, aniquilan las aldeas, capturan a los campesinos y se los llevan como esclavos para venderlos en el mercado cordobés. La corona está en paz con Córdoba, sí, pero a costa de que el reino se vea una y otra vez ensangrentado por su nuevo amo, el dictador andalusí.

¿Y qué se había hecho del talante combativo y guerrero que había caracterizado a los linajes castellanos y leoneses? ¿Acaso había desaparecido? No, no había desaparecido, pero ahora se dirigía contra el propio interior. La guerra civil había levantado rivalidades enconadas que el nuevo rey, Bermudo, no supo detener. Los condes gallegos fueron los más favorecidos por el vuelco de poder, pero, en ese mismo movimiento, cayeron en desgracia poderosas familias, como los Banu Gómez y, por supuesto, los Ansúrez, que ya habían perdido su influencia después de la derrota de Rueda y Simancas. En ese paisaje, los odios entre linajes se desatan y siembran el Reino de León de dolor y de muerte. Sólo el castellano, García Fernández, parece resistirse a la descomposición general. De hecho, la supervivencia misma de Castilla depende de que los cristianos hagan frente común contra Córdoba. Pero nadie escucha sus llamamientos a la alianza. Todo es caos y desgarro.

Debieron de ser tiempos extremadamente duros. Con el reino descompuesto, los nobles empiezan a comportarse como caudillos de facción que sacuden sin piedad sobre el territorio del vecino. El obispo de León acusa al conde de Saldaña y Carrión, Gómez Díaz: «Los condes y sus hombres, sin tener derecho ninguno, entraron por la fuerza en estas villas y usurparon el derecho sobre ellas y sobre sus habitantes». La guerra civil ha terminado, pero no la violencia ni la inseguridad generalizada, tanto en las villas como en los campos. Más aún, los nobles conspiran abiertamente contra el nuevo rey. Todos se ven en posición de afirmar su propio poder. Para ello no dudan en enviar mensajes de sumisión al único hombre que en España puede imponer su voluntad, Almanzor. Y ya hemos visto lo que la protección de Almanzor llevaba consigo: una pesada carga en tributos, en cautivos, en humillación.

También en Navarra estaban experimentando el amargo sabor de la paz de Abu Amir. Desde 983, y ante la evidencia de que no se podía parar a Almanzor por la fuerza de las armas, el rey de Pamplona, Sancho Abarca, intenta salvar los muebles y no se le ocurre mejor cosa que acudir personalmente a Córdoba para ponerse a los pies del dictador. Sancho lleva numerosos regalos, auténticos tesoros, y llega incluso más allá: entrega a Almanzor a su propia hija, llamada en árabe Abda. Esta Abda concebirá de Almanzor un hijo que luego daría mucho que hablar: Abderramán ibn Sanchul, llamado Sanchuelo. Pero ya llegaremos a eso.

Así fue como, a la altura del año 985,Almanzor tenía a toda la Península en su puño. No había frontera que las huestes de Córdoba no hubieran sometido a su control ni territorio cristiano que no hubiera conocido el fuego. Un rincón, sin embargo, había quedado a salvo de las razias cordobesas; un rincón que, buscando seguridad, había pactado antes que los demás: los condados catalanes que dirigía Borrell II desde Barcelona. Y en ellos puso sus ojos ahora Almanzor. A Cataluña le esperaban jornadas de sangre.

¿Por qué Almanzor atacó Barcelona?

Es la primavera del año 985 cuando Almanzor, que ya ha doblegado a León y a Navarra, decide golpear sobre el condado de Barcelona. ¿Por qué? Literalmente, porque le dio la gana. Será una de las campañas más cruentas del dictador andalusí. El saqueo se prolongó durante seis largos meses. La ciudad quedó arrasada. Pero esta campaña tendría consecuencias políticas imprevisibles: entre otras cosas, se considera que es aquí, como consecuencia del ataque de Almanzor, cuando los condados catalanes se independizan de hecho de la corona carolingia. Vamos a verlo despacio, para que no se nos escape nada.

Lo primero que llama la atención en la campaña catalana de Almanzor es su carácter perfectamente superfluo. ¿Por qué lo hizo? Nada en los condados catalanes amenazaba al califato de Córdoba. Más aún, el condado de Barcelona se había convertido en un socio aventajado de la política cordobesa. El conde Borrell II no había combatido más que una sola vez contra Córdoba, en el lejano 961. Desde entonces, su política había sido de paz y comercio. Los condados catalanes, al fin y al cabo, no eran independientes, sino que regían la frontera sur de la Francia carolingia; desde

esa posición, una de sus misiones fundamentales era garantizar las líneas comerciales entre Córdoba y Barcelona, realmente boyantes. En ese paisaje, ¿qué sentido tenía que Almanzor atacara Barcelona?

Y sin embargo, para Almanzor sí que tenía sentido. En primer lugar, dentro de su política exterior: el dictador de Córdoba quería demostrar que en todo el universo del califato, que incluía tanto a la Península Ibérica entera como al norte de África, no había más poder político que el propio califato. Y sobre todo, el ataque a Barcelona tenía sentido dentro de su política interior: un régimen como el suyo, apoyado sobre todo en un ejército de dimensiones extraordinarias, necesitaba permanentes campañas militares para sufragar a las tropas (por la vía del botín) y para tener ocupados a tan numerosos contingentes. La proclamación de la *yihad*, la guerra santa, respondía en el fondo a necesidades de este género.

Animado por estos propósitos, el ejército de Almanzor abandona Córdoba rumbo noreste. No marcha directamente contra Barcelona, sino que se demora en una especie de larga gira triunfal por otros territorios del califato: Elvira (Granada), Baza, Murcia, y luego, hacia el norte por la costa, Valencia y el Ebro, hasta llegar a la frontera. Estas exhibiciones de poderío formaban parte de la manera almanzoriana de hacer las cosas: que todo el mundo supiera dentro del califato que la potencia de las armas del dictador era invencible. Era una manera de aumentar su prestigio y, de paso, prevenir eventuales rebeldías en unos territorios que hasta pocos años antes habían sido pródigos en sublevaciones.

El conde de Barcelona, Borrell II, se enteró de la ofensiva. Podemos imaginar que su primera reacción fue de estupor: Almanzor era su aliado. Urgido por el avance moro, el conde salió al encuentro de la ola musulmana. Ignoramos si pidió ayuda a sus protectores carolingios. Borrell presentó batalla en territorio musulmán; perdió, como todos antes que él. Sencillamente, el ejército de Almanzor era demasiado poderoso. Y con el camino libre, el dictador de Córdoba penetró en las tierras del condado de Barcelona por el Penedés y el Vallés, hasta los collados de Montcada.

Ante la llegada de los moros, los campesinos de la región corren a refugiarse en Barcelona, bien protegida tras sus muros de estilo romano. Sabemos que los fugitivos venían de Montcada y Ripollet, de Cerdañola y Vilapiscina, también de Sant Cugat. El monasterio de Sant Cugat del Vallés fue el primero en recibir el golpe sarraceno. Nueve monjes habían quedado en la casa, y los nueve fueron asesinados; después, los moros saquearon e

incendiaron el monasterio. Acto seguido las huestes de Almanzor se lanzaron contra el monasterio de San Pere de las Puellas: todas las monjas murieron junto a la madre abadesa, y la casa fue igualmente saqueada e incendiada. Estaba acabando el mes de junio de 985 cuando Almanzor llegaba a las inmediaciones de su objetivo.

La operación es realmente compleja. No sólo las huestes del dictador de Córdoba asedian las murallas de Barcelona por tierra, sino que, al mismo tiempo, una potente flota sarracena, mandada nada menos que por el almirante Abderramán ibn Rumahis, bloquea el puerto de la ciudad condal. Es literalmente una encerrona. Los barceloneses no tienen escapatoria. Las murallas aguantan la primera embestida mora, pero, una vez más, la potencia del ejército de Almanzor y su superioridad numérica hacen imposible toda resistencia. El 1 de julio comienza el ataque directo contra los muros de la ciudad. Cuenta la crónica mora que Almanzor «la asedió e instaló los almajaneques, que arrojaban cabezas de cristianos en lugar de piedras. Se estuvieron lanzando diariamente mil cabezas hasta que, finalmente, fue conquistada». Una semana después, Barcelona cayó.

Las huestes de Almanzor se comportaron en Barcelona como en todas partes: lo arrasaron todo a su paso. Los arqueólogos todavía hoy encuentran, en la Barcelona antigua, la capa que los restos del incendio dejaron sobre la ciudad. Ibn Hayyan lo describe así: «Destruyó la ciudad y amargó a sus habitantes con la humillación y el dolor». Las fuentes locales, resumidas por Ramón D'Abadal, no ahorran detalles:

> *Devastaron toda la tierra, tomaron y despoblaron Barcelona, incendiaron la ciudad y consumieron todo lo que en ella se había congregado, se llevaron lo que escapó a los ladrones; quemaron en parte los documentos, cartas y libros, y en parte se los llevaron; mataron o hicieron prisioneros a todos los habitantes de la ciudad, así como a los que entraron en ella por mandato del conde para custodiarla y defenderla; redujeron a cautiverio a los que quedaron con vida y se los llevaron a Córdoba, y desde allí fueron dispersados por todas las provincias.*

Los habitantes que habían huido a protegerse dentro de las murallas fueron asesinados o esclavizados. Como en otros lugares, las huestes moras pusieron buen cuidado en apresar a rehenes notables por los que se podía cobrar un buen rescate. Conocemos algunos nombres: el vizconde Udalard, el arcediano Arnulf, el juez Orús, el mercader Marcús. También cayeron presos

el vizconde de Gerona Gaundalgaud y tres de sus hermanos, que habían acudido a la defensa de la ciudad. Marcús tardará cuatro años en pagar su rescate. El juez Orús acudió a una habitual estratagema: entregar a otros cautivos para librarse él, pero eso le obligaba a pagar luego el rescate de sus «prendas», y en 991 todavía estaba recogiendo dinero para conseguirlo. Udalard y Arnulf regresaron, previo pago de sus rescates, en 990. Otros muchos cautivos, con menos fortuna, no volvieron jamás.

Almanzor regresó a Córdoba victorioso y cargado de botín y esclavos. En Barcelona dejó una guarnición que aún estuvo al menos seis meses manteniendo sus banderas en la ciudad. Después, los musulmanes se marcharon dejando tras de sí las ruinas.

Y mientras tanto, ¿qué hacía el conde? Borrell había apostado por pactar con Córdoba; ahora veía lo calamitoso de su apuesta. Borrell también había apostado por funcionar al margen de sus protectores carolingios; ahora se veía obligado a recurrir de nuevo a ellos. Pero entonces ocurrió algo que cambió las cosas: el rey Lotario de los francos murió. Su sucesor, Luis el Holgazán, el último carolingio, fallecía apenas un año después, y en Francia cambiaba la dinastía: llegaba al trono Hugo Capeto. Borrell exploró al nuevo rey. No lo vio claro. Y así Borrell tomó una decisión que iba a cambiar la historia.

Cuando se emancipó Cataluña

Recompongamos el paisaje. Flashback. A mediados del siglo VIII, derrotados los árabes en Poitiers, los francos deciden crear una marca fronteriza —la Marca Hispánica— en torno al Pirineo. Desde Navarra hasta el Mediterráneo, una cadena de condados defenderá el territorio francés de futuras invasiones. Esos condados son puestos bajo el gobierno de nobles francos, pero no tardan en quedar encomendados a las grandes familias locales. Pamplona es la primera que se constituye en reino independiente. Después se emanciparán Aragón y Pallars. En el este de la marca, en lo que hoy es Cataluña, la presencia carolingia es más acentuada: los condes renuevan sus pactos con la corona franca, pero ya no son designados por ella, sino que transmiten la autoridad condal hereditariamente, dentro de su propia familia. Más tarde, los condados empiezan a aglutinarse. A partir de Wifredo el Velloso, a finales del siglo IX, ya puede hablarse de un bloque territorial catalán que, además,

funciona cada vez más alejado de la política carolingia. Así empieza a constituirse una identidad singular.

Del mismo modo que en Asturias fue de una importancia decisiva la Iglesia —recordemos que a partir de Beato de Liébana la Iglesia asturiana se convierte en cerebro y corazón de la Reconquista—, también en los condados catalanes serán los eclesiásticos quienes empiecen a dar una personalidad singular a estas tierras. Parece claro que aquí tuvo bastante que ver la reforma que venía de Cluny, y que en el plano político se tradujo fundamentalmente en poner los monasterios bajo la autoridad del papa, en vez de depender de los poderes laicos, para garantizar la pureza de la vida religiosa liberándola de servidumbres políticas.

La línea de Cluny empieza a entrar en el sur de Francia en la primera mitad del siglo x. De ahí pasa a Cataluña. En diciembre de 950, el monasterio de San Miguel de Cuixa, en el Conflent, envía a un monje a Roma. Se trata del monje Sunyer, que retorna a casa con una bula expedida por el papa Agapito II. Esa bula ponía al monasterio bajo la potestad del papa y le eximía de someterse a ninguna otra autoridad. El monasterio de Cuixa, fundado en 879, era uno de los centros monásticos más importantes de Cataluña. A partir del viaje de Sunyer se convirtió también en centro de una vida diplomática muy intensa para la época. En diciembre de 951, un año después de la bula, una nutrida y vistosa comitiva catalana viaja a Roma: condes, abades, obispos… Vuelven con nuevas bulas para otros monasterios. Así los condados catalanes rompen su reclusión y se abren al mundo, y en particular a Roma. Años más tarde, un abad de Cuixa, Garí, que provenía precisamente de Cluny, iba a jugar un papel determinante en la política de los condados.

La influencia cluniacense en la Iglesia catalana tuvo el efecto de abrir una ventana al exterior. Y al contemplar el exterior, los que miraban desde dentro cobraron conciencia de su propia personalidad. No podemos hablar de una conciencia nacional ni de nada que se le parezca, pero sí de un cierto movimiento de identidad que va a llevar a los condados catalanes a alejarse cada vez más de la hegemonía carolingia.

Y a todo esto, ¿por qué Cataluña se llama así? Sabemos el origen de la mayoría de los nombres de nuestras tierras. Asturias es tierra de astures, como Vasconia es tierra de vascones (y Vascongadas son las tierras a las que los vascones llegaron después). Castilla se llama así por sus castillos. Aragón, por el río que le sirvió originalmente de eje y frontera. Pamplona se llama tal por el romano Pompeyo, y Navarra, por el vocablo prerromano «nava» o «naba»,

que se aplica a la tierra llana rodeada de montañas. Galicia es Galicia porque los romanos llamaban galos a todos los celtas que encontraban, y así hay Galicias y Galacias en España, Ucrania y Turquía (de aquí eran los *gálatas* de San Pablo), y también por eso Francia era la Galia. Bien, ¿pero por qué Cataluña se llama así?

La verdad es que nadie lo sabe con certeza. Las primeras menciones a Cataluña o a los catalanes datan de los siglos XII y XIII, aplicadas al conde Ramón Berenguer III y al rey Jaime el Conquistador. La etimología del término es muy oscura. Sobre el sufijo «uña» no hay grandes misterios: es una adaptación romance del sufijo latín «onia» que encontramos en muchos lugares a ambos lados del Pirineo, desde Gascuña hasta Orduña pasando por Espuña. Pero el «catalá», ¿de dónde viene? Hay quien sostiene que es una deformación de Gotholandia, nombre con el que supuestamente los francos denominaban a la Marca Hispánica: como allí había población visigoda, los francos llamaron a aquello Gothia y Gotholandia. Esta tesis, no obstante, tiene dos serios inconvenientes. Primero, que la transformación fonética de Gotho en Cata es muy difícil, y sobre todo, que no hay menciones documentales que avalen esa transformación.

Otras tesis acuden a supuestos personajes fantásticos que habrían dado nombre a estas tierras, como cuenta la fantasmal historia de Otger Cathaló (pero esto es un invento de Pere Tomic ya en el siglo XV). Otras aun, a una complejísima operación fonética mediante la cual las gentes del común, en época remota, habrían empezado a expresar mal el nombre del pueblo prerromano que allí habitaba, los lacetanos, y de la Lacetania; trastocando la «l», la «c» y la «t», habría salido la Catelania y, después, la Cataluña. Esta tesis gusta mucho a los lingüistas, y también a los nacionalistas actuales, pero se hace francamente difícil creer que los lacetanos empezaran a pronunciar mal deliberadamente su nombre para dar gusto a los rectores de la Cataluña contemporánea.

Hay otra tesis que a nosotros nos parece la más probable, y que de hecho durante mucho tiempo se dio como tal, pero que se ha convertido en «políticamente incorrecta». Es la tesis según la cual el término Catalonia o Cataluña proviene de la palabra «castillo». Recordemos que el territorio catalán abarcaba una ancha zona de la Marca Hispánica, la defensa fronteriza creada por Carlomagno en el Pirineo. ¿Y qué había en la defensa fronteriza? Castillos, evidentemente. ¿Y quiénes habitaban en los castillos? Los castellanos, que en bajo latín medieval se decía «castlanus». Hoy, en francés,

«castellano» se dice «châtelan», y ése sería también el significado de «catalán». De manera que Cataluña compartiría con Castilla la razón de su nombre: si Castilla es la tierra de los castillos, Cataluña es la tierra de los castellanos (o sea, de los que viven en los castillos). Pero eso, como es natural, gusta poquísimo en los círculos de la cultura nacionalista catalana de nuestros días.

A todo esto, quede clara una cosa: en el momento de nuestro relato, finales del siglo x, Cataluña no existe. Los condados que nosotros llamamos hoy catalanes tenían cada cual su nombre —Barcelona, Gerona, Conflent, Urgel, etc.— en general bajo el liderazgo de la sede barcelonesa. Lo que sí se había construido era una unidad política singularizada, en principio dependiente de la corona carolingia, pero que empezaba ahora a mirar más hacia sí misma y, sobre todo, que había tomado la determinación de no dejar su seguridad en manos de unos monarcas, los franceses, que parecían haberse despreocupado por completo de cuanto sucediera en el sur.

Volvemos al hilo central de nuestro relato. En 985 Almanzor ha asolado Barcelona. En 986 muere el rey Lotario de Francia. Su hijo y sucesor, Luis V el Holgazán, muere al año siguiente con apenas veinte años. Una asamblea de magnates elige entonces a alguien de otra dinastía, Hugo Capeto, que era duque de Francia y ahora será rey. En Barcelona, Borrell II explora al nuevo monarca: ¿le prestará ayuda? Hugo contesta, pero lo hace en términos tales que más parecen un reproche y una amenaza. Así contestó el Capeto:

> *Si queréis conservar la fidelidad tantas veces ofrecida por legados a nos o a nuestros antecesores —a fin de que llegando a vuestro país no nos encontremos burlados con la vana esperanza de vuestra ayuda—, tan pronto sepáis que nuestro ejército acampa por Aquitania venid a nosotros con poca gente para confirmar la fidelidad prometida y guiar al ejército por el camino conveniente. Si preferís hacerlo así y obedecernos más bien a nosotros que a los ismaelitas, enviadnos legados antes de la Pascua que nos aseguren vuestra fidelidad.*

Asombroso. Hugo desconfiaba de Borrell, temía que trabajara para los musulmanes, sospechaba una celada y exigía que el conde acudiera «con poca gente» a su campamento. Borrell no envió a los legados antes de Pascua; tampoco después. Ni el rey tuvo ocasión de acudir a Aquitania, porque en ese momento le estalló una guerra en Lorena. La relación de vasallaje entre los condados catalanes y la corte francesa quedó rota. Convencionalmente se acepta que entonces comienza la independencia del condado de Barcelona.

Lo que ha nacido aquí no es todavía un reino; de hecho, nunca habrá un reino de Barcelona ni de Cataluña. Borrell II asocia al poder a sus hijos, Ramón y Ermengol. Cuando muere Borrell, los condados se dividen de nuevo: Ramón queda al frente de Barcelona, Gerona y Osona, y Ermengol gobernará en Urgel. El condado de Barcelona terminará entrando en unión dinástica con el Reino de Aragón en el siglo XII. El de Urgel seguirá gobernado por una dinastía propia hasta el siglo XIII, cuando pase definitivamente a la corona de Aragón. Pero a todo esto ya llegaremos en su momento.

El golpe definitivo sobre León

Almanzor ha devastado Barcelona. Ya no queda reino en la Península donde el dictador de Córdoba no haya dejado su huella. La situación del Reino de León también es simplemente lamentable, incluso peor que la del recién asolado territorio catalán. Ocupado por tropas extranjeras, sometido al enemigo cordobés, desgarrado por las luchas internas, León se desangra. ¿Cabía más calamidad? Sí: un ataque implacable de Almanzor. Y eso es lo que va a ocurrir andando el año 987. Entre olas de muerte y traición, León tocará fondo. Pero vamos a empezar por el principio.

Retrocedamos un poco. Situémonos en la guerra civil que acaba de vivir el Reino de León en los años anteriores: Bermudo contra Ramiro. Bermudo II quiere acabar definitivamente con el rey anterior, Ramiro III. Para doblegar su resistencia, no se le ocurre mejor cosa que pedir ayuda a Almanzor. El dictador de Córdoba, naturalmente, acepta la petición de Bermudo, pero sacando el máximo partido posible de la circunstancia. Así, Bermudo termina sometido a Almanzor y éste puede colocar sin el menor esfuerzo un buen contingente de tropas, supuestamente «para ayudar», en el corazón mismo del reino cristiano del norte. Ésta era la situación en el año 987.

Ahora bien, los bereberes prestados por Almanzor al rey Bermudo de León no se comportaron como una tropa aliada, sino más bien como un ejército de ocupación, saqueando lo que les venía en gana. Pronto la situación se hizo insostenible: a las calamidades que sufría la población, explotada por las querellas entre las grandes familias nobles, se añadían las continuas violencias de los bereberes. Bermudo, presionado, decidió forzar el retorno de los bereberes a Córdoba. Primero, solicitó de Almanzor su evacuación;

después, y como quiera que Almanzor no contestaba, Bermudo echó a los bereberes por la fuerza. «¿Cómo se atreve?», debió de pensar Almanzor. Y el caudillo de Córdoba encontró aquí el pretexto que necesitaba para aplicar su medicamento preferido sobre León: una campaña de devastación sin paliativos.

Almanzor empieza por el occidente del reino, por Portugal. Las tropas de Córdoba se dirigen contra la ciudad de Coimbra, a orillas del Mondego, reconquistada por los cristianos un siglo antes y que era el puesto avanzado de León hacia el valle del Tajo. Los ejércitos de Almanzor aniquilan a la guarnición del conde Gonzalo Muñoz. En Coimbra no se limita Almanzor a la habitual expedición de saqueo, sino que ocupa la ciudad y literalmente la destroza. Tal fue la devastación, que Coimbra permaneció siete años deshabitada; cuando vuelva a la vida, será como puesto avanzado del califato. Era una decisión estratégica transparente. Almanzor seguía desmantelando una tras otra todas las posiciones centrales de la frontera sur cristiana, las cabezas de puente de la repoblación.

Coímbra sólo fue un aperitivo. Después de arrasar la frontera portuguesa, Almanzor dirige a sus huestes contra la propia ciudad de León. Ojo: hacía mucho tiempo que no llegaban tan al norte las expediciones moras. León, concretamente, nunca había sido atacado desde su refundación por Ordoño I, casi siglo y medio atrás. Los gruesos muros romanos seguían protegiendo la villa. Era el objetivo más ambicioso que podía fijarse Almanzor. Pero los ejércitos moros ya habían demostrado su capacidad de destrucción. Y esta vez, además, contaban con una ayuda insospechada: los propios condes leoneses.

En efecto, lo más penoso de esta campaña no fue la crudeza con que Almanzor atacó las tierras cristianas, sino el hecho de que esta vez contaba con el auxilio de las principales familias condales leonesas; hasta ese punto había llegado la degradación del reino. Almanzor ya había desplegado esa misma estrategia en su lejana campaña berebere: corromper por el oro a los jefes locales para cobrarse todo el territorio. Lo mismo hizo aquí. Y los condes, que ya se habían corrompido varias veces con anterioridad, volvieron a hacerlo. En Galicia, Gonzalo Menéndez rompió su compromiso con el rey de León y se sometió a Almanzor. En Saldaña, los Banu Gómez se pasaron al ejército invasor y ofrecieron sus servicios como oficiales y guías en la campaña contra el reino. García Bermúdez, conde de Luna, e incluso los

Ansúrez, todos abandonaron al rey que ellos mismos habían promovido pocos años atrás y se sometían ahora al caudillo de Córdoba. Lamentable, en fin.

El único que en el Reino de León parece mantener la cabeza clara es García Fernández, el conde de Castilla. García sigue obsesionado con la idea de construir una gran coalición cristiana. Lo ha intentado reiteradas veces. A ello ha orientado incluso su política familiar. Se ha casado con una condesa de Ribagorza; sus hermanas han desposado, una, al rey de Pamplona, y otra, al conde de Saldaña; de las hijas de García, una se casará con un conde de Pallars y otra con el mismísimo rey Bermudo II de León. Está claro lo que García Fernández pretende: que los reinos cristianos formen un frente común. Ahora, ante la ofensiva mora contra la ciudad de León, García es el único que acude con sus tropas a orillas del Cea para defender la capital. El rey Bermudo ya no está allí, ha huido hacia Galicia. Los castellanos quieren presentar batalla, pero todo está perdido: después de tres días de resistencia, León cae. Almanzor ordena demolerla por entero.

Almanzor nunca habría podido destruir León si no hubiera mediado la traición masiva de los condes del reino. Las tropas moras eran más poderosas que todas las huestes leonesas juntas, pero una expedición tan al norte ofrecía problemas logísticos y de avituallamiento que ningún ejército de la época estaba en condiciones de resolver. Ahora bien, ésos fueron precisamente los problemas que los condes traidores le resolvieron a Almanzor: puntos de acampada, caminos francos, zonas libres para el saqueo. Da vergüenza recorrer el paisaje: con el territorio abandonado por quienes debían protegerlo, los moros saquean impunemente toda la región desde Zamora hasta la propia capital leonesa, incendian los monasterios de Eslonza y de Sahagún, y devastan a conciencia los campos y las aldeas haciendo gran número de cautivos. A cambio, el traidor conde de Saldaña, Gómez Díaz, empieza a atribuirse el título de *imperante in Legione*, «el que manda en León». «Imperante», sí: pero su mando es producto de la mayor felonía imaginable.

Y mientras tanto, ¿qué hacía el rey Bermudo? El pobre Bermudo, débil e incapaz, abandonado por todos, había huido desde León a Zamora. Después, perseguido por las tropas moras, había corrido a refugiarse en Galicia, concretamente en Lugo. Allí quedó a salvo, pero sólo de momento. Y en cuanto a su reino, en realidad no había tal: la mayor parte del territorio estaba en manos o bien de las tropas moras, o bien de los condes. Aquellas ciudades que veinte años antes fueron los centros neurálgicos del reino, desde Coímbra

hasta Sepúlveda pasando por Simancas, Zamora o la misma León, habían sido demolidas; la repoblación al sur del Duero, sistemáticamente desmantelada; los condes, jefes del territorio, ya no obedecían al rey, sino a Almanzor. El Reino de León había tocado fondo.

En un paisaje así, lo natural es pensar que Almanzor podía dar por culminada su tarea, pero no. Por un lado, los condes del Reino de León eran poco de fiar: su sumisión al moro era producto del miedo y de la corrupción, y Almanzor no tardaría en verificar lo inconveniente que es hacer negocios con gente así. Por otro lado, la resistencia seguía en Castilla, donde pronto asistiremos a acontecimientos extraordinarios. Y luego, además, al dictador de Córdoba le quedaba solucionar un complicado problema institucional en su propia casa. Almanzor tenía ya cincuenta años, se iba haciendo mayor y sus hijos ya estaban en edad de asumir cargos de gobierno, pero para ello tenía que introducir modificaciones legales importantes en su régimen. Y Almanzor, como siempre, saltará hacia arriba.

Almanzor quiere ser rey

El dictador era uno de esos tipos que siempre quiere más. Ahora su objetivo será transmitir a sus hijos el poder. De esta manera el nombre de Abu Amir no será sólo el de alguien que llegó y cuya memoria pasó, sino que se perpetuará en una dinastía propia, la dinastía *amirí*. Ahora bien, eso no formaba parte de los usos del califato. Había que cambiar las leyes, y tal será el siguiente paso de Almanzor.

Vamos a dibujar un poco el mapa político del califato. En principio, el califato de Córdoba, como todo conjunto político musulmán, no conocía la división de poderes: el califa es jefe político, religioso, jurídico y militar, todo al mismo tiempo. En particular, la jefatura política y la religiosa eran indisolubles, al contrario de lo que ocurría en el mundo cristiano. La política de Almanzor, sin embargo, había llevado a una situación singular. Con el califa Hisham recluido en su palacio, todo el poder político había quedado en manos del *hayib* Abu Amir, o sea, de Almanzor. De manera que, en la práctica, sí existía una división de poderes. Y lo que ahora se proponía nuestro hombre era oficializar eso. ¿Cómo? Fundando una monarquía islámica propia. El califa seguiría siendo califa, pero Almanzor sería rey y sus hijos heredarían el trono.

En este momento la posición de Almanzor en el califato ya era de poder absoluto. El califa Hisham estaba anulado, supuestamente dedicado a la oración en su palacio de Medina Azahara. La viuda Subh, la madre del califa, que amparó el ascenso de Almanzor e incluso fue su amante, se veía ahora desplazada del poder, alejada de cualquier influencia, aunque con pretensiones sobre el Tesoro. Los viejos jefes militares habían desaparecido: después de matar a Galib, el dictador había suprimido también a su propio primo Askaladja, y luego al almirante de la flota califal, Ibn al-Rumahis, el que bloqueó el puerto de Barcelona. La aristocracia árabe, por su parte, había sido apartada de los centros neurálgicos del ejército.

Para prevenir sublevaciones, Almanzor había emplazado fuertes contingentes de guerreros bereberes en los puntos estratégicos del califato. A la tribu Sanhadja la instala en Granada, a los Maghrawa los sitúa en las montañas de Córdoba, a los Banu Birzal y a los Banu Ifran los coloca en Jaén. Estos pueblos bereberes actúan en sus nuevos dominios como un ejército de ocupación; despóticos, no tardan en ganarse el odio de la población local. Pero eso entraba en la estrategia de Almanzor: por un lado, privaba a estas tribus guerreras de apoyo popular; al mismo tiempo, inclinaba a las gentes a pensar que sólo en Almanzor podían encontrar justicia. Es propiamente un régimen de terror.

Pero no es sólo terror lo que Almanzor impone en el califato. A la vez prodiga gestos que hoy llamaríamos populistas y que le proporcionan el afecto de los súbditos. Por ejemplo, en 990, cuando una tremenda hambruna azotó Al-Ándalus, el dictador ordenó «fabricar todos los días, desde el principio hasta que terminó, 22.000 panes que eran repartidos diariamente entre los pobres, con lo que los necesitados vieron remediada su situación». Un poco más tarde, cuando el sur de España sufrió una plaga de langosta, Almanzor «ordenó recoger las langostas cuando se posaran en tierra e impuso esto como un deber para todos, de acuerdo con la capacidad de cada uno, estableciendo un zoco especial para comprarlas». Es la típica mentalidad del dictador que quiere llegar con su voluntad hasta los últimos rincones de la vida política, lo mismo para el terror que para la filantropía.

Con el nuevo paso, esa oficialización de su poder como rey, Almanzor legaliza su autoridad. En 991, cuando su hijo Abd al-Malik alcanza la mayoría de edad, le traspasa el título de *hayib*, es decir, primer ministro del califato. Almanzor, por su parte, se investirá de los títulos de «señor» (*sayyid*) y «rey generoso» (*malik karim*).Y al mismo tiempo ordena que en todos los

documentos de la cancillería aparezca su sello, y no el del califa. ¿Y nadie se oponía a Almanzor? Sí, alguien se oponía. Y además, en su propia casa: otro hijo suyo, de nombre Abdalá.

La historia parece una novela de intriga política. Sus protagonistas son tres: Abdalá ben Amir, hijo de Almanzor, que vivía en Zaragoza; Abdalá ben Abdelaziz, de la familia omeya, más conocido como Piedra Seca y que era gobernador de Toledo; el tercero es Abderramán ben Mutarrif, gobernador de Zaragoza. A la altura de 989, estos tres hombres comienzan a conspirar. Probablemente Abdalá, el hijo zaragozano de Almanzor, se sentía desplazado, celoso de que su padre hubiera elegido a otro hijo, Abd al-Malik, como heredero de sus títulos. El caso es que el omeya, Piedra Seca, representante de la vieja legitimidad, urde una maniobra para acabar con el dictador. Sin duda tuvo algo que ver la viuda Subh, Aurora, la madre del califa, que había visto cómo su poder en la corte de Córdoba quedaba progresivamente disminuido.

Almanzor descubrió la trama. El dictador tenía ojos en todas partes. Abdalá, el hijo, sintiéndose atrapado, huyó. ¿Adónde? A Castilla, donde el conde García Fernández, el último resistente, le recibió con los brazos abiertos: el destino había puesto en sus manos una baza inesperada. También huyó Piedra Seca, el omeya, que igualmente buscó refugio en tierras cristianas, en este caso en la corte leonesa de Bermudo II. Peor suerte corrió el gobernador de Zaragoza, Abderramán ben Mutarrif, que fue apresado por su propio hijo Samaya y decapitado.

Quedaba un hilo de la trama; el de Aurora, la madre del califa. ¿Estaba implicada en la conjura del omeya Piedra Seca? Nunca lo sabremos. Lo que sí sabemos es que Aurora, Subh, tejió una complicada maniobra para quedarse con el Tesoro del Estado. Al parecer, Subh pretendía secar desde su origen el poder de Almanzor. El dictador de Córdoba, recordemos, había alimentado su vertiginoso ascenso con el oro de las caravanas africanas que llegaban desde Sudán; ese oro le había permitido contar con fondos casi ilimitados. Lo que Aurora se propuso fue cegar el ubérrimo pozo del oro de Almanzor. ¿Acaso el dinero del califato no se recaudaba en nombre del califa? Pues al califa —pensó Aurora— debía pertenecer.

El dictador vio con claridad la maniobra: la viuda Subh, Aurora, que había pasado del amor al odio, quería quitarle el aire. Así que Almanzor convocó con carácter de urgencia a los visires y les hizo firmar una orden extraordinaria. A partir de ahora, el tesoro real no estaría en el Alcázar, sino en la propia residencia de Almanzor en la ciudad-palacio de Madinat al-

Zahira. Dicen que entonces el califa Hisham II, desde su encierro, escribió estos melancólicos versos:

> *¿No es asombroso que alguien como yo/ vea lo más insignificante inaccesible para él,/ y que todo el mundo sea gobernado en su nombre/ aunque nada esté en su mano? Para él se reúne todo el dinero/ pero le está vetado lo que para él se recauda.*

Triste condición, en efecto, la del poético califa.

Muchas cosas están pasando mientras tanto. En África, una nueva rebelión magrebí pone en peligro el poder de Córdoba; Abd al-Malik, el hijo preferido de Almanzor, será el encargado de sofocarla. El propio Almanzor, por su parte, corre a Castilla para recuperar a su hijo traidor, Abdalá, y se verá las caras con García Fernández. Y después acudirá a tierras de León para capturar a Piedra Seca, el omeya conspirador, que andaba por allí huyendo del dictador de Córdoba. La reacción de Almanzor será brutal. Por el camino descubriremos cosas asombrosas: intrigas y traiciones, y también el germen de un famoso cantar de gesta: el de Los siete infantes de Lara. Ahora lo veremos.

Ruedan cabezas: el pobre Abdalá y los infantes de Lara

Este capítulo podríamos titularlo así: cuando la realidad es más dura que la leyenda. Habíamos dejado a Almanzor hecho una furia por la traición de su hijo Abdalá, refugiado en la Castilla de García Fernández. ¿Por qué el hijo de Almanzor acudió a Castilla, y no a León? Quizá por proximidad geográfica: si uno huye de Zaragoza, como es el caso de nuestro hombre, Castilla está más cerca. Quizá, también, por seguridad política. León era una jaula de grillos, con todos sus condes sumisos a Almanzor, como por otra parte ocurría en Pamplona, mientras que sólo Castilla permanecía refractaria a las estrategias del dictador cordobés. Y quizá, también, por eficacia militar: pese a todo y contra todos, el conde García Fernández se había encastillado —nunca mejor dicho— en su territorio y estaba consiguiendo detener las acometidas musulmanas.

La leyenda habla de García Fernández como «el conde de las manos bellas», por contraposición a su padre, Fernán González, «el conde de las manos fuertes». Serían tan bellas como dice la leyenda, pero el hecho es que

el talento militar de García resulta admirable: con medios muy limitados, estaba consiguiendo frenar al poderosísimo ejército de Córdoba. En 989 ha habido un ataque en toda regla de Almanzor a las posiciones castellanas. El escenario de la ofensiva son las tierras sorianas. En el mes de junio las huestes sarracenas ponen sitio a Gormaz, la posición clave sobre el Duero, pero son rechazadas por los defensores castellanos. Debió de ser una batalla terrible. Sabemos que hubo cuantiosas bajas por ambos lados. Entre los cristianos murió, por ejemplo, el obispo de Valpuesta, don Nuño Vela, quizá de la familia condal alavesa. El fracaso ante Gormaz no desalienta a los moros, que marchan hacia Osma. En el mes de agosto de aquel 989 Almanzor ocupa la ciudad; después, en octubre, hace lo propio con la posición de Alcoba de la Torre. Toda la comarca es saqueada, pero Almanzor tiene que levantar el campo. El invierno se acerca y ningún ejército de la época puede afrontar los fríos sorianos a campo abierto.

Es en ese momento cuando Abdalá, el hijo desertor de Almanzor, se pasa al lado cristiano. El dictador de Córdoba reacciona con furia y lanza una nueva ofensiva sobre las líneas castellanas. Pero otra vez las defensas de Castilla sostienen la integridad de la frontera o, para ser más precisos, de las fortalezas que marcaban el límite sur del territorio castellano. Transcurridas varias semanas de asedios, Almanzor decide negociar. Lo hace a su manera, es decir, con un ultimátum: o Castilla le devuelve a Abdalá, el hijo traidor, o lanzará un ataque masivo contra todas las poblaciones y campos de Castilla. García Fernández pone sus condiciones: sólo entregará a Abdalá si Almanzor se compromete a respetar la vida del rehén. Almanzor accede. Era el 8 de septiembre. Abdalá abandona las líneas cristianas y pasa a las posiciones sarracenas. Su padre ordenará cortarle inmediatamente la cabeza. Y así acabó el pobre Abdalá.

No sabemos muy bien qué pasó después. Las noticias del Reino de León son muy confusas. Al parecer, durante esos años Almanzor se entregó a un doble juego. Por una parte, respetó la paz con Castilla, aquella paz cuyo precio fue la cabeza de Abdalá; de hecho, sabemos que gracias a esa paz el rey Bermudo pudo abandonar Galicia, volver a León e incluso casarse con una hija de García Fernández. Pero al mismo tiempo, y a pesar de la tregua, todo indica que Almanzor intrigó sin fin para minar la autoridad de García Fernández en el condado. Lo mismo había hecho antes entre los bereberes y entre los condes leoneses: corromper para ganar. ¿Por qué no iba a hacerlo también en Castilla? Tal vez fue eso lo que alimentó el nacimiento de

leyendas como la del Cantar de los siete infantes de Lara, que es uno de los grandes cantares de gesta castellanos.

¿Qué cuenta el romance de los infantes de Lara? Básicamente, una intriga político-familiar con Almanzor metiendo la cuchara en la olla. Dos grandes familias burgalesas, los de Lara y los de Bureba, viven enfrentadas. Para solucionar la rivalidad, una dama de Bureba, doña Lambra, casa con un caballero de Lara, don Rodrigo. Pero la hostilidad no mengua y doña Lambra pide venganza. Entonces su marido teje una oscura maniobra: envía a su cuñado Gonzalo Bustos, padre de los infantes de Lara, para que lleve una carta a Almanzor. La carta está escrita en árabe, lengua que Gonzalo no entiende. Pero su contenido es letal: «Mata al portador de esta carta», dice la misiva. Y al mismo tiempo, el malvado Rodrigo ha preparado las cosas para que los infantes sean destrozados por un ejército moro. Almanzor no mata a Gonzalo, sino que le mantiene preso. Los infantes son vencidos por los moros y decapitados. Así Gonzalo, el preso, llorará sobre las cabezas de sus siete hijos. Años más tarde, un bastardo de Gonzalo, Mudarra, hijo del preso y de una hermana de Almanzor, vengará la afrenta. Los sarcófagos de los infantes de Lara están en San Millán de Suso; sus cabezas, en la iglesia de Santa María de Salas de los Infantes; el sepulcro de Mudarra puede verse en la catedral de Burgos.

A pesar de los sepulcros, nadie ha podido demostrar nunca que el Cantar de los siete infantes de Lara (o de Salas, que también se llama así) sea verdad. Menéndez Pidal estudió el asunto con mucha atención. Desde el punto de vista literario y filológico, el cantar es una joya. Desde el punto de vista histórico, sin embargo, no es posible asegurar que ocurrieran realmente estos hechos ni otros parecidos. Ahora bien, los cantares de gesta, aunque sean creación literaria, suelen guardar un fondo de realidad: lo hay en el Cantar de Fernán González, lo hay en el Cantar de Mio Cid y seguramente lo hay también en este Cantar de los siete infantes de Lara. Ese fondo de realidad da lugar a una narración que, después, conoce sucesivas deformaciones: la de los primeros que la escriben, la de quienes luego la transmiten, la de quienes construyen las sucesivas versiones posteriores. Pero el fondo de realidad ahí está.

¿Cuál pudo ser el fondo de realidad que dio lugar al Cantar de los siete infantes de Lara? Sin duda, los movimientos de Almanzor para ganarse a los grandes señores del territorio castellano. Conocemos muy poco sobre esos movimientos. La tradición cronística nos ha legado algunos datos, casi todos

bastante poco verosímiles. Por ejemplo, el supuesto intento de Almanzor de atraerse nada menos que a doña Ava de Ribagorza, la esposa del conde de Castilla, con el argumento de si acaso no preferiría ser reina antes que simplemente condesa. ¡Almanzor habría tratado de seducir a doña Ava!

Seguramente Almanzor jamás trató de «ligarse» a doña Ava, como sin duda nunca hubo siete infantes de Lara para ofrecer sus cabezas a las cimitarras musulmanas. Pero cuando el río de la tradición suena, es porque agua de la historia lleva. Y sí, en efecto, debieron de ser muchas e intensas las gestiones de Almanzor cerca de los castellanos, mientras duró la tregua firmada con la sangre del pobre Abdalá, para obtener voluntades con las que derribar a García Fernández. La codicia y el rencor siempre son buenos lubricantes para la traición. Y eso es lo que va a ocurrir en Castilla.

Estamos en el año 983. La presión mora retorna sobre la frontera castellana. No es exactamente un ataque. Hay que hablar más bien de inquietantes movimientos entre los *infanzones*, un aire de sedición que contagia incluso al joven Sancho, el propio hijo del conde García, y que los musulmanes aprovechan. ¿Guerra civil? En parte. Pero el verdadero enemigo está fuera. El conde presentará batalla. Será la última.

La última batalla de García Fernández

¿Quién manda en España a la altura del año 994? Almanzor. ¿Quién es el único que no le obedece? García Fernández, conde de Castilla, «el de las manos bellas». Pero los días de resistencia están llegando a su fin. Muchos en Castilla prefieren pactar con el moro y acabar con la guerra perpetua. Entre ellos, el propio hijo de García, Sancho. Veamos cómo ocurrió.

García Fernández había conseguido sobrevivir sin someterse a Almanzor. Todos los demás se habían inclinado. Los nobles leoneses se habían dejado comprar por el moro, Pamplona le había entregado a una de sus princesas, Barcelona había conocido la aniquilación. Todos habían tenido que agachar la cabeza ante la formidable superioridad militar islámica. Castilla, no. El territorio castellano había sufrido los zarpazos de Almanzor, había perdido buena parte de su extensión, incluso había pactado treguas con Córdoba, pero mantenía su dignidad intacta.

¿Cómo había sido posible semejante prodigio de supervivencia? Primero, sin duda, por la voluntad de García Fernández, obstinadamente opuesto a cualquier gesto de sumisión ante Córdoba. Después, por las especiales condiciones del propio territorio, que desde el Duero hacia el norte ofrecía una bien defendida cadena de puntos fuertes, y además, por el carácter de los propios pobladores de aquella Castilla inicial, gente muy acostumbrada al combate y a unas condiciones de vida excepcionalmente arriesgadas. Por todo eso, Castilla seguía en pie.

Aparece aquí un episodio crucial: la traición de los *infanzones* de Espeja. La villa de Espeja está en Soria, cerca de la raya de Burgos; en la época era un alfoz de Clunia, lo que hoy se llama Coruña del Conde. ¿Y quiénes eran los *infanzones*? Recordemos: campesinos con medios suficientes para pagarse un caballo y unas armas, y que por tal cualidad gozaban de una autonomía personal muy notable. En capítulos anteriores hemos visto cómo estos *infanzones,* en distintos fueros, eran equiparados en derechos a la baja nobleza. En el ambiente bélico de la Reconquista, los *infanzones* se habían convertido en la vanguardia de la repoblación, los caballeros de la frontera, sin otra obediencia que el *merino* y el conde. Y el conde, en este caso, había señalado a los *infanzones* de Espeja un cometido muy concreto: prestar servicio de *anubda,* es decir, de vigilancia fronteriza, en Gormaz y Osma.

Es el año 993. La frontera castellana sufre un nuevo ataque sarraceno. Las huestes de Almanzor se apoderan de Gormaz y Osma. Un *infanzón* de Espeja, Añaía Díaz, roba tres caballos y un esclavo y huye a tierra de moros. Otros dos *infanzones*, Abolmondar Obecuz y Abolmondar Flaínez, se enfrentan por un pleito. El conde ha de enviar a su *merino*, Tello Barrakaniz, para que ponga orden. De momento, y ante la presión militar mora, los dos *infanzones* deben acudir a reforzar las posiciones de frontera en Carazo y Peñafiel, pero no van; ni ellos ni, por lo que sabemos, ningún otro *infanzón* del mismo lugar. Es una insubordinación en toda regla. ¿Qué está pasando?

Nos faltan datos fehacientes, de manera que sólo podemos reconstruir una hipótesis. La zona de Espeja está pocos kilómetros al norte de Osma y Gormaz, un área muy codiciada por los moros, porque era la frontera principal del Duero oriental. Quienes debían defender esa frontera, no lo hicieron: uno se pasó al campo enemigo; otros, derrotados y conminados a prestar servicio en otra zona del condado, desobedecieron la orden. Es inevitable pensar que sus voluntades habían sido corrompidas por el oro de Almanzor. Cuando llega el año 994, los sarracenos añaden una nueva joya a

su corona de capturas, cada vez más al norte: Clunia (Coruña del Conde), que deja el camino abierto hacia el interior de Burgos. El frente castellano se está hundiendo.

La crónica nos añade aquí otro dato que puede ser fundamental: en esa circunstancia, el propio hijo del conde García, Sancho, se vuelve contra su padre. Nadie discute que esa revuelta es también cosa de Almanzor. Unos años atrás, en 992, Sancho había acudido a Córdoba para ponerse a la órdenes de Abu Amir. La actitud del heredero es injustificable, pero es comprensible. Todos han pactado con Almanzor, todos se han sometido y todos, a cambio, han obtenido no sólo paz, sino también ventajas y poder. Las grandes familias condales de León estaban con Almanzor. ¿Por qué Castilla tenía que ser distinta? ¿Por qué seguir manteniendo una posición de orgullo e independencia cuando semejante cosa no traía más que guerra y quebranto? Un asunto tan viejo como el mundo: o libertad, o seguridad. García quería libertad. Su hijo Sancho, seguridad. Y como Sancho, otros muchos debieron de pensar que era más práctico pactar con un poder invencible, el de Almanzor, antes que mantener una resistencia a todo trance.

El conde García Fernández se queda solo. O quizá, después de todo, no tan solo. Aún tiene fuerza suficiente para acudir a Espeja, sancionar a los *infanzones*, restablecer la defensa fronteriza y, más todavía, contraatacar. Ha perdido Clunia, Gormaz y Osma, pero reúne a sus huestes, cruza el Duero y ataca Medinaceli, obligando a los moros a desplazar de nuevo tropas hacia su retaguardia. El movimiento consigue aliviar la presión sobre el interior del condado. En este momento la línea de defensa castellana queda pivotando alrededor de dos plazas fuertes: Langa y Peñaranda, que protegen el flanco suroriental de Burgos. Y en torno a ellas se escribirá el último capítulo de la tragedia.

Aquí es donde la leyenda echa su cuarto a espadas. «Para engañar a su marido —nos dice la Crónica—, la condesa mantenía su caballo muy gordo y reluciente, pero echándole salvado en vez de cebada, y de esta manera, cuando el conde tuvo que salir de campaña, el caballo desfalleció y cayó en tierra». ¿Y por qué habría hecho eso doña Ava? Según la leyenda, por los requiebros amorosos de Almanzor. Pero esa historia no es más que leyenda. Descartemos la intervención de doña Ava —a la que, realmente, cuesta imaginarse dando salvado al caballo del conde y quedémonos con lo esencial: García Fernández va a morir. ¿Cómo ocurrió?

Los documentos cristianos hablan de una batalla cerca de Alcozar, en el sitio de Peña Sillada. Las fuentes moras no transmiten una batalla propiamente dicha, sino más bien un encuentro fronterizo puramente casual. Sea como fuere, el hecho es que García, al frente de una hueste, combate contra una tropa sarracena. Era mayo de 995. En la refriega, García sufre un golpe en la cabeza, al parecer, con una lanza. El conde cae a tierra. La hueste cristiana se dispersa. Los musulmanes apresan al conde malherido.

Almanzor recibió noticia de la captura de García Fernández y ordenó que fuera trasladado de inmediato a Córdoba; seguramente no quería privarse de la baza que representaba tan ilustre prisionero. El gobernador moro de Medinaceli, el eslavo Qand, quedó al cargo del conde. Pero la herida de García Fernández era demasiado seria: cuatro días después expiraba. El conde de Castilla llegó a Córdoba, sí, pero ya cadáver. Tenía cincuenta y siete años. Con él desaparecía el único enemigo de altura que había tenido Almanzor en la cristiandad.

El dictador de Córdoba fue generoso: entregó el cuerpo de García a los cristianos cordobeses, que le dieron sepultura en la iglesia de los Tres Santos. Más tarde será trasladado a San Pedro de Cardeña, como el propio García dispuso en vida. Al frente del condado de Castilla quedará Sancho, el hijo de García. Sancho pactará con Córdoba, tal y como había deseado siempre. Vendrán años de paz en la frontera, pero será paz a cambio de sumisión. Y la furia de Almanzor seguirá sacudiendo las tierras cristianas.

Almanzor destruye Santiago de Compostela

En el año 997 el mundo contuvo el aliento por algo que estaba ocurriendo en España: Almanzor destruyó Santiago de Compostela. El episodio, dramático, marcó la cumbre del poder del dictador de Córdoba y el punto más bajo de los reinos cristianos españoles. Sus consecuencias se dejarían sentir durante muchos años después. Fue una auténtica calamidad.

Pero esta historia comienza en realidad unos pocos años antes, hacia 995, al mismo tiempo que muere García Fernández, conde de Castilla. Es entonces cuando empiezan a dibujarse las fuerzas que conducirán a la catástrofe compostelana. La situación general es extremadamente confusa, pero podemos intentar explicarla.

Primero, vayamos a León. Allí sigue reinando Bermudo II, que en realidad es un rey nominal: por un lado, está sometido a Almanzor; por otro, quienes de verdad ejercen el poder son los condes en sus respectivos territorios, y lo ejercen, a su vez, sometidos a Almanzor. La sumisión del rey Bermudo ha llegado al extremo de que en 993, imitando a su homólogo de Pamplona, ha entregado al dictador de Córdoba a una de sus hijas, la princesa Teresa. Estos enlaces no tienen el mismo valor de alianza que juegan en la cristiandad. Entre los reinos cristianos, un matrimonio concertado es un signo de amistad política. Por el contrario, para la manera almanzoriana de entender la política, desposar a una princesa cristiana no es un signo de alianza, sino un acto de sumisión por parte de quien hace la entrega. Sumisión que, por otro lado, no pone al sumiso a salvo: Almanzor, aunque casado con la navarra Abda, no por ello dejará de saquear las tierras de Pamplona, del mismo modo que ahora, con Teresa en su harén, tampoco dejará de golpear sobre el territorio de León.

En cuanto a los condes, que eran los que realmente gobernaban el territorio leonés, su poder se ha convertido en algo puramente fáctico, es decir, de hecho. Por un lado, teóricamente son delegados del rey de León, cuya superioridad jerárquica reconocen, pero en realidad obedecen a Almanzor, ante el que se han sometido en el campo de batalla. Ahora bien, su obediencia a Almanzor, producto de las armas, es cualquier cosa menos sincera: permanentemente veremos a los condes traicionando una y otra vez esa sumisión forzada, que para ellos no es más que el peaje que han tenido que pagar para mantener su estatuto y sus posesiones. En el momento que nos ocupa, hacia 995, los Banu Gómez, condes de Carrión y Saldaña, que habían ayudado a Almanzor a destruir León, se hallaban de nuevo en situación de rebeldía. Tanto, que el dictador de Córdoba ordena destruir Carrión para castigar a los levantiscos Gómez.

Hay otro elemento que es preciso añadir al paisaje: el caso Piedra Seca. Recordemos: a la altura del año 989 se había fraguado una conspiración palaciega para acabar con Almanzor. En la conjura están un hijo de Almanzor, Abdalá, y el gobernador de Zaragoza. Su cabeza es el gobernador de Toledo, el omeya Abdalá Abdelaziz, llamado Piedra Seca. La conspiración termina mal. El gobernador de Zaragoza es decapitado por su propio hijo. Abdalá, el vástago rebelde de Almanzor, huye a Castilla, pero termina siendo entregado y decapitado a su vez por orden del propio Almanzor. Y con Piedra Seca, ¿qué pasó? Piedra Seca, fugitivo, trató de hallar refugio en tierras de León, en la corte de Bermudo. Cuando Almanzor se enteró de dónde estaba el

peligroso omeya, penetró en el territorio leonés y se apoderó de Astorga. El rey Bermudo se vio obligado a entregar al conspirador. Piedra Seca terminará sus días encerrado en una mazmorra cordobesa. Pero Bermudo había tomado una decisión.

La decisión del rey Bermudo era arriesgada: atacar a Almanzor. Quizá el monarca leonés se sentía humillado. Entregar a su hija Teresa no había servido para poner a salvo sus tierras. O quizá Bermudo creyó que ahora, con los de Carrión y Saldaña apaleados por Almanzor, sería posible recuperar el liderazgo de la corona frente al moro opresor. O, tercera opción, quizá el ejemplo del castellano García Fernández, independiente hasta el sacrificio, no había caído en saco roto. Por cualquiera de estas razones o por todas a la vez, el hecho es que el rey de León decide hacerse fuerte. Sabe que en Córdoba hay problemas: Almanzor está ocupado con una nueva rebelión en el Magreb y con las maniobras palaciegas de la viuda Subh, Aurora. Así que aprovecha la situación para recorrer Asturias reclutando tropas, reconciliarse con los Banu Gómez y disponerse a la guerra. Lo hace abiertamente con un gesto que no deja lugar a dudas: en 996, Bermudo deja de pagar tributo a Almanzor.

La reacción de Almanzor fue inmediata. Se propuso infligir a la cristiandad ya no una derrota militar, sino algo más fuerte: una afrenta en sus convicciones más íntimas, en su orgullo más profundo. ¿Y cuál podía ser esa afrenta? Devastar el santuario más preciado de los cristianos, Santiago de Compostela. La expedición mora partió de Córdoba el 3 de julio de 997. Almanzor movilizó cuantos recursos pudo. Mientras el grueso de la caballería salía de la capital mora hacia Coria y Viseo, en Portugal, la escuadra llevaba por mar cuantiosas fuerzas de infantería que desembarcarían en Alcácer do Sal. Si Bermudo pensó alguna vez que los condes portugueses plantarían cara a la invasión, se equivocaba. Los condes, vasallos de Almanzor, añadieron sus huestes a la tropa musulmana. El ejército así constituido era sencillamente imparable.

Los invasores cruzaron el Duero. Después, sin oposición, el Miño. Por el camino van dejando su rastro. Destruyen castillos como el de San Payo, arrasan cuantos monasterios encuentran, como el de San Cosme y San Damián. Los lugareños corren a refugiarse en bosques e islas; los moros van a buscarlos y los hacen prisioneros: serán cautivos para el mercado esclavista cordobés. La crónica mora es muy generosa en detalles; nos cuenta cómo Almanzor atraviesa llanuras y cruza montañas; donde el paso no es fácil, despliega a una unidad de zapadores para que «con herramientas de hierro

ampliara los pasos y allanara los senderos». Un cuerpo de Ingenieros en el siglo X: el dato es elocuente sobre la potencia militar de Córdoba.

El 10 de agosto llegaron a Santiago. El obispo de la sede jacobea, Pedro de Mezonzo, había tomado la providencia de evacuar la ciudad: los habitantes abandonaron sus casas y buscaron refugio en los bosques cercanos. Dice la crónica mora que en Santiago no había más que un hombre, un anciano monje que no había huido, sino que permanecía sentado junto a la tumba. «¿Por qué estás aquí?», preguntó Almanzor al monje. «Para honrar a Santiago», contestó el anciano. Y dice la crónica que el dictador cordobés ordenó respetar la vida del monje. Las tropas de Almanzor entraron a saco en Compostela. Llegaron al templo prerrománico dedicado al apóstol. La basílica ardió por los cuatro costados, como el resto de la ciudad. «Arrasó la ciudad y destruyó el monasterio, pero no tocó la tumba», dice la crónica mora. No tocó la tumba de Santiago, en efecto. ¿Por qué no la profanó? Los comentaristas modernos quieren ver aquí un gesto de respeto, quizá supersticioso, ante los restos del hombre santo. No deja de ser una explicación demasiado benevolente. En todo caso, Santiago quedó completamente arruinada: «Los musulmanes se apoderaron de todo cuanto encontraron —dice la crónica mora— y demolieron las construcciones, la muralla y la iglesia, de modo que no quedó ni huella de las mismas».

Después, Almanzor repartió el botín entre las tropas, incluidos los condes portugueses que le habían ayudado. Conocemos, por ejemplo, la cuantía del botín en paños y vestimentas: 2.285 piezas de diversas sedas bordadas, 21 vestidos de lana merina, 2 vestidos de piel de cachalote, 11 piezas de seda bordada de oro, 15 paños rameados, 7 tapices de brocado, 2 piezas de brocado romano y un cierto número de pieles de comadreja. Pero el mayor botín era el inmaterial: el golpe más duro posible sobre la cristiandad española.

Una leyenda bastante verosímil dice que una columna de prisioneros cristianos fue obligada a cargar con las campanas del templo jacobeo para llevarlas desde Santiago hasta Córdoba. Esas campanas volverían a Santiago dos siglos y medio después, a espaldas de prisioneros musulmanes, cuando Fernando III el Santo las recuperó para la cristiandad. Pero, de momento, la expedición musulmana contra Santiago daba la medida del poder de Almanzor. El culto al apóstol no remitió, porque, después de todo, allí seguía la tumba, y la ciudad había quedado ahora, además, ennoblecida con la huella del martirio. Pero no cabía expresión más patente de la debilidad cristiana que esta inmensa humillación. Fue el máximo triunfo de Almanzor.

Los cambios del año 1000: despertar en Peña Cervera

La catástrofe de Santiago de Compostela marcó una época: sus efectos se extendieron durante años no sólo entre la cristiandad española, sino también en el resto de Europa. Aquello marcó la cumbre del poder de Almanzor. Pero también abrió el camino a una reacción cristiana que no tardó en encontrar nombres propios.

Así fue. Pocos años después de Santiago empiezan a producirse cambios importantes. Hay savia nueva en Castilla, en Pamplona y en León. Los nuevos caudillos de la cristiandad no soportan la pesada hegemonía de Almanzor. Y entienden por fin que sólo unidos podrán hacer frente a esa especie de *yihad* permanente que Almanzor ha decretado. Se crea un frente de resistencia contra el moro. Así llegaremos a la batalla de Peña Cervera, en el verano del año 1000.Veamos cómo ocurrió.

En León, el atribulado Bermudo II apenas sobrevivió dos años al desastre de Santiago de Compostela. Enfermo de gota, su mal se agravó hasta el extremo de que no podía cabalgar y tenía que ser transportado en litera. Moría en 999 en el monasterio de Villabuena, en El Bierzo, atormentado por los dolores de la gota; de hecho, pasará a la historia como Bermudo el Gotoso, sobrenombre que le dio muchos años más tarde el obispo Pelayo con su característica mala leche. El reinado de Bermudo había sido cualquier cosa menos glorioso. Su notario Sampiro, el cronista, le caracterizó con palabras templadas: «Fue bastante prudente, confirmó las leyes dictadas por Wamba, mandó abrir y estudiar la colección canónica, amó la misericordia y el juicio y procuró reprobar el mal y escoger el bien». No es exactamente un ditirambo.

A la muerte del rey Bermudo le sucederá en el trono Alfonso, hijo del rey y de la castellana Elvira, nieto por tanto de García Fernández, el difunto conde de Castilla. Será Alfonso V. En este momento Alfonso es sólo un niño de cinco años. Quien de verdad maneja la corte es su madre, Elvira. Sabemos cómo se hicieron las cosas en aquel trance. Se convocó una asamblea donde estuvieron representados Galicia, Asturias, León y Castilla, es decir, los cuatro grandes territorios de la corona. Hubo consenso general en torno a los derechos de Alfonso a la sucesión. Todos los grandes nombres del reino firmaron: el gallego Menendo González, tutor del pequeño Alfonso; su tío el castellano Sancho García; los obispos de Iria, Dumio, Lugo, Oviedo y Astorga, y otros magnates como Pelayo Rodríguez, Munio Fernández y

Fruela Vimarédiz. Paradójicamente, hacía años que la corona no estaba tan fuerte como con este niño de cinco años de edad.

Unos años antes, concretamente en 994, había muerto Sancho II Garcés, es decir, Sancho Abarca, el rey de Pamplona; el mismo que había entregado a una hija suya a Almanzor pensando que así conjuraría la amenaza musulmana. Esa hija de Sancho, de nombre cristiano Urraca, arabizada como Abda, concibió un hijo de Almanzor, Sanchuelo, que pronto aparecerá con fuerza en nuestra historia. Después, Abda, con su vida arruinada, ingresó en un convento y ahí se apaga su memoria. El rey Sancho Abarca no pudo hacer otra cosa que prodigar los gestos de sumisión hacia Córdoba. A su muerte heredó el trono su hijo García II Sánchez, sobrenombrado «el Temblón». Este García era hijo de Urraca Fernández, hermana de García, el conde de Castilla. Así que Castilla no sólo tenía sangre en el trono de León, sino también en el de Pamplona.

A García el Temblón le llamaban así por un defecto físico, pero no porque su ánimo flaqueara. De hecho, lo primero que hizo fue intentar sacudirse el yugo de Almanzor. Sentado en el trono no sólo de Navarra, sino también de Aragón, quiso desde el principio hacer valer sus títulos. Atacó aquí y allá, con distintos resultados. En 996 Almanzor le llamó al orden y García el Temblón se vio obligado a pedir la paz a Córdoba, pero fue para volver a sublevarse al año siguiente, lanzando una ofensiva sobre tierras de Calatayud. Almanzor se vengó asolando Pamplona en 999 y, entre otros gestos, decapitando a cincuenta cristianos, pero García había dejado claras sus intenciones: se acabaron los días de sumisión en Pamplona.

En Castilla, por último, seguía gobernando desde 995 el conde Sancho García, el hijo de García Fernández. Sancho, recordemos, era partidario de la paz con Almanzor e incluso había conspirado contra su padre para lograrla. Muerto García, Sancho se apresuró a establecer acuerdos con el moro. Consiguió a cambio de eso una paz precaria que le permitió, eso sí, reorganizar su condado. Todo, sin embargo, se tuerce a la altura del año 999. ¿Por qué? No lo sabemos. Se especula con dos teorías: una, que Sancho había intentado ayudar a los navarros cuando Almanzor les atacó; otra, que Sancho, sintiéndose fuerte, dejó de pagar tributos. Sea como fuere, el hecho es que también Castilla rompió su sumisión.

Todas estas líneas vienen a converger en el verano del año 1000. Hay nuevos caudillos en León, en Castilla y en Pamplona; todos ellos, incluso los más predispuestos al pacto, sienten la sumisión a Almanzor como un yugo

insoportable. El moro, que ha destrozado Santiago, ahora acaba de aplastar Pamplona y también el condado de Pallars. De modo que León, Castilla y Pamplona unen sus fuerzas y se disponen a dar la batalla. Como Castilla se le subleva, Almanzor prepara una gran ofensiva contra los territorios del conde Sancho. Las huestes moras, con el propio Almanzor al frente, parten desde su base en Medinaceli. Los ejércitos cristianos les esperan en Peña Cervera. Allí será la batalla.

Peña Cervera está en Burgos, en la sierra de la Demanda. Es un peñasco en forma de ancha meseta que se eleva 170 metros desde el suelo, a 1.378 metros sobre el nivel del mar. Allí hay ahora un pueblo: Espinosa de Cervera. Su nombre, Cervera, viene de la abundancia de ciervos. Entre sus piedras nace el río Esgueva. Es un paraje de gran belleza, entre pastos a un lado, roquedales al otro, y bosques de sabinas y quejigos. Desde la barrera natural que forma la Peña Cervera se dominan los valles del Esgueva y el Duero. Un buen lugar para combatir. Y allí vinieron a reunirse los guerreros de la cristiandad. Era el 29 de julio del año 1000.

Sancho García, conde de Castilla, dirige a las tropas cristianas. Junto a él, García Gómez, conde de Saldaña. Y bajo el mando de ambos, huestes de León, Castilla y Navarra, todas juntas en un combate a campo abierto por primera vez desde la lejana batalla de Rueda, casi veinte años atrás. Parece que el protagonismo en la acción ofensiva correspondió a los castellanos de Sancho. Fue una operación militar de gran nivel: dos cuñas presionando firmemente en los flancos enemigos, anulando la movilidad de las alas musulmanas. Como la estrategia cordobesa solía descansar precisamente en las alas, que se movían con rapidez para envolver al frente enemigo, la maniobra castellana tuvo la virtud de paralizar a las huestes de Almanzor. El centro del ataque musulmán, viéndose solo, sin apoyo en sus flancos, retrocedió. Sancho vio la victoria al alcance de la mano.

Fue entonces cuando Almanzor, perro viejo, recurrió a una estratagema de libro: ordenó retirar su campamento, con el puesto de mando, hacia una elevación del terreno, una colina cercana. La maniobra tuvo un efecto inesperado. Probablemente Almanzor no pretendía otra cosa que ganar una ventaja táctica: que los cristianos tuvieran que combatir cuesta arriba. Pero los castellanos interpretaron aquello de otra manera: si el caudillo moro ganaba altura, era porque necesitaba ver mejor, y si necesitaba ver mejor, era porque nuevas columnas musulmanas venían a reforzar el frente de batalla. Ante la amenaza de aquellos inexistentes refuerzos, los castellanos retrocedieron para

reorganizarse. Fue el momento que Almanzor aprovechó para volver a tomar el control del combate. Las tropas cristianas se dispersaron. Así acabó la batalla de Peña Cervera.

¿Ganó Almanzor? Bueno, no ganaron los cristianos. Pero tampoco debía de estar muy contento Almanzor cuando, de vuelta a Córdoba, se dirigió acremente a sus soldados para reprocharles su falta de valor. El campeón no había conseguido esta vez más que un empate. Para una máquina militar como la musulmana, la más temible que hasta entonces habían visto los siglos, acostumbrada a victorias aplastantes, aquello fue una derrota. Y el episodio de Peña Cervera venía a señalar las grietas que ya empezaban a aparecer en los ejércitos de Córdoba. Por fin.

Murió Almanzor, y sepultado está en el infierno

Toda gloria es efímera, dice el clásico. También la de Almanzor. En el año 1002, el dictador de Córdoba encontraba la muerte en tierras de Soria. Con él terminaba una etapa decisiva de la historia de España, y más particularmente de la historia andalusí. Almanzor había llevado a la España musulmana a su punto de mayor poder desde los lejanos años de la invasión de 711. Sin embargo, ese mismo crecimiento iba a ser la causa del inmediato desplome del califato en cuanto el gran caudillo desapareciera del mundo de los vivos. Vamos a ver cómo pasó.

Desde luego, Almanzor es uno de esos personajes que dejan huella. Su propia carrera política es asombrosa. Aquí lo hemos contado con detalle. En su camino dejó muchos cadáveres. No sólo los de los cristianos que aniquiló en sus numerosísimas campañas contra el norte, sino también los de sus rivales en las luchas por el poder.

Ahora, a la altura del año 1002,Almanzor podía mirar atrás con satisfacción. El califato, es verdad, ya había dejado de ser lo que fue: por ejemplo, el esplendor cultural que caracterizó a la etapa de Alhakén II había quedado ahogado por el fundamentalismo que Almanzor abanderaba. Pero, a cambio, el Estado ofrecía un aspecto mucho más sólido, sus ejércitos —aumentados de manera exponencial— eran invencibles y la economía ofrecía recursos inagotables. Y eso era obra de Almanzor.

No fueron amargos, los últimos años de Almanzor. Al revés, el dictador de Córdoba, al que ya podemos llamar propiamente «rey» (pues así se hizo llamar él mismo), estaba en la cumbre de su poder. Cuando la campaña contra Santiago, en 997, organizó un desfile en Córdoba que fue la mayor manifestación de poder nunca vista hasta entonces y donde no se privó siquiera de hacer pasear al propio califa Hisham ante las masas. Aquella cabalgata, escenificada como una auténtica marcha triunfal, tenía un objetivo político claro: legitimar formalmente el poder no sólo de Almanzor, sino también de sus hijos.

Debió de ser un espectáculo impresionante. Fue en viernes, día santo de los musulmanes. El califa montó un caballo ricamente enjaezado. Hisham aparecía revestido de todos los símbolos de su poder: vistoso turbante blanco de altos penachos; en la mano, el cetro califal. Pero Hisham estaba rodeado. Tras el califa cabalgaba Almanzor; delante de él, Abd alMalik, el hijo predilecto de Almanzor, heredero del auténtico amo de Córdoba. Después de rezar en la mezquita, el cortejo se dirigió a Medina al-Zahira, la sede de Almanzor. Al lado del califa aparecía ahora su madre, Subh, Aurora. Antes de llegar a al-Zahira, Almanzor renovó su juramento ante Hisham, pero con una condición clara: que el califa delegara todo el poder en los *amiríes* y que éstos, la dinastía de Almanzor, quedaran designados como administradores del reino.

Después pasaron más cosas. Por ejemplo, una nueva conjura palaciega que tuvo como protagonista, una vez más, a la viuda Subh, Aurora, la madre del califa. Pero la ilustre vascona ya no era ni sombra de lo que fue: a Almanzor le costó muy poco ahogar la conspiración, y la viuda —que, recordemos, había sido la primera protectora del propio Almanzor— quedó definitivamente apartada del poder.

El final de Almanzor llegó inmediatamente después. Un final, por cierto, rodeado de misterio y brumas, en parte por las fabulaciones legendarias tejidas con posterioridad. La tradición española habla con insistencia de la batalla de Calatañazor, «donde Almanzor perdió el tambor». Aparte de que las tropas moras no usaron tambores en combate hasta mucho después, con los almorávides, el hecho es que de esta batalla no empezó a hablarse sino bastante más tarde, de modo que todo apunta a una reconstrucción literaria. Es verdad que hubo batallas. Y es muy probable que se combatiera en Calatañazor, que está a mitad de ca mino entre Soria y Burgo de Osma. Pero ¿hubo de verdad una batalla de Calatañazor?

En la historia de la Reconquista ocurre con frecuencia que la leyenda se cruza con los hechos reales y uno no sabe a qué carta quedarse. Sin embargo, casi siempre la leyenda se hace eco de un acontecimiento real. La batalla de Calatañazor es mencionada en crónicas cristianas y también en documentos árabes. Pero como no es posible aportar sobre ella precisión alguna, hoy los historiadores tienden a pensar que nunca existió. En esta tesis, la leyenda de Calatañazor sería en realidad un eco del revés de Almanzor en Peña Cervera, el episodio que aquí hemos contado: una victoria pírrica que por primera vez creó en los reinos cristianos la impresión de que podían vencer al dictador de Córdoba.

Con batalla de Calatañazor o sin ella, lo cierto es que Almanzor vivía sus días finales. En la primavera de 1002 emprendió una campaña contra tierras cristianas. Penetró en La Rioja. Avanzó hasta Salas de los Infantes, en Burgos. Destruyó el monasterio de San Millán de Suso, que ya era un centro espiritual muy importante. Pero esta campaña sería la última. Sin completar sus objetivos, Almanzor se sintió enfermo. Dicen que quizá por una artritis gotosa. Fue trasladado a toda prisa a Medinaceli. Incapaz ya de montar a caballo, se le transportó en litera durante dos semanas. Finalmente expiraba entre el 10 y el 11 de agosto del año 1002. Así concluía una etapa atroz de la historia de España.

Dice el Cronicón Burgense: «Murió Almanzor y sepultado está en el infierno». La Crónica Silense no es más generosa: «Pero, al fin —dice el cronista—, la divina piedad se compadeció de tanta ruina y permitió alzar cabeza a los cristianos, pues Almanzor fue muerto en la gran ciudad de Medinaceli, y el demonio que había habitado dentro de él en vida se lo llevó a los infiernos». Por supuesto, otro tenor toman las crónicas árabes. Cuenta la crónica de Ibn Idhari que en la tumba del caudillo cordobés se esculpieron en mármol, a modo de epitafio, los siguientes versos: «Sus huellas sobre la tierra te enseñarán su historia,/ como si la vieras con tus propios ojos./ Por Dios que jamás los tiempos traerán otro semejante,/ que dominara la Península/ y condujera los ejércitos como él». Lo cual también era verdad.

El entierro de Almanzor tuvo toda la patética pompa que una figura como él merecía. Se envolvió su cadáver en un lienzo tejido por sus propias hijas. El hilo del lienzo provenía de un lugar especial, la hacienda familiar de los *amiríes* en Torrox, el solar de su linaje. Además, sobre su cuerpo muerto se colocó un ladrillo. ¿Por qué un ladrillo? Porque el tal ladrillo había sido fabricado con el polvo que los sirvientes de Almanzor limpiaban de las

vestiduras del caudillo después de cada batalla, «pues cada vez que salía en expedición —dice la crónica mora—, sacudía todas las tardes sus ropas sobre un tapete de cuero e iba reuniendo todo el polvo que caía».

En principio, Almanzor dejaba todo atado y bien atado. El sistema de poder que él había establecido, con un califa relegado a la función de jefe espiritual y un jefe de gobierno elevado a la condición de rey, iba a encontrar continuidad en Abd al-Malik al-Muzaffar, el hijo predilecto del caudillo. Los *amiríes*, es decir, la dinastía del propio Almanzor, seguían ostentando por derecho el poder real sobre la Administración del califato. Los ejércitos —aquellos inmensos, inabarcables ejércitos de Almanzor— seguían en pie de guerra. Los reinos cristianos, aunque ya despiertos, carecían de fuerza suficiente para desafiar seriamente a Córdoba. La frontera seguía muy al norte, en el Duero e incluso más allá. La economía del país mantenía su prosperidad, alimentada por las caravanas de oro del Sudán. Y sin embargo…

Sin embargo, todo eso iba a cambiar muy pronto.

6

ASÍ SE HUNDE UN IMPERIO (Y LA CRISTIANDAD LEVANTÓ CABEZA)

La descomposición de un régimen

Almanzor ha muerto. Ha dejado al frente del califato a su hijo favorito, Abd al-Malik. Aparentemente, nada cambia: el califa sigue anulado, el poder sigue en manos de un *amirí* y los reinos cristianos siguen sometidos a la incontestable potencia cordobesa. Sin embargo, en este mismo momento se desatan fuerzas que en muy pocos años van a modificar completamente el paisaje. El califato se va a derrumbar y la cristiandad española va a encontrar oportunidades inesperadas. Pero no adelantemos acontecimientos. De momento, estamos en Córdoba en 1002. ¿Qué estaba pasando allí?

Lo que vamos a ver ahora en el califato es un problema eterno de la historia política; algo que siempre se ha planteado, en todos los países y en todas las épocas, cuando el poder descansa sobre las armas. La estructura que Almanzor había dejado emplazada era, en realidad, una dictadura militar, es decir, el poder de un solo hombre sustentado sobre un ejército omnipresente. Ventajas del modelo: se acabaron en Al-Ándalus las continuas sublevaciones de los poderes locales. Inconvenientes: a ese ejército, que constituía la columna vertebral del sistema, había que ofrecerle continuas campañas guerreras para tenerlo ocupado y para mantenerlo con el botín de guerra, y era preciso controlarlo con un liderazgo inflexible que asegurara la disciplina. Ésos eran los retos que tenía que afrontar Abd alMalik al-Muzaffar.

Hablemos un poco de este personaje, el hijo predilecto de Almanzor, heredero del poder *amirí*. Abd al-Malik, un tipo de carácter duro y enérgico, tenía veintisiete años cuando sucedió a su padre. Aunque joven, desde varios años atrás había desempeñado funciones políticas y militares de importancia. Por ejemplo, cuando encabezó las operaciones para sofocar las revueltas magrebíes en el norte de África. Aquélla fue una intervención decisiva, porque el control del Magreb era vital para que Córdoba pudiera seguir

beneficiándose de las caravanas de oro del Sudán. Abd al-Malik cumplió su cometido a plena satisfacción. Inmediatamente Almanzor arregló las cosas para que su hijo obtuviera el título de *hayib*, primer ministro. Así se reveló Abd al-Malik como alguien con peso propio. No era sólo el heredero de un poder ajeno, sino un tipo con madera de líder. Pero una vez llegado al poder absoluto, tendría que demostrar su liderazgo.

Para demostrar tal liderazgo y mantener su poder, Abd al-Malik tenía que actuar sobre dos campos. Uno, el militar; el otro, el político. El campo militar tenía un escenario muy claro: la confrontación con los reinos cristianos. La prueba pasaba por mantener la hegemonía musulmana sobre los enemigos del norte. Para ello Abd al-Malik organizó incesantes expediciones. La primera, contra el rival más débil, los condados del Pirineo. En 1003, recién llegado al poder, marcha hacia Zaragoza y desde allí ataca en distintos puntos de la Marca Superior: Ager, Roda, Monmagastre, Meyá, Castellolí… Es significativo que no atacara Barcelona ni ningún otro centro de importancia; eso indica que Abd al-Malik eludió deliberadamente las complicaciones y se limitó a objetivos fáciles, que le reportaran victorias seguras. Al año siguiente atacará tierras de Castilla. Después, León. Abd al-Malik sigue, en fin, la misma tónica que su padre utilizando el arma fundamental de los *amiríes*: un ejército de dimensiones ciclópeas.

Pero más complicado le iba a resultar al joven heredero solucionar los problemas en el otro campo donde tenía que demostrar su liderazgo, el político, sembrado de intrigas en la corte cordobesa. Como el paisaje es difícil, vamos a intentar explicarlo. El edificio político del califato estaba, en principio, presidido por la figura del califa, jefe político y religioso a un tiempo. Almanzor había conseguido privarle de poder político y limitar el peso del califa a la autoridad espiritual. Pero, por debajo de esa fachada, permanecía en los aledaños del poder una amplia aristocracia, en general de origen árabe, vinculada a la persona del califa y que, como es natural, no quería verse privada de influencia. Quien amenazaba a esta aristocracia no era sólo el autócrata, Almanzor, sino también la nueva élite política, militar y administrativa que había llegado al poder con los *amiríes*: jefes de tribu bereberes, generales eslavos, etc. Y en la base, una amplia masa, particularmente en Córdoba, que reconocía el poder de Almanzor, pero que, ante todo, reverenciaba al califa, como corresponde a la manera islámica de ver la política.

En ese complejo paisaje, Abd al-Malik va a tratar de moverse con prudencia y energía al mismo tiempo. Para empezar, tenía que atajar las conspiraciones legitimistas. Su padre, Almanzor, había tenido que hacer frente a las conjuras de quienes aspiraban a recuperar la vieja legitimidad de los omeyas frente al poder de hecho del dictador; Abu Amir había aplastado todas esas intrigas con férrea dureza. Pero ahora, desaparecido Almanzor, aquellas mismas fuerzas resurgían con la esperanza de devolver al califa su autoridad. Abd al-Malik, imitador de su padre en absolutamente todos los aspectos de su política, actuó como él lo hubiera hecho: en 1003 ordenó ejecutar al eslavo Tarafa y al poeta al-Yaziri, acusados de conspirar contra el nuevo dictador de Córdoba. Sin embargo, la oposición estaba lejos de haber quedado descabezada.

Todos los que conspiraban contra Abd al-Malik, lo hacían en nombre del califa. Pero, mientras tanto, ¿qué hacía el califa Hisham? Vegetar. Hisham II, que ya rondaba los cuarenta años, permanecía completamente alejado del poder real, encerrado en Medina Azahara, supuestamente dedicado a la oración. ¿Tanto rezaba Hisham? No lo parece. En realidad el califa se limitaba a disfrutar de los placeres de la vida, pero, eso sí, en una cárcel de oro de la que no podía salir salvo para las grandes ceremonias. Con todo, en torno a la figura de Hisham empiezan a moverse ambiciones inesperadas. Y una de ellas va a dar enseguida mucho que hablar: la de Abderramán Sanchuelo, el hijo que tuvo Almanzor de la princesa navarra Abda, y que ahora se ha convertido en principal compañero de francachelas del califa. Sanchuelo: retengamos el nombre del personaje.

Y a todo esto, ¿cómo recibieron los cristianos el cambio de poder en Córdoba? Podríamos resumirlo en dos palabras: con esperanza y con inquietud. Con esperanza, porque la desaparición de Almanzor abría el horizonte; con inquietud, porque realmente nadie sabía qué iba a pasar. En León seguía gobernando Alfonso V, un niño de ocho años, bajo la regencia de su madre, la reina viuda Elvira, y el conde gallego Menendo González. Es decir que el gran reino cristiano del norte permanecía manga por hombro, sin otra opción que renovar sus pactos de vasallaje con el moro. Al mismo tiempo, sin embargo, se iban a prodigar los movimientos tentativos en la frontera. Parece que Sancho García, el conde de Castilla, exploró la firmeza de las posiciones moras en el Duero. Y que el nuevo conde de Barcelona, Ramón Borrell, hizo lo propio en Lérida. Esas exploraciones quedaron anuladas por la campaña de Abd al-Malik en 1003: los ejércitos de Córdoba demostraron que seguían en forma.

A partir de ese momento, cada cual seguirá su propia política. Sancho, el castellano, firmará nuevos acuerdos con el califato. En virtud de uno de ellos hará algo asombroso: participará en la campaña de Abd alMalik contra el territorio de León, prestando sus tropas al moro. Era parte de la sumisión que el conde debía manifestar al nuevo dictador de Córdoba. Algo que no debe sorprendernos demasiado si tenemos en cuenta que los propios condes de León lo habían hecho antes, y en sus propias tierras. Pero todo empieza a adquirir un color extraño en este tiempo: es como si todo el mundo jugara con dos barajas, lo mismo en Córdoba que en los reinos cristianos. Y pronto todos los jugadores descubrirán sus cartas.

A la altura de 1006, cuando parecía que Abd al-Malik controlaba la situación, una nueva alianza cristiana surge en el norte, mientras, en el sur, nuevos movimientos políticos desestabilizan al dictador de Córdoba. Entramos en un tiempo decisivo.

De victoria en victoria hasta la derrota final

El paisaje cambia con una velocidad extraordinaria. En 1004,Abd alMalik ha controlado a los reinos cristianos: a todos les ha impuesto una tregua. El conde de Barcelona, Ramón Borrell, manda embajadas a Córdoba para negociar el rescate de cautivos. Los condes de Galicia y Castilla, Menendo González y Sancho García respectivamente, piden a Abd alMalik que arbitre entre ellos para ver cuál de los dos obtiene la tutoría del rey Alfonso V, todavía menor de edad. Córdoba puede afianzar sus posiciones en el Duero. Sin embargo, muy pocos meses después todo cambia. ¿Quizá porque, en ese litigio por la tutoría del rey, el moro apoyó a Menendo contra Sancho? No es seguro que ésa fuera la causa. Lo cierto es que en 1005 vuelve la guerra a los campos de España.

La campaña de 1005 afectó especialmente a Zamora, y no debemos ahorrar tinta para subrayar la crueldad del hijo de Almanzor. Es la propia crónica mora la que explica los hechos. Una tropa de cinco mil jinetes se lanza contra lo que quedaba de la ciudad de Zamora, arrasada años atrás: unas míseras ruinas en las que malvivían algunos centenares de campesinos. Allí los moros «mataron a los hombres y apresaron a las mujeres y a los niños —dice la crónica mora—, dispersándose para saquear las llanuras del entorno de Zamora del mismo modo que toda la región; todo el país fue saqueado. Esta

tropa continuó su paseo por el territorio enemigo, incendiando, demoliendo, aprisionando y matando, provocando el más alto grado de inquietud». El cronista moro canta esta hazaña con grandes ditirambos. Entre lo mejor del botín, dos mil cautivos que serían vendidos como esclavos.

¿Por qué Abd al-Malik golpeó sobre Zamora, un territorio vinculado directamente al rey de León? No hay que buscar demasiadas explicaciones de tipo político: las expediciones de saqueo y rapiña formaban parte de la tónica habitual de Córdoba; eran un método para mantener sometidos a los cristianos, hubieran firmado tregua o no, y además eran el modo más rentable de mantener al ejército. Pero a pesar de tratarse de una cruel rutina, el ataque sobre Zamora nos indica muchas cosas. La primera: las relaciones entre León y Córdoba ya estaban rotas. La segunda: esta vez Abd al-Malik no exigió la presencia de tropas castellanas, y eso significa que también las relaciones del dictador cordobés con el conde de Castilla estaban rotas o, al menos, en periodo de desconfianza.

Después de golpear Zamora, Abd al-Malik vuelve sus ojos hacia el Pirineo. Establece su base de operaciones en Zaragoza y lanza a sus tropas contra los condados de Sobrarbe —bajo dominio navarro— y Ribagorza. El control de Barbastro, una de las principales plazas fuertes de Córdoba en la Marca Superior, le permite una proyección anchísima hacia la sierra de Arbe, hacia Aínsa, hacia Sabiñánigo. El escenario será el mismo que en Zamora: pobres tierras de campesinos que se verán arrasadas, centenares de cautivos vendidos como esclavos. En Roda de Isábena los moros secuestran al obispo, que se llamaba Aimerico; carne de rescate.

Mientras eso ocurría en la frontera, en Córdoba afloraba una nueva conspiración: la del visir Ibn al-Qatta. Este caballero era un árabe al que Abd al-Malik había entregado la dirección de la administración del califato. Se trataba, pues, de un hombre fiel al nuevo dictador de Córdoba. Parece, sin embargo, que Ibn al-Qatta era demasiado sensible a las sugerencias de la aristocracia árabe. En Córdoba seguían gozando de mucha influencia las grandes familias de la clientela omeya, como los Banu Hudayr y los Banu Futays. Estos viejos linajes veían con malos ojos a Abd alMalik, a quien consideraban un advenedizo. Tampoco soportaban a los eslavos, tan influyentes en el ejército y en la corte y que, sin embargo, no dejaban de ser esclavos libertos de origen cristiano. Y por último, detestaban cada vez más al impotente califa Hisham, a quien consideraban —y con razón— como un pelele incapaz de hacer valer la autoridad califal. Objetivo de los

conspiradores: eliminar a Abd al-Malik y a Hisham en un mismo movimiento, y elevar al trono del califa a un omeya, Hisham Abd al-Yabbar (otro Hisham), nieto de Abderramán III. El hijo de Almanzor descubrió el complot. Sin perder un minuto hizo ejecutar al visir Ibn al-Qatta y al pretendiente omeya.

A partir de este momento, Abd al-Malik sólo tiene una obsesión: Castilla. Contra ella se dirigirá enseguida, y poniendo toda la carne en el asador. No sabemos exactamente por qué el nuevo dictador de Córdoba se concentró tanto en la frontera castellana; las fuentes no nos lo dicen. Las crónicas moras hablan de que Sancho, el conde de Castilla, había organizado una coalición cristiana. ¿Cuándo? ¿Por qué? Tampoco lo sabemos. Lo único que nos consta es que en el verano de 1007 Abd al-Malik envió a sus ejércitos contra la posición de Clunia, en Burgos, que había vuelto a ser tomada por los cristianos. La expedición fue un éxito para los musulmanes. Pero la victoria no debió de ser tan rotunda como la pintan las crónicas árabes, porque muy poco después, en otoño, el dictador de Córdoba tiene que volver a salir de la capital para sofocar otro levantamiento en el Duero.

Ocurrió en un lugar llamado San Martín, que probablemente corresponde a San Martín de Rubiales, cerca de Roa. Ignoramos por qué era tan importante esta fortaleza, pero debía de serlo mucho cuando Abd al-Malik abandonó Córdoba en invierno, cosa insólita, para lanzar una ofensiva. Las huestes de Abd al-Malik sitiaron el castillo. La posición de los defensores era desesperada: eran muy pocos frente a un ejército excesivamente superior en número y potencia.

Lo que cuenta la crónica mora es simplemente brutal. Después de nueve días de asedio, la guarnición de San Martín propone a Abd al-Malik un armisticio. Los cristianos ofrecen entregar la plaza si se respetan sus vidas: no sólo las de los soldados, sino también las de los cientos de mujeres y niños refugiados tras los muros. Abd al-Malik finge aceptar. Los cristianos abren las puertas. Entonces el caudillo moro penetra en la fortaleza y ordena separar a los hombres de las mujeres y los niños. Los hombres, desarmados, serán todos asesinados allí mismo. Las mujeres y los niños serán repartidos entre la soldadesca mora y vendidos como esclavos. Era diciembre de 1007. Es la crónica mora, insistimos, la que lo cuenta.

Esta nueva campaña de Abd al-Malik deja un balance ambiguo. Por un lado, los moros golpean duro en Castilla y toman la posición clave de Clunia (la actual Coruña del Conde), cerca ya de Burgos, con lo cual suben muy al norte la línea de presión sobre la repoblación cristiana. Pero lo cierto es que

Sancho seguía rebelde y Abd al-Malik no había podido cazarle. Más aún: tan palpitante debía de ser la rebeldía castellana, que el caudillo moro tiene que volver al Duero en pleno invierno.

Ojo, porque el ejército de Córdoba está comenzando a dar muestras de debilidad. Sigue siendo numéricamente invencible, pero es como si estuviera empezando a dejar de funcionar, como si algo en su interior se atascara. ¿Qué estaba fallando? Sin duda su cohesión. El ejército del califa, recordemos, estaba formado por tres grandes grupos: los bereberes reclutados masivamente por Almanzor, que eran fieles a los *amiríes* y, por tanto a Abd al-Malik; los eslavos de la guardia, fieles ante todo al califa, y además los árabes, a lo cual había que añadir a los de origen *muladí*, es decir, hispano-musulmán, que se consideraban a sí mismos como los auténticos representantes de la tradición *andalusí*. Cada uno de los tres tenía sus propias aspiraciones. Almanzor, en su día, había tomado la providencia de mezclar a unos grupos con otros en sus huestes, para evitar que formaran bloques homogéneos. La propia dinámica de las cosas, sin embargo, fue llevando a que todos y cada uno de ellos se agruparan según sus afinidades tribales y políticas. Y esas diferencias tardarán muy poco en convertirse en causa de conflicto.

La agonía de la espada del Estado

Vamos ahora a un momento decisivo: primavera de 1008. Abd alMalik, obsesionado con aniquilar a Castilla, prepara una nueva ofensiva. Ésta tiene que ser la definitiva, la ofensiva final. Pero nada va a salir como el dictador de Córdoba espera. Será la última campaña del hijo de Almanzor. Las crónicas moras la llaman «gazat al-illa» (campaña de la enfermedad). ¿Por qué? De esta campaña sólo sabemos lo que las fuentes moras nos cuentan. El relato que ofrecen es realmente enigmático. Lo que importa, sin embargo, es su final. Vamos a verlo.

Abd al-Malik abandonó Córdoba, al frente de sus huestes, en el mes de Ramadán de 1008, probablemente a finales de mayo. Se dirige a la base de Medinaceli: desde allí se propone lanzar a sus ejércitos contra Sancho de Castilla. Las crónicas moras (Ibn Idhari y el Bayan al-mugrib, concretamente) emplean términos como «penetrar contra» y «rechazar»; es como si el conde Sancho hubiera ocupado de nuevo las tierras perdidas años atrás en el cauce

del Duero. Una vez en Medinaceli, algo imprevisto ocurre: el caudillo moro enferma. Enferma tanto que se traslada a Zaragoza para recibir asistencia médica. Pero no sólo el jefe moro enferma, sino que buena parte de sus tropas —«la mayor parte de los voluntarios», dice la crónica— le abandona. Ese verano, sorprendentemente, no habrá campaña contra Castilla. Abd al-Malik vuelve a Córdoba varios meses más tarde, a finales de septiembre, con las manos vacías y «destruidas sus esperanzas de vencer al rey cristiano», dice el cronista musulmán.

¿Qué le pasaba a Abd al-Malik? ¿Cuál era esa enfermedad? Lo ignoramos. Al parecer, era la segunda vez que le aquejaba una dolencia de ese género. De vuelta en Córdoba, ya recuperado, el caudillo cordobés sólo piensa en acabar la tarea. Ha entrado ya el mes de octubre, cuando normalmente la guerra cesaba por el frío, pero Abd al-Malik parece obsesionado con golpear sobre Castilla. Ordena a sus tropas equiparse para una campaña de invierno y el 19 de octubre de 1008 vuelve a salir de la capital.

Aquí la crónica se hace más explícita: recién puesto en marcha, Abd al-Malik empieza a acusar los efectos de una angina que le provoca ahogos. El dolor es tan intenso que el caudillo debe descabalgar. Sus servidores personales preparan a toda prisa el campamento. Abd al-Malik es acostado en el interior de su tienda. El ejército recibe la orden de detenerse y acampar. Orden que, según la crónica mora, los soldados reciben con malestar y malevolencia; no parece que les preocupara mucho la salud de su jefe. En ese momento llega al lugar un relevante personaje del califato, el cadí Ibn Dakwan. Hombre de autoridad debía de ser, porque es él quien ordena llevar al enfermo a Córdoba. El ejército se descompone; cada cual regresa a Córdoba por su cuenta. En cuanto al victorioso Abd al-Malik, agoniza sin remedio. Sus sirvientes le transportan en litera al palacio de Medina al-Zahira. Abd al-Malik entra ya cadáver. Era el 21 de octubre de 1008. El feroz Abd al-Malik moría con sólo treinta y seis años. Su ejército se había desperdigado. Y el califato quedaba en suspenso.

Debate para especialistas: ¿realmente estaba enfermo Abd al-Malik? ¿Qué le pasaba? ¿Qué extraña enfermedad era esa que le llevaba a aparecer y desaparecer del campo de batalla y, lo que todavía es más extraño, que empujaba a sus tropas a desmandarse y fallar en sus objetivos cada vez que el caudillo se ausentaba? Otras veces hemos visto a los ejércitos de Córdoba, formados mayoritariamente por guerreros profesionales, cuya vida consistía

precisamente en eso, atacar aquí y allá sin necesidad de que el dictador de Córdoba estuviera al frente. ¿Acaso los generales del nuevo jefe *amirí* no eran capaces de conducir por sí solos una ofensiva? ¿Tan imprescindible era la presencia de Abd al-Malik como para que sólo él pudiera obtener la victoria? Verdaderamente, no es lógico.

Puesto que no es lógico que la presencia de Abd al-Malik en el campo de batalla fuera imprescindible, muchos especialistas han querido ver aquí un truco, una trampa de la crónica. Así, cada vez que la crónica árabe habla de la «enfermedad» de Abd al-Malik, en realidad hay que interpretar un revés militar. Revés que puede deberse a dos causas: una, las divisiones de tipo étnico que empezaban a hacer mella en el aparato militar del califato; otra, simplemente, que las fuerzas de Sancho de Castilla ya eran superiores o, por lo menos, iguales en eficacia a las moras, capaces de presentar una resistencia considerable en el campo de batalla. La crónica mora, siempre elogiosa y reverencial hacia Abd al-Malik, habría camuflado los contratiempos militares detrás de esa alusión a la «enfermedad» del caudillo; enfermedad que no es falsa, que sí existió, pero que no sería la causa real de los reveses del moro.

¿Es verosímil esta interpretación? En todo caso, lo que nos consta es el fracaso de Abd al-Malik en sus asaltos al territorio castellano. El Victorioso, la Espada del Estado, que había sometido a los reinos cristianos a un régimen de terror, que había llevado su poder hasta el punto de arbitrar en la corte leonesa, que había plantado sus banderas tan al norte como en Clunia, que había azotado con crueldad el orgullo cristiano asesinando y esclavizando en masa, ese mismo Abd al-Malik fallaba ahora ante las tropas de Castilla. ¿Qué tropas? Sabemos que bajo las banderas de Sancho se alineaban contingentes navarros. Sabemos que los colonos del sur, expulsados de sus tierras por los moros, corrían a refugiarse ahora al norte del Duero. Sabemos que Sancho, sobrenombrado «el de los buenos fueros», otorgó generosamente derechos a los castellanos que le sirvieran en el combate. Podemos imaginar que muchos de los innumerables colonos fugitivos del sur de Castilla serían ahora guerreros en las filas de Sancho. Podemos suponer, en fin, que así el conde de Castilla había conseguido organizar un ejército suficiente para frenar al caudillo de Córdoba.

Una vez más, todo esto no son más que hipótesis. Nos sirven para explicar lo inexplicable, a saber, esa extraña incapacidad de los ejércitos de Córdoba para actuar sin que Abd al-Malik estuviera presente, pero a partir de aquí no podemos dar ni un paso más. Lo único que podemos asegurar es la temprana

desaparición del hijo y heredero de Almanzor, Abd al-Malik al Muzaffar, el Victorioso, la Espada del Estado, muerto con treinta y seis años y después de sólo seis de mandato.

La crónica mora cuenta que, cuando el cadáver de Abd al-Malik llegó a Córdoba, allí estaba esperándole su hermano Abderramán, Sanchuelo, el segundón de la familia. Él iba a heredar ahora todo el poder de la dinastía *amirí*. Inmediatamente se dispararon las habladurías. No era normal que un caudillo tan aguerrido como Abd al-Malik muriera tan joven. Si había muerto tan joven, era porque alguien había provocado su fallecimiento. ¿Cómo? Un veneno, sin duda. ¿Y quién podía ser? ¿Quién podía haber envenenado al Victorioso? Alguien se hizo la pregunta inevitable: *Cui prodest*? ¿a quién beneficia? Naturalmente, a Sanchuelo, el otro hijo de Almanzor, sospechoso además por ser hijo de una cristiana; tan hijo de cristiana que no podía negar su origen por su extraordinario parecido con su abuelo, el navarro Sancho III Garcés, y de ahí precisamente que le llamaran Sanchuelo (del diminutivo mozárabe «Sanchol»). Pronto el rumor popular se hizo invencible: Sanchuelo había envenenado a Abd al-Malik.

En realidad, nada permite sostener que Sanchuelo hubiera envenenado a Abd al-Malik. Es verdad, eso sí, que se dio prisa en recoger la herencia. El nuevo hombre fuerte del califato recibió el cadáver de su hermano en la ciudad palacio de al-Zahira. Después, convocó a los principales dignatarios del califato. Con ellos estuvo reunido toda la noche. Al día siguiente, y sin que mediara oposición significativa, Abderramán Sanchuelo quedaba investido de todos los poderes y toda la autoridad del difunto Abd al-Malik.

Fue un día de fiesta en Córdoba. Sanchuelo, con todos los poderes en su mano, salió a las calles para recibir las aclamaciones y felicitaciones del pueblo. Bajo esas aclamaciones y felicitaciones, flotaba el rumor maledicente: Sanchuelo había envenenado a su hermano. En todo caso, el verdadero veneno se escondía mucho más hondo en Medina al-Zahira. Y pronto iba a extenderse por todo el califato, hasta llevarlo al colapso final.

El triste sino de Sanchuelo

¿Cómo era Sanchuelo? Cuando llegó al poder debía de tener unos veinticinco años. Era intrépido hasta la temeridad y extraordinariamente ambicioso, dice la crónica mora. También muy dado al vicio: la crónica le pinta entregado al

vino, acompañado con frecuencia de «danzantes, bufones y homosexuales». Y sobre todo, había trabado gran intimidad con el califa, Hisham II, con el que compartía largas veladas de juerga en el palacio de Medina Azahara. Es curioso, porque tanto Sanchuelo como Hisham eran hijos de navarra: el primero, de la princesa Urraca (Abda), y el segundo, de la vascona Subh, Aurora, la que fuera favorita del califa anterior. Y Hisham y Sanchuelo protagonizarán ahora la descomposición del califato.

Guiado por su extraordinaria ambición y amparado por la amistad del califa, Sanchuelo dio un paso francamente audaz: se hizo proclamar heredero del califa, nada menos. Era algo que ni Almanzor ni Abd al-Malik habían osado hacer, porque ambos sabían que el sistema *amirí* reposaba sobre la división formal de funciones: la autoridad espiritual para el califa, el poder material para el *hayib*. Pero ahora, noviembre de 1008, el califa Hisham, que no tenía hijos, firmaba un documento por el que designaba a Sanchuelo sucesor suyo. Nacía así una nueva dinastía califal: la de Abderramán ibn Almanzor, es decir, la dinastía de Sanchuelo.

La ocurrencia cayó como una bomba en Córdoba. Uno de los factores permanentes de tensión en el califato, durante el medio siglo anterior, había sido precisamente el malestar de los legitimistas, tanto de la familia omeya como de sus clientes y la aristocracia árabe, que toleraban mal la marginación del califa y el nuevo protagonismo de los bereberes introducidos por Almanzor. Ahora, con esta medida, la vieja aristocracia árabe se sintió humillada. Todos los descendientes del califa Abderramán III, sin excepción, se consideraron vejados, agredidos por el nuevo dictador de Córdoba y, lo que aún era peor, por un califa al que ya sólo podían ver como un traidor. Pero no iban a acabar ahí los errores de Sanchuelo.

Con una habilidad realmente notable para crearse enemigos, Sanchuelo hizo otra cosa que aún iba a empeorar más el panorama. Si con su proclamación como heredero del califa se había ganado la hostilidad de la aristocracia cordobesa, ahora iba a procurarse la animadversión de las masas con una medida sorprendente: ordenó a los dignatarios de la corte y a los oficiales de la burocracia que, a partir de ese momento, sustituyeran sus bonetes cordobeses por turbantes bereberes.

Esto hay que explicarlo un poco. En la moda popular de Córdoba, la gente se cubría la cabeza con altos bonetes de colores, una suerte de fez. Era un signo de identidad colectiva, específicamente *andalusí*. Por el contrario, el turbante era una prenda bastante ajena, de origen bereber, introducida en el

califato por los bereberes de Almanzor y que los cordobeses no sentían como propia. Ordenarles ahora que sustituyeran sus bonetes por turbantes, aunque sólo fuera para presentarse ante el califa, era una agresión a su orgullo cordobés.

¿Por qué hizo Sanchuelo semejantes cosas? ¿Eran realmente tan innecesarias y gratuitas como parece? La historiografía tradicional tiende a dibujarnos estas decisiones del nuevo caudillo de Córdoba como el producto de una mente despótica y caprichosa. No cabe descartar esa posibilidad, pero también hay que tener en cuenta su sentido: proclamarse heredero del califa significaba apartar a la aristocracia árabe del poder; imponer los turbantes en el ritual de la corte significaba apostar por los bereberes, también en perjuicio de los árabes y, además, de los eslavos. ¿Se proponía Sanchuelo, en realidad, apoyarse en los bereberes para cimentar un poder inestable? Por inepto que fuera, hay que suponer que Sanchuelo estaría al tanto del complicado juego de tensiones que cruzaba la estructura del poder. Desde ese punto de vista, apoyarse en los bereberes frente a los árabes no dejaba de ser una opción como cualquier otra. Aunque, ciertamente, no fue la mejor opción.

Algo debió de influir también en Sanchuelo, aunque no sepamos exactamente cómo, la efervescente atmósfera que se estaba viviendo en la España cristiana. En los años inmediatamente anteriores habían pasado muchas y muy importantes cosas. Ya hemos visto a Sancho García, el conde de Castilla, pasando a la ofensiva en el Duero. Sancho cuenta además con el respaldo navarro. Aquí, en Pamplona, el rey García el Temblón ha muerto hacia el año 1000 y, después de una breve regencia, la corona ha recaído en su hijo Sancho en 1004. Este Sancho pasará a la historia como Sancho el Mayor, pero de momento sólo es un jovenzuelo de apenas dieciocho años. Navarra queda bajo el gobierno de una corte regente formada por la madre del rey, Jimena Fernández, que es de la familia de Cea; Urraca Fernández, abuela del joven rey, que es castellana, y los obispos del reino de Pamplona. La situación institucional parece delicada, pero la corte de Pamplona-Nájera aprovecha estos años para consolidar un territorio que abarca ya Navarra, La Rioja, Aragón, Sobrarbe y, pronto, Ribagorza. La orientación de los regentes pamploneses es clara: apoyo a Castilla, que cubre el flanco sur del territorio navarro. Ahora bien, ese apoyo a Castilla no significa sólo una coalición contra Córdoba, sino también contra León, que permanece teóricamente como reino vasallo del califa.

León, sí. ¿Qué está pasando en León? Algo tremendo: el tutor del rey Alfonso V, el conde gallego Menendo González, ha sido asesinado en octubre de 1008. ¿Por quién? No lo sabemos. Pero una de las primeras visitas que recibe Sanchuelo en Córdoba es la del conde García de Saldaña, cabeza de los Banu Gómez, que viene a pedirle auxilio. Auxilio, ¿para qué y contra quién? Tampoco lo sabemos, por desgracia, porque todo lo que ocurre en León en ese momento permanece entre brumas. Podemos pensar en revueltas internas. Podemos pensar en nuevas confabulaciones de los grandes linajes nobiliarios. Podemos pensar en algún eco de los movimientos de Sancho García en Castilla. O podemos pensar en una actitud mucho más belicosa de Alfonso V, el propio rey, que en ese momento —1008— tiene ya dieciséis años. La crónica mora dice que Abderramán Sanchuelo mandó una carta al «rey de los cristianos» exigiendo vasallaje y que la respuesta de éste fue: «Por Dios, si yo estuviese durmiendo y Abderramán avanzase con todos sus ejércitos, no me despertaría por ello». ¿Verdad o mentira? Lamentablemente, sólo tenemos las piezas del rompecabezas. A veces la historia es una pregunta sin respuesta. No se puede decir nada más.

El hecho es que Sanchuelo, que ve cómo se le tuercen las cosas, decide actuar. Está viendo que en el interior de Córdoba hay marejada. Y está viendo, también, que en la frontera cristiana hay movimientos muy inconvenientes. Así que en enero de 1009, aún en pleno invierno, reúne a su ejército y decide partir contra la frontera castellana. En invierno, sí: «Sin que jamás se hubiese oído de más intenso y fuerte frío, ni de más violenta lluvia», dice la crónica mora. Pero ¿acaso Abd al-Malik no había emprendido también campañas en invierno? Y Sanchuelo necesitaba urgentemente victorias, éxitos militares que asentaran su posición.

Así Sanchuelo abandonaba Córdoba. Tras de sí dejaba un avispero de intrigas y descontento. Delante le esperaba un enemigo, Castilla, de tenacidad implacable. Y a partir de este momento, el califato iba a dar la vuelta literalmente sobre sí mismo.

El hundimiento

Todo sucedió en unos pocos días de febrero. Con Sanchuelo fuera de Córdoba, la vieja aristocracia omeya da un golpe de Estado en el califato. Será el final: no sólo se derrumba el régimen de Almanzor, sino todo el

edificio político del islam español. El paisaje da un vuelco decisivo. Pero empecemos por el principio.

Era el 15 de febrero de 1009 cuando los conjurados dieron el paso crucial. Ese día, tropas árabes y eslavas tomaron al asalto el palacio de Medina Azahara, donde vivía el califa Hisham. La guardia califal, o no hizo nada para impedirlo, o estaba también en el complot. La vida de Hisham fue respetada, pero sólo a condición de que abdicara en el cabecilla de la revuelta, el omeya Muhammad, un bisnieto de Abderramán III. El día siguiente, 16, los conjurados se dirigen contra la ciudad-palacio de Medina al-Zahira, la residencia construida por Almanzor como escenario del poder *amirí*. La guardia de los *amiríes* se rinde sin resistencia a cambio de salir viva. Lo que no salió vivo fue el palacio: durante una semana todo fue saqueado y, después, demolido a conciencia. El 19 de febrero no quedaba nada del fastuoso palacio almanzoriano. El viernes siguiente, 25 de febrero, el nuevo califa Muhammad presidía la oración colectiva y hacía leer un comunicado oficial: el califa declaraba la guerra santa a Abderramán Sanchuelo. Empezaba en Córdoba la Fitna, la guerra civil.

Mientras todo esto pasaba, Sanchuelo, que se dirigía a Medinaceli, andaba todavía por Toledo: las pésimas condiciones climáticas le habían impedido avanzar más. En la vieja capital romana y goda estaba cuando se enteró de que en Córdoba le habían movido el sillón. A toda prisa resolvió volver a Córdoba, pero no era fácil mover a una hueste tan inmensa; entre otras cosas, y para que nos hagamos una idea de lo que era aquello, señalemos que Sanchuelo había llevado consigo para esta campaña a las setenta mujeres de su harén. Pronto los bereberes, que tenían a sus familias en Córdoba, empezaron a desertar. Sanchuelo intentó tomar juramento a todos sus soldados, uno a uno, pero eso sólo sirvió para acelerar las deserciones. Cuando estuvo cerca de Córdoba, ya sólo le quedaban algunos fieles; entre ellos, un Banu Gómez que había acudido a pedirle ayuda. Ambos, así como el numeroso harén, corrieron a refugiarse en un convento mozárabe. Allí fueron apresados por la tropa que Muhammad, el nuevo califa, había enviado contra ellos. Sanchuelo fue degollado por sus captores en la tarde del 4 de febrero de 1009. Así terminaba la estirpe de Almanzor.

Acto seguido, el califato entero estalló. El nuevo califa, Muhammad, no supo o no quiso ganarse el apoyo de los bereberes, los cuales, por otro lado, veían en él a un representante de los odiados árabes. De manera que los bereberes se revuelven y proclaman califa a otro omeya, de nombre Hisham.

Muhammad lanza entonces una ofensiva contra los bereberes de este otro Hisham y, entre otras cosas, ofrece una recompensa a todo ciudadano que le lleve la cabeza de un bereber. Es una auténtica carnicería: en las calles de Córdoba, la población autóctona persigue a los bereberes, quema sus casas, mata a sus mujeres. El propio Hisham III, este efímero califa de los bereberes, es capturado y degollado en junio de 1009. Los bereberes huyen hacia el norte y en la fuga se les une un sobrino del degollado Hisham. Se llama Suleimán y se proclama califa a su vez. Al mismo tiempo, el jefe de la base de Medinaceli, el general eslavo Wadhid, gobernador de la Marca Superior, decide hacer de su capa un sayo y constituye su propio núcleo de poder. En Levante, mientras tanto, los poderes locales asumen el gobierno de sus respectivas regiones. El califato de Córdoba se ha roto en pedazos.

Pregunta elemental, ¿cómo es posible que el califato de Córdoba, que era una de las construcciones políticas más poderosas de su tiempo, viniera a caer con semejante estrépito? Más precisamente, ¿cómo es posible que todo esto ocurriera en apenas unas pocas semanas por obra de los defectos de una sola persona, Sanchuelo, que tal es la explicación que dan las fuentes árabes? La verdad es que las fuentes árabes de esta época —como, por otra parte, las cristianas— hay que cogerlas con pinzas, porque en general su objetivo no es contar neutramente lo que pasó, sino justificar un proceso histórico. Así, en la fuentes moras veremos siempre que el gobernante eficaz es adornado con las virtudes canónicas de la piedad religiosa, la prudencia y la moderación, mientras que el gobernante ineficiente es tachado con los defectos de la impiedad, la imprudencia y la depravación.

Eso hay que aplicarlo a nuestro caso: un asesino de masas como Abd al-Malik —la propia crónica mora nos cuenta sus excesos— es retratado como hombre de excelsas cualidades, mientras que a su hermano y sucesor Sanchuelo nos lo pintan como una especie de depósito de todos los vicios. ¿Realmente eran así, tan virtuoso uno y tan desastroso el otro? Seguramente no. Pero Abd al-Malik gobernó un califato poderoso, mientras que Sanchuelo vio cómo el califato se le descomponía. En consecuencia, para la memoria política del islam español quedará la imagen del *amirí* bueno, esto es, Abd al-Malik, y el *amirí* malo, o sea, Sanchuelo.

Pero, en realidad, rara vez las debilidades personales de un hombre son la causa directa de un hundimiento colectivo. Sin duda el temperamento de las personas influye en la historia, pero es más sensato pensar que existen causas más hondas y poderosas, de carácter general. Al retratar el hundimiento del

Reino de León a mediados del siglo X, por ejemplo, hemos encontrado a monarcas de muy escasa talla, como Sancho el Craso y Ordoño el Malo. Pero si el reino entró en crisis no fue por los defectos —ciertamente innegables— de esta pareja, sino por la incapacidad de la estructura política leonesa para encauzar el auge del poder nobiliario, de esas grandes familias —los Saldaña-Carrión, los de Lara, los Ansúrez, etc.— cuyo control sobre grandes territorios había modificado radicalmente el orden colectivo. Y del mismo modo, ahora, a principios del siglo XI, lo que está provocando el hundimiento del califato de Córdoba no es la debilidad personal de Sanchuelo, sino la fragilidad del sistema creado por Almanzor.

Los regímenes de carácter personal casi siempre conocen un final semejante: cuando desaparece la voluntad que los edificó, el orden tiende de forma natural a descomponerse. Almanzor había construido un sistema basado en su propia personalidad: la autoridad del califa, relegada a un etéreo plano espiritual; el poder de verdad, todo él acumulado en manos de Almanzor; en la base del sistema, un ejército compuesto por grupos enfrentados, sólo unidos por la mano dura del jefe. La arquitectura de este sistema reposaba sobre un conjunto de tensiones cuyo punto de equilibrio era exclusivamente el propio Almanzor. Desaparecido Almanzor, su hijo Abd al-Malik desempeñó ese papel de punto de equilibrio; hay razones para pensar que ya en ese momento las tensiones eran insoportables. La temprana muerte de Abd al-Malik y su sustitución por Sanchuelo terminaron de colapsar el sistema. El sistema *amirí*, la obra de Almanzor, había llevado al islam español a su máximo poder, pero en ese mismo esfuerzo se hallaba ya, en germen, el anuncio de su descomposición. Eso es lo que estalló a partir del mes de diciembre de 1008.

Ahora, primavera de 1009, después de varios meses de guerra civil en Córdoba, el mapa político de España ha girado ciento ochenta grados. El enorme ejército de Almanzor se ha convertido en tres ejércitos —o más— que combaten entre sí. Los reinos cristianos, perplejos, no tardan en aprovechar la oportunidad. Al margen de León, donde las fuertes querellas internas hacían imposible cualquier reacción enérgica, los otros poderes de la cristiandad ven el campo abierto. Hay movimientos en el Pirineo aragonés, bajo control navarro. También en los condados catalanes empiezan los campesinos a bajar de nuevo al llano, a las comarcas abandonadas veinte años atrás: el Penedés, la Anoia, la Segarra. Pero la mayor ofensiva es en Castilla, donde Sancho reúne a su ejército, penetra en tierra de moros y avanza nada menos que doscientos kilómetros, hasta Molina de Aragón, en el alto Tajo, al mismo

tiempo que las gentes de Castilla empiezan a asomar de nuevo por las fortalezas perdidas en el Duero.

Así llegamos a una escena realmente increíble. Hacia el verano de 1009, tres embajadas musulmanas acuden al campamento de Sancho de Castilla. Una es la de los bereberes de Suleimán. Otra, la de los árabes del califa de Córdoba, Muhammad. La tercera es la del gobernador eslavo de Medinaceli, Wadhid. Ninguna de esas embajadas acude en son de victoria a imponer tributos, como era habitual. Al revés, ahora todas ellas acuden para pedir a Sancho que les ayude contra sus rivales del propio campo musulmán. El mundo se ha dado la vuelta. Vienen años importantísimos para la cristiandad española.

La decisión de Sancho García

El poder del califa se reduce a Córdoba, la frontera de Coimbra y la frontera de Tortosa. En la Marca Media, entre Aragón y Castilla, manda el general eslavo Wadhid. Y en la frontera castellana vagan los bereberes, expulsados de Córdoba, que han nombrado a su propio califa, el omeya Suleimán. Al-Ándalus vive una feroz guerra civil. Y esa guerra eleva a una posición decisiva a un jefe cristiano: Sancho García.

El nuevo califa de Córdoba, Muhammad, envía un mensaje conciliador a los bereberes, a los que acaba de aniquilar en la capital. Éstos, ya sea por orgullo o por desconfianza, rechazan la oferta de Muhammad. Los bereberes de Suleimán prefieren otro aliado y van a ver al general eslavo Wadhid, el jefe militar de Medinaceli. Pero ése, a su vez, desprecia a los bereberes y rechaza cualquier acuerdo. En ese momento hay al menos tres núcleos de poder irreconciliables en Al-Ándalus: Córdoba, los bereberes y Wadhid. Ninguno puede por sí solo anular a los otros dos. Todos ellos necesitan ayuda. ¿Y a quién se la pueden pedir? En España, en ese momento, sólo hay un poder con fuerza militar suficiente para desequilibrar la balanza: la Castilla de Sancho García. Así Sancho pasa en poco más de un año de esperar la embestida musulmana, que tal era la situación cuando la última campaña del difunto Abd al-Malik, a estar en posición de decidir el futuro de la España mora. El yunque se había convertido en martillo.

Suleimán mandó embajadores al campamento de Sancho. Cuando llegaron allí los bereberes, se encontraron con que también Muhammad había

enviado embajadores desde Córdoba y Wadhid había hecho lo propio desde Medinaceli. La escena debió de ser extremadamente tensa: los tres protagonistas de una atroz guerra civil, reunidos ahora en el campo de alguien que hasta poco antes había sido su peor enemigo, pero al que ahora necesitaban como aliado. Todos y cada uno de ellos ofrecieron al conde de Castilla innumerables ventajas; el oro y el moro, podríamos decir. Sancho, por su parte, se limitó a escuchar a los legados de las partes. Y después, hizo sus cálculos. Vamos a imaginar cómo reflexionaría Sancho antes de tomar su decisión.

Primera opción castellana, pactar con Wadhid. La alianza con Wadhid, el jefe militar de Medinaceli, tenía sus ventajas: pondría bajo influencia castellana a un numeroso contingente militar musulmán. Pero el eslavo sólo le interesaba a Sancho en la medida en que le permitiera recuperar el control de la frontera sureste, desde las tierras del Duero en Burgos y Soria hasta las sierras de Guadalajara y Segovia. ¿Podía Wadhid cederle tal cosa? No; si lo hiciera, el propio Wadhid se quedaría sin territorios propios, pues ésos eran precisamente los que el general eslavo controlaba. De esta manera, la alianza con Wadhid sería necesariamente efímera y tarde o temprano llevaría a un enfrentamiento. No es sabio aliarse con quien aspira a quedarse lo mismo que tú codicias. Eso sin contar con la dudosa fidelidad de las huestes de Wadhid, cuyo jefe, al fin y al cabo, era el califa de Córdoba, y que en cualquier momento podían abandonar al general. La opción de Wadhid, en fin, no era la mejor.

La segunda opción, que era la del califa de Córdoba, Muhammad, venía avalada por las suculentas propuestas de sus embajadores: innumerables bienes y la devolución de varias plazas fronterizas esenciales, las fortalezas del Duero, a cambio del apoyo castellano a la causa del califa. Claro que, ¿hasta qué punto Muhammad podía realmente ofrecer nada? Las fortalezas cuya devolución le proponía no estaban en realidad en manos de Muhammad, sino bajo el control de Wadhid, y sólo podrían recuperarse bajo presión militar. Ahora bien, Muhammad no poseía fuerza militar acreditada; Córdoba estaba muy lejos, su control sobre sus tropas era discutible y, sobre todo, el nuevo califa carecía de experiencia militar. La oferta cordobesa era un espejismo. Apostar por Muhammad resultaba demasiado arriesgado.

La opción berebere, en fin, se dibujaba como la más apta. Los bereberes acumulaban una experiencia militar bien acreditada, cosa de la que el califa de Córdoba carecía. Y no aspiraban a quedarse con territorios que el

castellano ambicionara, como era el caso de Wadhid, sino que su objetivo era volver a Córdoba, movidos por el deseo de venganza, y poner a Suleimán en el trono califal. Cierto que Suleimán, de momento, no era más que un desterrado. Pero lo que Sancho buscaba en este momento no era establecer relaciones políticas con nadie, sino, exclusivamente, fuerza militar para recuperar los territorios que Castilla había perdido en el medio siglo anterior, y eso era precisamente lo que Suleimán mejor que nadie podía ofrecerle. Sancho le dijo a Suleimán que si dejaba en su poder las mismas fortalezas que Muhammad le ofrecía, le escogería a él, al partido bereber. Suleimán accedió. Así Sancho eligió a su aliado: los bereberes de Suleimán.

Apostar por los bereberes tenía sus riesgos. Ante todo, resultaba verdaderamente costoso, porque aquella gente estaba literalmente con lo puesto. Había que darles de comer. Pero mientras tuvieran hambre, es decir, mientras su abastecimiento dependiera de Castilla, serían una tropa fiel. Sancho hizo alarde de generosidad: en su pacto con los bereberes de Suleimán les aprovisionó con mil bueyes, cinco mil carneros y mil carros de grano y víveres diversos. La dimensión del avituallamiento nos permite hacernos una idea de lo numeroso que era aquel ejército. Y una vez abastecidos los bereberes, el jefe castellano se puso en marcha… ¡Hacia Córdoba!

Comenzaba el verano de 1009. Tan sólo un año antes, Sancho había tenido que rechazar con apuros la ofensiva de Abd al-Malik; ahora estaba marchando sobre Córdoba, nada menos. Antes de poner rumbo al sur, y para aumentar todavía más su hueste, el conde de Castilla exploró una jugada tentativa: ofreció al eslavo Wadhid, el general de Medinaceli, unirse al ejército de castellanos y bereberes. Wadhid, militar al fin y al cabo, se negó; no quiso ponerse contra el califa de Córdoba, por dudosa que fuera su legitimidad. Y el eslavo no sólo rehusó unirse a Sancho, sino que movilizó a cuantas tropas pudo en su demarcación para frenar el avance de Sancho García hacia la capital del califato. Se avecinaba la primera batalla del nuevo paisaje, donde Sancho pondría a prueba lo acertado de su apuesta bereber.

Las tropas reunidas por Wadhid salieron al paso del ejército castellano a la altura de Alcalá de Henares. Terminaba el mes de agosto de 1009. Las tropas castellanas cabalgaban con Sancho García al frente. A los bereberes los mandaba Zawi ibn Zirí. Desconocemos el número de quienes trataron de detener la ofensiva castellana. Wadhid era un militar profesional, un tipo experimentado en estas cosas; podemos suponer que no habría dado la batalla si se hubiera visto en situación demasiado inferior. En todo caso, castellanos y

bereberes arrasaron a sus oponentes. El general Wadhid, viendo la posición perdida, optó por la retirada. Dice la crónica mora que sólo pudo salvar de la derrota a seiscientos hombres, los que le acompañaron en la fuga. Wadhid marchó a Córdoba con el propósito de buscar allí refuerzos y engrosar la defensa del califa Muhammad. Lo que descubrió en la capital debió dejarle helado. ¿Qué era?

Enseguida veremos qué descubrió Wadhid en Córdoba, pero, por el momento, retengamos esta escena: vencido ya el verano de 1009, en el incierto otoño manchego, una enorme hueste cruza el campo camino de Córdoba. Son los castellanos de Sancho García con sus aliados bereberes. Hasta muy pocos años antes, cuando los cristianos acudían allí lo hacían como cautivos, como esclavos o como embajadores que prestaban vasallaje. Ahora lo hacen como invasores victoriosos. Y lo más impresionante todavía está por llegar.

El conde de Castilla entra en Córdoba

Decíamos que Wadhid había acudido a Córdoba en busca de refuerzos y que debió de quedarse helado al ver lo que vio. ¿Y qué vio? Que no había ejército. Las defensas de Córdoba se reducían a una tropa de aluvión alistada a toda prisa entre la población local; numerosa, sí, pero sin experiencia alguna de combate. ¿Y dónde estaba el enorme ejército creado por Almanzor, aquella terrible máquina militar que durante años había sometido a los reinos cristianos del norte a un régimen de terror permanente? Aquel ejército ya no estaba, se había disuelto bajo el torbellino de la guerra civil. Y una buena parte de él, por otro lado, se encontraba ahora atacando Córdoba bajo las banderas castellanas.

Para reforzar la dudosa combatividad de su improvisado ejército, el califa Muhammad había ordenado rodear Córdoba de fosas y trincheras. Pero al tener noticia de que los castellanos asomaban a orillas del Guadalmellato, a un día de camino de la capital, no tuvo la sangre fría suficiente para aguantar la embestida. Persuadido de que el número de sus voluntarios bastaría para frenar a los invasores, confiado tal vez en los efectos euforizantes de la guerra santa, el califa ordenó salir de la ciudad para plantar cara al ejército castellano y bereber. Y el encargado de dirigir la operación iba a ser, de nuevo, el eslavo

Wadhid, el jefe militar de la Marca Media. Era el 5 de noviembre de 1009. Fue un nuevo desastre para Córdoba.

El choque tuvo lugar cerca de Alcolea, donde el Guadalmellato vierte al Guadalquivir. El número de los califales debía de ser impresionante, por lo que cuenta la crónica mora, pero a Sancho no le impresionó mucho. Bastó una sola maniobra, una carga de un escuadrón berebere contra el centro de las tropas de Wadhid, para que el frente de los defensores se deshiciera en medio de una enorme confusión. Los soldados del califa, que en su inmensa mayoría jamás habían combatido antes, descompusieron sus líneas. Después, empujados por castellanos y bereberes, comenzaron a retroceder hacia el río. La crónica mora eleva a diez mil el número de cordobeses muertos, acuchillados unos, ahogados otros en las aguas del Guadalquivir. Tal vez la cifra es exagerada, pero la derrota, no.

Wadhid, buen militar, vio desde el primer momento que la batalla estaba perdida: en cuanto su primera línea demostró que era incapaz de aguantar la embestida enemiga. De manera que, prudente, reunió a sus seiscientos guerreros —los que habían sobrevivido a la derrota de Alcalá de Henares— y abandonó el campo. El general eslavo marchó a su sede de Medinaceli para tratar de mantener las posiciones que se le habían encomendado. Con ello el camino a Córdoba quedaba abierto para los castellanos de Sancho García y los bereberes de Suleimán.

En Córdoba, el califa Muhammad había corrido a refugiarse en el alcázar. Cuando vio llegar a los bereberes, buscó al anterior califa, Hisham II, el hijo de Aurora, al que mantenía preso. En los meses anteriores, Muhammad había hecho correr el rumor de que Hisham estaba muerto; incluso había celebrado sus exequias fúnebres. Ahora lo mostraba vivito y coleando como manifestación de que Hisham seguía siendo califa. Así se lo dijo a los bereberes. Y les dijo más: les dijo que él, Muhammad, no era en realidad califa, sino simplemente *hayib* o primer ministro de Hisham II, que había recuperado el trono. El ardid no coló: los bereberes le respondieron que ya tenían su propio califa, Suleimán, y que se alegraban mucho de que Hisham siguiera vivo, pero que el trono ya no le correspondía a él, sino a Suleimán. No hubo acuerdo posible. Hisham fue obligado a abdicar por segunda vez. Ahora en el nuevo califa, Suleimán.

El 8 de noviembre de 1009, Suleimán ibn al-Hakam es solemnemente coronado. Córdoba tiene nuevo califa. Sancho García está presente en la ceremonia. Acto seguido, el conde de Castilla reclama su parte: no sólo el rico

botín comprometido, sino también las fortalezas del Duero. Suleimán le contesta que no le puede dar las fortalezas porque están en manos de Wadhid, el eslavo. Sancho no estuvo ni un día más de lo preciso en Córdoba. Sin duda en aquel momento no era el mejor lugar del mundo para pasar unas jornadas de descanso. En cuanto cobró el botín comprometido, el 14 de noviembre, se marchó de allí. Dejaba a modo de prenda de amistad una guardia de cien caballeros que fue alojada en una alquería cerca de la capital. Y en Córdoba, mientras tanto, nuevos sucesos volvían a agitar el paisaje.

En efecto, porque la guerra civil estaba lejos de haber terminado. La población de Córdoba, que pocos meses antes se había dedicado a masacrar a los bereberes por orden de Muhammad, salía ahora a las calles a aclamar a los mismos bereberes y a su nuevo califa, Suleimán. Eso no impidió que los bereberes se entregaran al pillaje de la ciudad, hay que suponer que acompañados por los castellanos. Pero en cuanto los castellanos se fueron, los bereberes se quedaron solos y enseguida constataron que su posición era cualquier cosa menos airosa. Nadie realmente les apoyaba en Córdoba.

El ex califa Muhammad, aprovechando la confusión, había logrado huir. Un partidario suyo se las arregló para llevarle hasta Toledo. Allí Muhammad, llamado al-Mahdi, trató de evaluar sus fuerzas. Aún tenía posibilidades. Las guarniciones de la frontera de Coímbra le reconocían como califa. También las del norte, en Tortosa. En cuanto a la decisiva posición de Medinaceli, en manos del eslavo Wadhid, Muhammad también creía contar con él. Una posición difícil, la de Wadhid. El veterano general clamaba venganza. Pero el objeto de sus iras no eran los castellanos, sino los bereberes. Volveremos a encontrarnos al general eslavo en los próximos episodios. Para Sancho, en todo caso, eran ya problemas lejanos.

Sancho estaba en otras cosas, sí. El conde volvía a Castilla y llevaba en las manos el mayor triunfo que ninguno de sus predecesores había conseguido jamás. El balance de la operación será suculento. Suleimán no había podido entregarle las fortalezas acordadas, pero tampoco era necesario: todas aquellas posiciones, ya sin defensa digna de tal nombre, podían ser tomadas por propia iniciativa. El general eslavo, Wadhid, seguía entre Toledo y Medinaceli, pero estaba más preocupado por los acontecimientos de Córdoba que por mantener la frontera. Así, en los meses siguientes, los castellanos no tardan en ocupar de nuevo Osma, San Esteban de Gormaz, Clunia, Berlanga de Duero, Sepúlveda y Peñafiel. Es decir, que prácticamente se recupera la línea máxima de expansión cristiana hacia el sur, fijada setenta años antes,

tras la victoria de Simancas. Todo el territorio desde el Duero hasta Somosierra volverá pronto a poblarse de colonos.

A Sancho le llamaban otros asuntos, en particular en el Pirineo, en Ribagorza. Ya veremos cuáles. Y mientras tanto, los catalanes empezaban a acariciar proyectos que apenas unos meses atrás habrían parecido insensatos. En algún momento del año 1010, seguramente en el mes de enero, los hermanos Borrell, Ramón y Ermengol, condes de Barcelona y de Urgel respectivamente, reciben una inusual propuesta de alianza. Se la envía nada menos que Wadhid, el general eslavo de Medinaceli. Todavía tenían que pasar muchas y muy sorprendentes cosas.

Un providencial bastardo en Ribagorza

El islam español anda enzarzado en una honda guerra civil. Y en eso va el conde castellano y vuelve de repente la mirada hacia el norte, hacia el Pirineo. ¿Qué estaba pasando? Sancho de Castilla, recordemos, era hijo de una dama del lugar: doña Ava de Ribagorza. Y es ese parentesco el que le mueve a poner su interés en las lejanas montañas de Huesca. La clave del problema estará en un providencial bastardo. Vamos a ver qué pasó.

Viajemos a Ribagorza. Recordemos: uno de los condados surgidos de la Marca Hispánica creada por Carlomagno, a modo de franja fronteriza, en el siglo VIII. Ribagorza está en pleno Pirineo central, hoy en la provincia de Huesca, a lomos de las cuencas de tres ríos: el Ésera, el Isábena y el Noguera Ribagorzana. Cuando los francos ocuparon el Pirineo, estos territorios, junto a los del vecino Pallars, pasaron a depender del condado de Tolosa. Después, hacia 870, Pallars y Ribagorza se convirtieron en condado independiente bajo el mando de un señor local llamado Ramón. Cuando murió Ramón, dividió el territorio entre sus hijos: Pallars para unos, Ribagorza para otros. De esta manera Ribagorza se convertía en condado singular. Capital: Roda de Isábena.

A lo largo de todo el siglo X, los condes ribagorzanos, con abundancia de Galindos y Aznares —las poderosas familias locales del Pirineo—, trenzan sus alianzas con las otras casas de la cristiandad: con Navarra, con Pallars, con Castilla. Una ribagorzana, Ava, se casa con el conde de Castilla García Fernández. Mientras tanto, tres hermanos se suceden en el condado durante los duros años del poder de Almanzor: Unifredo desde 970, Arnau desde 979,

Isarn desde 990. Este Isarn muere en combate en el año 1003. Como no tiene descendencia, el condado ha de pasar a las mujeres de la familia, las hermanas de los condes. Una es aquella Ava de Ribagorza, condesa de Castilla; pero Ava está muy lejos. La otra es Toda: la hermana pequeña. Ella desempeñará el gobierno. Y aquí empieza realmente nuestra historia.

Ribagorza ha aguantado a duras penas las embestidas del poder islámico. La cercana base musulmana de Barbastro, auténtico bastión militar de Córdoba, representa una amenaza permanente. Los ribagorzanos no se encierran tras sus muros: tratan de hacer frente a las incursiones moras incluso si no afectan directamente a su territorio. Precisamente en una de esas operaciones había muerto Isarn. Enterado de que los moros atacaban cerca de Lérida, Isarn partió al combate, a la altura de Monzón chocó con la tropa musulmana y allí murió el conde. Después, en 1006 —lo hemos visto páginas atrás—, Abd al-Malik, el hijo de Almanzor, dirigía a sus huestes contra el condado y arrasaba la capital, Roda de Isábena. En Roda había una catedral que fue literalmente derruida. Los moros dejaron una guarnición permanente en la villa para asegurar la sumisión de la comarca: feroces tributos, esclavitud, saqueo permanente… una pesadilla.

La condesa Toda gobernó como pudo la calamidad. Viéndose sola y sin capacidad para dirigir a las escasas huestes armadas del condado, tomó una decisión desesperada: aunque ya tenía más de cincuenta años, resolvió casarse con el conde vecino, Suñer de Pallars, el cual, por su parte, ya estaba aprovechando la calamidad ribagorzana para arañar territorios en su propio beneficio. Suñer, viudo, sesenta años, tenía tres hijos ya mayores que perfectamente podían acaudillar ejércitos. Podemos ponernos en la piel de la pobre Toda de Ribagorza. Sola y sin auxilios, le resultaba completamente imposible garantizar la continuidad del condado. Tal vez pidió ayuda a Suñer. Tal vez éste vio aquí una ocasión de oro para apropiarse de Ribagorza con plena legitimidad mediante un matrimonio de conveniencia con la desamparada Toda. Isarn había muerto sin descendencia legítima. Toda tampoco tenía hijos. Por tanto, Ribagorza sería inevitablemente para los hijos del conde de Pallars.

Ahora bien, Isarn había muerto sin descendencia legítima, en efecto, pero tenía un hijo ilegítimo, un tal Guillermo. Como bastardo, Guillermo no tenía derechos de sucesión. Pero Guillermo Isárnez era un bastardo muy especial: desde su más tierna infancia, su abuela, la madre de los condes de Ribagorza, la francesa Garsenda de Fezensac, lo había recogido para procurarle una

crianza acorde con su sangre. Y más aún: cuando Guillermo creció, la providencial abuela decidió enviarlo a Castilla, para que se hiciera hombre. ¿Por qué a Castilla? Evidentemente, porque la condesa de Castilla era precisamente Ava de Ribagorza, tía del mozalbete. ¿Acaso en Castilla no corría también sangre ribagorzana? Así era. Este Guillermo, el bastardo Isárnez, era primo canal del joven Sancho García, el conde castellano. Había, pues, una posibilidad de mantener Ribagorza a salvo de las ambiciones de Pallars. Algo con lo que el viejo Suñer, sin duda, no había contado.

A partir de aquí, los acontecimientos se precipitan. El califato se ha desplomado. Sancho ha entrado en Córdoba. Probablemente Guillermo ya había hecho sus primeras armas junto a su primo Sancho. La posición de las huestes moras que ocupan Ribagorza se ha hecho extremadamente vulnerable. Sin duda, Suñer, el de Pallars, piensa en aprovechar la oportunidad: sin moros en la costa, es el momento de dar el golpe de gracia y oficializar su dominio sobre Ribagorza. Pero Toda maniobra con rapidez y juega sus cartas. Y son mejores cartas: el conde de Castilla, nada menos. Sancho, hijo de Ava, es sobrino de Toda. No olvidemos nunca lo importantes que son los asuntos de familia en todos estos enjuagues. Sancho tiene una hermana, doña Mayor García. Como hija de Ava, a doña Mayor le corresponde por derecho de sangre el condado. Y el partido ribagorzano cuenta ahora, además, con un paladín que puede acaudillar un ejército: Guillermo Isárnez, el bastardo, que no puede ser conde, pero sí capitán. La jugada estaba clara.

En algún momento del año 1010, una gruesa hueste castellana penetra en Ribagorza. Los soldados son de Sancho, pero quien los manda es Guillermo Isárnez y la bandera que defienden es la de doña Mayor, hija de Ava, de la casa condal ribagorzana. La tropa de Guillermo llega a Roda de Isábena y expulsa sin grandes problemas a la guarnición mora. La capital se ha recuperado para la cristiandad. Allí doña Toda entrega a doña Mayor la sucesión legítima del condado. Ya es la condesa Mayor de Ribagorza; una hermana del conde de Castilla.

Hay que suponer que el viejo Suñer de Pallars, ya enfermo —moriría al año siguiente—, debió de experimentar una contrariedad sin límites: él había calculado quedarse con Ribagorza y ahora veía cómo su esposa le ganaba la mano. Ciertos territorios de Ribagorza ya habían quedado en poder de Pallars, ocupados por Ramón, uno de los hijos del conde. En aquel momento se plantearon dos posibilidades: una, que hablaran las armas y que las huestes de Guillermo desalojaran a las de Ramón de los territorios ocupados; la otra,

arreglar las cosas pacíficamente —al fin y al cabo, Toda y Suñer eran esposos — y tratar de buscar una solución que satisficiera a todas las partes. Fue esta última posibilidad la que se impuso.

La idea fue de la ya anciana doña Toda de Ribagorza, sin duda: arreglar el asunto como se hacía entonces, es decir, con un oportuno matrimonio. Doña Mayor, la nueva condesa, se casaría con Ramón, el hijo de Suñer. De esta manera, los territorios perdidos volverían a Ribagorza sin necesidad de guerra y, por otro lado, las ambiciones de Pallars quedarían colmadas al dar a uno de sus hijos el título condal ribagorzano.

Quedaba un pequeño problema: ¿qué pasaba con Guillermo, el hijo de Isarn, el providencial bastardo que había venido a ser el paladín guerrero que Ribagorza necesitaba? Aquello era un problema y ha seguido siéndolo hasta hoy, porque en realidad no sabemos qué papel correspondió a Guillermo en el reparto. Muchas fuentes le dan de hecho como conde de Ribagorza; al parecer, le correspondió una función muy relevante en la gobernación del condado, función que Guillermo, que debía de ser un tipo con buenas dotes de liderazgo, supo convertir en determinante. La huella de Guillermo Isárnez se pierde en la historia en el año 1017, cuando murió asesinado en el valle de Arán, no se sabe por qué ni por quién.

El Pirineo va a acompañarnos todavía en muchos capítulos de nuestra historia. Ya contaremos todo lo que allí va pasando. De momento, retengamos lo fundamental: después de los sucesos de 1010, Ribagorza ha entrado en la constelación de intereses y alianzas que se está tejiendo en torno a Castilla. Una constelación que será fundamental para la cristiandad entera en los años siguientes, pero cuyo centro no estará en Castilla, sino en Navarra. ¿Por qué? Pronto lo veremos.

Los catalanes también entran en Córdoba

La última vez que pasamos por Córdoba, habíamos dejado allí a un califa omeya elevado por los bereberes: Suleimán, llegado al trono con el apoyo militar del conde de Castilla. Pero las cosas distaban de haberse apaciguado. Mientras Castilla se desentendía del problema musulmán, otro protagonista hace su irrupción en el mapa: los condados catalanes, que también van a pisar Córdoba. Aunque quizá el verdadero protagonista de esta historia no sean los condes Ramón y Armengol, sino el general eslavo Wadhid.

Tal y como estaba el mapa del califato, desgarrado por varios sitios, el conflicto podía estallar en cualquier parte. Los bereberes de Suleimán tenían fuerza militar y poseían Córdoba, pero nadie más les apoyaba. Los árabes de Muhammad controlaban el poder en la mayor parte del territorio, pero no estaban en condiciones de alinear una fuerza militar eficiente. En cuanto a Wadhid, sólo era un general, es decir, no podía auparse a la cumbre del poder, pero la fuerza militar mejor organizada era precisamente la que él tenía bajo su mando. ¿Cuál era el factor decisivo en este momento, en plena guerra civil? No la legitimidad política, ciertamente, sino la fuerza militar. Por tanto, la pieza clave del mapa era el general Wadhid.

El drama de Wadhid, no obstante, era que ya no sabía a qué califa ser fiel. Su califa, Hisham II, ya no estaba. Había abdicado. Lo había hecho en dos califas distintos en el breve espacio de un año. ¿A cuál entregar ahora esa fidelidad? A Wadhid, por rango y por tradición, le resultaba insoportable la idea de que el califato quedara en manos de los bereberes, esos advenedizos traídos por Almanzor. Por eso rechazó en su momento aliarse con Suleimán. Tal y como estaban las cosas, no le quedaba más que una opción: apoyar a Muhammad, que, al fin y al cabo, pese a sus ostensibles defectos, era el califa aceptado por la aristocracia árabe. Y mientras apoyaba a Muhammad, el general se guardaría en la manga las bazas suficientes para no perder la cabeza.

¿Qué se proponía realmente Wadhid? He aquí uno de los muchos misterios de esta época del califato, donde los escombros ocultan numerosas cuestiones vitales. Las crónicas moras lo resumen con una fórmula: «Restablecer la autoridad». ¿Pero qué quiere decir eso exactamente? Hay quien piensa que el veterano general sólo quería reponer a Muhammad en Córdoba. Otros creen que su verdadero propósito era instalar un régimen militar semejante al de Almanzor. Otros todavía, que en realidad sólo le movía su deseo de venganza contra los bereberes, que con ayuda castellana le habían derrotado reiteradas veces. Y otros, en fin, sospechan que Wadhid apuntaba a un nuevo candidato califal con ayuda de los árabes y *muladíes* de la región de Córdoba. Fuera su propósito cual fuere, el hecho es que Wadhid tenía a su disposición fuerza militar, pero no era suficiente; necesitaba apoyos. Y a obtenerlos se empleó.

Esta situación impulsa a Wadhid, andando el año 1010, a mandar una embajada a los condes catalanes. Su objetivo, de momento, sólo es devolver a Muhammad al poder, cosa que no puede lograr sin auxilios militares.

Suleimán lo ha hecho antes apoyándose en Castilla. Él, en nombre de Muhammad, lo hará ahora apoyándose en esos otros cristianos, los de los condados de Barcelona y Urgel. Podemos imaginar la cara que pondrían nuestros condes al saber que el jefe moro de Medinaceli, el poderoso Wadhid, les pedía socorro. Podemos imaginar también que la petición no sería un llamamiento angustiado, sino más bien una propuesta de negocio: si los condes catalanes ayudaban en la tarea, él, Wadhid, el jefe militar de la Marca Superior, la principal amenaza que pesaba sobre las tierras catalanas, se abstendría de atacar y respetaría la frontera de la repoblación. Era una oferta que los condes catalanes no podían rechazar.

Ramón, conde de Barcelona; Armengol, conde de Urgel. Eran los hijos de Borrell II. Desde 992, ambos regían los condados catalanes. Habían heredado el gobierno con veinte años; ahora los dos se acercaban a los cuarenta y tenían ante sí una aventura formidable. Armengol era un típico paladín europeo: de cultura carolingia e intensa piedad religiosa, había viajado a Roma en dos ocasiones y consta que empujó a sus caballeros a peregrinar a Santiago. Armengol conocía bien a los moros: los había combatido numerosas veces; en una de esas ocasiones, frente al castillo leridano de Albesa, cayó preso de los sarracenos. En cuanto a Ramón, el de Barcelona, nadie había sufrido como él los embates musulmanes. Y cuando intentó levantar la cabeza, en la expedición leridana de 1003, la respuesta fue una nueva y brutal aceifa de Abd al-Malik. Ahora había llegado la hora de la venganza.

Los condes catalanes concentraron a sus huestes en Montmagastre, en Lérida. Desde allí se encaminaron a Toledo, donde les esperaba Wadhid. Entre unos y otros reunían más de cuarenta mil hombres: fuerza suficiente para acabar con el califa bereber Suleimán. El contingente marchó contra Córdoba. El encuentro decisivo tuvo lugar en el castillo de El Vacar, pocos kilómetros al norte de la ciudad. Era el 22 de mayo de 2010. Los bereberes combatían solos: los cien caballeros castellanos que Sancho dejó en Córdoba se habían marchado tiempo atrás. En la batalla cayó el conde Armengol de Urgel, pero los bereberes quedaron desarbolados. El califa Suleimán huyó hacia Levante, en dirección a Játiva, mientras los bereberes evacuaban Córdoba a toda prisa. La capital del califato quedaba abierta para Muhammad… y para los catalanes.

Dicen las crónicas que la visita catalana a Córdoba fue cualquier cosa menos amable: el mayor saqueo que hasta entonces había sufrido la ciudad. No cuesta mucho imaginar los sentimientos que podían pasar por la cabeza de

aquellos hombres. Veinticinco años atrás, el condado de Barcelona había sido literalmente arrasado por Almanzor. Seguramente entre los guerreros de Ramón y Armengol habría alguno que vivió aquel desastre en primera persona; todos ellos, en cualquier caso, habían crecido en el recuerdo de la catástrofe y en el odio al enemigo que un día sembró sus tierras de muerte y cenizas. Por lo que las crónicas nos han legado, sabemos que en la España cristiana la memoria de Almanzor perduró largo tiempo como la huella del mismísimo demonio, y hay que conceder que a nuestros antepasados no les faltaba razón. La revancha sólo podía ser implacable.

Así volvió de nuevo Muhammad II al trono de Córdoba. Y así los catalanes pisaron por primera vez en son de victoria la capital del califato. A partir de ese momento, los condados de Barcelona y Urgel van a encontrar vía libre para extender la repoblación de sus territorios hacia el sur. En cuanto a Córdoba, tampoco la solución Muhammad iba a ser duradera: la guerra civil musulmana todavía iba a conocer nuevos y más sangrientos episodios.

Córdoba humillada

Parece mentira que un mapa pueda arder tantas veces seguidas sin terminar de quemarse. El de Córdoba, en efecto, no paraba de arder. Hemos dejado a Muhammad II instalado en el califato. Será por poco tiempo. Todos los personajes que hemos visto en los últimos capítulos de nuestra historia vuelven a aparecer ahora en una sucesión de vértigo: el general Wadhid, Suleimán, Sancho de Castilla, incluso el ex califa Hisham II. Y suena ya con fuerza otro nombre llamado a jugar un papel crucial, el de Sancho de Navarra. Todo ello, en el corto espacio de un año.

Empecemos por Córdoba. Allí ocurrió fundamentalmente una cosa: Muhammad demostró ser un incapaz. No tardó en ganarse la animadversión de la aristocracia árabe. Por otro lado, el anterior califa, Hisham II, seguía vivo; y era un pelele, pero, después de todo, era el pelele legítimo. Así las cosas, la aristocracia árabe no tardó en empezar a conspirar. Y el principal conspirador no era otro que Wadhid, el general eslavo que había conducido a Muhammad de nuevo al trono.

Mientras tanto, en algún lugar de Levante se lamía las heridas el califa de los bereberes, el omeya Suleimán, que naturalmente también quería volver al trono. Los bereberes habían tenido que evacuar Córdoba ante la llegada de

Wadhid con los catalanes, pero seguían siendo una fuerza importante, sobre todo en el sur de la Península. Suleimán quiere recuperar lo perdido. Necesita ayuda. ¿Dónde la buscará? El pretendiente sólo tenía un aliado: una vez más, Sancho, el conde de Castilla.

La situación es extremadamente inflamable y no tarda en estallar. El califa Muhammad pronto se ve rodeado de puñales. Había vuelto al trono el 10 de mayo de 1010. Muy pocas semanas después, el 23 de julio, una ancha conjura inunda el palacio de Medina Azahara. Muhammad es asesinado ese mismo día. El inductor del asesinato ha sido, a todas luces, el general Wadhid, el eslavo. Los eslavos del general sacan al anterior califa de su encierro —una cárcel más o menos dorada— y le reponen en el califato. Ya es de nuevo el califa Hisham II.

Mientras tanto, Suleimán no se ha estado quieto: ha enviado a Sancho de Castilla una nueva embajada ofreciéndole renovar su pacto. La oferta, esta vez, va mucho más allá de las nunca entregadas fortalezas del Duero. Ahora Suleimán ofrece a Sancho nada menos que todas las conquistas de Almanzor al norte del Sistema Central. La propuesta es tentadora, pero Sancho no se engaña: sabe bien que todas esas plazas y fortalezas no están en manos de Suleimán, sino de Córdoba, es decir, de Hisham II, que ha vuelto al trono. En consecuencia, Sancho García reacciona con una jugada agresiva: escribe al califa Hisham, le cuenta la oferta de Suleimán y le dice que, si no le entrega las plazas y fortalezas en cuestión, volverá a apoyar al califa de los bereberes contra el poder de Córdoba; por el contrario, si obtiene las plazas en cuestión, Castilla se abstendrá de cualquier ataque contra las fronteras del califato.

Dicen que el estupor de Hisham fue inmenso al conocer la carta de Sancho. Tan inmenso que no fue capaz de reaccionar, ni afirmativa ni negativamente. Pasados algunos días, convocó a los notables de Córdoba y les expuso la situación. La aristocracia cordobesa tenía pavor a un eventual retorno de Suleimán: ahora lo tenían a raya, pero, si el califa de los bereberes aparecía con refuerzos castellanos, nadie podría pararle. Resultado: Hisham accedió a las pretensiones de Sancho. Así lo cuenta la crónica mora:

> *Así llegaron a Córdoba embajadores cristianos y los artículos del tratado fueron ratificados a cambio de la entrega de doscientas plazas fuertes, esto es, todos los lugares que los omeyas, luchadores de la fe, habían conquistado bajo Almanzor y al-Muzaffar. Fueron testigos los teólogos, jueces y los juristas autores de dictámenes (…). Fue leído frente al pueblo, en presencia de Hisham y Wadhid, y todos los*

circunstantes lo garantizaron con su testimonio. Luego abandonaron todos el alcázar, alegres por lo que había sucedido.

Alegres, sí: Córdoba se había salvado de los bereberes a cambio de unas fortalezas que, probablemente, nadie en la capital del califato tenía la menor intención de defender. El episodio, en todo caso, es elocuente sobre la potencia militar que había alcanzado Castilla. Sancho García estaba en condiciones de imponer su ley a Córdoba. Y el castellano, viéndose vencedor, dobló la apuesta: no sólo pidió fortalezas para sí, sino que además empujó a su yerno, el rey de Navarra, Sancho III, a hacer lo mismo. Aquí la crónica mora es menos obsequiosa. Lo cuenta así:

El maldito Sancho, cuando supo que habían sido fortalezas al maldito Ibn Mama, escribió con amenazas exigiendo otras. Se le concedió lo que pedía y se le escribió que le serían dadas las fortalezas. Todo ello ocurrió por la obstinación de no querer llegar a un acuerdo con los bereberes.

El «maldito», en efecto, era Sancho III de Navarra, Sancho el Mayor, que en ese momento tenía poco más de veinte años y estaba aprendiendo con muy buenas calificaciones el oficio de ser rey, siempre con el apoyo de su suegro, el conde de Castilla. ¿Dónde estaban esas fortalezas que Sancho el de Navarra obtuvo del califa? ¿En Aragón, en La Rioja, en Sobrarbe? No lo sabemos. Pero el caso es que el joven Sancho también sacó tajada del caos cordobés.

«Todo ello ocurrió por la obstinación de no querer llegar a un acuerdo con los bereberes», dice la crónica mora. ¿Obstinación? Es verdad que Hisham no quería firmar acuerdo alguno con los bereberes, pero seguramente tenía buenas razones. Suleimán, por su parte, tampoco renunciaba a su título. Y como la dignidad de califa, por su carácter tan religioso como político, no admitía división alguna de territorios ni componendas de otro tipo, el acuerdo era imposible. Dos emires sí hubieran podido coexistir en Al-Ándalus; dos califas, no. La guerra era inevitable.

La guerra y algo más; algo que no conocemos con certeza. Al parecer, la perspectiva de la guerra civil despertó en Córdoba partidos enfrentados a muerte. El general Wadhid se había convertido en el nuevo hombre fuerte del califato, pero por ello mismo había concitado sobre sí odios sin cuento; en particular, los odios de quienes querían llegar a algún género de pacto con los bereberes de Suleimán. En el otoño de 1011, una nueva conjura llena Córdoba de sangre. Wadhid intenta escapar, pero es demasiado tarde: el jefe de la

policía, un tal Ibn Wada’a, ha ordenado su muerte. El viejo general eslavo muere asesinado el 16 de octubre de 1011.

La muerte de Wadhid privó de su más firme puntal al partido de Hisham, pero no por ello se evitó la guerra ni la caída de Córdoba. Después de dos años largos de lucha en todo el califato, Suleimán llegó a las puertas de Córdoba. Las circunstancias de su retorno fueron especialmente crueles. Las gentes de Hisham enviaron parlamentarios a Suleimán. Éste rechazó cualquier negociación. El 9 de mayo de 1013, una cohorte de oficiales cordobeses acudía a ver a Suleimán para rendir la ciudad. Suleimán prometió a los oficiales respetar sus vidas, pero los bereberes faltaron a la palabra de su jefe y no respetaron nada. Córdoba sufría un nuevo saqueo que incluyó el asesinato masivo de los oficiales de Hisham. En cuanto a éste, Hisham, su rastro se borra aquí de la historia: unos dicen que fue asesinado por orden de Suleimán; otros, que marchó a un oscuro destierro donde hallaría la muerte.

Suleimán había triunfado, pues, pero la suya sería una victoria efímera. Las grietas del califato eran tan hondas que no tenían remedio. Se avecinaban tres años de guerra civil durante los que no cesarían las convulsiones. El propio Suleimán morirá ejecutado. Y, mientras tanto, la España cristiana iba a conocer cambios fundamentales.

7

UN VISTAZO A LA ESPAÑA DEL AÑO MIL

Los terrores del año 1000

Un momento: hemos doblado el año 1000 y aquí no ha pasado nada. ¿Cómo es eso posible? La historia moderna, en efecto, nos dice que el año 1000 fue un momento de gran miedo. Aquella gente medieval, ignorante y supersticiosa, vivió el cambio de milenio entre presagios de Apocalipsis. Histeria, convulsiones, catastrofismos… Eso señala el tópico. Pero aquí, en nuestro relato, acabamos de pasar la raya del milenio y no hemos visto en España, ni en la cristiana ni en la musulmana, conmoción de ningún tipo, ni terrores masivos ni profecías apocalípticas, ni extraños fenómenos de sugestión colectiva. ¿Qué pasa, que España iba a su aire? Sí. Pero no sólo eso. Vamos a hablar de los famosos «terrores del año 1000».

La hipótesis de los terrores del año 1000 podemos formularla así: al llegar el primer milenio después de la muerte de Cristo, numerosas voces anunciaron el inminente final del mundo y la llegada del Reino definitivo de Cristo. A eso se le llama «milenarismo». Hoy tenemos la idea de que nuestros antepasados medievales, al doblar el año 1000, se entregaron a una especie de histeria colectiva. Después de todo, la idea había sido muy repetida desde muchos siglos atrás: ¿acaso el propio Jesús no había anunciado su retorno? Después de él, numerosos profetas habían vaticinado la llegada del fin del mundo y el reinado eterno del Mesías. Y de hecho, sabemos que en el siglo X, en distintos lugares de Europa, hubo falsos profetas que encabezaron manifestaciones de fe con frecuencia delirantes. Así se construyó el mito. Su exponente más notable es el libro de Norman Cohn En pos del milenio; un estupendo libro, por cierto.

La hipótesis es muy sugestiva, pero su versión popular se basa en un equívoco, a saber: la presunción de que la cronología tenía para la gente medieval el mismo significado que para nosotros, cuando en realidad no es así. Primero, porque en el siglo X muy poca gente sabía exactamente en qué

año «objetivo» estaba viviendo. La mayoría de las personas en la Edad Media contaba su vida —cuando lo hacía— por referencias como el reinado de turno; la cronología general era una ciencia que rara vez franqueaba los muros de la corte y de los monasterios. Y luego, además, ocurre que no todo el mundo contaba el tiempo cronológico de la misma manera. De hecho, en la España cristiana se contaba de manera diferente a la Europa carolingia y, por supuesto, con reglas distintas que en la España musulmana. Vamos a explicarlo.

La forma de contar el tiempo que hoy conocemos, la cronología actual, aparece a principios del siglo VI. Fue entonces, en el año 525 de nuestra era, cuando el papa Juan I decidió crear un marco cronológico propiamente cristiano, distinto al de la era romana. Hasta entonces, en efecto, el tiempo se contaba a la romana, es decir, con años solares que arrancaban a partir del año supuesto de la fundación de Roma, y por eso a los años se los llamaba *ab urbe condita*, que quiere decir «desde la fundación de la ciudad». Pero el papa Juan decidió que la referencia temporal de la cristiandad no podía ser la fundación de Roma, sino el nacimiento de Cristo, y encargó a un sabio monje llamado Dionisio el Exiguo que trazara una tabla cronológica con esa finalidad. Dionisio hizo sus cálculos y llegó a la conclusión de que Jesús de Nazaret había nacido en el año 753 *ab urbe condita*, es decir, setecientos cincuenta y tres años después de la fundación de la ciudad de Roma. Así el año 754 a. u.c. pasó a ser el año 1 de Nuestro Señor. Y así empezó a contarse el tiempo como nosotros lo hacemos hoy.

Una curiosidad: hoy sabemos que la equivalencia cronológica de Dionisio estaba equivocada. Dionisio el Exiguo, por las razones que fuera, se equivocó al fechar el reinado de Herodes I el Grande, bajo cuyo cetro nació Jesús. Así Dionisio dató la Encarnación el 753 a. u.c., pero en realidad debió de ser hacia el 748 a. u.c. Esto, en todo caso, es ahora secundario. Lo importante es que fue en ese momento, mediados del siglo VI, cuando empezó a usarse la actual tabla cronológica, donde los años son *anno domini*: año de Nuestro Señor. Ahora bien, el propósito del papa Juan y de Dionisio no era histórico, sino litúrgico: se trataba de identificar las fechas correctas de la celebración de la Pascua. De manera que nadie debe pensar que, a partir de aquel momento, el mundo empezó a medirse a sí mismo según aquel patrón temporal. De hecho, el sistema de Dionisio no comenzó a extenderse hasta doscientos años después, cuando lo utilizó Beda el Venerable, un portentoso benedictino inglés que dedicó al problema cronológico su obra *De Temporum Ratione*. Pero hay más, y aquí viene lo más importante.

El sistema de Dionisio y Beda se convirtió en común en la Europa cristiana, pero no en España. Porque España, en efecto, contaba el tiempo de otra manera. Aquí, entre nosotros, lo usual era señalar el año 1 en el 37 antes de Cristo. ¿Por qué? Al parecer, por referencia a la pacificación oficial de toda la Hispania romana, algo que sucedió en enero del año 38 a. C. Fue entonces cuando el emperador Octavio Augusto decretó la Era Hispánica. La pregunta es por qué los españoles empezaron a utilizar esa medición del tiempo, en vez de la oficial romana (la ya mencionada *ab urbe condita*) y cuándo lo hicieron. Pero es una pregunta sin respuesta segura. La hipótesis más probable es que los cristianos españoles comenzaran a emplear su propia cronología entre los siglos III y IV y como signo de afirmación de la propia identidad frente a las invasiones extranjeras. Las dataciones más tempranas en Era Hispánica corresponden al siglo III. Después, los documentos de época visigoda y también los iniciales de la Reconquista aparecen ya fechados en Era Hispánica. Por cierto que también en el sur de Francia se empleó la cronología hispánica durante mucho tiempo.

Naturalmente, y volviendo a nuestro tema, todo esto quiere decir que para los españoles de la época el año 1000 no tuvo ninguna importancia. De hecho, aquí el año 1000 había empezado cuando el resto de Europa vivía el 962.Y cuando la Europa carolingia llegó al año 1000, aquí ya estábamos en el año 1038. ¿Terrores del año 1000? Evidentemente, no. En el gozne del milenio contado por la Era Hispánica, el único terror vigente era Almanzor, y éste no era una sugestión cabalística, sino un terror bien material y visible.

En cuanto a los árabes, como es sabido, no cuentan el tiempo a partir del nacimiento de Cristo, sino a partir del primer día de la *hégira* de Mahoma, y los años que cuentan no son solares, como los nuestros, sino lunares, es decir, más cortos. El fundador del islam había abandonado La Meca con destino a Medina en el año 622, según nuestro calendario. Así, en el famoso año 1000 los musulmanes estaban en realidad en el año 390. O sea que tampoco en la España musulmana hubo terrores del año 1000.

La cronología por la Era Hispánica todavía tardará mucho en desaparecer, y lo hará gradualmente y con diferencias notables según los territorios. Se sabe que en Cataluña se adoptó la cronología europea convencional hacia finales del siglo XII, al paso del concilio de Tarragona; en Cataluña se había usado con anterioridad el modelo carolingio, de manera que allí fue más fácil la adaptación al nuevo marco cronológico. Otros territorios de la corona de Aragón —Valencia, Mallorca, Aragón mismo— no abandonarán la Era

Hispánica hasta el reinado de Jaime I, ya en el siglo XIII. En Castilla se tardará más: fue en el año 1383 de nuestra era, por acuerdo de las Cortes de Segovia, reinando Juan I. Portugal y Navarra serán los últimos reinos en abandonar la datación por la Era Hispánica: la mantendrán hasta bien entrado el siglo XV.

¿Mienten, pues, quienes hablan del «milenarismo» medieval y de los «terrores del año 1000»? No exactamente. Más bien, lo que hacen es coger unos cuantos casos concretos, pero singulares, y generalizarlos después como si todo el mundo medieval hubiera vivido de esa manera. Una práctica, en fin, demasiado común cuando se hace la historia de la Edad Media, y que bebe más en prejuicios modernos que en el rigor histórico. Hubo profetas cerca del año 1000, sí, que anunciaron el inmediato advenimiento del Mesías y la destrucción del orden humano. Pero ni mucho menos marcaron una época ni su difusión salió de ámbitos muy restringidos.

En cuanto a España, ya lo hemos visto, nuestro año 1000 iba por otro negociado: había venido antes que en el resto de Europa y su ambiente no fue el de la sugestión religiosa, sino el de la guerra sin cuartel con el califato de Córdoba. Ésta es la verdadera historia de los terrores del año 1000: la historia que nunca existió.

La guerra medieval: el caballero

Siempre hemos imaginado la Edad Media como una época de guerreros o, más precisamente, de caballeros: paladines armados de larga lanza y vistoso escudo, diestra espada y poderosa maza, cuya violencia queda templada por estrictos códigos del honor. No es una imagen incorrecta. Es más, la Edad Media es la época en la que el guerrero, el profesional de la guerra, alcanza un estatuto decisivo en el orden social. Pero ¿quiénes eran estos guerreros? ¿Cómo vivían? Y más precisamente, ¿cómo eran los caballeros en la España del año 1000?

Imaginemos cualquiera de los escenarios que ya hemos pintado aquí. La batalla de Peña Cervera, por ejemplo, donde los reinos cristianos han movilizado a la mayor parte de sus caballeros. Cuando hablamos de caballeros no debemos fijarnos sólo en los condes, los grandes nobles. Éstos, que tienen funciones más políticas que militares, no son demasiado representativos de la condición del caballero. Tiene más interés fijarse en otros nombres. Los segundones de los grandes linajes, por ejemplo. Sabemos

que en la batalla de Peña Cervera combatieron todos los hermanos Banu Gómez, los cuatro herederos de la poderosa casa de Saldaña-Carrión: García, Velasco, Sancho y Munio, se llamaban. Uno de ellos, Velasco, murió en la batalla decapitado por un jefe moro, un bereber al que llamaban el Leproso. La vida de estos guerreros tiene sólo un horizonte: el servicio de las armas.

Hemos empezado situando la acción en una gran batalla, pero, la mayoría de las veces, estos caballeros no libran grandes batallas, grandes movimientos tácticos de inmensas muchedumbres armadas. Esas ocasiones existirán, sin duda —por ejemplo, en las grandes movilizaciones organizadas por Almanzor —, pero serán excepcionales. Al contrario, lo más frecuente serán escaramuzas de unos centenares de hombres, siempre resueltas en combates cuerpo a cuerpo. Es ahí, en esos combates, donde se da la medida del caballero. Tampoco parece que los combates, en general, fueran particularmente sanguinarios. Las bajas en combate siempre van en consonancia con los medios de destrucción, y éstos, evidentemente, eran mucho más limitados en la Edad Media que en nuestros días. Hay numerosos casos de batallas que se resuelven sin apenas bajas. Inversamente, lo terrible era la suerte de los heridos: una herida leve podía rápidamente convertirse en mortal por la falta de higiene y las infecciones.

¿Quiénes eran estos que peleaban? En el campo cristiano, que es el que aquí examinamos, eran las «gentes de armas» del reino. No debemos imaginar nada parecido a un ejército profesional y permanente; el califato de Córdoba sí tenía tal cosa —la guardia califal y los mercenarios bereberes—, pero no había ejércitos permanentes en la cristiandad. El guerrero es un hombre que vive para el ejercicio de las armas y, en ese sentido, sí puede hablarse de un cierto tipo de profesionalidad, pero no hay un cuerpo militar permanente en dependencia directa del Estado. Las gentes de armas no dependen de la corona; dependen de los señores a los que prestan servicio. Son profesionales, pero no forman un ejército profesional.

Desde los siglos anteriores, las gentes de armas han venido formando parte de la clientela de los magnates, de los grandes señores. Cada hombre importante tenía a su disposición un cierto número de gentes de armas, y su importancia crecía precisamente de acuerdo a su capacidad para mantener a estas huestes. El rey tenía sus gentes de armas, por supuesto: los *Fdeles* o *milites*. Pero también los condes y ciertos obispos poseían sus milicias o mesnadas. Mantener una fuerza armada, aunque estuviera constituida sólo por un par de docenas de caballeros, era una garantía de seguridad. Eso sí, cuando

el rey llame a la guerra, todos los magnates convocarán a sus caballeros y partirán al combate. La movilización es una llamada a las gentes de armas del reino, y todos acudirán porque todos deben obediencia al rey. Con frecuencia, los propios condes, obispos, etcétera, irán en cabeza del contingente. Es la suma de todo eso lo que compone el ejército del reino.

El hombre de armas es, en general, un caballero. Proviene de una familia de linaje y eso le faculta para poseer un caballo y sus armas propias. Pero no va por libre: se ha sometido por relación voluntaria de vasallaje a un señor que le mantiene. Este señor —un conde, un obispo, etc.— remunera sus servicios de distinta manera en cada caso. En el siglo x hay casos, por ejemplo, en los que el señor se encarga directamente de procurar vestido y alimento al caballero, que vive en la propia casa del señor; son los llamados «caballeros de criazón». Pero hay otros casos en los que el señor remunera a sus caballeros con tierras; se les llama «vasallos de soldada». ¿Es una donación permanente o temporal? Las dos cosas: a veces serán tierras de labor entregadas sólo mientras dure el servicio para asegurar la manutención del caballero; en otras ocasiones —menos frecuentes— serán donaciones en plena propiedad.

Volvamos al escenario inicial: la batalla de Peña Cervera, con los condes de Saldaña. Al lado de estos hombres, jefes de guerra por su linaje, comparecen centenares de caballeros que, salvando la contradicción, podríamos denominar «de a pie»: *infanzones*, nobleza menor, hidalgos de pequeñas aldeas, muchachos —porque eran jovencísimos— que acuden a la batalla quizá soñando con la gloria y, en cualquier caso, porque su estatuto y su honra les obliga a ello. Es importante subrayar que el servicio de las armas, en este caso, tiene unas dosis notables de voluntariedad. Por el Fuero de Castrojeriz sabemos que los *infanzones* castellanos estaban obligados a acudir a la llamada del conde en caso de guerra, pero también sabemos que podían desoír la orden si no habían recibido su soldada e incluso, en determinados casos, podían abstenerse de combatir y abandonar la relación con su señor. Podemos recordar el caso —aquí lo hemos contado— de los *infanzones* de Espeja, que abandonaron la defensa de las posiciones fronterizas castellanas.

Fijémonos ahora en los que combaten en Peña Cervera. Gracias al Cartulario de San Juan de la Peña conocemos el nombre de cuatro de esos caballeros que allí combatieron. Eran don Guisando, don Quintila, don Gutierre y don Monio. Los cuatro eran vasallos del conde de Castilla, García Fernández; los cuatro murieron en la batalla; los cuatro, sin descendencia. Es

lo único que sabemos de estos valientes. Eso, y su lugar de origen: Torreguisando.

¿Dónde estaba ese sitio, Torreguisando? Nadie lo sabe exactamente. Entre Burgos, Segovia y Ávila hay varios topónimos que pueden corresponder al misterioso lugar, pero todos ellos remiten a algún despoblado. La crónica, sin embargo, nos dice que uno de los caballeros se llamaba precisamente Guisando y que todos eran vasallos de García Fernández, el viejo conde, que ya había muerto años atrás. A partir de ahí, podemos reconstruir una hipótesis. García Fernández, en su estrategia de defensa del condado, encomienda una torre a un caballero llamado Guisando. Eso sería Torreguisando. Tal vez, simplemente, una aldea con unas pocas familias de colonos, cuatro cabañas a la sombra de un torreón. Con Guisando marchan otros caballeros: Quintila, Gutierre, Monio. Quizá eran sólo *infanzones*, campesinos con caballo y armas, ennoblecidos por algún fuero local. Su misión sería proteger el lugar.

Cuando llega Peña Cervera, los cuatro marchan a la llamada. El conde ya no es García, sino su hijo Sancho, pero la obligación es la misma. Guisando, Quintila, Gutierre y Monio montan sus caballos, empuñan sus armas y acuden al campo de batalla. No debía de haber más caballeros en Torreguisando. Combaten en Peña Cervera y allí encuentran la muerte. Sin descendencia, como dice el Cartulario. El lugar queda desprotegido. Y sin protección, inmediatamente se verá despoblado. Así Torreguisando queda borrado del mapa. Debió de haber muchas historias más como la de los caballeros de Torreguisando.

De este modo se va configurando la idea del noble caballero, que terminará de definirse en el siglo siguiente: el guerrero, el paladín, adquiere dignidad aristocrática y se convierte en una de las figuras más características de la Edad Media. En toda Europa estaba pasando lo mismo. En España, por la circunstancia de la Reconquista, la figura cobrará un sentido singular: será una figura más popular que en otros países, al menos hasta la creación de las órdenes de caballería. Pero eso es otra historia que también contaremos aquí.

El nacimiento de nuestras lenguas

¿Se ha preguntado usted alguna vez en qué idioma hablaban los españoles de finales del siglo x? ¿Cómo se entendían el obispo de Santiago y Sancho de Pamplona, por ejemplo? ¿En qué lengua se dirigía un caballero a sus

menestrales, o el conde de Urgel a un primo del Sobrarbe? Y en la España *andalusí*, ¿en qué idioma hablaba la gente? Grandes preguntas. Porque ahora, entre guerras y Almanzores, Sanchos y califas, en España estaba pasando algo de una importancia fundamental: nacían nuestras lenguas actuales. En esta época, en efecto, finales del siglo X y principios del siglo XI, aparecen los primeros testimonios de las lenguas romances, esto es, las lenguas evolucionadas a partir del latín.

¿Cómo empezó todo? ¿Cómo empezó a hablarse castellano, galaico-portugués, catalán? Vamos a retroceder un poco. Situémonos en la España de los visigodos, hacia el año 600, por ejemplo. La lengua que habla la gente, desde las aldeas hasta los palacios, es el latín. Un latín, no obstante, que ha empezado a cambiar. Primero, de manera imperceptible, alterada por usos locales; después, de manera más notable, por los germanismos que introducen los godos. El proceso de transformación se acelerará en los siglos siguientes. De esta forma, al doblar el primer milenio, lo que la gente hablaba en la calle ya se parecía cada vez menos a la lengua original.

¿Cómo era ese latín alterado? Apenas lo sabemos: la lengua culta seguía siendo el latín clásico, de manera que los testimonios escritos de esa época difieren poco de los de siglos anteriores. Los filólogos creen poder identificar, en este o aquel autor, giros donde ya se va viendo el cambio, pero, para los no especialistas, es misión imposible. Lo que sí sabemos es que el latín iba evolucionando de manera distinta en cada sitio. Nacen así diferentes formas romances, que es como se llama a los dialectos populares surgidos de la vieja lengua romana.

¿Cuántas formas romances? Muchas. Y éste es un momento fascinante para el historiador, una de esas situaciones en las que cualquier cosa habría sido posible. Podemos imaginárnoslo de la siguiente manera: estamos asistiendo al nacimiento de una planta y no sabemos cómo va a ser. Toynbee define esos momentos como «crisálidas». Y ésa era la situación de nuestra lengua hacia los siglos IX y X, una crisálida. Algo estaba naciendo, pero nadie podía saber qué saldría de allí.

A la altura de los siglos X y XI, cualquier otro dialecto hubiera podido acabar siendo el español por antonomasia. El romance que se hablaba en el área de Galicia, León y Asturias era diferente del que se hablaba en Castilla y del que circulaba en el Pirineo aragonés; éste, a su vez, era distinto del que se hablaba en el Pirineo catalán, y todos ellos eran distintos del que se hablaba en la España bajo dominación musulmana. Además había otra lengua

autóctona, el vascuence, que no era romance, es decir, no venía del latín, y que se hablaba —fragmentada en dialectos distintos— en un área extensa del norte: parte de Navarra, Vizcaya, Guipúzcoa, parte de La Rioja. Cada una de las formas romances dará lugar después a otras lenguas dialectales del latín: el gallego, emparentado a su vez con el asturleonés; el aragonés, que sólo sobrevivirá en un área limitada de la provincia de Huesca; el catalán, que es un dialecto romance emparentado con el dialecto provenzal del sur de Francia… El romance castellano será el que predomine como lengua popular y, pronto, incluso como lengua culta.

Durante mucho tiempo se ha aceptado que las primeras palabras escritas en romance castellano son las anotaciones de un monje en un glosario del monasterio riojano de San Millán de la Cogolla. Hemos de viajar en el tiempo y situarnos en algún momento entre los años 970 y 1050.Al monasterio ha llegado un códice del Reino de Pamplona; hoy lo conocemos como Códice 60. El manuscrito contiene unas Vidas de Santos, una Pasión y misa de los santos Cosme y Damián, y un Libro de sentencias y sermones de San Agustín. Sobre ese manuscrito, que está en latín, dos monjes añaden algunas notas para hacer más comprensible el texto original. Dicen así:

> *Cono aiutorio de nuestro dueno dueno Christo, dueno salvatore, qual dueno get ena honore et qual duenno tienet ela mandatione, cono patre, cono spiritu sancto enos sieculos de lo sieculos. Facamus Deus Omnipotes tal serbitiq fere ke denante ela sua face gaudioso segamus. Amen.*
>
> Traducido al castellano actual, dice así:
>
> *Con la ayuda de nuestro Señor Don Cristo Don Salvador, Señor que está en el honor y Señor que tiene el mandato con el Padre con el Espíritu Santo en los siglos de los siglos. Háganos Dios omnipotente hacer tal servicio, que delante de su faz gozosos seamos. Amén.*

Por cierto que en ese mismo documento aparecen también las primeras palabras escritas en vascuence. Decían así: *Izioqui guec aiutu ez dugu*, que quiere decir algo así como «Hemos sido salvados,/ no se nos ha dado ayuda».

Respecto a las glosas en romance, ¿era esto ya castellano? No exactamente. Aún estamos en el momento crisálida. Es un proto-romance con elementos de los dialectos riojano, navarro, aragonés, castellano, leonés; pero aquí están ya todos los rasgos que se convertirán en el castellano. Menéndez Pidal vio aquí el origen de nuestra lengua.

Durante mucho tiempo se pensó que éstas eran las primeras palabras escritas en romance. Pero hoy, después de las investigaciones de los hermanos García Turza, sabemos que no, que hay inscripciones aún anteriores. En San Millán, además de ese Códice 60, hay otro, el 46, que es todavía anterior. El Códice 60 sería de mediados del siglo XI. Este otro sería de finales del siglo X. Es curioso, porque estos textos, al principio, eran tomados simplemente como un latín mal escrito, un latín chapucero: ha hecho falta un estudio más detallado para verificar que no era latín malo, sino, ya, romance castellano o leonés. Es el caso de ese Códice 46.

Otro de los abuelos más viejos de nuestro idioma es un texto muy divertido: La noticia de quesos, que procede de un monasterio de León y que es del año 980. En ese año, el monje encargado de la intendencia, minucioso, toma nota de los quesos consumidos. Sonaba más o menos así:

Nodicia de/ kesos que/ espisit frater/ Semeno: in Labore/ defratres. In ilo bacelare/ de cirka Sancte Tuste, kesos V in ilo_alio de apate,_II kesos; en que puseron IIII; in ilo/ de Kastrelo, in Ila Vinia maiore,_II; que lebaron en fosado, ad ¡la tore;_que baron a Cegia,_II guando la taliaron ¡la mesa; II que/ lebaron Leione; (..) alio ke leba de sopbrino de Gomi/ IIII que espiseron guando llo rege_venit ad I, qua Salvatore ibi/ uenit.

O sea:

Noticia de los quesos que gastó Jimeno, monje del monasterio de los Santos justo y Pastor de Rozuela: en el bacillar o majuelo próximo a San Justo, cinco quesos; en el bacillar del abad, dos quesos; en el que plantaron este año, cuatro quesos; en el Castrillo, un queso; en la viña mayor, dos quesos; dos que llevaron en fonsado a la torre; dos que llevaron a Cea cuando cortaron la mesa (…) otro queso que lleva el sobrino de Gómez; cuatro que gastaron cuando el rey vino a Rozuela; y uno, cuando vino Salvador.

Mientras en el norte de España comían queso a mansalva y tomaban cuidadosa nota en lengua romance, en el sur, bajo la dominación musulmana, también se empezaba a escribir en algo que sería después castellano: son los textos de las *jarchas*. Estamos entre los siglos X y XI. En la España musulmana la gente no ha dejado de hablar el latín popular. Y la lengua se ha mantenido hasta el extremo de que empiezan a aparecer, como cierre o estribillo de poemas árabes y judíos, pequeñas cancioncillas en lengua

romance. Eso son las *jarchas*. Si el descubrimiento de las glosas de San Millán fue muy reciente —a principios del siglo XX—, el de las *jarchas* también es de anteayer: es en 1945, cuando un inglés de origen judío, S. M. Stern, repara en ellas. Hoy son bien conocidas. ¿Cómo sonaban? Más o menos como esta del siglo XI:

Ben, sidi, beni!

El qerer es tanto beni

D'est'az-zameni

kon filio d'Ibn ad-Daiyeni

Que quiere decir:

¡Ven, dueño mío, ven!/ El poder amarnos es un gran bien/ que nos depara esta época tranquila/ gracias al hijo de Ibn ad-Daiyan.

Y así se va formando en España algo que ya es una lengua propia, hija del latín, pero distinta de él. A partir del siglo XIII empiezan a aparecer los primeros textos literarios escritos ya en romance. Hasta entonces se escribía sólo en latín, ahora se escribirá también en algo que empieza a ser castellano, mientras al mismo tiempo se escribe en catalán y en galaico-portugués. Entre los siglos XI y XII, estas lenguas ya no son sólo populares, sino que pasan a escribirse y, por tanto, a ser lenguas cultas. Y todo eso ocurrió en la misma España que acababa de vivir la pesadilla de Almanzor y la explosión final del califato.

Gerberto, un papa para la Iglesia del año 1000

No puede contarse la historia de la Edad Media, ni en España ni en ningún otro lugar de Europa, sin hablar de la Iglesia. La Iglesia desempeña en este momento una posición determinante; es, por así decirlo, el cerebro rector del orden medieval. En el caso de los reinos cristianos españoles, además, el elemento que daba cohesión a las tierras y a los hombres era precisamente la cruz, la fe común, la religión cristiana, en pugna permanente con el enemigo musulmán del sur. El largo proceso de la Reconquista es incomprensible sin el elemento religioso. Decirlo no será muy políticamente correcto, pero eso es lo que hay.

Lo religioso lo baña todo: la vida cultural, la vida cotidiana, también la vida política. Es la religión, más que la pertenencia a un territorio, lo que construye la identidad individual y colectiva. Por eso nada se entiende si no hablamos de la Iglesia. Y aquí lo haremos trayendo a colación a uno de los grandes espíritus de aquel tiempo: Gerberto de Aurillac, un monje filósofo que conoció muy bien Cataluña y que sería papa con el nombre de Silvestre II. Su vida nos servirá de guía para meternos en los monasterios y los templos medievales.

Empecemos situando al personaje: Gerberto de Aurillac, nacido en Auvernia, en el sur de Francia, en 940. Un contemporáneo estricto de Almanzor, de Borrell II y del conde García Fernández. Dice la leyenda que Gerberto, niño campesino, tenía doce años cuando se cruzó con un grupo de monjes benedictinos del monasterio local. El pequeño Gerberto estaba entregado a una minuciosa tarea: tallar una rama para construirse con ella un tubo y poder mirar las estrellas. Los monjes, impresionados por la inteligencia del muchacho, solicitaron llevarlo consigo al monasterio. Esta historia puede ser verdad o no, porque toda la vida de Gerberto está llena de leyendas, pero el hecho es que el pequeño acabó estudiando con los benedictinos. De la Orden de San Benito se ha dicho que eran los cazatalentos de la época; de hecho, son los benedictinos quienes construyen la cultura europea medieval. Con ellos se formará Gerberto.

Conviene recordar cuál era la imagen que el mundo medieval tenía de sí mismo: una comunidad formada por tres estamentos integrados; tres estamentos que eran los *oratores* (las gentes del espíritu), los *bellatores* (las gentes de la guerra) y los *laboratores* (las gentes del trabajo). Es una división estamental que conecta directamente con las tres funciones del mundo antiguo —la realeza sagrada y sacerdotal, la nobleza guerrera y el mundo de la producción agraria, respectivamente— y que encaja con la descripción socrática y platónica de la República como un cuerpo orgánico con cabeza (la razón, la inteligencia, la justicia), pecho (el valor, el coraje guerrero) y vientre (la producción y la reproducción). Era inimaginable que en una sociedad faltara alguno de esos miembros. Si no hubiera cabeza, o pecho o vientre, el resultado sería un monstruo.

En la Europa de este periodo, en torno al año 1000, el papel de la Iglesia es determinante. La Iglesia es la que ha provisto al orden de un discurso, de un sentido, de una justificación: nuestros reinos y condados son ante todo reinos y condados cristianos; lo que justifica su existencia es su subordinación

espiritual a la fe, materializada en la sede romana del papado y en los clérigos que por doquier pueblan templos y monasterios. Son ellos quienes conocen del bien y del mal, quienes guardan el misterio del Dios hecho hombre y quienes custodian la razón de ser del orden colectivo. Son ellos, también, quienes almacenan y distribuyen el conocimiento. Con frecuencia los veremos, además, aportando al reino su consejo o el testimonio de su firma en los documentos oficiales. De manera que la Iglesia es la sede del saber. Y las mejores inteligencias abrazarán con frecuencia la vida religiosa como una consecuencia natural de su talento.

Ése fue el caso de Gerberto, que realmente tenía un talento desbordante. Con los benedictinos estudió el *Trivium*, es decir, gramática, lógica y retórica, que eran la base del saber medieval. Allí, en el monasterio, decide consagrarse a la vida religiosa y se ordena. Como es un cerebro privilegiado, la comunidad benedictina estimula sus estudios: superado el *Trivium*, afronta el *Quadrivium*, es decir, aritmética, geometría, astronomía y música, las disciplinas propiamente científicas. ¿Dónde estudia el *Quadrivium*? En Cataluña, en el monasterio de Santa María de Ripoll, bajo la tutela del conde Borrell II y del obispo Atón de Vic. Después de todo, Cataluña formaba parte del mundo carolingio.

Nueva pregunta: ¿por qué precisamente Ripoll? Sin duda, por la importancia de ese monasterio como centro de conocimiento. El monasterio de Santa María de Ripoll, en Gerona, había sido fundado por Wifredo el Velloso en 888, después de que el obispo Gotmar de Vic encontrara una imagen de la Virgen en el lugar. Muy vinculado a las casas condales catalanas, el monasterio prosperó rápidamente. Entre otras cosas, fue almacenando una importante colección de manuscritos. A mediados del siglo X eran 66 manuscritos; a principios del siglo siguiente, los escritos ya superaban el centenar. Eso convirtió a Ripoll en centro de visita obligado para quien quisiera profundizar en el saber. Y por eso Gerberto vino a España, a Ripoll, para estudiar su *Quadrivium*.

Dicen que Gerberto, en su estancia catalana, aprovechó para entablar contacto con los sabios de Córdoba y Sevilla. Es muy posible, porque en aquel momento los condados catalanes estaban en paz con el islam, todavía no había aparecido un Almanzor que quemara la biblioteca de Alhakén II, y el califa de Córdoba, como aquí hemos visto, era un tipo ilustrado que gustaba de recibir los conocimientos que venían de Persia y de la India, del otro confín del mundo musulmán. Pero, por otro lado, no hay ni un sólo testimonio

que acredite tales encuentros entre Gerberto y los sabios de Córdoba. Ripoll era un centro de conocimiento con valor propio, independientemente de que hubiera o no tales contactos.

Aclaremos una cuestión. El tópico dice que fueron los árabes los que conservaron la sabiduría grecolatina durante la Edad Media, pero eso es una verdad a medias. En los monasterios medievales —por ejemplo, Ripoll— se conocía perfectamente a Aristóteles, por mencionar a un solo autor. Lo que sí es verdad es que las copias de griegos y romanos que se conservaban en Occidente eran pocas y, con frecuencia, incompletas. Como es verdad también que los árabes, además de incorporar los conocimientos de persas e hindúes, conocieron las traducciones de los griegos al siríaco y, de ese modo, sus textos permitieron completar los que ya circulaban en Europa, si de circulación puede calificarse al modesto tráfico monacal.

Hubiera o no interlocutores árabes, parece acreditado que fue aquí, en Ripoll, donde Gerberto conoció el sistema numérico arábigo, importado de la India, que aportaba la novedad crucial del número cero. Los indios habían empezado a calcular con ceros en torno al siglo VII. El sistema comenzó a generalizarse unos doscientos años después. Los árabes lo importaron gracias al persa al-Khwarizmi, que vivió entre los siglos VIII y IX; por ese señor, al-Khwarizmi, llamamos a los números «guarismos». Gerberto conoció el sistema y defendió sus ventajas sobre el viejo sistema numérico romano. Hay que decir que, al principio, Gerberto no tuvo ningún éxito con su nuevo planteamiento.

Pero la Iglesia de entonces no ocupaba un lugar central sólo en el mundo del espíritu y del saber, sino también en el mundo político. A la altura del año 969, el conde Borrell II viaja como peregrino a Roma y lleva en su séquito, a modo de embajada, al sabio monje Gerberto. Ese viaje será crucial para nuestro personaje, porque en Roma conoció al papa Juan XIII y al emperador Otón I, cabeza del Sacro Imperio Romano Germánico, es decir, del lado oriental del viejo mundo carolingio. Otón, impresionado por aquel monje todavía joven —no había cumplido aún los treinta años—, decide «fichar» a Gerberto: será el tutor del hijo del emperador, el futuro Otón II.

A partir de entonces comienza para Gerberto de Aurillac una carrera meteórica: maestro en la escuela catedralicia de Reims, primero; ordenado sacerdote, enseguida será abad del monasterio de Bobbio, en Lombardía; después, obispo de Reims, obispo de Rávena… Es en ese momento cuando a nuestro personaje le toca sumergirse en las convulsiones políticas de la época:

en Francia aparece la dinastía Capeta, hay un traumático relevo en la corte del Sacro Romano Imperio…

Así Gerberto vivirá en primera persona la otra dimensión de la Iglesia medieval: no sólo la espiritual y la intelectual, sino también la política. Y la experiencia de nuestro personaje nos permitirá entender mejor la relevancia política de la Iglesia en aquel tiempo.

La Iglesia, gran reformadora política

Hemos dejado a Gerberto con dos grandes asuntos entre manos: uno, asegurar la transmisión de la corona francesa a la dinastía Capeta; el otro, defender la candidatura de Otón III para el trono imperial romano-germánico. Son dos asuntos distintos, pero ambos tienen una nota común: en los dos casos, la posición de Gerberto será favorecer el poder monárquico, que es el poder político de derecho, frente a los nobles, que estaban siendo ya el poder político de hecho. Esa posición de Gerberto no será inusual, al revés. En líneas generales, la Iglesia casi siempre va a apostar por los reyes frente a los nobles. Y será una elección cargada de consecuencias, porque ése era precisamente el gran problema político de este tiempo.

Empecemos por nuestro escenario, la España de la Reconquista. Aquí ya hemos visto cómo en el Reino de León el estado eclesiástico desempeña funciones directivas en la repoblación de territorios: no sólo los monasterios actúan como centros de la organización territorial —ya lo habían sido en época goda—, sino que, además, los abades y obispos reciben tierras cuyo cultivo y explotación dirigen personalmente en tanto que propietarios. Esto venía siendo así desde el principio de la Reconquista. Primero fueron el obispo Juan en Valpuesta y los pioneros Vítulo y Ervigio en los valles de La Bureba, rectores de pequeñas comunidades religiosas y agrarias, apiñadas en rústicos monasterios que construyeron con sus propias manos. Después, y andando el tiempo, veremos a auténticos magnates repobladores como los obispos Indisclo en Astorga y Frunimio en León, propietarios de grandes extensiones que, como es natural, llevan aparejado un poder político y económico importante. Bien es cierto que tales propiedades no eran posesión personal, sino que iban vinculadas al cargo que ocupaban.

Pero, atención, porque en ese mismo momento empieza a producirse en toda Europa —y en España, con las limitaciones que ya hemos visto aquí— el

gran cambio feudal: el poder político de los reyes mengua, crece el poder de los señores de la tierra, las relaciones en el interior de la comunidad pasan a concebirse expresamente en términos de fidelidades personales y vasallajes… Este cambio trae consigo una primera consecuencia negativa y es que los señores feudales, dueños absolutos de su territorio, pugnan por aplicar un severo régimen de servidumbre en sus dominios. Como nadie más que ellos marca la ley, el paisaje se presta a todo tipo de violencias y extorsiones. Aquí ya hemos visto cómo llegó a ser la situación en el Reino de León, donde la Iglesia denunciaba que los nobles, aprovechando el caos creado por las guerras de Almanzor, habían empezado a comportarse como auténticos bandoleros.

La Iglesia, como todos los estamentos, también forma parte del proceso feudal. Y la cuestión que se plantea a mediados del siglo x en toda Europa, y también en España, es si acaso esta participación tan directa en el orden político no estará perjudicando a la pureza de la fe. Los señores feudales, la aristocracia de la guerra y de la tierra, fundan monasterios un poco por todas partes y llegan a adquirir un peso excesivo también en la organización de la vida religiosa. Por esta vía se llega inmediatamente a la corrupción. La palabra del momento es «simonía», a saber, el tráfico especulativo sobre los bienes eclesiásticos. Como los títulos del alto clero —abadías, obispados, etc. — llevan aparejados importantes beneficios económicos, muchos intentarán controlar esos cargos para aumentar sus riquezas. Así veremos cómo los bienes de los monasterios y las catedrales serán frecuentemente expoliados y repartidos entre sus patronos. El escándalo es generalizado y, muy en primer lugar, en el propio estado eclesiástico, que no tolera tales abusos.

En la España medieval tenemos un ejemplo muy concreto de esas prácticas de simonía. Es lo que ocurrió en el monasterio catalán de Sant Benet de Bages, teóricamente bajo autoridad papal, pero en el que la familia fundadora, los Sala, se había reservado derechos importantes. Desaparecido el noble impulso de los fundadores, los nietos de éstos terminaron nombrando como abades a personajes que se dedicaron, simplemente, al tráfico de bienes: vendieron joyas y libros, empeñaron ropas, arrendaron a precios abusivos los animales de granja… Todo ello con grave perjuicio de los monjes del monasterio y de los campesinos a él sujetos. El escándalo fue tan enorme que el caso llegó a Ramón Borrell, el conde, y éste a su vez lo llevó al mismísimo papa Gerberto, para que tomara una decisión. Eso fue ya en el año 1002.

La decisión, en estos casos, solía ser siempre la misma: que los propios monjes eligieran a un patrono de fiar, encomendar a éste la gestión de los bienes monásticos y, en cualquier caso, poner por encima de todo la autoridad del papa. ¿Qué significaba esto? Significaba privar a los señores feudales, en la medida de lo posible, del gobierno directo de los monasterios y del disfrute de sus bienes. Tal era el espíritu que había empezado a expandirse desde Cluny, que había penetrado en España a mediados del siglo x y que, al cabo, iba a permitir enderezar la situación. Entregar a la Iglesia el gobierno de su propia organización significaba limitar en medida muy acusada las posibilidades de corrupción, de simonía. Seguirá habiendo abusos, pero ya no serán la norma, sino la excepción.

Un matiz importante: no debemos pensar que el estado eclesiástico llevaba siempre consigo una situación socioeconómica privilegiada. En el orden clerical había tanta jerarquización como en el resto de la sociedad, y nada tenía que ver la condición de un prelado de ciudad importante con la de un abad de monasterio pobre, incluso si su dignidad eclesiástica era la misma, como nada tenía que ver la vida de un sacerdote de la corte con la de un monje de cualquier convento rural. Nada tenía que ver la posición del obispo de Santiago —un Sisnando, por ejemplo—, que era un auténtico magnate, con la de un curilla de Sepúlveda. Lo que sí caracterizaba a todo el orden eclesiástico, fuera cual fuere su posición socioeconómica, era la autoridad espiritual: en la Iglesia, custodia de la fe y de la cruz, descansaba la justificación y el sentido de todo el orden.

Precisamente por eso, y esto es muy importante señalarlo, la corriente renovadora que protagoniza la Iglesia en este momento no se limita a su propia organización interna, sino que afecta a todo el orden político. Frente a la fragmentación del poder en manos de los señores feudales, la Iglesia se pone del lado de los monarcas. Era una cuestión de principios: en el orden medieval, el rey reina porque Dios lo ha querido; su reinado es un reflejo —pálido, pero reflejo al fin y al cabo— del reinado de Dios, y menoscabarlo es tanto como subvertir el orden que Dios ha querido para su pueblo. Por eso los obispos españoles, lo mismo en León que en Navarra o en el condado de Barcelona, estarán siempre al lado de los princeps, es decir, del poder superior, y frente a los intentos feudales por hacerse con parcelas cada vez mayores de poder. Y por eso nuestro Gerberto, puesto en la tesitura de intervenir en política, preferirá, primero, a los Capetos en Francia, porque encarnaban la continuidad del principio monárquico, y después a Otón II en el Imperio, porque representaba la legitimidad dinástica.

De esta forma la Iglesia contribuyó de una manera muy notable a las grandes reformas políticas de los siglos IX y X, que podemos enunciar en una fórmula: poner coto a los abusos feudales, cristianizar las relaciones en el mundo feudal, sacralizar el principio de jerarquía. De paso, la Iglesia, y en particular el movimiento de Cluny, será decisiva para que la figura del guerrero empiece a tener un sentido esencialmente cristiano como defensor de la fe.

A nuestro amigo Gerberto aún le esperaban muchos desafíos. No de todos salió con bien. Y entre otras cosas, verá cómo su nombre es difamado por quienes, celosos, o envidiosos, o enemigos políticos, le acusarán nada menos que de haber pactado con el diablo. ¿Por qué? Por sus conocimientos científicos. ¿Un papa, acusado de satanismo por su vocación científica? Sí, así fue. Y eso nos lleva a revisar otro tópico de nuestro tiempo, a saber, aquel según el cual la Iglesia medieval perseguía con saña a la ciencia.

La Iglesia, la ciencia y el papa Gerberto

Tópico de tópicos: en la oscurantista Edad Media, la intolerante Iglesia católica perseguía a los científicos y ponía trabas al progreso. Hoy mucha gente cree eso a pies juntillas. Pero no es verdad. Y el propio papa del año 1000, Gerberto de Aurillac, es un buen ejemplo. Gerberto, que ade más de religioso era científico, también sufrió persecuciones por su ciencia, y no vinieron precisamente de la Iglesia.

Gerberto era un personaje extraordinario, de una curiosidad sin límites y una inventiva siempre alerta. Entre sus inventos, es preciso mencionar un tipo particularmente avanzado de ábaco, precisamente llamado Ábaco de Gerberto. Se trataba de un sistema de varias filas de veintisiete casillas donde el contable debía depositar nueve fichas, una por cada número —arábigo— del uno al nueve. De derecha a izquierda, cada una de las casillas correspondía a las unidades, las decenas, las centenas y así sucesivamente. El objetivo del instrumento era facilitar las multiplicaciones y las divisiones; en suma, una máquina de calcular. Pero ojo, un sistema de contabilidad de veintisiete posiciones significa que es posible calcular cifras hasta la magnitud del cuatrillón. Por supuesto, nadie necesitaba calcular cuatrillones en el año 1000; el recurso no era más que un alarde de ciencia de aquel cerebro portentoso.

Nuestro amigo inventó más cosas. Por ejemplo, se le atribuye la introducción del péndulo para medir el tiempo. También inventó un reloj de ruedas dentadas. Y además, una versión especial del monocordio, un instrumento musical que constaba de una caja de resonancia y, sobre ella, una cuerda tensa con la que podían medirse las vibraciones acústicas y los intervalos musicales. Con ese sistema pudo medir y clasificar las diferentes notas: es lo que hoy conocemos como tonos y semitonos. Y por si faltaba algo, al papa se le ocurrió un sistema criptográfico, es decir, un lenguaje secreto en clave, de tipo taquigráfico. Gerberto había descubierto en Cicerón que ya los romanos utilizaron un sistema de ese tipo: los llamados apuntes *tironianos*, inventados por un tal Tirón, que consistían en un alfabeto de signos y símbolos. Lo que hizo Gerberto fue utilizar libremente el modelo para crear su propio código.

Esta portentosa inteligencia siempre le trajo sinsabores. En particular, despertó las inevitables envidias de sus colegas. A Gerberto ya le habían llamado de todo por sus intereses científicos. Cuando era maestro en Reims, por ejemplo, le montaron una curiosa campaña por reintroducir las doctrinas filosóficas de Boecio en la enseñanza de la lógica. La causa de la querella no fue otra que la envidia de un colega suyo, Otric de Magdeburgo. Esas mismas envidias van a provocar que, una vez instalado en la Silla de Pedro, las murmuraciones se multipliquen. Y no por razones intelectuales, sino por motivaciones políticas.

Gerberto fue entronizado papa el 9 de abril de 999. Contra lo que pudiera esperarse de un intelectual, lo cierto es que su política como papa fue un auténtico ejemplo de determinación, además de un difícil compromiso entre vigor y prudencia. Sin duda sus directrices respondían a una convicción no sólo personal, sino compartida por los sectores más clarividentes del clero. Para empezar, la propia elección de su nombre como pontífice: Silvestre II. Hay que recordar que el primer papa de tal nombre, Silvestre I, fue el confesor de Constantino, nada menos; es decir, el Pontífice que inauguró la transformación del cristianismo en religión oficial del Imperio romano.

Al elegir el nombre de Silvestre, Gerberto de Aurillac formulaba una nítida declaración de intenciones: el orden natural de la civilización cristiana era el imperio, un modelo que combinara el poder material con la autoridad espiritual. En un contexto como el del año 1000, eso significaba un claro respaldo al proyecto del emperador Otón II: frente a la fragmentación del poder en Europa, se dibujaba un renovado Imperio romano-cristiano. Y más

aún: decidido a que Europa entera fuera tierra de la cruz, Gerberto impulsó la evangelización definitiva de todo el continente. Así creó los primeros arzobispados de Polonia y Hungría, nombró al rey húngaro Esteban vicario papal —hoy lo recordamos como San Esteban— y selló por primera vez relaciones diplomáticas con Rusia, que acababa de convertirse al cristianismo. Es en este mismo momento cuando Islandia, por decisión parlamentaria, se convierte igualmente a la fe de Jesús. Nunca la Iglesia había sido tan europea.

En ese nuevo contexto, la reforma moral de la Iglesia era una urgencia perentoria: había que desligar a la Iglesia de todas las tentaciones del poder mundano. Y así Gerberto, el papa Silvestre II, pondrá un extremo celo en procurar que sólo accedan a la dignidad episcopal clérigos de vida sin tacha. Al mismo tiempo, perseguirá sin tregua los abusos que habían salpicado al estamento eclesiástico en distintos puntos de Europa: la simonía, es decir, el tráfico especulativo sobre los bienes de la Iglesia, y también el concubinato de los clérigos. Era el mismo programa que había intentado aplicar como abad del monasterio de Bobbio. En aquella ocasión, la presión de ciertos clérigos locales y de la aristocracia del lugar frustró sus propósitos, pero ahora era distinto; ahora él era el papa.

Con este expediente, es fácil suponer que los enemigos de Gerberto se contaban por millones. Los sectores del clero reacios a las reformas, las fortunas construidas sobre la simonía y la corrupción, la nobleza feudal disconforme con la primacía que la Iglesia otorgaba a los reyes, los grandes magnates que conspiraban para reducir el Imperio al estatuto de títere de sus intereses particulares… Todos veían al papa Silvestre como un obstáculo que era preciso derribar. Y desde su punto de vista, no les faltaba razón.

Fue en esa animadversión política y económica, sin duda, donde nació la leyenda contra Gerberto. La lista de denuncias es asombrosa. Que había intimado con el enemigo musulmán. Que había pactado con las potencias del infierno. Que Satanás se llevaría su cuerpo cuando muriera; de hecho, se aseguraba que el propio Gerberto había ordenado que, tras su muerte, se troceara su cadáver, para impedir que el demonio se apoderara de él. La leyenda duró mucho. Tanto que en el siglo XVII el Vaticano, para acabar con las murmuraciones, decidió abrir la tumba. Allí estaba Silvestre II, entero, de una pieza, con la mitra sobre su cabeza y, por cierto, en excelente estado de conservación. El diablo no se lo había llevado; la leyenda de Gerberto no era más que un infundio.

A Gerberto le persiguieron por su ciencia, sí. Pero no porque la Iglesia considerara satánico el saber —la Iglesia era él: Gerberto, el papa Silvestre II —, sino porque su política reformadora representaba un serio contratiempo para gentes muy poderosas. Al final, la historia es tan vieja como la humanidad: un caso de manipulación deliberada de la ignorancia ajena para ponerla al servicio de intereses inconfesables. Manipulación que unas veces puede revestir el aspecto de razones religiosas, y otras, el aspecto de razones ideológicas o políticas. En realidad, el género humano no ha cambiado gran cosa en todo este tiempo.

Por fortuna, a Gerberto la posteridad le hizo justicia. Hoy le recordamos como aquel sabio formado en España, en Cataluña, que llegó a ser papa. El papa del año 1000.

El mapa de la cristiandad española

Vamos a detenernos un momento. Tomemos un poco de perspectiva y veamos cómo estaba el paisaje, porque el mapa de España va a empezar a cambiar. Después del paréntesis de Almanzor, como hemos visto, el califato estalla. Y con el poder musulmán desgarrado, los reinos cristianos de la Península vuelven a ver abiertas las puertas.

De algún modo, es como si se volviera a la situación de setenta años antes, tal y como habían quedado las cosas después de la batalla de Simancas: toda la tierra al sur del Duero vuelve a quedar libre hasta el Sistema Central. Y en el Pirineo, los reinos y condados nacidos de la Marca Hispánica encuentran ahora el camino abierto para extender la repoblación hacia el sur. La pesadilla ha terminado. Pero ya nada volverá a ser igual que antes.

Desde el punto de vista territorial se ha vuelto a la situación de 939, en efecto, pero muchas cosas han cambiado en los reinos cristianos del norte. Han cambiado, desde luego, las estructuras sociales, ahora más feudales que antes. También han cambiado las orientaciones políticas de unos y otros, porque los reinos cristianos descubren nuevas oportunidades. Y así vamos a asistir a un proceso que terminará configurando la imagen más duradera de la España medieval: la España de los cinco reinos, que serán León, Portugal, Castilla, Navarra y Aragón. Eso es lo que empieza a nacer ahora. Pero vayamos por partes.

Para empezar, Castilla se define. En este momento ya es la potencia determinante de la Península. No es la región más rica, porque ésa sigue siendo la España musulmana, con sus grandes viveros naturales. Tampoco es la mayor potencia militar, porque ésa, probablemente, sigue siendo el Reino de León. No es, desde luego, la mejor relacionada con Roma y con los reinos europeos, porque estos títulos corresponden a los condados catalanes. Ni tampoco es Castilla, en fin, el territorio mejor organizado políticamente, porque ese blasón hay que adjudicárselo al territorio navarro. Pero Castilla tiene en mayor grado que nadie una cualidad decisiva: voluntad de resistir y sobrevivir, y ambición para expandirse.

Los condes castellanos, García Fernández primero y Sancho García después, ya son propiamente independientes: su obediencia a la corona de León es puramente formal, y con frecuencia ni eso. Mientras León se hundía, los condes castellanos, primero García y luego Sancho, habían sabido construir un polo de poder de enorme pujanza. Cuando peores eran las perspectivas de supervivencia, García aguantó donde otros cedían. Después, su hijo Sancho combinó agresividad militar y astucia política para obtener el máximo rendimiento de una situación que objetivamente era desesperada. Y ahora, deshecho el califato, vencido el peligro musulmán, Castilla contaba con un territorio bien vertebrado, defendido por ejércitos que salían de sus propios paisanos, con la riqueza suficiente para abastecer a los nuevos colonos que iban llegando a la región y, sobre todo, con la voluntad de combinar todo eso en una incesante manifestación de poder.

¿Cuál era el espacio de Castilla en ese momento? Por el norte llegaba al mar Cantábrico, a la altura de Santoña, Colindres y Laredo. Por el sur se extendía hasta Sepúlveda y Atienza, en las sierras de Segovia y Guadalajara en el Sistema Central. Al este quedaban La Rioja —que era navarra— y las tierras aragonesas en poder musulmán. Por el oeste, desde el año 1013, Sancho había reivindicado las tierras entre el Cea y el Pisuerga, en las actuales provincias de Palencia, Valladolid y León. Buena parte de ese espacio estaba ya repoblado, pero al sur del Duero seguían abundando las tierras abiertas a los colonos. Sobre ese espacio, Castilla manifiesta su voluntad de expansión. Pero, sobre todo, el conde Sancho va a dejar clara su voluntad de organizar ese territorio. Su instrumento será el tradicional: los fueros, que Sancho multiplica con generosidad. Por eso pasará a la historia como «el de los buenos fueros».

Sobre esa potencia que es Castilla, el Reino de León trata como puede de hacer valer su vieja hegemonía, la herencia de Asturias. El rey Alfonso V ya no era el niño que había heredado la corona con cinco años; ahora, año 1015, pasa de los veinte y tiene sus propias ideas sobre qué hacer con el reino. Su madre, la regente Elvira, hermana de Sancho de Castilla, cada vez pinta menos. El propio Sancho, hombre muy principal en el reino, ya ha dejado claro que sus pretensiones no son exactamente pequeñas. En cuanto al otro hombre fuerte de la corte, el conde gallego Menendo González, también envejece. El rey Alfonso acaba de desposar a una hija de este Menendo, doña Elvira Menéndez de Melanda, que no tardará en darle un heredero. Y el problema del joven rey ahora es embridar las ambiciones de los nobles: los Ansúrez y los Banu Gómez, pero también los gallegos y los portugueses.

El propósito de Alfonso estaba claro: atemperar en la medida de lo posible la pertinaz crisis del reino, que llevaba durando más de medio siglo. El paso de la vieja corona asturiana al modelo feudal, consecuencia directa de la gran expansión de los años anteriores, había destruido el edificio político leonés. Para reconstruirlo no había más que una solución: señalar con toda claridad límites legales que permitieran encauzar las ambiciones nobiliarias y, por esa vía, frenar la inestabilidad política del reino. A esa tarea se empleará el joven rey de León en cuanto se vea con las manos libres. Ahora bien, los nobles no verán con buenos ojos la iniciativa, empezando por el propio Sancho de Castilla. En respuesta, Alfonso acoge junto a sí a dos enemigos de Sancho, los condes de Álava.

Pero había otros reinos en la Península. Más al este, otro protagonista de estos años empezaba a delinear su estrategia. Sancho III de Navarra, rey desde niño, crecido a la sombra de Sancho de Castilla, casado incluso con una hija de éste, Muniadona. La apuesta política de Sancho era afirmarse como poder en el norte de la Península. Ya controlaba Aragón y el Sobrarbe. A la altura de 1016, lo veremos marcando las fronteras entre Navarra y Castilla con su suegro el conde Sancho. Conocemos los nombres de quienes hicieron aquel trazado fronterizo. El rey de Pamplona y Nájera envía a Fortún Ochoa de Cameros; el conde castellano, a Nuño Álvarez de Bureba. Uno y otro delimitan sobre el terreno la jurisdicción de sus respectivos señores. Así se traza la raya que separa Navarra de Castilla en las comarcas de La Rioja y Soria, desde Ezcaray hasta Garray.

Y para completar el mapa, más al este todavía, tenemos el condado de Barcelona: vencido el enemigo musulmán, se ha convertido en una

esplendorosa realidad. Ramón Borrell ha empezado a acuñar su propia moneda, ha prodigado las expediciones por el Ebro y el Segre, ha impulsado la repoblación en la cuenca de Barberá y en el llano de Tarragona… Como colofón de estos años de esplendor, Ramón Borrell impulsa la construcción de la catedral de Barcelona.

Así se va dibujando la España medieval. Y en ese proceso habrá un año clave: el de 1017. Ese año muere el conde Sancho de Castilla. Deja como heredero a un menor de edad, su hijo García, de siete años. Pero es que en ese mismo año mueren también la madre del rey Alfonso, la regente Elvira, y el conde gallego Menendo González, y asimismo el jefe de los Banu Gómez. En cuanto al de Barcelona, Ramón Borrell, había muerto a su vez un año antes. Y ese 1017 es precisamente el año que aprovecha Alfonso V para dar un golpe de timón.

Era, sí, julio de 1017. El rey Alfonso V convoca curia en el reino. Ha decidido llevar a cabo una reforma política de fondo: se propone otorgar unos fueros para consolidar el sistema político leonés. Será el Fuero de León. Un documento importantísimo, porque, entre otras cosas, convierte a León en la primera ciudad medieval de Europa.

El Fuero de León: la obra de Alfonso V

Construir es ordenar y gobernar es poner orden. Cuando todo ha quedado destruido, lo primero que el gobernante ha de hacer es ordenar las cosas. Y eso fue lo que decidió Alfonso V de León para devolver el pulso al reino: ordenar la vida de sus territorios con unas leyes que fueran al mismo tiempo justas y eficaces. Con esa tarea legislativa, Alfonso pasará a la historia como un gran rey. Y el Fuero de León, dictado en el año 1017, se convertirá en el primer corpus legal de este tipo en toda Europa. Un gran acontecimiento.

Vamos a recordar un poco cómo estaba el Reino de León. La herencia histórica directa del Reino de Asturias acababa de atravesar la crisis más grave de su existencia. Primero, el propio crecimiento del reino había provocado el nacimiento de territorios que adquieren su propia identidad, lo mismo en Castilla que en Portugal. Al mismo tiempo, la transformación social del reino, con creciente protagonismo de la nobleza territorial, había creado serios conflictos, porque cada linaje va a aspirar a mandar en su predio sin trabas de nadie. A ese panorama vino a unirse, en la segunda mitad del siglo

x, la presión irresistible del régimen militar de Almanzor en Córdoba, que desencadenará sobre León sus golpes. La convergencia de estos tres factores —diversificación territorial, feudalización del poder y amenaza exterior— llevará al Reino de León al borde mismo de la catástrofe.

Ahora, desaparecido el peligro moro, la corona leonesa podía respirar, pero quedaban los otros dos problemas, y no eran pequeños. Al calor de la gran crisis del siglo x, Castilla se había hecho enteramente independiente en su política. El rey leonés, Alfonso V, sólo puede ver a los castellanos como a enemigos. Para colmo, Castilla extiende sus aspiraciones al corazón mismo del reino, los territorios entre el Pisuerga y el Cea. Si la actitud castellana se contagia a los otros grandes linajes —los Gómez, los Ansúrez, etc.— el reino estará perdido. Por eso Alfonso maniobra acogiendo en la corte a los descendientes de los condes de Álava, descabalgados antaño de su territorio por Fernán González. Esos condes sin condado son Rodrigo e Íñigo Vela. Y también como reacción contra Castilla, el rey Alfonso busca apoyo en la zona occidental del reino: Galicia y Portugal. El objetivo de Alfonso es transparente: consolidar su poder sobre una base que le sea fiel. Así conjura el peligro de división que representa la ambición castellana.

Con el mapa político relativamente controlado, Alfonso aborda una prioridad esencial: restaurar el orden en el interior del reino. El paisaje después de las grandes calamidades de la guerra contra Almanzor era simplemente espantoso. Campos yermos y calcinados por doquier. Villas y aldeas reducidas a escombros. Los siervos y los colonos, fugitivos y desperdigados. Los templos y las catedrales, demolidos y saqueados. La reconstrucción será lenta y trabajosa. Ante todo, no había reconstrucción posible si no se aseguraba el buen orden interior: volver a poner a la gente en su sitio, crear seguridad, devolver la vida a las ciudades y a las aldeas, trabajar nuevamente los campos… En cierto modo, había que empezar desde cero. No es exagerado decir que la obra que Alfonso emprende es propiamente titánica.

Este contexto explica el nacimiento del Fuero de León. Es el 28 de julio de 1017. El rey Alfonso V, veintitrés años en aquel momento, con su esposa Elvira, convoca en la iglesia de Santa María de la Regla a la curia regia, es decir, a todos los magnates de León, «pontífices y abades y optimates del reino de España», como dice el propio Fuero. La primera preocupación del rey es garantizar el buen funcionamiento de la administración de justicia, prácticamente inexistente después de la gran crisis. Y junto a eso, hay que hacer que los siervos y los colonos vuelvan al trabajo. ¿Cómo lograr que la

gente vuelva a los campos? Creando seguridad y reconociendo libertades esenciales, especialmente en el aspecto económico.

Así, el Fuero reglamenta con detalle las relaciones de trabajo y propiedad. La servidumbre se circunscribe al aspecto económico, no implica un vínculo de por vida. El colono o *iunior* puede abandonar la tierra si renuncia previamente al usufructo y entrega la mitad de sus bienes a la *mandación* del señor; la otra mitad, la que el siervo puede llevar consigo, es la que le hace libre para buscar fortuna en otro sitio. Si un colono quiere enajenar la tierra a otro *iunior*, tendrá que asegurarse de que el nuevo colono se compromete a pagar los mismos cargos y rentas. Si el campesino aumenta la tierra trabajada con roturaciones hechas por propia iniciativa, esa nueva tierra computa como ganancia, y no como usufructo, de manera que se le reconoce la propiedad sobre la mitad de ella. Pero si después vende lo así ganado, el comprador ha de ser alguien que viva lejos de la villa, para evitar acumulaciones de propiedad en un solo lugar. De esta manera se garantiza una prioridad del reino: la repoblación de los campos y la resurrección de la vida económica.

El Fuero de León es especialmente importante para la propia ciudad de León y su comarca, su alfoz. Todo el alfoz de León queda constituido como una sola comunidad con su propio fuero y su propio concejo rector, lo cual en la práctica significa una ganancia importante de libertad personal para los vecinos. ¿En qué consistían las atribuciones de ese concejo leonés? Fundamentalmente, en la reglamentación de la vida pública: el cobro de impuestos, la ejecución de obras públicas —por ejemplo, la reconstrucción de la muralla—, la potestad de fijar pesos, medidas y precios, etc. Esto es muy importante, porque podemos considerarlo como el acta de nacimiento de la condición urbana: el hombre que vive en la ciudad sin dependencia de un señor. Y para reorganizar las cosas después de la gran catástrofe de los años anteriores, el Fuero prescribe que los colonos que permanezcan en la ciudad durante un cierto tiempo sin ser reclamados por sus señores pasen a gozar de esa condición urbana de libertad.

Es interesante descender al detalle, porque nos dice mucho sobre cómo se vivía en la ciudad. Por ejemplo, el Fuero protege explícitamente a gremios como el de los tejedores y el de los toneleros, además de los siervos. Para estimular la llegada de nuevas gentes, se eximía a los vecinos de León de pagar el fonsado y la *mañería*, dos impuestos que ya hemos visto aquí. También se les exoneraba de pagar portazgo a la entrada de la ciudad. Y para aumentar la protección jurídica, se dicta que en cierto tipo de delitos el

culpable, si tiene familia en León, pueda acogerse aquí a la justicia. Esta última es una medida que hoy puede parecernos inconcebible, pero se explica si pensamos en cuánta gente pudo ser perseguida por delitos que no había cometido o en las falsas imputaciones que en realidad encubrían el propósito de quedarse con los bienes del acusado. Se trataba, en definitiva, de dar a los leoneses garantías y seguridad.

El Fuero de 1017 quedará confirmado tres años después por otro concilio reunido en la catedral de León. Con él se reorganizaba la vida en el conjunto del reino. En lo que toca a la organización de la vida urbana, el modelo de la ciudad de León se extenderá en los años siguientes a otras villas de la corona. El sistema feudal queda definitivamente consagrado por ley, pero al mismo tiempo, y por primera vez en la Europa medieval, se abre camino a una regulación de las libertades personales, y por eso se considera que este Fuero de León es un documento fundacional en la idea europea de libertad.

Y mientras la cristiandad crece, el califato explota

Volvamos a Córdoba. La última vez que estuvimos allí, habíamos visto a Suleimán, el omeya que encabezaba a los bereberes, convertido en nuevo califa. No faltaremos a la verdad si definimos su paso por el trono como una calamidad cotidiana. Todo le salió mal. El califato era un enfermo incurable. Y eso se verá muy claro por causa de los mismos que habían ganado el poder, los bereberes. Con ellos vamos a asistir al estallido final.

Pensemos en quiénes eran los bereberes: con diferencia y sin discusión, el segmento más primitivo de Al-Ándalus. En España había bereberes desde los primeros tiempos de la invasión, a principios del siglo VIII; fue precisamente su sublevación lo que permitió al Reino de Asturias consolidarse en aquellos primeros años. A estas tribus bereberes del periodo inicial las encontraremos instaladas sobre todo entre Cáceres y Salamanca, y también en el valle del Tajo. Pero sobre aquel contingente inicial de bereberes, en el último medio siglo se había añadido un cuantiosísimo número de recién llegados.

Procedentes del norte de África, reclutados por Almanzor entre las tribus guerreras del Magreb, los bereberes no tenían nada que ver con el sustrato hispano de los *muladíes*, que al fin y al cabo bebía en la tradición romana y goda. También eran completamente ajenos a la tradición cultural árabe, vinculada a los centros de civilización del Próximo Oriente. Detestados por

árabes y por *muladíes* —o sea, los hispanos conversos al islam—, los bereberes odiaban a su vez a la aristocracia árabe y se sentían con derecho a imponer su ley por doquier. Y era una bárbara ley.

Con Suleimán en el trono, los bereberes actúan en el califato como una potencia de ocupación en territorio conquistado. Despojan a las viejas élites y se quedan con las mejores tierras. Acentúan la dureza del régimen de esclavitud. Al mismo tiempo, ocupan los puestos más eminentes de la Administración, tarea, por cierto, para la cual demostrarán no estar especialmente bien dotados. Lo que nace así es un sistema berebere superpuesto a una estructura política árabe. El caos es completo. El califa Suleimán no pinta nada, es un títere en manos de sus bereberes. Los cuales, por otra parte, en realidad sólo mandan en la región de Córdoba: el resto del ancho territorio del califato va por libre.

Va por libre, sí, porque Suleimán, para apaciguar las cosas, había optado por conceder amplias cuotas de poder a los distintos poderes locales, a las grandes familias y a las tribus dominantes en cada región. El recurso habría podido funcionar con un poder central fuerte, pero, con un califa débil y sostenido por una minoría tan denostada como la berebere, semejante sistema era una invitación permanente a la insurrección. En Levante, por ejemplo, son las grandes familias locales las que controlan toda la vida política. ¿Quiénes son esas familias? Fundamentalmente, tribus árabes instaladas en los primeros decenios de la conquista y nuevas élites impuestas en tiempos de Almanzor. Las cosas no tardan en calentarse. Y donde el descontento alcanza su punto de ebullición es en el flanco sur del califato: en el Magreb.

Arcila, Ceuta, Tánger: allí explota la rebelión. La encabezan dos hermanos, Alí y al-Qasim. No son dos advenedizos: tienen sangre *idrisí*. Y uno de ellos, Alí, asegura poseer un documento de Hisham II en el que éste le nombraba califa a él. ¿Era un documento real o una falsificación? Nadie podía saberlo. Pero, en el caos cordobés, aquello ya era lo de menos.

Bien, los *idrisíes*… ¿Quiénes eran los *idrisíes*? Eran los descendientes del rey Idrís I, bisnieto de Alí, el yerno de Mahoma, nada menos. Como parientes de sangre del profeta, tenían derecho a la corona. Idrís había fundado un reino en el actual Marruecos. La dinastía *idrisí* había desaparecido como tal a finales del siglo X, pero sus descendientes seguían manteniendo el derecho de su linaje. Y entre esos descendientes, están estos dos nuevos personajes que ahora nos ocupan, Alí y al-Qasim.

Como Suleimán —ya lo hemos dicho— trataba de apaciguar el paisaje congraciándose con las grandes familias locales, este *idrisí* llamado Alí había recibido del califa el cargo de gobernador de Ceuta. Una plaza importantísima. No es sólo una cuestión de dominio territorial: el norte de África era importante para el califato, sobre todo, porque le permitía controlar las caravanas que venían del Sudán. Sin ese recurso, el califato sufriría un serio daño. Por eso era tan importante la posición de Alí. Pero el nombramiento no impedirá que Alí, inmediatamente, conspire contra el califa.

Alí, en efecto, declara que Suleimán es un usurpador y reclama el califato para sí. En su estela se levantan todos los odios acumulados contra los bereberes. Tanto la aristocracia árabe como los viejos clientes de Almanzor apoyan al nuevo pretendiente. Pero hay más: incluso los propios bereberes se dividieron sobre la cuestión, y no fueron pocos los que reconocieron a Alí como legítimo califa. La suerte de Suleimán estaba echada.

Es el año 1016. Mediada la primavera, Alí desembarca en Málaga. Rápidamente obtiene el control sobre toda la región e instala allí su base. Desde Málaga marcha contra la capital. El 1 de julio, Alí ben Hamud al-Nasir entra en Córdoba. Suleimán es asesinado. Ya hay nuevo califa en Córdoba, Alí. Pero tampoco ésta será una solución duradera.

No lo será, no, porque todo lo que sucede en Córdoba en los años siguientes es realmente demencial. Podemos resumirlo a muy grandes rasgos. Recién llegado al trono Alí, aparece en escena un nuevo pretendiente, Abderramán, descendiente del califa Abderramán III. La aristocracia árabe, en particular en el área de Valencia, anima a Abderramán para que reclame el trono. Alí, que se ve acosado, busca apoyo en los bereberes, con lo cual vuelve a reproducirse el proceso de la guerra civil. En abril de 1018, Alí es asesinado y Abderramán es proclamado califa. Pero, mientras tanto, el hermano de Alí, aquel al-Qasim del que antes hablábamos, el otro *idrisí*, se había proclamado califa también, de manera que en aquel momento había dos califas: Abderramán y al-Qasim. Abderramán morirá igualmente asesinado y al-Qasim quedará como único califa. Era marzo de 1018. Pero enseguida un sobrino de al-Qasim, llamado Yahya, reclama para sí el trono y…

Podemos detener aquí el relato detallado, porque no nos va a llevar a ninguna parte. En una atmósfera de guerra civil permanente, los califas se suceden uno tras otro: Yahya entre 1021 y 1023, de nuevo al-Qasim en 1023, Abderramán V en 1023, Muhammad III en 1024, otra vez Yahya en 1025,

Hisham III en 1027. El califato estaba roto sin remedio. Este Hisham será el último califa.

Que el baile de nombres no nos oculte lo esencial: el califato se rompió porque el sistema político *andalusí* tenía serios defectos de construcción. La pluralidad del poder de hecho —todas esas tribus y familias que cortaban el bacalao— no encajaba en modo alguno en el molde del poder absoluto —tanto político como religioso— del califa. La solución de Almanzor, un régimen militar con división práctica de poderes, sólo podía funcionar en un entorno de guerra permanente y, a la larga, no había hecho otra cosa que agudizar las tensiones. Ahora todo había terminado.

La España musulmana se transforma: el paisaje de Al-Ándalus se fragmenta en los Reinos de Taifas. Eso variará radicalmente la posición de los reinos cristianos. Habrá que empezar a contar nuestra historia de otra manera.

¿Y qué es un reino de taifas?

Con el califato destrozado, la España mora se transforma. Aquel conjunto político, siempre problemático, había logrado unificarse y marchar a un mismo paso durante trescientos años, primero como emirato, como califato después. Ahora el conjunto se rompía y lo que aparecía sobre el paisaje era algo completamente distinto: un mapa confeccionado a pedazos, cuyas distintas partes rara vez se pondrán de acuerdo. Han nacido los Reinos de Taifas. Pero ¿qué es una taifa, un reino de taifas?

Acabamos de ver en Córdoba a un *idrisí*, Alí, convertido en califa. Y hemos visto también cómo este Alí era asesinado, con lo cual la guerra volvía a empezar. En un entorno de formidable confusión, con varios bandos haciéndose la guerra, llega un momento en que dos *idrisíes* se disputan el trono: un hijo de Alí que se llama Yahya y un hermano de Alí que se llama al-Qasim. O sea, sobrino contra tío. A partir de esta oposición comienzan a configurarse los Reinos de Taifas.

Primer paso: el hijo del Idrisí Alí Yahya, es derrotado en las guerras civiles por el califato, pero no renuncia al título de califa. Se retira a Málaga y allí se hace fuerte. Alí Yahya se le plantea entonces un dilema: seguir dando la batalla para recobrar Córdoba o contentarse con los territorios que tiene bajo su control. Yahya hace cuentas y constata que no tiene fuerza suficiente. En

consecuencia, renuncia a recuperar el dominio sobre todo el territorio de Al-Ándalus: le basta con su reino malagueño, que se extiende desde las serranías hasta el mar. Nace así el primer reino taifa: Málaga.

Segundo paso: con Yahya huido a Málaga, su rival, su tío al-Qasim, entra en Córdoba para proclamarse califa. Sin embargo, será una presencia efímera: en la ciudad estalla una revuelta popular, seguramente promovida por la aristocracia árabe, y al-Qasim tiene que retirarse. Intenta reorganizar a sus fuerzas en Sevilla, pero allí se encuentra con una sorpresa: Sevilla le cierra sus puertas. ¿Qué ocurre? Ocurre que los hispalenses ya han decidido gobernarse por sí solos. El presidente del consejo municipal, Abul-Qasim Muhammad Ismail ben Abbad, se hace con el poder en la ciudad y su comarca. Al-Qasim, el *idrisí*, se queda con un palmo de narices. Y así nace el segundo reino taifa, Sevilla.

En Córdoba, mientras tanto, la aristocracia árabe intenta encontrar entre la abundante progenie de los Abderramanes y Muhamades un candidato que pueda ocupar el puesto de califa. Todos sus intentos serán vanos: candidatos había, por supuesto, pero ninguno con dotes suficientes. Hubo un Abderramán V que reinó sólo mes y medio y fue asesinado en una revuelta popular. Acto seguido, las masas cordobesas proclamaron a otro califa, Muhammad III, llamado —y con acierto— «el miedoso». Cuando Muhammad subió al trono, Yahya, el de Málaga, se enteró, y lanzó a sus tropas contra Córdoba. Muhammad, aterrado, se disfrazó de mujer y salió de la ciudad; en su fuga murió envenenado por uno de su séquito.

Sin cabeza en Córdoba y bajo la amenaza de Yahya, los eslavos y los árabes de la capital llaman en su socorro a otros jefes locales: Jayran de Almería, Muchahid de Denia. Ambos eran militares de origen eslavo. Los dos acuden a la llamada y libran a Córdoba de caer bajo los bereberes; ya hemos dicho que Yahya no tenía fuerza suficiente para mayores empresas. ¿Hay así nuevos líderes en Córdoba? No: Jayran y Muchahid sólo eran jefes guerreros y no tenían títulos para ocupar el califato. Por otra parte, no tardaron en ver que la ciudad era un auténtico avispero. En consecuencia, se limitan a cumplir su misión y, acto seguido, se retiran a sus dominios en Levante, donde gobernarán con plena independencia. Así nacerán, en Denia y Almería, otros dos reinos taifas más.

El mismo proceso empieza a aparecer por doquier en todas las *koras* —así se llamaba a las provincias— de las tierras *andalusíes*. El número de taifas se multiplica: a las ya mencionadas se añaden Murcia, Alpuente, Arcos,

Badajoz, Carmona, Granada, Huelva, Morón, Silves, Toledo, Tortosa, Valencia y Zaragoza. Con frecuencia no se tratará de independencias formales, declaraciones expresas como la del consejo municipal de Sevilla, sino que serán independencias de hecho. Los jefes locales crean su propio bando, cortan lazos y se acabó. Cuando sea derrocado el último califa, Hisham III, el proceso se oficializará. Córdoba se proclama república independiente. El resto de las coras *andalusíes*, también.

¿Quiénes mandan en las taifas? En general, los mismos clanes, tribus, familias, bandos o facciones que ya cortaban el bacalao con anterioridad. «Taifa» quiere decir precisamente eso: bando, facción. Zaragoza la encontramos en manos de los *tuyibíes*, una tribu del Yemen que llevaba mandando en la región más de un siglo, desde el descalabro Banu-Qasi. En Valencia encontramos a los *amiríes*, los descendientes de Almanzor, instalados allí desde medio siglo atrás. En Granada están los *ziríes*, procedentes del Magreb. En Málaga y en Algeciras, los *hamudíes*, que son la tribu de la familia *idrisí*: aquella de Alí y Yahya y al-Qasim. Los *birzalíes* mandan en Carmona y los *aftasíes* en Badajoz. En Sevilla dominan los *abadíes*, de rancio linaje árabe. Denia y Almería, como hemos visto, están en manos de clanes militares eslavos. Y así sucesivamente.

Este paisaje caótico demuestra ante todo una cosa: en sus trescientos años de existencia, el islam español había sido incapaz de crear un sistema político cohesionado. En los nuevos reinos encontramos a las mismas tribus que ocupaban la cúspide de la pirámide social desde los lejanos días de la invasión, en una distribución territorial de poder tan sólo modificada por los nuevos grupos de influencia bereberes, *amiríes* o eslavos. En el plano de la estructura social, en realidad, nada cambia. La masa de población mozárabe o *muladí* sigue obedeciendo a los mismos amos, los esclavos siguen siendo esclavos y los siervos, siervos. Los señores, sin embargo, ya no obedecen al califa: cada cual tratará de asegurar su soberanía sobre su propio y limitado territorio.

Limitado, sí: porque lo que define a este nuevo paisaje musulmán es que los fragmentos resultantes de la descomposición son muy débiles. Los reinos cristianos perciben inmediatamente la fragilidad de estas nuevas entidades políticas y no tardan en aprovechar la situación. Pocos años atrás, la aplastante potencia militar de Almanzor había obligado a los reinos cristianos a pagar tributos a Córdoba a cambio de su libertad. Ahora la tortilla dará completamente la vuelta y serán los reinos cristianos los que obliguen a las

taifas a pagarles tributos si quieren ver sus fronteras tranquilas. Nace el sistema de las «parias», que va a definir el paisaje político de la Reconquista durante todo el siglo siguiente.

Las parias eran eso: el impuesto de supervivencia que los moros empezaron a pagar a los cristianos. Parece que la palabra «paria» viene del latín *pari* o *pare*, que quiere decir «equilibrar una cuenta». El pago implicaba ante todo una protección: la taifa pagaba una cantidad prescrita a un reino o condado cristiano, y éste, por su parte, se comprometía a abstenerse de atacar al que pagaba y, además, a prestarle auxilio en caso de que fuera atacado por un tercero. Ante semejantes contratos, es inevitable la sorpresa. ¿Dónde había quedado la potencia militar musulmana? La respuesta es simple: había quedado disuelta en el paisaje de las taifas. El islam español seguía siendo el mundo rico, mientras que la España cristiana era el mundo pobre. Pero los reinos cristianos se habían convertido en pequeñas potencias militares con una estructura política cada vez más organizada, mientras que el caos político musulmán era irreversible. Por eso los cristianos estaban en condiciones de exigir tributos a los moros.

Nueva pregunta: y si tal era la situación, ¿por qué los cristianos no aprovechaban la debilidad mora para seguir reconquistando? La respuesta también es muy concreta: por la falta de población. A la altura del primer tercio del siglo XI, los reinos cristianos ya tenían a su disposición más tierras de las que podían llenar. Entre los distintos castillos y plazas que se extendían desde el Atlántico hasta Cataluña, había enormes extensiones de terreno vacío que seguían abiertas a los colonos. Ganar más tierras al sur, desplazando a los musulmanes, era factible, pero superfluo: ni podían llenarse ni, sobre todo, podía mantenerse su seguridad. En esas condiciones, para los reinos y condados cristianos era mucho más rentable manifestar su dominio con esa política de tributos. Una política que, por otro lado, va a significar una intensa revitalización de la economía cristiana. Gracias a las parias empieza a circular dinero, se estimula el mercado, aparecen las primeras ferias, nace el tráfico de los artículos de lujo… y de paso se asegura la manutención del ejército, imprescindible para la supervivencia del sistema. Realmente, era un buen negocio.

En las décadas siguientes veremos cómo el paisaje de las taifas experimenta algunos movimientos. Habrá taifas que se unan y otras que se separen. Zaragoza construye un importante baluarte de poder. Badajoz y Toledo, que siempre habían sido polos de fuerte personalidad política, con

decisiva influencia autóctona, tanto *muladí* como mozárabe, mantendrán su singularidad. En cuanto a Sevilla, se extenderá por toda la Andalucía occidental hasta convertirse en una potencia respetable. Pero incluso en esas condiciones, la hegemonía cristiana seguirá siendo la nota dominante. En la estela de esa hegemonía se consolidarán los reinos españoles. Y, por cierto, no sin desagradables encontronazos. Aquí los veremos.

8

LOS HIJOS DE SANCHO: LA ESPAÑA DE LOS CINCO REINOS

La ambición de Sancho el Mayor

Ha llegado el momento de hablar con detalle de una personalidad que iba a marcar la historia de España: el rey de Navarra Sancho el Mayor. Realmente Sancho Garcés III bien merece el sobrenombre de «el mayor». Aún hay quien discute si ese sobrenombre se debe a la hegemonía que llegó a alcanzar entre los reyes de la cristiandad española, o si más bien se lo atribuyeron por lo enorme de su talla —porque, en efecto, era muy alto—, pero, si no fuera por ninguna de esas dos razones, en cualquier caso habría que dárselo por su gigantesca talla política.

Conste que no faltaron los grandes espíritus entre los caudillos españoles de aquel tiempo. Por ejemplo, Sancho de Castilla era un auténtico líder que había sabido convertir en victoriosa una situación desesperada. Alfonso V de León, con su obra legislativa, había manifestado un talento político evidente. También Ramón Borrell, el conde de Barcelona, había demostrado tener las ideas claras sobre sus objetivos. Pero quizá ninguno como Sancho de Navarra fue capaz de llevar tan lejos sus proyectos y, aún más, aprovechar al máximo sus posibilidades con una mezcla sorprendente de improvisación oportunista y estrategia a largo plazo. Así se convirtió en el rey más poderoso de la España cristiana.

A Sancho el Mayor ya lo hemos presentado aquí: nacido hacia 990, hijo del rey navarro García el Temblón, huérfano muy pronto, heredero sin reino durante su infancia, rey sin corona mientras fue menor de edad… Sancho había empezado a ceñir la corona en torno a 1004.Apenas era un mozalbete, pero tenía tras de sí toda la fuerza de su sangre. En cierto modo, Sancho era el objetivo que había buscado con empeño la reina doña Toda, la vieja casamentera. Porque Sancho el Mayor era el producto final de la larga alianza navarra con Asturias, primero, y con Castilla después. Su madre, Jimena

Fernández, era de la casa condal de Cea, determinante en León. Su abuela, Urraca, era hija de Fernán González, el viejo conde de Castilla. El propio Sancho se casó, jovencísimo, con Muniadona, una hija de su tocayo, el conde castellano. Y todos esos vínculos ponían por delante de este caballero un enorme abanico de posibilidades.

Para entender mejor la situación política de Sancho el Mayor conviene mirar el mapa. Navarra, extendida sobre el eje Pamplona-Nájera, ya no era un pequeño reino de supervivencia problemática, pero seguía viendo muy limitadas sus posibilidades de expansión. Al sur tenía el área de influencia de los musulmanes de Zaragoza, que no era flaco rival. Al norte, Francia. Al oeste, Castilla. Al este, los condados del Pirineo. Si Sancho quería extender el reino, sólo tenía dos opciones: o hacer la guerra a los musulmanes de Zaragoza, o aprovechar al máximo sus vínculos de parentesco con los otros reinos y condados cristianos. Pamplona, en este momento, no tenía fuerza militar suficiente para enfrentarse a los musulmanes de Zaragoza, pero podía conseguirla por la otra vía: gracias a sus derechos de sangre en Castilla y el Pirineo. Y ése es el camino que Sancho escogió.

Así, vamos a ver cómo en muy pocos años Navarra se convierte en la potencia determinante de la cristiandad peninsular. Sancho es rey sobre los actuales territorios de Navarra y La Rioja. Como además había heredado el condado de Aragón, éste queda también incorporado a su corona. A partir de ahí, Sancho el Mayor irá construyendo su imperio. Primero, los condados de Sobrarbe y Ribagorza, que otorgan a Pamplona el control sobre dos tercios del Pirineo. Después, el control político sobre León, tras la muerte prematura de Alfonso V. Inmediatamente, Álava, Castilla y Monzón, con lo cual el dominio navarro llega hasta muy al sur del Duero. Finalmente, Cea en León también pasará a depender del rey navarro. Cuando Sancho muera en 1035, muy joven —aún no había cumplido los cuarenta y cinco años—, casi la mitad de la España cristiana, desde Astorga hasta Ribagorza, orbitará en torno a Navarra. Y después, de su descendencia nacerán nuevos reinos: Aragón, Castilla… Pero vamos a ver todo esto por partes.

Empecemos en el Pirineo. Es el año 1017. Sancho reina en Nájera. Pero en Ribagorza, el pequeño condado pirenaico, suceden cosas desagradables. El conde Guillermo, sobrino de la castellana Toda, ha muerto en un combate en el valle de Arán. El pequeño núcleo de Roda de Isábena vuelve a verse amenazado. Los sarracenos no pierden la oportunidad de volver a hostigar a los ribagorzanos. Para colmo, los catalanes, que no han renunciado a extender

sus dominios hasta Ribagorza, meten la cuchara en el conflicto e intentan apoderarse de la franja oriental del condado. Los nobles de Ribagorza y Sobrarbe no tienen fuerzas suficientes para afrontar el desafío. Necesitan ayuda. ¿A quién llaman? A Sancho de Navarra. ¿Y por qué? Porque Sancho está casado con la castellana Muniadona, nieta de Ava de Ribagorza. Pocos años antes hemos visto a Castilla decidir el futuro de Ribagorza. Con los mismos títulos, será ahora Pamplona la que decida la misma cuestión. A partir de este momento, Sobrarbe y Ribagorza quedan incorporados a la corona de Pamplona.

Segundo paso: León. Alfonso V, el rey legislador, no sólo dictaba fueros, sino que también dirigía a sus huestes en el campo de batalla. Hacia 1028, ante la descomposición del mundo musulmán, Alfonso está en la frontera portuguesa tratando de recuperar el territorio perdido. Una plaza clave en esa tarea es Viseu: desde allí puede volver a tomarse Coímbra. Pero en el asedio de Viseu, una flecha musulmana va a clavarse en el cuerpo del joven rey. Alfonso V de León muere antes de alcanzar la treintena y deja como heredero a un niño de once años, Bermudo III. Como Bermudo es un niño, la figura dominante en la corte leonesa pasa a ser su madrastra, Jimena, segunda esposa del rey difunto. Y esta Jimena es hermana, ¿de quién? De Sancho el Mayor de Pamplona. Pronto un equipo de nobles navarros rodea a Jimena. Así la influencia de Sancho el Mayor se extiende también al Reino de León.

Y vayamos ahora a Castilla. Un luctuoso azar va a poner en manos de Sancho el Mayor los territorios castellanos. A la altura de 1017, el conde Sancho García de Castilla había muerto dejando como sucesor a su hijo García, un niño de siete años. Castilla ya era muy fuerte y la minoría de edad del heredero no supuso un cambio de poder. La abadesa de Covarrubias, doña Urraca, tía del muchacho, aseguraba la regencia junto a los magnates del reino. El propio Sancho, desde Pamplona, ayudó a que las cosas se mantuvieran como estaban. Cuando García creció, la regente organizó el matrimonio del joven: se casaría nada menos que con Sancha, la hija de Alfonso V, el gran rey legislador de León. Aquel matrimonio era un paso decisivo para reconstruir la relación entre León y Castilla. En 1029, el joven García, de apenas diecinueve años, viajó a León para conocer a la novia. Pero allí encontraría la muerte.

Este episodio de la muerte de García es uno de los más oscuros de la historia medieval española. ¿Quién mató al joven García? ¿Por qué? La tradición, reflejada en el Romance del Infante García, atribuye el asesinato a

los Vela, la poderosa familia condal alavesa que, enemistada con los castellanos, había encontrado años atrás refugio en León. Temiendo tal vez que la renovada alianza de León con Castilla perjudicase sus intereses, los hermanos Rodrigo e Íñigo Vela reunieron a sus gentes, acudieron a las calles de León, provocaron un altercado con el séquito de García y, a provecho de la confusión, dieron muerte al novio en la puerta de la iglesia de San Juan.

Esto es lo que dice el romance. En realidad, nadie puede asegurar que las cosas ocurrieran así ni que fueran efectivamente los Vela, aquellos alaveses, los culpables del asunto. Hay otra teoría: la que culpa del crimen a los magnates castellanos Gonzalo Muñoz, Munio Gustioz y Munio Rodríguez, que habían acudido a León como parte del cortejo del conde. ¿Quién acusa a estos señores? El epitafio de la tumba del infante en Oña, hoy desaparecido, pero recogido por un benedictino, el padre Argáiz, en el siglo XVII. ¿Y qué interés podían tener estos Muñoz, Gustioz y Rodríguez en matar al joven conde? Quizás, el temor a que la renovada alianza de León y Castilla pusiera freno a las ambiciones territoriales de los magnates castellanos. Esto, en todo caso, también es sólo hipótesis. Lo único cierto es que así, asesinado en las calles de León el 23 de mayo de 1029, acababa la vida del conde de Castilla García Sánchez, con diecinueve años de edad.

El triste suceso creó una situación política delicadísima. El heredero de Castilla había sido asesinado en León. García, muy joven, no tenía descendencia. El condado quedaba vacío. Pero no del todo: García tenía una hermana, Muniadona. Y esa hermana estaba casada con Sancho de Navarra, Sancho III el Mayor. El rey de Pamplona y Nájera, que había acudido a León como invitado a la boda, tardó muy poco en presentar sus credenciales. Muerto García, el condado era para Muniadona, la reina de Navarra. Y así Castilla, más los territorios de Álava y Monzón, que pertenecían al condado castellano, pasaron también a la corona pamplonesa.

De esta manera Sancho el Mayor se convirtió en el monarca más poderoso de la cristiandad. Desde Astorga hasta Ribagorza, en efecto, e incluso Barcelona, la larga y ancha sombra de Sancho Garcés III determinó la vida de la España cristiana. No era sólo cuestión de oportunismo político o de estrategia: después de muchos años de división, volvía la conciencia de unidad.

Era el aire de los tiempos, que pedía reyes capaces de imponer su autoridad soberana. Ahora, con Sancho, un nuevo molde político trataba de encauzar el auge de los poderes feudales. Es verdad que el impulso expansivo

hacia el sur quedaba detenido, pero, a cambio, penetraba en España la cultura románica que venía de Europa. Veremos esto con más detalle.

La Cataluña del abad Oliva

Ya hemos visto que la descomposición del califato de Córdoba relajó la presión sobre todos los territorios cristianos. Nuevos horizontes se abrían. Y mientras Sancho el Mayor de Navarra diseñaba su estrategia unificadora, sacando petróleo de las azarosas circunstancias que se producían en León y en Castilla, en el este, en el otro lado del mapa, también el condado de Barcelona conocía cambios importantes. ¿Qué cambios? Ante todo, un intento por afianzar el poder central, el del conde, frente a los señores feudales. Y en el meollo de esos cambios vamos a encontrar a un eminente eclesiástico: el abad Oliva, una de las personalidades más interesantes de la España medieval.

Ya hemos visto que la gran cuestión del principio del milenio, en las tierras cristianas, era encauzar el fenómeno feudal de manera que no trajera consigo una descomposición de los reinos. El poder autónomo de los señores de la tierra —y de la guerra— era un hecho consumado y bebía en el propio carácter de la política de la época, basado en una cadena de dependencias y vasallajes personales. O sea que el feudalismo no se podía eliminar. Pero había que intentar que ese paisaje no implicara una evaporación de la soberanía, es decir, había que reafirmar el papel del monarca en la cúspide del edificio, ya se tratara de un rey, como en León, o de un conde, como en Barcelona. El Fuero leonés de Alfonso V apuntó a ese objetivo. La política de Sancho el Mayor continuó la misma línea. Y a idéntico horizonte apuntará, en Cataluña, el abad Oliva.

Un personaje fascinante, este Oliva; uno de los hombres más importantes de su tiempo. Oliva había nacido hacia 971 en Gerona, en el seno de la familia condal, e iba a asistir como protagonista a los grandes procesos de su tiempo. Vio cómo el poder condal perdía fuerza ante los señores feudales. Vio también cómo Almanzor arrasaba sin piedad las tierras catalanas. Cuando su padre renunció a sus poderes, nuestro Oliva, que aún no era abad, pasó a gobernar el condado con su madre y sus hermanos. Seis años después, el territorio se dividió entre los herederos. A Oliva le tocó regir, junto a su hermano Wifredo, las comarcas de Cerdaña, el Conflent y Berga. O sea que Oliva conocía bien el paño.

¿Cuál era ese paño? En Cataluña, en aquel momento, el mismo que en todas partes: el gran cambio feudal. Desde siglo y medio antes, los condes catalanes habían dirigido la repoblación de tierras hacia el sur encomendando su control a delegados, vicarios en catalán, *veguers*, que enseguida se convirtieron en señores de sus respectivas jurisdicciones. Tanto se convirtieron en tales, que incluso empezaron a transmitir sus títulos en herencia a sus hijos. Y como las sucesivas razias de Almanzor y compañía en tierras catalanas habían dejado empobrecidas a miles de familias campesinas, los *veguers* pronto contaron con un nutrido número de clientes y vasallos, todos esos campesinos arruinados que ahora no tenían otra vía que buscar protección.

Así las cosas, toda la cuestión política catalana de este momento se reducía a un solo asunto: el intento de los condes, titulares de la soberanía, de neutralizar las relaciones de vasallaje establecidas entre los campesinos y los *veguers* o, al menos, subordinarlas a la dependencia de los propios condes. Es decir, que el poder privado de la aristocracia no suplantara al poder público del soberano. Los *veguers*, por su parte, también se moverán, pero en sentido contrario. Para que su poder sea inexpugnable, trazarán una densa red de dependencias y vasallajes que, entre otras cosas, pasará por nombrar nobles subordinados a ellos, los llamados *castllans* (en francés *chatelans*, o sea, *catalans*), que se encargan de regir los castillos y administrar los campos del señor.

La situación era realmente complicada, porque esta estructura feudal —hay que insistir en ello— no era algo sobrevenido, sino que formaba parte de la propia esencia del sistema político, es decir, que no podía suprimirse sin causar el hundimiento de todo el edificio. En León, como hemos visto, lo que harán los soberanos es tratar de encauzar la situación mediante fueros que estabilicen el paisaje y salvaguarden la primacía del rey. En Cataluña las cosas serán más complicadas: durante el gobierno de Ramón Borrell, el poder condal aún podrá hacer efectiva su autoridad, pero Ramón muere en 1017 dejando el condado en manos de un heredero menor de edad, Berenguer Ramón, y de la condesa viuda Ermesenda, y a ambos les costará mucho atar corto a los señores feudales. Y aquí hemos de volver a nuestro Oliva, porque jugará un papel de cierta importancia en todo esto.

Oliva, muy en el espíritu de la época, sentía una poderosa atracción hacia la vida religiosa. Además, por carácter e inclinaciones era mucho más un intelectual que un hombre de acción. Así que en torno a 1002, ya pasada la

treintena, decide dejar las dignidades mundanas y profesa como novicio en el monasterio benedictino de Ripoll, que pertenecía a su familia y que es uno de los grandes centros espirituales del medioevo europeo. El conde se convierte en un simple monje. Pero en aquella época, y con aquella situación, un monje que se llamara Oliva no podía ser «un simple monje». Y así en 1008 es designado abad de Ripoll. Ya es el abad Oliva.

Ser abad de Ripoll era algo muy importante: además de conferir la dignidad episcopal, incluía el control de las abadías de Santa María del Canigó y San Miguel de Cuixa. Oliva, por tanto, siguió siendo uno de los magnates de Cataluña. Y cuando murió el conde Ramón Borrell, la viuda Ermesenda, necesitada de talentos, puso sus ojos en el abad de Ripoll. Así Oliva fue designado obispo de Vic, un lugar crucial, frontera con los moros y, además, un territorio desarticulado por las ambiciones feudales. Oliva, como buen benedictino, comulgaba con las ideas de su época, que eran las del papa Gerberto: la autoridad pública del monarca debía prevalecer sobre el poder privado del señor feudal. Y nuestro abad, desde su obispado, pondrá sumo celo en proteger los bienes de sus feligreses no sólo en lo espiritual, sino también en lo político. De hecho, a Oliva se debe buena parte de la fortificación y la repoblación en la comarca de la Segarra.

Hizo otra cosa Oliva que iba a tener gran trascendencia después: para asegurar la justa organización de su jurisdicción y proteger eficazmente a sus campesinos y caballeros, creó las llamadas asambleas de paz y tregua, donde eran convocados los nobles y prelados del condado. Para muchos autores, estas asambleas son el germen de las futuras Cortes catalanas. Esto último, lo de las asambleas, lo hizo Oliva ya entrada la segunda década del siglo XI, cuando el pequeño Berenguer Ramón había alcanzado la mayoría de edad y, en tanto que conde de Barcelona, debía afrontar el gran problema político de la época: poner diques al feudalismo. Y lo hizo.

Oliva formó parte desde el principio del círculo de consejeros del nuevo conde, y seguramente hay que ver su mano en varias de las medidas que éste tomó al hacerse cargo del poder. Por ejemplo, la de liberar a los propietarios de tierras de cualquier dependencia que no fuera la del conde mismo, eximiéndoles de otros impuestos. Eso, en la práctica, era tanto como desarticular la fuerza de los señores feudales.

La política de Berenguer Ramón I parece guiada por los mismos pasos que la de Sancho el Mayor. Consta que se entrevistó en varias ocasiones con el rey navarro. Para acentuar aún más esas vinculaciones, en 1021 Berenguer

se había casado con Sancha, hija del conde Sancho García de Castilla. Es decir que el condado de Barcelona también entraba en la atmósfera de unidad que empezaba a respirarse en toda la España cristiana bajo el impulso de Sancho el Mayor.

Pero todo iba a cambiar súbitamente hacia 1035, cuando Berenguer Ramón I, aún joven —treinta años—, se siente morir. El conde toma entonces la decisión de repartir sus tierras entre sus hijos, todavía unos niños. Uno, Ramón Berenguer, regirá Gerona y Barcelona, hasta el Llobregat; su segundo hijo, Sancho, el Penedés, tierra de frontera desde el Llobregat hasta las líneas musulmanas; el tercer hijo, Guillermo, se quedará con Osona. Era la típica situación en la que, una vez más, podía aparecer el rey Sancho el Mayor, para meter la cuchara. Pero he aquí que en ese mismo año 1035, concretamente el 18 de octubre, Sancho Garcés III, llamado el Mayor, rey de Pamplona y de Aragón, conde de Sobrarbe y de Ribagorza, determinante en Castilla y en León, moría a su vez con unos cuarenta y cinco años. Pronto veremos hasta qué punto esto iba a modificar el paisaje.

Todas aquellas cosas pasaron, pero del abad Oliva nos quedan hoy huellas que han superado el paso del tiempo. Nuestro protagonista dio un decidido impulso a la entrada del arte románico, aumentó de manera considerable el ya importante tesoro documental del archivo de Ripoll, escribió un notable epistolario y un poemario en latín, promovió una escuela poética, fundó o reformó monasterios como Montserrat, Fluviá y Canigó… Como su amigo Sancho el Mayor, también dio gran importancia a las relaciones con Francia, y así le veremos organizando asambleas y sínodos que estrecharon los contactos con las sedes francesas de Narbona y Arlés, por ejemplo.

La vida de nuestro abad Oliva se apagó en 1046, a los setenta y cinco años, después de una existencia consagrada a la religión, a la cultura y a la política. Su trabajo fue determinante para que el condado de Barcelona afrontara el desafío del feudalismo y, además, para que Cataluña se convirtiera en uno de los grandes centros culturales de Europa. Por eso Oliva debe figurar con letras de oro en cualquier historia de España.

El enigma leonés

Los últimos años de la vida de Sancho el Mayor, el gran rey navarro, aparecen señalados por una cuestión política de la mayor importancia: sus movimientos

en el Reino de León, generalmente interpretados como un intento —agresivo — por hacerse con el poder en aquellas tierras, en lo que seguía siendo la mayor construcción política de la cristiandad española. Pero ¿era realmente eso lo que Sancho hacía en León, una guerra de conquista? Hay razones para pensar que no.

Es verdad que la cuestión leonesa envuelve uno de los grandes interrogantes sobre Sancho el Mayor. A primera vista, se diría que el rey navarro, al final de su vida, invadió el territorio leonés y ocupó militarmente los centros del reino. Al fin y al cabo, era una decisión lógica: con casi toda la España cristiana bajo su poder directo o bajo su influencia indirecta, ¿por qué no apoderarse también de León? Sin embargo, las cosas no son como a primera vista parecen. Y como el asunto es complicado y sigue sujeto a polémica, vamos a verlo despacio.

El primer movimiento leonés de Sancho el Mayor se produce en los territorios comprendidos entre el Cea y el Pisuerga; aproximadamente, las actuales provincias de Palencia y Valladolid, buena parte de lo que hoy conocemos como Tierra de Campos. Desde antiguo, estas tierras configuraban el límite entre León y Castilla. Siempre fue una región disputada, tierra a caballo entre los condados de Cea, Saldaña y Monzón. Primero estuvo bajo control leonés. Después, el condado de Cea quedó bajo control castellano. En la década de los veinte, el conde de Cea era Pedro Fernández. Sancho el Mayor tenía intereses directos en la zona: hijo de una dama de Cea, hermana del conde titular, además estaba casado con una infanta de Castilla. Por tanto, podía reclamar derechos de linaje sobre la región. En 1028 muere el conde Pedro de Cea, y entonces Sancho el Mayor, como sobrino del difunto, planta allí sus reales. En 1030 los diplomas ya dicen *Regnante rege Sanctio in Ccia et rege Veremudo in Legione*; es decir, que Sancho reina en Cea y Bermudo en León. El navarro se ha quedado con el pastel.

No sabemos cómo se tomó el rey leonés Bermudo aquella extensión del poder de Sancho. Recordemos cómo estaban las cosas en León: Alfonso V acababa de morir ante los muros de Visco; su heredero, Bermudo, era un niño de once años; quien mandaba en León era la madrastra de Bermudo, Urraca, y ésta era hermana de Sancho el Mayor, o sea que, en la práctica, la corona de Pamplona controlaba también la corte leonesa. Con una corona sin rey efectivo en León, las ambiciones de los señores feudales se disparan. En ese sentido, la intervención de Sancho en Cea lo mismo puede parecer una jugada hostil que una maniobra de protección. ¿Protección? Sí: protección de la

corona leonesa frente a sus señores feudales. De hecho, en ninguna parte se dice que las huestes navarras y las leonesas combatieran. La entrada de Sancho el Mayor en las tierras de León fue, por tanto, pacífica.

Pero hubo algún movimiento más, y éste ya no afectaba a un área periférica, sino al corazón del reino. Hacia 1032 tenemos a Sancho el Mayor ocupando nada menos que León y Astorga. Y el propio Sancho, en una donación al monasterio de Leyre, fechada el 26 de diciembre de 1032, es quien nos lo cuenta:

> *Reinando el serenísimo sobredicho rey Sancho en Pamplona y en Aragón, en Sobrarbe y en Ribagorza y en toda Gascuña, y en Castilla entera, y además añadiré que gobernando por la gracia de Dios en León y en Astorga…*

Un momento: ¿hemos dicho Gascuña, el sur de Francia? Sí: en aquellos días, ante la reciente muerte del duque Guillermo de Gascuña, nuestro Sancho el Mayor, esgrimiendo derechos de sangre, opta al ducado. Eso extendería sus posesiones desde el Pirineo hasta el río Garona. No obstante, sabemos que su éxito se limitó sólo a eso: a la reclamación. Y Sancho nunca llegó a reinar en Gascuña.

Nunca llegó a reinar en Gascuña, entre otras razones, porque cuando se disponía a viajar allá fue de nuevo reclamado por los problemas de León. Para empezar, una hermana de Bermudo, Sancha —aquella que iba a casarse con el malogrado infante castellano García—, era prometida a uno de los hijos de Sancho el Mayor, Fernando, designado ya conde de Castilla. Eso significaba volver a unir las casas de León y Castilla con una alianza estrecha. Pero, además, los documentos nos dicen que inmediatamente, en 1033, León hace acto de presencia en Zamora y Astorga. Sabemos que Sancho restaura la sede episcopal de Palencia, un eficaz método de control del territorio. Y también sabemos que enseguida, en enero de 1034, el rey navarro se encuentra en la ciudad de León, la capital del reino. Los intérpretes de estas noticias no dudan: tanta actividad en tierras leonesas sólo puede explicarse como una ofensiva militar; el veterano y poderoso rey de Navarra contra el joven y débil rey de León. Y sin embargo…

Y sin embargo, la verdad es que nada permite asegurar que Sancho invadiera León. No hay crónicas de batallas ni memoria de intervenciones armadas. Y si no hay huella de tales, entonces podemos preguntarnos si acaso Sancho no habría acudido a León por otros motivos. Quizá, por qué no,

llamado por el propio Bermudo. ¿Para qué? Una vez más, para defenderse de sus nobles. A esa gente tremenda —los Banu Gómez, los Ansúrez, etc.— la hemos visto sólo medio siglo antes asolando el reino, aliada con Almanzor. Sabemos que ahora la corona de Bermudo seguía en posición precaria. Sabemos que la desobediencia de los señores feudales seguía causando estragos. Sabemos que, por el contrario, ningún poder había más fuerte en la cristiandad española, ningún poder más capaz de meter en cintura a los nobles, que precisamente el de Sancho el Mayor. Sabemos que los pactos matrimoniales entre León y Pamplona vinculaban ya a ambas casas de manera inseparable, lo que hace poco probable una guerra entre ambas. Tal vez Sancho no invadió nada. Tal vez Sancho el Mayor, al revés, acudió a salvar la corona leonesa.

Los años siguientes hubieran podido darnos la respuesta. Pero, lamentablemente, la historia dejó el enigma abierto, porque Sancho el Mayor moría súbitamente en 1035, con unos cuarenta y cinco años, de manera inesperada para todo el mundo; tan imprevista fue aquella muerte, que incluso a alguno de sus hijos le sorprendió en peregrinación a Roma. Así Sancho se llevó a la tumba el enigma leonés: ¿qué se proponía exactamente hacer en León? ¿Quedarse la corona o protegerla de sus enemigos? No lo sabremos jamás. El misterio sigue abierto.

Imagen ambigua, en fin, la de Sancho el Mayor. ¿Ambición personal a expensas de sus vecinos? ¿Rey conquistador e incluso usurpador? Todas estas acusaciones parecen desorientadas. Sancho, en realidad, nunca actuó de manera violenta contra sus vecinos cristianos; por tanto, no puede atribuírsele la intención de apoderarse de la soberanía de otros reinos. Actuó, sí, en Castilla, que de hecho quedó incorporada a la corona navarra, pero lo hizo en una situación en la que Castilla carecía de heredero mayor de edad. Actuó en Ribagorza, sí, pero fue después de la muerte del conde titular, a petición de los nobles de este condado pirenaico, en nombre de los derechos de su esposa Muniadona, y frente a las ambiciones de los condados catalanes; lo cual, por otro lado, no le impidió después entablar con éstos excelentes relaciones. Actuó también en León, pero es que Sancho, hijo de una dama de la familia de Cea, podía esgrimir derechos sobre aquella región y, en cualquier caso, no lo hizo sino cuando la corona leonesa quedó en manos de un menor de edad.

Todo esto nos da una imagen un tanto distinta de Sancho el Mayor: no la del rey ambicioso que invade tierras ajenas, sino la del monarca movido por una idea de unidad que acude allá donde se produce un vacío de poder. ¿Para

qué acude? Para salvaguardar el principio de la autoridad pública del monarca, del rey, sobre las aspiraciones privadas de los señores feudales. Hay que insistir una y otra vez en que ésa era la gran cuestión política de esta época, tanto en España como en el resto de Europa: la fragmentación del poder, la evaporación de la autoridad de los soberanos y el crecimiento de la influencia feudal. Sancho, en tanto que rey, pero también como hombre muy vinculado con la realidad europea, estaría sin duda en la misma posición que defendía Gerberto de Aurillac, la misma también del abad Oliva. En el orden político cristiano, la autoridad del príncipe era garantía de justicia frente a la arbitrariedad del poder feudal, del poder privado, del poder fáctico de los señores de la tierra. Y para el caso concreto de la España cristiana, la aplicación de ese principio significaba lo siguiente: que un monarca de derecho debía prevalecer sobre los poderes feudales de hecho.

Quizá la mejor demostración de que Sancho no aspiraba a subyugar a toda la España cristiana bajo una sola unidad política fue su testamento: repartió el reino entre sus hijos. Y nueva polémica: ¿por qué hizo eso? ¿Acaso tenía una idea patrimonialista del reino —al estilo germánico—, como si sus territorios fueran una propiedad personal? Aquí, una vez más, los estudiosos no se ponen de acuerdo. Para unos, Sancho el Mayor hizo lo mismo que otros monarcas de su tiempo: como el reino era propiedad suya, dividió sus territorios entre sus hijos y herederos. Otros, por el contrario, estiman que no: aunque hubo reparto, en realidad no se dividió nada que no estuviera ya separado antes. Éste es el problema de la disputada herencia de Sancho el Mayor. Pero eso lo veremos ahora.

La disputada herencia de Sancho el Mayor

El reinado de Sancho el Mayor fue muy importante. Desplazó el centro de gravedad de la España cristiana desde León hacia Pamplona. Impulsó una cierta idea de unidad que pasaba, por supuesto, por la hegemonía navarra como eje unificador. Y además, del testamento de Sancho nacerían los distintos reinos que iban a definir la imagen de la España medieval. Por todas esas razones, fue un reinado determinante para la historia española.

Ahora bien, no puede decirse que todas estas cosas hubieran sido previstas por el rey navarro. De hecho, probablemente él habría preferido que los acontecimientos se desarrollaran de otro modo, en especial en lo que

concierne a los efectos de su testamento. Retomemos el hilo de nuestro relato: Sancho, que ha extendido su poder e influencia por toda la España cristiana, muere repentinamente en 1035, con unos cuarenta y cinco años de edad. Llega el momento de ejecutar el testamento. El rey difunto ha repartido el reino entre sus hijos. Y ahora el protagonismo pasa a los seis hijos de Sancho el Mayor. Vamos a ver qué pasó.

Sancho, cuando era muy joven y todavía soltero —debía de contar unos dieciséis años—, había tenido un hijo: se lo dio la dama Sancha de Albar, de la que sabemos que era de la nobleza de Sangüesa. Este hijo ilegítimo se llamó Ramiro. Como bastardo, no podía considerarse primogénito, pero no por ello fue excluido: se crió en la corte de Pamplona, recibió desde niño el título de regulas —como todos los hijos de rey— y muy pronto se le confió el territorio del condado de Aragón, que formaba parte de los territorios de la corona navarra. Y así, a la muerte de Sancho el Mayor, Aragón fue para Ramiro.

Además, Sancho había tenido otros cinco hijos, éstos legítimos, con su esposa Muniadona de Castilla. El mayor de ellos, García, era considerado el primogénito y el heredero natural de la corona navarra. Reinará como García Sánchez III, llamado «el de Nájera». Su segundo hijo legítimo fue Fernando, el mismo Fernando al que había prometido en matrimonio con Sancha de León, la hermana de Bermudo III. A este Fernando, que pasaría a la historia como «el Grande», se le adjudicó el condado de Castilla; no podía ni imaginar que iba a tardar muy poco en ser, además, rey de León.

El tercer hijo legítimo, Gonzalo, recibió los condados del Pirineo: Sobrarbe y Ribagorza, donde Navarra tenía vara alta desde que Sancho el Mayor metió la cuchara en ellos. Gobernará con el título de conde. Del cuarto hijo, llamado Bernardo, sólo se sabe que mantuvo la dignidad condal en Pamplona, pero sin jurisdicción singular. Y la quinta, Jimena, había contraído matrimonio con Bermudo III, es decir, que era reina de León.

Aparentemente, el reparto debía satisfacer a todos. García se quedaba, por supuesto, con la parte del león; no en vano era el heredero. La corona de Pamplona-Nájera comprendía en aquel momento el territorio navarro más La Rioja, Álava y el norte del condado de Castilla, es decir, La Bureba, Montes de Oca, Trasmiera, Encartaciones y la llamada «Castilla Vieja». Pero los otros hijos también recibían su parte, si no como reyes, sí como condes, lo cual les garantizaba una posición predominante en el orden del reino. Ciertamente,

subordinados a la corona de Pamplona, pero con pleno mando en sus territorios. Tal fue el legado de Sancho el Mayor.

¿Hasta qué punto fue esto exactamente un reparto, un desgajamiento del reino? En realidad, el núcleo central del reino, que era el territorio navarro, no se desgajó: pasó íntegro, e incluso aumentado, al primogénito García. Los otros territorios poseían personalidad propia desde antiguo. Aragón era un condado singular antes de entrar en la órbita navarra. Lo mismo cabe decir de Sobrarbe y Ribagorza. En cuanto a Castilla, parece demostrado que los castellanos, después de la alevosa muerte del joven infante García en León, exigieron que el territorio no fuera para el primogénito, sino para el segundogénito, o sea, Fernando, y ello en su calidad de heredero de Muniadona, la esposa de Sancho el Mayor, que era de la familia condal castellana. De hecho hay diplomas que ya dan a Fernando como conde en Castilla antes de la muerte de Sancho el Mayor. La soberanía de Castilla no correspondía a la corona de Pamplona, sino a la de León. O sea que tampoco puede decirse que Sancho separara a Castilla de Navarra: eran dos ámbitos de soberanía distintos.

Pero la gran cuestión es por qué Sancho, que ya había logrado consolidar un control absoluto sobre todos esos territorios, no los consideró como un solo e indivisible bloque a la hora de transmitirlos en herencia. El derecho pirenaico, establecido desde mucho tiempo atrás, consignaba que el rey transmitiría en herencia el conjunto de los territorios de la corona, sin merma ni división. Por el contrario, la costumbre de repartir el reino entre los hijos era más bien propia del derecho germánico. Y aquí viene la pregunta decisiva: ¿Sancho incorporó el derecho germánico —eso del reparto— a los usos navarros? Y si lo hizo, ¿cuál fue la razón? ¿Acaso el asegurar la posición de todos sus hijos? Eso es lo que piensan muchos especialistas. Pero, si bien se mira, lo que Sancho dividió en realidad no fue el reino, porque ni Castilla, ni Ribagorza ni Aragón eran propiamente suyos, o mejor dicho, eran suyos, pero no de la corona pamplonesa.

El debate es interesante porque nos obliga a preguntarnos qué tenía Sancho el Mayor en la cabeza cuando hizo testamento. A partir de ahí, podemos reconstruir el objetivo político del gran rey navarro, la idea que él se hacía sobre su propia figura. En los últimos capítulos hemos visto a un rey que, allá donde se produce un vacío de poder, acude rápidamente para llenarlo, hasta convertirse en el monarca más poderoso de la cristiandad; parece claro que la política de Sancho tenía un poderoso aliento unificador.

Pero también hemos visto a un rey que no ocupa militarmente territorios, ni libra batallas con sus pares, ni suplanta soberanías ajenas, sino que se limita a un ejercicio formal de la hegemonía, de la supremacía. ¿Qué era exactamente lo que se proponía Sancho? ¿Tal vez ejercer una suerte de poder imperial, primer rey entre otros reyes, como piensan muchos estudiosos? En realidad, nunca lo sabremos: la muerte se lo llevó antes de que pudiera completar sus proyectos.

La muerte se lo llevó, sí. Y el paisaje que dejó tras ella parecía pensado para mantener en orden los reinos. La sangre de Pamplona reinaba en Navarra, mandaba en Castilla y también en todo el Pirineo, incluso se sentaba en el trono de León con la reina Jimena. Era el sueño de la vieja doña Toda: extender la influencia navarra sobre toda la cristiandad española a través de los lazos de sangre. Pero el resultado del testamento de Sancho resultó ser exactamente el contrario. Lejos de satisfacer a todos, no contentó a nadie. García, el heredero, recibía un reino sensiblemente menos extenso que el de su padre, de manera que no dejará de intentar aumentarlo. Fernando, el de Castilla, recibía un condado bastante menguado respecto a sus dimensiones iniciales, de forma que también se propondrá ampliar sus dominios. Ramiro, el de Aragón, que inicialmente figuraba sólo como conde, no tardará en proclamarse rey y entrará en conflicto con sus hermanastros para afianzar su propio poder.

El proceso que se abre ahora es el de una pugna por consolidar reinos nuevos. Pero como en todos los territorios mandaban los hijos de Sancho, esa pugna cobrará un aspecto propiamente fratricida. Si Ramiro quiere aumentar sus posesiones en Aragón, sólo podrá hacerlo contra sus hermanos García y Gonzalo. Si García quiere ampliar su solar navarro, sólo podrá hacerlo contra sus hermanos Ramiro y Fernando. Si Fernando quiere recuperar la extensión original del condado de Castilla, sólo podrá hacerlo contra su hermano García. Y si Fernando y García optan por no pelear entre sí, ¿a costa de quién podrían aumentar sus tierras? Sólo a costa de León. Pero en León, recordemos, está reinando Jimena, hermana de todos los anteriores. Lucha fratricida, pues.

Así, vamos a asistir a un periodo muy convulso de luchas intestinas, guerras internas que, por otro lado, son bastante frecuentes entre los españoles cuando no tenemos enemigo exterior contra el que pelear. Y ahora, con el califato en pleno trance de descomposición, ya no había, en efecto, enemigo externo al que combatir: el califato ya no existía; los Reinos de Taifas lo

llenaban todo y los musulmanes bastante tenían con sus propios problemas. Entramos en una fase nueva de la Reconquista.

No va a ser éste un periodo especialmente brillante de nuestra historia, pero sí van a pasar cosas muy importantes. Y entre las fundamentales, que ahora, a raíz del disputado testamento de Sancho el Mayor, toman carta de naturaleza los reinos del medioevo español, a saber, Galicia (y luego Portugal), León, Castilla, Navarra y Aragón. Pero ya iremos viendo esto poco a poco.

El nacimiento de nuestras ciudades

Acontecimiento crucial en los primeros años del siglo XI, doblado el paso del año 1000: empiezan a aparecer en la España cristiana las primeras ciudades dignas de ese nombre. Su escenario, el Camino de Santiago. Sus protagonistas, no sólo la población autóctona, sino también los peregrinos que vienen de Europa y terminan instalándose aquí. Junto a la forma de vida campesina, monástica y guerrera que hasta ese momento predominaba en España, surge ahora la vida urbana.

Una cuestión de conceptos: en realidad, decir que las ciudades «surgen» es un poco equívoco, porque da la impresión de que antes no había nada en esos sitios, y esto no es así. Burgos o Astorga, por ejemplo, ya existían antes, y eran centros importantes del mapa. Pero no eran ciudades en sentido estricto, sino núcleos fortificados de población que seguían sujetos al régimen señorial.

Y es que para que nazca una ciudad hacen falta otras cosas: una población estable no vinculada a los campos, segmentos de vecinos especializados en trabajos concretos —los artesanos, por ejemplo— y, sobre todo, una serie de instituciones independientes, nacidas de la propia ciudad, que organizan la vida colectiva e incluso la representan ante el poder soberano del monarca. Pues bien, eso es precisamente lo que empieza a aparecer ahora en la España cristiana. Ésta es la novedad. Y será trascendental.

Ya hemos visto capítulos atrás lo que significó el Fuero de León, que por primera vez contemplaba la existencia de vecinos libres, independientes de los señoríos rurales. Si un fuero regio consignaba tal cosa, era sin duda porque se trataba de una realidad ya consolidada. ¿Cuándo empezó todo? ¿Cuándo

comenzó el proceso de creación de ciudades en la España cristiana? Todo indica que empezó a principios del siglo XI, cuando la crisis del califato relajó la presión militar sobre las fronteras. Y el fenómeno se prolongará, lento pero constante, a lo largo de dos siglos.

Detrás o, mejor dicho, por debajo de este proceso de urbanización, se ven con claridad importantes movimientos de población. Uno es el movimiento interior, continuación del que no hemos dejado de ver en el norte de España desde finales del siglo VIII: cada vez más gente se traslada hacia el sur en busca de mejores condiciones de vida, de una existencia más libre, con más oportunidades, en las nuevas tierras de frontera que se van abriendo a la roturación. Junto a ese movimiento, que va de norte a sur, hay otro movimiento que va de sur a norte: el de los mozárabes, es decir, los cristianos de Al-Ándalus, que no han dejado de migrar hacia la España cristiana en todo este tiempo y que ahora, a partir del siglo XI, van a instalarse sobre todo en las nuevas áreas reconquistadas al sur del Duero. Por cierto que ahora no se trata sólo de mozárabes, sino también de musulmanes que preferirán seguir en sus tierras en vez de retirarse al sur musulmán: son los mudéjares. ¿Un ejemplo? Los bereberes de Astorga, esto es, los *mauricapti*, que son el origen de los maragatos.

Pero además de estos movimientos interiores norte-sur y sur-norte, que no son nuevos en la España de la Reconquista, aparece ahora un tercer factor que sí es novedad: la incorporación de gentes que vienen del centro de Europa, atraídos unos por el botín de una vida guerrera, llamados otros —los más— por la ebullición del Camino de Santiago, que en este momento se ha convertido en una incesante riada humana. Al calor del Camino surgen por doquier mercaderes, posaderos, cambistas y artesanos que ofrecen sus servicios a los peregrinos. Toda esta gente, con mucha frecuencia de origen franco, conforma sus propios barrios alrededor de los centros urbanos. A estos barrios se los llama «burgos». En numerosos casos, estos barrios francos obtendrán del rey un fuero singular, distinto al del resto de los vecinos, que entre otras cosas reservará a estos extranjeros y sus familias los trabajos artesanales y mercantiles. De ahí viene la palabra «franquicia».

Esta medida de privilegiar a los francos con un fuero especial es muy interesante, porque dice mucho acerca de la intencionalidad política del fenómeno urbano. En principio, los reyes tienen el mayor interés en favorecer a las ciudades: no sólo significa un aumento de la riqueza del reino, por la circulación de mercancías y bienes, sino que además las ciudades se

convierten en un oportunísimo elemento de equilibrio político, porque proveen al rey de una baza notable frente a los señores feudales. Pero, al mismo tiempo, el orden político debe impedir que las gentes abandonen el campo para acudir a la ciudad, porque semejante éxodo arruinaría la economía del reino. De ahí que esos trabajos específicamente urbanos queden atribuidos en exclusiva a los francos. Es una forma de hacer que los campesinos permanezcan en sus tierras. Lo cual será decisivo para dar a nuestras primeras ciudades su peculiar fisonomía.

Un buen ejemplo de esta conformación urbana es Pamplona, la capital navarra. Sancho el Mayor había sido un decidido partidario del crecimiento urbano y había favorecido el establecimiento de mercaderes francos. Así Pamplona se convierte en una ciudad con tres centros. Junto al núcleo original de la navarrería, donde viven la población autóctona y los nobles y eclesiásticos, surgen los burgos de San Saturnino (San Cernín) y San Nicolás, poblados por francos, con sus propias murallas y sus propias autoridades. Como a éstos se los ha distinguido con privilegios (por ejemplo, sólo ellos pueden vender pan y vino a los peregrinos), los de la navarrería protestarán con energía y llegarán al enfrentamiento físico con los francos. Finalmente la corona tendrá que arbitrar un estatuto jurídico igual para todos.

El mismo proceso de construcción urbana, con esa incorporación de francos al núcleo primitivo, aparece en otras ciudades del Camino, lo mismo en Navarra que en Aragón, Castilla, León y Galicia: Jaca, Estella, Puente la Reina, Logroño, Belorado, Burgos, Sahagún, Avilés… Nace un paisaje urbano nuevo: la aglomeración de aspecto circular, refugiada tras las murallas, deja paso ahora a un trazado longitudinal cuyo eje es la calle mayor, el Camino, eje sobre el que convergen las pequeñas calles transversales donde se establecen los mercaderes, posaderos y artesanos. A medida que se avanza hacia Santiago, la diferencia entre autóctonos y francos se va haciendo cada vez más borrosa. En Belorado, por ejemplo, hubo alguna vez un alcalde específico para los francos, pero esa figura desapareció muy pronto. En Burgos, donde a los burgos se los llamaba «villas» para diferenciarlos del nombre de la ciudad, la nueva población pasa a formar parte enseguida del núcleo original, que ya era de dimensiones muy notables.

También al calor del Camino, aunque no como consecuencia directa de la peregrinación, en el viejo Reino de León aparecen nuevos centros urbanos un poco por todas partes. En la provincia de Burgos, el movimiento religioso de Cluny incorpora a sus fundaciones monásticas barrios específicos de

mercaderes y campesinos. En Avilés, localidad semiabandonada desde tiempo atrás, se instala un numeroso grupo de provenzales que redacta su propio fuero. A mediados del siglo XI, el desarrollo de las ciudades ya es un fenómeno imparable en la España cristiana.

Y mientras tanto, ¿qué pasaba en el sur y el este de la España cristiana, adonde no llegaban los efectos del Camino de Santiago? Pues aquí pasaba que también surgían ciudades, pero ya no ciudades de mercaderes, sino núcleos con otro espíritu: militar, agrario, ganadero. Si en el norte se expanden las ciudades en torno a un mercado, aquí van a crecer al calor de una muralla. Después de todo, el enemigo musulmán seguía estando muy cerca. En León y en Castilla tenemos los casos de Salamanca, Ávila, Segovia, Sepúlveda y Soria. Después, en Aragón nacerán del mismo modo Belchite, Calatayud, Daroca, Albarracín…

En estas ciudades de muralla, la vida es muy distinta a la del norte. El papel de los mercaderes en la vida local es muy limitado. Primero, porque pocos mercaderes se atreven a bajar hasta unas áreas tan arriesgadas; además, porque la tierra tampoco es lo suficientemente rica para asegurar beneficios. Quienes vienen aquí son otro tipo de personas: gentes de armas que al mismo tiempo trabajan la agricultura y la ganadería, y que se sienten atraídas por las ventajas que los fueros otorgan a los habitantes de la frontera. En todas estas localidades —lo hemos visto capítulos atrás— vivían colonos armados, campesinos en situación de riesgo permanente, agricultores y ganaderos convertidos en *infanzones* por su uso de las armas y el caballo.

Ahora veremos cómo crecen estos pequeños núcleos de colonos armados, pero el paisaje humano cambia poco. Los recién llegados crean su propio barrio: gallegos, navarros, gascones, castellanos, mozárabes… Lo primero que hacen es levantar su propia parroquia como centro de la vida municipal, y por eso hay tantas iglesias en estas ciudades. En torno a esa parroquia se organiza una existencia de guerreros y ganaderos que, con mucha frecuencia, completarán sus ingresos con correrías de saqueo sobre las tierras moras del sur. Pequeños grupos acuden a sus alrededores y forman aldeas, habitualmente de agricultores. Pero la agricultura en la frontera sigue siendo una actividad arriesgada, de manera que las murallas se construyen con la suficiente amplitud para cobijar también a los aldeanos. Es el caso de Ávila o de Daroca.

Muy pronto veremos en estas ciudades de frontera un problema nuevo: ganaderos y agricultores pelearán por la tierra. Veremos también cómo los

mercados crecen hasta convertirse en ejes de la vida social. Pero eso será después. De momento, lo que tenemos es un paisaje urbano naciente, muy europeo, sustentado en incesantes movimientos de población y protagonizado, muy en primer lugar, por aquel río de vida que fue el Camino de Santiago. Así, en fin, nacieron nuestras ciudades.

La épica muerte de Bermudo III, el último astur

Los numerosos flecos del testamento de Sancho el Mayor iban a cubrir de conflictos la cristiandad española durante casi medio siglo. Recordemos: Sancho reparte las cosas creyendo que satisface a todos, pero en realidad nadie queda contento. Toda la fisonomía de la España medieval nacerá de ese problema testamentario, fuente de numerosas luchas fratricidas. Y para empezar, el paisaje estalló en León. Todo iba a cambiar súbitamente en el viejo reino cristiano del norte.

En León reina Bermudo III, largo tiempo protegido —y, al mismo tiempo, dominado— por Sancho el Mayor. A la muerte de Sancho, Bermudo tiene dieciocho años. Aún es menor, pero tiene las ideas claras sobre lo que quiere para su reino. Perseguirá esas ideas y encontrará la muerte en el intento. Y en Castilla ha heredado la dignidad condal Fernando, el segundo hijo de Sancho. Seguramente Fernando no aspiraba a la corona leonesa, pero el destino la pondrá en sus manos, no sin manchas de sangre. Vamos a contar esta historia.

Volvamos la mirada a León. El Reino de León seguía siendo el hermano mayor de la cristiandad española. Heredero de la resistencia asturiana y de la corona de Pelayo, protagonista de la gran recuperación de territorios que había devuelto la cruz hasta las mismas estribaciones del Sistema Central, León no se resignaba a una existencia de segundo grado. El reino seguía escindido por las luchas nobiliarias y por la presión de un feudalismo que afectaba seriamente a la solidez política del conjunto, pero nadie en Galicia, Asturias, Portugal o la misma capital leonesa había renunciado a afirmar la hegemonía de la vieja corona de Alfonso III y Ramiro II. El león todavía rugía.

Sin duda Bermudo creyó que había llegado el momento de recobrar el protagonismo perdido. Sancho el Mayor había muerto. Él, Bermudo, había cumplido ya veinte años. Nada justificaba que León siguiera sujeto a la autoridad navarra, máxime desde el momento en que el nuevo rey de

Pamplona, García, no tenía derecho alguno sobre la corona leonesa. Más aún, Bermudo estaba casado con Jimena, la hija de Sancho el Mayor. De manera que, en cierto modo, si alguien podía heredar la posición de superioridad de la que había gozado el Mayor entre los monarcas cristianos, ese alguien era precisamente Bermudo. Hasta ese momento, Bermudo, refugiado en Galicia, se había limitado a esperar. Pero ahora había llegado el momento de dar un paso adelante.

¿Cuál era el punto central del conflicto? El este del territorio leonés, las tierras entre el Cea y el Pisuerga —parte de Palencia, parte de Valladolid—, a caballo entre los señoríos de Cea, Saldaña y Mozón, tierras largamente disputadas desde mucho tiempo atrás, sujetas primero al control directo de la corona leonesa, dependientes después del condado de Castilla. En los capítulos anteriores hemos contado cómo Sancho el Mayor, hijo de una dama de la casa de Cea, había reclamado y ocupado estos territorios. No los incorporó a la corona pamplonesa —no podía hacerlo—, sino que implícitamente los consideró parte del condado de Castilla. Ahora, muerto Sancho, el heredero de Castilla, Fernando, estimaba que esas tierras eran suyas. Pero Bermudo no era de la misma opinión. Más aún, el joven rey de León estaba dispuesto a recuperar esas tierras a cualquier precio, consciente de que en ellas se jugaba algo más que rentas y derechos: se jugaba el prestigio de la corona leonesa. Si Bermudo quería reverdecer los laureles de León, tenía que empezar por aquella planicie que se extiende desde el Cea hasta el Pisuerga.

¿Cuál de los dos tenía razón, Bermudo o Fernando? En este pleito por las tierras entre el Cea y el Pisuerga hay un importante factor familiar que es preciso contar, para ver que, en realidad, ambos tenían razones para actuar como lo hicieron. Aquella región era del reino leonés, sin duda. Pero las tierras de la discordia formaban parte de la dote de Sancha de León, hermana del rey Bermudo. Recordemos que esta Sancha había sido la prometida del joven infante García, que tenía que haber sido conde de Castilla, pero fue asesinado con diecinueve años de edad. Muerto García, Sancha fue prometida a Fernando, el segundo hijo de Sancho el Mayor, heredero del condado de Castilla. ¿Por qué Fernando heredaba Castilla? Porque era hijo de Sancho y Muniadona, hija de la casa castellana, hermana del difunto García. Fernando, por tanto, podía reclamar las tierras entre el Cea y el Pisuerga porque eran la dote de su mujer, Sancha, y porque eran parte del territorio castellano.

Lo que está en juego es, por tanto, una reclamación territorial elevada al rango de cuestión política de primera importancia y, además, multiplicada por un profundo problema de familia. Veamos: la mujer de Fernando de Castilla es Sancha, hermana del rey de León; y la mujer de Bermudo de León es Jimena, hermana de Fernando de Castilla. Los que pelean son dos cuñados. La trama de relaciones familiares es tan intensa que el argumento parece más propio de una tragedia. Es sugestivo tratar de meterse en el corazón de aquellas mujeres, Jimena y Sancha. ¿Qué pensarían sobre todo esto? Ninguna de ellas podía ver con buenos ojos que sus respectivos hermanos fueran derrotados y tal vez muertos, pero, al mismo tiempo, la corona de una y de otra, de Jimena y de Sancha, dependía de que sus respectivos hermanos fueran vencidos. ¿Qué sentimiento predominaría en ellas, el amor a sus hermanos o el amor a sus esposos? O quizá más sencillamente, ¿el amor o la ambición? Son preguntas que darían para escribir una honda novela histórica. Por desgracia, no conocemos la respuesta. Ni siquiera podemos saber cómo se entendía en el siglo XI la palabra «amor». Lo que sí sabemos es lo que pasó después, y eso es lo que vamos a contar.

En el verano de 1037, quizá finales de agosto, quizá primeros de septiembre, Bermudo de León pasa a la ofensiva. A la cabeza de sus huestes cruza el río Pisuerga y se dispone a dar la batalla. Fernando, alarmado, pide ayuda a su hermano García, el rey de Navarra. Así se dibujan los campos. ¿Dónde fue el combate? Unas fuentes dicen que en Támara de Campos, Palencia; otras, que en Tamarón, en Burgos. Por la descripción geográfica parece más probable la hipótesis de Tamarón.

Bermudo decide jugarse el todo por el todo. Lo más importante: hay que evitar que el ánimo de los leoneses flaquee ante un enemigo superior en número. El rey pica espuelas a su caballo, que se llamaba Pelagiolo, y se lanza contra las filas enemigas. Busca a Fernando, su contrincante, para llegar al combate personal. Bermudo debía de ser un guerrero valiente. Valiente, pero imprudente. Envuelto entre enemigos, pronto queda sin capacidad de maniobra. Podemos imaginárnoslo repartiendo mandobles a diestro y siniestro, tratando de despejar el campo. Finalmente, una lanza castellana se estrella contra su cuerpo y le derriba del caballo. Privado de su montura, Bermudo ve, impotente, cómo una nube de guerreros enemigos se abalanza sobre él.

Dicen las crónicas que fueron siete los caballeros enemigos que cayeron sobre Bermudo. El joven rey no tuvo opción. Estudios recientes han

descubierto en el cadáver del rey hasta cuarenta heridas de lanza; todas en el vientre, que es donde peor cubría la armadura el cuerpo. Sus caballeros recogieron el cuerpo exánime de Bermudo. Lo llevaron a León y le dieron sepultura en el panteón de los reyes, en la iglesia de San Juan. Así moría en combate, con veinte años, Bermudo III.

Con Bermudo III desaparecían muchas cosas. Ante todo, desaparecía un linaje. Él era el último heredero varón del linaje asturiano original; no el de Pelayo —que se había extinguido con Alfonso II el Casto—, sino el del duque Pedro de Cantabria, Alfonso I y el guerrero Fruela Pérez. Pocos reproches pueden hacerse a los últimos reyes leoneses. Bermudo murió peleando, tratando de recuperar el esplendor perdido. Su padre, Alfonso V, había muerto también muy joven, con unos treinta y cinco años, igualmente en combate y después de haber realizado una obra legislativa importante. Antes de ellos, León había conocido la descomposición, la guerra civil y el flagelo de Almanzor. Bermudo y su padre Alfonso heredaron la corona siendo menores de edad. Intentaron enderezar el rumbo del reino. No lo consiguieron, pero ambos estuvieron a la altura de las circunstancias.

Ahora se abría un paisaje completamente distinto. Bermudo moría sin descendientes. El trono, por tanto, pasaba a su hermana Sancha, es decir, a la mujer de Fernando de Castilla, el mismo hombre que había derrotado y dado muerte al rey. El conde de Castilla se cobraba una pieza de la mayor importancia: la corona de León, nada menos. ¿Y cómo se tomaron la cosa los leoneses? No será fácil ahora el trabajo de Fernando, el vencedor. Y aquí sin duda jugará un papel importante Sancha, reina sobre el cadáver de su hermano caído.

Un navarro de Castilla se apodera de León

La posición de Fernando Sánchez, conde de Castilla y rey de León, es verdaderamente compleja. Para la mayor parte de la nobleza leonesa, es simplemente un enemigo que ha matado al auténtico rey, Bermudo (rey, todo sea dicho, al que esa misma nobleza tampoco había prestado grandes servicios). Pero, al mismo tiempo, Fernando es el esposo de la heredera legítima de la corona, la reina Sancha, de manera que nadie puede oponer razones de peso al nuevo monarca. Fernando sabe qué cartas tiene en la mano

y se dirige a la capital de su reino. Pero he aquí que León no quiere recibir al nuevo rey.

La resistencia tiene un nombre: Fernando Flaínez, conde que gobernaba en la ciudad de León y su alfoz. Junto a él aparecen otros nombres decisivos: su hijo Flaíno Fernández y su sobrino Fáfila Pérez, mayordomo que fue del difunto rey Bermudo III (y recordemos que el mayordomo, en la corte leonesa, venía a ser tanto como el ministro principal). Después de la batalla de Tamarón, Flaínez se hace fuerte en las torres de la capital. En torno a estas relevantes personalidades del reino se aglutina la oposición al nuevo rey. El propio obispo de la diócesis, Servando, está con ellos. Y el conde Flaínez, como «tenente» de la ciudad, no se andará con chiquitas: directamente cerrará León y negará la entrada al rey Fernando.

Como la capital se les resistía, Fernando y Sancha se dedicaron a afianzar su posición en el resto de su reino. A eso dedicaron el invierno entre los años 1037 y 1038. Debieron de ser meses de intensa actividad; una actividad sobre todo política, pero apoyada por el despliegue de una fuerza militar suficiente para aplacar rebeldías por su mera exhibición. Sabemos que Fernando estuvo en Galicia. También sabemos que estuvo en Sahagún. Podemos imaginarnos a los nuevos reyes viajando de aquí para allá con sus huestes, en Asturias o en Portugal o en la frontera, negociando con algunos nobles, amenazando a otros. El hecho es que diez meses después de la batalla de Tamarón, sólo quedaba pendiente el problema de la capital, cerrada a cal y canto por Fernando Flaínez.

Fernando I supo resolver el problema político que le planteaba la nobleza leonesa, y hay que reconocer que lo hizo con prudencia y tacto; quizá porque pensaba que ya había bastante sangre con la derramada en la batalla de Tamarón, o quizá porque, una vez que el reino era suyo, la vía diplomática era la única aconsejable. Seguramente aquí jugó un papel relevante la reina Sancha, que conocía bien los usos de la corte leonesa y había tomado la medida a los nobles del lugar. El hecho es que el 21 de junio de 1038 el rey Fernando expide un diploma que da fe del acuerdo. Y los que firman ese diploma son el clan Flaínez al completo: el conde Fernando Flaínez, su hermano Pedro Flaínez, su hijo Flaín Fernández y su sobrino Fáfila Pérez. Problema resuelto, pues.

¿Por qué cedió Fernando Flaínez? Porque el rey Fernando le colmó de honores: aseguró al conde que mantendría su estatus, concedió el título condal a su hijo Flaín Fernández y confirmó al clan en el gobierno de la propia

ciudad de León y de la comarca del río Esla. Añadamos una nota de familia, factor sin el cual es imposible entender todos estos enjuagues: la madre del conde Flaínez, Justa Fernández, era hermana de la abuela del rey Fernando, Jimena; ambas, damas de la casa de Cea. O sea que el conde Flaínez era tío segundo del rey Fernando. Eso tal vez facilitó la negociación. Asuntos de familia, una vez más.

Vencida la oposición política de la corte leonesa, Fernando no perdió ni un minuto en formalizar su corona. El día siguiente a su entrada en León, 22 de junio, fue consagrado y ungido en la iglesia de Santa María. Ofició la ceremonia el venerable obispo Servando, como mandan los cánones. El hijo de Sancho el Mayor era plenamente aceptado por la corte. El Reino de León abría una nueva etapa.

A partir de este momento, Fernando, un navarro que venía de Castilla, pondrá un cuidado exquisito en parecer ante todo un leonés. Exhibirá el título de imperator —y obtendrá el reconocimiento como tal de los otros reyes cristianos—, confirmará el Fuero de Alfonso, reunirá a la curia regia —los magnates del reino— y observará escrupulosamente el código visigodo que regía la vida en León incluso a la hora de dictar nuevas leyes… Entre otras cosas, concedió a la Iglesia el derecho de asilo, que consiste en que quedaba prohibido matar, herir o ni siquiera sacar violentamente a quienes, perseguidos por la justicia, se hubieran refugiado en un templo. Este derecho de asilo, o asilo en sagrado, formaba parte del repertorio legal visigodo y se justificaba por tres razones: una, el deber de clemencia para con quien pidiera protección; otra, la enmienda de los delincuentes por medio de penitencias públicas, y además, la reverencia debida a los templos. En la práctica, significaba dotar a la Iglesia de potestad para administrar la ley.

Éstas fueron, entre otras muchas, las cosas que empezó a hacer Fernando Sánchez, Fernando de Castilla, Fernando I de León, cuando se instaló en el trono. No debió ser, de todas maneras, un camino de rosas. La crónica nos informa de que, además de devolver a León su esplendor, el nuevo rey tuvo que «domar el feroz talante de algunos de los magnates», lo cual nos devuelve al permanente problema del viejo reino cristiano del norte: el poder feudal. Pero Fernando tenía la determinación que a otros reyes les había faltado. Y también de esa prueba salió victorioso.

Se ha discutido mucho sobre el estatuto político que a partir de este momento cobró Castilla, solar del nuevo rey. Con frecuencia se da a Fernando por primer rey de Castilla y se consigna su nombre como origen de la

transformación del condado castellano en reino. Sin duda la llegada de Fernando al trono significó, en términos históricos, un crecimiento de la influencia castellana, pero no hay que sacar las cosas de quicio. Fernando era rey por León, no por Castilla, que seguía siendo un condado subordinado al trono leonés. Es verdad que Castilla exhibe en estos momentos una innegable pujanza, pero eso se debe más bien a razones de tipo social y cultural.

Región siempre de frontera, abierta a mil influencias de este a oeste y de norte a sur, la Castilla de este momento es un caldero en ebullición. Por todas partes aparecen nuevas ciudades y villas, numerosos grupos de colonos se instalan en un territorio que sigue ofreciendo amplios espacios vacíos, los monjes cluniacenses multiplican las fundaciones, los puertos de Cantabria y Vizcaya abren vías de comercio hacia Europa…

Y esta Castilla se va a convertir en el siguiente foco de conflicto para el rey Fernando. El testamento de Sancho el Mayor había dejado una Castilla demediada; buena parte de ella había pasado a la corona navarra. El asunto, al principio, no pareció importunar a nadie, pero el control de las activas tierras castellanas no tardará en despertar las ambiciones de unos y otros. García, el rey de Navarra, quiere ampliar sus territorios castellanos; Fernando, el de León, quiere recuperar la extensión original del condado de Castilla. Así asistiremos a un nuevo duelo fratricida.

Para esto, en todo caso, aún faltan algunos años. Y mientras tanto, en el Pirineo está ocurriendo algo que debe atraer inmediatamente nuestra atención. Ramiro, el hijo bastardo de Sancho el Mayor, se ha propuesto crear un reino a partir del condado de Aragón. Y lo va a conseguir.

Ramiro inventa el Reino de Aragón

Esta historia podría contarse así: una derrota en el campo de batalla iba a convertirse en una victoria política gracias a la inteligencia y la determinación de un hombre. Ese hombre era el hijo bastardo de Sancho el Mayor, Ramiro de Aragón.

Aragón, territorio de la Marca Hispánica de Carlomagno, regido primeramente por un caballero llamado Aureolo, sometido después a la autoridad de poderosos linajes locales, los Galindos y los Aznares, había pasado a principios del siglo x a la corona navarra, cuando la heredera del

condado, Andregoto Galíndez, fue prometida en matrimonio al heredero de Pamplona, García Sánchez I. Es un episodio que ya hemos contado aquí. Desde entonces, el viejo condado había llevado una vida subordinada a la corona navarra. Pero ahora todo iba a cambiar: ahora Aragón pasaba a las manos de Ramiro.

Ramiro, recordemos, era el hijo primogénito, pero bastardo, de Sancho el Mayor. Como hijo de rey, tuvo título de regulas y fue criado en la corte. Pero, por su condición ilegítima, quedó excluido de la sucesión a la corona. En el testamento de Sancho, a Ramiro se le asignó el territorio aragonés. Al parecer, ya había desempeñado funciones de gobierno en el viejo condado antes de la muerte del rey. Ramiro era un hombre ambicioso. Cuando murió su padre, no dejó de hacer algún movimiento tentativo para quedarse con la corona: el heredero, García, estaba fuera de Pamplona y era uno de esos momentos en los que cualquier giro era posible. El movimiento no prosperó, pero Ramiro había dejado claro que tenía sus propios proyectos.

Entre esos proyectos, como no podía ser de otro modo, figuraba el de casarse. Lo hizo con una dama francesa de la casa vecina del norte, Ermesenda Gilberga de Bigorra, hija de Bernardo Roger, conde de Carcasona y de Foix, y de su esposa Gersenda de Bigorra. El condado de Bigorra era un trozo de la Gascuña, donde hoy están Lourdes y Tarbes, que había adquirido autonomía tras sucesivos repartos de herencias nobiliarias. Ermesenda debió de encontrar un tanto más áspero el ambiente de sus vecinos del sur, pero, después de todo, nadie hace ascos a un trono.

Y a propósito de tronos, ¿cuándo fue exactamente rey Ramiro? No lo sabemos con precisión. Cuando heredó Aragón, lo hizo en condición de *baile* o *bailío*, es decir, de delegado del poder regio; él no se titula nunca «rey», sino «hijo del rey Sancho». Pero desde el primer momento actuó con entera independencia y, en la práctica, como un rey dispuesto a construir un reino: Aragón.

¿Qué era Aragón? El Aragón de aquel momento era un núcleo bastante pequeño. Abarcaba desde los valles de Ansó y Hecho, en el oeste, hasta el valle del alto Gállego en el este. Jaca era su capital casi desde los tiempos fundacionales, cuando nació como parte de la Marca Hispánica de Carlomagno. Podemos representarnos el territorio como el cruce de dos ejes: de norte a sur, desde el Pirineo hasta el llano del río Aragón, sobre las villas de Acumuer, Jaca y Atarés; y el otro eje, de este a oeste, lo dibujaba el lecho del río Aragón, el llano de Jaca, una brecha horizontal que era el único lugar

del condado verdaderamente apto para cultivos de cierta rentabilidad. Al sur, el valladar natural de la sierra de San Juan de la Peña daba cierta seguridad al conjunto.

Lo que Ramiro había heredado era exactamente ese conjunto, con el añadido del valle del Roncal. En definitiva, una colección de valles: Roncal, Hecho, Aragües, Ainsa… Y la tarea que Ramiro se propuso fue convertir ese mosaico de valles y plazas fuertes —algunas de ellas, minúsculas— en un territorio vertebrado y lo suficientemente integrado como para sustentar un poder independiente. Basta echar un vistazo al mapa para comprobar lo difícil del desafío. Las comunicaciones entre un valle y otro son muy complicadas; el desarrollo natural de la población, condicionado por la orografia, camina hacia el sur, siguiendo el curso de los ríos. El Aragón originario era una tierra que sólo podía moverse en vertical, de norte a sur. Pero al sur, en el llano, estaban los moros.

Los primeros movimientos repobladores de Ramiro dejan claras sus intenciones: en el este de su condado, hacia Senegüé, sobre el curso del alto Gállego, rumbo sur hacia Sabiñánigo, y más al este aún, junto al Sobrarbe, en Javierre de Ara. Son las áreas que separan sus territorios de los condados vecinos de Ribagorza y Sobrarbe. ¿Qué había allí? Al parecer, sólo colonos privados, muy pocos, quizá simplemente unos centenares, tratando de sobrevivir bajo el cobijo de las montañas. Lo que Ramiro está haciendo es llenar huecos: ocupar el territorio. A eso dedicará tenazmente sus primeros años. Lo hará por el procedimiento habitual, el mismo que hemos visto en el resto de la España reconquistada: confirmar presuras de colonos, encomendar el gobierno de los territorios a nobles de su confianza, entregar a los monjes la tarea de estructurar la sociedad a partir de sus fundaciones… A los monjes, sí: los cluniacenses, que despliegan en Aragón un trabajo importante y que no tardarán en llamar a Ramiro *christianissimus rex*, según se lee en los documentos de la cancillería del papa.

A la altura del año 1043, la situación del Aragón de Ramiro es propiamente explosiva. El inteligente bastardo de Sancho el Mayor ha sabido convertir su pequeño territorio pirenaico en un núcleo fuerte, bien organizado y donde nadie discute su poder. Pero la pujanza de este pequeño Reino de Aragón queda comprimida por la geografía. Al oeste se encuentra Navarra; al sur y al este, los Banu Hud musulmanes, dueños de la Hoya de Huesca y del pre-Pirineo desde Lérida hasta Tudela. El conflicto es inevitable. Ramiro sólo tiene dos opciones o atacar o defenderse. Si opta por defenderse, se expone a

sufrir una ofensiva en dos frentes. Si ataca a uno de sus enemigos, se arriesga a que el otro aproveche la situación para atacar a su vez. Ramiro tiene que tomar una decisión. Y lo hará.

¿Cuál fue esa decisión de Ramiro de Aragón? Atacar a su hermanastro García, el de Navarra. ¿Por qué? Probablemente, porque esperaba sacar ventaja en cualquier caso, incluso si salía derrotado. Ramiro de Aragón dio demasiadas muestras de inteligencia a lo largo de toda su vida como para presumirle una decisión precipitada o imprudente. Él sabía sobradamente que Pamplona era más fuerte. Pero también conocía sus bazas: el testamento de Sancho le había otorgado ciertas tierras en Navarra, García debía de andar más ocupado por los movimientos de su hermano Fernando en León… Sobre todo, atacar a García era la única opción posible.

¿La única opción? Si quería expandir sus tierras, sí. Con ojos de hoy puede pensarse que habría sido más lógico pactar con García y contra los moros, para ganar esas tierras hacia el sur. Ahora bien, las relaciones de Ramiro con García eran, al parecer, horribles, y los musulmanes, aunque divididos en los núcleos de poder de Tudela, Zaragoza y Barbastro, eran más y más fuertes, incluso para un ejército de las dimensiones del navarro. Acariciar un pacto con García era un ejercicio imposible. Y por otra parte, ¿qué ganaba Ramiro buscándose un pleito permanente con sus vecinos del sur? Era más práctico intentar la jugada contraria: pactar refuerzos con sus vecinos musulmanes, naturalmente interesados en neutralizar al poderoso pamplonés, y atacar las tierras de García. Y eso es lo que hizo Ramiro.

Fue un desastre. Los moros ya no eran ni sombra de lo que fueron. Y Pamplona, por su parte, seguía siendo fuerte. La batalla se dio en Tafalla, no lejos de Pamplona, pero cerca también de Sangüesa, área en la que Ramiro tenía mucho interés. Cuenta la crónica que el descalabro de Ramiro y los suyos fue mayúsculo. El aragonés huyó como pudo. Dicen que perdió su caballo. El corcel, del que sólo sabemos que era negro, cayó en manos del noble navarro Sancho Fortúnez, que lo entregó al rey García a modo de obsequio. García, generoso, recompensó a Fortúnez con la villa de Ororbia, al oeste de la capital navarra. Ramiro había perdido. Y sin embargo…

Lo curioso es que, pese a todo, Ramiro no salió malparado del lance. Por razones que desconocemos, pero que hay que atribuir a su inteligencia política, el de Aragón pudo firmar un pacto ventajoso con García. Seguramente era una jugada que tenía preparada desde el principio, previendo una eventual derrota. El caso es que Ramiro, después de Tafalla, suscribe la

paz con García y obtiene una línea importantísima de castillos: de oeste a este, Sos, Uncastillo, Luesia, Biel y Agüero, es decir, toda la línea de frente del noroeste de Huesca. De este modo se abría para el flamante Reino de Aragón un territorio vital.

¿Por qué fue García tan generoso? Quizá porque Ramiro, astuto, ya había reconocido las pretensiones imperiales del otro hermano, Fernando, el de León y Castilla, y eso creaba una peligrosa alianza. Quizá porque el de Pamplona prefirió tener a su hermanastro como amigo y no como enemigo. Quizá porque aquella solución le permitía mantener a Ramiro ocupado, custodiando una zona fronteriza de permanente fricción con los musulmanes. O quizá, en fin, porque Ramiro, buen diplomático, hizo valer sus muchos apoyos, y sobre todo el de los monjes cluniacenses, aquellos que en su correspondencia vaticana le llamaban *christianissimus rex*.

Por cualquiera de esas razones, o por todas a la vez, Ramiro salió con bien de la derrota de Tafalla. A partir de este momento, año 1043, nadie discutirá su posición. Y así aquella audaz jugada permitió convertir una derrota en victoria. Ya puede decirse con toda propiedad que ha nacido el Reino de Aragón. Pero aún tenían que pasarle más cosas a Ramiro. Y él será el protagonista de nuestros siguientes capítulos.

9

EL REY CRUZADO QUE INVENTÓ ARAGÓN

Aragón suma Sobrarbe y Ribagorza

Debía de estar Ramiro de Aragón haciendo balance de la experiencia de Tafalla, aquella derrota militar que se convirtió en victoria política, cuando llegaron a sus oídos noticias alarmantes. Su hermanastro Gonzalo, conde de Sobrarbe y Ribagorza, había sido asesinado en un puente de Lascorz, en lo que hoy es el norte de la provincia de Huesca, el 26 de junio de 1045.

Noticias alarmantes, sí, pero para un temperamento como el de Ramiro, avisado y ambicioso, aquello representaba una nueva oportunidad. Hasta ese momento, el horizonte territorial de Ramiro se concentraba en el oeste y el sur del río Aragón. Ahora, por el contrario, el eje se desplazaba súbitamente hacia el este.

Recordemos lo fundamental: a la muerte de Sancho el Mayor, su hijo pequeño, Gonzalo, había heredado los condados pirenaicos de Sobrarbe y Ribagorza, incorporados a Navarra por derechos de sangre de la mujer de Sancho, la reina Muniadona. Gonzalo era un niño: se le da por nacido después de 1020, de manera que no marchó a gobernar aquellas tierras, sino que permaneció en Nájera, en la corte navarra. Hasta aquel triste día.

Y bien, ¿qué eran Sobrarbe y Ribagorza? ¿Qué había allí? ¿Por qué mataron al conde? La verdad es que todas las circunstancias que rodean a la vida de Sobrarbe y Ribagorza en este periodo son bastante oscuras. Conocemos bien sus problemas con los vecinos musulmanes del sur, conjurados gracias a la ayuda castellana y navarra, y también los conflictos territoriales con los condados catalanes vecinos, en especial el de Pallars, que reclamaba parte de Ribagorza. Pero sabemos muy poco sobre cómo se vivía en esta zona del Pirineo, su estructura política, los nombres más importantes del condado…

Ahora bien, si sabemos tan poco es, probablemente, porque hay poco que saber. Estamos hablando de territorios muy pequeños, estructurados sobre plazas fuertes y fundaciones monacales aisladas, con comunicaciones difíciles, en suelos poco gratos para el cultivo y lejos de las grandes vías de paso. No nos equivocaremos si imaginamos estos condados como pequeños señoríos de carácter rural, sujetos a ásperas disputas por territorios exiguos. Quizás fue en una de esas disputas donde perdió la vida el desdichado Gonzalo.

Dice la tradición —concretamente la Crónica de San Juan de la Peña, y no hay más fuente que ella— que Gonzalo visitaba sus dominios cuando tuvo un tropiezo con un vasallo gascón llamado Ramonet. Ocurrió en el puente de Morillo de Monclús, en Lascorz, en el límite entre Ribagorza y Sobrarbe. El tal Ramonet, por las razones que fuere, quería mal a Gonzalo. Tan mal que, viendo de espaldas al conde, le tiró una lanza y lo mató. Y así moría Gonzalo Sánchez de Sobrarbe y Ribagorza, efímero conde, con sólo dieciocho años de edad. Hoy todavía existe un monumento con grandes lanzas en el límite de los dos condados, en recuerdo de tan luctuosos hechos.

Esto es lo que dice la crónica. Hoy los historiadores lo dudan. ¿Por qué? Porque no está documentado que Gonzalo abandonara en ningún momento la corte de Nájera, capital de la corona navarra. De hecho, sobre Gonzalo apenas hay nada documentado: llevó una vida realmente opaca. Se especula con que, además de muy joven, era un tipo de salud quebradiza, quizá enfermo desde su nacimiento. Algunos incluso dudan de que conociera las tierras que su padre le había dejado en herencia. Y en ese caso, Gonzalo no habría muerto asesinado por el malvado gascón Ramonet, sino de una manera mucho más prosaica, enfermo en Nájera.

Muerto de un lanzazo en Lascorz o enfermo en Nájera, el hecho es que el condado de Sobrarbe y Ribagorza quedó vacío una vez más. Los nobles de la zona, seguramente como en la ocasión anterior, treinta años atrás, temieron que los vecinos de Pallars aprovechasen la situación para plantar allí sus reales. La última vez, cuando murió el conde Guillermo, los ribagorzanos se acordaron de que la mujer de Sancho el Mayor, la castellana Muniadona, tenía sangre ribagorzana, y acudieron a Pamplona pidiendo auxilio. Esta vez ocurrirá lo mismo. Y quien acuda en socorro de Sobrarbe y Ribagorza será Ramiro, el de Aragón.

Atención, porque aquí se plantea un problema dinástico de primera importancia: la mujer de Sancho tenía sangre ribagorzana, sí, y por eso los

hijos de Pamplona podían intervenir allí; pero Ramiro no era hijo de esa mujer, sino de otra anterior y, por tanto, nada le unía a Ribagorza. ¿Por qué, entonces, actuó? El asunto es muy importante, porque nos da pistas para calibrar el estado de las relaciones entre Ramiro de Aragón y García de Navarra. En realidad, quien tenía derechos sobre Ribagorza era García, hijo de Muniadona. Pero, en la tesitura, García prefirió —o simplemente permitió, que eso no lo sabemos— que fuera su hermanastro Ramiro el que solucionara el problema absorbiendo los dos condados e incorporándolos a su flamante corona aragonesa. ¿Por qué?

Puede que García pensara que Sobrarbe y Ribagorza estaban demasiado lejos de Nájera (y en efecto, lo estaban), pero muy cerca de Aragón. Por tanto, a Ramiro le sería más fácil mantener a los dos condados dentro del núcleo de influencia navarro. Puede, también, que García viera en el lance una oportunidad para dar a su peligroso hermanastro más tierras y más lejos y, de esta manera, matar dos pájaros de un tiro: desplazaba las ambiciones de Ramiro hacia el este y, de paso, obtenía su agradecimiento y aseguraba su fidelidad. Sea lo que fuere, el hecho es que será Ramiro quien comparezca en la región para hacerse cargo del poder.

Como de costumbre, Ramiro no perderá el tiempo. Gonzalo apenas había gobernado de manera efectiva aquellas tierras, pero Ramiro era un hombre de otro carácter. En Aragón había impulsado el descenso hacia el sur. Ahora hará exactamente lo mismo. Los ríos Cinca, Ésera y Noguera Ribagorzana marcan el camino. Se repueblan Santa María del Buil, Castejón de Sos, Perarrúa… Después vendrán Falces y Benabarre, cada vez más cerca de Barbastro y Alquézar, donde los moros tienen sus plazas fuertes. Aquellas comarcas, paralizadas durante siglos, conocían ahora una nueva vida. Y la marcha no se detendrá.

A mediados del siglo XI, después de veinte años de gobierno de Ramiro, el condado de Aragón ya era realmente un reino y, además, de dimensiones notables. La linea de frontera había bajado, por el oeste, hasta lo que luego se conoció como comarca de las Cinco Villas, con aquella línea de castillos entregada por García, desde Sos hasta Agüero. Por el centro, el descenso había llegado hasta la sierra de Guara. Por el este, con la aportación de Sobrarbe y Ribagorza, la repoblación llegaría hasta los valles que hoy llenan los embalses de Mediano y Grado. En dos décadas Aragón había multiplicado su tamaño por cuatro.

Al paso de este crecimiento, nuevas tierras se abren para la repoblación. Los condados pirenaicos no estaban tan poblados como los cantábricos, de manera que la ocupación es más lenta y, además, cuenta con una notable aportación extranjera. Ya hemos contado aquí, por ejemplo, lo importante que fue la llegada de gentes de origen franco para una ciudad como Jaca. La línea ahora cambiaba: ya no la marcaba el Camino de Santiago, sino el horizonte nuevo de Aragón. Un horizonte que, como había ocurrido siglos atrás en León, también tenía el nombre de un río, esta vez, el Ebro.

Pero el valle del Ebro estaba en poder de los musulmanes, y no entregarían fácilmente la pieza. La expansión aragonesa parecía condenada a estrellarse contra el muro de los moros. Y en ese muro había una pieza fundamental: Barbastro, la fortaleza que vigilaba la Hoya de Huesca. Barbastro protagonizará, pocos años más tarde, un episodio crucial: la primera cruzada de la historia, que no fue en Tierra Santa, sino aquí, en estas tierras aragonesas, bajo el impulso del reino inaugurado por Ramiro.

El propio Ramiro entregará su vida ante los muros de Graus, a un paso de la codiciada Barbastro. Pero esto ya lo contaremos en su momento. Por ahora, quedémonos con lo fundamental: desde el valle del Roncal en Navarra hasta el Pirineo de Lérida, un nuevo poder había despertado; ese poder era Aragón, cuya fuerza será decisiva en la construcción de la España que hoy conocemos.

Y en Cataluña, Ermesenda: una mujer de armas tomar

Toda la España cristiana, después del año 1035, se reconfiguraba a partir de la herencia de Sancho. Los hijos de Sancho el Mayor ponían los cimientos de la España de los cinco reinos. Pero había una parte de la España cristiana donde no había llegado la herencia de Sancho el Mayor: los condados catalanes, cada vez más aglutinados en torno al liderazgo de Barcelona. Por supuesto, también aquí la influencia del gran rey navarro se había hecho sentir. Consta que Sancho ejerció una suerte de protección sobre el conde Berenguer, y que éste, por su parte, aceptó la hegemonía de Sancho entre los monarcas cristianos. Pero en el condado de Barcelona no había sangre navarra gobernando, ni la figura dominante era aquel hombre. Al revés, aquí la figura dominante era una mujer.

Una mujer: Ermesenda de Carcasona, hija de Rogelio I de Cominges, el Viejo, conde de Carcasona, y de Adelaida de Gévaudan. O sea, la más rancia

aristocracia de la Francia carolingia. Ermesenda, que había nacido en el año 972, abandonó su casa con veinte años para casarse con Ramón Borrell, conde de Barcelona. Ramón acababa de suceder a su padre en el condado. Era el 30 de septiembre de 992. Barcelona se recuperaba lentamente de las terribles heridas infligidas por Almanzor. Y a aquellas tierras, todavía heridas, llegó la joven condesa Ermesenda.

Dicen las crónicas que Ermesenda era mujer «de singular hermosura y ánimo varonil». O sea, guapa y con carácter. Estamos acostumbrados a imaginar a la mujer medieval como un mueble, un objeto secundario en el escenario doméstico. Es un juicio muy equivocado. En La gran aventura del Reino de Asturias ya pudimos ver la importancia enorme de las mujeres en las tareas de la repoblación, que siempre fue el verdadero nervio de la Reconquista. Por eso aparecen tantos nombres de mujeres en la crónica. Ese relieve correspondía a todas las capas sociales, y así nos encontramos con campesinas tan cruciales como Muniadona, la mujer de Lebato, y a reinas tan decisivas como la navarra doña Toda, que literalmente revolucionó el árbol genealógico de la cristiandad española. Pues bien, Ermesenda era una de estas mujeres de armas tomar.

Lo de «armas tomar» no es sólo una frase hecha, porque parece que la condesa, en efecto, las tomó: dicen que gustaba de acompañar a su marido Ramón en sus campañas guerreras, cabalgando a su lado. Pero por lo que más brilló, al menos a juzgar por la documentación, fue por su afición a presidir juicios e impartir justicia, tarea a la que solía entregarse a menudo por las frecuentes ausencias del conde.

Hay un caso muy citado que vale la pena traer aquí. A la altura del año 1000, estando Ramón fuera de Barcelona por alguna cabalgada, llega ante el tribunal una mujer llorando y clamando. Se llama Madrona y ha estado cautiva en Córdoba, víctima de cualquiera de las razias de Almanzor. Y al llegar de vuelta a Barcelona, la pobre Madrona se ha encontrado con que su padre ha muerto y su hermano ha dilapidado la parte de la herencia que a ella le correspondía: unas viñas, un terruño… Ermesenda, solemne, consigna las viñas malvendidas de nuevo a Madrona, «en nombre de Dios y veneración de mi señor Ramón, conde», según dice la condesa.

El conde Ramón Borrell murió en 1017. Dejaba un heredero, Berenguer, de doce años. Entonces Ermesenda asume la regencia y lo hace en un momento particularmente delicado, porque los condados catalanes están viviendo —ya lo hemos contado aquí— un agudo proceso de feudalización.

La posición de Ermesenda es difícil. Como condesa, ha de defender la autoridad pública frente al poder privado de los señores; pero para defender tal cosa necesita fuerza armada, y ésta se halla en manos de los señores, que, además, no aceptarán con facilidad el liderazgo de una mujer. En un gesto de provocación, uno de esos señores, el conde Hugo de Ampurias, reclama unas tierras a Ermesenda y lo hace proponiendo que el pleito se dirima en un combate singular. La condesa, evidentemente, no podía combatir. Podía haber encomendado el combate a alguno de sus caballeros, pero tampoco lo hizo. Invocando la ley gótica, le responde a Hugo que los negocios no se pueden discutir por la fuerza, sino por el derecho.

Este conde Hugo de Ampurias debía de ser un sujeto de cuidado: anduvo enemistado con todo el mundo durante sus casi ochenta años de vida. Pero su caso, más allá de la anécdota, nos ilustra sobre el gran problema político que tuvo que afrontar Ermesenda: mantener la autoridad condal de Barcelona. Sabemos que en la tarea tuvo muchos apoyos. Aquí hemos hablado ya del fundamental abad Oliva. Hubo otros nombres: Gombau de Besora, el juez Ponce Bonfill Marc, el abad de Ripoll, el obispo Pedro Roger de Gerona (que, por cierto, era hermano de Ermesenda). Aun así, con frecuencia las ambiciones de los señores feudales serán más poderosas que el interés condal.

No podían faltarle a una mujer así, y en circunstancias tan difíciles, leyendas que extendieran su fama entre las gentes. Una de las leyendas más pertinaces sobre Ermesenda es aquella que convierte a la condesa en jefa de una partida de piratas normandos en lucha contra los moros. Porque dice la tradición que hacia 1018 las costas catalanas sufrían los frecuentes ataques de los sarracenos de Denia y Baleares. Y Ermesenda, para combatirlos en la mar, llamó en su ayuda al normando Roger, capitán de unos vikingos que pirateaban por la zona. Los normandos de Roger atacaron a los moros y les conquistaron varias plazas fuertes. Este Roger —sigue contando la leyenda—, para amedrentar a los moros, mandaba descuartizar todos los días a uno de los sarracenos presos y lo echaba en el caldero, para que se lo comieran los demás cautivos, e incluso fingía el propio normando comer carne de preso moro, para espantar a los demás. Acto seguido, ponía en libertad a uno de esos desdichados para que acudiera a contar a sus jefes lo que había visto. Y así el jefe moro de Denia, Mudjehid, muerto de miedo, terminó pidiendo la paz a Ermesenda. La condesa, en agradecimiento al normando por su bárbara astucia, dio a Roger la mano de una de sus hijas.

Esta leyenda, al parecer, es enteramente falsa: ni Ermesenda tuvo hijas, ni el jefe de los vikingos que operaban en el Mediterráneo se llamaba Roger —porque todas las demás fuentes le llaman Ricardo— ni consta en ninguna parte que aquellos sucesos ocurrieran de verdad. Pero no deja de añadir una nota de color en nuestra historia.

El pequeño Berenguer llegó a la mayoría de edad en 1023.Ya era el conde Berenguer Ramón I. La regencia de Ermesenda terminaba. Pero la condesa no tenía la menor intención de dejar los asuntos de Estado. Ella misma se había ocupado de acumular una cantidad importante de posesiones territoriales, de tal modo que su presencia en la corte condal siguió siendo decisiva. Y eso lo vamos a ver enseguida en los grandes desafíos políticos del condado, que no eran la lucha contra los piratas de Denia, sino la repoblación de los territorios vacíos. A Ermesenda, en efecto, nos la encontramos de nuevo en los documentos hacia febrero del año 1026 —es decir, con su hijo ya en el trono condal—, actuando como autoridad pública que reconoce a unos campesinos las presuras realizadas en Cervera, Lérida. Así hablaba Ermesenda:

> *En nombre de Cristo. Yo Ermesenda, por la gracia de Dios condesa, con mi hijo Berenguer, marqués y conde, y su esposa Sancha, condesa, os damos a vosotros Guineguilda, mujer, a tus hijos Mirón, Guilaberto y Amado y a vosotros Bernado Guifré y a tu mujer Sancha y a Bonfill y a tu mujer Amaltruda (…) nuestra tierra yerma situada en la marca del con dado de Osona con su cerro y el castillo que hay allí, que se llama Cervera, el cual vosotros contra los ataques de paganos habéis alzado antes que ningún otro poblador por medio de vuestra presura.*

Con este documento se abre la carta de población de Cervera. Una vez más, vemos a unos colonos privados que por su cuenta toman y roturan tierras, y el poder político llega después para sancionarlas. Exactamente como había ocurrido y seguía ocurriendo en Portugal, en León o en Castilla. Porque la Reconquista, digámoslo una vez más, no fue tanto una operación militar o política como una gran aventura popular. Y así tenemos a esta mujer Guineguilda y a sus hijos, con dos matrimonios más, tomando unas tierras contra los ataques moros y devolviéndolas a la vida.

A nuestra amiga Ermesenda le esperaba una larga vida. Una vida, por cierto, en la que abundaron los pleitos con su hijo Berenguer Ramón, primero, y con su nieto Ramón Berenguer, después; pero también las fundaciones monásticas, las donaciones generosas y el impulso a la repoblación. Aquella joven francesa que llegó a la Barcelona herida por Almanzor moría el 1 de

marzo de 1057, con ochenta y cinco años, en su castillo del condado de Osona, cerca de la iglesia de San Quírico y Santa Julia. Fue enterrada en la catedral de Gerona. Dejaba detrás una historia que aún sigue impresionando por el carácter de esta mujer.

Crónica de sucesos: el caso del ladrón Arias Oduáriz

A veces para entender una época no hay mejor instrumento que fijarse en un suceso y tratar de sacarle todo el jugo. Las cosas que pasan y los personajes que aparecen nos dan las claves de cómo era aquel mundo y aquel tiempo. Hoy, para entender cómo era la España del siglo XI, vamos a fijarnos en uno de esos sucesos, un hecho que ocurrió a la altura del año 1040 y que es francamente revelador: el escandaloso caso del ladrón Arias Oduáriz. ¿Qué pasó? Vamos a verlo.

Estamos en los alrededores de Orense, entre Allariz y Celanova, hacia el año 1044. El señor del lugar, Menendo González, ha dejado instalarse en sus tierras a unos comerciantes judíos. ¿Desde cuándo hay judíos en Galicia? No lo sabemos a ciencia cierta. Se cree que llegaron a finales del siglo X. Las primeras menciones documentales sobre judíos en Galicia son del año 987, y precisamente en esta zona de Orense, en los alrededores de Celanova. Orense está en una de las vías del Camino de Santiago, alrededor del cual había ido creciendo el comercio y en cuya estela se habían instalado numerosos extranjeros. Podemos suponer que estos judíos de Menendo González llegaron en la misma ola.

Como era costumbre en la época, los judíos, como los otros extranjeros, crearon su propio barrio. Hemos visto capítulos atrás cómo nacieron los barrios francos. También los judíos tenían sus barrios exclusivos, las aljamas o juderías. La aljama orensana de Allariz, escenario de nuestro relato, parece haber sido una de las primeras de España. Y al igual que ocurría con todas las demás aglomeraciones en esta época de formación urbana, los judíos contaban con la protección expresa del señor del lugar.

¿A qué se dedicaban estos judíos? Al comercio de telas: seda, estameña, lienzo… La crónica dice que el noble Menendo había permitido a los judíos instalar su mercado en su propio dominio señorial. Esta práctica es muy importante, porque aquí reside una de las principales fuentes de riqueza del momento: no sólo por la actividad que se desarrolla en torno a los mercados,

sino, además y sobre todo, por los aranceles, es decir, los impuestos de paso. Los mercados han de abastecerse con productos; los distribuidores, para enviar mercancías de un lugar a otro, han de pagar unas tasas, y esas tasas van al tesoro del señor del lugar. Así la protección de los comerciantes se convierte en una fuente de riqueza para los señores feudales. Los comerciantes, a su vez, encuentran a alguien que les defiende en unos tiempos en los que la seguridad pública es mínima. Y los vecinos de los comerciantes, por su lado, se beneficiaban de la existencia de nuevas mercancías y del tráfico organizado en torno a ellas. Así, todos contentos.

¿Todos? No. La riqueza despierta siempre la envidia y la codicia. Y así, en aquel año 1044, un *infanzón* vecino llamado Arias Oduáriz concibió la idea de apoderarse de los bienes de aquellos judíos. Un *infanzón*, recordemos: la baja nobleza, con frecuencia campesinos de posición desahogada que habían sido ennoblecidos por disponer de armas y caballos y, con ellos, prestar servicio en la guerra. Los *infanzones* eran, en general, gentes acostumbradas al riesgo, también a la violencia. Sobre ellos recayó en buena medida el esfuerzo bélico en la guerra contra el moro. Pero en todas partes hay manzanas podridas. Por ejemplo, este Arias Oduáriz.

El *infanzón* Arias Oduáriz, con una partida de los suyos, penetró en los dominios de Menendo González, asaltó a mano armada el establecimiento de los judíos, «atropelló a los hebreos», así lo dice la crónica, y robó cuanto pudo. El botín fue notable: 1.700 libras de seda, 30 libras de estameña (un tejido simple de lana, muy usado) y 40 libras de lienzo. No sabemos exactamente a cuánto equivalía una libra en el siglo XI, pero después, en la medida tradicional española, la libra correspondía a casi medio kilo. Mucho botín, pues. Ciego de codicia, Arias Oduáriz no se detuvo ahí; después de asaltado el establecimiento de los judíos, aún se dedicó a saquear cuanto encontró en los alrededores.

El señor del lugar, Menendo González, actuó con rapidez. Movilizó a su gente y se aplicó a dar caza al ladrón. Le acosó día y noche hasta que, al fin, pudo darle caza. El ladrón Arias Oduáriz se vio envuelto en cadenas y arrojado a una mazmorra. Y con un ultimátum taxativo: no volvería a ser libre hasta que restituyera lo robado. Pero Arias Oduáriz se negó. Pasaron los meses. Pasó incluso un año. Arias, aun encarcelado, no cedía. Sin duda algo más debía de haber, algo que no era sólo la codicia. Tal vez el ataque de Arias escondía algún otro motivo, probablemente una vieja enemistad entre familias, tan común en aquel paisaje. De otro modo, no se explica la

terquedad de nuestro protagonista, que prefirió guardar un año de mazmorra antes que devolver el botín.

Cumplido el plazo de quince meses, la cosa se complicó todavía más. El padre de Arias, el caballero Oduario Ariaz, harto de la situación, convocó a sus gentes y atacó las tierras de Menendo. Debió de ser un ciclón: «Taló y quemó sin perdonar ni a un solo molino, por mínimo que fuese», dice la crónica. Y siguió asolando el señorío hasta que logró capturar al nieto del propio Menendo, el joven Pelayo González. Era lo que buscaba: un rehén para negociar.

Estas cosas nos pueden parecer hoy inconcebibles, pero en la época eran muy habituales. No había policía ni nada que se le pareciera. La administración de justicia era un concepto difícil. Quienes aplicaban la ley eran, por delegación, los señores en sus respectivos territorios. Las instancias de apelación existían: la Iglesia o la propia corte del rey, pero siempre era un mecanismo complicado. Y como se trataba de una sociedad muy agudamente jerarquizada, pensada para funcionar de arriba hacia abajo, la justicia se estancaba cuando tenía que dirimir pleitos entre iguales, como era este caso. El conflicto tendrían que arreglarlo las partes por su propia cuenta.

Finalmente, Menendo y Oduario se avienen a negociar. Menendo tiene preso al hijo de Oduario; Oduario ha capturado al nieto de Menendo. La culpa primera es de Arias, el hijo de Oduario, luego es esta familia la que debe dar el primer paso. Arias se compromete a pagar, pero sólo puede satisfacer el coste de 100 libras; el resto del botín ha volado. Menendo, por tanto, no le suelta. La situación de Oduario es difícil. Tiene que devolver a Pelayo, el nieto, pero no ha podido recuperar a su hijo, Arias. Así las cosas, no le queda más remedio que buscar a alguien que avale la deuda, un hombre de palabra en quien Menendo confíe para sacar a Arias de la cárcel bajo promesa de sus bienes.

Así aparece en escena un tercero, otro Menendo: el caballero Menendo Godínaz, rico propietario del lugar, convecino de los litigantes. Menendo Godínaz acude a ver a Menendo González. Empeña su palabra de que le restituirá los bienes robados por Arias. Para asegurar la promesa, pone por testigo a un pariente de los González, Froila, fiador del trato, que firma a la cabeza de veintiún testigos, nada menos.

El asunto tardará en resolverse. Tres años después del robo de Arias Oduáriz, otro documento nos informa de que el ladrón no ha podido devolver

el valor del botín. Ante el incumplimiento, Menendo Godínaz, el avalista, ha de cubrir la deuda. Lo hará con las villas de Sotomel y Villarín, que pasan a engrosar el patrimonio de Menendo González. Hay que suponer que Oduario, el padre del ladrón, compensaría a su vez a Godínaz, el avalista. Menendo González, el ofendido, dio el conflicto por resuelto.

¿Y quién resarció a los judíos de Allariz, que eran, después de todo, las verdaderas víctimas del asunto? Pues no lo sabemos, porque la crónica no nos lo dice. Lo más probable es que no vieran ni una sombra de lo que perdieron. Pero conseguirían, con toda seguridad, que el noble Menendo González aumentara su protección. De hecho, consta que la aljama judía de Allariz llegará a ser una de las más prósperas de Galicia durante los siglos siguientes.

Y así, entre nobles linajes encarnizadamente enfrentados, mercaderes en apuros y aljamas judías, entre otras cosas, iban naciendo las ciudades de la España medieval. Un retrato sociológico a partir de la crónica de sucesos: el caso del escandaloso robo del ladrón Arias Oduáriz.

Los hijos de Sancho llegan a las manos

Dejemos la crónica de sucesos y volvamos a la crónica política. Porque era inevitable que García y Fernando llegaran a las manos. Era inevitable que el rey de Navarra y el de León terminaran dirimiendo sus disputas a base de fuerza armada. A partir del año 1050, quizás antes, vamos a asistir a una escalada de tensión que explotará en la batalla de Atapuerca, donde los castellanos y los leoneses se enfrentarán a los navarros. Y fue un episodio trascendental, porque aquel conflicto supuso el final de la hegemonía navarra en la cristiandad española. Vamos a contar qué pasó.

Todo arranca del testamento de Sancho el Mayor. Las últimas voluntades del rey de Navarra habían dejado demasiados cabos sueltos. Recordemos: García ha heredado Navarra, pero no todo el reino de Sancho, sino el solar propiamente navarro; solar ampliado, eso sí, con la mitad del condado de Castilla. Fernando, por su parte, ha heredado Castilla, pero no toda —la mitad se la ha quedado García—, así que se le compensa con los territorios entre el Cea y el Pisuerga, es decir, el este de León. Ahora bien, el rey de León ambiciona también este territorio. Aparecen así dos zonas de conflicto. Una es ésta entre el Cea y el Pisuerga, que enfrentó a castellanos y a navarros contra

los leoneses. La otra es esa Castilla segregada, que terminará enfrentando a castellanos y a leoneses contra los navarros.

¿Complicado? Sí, pero eso no es todo. A este paisaje testamentario se añade, además, un elemento que da al asunto aires de culebrón y que vale la pena traer aquí: una acusación de infidelidad, nada menos, contra la reina doña Munia, la esposa de Sancho el Mayor. Dice una tradición de la corte navarra que sobre la pobre reina cayó la sospecha de ser infiel al rey. ¿Quién le acusaba? Según una crónica, García, su propio hijo; según otras, García y Fernando. ¿Quién defendió a la reina? Ramiro, el bastardo, o sea, el único hijo de Sancho que no había salido de las entrañas de Munia. Hoy los historiadores tienden a pensar que el episodio, aunque la crónica lo haya deformado, pudo ser cierto. Más que nada, porque eso explicaría el complicadísimo testamento de Sancho. ¿Verdad? ¿Mentira? No podemos saberlo, pero el asunto no deja de darle a la historia un toque de color.

Volvamos a los puntos de conflicto. Primero: las tierras entre el Cea y el Pisuerga. Aquí ya hemos contado cómo Fernando, conde de Castilla, se enfrenta a Bermudo, rey de León, en la batalla de Tamarón; le ayudará en la tarea su hermano, el rey García de Navarra. Bermudo muere en la batalla y Fernando se encuentra con que no sólo mantiene el dominio sobre las tierras en disputa, sino que además se ha convertido en rey de León por los derechos de su mujer, Sancha, hermana del rey muerto. El panorama cambia de golpe.

Ahora toda la atención pasa al otro punto de conflicto, aquellas tierras de Castilla que Sancho, en su testamento, separó del control del condado castellano para ponerlas bajo el gobierno directo de la corte de Nájera, o sea, del rey de Navarra. ¿Qué tierras? La Bureba, Castilla Vieja, Trasmiera, Encartaciones y los Montes de Oca, o sea, el norte de Burgos, parte de Álava, parte de Vizcaya y parte de Santander. Estas tierras son de García de Navarra por derecho de herencia, pero pertenecen tradicionalmente al condado de Castilla y al Reino de León, es decir, al ámbito de soberanía de Fernando. Dicho de otro modo: en esas tierras castellanas, García ha pasado a ser ahora súbdito de su hermano Fernando, rey de León. ¿Quién tiene mejor derecho?

Esto hay que explicarlo, porque hoy nos resulta difícil entender tanta querella. Hay que tener en cuenta que estamos en un momento en el que los dominios territoriales carecen de cualquier centralización. Y además estamos hablando de unos territorios con carácter propio, con una autonomía muy acusada respecto al poder real. Castilla era un condado. Navarra y León, reinos. Y Castilla estaba subordinada al Reino de León. Sancho el Mayor, en

su testamento, podía partir Castilla en dos para transmitir el dominio a sus hijos, pero lo que se dividía no era en realidad el territorio castellano, sino las funciones de gobierno y los consiguientes beneficios. Así, después de la batalla de Tamarón, Castilla queda en una situación complicadísima. Fernando, rey de León, es soberano de toda Castilla, pero es conde sólo en una parte de ella, la que recibió en herencia; García, rey de Navarra, es conde en una parte de Castilla, la que heredó, pero lo es como súbdito del rey de León, o sea, de su hermano Fernando, porque León es la corona titular del condado de Castilla. ¿Se entiende? ¿No? Es natural, pero eso es lo que pasó.

Los dos hermanos, en un primer momento, llegan a un acuerdo pacífico. La demarcación de límites en 1038, después de la batalla de Tamarón, parece consagrar la situación de hecho que había dejado el testamento de Sancho: Castilla partida en dos, una mitad para cada hermano. Pero eso va a ser flor de un día, y pronto veremos cómo uno y otro, García y Fernando, prodigan los gestos de distancia, incluso de hostilidad, y aquí el que más hace por tensar las cosas es el de Pamplona. El conflicto entre León y Navarra está servido.

Primer gesto ofensivo: cuando García ha de buscar esposa, no lo hace en la corte leonesa, sino que se marcha a Francia, a la casa de Foix, como había hecho su hermanastro Ramiro. Es la primera vez en siglos que un rey de Navarra busca esposa fuera del ámbito de la vieja corona asturleonesa. Signo manifiesto de que García quiere romper lazos con León.

Segundo gesto: en las arras que García entrega a Estefanía de Foix para sellar su compromiso matrimonial, le traspasa derechos sobre numerosos territorios y villas del condado de Castilla, incluidos los más occidentales, esto es, los de más conflicto con el Reino de León: Colindres, Mena, etc. Es evidente que García quiere reafirmar el control navarro sobre esas tierras.

Tercer gesto: a la hora de nombrar «tenentes» para que rijan los territorios castellanos, García prescinde de los señores locales, es decir, de los linajes castellanos, y en su lugar nombra a caballeros pamploneses, gente de su confianza directa. Parece claro que García no sólo quiere reafirmar su poder, sino que, además, pretende poner a su parte de Castilla bajo la órbita de Pamplona y sustraerla a la soberanía de León.

Cuarto gesto: hacia el año 1052, García procede a una serie de reajustes episcopales y va poniendo diócesis bajo control navarro. La diócesis de Valpuesta —que databa de los tiempos de la Reconquista inicial— desaparece y se incorpora a la de Nájera-Calahorra. Los dominios de San Millán de la

Cogolla se extienden hacia los territorios castellanos limítrofes. Lo mismo ocurre en otro núcleos religiosos. Las intenciones de García son transparentes: quiere navarrizar su porción de Castilla.

Dentro de esa reorganización de centros religiosos —y hay que recordar la importancia política y económica que estos centros tenían en la época—, García hace algo que dispara todas las alarmas: a la altura de 1047 patrocina la reforma de la iglesia de Santa María del Puerto en Santoña. ¿Y por qué dispara las alarmas? No por la reforma eclesiástica en sí, sino porque esa medida significa ampliar el dominio navarro hasta la costa cantábrica, cerrando la salida castellana al mar y, más importante aún, amenazando el acceso de los burgaleses a las ricas salinas de la zona. Privar a Burgos de sal sería tanto como ahogar la economía de la región. García debía saberlo. Y desde luego, quien sí lo sabía era Fernando.

¿Faltaba algo para hacer el conflicto inevitable? Sí, el asunto de las parias. La documentación no dice gran cosa sobre cuándo empieza exactamente el problema, pero parece que, además de todas las querellas que iban surgiendo, Navarra y León entraron también en conflicto por las parias, es decir, los tributos que los reinos moros, para garantizar su seguridad, habían empezado a pagar a los reinos cristianos. Y en particular, las parias del reino moro de Zaragoza harán que Castilla y Navarra peleen entre sí. Realmente, los intereses de unos y otros eran irreconciliables.

La sucesión de todos estos hechos, uno detrás de otro, nos dibuja perfectamente el paisaje. García, el rey de Navarra, estaba intentando incorporar su parte del condado de Castilla a la corona de Pamplona y Nájera, afirmando su poder en la región. Fernando no podía consentirlo. En particular, los nobles de Castilla, agraviados por la navarrización del territorio, se veían en la necesidad imperiosa de recuperar el control perdido. Así fue como Fernando y García llegaron a las manos.

La batalla de Atapuerca

Hoy el sitio de Atapuerca nos resulta conocido, sobre todo, por los grandes hallazgos de restos prehistóricos, pero hasta hace poco el nombre de esta pequeña sierra burgalesa se asociaba a otro episodio: la batalla final entre Fernando y García, los dos hermanos que reinaban, el uno, en León, y el otro, en Pamplona. Fue una batalla decisiva porque allí terminó la hegemonía

navarra sobre la cristiandad española, heredada de Sancho el Mayor. Y además terminó de mala manera, con la muerte del rey García.

La tradición cronística, para explicar las hostilidades, recurre a una historia que posiblemente no es falsa, pero que sin duda fue adornada después a efectos narrativos. La historia dice así. Ocurrió que García, en un cierto momento, cayó enfermo y se recluyó en su palacio de Nájera. Su hermano Fernando, conmovido a pesar de la enemistad, acudió a visitarle. Pero he aquí que, una vez en Nájera, Fernando comienza a ver movimientos sospechosos a su alrededor. Es una conjura: García quiere aprovechar la visita de Fernando para apresarle. El rey de León tendrá que salir por pies. Poco después, fue Fernando quien cayó enfermo. Y su hermano García, para hacerse perdonar, acudió a visitarle, si bien con la secreta intención de acelerar su muerte. Pero Fernando no cayó en la trampa y, avisado, mandó encerrar a su hermano García en el castillo de Cea. El rey de Navarra pudo salir de allí gracias a sus hombres de armas, que le liberaron. «Y desde entonces y con gran furia —dice la Crónica Silense buscó ya abiertamente la guerra, ansioso de sangre de su hermano, y comenzó a devastar todas las fronteras que están a su alcance».

Lo que hasta entonces había sido una cadena de escaramuzas más políticas que militares, pasó a un grado mayor de tensión. Hay choques armados en distintos puntos de la frontera castellana. Dice la crónica que Fernando mandó emisarios a García «proponiéndole que cada uno viviera en paz dentro de su reino y desistiese de decidir la cuestión por las armas, pues ambos eran hermanos y cada uno debía morar pacíficamente en su casa», y añade la crónica que el navarro los rechazó. La crónica, evidentemente, es partidista y parece destinada a justificar lo que pasó después. En todo caso, lo cierto es que la escalada de tensión alcanzó un punto irreversible. Y García, el de Navarra, invadió Castilla.

García instaló su campamento en el valle de Atapuerca, a la vera de la ruta que lleva, casi en línea recta, desde Nájera hasta Burgos, siguiendo el Camino de Santiago. Un ancho llano muy apto para mover ejércitos con comodidad y sin riesgo: allí acamparon las huestes del rey navarro. ¿Qué huestes? Los hombres de guerra de Navarra, desde luego. Pero no sólo ellos: apunta la crónica que con García combatió un nutrido grupo de musulmanes. Sin duda, hombres aportados por la taifa de Zaragoza, tributaria del rey navarro.

Vayamos acostumbrándonos a esta situación, que a partir de ahora va a ser muy frecuente: con el islam español descompuesto en distintos reinos —o sea, las taifas— y la cristiandad española dividida a su vez en diferentes

centros políticos, el mapa bélico va a hacerse sumamente plural. Los cristianos combaten entre sí, los moros combaten entre sí, los reinos moros ayudarán a tal o cual reino cristiano y los reinos cristianos se aliarán con tal o cual reino moro. ¿Por qué? Por las alianzas políticas derivadas del sistema de parias, esos tributos que los moros habían empezado a pagar a los cristianos para garantizar su seguridad.

Vale la pena insistir en este asunto, porque es crucial. En este momento, mediados del siglo XI, los reinos cristianos siguen siendo económicamente pobres, al menos con relación al vecino moro del sur, pero se han convertido en pequeñas potencias militares. Y por eso ahora, en el valle de Atapuerca, año de 1054, había un contingente moro entre las huestes de García: era parte del impuesto que los moros de Tudela y Zaragoza pagaban al rey de Navarra. Y ahora, volvamos al escenario del combate.

El escenario: el valle de Atapuerca, tres leguas al este de Burgos. Una breve serranía, con cerros dispuestos en media luna, separa al valle de la capital castellana: la sierra de Atapuerca, precisamente. Tras esos cerros se despliega el ejército navarro. Es una buena posición para hacer frente a cualquier ataque y, sobre todo, lo es para lanzar la ofensiva sobre Burgos, ya sea por el sur, a través de Ibeas de Juarros, ya por el norte, por Rubena, o incluso por los dos lados a la vez, en tenaza sobre la capital castellana.

En la guerra, lo mismo en esta época que en cualquier otra, hacerse con una posición ventajosa es tener media batalla ganada. Y la posición de García es buena. Pero Fernando intentará obtener una posición mejor. ¿Cómo? Con una maniobra de libro: ocupando posiciones más elevadas que las del enemigo para atacar cuesta abajo, duplicando así la potencia de la ofensiva. Durante la noche, los hombres de Fernando, los guerreros de Castilla y de León, suben a los cerros que se extienden frente al despliegue navarro y se afirman en las cumbres. No es mucho, unos cincuenta metros de elevación. Pero es suficiente para dominar el campo enemigo.

Al alba, las huestes de Fernando se lanzan contra los navarros. Fernando no ha querido dar tiempo a que su rival reaccione. Obligados a atender distintos puntos de ataque a la vez, los navarros pierden toda capacidad de maniobra. Pero toda la atención se concentra en un único punto: el que ocupa García, el rey de Pamplona, donde la flor de los guerreros leoneses pugna por atrapar al jefe enemigo. «Cogedlo vivo», dicen que dijo Fernando a sus caballeros, al parecer por ruego de su esposa, la reina Sancha de León. Pero no fue así. Con el frente navarro roto, los guerreros del rey de León llegan

hasta García y le dan muerte. Los hombres de Fernando han matado a su hermano. La batalla ha terminado.

¿Quién mató a García? Ésta es una cuestión disputada, porque no sabemos exactamente quién empuñó el arma. Unas versiones dicen que fueron los caballeros leoneses del séquito de Fernando. ¿Por qué? Porque García, al fin y al cabo, comandó con Fernando el ejército que en su día mató al rey leonés Bermudo. Y ya que no podían matar a Fernando, que era ahora su rey, mataron a García. Otras versiones dicen que no fueron los leoneses, sino ciertos caballeros castellanos que se la tenían jurada al rey de Navarra por las humillaciones infligidas a su orgullo (recordemos que García había entregado el gobierno de su parte de Castilla a caballeros navarros, en detrimento de los castellanos).Y otra versión, en fin, dice que quienes empuñaron el arma letal fueron unos caballeros navarros que, agobiados por los impuestos de García, habían tenido que abandonar sus tierras y refugiarse en Castilla, y ahora se tomaban la venganza.

Sea como fuere, lo cierto es que el rey García de Pamplona y Nájera murió en la batalla de Atapuerca. Fernando de León y de Castilla acumulaba ya dos cadáveres: su cuñado Bermudo y su hermano García. No es extraño que la crónica tratara de suavizar al máximo la siniestra fama que empezaba a acompañar al personaje. Piadoso, hizo que condujeran el cadáver de García a la iglesia de Santa María de Nájera, fundada por el difunto, y donde fue enterrado.

El hijo del difunto García, Sancho, fue proclamado rey en el mismo sitio de Atapuerca: tenía sólo catorce años. Pamplona, vencida, tuvo que aceptar la superioridad leonesa. Castilla volvió a ser lo que era: un condado íntegramente puesto bajo la soberanía del Reino de León. Las fronteras navarras volvieron al límite del Ebro. El asunto de las parias seguiría dando problemas. Ahora Fernando I de León era el poder más visible de la cristiandad. Pero es el momento de que nuestro relato abandone el escenario castellano, porque otros sucesos nos llaman: Ramiro I de Aragón está moviendo pieza al sur del Pirineo.

Entre Cataluña y Aragón

Dos hombres y un destino, podríamos decir. En Aragón, Ramiro; en Barcelona, Ramón Berenguer. Uno y otro estaban construyendo su propio

ámbito de poder. Como era inevitable, los proyectos de uno y otro chocarán. No habrá guerra entre ambos, pero sí una pugna de estrategias políticas. De esa pugna, al cabo del tiempo, nacerán Aragón y Cataluña tal y como hoy los conocemos.

Hasta ese momento, el escenario pirenaico —la vieja Marca Hispánica— había sido una especie de mosaico de condados relativamente independientes; siempre gravitando bajo la órbita de los más fuertes (del Imperio carolingio, de Navarra, de Barcelona), sí, pero con personalidad política propia. Ahora, por el contrario, vamos a asistir a un largo y lento proceso de unificación territorial. Los poderes que emergen en la zona van a intentar, y con éxito, configurar centros políticos que absorben cuanto hay a su alrededor. Y en este momento, mediados del siglo XI, esos poderes son dos: el Aragón de Ramiro y la Barcelona de Ramón Berenguer el Viejo. Vamos a ver lo que pasó.

A Ramiro ya le hemos visto actuando de manera tenaz y decidida. A partir de un pequeño núcleo en torno a Jaca —que eso era el inicial condado de Aragón que recibió en herencia—, ha ido extendiéndose en todas las direcciones posibles. Hacia el suroeste, ha ganado las posiciones fronterizas de Sos y Uncastillo. Hacia el este, ha absorbido los condados de Sobrarbe y Ribagorza. A partir de estas últimas posiciones ha emprendido una inteligente política de repoblación siguiendo el curso sur de los ríos. Ahora, tras la muerte de García en la batalla de Atapuerca, no pierde un minuto y ocupa plazas importantes en Navarra: los valles de Escá, Aragón y Onsella, que pasan a estar bajo su dominio.

Aragón es en este momento el único reino cristiano de la Península que necesita urgentemente tierras nuevas para acomodar a su población. El objetivo fundamental es la Hoya de Huesca y sus áreas de cultivo. Hasta el momento, la barrera natural de la sierra de Guara ha detenido el avance. Pero ahora a Ramiro se le abren dos caminos para desbordar la sierra. Uno, por el sureste, es el que lleva hasta Graus y Barbastro. El otro, al suroeste de la sierra, es el que lleva hasta Huesca. Ambos están taponados por fortalezas moras. Graus es un núcleo militar de primera importancia: doblegarlo exige esfuerzos que Ramiro no está aún en condiciones de reunir. Y el otro camino, el del suroeste, está bloqueado por la fortaleza de Bolea.

Esta plaza de Bolea tampoco es desdeñable, pero Ramiro, astuto, cuenta con una baza: la simpatía de los muchos mozárabes del lugar e incluso de algunos musulmanes. Con ellos intentará el asalto, pero terminará mal: la fortaleza aguantará y los aliados mozárabes y moros de Ramiro serán

ejecutados. Así el rey de Aragón se encuentra con los caminos hacia el sur cerrados y empujado, inevitablemente, hacia el oeste y el este. Al oeste no puede extenderse más: está Navarra. Y al este se le presenta un serio problema: la fuerza expansiva del condado de Barcelona.

El condado de Barcelona es el otro gran núcleo político del momento. Aquí ya hemos hablado de Borrell, del abad Oliva y de la condesa Ermesenda, las grandes figuras de la Cataluña de este tiempo. Ramón Berenguer I ha heredado el condado en 1035, siendo menor de edad. Asentar su poder le ha costado enormes esfuerzos. El problema político del condado de Barcelona, en este momento, no es ganar nuevas tierras hacia el sur, porque su población no las necesita. Pero hay otras dos cuestiones que ocupan toda la atención del conde. Una es la pertinaz rebelión de los nobles del condado, los señores feudales. La otra será la relación con los condados vecinos.

Vayamos con el primer asunto, la cuestión feudal. ¿Dónde está el problema? En muy buena medida, en un conflicto de intereses. Al conde de Barcelona le interesaba mantener un estatus de paz con los moros. Zaragoza pagaba parias a Barcelona (Zaragoza, por su situación fronteriza con todos los reinos cristianos, pagaba a todo el mundo). Pero, sobre todo, las tierras del condado de Barcelona se habían convertido en ruta de paso permanente para las líneas comerciales moras, incluidas las caravanas de oro que venían del Sudán con dirección a Francia, y esa ruta dejaba cuantiosos beneficios tanto en las arcas condales como en el comercio de la propia ciudad. Ahora bien, los señores feudales no veían ni una moneda de los beneficios en cuestión. Su única forma de obtener beneficios era la tradicional: la guerra y el saqueo sobre las tierras moras vecinas. Y eso era justamente lo que el conde Ramón Berenguer quería evitar a cualquier precio, para mantener las rutas comerciales.

El conflicto será largo y áspero. Habrá rebeliones muy importantes en el Penedés y el Vallés. Allí el vizconde Mir Gerberto llegará incluso a crearse un territorio propio. Habrá también un conato de golpe de Estado en la misma Barcelona, la capital. Ramón Berenguer resolverá todos estos problemas con una serie de concesiones a los señores feudales que, a su vez, le crearán problemas nuevos. Pero, en general, puede decirse que el conde logró frenar la descomposición feudal de Barcelona.

Vayamos ahora al segundo problema de la política barcelonesa. Porque mientras Ramón Berenguer trataba de neutralizar a sus barones, al mismo

tiempo intentaba, y con éxito, imponer su autoridad sobre los otros condados catalanes; no sólo Osona y Gerona, que pertenecían a su misma familia, sino también Besalú, Ampurias, Pallars y Urgel. Cataluña no constituía una unidad política: cada uno de esos condados tenía su propia personalidad singular. Pero el de Barcelona gozaba, por así decirlo, de una primacía tradicional sobre todos ellos, de tal forma que la autoridad de Ramón Berenguer debía ser reconocida por los condados en cuestión. El conde se aplicó a la tarea con muy buenos resultados, hasta el punto de que el liderazgo político de Barcelona se hizo incuestionable. ¿Y les interesaba a estos otros condados mostrarse sumisos ante Barcelona? En general, sí. Ahora bien, había un condado que tenía su propia dinámica, el de Urgel. Y aquí es donde chocarán Ramón Berenguer I y Ramiro de Aragón.

Urgel era un caso singular porque, de todos los condados pirenaicos, era el que más había podido crecer hacia el sur. Desde el momento en que el califato se descompuso, los condes de Urgel —que, por cierto, todos se llamaban Armengol— habían procedido a una tenaz tarea de expansión: primero el valle de Artesa de Segre, luego los valles de Meia, Ager, Cubelles, Camarasa, hasta llegar al borde mismo de la sierra de Almenar. Urgel estuvo incluso en condiciones de cobrar parias a la taifa de Zaragoza. Pero, sobre todo, con esta expansión hacia el sur, el condado de Urgel se había convertido en el colchón que separaba a los dos grandes poderes de la zona, el Reino de Aragón y el condado de Barcelona. Un verdadero punto estratégico.

Ni Ramiro ni Ramón Berenguer ignoraban el valor estratégico de este condado que empezaba a crecer sobre lo que hoy es la provincia de Lérida. El conde de Barcelona se propuso obtener el reconocimiento de Urgel: no en vano aquel territorio pertenecía a la herencia original de la casa condal barcelonesa. Y los condes de Urgel, por su parte, no tuvieron el menor reparo en reconocer a Ramón Berenguer siempre y cuando les permitiera ir a su aire, como en efecto hizo. En cuanto a Ramiro de Aragón, no podía emprender una jugada política de ese carácter, pero hizo otra cosa de igual o mayor valor: ganarse a Urgel mediante una adecuada política matrimonial. Así, a la altura del año 1057, queda establecido un doble enlace. Dos hijos de Ramiro casan con la familia condal urgelina. Sancho Ramírez, heredero de Aragón, se casa con Isabel de Urgel; Sancha Ramírez, hija de Ramiro, se casa con el conde de Urgel Armengol III. Sobre esos matrimonios se establece la alianza política.

¿Cuestiones de familia? Sí, pero cruciales, porque, gracias a esas alianzas matrimoniales, Ramiro de Aragón cerró al conde de Barcelona el paso hacia

el río Cinca. Con su habitual determinación, Ramiro se apresura a establecer puntos fuertes: Laguarres, Lascuarre, Luzás, Viacamp, Benabarre. El avance es prodigioso: Aragón ha desbordado ampliamente la línea de Graus por el este. Ahora Barbastro queda a tiro de piedra.

Barbastro: la codiciada pieza de Ramiro de Aragón, la plaza que le abriría las puertas de la Hoya de Huesca, al sur de la sierra de Guara, en el centro del Somontano. Allí están las tierras de cultivo y pastos que Aragón necesita, regadas por el Isuela, el Flumen y el Guatizalema. Para apoderarse de Barbastro sólo había que cubrir un requisito: conquistar la fortaleza mora de Graus. Un desafío difícil, pero Ramiro había dado pruebas de poder con todo lo que se le pusiera por delante. Ahora tenía delante los muros de Graus. El primer rey de Aragón intentará asaltarlos.

Las codiciadas parias de Zaragoza

Tomar Graus no es ninguna broma: clavada en un punto donde el valle del Ésera se estrecha, protegida a este y oeste por cerros de 500 y 600 metros de altitud, esa fortaleza es un auténtico tapón geográfico. Pero para llegar a Barbastro no hay más remedio que pasar por allí: hay que tomar Graus.

Ahora bien, los primeros que saben perfectamente hasta qué punto es importante la fortaleza de Graus son los moros que la defienden. ¿Qué moros? Los de la taifa de Zaragoza, que harán todo lo posible por cerrar el paso a Ramiro. En Zaragoza piensan que, si Graus cae, estarán perdidos. Y tienen razón. Así el rey de Zaragoza, al-Muqtadir, acude en persona para organizar la defensa. ¿Y qué era la taifa de Zaragoza? ¿Y quién era al-Muqtadir?

La historia inicial de la taifa de Zaragoza fue bastante convulsa. Aquí ya hemos contado cómo se descompuso el califato. Los distintos poderes locales se independizaron poco a poco de Córdoba. En el caso de Zaragoza, fue la familia yemení de los *tuyibíes* la que se proclamó independiente. Poco después, otro linaje yemení, los *hudíes* o Banu-Hud, hicieron lo mismo en Lérida. A la altura del año 1039, los Banu-Hud de Lérida, encabezados por Suleimán ibn Muhammad, se apoderaron de Zaragoza y sus territorios. Este Suleimán, al morir, repartió entre sus herederos los distintos dominios de la taifa: Lérida, Tudela, Tortosa, Calatayud, etc. Pero el heredero de Zaragoza, cabeza de la tribu, disputó con sus hermanos y los redujo a la obediencia, a excepción del de Lérida, que aguantó. Ese heredero de Zaragoza era nuestro

personaje: Abú Yafar Áhmad ibn Suleimán al-Muqtadir Billah, o sea, al-Muqtadir.

La taifa de Zaragoza no era cualquier cosa. Abarcaba la actual provincia de Zaragoza, parte de Teruel, media provincia de Huesca, el sur de la actual Navarra, parte de La Rioja y Soria, parte de Tarragona y Lérida, casi toda la actual provincia de Castellón… Además, le rendían tributo de vasallaje las taifas de Valencia y Denia. Era un territorio realmente rico y bien organizado. Recordemos que aquí, sobre el eje del valle del Ebro, había estado el señorío de los Banu-Qasi, aquella familia hispanogoda que después de la invasión de 711 se convirtió al islam para mantener su dominio territorial. La región se había beneficiado de una estructura económica y social muy antigua, heredada de Roma, y que después de mil años seguía en pie por encima de los sucesivos cambios de poder. ¿Dónde radicaba la prosperidad de Zaragoza? En dos cosas: una, la gran riqueza agraria de las tierras del Ebro; la otra, las rutas comerciales que atravesaban su territorio, tanto la marítima, porque la taifa tenía una amplia zona costera, como la terrestre, que subía desde Córdoba en dirección a Francia.

Al-Muqtadir, por su parte, no era un simple jefe tribal, sino un gobernante de gran estilo. Se hizo un fantástico palacio que hoy conocemos como La Aljafería (la actual sede de las Cortes aragonesas) y en él se instaló para subrayar la pompa y esplendor de su reino. El talento que hizo aquel palacio, por cierto, era un eslavo, o sea, un europeo que había eludido la esclavitud islamizándose. Se llamaba al-Jalifa y precisamente a su nombre debemos el de la Aljafería. Tan feliz estaba al-Muqtadir en su palacio maravilloso que incluso le dedicó unos sentidos versos:

¡Oh, Palacio de la Alegría! ¡Oh, Salón Dorado!

Gracias a vosotros llegué al colmo de mis deseos.

Y aunque en mi reino no tuviera otra cosa,

para mí sois todo lo que pudiera anhelar.

Y sin embargo, pese a ese esplendor, o quizá precisamente a causa de él, la situación de al-Muqtadir no era fácil. Por su situación geográfica, la taifa de Zaragoza hacía frontera con todos los reinos cristianos: en las tierras que hoy son Soria, lindaba con el condado de Castilla, es decir, con el Reino de León; en lo que hoy es La Rioja y Navarra, lindaba con el Reino de Pamplona y Nájera; al norte hacía frontera con Aragón, y al noreste con varios condados catalanes: Urgel, Pallars, Barcelona… En consecuencia, tenía que pagar

tributos a todos y cada uno de estos reinos y condados si quería ver sus fronteras tranquilas. Y por cierto que el peligro no era sólo cristiano. Al conde de Barcelona, por ejemplo, al-Muqtadir le pagaba para que le protegiera de su hermano al-Muzaffar, el que mandaba en Lérida. ¿Y de dónde sacar dinero para pagar tributos? De los súbditos de la taifa de Zaragoza, que estaban literalmente fritos a impuestos, con el consiguiente malestar social. Una ruina, en fin.

Al-Muqtadir tiene que tomar una decisión: ha de elegir aliado. Es decir: entre todas las fuerzas a las que paga tributo, ha de escoger una y dejar de pagar a las demás. Y aún más, que esa que ha escogido, que tiene que ser la más poderosa, le proteja de los otros enemigos. Al-Muqtadir mira alrededor y no duda: el más poderoso es Fernando I de León. Desde 1060, al menos, le pagará tributo anual. Y el rey moro de Zaragoza, que era un político avispado, tratará de usar ese tributo en su propio beneficio. Si alguien amenazaba a Zaragoza, León se vería gravemente perjudicado, pues dejaría de ingresar un dinero que le era vital. Ésa era exactamente la situación ahora, año 1063, cuando el gran bastión de al-Muqtadir en el norte, Graus, vivía la amenaza de las tropas del Reino de Aragón.

Para Fernando I, la cuestión no ofrecía dudas: tenía que ayudar a al-Muqtadir. En este momento las parias eran el principal recurso económico de los reinos cristianos y, desde luego, su único recurso monetario. Gracias a las parias, los reinos cristianos habían empezado a conocer una vida comercial inusitada. No sólo eso, sino que además ahora los reyes cristianos podían pagarse huestes guerreras más o menos estables. Renunciar a las parias significaría que el Tesoro real volviera a depender de las campañas de saqueo en las tierras musulmanas del sur; campañas que no habían cesado, pero cuyo rendimiento era inferior y, desde luego, exigía más esfuerzo que el cobro de tributos. La propuesta de al-Muqtadir era un plato apetitoso: si Fernando ayudaba a Zaragoza, el suculento bocado de las parias zaragozanas sería sólo para él; no tendría que compartirlo con Aragón, Navarra o Barcelona. Y así Fernando decidió reforzar a las huestes de al-Muqtadir con un contingente militar comandado por su propio primogénito, Sancho.

Atención a este Sancho, llamado «el Fuerte» y también «el Valiente», que pronto tendrá un lugar destacado en nuestra historia. Hijo mayor del rey Fernando, a él le correspondía heredar el trono. Sin embargo, los planes de Fernando eran algo más complicados. En ese mismo año de 1063, Fernando convoca un concilio en el que adopta inusuales disposiciones testamentarias:

el trono de León no será para Sancho, sino para el segundo hijo, Alfonso, que al parecer era su favorito. Lo que a Sancho le va a quedar es otra cosa, una Castilla elevada a la condición de reino y, como dote perpetua, las parias de Zaragoza. Parece que Sancho no estuvo muy de acuerdo con el reparto, pero, en todo caso, era la voluntad de su padre. Y lo que estaba pasando ahora en Graus le afectaba directamente: las parias de Zaragoza estaban en juego.

Es mayo de 1063. Ramiro I de Aragón planta sus tiendas ante la fortaleza de Graus. Todo está dispuesto para la batalla. Al otro lado de la línea están los moros de al-Muqtadir. Junto a ellos, un refuerzo cristiano: los castellanos del infante Sancho. Y entre la mesnada castellana, un nombre que pronto hará historia: Rodrigo Díaz de Vivar, al que los siglos conocerán como el Cid Campeador.

Un traidor mató a Ramiro de Aragón

Ramiro sabía hacer bien las cosas. Antes de partir en campaña había convocado un concilio en Jaca. Allí, junto al rey y sus dos hijos, comparecieron gran número de magnates del reino, nueve obispos y tres abades. ¿Qué se proponía el concilio? Restaurar la sede episcopal de Huesca, de momento ubicada en Jaca. Huesca aún estaba en poder de los moros, pero precisamente por eso es relevante el dato: es un claro signo de que Ramiro había concebido un plan que iba más allá de los muros de Graus; realmente estaba convencido de que podía conseguir sus propósitos.

Después del concilio, Ramiro tomó las decisiones estratégicas oportunas. Ordenó reunir a sus huestes en dos grandes grupos. Uno, mandado por él mismo, se concentró en el sur de Ribagorza. Otro, al mando del conde Armengol de Urgel, se alineó en el área de Ager, recién reconquistada a los moros. Detrás dejaba una plaza fuerte, Benabarre, al mando del caballero urgelino Arnal Mir, cubriéndole la retaguardia. Los dos cuerpos de las huestes aragonesas convergieron probablemente en el mismo camino por el que hoy pasa la carretera que lleva de Barbastro a Benabarre. Con el mapa en la mano, no hay duda: Ramiro quería atacar Graus por el sur, en las tierras hoy sumergidas bajo el embalse de Barasona, donde más ancho es el campo.

Sabemos muy poco del curso de la batalla. Podemos estar seguros de que no fue una batalla de asedio, porque el rival había acumulado muchas más tropas de las que cabían en Graus. El ejército de al-Muqtadir, aunque inferior

a los cristianos, no debía de ser escaso: había conseguido someter Tudela y Calatayud, y pronto lo veremos imponiendo su ley a la mismísima Valencia, lo cual indica que la taifa de Zaragoza no era militarmente irrelevante. El propio al-Muqtadir acudió al combate. Y además estaban allí sus refuerzos cristianos: los castellanos de Sancho, entre cuyas filas se contaba, según la tradición, un joven guerrero con poco más de veinte años, Rodrigo Díaz de Vivar, el futuro Cid Campeador. Batalla, pues, a campo abierto, donde los moros emplearían la fortaleza de Graus como bastión logístico. Lo que decidió la batalla, sin embargo, fue otra circunstancia.

Al cobijo de los muros de Graus, las huestes de Zaragoza y Castilla consiguen rechazar la primera acometida aragonesa. Nada está decidido, no obstante. Pero vayamos ahora al campamento del rey Ramiro, donde probablemente el de Aragón, obstinado como era, estaría haciendo cálculos sobre los próximos pasos del combate. Podía seguir intentando forzar el campo hasta vencer la resistencia enemiga. Podía, por el contrario, retroceder hasta el camino de Benabarre, bien asegurado por Arnal Mir, y reorganizar allí a sus tropas para descargar un segundo golpe sobre Graus. Es fácil imaginarse a Ramiro junto a sus principales caballeros, contando bajas y evaluando posiciones. Entonces aparece en la tienda del rey un misterioso personaje.

Se llama Sadaro. Es, a simple vista, un guerrero como cualquier otro. Ha llegado hasta allí hablando a los aragoneses en su propia lengua romance, como un cristiano más. Nadie sospecha de él. Pero Sadaro, cuando se ve lo suficientemente cerca del rey, esgrime su lanza y la arroja contra Ramiro. El rey de Aragón cae herido en la frente. Muere en el acto. Sadaro era un espía, un soldado árabe disfrazado de cristiano. De nada sirven las espadas que caen ahora sobre Sadaro. El rey ha muerto. La batalla está perdida. Aragón se retira de los muros de Graus.

Ramiro había dejado cinco hijos de su matrimonio con Ermesenda de Foix. Dos varones: Sancho y García. Tres mujeres: Sancha, Urraca y Teresa. El heredero natural del reino es Sancho, el primogénito, que lo hereda en su integridad, es decir, sin reparto previo de territorios. Sancho tiene en este momento poco más de veinte años. Su padre le ha educado bien; es un rey guerrero, como Ramiro, y es también un político inteligente. Ahora, además, tiene una misión: vengar la muerte de su padre.

Muerto Ramiro, la situación política de los reinos cristianos pintaba muy favorablemente para Fernando, el de León. Todos sus hermanos habían

muerto: García, el de Navarra, primero; luego, Gonzalo, el de Ribagorza; ahora, Ramiro de Aragón. Más allá, los condados catalanes se debatían en sus hondos problemas internos. La primacía del monarca leonés en toda la cristiandad española era incuestionable. Y no sólo en la cristiandad: en ese mismo año de 1063, Fernando se ponía al frente de sus huestes y castigaba sin piedad a los musulmanes del sur. En los años anteriores había reconquistado Visco y Lamego, en Portugal; pronto caerá también Coímbra. Los musulmanes ya habían sido empujados otra vez al sur del río Mondego, como en tiempos de Alfonso III el Magno. Ahora las tropas de León azotaban la taifa de Mérida e incluso la más lejana de Sevilla. Y Zaragoza le rendía tributo. ¿Qué más podía desear?

Pero si Fernando pensaba que el conflicto entre Zaragoza y Aragón estaba resuelto, se equivocaba. Sancho Ramírez, Sancho I de Aragón, era tan obstinado como su padre. Y, además, pronto demostró una viva inteligencia política. El problema de Sancho Ramírez era el siguiente: había que tomar Graus y llegar a Barbastro, pero, mientras Zaragoza tuviera por aliados a los castellanos, la empresa era imposible; las huestes enemigas eran demasiado fuertes y las tropas de Aragón eran, comparativamente, inferiores a las del rival. Había que desactivar la alianza de Zaragoza con León. Y había que aumentar el potencial bélico aragonés. ¿Cómo hacerlo?

La cruzada de Barbastro

No sabemos si la idea se le ocurrió a Sancho Ramírez o a alguien de su entorno; quizá incluso a su hermano García, destinado a regir el obispado de Jaca. Pero la idea era realmente luminosa: declarar una cruzada. Una cruzada, es decir, una batalla por la fe. ¿Acaso lo que estaba en juego no era el predominio de la cruz sobre el islam? Declarar la conquista de Barbastro como cruzada significaba que León y Castilla se verían obligados a abstenerse de intervenir, porque un reino cristiano no podía actuar contra otro reino cristiano en una guerra por la fe. Y significaba, también, que contingentes de caballeros europeos vendrían a combatir junto a Aragón, y muy especialmente los paladines de la caballería francesa.

La idea flotaba en el aire desde algunos años atrás. El mundo islámico se estaba extendiendo a fuerza de guerra santa por oriente, con los *selyúcidas*, y por occidente con los almorávides. Se imponía que la cristiandad tomara

medidas capaces de hacer frente a la ola musulmana. El principal punto de atención eran los Santos Lugares, pero había otros espacios donde el conflicto exigía una defensa a ultranza. Dos años antes de Barbastro, el papa Alejandro II había bendecido la conquista normanda de Sicilia, entonces en manos musulmanas. ¿Por qué el escenario aragonés tenía que ser diferente? Contra lo que se ha pensado durante mucho tiempo, hoy parece claro que la iniciativa de bendecir como batalla por la fe la ofensiva de Barbastro no fue del papa Alejandro. Aragón tenía muy buenos contactos en Roma desde mucho tiempo atrás. Sancho los puso a trabajar para que convencieran al papa. Éste se limitó a dar su visto bueno a la operación, que por otra parte incluía indulgencia para los combatientes. Sancho Ramírez no necesitaba otra cosa.

Así fue como, en el curso del año 1064, centenares de caballeros europeos fueron llegando a tierras de Aragón. Venían de Normandía, de Aquitania, de Italia. Iba a empezar la primera cruzada de la historia, treinta años antes que las cruzadas de Tierra Santa. La crónica se deleita en indicar los nombres de los grandes caballeros que allí acudieron. Se menciona al duque de Aquitania, Guillermo VIII, más conocido como el famoso paladín Guy Geoffrey. También al barón Robert Crespin y a Guillermo de Montreuil, ambos normandos. Al conde Teobaldo de Semour, y además al obispo de Vic. Cada uno de ellos acudió con sus huestes, que se unían así a las de Aragón y a las de Urgel. Es imposible saber si todos ellos estuvieron realmente en Barbastro, pero lo que está fuera de toda duda es que la movilización de caballeros europeos fue importante. El espectáculo de aquel ejército en marcha debió de ser impresionante.

Los moros de Barbastro no pudieron oponer resistencia. ¿Qué pasó exactamente? Hay un testimonio musulmán contemporáneo de los hechos: el de Ibn Hayyan, incesantemente citado en todos los manuales de historia y, con frecuencia, tomado al pie de la letra sin el menor examen crítico. Y esto es lo que contó Ibn Hayyan:

> *El ejército de gentes del norte sitió largo tiempo esta ciudad y la atacó vigorosamente. El príncipe a quien pertenecía era Yusuf ibn Suleimán ibn Hud y la había abandonado a su suerte, de manera que sus habitantes no podían contar más que con sus propias fuerzas. El asedio había durado cuarenta días y los sitiados comenzaron a disputar los escasos víveres que tenían. Los enemigos lo supieron y, redoblando entonces sus esfuerzos, lograron apoderarse del arrabal.*

Entraron allí alrededor de cinco mil caballeros. Muy desalentados, los sitiados se fortificaron entonces en la misma ciudad. Se produjo un combate encarnizado, en el cual fueron muertos quinientos cristianos. Pero el Todopoderoso quiso que una piedra enorme y muy dura, que se encontraba en un muro de vieja construcción, cayese en un canal subterráneo que había sido fabricado por los antiguos y que llevaba dentro de la ciudad el agua del río. La piedra obstruyó completamente el canal y entonces los soldados de la guarnición, que creyeron morir de sed, ofrecieron rendirse a condición de que se les respetase la vida abandonando a los enemigos de Dios tanto sus bienes como sus familias. Como así se hizo.

Los cristianos violaron su palabra, porque mataron a todos los soldados musulmanes conforme salían de la ciudad, a excepción del jefe Ibn al-Tawil, del cadí Ibn-Isa y de un pequeño número de ciudadanos importantes. El botín que hicieron los impíos en Barbastro fue inmenso. Su general en jefe, el comandante de la caballería de Roma, se dice que tuvo para él alrededor de mil quinientas jóvenes y quinientas cargas de muebles, ornamentos, vestidos y tapices. Se cuenta que con esta ocasión fueron muertas o reducidas a cautividad cincuenta mil personas.

Éste es el relato que hizo Ibn Hayyan sobre el episodio de Barbastro. Ahora bien, en él hay muchas cosas completamente inverosímiles. Para empezar, no está claro que el protector de Barbastro fuera al-Muzaffar, el gobernador de Lérida, sino que más probablemente sería su hermano al-Muqtadir, el de Zaragoza. Además, es poco creíble que los jefes musulmanes de la taifa abandonaran a su suerte una plaza tan vital como Barbastro. Más cosas: es inverosímil que la clave del asedio, que fue el corte del agua para los sitiados, fuera producto de un azar cósmico, y no una estratagema deliberada de los sitiadores. También es inverosímil que en Barbastro hubiera cincuenta mil personas: basta coger un mapa del Barbastro del siglo XI para constatar que ahí no cabía tanta gente. Es inverosímil, en fin, que en el harén de la ciudad hubiera mil quinientas mujeres: Barbastro tenía un mercado muy importante y, como en todos los mercados musulmanes, habría sin duda un denso tráfico de esclavas, mujeres apresadas aquí y allá y vendidas luego como cautivas, pero subir la cifra a mil quinientas es un exceso evidente. ¿Por qué mintió Ibn Hayyan?

No, Ibn Hayyan no mintió. Hay que decir y repetir que la historia, en el siglo XI, y lo mismo en el ámbito musulmán que en el cristiano, no se escribía con el prurito de objetividad fáctica que se exige en los tiempos modernos, sino con otro tipo de finalidades que en aquel momento eran perfectamente legítimas. Precisamente a eso debía su fama Ibn Hayyan. Hablemos un poco de este personaje. Musulmán cordobés de origen *muladí*, es decir, hispano converso al islam, Ibn Hayyan era unánimemente apreciado por su prosa (al parecer, también denostado por su poesía) y causaba asombro entre sus contemporáneos por su erudición. Criado en una familia de la burocracia de Almanzor, había dedicado toda su vida a un intenso trabajo de historiador. Pero, como demostró el gran arabista García Gómez, lo esencial de la obra de Ibn Hayyan no es fruto de su propia pluma, sino de una tenaz obra de compilación de testimonios ajenos. El resultado es un impresionante fresco histórico de la España andalusí, pero, evidentemente, no es el testimonio de un testigo directo de los hechos.

Eso es lo que pasa con el relato de Ibn Hayyan sobre Barbastro. En el momento de la cruzada de Barbastro, Ibn Hayyan tenía ya setenta y siete años y estaba en Córdoba, ciudad de la que, por otra parte, raras veces salió. Lo que cuenta sobre la batalla es un testimonio de otras personas, adornado con elementos novelescos —por ejemplo, la historia de un judío que se entrevista con un guerrero cristiano— y, además, orientado a justificar los hechos posteriores. Todo ello en el contexto general del mensaje de Ibn Hayyan, que es una reivindicación de la dinastía omeya y de la unidad de la España andalusí. Ibn Hayyan sabía lo que escribía y tenía todo el derecho del mundo a hacerlo. Por eso es tan importante. Pero no es serio emplear su descripción como una crónica fiel de los hechos, porque ni es tal cosa ni su autor lo pretendía.

Y bien, ¿qué pasó de verdad?

Lo que pasó de verdad podemos sintetizarlo del siguiente modo. Gracias a la incorporación de caballeros europeos y a la forzosa inactividad de los castellanos, las huestes de Sancho de Aragón, galvanizadas por la atmósfera de cruzada, copan al enemigo en Barbastro. Estamos probablemente a mediados de junio del año 1064. Los moros, numéricamente inferiores, no tienen otra opción que encerrarse en la ciudad. Los cristianos deciden entonces plantear un asedio al viejo estilo, es decir, al estilo romano: cortan todas las vías de comunicación de los sitiados, bloquean su abastecimiento y se disponen a esperar. Dentro de este bloqueo se incluye, sin duda, la famosa

cuestión del agua. Después de largas semanas sin agua y sin víveres —cuarenta días según la crónica—, los moros rinden la plaza. Quedará como nuevo dueño de la ciudad, en nombre del rey Sancho, Armengol III, el conde de Urgel.

Vae victis, decían los clásicos: ay de los vencidos. Con la plaza derrotada, podemos imaginar que los cruzados se entregarían al ritual habitual de la guerra: el pillaje y el saqueo. Sabemos que la mayor parte del contingente aragonés estaba compuesta por normandos, y conocemos bien los implacables hábitos bélicos de esta gente. Como Barbastro era una ciudad con mercado notable, el botín debió de ser importante. A los comentaristas contemporáneos les llama la atención la probable crueldad de los vencedores, subrayada por la crónica de Ibn Hayyan. Pero lo llamativo hubiera sido lo contrario: sería la primera vez en la historia humana en que los vencedores no fueran crueles con los vencidos.

Inmediatamente se planteó un problema en Barbastro: la recompensa de los vencedores. Sancho había prometido tierras a los jefes europeos de su hueste; las hubo. Pero el problema no era la existencia de tierras, sino su dependencia: ¿quedaban como patrimonio del rey entregado a los señores normandos, o quedaban como propiedad de los señores bajo dependencia papal, pues no en vano el papa había sancionado la cruzada? Parece que hubo incluso quien pretendió erigirse en aquellas tierras un señorío propio directamente vinculado al dominio pontificio.

Sería interesante saber cómo habría resuelto Sancho Ramírez, el joven rey de Aragón, tan peliagudo problema. Sin embargo, no hubo opción, porque la gloria de Barbastro duró muy poco. El rey de Zaragoza, al-Muqtadir, consciente de que la pérdida de Barbastro hacía extraordinariamente frágil la situación de su taifa, respondió a una cruzada con otra: llamó a la *yihad* y convocó a cuantos musulmanes desearan entregar su vida en la guerra santa. Las armas volvían a Barbastro.

Contra yihad, cruzada; contra cruzada, yihad

Al-Muqtadir, el rey taifa de Zaragoza, y su hermano al-Muzaffar, el gobernador de Lérida, se movieron con rapidez y con acierto. Los dos saben que, con Barbastro en manos cristianas, el poder musulmán en la región

pendía de un hilo. Así que los dos hermanos aplazan sus diferencias, detienen las hostilidades entre sí y deciden aunar esfuerzos contra el invasor.

¿Cuántos musulmanes acudieron a la convocatoria de al-Muqtadir? La crónica mora —la de Ibn Idhari— dice que hubo tanta gente que «su número no se puede contar». La propia crónica, sin embargo, da algunas cifras. Por ejemplo, un total de seis mil arqueros, que fueron desplegados en torno a Barbastro para hostigar día y noche la ciudad con sus flechas. Se habla también de un contingente de quinientos jinetes que llegó desde Sevilla. Podemos suponer que varios miles más de musulmanes acudieron desde todos los rincones de Al-Ándalus para matar y morir por su fe.

¿Y qué había enfrente, en la recién conquistada ciudad de Barbastro? Podemos contestar a esta pregunta con una sola palabra: desconcierto. La ocupación de Barbastro por los cruzados fue, por decirlo en términos amables, un auténtico caos. No sabemos gran cosa sobre cómo se organizó la vida en la capital de la Barbitania, pero las pocas cosas que conocemos ofrecen un paisaje desolador. La declaración de cruzada, que había tenido la ventaja de permitir que centenares de caballeros europeos se incorporaran a la causa, trajo también el serio inconveniente de que hubo demasiados criterios distintos sobre cómo organizar aquello.

El rey Sancho, al parecer, no tomó pie en Barbastro para organizar el territorio conquistado. Se apresuró a tomar, sí, las regiones aledañas, fortificándolas, pero Barbastro quedó bajo el mando del conde de Urgel, el cual, por su parte, desempeñaba el gobierno como comandante militar de la plaza, y no como gobernador político de la ciudad, competencia que no le correspondía. Y eso sin contar con que, después de la conquista, la mayor parte de los cruzados se limitó a recoger el botín y marcharse a su casa, como era de esperar. De manera que Barbastro, a partir del otoño de 1064, se había convertido en una posición de extrema fragilidad desde el punto de vista político y sin suficiente cobertura militar.

Los musulmanes no tardaron en aprovechar la situación. En cuanto pasó el invierno, las huestes de Zaragoza y de Lérida, con sus refuerzos de todo Al-Ándalus, pusieron cerco a Barbastro. Era el mes de abril de 1065. Los aragoneses, ante la ola enemiga que se les venía encima, no tuvieron otra opción que eludir el choque abierto, encerrarse en la ciudad y disponerse a resistir un largo asedio hasta que llegaran refuerzos. Pero nunca hubo refuerzos para Barbastro, por la sencilla razón de que no había en ningún

lugar tropas que pudieran prestar ese servicio. Barbastro tendría que defenderse sola.

Lo que pasó después lo contó la crónica mora. Era el 19 de abril. Y esto es lo que los moros contaron sobre lo que allí pasó:

> *Al-Muqtadir mandó socavar el muro y mandó a los arqueros que lo rodeasen, para que no impidiesen los infieles la acción de los zapadores. Los cristianos no sacaban sus manos por encima del muro, y así los zapadores abrieron una gran brecha; apuntalaron el muro, y prendieron fuego a las puntales, y se desplomó aquella brecha sobre ellos; y los musulmanes les asaltaron la ciudad (…). Cuando los cristianos vieron esto, salieron desde otra parte, por otra puerta, y se lanzaron en un ataque de hasta el último hombre, contra el campamento de los musulmanes, pero los persiguieron y los mataron como quisieron, y no se salvó de ellos sino muy poca gente de aquéllos, cuyo fin se aplazó (…). Cautivaron a todos los que había en ella, de sus familiares e hijos; y se mató, de los enemigos de Dios, a unos mil jinetes y cinco mil infantes, y no fueron alcanzados de la comunidad musulmana sino unos cincuenta. Se adueñaron los musulmanes de la ciudad y la limpiaron de la suciedad del politeísmo y la pulieron de la herrumbre de la mentira.*

Ése fue el fin de la cruzada de Barbastro. Toda la población de la ciudad fue hecha esclava por los moros. Todos sus defensores, muertos. Un desastre, en fin.

La cruzada de Barbastro, de todas maneras, dejará huella en Europa y abrirá una vía de frecuente presencia de guerreros europeos en Aragón. Graus en 1073, Muñones en 1077, Estella diez años después: en todos esos escenarios veremos a cruzados normandos, aquitanos y provenzales combatiendo al moro con las armas de Aragón. Por eso Aragón será, en estos años iniciales, el más europeo de los reinos cristianos. En cuanto a Barbastro, no tardará en volver a conocer el hierro y el fuego de la guerra.

¿Y qué hacía mientras tanto Sancho Ramírez, el rey de Aragón? A Sancho Ramírez, la verdad es que, después de todo, la operación de Barbastro no le salió tan mal. Había terminado perdiendo la ciudad, pero también había ganado territorio y, sobre todo, había conquistado la crucial plaza de Alquézar, vigía del llano de Huesca, ya al sur de la sierra de Guara. ¿Qué era Alquézar? La llave de la Barbitania, o sea, de la comarca de Barbastro. Graus

cerraba el acceso desde el Pirineo. Aragón había con seguido eludir el obstáculo desbordándolo por el sur, de manera que el camino quedaba abierto aunque Graus siguiera en manos musulmanas. Y eludido Graus, el siguiente punto fuerte en el sistema defensivo musulmán era precisamente Alquézar.

El propio nombre del enclave viene de su significado musulmán: al-Qasr, el alcázar construido doscientos años antes por Jalaf ibn Rasid, caudillo moro en Barbastro, a modo de puesto avanzado frente a los cristianos del Sobrarbe. Ahora, en la ola de la cruzada, ese puesto avanzado había caído. Y con Barbastro de nuevo en manos enemigas, Alquézar pasaba a ser la vanguardia del Reino de Aragón. Un monje se encargó de fortificarlo: el benedictino Banzo, abad del monasterio de Fanlo, que en recompensa recibió la villa de Beranuy y la iglesia de Santa María de Sabiñánigo. Y ojo a este personaje, el abad Banzo, porque su peripecia nos servirá más adelante para reconstruir los grandes cambios políticos y culturales de Aragón en este tiempo.

Ahora hemos de trasladarnos a otro punto del mapa de España. Desde León, el rey Fernando, que se siente poderoso, ha emprendido una ofensiva sin precedentes para afianzar su posición de monarca hegemónico ya no en la cristiandad, sino en toda la Península. Al rey de León le correspondía el título imperial de todas las Españas, y Fernando, cincuenta y cinco años en este momento, está dispuesto a demostrar por qué. Vamos a verle aumentando la Reconquista en Portugal, haciéndose presente en Zaragoza, incluso imponiendo su supremacía en Valencia. Nunca el Reino de León había llegado tan lejos. Será, sin embargo, la última cabalgada del rey Fernando.

La última cabalgada del rey Fernando

Estamos en el año 1065 y Fernando I es el rey más importante de la Península. A él, como rey de León, le corresponde el título de emperador; un título más formal que otra cosa, pero que en el caso de Fernando no es sólo una formalidad: ganó la corona de León derrotando a su rey, venció después al de Navarra y, a través de la taifa de Zaragoza, ha contenido al de Aragón. Ahora, en el oeste, ha empezado a extender la frontera, recobrando la tierra que León perdió en Portugal casi un siglo atrás.

Como todos los reyes anteriores, también Fernando ha tenido que sufrir rebeliones que amenazaron su trono. Sin embargo, ha sabido reprimirlas de manera implacable. En Galicia se sublevó Munio Rodríguez, «tenente» de

Monterroso, pero perdió. Casi al mismo tiempo se levantaban los Flaínez en tierras leonesas, y corrieron la misma suerte. En otros territorios que antes dieron problemas, como las tierras entre el Cea y el Pisuerga, Fernando ha gozado del apoyo de los Banu Gómez. Ahora el reino está pacificado.

La hegemonía de Fernando no se aplica sólo sobre la España cristiana, sino también sobre la musulmana. Los Reinos de Taifas le temen. A lo largo de su reinado, Fernando ha recuperado Lamego y Viseo en Portugal, y en el Duero, Berlanga y San Esteban de Gormaz. Toledo empezó a pagarle parias muy temprano. Después, Zaragoza. Cuando el rey de Toledo al-Mamún faltó al pago, Fernando lanzó una expedición contra el territorio toledano, llegó hasta el valle del Tajo y forzó al rey taifa a declararse tributario suyo.

Las demás taifas harán lo mismo. Ése fue el objetivo de la campaña de Fernando en 1063, cuando mandó a sus tropas a recorrer Mérida y Sevilla. Una convencional expedición de saqueo visiblemente destinada a apuntalar la repoblación portuguesa, pero con resultados excelentes. El rey taifa de Badajoz, Yahya ben Muhammad al-Mansur, cedió. El de Sevilla, al-Mutamid, también, a pesar de que Sevilla era la taifa más poderosa del islam español. Era mejor pagar que sufrir los ataques leoneses. Fernando se permitió incluso añadir una exigencia a la taifa de Sevilla: aceptaría su vasallaje sólo si le entregaban las reliquias de Santa Justa, mártir de época romana. Como los restos de Santa Justa no aparecieron, el rey de Sevilla ofreció en su lugar los de San Isidoro, que Fernando aceptó, y que fueron llevados a la iglesia de San Juan Bautista en León; a partir de ese momento, la iglesia se llamó de San Isidoro.

Este episodio, por cierto, merece mención aparte. Cuando Fernando obtuvo el compromiso moro de que se le entregaría el cuerpo de Santa Justa, el rey envió a Sevilla una vistosa embajada. Fueron allá el conde Munio Muñoz, el obispo de León, que se llamaba Alvito, y el de Astorga, que era Ordoño, con una nutrida hueste de caballeros. En el curso del viaje, Alvito tuvo una visión: San Isidoro se le apareció en sueños y le dijo que la voluntad divina no era trasladar a Santa Justa a León, sino que el trasladado fuera él, San Isidoro; el sabio santo sevillano le dijo también que, una vez cumplida esta misión, el propio obispo moriría. La comitiva llegó a Sevilla. Allí no localizaron los restos de Santa Justa. El rey moro ofreció los de San Isidoro. Era lo que había soñado Alvito. Más aún: siete días después, el obispo Alvito fallecía, tal y como había predicho el santo.

En la cumbre de su poder, el rey reunió a las Cortes y procedió a repartir sus reinos y las parias asociadas. Ya hemos avanzado en capítulos anteriores lo fundamental de ese reparto. Al primogénito, Sancho, no le correspondería heredar el trono leonés, sino el territorio castellano, con las parias de Zaragoza. El heredero de León sería su segundo hijo, Alfonso, su favorito, que se llevaba además las parias de Toledo. El tercer hijo, García, heredaba las tierras de Galicia y Portugal y las parias de Mérida y Sevilla. A sus hijas, Urraca y Elvira, les dejó el señorío de todos los monasterios de los tres reinos, más las ciudades de Zamora y Toro, respectivamente, siempre y cuando no se casaran. Si se casaban, los perderían. ¿Por qué? Está claro: porque quería evitar que los futuros maridos de sus hijas pudieran reclamar tierras dentro del reino. Era un problema que el rey conocía bien. Quizá pensó en aquel joven conde de Castilla que, un día no muy lejano, invocó los derechos de su esposa, hermana del rey de León, para apoderarse del trono. Aquel joven conde había sido él: el propio Fernando.

El rey de León tuvo que abstenerse de intervenir en la cruzada que Aragón lanzó sobre Barbastro. Precisamente por ser cruzada, ningún reino cristiano podía actuar contra otro. Aprovechó el lapso para recuperar Coímbra, que dejó al cuidado del mozárabe sevillano Sisnando Davídiz. Tampoco intervino cuando, al año siguiente, 1065, los moros recuperaron Barbastro. Pero una vez concluida esa campaña, Fernando I se vio forzado a actuar. La taifa de Zaragoza, bajo los efectos de la victoria, había endurecido sus posturas. Al-Muqtadir se negaba a pagar. Todavía peor: en la fiebre de la *yihad*, la guerra santa musulmana, los moros habían perpetrado una matanza masiva de cristianos, mozárabes de Zaragoza. Y entonces Fernando marchó hacia allá. Fue la última cabalgada del rey Fernando.

Las tropas de León recorrieron como un ciclón el valle del Ebro. El rey de Zaragoza, al-Muqtadir, se avino inmediatamente a razones. El episodio no tiene gran historia que contar, porque fue fulgurante, pero dice mucho sobre el potencial bélico que había alcanzado la España cristiana: las tropas de León, con Fernando al frente, más las castellanas de su hijo Sancho, no tuvieron el menor problema para doblegar en unas pocas semanas a unas huestes musulmanas que, poco antes, habían logrado la hazaña de recuperar Barbastro. La potencia militar de León debía de ser verdaderamente temible. Tan temible que, una vez en Zaragoza, Fernando toma una decisión sorprendente: marchar contra Valencia.

Este giro hacia Levante es verdaderamente enigmático. ¿Qué se le había perdido a Fernando en Valencia? No había ni un solo motivo que justificara una cabalgada tan larga hasta tierras que jamás antes habían estado relacionadas con la corona. Pero precisamente eso es lo que hace interesante el episodio. La cabalgada valenciana de Fernando apunta a una dirección: León se proponía extender hasta el Mediterráneo su influencia. Sobre el mapa, las consecuencias del proyecto serían extraordinarias: un Reino de León extendido de costa a costa; el islam español, partido en dos; las coronas navarra, aragonesa y barcelonesa, forzosamente encajonadas al norte del Ebro. Y León, como verdadero dueño de España.

En la taifa de Valencia mandaba entonces un biznieto de Almanzor llamado Abd al-Malik. Valencia había quedado en manos de la familia *amirí*, los descendientes del todopoderoso caudillo que tanta sangre había hecho correr en España. Las generaciones siguientes, sin embargo, tenían poco que ver con el viejo Almanzor. Abd al-Malik no tenía fuerza ni energía ni recursos para hacer frente a ninguna amenaza externa. Tampoco ante aquel extraño ejército llegado de tan lejos al mando del rey de León.

La campaña valenciana de Fernando fue una sucesión de éxitos. Cruzó las sierras del Sistema Ibérico sin novedad. Se plantó ante Paterna, donde Abd al-Malik trató de hacerle frente. Las huestes musulmanas contaban con el refuerzo de un contingente enviado desde Toledo por al-Mamún, suegro de Abd al-Malik, pero ni siquiera así pudieron detener a los cristianos. Se acercaba el final del año 1065 y Fernando tenía al alcance de la mano una pieza extraordinaria: la ciudad de Valencia. Las banderas de León se asomaron a la muralla valenciana. Las tropas se dispusieron para tomar al asalto la ciudad. Pero en ese momento…

En ese momento Fernando se sintió morir. El rey tenía poco más de cincuenta años, pero le había llegado la hora. Lo supo enseguida. Tanto que ordenó levantar el campo y volver a León. Sabía que su vida se apagaba.

No sabemos cuál fue la enfermedad que aquejó a Fernando, pero sí conocemos todo lo que pasó después. El rey y su hueste llegaron a León en la Nochebuena de 1065. Fernando acudió a la iglesia de San Isidoro y se encomendó a los santos. Pasó la noche junto a los clérigos, salmodiando los maitines. Al amanecer, oyó misa y comulgó. Acto seguido, fue conducido al lecho. Su día de Navidad fue una larga jornada de agonía. En la mañana del día 26, sintiéndose morir, llamó a los obispos, abades y clérigos de la ciudad.

Se hizo vestir con el manto regio y la corona. Ordenó que le llevaran a la iglesia. De rodillas, rezó su propia oración fúnebre:

> *Tuyo es el poder, tuyo es el reino, Señor. Encima estás de todos los reyes y a ti se entregan todos los reinos del cielo y la tierra. Y de ese modo el reino que de ti recibí y goberné por el tiempo que Tú, por tu libre voluntad quisiste, te lo reintegro ahora. Te pido que acojas mi alma, que sale de la vorágine de este mundo, y la acojas con paz.*

Fernando se despojó del manto y la corona. Se tendió en el suelo. Vestido con un simple sayal, se sometió a la ceremonia de la penitencia recibiendo la ceniza sobre su cabeza. Al mediodía del día siguiente, 27 de diciembre de 1065, moría Fernando I después de haber reinado veintisiete años, seis meses y doce días. Fue enterrado en el panteón real de San Isidoro bajo este epitafio:

> *Aquí está enterrado Fernando Magno, rey de toda España, hijo de Sancho rey de los Pirineos y Tolosa. Trasladó a León los cuerpos santos de san Isidoro arzobispo, desde Sevilla, y de Vicente mártir, desde Ávila, y construyó esta iglesia de piedra, la que antes era de barro. Hizo tributarios suyos, con las armas, a todos los sarracenos de España. Se apoderó de Coímbra, Lamego, Viseo y otras plazas. Se adueñó por la fuerza de los reinos de García y Vermudo.*

Alrededor de la tumba, los hijos de Fernando pensaban ya en sus propios destinos. Y junto a uno de esos hijos, Sancho, meditaba un joven guerrero: Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador.

10

LA ESPAÑA DEL CID

La guerra de los tres Sanchos

Una maldición eterna de todo testamento es que nunca deja contento a todo el mundo. Pasó con el de Sancho el Mayor, fuente de interminables conflictos, y también iba a pasar con el de Fernando I de León y Castilla. Después de la muerte del rey, en 1065, vamos a ver una larga serie de luchas en el seno de la cristiandad española. Con el enemigo musulmán sometido, todos los reinos cristianos aplican sus energías a ampliar sus propios dominios… en pugna con el reino vecino. Pronto veremos a los hijos de Fernando disputando entre sí.

Pero antes de que esto pase, hay otro pleito territorial que reclama nuestra atención. El escenario: la franja nororiental de Castilla o, si se prefiere, la franja occidental de Navarra, es decir, Álava y el norte de Burgos, tierras largamente deseadas por unos y otros. Nuestros protagonistas son tres reyes. Tres primos. Tres Sanchos. Los tres se llamaban así por su abuelo común, el rey Sancho el Mayor de Navarra. Y por eso la guerra que ahora librarán será conocida como «guerra de los tres Sanchos».

Nuestro primer Sancho es el de Castilla, que es quien despierta las hostilidades. Sancho II de Castilla, Sancho el Fuerte o Sancho el Valiente: hijo de Fernando de León, ha heredado el solar castellano y el derecho a cobrar las parias de Zaragoza. Una herencia difícil, porque, por un lado, Castilla sigue siendo un territorio de contornos difusos, y por otro, Zaragoza no quiere pagar. En este momento Sancho de Castilla tiene treinta años. Es un tipo de temperamento guerrero y muy poco dado a las componendas. Está casado con una dama extranjera llamada Alberta, seguramente inglesa, y de quien la historia sólo ha guardado un primoroso sello personal: una flor en círculo, cada uno de cuyos pétalos porta una letra del nombre de la reina, Alberta. La preocupación fundamental de Sancho, en este momento, es sólo una: hacerse con las tierras de Castilla que aún están bajo la corona navarra.

Para eso tendrá que vérselas con nuestro segundo Sancho, Sancho Garcés IV, rey de Pamplona y Nájera. Hijo de García el de Nájera y de la dama francesa Estefanía de Foix, este Sancho navarro había llegado al trono con sólo catorce años (recordemos: cuando murió su padre en la batalla de Atapuerca). Desde entonces había gobernado sobre un reino próspero, primero auxiliado por su madre, en solitario, después. El horizonte político de Navarra, en este momento, tenía tres puntos de atención: uno, mantener el control sobre los territorios que Castilla ambicionaba en Álava y Burgos; el segundo, sacar el mayor partido posible de las parias de Zaragoza; el tercero, llevarse bien con el vecino del este, Aragón. La primera y la segunda cuestiones le enfrentaban necesariamente a Sancho de Castilla. La tercera le aproximaba al otro Sancho, el de Aragón.

Y éste es, en efecto, nuestro tercer Sancho: Sancho Ramírez, rey de Aragón, hijo de Ramiro I. A Sancho le hemos seguido de cerca en nuestro relato: le hemos visto tomando el relevo de su padre bajo los muros de Graus y conduciendo la cruzada de Barbastro. Los intereses de Sancho Ramírez, en este momento, están muy alejados de la problemática castellano-navarra: lo que Aragón quiere es extenderse hacia el sur y ganar cuantas tierras sea posible hacia el valle del Ebro. Y si es posible, sacar tajada también de las parias de Zaragoza. Pero precisamente esto le pone en conflicto con Castilla. ¿Quién es el enemigo fundamental de Aragón? La taifa zaragozana de al-Muqtadir. ¿Y quién es el protector de al-Muqtadir? Castilla, que además pretende quedarse con todas las parias de Zaragoza. Castilla ya ayudó a al-Muqtadir cuando los aragoneses quisieron tomar Graus. Sancho de Aragón no puede ver a los castellanos como amigos.

Éste es el paisaje general. A partir de aquí, podemos reconstruir los pasos del conflicto. Sancho, flamante rey de Castilla, empieza a hostigar las tierras del occidente navarro. Quiere recuperar La Bureba y las tierras de Oca. Conforme a los usos medievales, el de Castilla reta al navarro a resolver sus pleitos mediante riepto, es decir, un procedimiento que evitará llegar a un conflicto generalizado. El riepto podía revestir varias formas: un torneo entre caballeros escogidos de cada bando, una batalla en un punto concreto, o incluso un desafío singular entre dos alféreces, uno de cada ejército. Esta última será la fórmula escogida.

El principal caballero de Castilla se enfrentará al principal caballero de Navarra. El alférez de Pamplona se llama Jimeno Garcés; el de Castilla, Rodrigo Díaz de Vivar. El objeto concreto del pleito: el castillo de Pazuengos,

clave para el control de Montes de Oca. Rodrigo Díaz de Vivar vence en el combate. Pazuengos pasa a dominio castellano. Y el vencedor, Rodrigo, será conocido a partir de ese momento como el maestro del campo de batalla, el Campi Doctor el Campeador.

No fue el único enfrentamiento armado en esta querella de los Sanchos, y los demás no serán tan elegantes como este duelo en riepto. Para empezar, el de Castilla quiere asegurarse el cobro de las parias de Zaragoza. Parece que el rey de Zaragoza quiso aprovechar la muerte del poderoso Fernando para hacerse el remolón y poner a prueba al heredero de Castilla. Así Sancho II se dirige contra la taifa de al-Mugtadir, cerca la ciudad y plantea sus exigencias. El alarde debió de ser lo suficientemente impresionante como para que al-Muqtadir recapacitara. Pero aquí no acaba la cosa. Inmediatamente después, Sancho de Castilla decide hacer una incursión en el Ebro riojano. Es entonces cuando el Sancho navarro pide ayuda al Sancho aragonés. Los castellanos han llegado hasta Viana. Las tropas de Aragón acuden en socorro de Pamplona, hacen frente a los castellanos y les obligan a volver grupas. Era septiembre del año 1067.

Sancho de Castilla había perdido aquella batalla en torno a Viana, pero el resultado global de la operación no era malo. De hecho, se apresuró a explotar el relativo éxito de sus acciones. Para empezar, restauró bajo su patrocinio la diócesis de Oca, lo cual venía a ser como marcar el territorio castellano frente a la poderosa diócesis navarra de Nájera. Y los disputados territorios de La Bureba y Pancorbo, aquellos que un día dejaron de ser Castilla para ser Navarra por la herencia de Sancho el Mayor, terminarían volviendo a la órbita castellana.

Hasta aquí, la guerra de los tres Sanchos. Y a partir de aquí, nada seguro se puede decir. Las interpretaciones de los historiadores divergen mucho. ¿Por qué? Porque los relatos sobre este episodio son bastante posteriores y no hay documentación suficiente que acredite los hechos. En realidad no hay nada que demuestre que el dominio castellano sobre La Bureba y Pancorbo empezara a hacerse efectivo en ese momento. En cuanto a la guerra en cuestión, si es posible llamarla tal, tampoco nadie puede atribuirse una victoria clara.

¿Y por qué es importante entonces la «guerra de los tres Sanchos»? Ante todo, porque pone de relieve la ausencia de una política común entre los reyes cristianos. Algo que seguramente será una evidencia para quien esté siguiendo nuestro relato, pero que conviene subrayar para entender exactamente todo lo

que ocurrió antes y, sobre todo, después. Además, la guerra de los tres Sanchos es importante porque nos demuestra hasta qué punto había caído el antiguo poder musulmán: salvo episodios sonados —y aislados—, como la recuperación de Barbastro, en aquel momento la España musulmana era incapaz de oponer la menor resistencia militar a la potencia cristiana. Por eso los moros terminarán llamando en su socorro a los poderosos almorávides del norte de África.

Pero para esto aún quedaban algunos años. Y si la guerra de los tres Sanchos no llegó a más fue porque, en ese preciso instante, se incendiaban las pasiones en León. La reina Sancha de León, viuda de Fernando, acababa de fallecer en 1067. Los hijos de Fernando y Sancha no tardarán en entrar en disputa por la herencia. Veremos a los tres hermanos, Alfonso, Sancho y García, peleando por un quítame allá esas parias. E incluso las hermanas, y en particular Urraca, meterán la cuchara en este conflicto, que terminará adquiriendo aspecto de tragedia medieval.

Los hijos de Fernando: empieza la guerra civil

Siete años de guerra civil son muchos años. Y aunque las guerras civiles del siglo XI no eran, por lo general, tan catastróficas como las modernas, el episodio no va a dejar de alterar el mapa de la cristiandad. Reconstruyamos el paisaje. Fernando I de León ha muerto en 1065. Ha repartido el reino entre sus hijos: Galicia y Portugal para García, León para Alfonso, Castilla para Sancho. Durante estos primeros años, nada parece alterar la paz del reino. Pero dos años después muere la reina viuda, Sancha de León, y entonces las rivalidades entre los hijos afloran.

De entre esas rivalidades, hay una que iba a ser decisiva para la historia de España: la que opone a Sancho, el de Castilla, el primogénito, con Alfonso, el de León. Podemos suponer que, en vida de su madre, no se atrevieron a llegar a mayores. Pero ahora, muerta Sancha, el conflicto era inevitable. ¿Por qué? Eso es lo que vamos a ver ahora.

A Sancho de Castilla ya hemos podido conocerle bien: lo hemos visto junto a su padre en Zaragoza y después, en solitario, teniéndoselas tiesas con sus primos de Navarra y de Aragón. Como primogénito del rey, parece claro que también tenía aspiraciones sobre la corona leonesa. Pero vayamos ahora a los otros hermanos. Y empecemos por Alfonso, el nuevo rey de León: un

Alfonso VI que es probablemente uno de los personajes más debatidos de la Edad Media española.

Alfonso era el segundo hijo de Fernando. La opinión común es que, en tanto que tal, no tenía derecho a heredar la corona leonesa, que hubiera debido corresponder al primogénito Sancho, y si Alfonso la obtuvo fue por ser el favorito de su padre. Otros, por el contrario, sostienen que no, que Fernando legó Castilla a Sancho no como una herencia menor, sino precisamente por ser su primogénito, ya que Castilla, recordémoslo, era la propiedad original de Fernando, mientras que León le había correspondido por su matrimonio con Sancha. Fernando, aplicando el derecho navarro, transmitió al primogénito lo que era suyo, su propiedad, o sea, Castilla, y el resto lo repartió entre los demás hijos. Puede parecer una cuestión menor para nuestro relato, pero no lo es: retengamos el dato, porque será importante para entender todo cuanto pase a partir de ahora.

Alfonso tenía un temperamento muy distinto al de su hermano Sancho: más político y menos guerrero, más europeizante y menos tradicional. En él aparece con claridad la gran diferencia entre la mentalidad leonesa y la castellana: el perfil propiamente leonés se corresponde con la idea imperial, donde el rey se ve a sí mismo como superior jerárquico de los demás reyes españoles (moros incluidos), y también se caracteriza por una concepción feudal de la estructura interior del reino, concepción que en ese momento, hay que subrayarlo, era el modelo predominante en Europa. Esa europeidad de Alfonso se va a ver con claridad en sus sucesivos matrimonios: de los cinco que contraerá a lo largo de su vida, cuatro serán con damas europeas. Y por el mismo espíritu, Alfonso, en materia de liturgia religiosa, terminará sustituyendo el rito mozárabe, que era el tradicional español, por el rito romano.

En el momento de nuestro relato, año de 1067, Alfonso es un joven de veintisiete años que acaba de arreglar su matrimonio con Ágata de Normandía, hija del rey de Inglaterra. La novia muere antes de formalizar el compromiso, y entonces Alfonso mira hacia otro lugar: Aquitania, el predio del poderoso duque Guillermo el Conquistador, el mismo que había participado en la cruzada de Barbastro. Guillermo tiene una hija casadera: Inés, de unos quince años. Ella será la reina de León.

Ya hemos retratado a Alfonso. Volvamos ahora a Sancho. Sancho es rey de Castilla. Según el derecho navarro, donde el rey lega al primogénito el reino de su propiedad, eso es lo justo. Pero según el derecho visigodo, que era

el tradicional en la corte leonesa, las cosas no eran así: según la tradición goda de Asturias y León, el rey debía legar al primogénito el conjunto de su reinado y, en cualquier caso, el título principal de soberanía, que era precisamente el título imperial leonés. Así que Sancho piensa, o quiere pensar, que no sólo tiene derecho al Reino de Castilla, sino que además le corresponde el Reino de León. Y sin el menor problema de conciencia, así se lo expone a su hermano.

¿Ambición o derecho? Hay opiniones para todos los gustos. La Crónica de Jiménez de Rada lo juzga así:

> *Sancho, digno sucesor y heredero de la crueldad goda, empezó a sentir sed de la sangre de sus hermanos y a ambicionar más de lo normal los reinos de éstos, siendo su obsesión que a sus hermanos y hermanas no les quedara nada de lo que su padre les había dejado, sino que, codicioso, fuera él solo el dueño de todo.*

Jiménez de Rada escribió mucho después de los hechos, pero seguramente este juicio recoge un clima bastante extendido en la opinión leonesa. Desde un punto de vista castellano, por el contrario, la ambición de Sancho era en realidad la expresión de un ideal histórico: recuperar la idea unitaria visigoda, un solo reino cristiano en España.

Sea lo que fuere, el proyecto de Sancho es una evidente invitación a la guerra. Porque Alfonso VI, como es natural, no está de acuerdo en absoluto: él es rey de León porque así lo quiso su padre, por herencia de Fernando y con todas las de la ley. Nadie tiene derecho a quitarle el trono; tampoco su hermano mayor. Por otro lado, los nobles leoneses no están dispuestos a aceptar lo que consideran una injerencia castellana. Antes de ver a Sancho sentado en el trono de León, habrá que pasar por encima de sus espadas.

Como no hay posibilidad de acuerdo, los dos hermanos resuelven dirimir sus diferencias en el campo de batalla. Que hablen las armas. Es un riepto, como el que opuso a los alféreces de Castilla y Navarra en Pazuengos, pero esta vez colectivo: serán las huestes de Sancho y Alfonso, en pleno, las que pongan a prueba sus armas. Y quien gane tendrá razón porque Dios así lo ha querido. Por eso se llamaba a estas peleas «juicios de Dios».

Es el 16 o el 19 de julio de 1068. ¿Por qué la duda? Porque la crónica dice que fue un 19, pero dice también que fue un miércoles. Y si fue miércoles, entonces tuvo que ser el 16. Bien: ese día, los ejércitos de Alfonso de León y Sancho de Castilla se encuentran en el lugar convenido, el campo de

Llantada, a orillas del Pisuerga, en Palencia, tal vez en lo que hoy es Lantadilla. No conocemos absolutamente nada de la batalla. Salvo su final.

No fue una gran batalla. Fue un enfrentamiento localizado en un lugar concreto, con un principio y un final definidos de antemano, y que seguramente no causó muchas víctimas. Lo que la tradición nos ha legado es que los leoneses llevaron la peor parte: empujados por los castellanos, terminaron cediendo. La batalla se inclinaba del lado de Sancho, y eso significaba que, según el pacto previo de los dos hermanos, Alfonso tendría que cederle el trono de León. Pero lo que hizo Alfonso fue despedirse a la francesa: viendo que la batalla se perdía, optó por abandonar el campo y se marchó de nuevo a León. Ni mucho menos abandonó el trono.

Podemos imaginar que Sancho reclamaría la victoria, pero eso no cambió las cosas. Alfonso siguió siendo rey de León y Sancho permaneció en Castilla. Cada cual se dedicó a atender su propio frente. E incluso frentes ajenos, porque Alfonso, actuando completamente al margen de lo prescrito en el testamento de su padre, decidió que iba a quedarse con las parias de Badajoz, que correspondían a su hermano García. Así, en ese mismo año de 1068, Alfonso VI de León, cuyo ejército no había sufrido merma alguna por el lance de Llantada, penetró en territorio emeritense, llegó hasta Badajoz e impuso a la taifa unas condiciones nuevas: a partir de ahora, las parias no las cobraría García, sino él.

Y García, ¿qué hizo? Nada. ¿Por qué? Por incapaz. Y probablemente fue entonces cuando Alfonso y Sancho, al mismo tiempo, concibieron un proyecto, un negocio común: segarle a su hermano García, el incapaz, la hierba bajo los pies. O sea: quedarse con Galicia, y será el segundo momento de la guerra entre los hijos de Fernando.

Sancho y Alfonso se comen a García

García será el más desdichado de los hijos de Fernando. Había nacido en 1042. Tenía, pues, veintitrés años cuando heredó Galicia. Su herencia no era mala en absoluto: una tierra próspera y activa, y además, las parias de las taifas de Badajoz y de Sevilla, que garantizaban abundantes ingresos. Tampoco era mala su formación: el rey Fernando había puesto a García bajo la tutela de uno de los hombres más eminentes de su tiempo, el obispo Cresconio, que sin duda trató de hacer de él un rey digno de ese nombre.

¿Quién era este Cresconio? Vale la pena contar algo sobre este personaje, porque su trayectoria nos dice mucho sobre el papel de la Iglesia en el siglo XI y en el Reino de León. Cresconio era obispo de Iría y de Santiago de Compostela. En el lejano año de 1037, cuando Fernando y Vermudo estuvieron en guerra, los vikingos aprovecharon el panorama para lanzar una de sus correrías por Galicia. El conde danés Ulf envió sus barcos contra Santiago. Y entonces fue el obispo Cresconio, espada en mano, el que reunió a los nobles del reino para echar a los normandos. Por su cuenta y riesgo mandó fortificar la Ría de Arosa con las torres de Catoira y levantó la muralla de Santiago. Después, y siempre por su cuenta, proclamó a Santiago como sede apostólica. Eso le valió una seria reprimenda del papa León IX, pero a Cresconio le dio igual. Más aún: en 1060 convocó un concilio en Santiago. Y hay que decir, por cierto, que todas las medidas que tomó terminaron siendo avaladas por Roma: extremó la lucha contra la corrupción, veló de manera incansable por la justicia, creó escuelas para niños en las iglesias, aplicó el mayor rigor en las costumbres del clero, prohibiendo taxativamente el amancebamiento… Un personaje de primera.

A este Cresconio le correspondió educar a quien habría de convertirse en rey de Galicia. La Galicia de este momento es un amplio territorio que abarca desde el Cantábrico hasta el río Mondego, es decir, las actuales provincias gallegas y el tercio norte de lo que hoy es Portugal. No hay diferencias sustanciales entre la Gallaecia y el Portucale, entre el norte y el sur: es el mismo reino, es la misma gente y la estructura social también es la misma. Las tierras gallegas eran la región mejor organizada del solar original del Reino de Asturias: como era la zona más romanizada, aquí pervivió el viejo sistema señorial con más claridad que en Asturias, Cantabria o la Castilla inicial, y desde ese sistema señorial se produjo una evolución directa hacia las formas feudales.

Resultado: aquí, en Galicia, los señores de la tierra mandaban muchísimo, y de manera más intensa que en otras partes del Reino de León. Todos los sucesivos reyes —aquí lo hemos visto— sufrirán en un momento u otro rebeliones o querellas por parte de los señores feudales. Y la tónica no desaparecerá cuando Galicia se convierta en reino singular, a partir del siglo X. Al revés, las cosas se complicarán todavía más, porque ahora aparecen cuatro polos de poder: uno, la corona de León, que mantiene su primacía sobre Galicia; dos, el Reino privativo de Galicia —en este momento, García —, que ejerce su propio poder; tres, los «tenentes» o delegados del poder

regio sobre las distintas circunscripciones, y cuatro, por último, los nobles, los señores feudales, dueños de sus propios territorios. Muy difícil.

Un paisaje así exigía que el gobernante fuera un tipo al mismo tiempo enérgico y flexible. Pero ninguna de las dos virtudes caracterizaba al rey García Fernández, el hijo de Fernando I, al que había correspondido Galicia en el reparto testamentario del viejo rey. Al contrario, la imagen que de García nos han dejado las crónicas es más bien desoladora. «Era pusilánime y carecía de ingenio», nos dice de él Lucas de Tuy, el Tudense. Y Jiménez de Rada añade: «Se comportaba cada día de peor manera con los suyos, y era despreciado por todos». No eran aquéllos, desde luego, tiempos adecuados para temperamentos apocados. Y García, que ya no tenía a su lado al viejo Cresconio, sufrirá las consecuencias.

A García empiezan a acumulársele los problemas de una manera pasmosa. Cuando los nobles tratan de afirmarse frente a él, el rey reacciona con violencia mal calculada y arbitrariedad. El resultado es que no consigue dominar a los levantiscos, sino que, al revés, estimula su rebeldía y, lo que aún es peor, provoca que los nobles que le eran fieles empiecen a mirarle con recelo. Para colmo, su hermano Alfonso, el de León, constata la debilidad de García y le arrebata las parias de Badajoz. García reaccionó con cólera, pero sólo tenía eso: cólera. Dice la Crónica que muchos nobles empezaron a marcharse de Galicia para huir de sus amenazas. Y esos nobles, sin duda, acudirían a León para contar lo que estaba pasando.

¿Y qué estaba pasando? De momento, que a García le estallaba una guerra en Portugal, es decir, en el sur de su reino. El conde Nuño Méndez, con mando en el territorio de Portucale, se subleva. García, cada vez más atribulado, corre allá con sus huestes. Aborda a las tropas rebeldes de Nuño en el paraje del Pedroso. La batalla será dura. García consigue la victoria. Nuño Méndez muere en el combate. Pero el paisaje no se ha apaciguado: otros nobles mantienen la rebeldía, y García se ve obligado a hacerles frente uno a uno. Y mientras tanto…

Mientras tanto, los hermanos de García, Alfonso de León y Sancho de Castilla, en paz después de la escaramuza de Llantada, deciden quitar de en medio al gallego. El 26 de marzo de 1071, Sancho convoca una junta plenaria en Burgos. Allí está todo el mundo: los condes, obispos y abades de Castilla, incluidos Santo Domingo, abad de Silos, y Rodrigo Díaz de Vivar. Está también la reina de Castilla, la inglesa Alberta. Pero hay más, porque en la reunión aparece también nada menos que el rey Alfonso VI de León, y sus

hermanas Urraca y Elvira. El motivo de la reunión es muy concreto: desplazar a García, es decir, repartirse Galicia entre Sancho y Alfonso. La debilidad de García se ha convertido en una amenaza para el poder de la familia. En consecuencia, Sancho hace la propuesta: si Alfonso le permite cruzar el territorio leonés, mandará un ejército contra su hermano García. Y Alfonso pone las condiciones: permitirá a Sancho cruzar las tierras de León para llegar a Galicia, pero tendrá que entregarle la mitad de lo que conquiste. Así los dos hermanos se reparten el reino del tercero.

La sentencia estaba dictada. Sancho no tardó un minuto en ponerse en marcha. Cruzó León y llegó a las tierras de Portugal. Allí García todavía estaba tratando de someter a los últimos nobles rebeldes. Las huestes de Sancho abordaron a las de García a la altura de Santarem. Nadie en la época podía hacer frente a las tropas castellanas. El rey de Galicia cayó preso. Sancho llevó a su hermano al castillo de Burgos. Allí García reconoció a Sancho como rey de Galicia —qué remedio— y le prestó vasallaje. En mayo de 1071, los documentos ya acreditan a Sancho como nuevo rey del territorio. Pocos meses después se consuma el reparto: Alfonso se queda con la mitad de Galicia. En cuanto al pobre García, no le quedó otra opción que marcharse a Sevilla, cuyas parias le correspondían y que, por tanto, le debía hospitalidad. Allí se instaló el desdichado, en la corte del nuevo rey taifa, el refinado al-Mutamid.

Así, en fin, se comieron Alfonso y Sancho a García de Galicia. Pero esto no podía durar mucho: paz para hoy, guerra para mañana. Y no por García, que estaba completamente anulado, sino porque la nueva situación venía a crear un nuevo punto de conflicto entre Sancho y Alfonso. Tras la agresión a García, los territorios de Sancho —Castilla y media Galicia— quedaban separados por los territorios de Alfonso —media Galicia y León—. Era inevitable que uno y otro volvieran otra vez a la batalla. Y volvió a ser, como lo fue antes en Llantada, mediante un riepto, es decir, un desafío localizado con fecha y hora en un lugar concreto. Fue el 12 de enero de 1072, en los campos de Golpejera. Y toda España, lo mismo la cristiana que la mora, contuvo el aliento.

Golpejera: Sancho conquista León

Es el mes de enero de 1072. Estamos en el paraje de Golpejera, o Volpejera, o Vulpéjar, que de todas esas formas se ha llamado al lugar: un ancho llano en las vegas del río Carrión, algunos kilómetros al sur de Carrión de los Condes, en la actual provincia de Palencia. Los ejércitos de Alfonso VI, rey de León, y Sancho II, rey de Castilla, van a enfrentarse en una batalla decisiva. Lo que está en juego es nada menos que la corona. Si gana Alfonso, el soberano de León se anexionará Castilla; si gana Sancho, el rey de Castilla se hará con León. La partida se juega a una sola baza. No habrá revanchas ni segundas oportunidades. Quien pierda tendrá que abandonar el país. Sólo podía quedar uno.

Podemos imaginar el gélido paisaje del enero palentino, los llanos helados y la bruma glacial del amanecer en la vega del Carrión. Estas tierras, que ahora van a ver una batalla decisiva, nunca habían conocido del todo la paz. Casa de grandes linajes del Reino de León, solar original de los Banu Gómez, regentado ahora por los Ansúrez, el espacio entre los ríos Cea y Pisuerga había sido codiciado desde mucho tiempo atrás. Permanente punto de fricción entre la soberanía leonesa y la ambición castellana, auténtico ombligo del reino, ningún escenario era mejor que éste para librar el desafío final. Era el verdadero fiel de la balanza.

La Crónica dice que la batalla fue descomunal. Nada que ver con la escaramuza de Llantada: aquí, en Golpejera, todo el mundo sabía lo que se jugaba, y lo que se jugaba era el todo por el todo. Se combatió todo el día, hora tras hora. Castellanos y leoneses, espoleados por sus reyes, atacaron con todo lo que tenían. Pronto las bajas empezaron a ser cuantiosísimas. Todavía hoy existe por allí cerca un paraje que se llama «La Matanza». Al cabo de muchas horas de pelea, los castellanos empezaron a retroceder. El sol se escondía tras el horizonte y la suerte parecía echada. Sancho de Castilla, sintiéndose vencido, ordenó emprender la retirada.

Su contrincante, Alfonso de León, tenía al alcance de la mano la victoria. Ante su hermano en fuga, evaluó sus posibilidades. La imagen de las banderas castellanas huyendo en desorden le devolvía otra imagen aún más gloriosa: él, Alfonso, entrando triunfante en Burgos para sellar así el nacimiento de un Reino de León más extenso que nunca, desde el Atlántico hasta el límite mismo con la taifa de Zaragoza. Todas las tierras de León, Galicia, Asturias y Castilla bajo un mismo y único cetro: el suyo. Ahora podía asestar el golpe decisivo: nada más sencillo que perseguir a un ejército en

desbandada, desmantelar su retaguardia y sembrar de muertos el camino hacia Castilla. Pero Alfonso no lo hizo.

¿Por qué Alfonso VI no aniquiló a los castellanos en retirada? Dice Jiménez de Rada que el rey de León ordenó que no se persiguiera a los castellanos porque «no quería ensañarse con cristianos». Es posible. Pero es posible también que su decisión obedeciera a la prudencia. Con el día extinguiéndose, con la temprana noche de enero cayendo sobre el campo, descomponer las propias líneas para perseguir a los vencidos significaba correr riesgos inútiles: nadie podría evitar que los castellanos, al amparo de la oscuridad, aprovecharan la situación para tender emboscadas aquí y allá a sus perseguidores. Sea como fuere, el hecho es que el rey de León, juzgando vencido a su hermano, no completó la victoria. Y ése fue su mayor error.

Sancho de Castilla ha conseguido huir del campo de batalla. Su ejército está deshecho: no sólo por las bajas, sino, sobre todo, por el desorden de la retirada. Al caer la noche, todo parecía perdido. Él, que había soñado con restaurar la unidad de todo el reino bajo el liderazgo castellano, se enfrentaba ahora al amargo trance de la derrota y el exilio. Pero entonces alguien apareció a su lado y le habló con voz resuelta: mientras hubiera un rey y unas espadas, todavía era posible dar la vuelta al destino.

Quien así le hablaba era el alférez de Castilla: Rodrigo Díaz el Campeador, que había combatido con bravura y que ahora, en la fría noche de enero, no veía victorias o derrotas, sino piezas de combate en una partida de ajedrez. Castilla no estaba vencida. La noche había dictado tablas. Y ahora era el momento de ensayar una última jugada. ¿Cuál? Reorganizar a las tropas y lanzar un ataque sorpresa al amanecer. La convicción de Rodrigo resucitó el ánimo de Sancho. A partir de ese momento, todo fueron gritos y órdenes para que las desbandadas huestes salieran de su letargo: en la helada noche del enero castellano, el ejército volvía a ponerse en movimiento.

¿Era posible el golpe? Jiménez de Rada dice que sí y lo atribuye al carácter de los leoneses y los gallegos, que estarían desprevenidos, porque «aquellas gentes —dice el cronista— solían pavonearse y ridiculizar a los demás en los momentos de triunfo y lanzar graves amenazas en la derrota». Por eso, continúa Jiménez de Rada, «se durmieron tras una noche de charla, avanzada ya la madrugada». Seguramente las cosas no fueron tan elementales. Más bien hay que suponer que los leoneses y gallegos, victoriosos en el campo de Golpejera, seguros de que las huestes de Castilla estarían deshechas, bajaron la guardia. La noche y el hielo habían echado el

telón sobre la escena del drama. Para ellos, el combate había terminado. Pero, para los castellanos, no.

Con la primera luz del sol, las tropas de Sancho de Castilla se lanzaron contra el campamento de Alfonso, sorprendiendo a los leoneses. Capturaron a muchos. Mataron a muchos también. Esta vez era Alfonso VI quien tenía que huir del campo de batalla. Y sin duda, en su fuga, maldijo el momento en que, la noche anterior, ordenó no perseguir al enemigo. Rodrigo Díaz de Vivar tenía razón: nadie allí esperaba que los castellanos resucitaran. Con la sorpresa a su favor, las huestes de Castilla desarbolaron a los leoneses. La suerte había dado la vuelta. Sancho de Castilla cabalgaba victorioso en los campos de Golpejera.

Alfonso no llegó muy lejos. En su fuga había corrido a la cercana Carrión, y en la iglesia de la Santa Virgen aguardaba, junto al noble Pedro Ansúrez, el desenlace de los acontecimientos. El desenlace en cuestión fue rápido y concreto. El rey de León fue apresado. Sancho en persona se encargó de hacerlo. El hermano mayor se cobraba la apuesta. Ahora el rey de León era él, Sancho. Y Castilla, León y Galicia quedaban bajo su sola corona.

¿Qué hacer con Alfonso? Como primera providencia, Sancho le envió preso al castillo de Burgos. Es posible que al vencedor, para evitar nuevos giros de la fortuna, se le pasara por la cabeza eliminar a su hermano vencido. Dicen que la infanta Urraca, conmovida por la suerte de su hermano Alfonso, intercedió por su vida. Otros dicen que fue San Hugo, el abad de Cluny, quien alzó su voz en favor de Alfonso, pues el santo abad guardaba agradecimiento a la corte leonesa por una valiosísima contribución que databa de tiempos del rey Fernando. Una leyenda popular añade que el apóstol San Pedro se le apareció en sueños al rey Sancho y le conminó a liberar a su hermano. Fuera por cualquiera de estas causas, o por las tres a la vez, el hecho es que Sancho liberó a Alfonso y le permitió exiliarse en el reino moro de Toledo, tributario suyo y que, por tanto, le debía hospitalidad.

Ahora sólo quedaba cobrarse la pieza. Sancho II de Castilla se dirigió a León. Era el 12 de enero de 1072. Quizá Sancho esperaba una entrada triunfal, pero la capital del reino acogió con frialdad al nuevo monarca. El obispo Pelayo se negó a coronarle. Sancho tuvo que coronarse a sí mismo. De entre los grandes magnates del reino, sólo los abades de Eslonza y Sahagún se mostraron abiertamente partidarios del nuevo rey. Los Banu Gómez no reconocieron a Sancho. La ciudad de Zamora, tampoco. Para Sancho se abría una etapa difícil: domar a los rebeldes. La tarea no debió de amedrentar gran

cosa a alguien como Sancho, acostumbrado a vencer. Sin embargo, en esa tarea encontrará la muerte.

Los muros de Zamora y el polémico Vellido Dolfos

A Sancho le habría costado mucho menos someter a los nobles leoneses si éstos no hubieran encontrado una inesperada valedora: la infanta Urraca, hermana mayor de Sancho y Alfonso, y señora de Zamora. Al cobijo de los muros de Zamora, Urraca había acogido a los contestatarios, es decir, a todos los partidarios de Alfonso y de su alférez Pedro Ansúrez. ¿Por qué Urraca actuó así? Porque Urraca siempre había sentido una inclinación singular por Alfonso. Le apoyó antes, en Llantada; le apoyó también cuando se trataba de desalojar al otro hermano, García, de la corona de Galicia, y le había apoyado en el lance de Golpejera. Ahora, con Alfonso en Toledo, Urraca seguía apoyando a su hermano predilecto. Y con ello se había convertido en catalizadora de la oposición contra Sancho.

Esta inclinación de Urraca por su hermano Alfonso ha sido muy debatida e incluso ha dado lugar a infamias notables, como esa que aventura una posible relación incestuosa entre los dos hermanos. En realidad no parece que hubiera nada de eso. En primer lugar, Urraca era siete años mayor que su hermano y parece que siempre ejerció de madre de Alfonso. Por otro lado, no hay prueba alguna que permita pensar otra cosa. Lo que sí es más probable, a pesar del aire legendario del asunto, es que Urraca estuviera enamorada de Rodrigo Díaz de Vivar. Y esto, a efectos de nuestro relato, ya es algo más relevante. Ahora veremos por qué.

Tenemos, pues, a Urraca encerrada en Zamora, flanqueada por los nobles que no aceptan al rey Sancho. El asedio se prolonga durante meses; Zamora, excepcionalmente fortificada, no cae. Hay que recordar la importancia de esta ciudad: reconquistada y perdida sucesivas veces, desmantelada por Almanzor y reconstruida de nuevo, Zamora era el vigía del Duero, la plaza que aseguraba la comunicación entre el norte y el sur, el centro neurálgico que conectaba a Galicia y a León, abriéndose en todas direcciones, con la Tierra de Campos, con Mérida, con Sevilla, con Toledo. Cuando el viejo rey Fernando legó Zamora a Urraca como herencia, sabía que le entregaba un tesoro. Y ahora ese tesoro se había convertido en la sede de quienes alzaban la voz contra el rey.

Sancho, acostumbrado a resolver las cosas de manera expeditiva, envió sus tropas contra Zamora. Era el verano de 1072. Dice la crónica que las huestes castellanas, comandadas por Rodrigo Díaz de Vivar, tardaron sólo cinco días en cubrir los 270 kilómetros que separan Burgos de Zamora. Dice también que ciudades como Carrión cerraron sus puertas a los ejércitos castellanos: aquello era tierra hostil. En todo caso, las huestes de Castilla llegaron a Zamora, pusieron sitio a la ciudad y conminaron a Urraca y a los nobles a la rendición. Pero Zamora no cedió. Pasaron los meses, se sucedieron los combates y la ciudad permaneció infranqueable.

Así las cosas, Sancho encomendó a Rodrigo Díaz de Vivar una misión personal: puesto que Zamora no se rendía por las armas, el Campeador acudiría a parlamentar con doña Urraca y le propondría un acuerdo amistoso. Si era verdad que Urraca bebía los vientos por el alférez de Castilla, nadie mejor que Rodrigo para cumplir aquella misión. La oferta de Sancho era sustanciosa: si Urraca le entregaba Zamora y los nobles refractarios al nuevo rey le rendían sumisión, Sancho concedería a su hermana un amplio señorío en la Tierra de Campos. Pero Urraca se mostró inasequible tanto a los encantos de Rodrigo como a la oferta de Sancho. Zamora siguió en sus trece. Tanto que el propio Sancho tuvo que acudir a la ciudad. Y fue entonces cuando sucedió la tragedia.

Había en el campamento castellano un desertor de Zamora, un tal Vellido Dolfos, que se había pasado al lado de Sancho semanas atrás. Acogido a la protección del rey Sancho, Vellido Dolfos supo ganarse la confianza del castellano. Tanto que le acompañaba literalmente a todas partes, y «a todas partes» quiere decir absolutamente «a todas». Poco podía sospechar Sancho que aquel escudero fiel era en realidad un traidor que pondría fin a su vida. Y como la Primera Crónica General lo cuenta de manera insuperable, nos limitaremos a repetir sus palabras. Era el 7 de octubre de 1072. Y andaba Sancho inspeccionando el cerco de Zamora junto a su inseparable Vellido Dolfos cuando…

> *Y cuando hubieron andado la villa toda alrededor, le apeteció al rey descender a la ribera del Duero y caminar por ella, para solazarse. Traía en la mano un venablo pequeño y dorado como tenían por costumbre entonces los reyes, y se lo dio a Vellido Dolfos para que se lo sostuviese. Y se apartó el rey para hacer aquello que el hombre no puede excusar hacer. Y Vellido Dolfos se acercó a él, y cuando vio al*

rey de aquella guisa, le lanzó el venablo, que le entró al rey por la espalda y le salió por el pecho.

Así, en tan poco airosa posición, haciendo lo que el hombre no puede evitar hacer, murió Sancho II de Castilla, traicionado por Vellido Dolfos, que huyó a escape de la escena. Dice la tradición que Rodrigo Díaz de Vivar, viendo lo que había ocurrido, salió en persecución de Vellido Dolfos, pero éste ya había cobrado ventaja y corrió a refugiarse en la ciudad por una puerta que oportunamente le esperaba abierta. A esa puerta se la llamó durante siglos «Puerta de la Traición». Claro que, desde el punto de vista del otro bando, Vellido Dolfos no fue un traidor, sino un héroe que salvó a la corona leonesa. Hoy, los zamoranos han rebautizado esa puerta como «Portillo de la Lealtad». Muy español, todo ello.

Traidor o leal, ¿de quién era la mano que movió a Vellido Dolfos? ¿De doña Urraca? ¿Del propio Alfonso VI, desde su retiro toledano? Nadie lo sabrá jamás. Incluso se ha puesto en duda la veracidad de la propia historia de Vellido Dolfos. El hecho es que allí estaba el cadáver de Sancho, treinta y cuatro años, muerto sin descendencia. Los castellanos recogieron a su rey muerto y levantaron el campo. Zamora quedaba libre. Y en Toledo, Alfonso, que recibía noticia de lo sucedido, se ponía en marcha para recuperar la corona. El romance inmortalizaría los sucesos de Zamora con unos versos que suenan a hierro, a sangre y a caballería. Dicen así:

¡Rey don Sancho! ¡Rey don Sancho! no digas que no te aviso,

que de dentro de Zamora un alevoso ha salido;

llámase Vellido Dolfos, hijo de Dolfos Vellido.

cuatro traiciones ha hecho, y con ésta serán cinco.

Si gran traidor fuera el padre, mayor traidor es el hijo.

Gritos dan en el real: —¡A don Sancho han mal herido!

Muerto le ha Vellido Dolfos ¡gran traición ha cometido!

Desque le tuviera muerto, metiose por un postigo,

por las calles de Zamora va dando voces y gritos:

—Tiempo era, doña Urraca, de cumplir lo prometido.

Sancho había muerto. Pero su proyecto unitario, no. Y sería ahora Alfonso VI, rey de León y Galicia y Castilla, quien lo llevaría a cabo.

La jura de Santa Gadea

El rey Sancho II ha muerto de mala manera en el sitio de Zamora. La infanta Urraca —«reina» la llaman muchas crónicas—, hermana mayor de esta singular familia, se ha salido con la suya. Los castellanos llevan el cadáver de Sancho al monasterio de Oña para darle sepultura. «Aquí yace el rey don Sancho que mataron sobre Zamora», dice la inscripción del sepulcro. Y muerto el turbulento Sancho, Urraca se apresura a mandar mensajeros al otro hermano, Alfonso, exiliado en Toledo. No hay vacío de poder.

Durante sus ocho meses de exilio toledano, Alfonso y su alférez, Pedro Ansúrez, habían trabado una intensa relación con su huésped y tributario, el rey taifa al-Mamún. Tan intensa que ahora, llegado el momento del regreso, al-Mamún acompañó al rey y a su caballero hasta la frontera, donde sellaron un compromiso vitalicio de ayuda y protección tanto para al-Mamún como para su primogénito. Retengamos el dato, porque pronto vamos a ver cómo Toledo se convierte en protagonista de nuestra historia.

Alfonso y Pedro Ansúrez pusieron rumbo a Zamora. Allí se les recibió de manera triunfal. Un amplio número de nobles y magnates de León, Galicia y Portugal aguardaba al rey y a su alférez. Pero también había nobles castellanos. Contra lo que pueda parecer, los luctuosos sucesos que habían devuelto a Alfonso al trono no disgustaron a todos en Castilla. De hecho, entre quienes recibieron a Alfonso en su regreso estaba nada menos que el muy veterano conde de Lara, Gonzalo Salvadórez, dueño y señor de La Bureba, llamado «cuatro manos» por su prodigiosa habilidad guerrera. Nadie iba a levantar la espada contra el rey.

Pero aunque nadie levantó la espada contra el retorno del rey, una parte importante de los nobles castellanos, y en especial la más próxima al difunto Sancho, exigió una condición para reconocer a Alfonso: que el rey jurara no haber tomado parte en la traición que costó la vida a su hermano. La sospecha pesaba demasiado. Y si Alfonso hubiera incurrido en felonía, esa falta le inhabilitaría para ser rey. Aquí es donde la tradición sitúa la famosa jura de Santa Gadea, donde Rodrigo Díaz de Vivar, el Campeador, como alférez de Castilla, habría tomado juramento a Alfonso VI.

Hay que subrayar que en un mundo regido por códigos del honor, como aquél, el juramento era algo de un valor extraordinario; de hecho, los juramentos de los caballeros tenían valor legal. Era una vieja costumbre germánica que la España cristiana del medioevo conservaba intacta. Y tan

institucionalizada estaba la práctica, que había iglesias especialmente reservadas para servir de escenario a la ceremonia del juramento público y solemne: las juraderas. Por ejemplo, aquella de Santa Gadea en Burgos, donde Alfonso hubo de jurar ante Rodrigo. Como correspondía a la solemnidad del momento, gran número de testigos acompañó al monarca. Alfonso, humillado, experimentó tal sensación de ira que le cambió el color de la piel, según narran los cronistas. Es una de las escenas más impactantes del Poema de Mio Cid.

Hay historiadores que niegan toda veracidad a este episodio, es decir, que discuten que las cosas fueran realmente así, y sostienen que todo esto es una reconstrucción literaria muy posterior. ¿Por qué se niega la historicidad del hecho? Porque el Poema nos dice que, a consecuencia de aquello, Rodrigo Díaz de Vivar fue desterrado, pero nos consta que en aquel momento no hubo tal destierro. Ahora bien, el hecho de que Rodrigo no fuera desterrado en aquel momento no significa que no hubiera jura. Existían las ceremonias de jura y existían las iglesias juraderas. Es perfectamente posible, por tanto, que Alfonso se viera sometido al trance del juramento para recuperar la corona. Menéndez Pidal y Luis Suárez consideran verosímil la jura de Santa Gadea. Nosotros también.

En cuanto a Rodrigo, es igualmente cierto que en este momento no fue desterrado, contra lo que dice el Poema. Fue desposeído, sí, del rango de alférez del rey, que recayó en el conde de Carrión Pedro Ansúrez, como era enteramente lógico, pues este caballero había sido siempre el alférez de Alfonso. Pero Rodrigo Díaz de Vivar no cayó en desgracia. Alfonso VI, para congraciarse con los castellanos, favoreció a Rodrigo arreglándole un buen matrimonio: con la dama asturiana Jimena Díaz, emparentada con la casa real. Y además otorgó al caballero castellano cometidos de alta responsabilidad, como cobrar las parias del reino taifa de Sevilla. La desdicha del Campeador vendrá más tarde, y ya veremos por qué. Pero ahora, año de 1072, todo era una balsa de aceite.

Uno que se las prometía muy felices con el cambio de poder era García. Recordemos: el otro hermano, rey de Galicia, despojado de su corona por aquel pacto de Burgos entre Alfonso y Sancho. García estaba en Sevilla, acogido a la hospitalidad que el rey taifa al-Mutamid le debía como tributario suyo que era. Ahora, enterado de lo de Zamora, se apresuró a cabalgar hacia León: desaparecido Sancho, quizá pudiera convencer a Alfonso para recuperar su reino o, al menos, la parte de él que Sancho le había arrebatado.

Pero García se equivocaba. Alfonso no estaba dispuesto a compartir el reino. Según parece, la primera intención de Alfonso VI fue salir al encuentro de García, derrotarle en el campo de batalla y poner así fin al problema. Pero la infanta Urraca —que ya figura en varios documentos como reina— y el alférez de León Pedro Ansúrez, por evitar un nuevo fratricidio, aconsejaron una solución menos expeditiva. ¿Cuál? Encerrarlo de por vida. Así Alfonso citó a García, éste acudió a la cita y allí el desdichado se vio desarmado y preso. Era febrero de 1073. García fue recluido en el castillo de Luna, en Burgos, de donde nunca más saldría hasta el día de su muerte, el 22 de marzo de 1090, diecisiete años después.

Así Alfonso VI se convirtió, definitivamente, en único rey de todos los territorios reconquistados por el impulso de la vieja monarquía asturiana. Asturias y León, Galicia y Portugal, Castilla y sus prolongaciones hacia Álava y La Rioja… Todo estaba en manos de Alfonso VI. Y además, el monarca conservaba una posición de superioridad indiscutible sobre las taifas musulmanas. Nunca un rey cristiano había sido tan poderoso. Tenía treinta y dos años y le esperaba todavía un largo reinado.

Culebrón de amor y poder en la corte de Barcelona

Vamos ahora al otro extremo del mapa, a los condados catalanes, donde al mismo tiempo estaban pasando cosas de enorme relevancia. Algunas de ellas, por cierto, bastante sangrientas. Pero, sobre todo, vamos a asistir al protagonismo de una mujer excepcional: la hermosa condesa Almodís de la Marca.

Recompongamos el paisaje. Después de la regencia de la abuela Ermesenda, de la que ya hemos hablado aquí, el conde de Barcelona, Ramón Berenguer I, había emprendido una tenaz tarea de reconstrucción del poder condal frente a las rebeliones feudales (y frente a su abuela Ermesenda, que era de armas tomar). También hemos contado aquí cómo, paulatinamente, Ramón Berenguer I, alias El Viejo, fue ganando terreno a sus rivales. Tuvo que superar enormes dificultades, incluidos golpes de Estado, pero finalmente logró que la autoridad soberana del conde prevaleciera sobre los poderes particulares de los nobles.

Esta agitada vida política de El Viejo se combinaba con una no menos agitada vida matrimonial. Y en ella hemos de pararnos con algún detalle,

porque los sucesivos enlaces de Ramón Berenguer iban a tener consecuencias inesperadas. A la hora de buscar esposa, el conde de Barcelona había apostado decididamente por el espacio occitano, el sur de Francia. Su primera mujer fue la hija del vizconde de Nimes, Isabel, a la que desposó cuando nuestro hombre tenía sólo dieciséis años. Isabel le dio tres hijos, dos de ellos muertos a muy corta edad. Sobrevivió el primogénito, Pedro Ramón, cuyo nombre debemos retener. Isabel de Nimes murió pronto, y entonces Ramón Berenguer se casó de nuevo: lo hizo con la dama Blanca de Narbona, con la que no tuvo descendencia y que fue repudiada. Y por último, El Viejo —que aún no era tan viejo: tenía treinta y tres años— contrajo matrimonio con la hija del conde Bernardo de Razés, la dama Almodís de la Marca. Y aquí es donde aparece nuestra heroína.

Decimos que Ramón «contrajo matrimonio» con Almodís, pero en realidad habría que decir que la raptó: como suena. La de Almodís es una historia realmente enrevesada y, además, rodeada de rasgos novelescos. Su familia, la de los condes de Razés, descendía directamente de Carlomagno: era una de las grandes casas de Francia. En cuanto a nuestra dama, era una mujer de excepcionales cualidades: hermosa, muy culta y con acusado olfato político. Almodís ya no era ninguna niña: superaba los treinta años y tenía tras de sí dos matrimonios y cinco hijos. Primero había estado casada con el noble Hugo V de Lusiñán, primo suyo, de quien tuvo un hijo. Ese matrimonio fue anulado por razones de consanguinidad. Entonces Almodís se casó con el poderoso conde de Tolosa, Ponce III. Almodís tuvo cuatro hijos con el conde tolosano. Pero después de diez años de matrimonio aparentemente apacible, algo extraordinario ocurrió.

Lo que ocurrió, según la tradición, es que un buen día apareció por el castillo de Tolosa el conde de Barcelona, Ramón Berenguer I, que volvía de un viaje de inspección por la frontera norte del condado. Ramón fue hospedado por el conde de Tolosa, como no podía ser menos, y allí El Viejo conoció a nuestra protagonista. La conoció y más aún: se quedó absolutamente prendado de ella. Por lo que la tradición nos ha legado sobre Almodís, esta mujer debía de estar acostumbrada a suscitar tal efecto en los hombres: era sencillamente arrebatadora. Esta vez, sin embargo, había una diferencia: a Almodís también le gustó Ramón Berenguer.

Lo que pasó después parece más propio de una novela galante que de un relato histórico. Ramón y Almodís se siguen frecuentando a escondidas, mientras el conde Ponce de Tolosa empieza a sufrir serios dolores en la frente.

Ramón, que ya sólo tiene ojos para Almodís, repudia a su esposa Blanca con el argumento —cierto, por otro lado— de que no le había dado descendencia. Abrasados por una madura pasión —los dos habían superado los treinta años —, los amantes se conjuran para huir juntos. Con el concurso de criados fieles, Almodís y Ramón traman un plan: el conde de Barcelona raptará a la dama de Tolosa, la cual, por supuesto, se dejará raptar. Y así, un buen día, Ramón Berenguer I apareció en Barcelona con un regalo inesperado: la hermosa dama Almodís, nueva condesa de Barcelona.

¿Una turbulenta historia de amor? No hay por qué dudarlo, pero el interés siempre ha sido un excelente lubricante para el amor, y en este caso la mano de Almodís traía asociados importantes derechos sobre el Languedoc, al otro lado del Pirineo catalán. De manera que la alianza de Almodís y Ramón, además de plasmar una relación sentimental, abría una vinculación política nueva: el condado de Barcelona se proyectaba hacia el norte, el Languedoc francés se proyectaba hacia el sur. Así que la aventura iba mucho más allá de un asunto pasional.

El escándalo fue mayúsculo, como se puede imaginar. Blanca, la esposa repudiada, no estaba dispuesta a perder el condado. Y por supuesto, el marido de Almodís, Ponce de Tolosa, no se iba a resignar a perder la pieza. Pero, además, la anciana condesa viuda Ermesenda, la abuela de El Viejo, también puso el grito en el cielo, no tanto por sentido de la fidelidad matrimonial como porque vio en la recién llegada, Almodís, una grave amenaza para su influencia política (y la vieja no se equivocaba). En todo caso, ahora Ermesenda veía en el episodio un excelente pretexto para recuperar el poder que su nieto le había socavado. Los tres —Blanca, Ponce y Ermesenda— conseguirán que el papa Víctor II excomulgue a Almodís y Ramón por adúlteros. Se abría así un convulso periodo donde las cosas del querer se mezclarían con las cosas del poder.

No podríamos decir exactamente cómo vivían Ramón Berenguer y Almodís las cosas del querer, pero sí sabemos cómo gestionaron las cosas del poder, y hay que reconocer que lo hicieron con mano maestra. Volvemos ahora al principio de nuestro relato: Ramón Berenguer, decíamos, había logrado que la autoridad soberana del conde prevaleciera sobre los poderes particulares de los nobles. ¿Cómo lo hizo? O más exactamente: ¿cómo lo hicieron?, porque aquí Almodís jugó un papel protagonista. Lo hicieron, fundamentalmente, a base de dinero.

Ramón y Almodís se lanzaron a comprar literalmente el condado. Invirtieron sumas fabulosas en adquirir tierras y castillos, obligando a los nobles a suscribir infinidad de pactos que regulaban minuciosamente las relaciones de poder dentro del condado y que aseguraban el predominio del conde de Barcelona en todos los territorios. Conocemos muchos ejemplos concretos de esos contratos. Almodís y El Viejo compraron once castillos en el término del Penedés, que era el centro de la revuelta feudal. Firmaron pactos con los clanes nobiliarios más relevantes: los Gurb-Queralt y los Orís de Osona, los Cervelló en Barcelona, los Cerviá-Celrá de Gerona, y también con las casas vizcondales de Barcelona, Cabrera (en Gerona) y Cardona (en Osona). ¿Y qué decían esos pactos? Que los magnates quedaban obligados a reconocer la autoridad del conde y a prestarle fidelidad en todos los sitios de sus dominios. Y para evitar malentendidos, Ramón y Almodís se preocupaban de citar con todo detalle cuáles eran los dominios en cuestión: los cuatro condados de Barcelona, Gerona, Osona y Manresa; los tres obispados de Barcelona, Gerona y Vic; las cinco ciudades de Barcelona, Vic, Manresa, Gerona y Cardona, y los castillos conquistados de la Baja Ribagorza. Más claro, agua.

Simultáneamente, El Viejo y su encantadora esposa francesa iban incorporando al núcleo barcelonés todos los condados que les quedaban a mano: Urgel, Besalú, Ampurias, Cerdaña, Ribagorza… Ramón Berenguer había sido el único capaz de controlar la rebelión feudal que se extendió por toda Cataluña. Eso le había proporcionado una superioridad innegable sobre todos los demás condes. Y así El Viejo recibió el homenaje —es decir, el juramento de fidelidad— de los condes de Besalú, Cerdaña, Ampurias y Rosellón. Como además había conseguido el apoyo político del condado de Urgel, a la altura del año 1060 podía decirse que el conde de Barcelona era el amo indiscutible de toda Cataluña.

¿Y de dónde habían sacado Ramón Berenguer I y Almodís el dinero para sufragar semejante política? De las parias, aquellos tributos que, a cambio de protección, le pagaban las taifas moras de Lérida, Tortosa y Denia. Parece que Barcelona cobraba a los moros unas parias sensiblemente más elevadas que las que cobraban aragoneses, castellanos y leoneses. Y los moros del Mediterráneo aceptaban el juego porque el arreglo con Barcelona les resultaba vital: aunque pagaran más, se aseguraban la estabilidad de la ruta comercial hacia el interior de Europa. Así pudo El Viejo invertir en su política unas sumas desorbitadas. Estudios modernos evalúan en diez mil onzas de oro

el total de las inversiones desembolsadas por Almodís y Ramón Berenguer I en la compra de tierras y plazas fuertes. Una cifra fabulosa.

La irresistible Almodís había llegado a Barcelona en 1052, en la novelesca peripecia que hemos visto. Tan sólo cinco años después, ella y su marido, el conde de Barcelona, habían sofocado las revueltas feudales, habían amasado una fortuna considerable y, más importante aún, habían conseguido incluso doblegar a aquella otra mujer extraordinaria que fue la anciana Ermesenda: porque la abuela del conde, viendo que tenía la partida perdida, optó por reconciliarse con su nieto y con la francesa, pidiendo al papa que levantara la excomunión que pesaba sobre ellos. Fue lo último que Ermesenda hizo en vida. Fue también la mayor victoria de Almodís. Pero la tragedia esperaba a la vuelta de la esquina.

El horrible final de la hermosa Almodís de la Marca

Almodís de la Marca, entre sus innumerables encantos, contaba con el de poseer derechos sobre amplios territorios en Carcasona y el condado de Razés. Todas estas regiones francesas pasaron así a depender del condado de Barcelona. Naturalmente, los condes se habían preocupado de que esta expansión territorial no se agotara en ellos, sino que pasara a la siguiente generación. En particular, Almodís había puesto el mayor celo en aparecer siempre ella en todos los documentos, de los cuales, además, guardaba para sí una copia. El objetivo era poder legar un día todo ese patrimonio a los dos hijos varones del matrimonio: los gemelos Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II, que así se llamaban, predestinados desde su mismo nacimiento a gobernar juntos sobre el condado. Ahora bien, los gemelos no eran los únicos herederos. Porque el conde Ramón Berenguer había tenido un hijo de su anterior matrimonio con Isabel de Nimes. Y este hijo, de nombre Pedro Ramón, no estaba en absoluto de acuerdo con el reparto.

Pedro Ramón de Barcelona, había nacido hacia 1040, hijo del conde de Barcelona Ramón Berenguer y de Isabel de Nimes, vizcondesa de Beziers. Isabel había desaparecido de la vida catalana muy pronto. Pedro Ramón quedaba como heredero único del condado. Pero el matrimonio de Ramón Berenguer con Almodís trastocó todos los planes. Almodís dio al conde de Barcelona dos hijos varones, y luego se ocupó de acumular un importante patrimonio territorial que pasaría directamente a ellos. A Pedro le quedaba, al

menos, la herencia del título condal barcelonés, pero incluso esto le fue arrebatado cuando Almodís, hacia 1063, logró marginarle de todos los documentos oficiales. Al acabar la década, incluso la herencia de la corona condal estaba ya sobre las sienes de los hijos gemelos de Almodís. Y Pedro Ramón quedaba literalmente anulado.

La hostilidad que Almodís profesaba a Pedro no era ningún secreto. El odio de Pedro a Almodís, tampoco. A finales de octubre de 1071, la situación estalló: ¡Pedro asesinó a Almodís!

Ignoramos los detalles del episodio, que seguramente tuvo lugar en el mismo palacio condal de Barcelona. Dicen algunas fuentes que no fue un asesinato premeditado, sino fruto de un ataque de ira. Sea como fuere, la cosa era irreparable. Almodís de la Marca moría con poco más de cincuenta años. Teniendo en cuenta la influencia que Almodís había llegado a ejercer sobre la vida del condado, podemos suponer que la noticia significó una auténtica conmoción. Y aunque Pedro Ramón podía esgrimir sus derechos de primogenitura, nadie levantó la voz por él.

El final de Pedro Ramón de Barcelona fue tan desdichado como lo había sido su vida. Desposeído de todos sus derechos, fue apresado y sometido a la autoridad del papa Gregorio VII, que lo excomulgó. Para redimir su delito fue condenado a una severísima pena: veinticuatro años de destierro, ayuno y peregrinación, mientras lavaba sus faltas en la guerra contra los musulmanes. Pedro Ramón de Barcelona murió en algún lugar de la frontera andalusí, dice la tradición que en combate, hacia el año de 1073.

La muerte de Almodís llevó a Ramón Berenguer a acelerar los trámites de su sucesión. Bastante a tiempo, porque el propio conde abandonaría el mundo de los vivos en 1076. ¿Cómo quedaba entonces el condado? En manos de los dos hermanos, a quienes el testamento paterno encomendaba el gobierno conjunto de Barcelona, Gerona y Osona, más los otros dominios incorporados a su casa. «Gobierno conjunto», en este caso, quería decir literalmente eso: ninguno de los dos podía prescindir del otro; cuando alguien jurara fidelidad a cualquiera de los dos hermanos, automáticamente la juraría al otro. Y para asegurar el plan, el viejo conde ponía a sus dos hijos bajo tutela papal. Como solución para asegurar la unidad del condado de Barcelona, no dejaba de ser original.

Lamentablemente, los dos hermanos eran cualquier cosa menos buenos camaradas. Ramón Berenguer II, llamado Cabeza de Estopa por lo rubio que

era, mantenía un cierto número de privilegios que le daban alguna superioridad sobre su hermano, Berenguer Ramón II. Las disputas entre los dos fueron subiendo de tono. En un momento determinado, el papa, que al fin y al cabo ostentaba la tutela sobre ambos, intervino. Lo hizo a través de su legado Amat de Olorón. Era el año de 1077. La querella territorial entre los gemelos de Almodís se hacía tan compleja que fue preciso nombrar una comisión. Allí estarán, además del enviado papal, el obispo de Gerona y los abades de Ripoll, Sant Cugat y Sant Ponc. Y su trabajo será ciertamente arduo: satisfacer las reivindicaciones de unos y otros procurando que, al mismo tiempo, las funciones soberanas siguieran indivisas, tal y como el viejo conde había dispuesto en su testamento.

El reparto de propiedades entre los hijos de Almodís pasma por su minuciosidad y nos dice mucho sobre la recíproca desconfianza que estos hermanos se profesaban. El Cabeza de Estopa y Berenguer Ramón se repartieron, en sucesivas operaciones, la ciudad de Barcelona, Castellvell y su marca, Olérdola, Villafranca del Penedés, Vallmoll, Benviure, Gavá, Pallejá y otros dominios; después, cada cual quedó con la mitad de los castillos de Barberá y de la Bleda, e igualmente fueron demediados los condados de Carcasona y Razés. Tan poco se soportaban el uno al otro, que decidieron repartirse incluso la residencia en el palacio condal de Barcelona: seis meses al año cada uno.

Lo que no se interrumpió, a pesar de la explosiva situación del condado de Barcelona, fue la obra de reconquista. De hecho, en aquellos años la repoblación llegó hasta Torregrosa, a un paso de Lérida. Las taifas de Lérida y Zaragoza, vasalla la primera, enemiga la segunda, retrocedían. Y una vez más veremos cómo la repoblación va avanzando al margen de las conmociones que sacuden a la cristiandad en las alturas de la política.

De la huella que Almodís de la Marca dejó en Cataluña ya sólo quedaba esta rivalidad entre los dos hermanos, que en los años siguientes iba a llegar a su paroxismo. Pero quedaba también la incorporación a Barcelona del condado de Carcasona, una amplia región que abarcaba desde el Pirineo hasta la Costa Azul: Nimes, Agde, Beziers, Razés, Albí… Y el Cabeza de Estopa, por su parte, se casaba con Mafalda de Apulia, una dama normanda, de los mismos normandos que por entonces dominaban Sicilia. Sin duda sin saberlo, los gemelos de Almodís estaban prefigurando lo que sería el futuro Imperio mediterráneo de Aragón.

La melancólica historia de un abad aragonés

Ya hemos visto cómo estaban las cosas en León y en Castilla, y también lo que estaba pasando en Cataluña. Vamos ahora a Aragón, donde Sancho Ramírez sigue empeñado en prolongar la obra de su padre, Ramiro: construir un reino. ¿Y cómo se construye un reino en el siglo XI? Poniendo orden, organizando, jerarquizando, dando a cada cual su función y su lugar. Y así el orden político va amaneciendo sobre el desorden original. El mundo cambia.

Lo que está ocurriendo en Aragón en este momento, a la altura del año 1070, es que todo cambia a gran velocidad. En cierto modo, y salvadas las diferencias de tiempo y lugar, ahora vamos a ver en Aragón lo que dos siglos antes habíamos visto en Asturias. Lo que hasta hace poco era una colección desperdigada de núcleos rurales, encajonados entre las montañas, va a convertirse en una red cada vez más organizada de centros urbanos con una estructura de poder bien visible. Al paso de este cambio se transforman muchas cosas. Primero, las relaciones sociales. Además, y por supuesto, la estructura del poder. Y en medio de todos estos cambios resulta crucial el papel de la Iglesia, auténtico eje de la vertebración del territorio. Un hombre va a vivir esos cambios en primera persona: el abad de Fanlo, el reverendo padre Banzo. Él será ahora nuestro protagonista.

El abad Banzo ha aparecido en nuestra historia hace poco: cuando Sancho Ramírez conquista la plaza de Alquézar, que abre finalmente la frontera aragonesa al llano de Huesca. Era el año 1067.Y en aquel momento, el rey Sancho Ramírez, agradecido, expide una donación para nuestro abad que decía más o menos así:

> *Y para recompensar los buenos servicios que me hiciste y haces siempre, y porque fabricaste aquella torre en Alquézar para ensanchamiento de los cristianos y desgracia de los moros, dono al monasterio de Fanlo la villa de Beranuy, y a ti, Banzo, abad, la partida e iglesia de Santa María de Sabiñánigo.*

Un hombre importante, pues, este abad Banzo de Fanlo. Lo bastante como para ayudar al rey en la tarea de reconquista y adornar la recién ganada plaza de Alquézar con la construcción de una torre, nada menos. Y bien: ¿de dónde había salido Banzo? Buesa Conde ha estudiado su figura. Y lo que sale a la luz es una imagen particularmente viva de aquellos tiempos fundacionales del Reino de Aragón.

Banzo había salido de lo más profundo del Aragón inicial, el que dormía bajo las montañas de Jaca. Había nacido en el primer decenio del siglo en el pueblo de Bailo, en la orilla sur del río que daba nombre al viejo condado carolingio: el Aragón. Desde fecha tan remota como el año 1035 figura ya como abad de la casa monástica de San Andrés de Fanlo. Este pueblo, Fanlo, está en las montañas de Ordesa, a dos pasos del Monte Perdido: un escenario de paisajes muy bellos y vida muy dura. El monasterio, según parece —porque de él apenas quedan restos—, estaba un poco más al sur, cerca de Sabiñánigo. En ese paraje buscaron los monjes asiento. El monasterio había nacido bajo la protección directa de Sancho el Mayor y la diócesis de Pamplona. En torno a él se articula la repoblación con gentes venidas de Aragón y Navarra.

Recordemos qué era un monasterio en el siglo XI: el auténtico centro de la vida social en las áreas rurales. Los monjes rezan, pero también cultivan la tierra, y las paredes del monasterio sirven de referencia y de protección para las familias campesinas de la comarca. Un monasterio como este de Fanlo no es sólo un centro religioso; es también un centro político y económico. Gracias a los monasterios es posible la repoblación.

Nuestro monje, Banzo, debía de ser muy joven cuando se hizo cargo de la abadía de Fanlo, pero demostró enseguida una inteligencia y una eficacia excepcionales. Tanto que el monasterio, pese a adolecer de una situación geográfica desventajosa, pronto comenzó a prosperar y a mediados de siglo ya era uno de los más influyentes del reino. Decidido partidario del proyecto político de Ramiro, el abad Banzo prestará igualmente su apoyo a su hijo, Sancho Ramírez. Hay que recordar que el Reino de Aragón había buscado desde el primer momento el respaldo de la Santa Sede. Toda la repoblación aragonesa era en realidad cruzada, antes incluso de la cruzada propiamente dicha de Barbastro.

Desde su posición de liderazgo en la iglesia aragonesa, Banzo respalda al rey Sancho en su ofensiva reconquistadora. En 1067 es cuando se instala en Alquézar y se encarga personalmente de aquella torre que el rey tanto le agradeció. No fue, por cierto, la única recompensa que recibió Banzo: su relación con el rey Sancho era lo suficientemente fluida como para obtener de él, además, cargos de importancia para sus hermanos, y no hablamos aquí de sus hermanos de orden —benedictinos—, sino de sus hermanos de sangre. A uno de los hermanos de Banzo, llamado Lope Fortuñones, se le designará «tenente» de la villa de Alquézar. Al otro hermano, llamado García, le sitúan

los documentos en Bailo, su pueblo natal, y cabe suponer que también se beneficiaría de la influencia del poderoso monje.

Todo cambiaría, sin embargo, en los años inmediatamente siguientes. Los aires de cambio que soplan en la Iglesia y en el reino dejarán a Banzo en una posición francamente difícil. Todo había empezado unos años atrás, cuando el legado pontificio Hugo Cándido llegó a España para implantar las reformas de Cluny. Hugo, además de presidir un concilio en Nájera, vino con el encargo de reformar la Iglesia en Navarra y en Aragón. En 1068, el rey Sancho Ramírez peregrinó a Roma, declaró al Reino de Aragón vasallo de la Santa Sede y obtuvo del papa el título de miles *Sancti Petri*, guerrero de San Pedro. Volvió convencido de la necesidad de implantar las reformas que el papa pedía.

¿Y en qué consistían esas reformas? Sobre todo, en dos cosas. La primera, aplicar la nueva línea cluniacense a los monasterios. Recordemos: apartar a los monasterios de la tutela de los nobles, práctica que estaba dando lugar a muchos abusos, y situarlos bajo la autoridad directa del papa, para garantizar su pureza religiosa. Ésta era la base de la reforma cluniacense, que ya hemos visto aquí, y que en España había entrado casi un siglo antes a través de Cataluña. La reforma incluía la homologación de la liturgia, es decir, la sustitución de las liturgias locales —en España, el rito mozárabe de origen visigodo— por el rito romano. Pero además de esta reforma cluniacense había otra de importancia no menor, la reforma gregoriana, así llamada por el nombre del papa Gregorio VII, y que modificaba a fondo la vida y organización de monasterios y catedrales: a partir de ahora, los monjes vivirían en común y con voto de pobreza, de manera que los canónigos no podrían poseer bienes ni disponer de ellos. Y todas estas cosas cambiaban radicalmente el paisaje.

Banzo recibió las novedades con abierta hostilidad. Se sabe que el primer monasterio aragonés en aplicar las reformas fue el de San Juan de la Peña, donde estaba el panteón real y que era, por así decirlo, el más vinculado a la persona del rey. En San Juan de la Peña se cambió al abad (llega un monje francés llamado Aquilino), se cambió el rito litúrgico y también se cambiaron las costumbres monacales. De todos estos cambios, el más explosivo era el que afectaba a la liturgia: el rito mozárabe, tradicional en España, era sustituido por el nuevo rito romano. Y la sustitución no se limitaría a San Juan de la Peña, sino que tendría que extenderse al conjunto de la Iglesia aragonesa. El abad Banzo será el primer disidente.

Pero, además, la reforma gregoriana ponía a Banzo literalmente fuera de juego. Él había encarnado mejor que nadie en Aragón la función tradicional de los monasterios: ser centros económicos y políticos que permitían organizar el territorio en las duras condiciones de la primera repoblación. Pero ahora el papa, para perseguir los abusos que inevitablemente acompañaron a aquel cometido, vetaba a los clérigos la posesión de bienes. Y sin bienes, ¿cómo seguir desempeñando aquella función? Era simplemente imposible. El mundo acababa de cambiar de un plumazo. Y Banzo ya no cabía en él.

El monasterio de San Andrés de Fanlo adoptó la reforma gregoriana en 1071. El rey nombró nuevo abad: el monje Jimeno Vita. Nuestro abad Banzo, muy contrariado, pero obediente, prefirió marcharse: no tenía otra opción. Fue acogido en San Juan de la Peña, por el abad Aquilino, el francés, «con honor y distinción». Banzo no quiso permanecer en el gran monasterio pinatense, sino que pidió se le alojara en alguno de los pequeños cenobios que dependían de San Juan. Fue enviado a San Martín de Cercito, en el recóndito paraje montañoso de Acumuer. Allí pasó sus últimos años, alejado del mundo y, por supuesto, del poder.

La vida del abad Banzo no tuvo un final feliz. A nuestro anciano abad le había pasado la historia por encima y después le había dejado a un lado. Él, que había sido la representación más acabada del viejo papel de la Iglesia en la temprana Reconquista, se veía ahora fuera del curso de los tiempos. Seguramente en su último retiro monacal, en la oración y en la soledad, encontró Banzo el consuelo para soportar los reveses del tiempo. Son recursos que siempre vienen en socorro de los hombres de fe. Sin duda a Banzo ya sólo le importaba la vida eterna. Pero al otro lado de las tapias del monasterio, la vida seguía. Y el Reino de Aragón, incluida la Iglesia aragonesa, abría una etapa nueva.

El reparto de Navarra y el crimen de Peñalén

Comienza la década de 1070 y todo en la España cristiana está cambiando con rapidez. El Reino de León ha recuperado Castilla y se ha convertido en una potencia temible. El condado de Barcelona, bajo los hijos gemelos de Almodís, se derrama a los dos lados del Pirineo catalán. Aragón se construye a marchas forzadas, al ritmo que marcan su expansión territorial y las

reformas eclesiásticas. Nos queda ver qué estaba pasando en Navarra. Y lo que vamos a encontrar es pasmoso: un asesinato en la corte.

El muerto: el propio rey, Sancho IV, hijo de García Sánchez, nieto de Sancho el Mayor. A este Sancho IV le van a matar y, sobre su cadáver, los territorios del reino se romperán como un cristal. Navarra se parte y la corona pasa a otras sienes. Es la historia que vamos a contar ahora.

Sancho IV, llamado el Noble y también el de Peñalén, no empezó siendo un mal rey. Había heredado la corona en condiciones muy difíciles, en el campo de batalla de Atapuerca, ante el cadáver de su padre, García Sánchez III. Tenía entonces sólo catorce años. Su madre, Estefanía de Foix, le condujo durante aquellos primeros pasos. Enseguida tuvo que afrontar la amenaza castellana, que contuvo como pudo. En Aragón encontró firmes aliados: su tío Ramiro I y después, su primo Sancho Ramírez. Su peor crisis, la «guerra de los tres Sanchos» —aquí la hemos contado—, la superó con éxito. Antes y después de eso, su mayor preocupación fue garantizar ingresos sostenidos para el reino a través de las parias de Zaragoza. Sostenidos y sustanciosos: 12.000 monedas de oro anuales, nada menos.

Todo parecía en orden y bien encauzado. Sin embargo, a partir de un determinado momento Sancho IV empieza a hacer cosas extremadamente discutibles. Primero se enemista con Sancho Ramírez de Aragón, al que amenaza con ocupar las tierras repobladas en el norte de Huesca. ¿Por qué hizo eso el de Pamplona? Porque quería asegurarse el cobro de las parias de Zaragoza, cuyo rey moro estaba en guerra con Aragón. Por el mismo motivo, el rey de Navarra obligó a una enojosa inactividad a la nobleza guerrera del reino, que tenía vetado atacar al moro. Y mientras tanto, Sancho IV aprovechaba para construirse una notable fortuna a base de dinero contante y sonante, pero también de ganado, reservas de vinos, pieles, armaduras, lujosas monturas… La codicia.

Hay constancia documental de que las tensiones entre Sancho y los nobles navarros alcanzaron extremos poco soportables. Reiteradas veces fue necesario renovar los juramentos y los compromisos, pero Sancho los interpretaba siempre a su favor buscando sacar la mayor tajada. En su codicia el rey llegó a ejemplos de arbitrariedad inconcebibles. Uno de ellos: en un cierto momento, el rey, en el peor estilo de la época, manda matar a doce personas. Arrepentido, en concepto de penitencia entrega un monasterio al obispo Gomesano de Calahorra. Pero acto seguido, y como autocompensación por esta donación, fuerza al obispo a entregarle «voluntariamente» dos lorigas

y dos caballos valorados en 600 sueldos. Eso era ya Sancho IV: un monstruo de codicia.

Esta insoportable arbitrariedad del rey concitó odios sin fin: en la mentalidad de la época, un rey injusto, dado al vicio y al perjurio, perdía cualquier legitimidad. ¿Dónde empezó a moverse la conspiración? Para empezar, entre los propios hermanos de Sancho. Porque Sancho tenía muchísimos hermanos: nada menos que ocho legítimos y dos bastardos. De ellos, seis eran mujeres, lo cual las excluía de la línea sucesoria, pero no de las intrigas en la corte. Y los otros hermanos, cuatro varones, aunque bien colocados todos ellos en señoríos productivos, quizá sintieron la tentación de ir más allá de donde el destino les había situado, o tal vez acogieron con demasiada simpatía las quejas de los nobles. Esto no lo sabemos a ciencia cierta. Tampoco qué magnates, qué notables del reino pudieron haber prestado apoyo a los conspiradores. Pero conspiración, la hubo. Con sobradas razones. Y con un desenlace verdaderamente traumático.

El escenario del drama será el barranco de Peñalén, en el término de Funes: un escarpado promontorio de 392 metros de altura, todo arcilla y yeso y lodos y arenisca, vigía impresionante sobre las aguas del Arga. Desde la cima se divisa la unión de los ríos Arga y Aragón antes de desembocar en el Ebro. Un lugar muy hermoso. Más todavía en primavera, cuando los campos florecen. Ahora, 4 de junio de 1076, es primavera. Y en ese lugar el rey Sancho IV volviendo de una cacería, se detiene a descansar. Podemos imaginarle contemplando, absorto, el fantástico paisaje desde la cumbre del barranco, al borde del precipicio. En ese momento, unas manos traidoras empujan a Sancho. El monarca cae al vacío. Morirá en el acto.

Dice una tradición popular que en realidad no fueron los hermanos del rey quienes perpetraron el crimen, sino un noble local, el señor de Funes, furioso porque Sancho había abusado de su esposa. Y así el noble ultrajado, al grito de «A señor rey alevoso, vasallo traidor», empujó al monarca al vacío. Esto, en todo caso, es leyenda popular. Y aunque no cabe descartar que el mismo señor de Funes participara en el regicidio con otros nobles, hoy parece incuestionable que los asesinos fueron los hermanos de Sancho.

Todas las crónicas apuntan a un nombre: Ramón de Navarra, sexto hijo legítimo de García Sánchez, y señor de Murillo y Agoncillo. Junto a él se cita siempre a una hermana: Ermesenda, casada con Fortún Sánchez, señor de Yarnoz y de Yéqueda. Y sin duda, a su lado, un nutrido número de barones del rey, aristócratas exasperados por la intolerable conducta de Sancho. Entre

todos le mataron. Y el despeñado Sancho pasará a la historia como «Sancho el de Peñalén».

Ninguno de los más cercanos parientes del rey recogió la corona. Sancho estaba casado con Placencia de Normandía y tenía dos hijos, pero eran de muy corta edad: no podían heredar. En cuanto a los hermanos del rey, todos habían quedado estigmatizados por el regicidio. Y sin rey en Pamplona, ¿adónde mirar? Los nobles del reino se dividieron. Unos miraron hacia Castilla, donde reinaba Alfonso VI de León; otros, hacia Aragón, donde reinaba Sancho Ramírez. Ambos, nietos de Sancho el Mayor. Y los dos terminarían repartiéndose Navarra.

Alfonso y Sancho se apresuraron a plantar sus reales ante Pamplona y Nájera. El asesinato de Peñalén había ocurrido a principios de junio. Pues bien: a primeros del mes siguiente ya tenemos a Alfonso VI entrando con sus huestes en Nájera y en Calahorra. En cuanto a Sancho Ramírez, cuyas relaciones con la corte navarra eran sensiblemente mejores que las de su primo leonés, no necesitó de grandes alardes: se presentó en Pamplona e inmediatamente fue acogido por los nobles del reino.

Es muy interesante ver hacia dónde mueven sus fuerzas los dos nietos de Sancho el Mayor, Alfonso y Sancho. El rey de León, que lo es también de Castilla, persigue exactamente los mismos objetivos que venían buscando los castellanos desde treinta años atrás: Álava, Vizcaya y La Rioja, en torno al poderoso centro monástico de San Millán de la Cogolla. Era una tenaz política que había permanecido inmutable por encima de los cambios de poder: atraerse a los señores feudales de las comarcas limítrofes, riojanos o navarros, para que la zona segregada por el lejano testamento de Sancho el Mayor volviera a Castilla un día. Ahora había llegado ese día.

Conocemos los nombres de algunos de aquellos nobles. Íñigo López, señor de Vizcaya (de él saldrá el linaje de los López de Haro). García Ordóñez, poderoso en La Rioja y, además, cuñado del difunto rey navarro Diego Álvarez. Y también el muy importante Gonzalo Salvadórez, el conde de Lara. Son todos estos señores, aliados del rey Alfonso, quienes le abren las puertas para que ahora, muerto el rey navarro, extienda sus dominios hasta Guipúzcoa y el sur de La Rioja.

En cuanto al aragonés, Sancho Ramírez, su objetivo es ante todo la corona: reconocido como rey por los nobles navarros, Sancho se apresura a incorporar el viejo solar de Pamplona a sus dominios. La expansión territorial

hacia el oeste no le interesa: lo que él quiere es consolidar un poder bien organizado al norte del Ebro, y la ampliación navarra le brinda una oportunidad extraordinaria. De hecho, es a partir de este momento cuando Sancho va a emprender sus campañas militares más notables. Para tener las espaldas bien guardadas, Sancho Ramírez se preocupa de fijar claramente los límites con su primo Alfonso. El acuerdo fue pacífico. Navarra reconocía la hegemonía castellana sobre Álava, Vizcaya, parte de Guipúzcoa y La Rioja. Sancho prestaba vasallaje a Alfonso, pero sólo en tanto que rey de Pamplona, no como rey de Aragón. Y por otro lado el aragonés se garantizaba una salida al mar Cantábrico entre San Sebastián y Hernani. Desde el punto de vista territorial, la mayor ganancia era para el Reino de León, con aquella Castilla ampliada. Pero desde el punto de vista político, quien asumía la corona navarra era el monarca de Aragón.

Así el Reino de Navarra quedó partido en dos. Apenas medio siglo atrás, el talento político de Sancho el Mayor había convertido a la corona de Pamplona en la más poderosa de la España cristiana. Ahora ya no quedaba nada de todo aquello, salvo un pequeño condado de Navarra dentro del nuevo reino de Sancho Ramírez.

En cuanto a Ramón, el hermano regicida, al que la historia cargó con la responsabilidad mayor en el crimen de Peñalén, su rastro se borra en las olas de la historia. Parece que huyó a la taifa mora de Zaragoza, donde fue hospedado por al-Muqtadir. Allí estaba al menos en 1079. Después, silencio. La memoria de Ramón desapareció como aquel enorme Reino de Navarra que Sancho el Mayor construyó un día y del que ahora ya sólo quedaban los restos. Restos que, sin embargo, mantendrían su identidad singular. Y que pronto darían nuevamente que hablar.

Cambios profundos en la España de las taifas moras

Hemos repasado cómo estaba la España cristiana: la situación de sus distintos reinos, también las querellas que oponían a unos y otros. Había otra España: la España mora, la de los Reinos de Taifas. Pero tampoco ésta formaba un bloque bien avenido, sino que, al igual que la España cristiana, se hallaba cruzada por guerras y conflictos. Los cristianos luchaban entre sí; los moros luchaban entre sí; y moros y cristianos se ayudaban o se enfrentaban,

alternativamente, en sus pugnas con otros moros o con otros cristianos. Un paisaje verdaderamente complejo.

El factor central de ese complejísimo paisaje era la relación de poder e interés entre los reinos cristianos y los reinos moros. Una relación que ahora, a la altura del año 1070, iba a empezar a conocer cambios muy profundos. Tan profundos que llevarán a la desaparición del propio sistema de taifas, mientras un rey cristiano bañaba su caballo en aguas de Tarifa, en el extremo sur de la Península y los guerreros de la cruz ponían cerco a Toledo, nada menos.

Las parias permitieron a los Reinos de Taifas vivir con relativa independencia durante mucho tiempo, pero eran pan para hoy y hambre para mañana. A medida que el sistema se afianzaba, la potencia cristiana crecía y la potencia mora menguaba. Necesitados de más riqueza para seguir pagando, los reinos moros empezarán a codiciar los tesoros de la taifa vecina. Eso a su vez obligará a cada taifa a aumentar sus tributos para reforzar su protección. Inevitablemente llegaría un momento en el que ya no habría suficiente dinero. ¿Y entonces? Entonces la guerra se impondría por sí sola. Y eso es lo que empezó a pasar andando la década de 1070.

Las taifas más poderosas no tardaron en comerse a las más débiles. Aquí hemos visto lo que pasó en la taifa de Zaragoza, que llegó a ocupar buena parte del litoral mediterráneo, pero no será un caso excepcional. Sevilla, por ejemplo, gobernada por los *abadíes*, devoró en sucesivas fases Niebla, Huelva, Algeciras, el Algarve, Córdoba, Ronda y, más aún, extendió sus posesiones hasta el Mediterráneo, hasta Murcia. A la altura del año 1078, con el rey al-Mutamid, la taifa de Sevilla era una considerable potencia sobre los cauces del Guadiana, el Guadalquivir y el Segura. Un proceso semejante de expansión había seguido la taifa de Toledo, en manos de los Banu Dil-Nun: a partir de su territorio inicial sobre la planicie manchega, había ido ocupando otras taifas hasta apoderarse de Valencia y de Córdoba; su rey al-Mamún, aliado y huésped de Alfonso VI, era a la altura de 1075 otro de los grandes poderes de la España mora.

Con semejante paisaje, el conflicto se hace inevitable. Los poderes emergentes de la España mora entran en pugna entre sí. Los monarcas cristianos, y en particular Alfonso VI de León, tratan de aprovechar esa pugna en su propio beneficio, como es natural. La división en la España mora reviste, en principio, un aspecto político exterior: se trata de la actitud ante la hegemonía cristiana, materializada en el pago de parias. El rey taifa de

Badajoz, al-Mutawagil, cuya frontera estaba relativamente tranquila, encabeza la oposición: no quiere seguir pagando. Sevilla duda. Zaragoza juega a dos bandas. Y Toledo, por su parte, prefiere mantener la alianza con los cristianos. ¿Era realmente el pagar o no las parias lo que estaba en discusión? No: más bien los campos se dividen en función de quién necesita más la alianza cristiana. Para Badajoz, la alianza de León es innecesaria. Para Toledo, por el contrario, es fundamental si quiere mantener su poder sobre el triángulo Toledo-Córdoba-Valencia.

Toledo será precisamente el escenario principal de todo cuanto ahora va a ocurrir. Recordemos que Alfonso VI, después de la batalla de Golpejera, estuvo desterrado precisamente en la taifa toledana, y allí el rey de León suscribió pactos importantes con al-Mamún, el caudillo de Toledo. Este al-Mamún llegó a la cumbre de su poder cuando tomó Córdoba con ayuda leonesa, pero allí, en Córdoba, moriría envenenado por alguna facción rival. Le sustituye entonces su nieto al-Qadir. En principio, el pacto de Alfonso y al-Mamún incluía la protección de los herederos de Toledo —y por tanto, del propio al-Qadir—, pero el joven rey taifa, quizá presionado por las circunstancias, o quizá porque quería volar solo, optó por prescindir de la alianza leonesa. Era el año 1076 cuando al-Qadir expulsaba de Toledo a los partidarios de la alianza con Alfonso VI, que eran fundamentalmente los mozárabes y los judíos. Tal vez esperaba ganarse con ello la amistad de las taifas vecinas, pero lo que desencadenó fue una sucesión de catástrofes.

Para empezar, dentro de Toledo se suceden los conflictos. La rescisión del pacto con León provoca enfrentamientos entre las facciones de la ciudad. Pero, además y sobre todo, el dominio toledano sobre Valencia y Córdoba empieza a peligrar: sin el apoyo cristiano, el rey taifa carece de fuerza para imponer su hegemonía. Valencia se subleva y se declara independiente. Córdoba también. Y a río revuelto, ganancia de pescadores: el rey taifa de Badajoz, al-Mutawagil, el mismo que no quería pagar parias, aprovecha la situación para atacar a su correligionario de Toledo. En 1080 derrota a al-Qadir. El nieto de al-Mamún tiene que huir de la vieja capital visigoda y se refugia en Cuenca. Todo se ha perdido. Su misma vida corre peligro. Sólo le queda una solución: renovar los pactos con Alfonso VI de León.

Alfonso VI acogió a al-Qadir. Y renovaría los pactos con el moro, sí, pero con una perspectiva sensiblemente distinta: esta vez el rey cristiano se quedaría con Toledo. En efecto, éste fue el pacto: Alfonso ayudaría a al-Qadir a recobrar su posición, pero, en cuanto el moro estuviera en condiciones de

recuperar también Valencia, y siempre con el apoyo leonés, al-Qadir quedaría como gobernador en la taifa valenciana y Alfonso tomaría posesión de Toledo, que volvería así a la cristiandad. Era una jugada extremadamente ambiciosa, pero Alfonso la había meditado bien. Tanto que incluso había negociado con el papa Gregorio VII la restauración de Toledo como sede primada de España.

Dicho y hecho: era el mes de abril del año 1081 cuando al-Qadir y Alfonso entraban en tierras toledanas. El nieto de al-Mamún recobraba de nuevo su capital. Derrotar al de Badajoz, al-Mutawagil, no fue difícil. Pero los mismos sectores musulmanes de Toledo que habían cooperado a la derrota de al-Qadir acudieron entonces a otros aliados: al-Mutamid de Sevilla, incluso al-Muqtadir de Zaragoza. Tampoco éstos fueron rival para Alfonso. El rey de León, en una galopada extraordinaria, marcha sobre Sevilla, cruza la taifa y llega hasta Tarifa, en el extremo sur de la Península. Dice la tradición que allí el rey de León, emperador de toda España, penetró con su caballo en el mar, para escenificar claramente su poderío.

Retengamos esta imagen: Toledo, la vieja capital hispanogoda, cuya herencia reclamaba la corona de Asturias y de León, está ahora sitiada por ejércitos cristianos. Tres siglos y medio después de la invasión musulmana, nada menos que Toledo está a punto de volver a la cruz. Eso marcará un punto de inflexión decisivo en la Reconquista. Los musulmanes de la Península, por su lado, empiezan a mirar por todas partes en busca de aliados; los encontrarán en el sur, en África. Y mientras tanto, un caballero recorre la taifa de Sevilla cobrando parias: Rodrigo Díaz de Vivar, el Campeador.

El destierro del Cid

Hay que recordar algo importante, que a muchos les parecerá una obviedad, pero que otros, por desgracia, en la España de hoy ignoran: el Cid no es un personaje de leyenda, sino un personaje real. O para ser más precisos: es un personaje real que después de su muerte se convirtió en personaje de leyenda. De manera que, a la hora de contar las cosas que le pasan, hay que precisar qué es historia y qué es literatura. Aquí lo haremos. Y su historia nos servirá como hilo para conocer las vicisitudes de la Reconquista en este periodo. Volvamos al Cid.

Volvamos a este personaje, que es crucial. Nacido hacia 1043 en Vivar, cerca de Burgos. Hijo de un *infanzón* y una noble. Huérfano a corta edad, educado en el palacio real junto al infante Sancho, en cuya mano derecha se convirtió, hasta el punto de que Sancho, ya rey, le nombró su alférez. A Rodrigo le hemos visto combatiendo, y siempre con éxito, en Pazuengos, Zaragoza, Llantada, Golpejera y Zamora. La tradición dice —y ya sabemos que es un episodio sujeto a discusión— que fue él, como cabeza de los ejércitos castellanos, quien tomó juramento a Alfonso VI en Santa Gadea. Después dejó de ser alférez, pero el rey Alfonso procuró tenerle contento: otorgó inmunidad a sus señoríos, le arregló un buen matrimonio con la dama Jimena Díaz, hija del conde de Oviedo, y le encomendó misiones de relieve. Por ejemplo, cobrar las parias de Sevilla.

Eso, cobrar las parias, es lo que el Cid estaba haciendo en Sevilla a finales de 1079, quizá principios de 1080. La taifa de Sevilla, gobernada por el rey al-Mutamid, era tributaria de León y pagaba las correspondientes parias, pero no por eso había dejado de jugar a dos barajas en el conflicto toledano. La misión de Rodrigo era cobrar las parias adeudadas, renovar la sumisión sevillana a León y garantizar la protección leonesa sobre al-Mutamid. Ahora bien, mientras Rodrigo estaba en Sevilla, Alfonso había enviado a otro de sus hombres a Granada: García Ordóñez. Y con una misión especial.

El episodio es francamente complicado: una de esas maniobras políticas a base de encajes de bolillos con las que uno intenta dos carambolas simultáneas. Repasemos la situación. Las tropas de Alfonso VI han puesto cerco a Toledo. Las otras taifas moras vacilan entre seguir peleando entre sí, aliarse con el rey de León o acudir sobre la vieja capital imperial. Para evitar una coalición de reinos taifas, Alfonso mueve ficha o, más precisamente, varias fichas a la vez. ¿Dónde está el peligro? En Sevilla y en Granada; ambos reinos moros son, en principio, tributarios de León, pero nadie puede asegurar que no vayan a cambiar de bando. De manera que Alfonso VI, para mantenerlos entretenidos, urde una compleja maniobra. Por una parte, envía a Rodrigo Díaz de Vivar a la Sevilla de al-Mutamid para cobrar las parias y recordarle al moro sevillano quién es el jefe. Por otra, envía a Granada a García Ordóñez para que la taifa granadina ataque a los moros de Sevilla.

García Ordóñez, llamado Crespo de Grañón, Boquituerto y también Crispín. ¿Quién era este señor? Uno de los grandes del reino. A García le hemos visto unos capítulos atrás tomando en sus manos el territorio de La Rioja. Cuñado de Sancho el de Peñalén y conde de Nájera, García Ordóñez

fue uno de los nobles que abrieron el camino a Alfonso VI para recuperar la Castilla oriental. Alfonso le dio el mando sobre Grañón y Calahorra, y Diego se ocupó de situar en esta última ciudad una importante sede episcopal. Ahora, con todos los esfuerzos de la corona leonesa puestos en Toledo, a García se le había encomendado una misión arriesgada: ir a Granada y reforzar al rey taifa Abdalá para hostigar a Sevilla. Pero la jugada salió mal.

La jugada salió mal porque al lado de al-Mutamid estaba el Campeador. Rodrigo no sabía que la taifa sevillana iba a ser atacada por los moros granadinos con refuerzos castellanos. Es probable que tampoco García Ordóñez supiera que en Sevilla no estaban sólo los moros, sino también la hueste de Rodrigo. El hecho es que el ataque granadino fue un desastre. Los caballeros de Rodrigo tenían una misión: cobrar las parias de al-Mutamid y, precisamente por ese tributo, prestar al moro de Sevilla la protección pactada. Su obligación era combatir a cualquier agresor, fuera quien fuere; también si eran castellanos aliados con Abdalá de Granada. Y cuando los de Granada atacaron, encontraron frente a sí al de Vivar.

Rodrigo debía de ser un ciclón en el campo de batalla. El choque fue en Cabra, Córdoba. Los de García Ordóñez quedaron seriamente quebrantados. El ataque granadino terminó en desastre. Y más aún: García Ordóñez y otros caballeros castellanos quedaron presos del Cid. Pasados tres días, Rodrigo liberó a sus cautivos, pero en el orgullo de Ordóñez quedaba abierta una herida difícil de cerrar. Dice la tradición que aquí comenzaron los problemas del Campeador.

Es difícil saber hasta qué punto la victoria de Rodrigo en Cabra desbarató la maniobra política del rey Alfonso. Lo más lógico es pensar que Alfonso no quería otra cosa que mantener entretenidos a sevillanos y granadinos, para que no le estorbaran mientras aguardaba la caída de Toledo; por tanto, poco podía incomodarle que el choque tuviera un desenlace u otro: lo importante era que tanto Granada como Sevilla permanecieran sumisas. Ahora bien, si al rey pudo no inquietarle el episodio de Cabra, muy distinta fue la reacción de los nobles del rey, y particularmente la de García Ordóñez, que a partir de ese momento no perderá oportunidad de hostigar a Rodrigo.

La oportunidad de oro se la dará, muy poco más tarde, un lance desdichado en las plazas fronterizas de Gormaz. En la primavera de 1081, una hueste mora de Toledo hace una incursión en las cercanías de Gormaz; no debió de ser más que una expedición de rapiña. Los moros de Toledo eran aliados del rey de León, y el rey, por su parte, seguía esperando

pacientemente a que pase el tiempo para cobrarse la anhelada deuda de al-Qadir: la vieja capital visigoda. En consecuencia, nada podría importunar más a Alfonso VI que un conflicto armado con moros toledanos. Pero eso fue exactamente lo que hizo el Cid: en represalia por aquella incursión mora, sale a caballo, penetra en tierras toledanas y saquea a su vez el área fronteriza. Era exactamente lo contrario de lo que Alfonso hubiera querido. Y era la oportunidad que estaban esperando los que deseaban ver a Rodrigo bien lejos de Castilla.

Rodrigo Díaz de Vivar incurrió en lo que formalmente se llamaba «ira regia»: la sanción con la que se castigaba a los que habían caído en desgracia ante el rey. Y la ira regia tenía consecuencias legales tremendas: pérdida del favor real, ruptura del vasallaje y destierro. Así, en el otoño de 1081, Rodrigo Díaz de Vivar tuvo que abandonar Castilla. En su casa de San Pedro de Cardeña quedan su mujer, Jimena, y sus hijos: Diego, María y Cristina. Todos los demás partieron al exilio: su hueste, sus vasallos… Debió de ser una caravana importante. Y ahora Rodrigo tenía un problema mayúsculo: ¿Adónde ir? Porque a toda aquella gente, a sus vasallos y a sus huestes, había que darles de comer. Al Campeador no se le presentaba más que una opción: ofrecer sus servicios guerreros a quien pudiera pagarlos.

La primera puerta a la que Rodrigo llamó fue la de los condes de Barcelona, los hijos gemelos de Almodís: Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II. Los condes, sin embargo, desestimaron su ofrecimiento. Y así el caballero castellano, el Campeador, acudió a la taifa mora de al-Muqtadir, el rey de Zaragoza, vinculado por lazos de vasallaje al rey de León y Castilla. Al-Muqtadir era moro, pero aliado de Alfonso: Rodrigo no alteraba ninguna ley de honor. Y así el Campeador se convirtió en un caballero mozárabe: un guerrero cristiano en tierras del islam. Fueron ellos, los moros, los que le dieron el nombre de Cid, del árabe sidi, que quiere decir «señor». Ahora veremos por qué.

El Cid en Zaragoza

Corre el año 1081 cuando el Cid se instala en Zaragoza. E inmediatamente ocurren cosas importantes. El viejo rey de Zaragoza, al-Muqtadir, moría en ese mismo 1081 tras haber reinado treinta y cinco años. Con él la taifa de Zaragoza había llegado a su máxima extensión, desde la frontera navarra y

castellana hasta el litoral mediterráneo. Ahora el poder quedaba repartido entre sus hijos: al-Mutamín, el favorito, y al-Mundir. Se repartía el poder, pero no el reino: la taifa seguiría siendo una, con cabeza en Zaragoza, y bajo la mano de al-Mutamín; el otro hermano, al-Mundir, actuaría como gobernador de los territorios orientales, con sede en Lérida, pero obediente a Zaragoza.

Al-Mundir, sin embargo, no estuvo de acuerdo con el reparto. Quizá pensó que, en un reino tan grande, había sitio para dos reyes. O tal vez, como era costumbre en las familias reales de la época, decidió quedárselo todo para él solo. El hecho es que inmediatamente declaró la guerra a su hermano: Lérida contra Zaragoza. Y en Zaragoza estaba el Campeador, al lado de al-Mutamín.

La situación era verdaderamente explosiva. La ruptura entre los dos hermanos, al-Mutamín y al-Mundir, había desequilibrado por completo el mapa político. Al-Mundir quiere más y juega una baza arriesgada: convertir su plaza fuerte de Lérida en un reino más poderoso que el de la vecina Zaragoza. Como solo no puede hacerlo, busca ayuda: los condes de Barcelona y Sancho Ramírez de Aragón, todos ellos interesados por igual en descabalar la taifa zaragozana. Se construye así una extravagante coalición cuyo único objetivo es arrancar pedazos de tierra a la taifa de Zaragoza. Pero para eso tendrán que vencer al Cid.

Cuando al-Mutamín se enteró de los movimientos de su hermano, envió a Rodrigo Díaz de Vivar hacia la frontera con los territorios de Lérida. Era el verano de 1082. La primera preocupación de Rodrigo fue asegurar la fidelidad de las plazas fronterizas. Se dirigió en primer lugar al norte, a Monzón. Y en el camino apareció, a cierta distancia, una presencia inesperada: nada menos que Sancho Ramírez, el rey de Aragón, al frente de sus huestes. Sin embargo, no hubo choque, ni siquiera contacto. La presencia de Sancho Ramírez tenía una función simplemente disuasoria. El rey de Aragón, sin duda, sabía bien qué cosas podía sacrificar y cuáles otras no. El Cid, por su parte, no había ido hasta allí para guerrear contra Sancho, sino para asegurar Monzón. La ciudad le recibió con honores: la plaza permanecería fiel a Zaragoza. Garantizada la fidelidad de Monzón, Rodrigo se dirigió rumbo sur, a Tamarite de Litera. Y después de asegurar también esta plaza, marchó hacia Almenar, ya muy cerca de Lérida, donde dejó una guarnición antes de seguir su camino de norte a sur.

Fue entonces cuando al-Mundir hizo un movimiento decisivo: pidió el socorro de las tropas de Barcelona y de Cerdaña y se lanzó contra Almenar, poniendo sitio a la fortaleza. Rodrigo estaba ya lejos, en el castillo del Escarp, pero hasta allí llegaron las noticias del asedio. Y algo más: los sitiados empezaban a quedarse sin agua. El Campeador envió inmediatamente mensajes a Zaragoza pidiendo al rey al-Mutamín que acudiera con el grueso de las tropas. Y Rodrigo se puso de nuevo en movimiento hacia el norte: hacia la sitiada Almenar, donde los ejércitos moros de Lérida, con sus refuerzos cristianos de Barcelona y Cerdaña, esperaban que la plaza cayera por hambre y sed.

Al-Mutamín llegó al campamento del Cid. El rey propuso que las tropas de Zaragoza se lanzaran contra los sitiadores. Rodrigo no vio clara la jugada: prefería un arreglo pacífico y rescatar la plaza pagando un rescate. El rey moro aceptó. Los sitiadores, sin embargo, despreciaron la oferta del rey de Zaragoza: estaban seguros de vencer. Fue entonces cuando las tropas zaragozanas, con Rodrigo a la cabeza, se lanzaron contra los ejércitos de al-Mundir y sus aliados catalanes. Eso fue la batalla de Almenar.

Quizá al-Mundir había confiado demasiado en la determinación de sus aliados. O quizá es que Rodrigo era, simplemente, invencible. El hecho es que los de Lérida sufrieron un tremendo descalabro. Después de unas pocas horas de combate, las tropas de Barcelona huyeron. Las de Cerdaña, también. Y las huestes moras de Lérida siguieron el mismo camino. Los guerreros de Rodrigo liberaron la plaza e hicieron un importante botín. Pero aún más: Rodrigo apresó a Berenguer Ramón II, el conde de Barcelona; el mismo que, junto a su hermano, había rechazado pocos meses atrás la espada del Cid.

Berenguer Ramón II tuvo que soltar una buena cantidad de oro para quedar libre. Cuando volvió a Barcelona, sería para protagonizar un detestable episodio. Su hermano gemelo, el otro conde, Ramón Berenguer II, el Cabeza de Estopa, había salido de cacería al bosque de Perxa del Astor. Allí fue asesinado por unos desconocidos. Sobre Berenguer Ramón, llamado desde entonces El Fratricida, cayeron todas las sospechas. El Fratricida será obligado a demostrar su inocencia en un combate. Lo perdió. Desterrado, marchó a Jerusalén, tal vez como peregrino, tal vez como cruzado. Allí, en Tierra Santa, murió en fecha desconocida. Al trono condal de Barcelona subía mientras tanto un hijo del Cabeza de Estopa: Ramón Berenguer III, que no tardaría en cruzarse en la vida del Cid.

En cuanto a nuestro caballero, aunque siempre al servicio del rey de Zaragoza, un lance fortuito iba a darle la oportunidad de recomponer su relación con Alfonso VI, el rey leonés. Poco después de la batalla de Almenar, un alcaide moro de Rueda de Jalón envió un mensaje a la corte leonesa ofreciendo nada menos que la entrega del castillo. Alfonso envió a Rueda una pequeña expedición encabezada por el infante Ramiro de Navarra y el conde de Lara. Pero todo era una trampa: el moro tendió una emboscada a los enviados de Alfonso, que murieron en el sitio. ¿Por qué hizo eso el alcaide de Rueda? Se supone que por miedo: primero quiso traicionar, pero, cuando reflexionó sobre las consecuencias de su traición, le invadió un enorme pavor a las represalias del rey de Zaragoza, y así optó por solucionar el problema de la manera más bárbara. La traición de Rueda —que así se la llamó desde entonces— creaba un problema político importante: la taifa de Zaragoza era tributaria de Castilla; en modo alguno podía tolerarse que ocurrieran cosas así. Por eso el Campeador acudió al campamento de Alfonso VI, le rindió homenaje y le ofreció su espada. Todo podía empezar de nuevo entre los dos.

Todo podía empezar de nuevo, pero no empezó: el homenaje de Rodrigo fue acogido con frialdad. Tampoco las circunstancias, con la muerte alevosa del infante Ramiro y el conde de Lara, invitaban a la cordialidad. Rodrigo volvió a Zaragoza. Y parece que fue entonces, después de este episodio, cuando Rodrigo Díaz de Vivar comenzó a concebir la posibilidad de construir una política propia; al servicio de la corona de León y de Castilla, sí, pero al margen de las decisiones del rey.

Los años siguientes fueron de intensos combates. Veremos al Cid entrando por primera vez en tierras valencianas, sometiendo Morelia y poniendo de nuevo en peligro los territorios de al-Mundir, el hermano rebelde del rey de Zaragoza. Dicen que fue allí donde, a la altura de Olocau del Rey, el Cid derrotó a las tropas de Sancho Ramírez de Aragón, enviadas en socorro de al-Mundir. Es muy posible. Pero en ese momento las preocupaciones de Sancho estaban en otro sitio. Aprovechando la coyuntura, Sancho Ramírez da un paso de gigante y toma las fortalezas que desde tiempo atrás ansiaba: Graus, Ayerbe, Bolea, Arascués, Arguedas. Con esas plazas en su poder, Sancho de Aragón tiene al alcance de su mano Barbastro, Huesca y Tudela.

Y mientras tanto, cosas extraordinarias empezaban a ocurrir en Toledo. Cosas que también afectarían a Rodrigo Díaz de Vivar.

Toledo vuelve a ser cristiana

Fue en mayo de 1085. Toledo, la vieja ciudad romana, la misma que había sido capital del reino hispanogodo, iba a volver a ser cristiana. Alfonso VI de León tocaba así la cumbre de la gloria: con más razón que nunca podría atribuirse el título de emperador.

La reconquista de Toledo fue un acontecimiento capital que saltó las fronteras españolas. Para la Europa cristiana, significó un triunfo colectivo. Para el mundo musulmán, un toque de alarma. Y en cuanto al proceso de la Reconquista, representaba un salto muy importante: el escenario principal dejaba de estar en el valle del Duero, al norte del Sistema Central, y pasaba ahora al sur de las montañas, en torno al valle del Tajo. Realmente comenzaba una época nueva. Pero empecemos por el principio: así se tomó Toledo.

Alfonso VI, recordemos, había estado acogido a la hospitalidad de Toledo en los tiempos de su exilio. Allí trabó una excelente relación con el rey moro al-Mamún, pero nadie ignoraba que el rey cristiano, tarde o temprano, sentiría el deseo de recobrar la vieja capital visigoda, la cabeza de la España perdida. Varias leyendas hablan de cómo Alfonso, en sus meses de exilio toledano, concibió la idea de recuperar la ciudad. Así lo cuenta, por ejemplo, Jiménez de Rada:

> *Cierto día Alfonso bajó con al-Mamún a los jardines para dar un paseo y junto a ellos se sentó un grupo de árabes, y al contemplar la perspectiva de la ciudad, comenzó a divagar en voz alta sobre cómo podría una ciudad tan importante volver a manos cristianas. Pero cuando, hartos de estar tanto tiempo sentados, reanudaron el paseo por el jardín, el rey Alfonso se sentó al pie de un árbol a descansar; y como fingiera estar dormido, el rey al-Mamún continuaba hablando con sus árabes sobre si una ciudad tan poderosa podía ser asaltada de alguna forma. Uno le contestó así: si esta ciudad se viera privada durante siete años de sus huertas y sus viñas, podría ser capturada al faltarle los víveres. Al oír esto, Alfonso lo guardó en el fondo de su corazón.*
>
> *Otro día en que Alfonso estaba descansando sentado junto a al-Mamún, empezaron a erizársele los cabellos y al-Mamún intentó contenerlos con sus manos. Pero cuanto más los presionaba más se erizaban los cabellos. Y al darse cuenta de esto los sabios árabes, aconsejaron al rey que diera muerte a Alfonso, puesto que esa señal*

indicaba que se convertiría en el dueño de la ciudad. Al-Mamún no quiso romper la palabra dada, pero le hizo jurar que mientras él viviera no atacaría las fronteras de su reino, y el rey Alfonso se lo juró de buen grado.

Alfonso fue fiel a su palabra. Nunca atacó Toledo mientras allí reinó al-Mamún. Y cuando éste murió y tomó la corona su hijo al-Qadir, Toledo siguió beneficiándose de la protección del rey de León. Pero ya hemos contado aquí lo que pasó después: hondas divisiones entre los musulmanes, rebeliones, conspiraciones —en Toledo mataron al visir Ibn al-Hadidi, por ejemplo—, al-Qadir pierde la corona y, finalmente, el moro toledano se echa en brazos de Alfonso. Entonces vino el pacto: Alfonso ayudaría a al-Qadir a recuperar su reino, desde Toledo hasta Valencia, pero, una vez completada la operación, Toledo sería para el rey cristiano. Y el desenlace tenía fecha prescrita: cuatro años.

En el otoño de 1084, varios meses antes de que se cumpliera el plazo Alfonso VI plantó sus tiendas ante Toledo. Lo hizo en la Almunia al Mansurah, la huerta real, junto al Tajo. El campamento de Alfonso se convirtió en el verdadero centro del reino. Allí recibió el rey cristiano a los embajadores moros para negociar la capitulación.

Las condiciones fueron generosas. Los habitantes moros de Toledo serían libres de permanecer en la ciudad bajo dominio cristiano o de marchar a otro lugar con todos sus bienes. Si alguno marchara y después quisiera regresar, se le reconocerían todas sus propiedades. En cuanto a la mezquita mayor, no se cristianizaría, sino que permanecería reservada para el culto islámico. Era evidente que a Alfonso le interesaba, ante todo y sobre todo, poner el pie en la capital: poder proclamar que Toledo volvía a ser la España cristiana, incluso con una porción de población musulmana. El 6 de mayo de 1085 quedó firmada la capitulación de Toledo. Alfonso VI ya podía hacer su entrada triunfal.

El rey cristiano entró en Toledo el 25 de mayo de 1085. Fue un acontecimiento de resonancia internacional. La vieja capital de los reyes godos volvía a la cruz. Y no sólo la capital, sino todo el territorio del reino toledano. En la Europa cristiana se alabó la proeza de Alfonso. En la España musulmana, por el contrario, se desató una ola de pavor. Significativamente, Alfonso no quiso proclamarse emperador en Toledo, aun cuando el título le correspondiese como cabeza de la corona leonesa. ¿Por qué? Corrieron rumores según los cuales Alfonso no se había coronado emperador en Toledo

porque esperaba hacerlo en la mismísima Córdoba, la capital de la España mora, cuya conquista consideraba inminente. Nada permite asegurar que esto fuera realmente así, pero el mero hecho de que el rumor surgiera ya es elocuente: indica hasta qué extremo se consideró decisiva la reconquista de Toledo.

Recuperada la ciudad, Alfonso nombró a sus delegados. El gobierno local sería desempeñado por un mozárabe portugués formado en Córdoba y Sevilla, el conde Sisnando Davídiz, el mismo que veinte años antes, hacia 1064, había entregado Coímbra a Fernando I. La reina Constanza, la esposa de Alfonso, una dama de Borgoña, también quiso hacer su propia contribución y apoyó firmemente a la orden de Cluny para que tomara en sus manos la dirección religiosa de la ciudad. Así se convierte en arzobispo de Toledo el monje cluniacense Bernardo de Sauvetat, hasta entonces abad del monasterio de Sahagún.

Bernardo fue nombrado arzobispo por el papa Gregorio VII, que murió el mismo día de la conquista de Toledo, y confirmado después por su sucesor, el papa Urbano II. Este papa Urbano hizo algo más: restauró la sede toledana como primada de España, y además lo hizo expresamente en nombre de la herencia visigoda. La atmósfera de Reconquista lo envolvía todo. En la misma línea, los cluniacenses, siempre apoyados por la reina Constanza, burlaron las cláusulas de las capitulaciones y se adueñaron de la mezquita de Toledo para convertirla en catedral. La mezquita había sido iglesia obispal de Toledo antes de la invasión musulmana; ahora volvía a ser cristiana. Serán estos mismos cluniacenses los que, muy pocos años más tarde, emprenderán la tarea de reconstrucción cultural que pasará a la historia como «Escuela de Traductores de Toledo».

Quedaba pendiente un problema: el pacto de Alfonso con al-Qadir incluía que éste quedaría como rey de la taifa de Valencia. Fue cosa hecha a partir del mes de junio de ese mismo año: las tropas castellanas, al mando de Álvar Fáñez, un hombre vinculado al Cid, llevaron literalmente a al-Qadir hasta Valencia, donde se coronó al año siguiente. Reinará allí durante seis años. Volverá a aparecer en nuestra historia.

El dominio de Toledo convirtió a Alfonso VI en dueño de todo el norte del valle del Tajo. Sin perder un minuto ocupa y fortifica plazas como Talavera, Madrid y Guadalajara. Las huestes leonesas empiezan a presionar también en dirección a Córdoba, Badajoz y Zaragoza. Los diplomas hablan ya de Alfonso como emperador, y lo hacen con dos fórmulas: «Emperador de

toda España» y «emperador sobre todas las naciones de España». En teoría, el título implica el dominio también sobre los reinos musulmanes. Y en la práctica, supone que los otros reinos españoles se pondrán bajo la protección de Alfonso cuando sufran problemas. En Barcelona, después del asesinato de Ramón Berenguer II, los nobles del condado deciden colocar al heredero, Ramón Berenguer III, bajo la protección del emperador. En Urgel, el conde Armengol IV ponía a su hijo —también Armengol— bajo la custodia del rey castellano. Nunca un rey de León había sido tan poderoso.

Tanto poder sobrecogió a los musulmanes. La rebelión contra las parias, iniciada años atrás en Badajoz y Sevilla, quedó ahogada por la potencia leonesa. Ahora Toledo había caído. Y más aún: a la muerte de al-Muqtadir de Zaragoza, Alfonso VI se había permitido incluso poner cerco a la ciudad, gobernada ahora por al-Mustain II. Allí, en ese cerco de Zaragoza, se reconciliarán Alfonso y el Cid Campeador. Pero Zaragoza no cayó en manos del rey de León. Porque en ese mismo momento, y llamados por el rey moro de Sevilla, acababan de desembarcar en España unos nuevos enemigos: los almorávides. Y con esta gente se abría un nuevo y largo capítulo en la historia de España.

11

LA INVASIÓN ALMORÁVIDE Y EL FINAL DEL CID

Llegan los almorávides

Bruscos cambios en la historia de la Reconquista. Alfonso VI acaba de tomar Toledo, lo cual supone una novedad trascendental. Bajo el impulso de la victoria, las tropas cristianas de León y de Castilla entran en Valencia, asedian Zaragoza y mientras ponen rumbo también a Badajoz y Córdoba. Toda la España mora puede caer de golpe.

Ante la inminencia del derrumbamiento, los reyes moros españoles buscan una salida desesperada: llamar en su socorro a los almorávides, el poderoso imperio musulmán que acaba de surgir en el norte de África. ¿De dónde había salido esta gente? ¿Quiénes eran los almorávides? Eso es lo que ahora vamos a ver.

Almorávide quiere decir al-morabitun, el morabito, que es el nombre que se daba a una suerte de ermitaños en el mundo musulmán. Los almorávides no eran un pueblo, una etnia, sino un movimiento religioso. Esta historia comienza en realidad muy lejos de nuestras tierras, en África, entre los ríos Senegal y Níger, aproximadamente donde hoy está Mali. Allí llegaron hacia finales del siglo IX los *sanhaya*, una tribu bereber del desierto, pastores nómadas que se establecieron en el borde sur del Sáhara, junto al reino negro de Ghana. Los distintos clanes *sanhaya* se organizaron y terminaron creando una especie de pequeño estado con capital en Aoudagost, en lo que hoy es el sur de Mauritania. Desde allí podían controlar tanto las zonas de pastoreo como las rutas caravaneras que se dirigían al norte. Y sobre esa base prosperaron.

En un determinado momento, quizá hacia el año 1035, un jeque *sanhaya* llamado Yahya ben Ibrahim viajó a La Meca y constató que el islam que practicaban sus súbditos estaba muy lejos de la verdadera ortodoxia musulmana. En consecuencia, decidió llamar a un *alfaquí*, Aldabá ben Yasín,

para que predicara entre sus gentes el islam verdadero. Aldabá era un rigorista *malikí*, es decir, predicaba una versión particularmente fundamentalista del islam. Como sus prédicas no tuvieron éxito, el *alfaquí* decidió escoger a un grupo de adeptos y con ellos se retiró a un *ribat*, que era una especie de monasterio fortificado. La fama del *ribat* de Ben Yasín creció mucho por sus exigencias de disciplina y rigor. Pronto fueron muy numerosos los monjes-soldado que acudían allí a purificarse. Y entre los que llegaron apareció un hombre fundamental: Yahya ben Omar, jefe de la tribu de los *lamtuna*, los hombres con velo, de los que descienden los actuales *tuaregs*, y su hermano Abu Bakr. Ellos se convertirán en los motores del movimiento almorávide.

La ola de rigorismo religioso se mezcló con una sucesión de turbulencias políticas, tal y como ocurre siempre en el islam desde los tiempos de Mahoma. El viejo Yahya ben Ibrahim fue asesinado. Y el *alfaquí* Ben Yasín y los hermanos Ben Omar se hicieron con el poder, de manera que el movimiento almorávide se convirtió en la columna vertebral del país; un país que ya no se limitaba a las tribus *sanhaya*, sino que ahora había incorporado además a numerosos negros senegaleses.

¿En qué consistía la doctrina almorávide? En la práctica, los almorávides se distinguían por limitar el matrimonio a sólo cuatro mujeres libres; prohibían radicalmente el vino, de manera que en todas partes arrancaban las cepas; también prohibían la música y los placeres, porque eran causa de corrupción. Además, predicaban restablecer los impuestos coránicos, el tributo religioso que señalaba el libro sagrado de los musulmanes, y ningún otro impuesto más. Este tipo de normas levantaba grandes simpatías entre las clases populares, porque perjudicaba sobre todo a los ricos, y en particular a los refinados gobernantes del Magreb y Al-Ándalus. De tal forma que, mientras el resto del mundo musulmán se desintegraba, en el sur de Mauritania iba creciendo una potencia imparable.

Así comenzó a extenderse el Imperio almorávide, bajo la dirección religiosa del *alfaquí* Ibrahim ben Yasín y bajo el mando militar y político de los hermanos Ben Omar. A fuerza de guerra y en nombre del islam más puro, los almorávides se extienden hacia el norte. A la altura de 1056 ya han ocupado los valles del sur de Marruecos. En el interior del movimiento se producen cambios importantes: Ben Yasín muere en combate; Abu Bakr es desplazado por su primo Yusuf ben Tashfin. Y este Yusuf será el gran constructor político del Imperio.

Yusuf ben Tashfin puso capital en Marrakech, tomó Fez y amplió sus dominios hasta el Estrecho de Gibraltar. Nada podía oponerse a los ejércitos almorávides, a sus vanguardias formadas por negros senegaleses que esgrimían espadas indias mientras aporreaban tambores de piel de hipopótamo. En cuanto a Yusuf, tampoco ningún caudillo musulmán podía superar en prestigio ni virtud a este anacoreta que se vestía con piel de oveja y se alimentaba de dátiles y leche de cabra, como los fundadores del islam. Hacia el año 1075,Yusuf está en el norte de Marruecos, a orillas del mar. Y contempla cómo, al otro lado del Estrecho, la España mora de las taifas se descompone.

Ya hemos contado aquí que al-Mutamid de Sevilla fue el primero en pedir ayuda a Yusuf. Fue en 1077. En un primer momento, el almorávide desoyó la petición. Sin duda esperaba a que las taifas estuvieran más descompuestas todavía: como rigorista que era, Yusuf despreciaba en lo más hondo a aquellos reyezuelos corruptos que habían traicionado la letra y el espíritu del islam. El jefe almorávide desoyó una nueva petición en 1082. Pero nadie puede dudar de que la ambición final de Yusuf ben Tashfin era precisamente pasar a España. En 1077 toma Tánger y Melilla. Inmediatamente pone sitio a Ceuta. La brava ciudad ceutí, romana, bizantina y goda antes que árabe, resistirá siete años, pero finalmente caerá también en 1084. E inmediatamente después, Yusuf recibirá la misma noticia que todo el mundo ha conocido: Alfonso VI de León ha reconquistado Toledo.

Es en este momento cuando al-Mutamid, el rey de Sevilla, envía una nueva carta de petición de socorro al jefe almorávide. No fue una decisión fácil: los reyes taifas sabían perfectamente que la entrada de Yusuf significaría el final de su poder. La situación era endiablada. La idea inicial de los reyes moros de España era pedir a Yusuf, simplemente, apoyo militar, es decir, el envío de unidades armadas. Pero ésa era exactamente la petición que Yusuf había declinado ya dos veces. Y si la había declinado era, sin duda, porque su objetivo no era sostener a los Reinos de Taifas, sino hacerse con ellos. La invasión almorávide de la Península era inminente. Y no se dirigiría contra los cristianos, sino contra las taifas. Así las cosas, los reyes de taifas se verían entonces en la obligación de pedir ayuda a los reyes cristianos contra Yusuf, lo cual sería un completo contrasentido. Máxime cuando las masas populares musulmanas, en la España mora, lo que estaban pidiendo era un gesto de fuerza ante los cristianos. ¿Qué hacer?

Para examinar qué hacer se reunió una comisión de *alfaquíes* en Córdoba. La disyuntiva era pedir protección a los cristianos contra Yusuf, lo cual haría pasar a los reyes taifas como traidores ante su pueblo, o pedir ayuda a Yusuf contra los cristianos, lo cual sin duda significaría el final de las taifas, pero era la única oportunidad de salvar al islam. El rey de Sevilla, al-Mutamid, lo expresó así: «Puesto en el trance de escoger, menos duro será pastorear los camellos de los almorávides que guardar puercos entre los cristianos».

Dicho y hecho: al-Mutamid envía una nueva petición de socorro a Yusuf el almorávide, y será la definitiva. Entre otras cosas, el rey sevillano decía a Yusuf lo siguiente:

> *El rey cristiano ha venido pidiéndonos púlpitos, minaretes, mihrabs y mezquitas para levantar en ellos cruces y que sean regidos por sus monjes (…). A vosotros Dios os ha concedido un reino en premio a vuestra Guerra Santa y a la defensa de Sus derechos, por vuestra labor (…) ahora contáis con muchos soldados de Dios que, luchando, ganarán en vida el paraíso.*

No será sólo una carta. Los reyes moros de Sevilla, Badajoz y Granada están de acuerdo. Los tres marchan a África para entrevistarse con Yusuf y formularle en persona la petición. Mientras tanto, una delegación de Yusuf recorre España para evaluar las posibilidades tácticas de una acción militar. El rey de Sevilla, al-Mutamid, pone a disposición del almorávide una base para el desembarco: Algeciras.

El 30 de junio del año 1086, setenta mil hombres desembarcan en Algeciras. Muchos de ellos son africanos negros que aporrean sin cesar gruesos tambores de piel de hipopótamo. Al frente de la muchedumbre, un viejo caudillo flaco y austero vestido con pieles de oveja: el emir Yusuf ben Tashfin. El islam se proponía reconquistar la tierra española perdida. Venían tiempos de guerra sin cuartel.

Sagrajas: la batalla que todo lo cambió

El ejército almorávide recibe inmediatamente refuerzos: los reyes de Sevilla, Málaga, Granada y Almería ponen sus tropas bajo el mando del emperador del sur. Aquellos reyezuelos, que uno por uno eran incapaces de hacer sombra al poderío cristiano, ahora parecen una formidable potencia. Pero la potencia

no es suya: el realmente poderoso es el almorávide Yusuf, maduro y flaco y seco, vestido con pieles de oveja, y sus legiones de negros senegaleses con tambores y escudos de piel de hipopótamo.

El gran contingente musulmán cruza la Península hacia el norte. Hacía mucho tiempo que no se veía en España un ejército moro de esas dimensiones. Su objetivo es ahora Badajoz, donde les espera el rey de aquella taifa: al-Mutawagil, el mismo que había iniciado el movimiento de rebeldía contra las parias y que había intentado, infructuosamente, apoderarse de Toledo. En tierras de Badajoz se librará la gran batalla.

Alfonso VI de León está en ese momento asediando Zaragoza. Por su parte, el rey de Aragón y Navarra, Sancho Ramírez, seguía entregado a la tarea de apuntalar su tenaz repoblación en el norte de Huesca. Los dos entienden inmediatamente que el peligro es grande. Alfonso abandona Zaragoza y corre hacia el sur. Lo hace acompañado de contingentes aragoneses y navarros que Sancho ha puesto a su disposición bajo el mando de su propio hijo, el infante Pedro; el refuerzo aragonés incluye caballeros franceses e italianos, cruzados que buscaban gloria en tierras de Huesca. Y al mismo tiempo, otro contingente cristiano se desplaza desde Valencia hacia el oeste: son los castellanos de Álvar Fáñez.

Los cristianos convergen en el noroeste de Badajoz, a la vera del arroyo Guerrero, en el paraje que los cristianos llaman Sagrajas y los moros Zalaca. Allí estaba acampado el ejército de los musulmanes. Era octubre de 1086. Llegaba la hora decisiva.

La guerra es la prolongación de la política por otros medios. ¿Cuál era el objetivo político de los contendientes? Dos propósitos antagónicos. El objetivo de Alfonso VI era devolver a los reyes de taifas al estado de sumisión: que pagaran sus parias y rindieran vasallaje a León. Pero el objetivo de los musulmanes, espoleados por el liderazgo del almorávide Yusuf, era exactamente el contrario. Yusuf se lo comunicó al propio Alfonso VI antes de la batalla. El almorávide le dijo al rey cristiano que tenía tres opciones: convertirse al islam, pagar tributo a los musulmanes o luchar. Y Alfonso VI decidió luchar.

¿Podía Alfonso luchar contra aquel ejército? Sin duda, sí. De hecho, sus armas nunca habían sufrido un revés serio. ¿Cuántas espadas alineaban los cristianos? Al margen de las exageraciones de los textos de la época, que ofrecen cifras fabulosas, parece que las banderas de Alfonso agrupaban a

unos catorce mil hombres, y entre ellos dos mil caballeros. La mayor parte del contingente era castellano y leonés, con los mencionados refuerzos aragoneses. Un ejército importante. Pero las cifras del ejército musulmán eran muy superiores. Bajo el mando de Yusuf se habían reunido en torno a treinta mil guerreros. Conocemos incluso su organización: una primera división en vanguardia, con cerca de quince mil hombres, casi todos *andalusíes*, bajo el mando de al-Mutamid de Sevilla; una segunda división de maniobra con once mil hombres dirigida por el propio Yusuf, y una tercera unidad de reserva integrada por cuatro mil guerreros negros africanos, armados con espadas indias y jabalinas.

La batalla comienza el viernes 23 de octubre, con el alba. Los musulmanes envían a su vanguardia. Son las huestes sevillanas de al-Mutamid y los demás reyes de taifas. Los castellanos de Álvar Fáñez los acometen con energía. Este Álvar Fáñez, señor de Villafáñez, al que la tradición hizo lugarteniente del Cid, era en realidad un noble castellano que había servido con el difunto Sancho de Castilla, y que era, sí, amigo y tal vez pariente de Rodrigo Díaz de Vivar, pero que había permanecido junto a Alfonso VI. Para el rey de León, Álvar Fáñez había combatido en tierras de Valladolid, Guadalajara y Toledo. Su nombre se cita como cabeza de la repoblación en Medina del Campo, Alcocer y Santaver. En el momento del desembarco almorávide estaba en Valencia, respaldando al gobierno taifa de al-Qadir. Desde allí había venido a Badajoz con sus huestes. Ahora Álvar Fáñez rondaba los cuarenta años y debía afrontar la batalla más importante de su vida.

Los castellanos de Álvar Fáñez hicieron estragos en las líneas *andalusíes*. Las huestes de las taifas huyeron desordenadas. No se puede decir que los reyes moros dieran ejemplo de bravura. Pero hay que subrayar el caso excepcional de al-Mutamid, el de Sevilla, que aguantó como pudo el empuje castellano y permaneció en el campo aun con seis heridas sobre su cuerpo. Los de Álvar Fáñez saquearon los campamentos de Dawud ibn Aysa y del propio rey taifa de Badajoz, al-Mutawagil. Dicen que Yusuf, que despreciaba a los reyes de taifas por corruptos y muelles, comentó: «¿Qué más me da que mueran ésos? Todos son nuestros enemigos». Alfonso VI, viendo el retroceso de la vanguardia mora, quiso explotar el éxito y avanzó él mismo contra la otra línea musulmana, la del propio Yusuf. La maniobra llevó a los leoneses hasta las mismas tiendas de los almorávides. Todo parecía salir a pedir de boca.

Ése, sin embargo, fue el momento escogido por Yusuf para maniobrar. Como guerrero experimentado que era, el jefe almorávide aguardó hasta el instante preciso para mover sus piezas. Primer movimiento: una ofensiva de refuerzo a la línea de al-Mutamid. La tarea le fue encargada al general Abu Bakr, un caudillo de las tribus *lamtuna*, al frente de las *cábilas* marroquíes. Segundo movimiento: el propio Yusuf, al frente de sus huestes saharianas, marchó sobre la retaguardia de Alfonso VI, envolviendo al contingente leonés. Y esa maniobra alteró completamente las cosas.

Ahora la situación era la siguiente: en un lado, Álvar Fáñez tratando de frenar a los contingentes marroquíes de Abu Bakr; en el otro, Alfonso VI peleando entre dos fuegos, con enemigos delante de sí y también a su espalda. Toda la clave de la batalla estaba en que los cristianos consiguieran replegarse con orden y vencer la tentación de la fuga, porque una huida en desbandada desorganizaría sus líneas y sería letal. Seguramente era eso lo que intentaban Álvar Fáñez y el rey Alfonso cuando Yusuf sacó su última carta, la jugada decisiva: un ataque de la reserva africana, aquellos cuatro mil senegaleses con sus espadas indias y sus tambores y escudos de piel de hipopótamo.

La reserva africana, fresca, con sus energías intactas, arrolló literalmente a los cristianos. Los senegaleses llegaron incluso hasta la posición del rey Alfonso. La maniobra de Yusuf había resuelto la batalla. Espoleadas por el contraataque, las huestes *andalusíes* que habían huido en dirección a Badajoz volvieron al frente. Ahora las huestes cristianas no sólo habían perdido la iniciativa, sino que además estaban en franca inferioridad. No quedaba otra opción que retirarse. Fue el final.

Dicen las crónicas de la época que sólo cien caballeros cristianos lograron volver vivos. Entre los caídos se cita al conde de Asturias Rodrigo Muñoz y al conde de Álava Vela Ovéquez. Los cálculos más recientes arrojan la cifra de unas siete mil bajas en total, es decir, la mitad de la fuerza inicial. El propio Alfonso VI salió de allí herido en un muslo por un lanzazo; abandonó el campo sangrando profusamente, y aún tuvo que cabalgar cien kilómetros, de noche, hasta llegar a Coria. Las bajas musulmanas también fueron muy cuantiosas, particularmente entre las huestes de las taifas. Entre los muertos se cita a un famoso imán de Córdoba llamado Abu-l-Abbas Ahmad ibn Rumayla. Y dice la tradición que el propio Yusuf, aunque curtido en mil batallas, quedó impresionado por la matanza: quizá nunca había librado un combate tan encarnizado.

En todo caso, la victoria había sido para los musulmanes. Victoriosos, los almorávides se entregaron al macabro ritual de costumbre. Decapitaron a los muertos y a los desgraciados que cayeron presos. Acumularon en grandes túmulos las cabezas cortadas. A las sanguinolentas pirámides subieron los almuédanos para llamar a la oración. Y después cargaron las cabezas en carros que viajarían hasta las principales ciudades de Al-Ándalus y el Magreb para dar fe de la victoria.

La derrota de Sagrajas no tuvo consecuencias inmediatas. Yusuf no la aprovechó para avanzar contra el norte cristiano: seguramente no tenía ni fuerza disponible, ni ganas para meterse en el fregado, ni confianza en los reyes de taifas que habían de ayudarle. Por otro lado, en aquel momento murió el heredero de Yusuf, y el viejo caudillo debía regresar precipitadamente a África. Los almorávides habían llegado como una ola, y ahora, como una ola, aparentemente se retiraban.

Pero lo que quedaba después de la ola era un panorama complicado que Alfonso supo leer con prontitud. Para empezar, los Reinos de Taifas habían encontrado un protector ante el que doblaban la cerviz y que les permitía liberarse del oneroso sistema de las parias. El peligro almorávide no iba a desaparecer. La expansión cristiana forzosamente debía detenerse. Era momento de buscar nuevas alianzas y afianzar los territorios reconquistados. Así veremos cómo a España llegan cruzados europeos. Y veremos también cómo el eje del conflicto se desplaza hacia otros puntos: Murcia, Valencia… Las tierras del Cid.

Alfonso recompone el paisaje y el Cid vuelve al destierro

Nadie podrá negar nunca al rey de León un acusado olfato político. ¿Quién le amenaza? Los musulmanes, que ahora, con el Imperio almorávide, aspiran a una proyección superior. Eso da a la guerra en España una dimensión de cruzada. Por tanto, ¿quién puede ayudarle? Los campeones de la cristiandad, así europeos como españoles. En Europa, Alfonso llama a la cruzada. Y en España, el rey de León tiende puentes con el de Aragón y Navarra y con cualesquiera otros poderes que puedan ayudarle a contener la nueva amenaza. Por ejemplo, el Cid.

Alfonso llamó a la cruzada en Europa, en efecto. No puede decirse que tuviera demasiado éxito: finalmente no hubo cruzada formal. Pero sí que

vinieron muchos caballeros con sus huestes, y en particular gentes de la Borgoña, la tierra de la reina Constanza de León y también solar de Cluny. Hubo una campaña cruzada: la que acosó Tudela en 1087, pero fue un fiasco. No obstante, los borgoñones se quedaron, y dos de ellos tendrían su papel en nuestra historia: los primos Raimundo y Enrique, dos mozos que aún no habían cumplido los veinte años cuando llegaron a España y que terminarían casando con sendas hijas de Alfonso VI.

Más éxito tuvo el rey de León en el otro movimiento, el del pacto con Sancho Ramírez, el rey de Aragón y Navarra. Éste sabía calcular bien los peligros y en la amenaza almorávide vio sin dificultad un obstáculo mayor para sus propósitos, que eran extender la frontera aragonesa hasta Zaragoza. Por eso había enviado tropas para ayudar a Alfonso en Sagrajas, y por eso ahora acogía de buen grado la alianza política con León.

León y Aragón tenían dos puntos de conflicto: uno, las tierras de Navarra que habían pasado a Castilla; el otro, la expansión aragonesa Cinca abajo, en territorios de la taifa de Zaragoza, que era aliada del rey de León. Ambos problemas se resolvieron sin mayor complicación: Alfonso reconoció a Sancho como rey de Aragón y Navarra, si bien se creaba dentro del territorio navarro un denominado «condado de Navarra» que garantizaría la pervivencia del viejo reino como entidad singular, esto es, distinta de Aragón; Sancho, por su parte, reconocía como castellanas las tierras perdidas en su día (Álava, Vizcaya, La Bureba, Calahorra), y a cambio obtenía manos libres en el bajo Cinca, lo cual le permitirá conquistar y repoblar en tiempo récord Estada y Monzón. Con esta alianza, que debió de firmarse en la primavera de 1087, los reinos cristianos ofrecían al moro un sólido frente en el este de la Península.

También en la primavera de 1087 debió de acontecer la esperada reconciliación entre Alfonso VI y Rodrigo Díaz de Vivar. Parece que ésta comenzó en el cerco de Zaragoza, el año anterior. En todo caso, es en aquella primavera cuando consta la presencia de Rodrigo en la corte toledana, donde obtiene la tenencia de varios dominios (Dueñas, Gormaz, Langa, Briviesca) y además se le encomienda la defensa del Levante. ¿Y en qué consistía esa defensa? En garantizar que los reyes taifas de Zaragoza y Valencia, al-Mustaín y al-Qadir respectivamente, ambos aliados de Alfonso VI, no cayeran bajo la presión almorávide. Pero la misión del Cid tenía un capítulo más: una carta del propio Alfonso que confirmaba a Rodrigo, con derecho de herencia, la posesión de todas las tierras que conquistase. Así el rey de León apuntaló su flanco oriental.

Y después de apuntalar el flanco oriental, Alfonso volvió los ojos al flanco occidental, el territorio portugués, en torno a la plaza esencial que era Coimbra. El mozárabe Sisnando Davídiz, que había dejado la ciudad portuguesa para gobernar Toledo, volvía ahora a Coimbra para fortificar toda la región. Sisnando debía de ser por entonces un anciano, pero dio pruebas de una energía considerable: organizó la repoblación de Tentugal, Castañeda, Arauca y Penela, levantando fortalezas en cada una de ellas, y además instaló en Coimbra a su primer obispo, de nombre Paterno. Así Alfonso VI aseguró su posición en el oeste. El resultado era una larga linea de frente, del Mediterráneo al Atlántico, mejor fortificada que nunca.

Volvamos a Valencia, que va a convertirse en el principal centro de atención de la Reconquista durante estos años. ¿Qué estaba pasando en Valencia? En la capital mediterránea, recordemos, gobernaba el ex rey de Toledo, al-Qadir, en virtud de su pacto con Alfonso. Pero cuando Álvar Fáñez se marchó de allí para acudir a Sagrajas, la posición de al-Qadir se hizo extremadamente delicada. ¿Por qué? Porque eran muchos los que codiciaban aquella plaza, muy preciada por sus riquezas agrarias y comerciales. La codiciaba al-Mundir, el rey taifa de Lérida; la codiciaba su sobrino y enemigo, al-Mustaín, rey de Zaragoza, y la codiciaba también el conde de Barcelona, Berenguer Ramón II, el Fratricida, que aún no había tenido que exiliarse y trataba de ampliar su poder a costa del sur. Valencia, en fin, estaba en peligro. El rey de Lérida y el conde de Barcelona eran aliados; el rey de Zaragoza y el de León, también. Así se construyeron los bandos del combate. Pero el Cid tenía sus propios criterios.

Cuando al-Mundir de Lérida y el Fratricida de Barcelona emprendieron una ofensiva conjunta para tomar Valencia, el Cid les salió al encuentro. Rodrigo consiguió levantar el asedio de la ciudad, pero los moros de Lérida se hicieron con Sagunto (que entonces se llamaba Murviedro) y establecieron allí un baluarte inexpugnable que, además, les permitía amenazar Valencia. Como el Cid se veía sin capacidad de maniobra, optó por viajar a Toledo para entrevistarse con Alfonso. Allí Rodrigo expuso al rey sus planes y pidió refuerzos. Volvió a Valencia y lo que encontró era todavía peor que lo que había dejado: ahora el Fratricida en persona estaba asediando Valencia. El Cid, sin embargo, se las arregló para echarlos de allí. Más aún: a partir de este momento el Cid empezará a cobrar las parias de Albarracín, Alpuente y la propia Valencia.

Muchos kilómetros al sur de Valencia, ya en las tierras de Murcia, hay un pueblo que se llama Aledo. Hasta allí, a pocos kilómetros de las costas mediterráneas, habían llegado las fronteras de Alfonso VI de León después de conquistar el Reino de Toledo. Aledo era una plaza decisiva: literalmente, el vigía de los pasos entre Levante y Andalucía. A sólo cuarenta kilómetros del puerto murciano de Mazarrón, Aledo era una lanzadera para partir la España musulmana en dos. Por eso Alfonso VI, una vez ocupado el reino moro de Toledo, se apresuró a emplazar allí un baluarte. ¿Y qué tiene que ver esto con el Cid? Mucho, porque aquí, en Aledo, se firmará el segundo destierro de Rodrigo Díaz de Vivar.

A aquel pueblo de Aledo había ido a parar un noble castellano, García Giménez, que ocupó el lugar y lo convirtió en plaza estratégica desde la que podía acosar a los moros de Alicante, Granada y Almería. Para colmo de males, el rey de la *kora* de Murcia, Ibn Rasid, se había proclamado independiente de la taifa de Sevilla, a la que teóricamente pertenecía. Entre las correrías de García Jiménez y la rebeldía del murciano Ibn Rasid, los reyes moros de taifas volvieron a sentirse acosados. Necesitaban suprimir la plaza de Aledo. Pero solos no podían. ¿Y a quién pidieron auxilio? Nuevamente, al emperador almorávide Yusuf ben Tashfin.

Era el verano de 1088. El emperador almorávide cruzó por segunda vez el mar para desembarcar en España. El viejo Yusuf entendía perfectamente la enorme importancia estratégica de Aledo. No ahorró esfuerzos. Sin duda contemplaba una victoria del mismo calibre que la de Sagrajas. Alfonso VI, cuando se enteró del desembarco, reunió un ejército de dieciocho mil hombres, marchó sobre el lugar y además ordenó al Cid que se le uniera en Villena para reforzar la plaza. Pero el Cid no acudió.

¿Por qué el Cid no fue a Villena ni, después, a Aledo? No lo sabemos. Pudo ser por problemas logísticos, porque no era fácil abandonar una Valencia en peligro para marchar trescientos kilómetros hasta la plaza murciana. O pudo ser porque el Cid no quería verse con el rey. O pudo ser porque se perdió por el camino a la altura de Molina de Segura, según creen algunos. El hecho es que Rodrigo Díaz de Vivar no apareció. Alfonso VI, ciego de ira, desterró por segunda vez al Cid. Y Rodrigo decidió entonces actuar por su propia cuenta.

A todo esto, Aledo pudo defenderse sola, sin necesidad del Campeador. Yusuf, el almorávide, comprobó que sus huestes, tan eficaces en campo abierto, eran bastante poco diestras en guerras de asedio: sus máquinas eran

malas; tanto que los cristianos pudieron incendiarlas en los primeros días de sitio. El viejo caudillo almorávide —ochenta años ya— se propuso entonces rendir Aledo por hambre, pero tampoco para eso estaban preparados los musulmanes: en las tropas sitiadoras no tardaron en aparecer las rencillas que rasgaban la solidaridad musulmana entre las distintas taifas. Yusuf tuvo que abandonar el campo sin tomar el castillo y volvió a África. Pero allí, en Aledo, Yusuf tomó una decisión: la próxima vez que volviera a España, sería para quedarse con todo.

Está terminando el año 1089 y tenemos dos novedades importantes en el paisaje. Una: el Cid, nuevamente desterrado, se dispone a crear su propio espacio político en el área valenciana. La otra: Yusuf ben Tashfin, el caudillo almorávide, se ha propuesto imponer su soberanía sobre el conjunto de Al-Ándalus. Las dos cosas marcarán los próximos años de la Reconquista.

Aquel loco año de 1090

Es la segunda vez que el Cid conoce el destierro, pero ahora todo es distinto: ahora Rodrigo Díaz de Vivar, en uso de su derecho, se ha construido un auténtico reino en el este, a caballo entre Valencia, Cuenca, Teruel y Castellón. Hasta hoy esas tierras obedecían, por medio de Rodrigo, a Alfonso VI de León. A partir de ahora obedecerán sólo al Cid.

Pero también estaban pasando otras cosas en España, y todas ellas muy importantes. Vamos a verlas por orden. Primero: la derrota almorávide en el sitio de Aledo ha vuelto a poner a los Reinos de Taifas en manos de Alfonso VI; sin auxilio exterior, los reinos moros no tienen otra opción que pactar con León, y esta vez Alfonso va a apretarles bien las tuercas. Segundo: mientras eso pasa en la frontera, el Reino de Aragón, en el norte, se apresura a aprovechar el nuevo clima creado por su alianza con Alfonso VI y repuebla rápidamente la comarca de Monzón, con Zaragoza en el punto de mira. Tercero: en África, el almorávide Yusuf se ha decidido a apoderarse de toda la España *andalusí* e incluso va a amenazar Toledo. En un solo año, el de 1090, los acontecimientos se suceden a ritmo de vértigo y en varios frentes. Vamos a verlos uno a uno.

Primer asunto: Alfonso VI quiere recuperar el control sobre los Reinos de Taifas. Los almorávides han fracasado ante los muros de Aledo y han regresado a África. Sin protección exterior, los Reinos de Taifas tienen que

volver a la obediencia. Alfonso lo sabe. Pero ahora, además, hay un factor nuevo: todos ellos han traicionado a León en la batalla de Sagrajas. Por tanto, Alfonso extremará sus exigencias. Un buen ejemplo es la actitud de Álvar Fáñez, enviado por Alfonso VI, ante la corte de Abdalá de Granada. El rey granadino trató de despacharle con una suma muy inferior a la exigida, y Álvar Fáñez le contestó en estos términos:

> *De mí nada tienes que temer ahora. Pero la más grave amenaza que pesa sobre ti ahora es la de Alfonso, que se apresta a venir contra ti y contra los demás príncipes. El que le pague lo que le debe, escapará con bien; pero si alguien se resiste, me ordenará atacarlo, y yo no soy más que un siervo suyo que no tiene otro remedio que complacerle y ejecutar sus mandatos. Si le desobedeces, de nada te servirá lo que me has dado.*

No era una amenaza baladí. Alfonso, en efecto, se puso en marcha y la mera presencia de sus tropas ante Guadix obligó a Abdalá a pagar lo que debía desde el año 1086, cuando Granada suspendió los pagos. En total, 30.000 dinares, una suma fabulosa. Y todo ello en un complicado paisaje político estimulado por el propio Alfonso VI para enfrentar a unas taifas con otras. De hecho, inmediatamente después el rey de León va a invadir la Sevilla de al-Mutamid saqueando sus campos como represalia por la batalla de Sagrajas. Con lo cual, de paso, acentuaba el odio de al-Mutamid hacia Abdalá, que se había librado de la represalia a base de oro.

Mientras eso ocurría en el sur, los aragoneses proseguían su tenaz trabajo repoblador en el norte. Pedro, el hijo del rey Sancho Ramírez, ha llegado hasta la plaza de Monzón, la ha sitiado, la ha tomado y la ha convertido en centro de un reino —así se llamaba: Reino de Monzón— que extiende la frontera aragonesa hacia el sureste, a un paso de Fraga y Lérida. La toma de Monzón, según parece, se ejecutó con ayuda desde el interior de la ciudad: no sólo por parte de los mozárabes, sino también de un musulmán llamado Hotmán que había empezado por vender al rey de Aragón la cercana huerta de Ariéstolas.

La tarea es mucho más que militar: hay que crear nuevos centros urbanos, nuevas demarcaciones eclesiásticas, nuevas áreas de explotación rural. Conocemos los nombres de algunos caballeros que participaron en la tarea: Bernardo Guifredo, Guillermo Pérez, Ramón Galindo, Íñigo Sánchez, Lope Fortuñones, Jimeno Garcés… Los aragoneses no estaban solos en la tarea: contaban con el apoyo lateral de los condes de Urgel. A Armengol IV lo

encontramos en ese mismo año de 1090 ocupando la villa y castillo de Calasanz. A Gerau de Pons, vizconde de Ager, lo veremos operando en las tierras entre el Segre y el Cinca.

Hacia 1090 la Huesca mora tiene que pagar parias al rey de Aragón. Sancho Ramírez ha fortificado la posición de Montearagón, desde la que amenaza directamente la huerta oscense y, por tanto, la propia supervivencia de la ciudad mora. Lo mismo va a hacer enseguida en la posición de El Castellar y en las Cinco Villas. Al oeste y al este de la sierra de Guara, las fronteras de Aragón desbordan ya la altura de Huesca y se extienden hacia el llano.

Pero aquel verano de 1090 el rey Sancho Ramírez recibió una sorprendente petición: el rey moro de la taifa de Lérida, al-Mundir, le pedía ayuda para combatir a un cierto caballero Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, que estaba haciendo estragos en Levante. Porque el Cid, en efecto, se había instalado por libre y, a partir de una base ocasional en Calamocha, en Teruel, proyectaba sus ambiciones hacia el Mediterráneo. Ahora acababa de saquear la vieja taifa de Denia, dependiente del rey al-Mundir de Lérida, y ya hostigaba Sagunto y Valencia. Por eso al-Mundir pidió auxilio a Sancho Ramírez. Y no sólo a él, sino también a Berenguer Ramón II de Barcelona e incluso a al-Mustaín de Zaragoza. Pero, un momento: ¿acaso toda esta gente no eran enemigos entre sí? Sí, lo eran. Pero las maniobras del Cid ponían en peligro los intereses de todos ellos, de manera que todos podían estar interesados en acabar con Rodrigo Díaz de Vivar.

Ni Sancho Ramírez ni al-Mustaín accedieron a la petición de al-Mundir: ninguno quería problemas con Rodrigo. Es más: parece que el rey taifa de Zaragoza avisó al Cid de lo que se preparaba, a saber, la campaña de al-Mundir contra él. El único apoyo que consiguió el moro de Lérida fue el del conde de Barcelona, el Fratricida, que estaba vinculado con al-Mundir por el cobro de parias y que, además, se la tenía jurada a Rodrigo desde su anterior derrota en Almenar. Y así el rey moro de Lérida y el conde cristiano de Barcelona juntaron sus fuerzas contra Rodrigo Díaz de Vivar.

Fue en el verano de aquel loco año de 1090. Rodrigo, que se sabía en inferioridad de condiciones, esperó al Fratricida en el Pinar de Tévar, en el Maestrazgo. El Fratricida intentó sorprender a las huestes del Cid por su retaguardia. El Cid, mientras tanto, urdió una treta: algunos de sus hombres simularon una fuga y se dejaron apresar por los catalanes con objeto de

proporcionarles informaciones falsas. Así el Campeador logró fragmentar a la fuerza atacante. Cuando el Fratricida atacó, su ventaja inicial ya no existía. Al primer choque Rodrigo desmanteló el centro del ataque catalán. El Cid cayó del caballo y resultó herido, pero la batalla estaba ganada. Berenguer Ramón II cayó preso junto a muchos de sus caballeros: el conde de Cervellón, Giraldo Alemán, Ramón Mirón, Ricardo Guillén…

La victoria de Tévar fue decisiva para el Cid. El botín fue enorme: sólo por el rescate de los prisioneros obtuvo 80.000 marcos de oro (1,8 toneladas de oro, nada menos). Pero más importantes aún fueron sus consecuencias políticas: el Fratricida pidió la paz y en prenda entregó al Cid las parias que cobraba por proteger Denia. A Berenguer Ramón II le esperaban en Barcelona los agrios días que finalmente le conducirían al destierro y a la muerte. Y el Campeador quedaba como dueño absoluto de Levante, a las puertas de Valencia y en tratos ya con Aragón y Zaragoza para firmar una alianza política que consolidara su poder.

Pero en algún momento de esta campaña, después de la batalla de Tévar, Rodrigo Díaz de Vivar recibió una importante carta. Se la enviaba nada menos que la reina Constanza, la esposa de Alfonso VI, y la gran dama le contaba que su marido, el rey de León, marchaba sobre Granada para combatir a los almorávides, que habían vuelto a desembarcar en España. ¿Qué estaba pasando en el sur? Volvamos allá.

Lo que estaba pasando en el sur era que Yusuf ben Tashfin, el caudillo almorávide, iba apoderándose de Al-Ándalus. Frente a la debilidad de los reyes de taifas, corruptos y vendidos al cristiano, Yusuf representaba tanto la ortodoxia religiosa como la potencia militar. Una buena propaganda le había convertido en la esperanza del pueblo *andalusí* y en particular de los *alfaquíes*, los doctores del islam. Dos teólogos *andalusíes*, al-Gazali y al-Turtushi, publicaron una *fatwa* o ley que autorizaba a Yusuf a ocupar Al-Ándalus y asumir el título de Príncipe de los Creyentes. Ahora Yusuf desembarcaba de nuevo en España para derribar a los reyes de taifas.

Consciente de que su principal problema no eran los reyes de taifas, sino Alfonso VI, al que todos habían pedido auxilio de nuevo, Yusuf se encaminó directamente hacia Toledo: quería derribar la ciudad como prueba de fuerza ante sus próximos súbditos *andalusíes*. Alfonso corrió hacia Toledo. También Sancho Ramírez de Aragón, que aportó sus tropas para frenar a los invasores. Y Toledo resistió. Como antes en Aledo, los almorávides volvieron a fracasar

en una batalla de asedio. Alfonso VI mantuvo su capital. Y Yusuf se tuvo que retirar hacia el sur. Aún no había terminado el mes de agosto de 1090.

Yusuf se retira hacia el sur, sí, pero esta vez no volverá a África, sino que apuntará a Granada. Por allí va a empezar su particular revolución: la conquista del poder en Al-Ándalus. Es el momento en que los reyes de taifas de Sevilla y Granada piden socorro a Alfonso VI. El rey de León prepara su expedición granadina y por eso la reina Constanza escribe al Cid para que acuda junto al monarca. Rodrigo lo hará.

La expedición, sin embargo, será inútil: Yusuf ya ha comenzado su conquista del poder y el plan está muy bien trazado. Una tras otra caerán Córdoba, Málaga, Granada, Sevilla… En aquel loco año de 1090, la España mora va a cambiar súbitamente de piel.

La revolución almorávide en Al-Ándalus

El venerable caudillo almorávide Yusuf ben Tashfin, ochenta años, austero y flaco y seco, vestido con pieles de oveja, se ha propuesto apoderarse de Al-Ándalus. Su objetivo no es pelear contra los cristianos, sino desbancar a los reyes de taifas. Y lo conseguirá. En Córdoba y en Granada, en Sevilla y en Zaragoza, por todas partes en la España mora, centenares de voces están proclamando la grandeza del viejo Yusuf frente a la molicie y la corrupción de los reyes de taifas, vendidos a los cristianos, el caudillo almorávide encarna la potencia militar y la pureza de la fe. Y así el fundamentalismo almorávide, de voz en voz, se va imponiendo en las conciencias de la España musulmana como única alternativa para la crisis de los reinos moros, inevitablemente abocados a una posición de inferioridad ante la pujanza cristiana.

Los reyes de taifas, por su parte, se aprestan a asumir su destino. Ellos habían abierto la puerta a los almorávides como refuerzo para rebajar las presiones de los cristianos. Algunos, como el sevillano al-Mutamid, vieron desde el principio el peligro: caer bajo el poder almorávide; pero no por ello dejaron de echarse en brazos del viejo caudillo del sur. Ahora Yusuf se disponía a darles el golpe de gracia. Los reyes de taifas, para proteger su posición, trataron de renovar sus lazos con los reinos cristianos, pero ya era demasiado tarde: la revolución almorávide había comenzado.

Nada más abandonar el sitio de Toledo, Yusuf ben Tashfin se dirigió a Granada. Iba a ser su primera víctima. Abdalá de Granada había pedido ayuda a Alfonso. El rey de León corrió a socorrerle, pero cuando llegó ya era demasiado tarde: los almorávides entraron en la ciudad, prendieron al rey Abdalá, le humillaron ante su pueblo y lo enviaron a África, concretamente a Agmat, al norte de Marrakech. Acto seguido Yusuf fue a por el rey de la taifa de Málaga, Tamim, que era hermano de Abdalá. Corrió la misma suerte que él. En ambos casos, Yusuf se aseguró de contar con todas la bendiciones de los *alfaquíes*, que dictaron sentencias contrarias a los reyes de taifas. Es esto lo que da a su conquista del poder una dimensión propiamente política; por eso fue, más que una conquista, una revolución.

¿En qué medida había realmente una dimensión ideológica detrás de estas operaciones? ¿No era simplemente una toma del poder frente a otro poder anterior? No. Yusuf tenía un proyecto político-religioso completamente distinto al de los reyes de taifas. Las taifas se habían habituado a una situación de dependencia: gobernantes musulmanes de origen árabe o bereber (aunque de linajes ya abundantemente hispanizados), sobre una población de cepa muy mayoritariamente hispana, y con una importante cantidad de mozárabes (esto es, de cristianos) entre sus súbditos; en territorios ricos y fértiles, pero sin potencia militar capaz de imponer su voluntad y, por tanto, obligados a pagar a los cristianos su protección. Por así decirlo, los Reinos de Taifas representaban la fase terminal de la invasión de 711: la España mora era más española que mora.

Frente a eso, la revolución almorávide representaba una poderosa inyección de islamidad y de africanidad. El Imperio almorávide era una enorme construcción política con capital en Marrakech. La mayor parte de su territorio estaba en África; Al-Ándalus apenas representaba un pequeño apéndice geográfico. Africana era también la manera en que esta gente enfocaba la política, la guerra y, sobre todo, la religión. En la cabeza de Yusuf no cabía una política de componendas con la cristiandad —ni con la interior de la España mora ni con la de los reinos cristianos— como la que había caracterizado a los Reinos de Taifas. El designio era la islamización a fondo de la sociedad andalusí. Así, la revolución almorávide venía a significar un impulso a la invasión de 711: que la España mora fuera más mora que española. Y sin duda por eso recibió el incondicional apoyo de los *alfaquíes* y demás guardianes de la ortodoxia islámica.

De momento, lo que la revolución almorávide significaba era que los reyes de taifas se quedaban sin corona. Visto el destino de los hermanos Abdalá y Tamim en Granada y Málaga, los demás reyes se apresuraron a protegerse. ¿Cómo? Doblándose ante Alfonso VI. El cual, naturalmente, también estaba interesado en mantener el *statu quo*. ¿Quiénes pactaron con los cristianos? Al-Qadir en Valencia, al-Mustaín en Zaragoza, quizás al-Mutawagil en Badajoz y con toda seguridad al-Mutamid en Sevilla, así como su hijo Fath, que gobernaba en Córdoba. Todos ellos se convertirán en enemigos del poderoso Yusuf.

Con Granada y Málaga en sus manos, Yusuf ben Tashfin se apoderó de Tarifa, instaló allí su base y volvió a África, pero antes dejó a un hombre con instrucciones precisas. El hombre: Abu Bakr, el jefe de las tropas saharauis. Sus instrucciones: guerra sin cuartel contra al-Mutamid de Sevilla, el más importante de los reyes de taifas. Al-Mutamid sabía lo que se le venía encima, pero aguantará hasta el final. En cuanto a Abu Bakr, diseñó su operación con calma de estratega. Tardó casi nueve meses en rendir la ciudad. Primero se ocupó de cerrar a los sevillanos cualquier posibilidad de recibir refuerzos leoneses. ¿Cómo? Ocupando el valle alto del Guadalquivir y Despeñaperros. Aquí el objetivo era Córdoba, defendida por Fath, un hijo de al-Mutamid. Fath se defendió heroicamente, pero finalmente Córdoba cayó: el hijo de al-Mutamid fue ejecutado; su cabeza, clavada en una pica, fue paseada por Córdoba en señal de triunfo. Lo último que Fath pudo hacer en vida fue enviar a su esposa Zaida a la corte toledana en petición de auxilio. Era marzo de 1091.

Esta Zaida, viuda de Fath y nuera de al-Mutamid, y de cuyo origen apenas sabemos nada, había salido de Córdoba con todos sus hijos y buena parte del tesoro real. Refugiada en el castillo de Almodóvar, corrió enseguida a Toledo para ofrecer a Alfonso VI un nuevo pacto: a cambio de su ayuda militar, al-Mutamid le entregaría las plazas fuertes del norte de la taifa de Sevilla, que eran Uclés, Amasatrigo y Cuenca. Zaida debía de ser un bellezón; seguramente española, a juzgar por las descripciones que de ella ha dejado la Crónica. En todo caso, lo que parece indudable es que al rey Alfonso le provocó una verdadera conmoción hormonal. De momento, Alfonso aceptó el pacto y envió una expedición al mando de Álvar Fáñez. En cuanto a Zaida, volverá a aparecer en nuestra historia.

Tomada Córdoba, Abu Bakr estrechó el cerco sobre Sevilla. Ocupó Jaén, Ronda, Calatrava, Almodóvar, Carmona… La expedición enviada por

Alfonso VI, aquélla mandada por Álvar Fáñez, no pudo pasar de Almodóvar: no tenía que enfrentarse sólo a los saharauis de Abu Bakr, sino también a los miles de voluntarios que se iban uniendo a la fuerza almorávide. Sevilla, entregada a sus solas fuerzas, aguantó hasta septiembre de 1091. Al-Mutamid, como los otros, fue encadenado y enviado a Agmat, en África, donde moriría algunos años más tarde en la más absoluta de las pobrezas. Al proyecto de Yusuf ya sólo le quedaban tres piezas: Badajoz, donde al-Mutawagil se sostendrá hasta 1094; Zaragoza y Valencia. Y en estos tres lugares concentrarán su defensa los cristianos.

Ante la amenaza almorávide, en efecto, los reinos cristianos toman posiciones, y en particular Alfonso VI. En el oeste, la cosa está clara: el Reino de León mueve pieza y ocupa la frontera portuguesa con la taifa de Badajoz, a saber, Lisboa, Santarem y Cintra, de modo que Alfonso controla el valle bajo del Tajo. ¿León aprovechó el agobio de Badajoz para ocupar estas tierras, o más bien le fueron entregadas por al-Mutawagil como prenda de pacto? No lo sabemos. Lo único que nos consta es que allí quedó, como gobernador, el caballero Suero Méndez, bajo la dirección de Raimundo de Borgoña, el yerno del rey Alfonso.

Pero si la decisión estaba clara en el oeste, las cosas estaban mucho más turbias en el este, entre Valencia y Zaragoza. Las dos taifas estaban decididas a resistir a los almorávides, pero ambas se hallaban en una situación política complicadísima. Zaragoza, amenazada en el norte por Aragón, tiene pactos con Alfonso VI y con el Cid, pero éstos, además de estar enfrentados entre sí, no ven como enemigo al rey de Aragón. En cuanto a Valencia, amenazada por los almorávides y por Alfonso, debía su protección al Cid y a Zaragoza. Un laberinto. Y a todo esto, un ejército almorávide marchaba al norte por Murcia. El cielo se ennegrecía.

Vienen movimientos incesantes. Una ciudad se convierte en centro del mapa político: Valencia. Y allí escribirá su capítulo final el Cid.

Alfonso mete la pata y el Cid se lleva premio

Sólo dos taifas permanecían libres del avance almorávide: Zaragoza y Valencia. Zaragoza, tributaria de Castilla y enemiga de Aragón, seguía bajo el gobierno del rey al-Mustaín, y Valencia, tributaria del Cid y de Castilla, estaba gobernada por al-Qadir. Los dos reyes debían afrontar serias

alteraciones internas: la propaganda almorávide hacía su trabajo desde las mezquitas. Pero ambos sabían que se jugaban la vida: visto lo que les había ocurrido a los reyes de Sevilla, Málaga y Granada, tanto al-Mustaín como al-Qadir tenían el mayor interés en llegar a pactos con los cristianos; para protegerse de Yusuf ben Tashfin.

Ocurría, además, que tanto Zaragoza como Valencia contaban con abundante población mozárabe, esto es, cristianos que aun bajo la dominación mora seguían profesando su fe. ¿Cuántos? No lo sabemos, porque no hay censos. Pero debían de ser los suficientes para que en la taifa de Zaragoza, por ejemplo, colaboraran con el Reino de Aragón para la entrega de tales o cuales plazas —hubo varios casos de este tipo—, y para que en Valencia alentaran las expectativas de los reyes cristianos. Es decir que, además de la pugna entre musulmanes partidarios de las taifas y musulmanes partidarios de los almorávides, había otra pugna dentro de las propias taifas entre población musulmana y población cristiana. Bajo el régimen de las taifas, en general bastante laxo, ambas comunidades habían podido convivir, pero la llegada de los almorávides, con su fundamentalismo, cambiaba del todo las cosas.

El paisaje general es muy complejo. En tan difícil tablero, los reyes comienzan a mover sus piezas. Y en el mapa hay un punto que reclama la mayor atención: Valencia, que empieza a verse amenazada por los almorávides que se han hecho con la taifa de Murcia. Valencia es protectorado del Cid, que ha constituido una amplia zona bajo su control. Rodrigo Díaz de Vivar se traslada a Zaragoza y trata de convencer a al-Mustaín para que se coaligue con él: entre ambos pueden mantener Valencia a salvo de los almorávides. Pero el Cid no es el único que ambiciona la ciudad: Alfonso de León también tiene puestos allí sus ojos. ¿Y el Cid no gobierna en nombre de Alfonso VI? Ya no. Las relaciones entre el Cid y Alfonso VI distan de ser las mejores. Alfonso quiere tener la zona directamente bajo su control, sin intermediarios. De manera que su primer movimiento será, también, apoderarse de Valencia.

Alfonso de León hará las cosas a lo grande, a su estilo. Después de los asedios de Aledo y Toledo es perfectamente consciente de que la amenaza almorávide necesita una respuesta aplastante. Ha intentado convocar una cruzada en Europa y no le ha salido bien. Ahora vuelve a recabar el apoyo europeo para la operación valenciana. Hay dos potencias navales que le pueden echar una mano: las ciudades italianas de Génova y Pisa, ambas con flotas respetables, y además enormemente interesadas en limpiar el

Mediterráneo occidental de enemigos; como el puerto de Valencia es un punto importante del tráfico, Pisa y Génova acceden a la petición de Alfonso. Eso, por mar. Y por tierra, el rey de León cuenta con dos sólidos aliados: Sancho Ramírez de Aragón y Berenguer Ramón de Barcelona, los dos igualmente interesados en frenar a los almorávides. La alianza parecía indestructible. Pero Alfonso falló.

Fue en la primavera de 1092. Alfonso había cometido el error de no advertir al Cid de sus movimientos. Error deliberado, sin duda: no iba el rey a pedir auxilio a un vasallo. Pero Alfonso pagó caro su orgullo. Las flotas italianas no se presentaron. Los aragoneses y los catalanes tardaron en llegar o, simplemente, decidieron en algún momento dar la vuelta. El hecho es que la gran expedición fue un fracaso. Alfonso VI, que había acudido a Valencia, tuvo que volver con las manos vacías. ¿Podía ocurrir todavía algo peor? Sí: alertados de la ofensiva cristiana, los partidarios de los almorávides en Valencia aprovechan la amenaza para dar un golpe de Estado. Será el final de al-Qadir.

El Cid, por su parte, reaccionó de muy mala manera ante la ofensiva de Alfonso, que consideró como una afrenta. Irritado, Rodrigo Díaz de Vivar se pone al frente de su mesnada y marcha contra La Rioja. ¿Para qué? Para castigar a Alfonso. Lo hará saqueando a conciencia las tierras de Nájera, propiedad de García Ordóñez, su gran rival: el mismo que había propiciado su primer destierro cuando el desafortunado lance de las parias de Sevilla. Nadie pudo frenar a las huestes del Cid. Nadie excepto un mensaje que recibió en aquellos mismos días: una carta de socorro que le enviaba el rey taifa de Valencia, al-Qadir.

Ya ha quedado dicho que en Valencia, como en todo el territorio musulmán, había una facción partidaria de los almorávides. La dirigía el cadí Ben Yahhaf, un juez que veía con muy malos ojos las componendas del rey al-Qadir con los cristianos. Cuando Ben Yahhaf se enteró de la ofensiva cristiana y, sobre todo, cuando constató que ésta había fracasado, prendió en Valencia la revolución. Era el verano de 1092. La facción de Ben Yahhaf envió mensajes a los ejércitos almorávides de Murcia, bajo el mando de Ibn A'Isha, un hijo del emperador Yusuf les abrían las puertas de Valencia. El rey al-Qadir, por su lado, pidió auxilio al Cid. Pero el Cid estaba lejos.

En el plazo de unos pocos días se suceden los acontecimientos a toda velocidad. El hijo de Yusuf, que asciende desde el sur, se apodera de Denia. El cadí de Valencia Ben Yahhaf consuma su golpe de Estado e instaura un

gobierno de «verdaderos musulmanes», una especie de república islámica. El rey depuesto, al-Qadir, intenta darse a la fuga, pero Ben Yahhaf ordena que se le persiga. Los perseguidores darán caza al rey destronado en el mes de octubre; al-Qadir será asesinado sin que medie el menor trámite. Ben Yahhaf, victorioso, se incauta del tesoro del difunto al-Qadir, que entre otras cosas custodiaba el famosísimo cinturón de piedras preciosas de la hermosísima Zobeida, la favorita del califa Harún-al-Raschid, el de Las mil y una noches.

Cuando el Cid llegó a Valencia, al-Qadir ya había sido asesinado. Sin perder tiempo, envió una carta a los nuevos dueños de la ciudad y anunció que vengaría la muerte de su aliado. El cadí Ben Yahhaf esperaba los refuerzos de los almorávides, pero se quedó con un palmo de narices: el hijo de Yusuf consideraba más importante recuperar Lisboa y se limitó a enviar a Valencia una pequeña guarnición. La suerte sonreía al Cid: sin la presión del ejército almorávide, Valencia estaba a su alcance.

Rodrigo Díaz de Vivar se tomó las cosas con calma. Primero puso cerco al castillo de Juballa. Después desplegó a sus tropas en los campamentos de Mestalla, Alcudia y Villanueva. Valencia quedaba completamente sitiada. El resto fue relativamente fácil. Juballa cayó en julio de 1093. Con esa baza en su mano, el Cid mandó un mensaje al cadí Ben Yahhaf: no tenía interés en ocupar la ciudad —no tenía huestes con las que hacerlo— ni en provocar un nuevo cambio de poder en ella, pero exigía que Valencia volviera a ser tributaria suya. Si la guarnición almorávide se marchaba y el cadí pagaba las mismas parias que al-Qadir, que sumaban la cifra de 1.000 denarios semanales, el Cid levantaría el sitio. Ben Yahhaf, sorprendido, aceptó de inmediato. La guarnición almorávide abandonó Valencia. Los hombres del emperador Yusuf regresaron a Denia escoltados por guerreros del Cid.

La victoria de Rodrigo en Valencia había sido completa: no sólo desde el punto de vista militar, sino, sobre todo, desde el punto de vista político, porque era la primera vez que una tropa almorávide se retiraba de una ciudad ya tomada. El viejo Yusuf calibró adecuadamente la profundidad del desafío: era una afrenta intolerable, y más viniendo de alguien que no era un rey, sino un simple caudillo guerrero. Así que inmediatamente ordenó a su general Abu Bakr, el jefe de las tropas saharauis, que marchara contra Valencia. Era el verano de 1093 y Abu Bakr partía con una sola consigna: había que acabar con el Cid.

El Cid, dueño de Valencia

La reacción de Yusuf puso a los moros de Valencia en un auténtico dilema: si decidían aceptar las condiciones del Cid, se enemistarían con el emperador almorávide, al que veían como a un salvador. Pero si proclamaban su fidelidad a Yusuf y declaraban abiertamente su hostilidad al Cid, el campeón cristiano cercaría la ciudad. ¿Qué hacer? Algunos notables de la morisma valenciana decidieron no pagar al Cid y enviaron una embajada a Yusuf pidiendo refuerzos. El Cid se enteró. Las huestes de Rodrigo cercaron Valencia. Así comenzó uno de los asedios más cruentos de la Reconquista. Aún no había empezado el otoño de 1093.

¿Por qué el Cid puso cerco a Valencia, una operación que iba a resultarle pesada y costosa además de incierta, porque la victoria no era ni mucho menos segura? Parece claro que el objetivo inicial del Cid no era tomar la ciudad, sino incorporarla al protectorado que él mismo había constituido sobre las plazas moras de Tortosa, Alpuente y Albarracín, entre otras que pagaban parias al Campeador. Sin embargo, la amenaza almorávide le hizo cambiar de opinión: con los ejércitos de Yusuf dispuestos a intervenir y con los moros de Valencia prestos a abrirles las puertas, la única opción del Campeador era apoderarse de la ciudad y hacerse fuerte allí. Alfonso VI le había otorgado derecho de señorío sobre cuantas tierras conquistase. Ese derecho seguía en vigor. Con Valencia bajo su mano, Rodrigo se convertiría en señor de un auténtico reino: un reino de taifas… cristiano.

Dicen todas las crónicas que el asedio fue extremadamente duro. Comenzó hacia septiembre de 1093 y se prolongaría hasta julio de 1094.A lo largo de esos meses, el Cid fue acercando sus campamentos a las murallas de la ciudad. Primero, en el Puig. Después, Mestalla. Finalmente, La Roqueta. Como en todo asedio, el arma principal fue el hambre. Las huestes del Campeador arrasaron las huertas cercanas. Los cristianos de la ciudad —los que pudieron salir, porque otros fueron asesinados en el interior— huyeron a instalarse en los arrabales. Cuando el hambre apretó, los sitiados se comieron los mulos; cuando se acabaron los mulos, los gatos; cuando se acabaron los gatos, los cadáveres de sus propios compañeros. Todos los asedios eran así.

Los socorros que los moros de Valencia habían pedido a los almorávides no faltaron a la cita, pero el Cid los rechazó. Cuando llegaron las columnas saharauis de Abu Bakr al-Latmuni, sobrino de Yusuf, se encontraron con que no pudieron pasar de Almusafes, a veintitrés kilómetros de la capital.

Probablemente los almorávides minusvaloraron la capacidad militar del Cid; por otra parte, Yusuf, que en ese momento planeaba la recuperación de Lisboa, tampoco estaba en condiciones de enviar grandes masas armadas. El hecho es que ya no hubo ningún socorro más de los almorávides. La ciudad sitiada se encontró sola frente a las huestes del Cid. Y sucumbiría.

En junio de 1094, los moros de Valencia no pudieron aguantar más: sin víveres, sin agua, con la peste enseñoreada de las calles y sin refuerzos a la vista, Valencia se rindió. El Cid Campeador entró triunfal, recibido con euforia por los cristianos de la ciudad. Para ellos se abría una vida nueva. En cuanto a los musulmanes de Valencia, el Cid, caballero mozárabe al fin y al cabo, fue generoso: los que quisieran quedarse, podrían hacerlo pagando un diezmo; los demás, podrían marcharse con todas sus pertenencias. Peor suerte corrió Ben Yahhaf: el cadí traidor fue juzgado por el asesinato de al-Qadir y finalmente ejecutado. Rodrigo entró en el alcázar con sus hombres. Izó su bandera en la torre más alta. Mandó llamar a su mujer e hijas. Y el Campeador, victorioso, tomó posesión de la ciudad con el título de príncipe Rodrigo. Había ganado.

Había ganado, sí, pero la tranquilidad duró muy poco: el emperador almorávide, Yusuf ben Tashfin, se entera de la caída de Valencia y ordena formar inmediatamente una expedición de rescate. La mandará otro sobrino de Yusuf: Yusuf Abu Abdullah Muhammad. Esta vez los almorávides no irán hasta Valencia por tierra, camino que ya les había costado muchos sinsabores, sino por mar. Es el 13 de septiembre cuando un enorme ejército almorávide desembarca en Cuart de Poblet, a pocos kilómetros de Valencia. ¿Cuántos son los invasores? Los cálculos más realistas arrojan la cifra de 30.000 hombres. En todo caso, muchos para los 2.500 caballeros y 7.000 infantes que componían las huestes del Cid. Así empezaría la decisiva batalla de Cuart.

La batalla de Cuart fue un prodigio de movilidad y astucia. Vale la pena examinarla con atención, porque nos dice mucho sobre cómo se combatía en la época y sobre cómo actuaba el Cid. Rodrigo tenía en ese momento dos problemas serios. Uno, la existencia en el interior de Valencia de una facción pro almorávide que a la menor oportunidad iba a abrir la puerta a los sitiadores. El otro problema era la inferioridad numérica: los sitiadores eran muchos más que los defensores. En esas condiciones, ¿qué hacer?

Lo que el Cid hizo fue combinar guerra psicológica, astucia y lo que hoy llamaríamos «acción de comandos». Rodrigo conocía bien las debilidades de la tropa almorávide: su tendencia al desorden y las rencillas que oponían a sus

distintas facciones. También sabía de su escasa destreza en las batallas de asedio. Así las cosas, lo primero que hizo fue pregonar a los cuatro vientos que había pedido refuerzos a Alfonso VI y Pedro de Aragón, sembrando el desconcierto entre los almorávides. Después, según algunas fuentes, organizó una salida nocturna simulando una huida; pero los fugitivos no huyeron, sino que cabalgaron río arriba y abrieron las compuertas de todas las acequias cercanas, convirtiendo el campo en un cenagal. A todo esto, algunos refuerzos llegaron: parece que el propio Pedro de Aragón compareció, en efecto, con sus huestes en Valencia. Y con todo esto, ya estaba el escenario preparado para la acción final.

Con el enemigo dividido y atemorizado, y el campo impracticable, en la mañana del 25 de octubre el Cid salió de la ciudad. Era un ataque contra la masa almorávide. ¿Un ataque suicida? No. En un momento determinado, el Cid y sus jinetes dan media vuelta y huyen hacia Valencia. Y en ese instante aparece tras las filas almorávides un enjambre de guerreros cristianos: era el grueso de la hueste del Cid, oculta desde la noche anterior, que se precipitaba sobre el campamento enemigo. Una táctica que el Cid había aprendido de los propios musulmanes y que se llamaba «tornafluye». La maniobra fue decisiva: la retaguardia almorávide quedó desecha; su campamento, desmantelado; su vanguardia, desordenada. El Cid había vuelto a ganar.

La victoria de Cuart dio al Cid lo que buscaba: se convirtió en un auténtico rey sobre un territorio enteramente suyo. Pero las consecuencias de la victoria iban mucho más allá de su ambición personal: con Valencia en sus manos, surgía en la Península un grueso escudo contra los almorávides que comprendía, aproximadamente, las actuales provincias de Cuenca, Teruel, Valencia y Castellón. Al norte, la taifa de Zaragoza quedaba libre de la presión almorávide. Y en la parte cristiana, el Reino de Aragón y el condado de Barcelona encontraban un aliado de indudable valor.

Rodrigo Díaz de Vivar era perfectamente consciente de todo esto. Inmediatamente tomó los castillos de Serra y Olocau para asegurar las rutas de Valencia hacia el norte, y mandó embajadores para que todos conocieran la nueva situación. Pero otras muchas cosas estaban pasando en España en aquel momento, cosas que nos llevan a otros puntos del mapa. Y hay que contarlas.

De Lisboa a Gandía, pasando por Huesca

Otras cosas pasaban en España, sí. Porque en Toledo nace un heredero de León mientras, en Lisboa, los cristianos pierden la ciudad, y al mismo tiempo en Huesca muere un rey de Aragón y Navarra. Vamos a ver todos estos asuntos uno por uno.

¿Alguien se acuerda de Zaida, la viuda de Fath de Córdoba, que ante la ofensiva almorávide había corrido a refugiarse en Toledo con buena parte del tesoro real? Aquella mujer, joven, bella y sola, había dejado al rey Alfonso VI completamente trastornado. El matrimonio de Alfonso con Constanza de Borgoña no iba bien: la reina, enferma, no había podido darle hijos. Y Alfonso se precipitó sobre Zaida como quien encuentra un oasis en el desierto. La vida misma, en fin. Pero ocurre que, además, este oasis dio un fruto inesperado: un hijo varón, de nombre Sancho. Era el primer hijo varón que tenía Alfonso. Y a este pequeño Sancho Alfónsez, nacido a finales de 1093 o principios de 1094, iba a corresponderle nada menos que la herencia del trono: León, Castilla, Galicia y el Reino de Toledo.

Al rey Alfonso debió de alegrarle mucho tener por fin un heredero: pasaba ya de los cincuenta años y no podía perder el tiempo. Pero en estos años, a decir verdad, Alfonso VI va a tener más sinsabores que otra cosa. Para empezar, en el otoño de 1094 recibió una noticia sumamente desagradable: los almorávides habían recuperado Lisboa. ¿Qué había pasado?

Lo que pasó en Lisboa fue que el emperador Yusuf, con el mapa en la mano, había constatado que para controlar el oeste de España no bastaba con apoderarse de la taifa de Badajoz, sino que era preciso recuperar la línea del Tajo y su desembocadura, es decir, Lisboa. En Lisboa estaba Raimundo de Borgoña, el yerno de Alfonso: aquel mocetón que llegó a León como cruzado y que había terminado casándose con una hija del rey. La misión de Raimundo era sostener la línea del Tajo, ocupada por los leoneses ante el retroceso de la taifa de Badajoz. Todo indica que Alfonso se proponía crear en tierras portuguesas un señorío con identidad política propia, por supuesto sujeto a la corona leonesa, pero bajo gobierno de su yerno borgoñón. Raimundo, sin embargo, no pudo resistir: los almorávides concentraron allí toda su presión y los leoneses tuvieron que abandonar sus posiciones. Fue un revés considerable.

Pero hubo muchas más cosas importantes en aquellos años, y una de ellas era capital: la muerte de Sancho Ramírez de Aragón y Navarra. El hijo de Ramiro, el rey fundador, había llevado a cabo una paciente y tenaz tarea de repoblación hacia el sur. A la altura del año 1094 Sancho pasaba ya la

cincuentena y tenía al alcance de la mano su objetivo más preciado: Huesca, que pondría a su disposición una enorme zona llana y los consiguientes recursos agrícolas. Sancho Ramírez sometió a la ciudad a diversos asedios. Y fue en uno de ellos cuando una certera flecha vino a clavarse en el cuerpo del rey. Era el 4 de junio de 1094.Así murió Sancho Ramírez, rey de Navarra y Aragón.

A Sancho le heredó su hijo primogénito, Pedro, un tipo de la misma hechura que Sancho y que el viejo rey Ramiro: buen político y guerrero obstinado. Pedro, casado con la dama francesa Inés de Aquitana, no había cumplido aún los treinta años cuando llegó al trono. Desde un tiempo atrás su padre le había encomendado el gobierno de Sobrarbe y Ribagorza a título de rey. Después había prodigado las acciones guerreras, al ritmo que marcaban la invasión almorávide y la alianza aragonesa con León. Ahora su primera preocupación será acabar lo que su padre había empezado: la conquista de Huesca.

Huesca era una ciudad relativamente autónoma, pero dependiente de la taifa de Zaragoza. Su conquista representaba, por tanto, un problema diplomático, porque Zaragoza seguía gozando de la protección leonesa. Inevitablemente la ofensiva contra Huesca iba a enfrentar al rey de Aragón y Navarra —ambas seguían bajo la misma corona— con Alfonso VI de León. Aún así, la plaza era vital para los aragoneses. Pedro acudió al auxilio papal; no en vano Aragón se había declarado vasallo de la Santa Sede. Consta que el arzobispo de Burdeos, Amado, viajó al sitio de Huesca como legado papal. También, naturalmente, acudieron numerosos cruzados europeos. Huesca tenía que caer.

Alfonso no faltó al pacto con Zaragoza. Un contingente castellano marchó hacia Aragón bajo el mando de García Ordóñez, el de Nájera, y el conde Gonzalo Núñez de Lara. Los castellanos engrosaron el ejército que al-Mustaín de Zaragoza enviaba para socorrer Huesca. Pedro I se había preparado para hacerles frente. La batalla decisiva fue en Alcoraz, al lado mismo de la ciudad sitiada. Era el 19 de noviembre del año 1096. Los ejércitos de Aragón y Navarra, con su refuerzo de cruzados, se enfrentaron al socorro de Zaragoza y lo derrotaron. En la batalla brilló un joven hermano del rey Pedro: Alfonso, que pasaría a la Historia como «el Batallador». Huesca ya era, por fin, aragonesa. El legado del papa restauró la sede episcopal. La ciudad se convertía en nueva capital del reino.

Y en ésas estaba Pedro I de Aragón, gozando de su primer triunfo como rey, cuando recibió un mensaje de socorro: era el Cid, que, desde Valencia, le pedía refuerzos ante un nuevo desembarco almorávide. ¿Qué estaba pasando en Valencia? Volvamos allá.

Lo que estaba pasando en Valencia era que los almorávides, pertinaces, habían enviado otro ejército sobre la zona. Esta vez lo mandaba Abul Hasan Ali al-Hajj y su propósito era acogotar literalmente al Cid con una operación combinada por tierra y por mar. La frontera entre los almorávides y los dominios del Cid estaba entonces en la línea Gandía Játiva. La plaza estratégica más importante era el castillo de Peña Cadiella, que permitía vigilar todos los movimientos del llano. El Cid necesitaba socorrer Peña Cadiella.

Los aragoneses acudieron a la llamada de Rodrigo Díaz de Vivar. Allí fueron el propio rey Pedro y también su hermano Alfonso. Los de Aragón, junto a las tropas del Cid, llegaron hasta Peña Cadiella y abastecieron a la plaza de todo lo necesario: hombres, víveres, municiones. Pero cuando el ejército cristiano emprendió el camino de regreso hacia Valencia, se encontró con que los almorávides le habían cerrado el camino: apostadas en el castillo de Bairén, tres kilómetros al norte de Gandía, y apoyadas desde el mar, las fuerzas del emperador Yusuf se proponían aniquilar al ejército del Cid. Y si ese ejército cedía, Valencia, desprotegida, quedaría al alcance de los almorávides. Eso fue lo que se jugó en la batalla de Bairén.

De lo que pasó en la batalla de Bairén sabemos bastante poco. Lo que conocemos es lo más importante: su final. Y su final fue que las fuerzas castellanas del Cid y las aragonesas y navarras de Pedro derrotaron a los musulmanes. Y además los derrotaron a fondo, porque el descalabro almorávide fue el mayor que hasta entonces habían sufrido las huestes de Yusuf ben Tashfin. Acababa de empezar el año 1097.Y el Cid había vuelto a ganar.

La victoria de Bairén, curiosamente, tuvo consecuencias políticas mayores que la de Valencia. Porque es ahora, después de Bairén, cuando el Cid decide cristianizar enteramente la ciudad. El papa restableció la sede episcopal de Valencia y nombró para ello al obispo jerónimo de Périgord, un monje que había llegado a España con el grupo cluniacense de Bernardo, el de Toledo. Al mismo tiempo, el Cid ocupaba Almenar y después Sagunto, de modo que su control sobre el territorio ya era completo. Y por si faltaba algo, Rodrigo estrechaba los lazos con el Reino de Aragón —más todavía— y con el

condado de Barcelona. Ahora los ojos del Cid estaban puestos en su hijo y heredero, Diego. Todo apuntaba a que Valencia vería nacer un señorío cristiano con identidad propia, semejante al que al otro lado, en Portugal, iba creándose en torno a los yernos borgoñones de Alfonso VI.

Y en ésas estábamos cuando, de repente, una noticia voló por toda la Península: el viejo Yusuf ben Tashfin, el emperador almorávide, con más de noventa años ya, desembarcaba de nuevo en España y se dirigía, otra vez, contra Toledo. Las armas volvían a sonar.

La batalla de Consuegra

Es muy importante no perder de vista el mapa general de la situación. En Valencia, el Cid había ganado todo el territorio de la vieja taifa. En torno a Huesca, Pedro I de Aragón proseguía sus avances hacia el llano del sur. Como esos avances se cobraban a costa de la taifa de Zaragoza, ésta tenía que pedir auxilio a su protector, el rey de León. Y el rey de León, Alfonso VI, seguramente con pocas ganas después de perder Lisboa, se encaminaba ahora hacia Zaragoza para enfrentarse a su, por otra parte, aliado Pedro I.

¿Aliado? Es un tanto complicado: en política exterior, es decir, frente a invasiones extranjeras, León y Aragón eran aliados, sí; pero en política interior no tenían por qué serlo si sus intereses chocaban, y la taifa de Zaragoza era cuestión de política interior. En esta época, además, sale a la luz un viejo pleito que venía oponiendo a aragoneses y leoneses, y era la cuestión religiosa. Desde el momento en que la orden de Cluny se había convertido en la linea oficial de la Iglesia en León —entre otras cosas, por influencia de la reina Constanza—, los aragoneses, seguramente más por rivalidad que por otra cosa, habían adoptado la linea marcada por la regla de San Agustín, que va a ser la dominante en los nuevos monasterios: Loarre, Alquézar y Montearagón, pero también en los viejos como Jaca, Pamplona y Huesca. Esto hoy puede parecernos una cuestión menor, pero en aquella época era tanto como una división entre dos partidos hostiles.

En todo caso, y esto sí que hay que reconocérselo a los reyes cristianos, todas las querellas internas se deshacían cuando se trataba de hacer frente a una amenaza exterior. Y era precisamente el caso ahora, ante la nueva ofensiva de Yusuf. Alfonso no llegó a Zaragoza: rápidamente puso rumbo al sur, hacia Toledo. Pidió ayuda a Pedro I de Aragón, y éste, cabal, ofreció sus

tropas. El rey de León mandó también mensajes al Cid, y el Campeador igualmente envió a sus huestes; no acudió Rodrigo en persona porque no creyó prudente abandonar Valencia estando de nuevo Yusuf en España, pero encomendó la dirección de sus mesnadas a su propio hijo, el joven Diego Rodríguez. Y además acudió un paladín de primer nivel como Álvar Fáñez, al frente de un contingente de caballería pesada. En fin, se movilizó todo lo que había.

La ofensiva de Yusuf era amplia y ambiciosa. Constaba de dos brazos. Uno, el más nutrido, se dirigía hacia Toledo, la capital de Alfonso VI; el otro, hacia Cuenca, probablemente para llegar desde allí hasta Valencia o, al menos, para aislar a Valencia del territorio cristiano. Alfonso decidió cortar el paso al contingente principal de los invasores y corrió hacia la plaza de Consuegra, cuyo castillo se erguía varios kilómetros al sur de Toledo. Era el 15 de agosto cuando el rey cristiano vio lo que se avecinaba: la enorme masa de las huestes almorávides con sus tambores de piel de hipopótamo.

Los refuerzos que llegaban desde Valencia tuvieron la mala fortuna de encontrarse por el camino con la hueste almorávide que marchaba contra Cuenca. Fueron concretamente los jinetes de Álvar Fáñez los que tuvieron que afrontar la prueba. Cerca de la ciudad se vieron envueltos por los almorávides. La refriega fue dura. Algunos jinetes cristianos cayeron allí. Otros pudieron volver a Valencia. Todavía un tercer grupo, el del propio Álvar Fáñez, logró zafarse del enemigo. Aquí las fuentes se contradicen: unos dicen que Álvar Fáñez llegó a Consuegra; otros, que no. Pongamos que sí: que este tercer contingente consiguió llegar hasta Consuegra. Justo a tiempo para librar el combate decisivo.

¿Cómo eran aquellas batallas? Aquí ya hemos contado muchos de esos choques y hemos podido ver que la táctica era determinante: cualquier nueva táctica, cualquier nueva maniobra, podía desequilibrar la balanza incluso al margen de quién alineara mayor número de fuerzas. Las primeras victorias almorávides se habían debido a esas bazas. Pero a estas alturas los cristianos ya habían aprendido cómo peleaban los almorávides e incluso habían usado con éxito sus mismas tácticas, como hizo el Cid en la batalla de Cuart. En esta situación de equilibrio táctico, todo dependía de quién ejecutara mejor los movimientos en el campo de batalla.

Los movimientos de los almorávides seguían basándose en la tradicional forma de combatir de los jinetes norteafricanos, como en 711: un compacto contingente de infantería en el centro y rápidas galopadas de jinetes por los

flancos para envolver al enemigo y privarle de capacidad de reacción. En cuanto a los cristianos, en ese momento su forma de combatir se correspondía con la práctica habitual de la caballería medieval: fuertes cargas de caballería pesada reforzadas por infantes que marchaban detrás de los jinetes y bajo la protección de las fortalezas, los bastiones fortificados, a los que había que replegarse después de cada carga. Eso es exactamente lo que pasó en Consuegra.

Alfonso VI había dispuesto a sus tropas en dos grandes alas. Una, la izquierda, la mandaban Pedro Ansúrez y Álvar Fáñez. No era el grupo más numeroso, pero sí el más compacto, con tropas muy experimentadas y caballeros de élite. La otra, la derecha, la componían los hombres del Cid, que eran los mejor armados, al mando de Diego Rodríguez, hijo del Campeador, y junto a ellos se alineaban las huestes del conde de Nájera, García Ordóñez, con la orden expresa de proteger con su caballería la vida del hijo del Cid. Curioso encargo: García Ordóñez era, desde antiguo, uno de los principales enemigos del Cid. Fue García Ordóñez quien promovió su primer destierro, y fueron las tierras riojanas de García Ordóñez las que el Cid castigó en represalia por la ofensiva castellana sobre Valencia unos años atrás. Ahora este mismo García Ordóñez tenía que proteger al hijo de su enemigo. No puede decirse que el ambiente en este ala del ejército cristiano fuera de íntima cordialidad.

Los cristianos cargaron contra los almorávides. La caballería pesada aplastó las primeras líneas de la infantería enemiga. Detrás, la infantería cristiana completaba la tarea. En ese momento las alas del contingente almorávide avanzaron al frente: era el típico movimiento de la caballería mora para envolver al adversario. Nada que no estuviera previsto: Alfonso ordenó, casi mecánicamente, que su ejército se retirara para frustrar la maniobra musulmana. El ala izquierda, la de Álvar Fáñez y Pedro Ansúrez, se retiró con orden. Pero en el ala derecha…

En el ala derecha del ejército cristiano, García Ordóñez se replegó, pero lo hizo por su cuenta, sin ayudar a Diego, el hijo del Cid. Diego quedó inmóvil en el terreno, rodeado por sus hombres, y éstos, a su vez, envueltos por los jinetes almorávides. No había escapatoria. El grueso de la tropa musulmana se abalanzó sobre la exigua hueste paralizada. Diego Rodríguez, único hijo varón del Cid y heredero del señorío valenciano del Campeador, moría en el campo de Consuegra, en agosto del año 1097, con diecinueve años de edad.

Con las líneas deshechas y una parte del contingente aniquilada, el ejército de Alfonso se parapetó tras el castillo de Consuegra. Ocho días duraría el asedio; y después de esos días, los almorávides se marcharon. La batalla de Consuegra fue una derrota para Alfonso VI, pero, una vez más, Yusuf se retiró: ni siquiera intentó apoderarse del castillo. ¿Por qué? El viejo emperador almorávide había aprendido la lección: sus tropas no estaban capacitadas para librar con éxito batallas de asedio. En cuanto a los almorávides que habían llegado hasta Cuenca, también volvieron grupas, aunque, eso sí, después de dejar allí a sus partidarios como dueños de la ciudad. Estaba claro que el horizonte de Yusuf ben Tashfin no era penetrar en los reinos cristianos, sino restablecer el dominio musulmán sobre el territorio de las viejas taifas… al menos, de momento.

Y después de Consuegra, ¿qué? Después de Consuegra, desolación. Alfonso VI debía abandonar cualquier propósito de extender sus territorios. El problema político volvía a gravitar en torno a la cuestión zaragozana, donde Pedro I de Aragón no iba a renunciar a sus pretensiones de expansión. Pero el mayor golpe se lo llevó el Cid, que perdió a su único heredero. Es probablemente en este momento cuando Rodrigo Díaz de Vivar arregla el compromiso de sus hijas, que no se llamaban Elvira y Sol, como dice la literatura, sino Cristina y María. La primera se casará con el infante Ramiro Sánchez de Pamplona, que pronto partirá como cruzado a Tierra Santa; la otra, María, lo hará con el conde de Barcelona Ramón Berenguer III.

Pero al Cid le quedaba todavía una prueba, la última: un nuevo ataque almorávide contra Valencia. Y aquí Rodrigo Díaz de Vivar dejaría la vida de los mortales para entrar en la leyenda.

Victoria y muerte del Cid Campeador

Rodrigo Díaz de Vivar murió en el verano de 1099. No murió en combate, sino por el puro paso de la vida sobre un cuerpo que no aguantó más. Dice una tradición que el Cid, literalmente exhausto, se tumbó en la cama y en ella estuvo un mes, sin levantarse, hasta que la muerte se lo llevó. Y así se cerraba una página prodigiosa de la Reconquista.

¿Cómo murió realmente el Cid? No nos consta que sufriera ninguna enfermedad concreta, pero sí tenemos un testimonio de la época, el del moro Ben Abduz, que permite pensar que el deterioro físico de Rodrigo era

galopante. Este Ben Abduz hablaba en 1095, cuando el ajusticiamiento del cadí Ben Yahhaf, y decía lo siguiente:

> *En fin, las cosas de este mundo se pasan muy presto, y el corazón me dice que no durará mucho la premia en que nos tienen los cristianos, porque el Cid anda ya hacia el cabo de sus días, y después de su muerte, los que quedemos con vida, seremos señores de nuestra ciudad.*

En ese momento el Cid tenía en torno a cincuenta años. Para la época era una edad avanzada, y más todavía para un hombre que llevaba combatiendo sin tregua desde la adolescencia. Rodrigo murió cuatro años después de esta premonición del moro Ben Abduz. Aquel año de 1099, la primera cruzada europea tomaba Jerusalén. La tradición hará coincidir las dos fechas en un 29 de mayo, domingo de Pentecostés. Es improbable que realmente el Cid muriera ese 29 de mayo, pero es significativo que la tradición se tomara la molestia de cuadrar las fechas: ambos acontecimientos se convierten así en símbolo de las inmensas esperanzas que el mundo cristiano de Occidente había puesto en la recuperación de las tierras bajo dominio islámico, en los dos polos extremos de las peregrinaciones medievales, desde Santiago hasta Jerusalén.

Dice otra tradición que los moros de Valencia lloraron la muerte de Rodrigo. ¿Cómo fue el dominio del Cid sobre Valencia? Por lo que sabemos, las capitulaciones iniciales, las de 1094, eran muy semejantes a las de Toledo y dejaban ancha libertad a los musulmanes de la ciudad. Pero, inmediatamente después, la agitación pro almorávide y el malestar por la ejecución del viejo cadí, Ben Yahhaf, hicieron estallar una rebelión de cierto alcance. A Rodrigo no le costó mucho sofocar la rebelión, y aprovechó el lance para endurecer su dominio. Fue entonces cuando la mezquita mayor de la ciudad, edificada a su vez sobre un viejo templo cristiano, se cristianizó de nuevo y quedó convertida en catedral. La sanción papal y el nombramiento de un obispo para Valencia —Jerónimo— consagraron definitivamente el carácter cristiano de la capital mediterránea.

Conviene recordar que el estatuto político del Cid había alcanzado rasgos muy eminentes. Rodrigo había empezado siendo un jefe guerrero a sueldo de las taifas. Después se había convertido en caudillo militar y político de una amplia zona de gran valor estratégico: entre Teruel y Valencia, a lomos de las serranías de Castellón y Cuenca, los dominios del Cid eran un auténtico «tapón» geográfico que protegía al noreste peninsular de la expansión

almorávide. Y a partir de 1094, reconquistada Valencia, Rodrigo Díaz de Vivar ascendía de hecho a la condición de príncipe cristiano sobre un señorío propio, que podía legar en herencia a sus sucesores y, más aún, que constituía una entidad política con personalidad propia. Las conquistas de Almenar y Sagunto terminaron de consolidar su indiscutible poder. Todo ese territorio, la Valencia del Cid, formaba parte nominalmente del territorio de la corona de León y Castilla, que se extendía así desde el Atlántico hasta el Mediterráneo. Pero al mismo tiempo era señorío de Rodrigo, y por eso su estatuto se ha comparado al de un rey de tafias, pero cristiano.

Caben pocas dudas sobre el propósito último del Cid Campeador: constituir en torno a Valencia una entidad autónoma, regida por su propio heredero, Diego. Ese proyecto quedó traumáticamente frustrado cuando Diego murió en la batalla de Consuegra, en 1097: el Cid se quedaba sin heredero y el futuro del señorío valenciano se volvía extremadamente problemático. En esa tesitura, Rodrigo optó por estrechar sus lazos con Aragón y Barcelona a través del matrimonio de sus hijas, Cristina y María, con Ramiro de Navarra y Ramón Berenguer III, respectivamente. La decisión tenía un alcance político decisivo, porque en la práctica significaba ceder a Aragón y a Barcelona, y no a Castilla, la herencia del esfuerzo bélico del Cid. Quizá Rodrigo no vio claro que León pudiera mantener la actividad guerrera tan lejos de sus fronteras naturales. El hecho es que de esos matrimonios saldrán linajes de reyes: García Ramírez, el restaurador del Reino de Pamplona, fue nieto del Cid, y un rey de Castilla, Alfonso VIII, será tataranieto del Campeador.

Pero ahora, muerto el Cid sin heredero varón, ¿qué pasaba con Valencia? Todas las tierras ganadas por el Cid quedaron bajo el mando de Jimena, la esposa de Rodrigo. Pero la situación era ciertamente difícil: los almorávides no tardaron en enterarse de que el gran guerrero cristiano había muerto y pronto reanudaron el acoso contra Valencia. Las huestes del Cid no eran escasas, pero la defensa de todo el territorio de Rodrigo, sin apoyo externo, era misión imposible.

Toda la clave de la defensa cristiana de Valencia estaba en dos factores. Uno, mantener buenas relaciones con la taifa mora de Zaragoza, el territorio contiguo por el norte, para proteger la propia retaguardia. El otro, estar en condiciones de mover tropas con facilidad para reforzar la plaza frente a las ofensivas almorávides. El Cid podía atender con relativa soltura ambos requisitos, pero nadie más podía hacerlo. Desde luego, no podían hacerlo los

maridos de las hijas de Rodrigo: los navarro-aragoneses, porque estaban en perpetuo conflicto con la taifa de Zaragoza, y los catalanes, porque no disponían de ejército suficiente. Sólo Alfonso VI de León, bien avenido con la taifa zaragozana, podía enviar tropas a Valencia, pero eso a su vez le obligaba a dispersar esfuerzos a lo largo de una frontera mucho más extensa de lo que podía defender. Y así, muerto Rodrigo, la posición de la Valencia del Cid se hizo pronto insostenible.

Cuando Yusuf se enteró de la muerte del Cid, inmediatamente envió hacia Valencia un ejército al mando de un primo suyo llamado Mazdalí. Los almorávides ya habían ocupado la línea hasta Játiva y Alcira. Ahora, agosto de 1101, cercaban Valencia. Ante la presión almorávide, los territorios que hasta ese momento obedecían al Cid prefirieron pagar tributo a Mazdalí. Dice una leyenda muy tardía que Jimena, asediada en Valencia, hizo exhumar el cadáver embalsamado de su marido, ordenó que lo montaran en un caballo y lo sacó a las puertas de la ciudad, lo cual hizo huir a los sitiadores. En realidad, lo que Jimena hizo fue pedir ayuda a Alfonso VI. El rey de León atendió a la llamada y acudió con un ejército mandado por él mismo. Ante la llegada de los cristianos, los moros levantaron el sitio. Alfonso VI persiguió a los almorávides hasta Cullera, donde hubo una batalla de contención: allí quedó la línea de frontera entre las dos fuerzas. Y Alfonso, mirando alrededor, tomó la decisión de evacuar la ciudad.

Era mayo de 1102. Jimena recogió el cadáver de su marido. Las huestes castellanas, dispuestas a no dejar nada al enemigo, incendiaron la ciudad. La población cristiana de Valencia se marchó también. La gran comitiva se puso en camino con dirección a Castilla: centenares de hombres, los mismos que en los últimos años habían protagonizado uno de los capítulos más brillantes de la Reconquista, volvían ahora a sus casas transportando el cuerpo de su jefe muerto. El Cid será definitivamente enterrado en Burgos, en San Pedro de Cardeña. El 5 de mayo de 1102 entraba en Valencia Mazdalí, que quedaba por el momento al frente de la ciudad. Valencia se convertía en una provincia más del extenso imperio africano de Yusuf ben Tashfin.

La conquista de Valencia fue un movimiento decisivo para los almorávides, que ahora contaban con una base privilegiada para hostigar al condado de Barcelona y, sobre todo, para conquistar la taifa de Zaragoza, que en este momento era el único territorio musulmán español que aún se resistía al poder de Yusuf ben Tashfin. El viejo emperador almorávide, pasados ya ampliamente los noventa años, tomaba una importante decisión: nombraba

heredero a su hijo Alí y le ponía al frente de la provincia andalusí, es decir, de toda la España mora.

Pero otras cosas iban a pasar, además, en aquellos días, y una tiene que llamar inmediatamente nuestra atención: el 28 de septiembre de 1104 moría en el valle de Arán Pedro I, el bravo rey de Aragón y Navarra, y moría sin descendencia. ¿Quién ocuparía la corona? Alguien que también merece capítulo aparte.

12

ALFONSO Y URRACA: UN REY CRUZADO Y UNA REINA... ATRAVESADA

Así llegó al trono Alfonso I el Batallador

En el año de 1104, mientras los almorávides se hacían fuertes en Valencia y planificaban ya su siguiente ofensiva contra el Reino de León, moría en el valle de Arán el rey Pedro I de Aragón y Navarra. Tenía sólo treinta y seis años. Había heredado el trono diez años atrás, de manos de su padre Sancho Ramírez, herido de muerte en el asedio de Huesca. En esos diez años, Aragón había crecido hasta amenazar seriamente a la propia ciudad de Zaragoza. Recogerá la corona de Pedro su hermanastro Alfonso. Vamos a hablar un poco de Aragón.

Lo que asombra en estos primeros reyes aragoneses es su continuidad y su constancia: todos tienen el mismo proyecto y todos lo persiguen con la misma tenacidad; ninguno rectifica al rey anterior, sino que cada uno prolonga y amplía la herencia recibida en la misma dirección. Esa herencia se define por dos rasgos fundamentales: uno, hacia fuera, es la expansión sostenida hacia el sur, hasta el horizonte que marca la línea del Ebro; el otro, hacia dentro, es la religiosidad vertebral del reino, puesto desde el principio bajo la protección de la Santa Sede. Y una cosa y otra construyen la identidad de este Aragón inicial.

En esa línea, la aportación de Pedro I en sus diez años de reinado fue crucial: como monarca de Aragón y de Navarra, no hubo año en el que no ensanchara sus territorios. Su estrategia fue paciente y metódica. Primero se fijaba un objetivo concreto: Monzón, Huesca, Tudela, Barbastro. Después organizaba marchas de aproximación hacia cada una de esas ciudades, una por una, nunca todas a la vez, erizando los alrededores de bastiones y plazas fuertes. Acto seguido, comenzaba el hostigamiento bélico del objetivo. En el caso de Barbastro, por ejemplo, Pedro hizo construir dos castillos, el de Pueyo

y el de Zaidín. La codiciada plaza de Barbastro terminó cayendo en 1100, y ahora sin la fragilidad de la primera vez, cuando la desorganización de los cruzados —aquí lo vimos en su momento— frustró la reconquista.

El enemigo fundamental de Aragón y Navarra —en realidad, el único enemigo— era la taifa de Zaragoza. Ya hemos explicado aquí la maraña política que tal cosa suponía: la ambivalente relación con la corona de León y Castilla, aliada de Aragón frente a los almorávides, pero nominalmente aliada de Zaragoza frente a Aragón. Pedro I gobernó este problema con mano certera. Y como no podía contar con apoyo español para su expansión —aquí sólo Urgel le apoyaba—, buscó en el exterior refuerzos para sus campañas: por eso la presencia de francos y normandos es permanente en todo este periodo de la historia aragonesa.

¿De qué vivía el Reino de Aragón y Navarra? A diferencia de los otros reinos cristianos, Aragón ya no cobraba parias: entre otras cosas, porque ya no había quien pudiera pagarlas. Consta que la población musulmana de las ciudades reconquistadas siguió, en general, habitando sus tierras, y sin cargas fiscales específicas. Por ejemplo, a los moros de Naval, al norte de Barbastro, se les dispensaba expresamente de pagar parias y se limitaba su contribución a la novena parte de los frutos que cogiesen y la quinta parte de la sal que produjesen. Y a cambio de esta condición ventajosa, se les exige «que sean fieles, sin arte ni engaño, contra moros y cristianos, ellos y sus sucesores, por los siglos de los siglos». Sin parias que cobrar, las arcas del reino se financiaban sobre todo con el botín de guerra tomado a los moros de las plazas que iban cayendo, una a una, en manos de Aragón.

Como no había parias para pagar ejércitos estables, las campañas bélicas de Aragón solían coincidir con el momento en que terminaban las faenas del campo: cuando acababa el periodo de cosechas, los granjeros y ganaderos del reino eran llamados a las armas. Era una de las muchas limitaciones a las que tenía que hacer frente el Reino de Aragón y Navarra, pero, aún así, el sistema dio sus frutos y la expansión, aunque lenta, prácticamente no conoció interrupción.

Cuando al fin se recuperó Barbastro, en aquel año de 1100, se conoció en España la entrada de los cruzados en Jerusalén. El rey Pedro I quiso cruzarse y marchar a Tierra Santa, pero el papa envió una bula a los españoles prohibiéndoles acudir a aquella cruzada: ya tenían la suya propia contra los almorávides. Ni corto ni perezoso, Pedro organizó en 1101 una cruzada contra la propia Zaragoza; de ella nos queda el recuerdo del pueblo zaragozano de

Juslibol, cuyo nombre viene del grito de los cruzados *Deus o vol*, «Dios lo quiere».

La línea entre Aragón y la taifa de Zaragoza se hace extremadamente permeable: los documentos nos muestran numerosas localidades que tan pronto aparecen cristianas como musulmanas, según los cambios de poder en la frontera. La última aparición del rey Pedro es en Tamarite de Litera, en la frontera con Lérida. Después, por razones que ignoramos, viajó al norte, al Pirineo. Y allí, en septiembre de 1104, moría Pedro I.

La muerte del rey planteó un problema sucesorio peliagudo. Pedro I había estado casado con Inés de Aquitania, que le dio dos hijos: Isabel y Pedro; ambos, según parece, de naturaleza enfermiza. Cuando murió la reina Inés, Pedro volvió a casarse, esta vez con una dama italiana llamada Berta, que no le dio hijos. Los vástagos de Pedro I murieron pronto. Parece acreditado que los dos padecían enfermedades serias. En 1101 y en 1103 constan donaciones del rey por la salud de sus hijos. Isabel falleció en 1103 y el infante Pedro en aquel mismo año de 1104, pocos meses antes que el rey. Muerto Pedro sin descendencia, el derecho marca que la corona pase al hermano varón siguiente al rey difunto: Alfonso, soltero, treinta y un años.

Alfonso era hermano del difunto rey Pedro o, más precisamente, hermanastro: hijo de Felicia de Roucy, la segunda esposa del rey Sancho Ramírez. Cinco años más joven que Pedro I, Alfonso se había criado en el monasterio de San Pedro de Sirera, en el valle de Hecho. Su destino estaba marcado de antemano: sería señor feudal. Se formó en las armas y las letras, como correspondía a todo caballero de su tiempo. Se le encomendó el gobierno de distintas plazas en las áreas fronterizas de las Cinco Villas y la Jacetania. Pero Alfonso era, ante todo y sobre todo, un guerrero. En nuestro relato ya le hemos visto peleando en Alcoraz y en Bairén. La guerra era su elemento.

¿Treinta y un años y soltero? ¿Cómo es posible eso? Al parecer, todo forma parte del carácter de Alfonso, que vivía sólo para las hazañas bélicas y no soportaba a las mujeres. Hay un testimonio musulmán que recoge Ubieto Arteta y que retrata al nuevo rey de Aragón y Navarra con trazos inequívocos. Dice así:

> *Alfonso dormía con su coraza y sin colchón. Y como un día alguien le preguntase que por qué no se acostaba con las hijas de los jefes*

musulmanes que había hecho prisioneras, contestó: «Un verdadero soldado no debe vivir más que con hombres, y no con mujeres».

Un verdadero soldado: eso era Alfonso. Las crónicas castellanas inciden en su carácter aguerrido hasta la brutalidad. La Compostelana, por ejemplo, dice esto:

Devastábalo todo a hierro y fuego, y de los campesinos, a unos pasaba a cuchillo y a otros, atadas las manos, los llevaba prisioneros. ¿Qué más? Violaba también las iglesias…

Lo que dicen las crónicas castellanas sobre Alfonso el Batallador hay que cogerlo con pinzas, porque a este rey, que a la muerte de Alfonso VI llegará a reinar sobre Castilla —ya veremos aquí cómo fue—, le tenían verdadera ojeriza. En realidad, Alfonso, siendo un guerrero por naturaleza, al mismo tiempo era de una religiosidad sin fisuras: el ejemplo mismo del monje-soldado, una figura típicamente medieval. En todo caso, el testimonio vale para completar el retrato de un personaje que realmente debió de ser de armas tomar, y nunca mejor dicho.

Para empezar, Alfonso, nada más llegar al trono, se propone un objetivo mayor, el objetivo de su vida: Zaragoza. Su hermano Pedro ha llegado a tocarla con los dedos; él seguirá el mismo camino. Y mientras tanto, el Batallador se preocupa de asentar sus posiciones a este y oeste, en el sur de Navarra por las Cinco Villas: Egea de los Caballeros, Tauste, Sádaba; y en la frontera de Lérida, por el bajo Cinca. La Reconquista en Aragón no sufre la menor mengua; al revés, con Alfonso el Batallador experimentará un crecimiento increíble. No es extraño que hoy, en la cultura española, la palabra «Aragón» sea sinónimo de tenacidad y constancia.

Se va el venerable Yusuf, emperador de los almorávides

El anciano Yusuf ben Tashfin desembarcó por quinta vez en España en el año 1003: quería inspeccionar el estado de sus conquistas. Ya había conseguido poner bajo su dominio a toda la España mora excepto la taifa de Zaragoza. Después, marchó de nuevo a África. Ya no volvería más: aquella fue la última visita a España del poderoso almorávide, que moría en su palacio de Marrakech en el año 1106, a la avanzadísima edad de noventa y siete años. Un auténtico constructor de imperios.

¿Cómo era la vida de los cristianos de Al-Ándalus bajo el Imperio almorávide? Bastante poco agradable. En el islam, los cristianos eran y seguían siendo ciudadanos de segunda. La singular atmósfera de los Reinos de Taifas había suavizado mucho las condiciones de la población mozárabe —los cristianos *andalusíes*—, pero ahora, con los nuevos amos, abiertamente fundamentalistas, su situación había vuelto a endurecerse. El esplendor cultural que había vivido Al-Ándalus volvió a quedar interrumpido, como había pasado con Almanzor. Era el sino de la España andalusí: sufrir episódicas olas de integrismo que solucionaban temporalmente el problema político, pero a costa de intensificar la represión en el plano espiritual.

La revolución almorávide, apoyada en los ejércitos de Yusuf, se había extendido por toda la España musulmana gracias sobre todo a dos factores. Uno, la doctrina de aquella gente sobre los impuestos, porque los almorávides querían limitar las cargas fiscales a los tributos coránicos y ninguno más; eso inmediatamente les reportó la simpatía de la población. El otro factor, igualmente decisivo, fue la propaganda de los *alfaquíes*, los expertos jurídico-religiosos de la comunidad musulmana, que veían en los almorávides una encarnación del islam ortodoxo frente a la degeneración de las taifas. Pero muy pronto veremos algo singular: los almorávides, para garantizarse el respaldo de los *alfaquíes*, implantan nuevos impuestos destinados a sufragar a los doctores del islam. Así el pueblo *andalusí* empezará a sentirse defraudado. Pero para esto aún faltaban algunos años.

Respecto a la otra España, la cristiana, parece claro que Yusuf ben Tashfin jamás se propuso conquistarla: la España de 1106 no tenía nada que ver con la de 711 y el emperador almorávide sabía perfectamente dónde estaban sus límites. Su proyecto se limitaba a mantener el islam en las regiones donde ya estaba implantado, que no era poca cosa. Y eso sí, Yusuf vio claramente que su proyecto político-religioso se vendría abajo si no era capaz de construir un colchón, un glacis defensivo que separara a sus dominios de la presión cristiana. En el fondo, era lo mismo que había intentado, desde la otra parte, Alfonso VI. El rey de León había querido convertir el valle sur del Tajo en su glacis defensivo: una zona no controlada políticamente, pero sí sujeta a presión militar, que le aislara del enemigo. Ésa es precisamente la zona que Yusuf va a ir dominando a lo largo de sus sucesivas campañas, y ése era en realidad el objetivo militar de los almorávides: no tanto pasar a tierras cristianas como hacer imposible que los cristianos siguieran reconquistando hacia el sur.

De esta época, por cierto, data la supuesta batalla de Salatrices, un choque que en 1106 habría enfrentado una vez más a las huestes de Alfonso de León contra los invasores almorávides. La verdad es que de esta batalla no hay más que una referencia, y probablemente equivocada, de manera que cabe discutir su autenticidad. Lo que sí hubo fue una interminable sucesión de constantes refriegas a lo largo de toda la frontera leonesa, desde Portugal hasta Cuenca. Y la suerte de las armas, en general, será adversa para los cristianos, como le ocurrió al yerno del rey, Raimundo de Borgoña: después de perder Lisboa fue encargado de repoblar tierras de Salamanca y Segovia y terminó estrellándose en la batalla de Malagón.

La situación en el conjunto de la España cristiana era difícil. En León, Alfonso VI caminaba hacia su vejez y tenía que asistir al desencadenamiento de ambiciones, especialmente por sus yernos de Borgoña. Alfonso tenía ya un heredero varón: Sancho, el hijo que le había dado la viuda Zaida, ahora cristianizada como Isabel y casada legalmente con el monarca. Pero Sancho era un niño, y muchos nobles empezaron a pensar si acaso no habría llegado el momento de hacer una demostración de fuerza. El clima de impotencia militar frente al empuje almorávide terminaba de complicar las cosas.

Menos acuciantes eran los problemas en el este, aunque el paisaje tampoco resultaba especialmente prometedor. El conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, yerno del Cid, había emprendido una política metódica de absorción de los otros condados catalanes, pero tenía que hacer frente al peligro almorávide, ahora radicado en Valencia, que no tardará en castigar los territorios de Barcelona. En cuanto a Aragón y Navarra, bajo la férrea mano de Alfonso el Batallador, mantenían su tenaz y vigorosa política de expansión hacia el valle del Ebro, pero una complicación surgía en el horizonte: el rey taifa de Zaragoza, al-Mustaín, no tardaría en pedir apoyo a los almorávides, aquello a lo que antes siempre se había resistido.

En este clima de renovación bélica, los ojos de los reyes vuelven a ponerse en las gentes que habitan la frontera, como siempre ocurrió a lo largo de toda la Reconquista. En León y Castilla, se trata de asegurar los pasos que conectan el norte y el sur a través del Sistema Central; en Aragón, el objetivo será consolidar las posiciones ganadas en el llano. Para una y otra cosa vuelven a ser decisivos los pioneros, los colonos, como lo fueron un siglo atrás. Porque era la presencia de los colonos sobre el terreno lo que aseguraba el control del espacio, mucho más que la dirección militar y política de los

señores feudales. Así los *infanzones*, los caballeros villanos, vuelven a ocupar un lugar de primera importancia en la España cristiana. Aquí lo veremos.

En cuanto a Yusuf ben Tashfin, podía mirar atrás y sentirse legítimamente orgulloso: había hecho lo que creía que era el mandato de su Dios, y lo había hecho con éxito. Desde el lejano año de 1062, cuando llegó al poder, el pequeño núcleo del sur de Marruecos se había convertido en una potencia extraordinaria. Su posesión de las caravanas de oro de Sigilmasa se completaba ahora con el control sobre las rutas comerciales hacia Europa. Su interpretación radical del islam había triunfado en todo el occidente del mundo musulmán. Realmente, Yusuf bien podía morir.

Lo más importante que le pasó al viejo Yusuf fue que al fin, después de larga espera, recibió del califa de Bagdad al-Mustazhir el reconocimiento oficial de su poder. Yusuf, musulmán ortodoxo a machamartillo, no había osado proclamarse califa, sino simplemente emir, y por tanto dependiente, en el plano espiritual, del califa de Bagdad. Por eso era tan importante que éste, cabeza de la comunidad musulmana, sancionara sus conquistas. Ahora, cumplido ese trámite decisivo, Yusuf podía entregar su alma a Alá.

Y al frente del imperio quedaba su hijo Alí ben Yusuf, hechura de su padre. Alí tenía un objetivo único: revitalizar la guerra santa. Puso a un hermano suyo llamado Tamim al frente del gobierno de Al-Ándalus, señaló su capital en Granada y sin esperar mucho lanzó la gran ofensiva. Era la primavera de 1108. El objetivo: Uclés, una plaza muy cercana al camino que llevaba de Toledo a Zaragoza, los dos grandes objetos de la ambición almorávide. La batalla será tremenda.

Uclés: donde Alfonso VI perdió a su heredero

Alí ben Yusuf, flamante emperador de los almorávides, quiere estar a la altura de la herencia que ha recibido. Después de varias incursiones en territorio catalán, decide concentrar sus esfuerzos en una sola ofensiva. El objetivo mayor es, por supuesto, Toledo, pero los almorávides ya han fallado una vez ante la vieja capital goda. Alí sabe que Toledo no podrá caer en un ataque directo si previamente no se ha desmantelado el aparato defensivo cristiano.

Por otro lado, Toledo no es el único objetivo estratégico de Alí: hacia el noreste está la taifa de Zaragoza, el único territorio del islam español que aún

no ha caído en manos almorávides. Y Toledo y Zaragoza están conectados por una vía que atraviesa el valle alto del Tajo, a través de Guadalajara. Ése será el objetivo estratégico de Yusuf. Y aquí se escribirá una auténtica tragedia.

¿Dónde estaba en ese momento Alfonso VI? En Sahagún. Y las noticias que llegan hasta Sahagún son confusas y fragmentarias: Alfonso VI sólo conoce que un poderoso ejército almorávide se dirige desde Granada hacia el norte. Su inmediato temor es que el enemigo se encamine a Toledo, la capital del reino. Así Alfonso dispone a sus tropas para defender la ciudad. El rey llama a sus nobles. Él no irá: tiene sesenta y ocho años y sus viejas heridas le están martirizando. Además, en ese momento acaba de casarse de nuevo. Pocos años antes había muerto la madre del heredero, la mora Zaida, probablemente en su tercer parto. Muerta Zaida, el rey se casa ahora con la italiana Beatriz de Este. Y como Alfonso no va, el rey pone nominalmente al frente del ejército a su hijo, Sancho, el heredero de la corona. Sancho tiene en este momento unos catorce años; el verdadero mando sobre las tropas no lo ejercerá él, evidentemente, sino su ayo y tutor, García Ordóñez, el de Nájera, así como el imprescindible Álvar Fáñez.

El ejército almorávide ha salido de Granada, en efecto, en la última semana del Ramadán. Lo manda el hermano de Alí, Tamim, gobernador de Granada. Es mayo de 1108. La hueste almorávide, con sus habituales contingentes senegaleses —espadas indias, tambores y escudos de piel de hipopótamo—, llega hasta Jaén. Allí se le unen refuerzos de Córdoba: son las columnas mandadas por Ibn Abi Ranq. El ejército enfila entonces hacia Baeza y penetra en La Mancha. Entre La Roda y Chinchilla afluyen nuevos refuerzos: las tropas de Murcia y también las de Valencia. A estas alturas, el ejército invasor ya ofrece un aspecto imponente.

Los cristianos, mientras tanto, empiezan a recibir informes sobre la ofensiva musulmana. En Toledo, el infante Sancho Alfónsez —el heredero— y sus nobles tutores envían mensajes en todas direcciones. Piden refuerzos a las plazas de Calatañazor y Alcalá, entre otras. La orden: concentrarse en Toledo para defender la capital.

El avance almorávide por las secas tierras de La Mancha es arrasador: saquean e incendian todos los asentamientos cristianos que encuentran a su paso. Pero hay algo inesperado en su trayectoria: los invasores no están dirigiéndose hacia Toledo, sino más hacia el este: a Uclés. ¿Por qué precisamente Uclés? Porque era una de las plazas principales de la región desde mucho tiempo atrás, el nudo que comunicaba el Reino de Toledo con

las tierras de Zaragoza y también con las de Valencia y Murcia. El 27 de mayo, las primeras vanguardias almorávides aparecen en la ciudad.

En ese momento están llegando a Toledo los refuerzos solicitados por el infante Sancho Alfónsez y sus condes. Por las noticias que reciben han podido intuir la intención del enemigo: no van contra Toledo, sino contra Uclés. El ejército cristiano se pone en marcha. Pero en Uclés, mientras tanto, los almorávides se han lanzado al asalto.

Nadie en Uclés esperaba un ataque. En aquella época la ciudad se extendía por la falda este del cerro sobre el que Uclés se asienta, al otro lado del río Bedija. La masa musulmana se precipitó sobre las frágiles defensas como un ciclón. Los mudéjares que allí vivían recibieron a los invasores como a libertadores: ellos fueron quienes mostraron a los almorávides por dónde entrar. Fue un baño de sangre: asesinaron a los campesinos, descuajaron los árboles, derribaron las casas, destruyeron la iglesia, demolieron las cruces, arrancaron las campanas, hicieron esclavos, saquearon a fondo cuanto encontraron a su paso. Los pocos que pudieron escapar se refugiaron en la alcazaba, donde la exigua guarnición de la ciudad se hizo fuerte. Al anochecer del día 27, de Uclés sólo quedaba precisamente aquel último reducto: la alcazaba, con un puñado de desesperados defensores.

Los cristianos llegaron a Uclés el día 28: en poco más de dos días habían logrado cubrir los cien kilómetros que separan ambas localidades. La ciudad estaba destruida, pero la guarnición de la alcazaba se mantenía en pie, haciendo frente al acoso de los almorávides. Podemos imaginar la euforia que se apoderaría de los asediados al divisar a los refuerzos. Inversamente, los musulmanes retrocedieron hasta su campamento. ¿De cuánta gente se componían aquellos refuerzos leoneses y castellanos al mando del infante Sancho? Cálculos recientes apuntan una cifra —bastante realista— de entre 3.000 y 3.500 combatientes entre caballeros, escuderos, mozos de caballos, encargados de las provisiones y colonos reclutados sobre el terreno. No era un gran ejército, pero sí lo suficiente para ahuyentar a los almorávides.

Ahuyentarlos, en efecto: eso es lo que logró la aparición de los cristianos en el campo de Uclés. Y la primera intención de Tamim, el jefe musulmán, fue levantar el campo sin presentar batalla. Ahora bien, esa noche apareció en el campamento moro un misterioso personaje: era un desertor del ejército cristiano, un joven musulmán que se presentó ante Tamim y le dio todo género de detalles sobre la situación del enemigo, su número, su potencial, etc. Tamim, con esas informaciones, reunió a los comandantes aliados de

Murcia y Valencia (Ibn Aysa e Ibn Fátima, se llamaban) y les expuso los nuevos planes: no abandonarían el campo; darían la batalla contra los cristianos.

Al alba del 29 de mayo de 1108, viernes, los musulmanes salen al encuentro de los leoneses. En vanguardia van las tropas de Córdoba; las de Murcia y Valencia, en las alas; Tamim se reserva el centro con sus huestes de Granada. Enfrente, los cristianos alinean a los suyos: Álvar Fáñez ocupa el centro del dibujo táctico; en un flanco, el conde García Ordóñez con el infante Sancho; en el otro, el conde de Cabra. Repartidos, entre ambos, las tropas de los alcaldes de Toledo, Calatañazor y Alcalá de Henares, así como las huestes de otros condes leoneses y castellanos. En retaguardia, una tropa auxiliar de judíos.

El choque siguió el esquema habitual: una carga de la caballería pesada cristiana contra la vanguardia mora, que quedó diezmada, pero pudo retirarse en orden; inmediatamente, dos movimientos simultáneos de las alas musulmanas, buscando con su caballería ligera envolver a los cristianos y tomar su retaguardia. Era el famoso «tornafluye» almorávide. Una táctica que los cristianos conocían y a la que sabían responder: si los flancos se replegaban ordenadamente y si la retaguardia aguantaba a pie firme, el «tornafluye» musulmán quedaría deshecho. Pero las cosas, una vez más, se torcieron.

Ante el ataque envolvente de la caballería ligera almorávide, la retaguardia cristiana, formada por aquella tropa auxiliar de judíos, se dio a la fuga. Con ese agujero abierto en su cuadro, ahora las tropas de León quedaban rodeadas por todas partes. La resistencia de los flancos cristianos se vio rápidamente puesta a prueba. Todos los esfuerzos de las huestes de Alfonso VI se concentraron en salvar al heredero, Sancho, cuyo flanco estaba a punto de derrumbarse. Así lo contó mucho después Jiménez de Rada:

> *Como un enemigo hiriese gravemente al caballo que montaba el infante Sancho, dijo éste al conde: «Padre, padre, el caballo que monto ha sido herido». A lo que el conde respondió: «Aguarda, que también a ti te herirán luego». Y al punto cayó el caballo, y al caer con él el hijo del rey, descabalgó el conde y colocó entre su cuerpo y el escudo al infante, mientras la muerte se cebaba por todas partes. El conde, como era muy buen caballero, defendió al infante por una parte cubriéndolo con el escudo y por la otra con la espada, matando a cuantos moros podía; pero al fin le cortaron el pie y al no poder*

tenerse, se dejó caer sobre el niño porque muriese él antes que el niño.

Pero Sancho no murió en ese momento. De hecho, el heredero de León no aparece en el primer informe de batalla que redacta Tamim. Porque la batalla todavía no había terminado. ¿Qué ocurrió?

La tragedia del infante Sancho y los siete condes

En la alcazaba de Uclés, la guarnición cristiana duda: si sale de los muros y auxilia a las tropas en el campo tal vez se invierta el signo de la batalla, pero se corre el enorme riesgo de dejar desprotegida la plaza; por el contrario, si permanece en la alcazaba será inevitable la derrota de las huestes del rey, pero la seguridad de Uclés quedará garantizada. Finalmente, la guarnición opta por permanecer en su puesto: no saldrá. Los muros de Uclés seguirán bien protegidos; pero los hombres del infante Sancho, Álvar Fáñez y García de Nájera tendrán que arreglárselas solos.

En el campo, los cristianos intentan desesperadamente sacar al infante Sancho del centro de la batalla. El conde García Ordóñez, alférez del rey, ha caído interponiendo su cuerpo entre el heredero de León y las espadas almorávides. Otros muchos caerán con él hasta conseguir apartar de allí al joven. Y una vez rescatado el infante, queda lo peor: hay que huir entre una nube de enemigos.

La retirada es muy difícil. Los caballos de los cristianos están preparados para cargas de caballería pesada: son animales grandes, corpulentos, cubiertos de gualdrapas y protecciones que los hacen letales en el avance, pero muy lentos en la retirada. Por el contrario, la caballería almorávide monta caballos pequeños y ligeros, libres de otro peso que el del jinete. Los musulmanes no tardan en alcanzar a los fugitivos. Sólo hay una oportunidad para llevar a buen término la retirada: dividirse. Una parte del ejército llevará consigo al infante y buscará cobijo en el castillo de Belinchón, controlado por una guarnición cristiana. La otra, el grueso de las tropas, al mando de Álvar Fáñez, tomará el camino de Toledo.

El ardid funciona, pero los almorávides no cejan. Un destacamento musulmán se lanza en persecución del grupo que protege al infante Sancho. Para los caballeros que escoltan al heredero ha llegado el momento supremo:

pondrán sus vidas entre el infante y sus perseguidores. Siete condes, con sus guerreros más allegados, se plantan en el camino y hacen frente a los moros. Saben que no tienen ninguna oportunidad, pero en este momento su misión no es otra que morir para salvaguardar la vida del heredero. El joven Sancho, con una reducida escolta, galopa hacia el castillo de Belinchón. Y en el campo quedan, cortando el camino, los siete condes que intentarán detener a los almorávides.

¿Quiénes eran estos siete condes? Conocemos los nombres de seis de ellos. Martín Flaínez y su hijo Gómez Martínez (de los Flaínez ya sabemos que eran un linaje importantísimo en la ciudad de León). Los hermanos Diego y Lope Sánchez, con su tío el magnate Lope Jiménez. Además, otro conde llamado Fernando Díaz. En cuanto a la identidad del séptimo, hay dos versiones: una dice que era el propio conde de Nájera, que había logrado salir vivo del lance anterior y que ahora, malherido, prefirió entregar la vida allí; otra da por imposible conocer el nombre del héroe.

Los siete condes y sus hombres murieron en el empeño. Los musulmanes, con su nulo sentido de la caballerosidad, bautizaron al lugar como Siete Puercos. Sólo años más tarde, cuando Uclés sea recuperada, se cambiará su nombre por Siete Condes. La denominación derivará a Sicuendes, donde hubo un poblado a mitad de camino entre Tribaldos y Villarrubio. Hoy allí no queda nada. Tampoco nada recuerda sobre el terreno la gesta de los siete condes, salvo el papel de los libros. Al menos, eso sí, el infante Sancho había logrado escapar. Pero no sirvió de nada.

El infante Sancho había logrado escapar a Belinchón, en efecto, pero el destino había dispuesto que no saliera vivo de allí. Belinchón, veintidós kilómetros al norte de Uclés, era una de las plazas que habían pasado bajo control leonés en la dote que llevó consigo la mora Zaida. El lugar estaba poblado fundamentalmente por musulmanes, sin otra defensa que una pequeña guarnición cristiana. Cuando los musulmanes de la ciudad supieron que el ejército almorávide estaba cerca, se sublevaron. La guarnición pereció. Con ellos, el infante Sancho Alfónsez, heredero de la corona de León.

En Uclés, mientras tanto, se escribía otro capítulo de la tragedia. Los restos del ejército cristiano fueron aniquilados. Desde la alcazaba, la guarnición asistió impotente a la masacre que se desarrollaba en el campo de batalla. No hubo prisioneros. Los heridos que no pudieron huir fueron rematados. Después, los musulmanes cumplimentaron su macabro ritual: decapitaron a los cadáveres, amontonaron las cabezas en sanguinolentos

túmulos y sobre ellos subieron los almuédanos para llamar a la oración. Y hecho esto, Tamim, el jefe almorávide, regresó a Granada.

Los de la guarnición de Uclés, al ver que el enemigo se retiraba, evaluaron su posición: el peligro parecía haber pasado, pero la alcazaba difícilmente podría aguantar otro asedio. Había sólo dos opciones: o permanecer allí en espera de que acudieran nuevos refuerzos desde Toledo, lo cual era improbable, o evacuar la plaza. Escogieron evacuar Uclés, pero aquello fue su perdición. Los almorávides se habían retirado, sí, pero los gobernadores de Murcia y Valencia no habían marchado a Granada con Tamim, sino que permanecían en los alrededores y habían dispuesto tropas emboscadas precisamente en previsión de que los cristianos se retiraran. La guarnición cayó en las trampas que los musulmanes habían preparado. Muchos murieron; otros fueron hechos esclavos. Era un desastre más sobre la catástrofe de Uclés.

En ese momento los supervivientes de la batalla, los que sí habían podido retirarse bajo el mando de Álvar Fáñez, ya habían llegado a Toledo. Allí estaba también Alfonso VI, el rey, esperando noticias. «¿Dónde está mi hijo?», preguntó a sus soldados. Nadie supo contestarle; nadie sabía qué había sido del infante Sancho. Sólo algunos días más tarde se encontró su cuerpo muerto en Belinchón. Sancho, catorce años, fue enterrado junto a su madre, Zaida, en Sahagún. La corona de León había perdido a su heredero.

Las consecuencias de la batalla de Uclés fueron desastrosas. Perdido ese punto estratégico, todos los territorios fronterizos que habían pasado a León con la mora Zaida volvieron a manos musulmanas: Ocaña, Amasatrigo, Huete, Belinchón, Cuenca. Así los almorávides encontraban un pasillo abierto hacia Zaragoza. Los ejércitos de Alfonso, considerablemente mermados después de aquella batalla, tuvieron que concentrarse en la defensa de Toledo; la misión se le encomendó al veterano Álvar Fáñez.

Pero, sobre todo, Uclés fue decisiva para la cuestión política por antonomasia: la sucesión a la corona. Con el infante Sancho moría el único heredero varón de Alfonso VI. Al rey ya sólo le quedaban hijas. La mayor, Urraca, hija de su matrimonio con Constanza de Borgoña. Otras dos, Elvira y Sancha, hijas de su matrimonio con Zaida. Y aún dos más, Teresa y otra Elvira, que engendró en su amante Jimena Muñoz, poderosa dama que ejercía como «tenente» del castillo de Cornatel, en El Bierzo. ¿Quién heredaría el trono? Retengamos dos nombres: Urraca y Teresa, porque ambas darán mucho que hablar.

En cuanto a Alfonso VI, que ya se acercaba a los setenta años, no pudo superar tantas contrariedades. Apenas un año después de Uclés, en julio de 1109, el rey expiraba en Toledo. Dejaba tras de sí una obra de gobierno muy notable: había reconquistado tierras hasta el Tajo, había recuperado la idea imperial leonesa, había hecho florecer el Camino de Santiago, había europeizado a conciencia el reino introduciendo la liturgia romana y los usos feudales… Fue un rey decisivo. Jiménez de Rada cantó así su epitafio:

> *En su reinado reverdeció la justicia, la esclavitud halló su fin; las lágrimas, su consuelo; la fe, su expansión; la patria, su engrandecimiento; el pueblo, su confianza; el enemigo fue aniquilado, las armas callaron, el árabe desistió, el africano se aterrorizó; el llanto y los lamentos de España no encontraron consuelo hasta su llegada. Su diestra era la garantía de la patria, su salvaguardia sin miedo, la fortaleza sin menoscabo, la protección de los pobres, el valor de los poderosos (…). Escogió el esfuerzo como único compañero de su vida; despreciaba los placeres, encontraba gozo y deleite en los peligros de la guerra, pareciéndole que malgastaba los días de su vida que no pasaba entre ellos. Alfonso, rey poderoso y magnánimo, rey poderoso que nada teme; su arco, confiando en el Señor, halló gracia ante los ojos del Creador, que lo engrandeció con el temor de sus enemigos y lo eligió entre su pueblo para velar por la fe, ampliar el reino, aniquilar a los enemigos, acabar con los rivales, multiplicar las iglesias, reconstruir los lugares sagrados, reedificar lo destruido.*

Alfonso fue enterrado en el monasterio de San Benito de Sahagún. Y en el mundo de los vivos, su testamento iba a abrir una larga querella en la España de los cinco reinos.

Alfonso de Aragón, rey de Castilla

Antes de morir, Alfonso VI había dejado todo preparado para la sucesión a la corona. Pero las cosas no eran fáciles. Sin heredero varón, las hijas del rey pasan a primer plano. Las disputas por la corona marcarán los próximos años. Dos grandes partidos dividirán a la corte de León. Y la guerra, como suele ocurrir, será la que dé y quite razones.

Vamos a empezar por las hijas del rey: Urraca y Teresa. Urraca es la primogénita del difunto Alfonso VI. Nacida hacia 1080, siendo niña fue prometida en matrimonio a Raimundo de Borgoña, aquel cruzado que vino a España cuando la batalla de Sagrajas. El rey Alfonso construyó para ellos un poderoso condado: toda la actual región de Galicia, en torno a la sede de Santiago, y además las tierras al sur del Miño reconquistadas en la estela de la campaña sobre Santarem y Lisboa. Urraca y Raimundo de Borgoña habían dirigido la repoblación de Salamanca y Ávila; peor les había ido en el oeste del reino, donde perdieron Lisboa. Raimundo murió un año antes del desastre de Uclés; no murió en el campo de batalla, sino en su castillo leonés de Grajal de Campos, y no en combate, sino de disentería. Aún no había cumplido los cuarenta años. Y su esposa, Urraca, la hija mayor del rey, quedaba viuda con veintiocho años y dos hijos: Sancha y Alfonso, ambos de muy corta edad.

La otra hija que entra en nuestra historia es Teresa. Ilegítima, nacida de los amores del rey con la poderosa dama berciana Jimena Muñoz, Teresa tenía veintiséis años cuando murió su padre. Se había casado con el otro cruzado borgoñón que llegó a Sagrajas, Enrique, y Alfonso fue generoso con la pareja: les construyó un condado en tierras portuguesas, en torno a Coímbra, que se convirtió en el señorío familiar. Y Enrique, por su parte, aprovechó que la puerta estaba abierta para entrar hasta el fondo. ¿Cómo? Nombrando obispos adictos —franceses todos ellos— en las tres diócesis de sus condados, que eran Coímbra, Braga y Oporto. Retengamos el nombre de Teresa, que será muy importante en nuestro relato, porque de ella nacerá el Reino de Portugal. Ahora, en todo caso, esta mujer, ilegítima, no entraba en la carrera por la sucesión.

El rey, antes de morir, había convocado concilio en Toledo. Alfonso VI estaba viejo y veía que la vida se le escapaba. Su heredero había muerto en Uclés. Por orden de sucesión, ahora la corona pasaba a Urraca. La cuestión estaba clara: iba a ser la primera vez que la corona de León y Castilla quedaba en las sienes de una viuda. Era preciso buscarle un marido a Urraca. Pero ¿quién? Tenía que ser alguien muy poderoso, para que el reino quedara reforzado. Tenía que ser, también, alguien ducho en las artes de la guerra, porque lo que el reino tenía enfrente era la amenaza almorávide. En España, en aquel momento, sólo había un hombre que reuniera esas características: Alfonso I el Batallador, el rey de Aragón y Navarra, aquel tremendo guerrero, misógino e implacable, que estaba derrotando una y otra vez a los musulmanes en el este del país.

¿Tan importante era lo que estaba haciendo Alfonso el Batallador? Sí, sin duda. Sus avances en la Reconquista son prodigiosos. Desde 1105 ya está en Egea y Tauste. En 1106, en El Castellar y enseguida en Balaguer. En 1107 cae por fin Tamarite de Litera. Alfonso hace todo eso jugándose literalmente la vida al frente de un ejército de dimensiones reducidas y con el apoyo de cruzados europeos. En la conquista de Egea y Tauste, por ejemplo, sabemos que el rey terminó rodeado de enemigos, defendiéndose a mandoble limpio junto a una familia de cruzados, la de Cic de Flandes y sus cinco hijos; el de Flandes y algunos de sus hijos murieron en el combate, pero la victoria fue, una vez más, para Aragón.

Y Urraca, ¿qué pensaba de todo esto? Urraca tenía un novio o, al menos, un amante: don Gómez González Salvadórez, alférez del rey, conde de La Bureba. Todo el partido castellano de la corte apoyaba a don Gómez como esposo de Urraca. Pero Alfonso VI debió de evaluar las posibilidades de unos y de otros, y el pobre Gómez, realmente, no tenía gran cosa que ofrecer. Favorecer a la facción castellana, aunque fuera grato para el corazón de la futura reina, podía ser catastrófico para el reino, porque inevitablemente generaría conflictos internos. Por el contrario, una unión de León y Aragón sería invencible en el campo de batalla. Así Urraca se vio casada con Alfonso I el Batallador. Y cuando el rey de León murió, el enlace se celebró de inmediato.

El nombre de Alfonso el Batallador tenía la virtud de causar terror entre los musulmanes. Los almorávides, que habían dispuesto tropas en torno a Toledo para tantear un asedio, levantaron el campo en cuanto se enteraron de la boda, no fuera a aparecer Alfonso por allí. Se fueron a cercar Madrid, pero también allí fallaron; decididamente, la guerra de asedio no era el punto fuerte de los almorávides. A todo esto, el Batallador ni siquiera había asomado la cabeza por Toledo: estaba en Burgos, camino de encontrarse con su esposa.

La boda se celebró en el castillo de Monzón de Campos, en Palencia. Actuó como padrino el veterano Pedro Ansúrez, magnate principal del Reino de León y Castilla. Si todos los enlaces regios eran ante todo matrimonios de conveniencia política, el de Urraca y Alfonso lo era en grado extremo. Como tal, lo más importante de todo fue el pacto entre los contrayentes. Y aquel pacto contenía una cláusula que realmente podía cambiar la historia de España, a saber: Alfonso y Urraca acordaron que si engendraban un hijo varón, éste heredaría todos los reinos, es decir, León, Castilla, Navarra y Aragón. Y había una cláusula más: si no tenían hijos, y si alguno de los dos

cónyuges moría, el superviviente heredaría el reino del otro. Lo que se estaba planteando era unificar por primera vez todos los reinos de España. Nada menos.

La apuesta era de enorme alcance. Ahora bien, para la España de aquel tiempo era algo completamente revolucionario, porque significaba extender la idea imperial leonesa a escala de todo el territorio cristiano, y porque también representaba una evidente merma para el poder de los nobles y los señores feudales, que temían ver su libertad sojuzgada por esta especie de «supersoberanía» encarnada en Urraca y Alfonso. Así, no tardarán en aparecer dos corrientes muy nítidas. Una, la que podemos llamar unionista, partidaria de la unión de coronas, tal y como Alfonso VI había dispuesto; su principal representante será el veterano Pedro Ansúrez, magnate que además, por sus vínculos familiares con Cataluña y Aragón, veía con muy buenos ojos el acercamiento. Pero enfrente había otra corriente aún más potente: en Galicia, en Castilla, en León y prácticamente en todas partes, serán muchos los que se manifiesten contra el matrimonio.

Muchos: ¿quiénes? Para empezar, el alto clero del Reino de León, casi todo él de origen francés, traído por la difunta reina Constanza, y en primer lugar el arzobispo de Toledo, Bernardo de Sauvetat. ¿Por qué se oponían? Porque Alfonso de Aragón, cruzado vehemente, tenía su propia idea sobre cómo organizar la jerarquía eclesiástica. Además, al matrimonio se oponía buena parte de la nobleza gallega, que con Urraca y Raimundo había ganado puestos de influencia que ahora temía perder. Más oposiciones: la otra hermana, Teresa, y su marido Enrique, que desde su señorío en Portugal veían con muy malos ojos el reforzamiento de la idea imperial.

Desde el primer día comienzan las desavenencias. Un bando exige que sea Urraca quien ejerza el poder en Castilla y León, pues ella es la reina propietaria. ¿Quién encabeza este bando? Gómez González, el conde de La Bureba, el amante de Urraca. Otro bando —el de Pedro Ansúrez— defiende la posición contraria: que el poder ejecutivo pase al varón, esto es, a Alfonso I el Batallador. Pero Ansúrez está en minoría; tanto que se verá desterrado de la corte, y hará falta la intervención del propio Alfonso I para que pueda volver a Toledo. Y mientras tanto, el partido de quienes se oponen al matrimonio hará correr un bulo: que el enlace es nulo por derecho canónico, asunto que salió, al parecer, del caletre de Pedro Agés, obispo de Palencia.

El conflicto comenzará por Galicia. ¿Por qué? Porque el pacto nupcial de Alfonso y Urraca había dejado pendiente un asunto muy enojoso: ¿qué pasaba

con los hijos del primer matrimonio de Urraca, y especialmente con el varón, Alfonso Raimúndez? Alfonso tenía sólo cuatro años, pero, según el testamento del rey, a ese niño le correspondía Galicia si su madre, Urraca, volvía a casarse. Y Urraca había vuelto a casarse. Los aristócratas gallegos no tardaron en aprovechar el lapsus para plantear sus reivindicaciones.

¿Defendían estos gallegos el derecho del pequeño Alfonso Raimúndez al trono gallego? No exactamente: lo que querían era evitar a toda costa la unificación de toda la cristiandad peninsular. La protesta gallega será una protesta particularista. Pero a partir de ella comenzará una cadena de conflictos que terminará desgarrando al conjunto de la España cristiana.

La revuelta gallega contra Urraca y Alfonso

Las carambolas de la vida han llevado a España, a la altura del año 1110, a una situación imprevisible y al mismo tiempo muy prometedora: por primera vez desde que empezó la Reconquista, todos los reinos cristianos de la Península están unificados bajo un solo poder, el de Urraca de Castilla y Alfonso I de Aragón; sólo quedan fuera los condados catalanes, pero incluso ellos están vinculados a la corte leonesa por lazos de parentesco. En aquel momento nuestra historia podía haber cambiado de golpe.

Podía haber cambiado, sí, pero no lo hizo. Seguramente era demasiado pronto para que aquellos reinos, nacidos en el esfuerzo singular y continuo de la lucha contra el sur musulmán, pudieran reconocerse bajo una voluntad común. Por un lado, las fuerzas que se oponían a la unificación eran muchas y muy poderosas. Por otro, los propios protagonistas de la unión, el Batallador y la hija de Alfonso VI, eran cualquier cosa menos almas gemelas. Así se fraguará la ruptura.

Todo va a suceder en el espacio de unos pocos meses. Primero, los reyes Alfonso y Urraca lucharán contra sus enemigos; acto seguido, Urraca y Alfonso lucharán entre sí. No va a ser una guerra episódica ni cosa de un día: Urraca y Alfonso van a estar en permanente conflicto durante nada menos que diecisiete años, y lo que aún es más asombroso, en todo este periodo van a reconciliarse varias veces. A todo esto, los almorávides seguían en el sur, pero eso no será óbice para que todos los reinos cristianos, en la estela de las broncas de Alfonso y Urraca, se líen a bofetadas. Vamos a ver cómo pasó.

Todo empezó por Galicia. Podía haber empezado en cualquier otro lugar, pero fue Galicia el primer escenario de la confrontación. ¿Qué estaba pasando en Galicia? Que un poderoso partido local, liderado por el conde de Traba, se oponía ferozmente al matrimonio de Urraca y Alfonso. Y como pretexto para su oposición encontró un argumento de peso: los derechos del pequeño Alfonso Raimúndez, el hijo de Urraca en su anterior matrimonio con Raimundo de Borgoña.

Hablemos un poco del líder gallego: ese conde de Traba, de nombre Pedro Froilaz, con anchísimas posesiones en la provincia de La Coruña. Pedro Froilaz habría crecido en influencia a la sombra de Urraca y Raimundo de Borgoña, precisamente: numerosos documentos demuestran que Pedro firmaba en nombre de Raimundo y Urraca, y más aún, ambos encomendaron al conde gallego la crianza de su hijo, el pequeño Alfonso Raimúndez. Cuando murió Raimundo, Pedro Froilaz quedó como el hombre más poderoso de Galicia. Y cuando la viuda Urraca se casó de nuevo, nuestro conde gallego vio llegado el momento de dar el golpe de gracia: hizo proclamar al pequeño Alfonso Raimúndez como rey de Galicia.

La iniciativa de Pedro Froilaz representaba un desafío en toda regla a la corona; a esa supercorona que había constituido el matrimonio entre Urraca y Alfonso el Batallador. Numerosos nobles gallegos apoyaron al conde: como él, querían defender sus intereses frente al predominio de leoneses y castellanos, agravado ahora con la llegada de aragoneses y navarros a la corte. En toda esta operación había un hombre al que era preciso captar para la causa: el venerable y sabio obispo de Santiago, Diego Gelmírez.

Este Gelmírez era un personaje de primera: en la polémica eclesial de la que ya hemos hablado aquí, Gelmírez estaba con los cluniacenses y con la reforma gregoriana; además, por sus conocimientos de leyes había servido como notario a las órdenes de Raimundo de Borgoña, antes de ser nombrado obispo de Santiago. Por unas cosas y por otras, era una personalidad determinante: lo que él hiciera tendría una influencia decisiva sobre los magnates ya no sólo de Galicia, sino del resto del reino. Por eso el conde de Traba tocó a Gelmírez. Pero el obispo Gelmírez, de momento, prefirió no actuar.

Gelmírez era tan hostil como todos los demás al matrimonio de Urraca con el Batallador: no le hacía ninguna gracia esa extensión hacia el este del horizonte político del reino. Ahora bien, su devoción personal y legal estaba con la reina Urraca. Y si se coronaba al pequeño Alfonso Raimúndez como

rey, ¿qué quedaría de los derechos de Urraca en Galicia? Nada. Gelmírez se acercaba ya a la vejez. Había visto muchas cosas y además las iba escribiendo en lo que la posteridad conocería como Historia Compostelana. El anciano obispo sabía demasiado como para meterse en aventuras de incierto final. Por eso Gelmírez, de momento, prefirió quedarse quieto.

La del obispo Gelmírez —que, por cierto, volverá a salir en nuestra historia— no fue la única oposición que encontraron los propósitos conspiradores de Pedro Froilaz, conde de Traba. Resulta que en Galicia, además de los grandes nobles, había muchos nobles pequeños. Y estos pequeños temían, sobre todo, que el poder de los grandes creciera hasta la desmesura, cosa que inevitablemente ocurriría si Froilaz se hacía con el poder en nombre de un rey menor de edad. ¿Cuál era la única garantía de seguridad de la pequeña nobleza gallega? La reina Urraca, la única persona capaz de controlar a los grandes nobles. Así que los pequeños nobles, al igual que el obispo Gelmírez, dieron la espalda al conde de Traba. Más aún: constituyeron una hermandad para defender los derechos de doña Urraca. Mientras Urraca estuviera casada con Alfonso I el Batallador, Pedro Froilaz no tendría otros apoyos que sus pares, los magnates.

Los reyes reaccionaron con prontitud. La revuelta gallega era un auténtico peligro. Para solucionar el problema, Urraca y el Batallador acudieron a Galicia con sus ejércitos. Literalmente aplastaron a los rebeldes. Fue en Monterroso, en el centro geográfico de Galicia. Las huestes de Froilaz y sus pares poco podían hacer frente a las tropas de León, Castilla y Aragón.

Alfonso el Batallador se tomó muy a pecho la revuelta gallega. Tanto que se le fue ostensiblemente la mano en la represión. El rey venía en ese momento de Toledo, donde había desplegado una nutrida serie de guarniciones sobre las plazas de Segovia, Gormaz, Guadalajara y la propia capital toledana. Lo que al Batallador le interesaba era combatir al moro, no enzarzarse en disputas territoriales con señores levantiscos. Inmerso por fuerza en la revuelta gallega, Alfonso de Aragón la sofocó con enorme violencia. Hasta el punto de que la represión de Monterroso marcó un primer conflicto entre Urraca y su vehemente marido.

Para colmo de males, en Zaragoza, donde Alfonso tenía puesta su atención, la situación había dado un vuelco espectacular. El rey taifa al-Mustaín acababa de morir. Fue un episodio realmente desdichado. Al-Mustaín se sentía cada vez más presionado por los radicales de Zaragoza, que aspiraban a entregar el reino a los almorávides. Para ganar fama guerrera y

neutralizar al partido almorávide, al-Mustaín decidió hacer una exhibición y encabezó personalmente una campaña contra tierras cristianas. Marchó contra Olite, al sur de Pamplona. Arrasó los campos. Hizo un enorme botín. Pero en el camino de regreso, tropas de Navarra y Aragón le salieron al encuentro. Aragoneses y navarros atacaron a los moros de Zaragoza y les derrotaron. Al-Mustaín murió en el combate. Su hijo Abd al-Malik le sucedió al frente de la taifa zaragozana, pero la situación ya era irrecuperable: muy poco después, en mayo de 1110, el partido almorávide de Zaragoza forzaba la mano y abría a los africanos las puertas de la ciudad.

Era lo que Alfonso el Batallador más temía: los almorávides, en Zaragoza; la codiciada plaza que el aragonés había tenido al alcance de la mano, se alejaba ahora con el nuevo refuerzo militar que los almorávides aportaban. Y mientras todo eso pasaba, él, Alfonso, se encontraba allí, lejos, enredado en líos de rebeldes gallegos. ¿Cabían más desdichas en la vida de Alfonso el Batallador? Sí, sí cabían.

Alfonso y Urraca llegan a las manos

Todo lo que empieza a pasar ahora es un vértigo de despropósitos: es como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para hacer exactamente aquello que más trastornos podía causar. Y así, en muy pocos meses, el sueño de Alfonso VI —un solo poder en toda la España cristiana— va a quedar completamente arruinado. ¿Por qué? Por la acumulación de una serie de problemas que hacían inevitable el conflicto.

Primer problema: la eventual nulidad del matrimonio entre Urraca y Alfonso el Batallador. ¿Por qué? Por parentesco. Urraca era hija de Alfonso VI, nieta de Fernando I y, por tanto, bisnieta de Sancho el Mayor. Alfonso el Batallador, hijo de Sancho Ramírez de Aragón, era nieto del rey Ramiro y, por tanto, también bisnieto de Sancho el Mayor. ¿Esa lejana consanguinidad era razón para anular el matrimonio? En realidad, no: en la época —y hasta fecha bien reciente— los matrimonios de este tipo eran muy comunes entre las casas reales. Aunque el parentesco era evidente, un grado tan lejano permitía obtener sin ningún problema la dispensa papal. De hecho, el anterior matrimonio de Urraca, el que contrajo con Raimundo de Borgoña, se había visto amenazado de nulidad por un motivo semejante y el papa otorgó su dispensa. También en este caso podía hacerlo.

Sin embargo, en este caso había un factor determinante: demasiada gente, y en particular gente muy relevante de la Iglesia española, estaba dispuesta a acogerse al parentesco de los reyes para frustrar un matrimonio que en realidad no interesaba a nadie. Y así el arzobispo de Toledo, Bernardo de Sauvetat, acude a ver a la reina Urraca y le informa de que el papa Pascual II se propone excomulgar a la pareja por *concubitus illicitus ínter personaes cognaciones sibi invicem conjunctas*. O sea, por haberse casado siendo parientes.

¿Por qué el arzobispo Bernardo había promovido la declaración de nulidad del matrimonio? Fundamentalmente, por razones políticas. El clero borgoñón que había entrado en el reino con Constanza, la que fuera esposa de Alfonso VI, mantenía usos feudales al estilo europeo: es decir, que además de su autoridad espiritual gozaba de anchos poderes señoriales en sus dominios, especialmente a lo largo del Camino de Santiago. Ahora bien, la política de Alfonso el Batallador sobre este punto era muy distinta: la práctica aragonesa y navarra era más bien sembrar el Camino de villas a las que inmediatamente se reconocían fueros, derechos y franquicias ajenos al poder señorial. Evidentemente, ahora, si se imponía el criterio de Alfonso, las villas dejarían de pagar impuestos a sus señores eclesiásticos borgoñones, y eso no se podía consentir. Pero aún había más.

Segundo problema: inmediatamente después del conflicto gallego, Alfonso se encuentra con una contestación generalizada entre la nobleza castellana y leonesa. Ya no es sólo la ambición particularista de unos pocos; ahora es toda la corte de Urraca la que brama. ¿Por qué? Porque Alfonso, nada más llegar al trono, ha querido reconstruir la estructura política y, sobre todo, militar del reino. Y aunque ha mantenido a muchos de los grandes nombres de la etapa de Alfonso VI, como Álvar Fáñez y Pedro Ansúrez, también ha distribuido muchos cargos de confianza entre sus nobles aragoneses y navarros. Para más inri, lo ha hecho sin contar con Urraca. Y los nobles de León y de Castilla se sienten agraviados. Puede entenderse que Alfonso quisiera replantear la defensa del reino con hombres de su confianza, pero es evidente que le faltó delicadeza. Demasiados orgullos quedaron heridos.

Tercer problema: ha pasado un año desde la boda y Urraca no se queda preñada. La reina tenía ya dos hijos de su anterior marido; por tanto, es una mujer fértil. Sin embargo, no se queda embarazada de Alfonso el Batallador. ¿Es Alfonso el que tiene un problema? En su familia no había casos

semejantes. ¿Es Urraca el problema? Las habladurías torturan al Batallador, porque Urraca, al parecer, no ha dejado de frecuentar a alguno de sus viejos amigos, o al menos eso dicen las malas lenguas. El problema es gravísimo, porque este matrimonio, al fin y al cabo, no tenía otro objeto que el proyecto político de unificación: un heredero común unificaría los reinos de Urraca y Alfonso —León, Castilla, Aragón, Navarra— bajo una sola corona. Pero el heredero no llega.

Y cuarto problema: ambos, Urraca y Alfonso, cometen absurdos errores que van a agravar todavía más el paisaje. Conste que no les faltó voluntad: para eliminar suspicacias en sus respectivas cortes, a Alfonso se le ocurrió hacer un gesto de buen concierto y decidió que él acudiría a Toledo a gobernar el Reino de León como si fuera suyo, mientras Urraca marchaba a Huesca para gobernar Aragón y Navarra como si ella fuera la reina titular. ¿Había mejor manera de demostrar la transparente voluntad de los reyes, su decidido compromiso con la idea unificadora? Sin embargo, parece que el gesto fue más audaz de lo conveniente; incluso temerario. Porque Urraca metió la pata.

Fue en algún momento de ese tortuoso año de 1110. Urraca llegó a Navarra camino de Huesca. Por el camino paró en Olite. Allí cobró conocimiento de que en la ciudad permanecían presos algunos rehenes moros. Eran tal vez gentes de al-Mustaín apresadas durante la refriega que costó la vida al viejo rey taifa de Zaragoza. El hecho es que Urraca, ignoramos por qué razones, decidió poner en libertad a los rehenes, eso sí, sin dejar de cobrar el correspondiente rescate. La reina hizo todo esto sin contar con el rey. Y Alfonso el Batallador, cuando se enteró, montó en cólera.

¿Cómo era Alfonso el Batallador cuando montaba en cólera? Simplemente terrible. Hizo prender a su esposa, la encerró en el castillo de El Castellar y, según diversas fuentes, además le dio una paliza. Cuatro días duró el encierro de Urraca. Sus nobles —Pedro Ansúrez, Gómez González Salvadórez, Pedro González de Lara— se las arreglaron para sacarla de allí. Cuenta la tradición que lo hicieron de una manera extravagante: deslizándola dentro de un cesto desde lo alto de la torre. Liberada por tan singular procedimiento, Urraca y sus nobles escaparon a Burgos. Acto seguido, tropas de León y de Aragón se enfrentarán abiertamente en Burgos. La situación es ya insostenible.

El paisaje empieza a arder a la vez por todas partes. En Galicia siguen los enfrentamientos entre la pequeña nobleza, partidaria de Alfonso y Urraca, y

los magnates de Pedro Froilaz. Éste, que ha visto que solo no puede salir adelante, ha buscado y encontrado el apoyo de los condes de Portugal, Enrique de Borgoña y Teresa, la hermanastra de Urraca. Al mismo tiempo, en León y en Castilla los partidarios de Alfonso el Batallador han empezado a hacerse notar: son los caballeros llamados «pardos», es decir, la pequeña nobleza de las ciudades y también los burgueses, que ven con simpatía la costumbre de Alfonso de dotar a las villas de fueros y franquicias, con la consiguiente reducción del poder de los grandes señores. Como el Batallador no está dispuesto a soportar disidencias, ordena que sean depuestos algunos de sus enemigos más notorios: el abad de Sahagún, llamado Domingo, y el arzobispo de Toledo, Bernardo de Sauvetat. Urraca reaccionará con furia.

Los enemigos del Batallador no se están quietos. Cuando el rey llega a Sahagún, organizan una algarada callejera contra él. Alfonso, fiel a su estilo, se dirige a los revoltosos con una amenaza sumaria: si no se retiran, cortará los «colgajos de varón a los hombres y las tetas a las mujeres» y se lo enviará todo a Urraca. Y para demostrar que va en serio, ordena saquear el monasterio de la ciudad. Esto ya es una declaración de guerra.

Urraca, por su parte, moviliza a su gente. Álvar Fáñez le sigue fiel desde su tenencia de Toledo. También cuenta con los gallegos, o al menos con parte de ellos. Dice la tradición que la reina recabó incluso el apoyo de Jimena, la viuda del Cid. Y por supuesto, Urraca cuenta con sus condes; especialmente Gómez González Salvadórez y Pedro González de Lara, además del veterano Ansúrez. Y también con el señor de Vizcaya, Diego López de Haro, al que se ha ganado a cambio de importantes privilegios. La reina está decidida: ya tiene material para formar un ejército contra Alfonso. Marido y mujer resolverán sus conflictos en el campo de batalla.

La batalla de Candespina

Guerra abierta entre marido y mujer, cada cual con su propio ejército: eso fue la batalla de Candespina.

Urraca ha formado un ejército. O algo parecido. ¿Quiénes son los paladines de Urraca? El principal, sin duda, era Gómez González Salvadórez, conde de La Bureba, del que ya hemos hablado aquí: el antiguo amante de Urraca. Es un personaje singular, este Gómez: noble de armas, debía de tener en ese momento unos cuarenta y cinco años. De joven había ejercido como

alférez de Alfonso VI, y sin duda fue en aquella época cuando cautivó el corazón de la joven Urraca. Ahora ya no era ningún jovencito: casado con otra Urraca —Urraca Muñoz, de Cantabria—, había tenido cuatro hijos que empezaban a desempeñar cargos de importancia en la corte y en la Iglesia. ¿Por qué Gómez se atrevió a plantar cara a Alfonso el Batallador?

Por un lado hay una cuestión territorial: Gómez era conde de La Bureba, del Río Tirón y de Pancorbo, de manera que la situación geográfica de sus posesiones le predisponían al conflicto con Navarra, porque era la zona limítrofe con los dominios navarros, ahora dependientes de la corona de Aragón; no es difícil imaginar una larga serie de querellas fronterizas por el uso de ríos, pastos, montes, etc. Pero, además, parece claro que Gómez entró en relaciones amorosas con Urraca cuando ésta enviudó, si no antes; incluso se barajó su nombre para desposarla, como hemos visto. Finalmente Urraca se casó con el Batallador, de manera que Gómez, si ya tenía razones para llevarse mal con aragoneses y navarros por asuntos de tierras, ahora unía además razones sentimentales, que son un material altamente explosivo, como todo el mundo sabe. La tradición hace a Gómez protagonista del azaroso rescate de Urraca —aquello de bajarla en un cesto—, y ahora era, sin duda, el más decidido de los paladines de la reina en la ofensiva contra el Batallador.

Sin embargo, no puede decirse que los otros paladines de Urraca desplegaran el mismo entusiasmo. Veamos el caso del más poderoso de ellos: Pedro Ansúrez, el ya muy veterano conde que había compartido destierro y glorias con Alfonso VI y que, después, había apoyado el matrimonio de Urraca con Alfonso el Batallador. Ansúrez no era enemigo del Batallador. Además, de todas las grandes casas de León, la suya era sin duda la más hispana, la mejor relacionada con los demás territorios cristianos: aliado de Aragón, también había emparentado con Urgel, y ahora, año de 1110, acababa de volver de Barcelona, donde había ayudado a Ramón Berenguer III en el sitio de Balaguer. Los intereses de Pedro Ansúrez, que tenía bajo su control todo el oriente del Reino de León, desde Liébana hasta Cuéllar, no le empujaban en modo alguno a pelear contra el marido de la reina. Por supuesto, Urraca, como reina, era su señora, y nobleza obliga. Pero podemos suponer que Ansúrez llegaría al campo de batalla sin demasiadas alegrías.

Veamos más paladines de Urraca. Fruela Díaz, de la familia leonesa de los Flaínez, conde de Astorga; un noble de importante linaje, pero de medios limitados. Diego López de Haro, el señor de Vizcaya y Nájera, interesado sobre todo en afianzar su propio poder en una zona de frontera con Aragón.

Pedro González de Lara, señor de amplias posesiones en Burgos, Cantabria y Asturias, pero enemistado con Gómez González. Y además Rodrigo Muñoz, conde de Cantabria, cuñado de Gómez González. Parece que también Álvar Fáñez envió tropas, pero sin abandonar personalmente Toledo. En definitiva, una hueste heterogénea, no particularmente entusiasmada y, en todo caso, más obediente a los intereses particulares de sus señores que al descabellado conflicto matrimonial entre Urraca y el Batallador.

El drama se escribió en el campo de Candespina, en Segovia, en el camino de Sepúlveda a Gormaz. No era el lugar que buscaba el ejército de Urraca, que probablemente se dirigía a Nájera, sino el lugar donde Alfonso el Batallador sorprendió a las desprevenidas huestes de su esposa. De la batalla sabemos más bien poco. Lo que cuenta la tradición es que Alfonso, enterado del asunto, había ganado por la mano a su mujer: políticamente, porque se había preocupado de obtener el apoyo de Enrique y Teresa de Portugal, que le prestaron tropas, y también militarmente, porque supo adelantarse a los movimientos de su enemiga.

¿Qué pasó en Candespina? La tradición —y aquí la tradición es la Crónica de Jiménez de Rada— dice que los castellanos resultaron bastante quebrados en el primer choque. Y entonces uno de los capitanes de Urraca, Pedro González de Lara, que mandaba la vanguardia de la hueste, optó por escurrir el bulto, dejando a las tropas de la reina en inferioridad. ¿Tuvo miedo González de Lara? No exactamente: el de Lara vio que la cosa se ponía fea y, enemistado como estaba con Gómez González, decidió dejarle solo ante el enemigo. ¿Y por qué le dejó solo? Porque Pedro González también estaba enamorado de Urraca y en aquel combate vio la oportunidad de librarse de su rival en el corazón de la reina. Es lo que dice la tradición y no hay por qué negarlo. Al menos, tiene lógica.

Para las huestes de Urraca, Candespina fue un desastre. Gómez González, viéndose solo, se batió a la desesperada, pero todo fue en vano. Cayó en combate. Alguien cortó su cabeza y la exhibió como trofeo. Ese alguien fue Enrique de Portugal, que había acudido personalmente al campo de batalla en virtud de su pacto con el Batallador. Urraca estaba en Burgos cuando recibió el cadáver de su amante. La reina, que no era mujer de muchas lágrimas, montó en cólera: mandó encerrar a Pedro González de Lara —el que había escurrido el bulto— y nombró a Gómez González «su mejor vasallo»; desde entonces se conoce al desdichado paladín como «Gómez González de Candespina».

¿Y después de la batalla? Después de Candespina, Urraca se vio forzada a reconciliarse con su marido. Esto ya era importante. No deja de resultar patética la situación de esta pareja, Urraca y Alfonso, obligados a conducir un proyecto político sin duda excepcional, pero que sólo podían sacar adelante a pesar de sí mismos y de todos los que les rodeaban. El hecho, en todo caso, es que hubo reconciliación, cabe suponer que más política que personal, entre Urraca y el Batallador. Ya veremos cómo fue.

Pero, aparte de eso, pocas consecuencias más tuvo aquel encuentro desdichado. Todo lo que rodeó a Candespina fue una insensatez, y los acontecimientos posteriores no lo serán menos. Si hasta ahora todos habían atendido a su propio interés, a partir de este momento lo harán con más ahínco todavía. Diego López de Haro, el de Vizcaya, que ya era también señor de Nájera, pactará tan pronto con Urraca como con Alfonso. Pedro Ansúrez, ya anciano, seguirá siendo poderosísimo sobre su señorío desde Liébana hasta Cuéllar y con sede en Valladolid. El conde de Lara, Pedro González, pronto será rehabilitado y enseguida vamos a encontrarle en una situación inesperada que, por ahora, no revelaremos. Y el veterano Álvar Fáñez, por supuesto, seguirá siendo el principal baluarte de la defensa castellana frente al sur.

Pero hubo un lugar donde aquella batalla sí tuvo consecuencias: Galicia y Portugal. Porque los movimientos de poder que en estas regiones venían desplegándose hasta este mismo instante, ahora van a encontrar nuevos caminos para salir a la luz. Y lo que va a pasar allí terminará cambiando el mapa de España.

Las maniobras de Pedro Froilaz y el obispo Gelmírez

Recordemos a los principales personajes del conflicto gallego, que ya han salido en nuestro relato. Uno es el arzobispo de Santiago, Diego Gelmírez. Otro, el poderoso conde de Traba, Pedro Froilaz, tutor del hijo de Urraca, o sea, del pequeño Alfonso Raimúndez. Pedro Froilaz se había levantado pocos meses atrás en Galicia. Alfonso el Batallador y Urraca le habían aplastado en Monterroso. Precisamente la represión posterior, muy dura, fue el primer motivo de ruptura entre Urraca y Alfonso. Froilaz, en todo caso, había conseguido salir vivo de allí y seguía en sus trece. El asunto gallego estaba lejos de haberse resuelto.

Lo que quería Pedro Froilaz, conde de Traba, era muy simple: constituir en Galicia un reino independiente bajo el cetro de Alfonso Raimúndez, el hijo de Urraca, del que era tutor. No era una apuesta desinteresada: si Froilaz triunfaba, el poder de verdad no residiría en el pequeño Alfonso, que en ese momento sólo tenía cinco años de edad, sino en el propio Froilaz, evidentemente. Galicia quedaría en manos de los grandes nobles, en detrimento de las villas, la pequeña nobleza y la Iglesia. Froilaz pensó que tenía fuerzas suficientes para llevar a cabo su proyecto aprovechando el caos político del reino. No fue así: la derrota de Monterroso le había hecho ver que tenía que reorientar su juego.

Frente a las ambiciones de Froilaz, la pequeña nobleza gallega se había aglutinado en una hermandad cuya bandera fue la defensa de los derechos de la reina Urraca. Esta hermandad la lideraba un caballero de renombre, Arias Pérez, originario probablemente de la comarca de Deza, en Pontevedra, al que la historia atribuye cualidades excepcionales: resolutivo, enérgico, inteligente, persuasivo, elocuente… Con Arias encontramos a su padre, Pedro Arias, y a los caballeros Oduario Ordóñez y Pelayo Gudesteiz, entre otros. Sobre el papel, los «hermandiños» tienen un poderoso apoyo a su lado: don Diego Gelmírez, el venerable obispo de Santiago de Compostela; que, no obstante, será tan frío con ellos como lo estaba siendo con el otro rival, el conde Pedro Froilaz.

Cuando Froilaz se enteró de que Alfonso y Urraca habían llegado a las manos, vio clara su oportunidad: con el matrimonio roto, era el momento de ir a ver a la reina, con el niño Raimúndez como prenda, y exigir que se reconocieran los derechos del pequeño. Era un asunto de primera magnitud. Recordemos que el pacto matrimonial entre Urraca y el Batallador estipulaba que, si ambos engendraban un hijo, éste heredaría la totalidad de los reinos. Pero si ahora Froilaz conseguía que el pequeño Raimúndez fuera tenido en cuenta a la hora de la herencia, eso sería tanto como invalidar el pacto nupcial de los reyes. Un matrimonio que, insistimos, al mismo tiempo estaba siendo declarado nulo por el papa.

En medio de todo este jaleo estaba Diego Gelmírez, el obispo. Su posición era verdaderamente complicada. El anciano obispo de Santiago era un hombre de Urraca, un alfil decisivo de la corte toledana; no por apego a la reina, sino por conciencia de su propia posición como cabeza de la Iglesia en el reino. Y no es impropio hablar de «cabeza» cuando todo el mundo a su alrededor parecía haberla perdido. Pero Gelmírez se encontraba entre la espada y la

pared. Por una parte, no podía seguir defendiendo la causa de los reyes: la sentencia de nulidad dictada por la Santa Sede pesaba demasiado; los reyes podían hacerse los suecos en espera de que cambiaran las tornas y el papa revocara la nulidad, pero el obispo de Santiago de Compostela no podía actuar como si Roma no hubiera hablado. Y si Roma había anulado el matrimonio, él, Gelmírez, tenía que considerarlo nulo con independencia de cualquier giro posterior. Por otra parte, el paisaje en Galicia era el que era: dos bandos enfrentados, cada cual con su parte de razón, pero ninguno con respaldo pleno del derecho. ¿A quién apoyar?

Gelmírez hubiera podido mantenerse en esa posición de observador neutral, sin atender a los requerimientos de unos y de otros, si no hubiera pasado algo trascendental: en el mismo momento en que las huestes de Urraca están siendo derrotadas en Candespina, los «hermandiños» de Arias Pérez atacan. Y lo hacen a lo grande: sitiando al pequeño Alfonso Raimúndez y a la condesa de Traba en el castillo del propio Froilaz, en Santa María de Castrelo. La posición de los sitiados es angustiosa. Necesitan un intermediario. Y entonces la condesa de Traba acude a quien considera la persona más relevante de la facción rival. ¿Quién? El obispo Gelmírez. Nuestro obispo acudió a Castrelo. Se entrevistó con la condesa y el infante. Arregló la capitulación. Pero a los sitiadores, ya porque se vieran ganadores, ya porque desconfiaran del obispo, no se les ocurrió mejor cosa que saquear el campamento del pobre Gelmírez e incluso retenerlo preso algunos días. Aquel absurdo error de Arias Pérez y compañía terminó de aclarar las cosas.

Gelmírez vio claro que no cabía más que una solución, la única legalmente viable: proclamar al pequeño Alfonso Raimúndez como rey de Galicia. ¿Para constituir un reino independiente, como habría deseado el de Traba? No, al revés: para regenerar el Reino de León; para proponer una alternativa institucional al caos político del matrimonio de Urraca y el Batallador. Lo que hizo Gelmírez fue poner sobre la mesa una carta ganadora: un nuevo candidato al trono de León. Con una persona real coronada en Galicia, sin merma de los derechos de Urraca, podía ofrecerse una instancia de autoridad capaz de reconciliar a todas las facciones castellanas, leonesas y gallegas ahora enfrentadas. Y así, además, la sucesión a la corona recuperaría la línea de la primogenitura ahora perdida.

Cuentan que Arias Pérez, llevando su audacia hasta más allá de lo razonable, cogió preso al niño Raimúndez y se lo llevó al castillo de Peña Corneira. Sin embargo, las cosas se habían torcido de manera irreversible para

los «hermandiños». Acosado y perseguido, Arias tuvo que liberar al niño a cambio de su propia libertad. Gelmírez y Froilaz habían ganado.

El obispo rompió sus relaciones con la hermandad, que tan mal le había tratado. Mandó mensajes a Pedro Froilaz, conde de Traba. A orillas del Tambre se entrevistó con el magnate gallego. Acordaron proceder a la coronación de Alfonso Raimúndez, ese niño de cinco años, como rey de Galicia. Y para que nadie pudiera acusarles de obrar al margen de la reina, decidieron también enviar mensajes a Urraca solicitándole su consentimiento para la operación.

Ahora bien, ¿qué pensaba la reina? La reina Urraca, habitualmente dividida sobre sí misma, tanto en política como en amores, también lo estaba sobre este asunto gallego: por un lado, tenía que defender los derechos de su hijo, pero, por otro, no podía actuar contra su marido el Batallador, y menos después de la paliza de Candespina. Además, y si faltaba algo para terminar de complicar las cosas, en ese momento se pusieron sobre el tapete las complejísimas cartas que estaban jugando Enrique y Teresa de Portugal, y que llevaban la situación hasta el límite mismo del laberinto. ¿Qué estaba pasando?

Lo que estaba pasando, para decirlo brevemente, era que Enrique y Teresa jugaban a dos o tres barajas simultáneamente, y todo ello con un objetivo cada vez más evidente: construir en Portugal un polo independiente de poder. Enrique de Portugal había ayudado a Alfonso el Batallador contra Urraca. Al mismo tiempo había aconsejado a los gallegos que coronaran al pequeño Raimúndez, sobrino suyo. Y además no había dejado de acercarse a la propia Urraca para ofrecerle su ayuda contra… ¡el Batallador! Jugando con todos y contra todos, Enrique y Teresa de Portugal se habían convertido en un peligro que había que tener en cuenta.

¿Qué hacer?, se preguntaría la reina. Enrique de Portugal se entrevista con Urraca en Monzón de Campos, en la actual provincia de Palencia. Allí le ofrece abiertamente su ayuda si ella, a cambio, le cede ciertas posiciones en el sur de los dominios leoneses. Pero en ese mismo momento la reina Urraca recibe una noticia sorprendente: sus huestes han cogido desprevenido a su marido, el Batallador, y lo tienen sitiado en el castillo de Peñafiel. Y entonces, mientras Urraca decide qué contesta a los gallegos sobre la cuestión de su hijo y qué contesta al de Portugal sobre su propuesta de alianza, una complicada maniobra comienza a dibujarse en el torturado cerebro de aquella mujer.

La coronación del niño Alfonso Raimúndez

Estamos en Monzón de Campos y la reina Urraca tiene delante dos opciones. Una, escuchar a Enrique de Portugal, aceptar su ayuda y terminar con su marido, Alfonso, sitiado en Peñafiel. La otra, aprovechar la momentánea debilidad de Alfonso para plantearle una reconciliación en términos aceptables para los dos y que el Batallador, apurado, no tendría más remedio que confirmar. ¿Qué opción escoger? No sabemos cuánto tardó Urraca en decidirse (días, quizá horas), pero sí sabemos cómo lo hizo.

Para empezar, unas preguntas: ¿cómo había caído Alfonso el Batallador en semejante situación? ¿Cómo se había dejado atrapar en Peñafiel? Según parece, Alfonso estaba en una de sus habituales campañas por las principales plazas castellanas y leonesas, marcando su territorio, dejando claro quién mandaba y poniendo a hombres de su confianza en los puestos de responsabilidad. Era el fruto directo de la victoria de Candespina sobre su esposa. Pero las gentes de Urraca no estaban dispuestas a aceptar la situación, de manera que entre Pedro Ansúrez y Álvar Fáñez lograron movilizar una hueste capaz de sorprender al rey. Eso es lo que había pasado en Peñafiel. Ahora la situación de Alfonso era ciertamente difícil. Y así, el Batallador había puesto —involuntariamente— una carta ganadora en manos de su esposa.

Puestos a elegir entre su vehemente marido y los condes de Portugal, Urraca no dudó: era mucho más importante lograr una reconciliación con el Batallador. Primero, porque el rey, después de todo, era Alfonso, y seguía siendo su marido. Además, porque Alfonso era sin duda mucho más fuerte que Enrique. Y en tercer lugar, porque éste, Enrique el portugués, no era lo que se dice un hombre de fiar. Por otro lado, si Urraca pedía ayuda a Enrique, quedaría en deuda con él, y ni Teresa ni Enrique eran de ese tipo de gente que dispensa una deuda. Por el contrario, si ahora Urraca se reconciliaba con Alfonso, sería éste, su marido, el que quedaría en deuda con ella, pues su actual posición, sitiado en Peñafiel, era cualquier cosa menos desahogada. La elección estaba clara.

La elección estaba clara, pero la reina no podía ser demasiado transparente. Si decía abiertamente no a Enrique, éste sin duda reaccionaría mal; incluso, quién sabe, quizá acudiera a ayudar al Batallador en el asedio que sufría, porque los pactos entre ambos seguían en vigor. Por tanto, había que hacer creer al conde portugués que tenía expectativas. Y al mismo

tiempo, en cuanto al Batallador, Urraca no podía mostrarse demasiado obsequiosa: si había que ofrecer una reconciliación, tendría que hacerse en secreto, de forma que fuera posible rectificar sobre la marcha si las cosas se torcían. Delicada operación.

Lo primero que hizo Urraca fue mandar órdenes secretas a Zamora: que nadie permitiera pasar a Enrique y Teresa, los portugueses, y al contrario, que dejaran el camino libre a Alfonso. Al mismo tiempo, la reina mandó llamar a un caballero de confianza de su marido: Castán de Biel, que había combatido junto al Batallador en Alcoraz y que formaba parte de su séquito permanente. Con Castán estipuló Urraca las condiciones del pacto. Era ante todo un pacto político para frenar la ambición de los portugueses. Y de entrada, Alfonso quedaba obligado a aceptar que los señores de las principales plazas y los castillos más importantes de Castilla y León fueran castellanos y leoneses; podría nombrarlos él, Alfonso, pero siempre a propuesta de la reina y con la condición de que no fueran aragoneses ni navarros. Urraca aprovechaba la coyuntura para recuperar la iniciativa.

La reconciliación de Urraca y Alfonso sorprendió a los portugueses, Enrique y Teresa, con el pie cambiado. La propia Teresa a punto estuvo de caer presa en Sahagún. Los condes de Portugal reaccionaron pasando a la ofensiva: mandaron tropas contra los reyes, que estaban en Carrión, y los cercaron. Pero hacía falta mucho ejército para derrotar a Alfonso y Urraca; a los pocos días llegaron refuerzos castellanos y los portugueses tuvieron que abandonar el sitio. Justo a tiempo, porque en ese mismo momento una hueste almorávide penetraba en Portugal y llegaba hasta Oporto. Enrique y Teresa debían ahora ocuparse de sus propios problemas. Crisis resuelta.

Una vez más, todo pudo haberse solucionado con la reconciliación de los reyes Alfonso y Urraca. Pero, una vez más, todo se vino abajo enseguida, porque Urraca y Alfonso, incorregibles, tardaron muy pocas semanas en volver a pelearse. ¿Por qué esta vez? Primero, y eso parece fuera de toda duda, por culpa de los propios monarcas. Alfonso, campeón en la guerra, era incapaz de pacificar: sus decisiones sobre a quién colocar al frente de las villas y diócesis reavivaron las querellas. En cuanto a Urraca, seguía escindida por tres objetivos que era incapaz de conciliar: los intereses de su hijo Alfonso Raimúndez, sus propios intereses como reina de León y Castilla y, en fin, su condición de esposa del Batallador. Aquello, realmente, no había quien lo arreglara.

El obispo Gelmírez, ante la nueva ruptura de los reyes, vio llegado el momento de tomar la gran decisión. El 17 de septiembre de 1111, Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago de Compostela, acompañado de todos los nobles del reino, corona al pequeño Alfonso Raimúndez, de seis años de edad, como rey de Galicia. La reina Urraca ha dado su consentimiento. Pedro Froilaz se convierte en el nuevo hombre fuerte de las tierras gallegas, pero la apuesta de Gelmírez va mucho más allá: acaba de aparecer un heredero de la corona de León que, además, goza ya del título de rey; el niño Alfonso Raimúndez quedaba señalado para ocupar un día el trono leonés.

La coronación del niño Raimúndez solucionaba el problema interno gallego, pero abría a su vez problemas nuevos en otros muchos lugares. Ante todo, para el rey Batallador representaba un desafío que era preciso frenar: la sucesión de la corona se le escapaba. Vendrán nuevos y peores años. Años de guerra civil.

De Lugo a Carrión: esto ya es una guerra civil

Hablar de guerra civil no es exagerado: no estamos ante una guerra entre territorios, sino ante una guerra entre concepciones políticas o, al menos, entre partidos políticos. Los partidarios de Alfonso están defendiendo un sistema que privilegia a las villas y a las ciudades con fueros y derechos; los partidarios de Urraca, por el contrario, están defendiendo el sistema feudal leonés basado en los señoríos de los grandes nobles. Son los grandes nobles de Galicia primero, de todo León después, quienes sostienen al pequeño Alfonso Raimúndez y a su reina Urraca. Y tendrán que hacer frente a quienes, dentro del propio territorio leonés y gallego, han levantado la bandera por el Batallador.

Veamos un ejemplo concreto: la ciudad de Lugo. Como otros puntos del Camino de Santiago, Lugo era una ciudad que se había visto beneficiada por la política de franquicias que predicaba el Batallador, política que disminuía sensiblemente el poder de los grandes señores. Cuando Gelmírez corona al pequeño Raimúndez, en septiembre de 1111, el objetivo inmediato de los nobles gallegos es someter a su poder a todo el Reino de Galicia, donde abundaban los partidarios de la facción contraria. Y la primera etapa es precisamente Lugo, ciudad partidaria del Batallador.

Es interesante reseñar cómo describe la Historia Compostelana a los vecinos de Lugo. Lo hacía así:

> *Procedentes de diversas partes (…), eran malvados ladrones, homicidas, transgresores, adúlteros, fornicadores, sangrientos ladrones de los bienes de los pobres, violadores de iglesias, y temían penas y tormentos para sus cuerpos por sus nefandas fechorías.*

Ciertamente, no es un ejemplo de objetividad. Pero la descripción es relevante porque nos dice mucho sobre el paisaje humano del reino: a Lugo, como a otras ciudades del Camino, había ido a parar una abundante población «procedente de diversas partes», gentes que habían abandonado su hogar buscando mejor fortuna para ganarse la vida con el comercio, seguramente algunos de ellos con penas pendientes —lo mismo ocurría en las ciudades de frontera—, y la Historia Compostelana, que está escrita para justificar al bando aristocrático, atribuye a los lucenses el mismo tipo de defectos y pecados que suele acompañar a los desarraigados y a los mercaderes.

El hecho es que los caballeros de Alfonso Raimúndez y el obispo Gelmírez, resueltos a que no se les escapara nadie, llegaron a Lugo, desplegaron a sus huestes armadas en torno a la ciudad y la sometieron, ignoramos si con lucha o sin ella. Lo mismo debió de ocurrir en otros puntos del paisaje gallego y leonés. Y rápidamente sometidos los focos de resistencia, el partido de Raimúndez acometió la segunda parte de su proyecto: marchar a León y allí, en la capital del reino, proclamar al pequeño hijo de Urraca rey de León y Castilla.

Alfonso el Batallador, mientras tanto, no se había quedado quieto, como es natural. Enterado de los propósitos de sus enemigos, envió una tropa contra ellos. El encuentro tuvo lugar en Viadangos, entre Astorga y León. Las armas hablaron. La Historia Compostelana ofrece una versión de la batalla demasiado parcial como para considerarla fiable. Los hechos seguros son éstos: uno, que el partido de Alfonso Raimúndez se dirigía a León para coronar al pequeño; dos, que en la hueste del niño abundaban los caballeros gallegos y leoneses e iba el propio obispo Gelmírez, además, por supuesto, del pequeño heredero; tres, que el ejército que mandó Alfonso el Batallador fue más fuerte y deshizo a su rival.

En Viadangos cayeron los condes Fernando García y Fernando Osorio, primos de la reina Urraca. El gallego Pedro Froilaz, conde de Traba, cayó preso; su esposa, la condesa de Traba, murió intentando pasar el puerto de

Pajares. De entre los líderes de la facción del niño Raimúndez, sólo el anciano Gelmírez logró ponerse a salvo y, eso sí, lo hizo llevando consigo al pequeño heredero. El obispo de Santiago se apresuró a conducir al niño Alfonso con su madre, Urraca, que estaba en el castillo de Orcellón, en Castilla. El pequeño Alfonso Raimúndez quedó custodiado en Monzón de Campos. Y Urraca, soliviantada, resolvió ponerse personalmente al frente de la ofensiva contra su esposo.

Lo que empieza a pasar a partir de este momento sólo puede describirse como una convulsión permanente. Cada uno de los reyes se afana en fortalecer sus propias posiciones. Alfonso el Batallador presiona en las villas del Camino de Santiago, con frecuencia mediante ataques armados; ocupa guarniciones en La Rioja y La Bureba y además remplaza a los abades de varios monasterios: a su hermano Ramiro, por ejemplo —Ramiro el Monje—, le hace abad de Sahagún. Urraca, por su parte, marcha a Galicia, hace cuantiosas donaciones a Santiago de Compostela —que redundarán en beneficio del poderosísimo obispo Gelmírez—, reúne a los nobles gallegos y leoneses, reconcilia a las facciones de Froilaz y Arias y obtiene el apoyo masivo de los nobles castellanos. Todo eso ocurre mientras por todas partes las ciudades del reino se escinden en dos partidos claramente diferenciados. Y a río revuelto, ganancia de pescadores: Enrique y Teresa de Portugal, siempre jugando a dos, tres y cuatro barajas a la vez, aprovechan el caos para ofrecer su respaldo a unos y a otros a cambio de ventajas territoriales y económicas.

Un momento decisivo es la Pascua de 1112: Urraca, que ya se ha hecho con el liderazgo indiscutido de toda la nobleza leonesa, castellana y gallega, forma un ejército contra su marido; se le suma Enrique de Portugal con una tropa de refuerzo. La hueste debía de ser impresionante. Lo suficiente para marchar de Santiago a Astorga sin hallar resistencia. ¿Por qué a Astorga? Porque allí estaba Alfonso el Batallador, sitiando la ciudad. El Batallador, cuando vio llegar a las tropas de su esposa y enemiga, pidió refuerzos a Aragón. Hubo batalla. Las huestes aragonesas las mandaba el caballero Martín Muñiz. Enrique de Portugal salió herido del lance; moriría muy poco después. Pero esta vez Urraca había trabajado a conciencia. Ante la superioridad numérica de sus rivales, Alfonso opta por retirarse y se hace fuerte en Carrión. Las tropas de Urraca le perseguirán hasta allí.

A espaldas de Urraca, el paisaje dista de haberse aplacado. Una nueva revuelta estalla en Galicia: la pequeña nobleza vuelve a levantarse, y esta vez claramente a favor de Alfonso el Batallador. Gelmírez abandona la hueste y

marcha a Santiago para calmar las cosas. Urraca, que no quiere soltar la pieza, trata de estrechar el cerco sobre su esposo en Carrión. En ese momento aparece en el campamento de Urraca un distinguido personaje: el legado del papa, Hermengaud, abad de La Chiusa. El legado Hermengaud viene con un doble objetivo: uno, separar al matrimonio; el otro, declarar una tregua, porque el papa ha convocado concilio y los obispos españoles tienen que acudir a Roma. Alfonso y Urraca, obedientes, declaran la tregua. El Batallador se retira de Carrión. Urraca entra en la ciudad. El legado Hermengaud, cumplida su tarea, marcha a Santiago para entrevistarse con Gelmírez. El anciano obispo compostelano es taxativo: hay que acabar con ese matrimonio como sea.

¿Como sea? En Carrión, Urraca delibera. ¿Qué hacer? La reina, dueña de la ciudad, decide convocar a una junta de «hombres buenos»: burgueses de la villa y nobles de su confianza, para que le aconsejen. Y los burgueses le hacen una propuesta sorprendente: que se reconcilie con el rey. ¿Por qué? Ya lo hemos dicho: porque los burgueses, en general, estaban con el Batallador, que les ofrecía franquicias y libertades muy apetitosas. Urraca se lo piensa. Los burgueses de Carrión ofrecen garantías: si el Batallador maltratara a la reina, ellos mismos expulsarían a los aragoneses. La decisión está tomada.

Parece increíble, pero hubo reconciliación. Fue la cuarta reconciliación entre Alfonso el Batallador y su esposa Urraca. Era el verano de 1112. Mientras el obispo Gelmírez y el legado Hermengaud urdían la ruptura del matrimonio regio, los reyes decidían suspender sus hostilidades y recomponer sus relaciones. Y usted se preguntará: ¿pero qué cachondeo es éste? Buena pregunta.

La ruptura definitiva entre Alfonso y Urraca

En realidad, si había razones para la reconciliación, también las había para la ruptura, y de hecho estas paces entre Urraca y Alfonso, la extraña pareja, apenas durarán unos pocos meses. Antes de que el año acabe ya hay de nuevo convulsiones. El panorama es de confusión generalizada. Se combate un poco por todas partes, y no siempre es fácil saber por qué. Sobre el paisaje de guerra banderiza que opone a los nobles de León y Castilla contra los de Aragón y Navarra, se añade el conflicto social —burgueses partidarios de Alfonso contra magnates partidarios de Urraca—, más los problemas internos

gallegos —grandes nobles contra la pequeña nobleza—, más las disputas puramente locales que ahora, al calor del caos general, vuelven a aflorar con fuerza. Y a eso hay que sumar las esporádicas acometidas de los musulmanes, que aquí y allá, en las zonas fronterizas, exploran el terreno con expediciones de saqueo.

Todo esto termina llevando de forma inevitable a una nueva ruptura entre los reyes. Alfonso se apresura a poner guarniciones aragonesas en plazas castellanas, y especialmente en las de la Extremadura, es decir, la frontera que lleva desde Toledo hasta Salamanca. Urraca, por su parte, se siente acosada y pide auxilio al obispo de Santiago, Gelmírez. A todo esto, en Segovia estalla una revuelta y los partidarios de la reina han de sofocar el levantamiento. En la refriega muere nada menos que Álvar Fáñez, el glorioso guerrero. Con él desaparece el último gran nombre de la generación del Cid.

Ni Urraca ni Alfonso renuncian a su condición regia, por supuesto. Urraca firma como *Totius Hispaniae Regina*, o sea, reina de toda España. Y Alfonso el Batallador, conforme a la tradición leonesa, exhibirá el título imperial: *Alfonsus Gratia Dei Imperator Leone et Rex Totius Hispaniae*. La propia Urraca le reconocerá este título mientras sean marido y mujer, y al margen de que se hallen en guerra o estén reconciliados. El dato es interesante porque señala la imposible condición de estos dos personajes: atrapados en su propio estatuto regio, designados por el viejo Alfonso VI para materializar el sueño de una cristiandad española unida, ni el uno ni la otra eran realmente capaces de asumir la tarea, pero renunciar a ella significaría para ambos una derrota irreparable.

La crisis entre los esposos volvió a estallar a fines de 1112. No está claro qué ocurrió exactamente. Al parecer, los reyes repitieron el gesto de unos años atrás y Urraca marchó a Aragón mientras Alfonso seguía poniendo guarniciones en el Reino de Toledo, que ya controlaba casi completamente. En un determinado momento, y por razones desconocidas, Alfonso trató de encerrar a Urraca. Quizá fuera porque la reina había recibido a su hijo Alfonso Raimúndez, que tuvo que esconderse en Ávila para huir de las iras del Batallador. Urraca, aterrada, escribe una carta al obispo Gelmírez y le pide ayuda frente al «impío tirano aragonés», como llamaba ella a su propio marido. Y el obispo de Santiago, con ayuda del gallego Pedro Froilaz, organiza un ejército que marcha a toda prisa sobre Burgos.

Estamos en el verano de 1113, en Burgos, y llegamos a un momento decisivo de nuestro relato. El obispo Gelmírez y Pedro Froilaz, en nombre de

la reina Urraca, han tomado la vieja capital castellana, expulsando de allí a la guarnición aragonesa. En ese instante llegan a Burgos dos mensajes distintos. Uno lo trae Bernardo de Sauvetat, el arzobispo de Toledo: es una carta del papa que pide a los obispos españoles que trabajen por la paz en el reino, lo cual, en las actuales circunstancias y con el precedente de la anterior bula de nulidad del matrimonio, sólo puede significar que trabajen para separar a Urraca y Alfonso. El otro mensaje lo trae un emisario de Alfonso el Batallador y contiene una petición que ya no puede causarnos sorpresa: ¡una nueva reconciliación!

Gelmírez se opuso con vehemencia a cualquier nueva reconciliación entre Urraca y Alfonso. Tenía sus razones. Era un hecho que el matrimonio estaba causando perjuicios sin cuento al reino. Era un hecho que el matrimonio había sido declarado nulo por el papa. Era un hecho, también, que Urraca vivía con otro hombre. Sí, en efecto: con Pedro González de Lara. ¿Se acuerda usted de Pedro González de Lara, aquel noble que combatió en Candespina, y que allí dejó solo a Gómez González Salvadórez, el amante y principal paladín de la reina, porque quería quitarse de en medio a su rival? Pues él mismo era: Pedro González de Lara había conquistado por fin el lecho de la reina Urraca y todo el mundo en la corte lo sabía. El obispo Gelmírez, en fin, tenía sobradas razones para impedir cualquier reconciliación.

Y sin embargo Urraca, una vez más, accedió. Ya era la quinta reconciliación entre los reyes. Muchos y muy poderosos intereses debían de pesar en la decisión. Para empezar, muy probablemente, la postura de los burgueses, que seguía siendo de simpatía hacia el Batallador. De hecho, sabemos que Gelmírez, cuando volvía a Santiago, furioso por no haber podido impedir las paces entre Alfonso y Urraca, sufrió un atentado personal en Carrión; los partidarios del Batallador querían quitar de en medio a aquel anciano prelado que se había convertido en su principal obstáculo.

De todas formas, Gelmírez no era el único obstáculo para la reconciliación. Inmediatamente Teresa de Portugal, ya viuda, actúa. Lo hace de una forma novelesca: manda mensajes a Alfonso el Batallador y le persuade de que su esposa, Urraca, en realidad intenta envenenarle. Teresa, recordemos, era hermanastra de Urraca; todo esto tiene rasgos de culebrón.

Simultáneamente, la irregular situación de la reina, casada con uno —Alfonso—, pero liada con otro —Pedro González—, vuela ya en todas las bocas. La Iglesia echa su cuarto a espadas. En octubre de 1113 el concilio de Palencia había encargado al arzobispo de Toledo, Bernardo, que buscara una

vía de arreglo. Bernardo fracasará, y es fácil entender por qué. Estaba claro que había que pasar a argumentos irreversibles. Y en la época no había más que un argumento realmente irreversible: una pena de excomunión. Eso fue lo que planteó el concilio de León, ya en octubre de 1114, y cuando la situación general sólo podía definirse como sísmica. Lo que dijo el concilio fue inequívoco: que los cónyuges se separaran bajo pena de excomunión. No había más remedio que aceptar el dictamen. Alfonso repudió a Urraca. Lo hizo asumiendo el argumento papal: la consanguinidad.

En aquel momento Alfonso tenía una vez más a Urraca consigo, más presa que aliada. El Batallador formó una comitiva, por supuesto con la reina, y se dirigió a Soria, en tierras castellanas. Allí entregó a Urraca a sus súbditos con una lapidaria explicación: «No quiero vivir con ella en pecado». Así los reinos volvieron a separarse. El sueño alfonsí de unir León, Castilla, Aragón y Navarra se deshacía después de cinco años de infructuosos intentos.

Las implicaciones políticas del asunto no eran pequeñas. ¿Qué pasaba con los castellanos o leoneses que habían tomado partido por Alfonso el Batallador? Por ejemplo, ¿qué pasaba con el veterano Pedro Ansúrez, que a lo largo de todo este intenso conflicto había tratado de mantenerse fiel simultáneamente a Urraca, su reina, y a Alfonso, su rey? Ansúrez, caballero de cuerpo entero, devolvió a la reina Urraca sus dominios. Era lo que le mandaba la ley después de anulado el matrimonio. Pero, al mismo tiempo, eso suponía traicionar al rey de Aragón, su otro señor, al que también debía fidelidad. Ansúrez se vistió de rojo, en signo de oprobio, y montado sobre un caballo blanco marchó a entregarse al Batallador: según el código feudal, el viejo Ansúrez se sentía merecedor de castigo. Ni que decir tiene que Alfonso, emocionado por el noble gesto, le perdonó.

Pero había más implicaciones políticas. A Urraca se le planteaba un serio problema en el suroeste de sus dominios, donde el condado de Portugal, regido ahora por la viuda Teresa, ya se había convertido de hecho en un territorio independiente. Y sobre todo, había que resolver el complicadísimo problema de Castilla. Desde el punto de vista jurídico, la cosa estaba clara: el Reino de Castilla quedaba vinculado al Reino de León y, por tanto, bajo mando de Urraca. Pero también Alfonso estaba interesado en retener Castilla, y ello por dos razones: una, que él mismo se había encargado de colocar guarniciones en la cabecera del Tajo; la otra, que a Castilla correspondían las parias de Zaragoza y, por tanto, el derecho de conquista, y ése era

precisamente el objetivo de Alfonso, reconquistar Zaragoza. Por eso el Batallador insistirá en defender sus derechos sobre Castilla.

Entramos ahora en una fase nueva, y ya iba siendo hora. ¿Qué estaba pasando con la lucha contra los almorávides, que había remitido, pero estaba lejos de haber concluido? ¿Qué estaba pasando en los condados catalanes, que tenían que hacer frente a la amenaza almorávide en el Mediterráneo? Y en un estrato más profundo, ¿qué estaba pasando en las tierras de España: en las ciudades reconquistadas por los cristianos y también en las regiones de la España mora, ahora bajo el poder almorávide? Todo eso lo veremos aquí.

13

SUENA LA HORA DE ARAGÓN

Belorado: la primera feria comercial de España

Por encima y por debajo de las convulsiones políticas en la España cristiana, la vida de la gente proseguía. Y en estos años ocurre un acontecimiento de gran importancia: nace la primera feria comercial de nuestro país. En el verano del año 1116, el rey Alfonso I el Batallador concede fueros a una localidad concreta: Belorado. Y entre esos fueros incluye el permiso para celebrar todos los años una gran feria. Era la primera vez. Otras más vendrán. Y así la España medieval va a cambiar de piel.

Vamos a un lugar muy concreto: el extremo oriental de Burgos, a un paso de Álava y de La Rioja. Allí está Belorado. Al norte, el río Tirón que vierte en el Ebro; al sur, los montes de Ayago y la imponente sierra de la Demanda. Allí hubo una ciudad celta antes de que llegaran los romanos. Después fue asentamiento de Roma y, más tarde, visigodo. En los pliegues de su terreno encontraron refugio los hispanogodos que trataron de resistir a la invasión musulmana. Y con éxito, porque esta zona quedará a salvo de la presión islámica, al menos en un primer momento.

Desde los lejanos tiempos de la Reconquista inicial, en el siglo VIII, el primitivo Reino de Asturias se había preocupado por marcar allí el límite oriental de su territorio. Lo hizo constituyendo el monasterio de San Miguel del Pedroso, con veintiocho monjas, y regido por la abadesa Nonna Bella, probablemente pariente de los reyes Alfonso I o Fruela I. Después, la proximidad de las razias musulmanas hizo que la zona perdiera vigor, pero fue para recuperarlo muy pronto, en cuanto los colonos traspasaron el Ebro para llegar a la sierra de la Demanda. A partir de ese momento, toda esa región de la Riojilla cobró una importancia excepcional.

¿Por qué era tan importante la Riojilla burgalesa? Primero, porque era un lugar muy apto para la supervivencia: a orillas del río Tirón, cerca de llanuras fácilmente cultivables, de montes gratos para la ganadería y de bosques ricos en caza, la gente que se instalaba en Belorado tenía muchas posibilidades de

salir adelante. Cuando el Camino de Santiago comenzó a ser recorrido por masas crecientes de peregrinos, precisamente esas condiciones hicieron que la villa se convirtiera en un foco de atracción para el comercio. Además, políticamente era un área crucial: oscilando siempre entre la influencia de Castilla y la de Navarra, la Riojilla será, a veces, frontera, y a veces, puente.

Muchas cosas pasaron entonces en Belorado. Cuando el panorama militar se despejó, y con la repoblación ya bien asentada, se convirtió en una villa codiciada por todos los poderes circundantes. ¿Y cuál era la forma de atraerse a una población? Concederle privilegios. Dice la tradición que fue Fernán González, el primer conde independiente de Castilla, quien concedió a Belorado el privilegio de celebrar mercado todos los lunes. Era su forma de agradecer a los lugareños que le quitaran los hierros con que le había apresado el rey de Navarra. Y más tarde, cuando el Cid se casó con Jimena, la plaza quedó bajo la protección de Rodrigo Díaz de Vivar: era parte de la dote de su esposa. Importante dote, Belorado: como todas las ciudades del Camino de Santiago.

Aquí ya hemos contado cómo las villas del Camino de Santiago, a lo largo de los siglos X y XI, empezaron a convertirse en centros comerciales de primera importancia. Sancho el Mayor estimuló decididamente la entrada de nueva población que se asentaba en las ciudades del Camino y creaba allí sus propios barrios. Para hacer más fácil el proceso y para proteger la actividad de los mercaderes, el poder concedía a estas ciudades derechos y fueros que les permitían gozar de libertades amplias para la época. Y eso es precisamente lo que pasó en Belorado.

¿Quiénes eran esas personas que acudían a las ciudades españolas del Camino de Santiago? ¿De dónde venían? Un documento muy interesante, la Crónica de Sahagún, enumera la procedencia de las gentes que llegaban a España desde otros puntos de Europa. Aunque su fecha es posterior, parece indudable que el contingente humano era el mismo: «Gascones, bretones, alemanes, ingleses, borgoñones, normandos, tolosanos, provenzales, lombardos y muchos otros comerciantes de diversas naciones y extrañas lenguas», dice la Crónica. A todos ellos se los llamaba, por extensión, «francos», y por eso sus derechos se llamaban «franquicias». ¿Y qué venían a hacer aquí? También la Crónica de Sahagún nos lo dice: eran «herreros, carpinteros, sastres, peleteros, zapateros, escuderos y hombres enseñados en muchas y diversas artes y oficios». Lo mismo estaba pasando en otros muchos

lugares: Logroño, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Burgos, León, Oviedo… y por supuesto, Belorado.

Pero ¿por qué Alfonso I el Batallador puso sus ojos precisamente en Belorado, y no en otro lugar? Seguramente, por la posición estratégica de la villa. Alfonso ya no era rey en León, pero seguía siéndolo en Navarra, y Belorado está en la línea fronteriza entre Navarra y Castilla. Recordemos, además, que el Batallador no quería renunciar a sus derechos sobre Castilla, fundamentales para legitimar su proyecto de conquistar Zaragoza. Y también hemos explicado aquí que la política habitual de Alfonso consistía en dotar a las ciudades de fueros y derechos, de modo que éstas quedaban mucho menos dependientes del poder señorial y, al revés, en relación directa con la corona. Este contexto explica la decisión de Alfonso el Batallador de dotar de fueros a Belorado.

Es en el mes de agosto de 1116 cuando se firma el fuero. ¿Qué decía aquel papel? El documento regulaba las penas y garantías en caso de delito, eximía a la villa de la *mañería* (aquella práctica de que las tierras sin sucesor pasaran al patrimonio regio), concedía privilegios para la explotación del río, los molinos y los montes; libraba a los súbditos del pago de portazgo y montazgo en el término de Belorado, reconocía el derecho de propiedad de todos los que se asentaran en la villa, les exoneraba de pagar a otro señor que no fuera el propio rey…

El fuero menciona expresamente a todos los pobladores, tanto francos como castellanos, tanto caballeros como villanos. También menciona a los judíos, que ya entonces ocupaban el barrio de El Corro. Con el rey firman el señor de Cerezo, Aznar Sanz, y Eneco Fortiz; el *merino* Domingo Miguel y los condes Ramón de Pallaires, Pedro Núñez, Pedro López, García de Castilla, Pedro de Portaguera y Pedro Berenguer de Montisón, además del «tenente» de Poza, Sancho Juanes; firma el notario del rey, de nombre Pedro. Y en un punto concreto, el octavo, el rey concede a Belorado el privilegio de organizar una feria: «Que los lunes tengáis mercado —dice el texto— y de año en año tengáis feria en el día de San Miguel». Era la primera vez que aquello se decidía en España. Era una novedad propiamente revolucionaria.

Belorado ya tenía mercado desde muchos años atrás. Pero un mercado no es una feria. ¿Cuál es la diferencia? El mercado consistía en lo siguiente: un día a la semana —en este caso, los lunes—, los comerciantes de la ciudad quedaban autorizados a exponer públicamente sus productos para venderlos a los paisanos. Era, pues, un fenómeno esencialmente local, y lo que allí se

vendía era, sobre todo, bienes de primera necesidad, útiles de consumo habitual. Pero la feria era algo muy distinto: durante varios días, todos los comerciantes de los alrededores, e incluso de puntos lejanos, podían comprar y vender libremente sus productos. El tráfico, evidentemente, excedía en mucho a lo que los vecinos de Belorado podían consumir: los verdaderos destinatarios de aquella exhibición eran las gentes adineradas que allí acudían desde las ciudades y cortes más importantes. Y así la feria representaba un auténtico río de oro.

¿Qué se compraba y vendía en aquellas ferias? De todo. Por lo que sabemos, en aquel momento cruzaban España dos grandes rutas comerciales. Una, procedente del sur, traía productos del mundo musulmán; la otra venía de Francia a través del Camino de Santiago. La ruta del sur quedó pronto cerrada por la intolerancia almorávide. Ahora, 1116, cuando se abre la feria de Belorado, lo que va a entrar en nuestro país es sobre todo material procedente del norte: paños de Francia y de Flandes, artesanía italiana… Las mercancías abarcan un amplísimo abanico, desde objetos de lujo hasta vestimentas para menestrales. Y no sólo hay venta minorista, sino que también se vende al por mayor, de manera que la feria de Belorado pasa a ser cita obligada para todos los comerciantes del reino. En definitiva, un acontecimiento social.

Vendrán después otras ferias: Valladolid, Vic en Cataluña… En torno a ellas se configurará una sociedad distinta, donde el comercio deja de ser un apoyo a la subsistencia, como lo había sido hasta entonces, para convertirse en una fuerza social con impulso propio. Y todo esto apareció en Belorado, en el extremo oriental de Burgos, en el verano de 1116, de la mano del rey de Aragón y Navarra, Alfonso el Batallador. La primera feria comercial de la historia de España.

¿Y qué pasaba con los almorávides?

El intensísimo follón interno de los reinos cristianos, con aquel conflictivo matrimonio entre Urraca y Alfonso el Batallador, nos ha hecho perder de vista que al sur había otra España: la España mora, ahora bajo dominio almorávide. Mientras castellanos, gallegos, leoneses, aragoneses y navarros se daban de tortas por el imposible testamento político de Alfonso VI, en la vieja Al-Ándalus se establecía un nuevo poder que arrasaba el sistema de los Reinos

de Taifas y en su lugar implantaba el orden de los almorávides. ¿Y en qué consistía este nuevo orden?

El orden almorávide era, ante todo, un sistema de fundamentalismo africano. Al-Ándalus pasaba a ser una región dependiente del reino almorávide con centro en Marrakech, en Marruecos. Los viejos reinos moros se convertían en provincias regidas, en lo político y en lo militar, por enviados de Marrakech. La administración seguía en manos de *andalusíes*, pero el poder era exclusivamente almorávide. En el plano interior, el gobierno almorávide se caracterizó por una notable disminución de las libertades que cristianos y judíos habían gozado en tiempos de las taifas. Y en el plano exterior, por una política de abierta hostilidad hacia los reinos cristianos del norte.

Desde la muerte en 1106 de Yusuf ben Tashfin —aquel anciano derviche que vestía pieles de oveja y se alimentaba de dátiles y leche de cabra—, el soberano de los almorávides era su hijo Alí ben Yusuf, al que se deben en realidad las grandes victorias musulmanas de este tiempo. Después de la batalla de Uclés, que fue un serio golpe para los cristianos, los almorávides habían recuperado el control sobre el área de Valencia, habían penetrado hasta Coímbra y habían logrado hacerse con el poder en la taifa de Zaragoza. Incluso hay constancia de cierta actividad reconquistadora en torno al río Ebro, ocupando de nuevo plazas que los cristianos habían recuperado con anterioridad. En definitiva, los almorávides habían devuelto a la España mora su solidez militar.

Sin embargo, el poder almorávide tardó muy poco en conocer los mismos desgarros que habían sacudido a la España de las taifas. Diferentes problemas políticos, económicos y religiosos van a perturbar seriamente la obra de los descendientes del viejo Yusuf. Y así, en un plazo de veinte años, el Estado almorávide se irá descomponiendo. Vamos a ver brevemente por qué.

Empecemos por la cuestión religiosa y social. En los años de las taifas, y aprovechando la debilidad del poder, la población mozárabe —es decir, cristiana— había alcanzado unas condiciones de vida bastante cómodas. Los cristianos seguían siendo ciudadanos de segunda en Al-Ándalus, pero mantenían una libertad muy superior a la que tuvieron en los años anteriores, cuando el fundamentalismo de Almanzor. La llegada de los almorávides, por el contrario, significó un recrudecimiento del integrismo musulmán. Como los almorávides habían hecho de la ortodoxia islámica su bandera, y su principal apoyo habían sido los *alfaquíes* o doctores de la ley de Mahoma, su política se

tradujo en una afirmación de la hegemonía musulmana sobre los cristianos de la España mora.

Ahora bien, esto tuvo consecuencias imprevistas en el plano social, y es que los cristianos de Al-Ándalus pondrán sus expectativas en los reinos cristianos del norte. Así, a partir de estas fechas, empieza a producirse un creciente goteo de emigración de mozárabes *andalusíes* y también de judíos hacia la España cristiana. En las áreas más cercanas a la frontera militar, como el valle del Tajo o Aragón, cada vez es mayor el número de mozárabes y judíos que abandona Al-Ándalus para refugiarse en el norte. Andando los años, el número de emigrantes llegará a contarse por decenas de miles. Y eso afectará seriamente a la economía de la España musulmana, especialmente en la agricultura.

Veamos ahora la cuestión económica, que también fue de gran importancia en toda esta historia. Una de las razones que permitieron a los almorávides gozar de amplísimo respaldo popular en Al-Ándalus fue su promesa de eliminar otros impuestos que no fueran los coránicos. Los Reinos de Taifas, para sostener su poder, habían tenido que pagar cuantiosos tributos a los reinos cristianos —las parias, de las que ya hemos hablado abundantemente aquí—, y esos tributos salían sobre todo de los impuestos que pagaba el pueblo. Por eso, cuando aparecieron los almorávides diciendo que eliminarían todo impuesto distinto a los que la ley islámica estipulaba, el pueblo *andalusí* les apoyó en masa.

La política fiscal musulmana era compleja y abarcaba diferentes tipos de imposición. Podemos definirla en torno a este principio: que los musulmanes paguen lo menos posible y que la mayor carga fiscal recaiga sobre los no musulmanes. Por la ley musulmana, todo creyente debía tributar únicamente un impuesto-limosna que se llamaba *sadaqa* y que consistía en una décima parte de sus ganados, cosechas o mercancías. Los no musulmanes —por ejemplo, los mozárabes—, pagaban otra cosa: un impuesto llamado *yizia* que era la plasmación material de su estado de sumisión y cuyo importe variaba en función de la riqueza del individuo. Además, existía otro tributo que se llamaba *jaray*, también exclusivo para los no musulmanes, y que oscilaba entre un 20 y un 50 por ciento del producto previsto de la tierra, pagado de antemano. Era, en definitiva, un expolio fiscal. En las épocas más suaves, el *jaray* fue sustituido por una contribución censal. Pero los almorávides, con su doctrina rigorista de pureza islámica, volvieron a implantarlo en sus términos

más duros, con el consiguiente empobrecimiento de los mozárabes y los judíos.

Los ingresos del Tesoro consistían en esos impuestos más la quinta parte del botín de guerra, que iba a parar siempre al emir. En principio, era más que suficiente para sufragar los gastos del Estado. Pero pronto ocurrieron dos cosas que hicieron entrar en crisis al sistema. Por una parte, como hemos visto, cada vez más mozárabes huían hacia el norte, con lo cual el número de los contribuyentes disminuía a ritmo constante. Y por otro lado, después de la ocupación de Zaragoza ya no hubo más conquistas militares, porque la resistencia de los reinos cristianos fue dura, de manera que también disminuyeron los ingresos por botín de guerra. Y Alí ben Yusuf se encontró con un serio problema.

Para solucionarlo, el emir almorávide optó por aumentar los impuestos sobre el comercio, lo que se llamaba el *qabalat*, que era lo que en la España cristiana se llamaba «sisa». Los almorávides se habían ocupado de explotar al máximo sus rutas comerciales. Buena parte de su poder se basaba en los beneficios de las rutas caravaneras del Sudán. Cuando ocuparon España, esas rutas se extendieron hasta el Mediterráneo. Así entró en Europa un río constante de cereales, aceite, oro, cuero, hierro y madera. Las repúblicas comerciales italianas —Génova, Pisa, etc.— descubrieron un mercado excelente y no dejaron de mandar allí sus barcos. Pero los comerciantes locales de la España mora recibieron muy mal aquella subida de impuestos, que dio lugar a un problema político de primera magnitud.

¿Y en qué consistía el problema político? Fundamentalmente, en esto: una élite recién llegada, la de los almorávides, vivía a expensas de la población andalusí. Y ya no sólo a expensas de los mozárabes, sino también de los propios musulmanes españoles, que se veían obligados a sufragar con sus impuestos a los nuevos dueños. ¿Y los almorávides no se habían hecho con el poder diciendo que iban a eliminar los impuestos? Precisamente: por eso los musulmanes españoles se sentían defraudados, y con razón. Y así las viejas oligarquías de la España mora, las que mandaban allí antes de que llegaran los almorávides, empezaron a alimentar los peores sentimientos hacia sus nuevos jefes.

Esta acumulación de problemas sociales, religiosos, políticos y económicos terminará derribando el edificio del poder almorávide. No va a ser un proceso inmediato: se prolongará durante más de veinte años. Pero

conviene retener este dibujo en la memoria para entender por qué, a partir de este momento, pasó en España lo que pasó.

Y ahora, cambiemos nuevamente de escenario.

Ramón Berenguer III contra los piratas de Mallorca

A Ramón Berenguer III le hemos visto aquí crecer. Recordemos: hijo del conde Ramón Berenguer II Cabeza de Estopa, quedó huérfano muy niño, cuando su padre fue asesinado. También hemos contado que el presunto asesino fue el propio hermano del muerto, Berenguer Ramón el Fratricida. El Fratricida se vio formalmente inculpado del crimen y desterrado en el año 1096, y así el pequeño Ramón Berenguer III fue proclamado conde de Barcelona con tan sólo catorce años de edad.

Quien expulsó al Fratricida fue la oligarquía nobiliaria barcelonesa, y ella fue también la que marcó los primeros pasos del pequeño Ramón al frente del condado. Conocemos a algunos de aquellos influyentes barones: Guerau Alemany de Cervelló, Guillem Ramón de Montcada, Ponc Guerau de Cabrera… ¿Y cuál era su política? Podemos resumirla en dos objetivos: uno, tratar de expandir el condado hacia el sur; el otro, hacia el norte, fortalecer a Barcelona respecto a las casas condales circundantes, derivadas todas ellas del viejo mundo carolingio. Y ésa sería la política de Ramón Berenguer III hasta que se cruzó en su camino una aventura inesperada: la conquista de Mallorca. Pero vayamos por partes.

Primer frente: la política de expansión hacia el sur. Se trataba de prolongar la influencia barcelonesa a lo largo del Mediterráneo español y hacia el valle del Ebro. Y aquí hay que decir que aquel proyecto fue objetivamente un fracaso. Los de Barcelona, que ya habían conseguido restaurar la sede episcopal de Tarragona, trataron de conquistar Tortosa, pero la expedición, mandada por el conde Artau II de Pallars Sobirá, volvió con las manos vacías. Acto seguido, y en el marco de las conquistas valencianas del Cid, las tropas de Barcelona intentaron socorrer a los musulmanes de Oropesa previo pacto con la taifa correspondiente, pero igualmente fallaron. Algo, sin embargo, sacó en limpio el joven Ramón Berenguer III: un pacto con el Cid que incluía la mano de la hija de Rodrigo Díaz de Vivar, María. Esto fue antes de que la presión almorávide se hiciera insoportable. A partir de ese momento, ya en

torno a 1110, los almorávides ocuparon la taifa de Zaragoza y cualquier expansión hacia el sur quedó frenada.

Veamos el otro frente de la política barcelonesa: la afirmación del condado sobre los otros condados vecinos. Y aquí sí puede decirse que Ramón Berenguer III triunfó plenamente. ¿Cuáles eran esos condados vecinos? Recordemos: Besalú, Cerdaña, Urgel, Pallars, Rosellón, además de los derechos vinculados a territorios franceses como la Provenza y Foix. Ramón había heredado derechos territoriales y lazos familiares en toda esta región, y además el condado de Barcelona era el más fuerte de todo este ámbito de la Occitania. Con ese paisaje, Ramón Berenguer III se aplicó a hacer valer su hegemonía, y lo consiguió paso a paso.

En 1107, Ramón Berenguer casa a su hija Jimena —aún una niña— con el conde Bernardo III de Besalú, un incapaz que pasaba ya de la cincuentena y que jamás había mostrado el menor interés por gobernar sus tierras. Era una operación política a plena luz: el contrato matrimonial estipulaba expresamente que si Bernardo moría sin descendencia, el condado pasaría a Ramón Berenguer de Barcelona. Fue lo que sucedió exactamente cuatro años después, en 1111. Al año siguiente, fallecida la hija del Cid, María, Ramón se casa con Dulce de Provenza, que acababa de heredar este territorio. Así entra Provenza en la órbita de Barcelona. Habrá más: cuando muera el conde de Cerdaña Bernat Guillem, que no tenía hijos, Ramón Berenguer reclamará sus derechos e incorporará también la Cerdaña a la casa barcelonesa. En pocos años, el condado de Barcelona había crecido hasta abarcar unas dimensiones impresionantes.

Pero Ramón Berenguer III, como todos los soberanos españoles de la época, tenía un problema: los musulmanes. Y el problema, además, era doble. Por un lado, los almorávides presionaban en el sur, y consta que ejecutaron varias expediciones de saqueo en el Penedés y el Vallés. Y por otro, la piratería berberisca estaba haciendo estragos en el Mediterráneo, tanto en las Baleares como en las costas italianas y en el propio litoral catalán. Esta doble presión obligó al conde de Barcelona a poner sus ojos en el mar, y entonces aparece por primera vez algo que iba a ser decisivo para los siglos posteriores: la proyección naval catalana, que terminará haciendo de la corona de Aragón la mayor potencia del Mediterráneo.

Todo empezó en Italia. Las grandes ciudades comerciales italianas, y en particular Pisa, crecían exponencialmente impulsadas por sus mercados marítimos. Pero tan rico tráfico comercial levantó la codicia de los piratas, y

en especial de los musulmanes que infestaban las Baleares y que habían convertido estas islas en su base privilegiada. Los piratas berberiscos lanzaron sus rapiñas sobre la costa italiana causando enormes daños tanto a Pisa como a todas las ciudades cuyo comercio dependía de ese puerto: Siena, Florencia, Lucca, etc., que veían sus campos despojados y a sus gentes capturadas como esclavos. Y así, en el año 1114, y a petición formal del arzobispo de Pisa, el papa Pascual II autorizó una cruzada contra los musulmanes de Mallorca.

¿Por qué había musulmanes en Mallorca? ¿Cómo habían llegado hasta allí? La insularidad no había librado a las Baleares de los movimientos de la historia. Mallorca fue romana, primero, y también conoció las invasiones bárbaras después. Cuando llegaron los musulmanes, los cristianos resistieron largos años hasta sucumbir ante un enemigo superior. El control del Mediterráneo occidental fue siempre una prioridad de los moros, porque resultaba vital para el comercio tanto marítimo como terrestre. Y después Mallorca conoció el mismo destino que la España musulmana: el esplendor y hundimiento del califato. Cuando surgieron los Reinos de Taifas, la isla quedó bajo dependencia del reino taifa de Denia. Y cuando éste cayó en manos almorávides, Mallorca se constituyó como entidad independiente.

La Mallorca musulmana de este momento, principios del siglo XII, ofrece dos rostros muy distintos. Por un lado era la única porción del islam español libre del poder almorávide; por tanto, vivía en la relativa pujanza cultural de las viejas taifas, beneficiándose además de la llegada de emigrantes de buena posición que huían de la intolerancia de los sucesores de Yusuf ben Tashfin. Pero esa isla pacífica y próspera era también el nido de los piratas que asolaban las costas italianas y francesas; una actividad, esta de los piratas, que el poder mallorquín protegía y estimulaba, porque era una fuente constante de riquezas y esclavos. Y por eso Mallorca se convirtió en objetivo central de los cruzados.

¿Y qué le iba al conde de Barcelona en todo este asunto, que en principio era una iniciativa fundamentalmente italiana? Ramón Berenguer III participó en la ofensiva porque las incursiones de los piratas no afectaban sólo a las costas italianas, sino también al litoral de la Provenza francesa, y la Provenza, como hemos visto, formaba ya parte del condado de Barcelona. Y así las naves catalanas se unieron a las de Pisa, Florencia y Roma en la cruzada naval contra la Mallorca mora.

Fue en el verano de 1114. La flota partió de Barcelona en el mes de junio. A lo largo de las semanas siguientes se sucedieron los combates. Lo que

buscaban los cruzados no era en realidad conquistar las islas, sino aniquilar las bases piratas. Su primer objetivo fue Ibiza. Allí desembarcaron los cruzados a mediados de julio. En un mes de campaña, la isla quedó limpia: deshechas las fortalezas musulmanas y liberados los cautivos cristianos. El 11 de agosto se conquistaba la capital. Acto seguido, el contingente marchó sobre Mallorca, verdadero centro neurálgico del problema.

La campaña cruzada contra la Mallorca mora debió de ser tremenda, a juzgar por los textos que nos ha dejado la historia. Las fuentes musulmanas hablan de destrucciones sin cuento; las cristianas, como el *Liber maiolichinus* de Pisa, subrayan el papel protagonista del condado de Barcelona en los combates. Por cierto que este documento pisano es el primero que habla de Cataluña con ese nombre: lo hace al denominar a los súbditos de Ramón Berenguer *christicolas catalanensis*. Fueron varios meses de guerra sin tregua. Los cruzados desembarcaron el 24 de agosto. Los musulmanes reaccionaron con una feroz contraofensiva, pero los cruzados la desarbolaron. Durante seis meses, las tropas cristianas pusieron cerco a Mallorca. La ciudad terminó cayendo en la primavera de 1115.

Y después de la conquista, ¿qué? Después, había que repartirse el fruto de la victoria. Se distribuyeron tierras, títulos y derechos. Los de Pisa, visiblemente, tenían más interés en poner colonias comerciales que en ocupar el territorio. Para Ramón Berenguer III, por el contrario, se abría un campo inédito: un mar a su disposición, con rutas comerciales que conectarían Barcelona con Italia a través de Mallorca y la isla de Cerdeña. El destino daba un giro lleno de promesas.

No pudo ser. No, al menos, aquella vez. Recién conquistada Mallorca, una hueste almorávide cruzó el Ebro y penetró en el condado de Barcelona, marchando directamente contra la ciudad condal. Ramón Berenguer III tuvo que abandonar a toda prisa la isla con sus huestes y dar la batalla en su propia casa. Los cristianos que quedaban en Mallorca siguieron el mismo camino. Al año siguiente, una flota almorávide recuperaba el control musulmán sobre las Baleares. Pero en la historia de España se acababa de abrir una página nueva. Y daría mucho que hablar.

La conquista de Zaragoza

Ramón Berenguer III tuvo que abandonar a toda prisa Mallorca en 1116 porque había una ofensiva almorávide en tierras de Cataluña. ¿Qué estaba pasando? Estaba pasando que los almorávides, dueños de Zaragoza desde unos años atrás, prodigaban sus incursiones en territorio cristiano. Y no era sólo en Cataluña: era también en el área de Tudela y el valle del Ebro, es decir, el reino de Alfonso I el Batallador.

A Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Navarra, acabamos de verle pasándolas moradas por su matrimonio con la reina Urraca de Castilla y León: lo que podía haber sido la magna unión de la mayor parte de la España cristiana, terminó convertido en una inagotable pesadilla que llevó al colapso al viejo reino cristiano del norte. Aquella pesadilla concluyó cuando el papa obligó a los cónyuges a separarse so pena de excomunión. Para Alfonso fue un golpe político, pero la medida fue providencial. Sobre todo, iba a permitir a Alfonso, rey guerrero, con mentalidad de cruzada, concentrarse en el gran objetivo de su vida: la conquista de Zaragoza.

La conquista de Zaragoza fue un suceso importantísimo de la Reconquista, tanto que merece la pena explicarla con calma. Zaragoza era un punto clave de España desde tiempos de los romanos, un cruce de caminos decisivo y, además, la cabeza del riquísimo valle del Ebro. Los musulmanes la ocuparon desde el primer momento y Córdoba puso sus mayores esfuerzos en conservarla bajo su control. Cuando se deshizo el califato, el reino taifa de Zaragoza llegó a ser poderosísimo. Después vino la presión cristiana por el norte, y entonces Zaragoza se convirtió en la llave del equilibrio entre Castilla y Aragón: fue la época del Cid. Y por último apareció la presión almorávide por el sur, lo cual llevó a la taifa al borde del abismo.

El último gran rey taifa de Zaragoza fue al-Mustaín II. Le tocó vivir una época dura. Vio cómo sus territorios iban menguando de forma constante bajo la presión reconquistadora de Aragón. Cuando intentó contraatacar, resultó muerto: fue en Valtierra, en 1110, cerca de Tudela. Le sucedió su hijo Abdelmalik, que no pudo mantener la corona. Al-Mustaín había podido navegar sobre un cierto equilibrio entre cristianos y almorávides. Pero en tiempos de Abdelmalik el partido almorávide había crecido mucho en Zaragoza y no se le consintió que intentara la misma política: fue formalmente obligado a romper toda relación con los cristianos.

El nuevo rey taifa de Zaragoza era perfectamente consciente de que estaba en un callejón sin salida: si pactaba con los cristianos, los integristas de la ciudad pedirían apoyo a los almorávides y le derrocarían; pero si rechazaba

cualquier pacto con los cristianos, quedaría igualmente en manos de los almorávides y el resultado final sería el mismo, a saber, la pérdida del poder. ¿Qué hacer? No sabemos exactamente lo que hizo Abdelmalik, pero sí lo que pasó inmediatamente después. Cuando apenas llevaba un mes en el poder, Abdelmalik sufrió un ataque de los almorávides de Valencia, cuyo gobernador, Ibn Fátima, intentó tomar Zaragoza. Abdelmalik logró detener el ataque, pero entonces, según las fuentes moras, se descubrió que el nuevo rey seguía en tratos secretos con los cristianos. Con ese pretexto, un nuevo gobernador de Valencia llamado al-Hayy penetró otra vez en la taifa, y esta vez con más tropas, hasta apoderarse de la capital. Abdelmalik huyó. Así Zaragoza cayó en manos de los almorávides. Era mayo de 1110.

¿De verdad Abdelmalik había pactado con los cristianos? Imposible saberlo: las fuentes moras así lo dicen, pero todo parece una forma de justificar que el Imperio almorávide conquistara Zaragoza, el único territorio musulmán de la Península que aún no estaba en su poder. En cuanto a Abdelmalik, que sólo había reinado cuatro meses, pudo refugiarse en Rueda de Jalón, donde se hizo fuerte. Allí construyó un señorío que se extendía desde la ciudad de Borja hasta los alrededores de Calatayud. Y entonces Abdelmalik, esta vez sí, mandó mensajes al rey Batallador: era la única opción que le quedaba al último y efímero rey taifa de Zaragoza.

Alfonso el Batallador acogió de buen grado la propuesta de colaboración de Abdelmalik. Para el rey de Aragón, Zaragoza se había convertido en una obsesión permanente. Los incesantes trastornos derivados de su matrimonio con Urraca apartarán sus ojos de este objetivo, pero ni siquiera durante ese desdichado periodo dejó de haber actividad bélica ante Zaragoza. Hay que recordar lo que Zaragoza significaba para el Reino de Aragón: el control del valle del Ebro, el dominio sobre la gran llanura aragonesa y la repoblación de fértiles espacios ricos en producción agraria y surcados por importantes rutas comerciales. Con Zaragoza en sus manos, Aragón sería una auténtica potencia. Pero en la mentalidad de Alfonso, que era un cruzado, había algo más: era la gran victoria de la cruz sobre el islam; una victoria que por sí sola justificaba una vida de combates.

Aquí ya hemos visto la estrategia de los aragoneses: la paulatina ocupación de las ciudades enemigas mediante el emplazamiento de puntos de acoso, a partir de los cuales lanzaban sus ofensivas. Así fue en Graus, Huesca, Monzón y Barbastro, y lo mismo será en Zaragoza. Pero Zaragoza no era un objetivo fácil: estamos hablando de una de las grandes ciudades de aquel

tiempo, no tan populosa como Córdoba, pero perfectamente comparable a Toledo. Reconquistar Zaragoza iba a exigir esfuerzos nunca antes desplegados por Aragón. Pero el Batallador estaba decidido.

Todo comenzó, en realidad, en 1110, en el mismo lance que, como veíamos antes, expulsó de la ciudad al rey taifa Abdelmalik bajo la presión almorávide. Volvemos a ese momento en el que el destronado rey moro ofrece su ayuda a Alfonso. El pacto es el siguiente: Abdelmalik renunciará a Zaragoza y pondrá sus huestes al servicio del Batallador, si a cambio éste le cede la plaza de Tudela. Alfonso, al parecer, aceptó: Zaragoza bien valía una Tudela mora que, por otro lado, iba a ser vasalla de Aragón. Así los ejércitos del Batallador y Abdelmalik marcharon contra Zaragoza en el verano de 1110. Derrotaron a la tropa que les salió al paso. Llegaron a tan sólo una jornada de distancia de la ciudad. Pero los almorávides, dispuestos a no soltar la presa, enviaron un ejército al mando del gobernador de Murcia. Alfonso comprendió entonces que tomar Zaragoza iba a exigir una preparación minuciosa. Y a ello se empleó.

El gobernador musulmán de Zaragoza era Muhammad ibn al-Hayy, el mismo que había llegado con sus tropas desde Valencia para expulsar a Abdelmalik. Un tipo belicoso y perfectamente consciente de su situación. También consciente, por supuesto, de los numerosos problemas en los que Alfonso el Batallador se veía envuelto por su matrimonio castellano. De hecho, este al-Hayy no perdió la oportunidad para desencadenar ataques bien localizados hacia Tudela, hacia el río Cinca, también hacia Huesca. De esta última ofensiva mora guardamos un testimonio llamativo: el de un cristiano hecho preso junto a su familia. Se llamaba Íñigo Sanz de Laves, y él mismo lo contaba así:

> *A causa de mis pecados fui cautivo en Ayera junto a mi mujer, mi hijo y mi hija, cuando vino Ibn al-Hayy a tierra de Huesca con una gran multitud, y nos llevaron los sarracenos, y nos pusieron en cárcel y en cadenas, y nos acuciaron el hambre y la sed y muchas penas. Y salí después de muchas penas y muchos trabajos, seis años después de la cautividad, Dios misericordioso y colaborante el señor Fortún Dat.*

Este señor Fortún Dat fue el que pagó la fianza por el rescate del pobre Íñigo Sanz de Laves y su familia. Imposible saber cuántos aragoneses se vieron cautivos por las campañas de los sucesivos jefes almorávides de Zaragoza. Después de al-Hayy vino Ibn Tifilit. Al parecer llegaron a algún tipo de acuerdo con el gobernador de la vecina Lérida, un tal Abifiliel, lo que

permitió a los moros recuperar algunas plazas perdidas con la caída de Barbastro: Chalamera, Ontiñena, Pomar de Cinca, Sariñena… El papa Pascual II envía un mensaje a los caballeros de Barbastro y les reprocha no poner a salvo sus bienes y propiedades en otros lugares, dada la inseguridad militar de la zona. Durante algunos años, pareció que la obra de la Reconquista en Aragón iba a frenarse en seco. Pero no fue así.

No fue así porque Alfonso el Batallador, incluso bajo el caos de sus problemas en Castilla, seguía preocupado por Zaragoza. La documentación cita a un personaje importante: don Lope Garcés Peregrino, «tenente». Nos dice también que en julio de 1117 el propio rey visita la puerta Cinejia, en el lugar donde hoy está el famoso «Tubo» de Zaragoza, y allí confirma al obispo Esteban de Huesca la donación de la iglesia de las Santas Masas, hoy llamada de Santa Engracia. Y más aún: el Batallador se entera de que el concilio de Toulouse ha concedido el rango de cruzada a los combates de los cristianos en España. El rey no pierde el tiempo. Así lo cuenta la crónica musulmana de al-Makkari:

> *Por fin, pensando que había llegado el momento de asestar el golpe decisivo, Alfonso envió mensajeros a la tierra de Francia, convocando a todas las naciones cristianas de allí para ayudarle en su empresa. Y las gentes de estos países, contestando a su llamada, se congregaron bajo su estandarte como enjambres de langostas u hormigas. Pronto se encontró Alfonso a la cabeza de innumerables fuerzas, con las que acampó ante Zaragoza.*

Era mayo de año 1118. Alfonso el Batallador ya tenía lo que necesitaba para rendir Zaragoza: un ejército de dimensiones imponentes. Bajo sus banderas, numerosos cruzados experimentados en las guerras de Tierra Santa. Nos movemos en pleno ambiente de cruzada. La movilización en Europa ha sido excepcional. Junto a las tropas del Batallador aparecen Bernardo Atón, vizconde de Carcasona; Bernardo, conde de Cominges; Céntulo de Bigorra; Pedro, vizconde de Gavarret; Guy de Lons, obispo de Lescar; Auger, vizconde de Miramont; Arnaldo de Labedán. El hijo del vizconde de Labourt, llamado Español, va a profesar como monje en un monasterio, pero antes ha vendido sus bienes para poder costearse el viaje a la cruzada de Zaragoza. Y entre los numerosos nobles franceses que han querido combatir en la ciudad del Ebro destaca el vizconde Gastón de Bearn, un hombre que acaba de llegar de Jerusalén, feroz guerrero y avezado especialista en máquinas de asedio. La conquista de Zaragoza va a comenzar.

¿Quién era Gastón de Bearn? Vale la pena dedicarle unas palabras, porque el personaje encarna muy bien el ideal cruzado de este tiempo. Gastón había nacido hacia 1070 en la familia vizcondal de Bearn, una región del Pirineo francés fronteriza con Huesca. Tenía la misma edad que Alfonso el Batallador, se conocieron de niños y los dos compartían el mismo ideal cruzado. Compartían alguna cosa más: Gastón se casó con una prima carnal de Alfonso. Tenía entonces apenas quince años. Casi inmediatamente heredó el vizcondado. Y enseguida tuvo que afrontar la terrible prueba de guerrear contra los parientes que le disputaban el señorío. Gastón venció. Antes de cumplir los veinte años ya se había labrado una justificada fama de guerrero implacable.

Gastón, como buen cruzado, sólo tenía un objetivo en su vida: conquistar Jerusalén. En 1096 se enroló en la cruzada, bajo el mando de Raimundo de Tolosa. Participó en numerosos combates. Fue el primer cruzado que vio las murallas de Jerusalén. Y sobre todo: él fue quien ideó el sistema de máquinas de asalto —los castillos rodantes— que permitió conquistar la ciudad. Lo hizo con una mezcla de ingenio y energía: persuadiendo a una flota genovesa varada en un puerto cercano para que le entregara la madera de sus barcos. El 15 de julio de 1099 cayó Jerusalén. Gastón fue de los primeros en entrar en la ciudad santa. Después, decepcionado por las peleas entre los jefes cristianos, abandonó Tierra Santa y retornó a su vizcondado.

Este Gastón y Alfonso el Batallador estaban hechos de la misma pasta: guerreros y religiosos, en su vida no había otro horizonte que la derrota del islam y la victoria de la cruz. Los dos cruzados reanudaron su contacto apenas volvió el de Bearn de Tierra Santa. No les costó ponerse de acuerdo. Hubo caballeros gascones de Bearn en la victoria de Valtierra en 1110. Gastón recibió la tenencia de Barbastro en 1113. Sus huestes participaron también en la reconquista de Tudela cuatro años después. Ahora, ante los muros de Zaragoza, Gastón de Bearn, más cerca de los cincuenta años que de los cuarenta, estaba al frente de la muchedumbre de cruzados que desde Francia había acudido a la cita. Y el vizconde aportaba algo más: veinte catapultas y varios castillos rodantes para el asedio; su especialidad.

El asedio comenzó el 22 de mayo. Ocho días después, las tropas de Gastón de Bearn ocuparon el arrabal de Altabás, abrieron brecha en las defensas moras y se extendieron en torno a la ciudad fortificada. Los cruzados ocuparon todo menos la Aljafería. Allí se dispusieron a resistir los almorávides. Los moros intentaron algunas salidas, pero sin éxito. Finalmente

también la Aljafería cayó. La situación de los sitiados se volvió desesperada. Pero en Granada, donde habían llegado las noticias del asedio, se movilizó un fuerte ejército para socorrer a los almorávides de Zaragoza. Lo mandaba el propio gobernador granadino, Aldabá ibn Mazdalí. Los refuerzos marcharon sobre Tarazona y, después, sobre Tudela. Desde allí enviaron a Zaragoza tropas de caballería que consiguieron entrar en la ciudad. El desánimo cundió entre los cruzados. Muchos francos volvieron a sus casas. No, por supuesto, el veterano Gastón de Bearn, que permaneció en el asedio. Era ya septiembre de 1118.

Momento crítico: Zaragoza sigue sitiada, pero los refuerzos que ha recibido de los almorávides hacen muy difícil ganar la partida. La presencia del gobernador Ibn Mazdalí ha dado nuevos bríos a los defensores. Pasan los meses y los problemas logísticos se multiplican: los víveres se acaban, hay hambre, hay sed, no hay dinero. Tanto los sitiados como los sitiadores están al borde de la extenuación. El obispo de Huesca vende los bienes de su iglesia para obtener comida para las tropas. Dentro de la ciudad la situación no es mejor: los cruzados han cortado las conducciones de agua hacia el interior. Alfonso I el Batallador examina el paisaje. Todo se va a jugar a una carta, la de la resistencia: quien mejor aguante las penalidades, triunfará. Siguen pasando las semanas. Y entonces Alfonso se entera de algo que cambia súbitamente las cosas: en los primeros días de noviembre ha muerto Mazdalí, el jefe granadino de los almorávides. El Batallador no se lo piensa dos veces: es el momento de atacar. Toda la fuerza se concentra en un punto: el torreón de la Zuda, el centro del recinto amurallado. Será el punto decisivo.

Zaragoza capituló el 18 de diciembre de 1118. Los almorávides estaban al límite de sus fuerzas; los cristianos, también. Fueron nueve meses de asedio con hambre, sed y, en las últimas semanas, un intensísimo frío. Al contrario de lo que sucedió en otras conquistas cruzadas, aquí, en Zaragoza, tanto Alfonso el Batallador como Gastón de Bearn se ocuparon de que las capitulaciones de la rendición fueran ejemplares. En aquella época había en Zaragoza unos veinte mil musulmanes: a quienes quisieran marcharse se les ofreció la posibilidad de hacerlo llevando consigo sus bienes, pero la gran mayoría permaneció en la ciudad. Alfonso ofreció condiciones muy ventajosas: los musulmanes conservarían sus propiedades rurales, pagarían los mismos impuestos que antes de la conquista, podrían conservar su religión y sus leyes… La única condición que se les imponía era la obligación de residir en los arrabales, y no en el casco urbano. ¿Por qué? Para evitar algaradas como las que había conocido la Valencia del Cid.

La generosidad de Alfonso el Batallador para con los vencidos impresionó mucho a los cristianos, pero, sobre todo, dejó boquiabiertos a los propios musulmanes. En particular, a los moros les sorprendió que el rey de Aragón no despojara a los musulmanes de Zaragoza que prefirieron marcharse de la ciudad. Apenas medio siglo después de la conquista, un cronista musulmán, Ibn al-Kardabús, lo expresaba de esta manera: habían formado ya los moros que salían de Zaragoza una larga caravana, cuando el rey…

> *Cuando estaba dispuesta esta multitud para la marcha, cabalgó el rey cristiano fuera de la ciudad con su escolta. Y presentándose ante los emigrantes, les ordenó formar en filas y mostrarles cuantos bienes, grandes o pequeños, llevara cada uno consigo. Hecho esto, fueron exhibidos tesoros sin cuento. Y con todo, cosa extraña, aunque el rey sabía muy bien que jamás en su vida volverían a recrearse sus ojos en tal cúmulo de riquezas, se abstuvo de tomar nada y les dijo:*
>
> *—Si no hubiera pedido que me enseñaseis las riquezas que cada cual lleva consigo, hubierais podido decir: «El rey no sabía lo que teníamos; en otro caso, no nos hubiese dejado ir tan fácilmente. Ahora podéis ir a donde os plazca, en completa seguridad».*
>
> *El rey, además, envió un cuerpo de tropas para escoltar a los emigrantes hasta las fronteras de sus dominios, que todos alcanzaron a salvo, sin ser obligados al pago de ninguna otra pecha o tributo que el misal, que cada hombre, mujer o niño estaba obligado a pagar antes de salir.*

Un caballero de una pieza, Alfonso el Batallador.

Al mismo tiempo, el rey Batallador no dudó en estimular la rápida cristianización de la ciudad. Encomendó a los benedictinos que fundasen un monasterio en el palacio de la Aljafería, el que había sido sede del poder musulmán, que ahora pasaba a ser residencia del rey de Aragón. Toda la ciudad vieja fue repoblada con cristianos que habían participado en la conquista. Otros muchos llegaron y fueron asentados en el extrarradio, de manera que la ciudad creció de manera notable en pocas semanas. Alfonso dictó asimismo un fuero que regulaba escrupulosamente las medidas para mantener el orden dentro de la ciudad. ¿Quién fue nombrado señor de la

ciudad? Naturalmente, Gastón de Bearn, el veterano cruzado. Nadie discutirá que lo merecía.

La reconquista de Zaragoza abrió literalmente el mapa de Aragón. Aquel minúsculo reino montaraz, que había nacido ochenta años atrás bajo el impulso del viejo rey Ramiro, se convertía ahora, en manos de su nieto Alfonso, en una potencia que se había adueñado nada menos que de Zaragoza. La expansión iba a proyectarse en todas direcciones: hacia Tudela y el valle del Ebro, hacia Tarazona y la dehesa del Moncayo, hacia el valle del Alhama en La Rioja, hacia Borja y el Jalón… Incluso la vetusta Soria, destruida y abandonada desde muchos años antes, será enseguida repoblada y reconstruida por el impulso de Alfonso el Batallador. Y todo eso, en el plazo de apenas un año después de la conquista de Zaragoza. Un episodio fundamental de la historia de España.

El día que Urraca acabó desnuda en un lodazal

Mientras Alfonso I el Batallador tocaba la gloria en Zaragoza, su ex mujer, la reina Urraca, vivía momentos trágicos. Desde su forzada separación en 1114, la situación del Reino de León y Castilla no había hecho más que empeorar. O para ser más precisos: lo que había empeorado era la situación de Urraca como reina. ¿Qué estaba pasando? Que nadie le hacía caso.

Nadie, en efecto, hacía caso a Urraca en ningún lado. No se le hacía caso en Galicia, donde el obispo Gelmírez y el conde de Traba gobernaban de hecho completamente a su aire. No se le hacía caso en Portugal, donde su hermanastra Teresa, ya viuda de Enrique, funcionaba en la práctica como única soberana. Tampoco se le hacía caso en buena parte de Castilla, donde quien gobernaba de verdad era Alfonso I, su ex marido. Y ni siquiera en su propia corte se hacía demasiado caso a Urraca, porque una parte importante de los nobles había apostado decididamente por coronar a su hijo, el pequeño Alfonso Raimúndez, que ya era rey de Galicia, aunque en ese momento rondaba sólo los diez años de edad.

Todo esto no eran componendas políticas, sino que se vivía en el día a día de la existencia del reino. Numerosas ciudades y villas se encontraban en estado de abierta rebeldía, haciendo de su capa un sayo. En la frontera de Toledo, donde la guerra contra los almorávides seguía viva, se sucedían las operaciones militares sin que Urraca tuviera arte ni parte: los señores movían

sus huestes y no lo hacían en nombre de Urraca, sino más bien en nombre del pequeño Alfonso.

En semejante tesitura, la obsesión de Urraca a partir de este momento va a ser sólo una: mantener sus propios derechos sin lesionar los de su hijo. ¿Y cómo hacer eso? En realidad, era la cuadratura del círculo: desde el instante en que una parte del reino había levantado la bandera por el pequeño Alfonso, que sería VII, Urraca ya debía saber que su autoridad quedaba en entredicho. Y no le iba a ser nada fácil recuperarla.

Lo primero que hizo Urraca fue marcharse a Santiago de Compostela: le resultaba vital tener de su lado al anciano obispo Diego Gelmírez. Fue a principios de 1115. A modo de tarjeta de visita, anunció nuevas y amplias donaciones a la catedral de Santiago. Pero algo pasó allí que convirtió aquel encuentro en una fuente de nuevos conflictos. Por razones que desconocemos, los «hermandiños» de la pequeña nobleza, aquellos que encabezaba Arias Pérez, trataron de secuestrar al obispo Gelmírez. El anciano prelado, que vivía en estado de permanente alerta, escapó por los pelos, pero todos los ojos miraron a la reina Urraca como fautora de aquel intento de secuestro. La Historia Compostelana atribuye directamente a la reina toda la responsabilidad, pero es una imputación indemostrable. El hecho es que Urraca se apresuró a jurar solemnemente que nada tenía que ver con aquello, y en defensa de su palabra hizo jurar a veinte nobles de su confianza. Al final, la aventura gallega terminó como el rosario de la aurora. Gelmírez siguió en Santiago y Urraca se fue con las manos vacías.

Viendo cómo estaba el percal, la reina optó por replantear la partida. Lo hizo dando una serie de pasos que demuestran que esta mujer, a pesar de todo, tenía un talento político indudable. Así, y para alejar a su hijo Alfonso de la influencia de Gelmírez, resolvió dejar al pequeño en Segovia, ciudad que le era fiel. La entrada de Urraca en Segovia fue triunfal: un baño de multitudes que devolvió la esperanza a una mujer que estaba a punto de perderla. Fortalecida, reunió a sus tropas y se propuso hacer una exhibición de poder. Marchó a Sahagún, agitada por convulsiones sociales; pacificó la ciudad y obtuvo del papa que nombrara a un abad de su confianza, Domingo. Y por si faltaba algo, sus tropas lograron arrinconar a los aragoneses de su ex marido en Carrión. Todo salía a pedir de boca. Con todas esas bazas en la mano, Urraca creyó estar en condiciones de volver a Galicia para recuperar la autoridad perdida. Pero no fue así.

Lo que estaba pasando entonces en Galicia es difícil explicarlo. Aquí ya hemos contado que aquella tierra vivía varios conflictos simultáneos y superpuestos: entre la pequeña nobleza y los magnates, entre los burgueses y los aristócratas, entre los partidarios de Alfonso y los de Urraca, y todo ello mezclado con tiranteces entre señores locales. La suma de unas cosas y otras iba a dar lugar a una auténtica revolución municipal. En ese avispero metió la mano Urraca. Y salió malparada. Muy malparada.

Tratemos de explicar los sucesos de forma esquemática. Primero, Urraca, pensando que tenía las mejores cartas después de sus medidas políticas, marcha de nuevo a Santiago. Lo hace al frente de su propio ejército para dejar claro quién es la más fuerte. Al mismo tiempo, el obispo Gelmírez y el conde de Traba han de hacer frente a una seria convulsión interna: los «hermandiños», los burgueses y la pequeña nobleza mueven el descontento. Presionados por la presencia de Urraca y por los tumultos populares, Gelmírez y el conde deciden pactar con la reina. Ese pacto, según la Historia Compostelana —que, insistimos, no es una fuente neutral—, implicaba la reconciliación de Urraca con su hijo, o para ser más exactos, con el partido nobiliario que apoyaba a su hijo. De ahí salió el pacto de Sahagún, que venía a calmar el paisaje político. Ahora bien, el pacto no aplaca los ánimos del populacho, que siguen hirviendo. Y Santiago, con la reina dentro, conoce nuevas algaradas.

Al parecer, una facción de rebeldes se encerró en la iglesia de Santiago. ¿Qué rebeldes? Sobre todo, burgueses y clérigos. La reina les ordenó que depusieran las armas antes de emprender cualquier negociación. Ellos se negaron y atacaron a los legados que había enviado la reina. A partir de ahí, se extendió por la ciudad la especie de que las tropas del obispo y las de la reina estaban atacando a los compostelanos. En pocas horas estalla una auténtica guerra urbana. Una multitud entra en la iglesia de Santiago y se declara un incendio. La reina y el obispo, con su séquito, huyen primero al Palacio Episcopal y después a la Torre de las Campanas. Todo alrededor es violencia y saqueo. La turbamulta resuelve entonces incendiar la torre para asar vivos a la reina, al obispo y a los caballeros que defienden a ambos. Urraca y Gelmírez van a morir. La muchedumbre grita que salga la reina y le dan seguridades de que nada le ocurrirá, pues sus iras van contra el obispo y no contra la reina. Urraca sale. Y entonces…

Cuando la turba la vio salir, se abalanzaron sobre ella, la cogieron y la echaron en tierra en un lodazal, la raptaron como lobos y

desgarraron sus vestidos. Con el cuerpo desnudo desde el pecho hasta abajo y delante de todos quedó en tierra durante mucho tiempo vergonzosamente. También muchos quisieron lapidarla y entre ellos una vieja compostelana la hirió gravemente con una piedra en la mejilla.

Tremendo. Urraca perdió varias muelas por aquella pedrada. Gelmírez, a todo esto, supo escabullirse cuando peor estaban las cosas. Cuando la reina salió del apuro, recibió la visita de una curiosa embajada: los propios compostelanos, que se ofrecieron a defenderla. Todo aquello era para volverse loco. Urraca fingió aceptar las paces de los rebeldes y salió de Santiago. Fuera de la ciudad esperaba su ejército. Las tropas de la reina sitiaron Santiago de Compostela. Era la hora de la venganza.

Pero la venganza no fue tan tremenda como podía suponerse. Los compostelanos, viendo la que se les venía encima, mandaron emisarios a la reina implorando su perdón. Al final, todo quedó en un multazo de 1.100 marcos de plata, la entrega de cincuenta jóvenes de las familias más acomodadas a modo de rehenes y cien vecinos desterrados como pena por haber promovido los alborotos. Por supuesto, la «hermandad» de los rebeldes compostelanos, en la que había un número importante de clérigos, quedó disuelta. Y también por supuesto, tanto Gelmírez como la propia reina recuperaron todas sus posesiones.

La posición de Urraca en este momento era, aparentemente, de triunfo, pero seguramente la reina no se engañaba: quien de verdad había ganado la partida era su hijo, el joven Alfonso, y el partido que le respaldaba. Eso se advierte en las medidas que tomó Urraca inmediatamente después de la algarada. Para empezar, paró los pies al arzobispo de Braga, Mauricio, en beneficio del compostelano, Gelmírez, cuyo apoyo necesitaba. El objetivo era doble: neutralizar la expansión de la condesa de Portugal, Teresa, y favorecer al obispo de Santiago. Acto seguido, convocó curia regia en Astorga y convirtió a su hijo Alfonso en rey asociado, con lo cual neutralizaba a quienes pretendían levantar bandera por el hijo contra la madre, pero, al mismo tiempo, reconocía ya a Alfonso a un paso del trono. Pocos meses después pactaba formalmente con los partidarios de su hijo y reconocía la legitimidad del infante para sucederla en la corona.

El problema gallego, con todo, estaba lejos de haber terminado. Porque no era un problema gallego en realidad: era un problema que afectaba al

conjunto del reino. Y así vendrán más desdichas en los últimos años de reinado de la muy desdichada Urraca.

Urraca, al borde de un ataque de nervios

Lo que hay que reconocerle a la reina Urraca de León y Castilla es que, pese a todo, era una mujer dotada de una extraordinaria fuerza de voluntad. Pocos soberanos en la historia de España han tenido que hacer frente a tantas y tan severas contrariedades, pero ella aguantó a pie firme y, más aún, supo mantener siempre el suficiente margen de maniobra para reaccionar cuando todo lo tenía perdido.

Urraca seguía inmersa en líos si fin. Líos, desde luego, de poder, porque su pulso con el obispo Gelmírez y su hermanastra Teresa, la de Portugal, va a ser permanente. Líos también personales, porque la reina, desde su separación formal de Alfonso el Batallador, convivía con el conde Pedro González de Lara, del que tendría dos hijos: Elvira y Fernando. Pero el mayor lío posible era la tempestuosa relación de Urraca con su propio hijo, el pequeño Alfonso, que era ya la pieza clave de todo el rompecabezas. ¿Tratamos de recomponer el puzle?

Veamos a este mozo, Alfonso Raimúndez, el hijo de la reina. En 1116, cuando los vergonzosos sucesos de Santiago, el pequeño Alfonso tenía unos once años. Sólo era un niño. Pero era un niño que desde su más tierna infancia se había visto envuelto en las más complejas intrigas de poder. Hijo de un muerto, Raimundo de Borgoña; hijastro de un rey que no tardaría en verle como enemigo, Alfonso el Batallador; convertido en bandera de los intereses particularistas de los nobles gallegos y, al mismo tiempo, en prenda del equilibrio del reino según el programa del arzobispo Gelmírez de Santiago; visto por los grandes nobles guerreros de la Extremadura como su jefe natural, pero contemplado también por el pueblo llano como depósito de sus aspiraciones…

Alfonso Raimúndez, niño, se había pasado la vida yendo de un castillo a otro, semisecuestrado unas veces, ocultado en otras ocasiones; según unos, para librarle de sus enemigos, y según otros, para ser utilizado como pieza de negociación. Para su propia madre, Urraca, el pequeño Alfonso era a la vez una amenaza y una garantía: una amenaza, porque los enemigos de la reina enarbolaban el nombre de su hijo, y una garantía porque, estando el niño por

medio, Urraca seguiría disponiendo de una baza a su favor. Todo eso sin contar con los naturales sentimientos de una madre, que Urraca no había perdido. Y ese niño, coronado rey de Galicia antes de saber hablar correctamente, se había convertido en la clave de bóveda no sólo del convulso presente del reino, sino, sobre todo, de su futuro. Con el tiempo demostrará ser un excelente rey. Pero para eso aún quedaban algunos años, y el reino, mientras tanto, seguía a un paso del abismo.

Si el Reino de León no se precipitó entonces en el abismo fue, probablemente, porque el país estaba ya tan estructurado y tenía una base tan sólida que su vida podía continuar con independencia de lo que ocurriera en la cúspide. Lo que hemos visto páginas atrás, como aquella algarada terrible de Santiago, que fue una verdadera revolución municipal, demuestra que el país poseía estructuras sociales ya bien asentadas, capaces incluso de proclamar su autonomía. Lo mismo pasa cuando la reina es aclamada en Segovia o en otras villas. Todo eso es posible porque, al margen de lo que pase en la corte, el reino ya existe; hay Estado, por decirlo así. Los grandes señores en unos lugares, los concejos en otros, aseguran la continuidad del orden. Y por la misma razón, los caballeros de la frontera en el Tajo pueden enfrentarse a las expediciones almorávides por su propia cuenta, sin intervención del poder real. Sencillamente, el reino ya va solo.

Este dibujo de paisaje nos ayuda a entender mejor los sucesos que van a producirse durante estos años. Podemos contarlos uno detrás de otro, porque en realidad todos conducen al mismo sitio. En 1117 ha muerto el viejo conde Pedro Ansúrez, el último caballero de Alfonso VI. Su desaparición va a tener una consecuencia importante en Castilla, y es que el nuevo hombre fuerte del reino será ahora Pedro González de Lara, el amante de la reina Urraca. Y eso, ¿en qué afecta a todo lo demás? Afecta en la medida en que, a partir de ese momento, la facción castellana pesará más en la corte que la facción gallega, que por otro lado no deja de dar quebraderos de cabeza.

Al oeste, entre Galicia y Portugal, los movimientos no cesan. Teresa de Portugal, la hermanastra de Urraca, sigue intentando ampliar sus dominios. Pero he aquí que a la altura de 1117 se desata una campaña almorávide contra Coímbra. Todas las fuerzas del pequeño condado portugués han de concentrarse en ese punto. Teresa se da perfecta cuenta de que sus ambiciones exceden mucho a sus fuerzas. Y Urraca aprovecha la oportunidad para reafirmar su dominio sobre la zona. ¿Cómo? Entre otros gestos, no pierde la

ocasión de entrar en Zamora como reina y señora de la ciudad. Lo cual, de paso, es un aviso para los nobles gallegos.

Mientras tanto, el proceso de progresiva consolidación del pequeño Alfonso sigue su camino. En 1118 encontramos a la familia en Toledo, donde Alfonso es coronado. Es la confirmación formal de que la corona imperial leonesa ceñirá su frente. Alfonso, que será VII, confirma los fueros de Toledo. Y en ese mismo momento las huestes castellanas y gallegas recorren las provincias de Segovia y Toledo asentando la repoblación y despejando el territorio. Coria cae en manos almorávides, pero el arzobispo de Toledo reconquista Alcalá de Henares en nombre del pequeño rey. Son las fechas en las que el otro Alfonso, el Batallador, el de Aragón y Navarra, está tomando Zaragoza.

Por si algo le faltaba al pequeño Alfonso Raimúndez para asegurar bien la corona sobre sus sienes, a la altura del año 1119 muere el papa Pascual y llega al solio pontificio un borgoñón: Guido de Vienne, hermano del difunto Raimundo de Borgoña, que adoptará el nombre de Calixto II. O sea que ahora el pequeño Alfonso tiene, además, a un tío suyo como papa. Ni que decir tiene que el nuevo pontífice mostrará la mejor de las inclinaciones hacia su sobrino en particular y, más extensamente, hacia el partido del obispo Gelmírez. De hecho, el propio Gelmírez obtendrá del nuevo papa que Santiago sea elevada a sede metropolitana —en sustitución de Mérida, que aún era musulmana— y, más aún, que se le nombre legado pontificio para toda la Península.

Así las cosas, lo único que sigue preocupando a Urraca es que el irresistible ascenso de su hijo, que ella no obstaculiza, no implique sin embargo su propia caída. En plata: seguir siendo reina a pesar de su hijo. Gelmírez cada vez presiona más para subrayar el papel del pequeño Alfonso. ¿Por qué? Porque sabe que es la única manera de conciliar todos los intereses del reino, y también porque la garantía de ese equilibrio es precisamente él, Gelmírez. Urraca reacciona con dos maniobras: por un lado, estimula las rencillas internas entre los gallegos, rencillas de una intensidad que ella misma ha experimentado en sus propias carnes; por otro, maniobra para acercarse de nuevo a su ex marido, Alfonso el Bata fiador, con el objetivo de acentuar su presencia en tierras de Segovia y Burgos.

No vale la pena extenderse mucho sobre los pormenores de todas estas querellas. Todo puede resumirse en dos movimientos: uno, el obispo

Gelmírez intenta neutralizar a la reina; dos, la reina intenta neutralizar a Gelmírez. Este enredo se prolongará mientras sus protagonistas sigan vivos.

Y mientras tanto, los acontecimientos se suceden alrededor. ¿Qué acontecimientos? En este momento, año ya de 1120, dos sobre todo: por el este, los almorávides han lanzado un formidable ejército para acabar con Alfonso el Batallador; por el oeste, la inquieta condesa Teresa de Portugal ha decidido emplear los grandes medios e invade Galicia. No son dos batallitas más. Una y otra van a ser determinantes para el futuro de nuestros personajes.

Alfonso el Batallador hace leyenda en Cutanda

La conquista de Zaragoza, que hemos contado páginas atrás, fue un acontecimiento de primera importancia: significaba un impulso decisivo para la Reconquista, devolvía el rico valle del Ebro a la cristiandad, abría el horizonte de Aragón hasta los llanos del sur y, para remate, reducía a polvo el prestigio militar de los almorávides. Alfonso el Batallador, el rey cruzado, se cubría de gloria y culminaba la obra de su padre y su abuelo. Pero ¿qué pensaba mientras tanto el enemigo?

Los almorávides, visiblemente, habían minusvalorado la capacidad militar de Aragón. Cuando el Batallador cercó Zaragoza, la primera reacción de los moros fue enviar un ejército de socorro que, como vimos, no fue capaz de soportar el asedio. Ahora, derrotados, los almorávides nadaban en la perplejidad. El Batallador, enérgico y veloz, se había apresurado a repoblar plazas clave: Tudela, Tarazona, Belorado —la de la feria—, Almazán, Belchite, Berlanga y hasta Soria, donde coloca como «tenente» a don Íñigo López. Algunas de esas plazas, como Belorado, ya eran cristianas, y lo que Alfonso hizo fue aumentar su población; otras eran tierra de nadie, semidesiertas, como Soria, y aquí Alfonso creó literalmente una ciudad nueva. Y con asombrosa rapidez.

El poder almorávide tardó en encajar el golpe. El gran imperio africano estaba empezando a sufrir entonces dos crisis simultáneas: en Al-Ándalus, el descontento de la población; en Marruecos, las ardorosas soflamas de un oscuro predicador berebere, Ibn Tumart, que acababa de fundar el movimiento almohade. Al soberano almorávide, Alí ibn Yusuf, se le acumulaban los problemas. Cuando se dio cuenta de lo que había pasado, de lo que significaba la pérdida de Zaragoza, Alfonso ya estaba ocupando el

valle del Tera por el oeste y el valle del Ebro por el este. Y el emir Alí ibn Yusuf entendió que era preciso aniquilar al rey cruzado aragonés.

Estaba terminando el año 1119. El emir almorávide organizó la campaña. No iba a ser poca cosa: todas las fuerzas almorávides en España prestarían sus huestes. Al frente del ejército se situó al propio hermano del emir, el gobernador de Sevilla, que se llamaba Ibrahim. A este Ibrahim le llamaban Ibn Tayast, que quiere decir «el hijo de la negra», porque su madre, efectivamente, era negra. Ibrahim había gobernado con anterioridad Murcia. Ahora estaba en Sevilla y, además, acababa de tomar Coria, lo cual había aumentado su prestigio militar. A su llamada acudieron todos: las tropas de Lérida al mando de Ibn Zarada; los contingentes de Granada dirigidos por Abu Muhammad; las huestes de Murcia encabezadas por un hijo del emir, Abú Yaqub Yintán; los jinetes del veterano señor de Molina, Azzun ibn Galbún, que fue aliado del Cid, más cuantas huestes privadas pudieron aportar los *arraeces* o capitanes sometidos a los almorávides.

El emir proclamó la guerra santa. Miles de voluntarios se añadieron a las tropas. El ejército resultante era temible: unos cinco mil jinetes y en torno a diez mil infantes, según los cálculos más modestos, sin contar con los voluntarios alistados para la guerra santa. Su misión: directamente, recuperar Zaragoza. Las tropas se fueron reuniendo en torno a Valencia y Teruel para, desde esta última ciudad, ascender hacia la capital del Ebro. Acababa de comenzar la primavera de 1120 cuando el gran ejército almorávide se puso en marcha.

El Batallador estaba en ese momento sitiando Calatayud, la vieja Bílbilis celtíbera y romana, que los moros convirtieron en ciudad amurallada. Calatayud es la puerta que abre el llano aragonés al alto Tajo. Era la segunda ciudad en importancia de la taifa de Zaragoza. Por eso Alfonso la quería conquistar. El Batallador no estaba solo: del mismo modo que en Zaragoza tuvo a su lado a Gastón de Bearn, aquí, en Calatayud, contaba con el refuerzo de otro cruzado francés, el conde Guillermo de Poitiers o de Aquitania. Un personaje curioso, este Guillermo: poderosísimo por sus territorios —más extensos que los del propio rey de Francia—, cruzado en Tierra Santa, envuelto en mil aventuras amorosas que le valieron dos excomuniones, el conde de Poitiers fue además el primer poeta en lengua romance del que tenemos noticia. Un fenómeno. Y éste era el Guillermo que ahora, primavera de 1120, con cincuenta años ya, comparecía con seiscientos caballeros gascones junto al rey de Aragón y Navarra.

Cuando a Alfonso le contaron que un ejército almorávide ascendía por Teruel rumbo a Zaragoza, no perdió el tiempo. Aseguró el asedio de Calatayud, tomó rehenes para evitar complicaciones en su retaguardia y se dirigió a cortar el camino al enemigo. Terminaba el mes de mayo. Comenzaba junio de 1120. No había un minuto que perder. Pero ¿con qué tropas podía contar el rey de Aragón? ¿Cuánta gente pudo movilizar el Batallador? Los soldados de Aragón, Navarra y La Rioja estaban combatiendo en Calatayud y también en el este, hacia la taifa de Lérida. ¿De dónde sacar las tropas necesarias?

Esto es una verdadera incógnita. Las fuentes musulmanas dan unas cifras de combatientes cristianos sencillamente imposibles: doce mil jinetes y muchos peones, hasta un total de veinte mil efectivos. Es inverosímil. Sabemos que el Batallador reunió huestes de sus territorios, tanto aragoneses como navarros y riojanos. Sabemos que la mayoría eran caballeros e *infanzones*, es decir, campesinos armados. Sabemos que además contó con refuerzos del reyezuelo moro del Jalón, su aliado Abdelmalik, el mismo que le había ayudado a tomar Zaragoza. Pero, por muy en pie de guerra que viviera Alfonso, sus tropas forzosamente tenían que ser menos numerosas que las musulmanas.

Y una vez compuesta la tropa, ¿dónde actuar? El Batallador tenía varias opciones. Una, esperar en Zaragoza. Otra, salir directamente al encuentro de los invasores. La tercera, aguardar al ejército almorávide en algún punto especialmente propicio para sorprenderle, de manera que la iniciativa fuera para las banderas de Aragón. Esto último es lo que hizo Alfonso. El rey de Aragón conocía bien los usos bélicos de su enemigo, su velocidad en el campo, también su impericia en el asedio. No libraría un combate a campo abierto, sin cobertura. Necesitaba un punto de base para su estrategia. Y así pasó a la historia un nombre: Cutanda.

Cutanda, no lejos de Calamocha, a mitad de camino entre Teruel y Zaragoza, es un pequeño valle entre dos lomas, una cañada sobre el río Jiloca. Al lugar se lo conoce como «Celada» y también como «Campos de la Matanza». Ambas cosas pueden indicarnos cómo sucedieron los hechos. Primero, Alfonso llegó a Cutanda, donde había una pequeña fortaleza mora, y la tomó sin gran esfuerzo. Ésa sería su base de operaciones. La tropa almorávide subiría por el viejo camino romano. En vanguardia, sin duda, irían las tropas de voluntarios que por millares habían acudido a la llamada de la

guerra santa. Cuando los moros llegaron al paraje, se encontraron con que Alfonso ya estaba allí. Y con el terreno a su favor.

La crónica es confusa en los hechos y exagerada en los números, pero, por los datos que nos dan las fuentes, tanto moras como cristianas, podemos reconstruir la escena. Con las espaldas bien cubiertas por la plaza fuerte de Cutanda, los jinetes de Alfonso el Batallador se derramarían sin duda por las lomas que dominan el camino. Con toda seguridad los cristianos debieron de golpear primero en la parte más débil del contingente enemigo: los miles de voluntarios alistados para la guerra santa y que probablemente iban en vanguardia de la hueste mora. Combatientes inexpertos, los voluntarios musulmanes cayeron por millares en los primeros compases.

La crónica mora insiste mucho en subrayar que todas las víctimas de su bando fueron voluntarios. Eso nos permite imaginar que el resto del contingente, al ver lo que estaba pasando, retrocedió: no esperaban encontrar al enemigo tan pronto ni en posición tan ventajosa. Además, la escabechina de la vanguardia debió de suscitar las habituales rencillas entre las distintas banderas de la hueste musulmana. Sin capacidad de reacción más que para la retirada, el desconcierto se apoderó del ejército almorávide.

Las tropas cristianas explotaron inmediatamente su éxito inicial: con el enemigo seriamente golpeado y con el grueso de la fuerza mora en plena zozobra, los caballeros e infantes de Aragón, Navarra y La Rioja se abalanzaron sobre los almorávides. El enemigo no aguantó. Era el 17 de junio del año 1120. Así lo cuenta el célebre cronista moro al-Makkari:

> *Fueron derrotados los musulmanes y fueron muertos cerca de veinte mil de los voluntarios, y no fue muerto nadie del ejército. Mandaba a los musulmanes el emir Ibrahim ibn Yusuf ibn Tashfin (…). Dice más de uno que el ejército derrotado huyó a Valencia y que el cadí Abu Bakr ibn al-Arabí fue de los que asistieron a ella. Y al salvarse de ella se le preguntó por su situación, y dijo: «Mi situación es la de quien ha dejado la tienda y el zurrón». Éste es un proverbio conocido entre los occidentales y se dice del que ha perdido sus ropas y sus tiendas en el sentido de que ha perdido todo lo que tenía.*

Ojo, porque no es habitual que la crónica mora reconozca sus derrotas de una manera tan franca. Si lo hace con Cutanda, es porque la victoria militar del Batallador debió de ser apabullante, una auténtica apisonadora sobre el

ejército almorávide. Tanto que en el habla popular quedó durante siglos una frase hecha: «Peor fue la de Cutanda». Y tanto que lo fue.

El Batallador, como de costumbre, no perdió el tiempo después de la victoria. Volvió a Calatayud, consumó el asedio, entró triunfal en la ciudad y acto seguido ocupó todas las fortalezas de la zona: Daroca, Calamocha, Monreal del Campo, y después Bubierca, Alhama, Ariza… Sus huestes llegarán hasta Sigüenza, donde Alfonso restauró la sede episcopal. La frontera aragonesa tocaba ya tierras de Guadalajara. Y bajo las banderas del Batallador seguiría aún algunos años el veterano Guillermo de Aquitania, el primer poeta europeo en lengua romance. Tiempos de cruzada.

El paisaje se recompone

Tenemos a Alfonso I, rey de Aragón y Navarra, victorioso en Cutanda, dueño ya de unos territorios que excedían en más del doble a los que recibió en herencia. El Reino de Aragón ya tiene su sitio. ¿Y qué pasa en el resto del país? Que cada cual busca también su sitio. En toda la cristiandad peninsular va tomando cuerpo la figura de la España de los cinco reinos. El viejo sueño unificador de Alfonso VI se ha disipado por entero. Aragón y Navarra, juntos, viven su propia vida. León, Castilla y Galicia también forman otra unidad, pero Portugal va siendo cada vez más independiente. Mientras tanto, en torno a Barcelona crece un condado que ya es un auténtico reino del Pirineo. Tratemos de ver todos estos procesos a la vez.

En León, la tónica general sigue siendo la que era: mientras el pequeño Alfonso va llegando a la edad de reinar, la reina Urraca intenta neutralizar al obispo Gelmírez y el obispo Gelmírez intenta neutralizar a la reina Urraca. ¿Quién gana? Vamos a intentar explicarlo. Gelmírez, como se recordará, contaba con el apoyo de los grandes nobles gallegos, encabezados por el conde de Traba. Para romper esa alianza, Urraca privilegió al obispo con la tenencia o gobierno de toda Galicia, de manera que el conde de Traba quedaba en posición subordinada. Sin embargo, el ardid no coló: Gelmírez era más astuto y se las arregló para mantener el respaldo de los magnates mientras, a la vez, tenía a la reina en la mano.

Hay que subrayar que el obispo de Santiago, en ese momento, se había convertido en uno de los hombres más poderosos de España. No sólo su posición era decisiva en la corte, no sólo las posesiones territoriales de la sede

episcopal habían crecido exponencialmente (sobre todo, a base de las donaciones hechas por Urraca para tener al obispo bajo control), y no sólo Gelmírez era el auténtico representante de los intereses del heredero Alfonso Raimúndez, sino que, además, el obispo contaba con su propia fuerza militar. En esos años, los almorávides intentan saquear las costas gallegas con una flotilla de cuatro barcos; en aguas gallegas los moros se ven atacados y vencidos por dos poderosas birremes salidas de ninguna parte. ¿De quién eran esas birremes? De Gelmírez. ¡El obispo se había construido su propia marina de guerra!

Pero en el oeste había más fuerzas en presencia, y una de ellas no tardaría en romper el equilibrio: Teresa, la condesa viuda de Portugal, que no perdía oportunidad para meter la nariz y ampliar sus territorios. Y a Teresa, en esta tesitura, no se le ocurre otra cosa que pactar secretamente con los grandes nobles gallegos e invadir Galicia, nada menos: huestes portuguesas penetran por Orense y por Tuy con el propósito de enlazar con las tropas de los magnates lideradas por el conde de Traba. Ojo a esta alianza entre Teresa y el de Traba, porque va a ser decisiva para los años siguientes. Ahora, sin embargo, no lo será: Urraca envía a sus tropas, cruza el Miño y sitia a Teresa en el castillo de Lanhoso. Sólo Dios sabe qué hablaron Urraca y Teresa, las hermanastras, en Lanhoso. El hecho es que de aquel conflicto nació un acuerdo. Teresa reconoció a su hermanastra Urraca como soberana. Urraca reconoció a su hermanastra Teresa el condado de Portugal. Problema cerrado… de momento.

A Urraca, visiblemente, no le importaba tanto la cuestión portuguesa como sujetar a los magnates gallegos. ¿Por qué? ¿No era más importante, políticamente hablando, la cuestión portuguesa? Quizá no: Portugal sólo era un territorio de la corona, mientras que en la cuestión gallega Urraca se jugaba el equilibrio entre su propio estatuto como reina y el estatuto de su hijo como heredero; porque en Galicia, recordémoslo, estaban los principales apoyos del pequeño Alfonso Raimúndez.

Son turbios y confusos los acontecimientos que se suceden en Galicia en los años inmediatamente posteriores a Lanhoso. Vuelven a producirse choques, encierros y negociaciones. Resumámoslo todo en la tónica ya descrita: la reina intenta neutralizar al obispo y el obispo intenta neutralizar a la reina. Sin embargo, algo sale ahora en limpio de este conflicto interminable: todas las partes —la reina, el obispo, el heredero y hasta Teresa de Portugal— parecen de acuerdo en un reparto de poder. Urraca se reserva la

plena soberanía sobre León y Castilla, el dominio de hecho sobre Galicia corresponde a Gelmírez, a Teresa se le reconocen sus posesiones portucalenses y el heredero, Alfonso Raimúndez, manda ya en el viejo Reino de Toledo y en la Extremadura, es decir, en toda la frontera sur.

El problema que se le plantea ahora a la corona leonesa es Castilla, y más precisamente: la expansión castellana de Alfonso el Batallador, el rey de Aragón y Navarra. Después de la victoria de Cutanda, Alfonso ve muy fortalecidas sus posiciones occidentales, es decir, La Rioja, Soria y el camino hacia el Tajo por Guadalajara. Y como además es titular de la corona navarra, le corresponde el dominio sobre extensas zonas de Burgos y Álava que se proyectan peligrosamente hacia el núcleo de poder castellano, para inquietud de Urraca y, sobre todo, de su hijo, Alfonso Raimúndez. Para Urraca y el heredero, es imperativo marcar una frontera estable con Aragón… y lo más al este posible.

El Batallador tiene en ese momento un problema: Lérida. En Lérida sigue habiendo un poder musulmán; es el núcleo islámico más septentrional que queda en España. Los moros de Lérida han logrado sobrevivir gracias a su posición geográfica: es un auténtico tapón entre Aragón y el condado de Barcelona. El Batallador, cruzado de cuerpo entero, aspira a bajar el Ebro hasta su desembocadura. ¿Para qué? Para encontrar una salida al mar que le permita llegar a Tierra Santa, nada menos. Ahora bien, para eso tiene que expulsar a los almorávides de Lérida. ¿Puede hacerlo? Sí. Y entonces los de Lérida, que se saben inferiores, buscan un pacto con Ramón Berenguer III de Barcelona. El pacto consiste en lo siguiente: los almorávides cederán al conde de Barcelona el castillo de Corbins, que es la puerta de Lérida, a cambio de que Ramón les ayude a parar al Batallador.

Ramón Berenguer III aceptó la propuesta. ¿Por qué? Porque el de Barcelona tampoco quería ver al Batallador Ebro abajo. Los ojos de Ramón Berenguer estaban puestos en Tortosa, y una expansión aragonesa hasta el mar frenaría en seco las aspiraciones de Barcelona. En este momento el condado de Barcelona es un complejísimo mosaico de territorios y posesiones que se derrama sobre las dos vertientes del Pirineo. No es propiamente un reino: se trata de un conjunto de vinculaciones feudales distintas en cada caso y que no permiten hablar de una entidad política homogénea. Pero el líder de ese conjunto no deja de ser el conde de Barcelona, que se aplica a cimentar su hegemonía sobre la base de pactos locales. Esos pactos aseguran el dominio

de Barcelona en la Provenza francesa. Y del mismo modo que pacta con unos, pacta con otros; por ejemplo, con los almorávides de Lérida.

Alfonso de Aragón se tomó muy a mal el pacto de Barcelona con los moros de Lérida. Consta que intentó bloquear esta ciudad. Consta que contó con la ayuda de numerosos nobles que sin embargo eran vasallos del conde de Barcelona. Consta también que Ramón Berenguer aprovechó la ocasión para hacer cuantiosas donaciones en Lérida y Tortosa, como si contara ya con que esas plazas iban a ser suyas. Eso era, en realidad, tanto como romper el pacto de Barcelona con los moros. Entonces los almorávides enviaron refuerzos que aseguraron la posición de Lérida y además infligieron a Ramón Berenguer una severa derrota en el castillo de Corbins. El conde de Barcelona y el rey de Aragón terminarán llegando a un acuerdo para delimitar los respectivos campos de reconquista.

Con el Batallador frenado en Lérida, Urraca y su hijo encuentran una oportunidad para marcar su territorio por el este, en la frontera con el Reino de Aragón. Soria, Guadalajara, Toledo, Segovia: ésos son los lugares que están en disputa. Habrá asedios y demostraciones de fuerza, pero no guerra. El 20 de abril de 1124, un concilio presidido por el obispo Gelmírez declara en España la paz y tregua de Dios, que ante todo significa que los reinos cristianos no pelearán entre sí. Apenas un mes más tarde, el pequeño Alfonso Raimúndez, que ya ha dejado de ser pequeño, es armado caballero con espada y lanza: tiene dieciocho años. Los respectivos ámbitos de soberanía se van perfilando con mayor nitidez: Urraca y su hijo marcan sus fronteras con el Batallador. El rey de Aragón y Navarra conserva importantes plazas occidentales: Castrojeriz, Carrión, buena parte de La Rioja, también Soria… Pero entonces…

Alfonso el Batallador estaba en buena posición para imponer sus criterios. No había en ese momento espada más poderosa en la cristiandad. Frenado por el oeste, su camino seguía abierto en el este: en 1124 había encabezado una portentosa campaña sobre tierras valencianas que le llevó hasta Peña Cadiella, la antigua fortaleza del Cid en el camino de Valencia hacia Alicante. Y tal era su prestigio, que en ese momento el rey cruzado recibió una sorprendente petición: los mozárabes de Granada le pedían auxilio.

Los mozárabes de Granada: los cristianos que vivían bajo el islam, oprimidos por la intolerancia almorávide, expoliados por los impuestos y marginados de la vida pública. Tan hartos estaban que pidieron socorro al Batallador. Era una locura: una expedición militar a la boca del lobo. Pero el

Batallador era exactamente el tipo de persona que jamás diría no a semejante aventura. Contengamos el aliento: las banderas de Aragón y Navarra van a lanzarse nada menos que sobre el centro del poder almorávide.

La caravana mozárabe de Alfonso el Batallador

Empecemos por el principio. ¿Por qué los mozárabes pidieron ayuda a Alfonso? Porque bajo los almorávides vivían mal; francamente mal. Aquí hemos explicado ya el problema económico: los almorávides llegaron prometiendo bajadas generalizadas de impuestos, pero, al poco tiempo, los subieron. No sólo reimplantaron los tributos —muy gravosos— de la época de las taifas, sino que además añadieron otros nuevos. Y quienes pagaban esos impuestos eran, muy en primer lugar, los cristianos de Al-Ándalus, es decir, los mozárabes. Pero a ese problema económico, que ya de por sí hacía la vida muy difícil, se añadió pronto un problema de persecución religiosa que hizo el paisaje simplemente insufrible.

Los almorávides, recordémoslo, eran fundamentalistas y, en tanto que tales, intransigentes. Es decir que, de entrada, los cristianos y judíos de Al Ándalus ya quedaban sometidos a un estatuto de inferioridad por el mero hecho de ser tales. Pero, además, a medida que el régimen almorávide perdía fuerza y el descontento crecía en las calles, los poderosos de aquel momento recurrieron a un expediente habitual del poder en todos los tiempos: señalar un chivo expiatorio. Y ese chivo, víctima propiciatoria, eran los mozárabes, los cristianos, culpables de todos los males. Parece que en esto tuvieron un papel decisivo los *alfaquíes*, es decir, los doctores de la ley islámica, que eran el principal soporte del poder almorávide. Y así los cristianos *andalusíes* llegaron al borde mismo de la desesperación.

Hubo una primera ola represiva muy fuerte en 1099, recién llegados los almorávides al poder. Muchos mozárabes huyeron al norte cristiano, llenando las ciudades repobladas en Castilla y en el Camino de Santiago. Y hubo otra ola represiva después, cuando los reveses militares minaron el crédito de la casta almorávide que gobernaba Al-Ándalus. Los *alfaquíes* presionaron al emir para que los exterminara sin contemplaciones. El emir Yusuf no podía hacerlo: necesitaba esa mano de obra para trabajar los campos y pagar los impuestos. Pero tampoco podía despachar a los *alfaquíes* sin más ni más. ¿Qué pasó? Las fuentes moras callan. Pero la represión debió de recrudecerse.

Tanto que, andando el año 1125, los mozárabes de Granada escribieron al único hombre que podía ayudarles: Alfonso el Batallador.

Sabemos cómo plantearon los granadinos su petición de auxilio: como una auténtica tentación. Eran muchos los peticionarios: las gentes de la capital granadina, los de las Alpujarras, también los de las montañas del Darro. En sus cartas ponderaban las riquezas del lugar: su abundancia en cebada, trigo y lino; sus numerosas huertas de frutas, sus grandes campos de olivas, sus factorías de seda, sus viñas, sus aceites… Todo eso se ofrecía al Batallador. Y el rey no tendría que hacerlo solo: más de doce mil hombres —decían los mozárabes granadinos— estaban dispuestos a sumarse en Granada a las fuerzas del rey cristiano cuando asomaran sus banderas por aquellos parajes. Así se lo aseguraban:

> *Aparecerá su número cuando tú llegues. Este número es bastante, y los puntos flacos del país son visibles. Y entre nosotros hay orden y disposición y saldremos a ti, desde ella, en la totalidad.*

La propuesta era sugestiva: llegar hasta Granada, derrotar a los almorávides, desmantelar el poder musulmán en la región y emplazar en su lugar un principado cristiano; un principado donde los musulmanes podrían seguir viviendo conforme a sus creencias, como en Zaragoza, pero cuyo territorio ya no estaría en el haber de la media luna, sino en el de la cruz. Si eso se consiguiera, la victoria cristiana asombraría al mundo. Era una apuesta extraordinaria. También descabellada. Pero Alfonso, ya ha quedado dicho, era de ese tipo de hombres que jamás dirían que no a una aventura así.

Alfonso el Batallador debió de pensárselo con tiento, porque invadir Granada eran palabras mayores. Pero, para un cruzado como él, ¿qué mejor horizonte que llevar sus banderas hasta el corazón mismo del islam español? A lo largo del verano planificó cuidadosamente la expedición. Llamó a sus gentes: de Navarra, de La Rioja, de todo el territorio aragonés, pero también a sus habituales compañeros del sur de Francia. Alineó a casi cinco mil caballeros y unos quince mil infantes. A todos les hizo jurar por el Evangelio. Entre otras cosas, los soldados de Alfonso juraron que nadie abandonaría a su compañero. Y el 2 de septiembre de 1125 el enorme contingente cruzado partió hacia la mayor aventura jamás emprendida por el Reino de Aragón.

¿Quiénes iban en las tropas de Aragón? Por supuesto, el rey en cabeza. Y además, de nuevo, el veterano Gastón de Bearn, el cruzado francés que tanta importancia tuvo en la conquista de Zaragoza. Más nombres: los obispos de

Zaragoza y Huesca, por ejemplo. Hay que recordar una y otra vez que esto, para aquella gente, era una cruzada, y las consideraciones religiosas eran mucho más fuertes que las económicas o políticas.

El Batallador no atacó directamente Granada. Lo hizo dando un largo rodeo que comenzó en tierras valencianas. ¿Por qué? En principio, porque atacar desde el norte le hubiera exigido atravesar el Reino de Toledo, que no era suyo. Y además, porque al parecer tenía otras peticiones de socorro de mozárabes valencianos. Por eso escogió un camino singular: los llanos de Teruel, que en aquella época estaban prácticamente despoblados. Las huestes de Aragón pasaron por Daroca y Monreal; después, ya en zona teóricamente musulmana, avanzaron por Teruel y Segorbe, que en realidad eran áreas más llenas de mozárabes que de musulmanes. El 20 de octubre el ejército cruzado llegó a las puertas de Valencia. Para los almorávides fue una infinita sorpresa.

Nadie, en efecto, esperaba en la Valencia mora la llegada del Batallador. Nadie menos los mozárabes de la comarca, que inmediatamente engrosaron las huestes de Aragón. El gobernador almorávide de Valencia, Abu Muhammad Badr ibn Warqa, se aprestó a la defensa, pero no hubo asedio: el objetivo de Alfonso no estaba allí. Después de saquear los alrededores para abastecerse, y recogiendo a cuantos mozárabes quisieron seguirle, el Batallador siguió camino.

Lo que estamos viendo es una asombrosa cabalgada que los mozárabes bien pudieron sentir como una campaña de liberación. Plaza a plaza, ciudad a ciudad, Alfonso llega, ataca, enrola a los mozárabes y se marcha. Lo hace en Alcira, primero; después en Denia, el 31 de octubre. En las semanas siguientes, guiado por los propios mozárabes de la región, recorre todas las tierras del Levante: Játiva, Orihuela, después Lorca y Murcia. Siempre es el mismo procedimiento. Y los mozárabes, ciudad tras ciudad, se van sumando al ejército del rey cruzado.

¿Por dónde quería llegar Alfonso a Granada? Por el sureste. Cruza el río Almanzora, llega a Vera. Estamos ya en la provincia de Almería. Desde allí marcha a Purchena. Se detiene ocho días. En ese plazo los mozárabes de la región acuden a engrosar las huestes aragonesas. Acto seguido se dirige a Baza. Luego, a Guadix. En todos estos sitios repite la operación: breves asedios de algunos días que ponen en jaque a las guarniciones almorávides y permiten a los mozárabes afluir al campo cristiano «deslizándose por todos los caminos y por todo paso hondo», como dice la Crónica. El 7 de diciembre

el Batallador abandona Guadix. Estamos en pleno invierno cuando el ejército cruzado marcha sobre Sierra Nevada.

Granada está ya a dos pasos. El Batallador se detiene. Instala su campamento en la aldea de Graena, no lejos de Guadix. Allí celebra la Navidad y organiza a sus huestes para el asalto final. Los ejércitos de Aragón y Navarra llevan ya sobre sus espaldas tres meses de marcha y victoria. Miles de mozárabes de Castellón, Valencia, Murcia y Almería se han unido a sus fieles. ¿Cuántos? Las crónicas dicen que cincuenta mil. Quizá sea un número exagerado, pero incluso la mitad ya sería algo prodigioso. El 7 de enero de 1126 Alfonso el Batallador está delante de Granada. El rey cruzado va a afrontar la prueba final.

Ante la portentosa cabalgada de Alfonso, que duraba ya cuatro meses, el emir almorávide había reaccionado concentrando toda su fuerza en un solo punto: Granada, el centro del problema. Alí ibn Yusuf envió órdenes a ejércitos de todo su reino, incluidas las principales guarniciones de África. Todos acudieron a Granada, donde gobernaba uno de los hermanos del emir: Abu-l-Tahir Tamín. Los africanos, con refuerzos venidos de Valencia y Murcia, se desplegaron en torno a la ciudad, que así quedó rodeada por un fuerte cinturón defensivo. «La gente de Granada rezó la oración del temor, las atalayas anunciaron la proximidad del ejército cristiano y se extendió el miedo», dice la crónica mora. El Batallador estaba allí.

Alfonso y su gente estaban allí, sí. Pero los de Aragón no atacaron Granada, sino que tantearon distintos movimientos de aproximación. Primero acamparon en Diezma, a cuarenta kilómetros. Después se movieron en direcciones distintas, al compás de los movimientos, igualmente tentativos, del enemigo musulmán. Finalmente los del Batallador volvieron a acampar en Níbar, a unos catorce kilómetros. Pasaban los días y nadie parecía dispuesto a lanzar un golpe decisivo: ni los moros, que muy manifiestamente optaban por una batalla defensiva, ni los cristianos, que tampoco entraban al ataque. ¿Qué está ocurriendo?

Están ocurriendo dos cosas. Una, que el clima, pleno invierno, empieza a pasar factura: «Por la continuidad de las lluvias y el mucho hielo se inundaron los caminos y sufrieron las almas gran apretura», dice el cronista. Frío. Agua. Barro. Hielo. Cada movimiento de tropas significa multiplicar los riesgos, tanto para los atacantes como para los defensores. Pero los defensores musulmanes están en una ciudad bien abastecida, mientras que la logística de los atacantes cristianos es mucho más complicada; de hecho, son los

mozárabes de la zona los que acuden a llevar al Batallador víveres y forrajes a su campamento.

Y la segunda cosa que está ocurriendo es todavía más preocupante: no hay ni rastro de los doce mil hombres prometidos por el jefe mozárabe de Granada en su carta al rey de Aragón. Recordemos lo que había dicho Ibn al-Qalas, que así se llamaba el cabecilla cristiano: «Aparecerá su número cuando tú llegues. Este número es bastante, y los puntos flacos del país son visibles. Y entre nosotros hay orden y disposición y saldremos a ti, desde ella, en la totalidad». Pero allí no aparecía nadie.

A medida que avanzaba enero, el clima se complicaba, el abastecimiento se hacía más penoso y las posibilidades de una victoria militar disminuían. Alfonso escribió al cabecilla mozárabe reprochándole que no hubiera cumplido lo prometido. Ibn al-Qalas, por su parte, devolvió al rey su reproche: la culpa era suya, del Batallador, porque había tardado demasiado en llegar, dando tiempo a que los almorávides concentraran un gran ejército. «Nos has hecho perecer y nos has colocado en la ruina con los musulmanes», clamaba Ibn al-Qalas. El Batallador se encontraba ahora a centenares de kilómetros de sus bases, con un ejército de miles de personas, muchos de ellos mozárabes que se habían enrolado buscando la libertad, y sin nadie alrededor que le prestara apoyo. El horizonte se ensombrecía.

El 23 de enero de 1126 Alfonso el Batallador decidió levantar el campo. No marchó contra Granada, sino que hizo algo realmente insólito: una incursión en el corazón de Andalucía. La crónica nos lo muestra marchando por Maracena, Pinos, Alcalá la Real, Baena, Écija… muy cerca de Sevilla. Aún hoy existe una carretera que sigue ese mismo itinerario. ¿Qué buscaba el rey de Aragón? Imposible saberlo. Llegado a Écija, dio la vuelta y volvió hacia el este, ahora hacia Cabra. En las montañas de Cabra permaneció algunos días. Mientras tanto, un ejército almorávide había estado siguiéndole los pasos: era Abu Bakr, el hijo del emir Alí, con tropas de Sevilla. Los almorávides acechaban a su presa. Tarde o temprano, ambos ejércitos se tenían que encontrar. Y el encuentro llegó.

Era ya el 10 de marzo. En ese momento las tropas de Alfonso llevaban en las espaldas seis meses de campaña. Los musulmanes se lanzaron al ataque. Y no era sólo Abu Bakr con sus sevillanos, sino también el propio Tamín, el gobernador de Granada, con sus huestes. Sin duda los moros consideraron que el contingente cristiano flaquearía. El lugar escogido fue Arnisol, en los alrededores de Lucena. Los almorávides cercaron a los de Aragón. Avanzaron

lentamente, como una soga en el cuello del ahorcado. Durante la mañana de ese día, el cerco se fue estrechando. Los moros capturaron algunas tiendas del campamento cristiano. La soga se cerraba. Al mediodía, Alfonso echó mano de su escudo, se armó y organizó a sus gentes para el combate. Desplegó a su hueste en cuatro grandes grupos. A cada uno de ellos le confió una bandera. Todo o nada. Era la hora de la verdad.

Los ejércitos del Batallador se lanzaron contra el cerco musulmán. Las líneas almorávides se quebraron como cañas. El frente moro retrocedió. Al caer la tarde, la amenaza musulmana se había disipado. Ahora la iniciativa correspondía a Alfonso. El jefe almorávide de Granada, Tamín, ordenó trasladar el campamento desde la hondonada donde se hallaba a una colina, para controlar mejor el campo: se proponía mantener las líneas desde esta nueva posición. Pero sus tropas, confundidas, se desorganizaron. Algunos comenzaron a huir. Otros, a desvalijar su propio campamento. Así el ejército almorávide empezó a disgregarse ante la impotencia de sus jefes.

Cuando cayó la noche, todo indicaba que los musulmanes habían abandonado. Alfonso, prudente, dio orden de no moverse ni un metro: podía ser una trampa; nadie iría hasta las tiendas musulmanas hasta que volviera a salir el sol. Y nadie, en efecto, se movió: pasó toda la noche sin que cristiano alguno penetrara en el campamento moro. Pero al amanecer del día siguiente se verificó el prodigio: los moros habían huido; el campo de Arnisol, en Lucena, había sido testigo de la enésima victoria de Alfonso el Batallador.

Dice la crónica que Alfonso, victorioso, guió de nuevo sus pasos hacia el este. La hueste de guerreros y voluntarios mozárabes cruzó las Alpujarras. Pasó por los desfiladeros del río Motril. Impresionado el rey por sus hondas gargantas, dijo a uno de sus caballeros: «¡Qué sepulcro, si encontrásemos quien nos echase tierra desde arriba!». Puso rumbo al sur y llegó hasta el mar en Vélez Málaga. Allí ordenó recoger pescado a modo de signo de victoria: nunca habían soñado las banderas de Aragón llegar tan al sur. Acto seguido retornó a Granada.

Para entonces ya se había formado un nuevo ejército almorávide contra Alfonso: lo componían tropas de caballería venidas de Marruecos. Los almorávides persiguieron a los de Aragón paso a paso: en Granada, en la Alpujarra, en Guadix… Aquí lograron forzar la retirada de los aragoneses. El Batallador seguía su camino, ya de retorno hacia el norte. Y el enemigo, siempre detrás. La hueste aragonesa llegó a Caravaca, en Murcia. Después, rumbo nordeste, tomó el castillo de Játiva. Batalla tras batalla, castillo tras

castillo, siempre con sus perseguidores musulmanes detrás. Hasta que en junio de 1126 volvió a tierras de la corona de Aragón. La campaña de liberación de los mozárabes había durado la friolera de nueve meses.

Dicen los textos árabes que los cristianos regresaron a su casa agotados y enfermos, con sus filas devastadas por la peste y las heridas. Es muy probable. Pero en el retorno del rey hay algo que todavía sobrecoge más, y es lo siguiente: ¿qué pasó con toda aquella gente que se le fue sumando por el camino, todos esos mozárabes que, viendo en el rey de Aragón a su libertador, engrosaron sus filas? Alfonso no había logrado tomar Granada. No podía dejarlos allí. ¿Qué hacer con ellos? Alfonso el Batallador hizo algo que sólo se le podía haber ocurrido a él: llevar a toda esa gente consigo, al norte. Así miles de mozárabes —catorce mil, dicen las crónicas, con sus esposas e hijos — llegaron a los llanos de Zaragoza para repoblar las tierras recién ganadas a los moros. En ese mismo mes de junio de 1126 se les otorgó un fuero específico. Así terminó la increíble y quijotesca aventura de Alfonso el Batallador con su caravana de mozárabes.

Fueron años muy duros. Las crónicas hablan de grandes hambrunas en el Aragón de ese tiempo. Los campos de Zaragoza eran bastante más ásperos que los de Levante y Andalucía. Por otro lado, fue brutal la represión subsiguiente de los almorávides contra los mozárabes que permanecieron en Granada: decenas de miles de cristianos *andalusíes* fueron deportados por la fuerza al norte de África. Tan severa fue la represión que los mozárabes como sector social prácticamente desaparecen de Al-Ándalus a partir de ese momento. Pero al norte, en Aragón, permanecerá la huella mozárabe: la que dejaron los refugiados de la caravana de Alfonso el Batallador. ¡Qué aventura!

Y la reina Urraca se murió y Alfonso Raimúndez reinó

La reina Urraca se murió el 8 de marzo de 1126, mientras su ex marido Alfonso se batía el cobre en tierras de Granada. Urraca tenía cuarenta y nueve años y murió de parto; para la época, era una edad avanzadísima en una parturienta. Urraca había llegado a Saldaña a punto de dar a luz. El padre de la criatura era Pedro González de Lara, su veterano amante, que ya le había hecho antes dos hijos. Urraca no resistió el parto. Murió en pleno alumbramiento. También murió el niño.

Terminaban así diecisiete años de convulso reinado. Aquí los hemos visto en detalle, con su complejísima madeja de intrigas y desdichas. Ahora, al final, Urraca ya no pintaba prácticamente nada. Su hijo Alfonso, apoyado por el arzobispo Gelmírez, había ido acaparando poco a poco todos los resortes del poder. No hubo ningún obstáculo para la sucesión, que la propia reina había auspiciado. Alfonso Raimúndez, Alfonso VII, el hijo del borgoñón, fue proclamado rey. El cuerpo sin vida de Urraca fue sepultado en el monasterio de San Isidoro, en León, como ella deseaba. Después será trasladado a la catedral de Palencia, donde hoy se encuentra la tumba de esta reina singular.

¿Qué pensar de Urraca? Para algunos fue una mujer atrapada por una herencia que le superaba: el testamento político de Alfonso VI, con aquel proyecto de unificar León y Aragón que forzó la boda de Urraca con el Batallador. Para otros, fue víctima del machismo de su tiempo, que no podía aceptar a una mujer como soberana. Otros, en fin, subrayan sus defectos personales: sus excesos pasionales, su precipitación, su poca inteligencia para jugar en el complejo equilibrio de la estructura feudal… Probablemente lo más correcto sea tomar en cuenta todas estas opiniones a la vez. En todo caso, nadie podrá decir que fue una buena época para las coronas de León y Castilla, ni para la cristiandad española en general.

¿Cómo estaba el mapa en 1126, cuando muere Urraca? Resumamos. En Galicia prosiguen los enfrentamientos endémicos entre diferentes facciones de la nobleza. Esos enfrentamientos tienen ahora un detonante muy concreto: la cuestión portuguesa. La condesa viuda Teresa y su hijo, otro Alfonso (Alfonso Enríquez), han entrado en conflicto. En Aragón, mientras tanto, el Batallador ha vuelto de su campaña mozárabe y ahora ha de hacer frente a dos problemas serios: una hambruna terrible y una cadena de ataques almorávides. Y en Barcelona, el conde Ramón Berenguer III trata de no perder pie en sus anchos dominios de la Provenza francesa, tarea que sin embargo iba a restarle fuerzas para prolongar la expansión hacia el sur. De momento, Ramón Berenguer y el Batallador se ponen de acuerdo sobre sus respectivos límites territoriales. El primer fruto de ese acuerdo es la repoblación de Tarragona, cuya dirección se encomienda a un caballero normando: Robert Bordet, también llamado Robert d’Aguiló, un cruzado que había servido a las órdenes del Batallador en Tudela y Zaragoza. Pero había más problemas pendientes.

Desaparecida la reina, el nuevo rey, Alfonso Raimúndez, ya Alfonso VII, se va a plantear una prioridad: marcar bien los límites con su ex padrastro, el

Batallador, el rey de Aragón y Navarra. El Batallador no había renunciado ni al título imperial que le otorgó su matrimonio con Urraca ni a sus derechos sobre Castilla. Mientras esa reivindicación siguiera vigente, la guerra sería posible en cualquier momento. En 1124, Urraca y su hijo habían lanzado tropas contra Segovia, Toledo y Sigüenza. Ahora, muerta la reina, su hijo Alfonso mantenía la misma política en solitario y asediaba el castillo de Burgos.

Era abril de 1127. La ofensiva del joven rey leonés era más de lo que el Batallador podía soportar. Así que el de Aragón reunió a su ejército y marchó contra su rival. Le salió al paso en el valle de Támara, en Palencia, al lado de Frómista. Era junio de 1127. La cristiandad española estaba, una vez más, a un paso de la guerra civil.

No hubo guerra, sin embargo. En realidad, ninguno de los dos contendientes se lo podía permitir. Alfonso de León, porque el mapa se le incendiaba en Portugal; Alfonso de Aragón y Navarra, porque los almorávides buscaban venganza por la campaña mozárabe del año anterior y era preciso atender ese frente. Así las cosas, era mucho más sensato tratar de buscar un acuerdo pacífico. Y eso fue lo que se hizo.

El acuerdo pasará a la historia como las Paces de Támara. Lo firmaron en Támara de Campos, en lo que iba a ser el campo de batalla y no lo fue, los dos Alfonsos: el de León, veintidós años, recién llegado al trono, y el de Aragón, pasados ya ampliamente los cincuenta, curtido en mil batallas que no habían disminuido su temperamento cruzado. Actuaron como mediadores dos cruzados que ya han salido en nuestra historia: Gastón de Bearn y Céntulo de Bigorra, ambos del séquito habitual del Batallador. Y el pacto en cuestión consistió en algo muy importante: delimitar con precisión los respectivos territorios, de manera que en el futuro no hubiera más guerras entre cristianos. Las habrá, pero la intención de Támara era buena y, además, el pacto funcionará bien durante muchos años.

¿Cómo quedaban ahora los territorios? La clave de la discordia estaba en los territorios castellanos orientales, siempre en disputa desde el testamento de Sancho el Mayor, que ya hemos visto aquí. Ahora los dos monarcas iban a tomar como referencia los acuerdos de 1054, cuando la batalla de Atapuerca. El Batallador exhibió los derechos que le correspondían como rey de Navarra. Se reconoció su soberanía sobre Vizcaya, Álava, Guipúzcoa, Belorado, La Bureba y La Rioja. La sierra de la Demanda y el río Bayas actuaban como frontera natural. Además, entraban en el lote las plazas sorianas y riojanas que

él mismo había repoblado: Soria, San Esteban de Gormaz, Calahorra, Ágreda, Almazán, Monreal de Ariza, y hasta Molina de Aragón, en lo que hoy es Guadalajara. Por su parte, Alfonso VII de León obtuvo las plazas que le correspondían por derecho hereditario: en el norte, Frías, Pancorbo, Briviesca y Villafranca de Montes de Oca; en el interior de Castilla, Burgos y Santiuste; al suroeste, Sigüenza y Medinaceli.

Para entender bien este reparto hay que subrayar que no estamos hablando de fronteras nacionales, sino patrimoniales: los reyes organizan los territorios en función de lo que a cada cual le toca por herencia patrimonial de sus respectivas coronas. Marcar con claridad estos límites era muy importante porque la cuestión navarra seguía abierta: la corona de Pamplona estaba ahora en las sienes del Batallador, pero éste, soltero y sin descendientes, moriría algún día, y entonces el problema de los territorios navarros podría avivarse de nuevo. Después de las Paces de Támara, sin embargo, el paisaje se aclaraba: las tierras navarras en lo que hoy es Álava y Burgos se definían con nitidez. El Batallador, a su vez, renunciaba a cualquier pretensión imperial: ésta volvía a la corona de León.

Ahora, resuelta la querella fronteriza, cada cual podría afrontar sus propios problemas, que no eran pocos. Al Batallador le aguardaba el frente más codiciado: el de Lérida, que, si la aventura salía con bien, le garantizaría la salida al mar. Y al joven Alfonso VII le esperaba el problema portugués, que se iba a envenenar progresivamente en los años siguientes. Pero antes es preciso hablar de otras cosas, porque, por encima y por debajo de los reyes y las batallas, la vida continuaba e iba dando forma al perfil de la España medieval.

En las próximas páginas vamos a ver cosas decisivas. Vamos a conocer cómo se estaba efectuando la repoblación de la España cristiana frente a la amenaza almorávide. Vamos a ver cómo nace en Aragón la primera orden militar de la historia de España. Y vamos a ver, además, cómo crece en la nueva capital leonesa ese fenómeno cultural que después se llamará Escuela de Traductores de Toledo.

14

TRADUCTORES, INFANZONES, COLONOS Y GUERREROS: ESPLENDOR MEDIEVAL

La Escuela de Traductores de Toledo

Mientras el mapa de la España cristiana se iba recomponiendo y en nuestro suelo surgían los cinco reinos, otras muchas cosas decisivas estaban ocurriendo. Alguna de ellas iba a tener una importancia enorme para la cultura universal. Por ejemplo, la Escuela de Traductores de Toledo.

Por razones que sería largo explicar ahora, en los últimos años se ha creado la imagen de que la Escuela de Traductores de Toledo fue producto de la España musulmana. Nada más lejos de la realidad: este fenómeno cultural vino impulsado por la España cristiana y, más específicamente, por iniciativa de la Iglesia. Su trabajo ayudaría a difundir por toda Europa buena parte de la cultura clásica, grecolatina, con nuevas traducciones. Por eso fue tan importante.

Vayamos a Toledo. Desde que Alfonso VI la reconquistó en el año 1085, la vieja ciudad del Tajo es la capital del Reino de León y Castilla. Por iniciativa de la esposa del rey, Constanza de Borgoña, Toledo se había convertido en el escenario fundamental de la influencia cluniacense, de los monjes de Cluny. Es cluniacense el primer arzobispo de Toledo después de la reconquista, Bernardo de Sauvetat o de Sedirac, un borgoñón que llegó a desempeñar un papel principalísimo en el reino. El papel del obispo de Toledo disminuyó mucho en tiempos de la reina Urraca (porque la reina Urraca, ya lo hemos contado, consideró más importante buscar el apoyo del obispo de Santiago), pero los cambios en Roma, con la llegada del nuevo papa Calixto II, devolvieron a Toledo su primacía efectiva.

Para ese momento, ya entrada la década de 1120, el arzobispo Bernardo se ha retirado y ha sido sustituido por otro monje cluniacense, éste, gascón:

Raimundo de Sauvetat. Raimundo se hace cargo de la diócesis en torno a 1124 y es confirmado como arzobispo en 1126. Hombre de gran cultura y dotado de un vivo espíritu de iniciativa, Raimundo continuará la obra de su predecesor en lo que concierne a la imposición de la liturgia romana —en vez de la mozárabe— y también en la reforma de las costumbres del clero. Pronto se convertirá en una pieza clave del reino cuando el j oven rey Alfonso VII le nombre canciller de Castilla. Pero, además de todo eso, al arzobispo Raimundo debemos la idea de traducir las obras árabes que en Toledo se conservaban.

¿Y por qué se le ocurrió a Raimundo semejante cosa? Situémonos. Han pasado cuatro siglos desde la invasión musulmana. Los cristianos han recuperado ya hasta la línea del Tajo. La España cristiana, tanto en Castilla y en León como en Aragón y en Barcelona, es una sociedad pujante, inquieta, que compensa su escasez demográfica con una enorme vitalidad, pero es también una sociedad rudimentaria, de cultura muy limitada, después de que la invasión árabe asolara el mundo visigodo. Enfrente está la España mora, ahora en plena crisis del poder almorávide, ya incapaz de recuperar lo perdido, pero cuya civilización se ha beneficiado de la gran extensión del islam, incorporando conocimientos traídos de todo el viejo mundo, desde el ámbito grecolatino hasta Persia y Babilonia. El poder cristiano, ascendente, desea ese saber: reyes y obispos son conscientes de que el conocimiento, la ciencia, son imprescindibles para consolidar su liderazgo. Así, decidirán traducir las obras que los moros atesoraban.

¿Por qué había tantas obras clásicas en Al-Ándalus? Hay que remontarse a la época final del Imperio romano: fue entonces cuando buena parte de la sabiduría grecolatina se tradujo al siríaco, precisamente en Siria. Siglos más tarde, esas obras se verterían al árabe. Así llegaron a las grandes bibliotecas califales de Córdoba, de donde pasarían a su vez a Toledo. Aquí ya hemos contado los violentos vaivenes de la vida cultural bajo el poder musulmán: califas como Alhakén II construyeron bibliotecas portentosas, pero caudillos como Almanzor se dedicaron a quemar libros; los Reinos de Taifas, aunque sustancialmente corruptos, estimularon mucho la creación cultural, mientras que el régimen almorávide, por el contrario, persiguió a los creadores con saña fundamentalista so pretexto de heterodoxia.

Toledo cayó bajo las banderas cristianas antes de que llegaran los almorávides. Allí, en la vieja ciudad del Tajo, había gran cantidad de libros. Estas obras eran, en su mayor parte, de materias científicas, disciplinas en las

que la civilización árabe poseía anchos conocimientos, tanto importados como propios. Había textos judíos, textos arábigos, textos persas… Y además, en Toledo, después de la conquista, había mozárabes que conocían el árabe y el romance, y judíos que conocían el hebreo, y clérigos que podían traducir del romance al latín. Era posible, en fin, verter en provecho propio todo aquel conocimiento.

Una cuestión de principio: dejemos claro que jamás hubo propiamente una escuela de traductores, una institución que se llamara así. Los traductores no estaban en un solo lugar y frecuentemente ni siquiera se conocían entre sí. El nombre de «escuela» se atribuyó posteriormente a su trabajo. Tampoco fue un fruto de la convivencia de «tres culturas», como se suele decir. No, no: fue iniciativa del poder cristiano, y por particular empeño del gascón Raimundo, el obispo.

¿Cómo se organizaba el trabajo? Mediante una cadena de traducciones sucesivas. El arzobispo encargaba a los mozárabes de Toledo, cristianos que entendían el árabe, las traducciones del árabe al romance (el castellano antiguo), y los clérigos de la catedral toledana, que conocían el latín, traducían del romance al latín. Igualmente, los judíos de Toledo traducían del árabe al hebreo y del hebreo al latín. Hubo, pues, muchos traductores, muchas traducciones y un efectivo trasvase de la cultura acumulada por el islam medieval a la civilización cristiana.

Conocemos a algunos de esos traductores: el mozárabe Domingo Gundisalvo, el judeoconverso Juan Hispalense, el italiano Gerardo de Cremona, el escocés Miguel Scoto. También sabemos qué se traducía: todo Aristóteles, Platón, Tolomeo, Euclides; la metafísica de Avicena, la astronomía árabe, la *Fons Vitae* de Avicebrón… El 47 por ciento de las obras traducidas eran de cálculo y cosmología; el 21 por ciento, de filosofía; el 20 por ciento, de medicina; un 8 por ciento, de religión, física y ciencias naturales, disciplinas que en esa época era difícil deslindar; sólo un 4 por ciento de las traducciones se ocupaba de alquimia y ciencias ocultas.

Todos esos saberes no eran enteramente desconocidos para los europeos de la época: desde el siglo x hubo comunicación cultural entre la madrasa de Córdoba y los territorios cristianos. Así Gerberto de Aurillac, después papa como Silvestre II, pudo conocer en Cataluña las obras árabes. Pero eso se limitaba a los periodos en los que el poder musulmán mostraba cierta tolerancia, lo cual no era un estado permanente. Sabemos también que, contra lo que se ha pensado durante mucho tiempo, las obras de los clásicos

grecolatinos no habían sido olvidadas en la Europa medieval. Pero es verdad que las copias eran raras, pocas veces completas y, con frecuencia, malas. Por el contrario, el trabajo desarrollado a iniciativa de Raimundo permitió una difusión prácticamente generalizada del saber oriental en Europa.

Así fue como el patrocinio de los reyes y obispos cristianos, en Toledo singularmente, pero también en otros lugares, permitió un impulso cultural sin precedentes. Un solo ejemplo: el sistema decimal y el invento del número cero es de origen indio; fue un persa, al-Khuwarismi, quien recogió de los indios el sistema decimal en su Libro de los guarismos; ese libro fue difundido a su vez en el mundo islámico hasta Córdoba; en Toledo será traducido al latín. Del mismo modo, el Canon de Avicena o el Arte de Galeno se generalizarán en las universidades europeas. Y una curiosidad: en la España del siglo XI se usaba ya el papel, introducido por los árabes, que a su vez lo habían tomado de China. El libro de papel más antiguo que se conserva en Occidente es un misal toledano del siglo XI.

Lo más notable es que el trabajo no se detuvo aquí. Años más tarde, y por impulso directo de Alfonso X el Sabio, encontraremos en torno a Toledo una intensa vida cultural. Esto será ya en el último tercio del siglo XIII. Se sigue traduciendo, pero ya no sólo al latín, sino también al primitivo castellano e incluso al francés. Y no sólo se copia, sino que se crea mucha obra original. Un ejemplo eminente es el Libro de las Tablas Alfonsíes: Alfonso X había mandado instalar un observatorio astronómico en el castillo toledano de San Servando; a partir de las observaciones allí realizadas, se calcularon esas Tablas Alfonsíes, un completo tratado de Astronomía que todavía tres siglos más tarde admirará el mismísimo Copérnico.

De manera que la llamada Escuela de Traductores de Toledo, que en realidad no era una escuela, fue una gran aventura del conocimiento promovida por los reyes cristianos y por los obispos de la Reconquista. Fueron ellos quienes enriquecieron la cultura occidental al incorporar los conocimientos que los árabes habían conservado y también sus nuevas aportaciones. Eso pasó en la España medieval. Una España que no fue un mestizaje de «tres culturas», sino una sociedad compuesta, plural, pero bajo la hegemonía incuestionable de la cultura cristiana.

La primera orden militar española

En el mismo momento en que en tierras del Tajo empieza a moverse el fenómeno cultural que terminaría llamándose Escuela de Traductores de Toledo, en tierras del Ebro surge otro aspecto esencial de la Edad Media: una orden militar. Y concretamente: la primera orden militar de la historia de España. Se trata de la Cofradía de Belchite, constituida por Alfonso I el Batallador, el rey cruzado, en la primavera de 1122.

¿Y qué era una orden militar? Esencialmente, una institución religiosa: se trata de monjes que guerrean o, si se prefiere, de guerreros que observan unas estrictas reglas monacales. Hemos de ponernos en contexto: estamos entre los siglos XI y XII, la lucha por los Santos Lugares en Palestina se ha convertido en el horizonte central de la cristiandad, y la vieja cultura guerrera europea, que se remonta a muchos siglos atrás, ha adoptado el espíritu de la cruzada. Y en la estela de las cruzadas, con el objetivo de defender la presencia cristiana en Tierra Santa y proteger a los peregrinos, nacen las órdenes militares.

En 1099 ha nacido la Orden del Santo Sepulcro en Jerusalén; en 1104, la Orden Hospitalaria de San Juan, luego llamada Orden de Malta; en 1118, la Orden del Temple, los templarios. Si los almorávides, en el lado musulmán, habían crecido sobre la base de su carácter mixto de monjes-guerreros, las órdenes militares les darán la réplica en el lado cristiano. Son también guerreros y en sus filas forman las mejores lanzas de la caballería europea, pero ante todo se ven a sí mismos como monjes sujetos a reglas de rígida disciplina. Ése era el espíritu de la época. Y ése era el espíritu de Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Navarra. Nada más lógico que ver a Alfonso fundando la primera orden militar española: la Cofradía de Belchite.

Estamos entre febrero y mayo de 1122. Alfonso el Batallador ha convocado a los más altos prelados de España: están el obispo de Toledo, Bernardo, y el de Santiago, Diego Gelmírez; está el legado del papa, el abad de la Grasse, y está Olegario de Tarragona; están el francés Guillermo de Auch y el abad Raimundo de Leyre. Están los principales obispos aragoneses: Esteban de Huesca, Ramón Guillén de Roda-Barbastro, Miguel de Tarazona, Sancho de Calahorra y Pedro de Librana de Zaragoza. Están también Bernardo de Sigüenza, Raimundo de Osma y el francés Guidón de Lescar. La asamblea tiene mucho de concilio. Y es esa asamblea la que, a propuesta del rey Batallador, acuerda crear una orden militar en Belchite.

¿Por qué Belchite? Porque es un punto crucial de la Reconquista aragonesa. Belchite ya era cristiana antes que Zaragoza: fue uno de los puntos tomados por el Batallador en su estrategia de cerco sobre la capital del Ebro.

Después de la conquista de Zaragoza, en 1118, quedaron abiertos extensísimos territorios al sur del Ebro y Belchite se convirtió en la vanguardia fronteriza del reino. Esos territorios estaban muy poco poblados; constituían, por tanto, una amenaza permanente, porque del mismo modo que estaban abiertos a la expansión aragonesa, también lo estaban al contraataque almorávide. Para asegurar la colonización, el Batallador dictó en 1119 un fuero extraordinariamente generoso: a todo el que acudiera a repoblar Belchite se le concedería exención penal absoluta, fueran cuales fueren los delitos cometidos con anterioridad. Es un procedimiento que ya hemos visto, algunas décadas antes, en la Castilla del sur del Duero. Así la frontera se irá llenando de un paisaje humano particularmente duro: gente que no tiene nada que perder.

Sin embargo, la tierra por cubrir es mucha —y además, áspera— y los efectivos humanos disponibles son escasos. Al sur del Ebro se extiende ahora una inmensa llanura enmarcada por las zonas montañosas del Jalón, al oeste; los montes de Teruel, al sur, y los territorios musulmanes de Lérida al este. No hay brazos suficientes en todo el Reino de Aragón para repoblar semejante inmensidad. La frontera sigue peligrosamente indefensa. Hay que asegurar puntos fuertes que protejan la repoblación, frenen los ataques enemigos y proyecten la expansión hacia el sur. Por eso es preciso encomendar la defensa a alguien dispuesto a consagrar su vida a la tarea. Y ésos serán los caballeros de la *Militia Christi* de Belchite.

La Cofradía Militar de Belchite ofrece varias novedades importantes. Hasta ese momento, los beneficios espirituales de la cruzada se concedían para misiones concretas: la conquista de una ciudad, por ejemplo, según hemos visto en los casos de Barbastro y Zaragoza. Ahora, por el contrario, la cruzada se convierte en una tarea permanente, cotidiana. Los estatutos de la cofradía lo dicen muy claro: del mismo modo que se ha arrancado de manos del infiel «el Sepulcro del Señor, Mallorca y Zaragoza y otras tierras, igualmente, con la protección divina, se abrirá por aquí el camino a Jerusalén, y la iglesia de Dios que todavía yace en cautividad, será liberada». El rey de Aragón acaba de declarar la cruzada global. Otra novedad: las órdenes militares preexistentes —los hospitalarios y los templarios, por ejemplo— estaban formadas por caballeros que consagraban a la orden toda su vida; por el contrario, la Cofradía de Belchite admitirá la prestación de servicio a tiempo parcial, y sus miembros serán lo mismo laicos que religiosos.

¿Cómo era la vida de un cofrade de Belchite? ¿Cuáles eran sus obligaciones y derechos? Conocemos todo eso gracias a los documentos de la época. Cualquier cristiano, clérigo o laico, que se quisiera hacer cofrade en Belchite o en cualquier otro castillo, y que dedicase toda su vida a la defensa de los cristianos, gozaría de la remisión de todos los pecados, previa confesión y mientras mantuviera la vida monacal o eremítica. A quien quisiera servir allí por un año, le valdría lo mismo que si hubiese acudido a Jerusalén y se le aseguraba la remisión de los pecados, debiendo, eso sí, guardar abstinencia los viernes. Estos beneficios se extendían a quienes sirvieran en la cofradía por un mes e incluso a quien enviara a otro para hacer el servicio en su nombre.

Los estatutos de la Cofradía de Belchite contemplaban la figura de lo que hoy llamaríamos «el cooperador», es decir, el notable que contribuía a la defensa no con sus armas, sino con su dinero, y que obtendría beneficios espirituales proporcionales al peculio aportado. En lo demás —ausencias por peregrinación, donaciones, herencias, etc.— el sistema era el mismo que en las órdenes militares ya existentes en Tierra Santa. En cuanto al botín que los caballeros pudieran ganar a los moros, ya fuera en bienes muebles o en tierras, se estipulaba que pasarían a pertenecer a los cofrades como exclusiva propiedad, es decir, que no tendrían que deducir el llamado «quinto real»: un impuesto que obligaba a pagar al rey un quinto de todas las ganancias obtenidas en la guerra. Ésta era la donación material del Batallador a la Cofradía. Conocemos también el nombre de su primer jefe: el «tenente» Galindo Sánchez, y después de él, su hermano Lope.

La Cofradía de Belchite fue la primera, pero el Batallador constituirá muy pronto, en 1124, una nueva *Militia Christi*: la Orden militar de Monreal. Estamos ahora en Monreal del Campo, aún más al sur que Belchite, ya en plena provincia de Teruel. ¿Para qué crear una orden militar allí? Monreal era una villa recién fundada: su nombre significa «mansión del rey celestial» y su propia razón de ser era estrictamente la cruzada, pues la ciudad se edificó para, desde allí, garantizar las comunicaciones hacia el Mediterráneo. La idea se le ocurrió, al parecer, al veterano Gastón de Bearn: cuando los moros del Mediterráneo fueran vencidos, habría que asegurar el camino hasta el mar para que los peregrinos acudieran a Tierra Santa. Y como la zona estaba prácticamente despoblada y era pobre en recursos, había que crear un área protegida que proporcionara al mismo tiempo avituallamiento y defensa. ¿Quién protegería el área en cuestión? Una Milicia de Cristo: la Orden de Monreal.

La Orden de Monreal se vio así convertida en columna vertebral de un extensísimo territorio que iba desde el río Jiloca hasta el área de Segorbe. El rey Batallador le concedió notables rentas para su mantenimiento. Así mismo, todas las diócesis del reino cooperaron a la obra, tanto permitiendo a sus clérigos acudir a la Orden, como en sufragios, misas y oraciones por los cofrades. El obispo francés Guillermo de Auch se hizo cofrade. Otros nombres franceses aparecen entre los primeros caballeros: además de Gastón de Bearn, encontramos al conde Rotrón de Perche, a Silvestre de Saint-Calais, a Reinaldo de Beileul y a Arnaldo de Lavedán. Eran los mismos caballeros que habían llegado hasta Peñacadiella antes de que Alfonso emprendiera su formidable aventura mozárabe de Granada.

¿Fueron muchos, los cruzados de Belchite y Monreal? ¿Fueron pocos? ¿Tuvieron éxito? Parece que fueron pocos: de hecho, con frecuencia encontramos en Belchite y Monreal los mismos nombres, como el de Galindo Sánchez y sus caballeros fronteros. En cuanto a su éxito, fue relativo: después de la agotadora campaña mozárabe del Batallador, sus huestes debieron de quedar muy mermadas. Y el objetivo fundamental de las órdenes militares aragonesas en el este, que era la conquista de Tortosa para llegar al mar, no se logró sino mucho más tarde.

Las órdenes aragonesas, sin embargo, no desaparecieron. Cuando muera el Batallador, el propio rey de León Alfonso VII se hará cofrade y asegurará su reorganización. Años más tarde, Belchite y Monreal terminarán integrándose en la Orden del Temple. Y así los primeros templarios españoles serán aragoneses: los de la Cofradía de Belchite, la primera orden militar de la historia de España.

La repoblación de la frontera: los concejos

Aquí hemos dicho que la Reconquista fue, más que una larga operación militar, una gran aventura popular. Tenemos que hacer un esfuerzo de imaginación y tratar de situarnos en aquella España. La cristiandad ha recuperado ya casi la mitad del territorio peninsular. Sin embargo, inmensos espacios de esta España cristiana están enteramente vacíos, y no sólo en la frontera, sino también en el norte. La población es escasa. Por ejemplo, las grandes ciudades vascas —Bilbao, Vitoria, San Sebastián— aún no existen: son minúsculos asentamientos aldeanos o monacales cuya existencia sólo

conocemos porque sus pocos habitantes pagaban modestos tributos a algún monasterio local. También estaba prácticamente desierta la actual provincia de Teruel, sin otra presencia que pequeñas plazas militares aisladas y, a su alrededor, mínimos enclaves campesinos. La población se concentraba en los solares originarios de los distintos reinos, en el norte, y en las villas nacidas a lo largo del Camino de Santiago. Más al sur de esa línea, todo el territorio quedaba abierto para la repoblación. Y aquí entra en juego una nueva figura: el concejo.

¿En qué consistía la repoblación concejil? Fundamentalmente, en que el agente protagonista de la colonización ya no son los pioneros privados, sino las comunidades de aldea que han venido a instalarse en tal o cual lugar, con frecuencia por impulso de la propia corona.

Los vecinos de estas aldeas quedan bajo la protección —y bajo el mando — de delegados del poder real, ya se trate de condes o *merinos*, que representan el orden y administran la ley. La corona otorga a estos concejos fueros específicos que regulan su vida colectiva y también, con frecuencia, sus derechos y deberes individuales. Cuanto más al sur se halle el lugar repoblado, esto es, cuanto más expuesto esté frente al enemigo musulmán, mayores serán los derechos y libertades de los vecinos, para atraer así a un número creciente de colonos.

De esta manera, a lo largo de los siglos XI y XII fue llenándose el mapa de la España cristiana de concejos, a veces en localidades de nueva creación, otras veces en viejos asentamientos que llevaban una vida precaria con muy pocos habitantes y que era preciso colmatar. Aparecen concejos en el Camino de Santiago, aparecen también en las áreas que habían quedado despobladas en la Meseta norte, y aparecen sobre todo, con rasgos muy singulares, en la Extremadura, de cara al Sistema Central y al valle del Tajo. ¿Por qué precisamente en esta última línea? Por razones militares: era en estos puntos —Salamanca, Ávila, Segovia, por ejemplo— donde se abrían los caminos hacia el sur, de manera que su control resultaba de primera importancia para taponar las incursiones almorávides y, al mismo tiempo, para proyectarse hacia el valle del Tajo, es decir, hacia tierra musulmana.

Salamanca, Ávila, Segovia: desde el momento en que la cristiandad recuperó Toledo, la importancia de estas tres plazas se hizo decisiva. El poder almorávide era demasiado fuerte como para que el Reino de León pudiera asegurar la frontera en el cauce del Tajo. Resultaba mucho más seguro emplazar las bases principales un poco más al norte, en las localidades que

vigilan los pasos a través del Sistema Central, desde la sierra de Béjar hasta la de Guadarrama. Y así Salamanca, Segovia y Ávila, aunque ya habían conocido movimientos de repoblación en años anteriores, se convirtieron ahora en objetivos fundamentales de la política repobladora.

Vamos a asistir así a un largo proceso que abarca más de medio siglo, desde las últimas décadas del siglo XI hasta las primeras del XII. A lo largo de ese periodo nacen estas ciudades. En Salamanca, como en Ávila, no había hasta entonces más que pequeños asentamientos aldeanos establecidos en los mismos núcleos que ya habían conocido habitantes desde tiempos de los romanos. La política repobladora consistirá en unir esos núcleos dispersos, agrupándolos bajo una muralla o un sistema fortificado. Y acto seguido, en abrir la ciudad a la llegada de nuevos vecinos. A Salamanca llegan asturianos, gallegos, leoneses y zamoranos. A Segovia, castellanos de Burgos, Valladolid y Palencia. A Ávila, lo mismo leoneses que castellanos, pero también gran cantidad de riojanos, vascos y navarros. Y junto a todos ellos, los mozárabes que huyen del sur musulmán y los francos que vienen de Europa. Así se construye la España medieval.

La repoblación de estos puntos cambia el paisaje. A partir de ellos se dibujan ahora nuevas líneas de proyección hacia el sur. Desde Salamanca parten líneas hacia Ciudad Rodrigo y Coímbra, por el oeste, y hacia Coria por el sur, sobre la línea del Tormes. Desde Ávila se asegura la comunicación con Toledo a través de las fortalezas de Escalona y Maqueda. Desde Segovia se cumple la misma función a través de los puertos del Guadarrama. Si nos tomamos la molestia de coger un mapa y trazar líneas que unan todos estos puntos, veremos cómo nace una auténtica red. Y los territorios que quedan dentro de esa red se convierten en la nueva frontera de las gentes de la Reconquista. Ésa es ahora la Extremadura.

Una vida dura, la de la frontera. Y en menor escala, porque el territorio era más pequeño, lo mismo que estaba pasando en la Extremadura castellana estaba ocurriendo también en la frontera aragonesa. Aquí, en Aragón, la repoblación tenía que luchar con dos inconvenientes mayores: por un lado, la aspereza de la propia tierra, que invitaba poco a la llegada de colonos; por otro, la mayor cercanía del enemigo musulmán, que no va a dejar de repetir las incursiones de saqueo en zona cristiana. ¿Cómo fue la repoblación en Aragón?

Los grandes espacios de Aragón

Si hay alguien que batió el récord de mayores conquistas territoriales en menos tiempo, fue sin duda Alfonso I el Batallador. El rey cruzado, con las coronas de Aragón y Navarra sobre sus sienes, fue capaz de aumentar exponencialmente los espacios del reino. Cuando llegó al trono, el límite sur de Aragón era la línea Huesca-Barbastro; veinte años después, las banderas aragonesas habían llegado hasta tierras de Teruel y Guadalajara. Nunca nadie conquistó tanto en menos tiempo.

La clave de esta enorme expansión estuvo en la conquista de Zaragoza, que dobló el brazo de los almorávides y abrió el camino de Aragón hacia los grandes llanos del sur. Ahora bien, ¿qué hacer después? Aragón era un reino muy pequeño y su población era muy escasa. Aunque contaba con las aportaciones demográficas de Navarra y La Rioja, que estaban bajo su corona, había muy poca gente allí. Y sin gente, ¿cómo llenar los territorios conquistados? Al Batallador se le planteaba un serio problema.

Aquí hemos visto a Alfonso el Batallador ensayando diversos métodos para colmatar de población sus nuevos territorios: creando órdenes militares en los puestos fronterizos, importando personalmente masas de miles de mozárabes del sur, etc. En ese trabajo de repoblación, un instrumento fundamental fueron las cartas pueblas y los fueros, es decir, los documentos legales que concedían derechos a los pobladores de un lugar determinado. El Batallador multiplicará esas cartas pueblas, que pronto van a convertirse en la pieza básica del derecho aragonés.

Cuando cayó Zaragoza y el rey puso allí su capital, el territorio que quedaba bajo su control era cualquier cosa menos amable. Fuera de lo que era propiamente el valle del Ebro, con sus vegas fértiles, el resto del espacio aragonés era una colección dispersa de núcleos rurales con grandes espacios vacíos a su alrededor. La población de esos núcleos era mayoritariamente musulmana, pues no en vano había sido dominada durante casi tres siglos por el islam. También existían habitantes mozárabes, pero eran minoritarios. Así las cosas, la prioridad de la corona era retener a los pobladores musulmanes, para que los campos no se quedaran vacíos, y al mismo tiempo tratar de que los cristianos del norte acudieran a estas nuevas zonas.

A los musulmanes se los retuvo en sus tierras mediante ventajosas capitulaciones que les aseguraban un régimen de vida mejor que el que tenían bajo dominio almorávide. Pero con la población musulmana no era suficiente:

no sólo porque los territorios eran muy extensos, sino también porque, para garantizar política y militarmente el control de estos espacios, era necesario que una masa campesina de repobladores cristianos se instalara allí. Unas veces se trataba de repoblar un lugar recién conquistado, asegurar su defensa y garantizar el establecimiento permanente de una comunidad cristiana. En otras ocasiones, el objetivo era hacer que naciera un lugar de nueva fundación. Y para atraer a los cristianos, se echó mano de la garantía legal: derechos, franquicias, exenciones… Eso es lo que hicieron las cartas pueblas, primero, y los fueros después.

Una carta puebla es un documento legal. Se expide en nombre de la corona y tiene fuerza de ley. En realidad podemos considerarla como un contrato: a quien acude a repoblar un lugar concreto se le conceden determinados derechos. Es el mismo procedimiento que se había venido utilizando en Castilla y en León desde principios del siglo IX. La carta puebla regula cómo van a vivir los colonos: las condiciones para ser propietario, sus derechos sobre espacios comunes (pastos, ríos, etc.), los tributos que han de pagar, la transmisión de herencias, quién se va a encargar de aplicarla justicia…

Cuanto más acuciante es la necesidad de atraer a nuevos colonos, más generoso es el capítulo tributario: hay cartas pueblas que en realidad son una colección de exenciones y ventajas. Y cuando el legislador siente la necesidad de extender la reglamentación a cuestiones penales y procesales, es decir, cuando crea un régimen jurídico, entonces la carta puebla asciende un peldaño: nace el fuero.

En Aragón existían cartas pueblas desde el primer momento. Una de las más antiguas es la que Sancho Ramírez de Aragón y su hijo Pedro concedieron a los hombres de Estadilla para que se instalaran en Monzón. Aragón acababa de reconquistar esta plaza y necesitaba poblarla con cristianos. Ahí es donde entran los hombres de Estadilla, un pueblo cercano a Barbastro, al otro lado del Cinca. ¿Qué se ofrece a la gente de Estadilla para que baje a Monzón? Monzón está a apenas veinte kilómetros, pero es tierra de frontera y los peligros son numerosos. Lo que hace la corona es ofrecer cartas de franquicia que eximen a los colonos de pagar ciertos tributos y de prestar determinados servicios. A una parte de los colonos se les concedió incluso el estatuto de los llamados «*infanzones* ermunios», es decir, el que gozaban los caballeros que por su nobleza quedaban libres de servicios y tributos ordinarios.

El mismo modelo se aplicó en otros muchos lugares. Cuando se conquista Barbastro, a los repobladores se les concede el estatuto de los *infanzones* de Sobrarbe, lo cual es tanto como reconocerles rango de nobleza. Y cuando se reconquiste Huesca, el rey de Aragón otorgará a todos sus pobladores, tanto a los que ya estaban allí como a los nuevos que fueran, los privilegios de «ingenuidad y franqueza». «Ingenuidad»: literalmente, no tener que arrodillarse, que ése es el origen del término en latín. Y «franqueza»: poder hablar sin temor a las consecuencias, porque uno es libre. Lo mismo encontraremos más tarde en Egea y en Sádaba.

Esto de la «franqueza» nos remite una vez más a los francos, es decir, a los europeos que venían a España atraídos por el Camino de Santiago, y que tan importantes fueron para el desarrollo urbano de la cristiandad española y muy particularmente de Aragón. A la corona le interesaba muchísimo consolidar núcleos de población estable a lo largo del Camino, especialmente en la línea Somport-Jaca-Sangüesa-Estella. Como los efectivos demográficos de Aragón eran insuficientes, la afluencia de población extranjera permitía llenar los espacios ganados en la Reconquista sin necesidad de trasladar población autóctona. Y la forma de conseguir que estos francos se quedaran en Aragón era otorgarles derechos, que así empezaron a llamarse franquicias.

Este contexto social y político va a propiciar el desarrollo de un género jurídico específico: los fueros. El más importante es el de Jaca, dictado entre 1065 y 1080 —la fecha exacta está sujeta a discusión—, y es el más importante porque sirvió de modelo a todos los posteriores. El Fuero de Jaca es un fuero breve, arcaico, limitado a veinticuatro disposiciones, pero suficiente para sentar no sólo las condiciones de la repoblación, sino también los derechos de los vecinos en el ámbito penal. A medida que el Fuero de Jaca iba siendo confirmado por los sucesivos reyes, el texto se iba ampliando y, más aún, se convertía en referencia para nuevas compilaciones, de manera que terminó siendo el auténtico núcleo del derecho aragonés.

Después de la conquista de Zaragoza, cuando toda la tierra de Aragón quede abierta, Alfonso el Batallador multiplicará las cartas pueblas y los fueros. Encontramos cartas pueblas en Tormos, en Barbués, en Cariñena, en Alfajarín… Las condiciones de repoblación suelen ser excelentes: en Cariñena, por ejemplo, a una familia se le concede la propiedad sobre todos los terrenos que fuera capaz de poblar; en María de Huerva se conceden a cada caballero dos yugadas de tierra, y a cada peón, una yugada. ¿Qué es una

yugada? La cantidad de tierra que es capaz de trabajar en un día una pareja o yunta de bueyes; aproximadamente, entre 2.500 y 3.000 metros cuadrados.

El resultado de esta política de repoblación fue el nacimiento de una sociedad de medianos y pequeños propietarios, como había ocurrido en el Reino de Asturias a partir del siglo IX, pero con el relevante matiz de que aquí, en Aragón, no sólo entraban los propietarios de tierras, sino también, desde el principio, los comerciantes y los burgueses. Además, la existencia de un derecho progresivamente codificado hará que los fueros, para Aragón y Navarra, se conviertan en la base misma de la identidad colectiva. El Fuero de Jaca se extiende a Estella, Pamplona y San Sebastián, y se convierte incluso en referencia para los fueros castellanos.

Ahora bien, ¿qué vigencia tenía el Fuero de Jaca más al sur, donde la vida burguesa era prácticamente inexistente? Al sur, en la frontera, la vida no era burguesa y comercial, sino campesina y militar: era la tierra de los *infanzones*, y esta gente necesitaba leyes distintas. De todas ellas nacerá, andando el tiempo, el Fuero de Aragón.

Los *infanzones*: una y otra vez nos tropezamos con ellos. Son los caballeros fronteros, las gentes de la frontera; campesinos con armas y caballo que prestan servicio en la guerra y que por ello reclaman —y se les concede — la condición de nobleza. Lo mismo en León que en Castilla y aquí, en Aragón, el *infanzón* es el protagonista de la Reconquista. ¿Cómo vivía aquella gente? El mundo que se está construyendo es un mundo a su medida. De los *infanzones* hay que hablar ahora.

Caballeros de frontera: el tiempo de los infanzones

Gente dura y bragada, acostumbrada a lidiar lo mismo con las malas cosechas que con los ladrones de ganado y con los moros de la frontera: así eran los nuevos *infanzones*. Colonos de la primera hora, campesinos enriquecidos, al menos lo suficiente para poseer un caballo y algunas armas. Habían llegado a las tierras de nadie con una mano delante y otra detrás, dueños de un espacio vacío que iban a hacer crecer con su propio sudor. Los reyes y los condes vieron en esta gente, acostumbrada a vivir al límite, su mejor baza para proteger la frontera. Y así nació un grupo social único en el medioevo europeo: una nobleza de aldea que impuso sus derechos a la corona y a la nobleza de sangre.

Al *infanzón* vamos a verle desempeñando un papel central en el orden social de la frontera, tanto en la Extremadura castellana como en los nuevos espacios de Aragón. Ellos son los intermediarios entre la masa campesina y los magnates, e incluso con la misma corona. El mundo de la frontera es, con frecuencia, un mundo nuevo: importa poco el origen y la posición social que uno ostentara con anterioridad. Aquí el linaje se construye desde cero; por eso la frontera es una tierra de oportunidades. En ese mundo nuevo, el que está arriba es el que se las ha arreglado para tener tierras propias y para armarse, es decir, el que ha logrado poseer un relevante estatus económico y militar. Y lo económico y lo militar otorgan a su vez una preeminencia social y política en los nuevos concejos. Así el caballero de aldea llega a ser la pieza clave de la sociedad concejil.

Hay que insistir en que la prestación de servicios militares juega un papel determinante en ese ascenso social. La batalla de Valtierra, por ejemplo, donde las huestes aragonesas desarbolan al último rey taifa de Zaragoza, la libra el rey Alfonso con «la caballería reunida del país», como dice la Crónica. No son los magnates ni los paladines, ni guerreros de profesión, sino paisanos que prestan servicios de armas: cuando el rey los llama, abandonan los campos y acuden con sus monturas y sus lanzas. Pero este inquieto grupo social no saca la lanza sólo cuando el rey lo reclama: también prodiga por su cuenta las expediciones de saqueo sobre tierras moras, convirtiendo el botín en una fuente regular de ingresos.

En Ávila, por la misma época de Valtierra, los colonos recién llegados al calor de la repoblación sufren una aceifa musulmana; los moros habían corrido hasta allá aprovechando que los caballeros aldeanos estaban fuera, quizá en una expedición semejante. Dice la Crónica que los moros llegaron hasta las puertas —esto es, no entraron en la ciudad— y se llevaron cuanto encontraron extramuros: «Hombres y bestias y ganados y cuanto fuera hallaron». Ese mismo día llegan los caballeros y se encuentran con el desastre. Sin perder un minuto, organizan una expedición de castigo. Piden a los lugareños que les acompañen. Muchos parten con los caballeros, pero no tardan en volver grupas, quizá amedrentados por la aventura. Los caballeros continúan solos, alcanzan al enemigo y se lanzan contra él: «Fueron a herir a los moros —dice la Crónica— y venciéronlos y mataron muchos de ellos, y ganaron gran botín y volvieron con todo lo que les habían quitado».

Los caballeros de aldea no lanzan expediciones de castigo por orden del rey: obran con una autonomía casi absoluta y hacen su propia guerra. Una

guerra privada que, sin embargo, contribuye a fortalecer la solidez de la frontera, de manera que la corona rarísima vez va a actuar contra ellos. Al contrario, ésa es la gente que la corona necesita para gobernar unos espacios de seguridad precaria. Cuando Raimundo de Borgoña —el yerno de Alfonso VI— tenga que organizar la repoblación de la Extremadura, ya más cerca del Tajo que del Duero, reservará los cargos del concejo para los caballeros aldeanos, excluyendo al resto de los vecinos. Así los caballeros se convierten en una auténtica aristocracia urbana.

Este rango aristocrático no es metafórico, sino material: muy pronto los caballeros de aldea son equiparados en los fueros a los *infanzones*, es decir, a la baja nobleza, y en breve plazo el término «infanzón» pasa a denominar casi exclusivamente a este grupo social de propietarios campesinos con armas. En Castilla lo veremos en los fueros de Castrojeriz y Sepúlveda, de los que ya hemos hablado aquí. En Aragón lo veremos igualmente en los sucesivos fueros que la corona otorga a medida que la frontera baja hacia el sur. Y no es sólo cuestión de reglamentos. De hecho, hay un intenso fenómeno de fusión matrimonial entre ambos grupos, al principio diferenciados: los caballeros de aldea se casan con hijas de *infanzones* y las hijas de los caballeros son dadas en matrimonio a los jóvenes de la nobleza *infanzona*. El Cid, recordémoslo, era hijo de un *infanzón*.

Tal y como había ocurrido en Castilla, también en Aragón los *infanzones* marcan la pauta. En Zaragoza, Alfonso I el Batallador entra triunfal y lo primero que hace es otorgar un fuero de Infanzones. Con esa medida promueve un ascenso generalizado de los repobladores en la escala social. Lo mismo hará en otros lugares a medida que la Reconquista aragonesa baje hacia el sur. Así aparecen en Aragón tres tipos de *infanzones*. Primero están los llamados «ermunios», es decir, los que descendían por linaje de caballeros; son los *infanzones* primitivos. Enseguida aparece un segundo tipo de *infanzón*, que es el «de carta», o sea, aquel que llegaba a esta condición por concesión directa e individual del rey, con frecuencia como recompensa por algún servicio de armas. Y después, en la estela de la colonización de nuevos espacios, aparece el *infanzón* «de población», esto es, el hombre libre elevado a esa dignidad por su actividad repobladora.

Los *infanzones* de población van a ser pronto muy numerosos en tierras de Aragón. El rey promueve a la categoría de *infanzones*, colectivamente, a todos los que vayan a poblar un territorio. Esto significa una auténtica revolución social, porque multiplica el número de hombres libres en el reino.

Un ejemplo insuperable es el que nos da el propio Batallador cuando, después de su prodigiosa cabalgada por tierras almorávides, que aquí hemos contado en detalle, decide hacer *infanzones* a todos los mozárabes que volvieron con él al norte. Así lo dictó el rey cruzado:

> *En el nombre de Dios y de su gracia, yo, Alfonso, emperador por la gracia de Dios, os extiendo esta carta de donación y exención a todos los cristianos mozárabes que he traído, con la ayuda de Dios, del poder de los sarracenos, para llevarlos a tierra de cristianos. De buen grado y espontáneamente, por amor a Dios y a la cristiandad, y porque en nombre de Cristo y por amor a mi persona habéis abandonado vuestras tierras y vuestras heredades, y me habéis acompañado a poblar mis tierras, os concedo buenos fueros en todas ellas. Que gocéis de exención, libertad y franqueza vosotros, vuestros hijos y todos vuestros descendientes, así como todos los que poblaren con vosotros, extendiéndose estas garantías a todos los inmuebles que podáis ocupar, trabajar y poner en explotación en las localidades y términos que os diere y confiare.*
>
> *Y vosotros, mozárabes, que no paguéis tributo sobre las mercancías en todas mis tierras, en todas las operaciones mercantiles que hiciereis en ellas. Y que no prestéis servicio de hueste ni de cabalgada contra cristianos ni vosotros ni vuestros descendientes. Y que, en caso de que tengáis pleitos con forasteros, que celebréis los juicios a las puertas de vuestras poblaciones. Si no os agradare la sentencia y yo estuviere cerca, que podáis apelar ante mí. Si no estuviere en las proximidades, que tengáis un plazo hasta que yo vuelva y podáis presentarme la apelación. En lo tocante a los litigios que surjan entre vosotros mismos, que se os juzgue según vuestro fuero y vuestra costumbre tradicionales. Y que os desplacéis por todas mis tierras allá donde queráis, con libertad y seguridad para vuestras personas y bienes. Y que ninguno cometa contra vosotros abusos y desafueros, quebrantando vuestros privilegios. Si alguien actuare así, que pague de multa mil morabetinos y que os indemnice por el valor del perjuicio, más la novena.*

Éste es el Fuero de Alfaro, así llamado por la localidad donde se dictó. Basta ver sus artículos para entender por qué era tan importante alcanzar la condición de *infanzón*: exención de tributos, dependencia directa del rey y no de los nobles, protección de propiedades, libertad de movimientos… Y

podemos imaginar la emoción de aquellos mozárabes del Batallador, que hasta poco antes habían sido siervos severamente explotados en el Al-Ándalus almorávide, al verse convertidos en hombres libres llenos de privilegios.

Los *infanzones* llenarán las milicias concejales en la Extremadura y las huestes de los reyes en Aragón. A medida que la Reconquista se extienda hacia el sur, esta brava gente quedará en sus tierras como una pequeña aristocracia urbana, cada vez más dedicada al gobierno local y cada vez menos entregada a la guerra. Pero en los nuevos espacios surgirán colonos nuevos, y con ellos volverá a repetirse el proceso: gentes que desde la nada, a base de esfuerzo y riesgo, alcanzan la condición hidalga. También por eso la Reconquista fue una aventura popular: porque significó una oportunidad, única en Europa, de ascenso social.

La represión almorávide y la subversión almohade

Y mientras tanto, ¿qué estaba pasando en la España mora, que seguía bajo el poder del Imperio almorávide? Dos grandes procesos: por un lado, la crisis del sistema almorávide y sus problemas económicos, con una masiva subida de impuestos; después, la gran represión contra los mozárabes, esto es, los cristianos de Al-Ándalus. Todo eso se va a complicar con la aparición en África de una nueva corriente aún más radical que los almorávides: los almohades. Así el problema económico y social se enreda con un problema religioso y político. El mundo almorávide estaba sufriendo serios golpes y no tardaría en desmoronarse.

Empecemos por la represión: a la altura de 1125-1130, la situación de los mozárabes se hace muy difícil. Nos falta información, digamos «social», para hacer una crónica de las medidas que el poder almorávide tomó contra la población mozárabe de Al-Ándalus. Pero conocemos la represión posterior a la cabalgada de Alfonso el Batallador, la deportación masiva ejecutada por los almorávides y el traslado forzoso a África de miles de cristianos *andalusíes*. Sabemos que esa represión no fue la primera, aunque sí la más numerosa, y sabemos que tampoco fue la última, porque las deportaciones iban a proseguir en los años siguientes.

¿Por qué lo sabemos? Porque se conservan dos *fatwas* o sentencias de esa época en las que se examina el derecho de los cristianos bajo gobierno

musulmán a conservar sus iglesias y a emplear los bienes recaudados por éstas. Y de esas *fatwas* se deduce una sola y nítida conclusión: los mozárabes, que ya eran ciudadanos de segunda en Al-Ándalus, vieron toda vía empeorada su situación a partir de ese momento, tanto en el territorio peninsular como en el norte de África. Su derecho a profesar la religión cristiana se complicaba. Y en cuanto a las posibilidades de sufragar mínimamente las iglesias y mantener al escasísimo clero local, empezaban a reducirse de manera alarmante. Conocemos, por cierto, el nombre de un obispo mozárabe deportado a Marruecos: Miguel Abdelaziz, desterrado a Fez en 1126 y que tuvo tiempo de traducir los Evangelios al árabe antes de morir en 1137.

¿Cómo vivían los mozárabes deportados al norte de África? Mal. Los autores filo islámicos insisten en que no era tan mala la situación, porque los cristianos seguían en condición de «protegidos». O sea que no eran esclavos ni se los mataba. Olvidan estos autores —o fingen olvidar— que el término «protegidos» *(dimíes)* era en realidad un eufemismo para designar la condición servil, con el agravante de que la servidumbre incluía la obligación de pagar enormes sumas de impuestos. Consta, además, que a muchos de ellos se les obligó a entrar al servicio de los jefes almorávides como soldados. Los almorávides ya contaban desde tiempo atrás con unidades militares de cautivos cristianos: había españoles, pero también italianos y bizantinos, capturados en mil combates. Sabemos quién era el jefe de estos soldados cristianos: un noble catalán llamado Reverter. A estas unidades de conscriptos cristianos no las utilizaban para luchar contra los reinos españoles —corrían el riesgo de que se pasaran al enemigo—, sino a modo de guardia personal en África y para el otro gran problema de los almorávides: luchar contra los almohades.

Luchar contra los almohades: éste era el principal problema de los almorávides. ¿Y quiénes eran los almohades? Aquí ya hemos avanzado algo: una nueva escuela religioso-política fundada en Marruecos por un tal Ibn Tumart. En principio, sólo era una corriente fundamentalista más, entre las muchas que el islam iba generando. Pero este Ibn Tumart no era un visionario más: tenía una teología bien desarrollada y, además, contaba con el respaldo unánime de su pueblo, los *masmuda* de la cordillera del Atlas.

Abu Aldabá Muhammad Ibn Tumart se había criado en un ambiente de profunda devoción religiosa. Muy joven, pudo estudiar en Córdoba. Después peregrinó a La Meca y, una vez allí, en la ciudad santa de los musulmanes, se dedicó a criticar la relajación de costumbres de sus correligionarios. Tan

intensa fue su actividad crítica que terminó viéndose expulsado de La Meca. Marchó entonces a Bagdad, donde ingresó en una escuela fundamentalista. Cuando regresó a Marruecos, con veintiocho años, lanzó su propia doctrina: condena radical de cualquier interpretación personal de la fe, acatamiento sin fisuras de la tradición y de los principios validados por los intérpretes del islam, persecución radical de la heterodoxia y prohibición de toda muestra de relajación de costumbres. De ahí viene la palabra almohade «dos que reconocen la unidad de Dios».

No era sólo teoría: Ibn Tumart lideró personalmente ataques contra los comerciantes de bebidas alcohólicas. Y aquel hombre se convirtió en un problema político de primera magnitud para el orden almorávide cuando apuntó todavía más alto: atacó a la hermana del propio emir Alí ibn Yusuf, porque la mujer había osado salir a la calle sin velo. El incidente causó conmoción en el mundo almorávide. El emir se vio obligado a convocar un consejo de sabios, con el propio Ibn Tumart presente, para que examinara la cuestión. El consejo declaró que Ibn Tumart era demasiado radical y le condenó a prisión. El emir sabía que meter a aquel hombre en presidio sólo le causaría problemas, de manera que permitió su fuga. El líder de los almohades, sin embargo, no cejó.

Es en este momento cuando comienza la predicación de Ibn Tumart por todo el territorio marroquí. Refugiado en el Atlas y protegido por sus *masmuda*, nuestro hombre camina de pueblo en pueblo invocando la regeneración del islam. Se autoproclama *mahdi*, que quiere decir el guiado, el profeta redentor del islam. Funda una orden de fieles que actúa como vanguardia del movimiento: los Hargha. En algunas zonas le expulsan con violencia, pero en otras le acatan como nuevo caudillo religioso y político. La cuestión religiosa se mezcla con las ásperas disensiones tribales de Marruecos. Todos los que están contra los almorávides —y son muchos— se acogen al partido almohade. Es una auténtica rebelión. Las prédicas almohades llegan a Al-Ándalus, donde el terreno es propicio para la subversión contra los almorávides: las derrotas militares y la crisis económica mueven los ojos de muchos musulmanes españoles hacia este nuevo redentor.

El emir Alí ibn Yusuf entiende que tiene que actuar contra el turbulento Ibn Tumart. Lo hace a lo grande, lanzando a sus ejércitos contra las bases almohades en Tinmel, en el Atlas, cien kilómetros al sur de Marrakech. Fue un error: fuertes en sus montañas, los almohades rechazaron a los antes invencibles almorávides. Era el año 1125, el mismo que estaba viendo a los

aragoneses del Batallador llegar a las puertas de Granada. Ahora era la oportunidad de las gentes de Ibn Tumart, que lanzaron una ofensiva contra la propia Marrakech, la capital almorávide. Esto ya era una guerra abierta. En esa guerra morirá oscuramente, hacia 1128, el fundador Ibn Tumart, pero sus partidarios mantendrán su muerte en secreto. Un nuevo líder, Abd al-Mumin, argelino de Tremecén, toma el relevo y mantiene la bandera. Marruecos empieza a desangrarse en una larga guerra civil.

Mientras el paisaje se complicaba para los almorávides en el sur, con la subversión almohade, también se les complicaba por el norte con el creciente malestar de la población autóctona. Al descontento creado por el incesante aumento de los impuestos se sumaba la irritación de la gente por las medidas de tipo represivo. En 1121 ya había habido un levantamiento popular en Córdoba. A partir de ahora habrá más. Un ejemplo: después de la cabalgada de Alfonso el Batallador por tierras granadinas, el poder almorávide decide reconstruir las murallas de la ciudad; para sufragar la reconstrucción, al gobernador no se le ocurre mejor cosa que obligar a los granadinos a pagar los trabajos. La carga no cae sobre los mozárabes, muchos de los cuales ya han sido deportados, sino sobre la población musulmana local. Se genera un conflicto que traerá protestas y reclamaciones; protestas que a su vez moverán al poder a intensificar la presión. Así el malestar crece.

Y a río revuelto, ganancia de pescadores: con el Imperio almorávide en crisis por el norte y por el sur, las grandes familias locales de Al-Ándalus ven llegada la oportunidad de sacudirse un tanto el incómodo yugo de sus jefes. También otros musulmanes españoles ven que se acerca su hora. ¿Recuerda usted al último rey taifa de Zaragoza? Cuando los almorávides le echaron de la capital del Ebro, había pactado con Alfonso el Batallador para mantener un escueto dominio en Rueda de Jalón. Pues bien: ahora el hijo de este caballero, Sayf al-Dawla, Zafadola en las crónicas cristianas, acariciaba la revancha. Después de medio siglo de dominio, el mundo almorávide comenzaba a desplomarse con estrépito. Empezaba a dibujarse un mapa nuevo. Pero aún faltaban un par de piezas. Las veremos ahora.

La cuestión portuguesa

A la altura del año 1128 ocurrió algo que iba a ser decisivo para el futuro de la cristiandad peninsular: las dos Galicias, la del norte y la del sur, se separaban.

Y de la Galicia del sur, el condado portucalense, nacía algo que pronto sería el Reino de Portugal. Vamos a ver a un niño, Alfonso Enríquez, convertido en líder de los portugueses bajo la dirección de un obispo, el de Coímbra; y vamos a ver a una madre, Teresa de Portugal, enfrentada a su propio hijo. Contemos cómo ocurrió.

Aquí hemos hablado largamente de los problemas gallegos y portugueses, que marcaron los primeros decenios del siglo XII en el Reino de León. Hemos visto a las dos hermanastras, Urraca de León y Teresa de Portugal, jugando sus cartas en direcciones contrapuestas. Teresa, hija ilegítima de Alfonso V, viuda de Enrique de Borgoña, se había convertido en poder autónomo en una vasta región que comprendía desde el Miño hasta Coímbra. Y en esa afirmación de su propio poder había encontrado el apoyo de numerosos nobles, tanto gallegos como portugueses.

Es importante subrayar una cosa: Teresa no quería emancipar Portugal. Teresa, para empezar, no sentía que Portugal fuera algo distinto a Galicia. Lo que ella quería era recuperar los territorios al norte del Miño e incorporarlos a sus dominios. Eso la enfrentaba necesariamente a su hermanastra Urraca, la reina, y a la inversa, le granjeaba la amistad de los magnates opuestos al poder de la corona. ¿Qué magnates? Entre otros, los poderosos Traba, de los que también hemos hablado mucho aquí. Y de esos Traba, la viuda Teresa fue a enamorarse locamente de uno: Fernán Pérez, el hijo más distinguido del viejo conde Pedro de Traba. En aquel momento —todo debió de empezar hacia 1116— Teresa tenía unos treinta y dos años y Fernán andaría por los veinticinco. Fernán ya estaba casado —con una tal Sancha—, pero repudió a su esposa y se quedó a vivir en la alcoba de Teresa.

Nace así una alianza que va a ir mucho más allá de los lazos eróticos. Teresa hace a Fernán gobernador de Coímbra y Oporto. Más aún: la condesa viuda casa a su hija Urraca, que debía de ser una niña, con el primogénito de los Traba, Bermudo, al que nombra gobernador de Viseu. De este modo se configura un polo de poder galaico-portugués que aspira a unificar todos los territorios del oeste. Y para ese proyecto hay que contar con una pieza esencial: Diego Gelmírez, el arzobispo de Santiago de Compostela, que a su vez soñaba con poner todo el oeste del reino bajo la autoridad de la sede compostelana. Ahora bien, el proyecto de Teresa dejó bastante insatisfechos a los nobles del sur, los del territorio portugués. Y en particular al arzobispo de Braga, Palo Mendes, que no tenía la menor intención de dejarse comer por la diócesis compostelana.

¿Por qué era tan importante la cuestión de las diócesis? Porque en aquella época la única organización territorial estable seguía siendo la de las circunscripciones eclesiásticas, como en tiempos de los godos. Las divisiones de territorios feudales no eran propiamente distritos: una región era gobernada por un señor, pero no siempre pertenecía a él y, por otro lado, podía ser dividida a su vez por herencia o intercambiada con otro. Por el contrario, las sedes episcopales marcaban derechos y deberes, tributos y obligaciones, dependencias y vecindades, y muy difícilmente cambiaban de naturaleza. De manera que si uno quería construir un dominio político, la manera más eficaz de conseguirlo era procurar que sus límites coincidieran con los de una diócesis eclesiástica. Y eso era lo que estaba pasando en Portugal en torno a la diócesis de Braga.

Gelmírez, el arzobispo de Santiago, había intentado tenazmente que Roma le concediera la dignidad metropolitana. El papa Pascual otorgará al compostelano la potestad para intitularse arzobispo con los atributos correspondientes, pero no resolverá la cuestión de la sede jacobea. Todo apuntaba a que lo haría en breve, pero el papa Pascual murió. Le sucedió brevemente un tal Gelasio, y cuando éste murió a su vez, llegó al papado Calixto II: un borgoñón, tío de Alfonso VII, como ya hemos contado, que no tenía la menor intención de elevar a Santiago al estatuto que Gelmírez deseaba. ¿Por qué no? Por varias razones. En primer lugar, porque Calixto estaba más cerca de la sede de Toledo, en manos de cluniacenses de origen borgoñón. Además, porque temía que dotar a Santiago de excesiva relevancia pudiera conducir a problemas interiores. En aquel momento la Iglesia medieval se veía sacudida por un cisma cuyo protagonista era Mauricio, anterior arzobispo de Braga que por su cuenta y riesgo se había proclamado papa. Y era precisamente de Braga.

Frustrado en sus ambiciones, Gelmírez intentó que Roma le permitiera absorber la diócesis de Braga. No fue así. A modo de consolación, le dieron la diócesis de Mérida, aún en territorio musulmán. Más tarde, el papa Calixto cederá a las presiones de Gelmírez —bien lubricadas con oro— y concederá a Santiago de Compostela el privilegio del jubileo, lo cual equiparaba a la sede compostelana con la misma Roma en materia de peregrinación. Para la historia del camino compostelano fue una conquista decisiva. Pero en términos políticos, la diócesis de Braga seguía siendo independiente. Y era inevitable que sus límites se convirtieran en el espacio natural de una nueva realidad política: Portugal.

El arzobispo de Braga que ahora nos ocupa, Paio Mendes, no tenía nada que ver con su cismático predecesor, aquel que se proclamó papa. Paio no era extranjero, sino que había nacido de una poderosa familia de la tierra: los Mendes da Mala. En el complejo mapa político del momento, Paio está en el mismo bando que los nobles portugueses: no quiere una Gran Galicia desde el Cantábrico hasta el Tajo, sino unas tierras portuguesas lo más autónomas posible; ve con horror la posibilidad de caer bajo el dominio de la sede compostelana y, por tanto, empieza a conspirar contra Teresa y Fernán Pérez de Traba. ¿Qué bandera alzar? Los rebeldes lo tienen claro: la de Alfonso Enríquez, el hijo de Teresa.

Curioso destino. Urraca, hija de Alfonso VI, viuda de Raimundo de Borgoña, había tenido que ver cómo los rebeldes alzaban contra ella la bandera de su propio hijo, el pequeño Alfonso Raimúndez, que reinaba ya como Alfonso VII. Ahora su hermanastra Teresa, hija también de Alfonso VI, viuda asimismo de otro borgoñón, Enrique, veía igualmente cómo se alzaba contra ella la bandera de su hijo, otro Alfonso: Alfonso Enríquez. El pequeño Alfonso Enríquez debía de tener poco más de diez años cuando se vio convertido en líder de la facción portuguesa. Hay que excluir que el niño liderara propiamente nada: el verdadero director de la operación era el arzobispo de Braga, Paio, con sus pares de la nobleza feudal portucalense. Pero el niño Alfonso Enríquez es tomado por Paio bajo su protección, tratado como un auténtico príncipe y armado caballero a los trece años de edad. Lo mismo que le pasó a Alfonso Raimúndez cuando fue apadrinado por otro obispo, Gehnírez de Santiago. Vidas paralelas.

Son tiempos muy convulsos. En Castilla ha muerto Urraca y ya ha sido sustituida por su hijo Alfonso Raimúndez, Alfonso VII, que en la práctica venía ejerciendo como rey desde tiempo atrás. Lo primero que tiene que hacer el nuevo rey de León y Castilla es pacificar el paisaje. Para empezar, pacta con su ex padrastro Alfonso el Batallador, como hemos visto páginas atrás. Pacta igualmente con el obispo Gelmírez para garantizarse la paz en Galicia. Alfonso VII quiere ser emperador, como lo fue su abuelo, y le importa mucho trazar puentes y vínculos con todos los reinos cristianos. Pronto pactará también su matrimonio con la hija de Ramón Berenguer III de Barcelona, Berenguela. A la altura del año 1127 le queda pendiente el problema portugués. Y el nuevo rey no duda en lanzar una campaña contra los territorios de Teresa y Fernán Pérez, que inevitablemente se doblegan.

Aquí los destinos de los dos Alfonsos, Raimúndez y Enríquez, el leonés y el portugués, se entrecruzan. En su campaña sobre el condado portucalense, Alfonso VII llega a Guimaraes, la ciudad que su primo portugués ha convertido en capital. Nadie puede pensar seriamente en resistirse a las huestes de Alfonso VII. El joven Alfonso Enríquez, dieciocho años en aquel momento, opta por reconocer a su primo como rey. Sin duda el arzobispo Palo Mendes intervino en el arreglo. Y fue un arreglo positivo para todas las partes. El nuevo rey, Alfonso VII, obtiene el reconocimiento de los portugueses. El joven Enríquez, por su parte, queda convertido en vasallo de su primo, pero eso no es una derrota, al contrario: por el carácter de los vínculos feudales, el pacto significa que Alfonso Enríquez es a partir de ahora la autoridad en estas tierras, y podrá proyectar sus ambiciones hasta la línea del Tajo con la plena anuencia del soberano. Dicho de otro modo: una victoria política de Alfonso Enríquez frente a su madre, Teresa.

Entonces Teresa cometió un error; un grave error. Viéndose desplazada, no se le ocurrió otra cosa que prender al arzobispo Palo Mendes de Braga. La reacción de los portugueses no se hizo esperar. El hermano del obispo, Sueiro Mendes, se subleva. Logra levantar a toda la diócesis de Braga. Teresa y su amante Fernán, dispuestos a jugárselo todo a una carta, lanzan a sus tropas contra los rebeldes. Allí se encontrarán con que Alfonso Enríquez, el hijo de la propia Teresa, encabeza a las huestes de Portugal. El encuentro tuvo lugar en el campo de San Mamede, cerca de Guimaraes. Era el 24 de junio de 1128.Y ganó Alfonso Enríquez.

Las consecuencias de la batalla de San Mamede fueron inmediatas. Teresa y su amante Fernán tuvieron que retirarse a Galicia. Alfonso Enríquez quedó como único señor de las tierras portuguesas. Aparece así en nuestra historia un nombre que iba a dar mucho que hablar. Andando el tiempo, él sería el primer rey de Portugal.

15

EL SUEÑO IMPERIAL

La nueva generación

Mientras Alfonso I el Batallador afrontaba la última campaña de su vida para encontrar una salida al Mediterráneo, en el otro extremo de España, en el oeste, el otro Alfonso, el de León, comenzaba a dar sus primeros golpes. El joven Alfonso VII ya había logrado pacificar su reino: había sometido a los gallegos y a los portugueses, había afianzado su posición en Castilla y había marcado la frontera con Aragón. Ahora tocaba hacer una exhibición de poder ante el gran enemigo: los almorávides del sur. Pero antes el nuevo rey tendría que afrontar serias pruebas.

Aquí ya hemos visto a Alfonso VII, que aún no tenía treinta años, firmando la Paz de Támara con el Batallador y recibiendo el vasallaje de Alfonso Enríquez de Portugal. Otros muchos se apresuraron a reconocer al nuevo rey de León. En particular, todos aquellos que temían al rey de Aragón y deseaban poner freno a su impulso expansionista: los condes de Tolosa, el conde de Barcelona… Desde la perspectiva de estos poderes periféricos, el rey de León era una póliza de seguros para que el Batallador no se los comiera. Eso explica, por ejemplo, el matrimonio de Alfonso VII con Berenguela de Barcelona.

Pero esta nueva política leonesa no iba a dejar de levantar suspicacias en el interior del reino. Eran muchos los que veían con malos ojos un matrimonio fuera del ámbito leonés y castellano. Los obispos de León, Oviedo y Salamanca hacen notar su desagrado. La reacción de Alfonso VII es fulminante: ordena deponer a los prelados. Eso zanja el problema episcopal, pero aviva el problema político, porque los magnates castellanos aprovechan el lance para canalizar el descontento. ¿Quiénes son esos magnates? Ante todo, un viejo conocido nuestro: Pedro González de Lara, el amante de la difunta reina Urraca, o sea, de la madre del propio rey. Extraño destino el de Alfonso VII, obligado a pelearse con su ex padrastro y, ahora, con el amante de su madre.

Aquel levantamiento no fue ninguna broma. Junto al viejo Pedro, que debía de sobrepasar ya ampliamente los cincuenta años, se sublevan otros nobles, como su hermano Rodrigo en Asturias, su ahijado Bertrán de Risnel, que era el hombre del Batallador en Castilla, y también Pedro Díaz de Aller en Coyanza, Gonzalo Peláez en Oviedo y Jimeno Iñíguez, que se levanta en Valencia de Don Juan. La algarada sube rápidamente de temperatura. Los revoltosos llegan a tomar Palencia. ¿Por qué protestan? Al parecer, porque Alfonso VII había tomado la determinación de recortar el anchísimo poder que ejercía en Castilla don Pedro, el amante de su difunta madre. Y eso, como es natural, disgustó mucho al mentado Pedro y a sus partidarios.

El rey fue expeditivo: envió un ejército contra Palencia, derrotó a los revoltosos y prendió a sus cabecillas. Sin embargo, Alfonso VII supo ser prudente. A los líderes de la revuelta, que eran Pedro González de Lara y Bertrán de Risnel, les aplicó una condena relativamente leve: confiscación de sus bienes y exilio, nada de decapitaciones. Pedro marchó a Aragón, donde se puso al servicio de Alfonso el Batallador, y fue enviado a Bayona, donde el aragonés mantenía abierto un conflicto con el conde de Tolosa. Allí morirá el viejo amante de Urraca, lanza en mano, en combate singular contra el conde tolosano. En cuanto a su hermano Rodrigo, también sufrió destierro, pero pronto volvería. Y retengamos este nombre, el de Rodrigo González de Lara, porque enseguida le vamos a encontrar cabalgando al lado del rey Alfonso de León.

¿Cómo de enseguida? Casi inmediatamente. Estos levantamientos nobiliarios tuvieron lugar entre 1130 y 1131. Rodrigo reaparece en Castilla en 1132. Lo hace, además, en un puesto muy relevante: alcalde de Toledo, es decir, una de las jefaturas más importantes de la frontera. ¿Y por qué Alfonso VII perdonó tan rápidamente a Rodrigo de Lara? Porque el rey necesitaba guerreros. Rodrigo era ya un veterano capitán de cincuenta años; el tipo de hombre que necesitaba Alfonso VII para tener la frontera bien guarnecida, porque los almorávides seguían siendo una amenaza.

En efecto, en algún momento de 1131 los almorávides, sin duda aprovechando los jaleos internos del Reino de León, habían atacado Toledo. La ofensiva fue muy cruenta: la guarnición toledana aguantó, pero en la refriega murió el alcalde de la villa, Gutierre Armíldez. Es en ese instante cuando Rodrigo vuelve al reino y el rey le designa para remplazar al difunto gobernador de Toledo. Son días agitados, en los que pasan muchas cosas. En Rueda de Jalón, el moro Zafadola, hijo del último rey taifa de Zaragoza,

acaba de reconocer a Alfonso VII; esta inesperada alianza aporta a León una pieza clave que puede utilizar tanto contra Aragón como contra los almorávides. Y Alfonso, que ya ha solucionado sus problemas internos y se siente fuerte, ve llegada la hora de tomarse la revancha sobre el enemigo del sur.

Alfonso VII aún no había cumplido los treinta años, pero distaba de ser un espíritu precipitado: sabía perfectamente calcular los tiempos y, además, tenía un talento natural para moverse en el mapa político. Sin duda el joven rey conocía los problemas almorávides: sus serios trastornos internos, con la subversión almohade, y la rebelde efervescencia que se vivía en Al-Ándalus, donde cada vez eran más los descontentos. Ahora Alfonso tenía la retaguardia pacificada, sus tropas en línea, un aliado musulmán —el mentado Zafadola— y un enemigo vulnerable. Era el momento de golpear. Y Alfonso de León lo hizo a fondo.

Fue en 1132. Dos ejércitos partieron simultáneamente desde la frontera cristiana. Uno avanzó desde Salamanca; el otro salió de Toledo al mando de Rodrigo de Lara. Ambos penetraron en territorio musulmán. Los de Salamanca llegaron hasta Badajoz. Los de Toledo, reforzados con las milicias concejales de Ávila y Segovia, llegaron más lejos todavía: las huestes de Rodrigo de Lara recorrieron todo el valle del Guadalquivir y se plantaron en la mismísima Sevilla. El gobernador almorávide de la ciudad, Umar, les salió al encuentro; los castellanos aplastaron a los sarracenos. Umar fue capturado y muerto. Rodrigo González de Lara —dice la crónica— hizo miles de cautivos y regresó con gran botín. Por el camino conquistó la fortaleza manchega de Villarrubia de los Ojos.

La doble ofensiva fue sólo el primer movimiento. Acto seguido, Alfonso VII se aplica a explotar el éxito. Ya se ha demostrado que los almorávides no son invencibles y que las huestes cristianas pueden llegar hasta Sevilla. Ahora se trata de manifestar el poder de León ante todos los musulmanes. En 1133 el rey Alfonso en persona se pone al frente de sus tropas. Y lleva junto a sí a Zafadola, el reyezuelo moro de Rueda de Jalón. Con ellos marcha Rodrigo de Lara, encabezando las huestes de la Extremadura. El ejército cristiano atraviesa Despeñaperros, baja por el valle del Guadalquivir hasta Sevilla y vuelve a aniquilar a las tropas enemigas que le salen al encuentro. Pero esta vez Alfonso quiere subir la apuesta: tras derrotar a los almorávides en Sevilla, sigue camino hacia el sur. Llega a Jerez de la Frontera y saquea los campos. Y

más aún: los ejércitos cristianos marchan hasta Cádiz sin que los almorávides puedan oponer resistencia.

Unos años antes, cuando su expedición mozárabe, Alfonso el Batallador había bañado sus pies en las playas de Málaga para demostrar que era el emperador de toda España. Ahora otro Alfonso, el de León, bañaba sus pies en aguas de Cádiz con el mismo fin. Pero el gesto tenía, además, un mensaje político de gran calado para el propio mundo musulmán: porque junto al rey de León cabalgaba el moro Zafadola, y eso era tanto como proclamar a los cuatro vientos que el tiempo de los almorávides en Al Ándalus había terminado. Las huestes de Alfonso VII regresaron a Castilla cargadas de botín: camellos, caballos, vacas, ovejas, cabras… Y en Al-Ándalus quedaba una población convencida de que la casta almorávide ya no garantizaba su seguridad; todo estaba preparado para la revuelta.

Mientras el nuevo rey de León marcaba su territorio, en Barcelona había otro joven soberano que empezaba a diseñar su política: Ramón Berenguer IV. Su padre, Ramón Berenguer III, había muerto en 1131; dejaba tras de sí un complejo mosaico de mini-estados que se extendía a ambos lados del Pirineo y que, en principio, aceptaba la soberanía de Barcelona, pero siempre en un difícil equilibrio de vínculos y vasallajes: Barcelona, Ausona, Manresa, Gerona, Besalú, Vallespir, Funullá, Perapertusa, Cerdaña, Conflent, Carcasona y Rodez. ¿Cómo gobernar todo eso? Con tacto y dinero.

A Ramón Berenguer IV —que, por cierto, pasaría a la historia como el Santo— le sobraba el dinero. En el momento de nuestro relato acababa de recibir 12.000 dinares de los almorávides de Lérida a cambio de su inactividad: le pagaban para que se estuviera quieto y no apoyara al Batallador, el de Aragón, en su intento de tomar Fraga y bajar por el Ebro hasta el Mediterráneo. En realidad, al joven conde de Barcelona le inquietaba considerablemente que Aragón llegara al mar: eso sería tanto como cerrarle a Barcelona el camino para expandirse hacia el sur. Por eso había aceptado el dinero de los almorávides. Y ahora, Ramón Berenguer IV, como Alfonso VII, observaba atentamente los afanes del Batallador en el cauce del Ebro.

Volvemos así al escenario aragonés. Van a pasar cosas trascendentales.

La muerte de Alfonso el Batallador

Alfonso el Batallador murió en campaña, como no podía ser de otra manera. El rey cruzado de Aragón y Navarra falleció en 1134, pasados los sesenta años, a la vuelta de la derrota más amarga de su vida. Aquel último sinsabor tiñó de gris su despedida del mundo de los vivos. Pero lo que dejaba tras de sí era portentoso.

Cuando Alfonso llegó al trono, Aragón apenas sobrepasaba la línea Huesca-Barbastro. Ahora, treinta años después, el paisaje era completamente distinto. Treinta años de combate sin tregua. La crónica de la repoblación nos ha dejado algunos de los grandes nombres que acompañaron al Batallador en su incansable tarea: Lope Juanes, Íñigo López, Gassión, el conde Beltrán, Íñigo Jiménez, Pedro Tizón, Jimeno Fortuñones, Aznar Aznárez… Junto a ellos, los cruzados franceses, como Gastón de Bearn y Céntulo de Bigorra.

Los esfuerzos de Aragón habían llevado la frontera muy al sur: hasta Molina y Cella, al lado de Teruel, y hasta Morella. Más de 25.000 kilómetros cuadrados de conquistas. Todo un mundo. Pero esa cifra indica sólo el territorio efectivamente repoblado; además hay que añadir el territorio que queda bajo la influencia militar de Aragón, que ahora se extiende mucho más al sur, hasta Valencia. En 1126 los aragoneses habían desmantelado las posiciones moras en Játiva. Tres años después, en 1129, las tropas de Alfonso aniquilan en Cullera a un ejército de africanos enviado por los almorávides desde Fez. Ese mismo año el Batallador está sitiando Valencia. No son campañas de conquista: son campañas de castigo y saqueo, para limpiar de enemigos la frontera. Y para dejar claro que allí sólo mandaba uno: el Batallador.

Pero no es posible ganar siempre. En mayo de 1130, los aragoneses estrechan el cerco sobre Valencia. Los manda el veteranísimo cruzado Gastón de Bearn. Los almorávides han enviado un nuevo gobernador: Yintán ibn Alí al-Lamtuní, que dispone a sus fuerzas para la batalla. No sabemos cómo sucedieron los hechos. Sólo conocemos el resultado: esta vez las banderas de Aragón fueron derrotadas. Gastón de Bearn, el bravo cruzado, sesenta años de edad, cuarenta de combate a sus espaldas, murió en el campo. Cuando los moros descubrieron su cadáver, le cortaron la cabeza, la clavaron en una pica y la pasearon por los zocos entre redobles de tambor. Lo cuenta Ibn Idhari. Los almorávides habían conseguido dar muerte a uno de sus más terribles enemigos. De Gastón sólo nos queda hoy su olifante, su cuerno de guerra, que se conserva en la Basílica del Pilar.

Parece que al Batallador le afectó mucho la muerte de Gastón, su compañero de tantos años. ¿Por qué Gastón perdió aquella batalla? No lo sabemos a ciencia cierta. Pero el hecho es que en esos mismos años Aragón no sufre sólo el revés de Valencia, sino también otros golpes de importancia en la frontera castellana: Castrojeriz, San Esteban de Gormaz… Es como si las invencibles banderas aragonesas hubieran perdido su inmunidad. ¿Qué está ocurriendo? Está ocurriendo que el Batallador tiene otros frentes abiertos. En el norte, Bayona; en el este, Lérida. ¿Por qué Bayona? Porque las tierras de Foix y Cominges, en el Pirineo francés, son vasallas de Aragón y acaban de entrar en guerra con el duque de Aquitania. El Batallador llega, sitia Bayona y derrota a los franceses. Pero lo que de verdad le preocupa es el otro frente: Lérida.

Alfonso no ha abandonado su viejo sueño de controlar la desembocadura del Ebro. Es ahí donde el rey cruzado empleará sus mayores esfuerzos. Fraga, Lérida, Tortosa: ése es el frente que acapara toda la atención del rey de Aragón en estos años. Ramón Berenguer III de Barcelona ha muerto; queda, pues, prescrito el pacto que marcó la frontera entre Barcelona y Aragón. Lérida sigue siendo musulmana y el Batallador se ha propuesto reconquistarla. Y esta vez va a hacerlo por el agua, a través del Ebro. Se sabe que en noviembre de 1132 un auténtico ejército de leñadores acudió a los montes de San Millán de la Cogolla para cortar madera. Con esa madera tendría que construirse la flotilla fluvial que el Batallador iba a emplear para navegar Ebro abajo.

La campaña comenzó en enero de 1133. Las primeras jornadas se vieron coronadas por el éxito. Mequinenza cayó enseguida. En pocos días las tropas de Aragón pudieron desembarcar, marchar hacia el norte y poner sitio a Fraga. Todo el Escarpe quedó bajo las banderas aragonesas, y también la ancha zona de influencia fronteriza: Nonaspe, Algar, Maella, Batea, Fayón… Era evidente que los almorávides de Lérida no podían frenar al Batallador. Así que los musulmanes hicieron lo que ya habían hecho otras veces: comprar su seguridad pagando a otro soberano cristiano.

El soberano en cuestión era Ramón Berenguer IV, el nuevo conde de Barcelona. Los almorávides se dirigieron a él y le ofrecieron un suculento negocio: si se abstenía de atacar a los moros de Lérida, éstos le pagarían 12.000 dinares al año. Ramón Berenguer IV debió de evaluar cuidadosamente la propuesta: al fin y al cabo, lo que le ofrecían no era pelear contra otro rey cristiano —cosa que sin duda le hubiera planteado problemas políticos,

además de problemas de conciencia—, sino, simplemente, abstenerse de toda acción bélica contra los almorávides. Le pagaban por quedarse quieto. No era mal negocio. Y el conde de Barcelona aceptó. Dice la crónica mora que la furia del Batallador, cuando se enteró del enjuague de Ramón Berenguer, fue terrible. Tanto que en ese mismo momento juró que no descansaría hasta tomar la ciudad de Fraga. Corría el año de 1133.

Alfonso de Aragón concentró todas sus tropas en torno a Fraga. Los musulmanes le salieron al encuentro, pero fueron desarbolados. El Batallador dio comienzo al asedio. Los almorávides enviaron refuerzos al mando del gobernador de Valencia y Murcia, Ibn Gániya, pero las tropas de Aragón también dieron buena cuenta de ellos: «Por dos veces fue vencido Ibn Gániya y, huyendo del campo, dejó muchos despojos a los cristianos», dice la crónica. Los de Fraga ofrecieron al Batallador una rendición pactada, pero el rey cruzado no la aceptó: había jurado tomar la ciudad a viva fuerza y mantendría su palabra. El asedio continuó. Llegó el verano de 1134.Y entonces se escribió el último acto de esta historia.

Resueltos a solucionar el problema de Fraga, los almorávides enviaron un nuevo ejército en socorro de la ciudad. Esta vez era un ejército de verdad: tropas de Sevilla, Granada y Córdoba, en número de millares, al mando de Yahya ibn Alí, un hijo del emir. La hueste musulmana rodeó el campamento cristiano. Las crónicas hablan de decenas de miles de flechas, saetas y piedras precipitándose sobre las tiendas de Aragón. Los del Batallador, para escapar de la ratonera, abandonaron el campamento y salieron a campo abierto. Fue el momento que aprovecharon los sitiados de Fraga para abrir las puertas de la ciudad y lanzarse contra el ahora desierto campamento cristiano. Así el ejército de Alfonso se vio rodeado por todas partes. Era el 17 de julio de 1134. La derrota fue total.

Aquí la historia se mezcla con la leyenda. No sabemos exactamente cómo ocurrieron los hechos. Tampoco tenemos noción del número de bajas. En todo caso, la derrota del Batallador fue incuestionable. El rey abandonó el campo acompañado por unos pocos caballeros; entre ellos, el navarro García Ramírez, nieto del Cid. Dice la crónica que en la batalla pereció la guardia personal de Alfonso, formada por setecientos peones. Dice también que todos los caballeros aragoneses que participaron en el combate resultaron muertos. Seguramente es una exageración, porque, con la documentación en la mano, sólo cinco magnates desaparecen en ese año: entre ellos, Atón Garcés, Pedro

Tizón y el otro cruzado francés que tanto había cabalgado con el Batallador, Céntulo de Bigorra. Pero, en todo caso, fue un desastre sin paliativos.

Alfonso, derrotado, se retiró a Zaragoza. La catástrofe de Fraga significó el hundimiento del frente: se perdieron Mequinenza, Monzón y Pomar de Cinca. El sueño de bañar los pies aragoneses en el Mediterráneo se alejaba de nuevo. Si las consecuencias se detuvieron ahí, fue porque los almorávides tampoco estaban para muchas fiestas. Pero el Batallador jamás se recuperó del golpe.

¿Hundimiento físico? ¿Hundimiento psicológico? ¿Heridas mal curadas? No lo sabemos. Pero el hecho es que el Batallador sobrevivirá muy pocos meses a la derrota. A lo largo del verano de 1134 lo encontramos firmando algunos rutinarios documentos oficiales: donaciones, reglas de repoblación… Trabajo de administrativos. Semanas de vida opaca. Semanas, en realidad, de agonía. El 7 de septiembre de 1134 moría Alfonso I de Aragón y Navarra en un pequeño pueblo de los Monegros, Poleñino. Le llevaron a la fortaleza-monasterio de Montearagón, cerca de Huesca. Allí recibió sepultura aquel enorme constructor de reinos.

¿Quién sucedería al Batallador? El rey cruzado había muerto sin descendencia. Cuando el asedio de Bayona, había hecho testamento. Las mismas disposiciones las había ratificado en Sariñena, pocos días antes de morir. Ahora había llegado el momento de dar a conocer la última voluntad del monarca. Y lo que había en aquel documento iba a dejar a todo el mundo con la boca abierta. ¿Qué decía aquel testamento?

Un polémico testamento

Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Navarra, acaba de morir en septiembre de 1134 a los sesenta y un años de edad y después de treinta de reinado. Pese a haber vivido una existencia llena de victorias, la derrota de Fraga ha sido la última página de su vida. La última o, mejor dicho, la penúltima. Porque la última de verdad no fue ninguna batalla, sino su testamento; un testamento que iba a meter al Reino de Aragón en un verdadero laberinto sucesorio.

¿Qué decía el Batallador, muerto sin descendencia, en aquel testamento? No guardemos por más tiempo el misterio: lo que Alfonso decía era que

legaba su reino no a un sobrino, ni a un primo ni a un hermano, sino a los caballeros cruzados que custodiaban los santos lugares en Jerusalén. O sea que, por el testamento del rey, la corona de Aragón quedaba en manos de las órdenes militares. Así lo escribió el rey:

> *Y así también, para después de mi muerte, dejo como heredero y sucesor mío al Sepulcro del Señor, que está en Jerusalén, y a aquellos que los vigilan y custodian y allí mismo sirven a Dios, al Hospital de los Pobres, que está en Jerusalén, y al Templo del Señor con los caballeros que allí vigilan para defender el nombre de la cristiandad. A estos tres concedo todo mi reino, o sea el* dominicatus *que poseo sobre toda la tierra de mi reino, así como el* principatus *y el derecho que tengo sobre todos los hombres de mi tierra, tanto los religiosos como los laicos, obispos, abades, canónigos, monjes, optimates, caballeros, burgueses, rústicos y mercaderes, hombres y mujeres, pequeños y grandes, ricos y pobres, judíos y sarracenos, bajo las mismas leyes y tradiciones, que mi padre, mi hermano y yo hasta hoy lo tuvimos y hemos de tener (…). De este modo todo mi reino, tal como consta más arriba, y toda mi tierra, cuanto yo tengo y cuanto me fue legado por mis antecesores, y cuanto yo adquirí o en el futuro, con la ayuda de Dios, adquiriré (…) todo lo atribuyo y concedo al Sepulcro de Cristo, al Hospital de los Pobres y al Templo del Señor para que ellos lo tengan y posean en tres justas e iguales partes (…).*
>
> *Todo esto lo hago para la salvación del alma de mi padre y de mi madre y la remisión de todos mis pecados y para merecer un lugar en la vida eterna.*

O sea que los caballeros templarios, los hospitalarios y los del Santo Sepulcro de Jerusalén se convertían en nuevos dueños del territorio aragonés. Y no se piense que fue una decisión precipitada, porque este testamento fue dictado por primera vez en 1131 y ratificado tres años después. Estaba claro que, llegado a su última hora, Alfonso, el rey cruzado, quería que su muerte estuviera tan entregada a la causa de la cruz como lo había estado su vida. Y así dictó el testamento que dictó.

Como es fácil imaginar, el citado testamento creó un auténtico caos en el reino. ¿Cómo transmitir la corona a las órdenes militares de Tierra Santa? En rigor, aplicar esa voluntad del Batallador tendría que pasar forzosamente por ceder a la Santa Sede, o sea, al papa, el dominio sobre los territorios de

Aragón y Navarra, cosa que nadie estaba dispuesto a hacer. Pero ¿había otra solución? Sí, la había.

Recordemos: el rey Sancho Ramírez de Aragón había tenido tres hijos: Pedro, Alfonso y Ramiro. Cuando murió Pedro, sin descendencia, le sucedió su hermano Alfonso, nuestro Batallador. Ahora moría Alfonso, también sin descendencia. Sólo quedaba el otro hermano. Ahora bien, Ramiro, en principio, estaba excluido de la sucesión. ¿Por qué? Porque era monje. Desde la tierna edad de nueve años había sido entregado al monasterio francés de Saint Pons de Thomieres. Después, ya ordenado sacerdote, el Batallador le nombró abad de Sahagún. Desde entonces había ejercido distintos cargos episcopales. Ahora, en 1134, era obispo de Roda-Barbastro. Y en este hombre de cincuenta años pusieron sus ojos los magnates de Aragón como candidato a la corona. Después de todo, no había otro.

Ramiro —llamado Ramiro II el Monje— no perdió el tiempo. Proclamado rey por los nobles en Jaca, lo primero que hizo fue acudir a Zaragoza, la nueva capital del reino. Allí, en Zaragoza, mandaba Talesa, la viuda del cruzado Gastón de Bearn, que acogió de buen grado al nuevo rey. Ramiro entró triunfal, aclamado por las gentes, repartiendo privilegios y libertades. Dicen las fuentes árabes que además pactó una tregua con los musulmanes para garantizar la tranquilidad en la frontera del reino, bastante baqueteada después de los sucesos de Fraga. Era el 29 de septiembre de 1134.

Esto, por lo que concierne a Aragón. Pero en el complejo legado testamentario del Batallador había otro lote importante: Navarra, que no había dejado de ser reino con personalidad propia. Ahora, muerto el monarca aragonés, los nobles y obispos navarros ven llegado el momento de recuperar su independencia. Con la ley en la mano, es difícil quitarles razón. Recordemos qué había pasado en Navarra: cuando el rey Sancho el de Peñalén fue asesinado por su hermano, allá por el año 1076, el rey de Aragón Sancho Ramírez incorporó Navarra a su corona. Quedaba, empero, un linaje regio navarro en la persona de un hermano bastardo del difunto, el infante Ramiro Sánchez. Este infante Ramiro Sánchez, señor de Monzón y Logroño, fiel vasallo de los reyes de Aragón, es el mismo que se había casado con una de las hijas del Cid, Cristina. Y Ramiro y Cristina habían tenido un hijo, García Ramírez, que había peleado fielmente al lado del Batallador.

Hacia este García Ramírez se volvieron los ojos de los magnates navarros en esta hora de confusión. Y así García Ramírez, llamado el Restaurador, se convirtió en rey de Pamplona en 1134. Su primera medida fue arreglarse con

Ramiro II, el de Aragón, que al fin y al cabo podía reclamar el territorio navarro. Los dos flamantes reyes escogieron una fórmula muy curiosa: Ramiro el Monje, que evidentemente no tenía hijos, prohijaría a García Ramírez. El navarro, García, quedaba como rey de Pamplona, pero reconociendo la soberanía de Ramiro. Mientras García desempeñaba el mando del ejército, el rey aragonés gobernaría al pueblo. Ramiro sería el rey Pater; García, el rey Flius. Lo cual, por cierto, implicaba el derecho del pamplonés a heredar la totalidad del reino cuando muriera el Monje.

Pero Alfonso VII, el de León, también tenía algo que decir. Después de todo, él era bisnieto de Sancho el Mayor, el padre de Ramiro I, que fue a su vez primer rey de Aragón. Por tanto, Alfonso cree que puede reclamar la corona aragonesa. Mientras García el navarro y Ramiro el aragonés pactan su arreglo, el rey de León echa mano de argumentos más contundentes: manda tropas a la frontera oriental, sitia Vitoria, se apodera de Nájera… Más aún: envía a su ejército sobre Zaragoza.

García y Ramiro reaccionan con miedo: se saben inferiores a las huestes de León y Castilla. El navarro ofrece a Alfonso VII su vasallaje. Ramiro II, por su parte, decide encomendar el gobierno de Zaragoza a Armengol VI de Urgel, que era nieto del conde castellano Pedro Ansúrez, en la esperanza de que por ese parentesco pudiera defender mejor los intereses aragoneses ante el rey leonés. Craso error: Armengol, al ver aparecer a Alfonso VII, se apresuró a reconocerle como rey, para gran júbilo de la población de Zaragoza, en la que había numerosísimos castellanos. Era el 26 de diciembre de 1134. El mismo camino de Zaragoza siguieron otras ciudades aragonesas: Tarazona, Calatayud, Daroca… Todas ellas veían en Alfonso VII de León al defensor que necesitaban frente a la amenaza almorávide.

De todos modos, la intervención militar de Alfonso VII no resolvió el problema. García Ramírez seguía negociando con Ramiro II de Aragón, éste se permitía el gesto de entrar triunfalmente en Pamplona para subrayar su soberanía y, para terminar de complicar las cosas, el rey de León recibía una comunicación perentoria: nada menos que el papa Inocencio II instaba a Alfonso VII a cumplir el testamento del Batallador, es decir, entregar los territorios de Aragón a las órdenes militares. Serio problema. ¿Qué hacer? Se imponía un gesto de autoridad. Y eso es lo que hizo Alfonso VII.

Alfonso VII de León, emperador

Estamos a principios de 1135 y España conoce uno de esos momentos en los que todo puede cambiar en cualquier dirección. Cualquier cosa es posible. En este momento todos empiezan a moverse en varios sentidos al mismo tiempo. Vamos a tratar de sintetizar las posiciones de cada cual. La Iglesia, que quiere hacer efectivo el testamento del Batallador, no reconoce a Ramiro de Aragón ni a García de Pamplona, e insta a Alfonso VII a velar por el cumplimiento de la última voluntad del Batallador. Ramiro II, el de Aragón, pacta un singular acuerdo con García de Pamplona: Ramiro será el rey padre y García el rey hijo, y ambos se repartirán las funciones en un régimen que estará compuesto por dos reinos distintos, pero bajo una comunidad de poder. Ahora bien, García, en cuanto puede, deja vendido a Ramiro y se pone al lado de Alfonso VII, el de León.

Alfonso, por su parte, sabe que es el que tiene más triunfos en la mano: el ejército más fuerte, la situación política más estable y, además, el derecho al título imperial, un viejo atributo de la corona leonesa que otorga al heredero de Pelayo una suerte de primogenitura sobre todas las coronas españolas. Alfonso VII no ve la menor ventaja en que las tierras de Aragón y Navarra pasen a las órdenes militares. El papa vuelve a insistir, pero Alfonso responde con una maniobra política de altura y traza puentes con todos los que quieren sacar algún provecho de la situación: por supuesto, García Ramírez de Navarra, pero también el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV (que era cuñado de Alfonso), e igualmente el conde de Tolosa, que con la muerte del Batallador aspiraba a una mayor independencia.

Ramiro el Monje se ve excluido de esta maniobra política de Alfonso. ¿Por qué? Porque lo que el rey de León quiere es afianzar su autoridad en un territorio cuyo rey es, precisamente, Ramiro. El Monje, sin embargo, tiene otros problemas más urgentes. Para empezar, tiene que hacer frente a la desobediencia de una parte importante de la nobleza aragonesa, que le toma por el pito del sereno. Este conflicto dará lugar a un legendario episodio, bastante siniestro, que pronto contaremos aquí. Y además Ramiro II tiene que casarse, porque un rey necesita reina y herederos. Con ese objetivo viaja a Francia y busca emparentar. ¿Dónde? En el condado de Tolosa, el mismo que intentaba ganarse Alfonso VII. Tolosa, naturalmente, no hace ascos a ninguno de los dos. De hecho, Ramiro vuelve de Francia con la mano de Inés de Poitiers, sobrina del conde tolosano. Ya hay reina para Aragón.

Alfonso VII toma entonces la decisión de hacer un gesto. Y ese gesto es inequívoco: subrayar la cualidad imperial de la corona leonesa. Desde los

tiempos de Alfonso III el Magno, León —heredera del Reino de Asturias— se había atribuido el rango de corona primogénita de la cristiandad española y, en virtud de eso, el título imperial. Ésa es la herencia que ahora Alfonso reactiva para hacer un gesto de autoridad. Alfonso se corona emperador.

Fue en León, el 25 de mayo de 1135.Todos los poderes de la España cristiana, con excepción de Aragón, acuden a la ceremonia. Está su cuñado Ramón Berenguer IV. Está García Ramírez de Pamplona, que acaba de prestar vasallaje personal a Alfonso en Nájera. Está Armengol de Urgel. Están, además, los condes de los territorios franceses bajo influencia catalana y aragonesa: Alfonso Jordán de Tolosa, Guillermo de Montpellier, los condes de Foix… También está el conde de Pallars. Y está un moro: Zafadola, el reyezuelo de Rueda de Jalón, aliado del monarca leonés.

Ante tan notable concurrencia, Alfonso VII es coronado como *Imperator totius Hispaniae*. Acto seguido, todos ellos se dirigen a Zaragoza, donde Alfonso otorga al navarro García Ramírez la tenencia de la ciudad. Enseguida hay más adhesiones: los señores de Álava y Guipúzcoa, territorios que siempre habían oscilado entre Navarra y Castilla, se declaran vasallos del emperador. Estos señores vascos eran los hermanos Lope y Ladrón Iñíguez, que a partir de ahora participarán en todas las curias convocadas por León.

Con ojos de hoy, puede parecer que Alfonso VII estaba intentando acaparar territorios y, por así decirlo, anexionárselos. Nada de eso. En aquel tiempo las relaciones de poder eran distintas. La soberanía que Alfonso encarna sólo implica un poder directo en los territorios de su heredad, es decir, León, Castilla, Galicia… En lo demás, lo que Alfonso está reclamando no es una dependencia política directa, sino un reconocimiento de la soberanía imperial. Reconocimiento que se plasma en los actos de vasallaje que los otros soberanos, dueños cada uno de su territorio, prestan al emperador leonés. La España cristiana queda soldada en una unidad política, sí, pero esta unidad hay que entenderla más bien como un bloque de fe y de intereses. Y el gozne de unión del bloque es la persona del *imperator totius Hispaniae*, es decir, Alfonso VII.

Antes hemos señalado que todos los monarcas de la España cristiana a excepción de Aragón prestaron vasallaje a Alfonso y estuvieron en la coronación imperial. Hay que hacer una precisión importante: en el solemne acto de coronación tampoco estuvo su primo Alfonso Enríquez, conde de Portugal. No sólo Enríquez no estuvo, sino que además ni siquiera mandó a nadie en su representación. Al igual que hicieron sus padres, Alfonso

Enríquez estaba jugando su propio juego. Y este juego no tardará en enfrentarle al rey de León.

En cuanto al otro excluido de la ceremonia, Ramiro el Monje, hay que decir que se lo tomó con filosofía. Más aún: supo maniobrar para volver las cosas a su favor. Las circunstancias le ayudaban. Roma seguía sin reconocer a los nuevos reyes y mantenía abierta la reclamación de que se ejecutara el testamento del Batallador, pero las propias órdenes militares se encargaron de atemperar las cosas: realmente, no sabían muy bien qué hacer con aquel legado, que terminó resultando una enojosa carga. Ramiro, paciente, se ocupó en lo suyo: casarse, tener descendencia —una hija: Petronila— y tratar de recomponer el paisaje político con el emperador. Lo consiguió en el verano de 1136, cuando Ramiro el Monje y Alfonso VII se encontraron en Alagón. Y firmaron pactos que iban a tener largas consecuencias.

A quien se le ponían las cosas muy crudas era a García Ramírez, el navarro. García, que primero había pactado con Ramiro, después había roto ese pacto para prestar vasallaje a Alfonso de León. A cambio había ganado la tenencia de Zaragoza, pero también la desconfianza de su ex socio, Ramiro el Monje. ¿Le quedaba al menos el apoyo de Alfonso de León? Le quedaba, sí, pero por poco tiempo. Roma no veía nada claro el enjuague y pedía al emperador que se restituyera Zaragoza a la corona aragonesa y que se combatiera a García Ramírez. Alfonso ya había dado demasiadas negativas a Roma como para negarle también esto. La posición de García Ramírez empezaba a peligrar. Y quien ganaba con ello era… Ramiro el Monje, que, paciente, veía acercarse la hora de la venganza por el pacto traicionado.

Ramiro el Monje era un hombre paciente, sí. Hacía las cosas con calma y después de mucho meditarlas. Y luego las ejecutaba de manera infalible. Un verdadero jugador a largo plazo. Quizá por esas cualidades la tradición le atribuyó un episodio tan brillante como siniestro: la decapitación de los nobles rebeldes aragoneses. Es el episodio que pasó al romancero como la jornada de la campana de Huesca. ¿Qué ocurrió allí?

Los problemas del Monje y la campana de Huesca

Recapitulemos. Ramiro II el Monje, nuevo rey de Aragón, atraviesa un momento delicado. Ha salido del convento para hacerse cargo de la corona que ha dejado su hermano el Batallador. Ramiro, de momento, ha conseguido

encontrar esposa —Inés de Poitiers—, pero le está costando mucho domesticar a los nobles aragoneses, que multiplican los gestos de rebeldía. La Crónica de San Juan de la Peña, que aquí traducimos libremente del aragonés antiguo, plantea así la cuestión:

> *Y este don Ramiro fue muy buen rey y muy franco con los hidalgos, de manera que dio a nobles y caballeros muchos de los lugares del reino. Pero ellos en absoluto lo apreciaron y hacían guerras entre sí mismos y mataban y robaban a las gentes del reino, y pese a las peticiones del rey no querían cesar en esto. Y quedó el rey en gran perplejidad preguntándose cómo dar remedio a tanta perdición en su reino, y no se atrevía a confiárselo a nadie.*

¿Verdad? ¿Mentira? Parece cierto que los primeros meses de reinado de Ramiro II el Monje se vieron envueltos en una fuerte turbulencia social. Los mismos ricohombres que habían designado rey al hermano monje del Batallador, pugnaban ahora por imponer su propia ley en sus territorios y, a ser posible, en los del vecino. Es fácil entenderlo. Con frecuencia hemos visto que los grandes nobles aprovechaban los momentos de transición para tratar de aumentar su poder. Eso, sumado a las derrotas políticas de Ramiro nada más llegar a la corona, pudo empujar a muchos a forzar la mano por desconfianza, por miedo o por ambición.

Atrapado en esta tesitura, el Monje duda. Dice la tradición que fue la condición monástica del rey lo que llevó a los nobles a desafiar su autoridad: un clérigo, aunque fuera exclaustrado, mal podía oponerse a las espadas de los caballeros. Pero fue precisamente en el monasterio donde el rey buscó consejo. Así lo dice la Crónica:

> *Y por dar remedio a su reino envió Ramiro un mensajero a su monasterio de San Pons de Tomeras con una carta para su maestro, llamado Forcado. Porque es costumbre y regla de monjes negros que a todo novicio que entrara en la orden se le diera un monje de los ancianos por maestro. Y como la persona de don Ramiro lo merecía, le dieron un maestro muy bueno y grande y sabio. Y en esta carta para su maestro, contaba el rey el estado de su reino y la mala vida que pasaba con los magnates, rogando al maestro que le aconsejase que hacer.*

Es muy sugestivo imaginar la escena: en la soledad monacal, el mensajero interpela al anciano fraile sobre una cuestión esencial de Estado. Pero, en

determinadas circunstancias, un fraile no puede actuar como un político. No, al menos, sin situarse al borde del pecado. Así el maestro del rey optó por contestar sin palabras. La Crónica lo cuenta de esta manera:

> *El maestro llamó al mensajero al huerto, donde había muchas coles. Sacó una herramienta y, con la carta en la mano, mientras la leía, cortó todas las coles mayores del huerto, dejando sólo las chicas. Y le dijo al mensajero: Vete a mi señor el rey y dile lo que has visto, que no te daré otra respuesta.*

El mensajero volvió al palacio. Estaba muy enojado. Esperaba una respuesta y sólo había recibido una lección de horticultura. El mensajero se lo contó al rey. Pero Ramiro, el rey monje, sí entendió el mensaje. Y así…

> *El rey envió cartas por todo el reino a los nobles y caballeros para que acudiesen a cortes en Huesca, diciéndoles que quería hacer una campana tan grande que en todo su reino se oyese, y que en Francia había maestros capaces de hacerla. Y los nobles y los caballeros, con desprecio, dijeron: «Vayamos a ver esta locura que quiere hacer nuestro rey». Y cuando llegaron a Huesca…*

Cuando llegaron a Huesca, Ramiro II el Monje se dispuso a ejecutar su propia poda de coles. Mandó a algunos hombres de su guardia esconderse, armas en mano, en su gabinete. Y entonces…

> *Y cuando llegaron los ricohombres los mandó llamar uno a uno a consejo, y según iban entrando, así los mandó decapitar uno a uno. Y llamó a todos los que eran culpables, de forma que trece ricohombres y otros caballeros quedaron descabezados, y a todos habría decapitado de la misma manera si los de afuera, que lo oyeron, no hubieran huido.*

La Crónica de San Juan de la Peña nos da los nombres de algunos desdichados caballeros, entre los que había varios del linaje de los Luna. Eran Lop Ferrench, Rui Ximénez, Pero Martínez, Ferrando y Gómez de Luna, Ferriz de Licana, Pero Vergua, Gil d'Atrosillo, Pero Cornel, García de Bidaure, García de Penya y Remón de Fozes, Pero de Luesia, Miguel Azlor, Sancho Fontova…

La versión popular de la historia añade algunas cosas más. Dice, por ejemplo, que Ramiro II el Monje dispuso a todos los cadáveres en círculo, como si formaran una campana (precisamente), y al más rebelde de todos, que era el propio obispo de Huesca, lo colocó en el centro, a modo de badajo. El

Romancero tradicional añade más: dice que, después, el rey llamó a los hijos de los rebeldes. Lo cuenta así:

Cortó allí quince cabezas,
que eran las más estimadas,
y mostrólas a sus hijos,
que a sus padres aguardaban,
diciendo que haría lo mismo
con cuantos no le acataran.
Y así fue temido el Monje
con el son de la campana.

¿Verdad? ¿Mentira? Los que sostienen que es mentira, que todo es una fabulación popular, esgrimen un argumento de peso: esa misma historia del maestro que corta coles, o espigas o cualquier otra cosa, a modo de mensaje cifrado, la encontramos en Heródoto, en Aristóteles y en Tito Livio, que la atribuyen a distintos personajes. De manera que todo esto de la campana de Huesca no sería más que una aclimatación a la española del viejo tema clásico.

Ahora bien, ¿por qué la leyenda fue a posarse precisamente sobre Ramiro II el Monje? En general, los cantares del romancero tradicional son con mucha frecuencia versiones poetizadas o legendarias de hechos reales. Y bien pudo ocurrir lo mismo en este caso. Veamos. Sabemos que a la altura de 1135 Ramiro tuvo serios problemas con los nobles de Aragón. Tanto que tuvo que retirarse a Besalú. Esos problemas se derivaban de la difícil tesitura política que ya hemos explicado aquí: García de Navarra pacta con Alfonso de León, éste toma Zaragoza y además logra emparentar con el conde de Barcelona, de manera que el rey de Aragón queda solo y rodeado de adversarios. En consecuencia, los nobles del reino tratan de sacar el mayor partido posible de la situación.

En ese contexto —dato nuevo, pero real— ocurre algo lamentable: un ataque a una caravana musulmana. Ramiro II, para pacificar el paisaje, había firmado una tregua con los almorávides de Lérida en tanto resolvía sus problemas interiores. Pero en el verano de 1135, un grupo de caballeros ataca y saquea una caravana musulmana a su paso por territorio aragonés. El ataque es un desafío en toda regla a la autoridad del rey. Y Ramiro bien pudo pensar

que las cosas habían llegado demasiado lejos y que era momento de tomar drásticas decisiones. Por ejemplo, cortando coles.

¿Lo hizo? Balaguer y Ubieto, que en las cosas del Reino de Aragón son autoridad, han constatado que aquel ataque a una caravana mora fue verdad. Y también han descubierto que, después de 1135, los nombres de los magnates referidos por la Crónica desaparecen efectivamente de la documentación. ¿Muertos? ¿Destituidos? ¿Desterrados? Eso no lo podemos saber. Pero es un hecho que, después del verano de 1135, los nombres de aquellos levantiscos magnates desaparecieron para siempre.

Así que pudo haber o no matanza, y pudo haber o no campana. Pero sí hubo insurrección contra el rey Ramiro, y sí hubo severa represión de éste contra los díscolos caballeros del Reino de Aragón. Todo lo demás, es cuestión de Romancero. Y como muchas otras veces, los huecos que deja la historia nos los llena la leyenda.

Ramón Berenguer IV y la niña Petronila: nace la corona de Aragón

Ramiro el Monje hizo lo que tenía que hacer: engendrar un heredero. Y fue una heredera: Petronila. La niña Petronila había nacido el 29 de junio de 1136, apenas un año después del matrimonio de Ramiro el Monje con Inés de Poitiers. Aquel matrimonio sólo tenía ese objetivo. Lo que había nacido no era un varón, sino una mujer, lo cual en la época tenía sus complicaciones, pero eso era mejor que nada. Más aún: eso salvaba la corona. Y esta niña Petronila, engendrada con la única finalidad de dar continuidad al linaje de los reyes de Aragón, se convirtió inmediatamente en princesa. Y cuando Petronila cumplió un año, la corona señaló su destino: había que casar a la princesa.

¿Casar a una niña de apenas un año de edad? Sí. La que se casaba no era una niña, sino un reino: Aragón. Ahora bien, ¿con quién concertar el enlace? Ramiro sabía con quién no debía casarla: con García Ramírez de Navarra, que, además de estar ya casado y tener dos hijos, se había convertido en persona non grata por la hostilidad de Roma. Cabía entonces la posibilidad de emparentar a la niña con la casa de León: Alfonso VII tenía un hijo, Sancho, dos años mayor que Petronila. Pero los nobles de Aragón miraban hacia otro lado: Barcelona, donde mandaba el conde Ramón Berenguer IV.

¿Por qué precisamente Ramón Berenguer IV y no otro? Fundamentalmente porque los aragoneses veían en el conde de Barcelona, cuñado de Alfonso VII de León, un excelente aliado para proteger los intereses del reino. Era ya un hombre de veinticuatro años, pero justamente eso le hacía ser el candidato ideal. Por otro lado, lo que Ramiro el Monje se había propuesto no era mantenerse en el poder, sino salvar al reino. Y así, en agosto de 1137, la niña Petronila quedó formalmente casada con Ramón Berenguer IV El pacto entre el conde de Barcelona y Ramiro el Monje era una obra de orfebrería política. Ramiro depositaba en Ramón la potestad política sobre el reino. A partir de ahora, Ramón Berenguer IV firmará como conde de Barcelona y príncipe de Aragón. Y el Monje, aun manteniendo el título de rey, se quitará de en medio.

Ramiro es muy preciso a la hora de señalar las tierras que lega a Ramón Berenguer. En los años anteriores se ha preocupado de definir con claridad las fronteras con Navarra y con Castilla. En esta última —dice el rey monje a su yerno— «te doy las villas y castillos desde Ariza hasta Herrera, desde Herrera hasta Tarazona, desde Tarazona hasta Tudela». En realidad es la línea que separa las diócesis de Osma, Sigüenza y Tarazona. Y ésta será ya definitivamente la frontera entre Castilla y Aragón. Un Aragón del que a partir de ahora habrá que hablar como Corona de Aragón, uniendo los territorios de Aragón y Cataluña.

Pero la elección de Ramón Berenguer IV como príncipe de Aragón tenía otra ventaja, y es que permitía solucionar el problema del testamento del Batallador. La fórmula puede parecernos hoy francamente estrambótica, pero lo cierto es que era la mejor solución. La idea, según parece, se le ocurrió al legado del papa en España, el cardenal Guido de Vico. El problema central seguía siendo el derecho de las órdenes militares de Tierra Santa a heredar los reinos de Aragón y Navarra. La Iglesia no renunciaba a ejecutar el testamento del Batallador, pero las órdenes militares no tenían claro qué hacer con aquel regalo y, por otro lado, ya había una situación de hecho, con dos reyes como García en Pamplona y Ramiro en Aragón, que hacía impracticable el cumplimiento. Ahora bien, había una solución: que el heredero fuera, no una orden militar, sino uno de sus miembros. ¿Y había en España un soberano que cumpliera ese requisito? Sí, lo había: Ramón Berenguer IV de Barcelona. Porque Ramón Berenguer era templario.

El arreglo funcionó como una especie de cesión de derechos: las órdenes militares depositaban en Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y príncipe

de Aragón, sus derechos sobre los territorios que el Batallador había legado. Ramón, por su parte, compensaba a las órdenes militares con contraprestaciones económicas y con la concesión de derechos para edificar iglesias, monasterios y hospitales en las poblaciones de Aragón y de Cataluña. Y por cierto que iba haciendo falta encontrar rápidamente una solución, porque el panorama a estas alturas de nuestro relato —los años 1137-1140— se estaba oscureciendo por momentos.

La situación de Aragón, en efecto, no es fácil. Existe una aguda conciencia de peligro. Sin un poder político nítido, crece el miedo. Alfonso VII de León tiene que ocuparse de reactivar la Cofradía de Belchite —la primera orden militar española, como vimos aquí— para que se mantenga firme frente al moro. El obispo de Barbastro, por su parte, constata que la ciudad se está quedando despoblada y llama «a todos los hombres temerosos de Dios, de cualquier orden o condición» para que acudan a la defensa de Barbastro, previa concesión de indulgencias a los cruzados. ¿Qué está pasando? Está pasando que a la altura de 1135 los almorávides han reaccionado en Aragón y vuelven a ser una amenaza, lo cual tal vez guarde relación con aquel episodio del asalto de una caravana mora con la consiguiente ruptura de la tregua, episodio que acabamos de contar aquí y que ocurrió precisamente en 1135. Una de las primeras medidas de Ramón Berenguer IV será reactivar la guerra contra los almorávides. Y con éxito.

La gran campaña comenzó alrededor de 1140. Era el momento oportuno y será esta ofensiva aragonesa la que quiebre definitivamente el poder almorávide en la región. En los dos años siguientes los aragoneses consolidan sus posiciones en Sariñena, Pina de Ebro, Velilla de Ebro, Chalamera, Alcolea de Cinca, Monzón, Tamarite, Daroca… La crónica dice una cosa muy interesante: que estas plazas las tomaron «los señores de las tierras de Zaragoza». Y es muy interesante porque eso quiere decir que el esfuerzo bélico ya no lo protagonizaba el rey, sino los señores y caballeros de Aragón, a los que probablemente Ramón Berenguer IV dio carta blanca por primera vez para afrontar campañas por su cuenta y riesgo.

Y a todo esto, ¿qué fue de Ramiro el Monje? Los últimos años de Ramiro son un misterio. Seguía siendo rey, porque no había perdido ni el título ni la dignidad, pero en la práctica estaba apartado de todo. Al parecer vivió entre los monasterios de San Pedro el Viejo, en Huesca, y San Úrbez de Sarrablo, en Nocito, en la sierra de Guara. Y allí, sin más noticia relevante, se extinguió mansamente su vida veinte años después de haber delegado el poder en su

yerno. Ramiro II el Monje murió pasados los setenta años. En San Pedro el Viejo se conservan sus restos.

Un tipo sorprendente, Ramiro II el Monje. Tanto como su hermano Alfonso el Batallador. Alfonso había sido el rey cruzado por antonomasia, capaz de sacrificarlo todo a su ideal. Y Ramiro, por su parte, demostrará al cabo un desdén hacia el poder verdaderamente poco común en los monarcas de este y de todos los tiempos. A fin de cuentas, ¿qué hizo Ramiro II? Salir del convento forzado por las circunstancias, hacerse cargo de la corona en un momento especialmente difícil, engendrar una heredera, recomponer el paisaje político y confiar el poder a alguien con sobradas cualidades. Nacida la niña Petronila, Ramiro se separó de su circunstancial esposa, Inés de Poitiers, que también se retiró a un convento. Y solventado todo esto, al cabo de muy pocos años, Ramiro el Monje abandonó el trono con la misma sobriedad con que había llegado a él.

Lo que nació de aquel matrimonio político entre la niña Petronila y Ramón Berenguer fue una realidad que marcaría la historia de España: una corona nueva, la corona de Aragón, que al viejo reino pirenaico añadía los condados catalanes —excepto Pallars y Urgel, aún independientes— y su proyección hacia Francia. Apenas dos siglos después, esa misma corona de Aragón sería dueña absoluta del Mediterráneo. Y así las barras de Aragón ennoblecen desde hace muchos siglos el escudo de España.

Y por fin nace el Reino de Portugal

Cuando Alfonso VII se coronó solemnemente «emperador de toda España», hubo alguien que aprovechó para hacer un gesto de disidencia: su primo Alfonso Enríquez, el conde de Portugal, que ni asistió a la ceremonia ni envió a nadie en su nombre. Enríquez había prestado vasallaje al rey pocos años antes, pero ahora el paisaje había cambiado: el hijo de Teresa y Raimundo, nieto de rey después de todo, estaba dispuesto a hacer valer sus derechos. Y lo conseguiría: con él nacerá el Reino de Portugal.

En esta actitud rebelde del conde portugués hay un factor que no conviene pasar por alto: su alianza con García Ramírez de Pamplona. Recordemos que García de Pamplona, el nieto del Cid, nombrado rey de Navarra, también se había apresurado a rendir vasallaje feudal a Alfonso VII; a cambio de ello había obtenido la tenencia de Zaragoza. Pero después las cosas se torcieron:

Roma no le reconoció como rey y, por otro lado, Ramiro el Monje, el de Aragón, recompuso relaciones con León en perjuicio de García. Así la amistad de García Ramírez con Alfonso VII se convirtió en hostilidad. Ahora García Ramírez era un monarca en precario; se sentía injustamente tratado, incluso traicionado por el rey de León, al que había prestado vasallaje, y no le faltaba razón.

García Ramírez no era un enemigo fácil. Se sabía en riesgo y no dejará de multiplicar los gestos ofensivos. Cuando vea peligrar la frontera con Castilla, intensificará las acciones bélicas en el oeste. Y cuando se sienta amenazado por el este, no dudará en invadir territorios aragoneses. En una de estas campañas llegó incluso hasta la mismísima Jaca, la vieja capital del Reino de Aragón. En otra sucesiva, derrotará a las huestes de Ramón Berenguer IV en Gallur, a mitad de camino entre Tudela y Zaragoza. El rey de Navarra se sabía solo. Y enemistado con Alfonso VII, no tardó en buscar el apoyo del otro incómodo vecino de León: el portugués Alfonso Enríquez, que al fin y al cabo era su aliado natural.

A Alfonso Enríquez le venía muy bien la alianza navarra: mientras más ocupadas estuvieran las tropas castellanas en su frontera oriental, o sea, en Pamplona, más relajarían la presión en su frontera occidental, o sea, en Portugal. ¿Y para qué quería Alfonso Enríquez esa libertad de movimientos? Para actuar en Galicia, territorio al que no había renunciado. La enemistad de Enríquez con los condes de Traba —los que cortaban el bacalao en Galicia— era irreductible. Mientras el rey de León intentaba solucionar el follón aragonés, el conde de Portugal había intensificado las acciones militares en la frontera gallega. Incluso había intentado por dos veces invadir el territorio vecino. Pero no le acompañó el éxito: aunque en 1137 logró tomar Tuy, enseguida fue derrotado y tuvo que aceptar una tregua. Para colmo de males, ese mismo verano los almorávides aprovechaban la inestabilidad portuguesa y atacaban la fortaleza de Leiría, amenazando nada menos que Coímbra. Alfonso Enríquez, necesitado de auxilio, se vio obligado a prestar vasallaje a Alfonso VII una vez más.

Probablemente la rebeldía de Enríquez habría acabado aquí si por el camino no se hubiera mezclado otra seria cuestión: la voluntad de las diócesis portuguesas de no someterse al poder de Santiago de Compostela ni al de Toledo. Aquí ya hemos hablado de la cuestión de las diócesis y su decisiva importancia. Las diócesis episcopales eran la auténtica instancia de organización territorial en la Edad Media. Digámoslo de este otro modo: en

aquel momento la corona se ve a sí misma como la forma política de una determinada comunidad cristiana. Y en Portugal ya había nacido una comunidad cristiana con rasgos singulares en torno a las diócesis de Braga y Oporto, regidas por los obispos Palo Mendes y Joao Peculiar. Ambos apoyarán a Alfonso Enríquez en su proyecto político, y Enríquez, por su parte, aprovechará sus excelentes contactos con los cluniacenses —recordemos que su padre era borgoñón— para reafirmar la independencia de estas sedes episcopales.

Todo empuja al nacimiento de una realidad política nueva. Los obispos de Braga y Oporto han impulsado un monasterio en Coímbra, el de la Santa Cruz, que empieza a proporcionar a Portugal un clero propio y específico. Ese clero propiamente portugués tiene una misión: llevar la palabra de Dios al sur, más allá de la frontera, en las tierras que aún ocupan los moros. Después de la última incursión almorávide, el castillo de Leiría había quedado destrozado. Los portugueses lo reconstruyeron inmediatamente: aquella plaza era la punta de lanza hacia el sur, hacia las tierras que también aquí se llamaban la Extremadura, sobre el horizonte del Tajo. La densidad de población en el Portugal viejo, entre el Miño y el Duero, era ya muy alta. Resultaba preciso encontrar nuevas tierras y el sur ofrecía anchos campos por cultivar. La Iglesia portuguesa será la primera a la hora de impulsar aquí la Reconquista.

De esta comunidad de intereses religiosos y políticos en un mismo territorio nacería el Reino de Portugal. ¿Cuándo exactamente? ¿Cuándo comenzó a llamarse «rey» a Alfonso Enríquez? Dice la tradición que todo ocurrió después de una gran batalla, la de Ourique, en el Alentejo, en julio de 1139. Así lo cuenta la leyenda:

Marchaba Alfonso Enríquez en campaña por tierra de moros. Era julio, el mes de Santiago. Y los portugueses lanzaban una de las habituales campañas de saqueo hacia el sur. Pero ese día sucedió algo nuevo. Nuevo y terrible: un grueso ejército musulmán, mandado por cinco reyes, salió al encuentro de los cristianos. Todo se teñía de malos presagios. ¿Qué hacer? Sólo cabía huir. Pero cuando todo parecía perdido ante la enorme superioridad del enemigo, Alfonso Enríquez tuvo una visión: un coro de ángeles y el mismo Cristo le garantizaban la victoria en el combate. Y el portugués dio la orden de combatir.

La victoria portuguesa fue aplastante. Los moros quedaron vencidos. Los cinco reyes musulmanes perecieron. Por eso hay cinco pequeños escudetes en el escudo de Portugal: cada uno representa a uno de esos reyes moros. Y

sobre el propio campo de batalla, en la alegría de la victoria, los nobles y caballeros del ejército proclamaron a Alfonso Enríquez rey de los portugueses. Así Portugal se convirtió en reino aquel 25 de julio de 1139.

Esto es lo que cuenta la leyenda. En realidad, parece que las cosas fueron un poco distintas. Alfonso Enríquez ya se venía intitulando rey desde marzo de ese año, por lo menos. Por otro lado, aunque es muy probable que efectivamente se diera una batalla, no parece que fuera en el Alentejo. En cuanto la visión mística del rey, se ha demostrado que es un elemento narrativo añadido con mucha posterioridad, varios siglos después.

En todo caso, lo cierto es que en ese contexto de expansión hacia el sur Portugal se reconoció a sí mismo como reino. A partir de ese momento, Portugal llevará una vida propia. Sigue siendo reino vasallo de León, pero reino independiente. Los dos Alfonsos, los dos primos, tendrán sus más y sus menos. Habrá pugnas y habrá reconciliaciones. Alfonso de León, emperador, reconocerá a Alfonso de Portugal como rey en 1143, en el Tratado de Zamora. En cuanto a Alfonso Enríquez, dirigirá personalmente la Reconquista en el oeste de la Península. Cuando recale en Portugal una escuadra de cruzados ingleses y normandos que se dirigía a Tierra Santa, Alfonso Enríquez les convencerá para que le ayuden a atacar Lisboa. Así volverá a manos cristianas la que hoy es capital de Portugal.

De todo esto ya hablaremos en su momento. Por ahora, quedémonos con lo esencial: a la altura de 1139-1140 nace Portugal como reino, y así se empieza a configurar definitivamente la España de los cinco reinos. Dos, León y Castilla, están juntos bajo el cetro de Alfonso VII. Otro, el de Navarra, logra sobrevivir en manos de García Ramírez, que, por cierto, no tendrá más remedio que volver a rendir vasallaje —eso sí, como rey— a Alfonso el emperador. El cuarto reino, Aragón, ha adquirido su forma definitiva tras la fusión de la vieja corona aragonesa con el condado de Barcelona. Y el quinto reino es este Portugal que ahora amanece para la historia. Así tomó forma la España de los cinco reinos.

Cuando la catalana Berenguela salvó Toledo

Una catalana salvó Toledo. Eso dice la tradición, y la historia es tan hermosa que vale la pena contarla. Pero antes vamos a ver cómo estaban las cosas en el

sur, donde prosigue la guerra contra el islam. Guerra que iba a conocer ahora nuevos y decisivos episodios.

Lo que está pasando en el sur es que el Imperio almorávide se desploma bajo los efectos de la subversión almohade, esa nueva escuela político-religiosa de la que ya hemos hablado aquí y que se está extendiendo como una mancha de aceite por todo el norte de África. El emir Alí ben Yusuf se ve obligado a trasladar una y otra vez tropas de Al-Ándalus para combatir a los almohades en África. Esta inestabilidad en Al-Ándalus provoca dos movimientos simultáneos: por una parte, los reinos cristianos aprovechan la situación para arrancar nuevos territorios en la frontera; por otro, los núcleos más fuertes del poder musulmán en España intentan reafirmar su posición frente a los reinos cristianos y frente al propio emir.

En este paisaje, convulso como pocos, Alfonso VII de León percibe rápidamente que tiene una oportunidad y se aplica a explotarla. Sabe que su título de «emperador de toda España» puede extenderse no sólo a la España cristiana, sino también a la musulmana. Para ello cuenta con un aliado de primera importancia, un hombre que ya ha salido en nuestro relato: Zafadola, el reyezuelo moro de Rueda de Jalón, el hijo del último rey taifa de Zaragoza. Zafadola es aliado y vasallo de Alfonso VII. Ante un mundo *andalusí* que navega en plena descomposición, Zafadola se presenta como una alternativa dentro del propio islam: una alternativa que garantizará a los *andalusíes* la paz con los cristianos sin dejar de ser musulmanes.

El gran proyecto pasa, de momento, por un objetivo primordial: asentar la hegemonía cristiana en la frontera sur, en el valle del Tajo, ocupando plazas fuertes para proteger la repoblación. La debilidad almorávide ofrece posibilidades prometedoras. Alfonso VII intenta por dos veces tomar Coria, plaza esencial para el dominio del Tajo en el oeste. Con el mismo propósito, a la altura de 1139, cerca la fortaleza mora de Colmenar de Oreja, al noreste de Toledo. Y es aquí, en el cerco de Colmenar de Oreja, donde la tradición sitúa el episodio de la catalana que salvó Toledo. Esa catalana fue la reina Berenguela.

Colmenar de Oreja era un lugar de gran importancia estratégica para asegurar el control del ancho valle del Tajo toledano, cara a la frontera con los moros que ocupaban las tierras de Cuenca. El objetivo concreto de la maniobra no era propiamente el actual pueblo de Colmenar de Oreja, sino el castillo de Oreja, en Ontígola, a pocos kilómetros de Colmenar y no lejos de Aranjuez. Fue el lugar donde Alfonso VII, acompañado de Zafadola,

concentró sus tropas en la primavera de 1139.Todas las huestes de la cercana Toledo acudieron a la llamada.

Para los almorávides era un desafío de primera magnitud: perder Oreja volvía su posición extremadamente frágil, porque esa plaza estaba en la orilla sur del río, abierta ya a las llanuras de La Mancha. De manera que, sin perder tiempo, los moros movilizan todo lo que tienen: los gobernadores de Córdoba, Sevilla y Valencia envían sus ejércitos para frenar al rey de León. Pero los almorávides hicieron algo más. Constataron que Alfonso, para cercar Oreja, había empleado todas sus tropas y, por tanto, había dejado desguarnecida la plaza de Toledo, la capital. De manera que dividieron su ataque: mientras una parte de la fuerza musulmana acudía a Oreja, otra parte del contingente marchaba contra Toledo. La maniobra era inteligente: se trataba de obligar a Alfonso VII a dividir sus tropas, forzarle a mandar huestes a Toledo y, así, aliviar el cerco sobre Oreja. Y de esta manera los habitantes de Toledo, ciudad prácticamente sin soldados, vieron un buen día aparecer frente a sus muros a un ejército musulmán.

En Toledo —dice la tradición— habían quedado solamente la reina Berenguela y sus damas. Berenguela, esposa de Alfonso VII, hija de Ramón Berenguer III, hermana del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV. Esta mujer debía de tener por entonces unos veintitrés años. Había sido entregada en matrimonio al rey de León en 1128, a la edad de catorce años. Tenía ya cinco hijos: Sancho, Ramón, Constanza, Sancha y Fernando, con varios partos múltiples. No era un florero, Berenguela: parece indudable que su influencia fue decisiva para soldar la alianza entre el emperador leonés y la corona de Aragón. Y ahora, primavera de 1139, aquella mujer estaba allí, con sus cinco hijos y sus damas de la corte, sola ante ese ejército musulmán que aparecía por el horizonte.

La situación es crítica. Toledo, sin otra defensa que sus muros, no podría resistir un asedio de los sarracenos. ¿Qué hacer? La reina Berenguela toma una decisión. Pide pluma y papel. Dicta una carta que habrá de ser enviada al jefe de las huestes moras. Sus palabras desarmarán a los sarracenos. Aquella carta decía así:

> *Hija soy de Raimundo Berenguer de Barcelona, muerto hace ahora nueve natividades, e hija soy de Doña Dulce de Provenza. Cuando por ellos fui entregada en matrimonio a mi esposo, el emperador, me fue explicada la importancia de mi presencia junto a él, y se me ilustró sobre el valor de mi vida, y sobre el valor de mi muerte. Desde*

entonces no temo ni al día de las pompas ni a la noche de las guerras. Preparada estoy, pues, para morir en cualquier instante, como mujer y como emperatriz. Y lo haré, si es menester, en la defensa de este castillo de San Servando, si a vos os quema la vergüenza de guerrear contra una mujer, sabiendo como sabéis que mi esposo, el emperador, se halla en conquista de Oreja, a no muchas leguas de aquí, donde con su ejército podría ofreceros la batalla que tanto parecéis anhelar como miedo parecéis tener…

En plata: si tenéis lo que hay que tener, id a pelear donde están los hombres en vez de amenazar a unas pocas mujeres solas. Y para reafirmar sus palabras, la reina se vistió con las ropas más suntuosas que tenía a mano, hizo trasladar su trono a la torre más alta de la muralla toledana y se sentó allí, bien a la vista de los moros. Hoy lo llamaríamos guerra psicológica. Y dice la tradición que los sarracenos, avergonzados, deliberaron brevemente entre sí, se inclinaron ante la reina Berenguela y después, lentamente, abandonaron las murallas de Toledo, levantaron el asedio y marcharon hacia Oreja, donde Alfonso les esperaba. Hoy se conoce como Torres de la Reina a esa parte de la muralla toledana donde la reina se mostró a los moros, entre la Puerta de Bisagra y la torre de la Almofala. Y así fue como una catalana salvó Toledo, la capital del emperador.

No podemos saber si las cosas ocurrieron realmente así. Pero sabemos que Berenguela era cualquier cosa menos una mujer apocada. Sabemos que Alfonso VII, en efecto, estaba asediando el castillo de Oreja. Sabemos que los almorávides intentaron detenerle. Y sabemos, en fin, que el emperador tomó finalmente la plaza, que terminó cayendo en el mes de octubre, después de varios meses de sitio y sin que Toledo sufriera otros ataques. Así que, después de todo, ¿por qué no? La historia de Berenguela en la muralla toledana es verosímil. Y, sobre todo, es muy hermosa.

En todo caso, la caída de Oreja sólo fue el primer capítulo de lo que se les venía encima a los almorávides. Con el control sobre el valle sur del Tajo asegurado, y las líneas sarracenas debilitadas por el conflicto interno con los almohades, el rey de León multiplica las ofensivas. En el oeste, Alfonso VII recupera en 1142 la ciudad de Coria, al norte de Cáceres. Y en el sur, en 1143, los cristianos logran tomar el castillo de Mora. El autor de la proeza es el jefe de la guarnición de Toledo, un frontero de origen gallego llamado Munio Alfonso, del que ya hablaremos más aquí. Desde la plaza de Mora las huestes de Toledo están en condiciones de intensificar sus campañas en La Mancha.

En una de esas campañas Munio Alfonso derrota a los gobernadores de Sevilla y Córdoba en Montiel, ya a un paso de las sierras andaluzas.

El paisaje cambia por completo. Con estos éxitos militares, el nuevo horizonte de la España cristiana ya no está en el Tajo, sino más al sur: en las inmensas planicies de La Mancha, en las sierras del Segura y en las peñas de Sierra Morena. Alfonso acaricia su proyecto definitivo: obtener la sumisión de la España mora derrotando a los almorávides y poniendo en su lugar a Zafadola. Toledo se prepara para dibujar una vez más el mapa político de España. Y allí, en la vieja capital, una dama daba a luz a su sexto hijo. Esa dama era la reina Berenguela, la catalana que salvó Toledo.

Una crisis, un tratado y una boda

Años cruciales, estos en torno a 1143: Alfonso VII está decidido a crear un imperio cristiano mientras, en el sur, el Imperio almorávide se hunde. En muy pocos meses vamos a asistir a acontecimientos decisivos.

Aquel año había comenzado con una noticia luctuosa en África: en su palacio de Marrakech moría el emir almorávide, Alí ibn Yusuf, a los sesenta años de edad y después de treinta y siete de reinado. Alí había recogido la herencia del viejo Yusuf ibn Tashfin, el derviche que vestía con pieles de ovejas. Vivió sus días de gloria cuando derrotó a los cristianos en Uclés y cuando tomó la taifa de Zaragoza. Pero todo aquello había quedado muy atrás. Ahora, mediados del siglo XII, el Imperio almorávide vive una larga decadencia. La subversión almohade ha puesto en jaque al imperio. El emir Alí será reemplazado por su hijo, Tashfin ben Alí. Y el paisaje que se encuentra Tashfin, el nuevo emir, es cualquier cosa menos apacible.

La insurrección de los almohades no es una pacífica querella política: es una auténtica guerra civil. Su nuevo líder, Abd al-Mumin, levanta los ánimos de las poblaciones bereberes y las lanza a luchar contra la facción gobernante. Se combate por todas partes. El ejército almorávide es fuerte: sus tropas de mercenarios y cautivos cristianos, mandadas por el catalán Reverter (Roberto, vizconde de Barcelona), sofocan una y otra vez las acometidas de las huestes almohades. Entonces Abd al-Mumin, el almohade, entiende que no obtendrá la victoria hasta que consiga el levantamiento masivo de sus paisanos bereberes y, sobre todo, de los musulmanes de Al-Ándalus.

El primer gran éxito de Abd al-Mumin es la conquista de Tremecén: una operación muy cruenta, con exterminio de la población local. El dominio de esta importante plaza argelina permitió al líder almohade constituir un gran ejército con las tribus de las montañas cercanas. Y además obligó al emir Tashfin a tomar una decisión de gran alcance: retirar las tropas almorávides en España para hacer frente a los almohades en África. Tashfin conocía bien a sus excelentes tropas *andalusíes*: él mismo las había mandado. Pero estas tropas no tenían sólo por función guerrear contra los cristianos de España, sino también garantizar la sumisión de la población musulmana de Al-Ándalus. Y ahora, sin espadas almorávides a la vista, los moros españoles iban a dar rienda suelta a su descontento.

Alfonso VII no ignora los problemas de los almorávides: sabe que el enemigo está haciendo agua y el rey de León no desperdicia la oportunidad de crecer a su costa. Las campañas militares lanzadas sobre la frontera, desde Coria hasta Oreja, señalan un nuevo horizonte para la Reconquista. Todos los reinos cristianos tienen su propio objetivo: la corona de Aragón hostiga a los moros de Lérida y de Valencia; los portugueses tienen a la vista Lisboa; en cuanto a castellanos y leoneses, su nuevo campo de batalla es la propia Andalucía, donde multiplicarán las incursiones.

El proyecto imperial de Alfonso VII nunca ha estado más cerca de realizarse. Alfonso se ve a sí mismo como soberano natural de un conjunto de reinos cuyo lazo común es la cristiandad y la hispanidad. Aragón es su aliado y le ha prestado vasallaje. Con Navarra se van recomponiendo las cosas y el viejo reino seguirá el mismo camino que los aragoneses. Para gobernar las tierras *andalusíes* ha pensado en un musulmán: Zafadola, del que ya hemos hablado aquí, y que igualmente podría reinar como vasallo de Alfonso. Y además está la cuestión portuguesa; cuestión que Alfonso quiere resolver cuanto antes.

Portugal ya es de hecho un reino: el apoyo episcopal de Braga y Oporto ha dotado a Alfonso Enríquez de un territorio bien vertebrado y de un eficaz respaldo político. El propio Enríquez viene titulándose rey desde unos años atrás. El conflicto entre los dos primos borgoñones es inevitable; los roces son continuos. Enríquez, el portugués, quiere afianzar su condición de rey. Alfonso VII está dispuesto a aceptarlo siempre y cuando Enríquez le rinda vasallaje. Éste será ahora el gran objetivo político de la corona leonesa, que terminará tomando carta de naturaleza en el Tratado de Zamora.

Parece que el acuerdo fue cuajando a lo largo del año 1143.Y con toda probabilidad, el que estuvo trabajando en la trastienda fue Guido de Vico, el legado del papa, particularmente interesado en marcar bien las competencias de cada diócesis española y, muy especialmente, en evitar las guerras entre reinos cristianos. Hubo un primer encuentro entre los dos Alfonsos, el emperador y el portugués, en Valdevez. Allí se sentaron las líneas de la concordia. Después, en el mes de septiembre, Alfonso VII convoca concilio en León, y allí estará también el cardenal Guido. El último acto del proceso será ese acuerdo de Zamora.

¿Qué se decidió en Zamora? Fundamentalmente, que Alfonso Enríquez podría ser rey de Portugal. Los territorios del viejo condado portucalense adquirían la condición de reino y Alfonso Enríquez sería su titular. Pero lo sería como vasallo del rey emperador de León. Y para subrayar ese vasallaje, el emperador entregó a Enríquez el señorío de Astorga, que era dominio de la corona leonesa. Así, por esa tenencia, Enríquez quedaba obligado para con el rey de León. El rey de Portugal volvió a su casa con una gran conquista política bajo el brazo; en Astorga dejaba, como prenda viva de su obediencia, al alférez Fernando Cativo, nuevo gobernador (portugués) de la ciudad. Era el 5 de octubre de 1143.

Nadie podrá negar que Alfonso VII de León puso todo de su parte para lograr la concordia. Las circunstancias le empujaban a ello, y tal vez el calor de sus recientes victorias en Coria, Oreja y Montiel le llevaron a ser demasiado confiado. Porque la verdad era que Alfonso Enríquez, el portugués, no tenía la menor intención de quedar como rey subordinado. Apenas unos días después del tratado de Zamora, en el mes de noviembre, Enríquez intenta una nueva maniobra: escribe al papa y le solicita convertirse en vasallo de la Silla de Pedro.

La jugada del portugués era malévola. Si el rey de Portugal se convertía en vasallo del papa, ya no podría ser vasallo del emperador de León, porque una dependencia excluía a la otra y en todo caso prevalecería la superior, que era el papa. Para engrasar bien su petición, Enríquez añadía la oferta de pagar a Roma un censo anual de cuatro onzas de oro. Sin embargo, esta vez Roma anduvo avisada: el papa dijo no. Más precisamente: no dijo nada. Sin duda el cardenal Guido, el legado papal, intervino en el asunto. Nadie ignoraba en Roma que aceptar el vasallaje de Portugal significaría crear un nuevo conflicto en España. De hecho, Roma no reconocerá la existencia de un rey en Portugal hasta muchos años más tarde, en 1179.

Alfonso de León, mientras tanto, seguía ocupado en impulsar su proyecto imperial. Sólida la alianza con Aragón, prometedor el plan musulmán de Zafadola y relativamente arreglada la cuestión portuguesa, sólo quedaba pendiente el problema navarro. García IV Ramírez, el nieto del Cid, que en su día prestó vasallaje a León, se había visto convertido en persona non grata por la cuestión del testamento del Batallador. De un día para otro, acabó concitando sobre sí la hostilidad de Aragón y Castilla al mismo tiempo. Pero García se afianzó firmemente sobre la nobleza navarra que le había elegido y supo mantener su trono y su territorio. Aun envuelto en perpetuos problemas fronterizos con aragoneses y castellanos, la suerte de las armas le sonrió.

García y Alfonso empiezan a tratar las paces desde 1139. El rey de Navarra pronto vuelve a convertirse en vasallo y aliado de León, aunque permanezca abierto el conflicto territorial con Aragón. Y cuando, poco después de 1140, García enviudó (de la dama francesa Margarita de L'Aigle), el emperador de León pensó que se le presentaba una buena oportunidad de trazar sólidos puentes. ¿Cómo? Con un matrimonio.

Unos once años antes, el rey Alfonso de León había tenido una hija ilegítima. Se la dio doña Gontrodo Pérez, esposa por entonces del «tenente» de Aguilar. La niña se llamó Urraca, fue apartada de la familia materna y criada en palacio. Ahora esa niña, Urraca Alfonso, llamada Urraca la Asturiana, iba a ser la prenda de la alianza entre León y Navarra. El 24 de junio de 1144 se celebraban los solemnes esponsales de García Ramírez con Urraca, en medio de una gran fiesta. La Crónica lo cuenta así:

> *El Emperador y el rey García estaban sentados en un trono regio elevado a las puertas del palacio imperial; los obispos y los abades, los condes, los duques y los príncipes, en asientos preparados en torno a los soberanos. Caballeros llegados de diversas partes de España atraídos por la fama de los festejos, haciendo correr a sus caballos aguijoneándolos con las espuelas, golpeaban unos tableros preparados al efecto con lanzas, según la costumbre de la tierra, para exhibir así su pericia y su valor juntamente con el de las cabalgaduras. Otros mataban con venablos toros enfurecidos por el ladrido de los perros. Por último, dejaron en medio del ferial a un cerdo para que los hombres con los ojos vendados se apoderaran de él matándole. Los cazadores, apresurándose a dar muerte al animal, se golpeaban y herían mutuamente, entre el delirio de los*

espectadores. Y hubo así gran fiesta en aquella ciudad y bendecían a Dios que conducía todas las cosas por buen camino.

Bonito festival. Pero, para festival, el que se estaba preparando en el sur. Ese mismo verano, el poder almorávide empieza a derrumbarse definitivamente. Con la mayor parte de los ejércitos del emir en África, estalla una revuelta general en Al-Ándalus. Es el momento que Alfonso VII estaba esperando. Su gran proyecto imperial podía hacerse realidad.

El hundimiento almorávide

Corre el año 1144 y el mundo almorávide se hunde sin remedio. Llega una nueva élite al poder: los almohades. Hemos visto ya el mismo fenómeno en otros momentos del mundo musulmán: una élite, que llegó al poder en nombre de la ortodoxia, se corrompe; entonces aparece otra facción, más fundamentalista aún, que levanta la bandera de la ortodoxia contra los viejos amos. Estos movimientos, con frecuencia, envuelven divisiones anteriores de carácter tribal o territorial. Y eso era, una vez más, lo que estaba pasando ahora.

El fuego almohade prende con rapidez en unas masas descontentas por el marasmo de los almorávides. En el norte de África, Abd al-Mumin ha logrado levantar a los bereberes de las montañas de Argelia. A partir de esas bases multiplica los ataques contra las posiciones almorávides. Al principio se tratará, sobre todo, de expediciones de saqueo y castigo. Pero poco más tarde, cuando los almohades logren reclutar a miles de bereberes, la intensidad de las campañas crecerá: de las expediciones de saqueo se pasa a la guerra de asedio. Cuando Abd al-Mumin conquiste Tremecén, en su tierra natal, obtendrá unas bases logísticas que van a aumentar notablemente su poder. Poco más tarde conseguirá tomar Fez. Ya sólo le quedaba la capital del enemigo: Marrakech.

El nuevo emir almorávide, Tashfin, trata de reaccionar. Lo hace con una campaña contra las regiones que su enemigo ha dominado en el norte de Argelia. Fue un mal paso: aislado en territorio hostil, el ejército del emir Tashfin queda bloqueado en Orán… ¡con el propio emir al frente! Tashfin morirá allí, intentando escapar de la encerrona. Había reinado solamente dos años. El imperio se derrumbaba. A Tashfin le sucedió su hijo Ibrahim, que apenas reinó un año: murió igualmente en la guerra contra los almohades.

Después de Ibrahim vendrá Isaac, un niño, que apenas gobernará dos años y que morirá igualmente asesinado. El mundo almorávide había terminado.

¿Y cómo afectaba todo esto a la España musulmana? De una manera determinante. La población musulmana de Al-Ándalus hervía igual que la de África y por las mismas causas, pero en la España mora se añadía una razón suplementaria: la fuerza de las grandes familias locales, que llevaban muchos años soportando mal a los almorávides y que ahora veían el momento de levantarse. Naturalmente, el emperador de León no pierde un minuto: en el mismo año 1144 lanza a sus huestes sobre Jaén y Córdoba. Jaén cae. Córdoba pacta. A esta época de nueva descomposición de la España mora se la conoce como Segundos Reinos de Taifas.

El paisaje en la España mora es simplemente caótico. Pero vale la pena verlo con algún detalle, porque muchos de los personajes que ahora emergen a la superficie de la Historia nos van a acompañar durante algunos años. Ya conocemos a uno de esos personajes clave: Zafadola, el último descendiente de los reyes moros de Zaragoza, ahora aliado de Alfonso VII, que se ofrece a los *andalusíes* como relevo local, hispano, tras el marasmo almorávide. Añadamos otro personaje: Yahya Ibn Ganiya, uno de los grandes generales del Imperio almorávide, que queda ahora como gobernador de Córdoba y único baluarte del viejo poder. En torno a esos dos polos se dibujan los campos del conflicto.

En ese mapa aparece ahora un tercer personaje: se llama Abencasi (Abu-l-Qasim) y es del Algarve, en el sur de Portugal. Abencasi ha creado su propia escuela religioso-política: son los *almoridín*, que quiere decir «los adeptos». A su lado aparecen otros líderes locales: Abenalmóndir, que se subleva en Silves, y Sidrey, que hace lo propio en Évora. Los rebeldes llegan a tomar Huelva y Niebla; les está apoyando Alfonso Enríquez de Portugal, muy interesado en echar a los almorávides de la región. Pero las facciones musulmanas pronto se pelean entre sí, y entonces Abencasi escapa a Marruecos para pedir auxilio a los almohades. Será el primer ejército almohade que desembarque en España.

Córdoba está en manos de Ibn Ganiya, el último líder almorávide en España. Cuando Ibn Ganiya sale de la ciudad para hacer frente a Abencasi, los partidarios de Zafadola en Córdoba se sublevan. Los lidera el cadí Abenhamdin. El levantamiento tiene éxito, pero en Córdoba hay mucho recelo hacia Zafadola, de manera que los cordobeses llaman a Ibn Ganiya. Éste vuelve a la vieja capital califal y el cadí Abenhamdin tiene que huir.

¿Adónde? También a Marruecos, a pedir auxilio a los almohades, como había hecho Abencasi. Entonces el vencedor, Ibn Ganiya, hace algo sorprendente: pacta con Alfonso VII. ¿Sorprendente? Quizá no tanto: Ibn Ganiya sabía perfectamente que el mundo almorávide estaba muriendo. El hecho es que ahora, en Córdoba, se enfrentan dos facciones y las dos son aliadas de Alfonso VII. El emperador estaba jugando bien sus cartas.

En ese momento Zafadola ya estaba construyendo a toda velocidad su proyecto: dominaba Jaén y Granada y, además, enviaba sus mensajes a Valencia y Murcia. Da la impresión de que Zafadola no quería limitarse a ser un reyezuelo en manos de Alfonso VII, sino que aspiraba a restaurar la vieja unidad califal; eso sí, una unidad a escala española, sin injerencias africanas. En Valencia, los musulmanes locales se sublevan en nombre de Zafadola. Lo mismo está ocurriendo en Murcia y en otros lugares. Algo distinto sucede en Mallorca, donde Muhammad ibn Ali, uno de los hijos del emir almorávide, que gobernaba la isla desde veinte años atrás, se declara independiente y bajo obediencia del califa de Damasco. Nace la segunda taifa de Mallorca.

En Murcia es donde van a jugarse las bazas más decisivas. Murcia era tierra de Zafadola al que reconoció como rey. Pero en las nuevas taifas de Valencia y Málaga, al norte y al sur de Murcia respectivamente, había ya poderes independientes que aspiraban a constituir reinos propios. Cuando Zafadola marche contra Sevilla, los de Valencia aprovecharán para atacar Murcia. Pero el nuevo líder moro de Valencia será derrotado, de manera que todo el territorio pasa al partido de Zafadola. Mientras tanto, en Andalucía, Ibn Ganiya derrota a los partidarios de Zafadola, así que éste se ve obligado a abandonar Granada.

El caos es fenomenal. Todos los territorios de Al-Ándalus están en guerra al mismo tiempo. Los partidos fundamentales siguen siendo dos: el de Zafadola y el de Ibn Ganiya, pero, a medida que el conflicto avanza, van aflorando con más fuerza las viejas hostilidades y animadversiones entre clanes familiares y tribales. Para muchos, la única solución es que los almohades, que están a punto de hacerse con el poder en África, lleguen cuanto antes. Y los almohades ya están llegando, pero su objetivo no es detener el caos, sino apoderarse de la España musulmana, de manera que el caos aumenta.

En esa tesitura, Alfonso VII sigue moviendo sus piezas con clara determinación. Está apoyando a Zafadola, pero, al mismo tiempo, ha pactado con Ibn Ganiya, lo cual procura al rey cristiano una buena cobertura si los

almohades desembarcan en Andalucía. Y con los flancos así cubiertos, el emperador dirige su mirada a una plaza clave: Calatrava, en el sur de La Mancha, cara a las sierras andaluzas. Desde esa posición podrá avanzar hacia Alicante y Murcia. A los cristianos se les presenta la oportunidad de partir en dos el territorio musulmán.

Zafadola reacciona con profundo recelo. Parece cada vez más claro que su voluntad es reconstruir la unidad califal de la España mora. Eso necesariamente va a terminar oponiéndole a Alfonso VII, su aliado de tantos años. Zafadola rompe su alianza con León. Expulsado de Granada por Ibn Ganiya, el último descendiente de los reyes moros de Zaragoza trata de refugiarse en Murcia. Entonces chocará con un contingente cristiano. Y el choque será fatal.

La tremenda historia del frontero Munio Alfonso

Mataron a Zafadola, sí. Fue una avanzadilla cristiana. Pero ¿por qué? ¿Por qué mataron a Zafadola? Es la historia que vamos a contar ahora. Pero para eso hay que echar la vista atrás.

Nuestro relato empieza algunos años antes y tiene un protagonista que ya conocemos: el frontero Munio Alfonso, guerrero gallego que acaudilla las huestes del emperador en la marca toledana. A Munio le hemos visto hace poco ganando a viva fuerza la fortaleza sarracena de Mora y sacudiendo a los almorávides en Montiel. Como otros muchos hombres de la frontera, Munio Alfonso tiene una triste historia tras de sí.

Munio era un caballero de la pequeña nobleza gallega. Un día la fatalidad se cruzó en su camino: sorprendió a su hija en flagrante adulterio. Incapaz de soportar el deshonor, Munio Alfonso dio muerte a su hija y al amante de ésta. Perseguido, buscó refugio donde entonces lo hacían todos los perseguidos: en la frontera, donde el rigor de la lucha contra el moro absolvía los pecados. En reparación por el crimen cometido, el caballero juró consagrar su vida a la lucha contra el islam. Y ésa era su única vida desde entonces.

¿Qué tiene que ver Munio Alfonso con la suerte de Zafadola? Pronto llegaremos a ello. Por ahora quedémonos con la imagen del duro frontero que expulsa a los almorávides de la fortaleza de Mora. Se trataba de un encargo específico del emperador: Alfonso VII, para proteger su flanco mientras

atacaba Córdoba, encargó a sus hombres de confianza vigilar los accesos a Toledo, y muy en particular la plaza de Mora, que podía servir como punto de concentración de un ataque almorávide. Aquellos hombres de confianza eran Martín Fernández, alcalde de Hita, y Munio Alfonso, alcalde de Toledo. Así habló el rey emperador:

> *Encaminaos a la fortaleza que llaman Peña Negra, y también Peña Cristiana, y cuidad no vengan los almorávides y los agarenos y se hagan fuertes en el castillo que llaman Mora.*

La misión no consistía sólo en instalarse en el castillo de Peña Negra y observar. El objetivo era impedir que un ejército musulmán ascendiera desde Calatrava y se concentrara en Mora. ¿Y cómo se podía impedir tal cosa? Ante todo, secando cualquier fuente de avituallamiento. De manera que el trabajo de Munio y Martín incluía una penosa e intensiva tarea de destrucción de recursos: segar mieses, arrancar cepas, talar árboles frutales, quemar campos… Que el enemigo no pudiera utilizar nada de cuanto encontrara en su camino. Y entonces…

En una de estas sesiones de devastación, Munio Alfonso se topó de repente con un joven musulmán que cabalgaba en solitario. «¿Quién eres?», preguntó Munio. Y el muchacho se identificó: era un siervo del caudillo moro Farax, que acudía a Mora con un gran ejército e innumerables víveres. Fue decir esto el muchacho, y en el horizonte apareció la vanguardia de aquel ejército. Sin pensárselo dos veces, Munio llamó a su hueste y se lanzó contra la vanguardia musulmana. Cayeron muchos sarracenos. El resto pudo huir. Y Munio regresó a toda prisa al castillo de Peña Negra para informar del lance a su compañero Martín Fernández.

La situación era crítica: tal y como Alfonso VII había previsto, los almorávides trataban de hacerse fuertes en el castillo de Mora y así amenazar Toledo mientras el rey y sus ejércitos marchaban sobre Córdoba. Para los guerreros de Peña Negra, no había más que una opción: presentar combate e intentar reducir lo más posible la potencia del enemigo. Y así Munio y Martín, como dice la crónica, «tomaron pan y vino y acordaron salir al día siguiente al encuentro de Farax».

Fue un combate amargo y desigual. Las huestes moras de Farax estaban esperando a los cristianos a mitad de camino entre Mora y Calatrava. La lucha se trabó enseguida. A las pocas horas Martín Fernández cayó herido. Y entonces Munio, consciente de que la situación era desesperada y de que el

paisaje empeoraba por minutos, tomó una heroica decisión: resistiría solo con sus hombres. Así habló Munio Alfonso:

> *Señor Martín, sepárate de mí y vete con todos tus soldados a Peña Negra, y custódiala para que no vengan los moabitas y los agarenos y ocupen el castillo, lo que sería un gran perjuicio para nuestro emperador. Mientras tanto, yo y mis compañeros lucharemos con ellos. Y como sea la voluntad del cielo, así será.*

Dicho y hecho: el herido Martín retornó a Peña Negra con sus huestes mientras Munio le cubría la retirada. Acto seguido, Munio Alfonso mandó llamar a un joven sobrino suyo, soldado novato, y le mandó a casa para cuidar de su madre. El sobrino se negó, pero Munio, a golpes, le obligó a marcharse. El muchacho volvió a Toledo entre sollozos de rabia. Y el frontero gallego se dispuso a rendir la vida en combate.

La escena final del drama no tardó en llegar. El puñado de hombres de Munio Alfonso, rodeado de enemigos, mantuvo mientras pudo sus posiciones. Cuando la presión se hizo insostenible, los guerreros de Toledo trataron de hacerse fuertes en un lugar llamado Peña Cervi. Los musulmanes optaron entonces por acabar con los cristianos a fuerza de saetas: centenares de flechas cayeron sobre los resistentes. Los hombres de Munio formaron un círculo alrededor de su jefe, pero todo fue inútil: el frontero Munio Alfonso y sus soldados murieron allí, en Peña Cervi, bajo las flechas musulmanas.

Dice la Crónica que el tal Farax, el caudillo moro, vendió las piezas de aquella victoria como trofeos de caza. Todos los muertos fueron decapitados, según la costumbre musulmana. El cadáver de Munio Alfonso conoció un trato especial: el jefe moro lo hizo trocear. Según la Crónica, el moro cortó la cabeza de Munio, un brazo con el húmero, la mano derecha y el pie derecho con la tibia. El tronco lo envolvió en un lienzo. La cabeza de Munio, separada del cuerpo, iba a conocer un singular periplo: fue enviada a las viudas de los caudillos que el gallego había matado en anteriores lances, la viuda de Azuel en Córdoba y la de Abenceta en Sevilla; después de pasar por ambas viudas, la cabeza siguió viaje hasta Marruecos, al palacio real. En cuanto al brazo y el pie de Munio, fueron colgados en las torres del castillo de Calatrava, junto a las cabezas de sus bravos guerreros muertos en Peña Cervi.

Después, las familias de los caídos acudieron a Calatrava a recoger los restos de sus muertos. Los moros no lo impidieron: entraba dentro de las reglas guerreras de la época. Los despojos de Munio y su hueste fueron

llevados a Toledo e inhumados en el cementerio de Santa María. Y la Crónica recogió el llanto, la oración fúnebre de las mujeres de Toledo en el último adiós al héroe:

> *Oh, Munio Alfonso, lloramos por ti como la mujer llora a su único marido, pues así te amaba la ciudad de Toledo. Tu escudo nunca se humilló en la guerra y tu lanza nunca volvió hacia atrás. Tu espada jamás tornó vacía. No queráis anunciar la muerte de Munio Alfonso en Córdoba y en Sevilla, ni la anunciéis en el palacio del rey Texun, ni se fortalezcan las hijas de los moabitas, ni se alegren las hijas de los agarenos. Lloren las hijas de Toledo.*

Así acabó la historia de aquel singular caballero frontero que acudió a Toledo para lavar la culpa de un crimen brutal: Munio Alfonso, gallego. Pero nuestra historia no ha acabado. Porque a los pocos meses de aquel drama, el emperador Alfonso reunió de nuevo a sus jefes guerreros y les dio una orden: tomar Úbeda, Baeza y Jaén para entregárselas a Zafadola. Poco podía sospechar Zafadola que aquella aventura terminaría con su muerte. Y que iban a matarle precisamente para vengar la muerte de Munio Alfonso.

Gloria y muerte del moro Zafadola

En aquel momento pocas cosas separaban al moro Zafadola de su sueño: ser emir, quizá —por qué no califa— de un Al-Ándalus unificado; musulmán, sí, pero español, lejos de almorávides y almohades y demás peligros africanos. Zafadola había esperado largo tiempo este momento. Desde los lejanos años en que su clan pactó con Alfonso VII y le entregó Zaragoza, su vida había sido una sombra: la sombra mora del emperador cristiano. Pero ahora todo podía terminar bien.

En la persecución de su sueño de poder, Zafadola, Abu Cha’far, el «sable del Estado» (que eso es lo que quería decir su nombre), se ha apartado de Alfonso VII; el cual, por su parte, pacta con unos y con otros a la vez para sacar el máximo partido del hundimiento musulmán. Pero al emperador no le interesa en modo alguno tener a Zafadola como enemigo. Quiere demostrarle que sigue siendo su aliado fiel. ¿Cómo? Devolviéndole lo que ha perdido: Alfonso recuperará para Zafadola las plazas de Úbeda, Baeza y Jaén. El emperador llama a sus guerreros de confianza: Manrique de Lara, Armengol de Urgel y Poncio de Extremadura, condes en la corte. A ellos encarga la

misión. Y para operar sobre el terreno, han de entenderse ante todo con un hombre: Martín Fernández, alcalde de Hita; el mismo que salvó la vida gracias al sacrificio de Munio Alfonso. Así empezó a escribirse el drama de Zafadola.

Todo es extremadamente confuso en la guerra de la frontera durante estos años. Los habitantes de Jaén, que acaban de sufrir las consecuencias de la guerra entre Zafadola y los almorávides, ven ahora que una nueva guerra se les viene encima, y esta vez a manos de las huestes cristianas. Las tropas de Alfonso VII machacan sin contemplaciones la escasa resistencia sarracena. Toman Jaén, Úbeda y Baeza en pocos días. Capturan numerosos prisioneros. Hacen cuantioso botín. Los de Jaén están desesperados: ya no hay almorávides que les puedan prestar ayuda. Entonces toman una decisión asombrosa: escriben a Zafadola, al que ellos mismos habían expulsado antes, y le imploran su socorro. «Ven, libéranos de los cristianos y seremos nuevamente tuyos», le dicen. Y Zafadola acude.

Zafadola acude a Jaén, en efecto. Pero no como vasallo agradecido que recupera la ciudad de manos de los cristianos, sino como liberador y pacificador que atiende a la llamada de auxilio de los moros de Jaén. No es sólo una cuestión de matiz. Nuestro hombre aparece ante Jaén con un gran ejército. Lo despliega en torno al campamento cristiano. Allí están Martín Fernández, el de Hita, y también los condes Manrique, Armengol y Poncio, que no entienden nada de nada: ellos han combatido para Zafadola y ahora Zafadola se pone gallito. El caudillo moro comunica que viene en son de paz, pero igualmente plantea sus exigencias: pide a los cristianos que devuelvan el botín y liberen a los prisioneros. Eso ya eran palabras mayores. Hablarán las armas.

Las armas hablaron y los cristianos vencieron. No debió de ser muy larga la batalla. Tampoco muy cruenta. El ejército cristiano venía de tomar tres plazas importantes como Jaén, Baeza y Úbeda; el ejército moro, por el contrario, era el mismo que había sido expulsado de Jaén. Indudablemente la superioridad numérica jugaba a favor de los cristianos. Zafadola cayó preso. Los caudillos cristianos le pusieron a buen recaudo. Decidieron llevarle ante el emperador, para que entre ambos arreglaran sus asuntos. Pero entonces…

Dice la tradición que fueron los «caballeros pardos» quienes mataron a Zafadola. Los caballeros pardos, es decir, aquel conglomerado anárquico de segundones, mercenarios de buen nombre, *infanzones* sin fortuna y villanos con armas que constituían la base de los ejércitos cristianos en la frontera.

Fueron ellos los que prendieron a Zafadola y le dieron muerte. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Pero lo más probable es que entre aquellos caballeros pardos ardiera el deseo de venganza por la suerte terrible de Munio Alfonso. Y esa venganza vino a caer sobre el pobre Zafadola, aunque, en realidad, nada tuvo él que ver con los sucesos de Peña Cervi. El caso es que así murió Zafadola. Corría el mes de febrero del año 1146. Punto final.

Al descubrir lo que había pasado, los condes del emperador —Manrique, Armengol, Poncio— quedaron severamente contrariados. No, ciertamente, por amor a Zafadola, sino por temor al emperador. No se atrevían a contar a Alfonso VII lo que había pasado, pero tampoco podían ocultar el asunto. Resolvieron enviar un escueto mensaje: «Tu amigo el rey Zafadola ha muerto». El emperador, en efecto, montó en cólera. Por todas partes hizo saber que él no había tenido arte ni parte en aquello. Pero el asunto, evidentemente, ya no tenía arreglo.

Ya no tenía arreglo y, por otra parte, tampoco nadie quiso ir más lejos. Después de todo, la absurda muerte de Zafadola resolvía bastantes problemas, al menos de momento. Muchos en el lado musulmán pugnaron entonces por quedarse con la herencia del muerto, de manera que las luchas internas entre los sarracenos se recrudecieron. En Murcia quedó como rey provisional Ibn Farach al-Zagri. En Valencia se hacía con todo el poder Ibn Mardanis, al que los cristianos llamaron «rey lobo» y que pronto daría mucho que hablar. Entre Sevilla y Córdoba quedaba Ibn Ganiya, el viejo almorávide, soñando con una restauración cada vez más problemática. Y mientras tanto, los almohades estaban ocupados poniendo sitio a Marrakech, última jugada de su ascenso hacia el poder.

En el lado cristiano todo iba sobre ruedas. El emperador acababa de tomar Calatrava: con esa plaza en sus manos, y con Jaén bajo control cristiano, el horizonte de la Reconquista se abría hasta Sierra Morena. Por su parte, el rey de Aragón, Ramón Berenguer N, lanza expediciones sucesivas sobre Murcia y Valencia. Y en Portugal tampoco el paisaje está quieto: Alfonso Enríquez aprovecha para lanzarse hacia la línea del Tajo y asalta Santarem y Lisboa, esta última plaza con ayuda de una flota cruzada que pasaba por allí. Las conquistas de Santarem y Lisboa, todo sea dicho, pasarán a la historia como dos ejemplos de crueldad innecesaria para con los vencidos. También hay que decir que en las conquistas inmediatamente siguientes —Sintra, Alenquer Torres Vedras— se cambió radicalmente de política y Alfonso Enríquez

permitió a los musulmanes conservar sus tierras. El caso es que Portugal había llegado ya a las aguas del Tajo.

Ahora la perspectiva que se le abría a Alfonso VII era radiante. Podía incluso llevar la iniciativa más lejos que nunca y partir en dos la España musulmana. ¿Cómo? Apoderándose de Almería, ciudad que, por otro lado, se había convertido en un auténtico problema internacional por los numerosos piratas que desde allí lanzaban sus razias por todo el Mediterráneo. Almería será el próximo objetivo de Alfonso VII. Y en la aventura encontraremos los nombres de aquellos jefes guerreros que prendieron a Zafadola: Martín Fernández, Manrique, Poncio, Armengol…

Así, en fin, terminaron los días de Zafadola, el hombre que soñó con reinar sobre el islam español. Para la historia ha quedado la muerte de Zafadola como un absurdo error, algo incluso inexplicable. Sin embargo, todo se entiende mejor si pensamos en los deseos de venganza de los caballeros de Toledo; los mismos que recogieron el cuerpo despedazado del frontero Munio Alfonso. Vida feroz, la de la frontera. Y el asunto Zafadola pronto quedó olvidado ante el nuevo desafío cristiano: la conquista de Almería.

La conquista de Almería: cruzada multinacional

Momento cumbre en el reinado de Alfonso VII de León y en la vida de la España medieval: las huestes cristianas van a plantar sus banderas en Almería, nada menos. Tan importante fue aquello en la época, que la Crónica del rey Alfonso, al llegar a este capítulo, abandona la redacción en prosa y utiliza el verso: es el Poema de Almería. ¿Quién lo escribió? Sin duda el obispo Arnaldo de Astorga, uno de los hombres de confianza del propio emperador, para el que realizó importantes misiones diplomáticas. Y gracias al obispo Arnaldo conocemos lo que pasó. Pero ¿por qué precisamente Almería? ¿Y por qué acudieron a la llamada gentes tan distantes como las de Pisa, Génova y Montpellier? Vamos a verlo.

Almería era un problema internacional. No por la ciudad en sí misma, evidentemente, sino porque sus calas se habían convertido en base y asiento de innumerables flotillas de piratas berberiscos. ¿Y cómo pudo ocurrir eso? Por degeneración del orden público. Desde hacía tiempo Almería se contaba entre los principales astilleros de Al-Ándalus: era una población importante, de unos 28.000 habitantes, volcada al mar, donde se fabricaban buenos barcos

y mucha gente vivía de la navegación. Pero cuando el orden empezó a hundirse y la ley se convirtió en algo difuso, hubo quien encontró en la delincuencia una forma fácil de sobrevivir. Muchos navegantes se reconvirtieron en piratas. El poder local aceptó la situación: mientras no atacara a musulmanes, sino sólo a cristianos, la piratería era tolerable; no dejaba de ser una fuente de riqueza, aunque fuera criminal. Lo mismo estaba pasando en otros puertos del norte de África y también en las Baleares. Y así Almería acabó convertida en nido de piratas.

Desde el puerto almeriense, los ladrones del mar lanzaban sus barcos a la captura de cualquier mercante que atravesara el Mediterráneo occidental. Desde Sicilia hasta Marsella pasando por Cerdeña, y desde Gerona hasta Murcia pasando por las Baleares, nadie estaba a salvo de sus ataques. La plaga de los piratas estaba ocasionando enormes pérdidas a las grandes repúblicas comerciales italianas, como Génova o Pisa. Pero es que, además, los berberiscos atacaban también a las poblaciones del litoral italiano y español, saqueando los campos y haciendo esclavos, y eso lo mismo en el Mediterráneo que en el Atlántico. Este problema de la piratería berberisca iba a prolongarse durante siglos. Muchas veces se intentará acabar con ella. Y ésta era una de esas veces.

Como la piratería era un problema internacional, Alfonso VII convocó a todos los afectados. Y todos se mostraron de acuerdo en respaldar al emperador de León. Génova y Pisa, que tenían buenas relaciones comerciales con el condado de Barcelona, no dudaron en ofrecer sus naves. El conde de Montpellier, vasallo de León, hizo lo mismo. En cuanto a los soberanos españoles, su participación ofrecía un problema: Ramón Berenguer IV y García Ramírez de Pamplona seguían teniéndoselas tiesas por asuntos fronterizos. Pero la ocasión merecía una tregua y Alfonso, que era cuñado de Ramón y suegro de García, impuso a ambos un tratado de paz; se firmó en San Esteban de Gormaz. Más aún: el papa concedió a la empresa la categoría de cruzada. Y ahora ya podía el emperador dirigirse contra Almería con toda su fuerza.

La concentración de tropas por tierra y mar debió de ser digna de verse. El Poema de Almería la dibuja con tintes de épica florida. Allí aparecen, los primeros, los ejércitos de Galicia, con el conde Fernando Pérez de Traba a la cabeza. Después forma la caballería leonesa, la primogénita del reino, bajo el mando del conde don Ramiro Flórez, «diestro en las armas y dulce en los modales», según el retrato medieval del caballero. Aparecen acto seguido las

huestes de Asturias, dirigidas por Pedro Alfonso. Y luego las de Castilla con sus mil dardos, con buenos caballos, con armaduras de hierro y paño, sin manchegos —eso dice la tradición— y hablando una lengua que «resuena como trompeta con tambor»: es la primera definición lírica de la lengua castellana. De Castilla viene también Álvaro, el nieto del mítico Álvar Fáñez, y consigo trae sus huestes. No faltan portugueses, mandados por Fernando Juanes, ni caballeros de Logroño.

Las gentes de la frontera llegan después: extremeños, alcarreños, manchegos. Aparecen los hombres de la Extremadura, una muchedumbre que el poema nos pinta bebiendo vino y comiendo sin cesar; un pueblo fiero que «no teme las copas de la muerte». ¿Quién los manda? El conde Poncio de Cabrera, uno de los jefes guerreros implicados en la muerte de Zafadola, y al que el poema caracteriza como brava lanza que no huyó jamás, y que desprecia los amores y los banquetes mientras está en campaña. Y tras los extremeños vienen los de Martín Fernández, alcalde de Hita: ha traído a todos los jóvenes de las villas cercanas, ha ordenado recoger todas las armas que hubiera en las casas, y sus huestes pasan entre las tiendas desplegando banderas y llamando al combate.

Con el rey emperador cabalgan sus grandes aliados. García Ramírez, el rey de Navarra, porta las insignias reales. El conde Armengol de Urgel, Gutierre Fernández de Castro y Manrique de Lara completan la cabeza del séquito del emperador. Todo está listo para que el ejército de Alfonso VII emprenda la marcha.

La campaña comenzó en la primavera de 1147. El ejército cristiano, uno de los más numerosos jamás formados en nuestras tierras, llegó a Calatrava y enfiló después hacia Andújar, de donde expulsó a los musulmanes. La siguiente etapa de la expedición fue Baeza, que cayó igualmente en manos cristianas. Luego siguió rumbo sur hacia tierras de Almería. Los espacios que iban dejando atrás, saqueados a conciencia, quedaban bajo el control del conde Manrique de Lara. Por cierto: este Manrique, de apellido completo Pérez de Lara, era hijo de Pedro González de Lara, aquel castellano que fue amante de la reina Urraca, la madre de Alfonso VII. Al final, no salimos de los asuntos de familia.

Mientras las huestes de León avanzaban hacia Almería por tierra, las naves de Pisa y Génova, pronto con refuerzos catalanes, hacían lo propio por mar. En marzo salieron de Génova. En mayo ya estaban en Mahón, en Menorca, plaza que conquistaron. Acto seguido pusieron proa al cabo de

Gata. Cuando los ejércitos del emperador han llegado ya a Almería, aparecen en el mar los refuerzos navales esperados: las naves de Pisa y de Génova, y también las de Barcelona y las de Montpellier. El Poema saluda alborozado a los franceses: «Oh, egregio honor: la bella juventud de los francos, con las velas extendidas, os saluda con clara voz». Y también dedica versos bélicos a Ramón Berenguer IV: «Fiel a su compromiso, vuestro cuñado Ramón, caballero armado, os aguarda en las riberas del mar. Furioso, irrumpe contra los enemigos; a sus flancos marchan pisanos y genoveses». La flota mediterránea tiene una función muy precisa: bloquear el puerto de Almería, impedir cualquier reacción de los piratas, aniquilar a las flotillas de los ladrones del mar y, acto seguido, desembarcar tropas mientras los barcos acosan desde el agua los muros de la ciudad.

Llegó el mes de agosto, fecha fijada para el asedio de Almería. Alfonso VII estaba en ese momento en Córdoba, dirigiendo el asedio de esta otra ciudad, dentro de sus maniobras para minar a los poderes musulmanes enfrentados entre sí. Y allí, en Córdoba, el emperador recibió dos noticias: una, que los moros de Almería trataban de llegar a un arreglo prometiendo grandes cantidades de oro; la otra, que la flota italiana y catalana estaba preparada para actuar. Quien le da esta última noticia es el capitán de los genoveses, un tal Caffaro, que no está dispuesto a tolerar un pacto con los moros de Almería. En España, donde la guerra era una constante cotidiana desde siglos atrás, esto de los tratos era bastante común; para los italianos, por el contrario, resultaba incomprensible. Finalmente se impuso la solución armada: no habría pacto con los sitiados; Almería sería asediada hasta la rendición de la ciudad.

Almería cayó, inevitablemente. Fue el 17 de octubre de 1147 cuando la ciudad de los piratas berberiscos cedió ante la fuerza de la coalición cristiana. Mucho fue el botín para todos. Cuentan que a genoveses y pisanos les dio para pagar todos los gastos de la expedición y aún les sobró para enriquecer a los que participaron en la batalla. Almería quedó bajo un doble gobierno italiano y castellano: por parte genovesa se nombró a un administrador llamado Otón de Bonvillano; por parte castellana se designó a Manrique Pérez de Lara. La ciudad permanecería en manos cristianas durante diez años.

Y así, entre laureles de victoria, terminó aquella formidable aventura que fue la conquista de Almería, donde Alfonso VII tocó la cumbre de su gloria: como un nuevo Carlomagno, emperador al frente de numerosas coronas, el rey de León había llegado al Mediterráneo, había partido en dos al islam,

había pulverizado a los piratas y había llevado la Reconquista más lejos que nadie hasta entonces. Almería era el límite sur de la Reconquista. En el oeste, el límite era ya Lisboa. Y en el este, Ramón Berenguer IV pugnaba por establecer otra frontera nueva: iba a apoderarse de Lérida.

La nueva frontera de la corona de Aragón

Ya tenemos la frontera de la Reconquista más allá del Tajo. En Portugal se ha conquistado Lisboa y Santarem y Alfonso Enríquez intenta extender su influencia hasta Badajoz. Por el centro se ha llegado hasta las llanuras manchegas, se controla lo que pasa en Córdoba e incluso se ha abierto hasta Almería un brazo de tierra que parte Al-Ándalus en dos. En el este las cosas van más despacio: el poder musulmán sigue fuerte en Lérida y Fraga. Pero aquí estará ahora el objetivo de Ramón Berenguer IV: expulsar a los moros del valle del Ebro y abrir definitivamente el este de la Península al impulso de la Reconquista.

Nunca la ocasión había sido tan propicia como ahora. La descomposición del mundo almorávide ha dejado paso a unas nuevas taifas donde el poder bascula de un lado a otro. Complicaremos innecesariamente las cosas si detallamos los nombres y territorios de los distintos caudillos que surgen en este momento en la España andalusí. Limitémonos a señalar que hay tres grandes áreas de poder. Una es la que encabeza el viejo almorávide Ibn Ganiya, con base en Córdoba. Otra es la que ya ha empezado a ponerse bajo la obediencia de los almohades, con centro en Sevilla. Y además está, en Levante, un interesantísimo personaje, Ibn Mardanish, el Rey Lobo (ya hablaremos aquí de él), que se ha hecho con los territorios del difunto Zafadola en Valencia y Murcia. Junto a todo eso, aparecen poderes independientes o autónomos en todas partes: en Mértola, Málaga, Ronda, Jerez, Badajoz, Cádiz, Cáceres…

¿Y en el valle del Ebro? Aquí las cosas son más complicadas todavía. Lérida había sido una de las joyas de la corona de Al-Ándalus: cabeza del valle del Ebro, desde el siglo VIII había estado en manos musulmanas y había conocido todos los vaivenes del islam español. Ahora, mediados del siglo XII, la descomposición del Imperio almorávide se había traducido en una multiplicidad de poderes: Fraga, Lérida y Tortosa eran todas musulmanas, pero cada cual jugaba su propio juego. Diez años antes, Alfonso el Batallador

había fracasado ante la fortaleza del poder moro en la región. Ahora, sin embargo, todo había cambiado, y Ramón Berenguer IV lo sabía. Era hora de continuar la tarea que dejó pendiente el Batallador.

Ramón Berenguer IV, príncipe de Aragón y conde de Barcelona, pone manos a la obra. En los años precedentes ha asegurado su posición política en el reino, ha estabilizado las fronteras con García Ramírez de Pamplona y ha resuelto sus numerosos problemas en el norte, en el Midi francés, donde ha tenido que intervenir para auxiliar a sus aliados de Montpellier y Provenza. Después ha actuado en zonas muy concretas de la frontera de Lérida, arañando territorios al moro: primero, Sariñena, Velilla y Pina; después, Chalamera y Alcolea de Cinca; acto seguido, Monzón, Zaidín y Tamarite. Y al mismo tiempo, en el extremo sur de su reino, ha vuelto a ocupar la plaza de Daroca, que había quedado abandonada tras la muerte del Batallador, y se encarga de repoblarla y darle fuero. Todo esto ocurre entre 1141 y 1145. Es una tarea lenta, pero tenaz, constante. Fruto de una estrategia deliberada.

Ahora estamos ya en 1148. Acabamos de ver a Ramón Berenguer IV junto a su cuñado Alfonso VII en la conquista de Almería. La nueva prioridad es derribar al poder musulmán en el Ebro. Ramón no está solo: comparte objetivos con el conde Armengol de Urgel, que también ha estado en Almería y que es un poder independiente. Y todo lo que va a pasar a partir de ahora ofrece el aspecto de un programa perfectamente planificado, de una estrategia pensada durante largo tiempo, madurada con paciencia, preparada para ser ejecutada en el momento preciso. Este momento.

Primer movimiento: la plaza de Ontiñena, a orillas del río Alcanadre. Hoy es un minúsculo núcleo de seiscientos habitantes, pero en 1147 era un lugar clave para controlar las tierras entre el Segre y el Cinca. Con el baluarte de Ontiñena en su poder, Ramón Berenguer IV amenaza a los musulmanes por el oeste. Acto seguido procede a mover pieza en el sureste, y será ahora la importantísima plaza de Tortosa, en la desembocadura del Ebro. El conde de Barcelona todavía tiene consigo a los italianos y a los franceses que han participado en la toma de Almería. A todos les ofrecerá ahora la posibilidad de doblar el triunfo con la conquista de Tortosa.

Para los combatientes, Tortosa es una nueva cruzada. El papa Eugenio III ha otorgado a la empresa esa categoría. ¿Quiénes acuden a la llamada? Casi todos los que han estado en Almería. Por supuesto, el conde Armengol de Urgel; también la flota genovesa y Guillermo de Montpefier. Además, el conde de Tolosa, que se llamaba Bertrán, y contingentes cruzados de

templarios y hospitalarios. Entre las banderas de Ramón Berenguer IV brilla un singular personaje: Guillem Ramón de Montcada, gran senescal del condado de Barcelona, es decir, el primer ministro.

La ciudad capitula el 30 de diciembre de 1148, tras varios meses de asedio. Las condiciones de la rendición son generosas: a los musulmanes se les reconoce el derecho a la libertad de culto y a mantener sus propiedades y bienes. Con Tortosa cae también su rica área comercial, des de Amposta hasta Miravet. Conocemos el reparto del botín: una quinta parte fue para las órdenes militares; un tercio, para los genoveses, y otro tercio para el senescal Guillem Ramón. Se constituye así un nuevo territorio cristiano: el marquesado de Tortosa, con fueros propios desde el año siguiente. Y el primer señor de Tortosa será precisamente el gran senescal.

Aragón está ahogando a los últimos territorios musulmanes en el valle del Ebro, presionados desde todos los puntos cardinales. Armengol de Urgel está actuando desde el norte, en el entorno de Balaguer. Ontiñena amenaza por el oeste. Ahora ha caído también Tortosa en el sureste. El poder musulmán en el Ebro se ha roto. En medio quedan, aisladas, Mequinenza, Lérida y Fraga. La ciudad de Fraga, Medina Afraga, se ha convertido de hecho en una taifa independiente, pero su única oportunidad es llegar a un arreglo con los cristianos. ¿Quién gobernaba en Fraga? Ibn Mardanish, el que luego será llamado Rey Lobo.

El Rey Lobo, español de cepa, descendiente de mozárabes, pacta la capitulación con Ramón Berenguer IV. Lérida caerá inmediatamente, desarbolada. Ambas ciudades capitulan en la misma fecha: el 24 de octubre de 1149. La corona de Aragón constituye con ellas otro nuevo territorio: el marquesado de Lérida, dotado de fueros propios en 1150.A los musulmanes que quieran quedarse allí se les concede el derecho a regirse por sus propias leyes. La autoridad que otorga el fuero es doble: firman a la vez Ramón Berenguer y Armengol de Urgel. En cuanto a Ibn Mardanish, el Rey Lobo, marcha a Murcia, donde será nombrado rey.

A partir de ese momento, todo el poder musulmán en el Ebro cae una pieza tras otra, como fichas de dominó. En los años siguientes son repobladas Huesa del Común, Monforte de Moyuela, Híjar, Albalate del Arzobispo y la importantísima plaza de Alcañiz. Y desde aquí, desde Alcañiz, la corona controla todo el Bajo Aragón. La frontera aragonesa baja hasta tierras de Teruel y del Maestrazgo. Su vecino del sur es precisamente el Rey Lobo, que

se declara vasallo de la corona de Aragón y pagará las consiguientes parias. Conocemos la cifra: cien mil dinares de oro anuales. Una verdadera fortuna.

Fueron años de gloria para Ramón Berenguer IV. El príncipe de Aragón y conde de Barcelona, mientras combate en el sur, no descuida los negocios del norte, que le reportan nuevamente el control sobre Tolosa, Beziers, Carcasona y Cominges. En 1150 se pone broche de oro a esta carrera espectacular: se materializa el matrimonio, concertado desde muchos años atrás, entre el conde de Barcelona y la reina Petronila de Aragón, la hija de Ramiro el Monje. Las cláusulas del matrimonio, fieles al derecho aragonés, señalan con claridad lo que de ese enlace habrá de salir: en cuanto nazca un heredero, será rey de Aragón y gobernará tanto sobre el viejo reino como sobre el condado de Barcelona. En 1152 nace el primer heredero, Pedro, que morirá muy niño; en 1157 nace el segundo, Alfonso, que será rey.

A estas alturas, mediados del siglo XII, la corona de Aragón no conforma todavía un estado en el sentido moderno del término: las relaciones de poder y dependencia en el interior del reino conservan aún el talante feudal. Pero el territorio de la corona sí es ya una potencia de primer rango que actúa de forma unitaria y que se proyecta hacia Francia, hacia el Mediterráneo y hacia el interior de la Península. La nueva frontera es ahora Teruel. Y al otro lado está el Rey Lobo, Ibn Mardanish. De él toca hablar.

La historia del Rey Lobo

Su nombre árabe era Muhammad ibn Abd Allah ibn Saad ibn Mardanish. Sin embargo, todo el mundo le conoció como el Rey Lobo. Y no por su agresividad, aunque era mucha, sino por sus orígenes cristianos: era de familia cristiana, de uno de los numerosos linajes que se convirtieron al islam en los primeros siglos de la invasión para conservar sus propiedades. Y por su nombre mozárabe, que era Lope, se le llamó Lobo. En cuanto a lo de Mardanish, nadie sabe si venía de Mardones o Martínez. El hecho es que los Banu Mardanish se convirtieron en una de las grandes familias *muladíes* del este español. Y de ese linaje salió nuestro hombre.

Sabemos que nació en Peñíscola, junto al mar, en 1124.Y aunque su vida se ha novelado varias veces, poco más conocemos de él con certeza hasta los cruciales años en los que el Imperio almorávide se desmorona. Un tío de nuestro hombre está gobernando en la Murcia de Zafadola. Mientras tanto,

nuestro Lope está en el área de Lérida. Al calor del caos, Lope ibn Mardanish ha creado en Fraga (la Medina Afraga musulmana) un auténtico reino taifa. Y es entonces cuando nuestro protagonista aparece en la historia.

¿Cómo era este caballero? Inteligente, osado, generoso y astuto; un líder natural. Muy superficialmente musulmán, su único horizonte vital era en realidad el poder. De islámico tenía las formas y los atavíos; por lo demás, guardaba fama de libertino, se rodeaba de cristianos y judíos y, además, hablaba normalmente en romance castellano y aragonés. Para los musulmanes ortodoxos, no era hombre de fiar. Para los españoles, por el contrario, era uno de los suyos: un caudillo más, y la circunstancia de que fuera musulmán, a juzgar por las crónicas, parece simplemente casual. De hecho, Ibn Mardanish será el más acérrimo enemigo de los almohades que pugnan por hacerse con el poder en la España mora.

La invasión almohade no fue un proceso estable: conoció tantos triunfos como reveses y frecuentes periodos de estancamiento. Tampoco cabe imaginarla como una nueva invasión musulmana contra los reinos cristianos: en realidad, el primer objetivo de los almohades no era la cristiandad, sino los territorios bajo poder almorávide, de manera que la invasión fue, ante todo, una guerra civil entre musulmanes. Una guerra civil en la que había, por lo menos, tres bandos: los almorávides en retroceso, los almohades en ascenso y los reyes locales —Abencasi, Zafadola, Ibn Mardanish, etc.— que pugnan por implantar su propio poder. Por eso el paisaje es tan confuso.

En líneas generales, podemos resumir el proceso de la siguiente manera: primero, los almorávides tratan de resistir mientras en Al-Ándalus surgen poderes locales que buscan su independencia; después, muchos de estos poderes locales pactan ora con los almohades, ora con los cristianos; por último, los almorávides caen —el último fue Ibn Ganiya— y los almohades empiezan a entrar en la Península. A partir de este momento, sólo sobrevivirá el más fuerte.

La fecha clave de la entrada almohade en España fue el año 1146: con Marrakech en su poder, el califa almorávide Abd al-Mumin puede permitirse enviar tropas a la Península. Lo hace con éxito en Mérida y Sevilla, pero no puede ir más allá: por un lado, la efervescente situación en la Península exige demasiada inversión militar; por otro, el paisaje en Marruecos tampoco es apacible, con frecuentes revueltas contra el nuevo poder. Después de que Alfonso VII tome Almería, en 1147, Abd al-Mumin entiende que sus conquistas en España corren peligro y opta por fortificar las plazas de

Trujillo, Montánchez y Santa Cruz, en el sureste de Cáceres, para proteger sus posiciones en Mérida. Y de momento, el almohade no puede aspirar a más.

Ésta es la situación en la que emerge nuestro personaje: el Rey Lobo. Acabamos de ver a este Ibn Mardanish pactando con Ramón Berenguer IV y Armengol de Urgel la entrega de Fraga. Nuestro hombre sabía bien que el valle del Ebro estaba perdido. Después de asegurarse un pacto ventajoso para los musulmanes locales, Lope Ibn Mardanish desaparece de la escena y aparece en otro paisaje distinto: Murcia, donde toma el relevo de su tío al frente de la taifa local.

El territorio donde aparece de repente nuestro Rey Lobo es considerable: aproximadamente, la actual Comunidad Valenciana, la región de Murcia y parte del interior hacia Cuenca, Albacete y hasta Jaén, a caballo de la sierra de Segura. Su primera prioridad es asegurar el dominio sobre estos anchos dominios. En el norte, no hay más que una forma de hacerlo: garantizarse la paz con Aragón y con Castilla. Y en el sur, hay que prevenir cualquier ataque almohade.

¿Cómo se garantizó el Rey Lobo la paz con Aragón y Castilla? El instrumento habitual para estas cosas eran las parias: tributos que el rey moro pagaba para que los beneficiarios protegieran las fronteras del tributario. El que paga se convierte en vasallo del que cobra y, a cambio, obtiene seguridad para su reino. Pero en estos tratos del Rey Lobo con los cristianos hay más que la transacción habitual, porque desde el primer momento aparecerán junto a él multitud de guerreros castellanos, aragoneses, navarros y hasta italianos que engrosan los contingentes de Ibn Mardanish. El reino taifa de Lope en Murcia es el menos musulmán de cuantos habían existido hasta entonces.

Son guerreros cristianos, en efecto, quienes constituyen las vanguardias del ejército permanente del Rey Lobo. Porque así fue como Ibn Mardanish aseguró el otro punto débil de sus territorios, el sur. Con esas mesnadas mercenarias de soldados cristianos, el Rey Lobo obtenía la fuerza militar que necesitaba y los reyes cristianos se aseguraban de cerrar el paso a los almohades, el enemigo común. Todos ganaban en el trato.

La defensa fronteriza en el sur pasa por dos puntos clave: Jaén y Lorca. Por Lorca habían entrado tradicionalmente las oleadas de invasores procedentes del sur. Había que tapar esa vía. Y así Lorca se convertirá en una ciudad literalmente tomada por los guerreros cristianos del rey moro de Murcia. El problema en Jaén era distinto: no se trataba tanto de levantar una

muralla militar como de actuar sobre los distintos poderes locales para granjearse su sumisión. Jaén era importante para la Murcia del Rey Lobo: una región rica en recursos. Y lo que aquí hará Ibn Mardanish es tejer una tupida red de relaciones clientelares y familiares que van a asegurarle durante dos décadas el dominio sobre extensas zonas de la Andalucía oriental. Lo mismo en Albacete que en Úbeda y Guadix, el Rey Lobo se rodea de un escudo protector que le hará aún más inexpugnable para los almohades.

Con la frontera así asegurada, Lope ibn Mardanish pudo entregarse a una tenaz tarea de enriquecimiento de su reino. En la historia murciana se recuerda esta etapa como una auténtica «edad de oro». Quizá sea exagerado, pero es un hecho que Murcia prosperó de forma asombrosa. Los grandes riesgos de la frontera hicieron que mucha gente buscara en Murcia una vida más tranquila. Y sobre la base de ese plus de población, el Rey Lobo organizó una intensa actividad económica. Primero, en la agricultura, ampliando sistemas de regadíos en el cauce del Segura con todo género de ingenios hidrológicos. Además, con la cerámica, que se exportaba a Italia en grandes cantidades. Se dice que ésta es la época en la que empieza a cultivarse en Murcia la seda y a fabricarse papel. Por inventar, los murcianos de este periodo inventaron incluso un tipo de fideo: la *aletría*, que aún existe hoy en el repertorio de la cocina local. Sobre la base de esta riqueza, Murcia empezó a acuñar moneda. Y con tanta fortuna que pronto circuló por toda Europa.

A partir de este momento, el Rey Lobo ibn Mardanish va a jugar un papel fundamental en nuestra historia: aliado y tributario de los monarcas cristianos, no permitirá sin embargo la menor intromisión en sus dominios; a pesar de ser cabeza de una comunidad musulmana, dedicará todos sus esfuerzos a contener a los almohades. Y con esa doble política construirá un reino efímero, pero fulgurante, en el Levante español. El Rey Lobo es sin duda la figura más atractiva de los segundos Reinos de Taifas. Aún nos acompañará en varios episodios de nuestro relato.

Años de transición: el final del imperio

Años de transición, los de mediados del siglo XII. Años, sin embargo, en los que iban a pasar cosas muy importantes. Navarra volvía a estar en litigio, los almohades se iban apoderando de Andalucía y los cristianos intensificaban la repoblación en las mesetas. Y el emperador, Alfonso VII, terminaría

rindiendo la vida en el mismo trance donde antes había alcanzado la gloria: una campaña sobre Almería.

El rey de Navarra, García Ramírez, nieto del Cid, murió en 1150. Su muerte volvía a dejar abierta la cuestión navarra. Recordemos que ése era el principal «fleco» pendiente del testamento del Batallador. La cesión del viejo Reino de Aragón a las órdenes militares había sido solventada con tacto por Ramiro el Monje y su yerno Ramón Berenguer en lo que concierne al territorio propiamente aragonés, pero entonces toda la atención se focalizó en el otro lote de la herencia, que era Navarra: Roma no reconoció al reino navarro y García IV Ramírez tuvo que hacer mil contorsiones —y alguna demostración de fuerza— para salvar la corona. El nieto del Cid prestó vasallaje a Alfonso VII y se casó con una hija (bastarda) del emperador; con ello resolvió temporalmente el problema. Pero ahora, al morir García, el asunto navarro volvía a salir a la luz.

El lugar de García Ramírez lo tomó su hijo Sancho, que será Sancho VI, llamado el Sabio. Sancho era hijo de la primera mujer de García, la francesa Margarita de L'Aigle. Llegaba al trono con menos de veinte años. Como le había pasado a su padre, Roma no le reconoció como rey, sino simplemente como «duque» de Pamplona. Su primer movimiento fue intentar calmar las cosas con Aragón y Barcelona: un acercamiento diplomático a Ramón Berenguer IV Pero eso provocó la reacción del emperador Alfonso VII, que a su vez maniobró ofreciendo a Ramón Berenguer otro pacto: repartirse entre los dos el territorio navarro. Eso fue el Tratado de Tudilén, de enero de 1151. La corona de Sancho peligraba.

¿Qué decía el Tratado de Tudilén? Si los firmantes se lo hubieran tomado realmente en serio, habría sido tanto como condenar a muerte al Reino de Navarra, porque el pacto implicaba declarar la guerra a los de Pamplona y repartirse el botín entre León y Aragón. De paso, el conde de Barcelona obtenía para Aragón el derecho a reconquistar Valencia y Murcia, algo que tendrá una importancia decisiva en el futuro. El caso es que, con ese pacto, el nuevo rey de Navarra, el joven Sancho, quedaba obligado a improvisar otra maniobra para salvar su corona, como había tenido que hacer su padre. Y la maniobra será la habitual: ofrecer a su hermana Blanca Garcés como esposa del primogénito de Alfonso VII, el infante Sancho (también Sancho). Era un matrimonio sensato, entre dos personas de la misma edad y, además, con intereses territoriales convergentes: Castilla y Navarra. Después de todo, un negocio bien hecho. Sancho el Sabio salvó su corona.

Mientras tanto, y por debajo de todas estas cosas, la vida proseguía y la España reconquistada empezaba a llenarse de nuevas villas con sus concejos. Tanto en Castilla como en Aragón y en Portugal es tiempo de fundaciones. El descenso de la frontera hasta las sierras andaluzas ha abierto a la repoblación muchas tierras, pero, sobre todo, ha hecho que lugares antes peligrosos pasen a ser ahora mucho más cómodos: toda la cuenca del Tajo, donde la vida era francamente arriesgada sólo veinte años atrás, empieza a recibir la afluencia de nuevos pobladores que se integran en las comunidades de villa y aldea; por ejemplo, en Madrid.

Ahora bien, ¿qué está pasando más al sur, en la nueva frontera? Lo que empieza a verse en este momento es algo inédito, aunque el fenómeno ya había dado señales en Aragón: como se ha reconquistado más territorio del que es posible repoblar, la custodia de las nuevas comarcas ya no puede encargarse a los concejos, esto es, a los propios pobladores, sino que ha de recurrirse a otros instrumentos que garanticen la seguridad de la frontera. ¿Y quién puede garantizar tal cosa en los grandes espacios de Teruel, La Mancha y Salamanca? Sólo los guerreros. Es así como las órdenes militares se convierten en nuevos protagonistas de la repoblación.

En Aragón, el Batallador había confiado la custodia de Belchite a una orden militar específicamente creada para el caso: la Cofradía de Belchite. Ahora, en Calatrava, Alfonso VII encomendará la plaza a los templarios. Estamos asistiendo al nacimiento del tercer gran momento en la repoblación: el primero fue el de los colonos privados que hacían presuras en tierra de nadie, el segundo fue el de los concejos y el tercero, ahora, éste de las órdenes militares. Las órdenes garantizan la seguridad de la frontera, ejercen el señorío sobre las tierras encomendadas y reglamentan una repoblación que, por las características de los nuevos espacios, es ante todo ganadera. Todo esto dará un perfil singular a la España del sur del Tajo.

¿Y qué pasaba mientras tanto en Al-Ándalus? Que el poder almohade se consolidaba sin remedio. A excepción de los anchos territorios del Rey Lobo en Valencia y Murcia, que seguirán siendo independientes mucho tiempo, el resto de la España mora va entregándose al califa al-Mumin. Después de tomar Marrakech, el caudillo almohade ha puesto sus ojos en las ricas tierras *andalusíes*. Ha logrado hacerse con Sevilla. Luego, Ibn Ganiya, el último líder almorávide, termina entregando a sus enemigos Córdoba y Jaén. Como todavía quedan resistencias en el sur de Portugal, Al-Mumin llama a capítulo a los reyes de taifas: Évora y Beja, Niebla y Tejada, Badajoz… Los

reyezuelos, convocados en la ciudad marroquí de Salé, se ven ante un ultimátum: si se someten al almohade, mantendrán su posición; si no, será la guerra. Y todos ellos ceden, por supuesto.

A partir de este momento, la expansión almohade por Andalucía es imparable. Al-Mumin nombra a su hijo Yakub gobernador de Al-Ándalus con residencia en Sevilla. Ya controla todo el cuadrante suroeste de la Península. Después los almohades ocuparán Málaga y Granada. Esta gente combate con ejércitos numerosísimos, ante los que de poco sirven las tácticas empleadas contra los almorávides. Alfonso VII reacciona tomando la plaza clave de Andújar, pero el rey cristiano es consciente de que el paisaje se está oscureciendo por momentos. Tanto que a la altura de 1157 los almohades afrontan un reto importante: recuperar Almería, aquella plaza donde Alfonso VII había tocado diez años antes la gloria. Y en ella el emperador escribiría la última página de su vida.

Alfonso VII había conseguido algo formidable: reinar desde Almería hasta el sur de Francia. La Reconquista había llegado más lejos que nunca y León bien podía presumir de haber hecho realidad su título imperial. A partir de aquí, sin embargo, las cosas irán cuesta abajo. Los esfuerzos de Alfonso por sumar a los demás reinos cristianos en un frente común contra los almohades habían tenido un éxito muy limitado. Todos estaban contra los almohades, sin duda, pero cada cual prefería hacer la guerra por su cuenta: los portugueses, en su área del sur de Lisboa; los aragoneses, conservando las ricas parias que les pagaba el Rey Lobo de Murcia.

En el plano personal, Alfonso vivía ya su invierno, aunque apenas acababa de sobrepasar los cincuenta años. La reina Berenguela había muerto en 49. Viudo, Alfonso se casó de nuevo con la dama Riquilda de Polonia, hija del duque Ladislao el Desterrado. Hizo más cosas: casó a su hija Constanza con el rey Alfonso VII de Francia; introdujo la Orden del Císter en España, que iba a tomar el relevo de Cluny en el liderazgo de la cristiandad; convocó un concilio en Valladolid para tratar de alinear a todos los reinos cristianos en un esfuerzo común; pactó con Ibn Mardanish, el Rey Lobo. Ahora, en 1157, con cincuenta y tres años de edad y casi medio siglo de experiencia política a sus espaldas, se enfrenta al último desafío: salvar Almería, sitiada por los almohades.

Estamos en la primavera de 1157 y la situación en Almería es desesperada. La ciudad era en realidad una isla cristiana en medio de un territorio hostil. Las tropas genovesas y castellanas que allí quedaban poco

podían hacer ante los enormes ejércitos almohades. Su única opción era encerrarse en el alcázar y aguantar hasta que llegaran refuerzos. Alfonso VII tuvo muy pronto noticia de la crisis. Estaba enfermo y agotado, pero reaccionó con rapidez: concentró a sus tropas en Toledo, pidió refuerzos al Rey Lobo, marchó hacia el sur… Era la única esperanza de Almería.

El Rey Lobo no faltó a la cita, pero ni siquiera con sus tropas —en su mayoría cristianas— se pudo romper el asedio de Almería. Los almohades, ya lo hemos dicho, combatían con ejércitos inmensos, auténticas muchedumbres armadas. Viendo que no podía romper el cerco, Alfonso ideó una estratagema: atacar Granada y obligar así al enemigo a fragmentar sus tropas. Pero el ardid falló: Granada había mejorado mucho sus defensas, y los almohades, por su parte, vieron claro cuál era el juego del emperador. Almería terminará capitulando sin remedio.

La represión almohade en la ciudad debió de ser severa. En la Almería cristiana se había refugiado el médico y rabino judío Maimónides, que había tenido que abandonar Córdoba perseguido por los nuevos amos de Al-Ándalus. En su casa había dado cobijo a su maestro, el filósofo musulmán Averroes, igualmente perseguido por la intolerancia almohade. Maimónides tuvo que huir al sur de Francia; Averroes terminará en Egipto. No hubo sólo represión para los vivos, sino también para los muertos: a un ex gobernador de Jaén, fallecido años atrás, los almohades lo exhumaron y crucificaron el cadáver.

El emperador, mientras tanto, emprendía el camino de vuelta. A su derrotada hueste se iban uniendo las guarniciones de Andújar, Baeza y Úbeda: había llegado el momento de replegarse detrás de Sierra Morena. Pero Alfonso no puede más: apenas ha pasado Despeñaperros, camino de Calatrava, cuando se siente morir. La comitiva se detiene en el paraje de Las Fresnedas. Alfonso se tumba debajo de una encina. Allí la vida se le va. Era el 21 de agosto de 1157. Así murió Alfonso VII, rey de León, Castilla y Galicia, emperador de toda España. Su gente le enterrará en el monasterio de Sahagún. Allí descansa un trozo de historia de España. Y allí terminaba el sueño imperial.

16

ALMOHADES, TROVADORES, CISTERCIENSES Y LAS PRIMERAS CORTES DEMOCRÁTICAS DE EUROPA

La herencia de Alfonso VII y la muerte del joven Sancho

Alfonso VII repartió el reino entre sus dos hijos: al primogénito, Sancho, le dio Castilla, y al segundo, Fernando, le dio León. Cada cual se ocupará de marcar su propio territorio y no faltarán los conflictos políticos entre ambos, pero no hubo nada semejante a una guerra civil. Al contrario, es tiempo de optimismo: de hecho, los tratados entre los reyes cristianos españoles contemplan casi unánimemente el reparto de tierras conquistadas en un futuro, como si la derrota del islam fuera cosa hecha. Se avanza en todos los frentes. Sin embargo, este apacible paisaje durará poco: el joven rey Sancho de Castilla muere cuando apenas llevaba un año en el trono. A partir de ahí, las cosas se complicarán. Vamos a ver cómo fue.

Es significativo que Alfonso VII, el emperador, diera Castilla a su primogénito Sancho y dejara León para el segundo, Fernando. Esto quiere decir que Castilla se había convertido en el reino mayor de la vieja corona heredera de Asturias. Castilla, con sus siempre polémicas fronteras con Navarra y con Aragón, con su extensa zona de frente con los musulmanes del sur, con sus poderosos linajes nobiliarios y, al mismo tiempo, con sus múltiples ciudades libres, había adquirido una fisonomía política completamente singular.

En cuanto al hombre que llegaba ahora a ese trono, Sancho III, llamado el Deseado, era un joven de veinticuatro años, casado con la hija del rey de Navarra —doña Blanca Garcés— y que ya tenía un hijo, de nombre Alfonso. Muy consciente de su posición de superioridad, pronto obtuvo el vasallaje de Navarra y, enseguida, el de Ramón Berenguer IV de Barcelona. Los lazos

familiares siguen siendo aquí fundamentales: Sancho no sólo es yerno, sino también cuñado del rey de Navarra, que está casado con una hermana suya, y es también sobrino del conde de Barcelona, porque es hijo de la reina Berenguela. Una sólida red de vínculos de sangre sostiene los pactos. Acto seguido, Sancho III renovó los acuerdos de su padre con el Rey Lobo, el de Murcia. Así Castilla se convertía en el líder de la cristiandad española.

Hay un punto oscuro en la vida de Sancho III, un dato sobre el que las fuentes se muestran contradictorias. Se trata de la suerte que corrió su esposa, Blanca Garcés. Unos dicen que Blanca murió de parto al dar a luz a su hijo Alfonso; eso debió de ser hacia 1155. Otros señalan que Blanca murió de parto, sí, pero no en el alumbramiento de Alfonso, sino en el del otro hijo posterior, de nombre García, un año después, y que el niño murió en el mismo trance. Sea como fuere, en 1157, al hacerse con el cetro de Castilla, Sancho era un joven viudo y con un solo heredero. Hay que retener el dato para entender bien todo lo que pasará después.

En León, mientras tanto, su hermano Fernando II recomponía las piezas del puzle que le había tocado en suerte: los viejos reinos de León y Galicia, donde el papel de la nobleza feudal era mucho más determinante que en Castilla. Fernando se había criado entre estos nobles: entregado desde niño al cuidado de Fernando Pérez de Traba, el joven rey, veinte años en ese momento, tenía que desenvolverse entre el sólido poder de los Ponce de Cabrera, Pedro Alfonso o Ramiro Froilaz, esos grandes nombres de la corte que ya han salido en nuestro relato. Y uno de ellos, Ponce de Cabrera, iba a ser la causa del primer conflicto entre los dos hermanos.

La historia es relativamente trivial. A poco de llegar al trono, el rey Fernando había confirmado a Ponce Guerau de Cabrera como mayordomo real. Los Cabrera eran un viejo linaje catalán que había emparentado con el clan gallego de los Traba. Este Ponce era en aquel momento administrador de los bienes de los Ansúrez y, en tanto que mayordomo real, desempeñaba además el gobierno de la ciudad de Zamora. Los zamoranos, descontentos con Ponce, se amotinaron y amenazaron con marcharse a Portugal si el mayordomo real seguía allí. El rey Fernando no tuvo otro remedio que ceder a las presiones del pueblo y apartar a Ponce del cargo. Pero entonces Ponce, despechado, se marchó a Castilla e instigó al rey Sancho a invadir León.

¿En nombre de qué podía Sancho atacar a su hermano? ¿Tenían alguna deuda pendiente? En realidad, sí. Alfonso VII, en su concilio de 1155, había repartido el reino entre sus hijos, pero había dejado sin resolver un delicado

problema: el gobierno sobre las comarcas de Tierra de Campos, Sahagún y Asturias de Santillana, que teóricamente habían pertenecido hasta entonces al Reino de León, pero que por las disposiciones de Alfonso podían pasar a Castilla. Y ésas eran las tierras que ahora Sancho se proponía ocupar, instigado por Ponce.

Lo más significativo del episodio es que, a pesar de todo, no hubo guerra. Los dos hermanos, Sancho y Fernando, se encontraron en Sahagún. Allí acordaron que las tierras en litigio quedarían en manos de tres nobles que gozaban de la confianza de ambos: el propio Ponce de Cabrera, Osorio Martínez y Ponce de Minerva (otro Ponce que no hay que confundir con el anterior). Además, los reyes de Castilla y León se repartieron España: decidieron que Portugal tenía que ser dividido entre leoneses y castellanos, y señalaron también sus respectivas áreas de reconquista en la España musulmana. Más aún: los hermanos resolvieron que si uno de los dos moría sin descendencia directa, el otro heredaría sus títulos y derechos.

El acuerdo de Sahagún iba todavía más lejos. Sancho y Fernando coincidieron en no reconocer a otro soberano cristiano legítimo que a su tío Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y príncipe de Aragón. ¿Y qué pasaba entonces con Sancho de Navarra? En principio, quedaba fuera del acuerdo, pero sus lazos familiares con Castilla le facilitaban las cosas. Recordemos la red: Sancho de Castilla estuvo casado con Blanca Garcés, hermana de Sancho de Navarra, y este Sancho VI de Navarra estaba casado con una hermana de los reyes Sancho y Fernando, de nombre también Sancha. Era muy difícil que estallara el conflicto con tanto parentesco por medio. Actuó como mediadora, al parecer, una hermanastra de Sancho y Fernando, de nombre también Sancha (¡otra Sancha!), hija del último matrimonio de Alfonso VII. El caso es que Sancho de Navarra rindió vasallaje a Sancho de Castilla. Y asunto concluido.

El sueño imperial de Alfonso VII ha desaparecido, pero la cristiandad española dista de ofrecer un aspecto de crisis. Aunque en el sur crece el peligro almohade, los reinos cristianos todavía son más fuertes. En Aragón, Ramón Berenguer IV sigue ocupando posiciones tras su conquista del valle del Ebro; la amistad del Rey Lobo en el sur le procura una cómoda seguridad en la frontera. En Portugal, Alfonso Enríquez conquista Alcacer do Sal e incluso se pasea por Évora y Beja. La iniciativa aún corresponde a los cristianos. Al otro lado de la sierra de Gredos, las milicias de Ávila escriben una gesta singular: organizan una incursión al centro de Andalucía, llegan

hasta Sevilla y derrotan al gobernador de la ciudad. Así lo dijeron los Anales Toledanos: «Fueron los de Ávila a tierra de moros a Sevilla e vencieron al rey Aben Jacob e mataron al rey filio Dalagem e al rey Abengamar».

Y en ésas estábamos cuando, de repente, muere Sancho III.

En efecto, el joven rey de Castilla, Sancho III, veinticuatro años, fallece por causas naturales el 21 de agosto de 1158. Había reinado un año y diez días. Sancho deja un heredero que aún no tiene tres años: su hijo Alfonso. Como el rey era viudo, el niño queda en manos de los grandes linajes nobiliarios. ¿Qué linajes? Los Castro y los Lara. Sancho, antes de morir, había dispuesto una solución que pudiera contentar a todos: Gutierre Fernández de Castro será el tutor del niño y Manrique de Lara el regente del reino. Pero un tutor sin poder político está en posición precaria, y un regente sin control sobre el heredero también lo está. Inevitablemente se avecina un largo conflicto. Por otro lado, los reinos vecinos ven la oportunidad de saldar viejas deudas con Castilla: aunque el niño Alfonso es proclamado inmediatamente rey, tanto Fernando de León como Sancho de Navarra recuerdan súbitamente sus reclamaciones fronterizas. El paisaje se oscurece sobre Castilla.

Es sugestivo pensar qué hubiera podido hacer Sancho III en un reinado que se anunciaba lleno de promesas, que, sin embargo, quedaron tan rápidamente frustradas. En apenas un año de gobierno, Sancho había afirmado su liderazgo político en la España cristiana y también había manifestado su firme voluntad de reforzar la Reconquista. En este último capítulo había dejado una herencia que al cabo sería determinante: la fundación de la Orden Militar de Calatrava. En realidad, Calatrava será el legado mayor de Sancho III a la historia de España.

La Orden de Calatrava: señores de la frontera

Parece una cosa menor, pero aquello tuvo una importancia decisiva para los siglos posteriores de nuestra historia. Con la Orden de Calatrava, la Reconquista entraría en una nueva fase. Aquí ya hemos contado qué era una orden militar: una hermandad de guerreros que se regía por reglas monásticas o, si se prefiere, una hermandad de monjes cuya misión era la guerra en

defensa de la cruz, y cualquiera de las dos definiciones es igualmente apropiada.

Calatrava era una pieza esencial del sistema defensivo cristiano. Desde esa fortaleza, clavada en medio del camino natural de Córdoba a Toledo, se controlaba toda la llanura manchega, los pasos a Sierra Morena y el cauce del Guadiana. Alfonso VII la había conquistado en 1147 y la confió a los templarios. Pero ahora, diez años después, los almohades habían recuperado Almería, se habían hecho con el control en Andalucía y empezaban a amenazar seriamente la frontera. Calatrava corría peligro. Y lo que ocurrió en el invierno de 1157 a 1158 fue que los templarios se dirigieron al rey Sancho de Castilla y le dijeron que ya no estaban en condiciones de defender satisfactoriamente la plaza: ellos eran pocos, los contingentes almohades eran cada vez más numerosos y se hacía preciso tomar otras decisiones.

Los templarios habían actuado con plena honradez: sencillamente, ya no podían cumplir la misión que se les había encomendado. Pero el problema que se le planteaba ahora al rey de Castilla era peliagudo: el reino era poderoso y sus guerreros estaban en forma, pero Castilla no poseía un ejército permanente que pudiera ser desplazado a un lugar concreto y acantonado allí durante largos periodos de tiempo. Hasta el momento, la defensa se organizaba sobre la base de las milicias de los concejos y las huestes de los señores, pero Calatrava estaba demasiado lejos de cualquier concejo importante y de cualquier señorío con tropas disponibles. ¿Qué hacer? ¿Cómo defender ahora Calatrava?

El rey Sancho tomó una decisión. Reunió a los notables del reino y les hizo una insólita propuesta: otorgaría la plaza de Calatrava a quien quisiera hacerse cargo de su defensa. Podemos imaginar la escena: miradas de estupor entre los nobles, gestos de embarazo, ademanes incómodos… Porque, en efecto, ¿quién estaba en condiciones de defender Calatrava con sus propios medios? Nadie. ¿Nadie? No. Entre el silencio general, el monje cisterciense Raimundo, abad del monasterio de Fitero, levanta la mano. A su lado está el también monje Diego Velázquez, guerrero en otro tiempo, ahora cisterciense. Los nobles del reino, primero, ríen: ¿cómo pueden dos monjes defender Calatrava? Pero Raimundo y Diego insisten: ellos lo harán. Y como en las subastas, nadie dio más. El rey Sancho, obligado por su palabra, donó a los monjes de Fitero la plaza de Calatrava. Era el 1 de enero de 1158.

Raimundo y Diego sabían lo que hacían. Raimundo, el abad, aporta su autoridad espiritual; Diego, el viejo soldado, sus conocimientos militares.

Raimundo predica su propia cruzada y recluta voluntades en Aragón y Navarra. Diego abre bandera sobre el terreno, en la misma Calatrava, y capta a los caballeros que quieran permanecer allí. En pocas semanas queda formado el nuevo ejército: más de veinte mil monjes-soldado que inmediatamente pueblan Calatrava y sus alrededores. Ante semejante concentración de tropas, los almohades desisten de intentar el asalto. Calatrava está salvada.

A partir de ese momento aparece en Calatrava un contingente militar con fuerte sentimiento religioso y una misión concreta. Ahora bien, una vez pasado el peligro, ¿qué hacer con esos veinte mil hombres, monjes unos, guerreros otros? Hay que dar forma a esto, porque la hueste reclutada por fray Raimundo y fray Diego aún no tiene una regla para vivir. No es una tarea fácil: los depositarios de la encomienda son los dos monjes, pero los caballeros no ven con agrado la idea de depender de un abad del Císter y, menos aún, de vivir entre los monjes regulares. La solución pasará por separar a las dos categorías de gentes que habían acudido allí. Los monjes se retirarán a un monasterio. Y los caballeros, por su parte, se instalarán en Ocaña, donde se constituyen en orden y eligen a un maestre: don García. Así, con estos caballeros, nació la Orden de Calatrava.

Los caballeros no querían ser monjes cistercienses, pero sí querían ser monjes-soldado. Por eso lo primero que hizo don García, flamante maestre de la orden, fue dirigirse al Císter y al papa para pedir una regla que rigiera la vida de la nueva comunidad. La regla estará basada en las normas habituales que el Císter prescribía para los laicos. Viene bien detallarlas, porque nos ilustra sobre cómo era la vida que aquellos guerreros abrazaban. Para empezar, los caballeros asumían las tres obligaciones básicas de los votos religiosos: obediencia, pobreza y castidad. Sobre ellas añadían el deber de guardar silencio en el dormitorio, el comedor y el oratorio. Debían ayunar cuatro días a la semana. Para dormir, debían hacerlo con su armadura. Y por vestimenta no lucirían otra cosa que el hábito blanco cisterciense con una gran cruz negra —que más tarde será roja— con flores de lis en las puntas. Era una vida dura, la de los caballeros de Calatrava; pero precisamente por eso la elegían aquellos hombres.

La aparición de la Orden de Calatrava significa un cambio fundamental en el proceso de la Reconquista: a partir de ese momento, la defensa de la frontera, la repoblación de los nuevos territorios y el gobierno efectivo de estas anchas regiones queda en manos de las órdenes militares. Pronto

nacerán otras sobre el mismo modelo. Unos pocos años después de la fundación de la Orden de Calatrava, otros caballeros crearán una institución semejante bajo la advocación de Santiago.

Ésta de la Orden de Santiago es otra historia que vale la pena contar. Hemos de avanzar hasta el año 1170. Desde algún tiempo atrás funcionaba en Compostela una pequeña orden de monjes agustinos que había tomado por misión proteger y socorrer —con las armas— a los peregrinos que acudían a Santiago. Un grupo de caballeros de Extremadura se dirigió a aquellos monjes compostelanos en busca de dirección espiritual: eran los llamados «caballeros de Cáceres», a los que Fernando II de León y el obispo de Salamanca encomendaron en su día la defensa de esta ciudad. Conocemos los nombres de algunos de estos caballeros: Pedro Fernández de Fuentencalada, descendiente de los reyes de Navarra y de los condes de Barcelona; Pedro Arias, el conde Rodrigo Álvarez de Sarriá, Rodrigo Suárez, Pedro Muñiz; Fernando Odoárez, señor de la Varra, y Arias Fumaz, señor de Lentazo. Y todos estos caballeros, «arrepentidos de la vida licenciosa que hasta entonces habían llevado» —eso dice la bula fundacional—, decidieron formar una congregación para defender a los peregrinos que visitaban el sepulcro de Santiago y para guardar las fronteras de Extremadura. Así nació la Orden de Santiago.

Habrá más. Después nacerá la Orden de Alcántara, sobre la base de la preexistente orden de San Julián del Pereiro, en el entorno de Ciudad Rodrigo. Y más tarde aparecerá la Orden de Montesa, en Valencia, a iniciativa del rey de Aragón. Con ella se completa la nómina de las cuatro grandes órdenes militares que han sobrevivido hasta nuestros días: Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa.

Las órdenes militares cambiarán completamente el paisaje de la Reconquista. A partir de ahora, sobre ellas recaerá el principal esfuerzo de la acción militar y de la repoblación de nuevos territorios. Nacerá una forma nueva de concebir la propiedad de las tierras ganadas hacia el sur, con grandes espacios poco poblados, y donde el principal motor económico será la ganadería. Pero, por ahora, el principal reto de las órdenes militares será otro: hacer frente a un poder almohade que no para de crecer en el sur.

¿Y quiénes eran los monjes cistercienses?

Acontecimiento importantísimo en España: llega y se extiende la Orden del Císter. Hoy solemos prestar poca atención a estas cosas, pero en la Edad Media, que era una época esencialmente religiosa, los movimientos dentro de la Iglesia tenían un peso decisivo sobre todos los aspectos de la vida. Y ahora, con la llegada del Císter, asistimos a uno de estos movimientos.

Resumamos el cuadro: desde el siglo VI, la Europa cristiana se construye al ritmo que marca la Orden de San Benito, es decir, los monjes benedictinos —los «monjes negros», por el color de su hábito—, que literalmente pueblan y evangelizan nuestras tierras. Su lema *ora et labora* define la vida religiosa y tiñe todo el orden medieval, también en España. Después, a lo largo del siglo X, del mundo benedictino nace la reforma de Cluny —la orden cluniacense—, que llega a España tanto por Cataluña como a través de los borgoñones del Reino de León. Y ahora, mediados del siglo XII, llegan los cistercienses, la Orden del Císter.

Estos movimientos responden siempre al mismo espíritu: son reformas de la vida monástica orientadas a obtener una mayor espiritualidad, una observancia más rigurosa de la regla de San Benito y un menor compromiso con el poder. Cluny nació para reformar y purificar el monacato benedictino. Del mismo modo, el Císter nace para reformar y purificar el monacato cluniacense. La nueva orden penetra en Aragón y en Castilla. Alfonso VII, el rey emperador, había impulsado decididamente su implantación en tierras españolas. Por así decirlo, el Císter se convierte en la nueva referencia de la cristiandad. Y bien: ¿en qué consistía el Císter?

Hemos de viajar a la Borgoña francesa, a Citeaux, cerca de Dijon. A la altura del año 1098, el monje Roberto de Molesmes ha fundado allí una abadía con otros veintitrés hermanos. Roberto ve con desagrado la acumulación de riqueza y poder que exhiben los monasterios cluniacenses: la reforma de Cluny había nacido para volver a un espíritu más austero y auténtico, pero el paso del tiempo y los vaivenes políticos habían desvirtuado el impulso original. Se imponía una nueva reforma, y eso es lo que Roberto de Molesmes quiere hacer.

¿Cuáles eran los vectores fundamentales de esta nueva reforma? En realidad, sólo uno: volver a la austeridad y sencillez de la regla benedictina original. Roberto predicaba el alejamiento del mundo, el ascetismo, el rigor litúrgico y una vida de pobreza. Entre otras cosas, impuso la obligación del trabajo manual en los monasterios, especialmente las labores agrícolas. Y ese trabajo manual, combinado con la vida contemplativa, retomaba el viejo lema

benedictino: *ora et labora*. El papa reconoció a la nueva orden en el año 1100. El Císter se extendió con rapidez. En 1115 ya contaba con cinco monasterios en Francia: al original de Citeaux (de donde viene el nombre de Císter, que es la denominación latina de esa localidad), se sumaron los de La Ferté, Montigny, Morimond y Claraval.

En el monasterio cisterciense de Claraval destacó pronto un joven monje: Bernardo de Fontaine. El Císter es ya una pujante realidad con una regla propia, la Carta de Caridad, implantada por el abad San Esteban Harding: total pobreza, obediencia a los obispos, dedicación exclusiva al culto divino, alejamiento de las ciencias profanas, etcétera. A esa realidad espiritual, Bernardo de Claraval le otorga además un sustancial impulso estético: el Císter desarrolla un tipo singular y propio de arte, una manera específicamente cisterciense de concebir la arquitectura y la escultura.

Bernardo de Claraval, que vivió entre 1090 y 1153, fue el gran motor del florecimiento cisterciense. La estética del Císter se define, ante todo, por su sencillez. En contraposición al suntuoso estilo de Cluny, el Císter aboga por la máxima austeridad: candelabros de simple hierro, cálices sin labrar, crucifijos de humilde madera pintada; sencillez también en la liturgia e incluso en la vestimenta, limitada a un modesto hábito blanco. La arquitectura cisterciense huye deliberadamente del adorno. Sus primeras construcciones son de madera o adobe. Cuando, más adelante, empiecen a utilizar la piedra, lo harán de tal manera que la austeridad prime sobre todas las cosas: nada de ornamentos, nada de elementos superfluos. Muros y paredes desnudos. ¿Por qué? Porque nada —ni vidrieras de colores, ni esculturas ni ninguna otra cosa— debía distraer la atención de los monjes. Los monjes han renunciado al mundo para adorar a Dios: ésa es su vida; no necesitan ningún estímulo exterior para su vocación religiosa.

Curiosamente, en su teoría sobre el arte religioso San Bernardo marca una clara diferencia entre los monasterios y las parroquias: todo lo que en el monasterio es sencillez y desnudez, en las parroquias debe ser brillantez y adorno. ¿Por qué? Porque —decía el santo— «hay más admiración por la belleza que veneración por la santidad». Y así lo explicaba él:

> *Muéstreles un cuadro hermoso de algún santo. Cuanto más brillantes son los colores, más santificado les parecerá a ellos (…). Así las iglesias se adornan. Vemos los candelabros de bronce grandes, maravillosamente labrados. ¿Cuál es el propósito de tales cosas? ¿Ganar la contrición de penitentes o la admiración de los*

espectadores? Si las imágenes sagradas no significan nada para nosotros, ¿por qué no economizamos por lo menos en la pintura? Convengo: permitamos que esto se haga en iglesias porque si es dañoso para el inútil y codicioso, no lo es para el simple y el devoto.

Pero los monjes no eran simples ni devotos, y a ellos, en su mundo interior del convento, debía corresponder una estética de rigurosa desnudez. San Bernardo convirtió la iglesia en un simple oratorio: nada de criptas, tribunas ni torres. Nada tampoco de fachadas ornamentales. Con frecuencia las paredes se resuelven en una simple capa de pintura blanca. Los relieves escultóricos no existen; las únicas imágenes que visten las paredes son las que representan a la Virgen. Pero esta austeridad extrema no es un desprecio de la estética, al revés: es una estética nueva que bebe en tres principios, a saber, claridad, limpieza y durabilidad. Por eso las construcciones del Císter, a pesar de su sencillez extrema, muestran una exquisita armonía en las proporciones.

Bernardo dirigió la orden durante veinte años. En ese periodo nacieron setenta y dos monasterios. Y los distintos lugares elegidos para construir los conventos respondían también al espíritu del Císter: invariablemente se trata de parajes inhóspitos, hermosos pero yermos, sólo aliviados por la existencia de agua. El trabajo de los monjes consistía en aprovechar esos cursos de agua para crear cultivos y, así, convertir en fértiles las duras tierras donde habían ido a asentarse. Aisladas en tales soledades, las abadías cistercienses se concebían como centros autosuficientes, y por eso todas ellas incluyen numerosas instalaciones: hospedería, enfermería, molino, fragua, palomar, granja, talleres y, en fin, todo lo que permita sobrevivir de manera autónoma a una comunidad. En el centro de ese despliegue constructivo está el cuadro monástico: la iglesia y las celdas de los monjes. El objetivo espiritual es siempre el mismo: por encima de todo, la pobreza. Así lo explicaba San Bernardo:

Pero los monjes que han renunciado a las cosas preciosas y encantadoras de este mundo para entregarse a Cristo, ¿estamos buscando dinero o más bien beneficio espiritual? Todas estas vanidades costosas pero maravillosas, inspiran a la gente a contribuir con dinero más que a rogar y rezar. Visten a la iglesia con piedras de oro y dejan a sus hijos ir desnudos. Los ojos de los ricos se alimentan a expensas del indigente. ¿Finalmente, son buenas tales cosas para los hombres pobres? ¿Y para los monjes, los hombres espirituales?

Añadamos un poquito más de historia del arte. El estilo predominante en estas primeras construcciones cistercienses es el románico de Borgoña, con sus bóvedas de cañón apuntadas y sus bóvedas de arista. Cuando San Bernardo tuvo que construir una nueva abadía para acoger a los numerosísimos monjes que llegaban allí a profesar, lo hizo deliberadamente sobre ese estilo: es la abadía de Claraval II, la primera gran construcción cisterciense. Pero muy pronto, en 1140, apareció el estilo gótico en la abadía benedictina de Saint-Denis y los cistercienses lo adoptaron, de forma que en las siguientes construcciones del Císter ya conviven el románico y el gótico mezclados. Poco a poco, el gótico predominará sobre el románico. Y así los cistercienses se convertirán en el principal agente de expansión del arte gótico por toda Europa.

La influencia del Císter en el mundo medieval fue fulgurante. El propio Bernardo de Claraval tenía que atender con frecuencia la llamada de papas y reyes que le pedían consejo. En el siglo anterior, la Orden de Cluny había sido la gran protagonista de la vida de la Iglesia; ahora el protagonismo había pasado al Císter. Y San Bernardo, consciente de que ese poder sobrevenido podía dar al traste con el espíritu de austeridad que la orden buscaba, multiplicó las medidas para contener a los monjes dentro de la más estricta observancia de las reglas fundacionales.

En esta primera mitad del siglo XII el Císter se extiende por todas partes: Inglaterra, Alemania, Italia, Irlanda… y España. Parece que el primer monasterio del Císter fundado en España fue el de Fitero, en Navarra, allá por 1140: es el mismo cuyo abad terminará impulsando la Orden de Calatrava. Pero hay otros muchos más: Poblet en Tarragona, Santa María de la Huerta en Soria, Santes Creus en Tarragona, Moreruela en Zamora, Veruela en Zaragoza, La Espina en Valladolid, Oya en Pontevedra, Las Huelgas en Burgos, y las numerosas abadías cistercienses de Galicia.

La España y la Europa en la que ahora nos movemos, mediado el siglo XII, es una España y una Europa cisterciense. Los monjes blancos —porque blanco era su hábito— estaban dando un nuevo impulso a la cristiandad medieval. Y así fueron determinantes para nuestra historia.

Bronca en Castilla: los Lara contra los Castro

Bronca en Castilla. El rey Sancho III ha muerto después de sólo un año de reinado. No deja otra herencia que un niño de tres años, Alfonso. Este Alfonso será inmediatamente proclamado rey como Alfonso VIII, pero la suya es una coronación puramente formal: un niño de tan corta edad no puede reinar. Aquí entran en juego varias cosas. Una, quién se hace cargo de la regencia de la corona mientras Alfonso crece. La otra, quién toma bajo su protección al niño para que llegue efectivamente a reinar. Quienes de verdad controlan el Reino de Castilla en ese momento son los grandes linajes nobiliarios. Y ellos protagonizarán un tenso y largo conflicto que va a marcar toda esta época en tierras castellanas.

En ese momento había en Castilla dos grandes linajes que destacaban por encima de todos los demás: los Lara y los Castro. ¿Y quién era esa gente?

Los Lara eran un viejo clan con sede en el alfoz de Lara, comarca de Burgos. No tienen relación directa con los Lara primigenios, los que dieron lugar al condado independiente de Castilla, sino que aparecieron después. En nuestra historia ya han salido algunos de ellos: por ejemplo, Pedro González de Lara, el amante de la reina Urraca, y su hijo Manrique de Lara, al que hemos visto en la campaña de Almería. Este Manrique se había convertido en el hombre más poderoso de Castilla: había heredado la fortuna de su padre, era alférez mayor del Reino y desempeñaba las tenencias de Ávila, Toledo, Baeza y Atienza. Lo que se dice un potentado.

En cuanto al otro clan, los Castro, eran un linaje de origen también burgalés, concretamente de Castrojeriz, aunque con hondísima influencia en Galicia. Al parecer procedían de una rama bastarda de la familia real Navarra. Estaban emparentados con los Ansúrez y los Ordóñez: Castilla «pata negra», pues. En el momento de nuestra historia, año de 1158, su representante más notable era Gutierre Fernández de Castro: un hombre ya de setenta años que había sido mayordomo real con Alfonso VI y Alfonso VII, consejero del rey emperador y que se había encargado de la tutela del propio Sancho en su niñez. Gutierre era unánimemente considerado como un tipo íntegro y rectilíneo, incapaz de la menor traición y sumamente piadoso. Un hombre de fiar.

Antes de morir, Sancho III, que conocía el paño, trató de buscar una solución de compromiso: encargó la tutoría del niño a Gutierre de Castro mientras encomendaba la regencia del reino a Manrique de Lara. Era una operación inteligente: por una parte, contentaba a los dos grandes clanes castellanos al atribuir a cada cual una función decisiva; pero, al mismo

tiempo, evitaba que alguno de ellos acumulara demasiado poder, porque al regente le privaba de la tutoría y al tutor le privaba de la regencia. Toda la cuestión estaba en saber cuánto tardaría una de las facciones en intentar quedarse con la parte que le había tocado a la otra. Y tardó muy poco.

Esto es difícil de entender con criterios políticos contemporáneos, así que vamos a explicarlo un poco. El sistema de poder medieval era ostensiblemente más fragmentario y también más precario que el del Estado moderno. Un rey medieval reinaba, sí, y todos estaban obligados a obedecerle, pero ese poder tenía muchos límites de hecho y de derecho. Esos límites iban desde los derechos adquiridos por la villas y sus pobladores hasta las prerrogativas de los señores —civiles o eclesiásticos— en sus propiedades y territorios, que el rey no podía contradecir so pena de enormes trastornos. Estamos hablando de sistemas políticos que carecían de instrumentos esenciales del poder moderno como la política económica o el ejército permanente. Un poder que dispone de ejército propio, que puede regular la economía a su libre voluntad y que se atribuye la función de dar y quitar derechos, es un poder temible. Pero el poder medieval no tenía nada de eso: los ejércitos dependían de los señores que pudieran costearlos, la economía nacía de abajo hacia arriba sin planificación ni centralización y los derechos adquiridos pesaban más que la voluntad del monarca. De manera que el rey medieval no era ni mucho menos el déspota omnipotente que nos dibuja cierta literatura.

En un paisaje así, el poder tendía a fragmentarse continuamente, y de manera especial cada vez que había un vacío en el ejercicio de la realeza. Entonces emergían los poderes de hecho, que eran los grandes linajes nobiliarios y, también, las ciudades y sus patricios. Y eso era exactamente lo que estaba pasando ahora en Castilla durante la minoría de edad de Alfonso VIII: dos grandes familias se enfrentan entre sí por controlar los resortes del poder, y esa pugna levanta conflictos que terminan afectando al conjunto del reino. Para empezar, naturalmente, lo que unos y otros intentan controlar es la materialidad del poder, es decir, a la propia persona del rey niño: Alfonso VIII.

En realidad no se sabe muy bien cómo, pero el hecho es que Manrique de Lara logró apoderarse del pequeño Alfonso. Ocurrió que Gutierre de Castro, temiendo una guerra civil en el reino, optó por abandonar la tutoría, que fue a parar al caballero García de Daza. Ahora bien, este García era hermanastro de Manrique, de manera que el clan de los Castro vio mal el arreglo. Y el propio

Manrique, por su parte, tampoco quedó contento y no tardó en exigir la tutoría del rey niño. Cuando la consiguió, en marzo de 1160, lo primero que hizo fue apartar a los Castro de todas sus tenencias —el gobierno de las villas—, y con ello creó un conflicto que iba a prolongarse durante años.

Expulsados de mala manera de sus privilegios, los Castro acudieron a Fernando II, el rey de León, incitándole a penetrar con sus huestes en Castilla. Era lo que Fernando estaba deseando oír. Fernando de León, como Sancho VI de Navarra, ya había aprovechado la minoría del niño rey Alfonso para arañar pedazos de tierra en la frontera. Pero en León había un problema mucho más urgente: las efusiones expansivas de Alfonso Enríquez, el de Portugal, que continuamente trataba de extenderse hacia el este, en las tierras que hoy son Salamanca.

El portugués, en efecto, no cejaba. De hecho, el rey de León se había visto obligado a repoblar Ciudad Rodrigo y Ledesma para frenar las cabalgadas de los portugueses. Acto seguido a Fernando se le sublevaron los burgueses de Salamanca, al parecer estimulados con dinero portugués. Tan seria fue la cosa que Fernando de León tuvo que vencerlos en batalla campal: la batalla de Valmuza. Fue una victoria contundente que llevó a Alfonso Enríquez a recapacitar: era mejor pactar… de momento. Y una vez resueltos estos problemas, Fernando de León pudo hacer caso a los Castro: invadiría Castilla. Era ya el verano de 1162.

La entrada de Fernando II de León en tierras castellanas fue un paseo triunfal: los Lara eran temidos, pero no queridos, de modo que las ciudades de Castilla se doblaron ante el rey leonés. Primero fue la Extremadura, luego Segovia, después Toledo. Los de Lara, atemorizados, resolvieron coger al niño rey y marcharse a Burgos, para hacerse fuertes allí. Pero Fernando no les persiguió: en vez de pelear contra los Lara, optó por hacer sucesivos gestos de majestad. En Barcelona acababa de morir Ramón Berenguer IV —ya hablaremos de eso más detenidamente—, de modo que Fernando de León marchó a la frontera oriental, convocó en Ágreda a los nobles de Aragón y Barcelona, obtuvo su vasallaje y, más aún, tomó bajo su tutela al heredero de la corona aragonesa —otro niño llamado también Alfonso— y le ofreció como esposa a su hermana Sancha.

Mientras tanto, en el norte, Sancho VI de Navarra, al ver que leoneses y aragoneses se entendían, temió que la alianza se dirigiera contra él, así que se apresuró también a rendir vasallaje a Fernando. Por esta vía, en pocas semanas, Fernando de León conseguía recuperar el liderazgo en la España

cristiana. Y, ahora sí, ya podía acudir a Burgos para ver a los Lara; no como el tío de un niño rey, sino como el soberano mayor de toda la España cristiana que iba a exigir lo suyo. Ni que decir tiene que los Lara, ante semejante exhibición de poderío político, cedieron: Manrique de Lara reconoció a Fernando II de León como regente de Castilla; más aún, aceptó reconciliarse con los Castro. Así solventó Fernando II la grave crisis castellana: ganando él.

Hay que decir que la solución del problema fue sólo temporal. Ya veremos por qué. Pero, mientras tanto, otras cosas han de llamar nuestra atención. En Barcelona, como acabamos de ver, había muerto Ramón Berenguer IV y dejaba el Reino de Aragón a un niño. ¿Qué iba a pasar ahí? Y mientras tanto, Alfonso Enríquez de Portugal rompía una vez más los pactos y lanzaba a sus huestes contra tierra leonesa, concretamente sobre Ledesma. Pero vayamos por partes.

Un niño marca el destino de Aragón

Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y príncipe de Aragón, ha muerto. Deja un heredero: un niño de cinco años llamado también Alfonso. Tenemos, pues, dos niños-rey, huérfanos ambos, y los dos llamados Alfonso: el de Castilla y el de Aragón. Y un pariente mayor para ambos: el rey leonés, Fernando II. Cuando Fernando apareció por allí, los nobles de Aragón y Cataluña se apresuraron a rendirle vasallaje en nombre de todo el reino y también en nombre del niño, pero en el mapa hay una novedad: el conde de Barcelona, antes de morir, ha puesto a su heredero bajo la protección del rey de Inglaterra, nada menos. ¿Por qué hizo eso el conde? ¿Por qué precisamente Inglaterra? Y por otra parte, ahora que Ramón Berenguer moría, ¿no iban a separarse los territorios del Reino de Aragón y el condado de Barcelona? Venían años decisivos para el futuro del Reino de Aragón. Años que quedarán marcados precisamente por ese niño: el huérfano Alfonso.

Ramón Berenguer IV murió el 6 de agosto de 1162. Falleció cerca de Génova, en el burgo de San Dalmacio. ¿Y qué se le había perdido al conde de Barcelona en Italia? Un negocio político. Europa está viviendo en ese momento los años de la gran oposición entre el imperio y el papado, entre los *gibelinos* —los partidarios del poder imperial— y los *güelfos* —los partidarios del poder eclesiástico y señorial—, y en el centro de esa querella

se encuentra el emperador romano-germánico, Federico Barbarroja. Y Ramón Berenguer quiere ser su aliado.

El conde de Barcelona tenía muchos intereses en Europa: recordemos que el condado mantenía su soberanía sobre buena parte de la Provenza francesa. En Provenza, Ramón Berenguer había colocado a un sobrino suyo que se llamaba también Ramón Berenguer, hijo de su hermano Berenguer Ramón (parece un trabalenguas, pero así es).Y para consolidar su posición, al Ramón tío —el de Barcelona— se le ocurre que sería buena cosa casar al Ramón sobrino —el de Provenza— con alguna dama de la facción imperial. ¿Qué dama? Una vieja conocida nuestra: Riquilda de Polonia, la última esposa de Alfonso VII, el rey emperador, que por entonces todavía era una joven de poco más de veinte años.

Dicho y hecho: el sobrino Ramón se casó con la polaca y el emperador Federico Barbarroja reconoció sus derechos sobre la Provenza. Asunto arreglado. Pero al volver del viaje, Ramón Berenguer IV se sintió mortalmente enfermo. La comitiva se detuvo. El 4 de agosto, viéndose morir, el conde de Barcelona dictó testamento. Murió dos días después. Su cuerpo fue llevado al monasterio de Ripoll, donde quedó inhumado. Y a las pocas semanas, las últimas voluntades del conde de Barcelona eran solemnemente leídas en Huesca, en presencia de la reina Petronila y de todos los nobles del reino.

¿Qué decía ese testamento? Decía que Ramón Berenguer legaba a su hijo primogénito Alfonso, de cinco años, todos sus títulos y estados, esto es, Aragón y el condado de Barcelona, a excepción de la Cerdaña y Carcasona, que quedarían para su segundo hijo, Pedro, pero como vasallo del primero. Si Alfonso moría sin descendencia, sería Pedro quien le heredara, y si Pedro moría en las mismas condiciones, entonces los títulos pasarían al tercer hijo, llamado Sancho. La reina Petronila, su viuda, quedaba como garante principal de estas últimas voluntades y, para que no le faltara de nada, Ramón le dejaba las villas y castillos de Besalú y Ribas con sus correspondientes rentas. Ahora bien, el nuevo rey, Alfonso, era todavía un niño. ¿Quién se encargaría de su tutela? Ramón Berenguer IV lo dejó muy claro: «Dejo a mis hijos bajo la tutela de Dios y del rey de Inglaterra».

¡El rey de Inglaterra! La pregunta es inevitable: ¿Qué se le había perdido al rey de Inglaterra, Enrique II, en nuestros asuntos españoles? La respuesta es que se le había perdido mucho más de lo que parece. En aquella época, mediados del siglo XII, la corona inglesa dominaba una buena porción de lo

que hoy es Francia, desde Normandía y Anjou hasta Gascuña: es la dinastía Plantagenet, cuyo primer exponente es precisamente Enrique II. Y en el mosaico feudal francés, muchos de los señoríos del sur que prestaban vasallaje al rey de Inglaterra eran también vasallos, aliados o tributarios de los reinos españoles, tanto de Aragón como de Castilla.

Por eso para los reyes españoles, tanto castellanos como aragoneses, era obligado entenderse con los ingleses. Entre otras cosas porque ambos compartían un mismo enemigo: Luis de Francia, que amenazaba por igual a los territorios de influencia inglesa y a los de influencia española, y ya se sabe que no hay nada que una tanto como tener un enemigo común. El rey inglés, Enrique II Plantagenet, tipo inteligente y duro, trabó muy buena relación con Ramón Berenguer IV. Y por eso el conde de Barcelona, antes de morir, encomendó la tutela de sus hijos al rey de Inglaterra.

Ahora bien, estas simpatías inglesas de Ramón Berenguer IV no convencían a todo el mundo. Y menos que nadie, a Fernando II de León, que era primo carnal del pequeño heredero aragonés. Porque Fernando, en efecto, era hijo de la reina Berenguela, hermana de Ramón Berenguer. Por otra parte, Inglaterra estaba muy lejos, y Enrique, el rey inglés, andaba enzarzado en interminables problemas internos. Fernando vio claro que si había alguien en posición de fuerza, era él. Y los aragoneses, ¿qué pensaban de todo esto? El gobierno del reino había quedado en manos de una asamblea de nobles y eclesiásticos: gente sensata y, sobre todo, fiel a la corona. Para templar gaitas, lo primero que hicieron —ya lo hemos visto— fue rendir vasallaje a Fernando de León. Y el reino de Petronila y Ramón Berenguer no se dividió: tanto los aragoneses como los de Barcelona sabían que el deseo de los reyes era que la unión se consolidara.

No debieron de ser años fáciles para una corona que oscilaba sobre la cabeza de un niño, pero la reina Petronila dio un paso decisivo cuando el pequeño Alfonso cumplió los siete años. Ésa era la edad prescrita para heredar formalmente el título regio. Y Petronila no lo dudó un instante: en 1164 hizo donación a su hijo Alfonso de los territorios del Reino de Aragón, que eran el lote que propiamente le correspondía a ella. Más aún: para evitar complicaciones, Petronila, aunque no había cumplido todavía los treinta años, renunció a casarse de nuevo y optó por retirarse de la forma más discreta posible. Todo para que en escena quedara sólo una figura: la de su hijo Alfonso. Amor de madre. Y sentido del Estado, también. Admirable, la reina Petronila.

De esta manera Alfonso recibía el condado de Barcelona, legado por su padre, y el Reino de Aragón, legado por su madre. Por primera vez todos esos territorios recaían legítimamente en una sola persona. Muy pronto recibió también los derechos sobre Provenza. Y así el pequeño Alfonso, que reinará como Alfonso II, se convertía en el primer monarca de la corona de Aragón, o «Casal d'Aragó», como se le llamaba entonces.

Los magnates que en la práctica gobernaban Aragón durante la minoría de edad de Alfonso también iban a demostrar muy buen sentido: para evitar conflictos, desde aquel mismo año de 1164 empiezan a reunir Cortes donde comparecen los nobles, los eclesiásticos y, al parecer, por primera vez, los patricios y señores que dominaban las ciudades: Zaragoza, Jaca, Huesca, Daroca, Calatayud… Es el nacimiento de las Cortes de Aragón.

A este niño Alfonso le esperaba un destino realmente interesante. Aliado decidido de Castilla, donde encontrará a otro rey Alfonso de su misma edad, al mismo tiempo actuará con buen criterio en Francia, donde mantendrá la ventajosa posición aragonesa. Y hará algo más: cultivar con auténtica pasión la poesía caballeresca y el amor cortés, que eran las grandes modas culturales de la época. Pero todo esto ya lo iremos viendo.

La gran ofensiva almohade

Algo peligroso y grande se agitaba en el sur. Mientras los reinos cristianos del norte resolvían sus problemas sucesorios, el Imperio almohade parecía decidido a pasar a la ofensiva. El mundo musulmán español sigue dividido en dos: en el este, el Rey Lobo, aliado de los cristianos; en el oeste, los almohades de Abd al-Mumin. El Rey Lobo, que es fuerte, no deja de hacer sentir su presencia en el corazón mismo de Andalucía. Y Abd al-Mumin, que ve peligrar su recién conquistado poder en España, se decide a intervenir. Comienza la gran ofensiva almohade.

El Rey Lobo, Ibn Mardanish, desde sus dominios de Murcia, aspiraba a convertirse en el único poder musulmán de la Península. No parece que se propusiera crear un califato propio, pero sí deseaba proyectar su influencia hacia el conjunto de Al-Ándalus. El dibujo estratégico está claro: mientras los reinos cristianos se disputan los derechos de conquista sobre los territorios del suroeste —y a eso obedecen, en realidad, todas las querellas entre Portugal, León y Castilla—, el Rey Lobo se atribuye la hegemonía sobre el sureste.

Pero para eso, evidentemente, primero hay que desactivar a los almohades. Y la guerra, en este momento, no es ya una guerra entre moros y cristianos, sino una guerra entre los *andalusíes* del Rey Lobo y los africanos del caudillo almohade Abd al-Mumin.

Ibn Mardanish, el Rey Lobo, contaba con abundante presencia cristiana en sus filas. Son esas tropas cristianas las que en 1159, bajo la bandera del caudillo de Murcia, lanzan una gran ofensiva en el corazón de Andalucía. La campaña fue realmente brillante: el Rey Lobo sitia Jaén, toma la ciudad y, acto seguido, ocupa de un solo golpe Úbeda, Baeza, Écija y Carmona, ya en territorio sevillano. Más aún: para explotar la victoria, el menos moro de los reyes moros se dirige contra Sevilla y pone sitio a la capital almohade. En Jaén queda como señor el suegro del Rey Lobo, Ibn Hamusk. La situación se complica para Abd al-Mumin: porque no era sólo que el Rey Lobo amenazara Sevilla, sino que, en el oeste, los portugueses presionaban sobre Badajoz. Una tenaza se cerraba sobre la Andalucía almohade.

Sevilla era la pieza clave del poder almohade en España. El Rey Lobo lo sabía. Pero, por supuesto, también lo sabía Abd al-Mumin, que enseguida reacciona movilizando un gran ejército, y esta vez va él mismo al frente. Es la primera vez que Abd al-Mumin cruza el Estrecho. Y no escatima medios: desembarca en Gibraltar, construye en el Peñón una nueva fortaleza y la convierte en cabeza de puente permanente para sus tropas africanas. Los del Rey Lobo, al conocer la llegada del ejército almohade, levantaron el asedio de Sevilla e incluso se retiraron de Carmona. Quedaba el otro brazo de la tenaza, el de Badajoz. Abd al-Mumin lanzó a sus tropas contra tierras pacenses. ¡Y qué tropas!: dieciocho mil jinetes, nada menos. Así el califa almohade resolvió el problema. Pero sólo de momento.

Es mayo de 1161. Ibn Hamusk, el suegro del Rey Lobo, parte desde Jaén con un ambicioso objetivo: tomar Granada. A este caballero le llamaban los cristianos Abenmochico, que quiere decir «hijo del mocho», o sea, hijo del mutilado. ¿Por qué? Porque a su abuelo le cortaron una oreja. El hecho es que este Abenmochico, Ibn Hamusk, se pone al frente de una tropa con abundante presencia cristiana y marcha contra Granada. Allí, en la ciudad del Genil, le esperan los judíos de la localidad y un nutrido partido musulmán: todos ellos quieren librarse de la tiranía almohade. Una vez más, la guerra en el sur es una guerra entre musulmanes: *andalusíes* peninsulares contra almohades africanos.

La operación de Abenmochico sobre Granada comienza bien: los apoyos con que cuenta en el interior de la ciudad le permiten dar un golpe de mano, entrar en la capital y ocupar la Alhambra. La guarnición almohade, sin embargo, se hace fuerte en la alcazaba. Pronto acuden refuerzos africanos. Dos hijos del califa, Abu Said y Abu Yakub, envían a sus tropas para aliviar la posición de los sitiados. Pero el ejército de Abenmochico no es poca cosa: sus dos mil caballeros cristianos, mandados por un nieto de Álvar Fáñez al que los cronistas moros llaman «el Calvo», desarbolan a los almohades. Y cuando éstos manden un segundo ejército de auxilio, correrá la misma suerte: el suegro del Rey Lobo había agarrado bien la presa.

El asedio de Granada se prolongó durante más de un año. Abd al-Mumin tuvo que enviar un ejército poderosísimo desde África, con más de veinte mil combatientes, para recuperar la ciudad. Eso ya eran palabras mayores: aunque el Rey Lobo envió refuerzos a su suegro, Abenmochico tuvo que retirar el asedio. Y no sin perder plumas en la pelea: en torno a Granada se libraron intensos combates que, entre otras cosas, le costaron la vida al valeroso Calvo, el nieto de Álvar Fáñez. A los almohades, de todas formas, les quedaba aún mucha tarea: después de recuperar la ciudad, tuvieron que aplicarse a combatir las numerosas resistencias *andalusíes* en las poblaciones de alrededor. La crónica especifica que los partidarios del poder *andalusí* fueron perseguidos; aquello debió de ser un baño de sangre.

La situación para los almohades no era fácil. Toda Al-Ándalus vivía en guerra civil, con las consiguientes secuelas de miedo y desolación. Un solo ejemplo: cuando los líderes almohades acudieron a Córdoba para trasladar allí su capital, descubrieron que en la ciudad quedaban sólo… ¡ochenta y dos habitantes! El miedo entre la población era tan grande que la inmensa mayoría de la gente se había ido al campo. Y al califa almohade se le presentaba un problema estratégico de primer orden: con las ciudades vacías, la población en fuga y el valle alto del Guadalquivir ocupado por el Rey Lobo, quedaban reducidas al mínimo sus posibilidades de obtener recursos materiales y humanos. Si Abd al-Mumin quería mandar en España, tendría que dedicar todos sus esfuerzos a la tarea. Y lo hizo.

A finales de 1162 se despierta en el norte de África una intensísima actividad. Abd al-Mumin ha ordenado una suerte de movilización total. Los astilleros fabrican barcos de guerra a pleno rendimiento. Al mismo tiempo, centenares de talleres se entregan a la fabricación masiva de armas mientras

las ciudades portuarias de Marruecos conocen un tráfico inusitado de caballos para los ejércitos. Un cronista moro, Ibn Abi Zar, lo describió así:

> *Se armaron 400 naves. Se reunieron caballos, armas y municiones de todas clases. Se fabricaron flechas por todo el imperio a un ritmo de diez quintales diarios. Se reunió trigo y cebada para los hombres y los animales en grandes montones como nunca nadie había visto antes. Se congregó un ejército de almohades, mercenarios, árabes y* zenatas *que pasaba de los 300.000 jinetes, además de 80.000 voluntarios y 100.000 infantes.*

Quizá Abi Zar exagere, pero otro cronista de la época, Ibn Sabih al-Sala, dice que las naves eran más de doscientas y que el ejército reunió a más de cien mil jinetes y cien mil peones. Incluso quedándonos con esta cifra menor, el despliegue era apabullante. ¿Y cuál era la misión de ese ejército? También las crónicas nos lo dicen: dividirse en cuatro grandes cuerpos y atacar simultáneamente Portugal, León, Castilla y Aragón. La mayor amenaza que habían conocido los reinos cristianos desde los lejanos tiempos de las grandes campañas almorávides de Yusuf ben Tashfin.

La suerte o la Providencia quisieron que esta gigantesca campaña quedara en nada. En mayo de 1163, con todo preparado para el gran asalto, el califa Abd al-Mumin, primer caudillo del Imperio almohade, moría con sesenta y nueve años y después de treinta y tres de reinado. Le sucedía su hijo Abu Yakub, el mismo que desde Sevilla gobernaba las tierras españolas del imperio. Pero no debió de ser sencilla la transmisión de poderes, porque toda la actividad bélica de los almohades quedó congelada. Y, naturalmente, hubo alguien que se apresuró a aprovechar la situación: el Rey Lobo.

Ibn Mardanish, en efecto, no pierde ocasión para sacar el mayor partido de la transición en el Imperio almohade. Entre 1164 y 1165 multiplica las acciones en territorio enemigo. Primero reafirma su poder sobre Jaén y su área de influencia. Después acosa a los almohades en sus propios dominios: Córdoba en marzo de 1165, Sevilla en junio. Mientras tanto, las milicias de Castilla, León y Portugal prodigan las incursiones en la frontera con expediciones de saqueo. El poder almohade en Al-Ándalus pende de un hilo. Pero, en el sur, el nuevo califa, Abu Yakub, ya ha solucionado sus problemas. Y ahora las cosas se pondrán muy difíciles para el Rey Lobo.

La gran ofensiva almohade comienza aquí. No es la magna operación diseñada por el difunto Abd al-Mumin, pero sus efectos serán igualmente

letales. A partir de marzo de 1165, los inmensos contingentes almohades empiezan a desembarcar en la Península. Dos hermanos del califa, Abu Said Utman y Abu Hafs Umar, gobernadores de Málaga y Córdoba respectivamente, se hacen cargo del mando. El ejército africano libera primero el cerco sobre Sevilla. Después se dirige contra las posiciones del Rey Lobo en el valle del Guadalquivir: Andújar y su entorno. Andújar se rinde. Todas las ciudades de los alrededores rinden pleitesía a los nuevos amos. Incluso el suegro de Ibn Mardanish, Abenmochico, pacta con ellos. Acto seguido, el ejército almohade se pone en marcha con un objetivo definido: Murcia. Ahora es el poder del Rey Lobo el que pende de un hilo.

Ibn Mardanish sabe bien lo que se le viene encima. Sus huestes son muy inferiores a las almohades. Para colmo, ese mismo año se ha roto su alianza con el Reino de Aragón, que ya no le presta ayuda. El Rey Lobo trata de interponerse en el camino almohade: cuenta con 13.000 caballeros cristianos. Pero es poco para frenar a un enemigo mucho más numeroso. Las huestes del Rey Lobo son derrotadas en las cercanías de Murcia. Es el 15 de octubre de 1166.A Ibn Mardanish no le queda otro remedio que encerrarse tras los muros de su capital. Toda la región murciana queda a disposición del enemigo. Los almohades la saquearán a conciencia.

El Rey Lobo salvó su vida y su capital. Después de algunas semanas de asedio y saqueo, los almohades volvieron a sus bases. Allí celebrarán su victoria mientras Ibn Mardanish, en Murcia, trataba de recomponer las piezas de su reino. Pero aprovechando que los almohades estaban ocupados en el este, una nueva fuerza se había despertado en el oeste: los portugueses golpeaban en Badajoz. Y esta nueva acción iba a traer consecuencias que implicarían a todos los protagonistas de nuestra historia.

La historia de Gerardo Sin Miedo

Era portugués o quizá gallego, se llamaba Gerardo Giráldez y le llamaban Gerardo Sempavor, o sea, Gerardo Sin Miedo. De ánimo aventurero y espíritu implacable, allá por 1165 formó una banda de guerreros que se puso a hacer la Reconquista por su cuenta. Tanto fue su éxito que el rey de Portugal, Alfonso Enríquez, lo escogió como adalid de sus tropas. Pero un día Gerardo Sin Miedo fue demasiado lejos: entró en la zona que el Reino de León se había reservado para sí. Y de ahí arrancó un conflicto diplomático que iba a

traer de cabeza a portugueses, leoneses, almorávides y hasta al mismísimo Rey Lobo. Vamos a contar cómo fue.

Para hacerse una idea completa del asunto conviene recordar algo importante: todos los conflictos que los reinos cristianos mantienen entre sí en este periodo son disputas por las zonas de reconquista adjudicadas a cada cual; es decir que los reyes no pelean por el territorio propio de sus reinos, sino por las áreas que quieren reconquistar. Así, el gran conflicto entre Portugal y León no concierne en realidad al interior de sus dominios, sino a las zonas de frontera. León se ha reservado el derecho a reconquistar las tierras que hoy comprenden el sur de Salamanca y el norte de Extremadura. A Portugal le ha dejado el extremo oeste del mapa. A Castilla le toca el área al este de la Calzada de la Plata.

Pero los portugueses quieren más, y por eso prodigarán las incursiones por el sur de Salamanca, arañando kilómetros de frontera. Las algaradas entre leoneses y portugueses fueron permanentes hasta que, a la altura de 1165, Alfonso Enríquez y Fernando II de León firmaron el tratado de Lerez. Entre otras cosas, allí se acordó que Fernando se casara con una infanta portuguesa, Urraca Alfonso. Aun así, los roces fronterizos serán permanentes.

Son momentos muy delicados. En Aragón, se ha roto el pacto con el Rey Lobo. Éste se echa en brazos de Castilla. ¿Y qué pasaba en Castilla? Que el otro niño rey Alfonso, el VIII, estaba llegando a la mayoría de edad en una atmósfera considerablemente áspera: la guerra castellana entre los Lara y los Castro había terminado con la victoria política de los Lara, pero por el camino se habían dejado nada menos que Toledo, ocupada por León. En cuanto al clan perdedor, el de los Castro, ahora tenía que cambiar de aires: su jefe, Fernando Rodríguez de Castro, había pasado a servir directamente a Fernando II de León.

En ese paisaje aparece en la frontera sur portuguesa nuestro protagonista: Gerardo Sempavor. En realidad era un pequeño señor de la guerra, un noble del norte que, por problemas nunca bien elucidados, había terminado probando suerte en la raya del Badajoz moro. Si hay que hacer caso a la leyenda, a veces Gerardo parece más un salteador de caminos que un guerrero medieval. El hecho es que cuando los almohades lanzaron su gran ofensiva contra el Rey Lobo, la vieja taifa de Badajoz quedó bastante desguarnecida. Y Gerardo, con un agudo sentido de la oportunidad, vio llegada la hora de explotar al máximo la coyuntura.

Fueron sólo diez meses, pero en ese breve periodo las conquistas de Gerardo Sempavor dejan sin aliento: Trujillo en abril de 1165; Évora en el mes de septiembre; Cáceres en diciembre; después, Montánchez y Serpa entre febrero y marzo de 1166. ¿Cómo lo había hecho? A base de audacia: aproximación cautelosa en la noche, escalada de muros, degollina generalizada sobre la guarnición mora pillada por sorpresa y, después, conquista de la ciudad. Auténticas operaciones de comandos. Nunca se había visto nada igual.

Gerardo hacía la guerra por su cuenta, pero contaba con la autorización regia: sus conquistas, por tanto, eran para Alfonso Enríquez de Portugal. Y el rey portugués retribuyó generosamente tanto esfuerzo. Ahora bien, precisamente eso fue lo que convirtió las hazañas de Gerardo Sempavor en un problema político de primera magnitud. Porque Gerardo, conquista tras conquista, se había pasado literalmente de la raya y había entrado en la zona que leoneses y castellanos se habían reservado para sí. Y Fernando II de León, como es natural, montó en cólera.

La situación era descabellada: el rey de Portugal, con menos tropas que sus vecinos, había ocupado Cáceres, que pertenecía al área de expansión leonesa, y Montánchez, que correspondía a Castilla. Ahora los portugueses amenazaban Badajoz, que pertenecía también a la demarcación de reconquista leonesa. Fernando II tenía que reaccionar, y con rapidez. De momento, en 1166 toma posiciones y ocupa Alcántara. Pero hace falta algo más: algo que aparte a Alfonso Enríquez de Extremadura. Y así al rey de León se le ocurrió una compleja operación.

La operación consistía, en realidad, en la aplicación estricta de una vieja máxima: los enemigos de mis enemigos son mis amigos. ¿Quiénes eran los enemigos del rey de León? Los portugueses, que le estaban cerrando el camino de expansión por el sur. ¿Y quiénes eran los enemigos de sus enemigos? Los almohades, por supuesto, que tenían razones para sentirse amenazados por la agresividad portuguesa. Dicho y hecho: Fernando II de León llamó al jefe del clan de los Castro, Fernando Rodríguez. Éste marchó al sur. Su objetivo no era pelear con los almohades, sino al revés: entenderse con ellos.

La entrada de Rodríguez de Castro en Marrakech debió de ser cosa digna de verse. El califa almohade le recibió con grandes agasajos y, después de escuchar la propuesta del rey de León, le autorizó a formar una mesnada para actuar en el área de Badajoz, que al fin y al cabo pertenecía al Imperio

almohade. Dicen que Rodríguez de Castro cobró una fortuna en oro musulmán por aquella operación. Y Abu Yakub, por su parte, obtenía la enorme ventaja de ver sus espaldas guardadas para combatir a quien de verdad le preocupaba, que era el Rey Lobo. Pero hay alguien que ve la estratagema con alarma: por supuesto, el propio Rey Lobo, que tiembla ante el insólito acuerdo entre almorávides y leoneses. El Rey Lobo corre a Toledo para buscar el socorro castellano. Y así toda España queda implicada en el episodio.

Mientras tanto, y bajo los efectos euforizantes de la victoria, los portugueses han llegado hasta Badajoz. El propio rey Alfonso Enríquez marcha en cabeza: no ha querido perderse esta jornada de gloria. Es el 3 de mayo de 1169. Las huestes portuguesas, estimuladas por Gerardo Sempavor, entran en la ciudad. La guarnición musulmana de Badajoz se retira a la alcazaba. Allí se hará fuerte. Y desde allí los moros mandan un mensaje de socorro. Pero no se lo mandan a Abu Yakub, el jefe almorávide, sino que se lo envían a… Fernando II de León. Era el momento esperado: las huestes de Rodríguez de Castro marchan sobre Badajoz. Y Fernando II de León acompaña al contingente.

El mapa se pone extremadamente complejo. Los portugueses acosan el Badajoz moro. Los almorávides no envían socorros a Badajoz, sino que los lanzan sobre el este, donde combaten contra el Rey Lobo y sus aliados castellanos. Y el que acude a socorrer Badajoz no es un rey moro, sino el rey de León, Fernando II, con alguna hueste de refuerzo que viene desde la Sevilla almorávide. Allí, en Badajoz, el paisaje es de locura: los portugueses sitian a la guarnición mora, pero los sitiadores son sitiados a su vez por los ejércitos de León, con Rodríguez de Castro a la cabeza. En medio de una enorme confusión, los combates se desatan calle por calle. El rey Alfonso Enríquez, que ve peligrar su vida, monta a caballo y sale a escape, pero no era su día de suerte: lanzado al galope, choca contra el cerrojo de las puertas de la ciudad, cae al suelo y se fractura una pierna. Todo estaba perdido.

El rey portugués cayó preso de Fernando de León. Gerardo Sempavor corrió la misma suerte. Dicen que el monarca leonés trató a ambos presos con exquisito respeto. No por ello el coste político de la operación dejó de ser elevadísimo: Enríquez reconoció que había invadido territorio ajeno y, en consecuencia, los portugueses perdieron las plazas conquistadas, que pasaron ahora a manos de León. La ciudad de Cáceres quedaba bajo el control

personal de Fernando II. En cuanto al resto de las plazas —Trujillo, Montánchez, etc.— eran dadas en señorío a Fernando Rodríguez de Castro.

¿Y qué fue de nuestro singular héroe, Gerardo Sin Miedo, Gerardo Sempavor? Dice la tradición que Gerardo, una vez liberado, marchó a África en misión secreta, siempre a las órdenes de Alfonso Enríquez, pero simulando que entraba al servicio del califa almohade. La misión era de primera magnitud: tomar Ceuta, nada menos. Pero los almohades le sorprendieron. Gerardo Sempavor no salió vivo de allí.

En cuanto al paisaje después de la batalla, las cosas quedaron así: León ocupaba las plazas fronterizas de Extremadura, Portugal se retiraba a la zona adscrita al suroeste del Tajo y los almohades conservaban Badajoz. Y así, con el paisaje despejado, el califa almohade Abd al-Mumin afrontó la tarea que tenía pendiente: acabar con el Rey Lobo.

El final del Rey Lobo

Vienen días amargos para el Rey Lobo, el rebelde Ibn Mardanish, rey de Murcia y Valencia, el menos moro de los reyes moros. Corre el año 1169. Al Rey Lobo se le está complicando el paisaje por momentos. Ya no cuenta con la amistad del Reino de Aragón. ¿Por qué? Al parecer, por culpa de unos 40.000 morabetinos que el Rey Lobo no pagó. Y el joven monarca aragonés, Alfonso II, recién llegado a la mayoría de edad, ataca su frontera sur, a lo largo de los ríos Guadalope y Guadalaviar: el primer camino conduce al Maestrazgo, el segundo a Albarracín y Teruel. En Albarracín ya no había poder moro, sino un señorío cristiano: el de Pedro Ruiz de Azagra, viejo combatiente navarro al servicio del Rey Lobo que ahora pasaba a depender directamente del rey de Navarra.

Al mismo tiempo, la tensión del Rey Lobo con su suegro, Abenmochico, ha llegado a un punto sin retorno: Abenmochico quiere entregar Jaén a los almohades; el Rey Lobo reacciona declarando la guerra a su suegro. La única opción que tiene ahora Ibn Mardanish es estrechar sus lazos con Castilla. De entrada, cede a los castellanos las plazas de Vilches y Alcaraz. Dos lugares importantísimos: el primero controlaba los pasos a Despeñaperros; el segundo permitía controlar La Mancha y el valle alto del Guadalquivir.

Quien recibió estas últimas plazas del Rey Lobo fue el regente del Reino de Castilla, Nuño Pérez de Lara, del clan que se había hecho con la victoria en el largo conflicto interior castellano. Nuño de Lara había conseguido más cosas: había recuperado Toledo y su área de influencia, lo cual resultaba de vital importancia en la continua disputa sobre los derechos de reconquista. Por el contrario, los Lara fueron incapaces de impedir que, en el norte, Navarra se quedara con una buena porción de territorio castellano, entre las Provincias Vascongadas y La Rioja.

Pero la prioridad de los regentes de Castilla era mantener las fronteras a salvo de los musulmanes, y en ese sentido la alianza con el Rey Lobo había sido un negocio excelente. De hecho, gracias a esa política —y el mérito hay que atribuírselo a los Lara— Castilla había quedado a salvo de los ataques almohades. A cambio de una ayuda militar constante de varios miles de caballeros —por otra parte, estupendamente pagados por el Rey Lobo—, el rebelde de Murcia se había convertido en un muro que protegía a Castilla de sus enemigos. Ahora, año de 1169, faltaban ya pocos meses para que el joven heredero Alfonso alcanzara la mayoría de edad y el balance no podía ser más satisfactorio. Las últimas plazas conseguidas, Vilches y Alcaraz, así lo acreditaban.

Pero quien tenía un serio problema era el Rey Lobo: hostilizado por Aragón en el norte, presionado por los almohades en el sur, en guerra con su propio suegro en Jaén… Además, Ibn Mardanish se encontraba ahora con algo que hasta entonces no había conocido: los desórdenes interiores. Mientras su poder fue indiscutible, el Rey Lobo apenas había tenido que padecer rebeldías en su territorio. Pero ahora, con la suerte adversa, las defecciones crecían por todas partes. Su suegro, Abenmochico, no era el único que se mostraba dispuesto a llegar a un acuerdo con los almohades. En Valencia, Lorca, Alcira o Elche suenan ya las voces que acusan al Rey Lobo de ser un musulmán infiel, de ser poco piadoso, de trabajar para los enemigos del islam. Un panorama ciertamente complicado.

Era el momento oportuno para que los almohades dieran el golpe de gracia, y eso ocurrió a partir de mayo de 1169, recién cerrado el pintoresco episodio de Badajoz. Con ese frente tranquilo, el califa Abu Yakub envió a su hermano Abu Hafs a España al frente de un gran ejército. Cuando llegó a Sevilla, Abu Hafs se enteró de lo que estaba pasando en Jaén: el Rey Lobo peleaba con su suegro Abenmochico. Los almohades no podían desperdiciar esa oportunidad. Abu Hafs marchó hacia Córdoba y citó allí a Abenmochico.

Éste había decidido ya traicionar a su yerno. Abenmochico expresó su rendida sumisión al califa Abu Yakub. Jaén pasaba a ser parte del imperio. Fue un golpe tremendo para el Rey Lobo, porque le privaba de un colchón territorial precioso para mantener a los almohades lejos del suelo levantino. Y le privaba de algo más: ricos recursos para mantener a sus ejércitos, y que ahora tendría que obtener elevando los impuestos sobre la población.

En realidad los almohades no necesitaron hacer grandes demostraciones de fuerza: el reino de Ibn Mardanish se estaba descomponiendo por sí solo. Las ofensivas almohades de los años siguientes, localizadas sobre puntos concretos, causan un efecto letal. Una a una, las plazas del sureste español van pasándose al campo almohade entre proclamas de fidelidad doctrinal al verdadero islam. Cada una de estas rendiciones implica, además, la persecución de cuantos cristianos queden en esos lugares, sean soldados o civiles. Enseguida empiezan los problemas en Valencia. Quien se levanta contra el Rey Lobo en Valencia es nada menos que su hermano Yusuf. Al mismo tiempo la plaza de Lorca, vital para proteger Murcia por el sur, se pasaba a los almohades. Las ya muy mermadas huestes del Rey Lobo lanzaban ocasionales ofensivas en puntos estratégicos concretos, como Guadix, pero sin fuerza suficiente para invertir el curso de los acontecimientos.

La posición del Rey Lobo es desesperada. Cuando termina el año 1171 ya sólo tiene bajo su control la ciudad de Murcia y sus alrededores, defendida por un ejército mercenario que, por otro lado, ya apenas puede pagar. Ibn Mardanish aún logra mantener su capital a salvo de los almohades, pero el resto del territorio se ha convertido en campo libre para el pillaje y el saqueo. Quizá el Rey Lobo esperaba refuerzos de Castilla; refuerzos que nunca llegaron, porque los castellanos en ese momento andaban más ocupados en otros menesteres: una alianza decisiva con la corona de Aragón.

Llegamos al mes de marzo de 1172. El Rey Lobo se ha quedado solo. Ya no tiene aliados ni apoyos. Tampoco tiene dinero. Su ejército se ha reducido al mínimo. Los almohades campan a sus anchas por lo que un día fue el reino de Murcia y Valencia. Y dice la leyenda que el Rey Lobo, un día de aquel mes de marzo, se asomó al balcón de su palacio, perdió la mirada en el horizonte, se volvió a sus sirvientes y susurró: «Hasta aquí…». Ese día el Rey Lobo cayó enfermo. Se metió en la cama y ya no se levantó. Murió algunos días más tarde, el 27 de marzo. Sus hijos se apresuraron a entregar la ciudad a los almohades.

Dice otra leyenda que cuando los almohades entraron en Murcia, los caudillos vencedores quedaron fascinados por la belleza de una de las hijas del Rey Lobo: la hermosa Zaida, para la que su padre construyó en Valencia el palacio de la Zaidía. Dice también la leyenda que el califa Abu Yakub Yusuf reclamó a la hermosa Zaida como esposa. Y dice, en fin, que la bella Zaida murió de tristeza en Marruecos, suspirando por aquellas tierras valencianas a las que ya sólo volvería el día de su muerte.

Lo de Zaida es sólo leyenda. Incluso son leyenda las circunstancias de la muerte del Rey Lobo. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que Ibn Mardanish murió y que su hijo Hilal entregó Murcia a los almohades. A partir de ese momento, el Imperio almohade ocupó todo Al Ándalus. El califa Abu Yakub, con Zaida o sin ella, se instaló en Sevilla, donde puso su capital y se preparó para la guerra. Y mientras tanto, en el norte, dos jóvenes reyes adolescentes, los dos de nombre Alfonso, firmaban un tratado de paz.

Dos reyes de quince años, los trovadores y el amigo inglés

Corre el año de 1170. ¿Qué encontramos en la España cristiana? Dos reyes adolescentes: el de Castilla y el de Aragón. Una boda real. Una corte de trovadores. En Europa manda Enrique II Plantagenet, el rey de Inglaterra. En España, los jovencísimos reyes de Aragón y de Castilla estrechan lazos con el inglés. El matrimonio será el instrumento diplomático preferente. Y todo ello, entre los versos y las músicas de los juglares. De aquella época procede un dato muy interesante: los nombres de los primeros poetas españoles conocidos. Pero vayamos por partes.

En el año 1170 Alfonso VIII de Castilla cumplía quince años. Era el momento adecuado para que las Cortes, reunidas en Burgos, le proclamaran formalmente rey. Así terminaba la minoría de edad de Alfonso. El que llegaba al trono era un muchacho que había visto cómo su reino, durante la larga regencia de Nuño Pérez de Lara, se convertía en presa de los monarcas vecinos. Fernando de León no había conseguido imponer su voluntad sobre Castilla, pero se había quedado con grandes áreas del solar castellano; entre otras, Medina de Rioseco. En cuanto a Sancho VI de Navarra, había aprovechado la situación para ocupar una amplia franja en La Rioja, Álava y Vizcaya. Al menos, eso sí, Castilla había quedado a salvo de las invasiones almohades.

Casi al mismo tiempo llegaba a su mayoría de edad el otro Alfonso, Alfonso II de Aragón, que en 1170 cumplía trece años. Le faltan tres para que pueda casarse y ser armado caballero, pero este mozalbete ya es algo más que un niño en manos de una asamblea de regentes. Hasta esa fecha, los magnates del reino —nobles, obispos, etc.— se han ocupado de que las fronteras de Aragón permanezcan estables. En realidad la política aragonesa de ese momento tenía dos prioridades fundamentales: en el norte, escenario principal de sus preocupaciones, tratar de que la Provenza permaneciera en sus manos; en el sur, escenario secundario, procurar que sus fronteras permanecieran a salvo de incursiones almohades, para lo cual se contó con la valiosa alianza del Rey Lobo. Hasta que el Rey Lobo dejó de pagar, la alianza se rompió y los aragoneses empezaron a descender hacia Castellón y Teruel.

Los consejeros de uno y otro, el de Castilla y el de Aragón, miraron alrededor y llegaron a una conclusión evidente: tenían que entenderse. Los dos compartían un enemigo: Sancho de Navarra. Los dos necesitaban un aliado. Los aragoneses, para afianzar sus posiciones en el sur de Francia; los castellanos, para hacer frente a las ambiciones leonesas y navarras. Todo eso sin contar con la necesaria alianza contra el peligro almohade. Los dos Alfonsos, dos reyes adolescentes, se encontraron en aquel año decisivo de 1170. De allí saldría un nuevo mapa político de España.

¿Qué decidieron los dos Alfonsos? Sobre todo, «alianza y ayuda mutua contra todos excepto contra el rey de Inglaterra, al cual tenemos como padre». ¿Otra vez el rey de Inglaterra? Sí, otra vez él. En el caso de Aragón ya sabemos por qué: el viejo conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, puso a su hijo bajo la protección de Enrique II de Inglaterra. ¿Y en el caso de Castilla? En el caso de Castilla, la alianza inglesa obedecía a otros motivos. Primero, motivos geopolíticos: Inglaterra controlaba los territorios franceses del sur, vecinos de Navarra. Además, motivos económicos: habían comenzado ya a asentarse las relaciones comerciales entre los puertos castellanos del Cantábrico y los mercados ingleses del norte. Por decirlo en dos palabras, estamos asistiendo a la puesta en práctica de una vieja regla política: si tu vecino es tu enemigo, hazte amigo del vecino de tu vecino.

Es preciso preguntarse qué ganaba el inglés con todo esto. Y lo que Enrique II ganaba era muy importante: ante todo, secar las aspiraciones de quienes querían recuperar la unidad de la Francia carolingia. Pero no nos engañemos: en esta alianza, el eslabón fuerte es precisamente el inglés. Situémonos: estamos hablando del padre de Ricardo Corazón de León, que ha

llegado a la corona de Inglaterra después de una cruenta guerra civil. Enrique no es realmente inglés: ha nacido en Le Mans, y su linaje, los Plantagenet, son en realidad los franceses de Anjou. Su madre, Matilda, era reina de Inglaterra y había estado casada —era sólo una niña— con el emperador del sacro Imperio Romano Germánico. Cuando Enrique hereda a sus padres, tiene en sus manos media Francia y, además, la corona inglesa. Luego desposa a Leonor de Aquitania, de manera que se convierte en el monarca más poderoso de su tiempo. Se entiende que castellanos y aragoneses buscaran su alianza.

Lo que se consiguió en aquella reunión de 1170 entre los dos Alfonsos fue muy importante. Para empezar, se acordaba el matrimonio de Alfonso VIII de Castilla con una hija del rey de Inglaterra, Leonor Plantagenet. Leonor aportaba una dote muy valiosa: los territorios del condado de Gascuña, en la frontera francesa. Y Alfonso, por su parte, otorgaba a su nueva esposa —en aquel momento, una chiquilla de once años— buen número de castillos, numerosas rentas y la ciudad de Burgos. Seguramente fue en aquel mismo encuentro de 1170 cuando castellanos y aragoneses acordaron otra boda: Alfonso II de Aragón casaría con Sancha de Castilla y Polonia, hija de Riquilda, tía del rey castellano. Y así la trabazón de vínculos de sangre creaba una red política de notable solidez.

Las bodas de Alfonso de Castilla con Leonor Plantagenet fueron un auténtico acontecimiento popular. Una numerosa comitiva de condes, obispos y patricios castellanos había acudido a Burdeos a recoger a la novia. Esta comitiva incluía, por supuesto, un número elevado de sirvientes, y también otro elemento humano que en este momento está por todas partes en Europa: los trovadores y los juglares. La embajada castellana recogió a la jovencísima Leonor y emprendió el camino de vuelta. Y en algún lugar de Gascuña ocurrió algo que dejaría huella en la historia de la literatura universal: los trovadores presentes en la comitiva, trece de entre los más insignes de aquellos años, se reunieron para cantar y reír. Y gracias a uno de ellos, Peire de Alvernha, príncipe de los trovadores del siglo XII, conocemos los nombres de todos los demás.

Ocurrió que a Peire de Alvernha, para entretener los ocios de la comitiva en aquella larga marcha desde Burdeos a Tarazona, se le ocurrió componer unas letrillas burlescas. Y como objeto de su burla tomó a todos los demás trovadores, ante los que cantó versos de amistosa sátira que iban pasando revista, uno a uno, a los defectos de cada cual. Así nos enteramos de que Peire Rogier, antiguo canónigo, dejó los hábitos para dedicarse a cantar amores. A

otro juglar, Giraut de Bornelh, se le reprocha su cantar adusto y desdichado. Un tercero, Bernat de Ventadorn, es bajito y de mísera extracción social. Otro, Raimbaut d'Urenga, destaca por adulador. El propio Peire de Alvernha se caricaturiza a sí mismo diciendo que canta como una rana en un pozo y utiliza un lenguaje tan oscuro que nadie le entiende. Todos éstos son los grandes nombres de la poesía trovadoresca provenzal. Pero en un momento determinado de su sátira, Peire nos descubre que, además de los provenzales, había ya trovadores españoles: Gonzalo Ruiz y Pedro de Monzón.

Gonzalo Ruiz, castellano. Hombre seguramente de muy buena familia, porque la crónica le cita a él en primer lugar después de los condes. Dice el viperino Peire que Gonzalo está tan ufano con su canto que no deja de pregonar hechos caballerescos, pero que en realidad nunca dio ningún buen golpe, salvo los que se diera huyendo. La frase parece hecha a la medida de un joven con fama de valentón y cierta experiencia militar detrás; seguramente en las continuas algaradas de la frontera musulmana.

El otro trovador español es Pedro de Monzón, aragonés o castellano (y una cosa u otra ha de ser, porque en ninguna otra parte de Europa hay ciudades que se llamen Monzón).Y de este otro compatriota nos dice el trovador mayor que mantuvo una seria querella con el conde Ramón de Tolosa, nada menos, por causa de unos versos. ¿Cantó el de Monzón algunos versos del conde como si fueran suyos? ¿O más bien el conde le robó los versos a Monzón? De lo que dice Peire de Alvernha no se puede deducir ni una cosa ni la otra, pero está claro que Pedro de Monzón se contaba entre los trovadores más afamados de su tiempo.

Esta reunión de trovadores de 1170, en el contexto de la boda de Alfonso VIII con Leonor Plantagenet, se considera el acta fundacional de la lírica cortesana española bajo padrinazgo provenzal. Gracias al malévolo humor de Peire de Alvernha descubrimos los nombres de los primeros poetas españoles conocidos: estos Gonzalo Ruiz y Pedro de Monzón que acompañaron a la jovencísima Leonor en su comitiva nupcial. La boda se celebró en el mes de septiembre; numerosos nobles ingleses y franceses acudieron a ella. Como padrino actuó Alfonso II de Aragón. Y el joven rey aragonés cogió tanto gusto a la música y los versos que pronto se dedicaría a cultivarlos con auténtica pasión. Por eso pasó a la historia como el Rey Trovador.

La alianza cristiana contra Abu Yakub Yusuf

Dejemos a los dos Alfonsos con su corte de trovadores y volvamos al escenario del conflicto: la frontera andalusí. Situémonos entre 1170 y 1172 y repasemos el paisaje de oeste a este. En Portugal, Alfonso Enríquez ha hecho descender la frontera hasta Évora, ya en el Alentejo, pero ha topado con la zona de influencia de León, que le cierra el paso. En Extremadura, Fernando II de León ha llevado su frontera hasta el sur de la actual provincia de Cáceres y ha pactado con los almohades para frenar a los portugueses. En Castilla, Alfonso VIII controla La Mancha y la frontera queda fijada en Sierra Morena. Más al este, hundido el mundo del Rey Lobo, los almohades han extendido su poder hasta Valencia y Cuenca, pero Alfonso II de Aragón ha llevado sus banderas hasta Teruel.

La situación militar es bastante confusa. Badajoz permanece en manos almohades con la protección del rey de León, que quiere cerrar el paso a los portugueses. En el este, los parientes del Rey Lobo han pasado al servicio de los almohades y se dedican a hostigar los territorios castellanos en el Tajo. Los musulmanes lanzan una ofensiva localizada sobre el castillo conquense de Huete, pero son rechazados y tienen que abandonar precipitadamente su campamento. En respuesta, las milicias de Ávila penetran en el valle del Guadalquivir. Los almohades contestarán a su vez con otra cabalgada sobre Talavera.

Mucha tensión, pues. Lo asombroso es que, pese a todo esto, no puede hablarse de una situación de guerra. Todas estas algaradas son en realidad simples operaciones de saqueo, sin ocupación de territorios. Por otro lado, en este periodo se suceden las treguas entre almohades y cristianos. Y sin embargo, esta agitación es el preludio de una guerra sin cuartel, y todo el mundo lo sabe. El califa almohade Abu Yakub prepara una nueva ofensiva. En respuesta, los reinos cristianos firmarán una alianza bajo inspiración papal. Vamos a ver cómo pasó.

En el verano de 1173, el legado del papa en España, el cardenal Jacinto, convoca a los reyes cristianos en Soria. Allí acudirán Fernando de León, Alfonso de Aragón y Alfonso de Castilla. El cardenal jacinto estaba en España desde el año anterior. Tenía muchos problemas encima de la mesa. Para empezar, tenía que crear una diócesis en Ciudad Rodrigo, cosa que Fernando de León deseaba, pero el rey de Portugal no. Además, Jacinto tenía que aprobar la actuación de las órdenes militares, que estaban desempeñando ya un papel decisivo en la frontera. A todo ello se añadía el espinoso asunto del matrimonio entre Fernando de León y Urraca de Portugal, hija de Alfonso

Enríquez; matrimonio que políticamente podía ser muy oportuno, pero que presentaba el obstáculo del parentesco entre los cónyuges, que eran primos segundos. Pero el problema fundamental, el que englobaba a todos los demás, era este otro: cómo hacer para que los reyes cristianos se unieran frente al enemigo musulmán.

La verdad es que los reyes españoles andaban, en realidad, cada cual a lo suyo. Hemos visto a Fernando II de León pactando con los almohades para frenar a los portugueses. ¿Significaba eso que el rey de León renunciaba a extenderse hacia el sur? No. En octubre de 1170, mientras las tropas leonesas siguen protegiendo a los moros de Badajoz contra los portugueses, el rey de León promete al arzobispo de Santiago que le pondrá al frente de la diócesis de Mérida cuando esta ciudad sea ganada a los musulmanes. Muy pocos meses después, Fernando II otorga a la Orden de Santiago una ancha zona fronteriza entre el Guadiana y el Tajo y le encomienda expresamente que la defienda «contra los enemigos de Cristo». Y por otra parte, el rey de León aprovecha al máximo su pacto de circunstancias con los almohades: está defendiendo el Badajoz musulmán, sí, pero a la vez está avanzando posiciones en una larga línea que va desde Cáceres hasta Alburquerque. Curioso pacto, este de León y los almohades: los dos se han puesto de acuerdo para combatir a Portugal, pero con la clara intención de, una vez frenados los portugueses, pelearse entre sí.

En cuanto a los otros reyes, los jóvenes Alfonsos de Castilla y Aragón, también andaban más ocupados en sus propios asuntos que en otra cosa. ¿Cuáles eran esos asuntos? Ante todo, formar frente contra Sancho VI de Navarra, que en los años anteriores había aprovechado la minoría de edad de ambos monarcas para ganar territorios entre Álava, Burgos y La Rioja, prolongando peligrosamente su influencia hacia Soria e incluso Teruel. Ahora los dos Alfonsos se ponían de acuerdo: a partir de 1173 castellanos y aragoneses hostigarán las fronteras navarras. El conflicto durará varios años. En todo caso, parece claro que los objetivos de los dos Alfonsos estaban más en el norte que en el sur.

Pero el cardenal Jacinto, que veía las cosas con perspectiva romana, es decir, desde fuera, estaba convencido de que los almohades preparaban una gran ofensiva. Eso fue lo que transmitió a los monarcas españoles. Al parecer, los reyes de León, Aragón y Castilla tomaron las advertencias de Jacinto a beneficio de inventario. Fernando II se sentía seguro en su difícil equilibrio con los almohades. Alfonso de Castilla, por su parte, había firmado treguas

con el califa, como lo acababa de hacer el rey de Portugal. Y Alfonso de Aragón, en fin, tenía vara alta sobre unos territorios musulmanes, los del Levante, que difícilmente iban saliendo del caos posterior a la muerte del Rey Lobo. ¿Guerra? ¿Qué guerra? Y sin embargo…

Y sin embargo, el cardenal Jacinto tenía razón. A partir de septiembre de aquel mismo año de 1173, el califa Abu Yakub lanzó un poderoso ataque sobre las posiciones leonesas. Las treguas que había firmado con Castilla y Portugal le permitieron concentrar todas sus fuerzas en la frontera de León. Todo el frente sur de Fernando II se hundió, anegado por la ola almohade. Cayeron Alcántara y Cáceres. Los territorios del sur del Tajo fueron violentamente saqueados. La población huyó hacia el norte, a Ciudad Rodrigo. Pero hasta Ciudad Rodrigo llegaron los almohades, dispuestos a machacar toda resistencia.

Ciudad Rodrigo: desde diez años atrás, Fernando II se había dedicado obstinadamente a repoblar esta localidad, convencido de que su situación la convertía en pieza clave de su sistema defensivo. Además de repoblarla, el rey había ordenado construir una muralla que iba a alcanzar los dos kilómetros de perímetro. Ahora, año de 1174, la muralla todavía no estaba terminada, pero fue suficiente para acoger a los fugitivos del sur y contener la ofensiva musulmana. El rey de León movilizó cuantas tropas pudo y marchó él mismo a socorrer la ciudad. Lo consiguió: en octubre de 1174 los almohades abandonaban desordenadamente el asedio.

Ciudad Rodrigo rechazó a los invasores. Las huestes del Reino de León persiguieron a los almohades en retirada y les infligieron enormes daños. Esto, por cierto, era una constante en las costumbres militares almohades: al combatir con ejércitos inmensos, sus ofensivas eran terribles, pero sus retiradas eran un caos, porque no había manera de organizar aquello, de manera que las tropas en fuga se convertían en fácil blanco para los perseguidores. Les había pasado en Huete y volvía a pasarles ahora, en Ciudad Rodrigo. Fue una victoria cristiana, sin duda.

En Ciudad Rodrigo ganó Fernando, sí, pero el balance general de la ofensiva almohade había sido mucho más favorable para los musulmanes que para los cristianos: todos los territorios al sur del Tajo se habían perdido, es decir, la obra reconquistadora de Fernando quedaba arruinada. No se trataba sólo de una pérdida de territorios: la nueva situación exigía replantear todo el sistema defensivo leonés, volver a emplazar posiciones militares sólidas, con

el consiguiente gasto económico en un reino cuyas fuentes de ingresos eran muy limitadas. Un desastre, en fin.

Por si faltaba alguna desdicha en la frente de Fernando II, el papa finalmente falló contra el matrimonio del rey de León con la portuguesa Urraca: siendo primos, no podían seguir casados. Urraca, mujer de armas tomar, optaba por retirarse de la vida mundana y tomaba el hábito de la Orden Militar de San Juan de Jerusalén. Dejaba en León un hijo: un crío de tres años llamado Alfonso, que llegará a ser rey.

El paisaje después de la batalla era inquietante. El califa almohade pudo volver a África con la conciencia del deber cumplido: aunque derrotado en Ciudad Rodrigo, había sometido a todos los poderes musulmanes de Al-Ándalus, había frenado a portugueses y a castellanos, y además había castigado severamente al Reino de León. No ha logrado victorias decisivas, pero ha alcanzado su objetivo: la España musulmana le pertenece.

Al norte de la frontera, los reyes cristianos entienden el mensaje: el cardenal Jacinto tenía razón, es preciso unirse para afrontar la amenaza almohade. Alfonso de Castilla, como primera providencia, reforzó sus fronteras: entregó Uclés a la Orden de Santiago, encomendó a la Orden de Alcántara las plazas que circundaban Toledo (Almoguera, Ciruelos, Aceca, Mocejón) e instó a la de Calatrava a pasar a la ofensiva, prometiéndole la entrega de cuantos castillos y ciudades pudiera conquistar.

El acuerdo finalmente se impondrá por sí solo. A la altura del año 1177, los reyes de León, Castilla y Aragón se reúnen en Tarazona. Hay un primer objetivo: Cuenca, ciudad desde la que los almohades pueden amenazar tanto a Castilla como a Aragón. Será sólo el primer paso. Al fin parecía posible la alianza que predicaba el cardenal Jacinto.

La conquista de Cuenca: tres reyes y un pastor

En el mes de junio de aquel 1177, Tarazona recibe a los visitantes más distinguidos jamás vistos por aquellos pagos. Está el rey Fernando II de León. Está el rey Alfonso VIII de Castilla. Está también el rey Alfonso II de Aragón. En realidad es una reunión de familia: Fernando es tío de los otros dos reyes. Los tres monarcas hablan de muchas cosas: de la situación de Navarra, que ha perdido territorios a manos de castellanos y aragoneses; del

vasallaje de Zaragoza, ahora en manos de Castilla, pero que volverá enseguida a Aragón; se habla también de la sucesión al trono leonés, encarnada en el pequeño infante Alfonso, hijo de Fernando y de la portuguesa Urraca, y cuyos derechos han de respetar Castilla y Aragón aunque el matrimonio de Fernando se haya roto. Pero, sobre todo, se habla de la guerra contra el moro.

No tenemos un acta de la reunión de Tarazona, pero todo lo que pasó después nos indica con claridad qué decidieron allí los tres reyes. En las semanas siguientes, Alfonso VIII de Castilla, que ya había llevado a sus tropas hasta la vista de Cuenca, recibe refuerzos aragoneses y leoneses para el sitio de la ciudad. Al mismo tiempo, Fernando de León lanza una campaña que bordea Sevilla y llega hasta Jerez. En Portugal, el príncipe Sancho, que dirige a las tropas ahora que su padre ha quedado impedido (recordemos: aquella pierna que se le rompió a Alfonso Enríquez en Badajoz), ejecuta otra ofensiva simultánea y saquea a conciencia el territorio sevillano. Alfonso II de Aragón, por su parte, mueve a sus tropas sobre territorio murciano.

Se actúa al mismo tiempo y en todos los frentes. El dispositivo de defensa almohade no puede frenar esta ofensiva simultánea. Pero, además, hay un punto donde todos los esfuerzos cristianos van a confluir en una acción decisiva: la ciudad de Cuenca, auténtica bisagra estratégica que abre los frentes de Aragón y Castilla. Cuenca estaba en manos musulmanas. Los almohades la habían reforzado. Eso era una amenaza. Ahora los reyes cristianos se habían propuesto reconquistar la ciudad.

Cuenca estaba sitiada por los ejércitos de Castilla desde principios de 1177. Precisamente estas tierras habían sido escenario reciente de una de las ofensivas almohades: pese a la tregua de Castilla con el califa Abu Yakub, en el verano anterior los moros de Cuenca habían saqueado las tierras cristianas de Huete y Uclés. Aquello rompió la tregua y movió a Alfonso VIII a ordenar el cerco de la ciudad. Ahora, después de la reunión de Tarazona, el sitio iba a intensificarse.

Impresiona la cuantía de las tropas que convergen en torno a Cuenca. La crónica nos cuenta que allí acudieron, a la llamada del rey, las milicias de Almoguera, Ávila, Atienza, Segovia, Molina, Zamora y La Transierra. Marcharon también las huestes del señor de Albarracín, Pedro Ruiz de Azagra, y las mesnadas de los mejores nombres de Castilla: el conde Nuño Pérez de Lara, Pedro Gutiérrez, los descendientes de Álvar Fáñez, Tello Pérez, Nuño Sánchez. No faltaron las cohortes de las órdenes militares de

Santiago y Calatrava. Pero hay más: también Fernando II de León mandó tropas y, sobre todo, Alfonso II de Aragón participó de manera intensa en la empresa.

Aterrado ante semejante concentración, el alcaide moro de Cuenca, llamado Abu Beka, pidió refuerzos al califa Abu Yakub, pero el caudillo almohade andaba en ese momento demasiado ocupado en África. Sin refuerzos, el jefe moro de Cuenca intenta una solución desesperada: una cabalgada por sorpresa contra el campamento cristiano para matar al rey Alfonso de Castilla. O sea: golpear directamente a la cabeza. Era el 27 de julio de 1177. Una hueste mora galopa furiosamente contra el campamento cristiano. Busca la tienda del rey Alfonso. Los nobles del rey salen a frenar a los atacantes. La refriega es sangrienta, pero los caballeros cristianos consiguen su objetivo: los moros se retiran y el rey está a salvo. Sobre el campo queda un cadáver: el del conde Nuño Pérez de Lara, el viejo regente de la corona, que ha muerto defendiendo a su rey. Aún no había cumplido los cincuenta años. Dejaba tres hijos y una viuda notabilísima: Teresa Fernández de Traba. Retengamos su nombre.

Fracasado este último intento, a los moros de Cuenca sólo les queda resignarse a lo inevitable: la caída de la ciudad. A medida que pasan las semanas, la situación se hace más angustiosa: las catapultas golpean sin cesar los muros. Aparece el hambre. Se extienden las enfermedades. El calor del verano agrava las cosas. Ahora sólo es cuestión de esperar: cuando las fuerzas de los defensores flaqueen, habrá llegado el momento de asaltar las inexpugnables murallas. Y llegados a este punto, hay que dejar hablar a la leyenda.

Sí, porque, como es de rigor, en la crónica de la reconquista de Cuenca no falta el toque legendario. Su protagonista es un pastor: Martín Alhaja, un mozárabe que cuidaba las ovejas de la localidad junto a otros dos pastores, éstos musulmanes. Ocurrió que un día, regresando del campo al atardecer, Martín vislumbró una luz en el monte. Acudió a investigar su procedencia y lo que descubrió le dejó pasmado: era la Virgen María que sujetaba un candil en su mano. La Virgen habló con Martín y le dijo que estaba cercana la hora en que Cuenca sería liberada por los cristianos, y que él, Martín, debía ayudar en la empresa. ¿Pero cómo podía hacer tal cosa, siendo un pobre pastor? El cielo le ayudaría, dijo la Virgen.

Pasaron los meses y he aquí que aparecieron los ejércitos cristianos para poner sitio a la ciudad. Cuenca quedó bloqueada. Para entrar y salir de la

ciudad, los pastores —y entre ellos nuestro amigo Martín Alhaja, el pastor mozárabe— tenían que hacerlo a escondidas y tratando de eludir la vigilancia de los sitiadores. Pero un día los soldados de Castilla sorprendieron a Martín y su rebaño. Martín, con los brazos en cruz, invocó al Señor, dijo a los soldados que era cristiano y, más aún, les refirió su visión de la Virgen y la misión que se le había encomendado: guiar a los cristianos hasta el interior de Cuenca. Los soldados le creyeron y llevaron al pastor al campamento. Y a Martín se le ocurrió una estratagema: cuando los rebaños de ovejas vuelven a Cuenca —refirió Martín Alhaja a los ejércitos cristianos—, lo hacen por una puerta controlada por un guardián ciego. El guardián, palpando las ovejas, comprueba que entran en la ciudad las mismas que salieron. Y ésa era la forma en que los sitiadores podrían ahora liberar la Cuenca mora.

Dicho y hecho: unos cuantos soldados cristianos envolvieron sus cuerpos en lanas de ovejas y se mezclaron con el rebaño. Al caer la noche, entraron en la ciudad por la puerta que Martín les indicó. El guardián ciego palpó: sólo percibió ovejas. Una vez dentro, los soldados se despojaron de sus disfraces. En el silencio de la noche redujeron a la guarnición de las almenas. Inmediatamente corrieron a las puertas de Cuenca y las abrieron de par en par: las tropas cristianas que aguardaban al otro lado del río penetraron en la ciudad. Tras una noche de combates, el gobernador moro se rendía al rey de Castilla. Alfonso VIII y su séquito entraban triunfantes. Era el 21 de septiembre de 1177, festividad de San Mateo. Cuenca volvía a ser cristiana.

La conquista de Cuenca señaló un hito muy importante en la vida de nuestros cinco reinos: frenaba de momento la amenaza almohade y marcaba un punto de partida para la reorganización de los territorios cristianos. A partir de ahora, lo que veremos será sobre todo una incesante actividad política, no exenta de episodios bélicos, para afianzar el poder de cada uno de nuestros monarcas. Fernando de León se casaba con la viuda de Nuño Pérez de Lara, Teresa Fernández de Traba. Alfonso de Aragón fortificaba a marchas forzadas el camino de Teruel a Zaragoza. La cuestión navarra quedaba en manos de un árbitro imparcial: una vez más, el rey de Inglaterra. Pero nada de esto será un camino de rosas.

Cómo dibujar un mapa a codazos

Todo lo que pasa en la España cristiana entre 1175 y 1180 podemos describirlo con una imagen: los reinos españoles se lían a codazos entre sí para hacerse hueco. Y hueco, ¿para qué? Para marcar su territorio, asegurar sus propios recursos y abrirse vías de expansión hacia el sur. Nuestros cinco reinos —Portugal, León, Castilla, Aragón y Navarra— viven años de intensa actividad política, lo cual incluye, por supuesto, episodios bélicos de mayor o menor alcance. De esta pelea a codazos saldrá el mapa definitivo de la España medieval.

Hay muchos problemas pendientes. Está, por un lado, la cuestión navarra. Está, por otro, la cuestión portuguesa. Aragón y Castilla, aliados, dibujan un bloque de poder bien articulado. León queda entre unos y otros, atenazado por un conflicto en varios frentes. Vamos a ver el paisaje de la única manera posible: recorriendo el mapa reino por reino. Y empecemos por la cuestión navarra.

La cuestión navarra consistía básicamente en lo siguiente: desde los lejanos tiempos de Sancho el Mayor, habían quedado pendientes numerosas disputas territoriales entre Navarra, Castilla y Aragón. Años después, el testamento de Alfonso el Batallador complicó todavía más las cosas. Los territorios en litigio siempre eran los mismos: Álava y Vizcaya, La Rioja, el norte de Soria… En definitiva, las salidas al mar, las vías de comunicación, las áreas ricas en recursos agrarios… Ahora, en el momento de nuestra historia, Castilla y Aragón pretenden repartirse Navarra. Y como es natural, el rey de Navarra, Sancho VI, está dispuesto a impedirlo.

Entre 1173 y 1177 los combates se suceden en la frontera. Los protagonistas principales del conflicto son los castellanos y los navarros, pero Castilla cuenta con el apoyo de Aragón, que también quiere sacar partido del jaleo. El último acto del pleito fue la Paz de Fitero, donde los dos monarcas implicados, Sancho de Navarra y Alfonso de Castilla, se sometían al arbitraje del rey de Inglaterra, Enrique II. Pero éste se lo tomó con mucha calma. Por otro lado, el navarro tenía razones para cuestionar la imparcialidad del árbitro: después de todo, el inglés era tutor del rey de Aragón y suegro del rey de Castilla. Sancho VI no aceptó la decisión de Enrique de Inglaterra. El problema, pues, quedaba vivo.

Vayamos ahora a otro escenario de conflicto: León, donde Fernando II trataba de contener a los portugueses, por el oeste, y a los castellanos por el este. ¿Qué le pasaba a Fernando con Portugal? Toda la clave de la cuestión estaba en las vías de expansión hacia el sur. León había empleado

tradicionalmente los pasos de la sierra de Béjar, entre Ávila y Salamanca, pero, cuando León y Castilla se separaron, Béjar pasó a estar bajo control castellano, de manera que a los leoneses sólo les quedaba una vía hacia el sur: la comarca de Ribacoa (o sea, la ribera del río Coa), en Portugal. Naturalmente, los portugueses reclamaban esta vía para sí, y allí fue donde el problema se enquistó.

Ya hemos visto la mala relación de Fernando II de León con sus vecinos portugueses. El matrimonio del rey leonés con Urraca Alfonso, la hija del viejo rey Enríquez, pudo haber enmendado las cosas, pero estas nupcias fueron anuladas por Roma. Por si faltaba algo, en la casa real portuguesa estallaron problemas sucesorios que iban a implicar también a León. El viejo rey Alfonso Enríquez, enfermo, asocia al trono a su hijo Sancho, pero hay otro hijo, Fernando, que reclama sus derechos. Este Fernando, aunque bastardo, es en realidad el primogénito del rey Enríquez. Su padre le ha apartado de la línea sucesoria, pero muchos nobles le apoyan; entre otros, el alférez del rey, don Pedro Pais da Mala. Cuando Enríquez se entera, destierra a don Pedro. El veterano alférez se tiene que exiliar. ¿Dónde? En León. La escalada de hostilidad llega a su punto culminante en la primavera de 1179: el príncipe Sancho ataca Ciudad Rodrigo. El rey de León actúa con rapidez, marcha contra los portugueses y los derrota en Argañal. No obstante, el rey leonés será generoso en la victoria: ante todo le interesaba recomponer las buenas relaciones con Portugal.

Esto, en lo que concierne a Portugal. Pero León tenía otro frente, que era Castilla, y aquí las cosas estaban más difíciles todavía. Si en el escenario portugués la clave era estratégica —el paso al sur a través de Ribacoa—, en el escenario castellano la clave era económica: el control de la Tierra de Campos y sus recursos agrarios, viejo objeto de litigio. Para empezar, Fernando II, como veíamos páginas atrás, apostó por un matrimonio diplomático: muerto en Cuenca el viejo regente castellano Nuño Pérez de Lara, el rey de León desposó a su viuda, Teresa Fernández de Traba, lo cual le permitía estrechar lazos con la nobleza gallega —los Traba—, cuyo apoyo le era fundamental, y al mismo tiempo recomponer relaciones con el poderoso clan de los Lara, determinante en Castilla. Una jugada inteligente. Sin embargo, sus efectos políticos fueron muy limitados.

Alfonso de Castilla era perfectamente consciente del valor económico de la Tierra de Campos y en absoluto estaba dispuesto a perder el control sobre esa fábrica incesante de cereal. En noviembre de 1178 los castellanos ejecutan

una incursión militar a la altura de Medina de Rioseco. Lo que está en juego es mucho y los dos monarcas, el castellano y el leonés, pugnan por atraerse aliados, y en particular a los aragoneses. Finalmente es el castellano, cuyas relaciones con Alfonso de Aragón siempre habían sido especialmente buenas, el que se lleva el gato al agua. Y Alfonso no sólo consigue el respaldo aragonés, sino también la alianza de Portugal contra León. Fernando se encuentra atrapado entre dos frentes.

Fernando II de León era buen estratega y conocía las jugadas necesarias para salir airoso del envite, pero sus alfiles demostraron no estar a la altura. A lo largo de 1180 el rey convoca dos curias, en Coyanza y en Benavente, con un único objetivo: persuadir a la nobleza leonesa de que actúe sobre la Tierra de Campos. Sin embargo, los nobles del reino no manifestaron el menor entusiasmo: los señores del muy feudal Reino de León no veían claro qué beneficio podían obtener de la aventura. Para colmo de males, aquel mismo año de 1180 moría de parto la esposa del rey, Teresa, y el recién nacido fallecía poco después. Al menos Fernando consiguió que el papa declarara el año santo jubilar, lo cual estimuló de manera notable la actividad económica del Camino de Santiago. Pero la situación de León era simplemente angustiosa: estaba atrapado entre dos potencias aliadas entre sí —Portugal y Castilla— y atenazado por una pertinaz escasez de recursos.

El conflicto de León y Castilla terminará en marzo de 1181 con la firma del Tratado de Medina de Rioseco, con el que los dos monarcas establecieron un cinturón fronterizo. Era, por cierto, un singular cinturón: cinco castillos por cada reino, entregados a la custodia de las órdenes militares de Santiago y del Hospital, *pro tenenda y observanda pace*, o sea, para que las órdenes mantuvieran y vigilaran la paz. La frontera quedaba fijada en una larga línea desde Saldaña hasta Peñafiel. Para Fernando de León era una victoria política, porque pacificaba el paisaje, pero quien ganaba realmente era el castellano, que veía confirmado su control sobre la Tierra de Campos.

Mientras tanto, los dos jóvenes Alfonsos, el de Castilla y el de Aragón, habían llegado a un acuerdo que sería trascendental: el Tratado de Cazola, en Soria, de 1179. Sería trascendental porque de aquí, de Cazola, arranca el reparto definitivo de territorios entre las dos coronas y la fijación de sus respectivos ámbitos de reconquista. Aquel tratado empezaba así:

> *Éste es el entendimiento fielmente hecho entre Alfonso ilustre, rey de Castilla, y Alfonso, rey de Aragón, conde de Barcelona y marqués de*

Provenza, sobre la división de la tierra de España. Ya que ellos dividen la tierra de España entre ellos según esta manera.

Lo que se acordó en Cazola fue que la corona de Aragón tenía derecho a reconquistar todo el Reino de Valencia hasta las plazas de Játiva, Denia, Biar y Calpe. Y que el Reino de Castilla podría hacer lo propio con los territorios y plazas situados al oeste del castillo de Biar. ¿Dónde está Biar? En el oeste de lo que hoy es la provincia de Alicante. Es decir que de aquí, de Cazola, arranca el derecho de Castilla a reconquistar Murcia, en perjuicio de Aragón. Pero Aragón también ganaba, porque dejaba de ser reino vasallo de Castilla. Por otro lado, en aquel momento Aragón estaba mucho más volcado en sus problemas con la Provenza. El acuerdo expresaba la voluntad común de que sus cláusulas fueran respetadas por los sucesores de los monarcas firmantes. Así terminaba el Tratado de Cazola:

Por lo tanto, dichos reyes hacen esta división, y la concesión y la definición entre ellos y sus sucesores de buena fe y sin cualquier fraude y engaño, con una mente dispuesta y un libre albedrío, para durar y ser válido siempre. Y convienen entre sí que ninguno de ellos se llevará para él o reducirá algo de la parte asignada, o que intrigará maliciosamente contra el otro sobre dicha división.

El Tratado de Cazola sirvió, además, para precipitar la solución de los otros dos problemas. En León, el rey Fernando vio que los dos Alfonsos formaban una alianza demasiado fuerte. Y en Navarra, el rey Sancho constató que más le valía aceptar el arbitraje de Enrique de Inglaterra. Inmediatamente, Sancho de Navarra y Alfonso de Castilla se entrevistaban en Logroño. Sancho devolvía a Castilla todas las tierras de La Rioja. Se quedaba, eso sí, con el control de las Provincias Vascongadas y también de Rueda de Jalón y Albarracín, el viejo dominio de Zafadola.

Así, entre Fitero, Medina de Rioseco y Cazola, se termina de dibujar, a la altura de los años 1177-1180, el mapa de la España cristiana medieval. Pero nos falta una parte del mapa: la España musulmana. Y allí hemos de ir ahora, porque en Al-Ándalus vuelven a aparecer peligrosos movimientos.

El acabose del califa: la batalla de Santarem

Mientras la España cristiana se reorganiza, a veces por la paz y a veces por la guerra, la España musulmana vive un periodo de debilidad política. Toda la frontera almohade está siendo objeto de constantes incursiones cristianas. Al mismo tiempo que pelean entre sí, los reinos cristianos prodigan sus ataques al otro lado, en territorio musulmán. Las milicias de los concejos y las huestes de las órdenes militares someten al Imperio almohade a una presión sin tregua. Con frecuencia se tratará de campañas breves, de castigo y saqueo, muchas veces anárquicas, pero en otras ocasiones veremos a los propios reyes cristianos al frente de sus guerreros. Detrás de la línea de frente, la repoblación se intensifica: nacen ciudades, se repueblan los campos, se dictan fueros para los nuevos colonos… la Reconquista no cesa.

En ese momento, entre 1183 y 1184, Fernando II de León opera en la provincia de Cáceres, Alfonso VIII de Castilla lo hace en torno a Cuenca y Alfonso II de Aragón acaba de encomendar a la Orden de Calatrava que asegure el área de Alcañiz, en Teruel. Lo mismo está ocurriendo en el oeste, en Portugal, donde los cristianos se han recuperado de los últimos golpes y han recobrado la iniciativa. Con Alfonso Enríquez en el invierno de su existencia, es ahora el príncipe heredero, Sancho, el que acaudilla el movimiento reconquistador. Los portugueses han tomado Beja y han rechazado un ataque musulmán en Évora. La debilidad musulmana estimula a los cristianos.

El califa almohade, Abu Yakub, tiene que reaccionar. Aunque se resiste a abandonar África, donde no le faltan los problemas, está obligado a devolver los golpes. Así pone sus ojos en un punto muy concreto del mapa: Santarem. ¿Por qué Santarem? Porque esta ciudad se había convertido, desde cuarenta años atrás, en la base privilegiada de las expediciones portuguesas contra el Imperio almohade. Y eran precisamente esas campañas, las portuguesas, las que más cerca llegaban de la capital almohade: Sevilla. Así se preparó el escenario para la batalla de Santarem. Poco podía imaginar el califa que le iría la vida en ello.

Es mayo de 1184. El califa almohade, Abu Yakub Yusuf, cruza el Estrecho al frente de un inmenso ejército. Trae consigo a sus propias huestes reforzadas con *cábilas* bereberes y, una vez en la Península, con tropas de todas las provincias de Al-Ándalus. El punto de reunión es Sevilla. Allí, dice la tradición, el califa ordenó comenzar la construcción de la Giralda para que le sirviera de observatorio. Acto seguido, Abu Yakub marcha decididamente

contra el Reino de Portugal. Y su primer objetivo es el corazón del rival: Lisboa. Así lo relató el cronista moro al-Himyari:

> *Las tropas que acompañaban al califa estaban compuestas por cuarenta mil hombres entre los mejores jinetes árabes, sin contar los almohades, los soldados del ejército regular, los voluntarios y los caballeros de Al-Ándalus. Más de cien mil guerreros llegaron al país. La flota del soberano fondeó frente a Lisboa y la sitió durante veinte días.*

El alarde de Abu Yakub frente a Lisboa pretendía amedrentar a los portugueses y desplazar hacia el norte el escenario bélico. Era una jugada inteligente, pero no contó con un factor importante: si el asedio de Lisboa fallaba, lo único que iba a conseguir era dar tiempo a los cristianos para alinear un ejército capaz de afrontar el reto. Tal vez el califa almohade creía que la bien conocida desavenencia entre Portugal y León iba a dejar a los portugueses solos frente al peligro. Además, en ese momento Fernando estaba ocupado poniendo sitio a Cáceres. Pero Abu Yakub se equivocaba. Y ese error sería fatal.

En efecto, Portugal y León estaban en perpetua desavenencia, pero los reinos cristianos ya habían demostrado con anterioridad los límites de sus hostilidades: entre sí podían estar a palos, pero les costaba poco unirse ante la amenaza del enemigo exterior. Y así el rey Fernando II de León, a pesar de sus continuos tropezones con los portugueses, no dudará un instante en socorrer a su incómodo vecino. El príncipe heredero Sancho no está solo. Cuando Abu Yakub levanta el infructuoso asedio de Lisboa, veinte días después de llegar ante sus costas, en León ya están poniéndose en marcha las columnas que auxiliarán a Portugal.

Después de Lisboa, Abu Yakub marchó directamente contra Santarem. Tal era en realidad el principal objetivo estratégico de la campaña, porque era la plaza que más amenazaba la estabilidad del Algarve. Santarem, inexpugnable sobre un peñasco cortado a cuchillo en el Tajo —el barranco del Alfanje—, desafiaba a los sitiadores y golpeaba sin piedad las tierras moras. El califa almohade llegó al lugar, desplegó a sus tropas y mandó instalar su ancha y lujosa tienda roja frente al barranco del Alfanje, para ver cómo caía su presa. Pero Santarem iba a resistir.

Hay que conocer Santarem para calibrar toda la dificultad de tomar esta plaza desde el sur: es literalmente una muralla que se alza sobre el Tajo. Las

tropas almohades eran muy numerosas, pero la única manera de conquistar la ciudad era cruzar el río, que aquí alcanzaba una anchura de hasta doscientos metros, para envolver el objetivo por los flancos. Con este plano de situación, los combates que empiezan a desarrollarse en torno a Santarem obedecen siempre a una rutina que termina haciéndose enojosa: intentos de ruptura del frente por parte almohade, salidas de los cristianos de la ciudad para desbaratar el intento, refriega y retirada a las posiciones iniciales de cada cual. Y así día tras día, semana tras semana.

A medida que los refuerzos de León van llegando a Santarem, la posición almohade se va haciendo más comprometida. A veces las escaramuzas cotidianas parecen inclinarse del lado musulmán: el 27 de junio muere en el curso de una de estas refriegas el maestre de la Orden de Santiago, don Pedro Fernández. Pero el peso de las huestes cristianas va haciéndose cada vez más ostensible; entre otros contingentes, llegan veinte mil hombres movilizados por el arzobispo de Santiago de Compostela, Pedro Suárez de Deza. Y el propio rey de León, Fernando II, hace acto de presencia en la zona. Es ya el mes de julio de 1184.

Parece que la dureza del asedio y la nula expectativa de éxito movieron al califa almohade a tomar la decisión de volver a Sevilla. Sin embargo, un desdichado incidente iba a cambiar el destino. En una de las últimas refriegas entre sitiadores y sitiados, las tropas cristianas, que ya habían tomado la iniciativa, alcanzan el campamento del califa. El ataque es rechazado, pero, cuando los cristianos se retiran, los almohades descubren con horror que un cuerpo ha quedado tendido en el campo: el del propio califa.

Unas fuentes dicen que fue un saetazo. Otras, que fue un lanzazo. Según cuenta al-Marrakusi, fue una lanza lo que vino a clavarse en el vientre del califa almohade Abu Yakub Yusuf. En aquel tiempo, una herida de ese género era mortal de necesidad: aunque no causara una muerte inmediata, la herida se infectaba, provocaba una peritonitis y el herido moría sin remedio a los pocos días. Y eso le pasó al califa. Así lo contó otro cronista, al-Himyari, aunque eludiendo la causa real de la muerte:

> *Yusuf, a la cabeza de numerosos contingentes, hizo una demostración militar ante Santarem y allí cogió la enfermedad que después le sería fatal. Se le trasladó en una litera, acostado, sobre una montura, aumentando sin cesar su debilidad. Al cabo de algunas millas quisieron examinar su estado, pero ya había muerto. Su hijo Yakub al-*

Mansur tomó el poder. Volvió con el cuerpo expedicionario a Sevilla, donde fue proclamado. Después regresó a Marrakech.

La victoria de Santarem fue muy importante para los reinos cristianos. Literalmente salvó la supervivencia del Reino de Portugal, que en caso de derrota habría visto abiertas las puertas de su territorio al enemigo musulmán. En ese mismo momento, además, Alfonso de Castilla estaba tomando Alarcón y nuevas desavenencias despertaban en el territorio navarro. En esa situación, un Imperio almohade en buena forma habría sido letal para la España cristiana. Pero, después de Santarem, nada había que temer por el sur… de momento.

La muerte del califa obligó a los almohades a replantear todo su plan. Ya no era posible mantener la presión militar sobre el Tajo. Además, los problemas en el interior del imperio se intensificaban con el incendio de un nuevo frente: las Baleares, controladas por los descendientes de los almorávides. Y el asunto balear iba a poner al poder almohade al borde mismo del colapso. El nuevo califa, Yakub al-Mansur, llamado Yusuf II, se estrenaba con un desafío de primera magnitud.

Convulsiones en el Imperio almohade

El difunto califa Abu Yakub Yusuf dejaba un imperio ancho, fuerte, poderoso y rico, pero con demasiados frentes abiertos. El cambio de poder precipitó dos crisis: una en Ifriquiya (o sea, Túnez), donde el poder almohade no era sólido, y la otra en las Baleares. Y será en nuestras islas donde el califa novato, Yusuf II, tendrá que demostrar sus dotes.

Entonces, entre 1170 y 1180, las Baleares ofrecían el mismo aspecto que a principios de siglo: un rico emporio independiente, gobernado por una casta que había encontrado en la piratería una suculenta fuente de recursos. Esa casta era la rama almorávide de los Banu Ganiya, descendientes del sultán Yusuf, que habían logrado mantener su poder frente a la ola almohade. Seguros en el archipiélago, protegidos por el mar, los Banu Ganiya habían manifestado su obediencia al califa de Damasco —o sea, que se habían declarado enemigos del califa almohade de Marrakech— y, más aún, se proclamaban herederos de la legitimidad almorávide, sin renunciar a que Al-Ándalus y el Magreb volvieran algún día a la obediencia de la vieja dinastía. Seguimos en guerras entre moros.

Como los Banu Ganiya estaban solos, no tardaron en darse cuenta de que les convenía trenzar alianzas con alguien. No podían pactar con los almohades, porque eso significaría humillarse ante su enemigo ancestral. Y entonces optaron por acercarse a sus viejos enemigos: las repúblicas comerciales italianas, Génova y Pisa, que por otra parte estaban extremadamente interesadas en librar a sus barcos mercantes de la amenaza pirata. Pisanos y genoveses obtuvieron concesiones comerciales en las Baleares. A cambio, los corsarios mallorquines encontraron vía libre para atacar cualesquiera otros puntos del Mediterráneo. En 1178, por ejemplo, saquearon la plaza de Tolón, entonces bajo dependencia aragonesa. Pero aquella gente no limitaba sus ataques a los cristianos, sino que los extendía también a los musulmanes, y así comenzaron a actuar en las costas de Al-Ándalus, asolando las rutas comerciales almohades. Eso sí: para templar las cosas, tomaron la costumbre de enviar al califa almohade frecuentes regalos procedentes del botín de sus rapiñas.

Ahora hemos de fijarnos en un hombre: Ishak ibn Ganiya, valí almorávide de Mallorca, dueño absoluto de las islas desde 1155. Ishak había llegado al poder de una manera ostensiblemente siniestra: matando a su padre y a su hermano mayor. Eso da la talla del personaje, y su trayectoria posterior no hará sino aumentar tan sanguinaria fama: de hecho, asesinará con frecuencia a sus ministros. Este Ishak es el principal cerebro de la Mallorca mora, con esa ambigua política de pactar con los cristianos y a la vez atacarles, saquear las rutas almohades y a la vez agasajar al califa con regalos obtenidos de esas mismas rapiñas. Un hombre de negocios, después de todo. Pero un hombre de negocios cuya crueldad terminó pasándole factura: a la altura del año 1180, su almirante Ibn Maymun se pasó a los almohades. Ishak se encontró en una posición muy comprometida. Como correspondía a su temperamento, lo primero que hizo fue entrar en negociaciones con los almohades él mismo. En todo caso, la suerte de Ishak estaba echada: hacia 1183 murió en el curso de una sublevación de cautivos cristianos en la isla. Quien a hierro mata…

Al terrible Ishak le sucedió su hijo Muhammad. La principal preocupación de éste fue restablecer las relaciones con los almohades, prometiendo al califa Yusuf II la sumisión de Mallorca. Pero esa gente estaba enferma de poder: al poco tiempo Muhammad es derrocado por sus hermanos Alí, Talha y Yahya. El que manda es Alí: un caudillo de la misma pasta que su padre Ishak, que adopta una actitud claramente ofensiva contra los almohades. Enterado del fracaso y muerte del califa Abu Yakub frente a Santarem, no tarda un minuto

en preparar una flota y atacar las costas argelinas. Alí tiene un sueño: restaurar el poder almorávide. Y a ello se emplea.

La ofensiva de los almorávides mallorquines en África es feroz. En 1184 han tomado Bugia, en Argelia. Pronto cae en sus manos también Argel. Con las tribus locales, Alí forma un ejército que toma la ruta de Marrakech. El peligro es grande y el nuevo califa almohade, Yusuf II al-Mansur, concentra todos sus esfuerzos en vencer a este nuevo enemigo. Por un lado, envía a sus ejércitos a Argelia para frenar a Alí; al mismo tiempo, una flota almohade zarpa hacia Mallorca para combatir el problema en su misma fuente. Las dos maniobras salen a pedir de boca: Alí, frenado en el Magreb, termina huyendo hacia el desierto. En Mallorca, mientras tanto, una revuelta saca a Muhammad de la cárcel y le devuelve al poder. El califa almohade Yusuf se dispone a cobrarse la pieza, o sea, las Baleares. Pero iba a quedarse con un palmo de narices.

Ocurrió que Muhammad, de nuevo en el poder, estaba dispuesto a rendir vasallaje nominal al califa almohade, sí, pero sólo nominal. Es decir, que en modo alguno estaba dispuesto a perder el gobierno de Mallorca. El califa Yusuf al-Mansur, irritado, intentó entonces apoderarse de la isla a viva fuerza, pero se encontró con un enemigo inesperado: los barcos de Alfonso II de Aragón. Muhammad había sido más listo que el califa: previendo la situación, había pactado con los aragoneses un acuerdo de ayuda mutua. Y Alfonso de Aragón, cuyo enemigo principal eran precisamente los almohades de Yusuf, no dudó un momento. Así el califa Yusuf quedó privado de consumar su victoria. Mallorca seguiría siendo almorávide.

Aquel episodio les vino especialmente bien a los reinos cristianos de España, que aprovecharon los problemas almohades para arañar kilómetros de frontera; ya veremos luego cómo lo hicieron. En cuanto a las Baleares, mantendrán su ambiguo estatuto durante varios años más: un foco de poder musulmán ajeno a la órbita almohade. Muhammad será derrocado nuevamente, pero para que vuelvan los partidarios de Alí. Mallorca seguirá viviendo al mismo tiempo del comercio y de la piratería, tan pronto aliada como enemiga de las potencias cristianas vecinas. Y así será hasta 1203, cuando los almohades consigan por fin hacerse con las islas. En todo caso, no por mucho tiempo: en 1229 Jaime I el Conquistador las recuperará definitivamente para la cristiandad. Pero esto es otra historia.

El gran proyecto occitano de Alfonso el Trovador

Hubo un momento en que lo que hoy conocemos como España pudo sumar una zona nueva: el sur de Francia. Fue cuando la corona de Aragón tomó en sus manos el gobierno de la Provenza, vinculado a la casa condal de Barcelona desde mucho tiempo atrás, pero que siempre había estado separado, en la práctica, del gobierno al sur del Pirineo. Ahora, sin embargo, Alfonso II de Aragón se propone hacer efectivo su control sobre Provenza. El proyecto político del Rey Trovador dibuja nuevos horizontes.

En esta hora la política del rey de Aragón tiene, por así decirlo, tres escenarios donde hay que trabajar simultáneamente. Por una parte está el escenario propiamente aragonés. Aquí la prioridad es fijar las fronteras con Castilla y Navarra y asegurar la expansión hacia el sur a costa de los musulmanes. Por otro lado está el escenario catalán, es decir, los intereses específicos del condado de Barcelona. Aquí el objetivo es afianzar la hegemonía de Barcelona sobre los condados aún independientes: Rosellón, Alto y Bajo Pallars, Urgel, Ampurias. Y el tercer escenario es el provenzal, la Occitania, donde el objetivo de Aragón es sólo uno: mantener la hegemonía en el sur de Francia frente a las aspiraciones del condado de Tolosa. En los tres frentes demostrará Alfonso II un fino olfato político.

El capítulo aragonés quedó sellado con el Tratado de Cazola, del que ya hemos hablado aquí. Aquel pacto con Castilla fijaba definitivamente las fronteras de Aragón en la Península y también su zona de expansión. Y aunque en los años siguientes no faltarán los conflictos entre aragoneses y castellanos, lo cierto es que esas fronteras permanecerán vigentes ya para siempre. Con ojos de hoy, puede parecer que Aragón perdía con aquel tratado, porque se le cerraba el camino de Murcia. Pero no hay que mirar las cosas de entonces con ojos de hoy, sino con los ojos de aquel tiempo. Y en aquel momento, el Tratado de Cazola significó que Aragón dejaba de ser vasallo de Castilla —una Castilla que aún no estaba unida a León—, fijaba su zona de expansión y, aún más, podía aspirar a la hegemonía entre los reinos españoles. ¿Por qué? Precisamente por los otros dos frentes de la política aragonesa, el catalán y el provenzal.

En el capítulo catalán, Alfonso estaba decidido a incorporar a su casa condal los otros territorios de la vieja marca carolingia. Ya poseía por derecho no sólo Barcelona, sino también Gerona, Ausona, Besalú y, algo más tarde, Cerdaña. Poco a poco conseguirá también incorporar los condados de Alto

Pallars, Bajo Pallars y Rosellón. Y los dos restantes, Urgel y Ampurias, terminarán uniéndose a la corona en los decenios posteriores. Por cierto que en esta política de unificación no dejará Alfonso II de conocer ciertos sinsabores. Como la única manera de hacerlo era reforzando el poder central —el suyo, el del conde— en perjuicio de los poderes particulares, los señores feudales reaccionarán con abierta hostilidad. El conde de Barcelona quiere controlar el territorio y se propone hacerlo a través de unas nuevas demarcaciones, las veguerías; los señores locales ven amenazado su poder jurisdiccional —y, en efecto, lo estaba— y se niegan a perder privilegios. Durante estos años se suceden las asambleas de magnates, sin duda con el problema de la centralización como tema único de discusión. Un problema que le estallará en las manos al sucesor de Alfonso, Pedro II. Pero eso será después.

El tercer frente de la política aragonesa era el provenzal, y aquí hay que entrar más en detalle, porque Alfonso II le dio una importancia decisiva. No era para menos: con la Provenza en sus manos, el conjunto de los territorios de Aragón se convertiría en el principal poder de la España cristiana. Hasta ahora, los condes de Barcelona habían optado por separar la soberanía a ambos lados del Pirineo; tanto Ramón Berenguer III como Ramón Berenguer IV lo habían hecho así. Y aquí es donde Alfonso cambió la orientación: se propuso unir las dos vertientes del Pirineo bajo un solo poder. Pero para eso había que hacer efectivo el control aragonés sobre la Occitania francesa, y alguien no estaba dispuesto a aceptarlo: el conde de Tolosa.

Los territorios del condado de Barcelona en Francia eran Provenza, Millau, Rouergue, Guevaudan y Montpellier; para entendernos, toda la Francia mediterránea. Alfonso II no había recibido estas tierras en herencia; su padre, Ramón Berenguer IV, las había legado a su otro hijo, llamado también Ramón Berenguer, pero éste fue asesinado por agentes del conde de Tolosa. ¿Y por qué quería el conde de Tolosa matar a Ramón Berenguer? Para entenderlo hay que recordar cómo estaba la Francia de entonces: dividida entre, por un lado, los territorios de los Plantagenet, reyes de Inglaterra, y por otro las posesiones de los francos con Luis VII. La casa de Barcelona era aliada de los ingleses; la de Tolosa, aliada de los francos. De manera que la hostilidad entre tolosanos y catalanes era reflejo de la guerra a muerte entre ingleses y francos. Y por eso los tolosanos mataron a Ramón Berenguer. La cuestión que se le planteaba ahora a Alfonso II era qué hacer para mantener bajo su control la Provenza. De momento designó a otro hermano suyo,

Sancho, para recomponer la situación, pero pronto vio que no era una buena idea. Y así fue como el rey de Aragón decidió tomar él mismo las riendas.

De resultas de todos estos movimientos, Alfonso II de Aragón se encuentra al frente de un vasto espacio político que, sin embargo, se caracteriza por una tremenda heterogeneidad. Desde los puntos de vista político, social, económico y cultural, pocas cosas unen a Aragón con Cataluña y menos con la Provenza. Se trata en realidad de espacios distintos que el rey ha de gobernar con criterios también distintos. No hay un «estado occitánico», porque no podía haberlo. Pero Alfonso sí intentará que exista algo semejante a un «imperio» en la Occitania: un espacio único bajo un único soberano —él—, regido por leyes distintas en cada caso. Dicen que de aquí arranca la tradición confederal de catalanes y aragoneses, y su gusto por las soluciones políticas heterogéneas. Será o no verdad, pero el hecho es que eso, lo heterogéneo, es lo que mejor define la realidad de la corona de Aragón en este momento de la historia.

Ésta es, sin duda, la gran época de Alfonso II de Aragón: los trovadores cantan sus virtudes y el joven rey aragonés se convierte, para los poetas del momento, en espejo de soberanos. Ya hemos visto aquí cuánto le gustaba a Alfonso el mundo de los trovadores. Y muchos de éstos se acogieron a la generosidad del rey de Aragón como voces permanentes de su corte. Pero, ojo, porque las virtudes que los trovadores glosan en Alfonso II son exactamente las que ya están perdiendo vigencia en el espacio político de Occidente: el espíritu de la caballería, el medioevo idealizado de las relaciones feudales y los castillos y las cortes de amor. Un mundo que tenía ya poco que ver con la realidad que empezaba a surgir en las propias tierras y, sobre todo, en las propias aguas de Aragón.

¿Cuál era ese mundo nuevo que surgía en la corona? Fundamentalmente, el mundo comercial de los puertos y los barcos mercantes. Es la época en la que se define ya por entero la proyección mediterránea de Aragón, que iba a alcanzar su apogeo en los siglos siguientes. Barcelona se convierte en el gran centro económico del espacio occitano. Y el mar tiene sus propios caminos: necesariamente aparecen en el horizonte los puntos clave de las Baleares, Valencia y la isla de Cerdeña como destinos naturales de la vida comercial. Las Baleares, ya lo hemos visto, estaban en manos musulmanas, pero con buenas relaciones con Aragón después de la refriega entre almorávides y almohades. Valencia seguía bajo el control almohade, pero Cerdeña, tierra abierta para los navegantes, empezaba a ser objeto de maniobras sin fin.

¿Quiénes maniobraban? Los genoveses, los pisanos y… los catalanes. Una familia respaldada por Barcelona, la Casa de Bas, terminará haciéndose con el control de Cerdeña.

En estos tiempos la vida comercial es prácticamente inseparable de la guerra. Mientras los barcos de Aragón empiezan a dibujar sus primeras grandes rutas comerciales, que les llevarán a Bizancio, los italianos multiplican los gestos de hostilidad. Su principal objetivo es la Costa Azul, donde Génova quiere frenar la expansión aragonesa. Así los genoveses levantan una fortaleza en Mónaco y amenazan la plaza clave de Niza.

El paisaje no tarda en convertirse en un avispero. Alfonso II de Aragón cuenta, en principio, con el poderoso apoyo de Enrique II de Inglaterra, pero éste desaparece en 1189, y su sucesor, Ricardo Corazón de León, largamente enfrentado con su padre, demostrará no ser un tipo de fiar: abandonó el gobierno de sus posesiones francesas y se concentró en las cruzadas, que era lo que de verdad le preocupaba. Con esos cambios en el aliado inglés, la posición aragonesa se vio súbitamente privada de uno de sus fundamentales apoyos. Y atención a este asunto, porque iba a repercutir de manera determinante en el equilibrio de poder entre los reinos cristianos: donde había concordias nacerán discordias, y así la vieja alianza entre Castilla y Aragón se convertirá en hostilidad; y al revés, donde había discordias nacerán concordias, y así la enemistad entre Aragón y Navarra se convertirá en alianza. Pero esto ya lo explicaremos en su momento.

Quedémonos con una imagen: la corte de Alfonso II de Aragón a la altura de 1188, llena de trovadores que cantan las glorias de un soberano cuya huella, cabalgando sobre el Pirineo, se extiende desde los llanos de Daroca y las sierras de Teruel hasta las montañas de Provenza. Al sur, el Mediterráneo, y al norte, las grandes apuestas de la política europea. Aragón era en cierto modo el ombligo del mundo. El sueño occitánico no saldrá adelante, pero su sugestión iba a seguir gravitando durante muchos años más en tierras de Barcelona y Zaragoza. Y en el centro de ese sueño estaba Alfonso II, el Rey Trovador.

La difícil sucesión de Fernando II de León

Fernando II de León murió en el año de Nuestro Señor de 1188. Los últimos años de su reinado habían sido un sinvivir entre la escasez de recursos

económicos, los conflictos con castellanos y portugueses y, por supuesto, la amenaza permanente del islam. Pero hubo algo que todavía ensombreció más el paisaje de estos últimos años de Fernando II: la cuestión sucesoria. ¿Qué pasó?

En medio encontramos a una mujer: doña Urraca López de Haro, hija de los señores de Vizcaya y última esposa del rey Fernando. El rey había designado un heredero: Alfonso, hijo de su anterior matrimonio con otra Urraca, la de Portugal. Pero esta nueva Urraca, la de Vizcaya, trató de desplazar al heredero para imponer a su hijo Sancho. La ambición de la última reina llevará al Reino de León al borde mismo del colapso.

¿Quién era esta mujer? Una dama muy importante. Los Haro eran un notable linaje castellano que gobernaba el señorío de Vizcaya. Urraca era hija de Diego López I de Haro y de una nieta de Álvar Fáñez, nada menos. Además, la familia poseía vínculos de parentesco en Galicia. A la altura de 1175, cuando Urraca tenía quince años, se concertó su matrimonio con el magnate Nuño Meléndez. Así la joven dama pasaba del mundo de Castilla al mundo de León. Debía de ser una mujer hermosa y de atractiva personalidad. Lo suficiente para que en un momento determinado, allá por 1180, el rey Fernando, que acababa de enviudar de Teresa, se quedara prendado de ella. Urraca se convirtió en amante del rey. Y la vida de nuestra protagonista cambió para siempre.

No fue una relación efímera. En 1182 la pareja tuvo un hijo, García, que murió dos años después. En 1184 tuvieron un segundo hijo, Alfonso, igualmente muerto en la niñez. Y en 1186 les nació un tercer hijo, Sancho, el único que sobrevivió. Un año después de haber nacido Sancho, nuestra dama enviudó, y Fernando y Urraca López de Haro contrajeron por fin matrimonio. Así Urraca se convirtió en reina.

El rey de León que llegaba a este matrimonio invernal era un hombre de cincuenta años, cansado y enfermo, que veía cada vez más cerca la muerte. La reina, Urraca, una mujer que aún no había cumplido los treinta años, con toda la energía que le faltaba a su marido. Y Urraca concentra esa energía en un objetivo muy concreto: que la corona de León sea para su hijo Sancho, y no para el heredero Alfonso, el hijo de la portuguesa. ¿Con qué argumento? Con éste: como Alfonso es hijo de un matrimonio ilegítimo, anulado por Roma, su derecho a la corona es inferior al de Sancho.

Urraca consiguió su propósito: a finales del año 1187 Fernando destierra a su hijo Alfonso. El heredero tiene que acogerse a la generosidad de la corte de Portugal. Ahora bien, Fernando II no designó otro sucesor. ¿Por qué? Quizá porque el rey de León ya sólo pensaba en rendir su vida a Dios de la mejor manera posible. En enero de 1188 Fernando peregrina a Santiago de Compostela. Es su despedida. En el camino de regreso, a la altura de Benavente, el cuerpo del rey deja de funcionar. La Crónica lo cuenta con su laconismo habitual:

> *Y este rey Don Fernando de León, hijo del Emperador y hermano del rey Don Sancho de Castilla, acabados ya con buena andanza veintiún años de su reinado, murió en la villa de Benavente. Y enterráronle en la iglesia de Santiago de Galicia, cerca de su abuelo el conde don Raimundo y de su madre la emperatriz Doña Berenguela. Y señaló por heredero de León a Don Alfonso, hijo de este rey Don Fernando y de la reina Doña Urraca, hija del rey don Alfonso de Portugal.*

Y aquí es donde empiezan los problemas. Porque el rey, en efecto, había señalado como heredero a Alfonso, pero él mismo le había desterrado a Portugal. Y quien quedaba en León era Urraca con su hijo Sancho, único descendiente varón del rey en la corte, pero que, no obstante, aún no había sido designado heredero por el rey difunto. Así que ahora había un heredero oficial, pero desautorizado: Alfonso, y un heredero oficioso, pero ilegal, Sancho, que sólo tenía dos años de edad. Y en medio, una mujer ambiciosa: Urraca López de Haro.

En muy pocos días, los acontecimientos se precipitan. El heredero Alfonso, que estaba camino de Portugal, se entera de que su padre ha muerto y vuelve rápidamente a León. Urraca, por su parte, proclama la ilegitimidad de Alfonso y traza un auténtico levantamiento para elevar al trono a su hijo, el pequeño Sancho Fernández de León. Quien se tiene que levantar es, en primer lugar, un hermano de Urraca: Diego López II de Haro, señor de Vizcaya. Serio asunto, porque eso significa traspasar el problema sucesorio a tierras de Castilla. Diego, el hermano, duda: no va a levantarse contra nadie —ni va a hacer él solo la guerra contra León—, pero, eso sí, promete a su hermana que la ayudará si es atacada. De entrada, Urraca confía a su hermano sus castillos en territorio leonés, Monteagudo y Aguilar. Y mientras tanto, ella se dedicará a recabar los apoyos necesarios en León y en Castilla.

Probablemente Urraca sobrevaloró sus posibilidades. El heredero oficial, Alfonso, era un joven de diecisiete años, pero sabía muy bien dónde estaba

puesto. Urraca intenta atraerse voluntades en el Reino de León; fracasa, porque nadie está dispuesto a apostar por un niño de dos años. Busca entonces el apoyo del rey de Castilla, pero el joven Alfonso se le ha adelantado: el heredero, que conoce el poder de los Haro, se ha apresurado a lanzar puentes con su tío el rey castellano, Alfonso VIII, y obtiene de él seguridades en la pugna por la sucesión. Rápidamente Urraca se queda sin apoyos: dentro del reino, porque la gran mayoría de los nobles está con el joven Alfonso; fuera de León, porque tanto los portugueses como los castellanos prefieren inhibirse.

El siguiente acto del drama debió de ser patético. Con Urraca aislada, el joven heredero Alfonso dirige a las tropas leonesas contra los castillos de Aguilar y Monteagudo, defendidos por las huestes de Diego López II de Haro, el hermano de Urraca. El asedio será implacable. Las guarniciones de ambos castillos terminarán capitulando por falta de víveres. Y Alfonso, ya Alfonso IX, será rey de León.

La ambiciosa Urraca López de Haro tendrá que huir a tierras de Castilla, donde hallará refugio en el seno de su poderosa familia. Años más tarde la veremos fundando el monasterio de Santa María la Real de Vileña, donde profesó como monja y se retiró a morir. En cuanto a su hijo Sancho, que un día pudo ser rey, le esperaba un itinerario tortuoso: cuando sea mayor de edad, Alfonso IX le otorgará castillos y dignidades, pero terminará enfrentándose con el rey. Esto, en todo caso, será muchos años más tarde, porque ahora, en 1188, Sancho sólo es un niño de dos años.

Alfonso IX fue solemnemente coronado como rey de León. Quizás al recibir la corona sobre sus sienes sintiera que ese objeto era más bien una corona de espinas: el reino estaba desarticulado y en plena crisis económica; los portugueses presionaban por el oeste, los castellanos por el este y los almohades por el sur. Hacía falta un auténtico programa de reformas y una reorientación general de la política del reino, tanto hacia dentro como hacia fuera. Era preciso adoptar medidas excepcionales. Y entonces Alfonso IX hizo algo que nadie había hecho hasta entonces: convocar unas Cortes democráticas; las primeras Cortes democráticas de la historia de Europa. Novedad trascendental.

Las Cortes de León: el primer parlamento democrático de Europa

Estamos en León hacia abril de 1188 y va a ocurrir algo de una importancia decisiva: el rey Alfonso IX, diecisiete años, convoca unas Cortes que serán las primeras Cortes democráticas de la historia. Aquí, en León, por primera vez entran los representantes electos de las ciudades en la asamblea de los grandes del reino. Esto nunca antes había pasado. Y pasó en España. Fue una innovación radical.

Aquella democracia, por supuesto, no era como la de ahora, pero se sustentaba igualmente en el principio de la participación del pueblo en el poder. El mismo modelo encontraremos muy pronto en Castilla, en Aragón y en Navarra. Y de aquellas Cortes medievales leonesas, imitadas pronto en otros lugares de Europa, brotó un sistema de convivencia donde el poder del rey quedaba condicionado a respetar las libertades de sus súbditos. Un episodio que vale la pena recordar.

Para despejar las cosas, ante todo conviene aclarar que la democracia no nació ayer. Ni en España, ni en otros lugares de Europa. Todos conocemos el precedente griego. También sabemos de aquellas asambleas de hombres libres de los germanos, el *thing*, una forma de democracia asamblearia. Roma, por su parte, alumbrará su propio principio democrático, según la máxima de que «lo que atañe a todos ha de ser aprobado por todos», un precepto de Justiniano que se considera como la base del concepto de bien común. En la temprana Edad Media habrá otros ejemplos de democracia primaria, asambleas de hombres libres para resolver problemas locales: en el mundo franco existía el *placitum*; en el anglosajón, el *shire* y el *hundred*; en la España visigoda, el *conventos publicas vicinoram*. La gran innovación fue que esos mismos hombres libres se incorporaran a los grandes órganos de discusión política junto a los magnates y los nobles. Y eso es lo que ocurrió en León.

Hay que recordar que la sociedad medieval se estructuraba en estamentos; era un orden social jerarquizado y segmentado. La concepción de la sociedad como articulación de estamentos era una constante de la cultura política europea desde Sócrates, que se figuraba la República como un cuerpo dotado de una cabeza (las clases rectoras, la razón), un pecho (los soldados, el coraje) y un vientre (los productores, el alimento, el trabajo). Esa visión pasó intacta a los estamentos medievales: *oratores, laboratores, bellatores*. La división

estamental era una plasmación, en lo social, de ese orden ideal: los religiosos, los nobles (todavía nobleza de armas) y el estado llano. A cada uno de esos estamentos se le reconocía una función social específica y, en consonancia, una condición jurídica singular.

Este orden no se tradujo en instituciones representativas generales, donde cupieran todos, hasta que el estado llano entró en las asambleas. Aquí, como en otras muchas cosas, fue clave la aportación intelectual de la Iglesia. Son los teólogos quienes, hacia los siglos XII y XIII, reactualizan la visión socrática de la comunidad política y la compaginan con el concepto latino de bien común. Santo Tomás de Aquino lo expresará de manera inmejorable: a la hora de garantizar el bien común, será bueno hacerlo por «gobernantes elegidos por el pueblo de entre el pueblo». Así aparecen, junto a los magnates y caballeros del estado nobiliario, junto a los prelados y abades del estado eclesiástico, los patricios de las villas y ciudades. Y eso es lo que estamos viendo ahora en León, por primera vez en Europa.

¿Por qué precisamente en León, y no en otro lugar de Europa, y en esta época, y no antes ni después? Por las circunstancias de la Reconquista. Los reinos cristianos que nacen después de la invasión musulmana empiezan, en gran medida, desde cero. Aquí lo hemos visto paso a paso. La estructura del poder se construye sobre bases muy elementales: el rey, sus nobles, los clérigos. Pero cuando la Reconquista tome impulso, en su estela nacerán nuevos núcleos de población y grupos humanos con una personalidad política singular: hombres libres que han constituido ciudades que se gobiernan a sí mismas, con tierras que cultivan para sí, que organizan mercados, con una vida económica y social independiente… Esa libertad lleva implícito el reconocimiento de un cierto número de derechos de naturaleza colectiva. Y como estas comunidades de hombres libres son la base de los reinos de la Reconquista, los reyes no tardarán en convocarlos. Así es como entran en escena los hombres del estado llano, las gentes de los municipios, a través de los procuradores que ellos mismos han elegido. Así se conforman las Cortes medievales.

Vayamos ahora a nuestro escenario: el claustro de San Isidoro en León. Es abril de 1188. Ante la mala situación del reino, un monarca que acaba de llegar al trono con diecisiete años se ve forzado a tomar medidas excepcionales. Tanto que convoca a la curia regia y, por primera vez, en ella no estarán sólo los magnates eclesiásticos y los nobles, sino también los

representantes de las ciudades: León, Oviedo, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Zamora, Astorga, Toro, Benavente, Ledesma…

No nos equivoquemos: Alfonso IX no convocó a los representantes de las ciudades porque fuera un demócrata. Más bien lo hizo porque su apoyo le resultaba imprescindible para sacar a flote el reino. Con enemigos en todos los puntos cardinales, el rey necesitaba dinero para costear su defensa. Las aportaciones de la nobleza, encastillada en sus privilegios, no eran suficientes. Pero las ciudades mantenían una vida económica próspera y pujante que apenas tributaba al tesoro real, porque las villas, por sus fueros, gozaban de exenciones importantes. Si alguien podía echar una mano al tesoro real, eran las ciudades.

Naturalmente, esa ayuda no iba a ser gratuita: el rey ofrecería a cambio contrapartidas importantes. ¿En qué terrenos? Sobre todo, en la administración de justicia y en la protección contra los abusos de los poderosos. De aquellas primeras Cortes deriva, por ejemplo, el derecho de todos los súbditos a pedir justicia directamente al rey, sin pasar por la intermediación de los señores feudales. Además se trató sobre asuntos como la inviolabilidad del domicilio —un viejo tema del derecho tradicional europeo— y la obligación de convocar Cortes para declarar la guerra y la paz. Hay quien ha llamado a estas medidas «Carta Magna Leonesa», lo cual es tal vez un poco exagerado. Pero el hecho es que las medidas aprobadas en el Claustro de San Isidoro en 1188, que ratificaban y ampliaban el Fuero de León de 1020, se convirtieron en guía para todas las leyes posteriores.

Así nacieron las primeras Cortes democráticas. Algunos autores aventuran que las Cortes de Castilla pudieron reunirse aún antes, hacia 1160. Es difícil saberlo, porque aquellas Cortes no eran como las de ahora, una asamblea estable y fija, sino que se reunían con periodicidad discontinua y previa convocatoria del rey, para disolverse tras haber realizado su tarea. El hecho es que este sistema parlamentario se extendió muy rápidamente por toda la España cristiana a lo largo de los siglos XIII y XIV, y siempre con el nombre de «Cortes». Después de León y Castilla, lo encontraremos en Portugal, Aragón, Navarra, Cataluña, Valencia. En cuanto a Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, que no eran reinos, sino que estaban dentro del Reino de Castilla, tendrían cada una sus juntas. El modelo pasó también al resto de Europa. En 1295 se regula la presencia de los representantes del tercer estado en Inglaterra. Un camino similar se recorre en Francia: en 1302 consta ya la presencia institucional de las ciudades francesas en los primeros Estados Generales.

¿Eran de verdad democráticas esas Cortes? Sí. Sus miembros habían sido elegidos por cada estamento con un mandato imperativo, es decir, con la finalidad expresa de votar en una dirección concreta. Y dentro de aquellas Cortes, todas las voces valían igual. Además, tenían atribuciones muy amplias. El poder del rey medieval no es tan omnímodo como hoy creemos. Las Cortes aprobarán leyes, consignarán impuestos, atenderán las reclamaciones contra cualquier trasgresión del orden. Y tendrán la facultad de requerir al rey para que jure las libertades particulares de los súbditos, como condición necesaria para aceptar la soberanía regia. Conocemos cuál era el contenido del juramento que pocos años más tarde se exigirá al rey en las Cortes de los reinos de Castilla y León. Era así:

—¿Jura Vuestra Alteza confirmar a las ciudades, villas y lugares de este reino, las libertades, franquicias, exenciones, privilegios, cartas y mercedes, como también los usos, costumbres y ordenanzas, ya firmadas y juradas, y dar a todas las ciudades, villas y lugares su carta de confirmación?

—Sí, juro.

Ese juramento significaba algo de un valor trascendental: que nadie perdería sus derechos y que el rey aceptaba mantener el estatus jurídico de sus territorios, lo cual garantizaba la supervivencia del orden colectivo. Y al igual que en Castilla y León, en todas partes se atribuye a las Cortes la función de defender el derecho frente al poder personal del rey. Es lo que dice el hermoso y conocidísimo juramento de las Cortes de Aragón:

Nos, Que valemos tanto como Vos, E que juntos valemos más que Vos, Os facemos Rei, Si guardáis nuestros fueros y libertades. E si non, Non.

Y así, en fin, nacieron las primeras Cortes democráticas de Europa: en León, en 1188, en un estado que no sería exagerado calificar como de urgencia. A las Cortes les esperaba mucho trabajo. Y al rey Alfonso IX, también.

17

DE ALARCOS A LAS NAVAS: LA HORA SUPREMA

Yusuf II se pone serio

Visto lo que pasó en Santarem y los quebraderos de cabeza almohades en las Baleares, podría pensarse que el imperio de Yusuf II estaba a punto de hundirse. Pero no, todo lo contrario: es ahora cuando el Imperio almohade va a vivir sus años de oro. Porque Yusuf, en la victoria o en la derrota, era un hombre de ideas claras. Tanto que será capaz de sobreponerse a los reveses militares y hacer que las cosas corran de nuevo a su favor.

Yusuf II, que no era un excelente general, sin embargo era un muy eficiente hombre de Estado, capaz e inteligente, con ideas muy definidas sobre la organización política y económica de su imperio. Estos años postreros del siglo XII van a ver cómo el Imperio almohade se convierte en una estructura política estimable, sobre la base de las rutas comerciales marítimas del Mediterráneo. Después del severo revés de su padre en Santarem, y de los enormes trastornos causados por la rebelión almorávide en Baleares y Argelia, el nuevo califa, hombre flexible, no declara la guerra santa al Occidente cristiano, sino que trata de asentar su poder sobre el pacto y el vínculo comercial. Así, no tiene reparos en trazar acuerdos con Pisa y Génova. Y del mismo modo, buscará el pacto con Castilla y con León para guardarse las espaldas en Al-Ándalus. ¿Un hombre de paz, Yusuf? No: era para librar la guerra en mejores condiciones.

La nueva política almohade era la única posible. En la frontera han pasado muchas cosas en estos últimos años. Los problemas de los almohades en las Baleares y en Argelia han facilitado a los cristianos tomar posiciones y arañar territorios. Las campañas castellanas en Al-Ándalus han sido incesantes: después de la que asoló las tierras de Córdoba en 1182, Alfonso VIII ha dirigido a sus huestes sobre Alarcón, Iniesta, Plasencia (ciudad que funda en 1186) y hasta Alcalá de Guadaira en 1189, a las mismas puertas de Sevilla. Por su lado, los portugueses, en ese mismo año de 1189, atacan el Algarve.

Esta vez vienen con ellos unas curiosas huestes: son cruzados daneses y frisones de camino a Palestina. Ese ejército conquista Alvor, en el extremo suroeste de Portugal, y aniquila a 5.600 sarracenos.

Esto de encontrar cruzados europeos en nuestras tierras no es nuevo. En los años anteriores ya los hemos visto en Almería y también en Lisboa. Ahora, una vez más, los cruzados que navegaban a Tierra Santa desde el norte de Europa recalaban en España y echaban una mano, generalmente bien pagada. Lo singular de ese año 1189 es que se suman dos campañas: la mencionada de Alvor e, inmediatamente después, otra sobre Silves a la que se añaden nuevos y aún más numerosos contingentes. Y vale la pena entrar en detalle en esta historia, porque nos da la medida de hasta dónde había llegado la debilidad militar almohade en la Península.

Conocemos bien los datos de esa segunda campaña, la de Silves, porque las crónicas alemanas la retrataron. Así, sabemos que el 23 de abril de 1189 once barcos de guerra partieron de Bremen, en Alemania, transportando a unos dos mil hombres. Su destino era Tierra Santa, a donde pensaban llegar cabotando hacia el sur por el Atlántico y cruzando después el Mediterráneo. La flota navega hasta Lisboa, donde se une a un ejército ya organizado: el de aquellos frisones y daneses que habían conquistado Alvor. La crónica nos cuenta que en aquellas tropas había, además, abundantes ingleses y flamencos. Para completar el contingente, se sumaron centenares de caballeros de las órdenes de Calatrava y Santiago, así como templarios y hospitalarios, españoles todos ellos.

¿Quién estaba moviendo a ese ejército? El rey de Portugal, Sancho I, por supuesto. Es Sancho quien ha convocado a los cruzados, de paso hacia el sur, y les ha ofrecido no sólo un combate contra los musulmanes, sino también un cuantioso botín: si Silves cae, el rey se quedará con la ciudad, pero todos los bienes muebles serán para los cruzados. Así tenemos un ejército de fortuna construido con aquellos elementos dispares que caminaban hacia Tierra Santa. El rey les señala un objetivo: la ciudad de Silves, codiciadísima por moros y cristianos. Con Alvor y Silves en manos cristianas, los almohades se verían expulsados del oeste de la Península Ibérica. Ahora bien, Silves no es un objetivo fácil: se trata de una ciudad importante y bien defendida; hará falta un duro asedio para tomarla. Y a ello se emplean los cruzados.

La crónica alemana —la Chronica Regia Coloniensis, para ser precisos— nos da muchos detalles sobre la técnica del asedio. La operación duró algo más de seis semanas. Los cruzados excavaron un túnel bajo las defensas de la

ciudad y hostigaron sus murallas con torres y escaleras. Los musulmanes respondieron volcando cubas de resina y aceite hirviendo. Finalmente, en el mes de septiembre, Silves se rindió. El cronista refiere con mucho realismo la situación de los asediados: hombres y mujeres enflaquecidos por las privaciones, personas tambaleándose por las calles, mujeres y niños que comían tierra húmeda para sobrevivir, muertos y moribundos abandonados en las callejuelas… Tomada Silves, los cruzados se repartieron el botín —no sin disputar con el rey Sancho de Portugal sobre quién se quedaba con los cereales requisados— y zarparon hacia Jerusalén.

Todos estos movimientos demuestran la fragilidad del Imperio almohade. Fragilidad que el califa Yusuf II conocía perfectamente y que supo diagnosticar a tiempo. Era evidente que los almohades tendrían serias dificultades para mantener su poder en Al-Ándalus si se enfrentaban en bloque a los reinos cristianos. En una situación así, la única política posible era trocear al enemigo: pactar con unos y guerrear con otros. Y eso es lo que Yusuf II, hombre práctico, hizo a la altura de 1190.

Objeción de principio: ¿y no le habría sido más rentable al califa almohade mantenerse en paz? La verdad es que no. El sistema de poder almohade —y en eso era igual que el sistema almorávide— se basaba en la preeminencia social de la aristocracia militar berebere sobre las poblaciones autóctonas; por ejemplo, sobre los *andalusíes*. Lo que justificaba esa hegemonía era la ortodoxia islámica, incluida la guerra santa. Y para que nadie dudara de dónde estaba verdaderamente la espada del islam, los almohades se veían obligados no sólo a mantener en pie de guerra ejércitos bien armados, sino también a golpear con periódica frecuencia las fronteras cristianas en cualquier punto del mapa. Por eso Yusuf II tenía que hacer la guerra. Pero la hará con cinturón de seguridad.

La operación es de libro. En el verano de 1190,Yusuf renueva la tregua con León. Mientras tanto, sus embajadores están negociando la paz con Castilla. No es la única vía diplomática: en Marrakech están también los enviados de Saladino, el poderoso califa de Damasco, para hablar de tratados de paz. Y en el mismo momento, un poderoso ejército almohade se dirige contra Portugal. Lo que para otros será paz, para Portugal será guerra. Y ahora los portugueses se han quedado solos.

La campaña almohade contra Portugal duró más de un año. Desde el verano de 1190 hasta el de 1191, los ejércitos almohades pudieron recorrer el Algarve sin que nadie acudiera en socorro del rey Sancho. Los sarracenos

atacan Silves y Évora. Esta última ciudad soportará el asedio, pero Silves, privada de auxilios y lejos de las bases logísticas portuguesas, conocerá una suerte atroz: toda su guarnición fue acuchillada el 10 de julio de 1191. La ofensiva almohade no se detiene. Los moros pierden ante la fortaleza de Tomar, donde los templarios aguantan, pero en contrapartida Yusuf conquista Torres Novas. A continuación, sin dar un respiro al enemigo, recuperan Alcocer do Sal y destruyen Palmela y Almada. Al final de la campaña, el balance es triunfal para Yusuf y desolador para los portugueses: con la excepción de Évora, los almohades han recuperado de nuevo todo el sur de Portugal hasta la línea del Tajo.

Esto es lo que pasó. Ahora, hagámonos unas preguntas: ¿cómo fue posible? ¿Por qué los reinos cristianos hicieron el juego a Yusuf? ¿Por qué dejaron solos a los portugueses? Otras veces hemos visto a los reyes cristianos pactando con los almohades, pero era para obtener un beneficio inmediato. Y al contrario, rara vez había ocurrido que, ante una ofensiva general musulmana, los reyes cristianos no apartaran sus diferencias para hacer frente al enemigo común. ¿Por qué ahora ya no funcionó la alianza?

No funcionó porque en este momento, a la altura de 1190, una profunda brecha empieza a separar a los reinos españoles. Abandonada la idea imperial, ni siquiera pervive como recuerdo; rota la alianza castellano-aragonesa y enfrentados los monarcas cristianos en proyectos políticos particulares, una enorme fragilidad se apodera de la España del norte. Y el poder almohade, como es lógico, trata de sacar el máximo partido de la situación. Vienen años de intensa actividad diplomática, con la guerra siempre en el horizonte.

La hora de la política: el bloque anticastellano

Nadie se fia de nadie. Aragón mira de reojo a Castilla. Navarra, también. Castilla no ve con buenos ojos a León, y León bastante tiene con parar los pies a Portugal. Nuestros cinco reinos han dibujado proyectos políticos propios. La alianza con el vecino empieza a ser un problemático lujo.

Entre los años 1190 y 1194 se suceden las rupturas y los pactos entre nuestros cinco reinos. Ese tumultuoso equilibrio incluye, además, al califa almohade. Es pan para hoy y hambre para mañana: pactar con los almohades significa, en realidad, fortalecer al enemigo para ulteriores ofensivas. Todos lo saben, pero el interés inmediato puede más que el cálculo a medio plazo. El

propio papa intervendrá para aunar voluntades, pero con éxito limitado. ¿Qué estaba pasando? Vamos a verlo reino por reino. Y apuntemos bien los datos, porque esta situación nos va a conducir a una de las mayores catástrofes bélicas de la cristiandad.

En principio, todo puede explicarse a partir de una constatación elemental: el incremento del poder de Castilla levanta suspicacias en todos sus vecinos, y muy en primer lugar en Alfonso II de Aragón, el que fuera viejo amigo y aliado del rey castellano. ¿Por qué Alfonso de Aragón rompió su larga alianza con Alfonso de Castilla? Por cuestiones de poder, por supuesto. Una ambiciosa e inteligente política había llevado a Castilla a convertirse en el principal eje de poder en la Península, hasta el punto de que los cronistas extranjeros de esta época, cuando hablan de Castilla, la llaman «Hispana», como si esa parte definiera al todo. El Reino de Castilla mantenía reivindicaciones sobre territorios que estaban bajo las coronas navarra y aragonesa. Pero es que, además, la proyección política castellana no se dirigía sólo hacia el interior de la Península, sino también hacia el exterior, y de la combinación de una cosa y otra es de donde iban a nacer los verdaderos problemas.

Recordemos todo lo que ya hemos explicado aquí acerca de los dos conflictos simultáneos que se viven en Europa: por un lado, el conflicto centroeuropeo entre *güelfos* y *gibelinos*, es decir, entre los partidarios del poder señorial y eclesiástico contra los partidarios del poder imperial; simultáneamente, el conflicto francés entre los Plantagenet —los ingleses y los francos—, enemistad que era la piedra de toque del equilibrio político en España. Alfonso de Castilla estaba casado con una hija de Enrique II Plantagenet. Por otro lado, el rey Sancho VI de Navarra estaba casado con una tía de Alfonso de Castilla. Y una hija del rey navarro, Berenguela, era la esposa de Ricardo Corazón de León, el heredero de los Plantagenet. Con estos mimbres, Alfonso II de Aragón vio que en su flanco oeste se podía formar un peligroso cesto: una alianza entre Castilla, Navarra y los Plantagenet que secaría literalmente las expectativas del Reino de Aragón. Y por eso el Rey Trovador decidió promover una alianza anticastellana.

El primer paso fue acercarse a Navarra. En septiembre de 1190, Alfonso de Aragón y Sancho de Navarra se entrevistan en Borja. Para los navarros fue una auténtica tabla de salvación. Hasta el momento, el Reino de Pamplona se había visto obligado a hacer mil contorsiones para sobrevivir a las ambiciones de castellanos y aragoneses, que querían repartirse el viejo reino. Ahora las

cosas cambiaban por completo. Y la alianza aragonesa era un balón de oxígeno para Navarra.

En aquel tiempo, las expectativas de cualquier reino cristiano español dependían de una sola cosa: su posibilidad para expandirse hacia el sur a costa de las tierras ganadas a los musulmanes. Pero esto era precisamente lo que los navarros no podían hacer, cerrado como estaba su camino al sur por las conquistas de castellanos y aragoneses al otro lado del Ebro. En esas condiciones, la supervivencia de Navarra pasaba por dos objetivos fundamentales: uno, salvar su territorio de las ambiciones de sus vecinos cristianos; el otro, intentar ganar por el norte —esto es, por Francia— lo que le quedaba vetado por el sur. Una cosa y la otra iban vinculadas entre sí, dado el tejido de alianzas a ambos lados de los Pirineos. En los años anteriores nada de esto fue posible para los navarros. Pero ahora, con Enrique II muerto y con Aragón como aliado, el rey de Pamplona pudo afianzar su territorio en la Península y, al mismo tiempo, saltar al otro lado del Pirineo y fortificar plazas como Saint-Jean de Pied de Port.

Mientras Aragón y Navarra se aliaban contra Castilla en el este, otro movimiento de gran importancia se producía en el oeste: los reinos de León y de Portugal, largamente enfrentados, se ponían de acuerdo. ¿Para qué? Más bien habría que preguntar «¿contra quién?». Y la respuesta es la misma que en el caso anterior: contra Castilla. Así, corriendo 1190, Alfonso IX de León y Sancho I de Portugal negocian su alianza. El rey Alfonso de León, que estaba prometido a una infanta castellana, rechaza a ésta y se promete con una hija del rey portugués, Teresa. El matrimonio era ilegítimo, porque los novios —Alfonso y Teresa— eran nietos, los dos, de Alfonso Enríquez, pero el interés político pudo más. La boda se celebró sin dispensa papal hacia el invierno de 1191.Y mientras el recién nombrado papa Celestino III se encontraba con esta patata caliente, Portugal y León configuraban un bloque de poder que dejaba a Castilla sola.

Así tenemos sendas alianzas anticastellanas en el este y en el oeste. Sólo era cuestión de tiempo que las dos alianzas se convirtieran en una. Y eso ocurrió muy pronto: en mayo de 1191. Fue en Huesca. Los cuatro reyes del movimiento anticastellano —Portugal, León, Navarra y Aragón se reúnen y pactan un programa común—. ¿En qué consistía ese programa? En esto: primero, no hacer la guerra entre sí; segundo, no hacer la guerra sin el consentimiento de los otros tres socios; tercero, hacer la guerra a Castilla; cuarto, no firmar paces por separado con nadie. El pacto —la Liga de Huesca,

se llamó— tuvo una consecuencia inmediata: en junio de ese año los reyes de Navarra y Aragón se reúnen y atacan Tarazona, en territorio castellano; la misma ciudad donde se habían casado Alfonso de Castilla y Leonor Plantagenet. La cosa se ponía muy negra para Castilla. Pero entonces…

Pero entonces ocurrió algo que vino a cambiar de golpe el paisaje: llegó el dictamen del papa Celestino III sobre el matrimonio de Alfonso de León y Teresa de Portugal. Y el dictamen era clarísimo: el enlace era nulo por la consanguinidad de los esposos. Esto hoy puede parecernos una cuestión menor, pero en aquella época significaba tanto como privar de toda legitimidad al Reino de León. Como, además, Alfonso IX de León mantenía un pacto de no agresión con los almohades, el papa no se mordió la lengua a la hora de declarar al monarca leonés como enemigo de la cristiandad. Lo cual significaba, en la práctica, algo tremendo: los súbditos de León quedaban exonerados del deber de obediencia a su rey. Y así, en muy pocos meses, se pasó de una situación en la que Castilla estaba perdida a otra en la que el que estaba perdido era el Reino de León.

Una vez más León se convirtió en el pimpampum de sus vecinos. Portugal, que nunca faltaba a la cita, invadió Galicia por Tuy y llegó hasta Pontevedra, con la connivencia de una facción de la propia nobleza gallega. Por su lado, Castilla atacó por Benavente y después por Astorga; Alfonso VIII llegó en su campaña a las mismas puertas de León. A todo esto, el papa Celestino, enterado de lo que estaba pasando, se tiraba de los pelos: él había pretendido llamar al orden al Reino de León para que abandonara toda tregua con los musulmanes y lo que había conseguido era que los reinos cristianos volvieran a pelearse entre sí. Decidido a acabar de una vez con el problema, Celestino III envía a España a su sobrino, el cardenal Gregorio de Santángelo, en calidad de legado. El cardenal viene con una misión diplomática muy clara: lograrla paz entre los reinos cristianos, volver a la unidad de acción y reemprender la guerra contra los musulmanes. No le resultará nada fácil conseguirlo.

León recuperará pronto los territorios perdidos. La diplomacia vaticana logrará sus objetivos. Pero el paisaje que acabamos de dibujar es elocuente: hondas grietas rompían a la cristiandad española. Y esas grietas, sólo aparentemente suturadas, iban a terminar conduciendo a un desastre sin paliativos.

El camino hacia Alarcos

Mientras en el norte los reinos cristianos se peleaban entre sí, en el sur Yusuf II hacía lo que tenía que hacer: construir un Estado, algo que los almohades apenas habían conseguido todavía en Al-Ándalus. Uno de los principales escollos de Yusuf en Al-Ándalus eran los *malikíes*, es decir, los doctores de la ley islámica. Había una oposición doctrinal de fondo entre los almohades, que no aceptaban la interpretación única del islam, y los *malikíes*, que estaban en la postura contraria. Aquí Yusuf, cuya devoción nadie discutía, optó por una solución de compromiso: para asegurar la obediencia de Al-Ándalus, cedió a la presión de los *malikíes*. La operación se saldó, entre otras cosas, con el destierro de varios sabios del círculo del califa almohade, y especialmente Averroes, que se veía así exiliado por segunda vez. A cambio, Yusuf consiguió que nadie discutiera su derecho a exigir los impuestos que necesitaba para mantener a su costoso ejército.

Los embajadores de los reinos cristianos llevan años cruzando el Estrecho para negociar paces con los almohades. El califa almohade, por su parte, usa los tratados con unos y con otros como instrumento para guerrear mejor con los otros y los unos. Hoy tendemos a imaginar las treguas y paces de antaño con criterios contemporáneos. Grave error. En esta época toda paz es una preparación para la guerra inminente, lo mismo en el mundo musulmán que en el cristiano. Los almohades no han renunciado a extender su poder hasta las viejas fronteras del Tajo; los cristianos, por su parte, siguen peleándose por ver qué trozo del territorio moro reconquistarán. Y por eso toda la actividad diplomática que leoneses y castellanos despliegan ahora ante la corte de Yusuf es en realidad una maniobra agresiva: se trata de tomar posiciones ventajosas para el próximo e inevitable conflicto.

Pese a la apariencia de paz en la frontera, la tensión aumenta sin tregua. A la altura de 1193 se llega a un punto sin retorno. En Marrakech, el califa almohade expulsa a los embajadores castellanos. ¿Por qué? Aparentemente, porque las reclamaciones de Castilla eran abusivas. Pero por debajo se están moviendo otras cosas: los llamamientos del papa a la unidad de los cristianos están ya dando sus frutos. Y así, mientras Castilla y los almohades rompen relaciones en Marruecos, en España los castellanos y los leoneses empiezan a ponerse de acuerdo después de largos años de conflicto.

¿Qué estaba haciendo exactamente el papa? ¿Cuál era la política pontificia en toda esta historia? La política de Roma se basaba en realidad en

un programa muy simple: evitar todo conflicto entre cristianos y reforzar la lucha contra la expansión musulmana. Eso era así tanto en el este, en el escenario de las cruzadas de Tierra Santa, como en el oeste, en esta otra cruzada que era la Reconquista española. Para aplicar ese programa, Roma tenía que depender, en principio, de los poderes políticos, pues el papado carecía de potencia militar propia. Pero el papa tenía otras armas. Y no era sólo la autoridad espiritual que emanaba de Roma, sino también un instrumento propiamente bélico: las órdenes militares, cuyo carácter religioso era tan acentuado como su perfil guerrero. Y a las órdenes recurrirá Roma para aportar un plus de determinación cuando los reyes cristianos flaqueen.

Las órdenes militares debían obediencia al rey —a los respectivos reyes de cada territorio—, pero su papel era propiamente supranacional, por así decirlo: siendo instituciones religiosas, sus funciones y competencias estaban por encima de cada reino y, de hecho, con frecuencia las veremos aparecer como garantes —armadas— de los tratados de paz entre los monarcas. A quien realmente debían obediencia las órdenes militares, por encima de los reyes, era al papa, y éste no dejará de utilizar esa posición de superioridad para apuntalar su propia estrategia. Así, en el año 1193, Celestino III pide a las órdenes militares españolas que continúen la lucha contra los musulmanes, lo cual da lugar a una ambigua situación en los reinos cristianos: mientras los monarcas tratan de pactar paces con el moro para pelear entre sí, en el sur, en la frontera, las órdenes militares guerrean contra los musulmanes. Evidentemente, esa situación no podía durar mucho.

Por otro lado, hay que decir que, en este caso, la perspectiva del papa era bastante más realista que la de los monarcas españoles. Porque mientras nuestros reyes andaban a la gresca por cuestiones fronterizas, el Imperio almohade hacía funcionar a pleno rendimiento su maquinaria militar. La amenaza en el sur era inminente. Y así, poco a poco, las hostilidades entre los reinos cristianos se enfrían. Los aragoneses han ocupado Ariza y los leoneses se han hecho fuertes en Salamanca y Ciudad Rodrigo, pero los movimientos bélicos se estancan muy pronto. ¿Por qué? Porque ya todo el mundo está mirando lo que pasa en el sur.

Comienza el año 1194. El papa consigue por fin la victoria diplomática que anhelaba: los reyes de Castilla y de León se han reunido en Tordehumos, Valladolid, y bajo la inspiración del legado papal, el cardenal Gregorio, han firmado una alianza que va mucho más allá de una simple tregua. El rey de Castilla, Alfonso VIII, devolverá al rey de León, Alfonso IX, los castillos

ocupados en las guerras anteriores: Portilla, Alba, Luna… Así mismo, el castellano se compromete a que después de su muerte sean devueltas a León el resto de plazas ocupadas: Valderas, Bolaños de Campos, Villafrechós, Villarmenteros, Siero de Riaño y Siero de Asturias. Por su lado, el cardenal Gregorio concedía a León la propiedad de los castillos que entraron en el reino como dote de Teresa de Portugal, aunque el matrimonio de ésta con el rey de León había sido anulado.

¿Sólo ganaba León en este acuerdo? No: en Tordehumos se acordó también que si Alfonso IX moría sin descendencia, el rey de Castilla heredaría León, lo cual venía a ser tanto como reconocer a Castilla un estatuto de superioridad sobre el reino leonés. Por último, y para garantizar que todo esto se cumpliría, el acuerdo se puso bajo la vigilancia, una vez más, de las órdenes militares: León designaba al maestre de la Orden del Temple y Castilla al de la Orden de Calatrava, ambos con la misión expresa de guarnecer los castillos entregados como prenda de paz y obligar a los monarcas firmantes a respetar lo pactado en Tordehumos.

El pacto llega en el momento oportuno, porque la tensa paz de la frontera está a punto de estallar. Alfonso VIII de Castilla, que lo sabe, acaba de comunicar a los habitantes de las áreas fronterizas que deben prepararse para la guerra. En un lugar de Ciudad Real, sobre cierto cerro a cuyos pies corre el Guadiana, el rey ha empezado a construir la plaza fuerte de Alarcos. Y como la mejor defensa es un buen ataque, las huestes de Castilla penetran en tierras de Jaén y Córdoba y baten el valle del Guadalquivir hasta las mismas puertas de Sevilla. Al frente de estas tropas no iba el rey, sino el arzobispo de Toledo: don Martín López de Pisuerga.

El paisaje en el norte se pacifica. La alianza entre León y Castilla, principal baza de la estrategia papal, ha cambiado de golpe el panorama. Alfonso II de Aragón, que no tiene aspiraciones territoriales, detiene a sus tropas en el sur. En Pamplona, mientras tanto, ha muerto el rey de Navarra Sancho VI y le sucede su hijo Sancho VII, que de momento no tiene interés alguno en verse envuelto en problemas por el sur y, al contrario, mira con más interés el afianzamiento de la posición navarra en el norte, al otro lado del Pirineo. Como la coalición anticastellana se ha deshecho, también los portugueses se ven fortalecidos: ya no están solos en su pugna fronteriza con el islam. Y así la paz del norte trae consigo el anuncio de una guerra inminente en el sur.

El sur: ¿y qué pasaba en el sur? Pues pasaba que los gobernadores de Al-Ándalus cruzaban el mar, llegaban a Marrakech e informaban al califa almohade de todo lo que estaba sucediendo: el pacto entre los reyes cristianos, la frontera en estado de alerta, la campaña castellana por el Guadalquivir… Yusuf II vio con claridad que una enorme amenaza se cernía sobre sus fronteras: si todos los reinos cristianos actuaban a la vez, no habría ejército capaz de defender las tierras de Al-Ándalus. Yusuf II, estadista de talento, maniobró con rapidez. El caudillo almohade tenía en ese momento un fuerte ejército movilizado en dirección a Ifriquiya, Túnez, para castigar a los rebeldes de esa región. Sobre la marcha, la misión de ese ejército cambió: después de golpear en Ifriquiya, se dirigiría contra España. Terminaba el año 1194 y empezaba a dibujarse el escenario de la gran tragedia.

La batalla que nunca debió librarse

Los musulmanes pasan a la ofensiva. Acaba de empezar el mes de junio del año 1195. Los ejércitos del califa almohade embarcan en Alcazarsegur, no lejos de Ceuta. Su destino es el otro lado del Estrecho. Poco a poco las huestes almohades cruzan el mar y van desembarcando en Tarifa. Cuando el ejército está de nuevo reunido, marcha en una dirección concreta: Sevilla, la capital almohade en Al-Ándalus. Ésa será la base de la ofensiva. Lentamente las huestes de Yusuf caminan hacia la ciudad del Guadalquivir. Son decenas de miles. Pronto serán más.

Los almohades, ya lo hemos dicho, hacían las cosas a lo grande: combatían con ejércitos inmensos que buscaban en la superioridad numérica la clave de la victoria. Lo que Yusuf II reunió en Sevilla era una auténtica muchedumbre: en torno a trescientos mil hombres entre jinetes y tropas de a pie. ¿Quiénes integraban ese inmenso contingente? Todo tipo de fuerzas: las tropas personales del califa, guerreros reclutados en las tribus bereberes, huestes regulares de las provincias de Al-Ándalus, mercenarios venidos de todas partes, voluntarios enrolados para morir en la «guerra santa»…

Al frente de este ejército inmenso, el califa parte de Sevilla y se dirige hacia el norte. La línea es la de siempre: Sevilla, Córdoba, Toledo… el viejo camino de guerra de los musulmanes. No cuesta imaginar el efecto que esta ingente muchedumbre de trescientos mil hombres debía de despertar entre los pobladores del valle del Guadalquivir. Así Yusuf II llega hasta Córdoba. Es el

30 de junio. La vieja capital del califato ya no es el ombligo de Al-Ándalus, pero sigue siendo una plaza de primera importancia. Y quien recibe a Yusuf en Córdoba no es un gobernador moro, sino un cristiano: Pedro Fernández de Castro, señor de Castro y del infantado de León, que añade sus propias huestes al ejército del califa Yusuf. Pero ¿qué hacía un Castro en Córdoba?

¿Se acuerda usted de los Castro? Habían sido un linaje determinante en Castilla. Enfrentados a los Lara durante la minoría de edad de Alfonso VIII, habían terminado pasando al bando de León. Uno de ellos, Fernando Rodríguez de Castro, llamado en León «el castellano» y en Castilla «el leonés», había sido una personalidad decisiva en los tiempos de Fernando II: mayordomo mayor de León, señor de Trujillo, pieza clave de los acuerdos de León con los almohades, había terminado construyendo un amplio señorío personal entre el Tajo y el Guadiana. Más tarde, las posesiones de los Castro entre el Tajo y el Guadiana pasaron a Castilla y quedaron bajo el control de las órdenes militares. Y después del Tratado de Tordehumos, el hijo de este Fernando, Pedro Fernández de Castro, viendo que ya no le quedaba nada que rascar, se puso al servicio de los almohades. Por eso ahora Pedro Fernández de Castro estaba en Córdoba. Y al lado de los moros.

Las huestes del de Castro se disuelven en el ejército almohade como una gota en el mar. Las tropas de Yusuf abandonan Córdoba el 4 de julio y siguen su previsible camino hacia el norte. El paso de Despeñaperros espera a la muchedumbre sarracena. Los moros salvan la muralla natural con la seguridad de una fuerza imparable. Enseguida aparece ante Yusuf la gran llanura manchega, el campo de Salvatierra. Desde allí, pocos días de marcha separan a los musulmanes de Toledo, la capital castellana. Pero en medio hay un obstáculo: la plaza fuerte de Alarcos.

Los cristianos saben que Yusuf II avanza hacia el norte, pero conocen pocos más datos sobre el calibre de la ofensiva. ¿Cuántos son los moros? ¿Hacia dónde se dirigen? Los caballeros de Calatrava, guardianes de la frontera, salen a buscar información. Varios destacamentos de la caballería cristiana recorren las fronteras de La Mancha. Uno de esos destacamentos de calatravos se topa con la muchedumbre sarracena. Ven dónde están los moros, cuántos son, cuál es su camino… Pero ellos también han sido vistos por el enemigo. Dispuestos a vender caras sus vidas, los calatravos tratan de hacer frente a la ola musulmana. Serán anegados por ella: morirán aniquilados. Sin embargo, consiguen su propósito: Toledo recibe noticias precisas sobre la ofensiva almohade. Y esas noticias son terribles.

Alfonso VIII recibe con extrema alarma las informaciones que vienen de la frontera. Las defensas de Castilla en La Mancha no son lo bastante numerosas para hacer frente a la oleada y, además, están dispersas en los distintos castillos y plazas de la gran llanura. Si no se cierra cuanto antes el paso a los almohades, nada impedirá que la ola musulmana se derrame sobre el valle del Tajo. No es sólo Castilla, sino toda la cristiandad la que está en peligro. El rey se apresura a reunir en Toledo cuantas fuerzas puede. Además, y después de los últimos pactos, Alfonso sabe que cuenta con el apoyo militar de León, Navarra y Aragón. El objetivo estratégico ahora sólo puede ser uno: presentar batalla y detener el avance almohade. Y el escenario también puede ser sólo uno: la plaza de Alarcos, el punto más meridional de la frontera castellana, la llave del valle del Tajo. La fortaleza de Alarcos estaba todavía en construcción, pero allí un ejército numeroso bien podría hacerse fuerte y contener la ofensiva enemiga… antes de que el enemigo haga acto de presencia.

El rey de Castilla ve Alarcos en peligro y se apresura a correr en su socorro. Las expectativas no son malas: tanto Alfonso IX de León como Sancho VII de Navarra están cerca de Toledo con sus huestes. El papa Celestino III, por su parte, acaba de hacer pública la concordia de Tordehumos y llama a los monarcas y príncipes de España a colaborar en la guerra contra el sarraceno, bajo pena de excomunión. Todo apunta, pues, a que será posible formar un ejército invencible, capaz de desmantelar la ofensiva almohade. Sólo es cuestión de esperar unos pocos días.

Pero Alfonso VIII no está tranquilo. El 16 de julio, los almohades se han acercado a Alarcos, han llegado hasta sus mismos alrededores y el ejército cristiano aún no está constituido. ¿Qué hacer? Si el rey de Castilla sigue esperando, aunque sólo sean dos días, se expone a perder esa plaza capital; por el contrario, si acude en solitario a Alarcos tal vez salve la ciudad, pero se expone a verse solo ante un enemigo muy superior. Las huestes de León y de Navarra no están quietas: se están moviendo hacia el sur con la intención de entrar en combate. Y sin embargo, Alfonso VIII de Castilla no puede esperar más. Podemos imaginar el cuadro que se dibujaba en su mente: Alarcos perdida, su frontera sur mutilada y un poderoso ejército almohade en el corazón mismo de La Mancha. Y en esa coyuntura, ¿de qué serviría tener un gran ejército en torno a Toledo si la baza fundamental ya se había perdido?

Alfonso de Castilla se vio envuelto en una de esas situaciones en las que hay que tomar una decisión a sabiendas de que, sea ésta cual fuere, las

posibilidades de salir perdiendo crecen a cada minuto que pasa. Finalmente, bajo la presión de las circunstancias, el rey de Castilla decidió dar el paso: marcharía él solo a Alarcos para presentar batalla contra los almohades. Tal vez sabía que caminaba hacia su perdición.

El 17 de julio llegan a Alarcos las fuerzas castellanas. En primer lugar lo hace la caballería pesada, auténtica punta de lanza de la estrategia militar cristiana en esos tiempos: unos diez mil hombres al mando del señor de Vizcaya, Diego López de Haro. Los castellanos han visto ya a su enemigo: es tan numeroso que ni siquiera pueden hacerse una idea de su dimensión exacta. En ese momento las tropas de León están ya en Talavera, a unos doscientos kilómetros de Alarcos. En cuanto a las huestes de Navarra, aún no han llegado a Toledo. Desde Alarcos, el rey de Castilla observa a la muchedumbre almohade: sin cesar afluyen nuevas tropas. El ejército sarraceno, cuyas vanguardias ya ocupan los alrededores, aún no ha terminado de reunirse. Alfonso VIII decide atacar. Así se desatará la tragedia.

Retrato de un desastre

Alfonso VIII sale de Alarcos y envía a sus tropas contra la vanguardia del avance musulmán. Sin duda espera descomponer a la muchedumbre de Yusuf antes de que haya podido alinearse. Ingenua maniobra: el califa almohade no muerde el cebo y rehúye el combate; sabe que su verdadera fuerza estará en la aplastante superioridad numérica de su ejército. Termina el día 18 sin que los castellanos hayan podido cumplir su objetivo. Y esa misma madrugada, al alba ya del día 19 de julio, los ejércitos de Yusuf II se despliegan en toda su inmensidad en torno a una colina cercana a Alarcos, «La cabeza». Se dará la batalla donde Yusuf quiere.

La estrategia musulmana siempre era la misma desde muchos años atrás. En primera línea se situaba a la nutrida tropa de los voluntarios de la *yihad*, carne de cañón cuya función era dar la vida ante las primeras embestidas cristianas, desgastando al enemigo y desorganizando sus líneas. En los flancos solía emplazarse a las fuerzas más ligeras, que debían envolver al enemigo a base de velocidad después del primer choque. Y en la retaguardia, sistemáticamente, se colocaban las unidades más experimentadas, con la misión de intervenir en un tercer momento para dar el golpe final al ejército contrario. Todo ello aderezado con un poderoso cuerpo de arqueros que debía

someter al enemigo a una lluvia letal antes del cuerpo a cuerpo. Así se hizo también en Alarcos. Y conocemos quiénes formaron en cada punto del despliegue almohade.

¿Quiénes fueron en vanguardia, esa carne de cañón que iba a morir para detener la primera embestida cristiana? Fueron tres etnias bereberes dispuestas a modo de tres murallas humanas sucesivas: primero los *benimerines*, detrás los *zenatas*, tras ellos los *hentetas*. Entre sus dos últimas líneas situó Yusuf a los arqueros. El mando de esta formación se le dio al visir del califa, que se llamaba Abu Yahya. A la izquierda formaron los jinetes árabes. A la derecha, las fuerzas *andalusíes*. Y detrás quedó el califa con las mejores fuerzas almohades y su guardia negra de esclavos.

Con ese dibujo táctico, la estrategia cristiana dependía de una sola cosa: ser capaces de romper la primera línea mora, la de los voluntarios de la guerra santa, con la contundencia y rapidez suficientes para que las otras formaciones del cuadro musulmán quedaran en posición poco ventajosa. Si la vanguardia mora se quebraba en los primeros compases, de nada serviría el movimiento envolvente de las alas musulmanas, porque los cristianos habrían quedado dueños del campo con sus líneas intactas. Y entonces podría avanzar la segunda línea, el grueso de la tropa, mandada en esta ocasión por el propio rey Alfonso VIII, para terminar la faena. Por el contrario, si la primera carga cristiana no lograba romper la línea de vanguardia mora, las cosas se pondrían muy feas.

Quien debía dar el primer paso por parte cristiana era, como siempre, la caballería pesada: miles de jinetes con armaduras, sobre caballos igualmente protegidos, que se lanzaban al galope contra la primera línea enemiga. Fue la caballería de don Diego López de Haro la que corrió con esta responsabilidad. Se hace difícil imaginar la enorme violencia del choque: millares de caballos estrellándose a toda velocidad contra una muralla de carne humana.

La primera carga se estampó contra las cohortes de *benimerines* y *zenatas*. No fue, sin embargo, lo suficientemente fuerte: los jinetes se trabaron en la marca de infantes enemigos y tuvieron que volver grupas. Ejecutaron entonces una segunda carga, con el mismo resultado. La tercera carga, con la línea enemiga debilitada, fue más eficaz: la vanguardia mora se deshizo, los voluntarios *benimerines*, *zenatas* y *hentetas* huyeron hacia lo alto de una colina y el propio jefe de la primera línea mora, el visir Abu Yahya, pereció en el combate. Quizá los caballeros cristianos pensaron que las cosas se ponían de su parte, pero la batalla no había hecho más que comenzar.

Con la vanguardia mora deshecha y la caballería cristiana en medio del campo, había llegado la hora de los movimientos envolventes: esas rápidas maniobras moras por las alas para encerrar al enemigo. Los cristianos conocían el procedimiento. Por eso, para anticiparse a la maniobra musulmana, los jinetes de Diego López de Haro cargaron contra uno de los flancos moros: el de las tropas *andalusíes*. En condiciones de igualdad numérica, la contramaniobra cristiana habría descompuesto el plan almohade, porque no es posible hacer tenaza con uno de los brazos roto. Pero aquí, en Alarcos, el número de los musulmanes era de una superioridad aplastante. Y así, a pesar del acertado movimiento de López de Haro, la marabunta almohade cayó sobre la caballería cristiana.

La situación de la caballería castellana se convierte pronto en un infierno. Los de López de Haro no han logrado romper el ala andalusí. Al mismo tiempo, el otro ala mora, la de la caballería ligera, se ha precipitado sobre la vanguardia cristiana y le ha cerrado la salida. Por si fuera poco, los arqueros sarracenos hacen su trabajo y cubren de flechas el cielo. Los jinetes cristianos se encuentran ahora rodeados por todas partes y expuestos a la lluvia de saetas del enemigo. Se cumplen ya tres horas de combate bajo el duro sol del verano manchego. Sangre. Calor. Sed. Fatiga. Es en ese momento cuando Alfonso VIII de Castilla ordena su segundo movimiento: el grueso de su ejército avanzará contra los musulmanes. Pero…

Pero era demasiado tarde. O para ser más precisos: los almohades eran tantos que cualquier movimiento llegaba fatalmente tarde. «Oscureciose el día con la polvareda y vapor de los que peleaban —dice la crónica mora—, tanto que parecía noche: las *cábilas* de voluntarios *alárabes, algazaces* y ballesteros acudieron con admirable constancia, y rodearon con su muchedumbre a los cristianos y los envolvieron por todas partes. Senanid con sus andaluces, *zenatas, musamudes, gomares* y otros se adelantó al collado donde estaba Alfonso, y allí venció, rompió y deshizo sus tropas».

Encomia mucho la crónica mora el número de los cristianos. Eso es fantasía: fue precisamente la superioridad numérica musulmana lo que inhabilitó la maniobra castellana. Porque por mucho que corrieran los refuerzos de los cristianos, los musulmanes eran más. Y tenían gente suficiente para trabar a la caballería pesada, hacer frente al socorro de este segundo cuerpo y, además, lanzarse al ataque de la posición castellana junto a Alarcos. No había nada que hacer.

Las tropas de refresco moras, las huestes almohades y la guardia del califa, salieron entonces de su quietud y se lanzaron contra las posiciones cristianas. Dentro del escenario principal del combate, rodeado de una muchedumbre de enemigos, Diego López de Haro trataba de abrirse paso. ¿Hacia dónde? Hacia Alarcos, el castillo inacabado. Detrás quedaban en el campo, inermes, los cuerpos de numerosos jefes cristianos: el maestre de la Orden de Santiago, Sancho Fernández de Lemos; el maestre de la Orden portuguesa de Évora, Gonzalo Viegas; Ordoño García de Roda, obispo de Ávila; Pedro Ruiz de Guzmán, obispo de Segovia; Rodrigo Sánchez, obispo de Sigüenza.

Alarcos, no obstante, no era ni mucho menos un lugar seguro: tan sólo un conjunto de construcciones sin muros sólidos ni protección suficiente. Pronto cinco mil sarracenos sitian el lugar. Las posibilidades de defensa son nulas. «Allí fue muy sangrienta la pelea para los cristianos, y en ellos hicieron horrible matanza», dice la crónica mora. Los que pueden, tratan de escapar hacia el collado donde Alfonso VIII ha plantado su tienda. Los demás morirán a manos de los almohades. Diego López de Haro rinde la plaza. Quien negocia la rendición por parte mora es un cristiano: Pedro Fernández de Castro, que apenas si había participado en la batalla, pero que a partir de ahora jugará un papel importante en nuestra historia. En todo caso, con rendición y todo, la entrada de los almohades en Alarcos fue una carnicería. La crónica mora lo describe con delectación:

> *Entraron por fuerza en la fortaleza los vencedores quemando sus puertas y matando a los que las defendían; apoderándose de cuanto allí había, y en campo de armas, riquezas, mantenimientos, provisiones, caballos y ganado, cautivaron muchas mujeres y niños, y mataron muchos enemigos que no se pudieron contar, pues su número cabal sólo Dios que los crio lo sabe. Halláronse en Alarcón veinte mil cautivos.*

Dice la crónica mora que Yusuf II, para gran irritación de sus tropas, liberó a los cautivos. Quizá el califa quiso mostrarse generoso en el momento de la victoria, o tal vez trató de enviar un mensaje político a los otros monarcas cristianos, aquellos que, por falta de tiempo y por la precipitación del rey castellano, no habían llegado al campo de batalla. Sea como fuere, el balance de la batalla ya estaba escrito: un desastre sin paliativos para las armas cristianas. Y un desastre cuyas consecuencias se iban a extender sobre los años siguientes.

Paisaje después de la batalla

Alfonso VIII de Castilla nunca debió dar la batalla a Yusuf en Alarcos sin esperar a que llegaran los refuerzos de León y de Navarra. Pero el hecho es que la dio y la perdió. A primera vista, la batalla no tuvo efectos inmediatos: los almohades levantaron el campo, renunciaron a seguir hacia el norte y se replegaron de nuevo hacia Andalucía. El propio califa, Yusuf, abandonó España y volvió a Marruecos. Pero el golpe ya estaba haciendo su efecto: Castilla se asfixiaba.

La primera consecuencia de Alarcos fue, evidentemente, militar: la potencia castellana, temible hasta ese momento, quedó seriamente quebrantada. No sabemos cuánta gente murió en Alarcos, pero basta repasar la lista de los notables que se dejaron allí la vida para imaginarlo: tres obispos, dos maestres de órdenes militares, etc. Recordemos que en ese momento los reinos cristianos no poseían fuerzas permanentes y que su ejército era la suma de las huestes que los magnates pudieran aportar. Hay que deducir, por tanto, que aquellos jefes militares y religiosos murieron allí con sus hombres. Eso eleva el cálculo a un número de bajas que oscila entre los veinte mil y los treinta mil. Un auténtico desastre. Y Castilla, con su ejército deshecho, se volvía sumamente vulnerable.

La batalla de Alarcos, todo sea dicho, también fue una carnicería para los musulmanes, que se dejaron en el campo decenas de miles de hombres. Pero el Imperio almohade podía permitirse un número elevado de bajas porque tenía cómo reponerlas. De hecho, por eso Yusuf abandonó la Península: volvió a África para reclutar nuevas columnas entre las tribus bereberes del norte y los pueblos negros del sur de su imperio. Por el contrario, los reinos cristianos, que no podían sacar tropas más que de sus propios territorios, tardaban mucho en recomponer su fuerza. Un dato: después de Alarcos, los cristianos tardarán nada menos que diecisiete años en estar en condiciones de lanzar nuevas ofensivas, sin más excepción que algunas cabalgadas de las órdenes militares. Diecisiete años: lo que tarda en llegar a la edad adulta una nueva generación.

Alarcos también tuvo consecuencias graves en el dibujo territorial de la frontera. Por decirlo en dos palabras, a los moros se les abrió el camino de Toledo. Se vino abajo todo el lento y tenaz trabajo de repoblación que se había llevado a cabo en los decenios anteriores, y que había colonizado y fortificado la ancha llanura que se extiende desde la sierra de Guadarrama

hasta Sierra Morena. En efecto, después de esta batalla vamos a ver cómo caen una tras otra las fortalezas cristianas en La Mancha: Calatrava, Caracuel, Benavente, Malagón… Todo el frente que guardaba la Orden de Calatrava se hunde y la frontera mora sube hasta rebasar la altura de Ciudad Real. Desde sus nuevas posiciones, los almohades no dejarán de hostigar una frontera cristiana que saben debilitada. La seguridad de Toledo, la propia capital castellana, vuelve a estar en entredicho. Con La Mancha abierta a las tropas sarracenas, los almohades no tardarán en golpear sobre el valle del Tajo y Extremadura. No ganarán nuevos territorios, pero convertirán la vida de la frontera en un infierno. La repoblación cristiana se frena en seco.

Pero quizá fue en el plano político donde más graves se manifestaron las consecuencias de la derrota de Alarcos. Recordemos que Alfonso de Castilla se había lanzado al combate sin esperar a los reyes de León y de Navarra. El de Navarra, Sancho VII, enojado, vuelve a Pamplona sin la menor consideración. Y el de León, Alfonso IX, enfurecido, acude a Toledo a pedir explicaciones. Explicaciones y algo más, porque en esa tesitura, con Castilla postrada, ha llegado el momento de exigir lo que hasta ahora el orgullo castellano se había negado a dar, y en particular los castillos señalados un año antes en el Tratado de Tordehumos.

Aquí jugó un papel de importancia Pedro Fernández de Castro, «el castellano», aquel magnate que había pasado al campo almohade por su hostilidad a Castilla. La participación de Castro en la batalla de Alarcos no había sido especialmente notable, pero, una vez acabada la lucha, será él quien se encargue de negociar con Diego López de Haro las condiciones de la rendición. Seguramente es a Pedro Fernández de Castro al que hay que atribuir las circunstancias relativamente benignas de la capitulación: Diego López de Haro salvó la vida y se le permitió marchar, así como a los demás supervivientes de Alarcos. Cautivos del moro sólo quedaron doce caballeros como rehenes para el pago de rescates, lo cual era una práctica habitual de la guerra en ese tiempo. Sabemos que esto irritó grandemente a los almohades de Yusuf, que sin duda hubieran preferido una degollina masiva, pero el califa dejó hacer a Castro. ¿A qué estaba jugando el califa? ¿Y a qué estaba jugando Castro?

Todo indica que los dos, Yusuf y Pedro Fernández de Castro, estaban jugando a utilizar la victoria mora de Alarcos para dibujar un nuevo equilibrio político en España. Antes de Alarcos, los cristianos habían formado frente común por insistencia del papa; pero ahora, después de Alarcos, los leoneses

y los navarros estaban enojadísimos por la conducta del castellano, que había querido combatir solo. Por tanto, la ocasión la pintaban calva para provocar una nueva ruptura entre Castilla y León, lo cual aliviaría sobremanera la posición almohade. Es muy sintomático que quien negocie la rendición de Alarcos no sea un caudillo moro victorioso, sino un cristiano como Castro. Y aún más sintomático es que Castro, después de la batalla, aparezca de nuevo junto al rey de León.

¿Cuál era el objetivo de Pedro Fernández de Castro? Desde siempre, recuperar los territorios que el anterior rey de León había otorgado a su padre entre Trujillo y Montánchez, entre el Tajo y el Guadiana; esos territorios que Castilla se había quedado. Mientras duró la alianza entre Castilla y León, Pedro no podía tener la menor esperanza de recuperar aquel señorío familiar, y por eso pasó al lado almohade. Pero ahora, al calor de Alarcos, con Castilla debilitada, León podía plantear exigencias. Y el rey de León podía, además, contemplar la posibilidad de un nuevo pacto con el califa. ¿Quién era el intermediario idóneo para ese pacto? Sin duda, Pedro Fernández de Castro. El cual, por su parte, recuperaría el señorío de los Castro en la frontera.

Hubo pacto, en efecto, entre el califa y León. Hubo también pacto entre el califa y Navarra. Se trataba de pactos temporales y por separado que contemplaban, en el caso de León, una tregua, y en el caso navarro, la neutralidad del reino de Pamplona. Suficiente, en todo caso, para cumplir el objetivo que Yusuf II se había fijado: romper la alianza de los reinos cristianos. Algo, sin embargo, sucedió al margen del programa. Y es que los almohades, después de devastar a conciencia La Mancha y la Extremadura —con apoyo leonés—, marcharon contra los territorios que Castro consideraba suyos: Trujillo, Montánchez, etc. Pedro Fernández de Castro rompió sus relaciones con el califa almohade y pasó decididamente al lado del rey de León, que le nombró mayordomo mayor.

Pero al califa Abu Yakub Yusuf al-Mansur, seguramente, todo aquello le daba ya igual. Había obtenido su propósito, que era deshacer cualquier perspectiva de alianza cristiana contra él. Conseguido eso, volvió a África, donde le quedaba pendiente el problema del rebelde almorávide Ibn Ganiya. La última campaña de Yusuf II fue precisamente contra este último resto de la vieja dinastía. Confinados en el desierto de Libia, los de Ibn Ganiya no pudieron hacer otra cosa que morir con honor. Y una vez resuelto su último problema, Yusuf II entregó su vida en el año 1199. Había reinado quince años.

En ese periodo el Imperio almohade conoció su mayor esplendor. Le sucedió su hijo Muhammad al-Nasir.

¿Y en la España cristiana? Lo que quedaba en la España cristiana era un paisaje de extrema inestabilidad. Vuelve a reproducirse el esquema de pactos y alianzas entre y contra los cinco reinos, en paz unas veces, en guerra otras, buscando cada cual la definición de su propio espacio político a costa del vecino. En los años inmediatamente posteriores a Alarcos, veremos a León atacando la Tierra de Campos castellana y a Navarra haciendo lo propio en La Rioja y Soria. Todo eso mientras la frontera sur castellana sufre algaradas diversas por parte musulmana. Vienen años difíciles. Como siempre.

A perro flaco, todo son pulgas

No hay mejor bálsamo que la victoria ni peor veneno que la derrota. Después del desastre de Alarcos, todas las querellas entre los cinco reinos de la España cristiana vuelven a salir a la luz. Y ahora Castilla lleva las de perder. Sancho VII aprovecha la derrota castellana de Alarcos, fortifica el castillo de Cuervo, próximo a Logroño, y desde allí lanza devastadoras expediciones contra Soria y Almazán. Alfonso IX de León hace lo mismo: entra en la Tierra de Campos y llega hasta Carrión y Villalcázar de Sirga, y lo hace, además, acompañado de huestes almohades. La guerra llena el paisaje.

Y sin embargo, estos años de guerra y hostilidad van a ser también años de acuerdos y paces. Parece que tuvo una importancia decisiva en este asunto la peregrinación de Alfonso II de Aragón a Santiago de Compostela. El Rey Trovador aún no tenía cuarenta años, pero debía de sentirse muy enfermo, porque ya hemos visto que era costumbre de los reyes peregrinar a Santiago antes de rendir la vida. Alfonso de Aragón, de hecho, va a morir pocas semanas después. La cuestión es que a la vuelta de Santiago, ya entrado el año de 1196, Alfonso II aprovechó el viaje para llamar a entendimiento a los caudillos de la España cristiana. Aunque al rey de León no le entusiasmaba particularmente la idea, los otros monarcas —el de Castilla y el de Navarra— sí aceptaron encontrarse con el Rey Trovador en Tarazona. El acuerdo sirvió, ante todo, para pacificar las fronteras. La paz durará poco, pero al menos marcaba una pausa en el conflicto.

Es indudable que en este gesto del Rey Trovador influyó decisivamente la política papal: el ancianísimo papa Celestino III —noventa años en 1196—

mantenía su programa de paz entre los cristianos y guerra contra el musulmán, programa que incluía la excomunión para el cristiano que colaborara con los sarracenos. Esta política dejaba en muy mal lugar a los cristianos que, como el rey de León Alfonso IX, habían pactado treguas con los almohades. Y por el contrario, beneficiaba a los que, como Alfonso VIII de Castilla, mantenían a todo trance la lucha contra los musulmanes. Cuando los dos Alfonsos —el de Castilla y el de Aragón— recuperaron el espíritu de amistad que les caracterizó en su juventud, dejando de lado al tercer Alfonso —el de León—, el mapa político de la Península volvió a cambiar.

Murió inmediatamente después Alfonso II de Aragón, el Rey Trovador, y le sucedió su hijo Pedro II. Murió también el papa Celestino III, con más de noventa años, y le sucedió Inocencio III: un joven jurista de familia aristocrática, enérgico y de una integridad moral ejemplar. Pero estos cambios no modificaron el mapa político, al revés. Pedro II ratificó los pactos de su padre con Castilla. Inocencio III acentuó el programa cruzado de su predecesor. Y ahora, en España, dos reyes quedaban en situación francamente desairada: Sancho VII de Navarra y, una vez más, Alfonso IX de León.

¿Por qué Sancho de Navarra quedaba en posición desairada? Porque, desde mucho tiempo atrás, todo pacto entre Castilla y Aragón implicaba siempre el reparto de Navarra entre sus dos vecinos. Sancho lo sabía y trató de oponer resistencia, pero en vano. A partir de mayo de 1198, castellanos y aragoneses golpean las fronteras navarras. Pedro de Aragón conquista el Roncal, Burguí y Albar; Alfonso de Castilla se queda con Miranda de Arga e Inzura. Sancho de Navarra reacciona con una jugada política: como no puede enfrentarse a la vez a castellanos y aragoneses, trata de neutralizar a estos últimos. ¿Cómo? Ofreciendo al rey Pedro II de Aragón la mano de una hermana suya. Era un matrimonio imposible por consanguinidad, pero sirvió para detener la ofensiva aragonesa. No pudo, sin embargo, frenar a los castellanos, que en los meses siguientes intensifican su actividad en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya. Sancho se ve acorralado y toma una decisión arriesgadísima: entra en tratos con los almohades. El papa, en consecuencia, excomulgará al rey de Navarra.

El otro que quedaba en posición dificilísima era Alfonso IX de León, y ello por los pactos que había suscrito con los moros. La política leonesa en ese momento, ya lo hemos visto, consistía en golpear a Castilla con la seguridad de que la tregua con los almohades mantendría tranquila la frontera sur. Pero ahora todo daba la vuelta: el pacto con los moros y la agresión a

Castilla convertían al rey de León en objeto de excomunión, y castellanos y aragoneses, juntos de nuevo, constituían un bloque al que Alfonso no estaba en condiciones de desafiar. Para dejar claras sus intenciones, las huestes de Aragón y de Castilla entran juntas en la Tierra de Campos y toman varias plazas fuertes, mientras Alfonso VIII fortifica la Transierra. Pero ése no era el único problema del rey de León: porque Sancho de Portugal, aprovechando la excomunión de Alfonso IX, se apresura a sacar tajada e invade también el territorio leonés. Va a ser una larga guerra de tres años (entre 1196 y 1199) durante los que veremos una serie ininterrumpida de expediciones de saqueo. Sólo hubo una batalla realmente importante: la de Ervas Tenras, cerca de Pinhel, donde cayó una porción notable de la nobleza portuguesa.

Alfonso IX de León necesitaba buscar una salida para cerrar los frentes abiertos. Castilla, por su parte, también quería solucionar el contencioso leonés, porque no podía permitirse mantener una guerra en el norte mientras la frontera permanecía abierta a los moros en el sur. El interés común era llegar a un acuerdo. ¿Cuál? Un matrimonio, como era costumbre en esos tiempos: Alfonso IX de León desposaría a la infanta Berenguela, la hija mayor de Alfonso VIII de Castilla. El rey de León tenía en ese momento veintisiete años; Berenguela, dieciocho, y era la única heredera del trono castellano. El primero había estado casado con Teresa de Portugal; ella, con Conrado de Rothenburg, un hijo del emperador Federico Barbarroja. Berenguela aportaba como dote las fortalezas que Castilla había conquistado a León. Si el matrimonio tuviera un descendiente, esos castillos pasarían al hijo; si no, volverían a León. Mientras tanto, los castillos de la discordia serían gobernados por nobles castellanos y leoneses. Era una manera de frenar en seco las guerras fronterizas.

El matrimonio de Berenguela de Castilla y Alfonso de León fue extremadamente polémico. Los esposos eran parientes (Alfonso era tío segundo de Berenguela), de manera que muchos pidieron la nulidad del enlace. Entre quienes la pidieron con mayor vigor figuran, por supuesto, el resto de los monarcas cristianos de España, que no querían en modo alguno ver en la Península un bloque de poder castellano-leonés. Habrá nuevos enfrentamientos y nuevas guerras. El papa terminará anulando el matrimonio. Pero, entre tanto, Berenguela y Alfonso tuvieron un hijo cuya legitimidad sería reconocida. Ese hijo se llamaba Fernando. Pasará a la historia como Fernando III el Santo y bajo su cetro se unirán de nuevo Castilla y León. Pero aún quedaban algunos años para eso.

De momento, quien iba a pasarlo francamente mal era Sancho VII de Navarra. Todas las alianzas que se iban fraguando en España le perjudicaban. Alfonso VIII de Castilla insiste en ganar territorios al norte. ¿Por qué? Por el valor estratégico y comercial de los puertos vascos. Así, en torno a 1199, puede hablarse abiertamente de asedio en toda la línea de Álava, Guipúzcoa y el Duranguesado. Sancho de Navarra está ya en Murcia, primero, y en Marruecos después, buscando ayuda. Será todo en vano. Más aún, terminará preso en África, y es allí donde, ya entrado el año 1200, se entera de que Vitoria, San Sebastián y Fuenterrabía han caído en manos castellanas.

Particular importancia tuvo la pérdida de Vitoria, una ciudad que había sido construida veinte años antes por el anterior rey de Navarra, Sancho VI, precisamente como valladar frente a los castellanos. Vitoria se rindió después de un largo asedio de ocho meses. Defendía la plaza un tal Martín Chipía, que saldría vivo de allí, pero que mientras tanto dejaría huella de una tenacidad sin límites. De hecho, Martín Chipía, a pesar de haberse quedado sin víveres ni agua, no se rindió hasta que el propio rey Sancho dio su permiso. Fue el obispo de Pamplona, García Fernández, quien acudió a Marruecos para ver al rey y contarle que todo estaba perdido. Sancho VII se resignó. Y sólo entonces el bravo Martín Chipía abrió las puertas de Vitoria.

Aquella ofensiva castellana sobre lo que hoy es el País Vasco tuvo un enorme alcance. A Castilla le abrió los puertos del Cantábrico —en aquella época sólo controlaba Santoña, en Santander— y las rutas comerciales que pasaban por Vitoria. A Navarra la obligó a volcar su política hacia el norte, a las tierras de Gascuña, y pronto veremos barcos navarros en el puerto de Bayona. Se reconfigura así el paisaje de los cinco reinos, que empiezan a evolucionar al ritmo que marcan los acontecimientos.

Los reyes aumentan su poder a costa de los nobles

Un reino medieval no es un estado moderno: es otra cosa. ¿Por qué? Porque nuestros reinos todavía no tienen una unidad de poder propiamente dicha, ni unidad económica, ni unidad jurisdiccional. Sin embargo, es ahora, en el siglo XII, cuando los reinos españoles comienzan a adoptar una estructura política que, poco a poco, evolucionará hasta formar algo que ya podemos considerar como embrión del estado. Y lo más notable es que todos nuestros reyes, —los

tres Alfonsos el de Castilla, el de León y el de Aragón— y los dos Sanchos —el de Navarra y el de Portugal— van a vivir este proceso a la vez.

Fue un proceso largo, una tendencia sostenida durante mucho tiempo: no empieza ahora ni terminará tampoco ahora. Pero sí es precisamente en este momento, en los dos últimos decenios del siglo XII, cuando todos los reinos de la España cristiana acometen a la vez el mismo programa: todos los reyes, sin excepción, toman medidas que aumentan su poder frente al de los magnates. Y eso será de una importancia decisiva para nuestra historia.

Si usted se acuerda, la última vez que pasamos por el Reino de Aragón habíamos visto a Alfonso II, el Rey Trovador, entregado a una tarea de este género: imposición de una política unitaria en los distintos condados, control del territorio a través de las veguerías, recuperación del dominio sobre las fortalezas y los castillos de los señores, organización de un sistema de impuestos que proporcionara la adecuada base fiscal a la política de la corona… Al Rey Trovador esta política le costó mil sinsabores, y de hecho tuvo que dar marcha atrás en muchas de sus iniciativas. Pero el problema seguía vivo, de manera que la patata caliente pasó tal cual a su hijo y heredero, Pedro II.

¿Y qué hizo Pedro II? Huir hacia delante. La nobleza no permitió que se cuestionara su jurisdicción particular sobre sus señoríos. Dicho de otra manera: los nobles no consintieron que el rey quisiera atribuirse derechos y rentas sobre los territorios que ellos consideraban como propios. Pero, al mismo tiempo, el rey estaba obligado a recompensar los servicios de la nobleza en el terreno militar. ¿Y con qué podía el rey pagar esos servicios si no podía obtener recursos de los señoríos? Con un solo instrumento: aumentar la presión fiscal sobre la población. Así los pobres serían más pobres para que los ricos fueran más ricos. Pero ni siquiera con eso bastó para equilibrar las cuentas, de manera que Pedro II tuvo que echar mano de recursos de urgencia: enajenar el patrimonio regio, arrendar la jurisdicción real… Es decir, entregar a otros la gestión de los derechos políticos y económicos de la corona a cambio de dinero. Terminó endeudándose hasta las cejas. Aragón tardará muchos años en recuperarse de esta política.

Los problemas de Aragón derivaban de la estructura plenamente feudal del reino, especialmente en los condados catalanes. Era un paisaje que en otros reinos de la España cristiana tenía menos vigencia. Por ejemplo, en Castilla, que se había construido sobre bases enteramente distintas. Pero, a pesar de esa distinta composición, también en Castilla vamos a encontrar una

decidida política de afirmación del poder regio frente a los magnates. Y eso lo veremos especialmente en la política de repoblación, tanto en el norte como en el sur del reino de Alfonso VIII.

Política castellana en el norte: llenar el territorio. Después de las campañas en tierra vasca, Alfonso VIII funda (o refunda) villas marineras en el Cantábrico, impulsa los centros urbanos en el Camino de Santiago y cubre de pequeñas poblaciones los espacios entre el Camino y el mar. Basta ver los fueros de estas localidades para descubrir su misión: todos ellos contemplan con detalle las actividades comerciales y artesanales. Es decir que Alfonso VIII estaba aplicando algo que ya podríamos llamar como política económica; una política orientada sobre todo a estimular el comercio interior. Hacia 1184 comienzan a celebrarse las ferias de Alcalá de Henares, y en una fecha no distante de ésta, Castilla empieza a acuñar maravedíes de oro, como los *andalusíes*. Es también el momento en el que aparece en Castilla una ganadería de amplísimos espacios que abarca desde el cauce del Ebro hasta el sur del Tajo.

¿Y cuál era la política castellana en el sur del Tajo? El imperativo era, igualmente, repoblar, pero allí las circunstancias eran muy distintas, porque esos espacios no dejaban de estar expuestos a los ataques musulmanes. Y entonces la corona, siempre celosa de reforzar su poder frente a los grandes nobles, optó por encomendar la repoblación a las órdenes militares. Las órdenes militares eran más de fiar que los señoríos nobiliarios por una razón evidente: los maestres y caballeros de las órdenes, por su propia condición, no iban a configurar señoríos propios que pudieran, eventualmente, rebelarse contra el rey y pactar con el enemigo. De manera que las órdenes no sólo se encargan de mantener la defensa de la frontera, sino que además la gobiernan en nombre del rey y la someten a la jurisdicción de la corona.

Es significativo que estas líneas políticas sean prácticamente las mismas que está desarrollando Alfonso IX en León. En el norte, por ejemplo, el periodo de gobierno de Alfonso IX se caracteriza por un intenso trabajo en las vías de comunicación entre el Bierzo y Galicia, trabajo claramente orientado a reforzar las rutas comerciales del reino con la vista puesta en el mar. En el sur, mientras tanto, son las órdenes militares las que vertebran el territorio, como está ocurriendo en Castilla, y siempre bajo el control de la corona. Así, lo mismo en el norte que en el sur, se consolidan las viejas villas o se fundan otras nuevas, cada cual con sus correspondientes fueros. Y por cierto que estos fueros apuntan casi siempre a reforzar la jurisdicción regia en

detrimento de las jurisdicciones señoriales: el derecho de realengo se impone sobre los señoríos. El rey se ocupa incluso de fijar un tipo de impuesto —la moneda forera, aprobada por la curia en 1202— que estipula la entrega de una cantidad determinada a la corona a cambio de que el rey se comprometa a no devaluar la moneda en un periodo de siete años.

Del rey leonés ya hemos contado que fue el primero en introducir a los representantes de las ciudades dentro de la curia, con lo cual nacen las primeras Cortes democráticas. Esta innovación presenta un alcance muy particular si la ponemos en el contexto de la oposición entre la corona y los nobles. Aquí, por cierto, Alfonso IX hizo algo hasta entonces inédito en tierras leonesas: se reservó la potestad de revocar las enajenaciones de derechos y patrimonio regio. ¿De qué se trata? De lo siguiente: hasta ese momento, cuando el rey concedía derechos o tierras a los nobles lo hacía de una vez y para siempre, de manera que ese noble disfrutaba de lo obtenido en plena propiedad. Pero ahora Alfonso IX, para atar corto a los señores, decide que las donaciones regias han de ser confirmadas de nuevo por el propio rey, y esta nueva confirmación permitirá modificar las condiciones de entrega y posibilitará que el rey recupere territorios o derechos y, además, que cobre una cantidad por expedir los nuevos documentos. Un tipo listo.

Vayamos ahora a Portugal, donde se abre un periodo francamente amargo. El rey Sancho I vive obsesionado con una idea: repoblar y fortificar a toda costa la frontera. Obsesión justificada, después de todo. Hasta ese momento, la nobleza del joven reino había sido capaz de afrontar esa misión decisiva. Ahora, sin embargo, las cosas habían cambiado: se abre una brecha entre el rey y sus nobles. ¿Por qué? Por la conjunción de distintos factores, y todos ellos hay que tenerlos en cuenta porque, además, una situación semejante afectó a todos los reinos cristianos.

Por un lado, Portugal vive un estado de guerra permanente en dos frentes: contra León por el norte y contra los musulmanes por el sur. Son demasiados frentes para un reino tan pequeño. Las derrotas se suceden, y nadie gusta de seguir a un caudillo que pierde. ¿Y por qué perdía batallas Portugal, un reino al que hace aún pocos años hemos visto en excelente forma? Por la escasez de recursos: en los años siguientes a 1196 se suceden varios periodos consecutivos de sequía y hambre que van a disparar la conflictividad social y la inseguridad. A perro flaco, todo son pulgas: una parte importante de la nobleza tratará de sobrevivir explotando a sus súbditos, lo cual conducirá a rebeliones sin cuento. Rebeliones en las que el rey, muy frecuentemente, se

pondrá del lado de los súbditos, lo cual agrandará aún más la brecha entre la corona y los magnates.

Como el rey Sancho no puede contar con sus nobles, la repoblación de la peligrosísima frontera sur la hace el monarca en primera persona: las tierras fronterizas son declaradas de realengo —esto es, propiedad del rey— y allí acuden a instalarse miles de pobladores, con mucha frecuencia extranjeros (flamencos, francos, etc.) a los que el rey dota inmediatamente de fueros propios. Esta política de repoblación y defensa, acompañada por el éxito, aportó una novedad notable en el Reino de Portugal: también aquí, la autoridad del monarca conoce una fuerte consolidación frente al poder de los magnates nobiliarios y eclesiásticos.

Y mientras en Portugal vivían años difíciles, en Navarra ataban los perros con longanizas. Es interesante: la Navarra de Sancho VII, atacada por Castilla, enemistada con Aragón, mutilada de sus posesiones en las Vascongadas y el Cantábrico, sin embargo es un emporio de riqueza. ¿Por qué? Fundamentalmente, por una excelente administración de sus propios recursos. Tanto Sancho VI como, sobre todo, Sancho VII se aplican a unificar los tributos de la jurisdicción de realengo —o sea, de los derechos y territorios que correspondían al rey—, a homogeneizar la relación fiscal de la corona con las comunidades, a organizar la recaudación de impuestos en las fronteras y a sistematizar los censos urbanos. El resultado de esa política fue un aumento exponencial del Tesoro real. De hecho, la hacienda navarra fue la única que en este periodo tuvo excedentes.

Esta saneada situación económica permitió a Sancho VII hacer frente con cierta soltura a los numerosos sinsabores políticos del momento. La pérdida de los puertos vascos se compensó con la obtención del derecho de uso del puerto de Bayona, previo pacto con el rey inglés Juan sin Tierra, que en aquella época controlaba el suroeste de Francia. Los comerciantes gascones entraron en Navarra y viceversa, con lo cual la economía del reino aún conoció mayores impulsos. Y tan desahogada era la situación financiera de Navarra que Sancho VII, al menos en lo que concierne a sus relaciones con el Reino de Aragón, terminó recuperando por vía económica lo que perdió por vía política: a cambio de generosos préstamos, el aragonés Pedro II ya hemos visto aquí sus apuros financieros entregó al rey navarro varias plazas, desde Petilla de Aragón hasta Escó y Tramoz, entre otras.

Así nuestros cinco reinos, cada cual según sus propias circunstancias, se van transformando. Pero nuestros cinco reinos no estaban solos en el mundo:

alrededor estaban pasando muchas cosas. Y una de ellas iba a hacer que toda la cristiandad suspendiera el aliento: en las regiones francesas bajo control aragonés ha surgido la herejía cátara. Una guerra terrible teñirá de sangre el Languedoc.

El asunto de los cátaros salpica al rey de Aragón

Situémonos. Estamos en el sur de Francia, el mismo escenario donde han nacido la poesía trovadoresca y el amor cortés. A lo largo del siglo XII, hasta aquí han ido llegando singulares doctrinas religiosas que vienen de Oriente, transportadas por las rutas comerciales. Se trata de doctrinas que están extendiéndose también en el área eslava. Estas doctrinas no forman un credo unitario: son más bien ideas recogidas de aquí y allá cuyo único rasgo común es la heterodoxia respecto a Roma. ¿Y en qué consisten esas ideas? Ante todo, en una transposición del viejo maniqueísmo persa con su radical oposición entre materia y espíritu. El concepto central de estas doctrinas es la idea de pureza, y por eso a sus adeptos se les llamará «cátaros», que en griego —kazarós— quiere decir «los puros».

Un cierto romanticismo posmoderno ha convertido a los cátaros en algo así como una cofradía del libre pensamiento. Nada más lejos de la realidad. El catarismo era una secta fundamentalista. Su doctrina se basaba en una contraposición radical entre el bien y el mal, lo puro y lo impuro. Dios —decían— ha creado el mundo espiritual, pero el mundo material no es obra de Dios, sino de Satán. Dios no se encarnó en Jesús —pues el espíritu no puede encarnarse, ya que la materia es el mal—, sino que Jesús fue una aparición que enseñó a los hombres el camino hacia Dios. Cualquier cosa que ligue a los hombres con lo terrenal es una fuente de pecado; por ejemplo, los juramentos (y se entenderá la importancia de esto en un mundo donde el juramento de fidelidad y vasallaje era la base del orden social). De esta manera, lo que el hombre debe hacer para buscar su salvación es alejarse lo más posible de la materia, de lo mundano —incluida la propia Iglesia—, para llegar al espíritu puro.

Estas doctrinas se extendieron de manera singular por el tercio sur de Francia, en la región de la Occitania o Languedoc. Apenas si salieron de esa región. ¿Por qué ahí y no en otro lugar? Es una pregunta a la que nadie ha sabido responder, pero en la localización del fenómeno seguramente

influyeron razones a la vez políticas y culturales: por un lado, la predicación de la pureza ascética causaba gran impresión en un medio tan hondamente religioso como la sociedad medieval; por otro, los poderes locales no dejaban de encontrar en ella una forma de singularizarse, de reivindicar cierta identidad propia. De hecho, será la protección del poder la que permita al catarismo arraigar en el sur de Francia: tanto los duques de Aquitania como los condes de Tolosa protegen al movimiento. Y gracias a esa protección, fracasarán los sucesivos intentos de Roma por extirpar la herejía. A finales del siglo XII, el catarismo se había convertido ya en un fenómeno que ponía en franco peligro la unidad de la Europa cristiana.

Los reyes españoles no pueden ser ajenos a lo que está sucediendo en el sur de Francia. Por una parte, Sancho VII de Navarra está ampliando su influencia al norte del Pirineo: ha logrado la paz entre ingleses y franceses en la región, ha casado a su hermana Blanca con el conde Teobaldo de Champaña, ha obtenido el vasallaje del vizconde de Tartas, del señor de Agramunt y de otros veintisiete señores de las comarcas de Mixe y Soulé… Pero es sobre todo Aragón quien tiene algo que decir en esta historia. Aragón, recordemos, mantenía su presencia en la Occitania. Cuando murió Alfonso II, que había unido en su persona el gobierno sobre los dos lados del Pirineo, se optó por volver a la vieja fórmula: que un heredero de Aragón gobernara en las tierras españolas —Pedro— y otro en las tierras francesas. Al que le tocó el lote francés fue al otro hijo de Alfonso II, llamado también Alfonso. Pero el rey Pedro II se casó en 1204 con María de Montpellier, y este señorío quedó así de nuevo incorporado a la corona aragonesa. De manera que muchos de los señoríos donde estalla el problema cátaro eran precisamente vasallos de Aragón.

Esto es importante tenerlo en cuenta porque el asunto de los cátaros, aun siendo esencialmente un problema religioso, no habría tenido el alcance que tuvo sin un contexto político muy determinado. Ese contexto podemos definirlo así: la superposición de varios conflictos simultáneos. Por un lado permanece viva la oposición entre el imperio, ahora con Federico II Hohenstauffen como protagonista, y el papado, donde ahora se sienta Inocencio III. Por otro lado sigue latiendo el enfrentamiento, en lo que hoy es Francia, entre los Plantagenet ingleses y los francos, cuyo rey Felipe Augusto no ha renunciado a ampliar sus dominios. A eso hay que sumar, naturalmente, la guerra sin cuartel entre la cristiandad y el islam, que alimenta el espíritu de cruzada. Añadamos una cuestión de orden interior en absoluto desdeñable: la ambición de los reyes de aumentar su poder a expensas de los poderes

señoriales y nobiliarios, un proceso que ya hemos visto aquí a propósito de España, pero que igualmente está ocurriendo en el resto de Europa. Y en ese contexto explosivo se prende la cuestión cátara.

El problema cátaro tenía numerosas implicaciones políticas. Primera: la herejía había sido relativamente bien acogida por varios nobles, lo cual dará al rey de Francia un pretexto para atacar a éstos y así menoscabar su poder en provecho propio. Segunda: la región más afectada por el movimiento cátaro era el Languedoc, un área donde el rey de Aragón pesaba más que el francés, de manera que el rey de Francia no perderá la oportunidad de pescar en río revuelto. Tercera: en el espíritu de cruzada reinante en Europa, la represión del fenómeno cátaro ponía a los monarcas europeos en posición de ganar puntos ante el papa, y tanto el rey de Aragón como el de Francia se aplicarán a aparecer como el brazo armado predilecto del Pontífice. Todos esos factores permiten entender la ola de terror que se extendió por el sur de Francia en esos años.

Resumamos los hechos. En 1198, Inocencio III, recién llegado a la Silla de Pedro, decide suprimir el movimiento cátaro sin más contemplaciones. En principio, la acción que el papa se propone es estrictamente pacífica, una suerte de reevangelización del Languedoc. Pero los dos grandes poderes políticos de la zona, Pedro II de Aragón y el conde de Tolosa, antiguos enemigos, temen que esa acción pacífica pueda transformarse en una cruzada bélica, de manera que optan por dejar aparte sus viejas diferencias y suscriben una alianza. Mientras Aragón y Tolosa unen sus destinos, los legados del papa hacen su trabajo en el Languedoc: predican a las gentes, se entrevistan con los nobles y los obispos, excomulgan a los refractarios… Pronto surge un problema: los obispos locales no aceptan la autoridad de los legados del papa. Pedro II de Aragón, buscando reforzar la política del papa, convoca en Beziers un concilio con sacerdotes católicos y predicadores cátaros. Sin resultado.

La vía pacífica para resolver el problema cátaro no está dando frutos. El papa sondea al rey de Francia, Felipe Augusto, para que encabece una cruzada contra los cátaros. Pedro de Aragón, alarmado, se apresura a acudir a Roma y se hace coronar por el papa; es un gesto cargado de sentido, porque significa que el rey de Aragón se convierte en vasallo de Roma. Los reyes de Aragón siempre habían mantenido relaciones de subordinación expresa con el papa, pero en esta ocasión hay una razón suplementaria: convirtiéndose en vasallo del papa, Pedro II pretende que las tierras francesas de Aragón queden

a salvo de una cruzada. Más aún: Pedro se presenta ahora como el líder natural de la cruzada anticátara que el papa está alentando. Pero Inocencio III no se fia del rey de Aragón: teme que no sea lo bastante duro con los nobles sospechosos de simpatizar con los cátaros. Así que no será Pedro quien dirija la cruzada.

En esta situación ocurre lo peor que podía ocurrir: el legado papal Pedro de Castelnau es asesinado. Este Castelnau, un cisterciense particularmente duro, había excomulgado meses atrás al conde Raimundo de Tolosa, nada menos, por considerar que contemporizaba demasiado con los cátaros. Raimundo y Castelnau se entrevistaron en enero de 1208.Allí ardió Troya: la reunión terminó aún peor de lo que había empezado. Pocos días después, un criado de Raimundo asesinaba al legado Castelnau. El criado juró que no había actuado por orden de su señor, pero la excusa no era demasiado verosímil. Aquel crimen precipitó la intervención militar contra los cátaros. Y Pedro de Aragón, aliado de Raimundo de Tolosa, quedaba en una posición francamente complicada.

La cruzada empieza en ese año de 1208. El papa declara que las posesiones de los cátaros serán para quien las tome y concede indulgencias a quienes combatan a los herejes. Asimismo, Inocencio III designa a su paladín: Felipe Augusto de Francia. Éste sabe que la aventura sólo puede procurarle réditos políticos, pero no las tiene todas consigo: en ese momento está en guerra con Juan sin Tierra, el rey inglés, y teme que la operación contra los cátaros en el sur le reste fuerza en ese otro frente. No obstante, Felipe acepta la propuesta del papa y, aunque él rehúsa acudir personalmente al escenario del conflicto, permitirá que los nobles del reino se enrolen en la cruzada. Y éstos lo hacen en masa: centenares de caballeros del norte y el centro de Francia, todos ellos con sus huestes, viajan al sur para perseguir a los cátaros. Éstos se hacen fuertes en los distintos castillos de la región. Será una guerra de asedio sin cuartel.

A partir de aquí, las cosas se complican de manera extraordinaria: por debajo de la cruzada anticátara, lo que de verdad se desata es una guerra civil en la que salen a la luz todas las viejas querellas contenidas durante los años anteriores. Raimundo de Tolosa, que necesita congraciarse con Roma después del asesinato del legado Castelnau, se pone al frente de la manifestación y ataca las tierras de Albí (por eso a los cátaros se les llama también albigenses). Pero, en la operación, Raimundo aprovecha para ajustar cuentas con su sobrino y enemigo Ramón Roger Trencavel, vizconde de Albí y

vasallo a su vez del rey de Aragón. Con el pretexto de la lucha contra el cátaro se abre la veda para ventilar problemas territoriales. Y así otros muchos señores occitanos (los condes de Valentines y de Auvernia, el vizconde de Anduze, los obispos de Burdeos y Ager, etc.) forman huestes para atacar a sus enemigos.

Al mismo tiempo que estallan las luchas territoriales, lo hacen también las luchas sociales. El catarismo se había extendido de manera particular entre las capas más ricas de la población occitana, y así las capas más pobres encontrarán en la cruzada una buena oportunidad para dar rienda suelta a su frustración. La «compañía blanca» del obispo Folquet de Tolosa, formada para luchar contra los usureros y los herejes, se ve súbitamente engrosada por una auténtica muchedumbre de paisanos que se dedica a perseguir a los ricos de la región, cátaros o no. Pronto la situación se hace incontrolable.

El momento cumbre del conflicto es la batalla de Beziers, donde los cruzados copan y aniquilan a las huestes de la nobleza pro cátara. Y entonces aparece un personaje fundamental: Simón de Monfort, un señor feudal del norte de Francia, más vinculado a la corona inglesa que a la francesa, pero cuya familia juega a las dos barajas según las conveniencias. Simón acaba de volver de Tierra Santa. Inmediatamente se suma a esta nueva cruzada. Participa con sus huestes en el asedio de Beziers y después en el de Carcasona. Este último episodio le convierte en jefe de la cruzada albigense. Simón multiplica sus ofensivas: Bram, Minerva, Termes, Cabaret, Lavaur… Y retengamos este nombre, el de Simón de Monfort, porque va a influir de modo notable en la historia de los reinos españoles.

El catarismo como movimiento religioso desapareció realmente en estos últimos episodios. A veces sus adeptos serán dejados libres, como en Carcasona, pero en otros lugares serán quemados en masa. De los cátaros ya sólo quedaban algunos enclaves aislados. Pero entonces el problema religioso se convierte en problema político, porque Simón de Monfort, estimulado por sus conquistas, aspira a crearse un señorío propio en la Occitania, con la consiguiente oposición de los señores de la región. ¿Y de quién eran vasallos estos señores occitanos? Del rey de Aragón, Pedro II, que se ve así metido de hoz y coz en un auténtico avispero.

Pedro II no era, ni mucho menos, un cátaro ni simpatizante de los herejes. Al revés. Las circunstancias, sin embargo, le habían convertido en protector de una porción de la nobleza occitana que se oponía a la cruzada albigense. Pedro, inteligente, optará por una solución diplomática: pacta el matrimonio

de su hijo Jaime, que en ese momento tiene sólo tres años de edad, con la hija de Simón de Monfort, Amicia. Sin embargo, el pacto no dará resultado. A Pedro II esta historia le costará la vida. Pero no adelantemos acontecimientos, porque en ese mismo momento pasaban cosas de gran importancia en el sur. En España se dibujaba una nueva alianza. Y Pedro II de Aragón también aquí tenía algo que decir.

Hacia una nueva alianza

Mientras el sur de Francia se cubre de sangre y fuego con la cruzada albigense, en España empiezan a cambiar muchas cosas: el paisaje de hostilidad y crisis que nació de la derrota de Alarcos ha ido evolucionando hacia colores menos ásperos. El primer decenio del siglo XIII verá cómo se conforma en España una nueva alianza. Y esta vez los frutos serán memorables.

Son, en efecto, tiempos de paces y concordias, de acuerdos y pactos. Algunos de ellos pueden parecer extremadamente endebles, y sin embargo todos representan un cambio importante respecto a la situación anterior. Vale la pena detallarlos, porque la sucesión de tratados en unos pocos años es muy elocuente. Desde 1198 Castilla y Aragón vuelven a ser aliados por el acuerdo de Calatayud, primero, y después el de Daroca, en 1201. Entre 1206 y 1209 se suceden los pactos de Castilla con León, desde el acuerdo de Cabreros hasta el de Valladolid. En 1207 Castilla firma igualmente paces con Navarra con los acuerdos de Guadalajara y de Mallén. Desde 1208 el heredero de Portugal, que reinará como Alfonso II, está casado con una infanta castellana, Urraca. En 1209 Navarra pacta con Aragón la paz de Monteagudo. La actividad diplomática es incesante.

Con ojos de hoy, podemos pensar que esta densísima trama de pactos y acuerdos garantizaba una paz duradera dentro de la España cristiana. Nada más lejos de la realidad: todas estas paces no son sino pausas en una tensión política que no cesa. Porque Portugal y León siguen manteniendo conflictos sin cuento, y León y Castilla tampoco han dejado atrás sus permanentes roces fronterizos. Pero lo llamativo de la situación es precisamente eso: a pesar de que los problemas entre los reinos siguen vivos, parece haber una voluntad no menos viva de solucionarlos con un pacto tras otro, un acuerdo tras otro. Y ésta es la gran novedad: entre Alarcos y el cambio de siglo, la tónica había

sido la permanente querella y la búsqueda del conflicto por reajustes territoriales; ahora los conflictos no habían desaparecido, pero la tónica era la búsqueda continua de acuerdos que permitieran apaciguar las relaciones entre los reinos cristianos.

En esta búsqueda de paces y acuerdos fue determinante, sin duda, la creciente amenaza musulmana en España. ¿Qué han estado haciendo los musulmanes hasta entonces? Fundamentalmente, resolver problemas internos. Yusuf II ha muerto en 1199 y ha llegado al trono almohade su hijo al-Nasir, que se ocupa de terminar el trabajo de su padre. Al-Nasir no es exactamente un hombre de paz: duro y fanático, ha jurado llegar a Roma y que su caballo abreve en el Tíber. Entre 1202 y 1203 los almohades consiguen por fin expulsar a los almorávides de las Baleares. Entre 1204 y 1206 derrotan también a los almorávides del clan Ganiya en el Magreb. Acto seguido afianzan su control político en Túnez a través de un clan aliado, los *hafsíes*. Con una estructura política bien organizada y una economía próspera, el imperio alcanza su máximo esplendor. Y al-Nasir, al que las crónicas cristianas llaman Miramamolín (por la fórmula árabe «Amir-al-muslimin», que quiere decir «emir de los creyentes»), tiene los ojos puestos en España. Desde unos años antes, los almohades mantenían en España una serie de treguas que les permitieron hacer frente a sus problemas en África con las espaldas cubiertas. Pero ahora, a la altura de 1210, esas treguas expiraban. Y todo el mundo lo sabía.

Lo sabía, sin duda, el papa Inocencio III, que mantenía vigente su programa de unidad entre los cristianos y guerra al islam. Todos los monarcas españoles suscribían, claro, la política papal, pero del dicho al hecho hay mucho trecho, y el programa de Roma, que era de fácil aplicación en un escenario como el de Tierra Santa, resultaba algo más problemático en una situación como la española. El asunto puede resumirse así: desde el punto de vista de los reinos españoles, no podría hacerse la guerra al moro si antes no se solucionaban las pertinaces querellas entre reinos cristianos, y éstas, a su vez, no podrían solucionarse si el propio papa no levantaba el veto sobre determinados aspectos de la política interior española como, por ejemplo, los matrimonios entre casas reinantes, cual el de Alfonso IX de León y Berenguela de Castilla. Mientras un reino cristiano se sintiera amenazado por el vecino, no le quedaría otra opción que buscar un acuerdo con los almohades para mantener tranquilo al menos uno de sus frentes.

Este paisaje, de todas maneras, cambiaría por la propia fuerza de los hechos. Los almohades han atacado Barcelona en 1210. Pedro II ha reaccionado con acierto, ha detenido la ofensiva y ha respondido con un ataque generalizado en la región valenciana. Así Aragón conquista los castillos de Castielfabib y Ademuz, entre otros. La lógica de la cruzada invitaba a que todos los demás reinos cristianos españoles secundaran a Aragón, pero la situación es delicada porque, en ese momento, otros reinos —por ejemplo, Castilla— están en paz con los almohades. El papa lo sabe y, consciente de la situación, busca una fórmula alternativa: no pide al rey de Castilla que declare la guerra a los musulmanes, pero insta a los obispos castellanos a que a su vez actúen para que Alfonso VIII no impida a sus súbditos correr en auxilio de Aragón. De esta manera no será Castilla, sino algunos de sus hombres, quienes entren en guerra.

Situación confusa: formalmente no hay guerra contra los musulmanes, pero en la práctica no se piensa en otra cosa. Dos vasallos del rey de Castilla, Alfonso Téllez y Rodrigo Rodríguez, atacan la frontera toledana y toman el castillo de Guadalerza. Hay incursiones castellanas en Baeza, Andújar, Jaén, la cuenca del Segura. ¿Estas acciones son ordenadas por el rey o responden al llamamiento papal de que los súbditos de Castilla acudan en ayuda de Aragón? No lo sabemos. Tampoco los almohades lo saben: de hecho, el gobernador de Jaén escribe al rey Alfonso VIII y le pregunta si ha decidido romper la tregua, porque, en ese caso, tendría que comunicárselo al califa. Pero hablamos del mismo califa que está atacando Barcelona y que prepara ya a sus ejércitos en el norte de África.

Puestos a elegir entre la tregua con el Miramamolín, que ya está a punto de expirar, y la obediencia al papa, los cristianos lo tienen claro. En aquel mismo año la corte castellana envía una carta al papa. Significativamente no la firma Alfonso VIII, sino su hijo, el infante don Fernando (no confundir con el que será Fernando III el Santo, que era hijo del rey de León).Y en ella el primogénito de Castilla expresa al Pontífice su voluntad de combatir al islam «Deseando entregar a Dios omnipotente las primicias de su milicia, con el fin de exterminar a los enemigos del nombre de Cristo de las fronteras de su tierra, que habían ocupado impíamente». Esta carta inequívocamente hay que entenderla como el anuncio formal de que Castilla va a hacer la guerra al moro. El papa Inocencio, en respuesta, escribe en diciembre de 1210 a todos los arzobispos y obispos de España —así, «de España», dice el papa— y les encomienda una misión: que insten a sus reyes a imitar el ejemplo castellano y concedan indulgencias a quienes participen en la batalla.

Aquella carta del papa le sirvió a Alfonso VIII para despejar todas las dudas que pudiera albergar. También se le quitaron las dudas al Miramamolín, que vio claro lo que se estaba preparando. Y así, en unos pocos meses, los acontecimientos se precipitan. Termina el año 1210. En Marruecos, los almohades concentran a sus ejércitos. En Toledo, Alfonso VIII escribe al papa y le pide algo muy concreto: que envíe a un legado para que le ayude a negociar el apoyo de los otros monarcas españoles. Inocencio III contesta algunas semanas después, ya en febrero de 1211: dice el papa al rey de Castilla que no puede satisfacer su petición, pero, a cambio, faculta al arzobispo de Toledo y a otros prelados para castigar con la censura eclesiástica a cualesquiera reyes cristianos que atacaran a Castilla mientras ésta combate al moro. En ese mismo momento el califa almohade, el Miramamolín, está ya cruzando el Estrecho de Gibraltar.

Aún no ha empezado la primavera cuando las huestes de Castilla golpean la frontera almohade. El Miramamolín está en Sevilla organizando a sus tropas: sueña con una campaña como la de Alarcos, una gran victoria que vuelva a neutralizar durante años las ambiciones cristianas de reconquista. Pero en ese mismo momento las ambiciones reconquistadoras ya se están desatando en la frontera: en el mes de mayo, Alfonso VIII y su hijo don Fernando, al frente de las milicias concejales de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca y Uclés, prodigan las incursiones en su frente este, la zona levantina, llegando hasta Játiva.

El Miramamolín reacciona. En el mes de septiembre, envía a una cuantiosa hueste a la frontera manchega. Había allí una posición avanzada cristiana que había permanecido incólume desde los días de Alarcos: la fortaleza de Salvatierra, recuperada y defendida por los caballeros calatravos. Ése será el objetivo del Miramamolín. Era septiembre de 1211. Los almohades sitiaron el castillo. El asedio durará cincuenta y cinco días. Finalmente, Salvatierra cayó. El califa almohade se apuntaba la primera victoria en esta nueva guerra. Pero las consecuencias de aquello iban a llegar más lejos de lo que el propio Miramamolín podía calcular.

Ocurrió que la pérdida de Salvatierra causó una enorme conmoción en toda la cristiandad, y no sólo en España. A través de los cistercienses, la noticia se conoció enseguida en Europa. Los Anales Toledanos lo describen así: «¡Oh, cuánto llanto de hombres, gritos de mujeres gimiendo todas a una y golpeando sus pechos por la pérdida de Salvatierra!». ¿Era para tanto? Sí, lo era: la caída de Salvatierra volvía a dejar abierto el camino hacia el norte para

los almohades. Y desde la perspectiva europea, que era la perspectiva de la cruzada contra el moro, aquello significaba que todo el frente occidental se podía hundir.

«Cruzada» será precisamente la palabra mágica. Porque el impacto de la caída de Salvatierra fue tan enorme que Alfonso VIII tomó pie allí para pedir al papa que proclamara formalmente una cruzada en España. Y el papa aceptó. Venían días decisivos. Y esta vez, más que nunca.

La gran cruzada del oeste

Todos los ojos de Europa están puestos en España. La heroica caída de la fortaleza de Salvatierra ha dejado abierta la puerta de Occidente a los moros del Miramamolín, el emir de los musulmanes, el emperador almohade al-Nasir. Para los reinos cristianos de España, la situación es muy alarmante: vuelven a la memoria los días negros de Alarcos. Pero el paisaje es más preocupante todavía desde el punto de vista de la cristiandad en general. ¿Por qué? Porque esa amenaza en el oeste coincide con la debilidad europea en el este, en Oriente.

Algunos años antes, entre 1202 y 1204, Inocencio III había auspiciado otra cruzada en Tierra Santa: la cuarta cruzada. El objetivo era, como siempre, reconquistar Jerusalén, pero las cosas no pudieron salir peor. En pleno viaje de los cruzados surgieron mil problemas: buen número de las tropas comprometidas no llegaron a aparecer nunca, la flota organizada al efecto se quedó sin función —no había tropas que transportar—, pero su flete había que pagarlo en cualquier caso y, llegado el momento, todo el mundo escurrió el bulto. En pleno caos organizativo y político, la cruzada se convirtió en una sucesión de campañas de saqueo sobre tierras croatas y en una expedición masiva contra Constantinopla. La cuarta cruzada fue disuelta formalmente en 1205 sin haber obtenido ni uno solo de sus originales objetivos. Y la amenaza musulmana en Oriente seguía viva.

Con semejante paisaje en Oriente, puede entenderse que el papa Inocencio III acogiera con el mayor interés la evolución de los acontecimientos en Occidente, es decir, en España. Desde 1210, como ya hemos contado aquí, la corona de Castilla estaba enviando mensajes a Roma. Alfonso VIII quería una cruzada. ¿Por qué? Por dos razones de peso. La primera, que proclamar la cruzada en España significaría que miles de combatientes de toda la

cristiandad acudirían a engrosar la fuerza castellana. La segunda, no menos importante, que cualquiera que atacara a Castilla durante la cruzada quedaría excomulgado, lo cual permitía a Alfonso VIII despreocuparse de lo que navarros y, sobre todo, leoneses pudieran hacer en la retaguardia. Sabemos que Inocencio III, quizá escaldado por la mala experiencia de la cruzada de 1202, no se dejó convencer con facilidad. Sin embargo, la pérdida de Salvatierra, en septiembre de 1211, cambió las cosas.

En la predicación de la cruzada jugó un papel determinante un español: el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, que además dejó constancia escrita de todo lo que sucedió en aquellos años. Un personaje de primera, ese Jiménez de Rada. Navarro de Puente la Reina, se había formado en las mejores escuelas de Bolonia y París. Con treinta y ocho años ya era obispo de Osma y antes de cumplir los cuarenta fue designado para la sede arzobispal toledana. Decidido partidario de la política papal —alianza entre los cristianos y guerra al moro— Jiménez de Rada influyó fuertemente en Alfonso VIII de Castilla y en su hijo don Fernando. Ahora, a la altura de 1212, nuestro obispo era un hombre de cuarenta y dos años, inteligente y enérgico, tan pío como guerrero, y dispuesto a dar la batalla al moro. Si alguien podía dudar de la necesidad de declarar una cruzada en España, la derrota de Salvatierra disipaba cualquier recelo. Y Jiménez de Rada puso todas sus energías en explicarlo.

Nada mejor que las palabras del propio Jiménez de Rada para hacerse una idea del espíritu que se había apoderado de la Europa de aquel momento respecto al desafío almohade: «Por Salvatierra lloraron las gentes y dejaron caer sus brazos. Su aprecio espoleó a todos y su fama alcanzó a la mayoría. Con la noticia se alzaron los jóvenes y por su aprecio se compungieron los viejos. Su dolor, a los pueblos lejanos, y su conmiseración, a los envidiosos». Así, pronto es toda Europa la que está en pie de guerra. La presión termina de convencer al papa. Inocencio III escribe a Alfonso VIII de Castilla. Y sí, declarará la cruzada. El papa lo dijo así:

> *Para que conozcas que a tu Real excelencia no le falta el favor apostólico, (…) mandamos por nuestros breves a los arzobispos y obispos que hay en el reino de Francia y la Provenza, que amonesten a sus súbditos con repetidas exhortaciones, y los induzcan de parte de Dios y nuestra a la remisión de todos sus pecados, instruyendo a todos los verdaderos penitentes, que habiendo tú resuelto dar batalla a los sarracenos en la venidera octava de Pentecostés, socorriéndote*

en el artículo de esta necesidad, te auxilien no sólo con sus bienes sino también con sus personas, para que por ellos y por lo que semejante a ellos hiciesen consigan la gloria del reino celestial; y concedemos gocen de igual remisión cualesquiera peregrinos, que de cualquier parte por su devoción concurriesen a ejecutar felizmente la misma obra.

En efecto, en enero de 1212 el papa Inocencio III ordena al arzobispo de Sens, en Borgoña, que en todas sus diócesis se predique la noticia de la cruzada española y que se haga saber la concesión de indulgencias plenarias para quienes acudan a la expedición que ha preparado el rey de Castilla. La carta del papa especificaba que esta cruzada había sido solicitada por Alfonso VIII. Y la misma comunicación envió Inocencio III a todos los obispos de Francia y de Provenza. Era sólo el principio.

Por un documento de la época conocemos cómo vivió Roma la proclamación de aquella cruzada. Sabemos que la población de Roma ayunó tres días a pan y agua desde el 20 de mayo de 1212. El 23 de mayo, miércoles, después de que las campanas de la ciudad tañeran durante horas, una procesión de mujeres descalzas y enlutadas salió desde la iglesia de Santa María la Mayor hasta la plaza de San Juan de Letrán. Al mismo tiempo, una procesión de clérigos caminaba por el arco de Constantino: monjes, canónigos regulares, párrocos… Todo el clero romano. Y mientras tanto, iba afluyendo a San Juan de Letrán el pueblo de Roma con la cruz de San Pedro. Cuando todos se hallaron ya congregados en la plaza, apareció el papa Inocencio III con los cardenales, los obispos y la corte pontificia.

El papa tomó en sus manos el *lignum crucis*, la reliquia de la cruz de Cristo, y salió al balcón del palacio para explicar a la muchedumbre lo que estaba sucediendo: Roma ha acogido con benevolencia la misión del enviado del rey de Castilla, ha concedido indulgencia plenaria a todos los que concurran a la guerra de España contra los enemigos de la fe y ha querido que el pueblo romano se prepare convenientemente a implorar las misericordias del Señor. Concluido el sermón del papa, las mujeres acudieron a la basílica de la Santa Cruz, donde un cardenal celebró la eucaristía, mientras Inocencio III, con el clero y toda su comitiva, oficiaba otra misa solemne en San Juan. Y para terminar, todos marcharon descalzos a Santa Cruz, donde se puso fin a la rogativa con las oraciones acostumbradas.

A partir de junio de 1212, y durante varias semanas, miles y miles de combatientes europeos afluyeron hacia Castilla. Venían muchos de Provenza,

encabezados por el arzobispo de Narbona, pero los había asimismo italianos, lombardos, bretones, alemanes… Estaban también los obispos de Burdeos y de Nantes. ¿Cuánta gente en total? Se calcula que unos 30.000 hombres pudieron entrar en aquellos días en España. Junto a ellos, una ingente muchedumbre de mujeres, jóvenes y otras gentes recorren los caminos de Aragón y Castilla para asistir a la cruzada. En ese momento el jefe almohade, el Miramamolín, ya avanzaba con sus inmensas huestes hacia Sierra Morena.

El primer escenario de la campaña fue Toledo. Allí los cruzados europeos confluyeron con las tropas españolas. Alfonso VIII de Castilla había movilizado todo lo que tenía: cerca de cincuenta mil hombres entre sus propias huestes y las milicias de veinte concejos castellanos. Estaban también las tropas de Pedro de Aragón, cerca de veinte mil hombres. Y además, había acudido con sus huestes Sancho VII de Navarra. Igualmente había caballeros de Portugal y de León, aunque sus respectivos reyes no participaron en la batalla. Todos ellos, con los cruzados europeos, partieron rumbo al sur, a los grandes llanos de La Mancha.

Hay que decir que, con todo, aquello de la cruzada europea salió bastante mal. Los europeos estaban acostumbrados a unas reglas de guerra ex tremas: saqueo y degollina. En España, por el contrario, y porque la guerra era algo mucho más cotidiano, se había hecho norma casi general respetar la vida del vencido cuando éste abandonaba sus fortalezas. Este asunto creó problemas serios en Malagón, donde los europeos acuchillaron a los vencidos, y en Calatrava, donde Alfonso VIII no permitió que se hiciera. Entonces los europeos la emprendieron contra las juderías locales, y eso creó un nuevo conflicto. Para colmo, la marcha de los ejércitos hacia el sur se vio afectada por los habituales problemas de abastecimiento, lo cual sometió a los cruzados a privaciones que para los españoles ya eran costumbre, pero que los europeos no aguantaron. Algunos caballeros provenzales permanecieron con la hueste; el resto de los cruzados se marchó. Las tropas cristianas quedaron así reducidas a dos tercios.

Perder a una tercera parte de los efectivos no era un tropiezo menor, y menos ante un enemigo como los almohades, que hacían de la superioridad numérica su mejor baza. Aun así, Alfonso VIII de Castilla no detuvo la campaña: entre finales de junio y primeros de julio los cristianos recuperaron Alarcos, Caracuel, Benavente, Piedrabuena… En ese momento el Miramamolín ya había acumulado a su muchedumbre armada al otro lado de Sierra Morena. El gran choque no tardará.

La batalla de Las Navas de Tolosa

Estamos en julio de 1212. Un grueso ejército cristiano desciende desde La Mancha hacia los pasos de Despeñaperros. Una cruzada está en marcha en España. Pero al otro lado, al sur de la sierra, se acumula un ejército musulmán todavía mayor. El caudillo almohade, el comendador de los creyentes, el Miramamolín, quiere librar una batalla decisiva.

El jefe musulmán ha llegado antes que los cristianos. Puede cruzar la sierra y dar la batalla en los llanos manchegos. Sin embargo, el califa al-Nasir recuerda los problemas de abastecimiento que sufrieron los ejércitos de su padre en los días de Alarcos: no es fácil dar de comer y beber a más de cien mil hombres muy lejos de las propias bases logísticas. Así que el Miramamolín no cruza las montañas, sino que dispone a sus tropas en torno a Despeñaperros: ahí, desde lo alto, aguardará a unas tropas cristianas que previsiblemente llegarán exhaustas.

Cuando los cristianos llegaron a las montañas, descubrieron que los pasos de Despeñaperros —que entonces se llamaba el Muradal— estaban tomados por los moros. La situación era endiablada: para dar batalla al ejército moro había que atravesar un desfiladero —el de La Losa— atiborrado de enemigos. Alfonso VIII teme un nuevo Alarcos. Pero entonces ocurre algo providencial: un pastor aparece en el campamento de las avanzadillas cristianas, bajo el mando de Lope de Haro, hijo del señor de Vizcaya, y les revela que existe un paso desguarnecido. Es el desfiladero que hoy se conoce como Puerto del Rey y Salto del Fraile. A través de él, los cristianos franquean Despeñaperros y llegan al otro lado, frente al ejército del Miramamolín. Dice la tradición que aquel pastor dibujó un rústico plano del paso en una calavera de vaca; desde entonces el linaje del pastor exhibirá el apellido Cabeza de Vaca.

Todo está ya dispuesto para la batalla; probablemente, la más numerosa librada hasta entonces en tierras españolas. Hoy se calcula que por parte almohade combatieron más de cien mil hombres, y del lado cristiano unos setenta mil. Podemos quedarnos con una estampa: la de casi todos los reyes de España (el de Castilla, el de Aragón y el de Navarra), con sus ejércitos y, además, con caballeros de León y de Portugal, y con las milicias de las ciudades. Es ya toda España la que está ahí, junta, por encima de las querellas entre reyes y patricios. España no sólo está junta, sino que además está sola: casi todos los cruzados europeos que habían venido a echar una mano han abandonado el campo. Y es esa España junta y sola la que derrota al mayor

ejército musulmán que había aparecido hasta entonces en Europa. Eso fue la batalla de Las Navas de Tolosa. Era el 16 de julio de 1212. Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, contó sus primeros compases:

> *Alrededor de la medianoche del día siguiente estalló el grito de júbilo y de la confesión en las tiendas cristianas, y la voz del pregonero ordenó que todos se aprestaran para el combate del Señor. Y así, celebrados los misterios de la Pasión del Señor, hecha confesión, recibidos los sacramentos y tomadas las armas, salieron a la batalla campal. Y desplegadas las líneas tal y como se había convenido con antelación, entre los príncipes castellanos Diego López con los suyos mandó la vanguardia; el conde Gonzalo Núñez de Lara con los «freires» del Temple, del Hospital, de Uclés y de Calatrava, el núcleo central; su flanco lo mandó Rodrigo Díaz de los Cameros y su hermano Álvaro Díaz y Juan González y otros nobles con ellos; en la retaguardia, el noble rey Alfonso y junto a él, el arzobispo Rodrigo de Toledo (…). En cada una de estas columnas se hallaban las milicias de las ciudades, tal y como se había dispuesto. El valeroso rey Pedro de Aragón desplegó su ejército en otras tantas líneas; García Romero mandó la vanguardia; la segunda línea, Jimeno Cornel y Aznar Pardo; en la última, él mismo, con otros nobles de su reino. El rey Sancho de Navarra, notable por la gran fama de su valentía, marchaba con los suyos a la derecha del noble rey, y en su columna se encontraban las milicias de las ciudades de Segovia, Ávila y Medina. Desplegadas así las líneas, alzadas las manos al cielo, puesta la mirada en Dios, dispuestos los corazones al martirio, desplegados los estandartes de la fe e invocando el nombre del Señor, llegaron todos como un solo hombre al punto decisivo del combate.*

Cuando uno repasa hoy los movimientos de la batalla, tiene la impresión de estar ante una partida de ajedrez. El Miramamolín juega sus piezas: una tropa más numerosa, sin caballería pesada, pero con formaciones muy ágiles que atacan a la caballería cristiana por los flancos y, sobre todo, con arqueros letales que desorganizan a la vanguardia enemiga. Alfonso VIII tampoco es manco: la caballería cristiana despliega refuerzos en los flancos para protegerla de ataques, los infantes combaten mezclados con los caballeros para que el ataque enemigo no desorganice a las gentes de a pie. Son las tácticas que tanto los musulmanes como los cristianos han ido perfeccionando en Tierra Santa, en las batallas de las cruzadas, y que unos y otros conocen ya a la perfección. Para la historia militar, la batalla de Las Navas de Tolosa es

un ejemplo de libro. Para nosotros, y por decirlo en dos palabras, la cosa consistía en lo siguiente: los españoles tenían que procurar alcanzar en masa compacta de caballería las líneas centrales enemigas, para aplastar al moro; los moros, por su parte, iban a intentar por todos los medios destrozar el ataque cristiano, dividiendo su fuerza, desorganizándola y, acto seguido, aniquilándola. Como en Alarcos.

Las tres alas del ejército cristiano cabalgaron contra el enemigo. La caballería española arrasó sin contemplaciones las primeras líneas de la fuerza mora, compuestas sobre todo por voluntarios que habían acudido a morir en la *yihad*, la guerra santa. Pronto llegaron al pie de las lomas donde se hallaba la fuerza central del Miramamolín. Pero ése era el momento que el hábil moro esperaba: con la caballería cristiana cansada por la cabalgata y, ahora, combatiendo cuesta arriba, al-Nasir ordena la carga de su mejor fuerza, los veteranos almohades, que se lanzan pendiente abajo, chocan con los cristianos, los clavan en el terreno y empiezan a desorganizar sus líneas. Era el movimiento previsto por el Miramamolín: con los cristianos inmovilizados, ahora todo sería tan sencillo como aniquilarlos a fuerza de flechas y piedras.

El primer movimiento cristiano parece haber fracasado. Alfonso VIII, el rey de Castilla, ve banderas en retirada. Le vuelve el recuerdo de Alarcos y cree que esa enseña que se retira es la de Diego López de Haro y sus vizcaínos. Pero no. Con el rey, en el puesto de mando, están el arzobispo de Toledo y un concejal de Medina del Campo que le sacan del error: esa enseña que huye no es la de López de Haro, sino la de las milicias de Madrid. El centro del ataque castellano se mantiene a pie firme. Eso sí, los de López de Haro atraviesan una difícil situación: rodeados de enemigos, en cualquier momento pueden convertirse en blanco de los arqueros moros. Entonces Alfonso VIII decide intervenir personalmente para dirigir la última carga. Son célebres sus palabras al arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada: «Arzobispo, vos y yo aquí muramos».

Ése era el movimiento que Alfonso VIII se tenía guardado: una nueva masa compacta de caballería, salpicada de infantes y con el propio rey al frente, arrolla la línea de combate, disgrega la resistencia mora y se planta ante la última línea de defensa del Miramamolín, el palenque. Allí se encuentran con algo que a nosotros hoy nos sorprenderá, pero que ellos ya conocían: una gruesa empalizada fuertemente amarrada con cadenas y protegida por una línea de guerreros enterrados hasta la rodillas. Eran los *imesebelen*, que quiere decir los «desposados». No se trataba de esclavos,

como dicen muchas fuentes, sino de voluntarios fanáticos que habían jurado dar su vida en defensa del islam y que se hacían enterrar así, hasta las rodillas, para evitar la tentación de huir y asegurarse el sacrificio luchando hasta la muerte. Murieron, claro.

Todo el éxito de la táctica mora dependía de una sola cosa: que la fuerza cristiana que llegara al palenque no fuera demasiado numerosa y, por tanto, no pudiera perforar la defensa. Para eso deberían haber bastado las reservas de veteranos almohades movilizadas por el Miramamolín. Pero Alfonso VIII había calculado muy bien los tiempos: ordenó su última carga cuando a los moros les quedaba ya muy poca fuerza por movilizar, de manera que las tropas cristianas que llegaron hasta el palenque, protegido por la empalizada y aquellos *imesebelen,* fueron muy numerosas. Los cristianos perforaron las defensas. La tradición dice que fue Sancho VII de Navarra el primero en romper aquellas cadenas, y aquí respetaremos la tradición. Una vez dentro, los moros ya no tenían nada que hacer: los arqueros y los honderos no tenían espacio físico para usar sus armas, y nada podía oponerse entonces a una carga de caballería pesada. La escabechina debió de ser terrible. El Miramamolín, derrotado, huyó a toda prisa a lomos de lo primero que encontró: un burro. El arzobispo de Toledo y los demás clérigos presentes en el campo de batalla entonaron el *Te Deum Laudamus*.

La batalla de Las Navas de Tolosa fue fundamental en la historia de España y de Europa. Cualquier intento musulmán por recuperar el terreno perdido quedaba definitivamente desarbolado. Los pasos de Castilla hacia Andalucía quedaban en manos cristianas. Las querellas entre los reyes cristianos se resolvieron en la euforia del triunfo. Vencidos los almohades, Europa neutralizaba el peligro musulmán en Occidente. Por eso 1212 es una fecha decisiva en la historia de Europa y de España, un hito clave en la gesta nacional española.

Por cierto que no lejos de aquellos campos de Jaén, seiscientos años después, brotará otro de esos hitos: la batalla de Bailén.

Y esta historia se acabó (de momento)

La batalla de Las Navas de Tolosa hizo que la cristiandad occidental contuviera el aliento. La victoria de las armas cristianas suscitó un inmenso alivio en todo Occidente. Y sobre todo alivió a los reinos cristianos de

España, que vieron desvanecerse de un plumazo la amenaza almohade. En buena medida, la larga marcha de la Reconquista acabó aquí, en Las Navas de Tolosa: los musulmanes seguían ocupando Al-Ándalus, pero perdieron toda capacidad para lanzar nuevas ofensivas. Esta vez el peligro de islamización de la Península quedaba definitivamente neutralizado.

Para los almohades fue un golpe definitivo por razones sobre todo de política interior. Nada hubiera impedido al Miramamolín formar un nuevo ejército con los voluntarios de las *cábilas* bereberes, pero esta vez el tropiezo había sido demasiado fuerte. En Al-Ándalus, las élites locales aprovecharon para manifestar su malestar con la prepotencia de los gobernantes bereberes. En África, mientras tanto, la derrota surtía el efecto letal de una maldición sobre la persona del propio califa. Todo había terminado para Muhammad al-Nasir.

Volvamos al escenario de la batalla, a Las Navas de Tolosa. Con el ejército almohade vencido y en fuga —y ya hemos contado aquí el formidable caos que eran las retiradas almohades, con sus ingobernables muchedumbres —, todo el campo quedó expedito para las armas cristianas. Alfonso VIII no levanta el pie del acelerador; con el botín tomado al enemigo aprovisiona a su ejército y en un solo día lanza a sus huestes contra varios objetivos simultáneamente: Vilches, Ferral, Baños, Tolosa… Inmediatamente después la coalición cristiana llega ante Baeza y Úbeda, que son arrasadas. Detrás, en los castillos capturados, quedan guarniciones estables que se ocuparán de mantener firme la frontera. Una frontera que ya ha descendido definitivamente hasta la línea de Sierra Morena.

La proyección cristiana hacia el sur habría sido seguramente más intensa si en aquellos años no se hubiera desatado algo imprevisible: una feroz hambruna acentuada por una epidemia de peste. Consta que la epidemia apareció en el mismo verano de 1212. Pocos meses después se intensificaba. El invierno de 1213 a 1214 padeció severas heladas. Y la primavera posterior, de marzo a junio de 1214, conoció una extrema sequía que arruinó las cosechas. Avituallar a las guarniciones avanzadas fue tarea dificilísima. ¿Quién organizó aquella misión imposible? El arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada. El caso es que, en aquellas condiciones, a nadie le convenía proseguir la guerra. Ni a los moros ni a los cristianos.

Los principales protagonistas de aquel gran episodio iban a durar muy poco. El primero en caer fue precisamente el gran perdedor: Muhammad al-Nasir, el Miramamolín, el emperador almohade. Derrotado en Las Navas, sin

capacidad de reacción, regresó a Marruecos en cuanto pudo. Según parece, cuando llegó a Rabat preparó las cosas para abdicar de la corona y ceder el testigo a sus hijos. En todo caso, murió inmediatamente después; se dice que envenenado. El Imperio almohade recaía ahora en los hombros de un mozalbete de dieciséis años: su hijo Abu Yakub II al-Mustansir.

Pedro II de Aragón también murió al año siguiente, en septiembre de 1213, envuelto en el problema cátaro: cayó en combate cuando el asedio de la ciudad de Muret, frente a las huestes de Simón de Monfort. El rey Pedro tenía sólo treinta y cinco años. Le sucederá en el trono su hijo Jaime, de apenas cinco años en aquel momento, y que será educado por los templarios mientras llega a la mayoría de edad. Con Jaime I, Aragón vivirá momentos de enorme gloria.

Alfonso VIII de Castilla falleció un año después que Pedro, en octubre de 1214. Jiménez de Rada, que lo dejó escrito todo, también nos contó la muerte del rey Alfonso:

> *Habiendo cumplido cincuenta y tres años en el Reino el noble Rey Alfonso, llamó al Rey de Portugal su yerno para verse con él; y habiendo empezado su camino dirigido a Plasencia, última ciudad de su dominio, empezó a enfermar gravemente en cierta aldea de Arévalo que se llama Gutierre Muñoz, donde últimamente, agravado de una fiebre, terminó la vida y sepultó consigo la gloria de Castilla, habiéndose confesado antes con el Arzobispo Rodrigo, y recibido el sumo Sacramento del Viático, asistiéndole Tello, obispo de Palencia, y Domingo, de Plasencia.*

La muerte de Alfonso VIII dejaba una situación sucesoria muy difícil en Castilla. Su primogénito Fernando, aquel que escribió al papa para exponerle su voluntad de combatir al moro, había muerto antes de la cruzada de Las Navas, en Madrid, a los veintitrés años, víctima de una enfermedad desconocida. Muerto Fernando, la corona debía pasar al otro hijo varón de Alfonso, Enrique, que en 1214 tenía sólo diez años. Inmediatamente se hizo cargo de la regencia su madre, la reina Leonor de Plantagenet, pero ésta apenas sobrevivió unas semanas a la muerte de su marido. Y muerta también Leonor, la regencia debía pasar a la hermana mayor del rey niño Enrique. Ahora bien, resulta que la hermana mayor del rey era… Berenguela, la que fue reina de León. Y el problema estalló.

Recordemos: Alfonso IX de León se había casado con Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla. En su momento fue una forma rápida y eficaz de aplacar las hostilidades entre Castilla y León. Pero Berenguela y el rey leonés eran primos, de manera que el matrimonio fue declarado nulo. Tuvieron un hijo: Fernando. Y Berenguela volvió entonces a la corte castellana. Ahora, 1214, se convertía de repente en regente de Castilla.

Como es fácil imaginar, para una buena parte de la nobleza castellana no era fácil aceptar como regente a una mujer que tenía un hijo con el rey de León. ¿Qué parte de la nobleza? Los terribles Lara, por supuesto, que maniobrarán una vez más para quedarse con la regencia de Castilla. Pero esto, a su vez, desatará los ánimos de otra parte de la nobleza, que no quería ver a los Lara ni en pintura. Castilla vivirá años turbios de pactos y contrapactos. Entre ellos, los Lara intentarán por dos veces casar al niño rey Enrique. El destino, sin embargo, jugará a todos una mala pasada.

Enrique era un niño: se comportaba como un niño y jugaba como un niño. Un día de junio de 1217, el muchacho, que contaba entonces trece años, peleaba con otros mozos en el palacio episcopal de Palencia. Y entonces ocurrió una desgracia como otras muchas que todos conocemos: un mozalbete lanzó una piedra, la piedra fue a estrellarse en la cabeza de Enrique y el niño, herido, falleció inmediatamente después. Un accidente; una tragedia familiar. Pero, además, un drama político, porque ahora Castilla se quedaba sin heredero. Y la corona, por ley, sólo podía pasar a una persona: Berenguela, la hermana mayor, la madre del niño Fernando de León.

Berenguela no quiso ser reina: expresamente renunció a la corona en favor de su hijo Fernando. Era una apuesta de enorme alcance: ese muchacho, que ya tenía entonces dieciséis años, podía ceñir sobre sus sienes las coronas de Castilla y de León a la vez. De momento, y como primera providencia, Berenguela se ocupará de preparar para su hijo un matrimonio de altura: el que contrajo con la princesa alemana Beatriz de Suabia, nieta de dos emperadores, Federico Barbarroja e Isaac II de Bizancio. Mucho más que una reina madre, doña Berenguela.

Y a todo esto, ¿qué pensaban en León de la marcha de las cosas? Alfonso IX, después de la batalla de Las Navas de Tolosa, se había dedicado sobre todo a resolver sus interminables problemas con los portugueses y a reconquistar cuanto pudiera en el área de Extremadura. En el momento de nuestro relato era aún un hombre joven —poco más de cuarenta años—, pero carecía de otros herederos varones que no fueran aquel Fernando, hijo de

Berenguela, convertido ya en rey de Castilla. ¿Iba a legar Alfonso IX el Reino de León a un rey de Castilla? Alfonso intentó otra salida: legar la corona a sus hijas Sancha y Dulce poniendo a la Orden de Santiago como garante de la herencia. Pero era una solución extremadamente complicada. Cuando muera Alfonso IX, en 1230, a Fernando III le costará muy poco hacerse con el Reino de León. Y así Castilla y León formarán de nuevo un solo reino. Será ya para siempre.

Mientras tanto, en Navarra envejecía lentamente Sancho VII, que había acudido a Las Navas de mala gana y que, sin embargo, iba a pasar a la historia —o, más bien, a la leyenda— por aquella batalla: ese asunto de las cadenas. Sancho, después de Las Navas, se dedicará a gestionar la riqueza de un reino que se había convertido en una potencia económica estimable. Sus relaciones con Castilla nunca serán especialmente buenas, pero, por el contrario, trenzará acuerdos muy estrechos con el Aragón de Jaime I. Y Sancho VII morirá finalmente en 1234, después de una larga enfermedad: una úlcera varicosa en una pierna —eso dice su biografía oficial— que le obligó a vivir encerrado en su castillo de Tudela durante los últimos años de su vida. Sancho murió también sin herederos. Él será el último de la dinastía Jimena. La corona navarra irá a parar a Teobaldo de Champaña.

Y así, en fin, empezó a reconfigurarse el mundo cristiano en España después de la batalla de Las Navas de Tolosa. No es exagerado decir que una época terminaba. Pero precisamente por eso debemos poner fin aquí a nuestro relato. La gran aventura de la España medieval abordaba otros horizontes. Comenzaba un largo y tortuoso proceso que iba a terminar alumbrando nada menos que la unidad nacional. Y eso ya es otra historia.

EPÍLOGO

EL FINAL DE UNA ÉPOCA... Y EL PRINCIPIO DE OTRA

La batalla de Las Navas de Tolosa cerró una época. A partir de ese momento los musulmanes abandonaron cualquier esperanza de recuperar lo que había sido Al-Ándalus. En los decenios siguientes, Fernando III en León y Castilla, y Jaime I en Aragón, llevarán la Reconquista hasta sus últimos límites. Poco después ya sólo quedará el reino nazarí de Granada como postrero recuerdo de lo que un día fue el califato de Córdoba. Los reinos cristianos de España, mientras tanto, se entregarán a otros objetivos. Poco a poco las cosas irán llevando a un horizonte nuevo: la unidad de todos los reinos cristianos en una sola España.

Ahora miramos atrás y lo que descubrimos es una gigantesca aventura: la gran aventura de la España medieval. Sus capítulos, tomados individualmente, uno por uno, nos hablan de reyes en guerra y de ambiciones nobiliarias, de heroísmos y de crueldades, de santos y de rufianes. Sin duda es posible contar todo esto fragmento a fragmento, parte a parte, como pedazos aislados. Pero, en su conjunto, el retrato adquiere un significado único: la Reconquista no fue el fruto de un cúmulo más o menos azaroso de circunstancias, sino que estaba en la mente de los españoles de aquellos tiempos, generación tras generación, en unos reinos y en otros, como un imperativo que obligaba a actuar. En la estela de ese imperativo se fue haciendo un camino. Y de aquel camino, al fin y al cabo, venimos los españoles de hoy.

Esta historia nuestra empezaba en una situación muy concreta: el núcleo de resistencia contra los musulmanes nacido en Asturias había crecido hasta llegar a las aguas del Duero. El Reino de Asturias se convertía en Reino de León. Al mismo tiempo, Navarra y Aragón tardarían muy poco en conformar unidades políticas con personalidad bien definida. Todo eso abría una etapa nueva. Atrás quedaban los tiempos primitivos de la resistencia desesperada, cuya crónica escribimos en La gran aventura del Reino de Asturias. Lo que ahora aparecía ante los ojos de la cristiandad española medieval era un paisaje enteramente distinto. Las oportunidades crecían. Los peligros también.

En esta apretada crónica de trescientos años de historia de España hemos visto de todo: las guerras civiles en los reinos cristianos, particularmente intensas en León; la aparición de figuras asombrosas como la navarra doña Toda, que se las arregló para dejar una huella genealógica imborrable en nuestras tierras; la vitalidad inverosímil de la España mora en personajes como Almanzor, que llevó al califato de Córdoba a su cumbre y desde allí él mismo lo despeñó; los proyectos visionarios de Sancho el Mayor, tal vez el primer monarca que pensó la España cristiana como una unidad… bajo su cetro, por supuesto. Hemos visto cómo nacía la lengua castellana y también cómo crecían las primeras ciudades. Hemos visto cabalgar al Cid Campeador y hemos visto maquinar al incansable obispo Gelmírez. Hemos visto cómo nacen las primeras ferias comerciales. Hemos visto a hombres incomparables, como Alfonso el Batallador, y a mujeres de armas tomar, como su esposa la reina Urraca. Hemos visto a almorávides y a almohades. A un Rey Lobo moro que actuaba como un cristiano. A los primeros poetas españoles con nombre conocido. A unos doctos sujetos que en el Toledo cristiano traducían las bibliotecas musulmanas. A Ricardo Corazón de León casándose con una española, Berenguela de Navarra. A un rey de Aragón que solazaba sus sinsabores cultivando la poesía trovadoresca. A otro rey que en León convocó las primeras Cortes que podemos llamar democráticas…

Y por encima y por debajo de todas estas cosas, como venía ocurriendo desde el siglo VIII, hemos ido viendo a un pueblo que en los azarosos lances de la Reconquista encontraba oportunidades para vivir mejor. Muy atrás han quedado los tiempos de los colonos privados, aquellos que por su cuenta y riesgo se lanzaban a hacer presuras de tierras en los grandes espacios amenazados por el moro. Lo que ha caracterizado a estos tres últimos siglos, desde principios del X hasta principios del XIII, es otra cosa: la aparición de los concejos, es decir, de núcleos de población expresamente organizados y protegidos por el poder del rey, con los nobles como garantes de la legalidad… hasta cierto punto. Esta nueva forma de colonización construye un mapa nuevo y va a dejar su huella largo tiempo en España: las ciudades se convierten en agentes políticos de primera importancia. Porque estos concejos no son sólo aglomeraciones de gentes, sino que son, sobre todo, comunidades de personas que reciben fueros y derechos. Y así las villas pasan a ser la auténtica espina dorsal de la España reconquistada, lo mismo en Aragón que en León y Castilla.

Cuando la población falte, cuando el espacio sea demasiado extenso para repoblarlo con seguridad, o cuando la amenaza de la guerra sea demasiado

intensa, los hombres de la España medieval buscarán otras formas de asentar su presencia. Así nacieron las órdenes militares españolas, a imitación de las de Tierra Santa. La primera vio la luz en Aragón de la mano de Alfonso el Batallador, el rey cruzado: fue la Cofradía de Belchite. Y enseguida, imitando el ejemplo, vendrán las de Calatrava, Santiago y Alcántara para asegurar las fronteras ante el moro. Aquellos monjes-guerreros —o guerreros-monjes, que tanto monta— igualmente imprimieron su huella en la organización del espacio físico de España, particularmente en el tercio sur. Ése fue el resultado de su cruzada. Porque esto de España también fue una cruzada: la larga cruzada del oeste.

En estos decisivos siglos de la España medieval aparece una realidad política muy definida: los cinco reinos. Por orden de prelación: León, Navarra, Castilla, Aragón y Portugal. Esos cinco nombres encierran toda la esencia de nuestro medioevo. No serán nunca realidades estáticas. Sólo el paso del tiempo, variando unos perfiles, consolidando otros, cincelará a su gusto el rostro de estos abuelos de la España moderna. Pero todos ellos, sin excepción —incluido Portugal—, forman parte de la herencia común de los españoles en los siglos siguientes.

A estos cinco reinos debemos también la proyección exterior de eso que terminará siendo España. En el espacio que media entre el nacimiento del Reino de León y la batalla de Las Navas de Tolosa, aparecen tendencias que van a ser determinantes en el futuro: la vocación mediterránea de Aragón, el arraigo de Navarra en el sur de Francia, las primeras líneas marítimas de Castilla con Francia e Inglaterra… Pero no se trata sólo de la España que se proyecta hacia fuera, sino también de la Europa que entra en nuestras tierras. ¿Cuántos francos, borgoñones, italianos o flamencos vinieron atraídos por el Camino de Santiago y se quedaron aquí, al calor de las franquicias —que de ahí, de «francos», viene el nombre— que los reyes otorgaban a las villas para estimular el comercio?

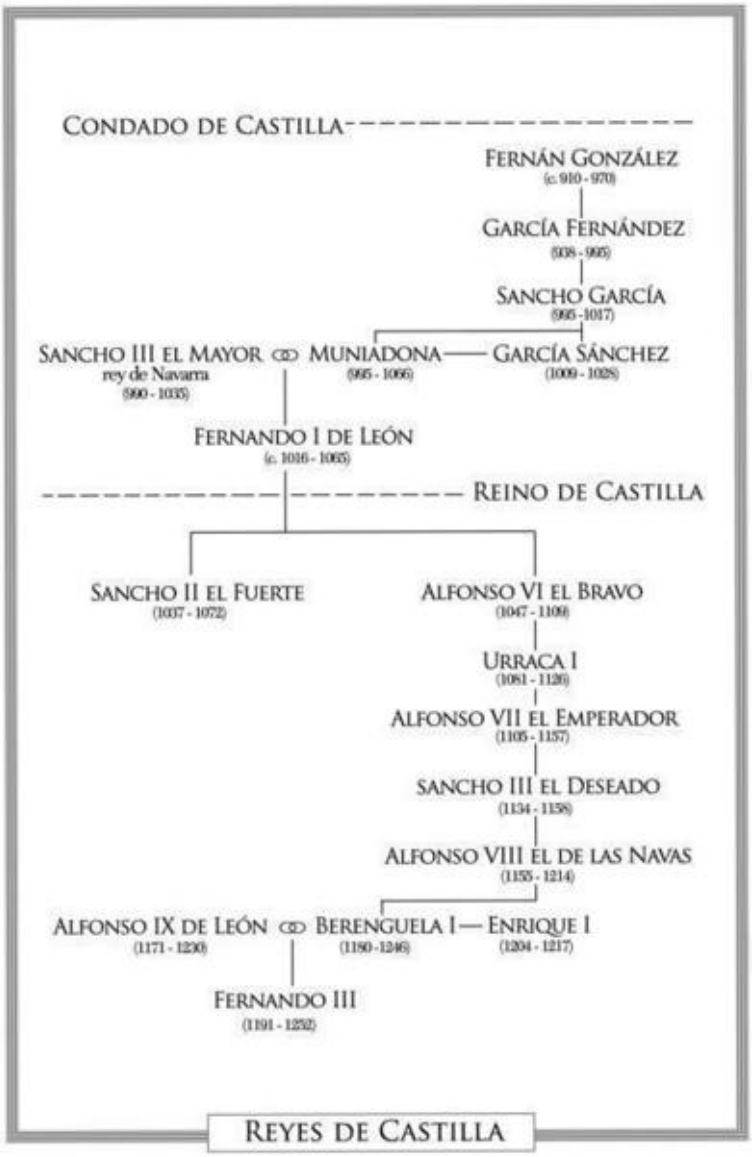
En la otra parte de la España medieval queda Al-Ándalus, la España musulmana. Su historia en estos tres siglos puede escribirse bajo una constante: la recurrente invasión de oleadas africanas cada vez más fundamentalistas. En el muy hispánico califato de Córdoba construido por Alhakén II aparece un personaje como Almanzor que cimienta su poder en los contingentes militares bereberes y en el oro de las caravanas africanas. Cuando a los herederos de Almanzor se les descompone el califato, aparecen los Reinos de Taifas como expresión política de las élites locales *andalusíes*.

Pero será para que acto seguido vengan los almorávides, una secta fundamentalista y guerrera nacida en África, y repongan la más estricta ortodoxia islámica. El mundo mozárabe, el de los cristianos de Al Ándalus, perece. El vigor de la sociedad *andalusí* resucitará cuando el Imperio almorávide se descomponga, pero no tardará en llegar otro movimiento religioso-militar africano, el de los almohades, y vuelta a empezar.

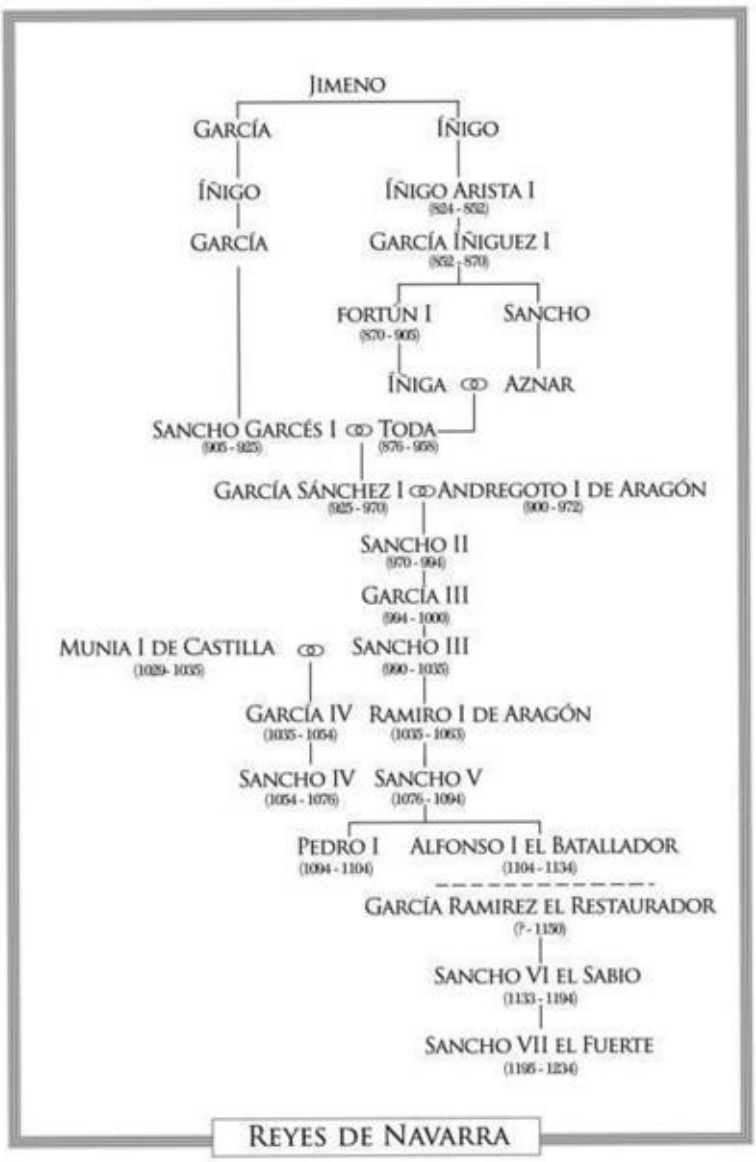
Bajo todos estos flujos y reflujos del fundamentalismo africano, ¿qué hacían las élites *andalusíes*? Ensoñaciones pacifistas aparte —Al-Ándalus nunca fue un lugar cómodo para los no musulmanes—, la verdad es que en este largo lapso de tres siglos vamos a ver a los moros españoles tratando una y otra vez de conquistar un protagonismo que las élites africanas les negaban. Figuras como Zafadola o el Rey Lobo sólo pueden entenderse desde ese punto de vista. Pero el hecho es que nunca lo consiguieron; no, al menos, de manera permanente ni unitaria, y eso también es significativo. Lejos de constituir una unidad homogénea, el mundo islámico español era en realidad una superposición de grupos y clanes de obediencias diversas que permanentemente van a oscilar entre dos fuerzas: los intereses de las élites locales *andalusíes* y el poder de las sucesivas oleadas musulmanas que vienen de África. Cuando éstas amainen, el islam español estará perdido. Por eso fue tan importante la derrota almohade en Las Navas de Tolosa: aquello puso punto final a las expectativas de una España musulmana. Y cuando vengan los *benimerines*, en el siglo XIII, los reinos cristianos no encontrarán grandes dificultades para derrotarles. Pero esto también es otra historia.

Aquí, en todo caso, hemos optado por contar la historia desde la óptica no de la España que pudo ser, sino de la España que fue. Y esa España que efectivamente fue sólo puede concebirse desde el mundo cristiano de los cinco reinos. Ellos, sus gentes, fueron los protagonistas de la gran aventura de la España medieval. Por ellos, gentes de ayer, nosotros somos como somos hoy. Por ellos, nosotros llevamos nuestros nombres. Y cuando recorremos los pueblos de Burgos o de Teruel, las planicies de Ciudad Real o el Camino de Santiago, no podemos dejar de pensar en todos aquellos personajes de carne y hueso, vivos como nosotros, que dejaron en esta tierra sus esperanzas y sus penas, sus alegrías y sus amores y su sangre. Desde el labriego hasta el caballero, desde el monje hasta la gran dama, desde el trovador hasta la campesina… Ellos son nosotros. El día que lo olvidemos, perderemos definitivamente nuestra identidad.

ÁRBOLES GENEALÓGICOS Y MAPAS



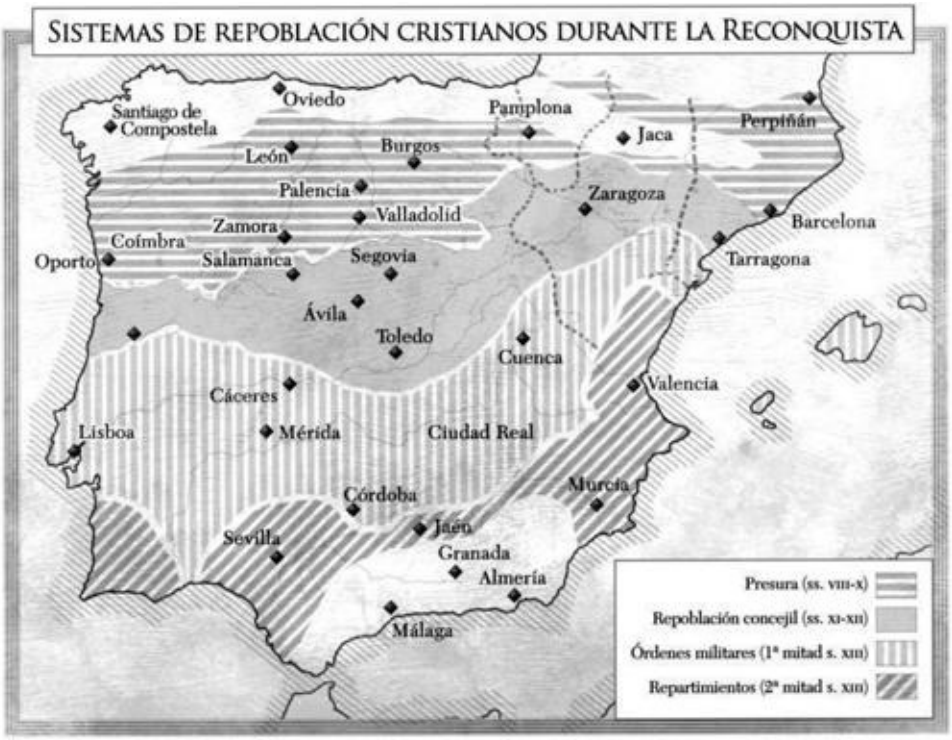
REYES DE CASTILLA



REYES DE NAVARRA

REYES DE ARAGÓN

EL CALIFATO DE CÓRDOBA
Bilbao
Santander
NAVARRA
924
Pamplona
Santiago de Compostela
La Coruña
Oviedo
León
GALICIA
CASTILLA
934
Jaca
ARAGÓN
CONDADOS CATALANES
999
988
Sahagún
Burgos
Huesca
LEÓN
Simancas
Osma
Zaragoza
985
Barcelona
Zamora
987
939
Medinaceli
Calatayud
Tortosa
Oporto
Salamanca
Albarracín
Cuenca
Palma
Toledo
Valencia
Alcira
Mérida
Játiva
Denia
Lisboa
Badajoz
Alicante
Úbeda
Murcia
Córdoba
Baeza
Cartagena
Sevilla
Vera
Granada
Almería
Arcos de la Frontera
Jerez de la Frontera
Málaga
Cádiz
Medina Sidonia
Algeciras
El califato bajo Abderramán III
Expediciones de Abderramán III
Expediciones de Almanzor
Saqueos
Territorios cristianos
Territorios disputados


SISTEMAS DE REPOBLACIÓN CRISTIANOS DURANTE LA RECONQUISTA
Oviedo
Santiago de Compostela
Pamplona
Perpiñán
Jaca
León
Burgos
Palencia
Zaragoza
Valladolid
Barcelona
Zamora
Coímbra
Tarragona
Oporto
Salamanca
Segovia
Ávila
Toledo
Cuenca
Cáceres
Valencia
Lisboa
Mérida
Ciudad Real
Córdoba
Murcia
Jaén
Sevilla
Granada
Almería
Málaga
Presura (ss. VIII-X)
Repoblación concejil (ss. XI-XII)
Órdenes militares (1ª mitad s. XIII)
Repartimientos (2ª mitad s. XIII)

LA RECONQUISTA EN LOS SIGLOS XI Y XII
Santiago de Compostela
León
Burgos
Pamplona
NAVARRA
Jaca
ARAGÓN
Huesca
Barbastro
CONDADOS CATALANES
Barcelona
Zaragoza
Tarragona
REINO DE CASTILLA Y LEÓN
Guadalajara 1109
Talavera 1109
Toledo
1085
Uclés 1108
Valencia 1002
Palma
Denia
Sagrajas 1086
Lisboa
Badajoz
Murcia
Córdoba
Beja
Sevilla
Granada
Almería
Málaga
Algeciras
Campaña del Cid, 1094
Reino de Valencia en la época del Cid
Taifas
Batallas
Fronteras

LA RECONQUISTA EN EL SIGLO XIII
NAVARRA
Pamplona
León
LEÓN
Burgos
Valladolid
CORONA DE ARAGÓN
Zaragoza
Tarragona
Barcelona
Menorca 1287
Salamanca
CORONA DE CASTILLA
Morella
Castellón 1233
Palma 1229
PORTUGAL
Alcántara 1214
Toledo
Alarcos 1195
Valencia 1238
Játiva 1248
Ibiza 1235
Badajoz 1230
Lisboa
Évora
Navas de Tolosa 1212
Alcaraz
Alicante
Murcia 1243
Córdoba 1236
Serpa 1235
Jaén 1246
Niebla 1262
Sevilla 1248
Granada
REINO DE GRANADA
Faro 1249
Cádiz 1262
Málaga
Frontera con Al Ándalus (comienzos del s. XIII)
Reino de Granada
Líneas de expansión y conquista de Portugal
Líneas de expansión y conquista de Castilla
Líneas de expansión y conquista de Aragón

Bibliografía

Este libro es una síntesis de tres siglos de historia. Tres siglos, por otra parte, abundantemente examinados por la historiografía. Por tanto, sus páginas beben en multitud de fuentes que sería ímprobo citar de manera exhaustiva. Ofrecer aquí una selección sería marginar injustamente a buena parte de los autores. No obstante, y para quien quiera saber más, es oportuno mencionar las más relevantes de esas fuentes. Allá van.

A modo de guía general, proponemos al lector dos obras fundamentales: la *Historia de España antigua y media* de Luis Suárez Fernández (Rialp, Madrid, 1976) y la *Historia de España de la Edad Media* coordinada por Vicente A. Álvarez Palenzuela (Ariel, Barcelona, 2002). Por citar un clásico imprescindible, sigue siendo obligatorio leer *La España del Cid* de Ramón Menéndez Pidal (Espasa-Calpe, sexta edición en 1967), por más que lleve siendo criticado desde su aparición en 1929.Y para la España mora, otro clásico: la *Historia de la España musulmana* de Ángel González Palencia (la edición más reciente es la de Maxtor, Valladolid, 2005). Una guía preciosa para ver la evolución de Al-Ándalus en este periodo es el volumen de María Jesús Viguera *Los Reinos de Taifas y las invasiones magrebíes* (RBA, Barcelona, 2007). Como herramienta complementaria, y para orientarse en la selva cronológica, siempre es de gran utilidad el *Atlas Histórico de España* (Istmo, Madrid, 2000), en este caso el primer volumen, coordinado por Enrique Martínez Ruiz y Consuelo Maqueda.

Por reinos, en el caso de Castilla y de León es muy recomendable el volumen de Francisco García Fitz *Relaciones políticas y guerra: la experiencia castellano-leonesa frente al islam* (Universidad de Sevilla, 2002). Del mismo modo, y en lo que concierne a Aragón, es imprescindible la *Historia de Aragón* de Antonio Ubieto Arteta (Anubar, Zaragoza, 1981). Otro clásico, ahora para Navarra: la *Historia política del reino de Navarra* de José María Lacarra (ed. Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1972).Y en cuanto a Galicia, es muy interesante leer *Galicia feudal*, de Victoria Armesto (Galaxia, Vigo, 1969). Insistimos en que se trata de recomendaciones entre otras posibles.

Para examinar aspectos concretos o épocas determinadas de este lapso histórico, señalamos a continuación algunas de las obras empleadas. Para un

personaje decisivo como Sancho el Mayor, puede consultarse con provecho la obra de Gonzalo Martínez Díez *Sancho III el Mayor: rey de Pamplona, Rex Ibericus* (Marcial Pons, Madrid, 2007). José María Mínguez ha examinado el León medieval en *Alfonso VI: poder, expansión y reorganización interior* (Nerea, Hondarribia, 2000). Para la Castilla de entre los siglos XII y XIII, sigue siendo una fuente inagotable el volumen coordinado por julio González *El Reino de Castilla en la época de Alfonso VIII* (CSIC, Madrid, 1960).Y sobre este mismo rey, véase Gonzalo Martínez Díez: *Alfonso VIII* (La Olmeda, Burgos, 1995).

Este libro se ha nutrido además de numerosísimos estudios universitarios de ámbito parcial, algunos integrados luego en volúmenes generales, otros no. Citamos algunos de ellos. Para la represión almorávide, es muy interesante leer el estudio de Delfina Serrano *«Dos fatwas sobre la expulsión de mozárabes al Magreb en 1126»* (en Anaquel de Estudios Árabes, 1991, vol. 2, Universidad Complutense, pp. 163-182). Para el espíritu cruzado que se adueñó del Aragón inicial, hay que acudir al estudio de Ángel Canelas López *«Las cruzadas de Aragón en el siglo XII»* (en Argensola, Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses, 7, 1951, pp. 217-228). Sin salir de Aragón, hay un bonito estudio sobre *«La batalla de Cutanda»* en pluma de Alberto Cañada Juste en la revista Xiloca, 20, 1997, pp. 37-47.Y para una figura tan sugestiva como la del Rey Lobo, véase el estudio de Ignacio González Cavero *«Una revisión de la figura de Ibn Mardanish. Su alianza con el Reino de Castilla y la oposición a los almohades»*, en Miscelánea Medieval Marciana, XXXI, 2007, pp. 95-110. Por cierto que sobre Ibn Mardanish hay una novela, aunque discutible, muy estimulante: *Rey Lobo,* de Juan Eslava (Planeta, Barcelona, 2010).

Y pedimos perdón a todos los autores cuyas páginas hemos consultado y no han quedado reflejados aquí.

JOSÉ JAVIER ESPARZA (Valencia, 1963), periodista y escritor, actualmente es director del diario *La Gaceta* y colabora en varios programas de Intereconomía Televisión. Ha sido director del programa cultural *La estrella polar* en la cadena COPE, crítico de televisión en el grupo Vocento y copresentador del Telediario de Intereconomía.

Especializado en la divulgación histórica, ha publicado entre otras obras: *Guía políticamente incorrecta de la civilización occidental, España épica, La gesta española, El terror rojo en España, Los ocho pecados capitales del arte contemporáneo, El libro negro de Carrillo,* las novelas *El dolor y La muerte,* que forman parte de la trilogía *El final de los tiempos*, y, con gran éxito en La Esfera, *La gran aventura del Reino de Asturias* y *Moros y cristianos,* de los que ha vendido más de 50.000 ejemplares. También ha escrito en esta editorial la novela histórica *El caballero del jabalí blanco.*